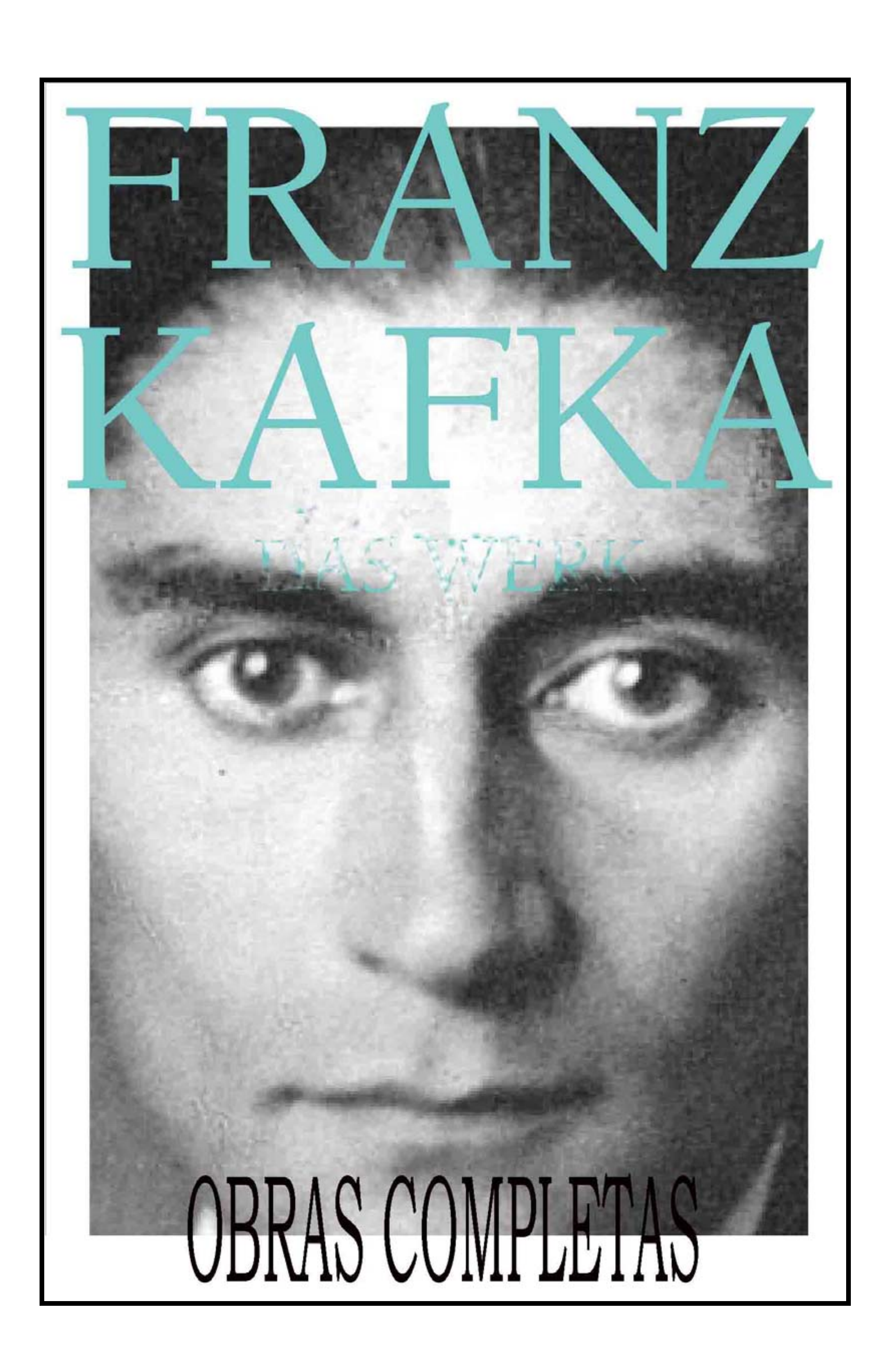

FRANZ
KAFKA
DAS WERK
OBRAS COMPLETAS

OBRAS COMPLETAS – FRANZ KAFKA

EDITORIAL TEOREMA –VISIÓN LIBROS
Título del original en alemán: Gesammelte Werke
Traducciones de Joan Bosch Estrada,
A. Laurent, Roberto R. Mahler,
José Martín González y Jordi Rottner
Impreso en España, 1983

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Algunas especulaciones sobre lo kafkiano

"Moles de piedra, de un negro azulado, se acercaban en cuñas hasta el mismo tren; se asomaba uno por la ventanilla y buscaba inútilmente las cumbres: allí se abrían valles oscuros, angostos, desganados, y uno indicaba con el dedo la dirección en que se perdían; allí venían anchos

ríos correntosos que de prisa se precipitaban en forma de grandes olas, sobre el quebrado cauce y, arrastrando en su seno mil olitas espumosas, se volcaban bajo los puentes que el tren cruzaba, tan cerca, que el rostro se estremecía al hálito de su frescura", ¡Es quizás esta visión desolada la del paraíso entrevisto por Kafka, ese paraíso al que Karl Rossmann, el héroe de América, se resiste tan empeñosamente en penetrar, a pesar de desearlo con tanta ansiedad? ¿o quizá fuera aquel castillo "que se destacaba con limpieza allí arriba en el aire luminoso; la nieve, que se extendía por todas partes en fina capa, revelaba claramente el contorno (...) en la montaña, todo tenía un aspecto despejado, todo subía con libertad en el aire, o al menos eso parecía desde aquí"?

Desde la muerte de Franz Kafka, un 3 de julio de 1924, muchas han sido las interpretaciones posibles de sus obras. En los primeros momentos del impacto de su publicación se destacaron las que veían en K. un arquetipo del hombre en lucha contra un sistema, Lucha estéril y sin esperanzas que hizo que los seudomarxistas la consideraran como "de pequeño burgués angustiado". "Dónde estaba el juez que nunca había visto? ¿Dónde estaba el Alto Tribunal al cual nunca había llegado? (...) uno de los señores cogió la garganta a K. y el otro le clavó el cuchillo a la altura del corazón, repitiendo dos veces más la operación."

No faltaron las explicaciones médicas y psicológicas, unas que correlacionan el largo proceso de su enfermedad (No podía contener sus resoplidos y, de vez en cuando, tenía que pararse a descansar. Nadie lo corría"), sobre todo en el análisis de La metamorfosis, con la lenta agonía de K., otras que ven en la interrelación padre-hijo la suma de todas las obsesiones y complejos en esos mismos personajes ("... te encontrabas enteramente absorto en el negocio, te dejabas ver sólo una vez por día, causándome así una impresión tan honda, que apenas llegó a disminuir alguna vez con la costumbre"), y que tan bien queda explicitada en Carta al padre.

Es indudable que el carácter común de todas estas interpretaciones, hasta las más opuestas, consiste en hacer de las obras de Kafka "novelas en clave", buscando en ellas motivaciones religiosas, ontológicas, sociales y mitológicas.

Es innegable que en la obra de Kafka hay un condimento religioso, no cabe duda que su sentimiento de la existencia tiene ciertas analogías con el pensamiento de Kierkegaard; pero su obra no puede reducirse a ser función de estas tesis, o de otras. Una novela no es una idea abstracta oscurecida con metáforas, es un mito revelador, nos arroja una nueva visión del mundo, una nueva forma de sentir lo maravilloso y lo cotidiano.

En esta sociedad deshumanizada, el hombre, despojado de su particularidad, deviene una cosa impersonal y fantástica. Pero esa unidad de la creación poética y la vida no surgen por expresarse con los mismos materiales, sino porque engendran y expresan las mismas reacciones. El mundo externo e interno de Kafka son uno solo: cuando él nos habla de otro mundo deja entrever que ese otro mundo está en éste. Porque lo que le falta al mundo es también el mundo, se expresa por su negación. "Yo he asumido intensamente la negatividad de mi tiempo, que además me es muy cercano, y que no tengo derecho a combatir, pero que en cierta medida tengo el derecho de representar."

Kafka no es ni un desesperado ni un revolucionario, es un testimonio iluminador. Su obra es una lucha sin esperanzas. Su única salida era penetrar en la muerte, abandonando así su particularidad. "Será a la muerte a quien me confiaré. Resto de una creencia. Retorno al padre Gran día de reconciliación." Él, que pudo a su vez ser "padre" por medio del matrimonio, no aceptó serlo, de alguna manera no podía ser "un nuevo origen de generaciones".

Toda su obra es una clara búsqueda de hallar un sentido a la vida, él que era "más extranjero que un extranjero". Un miembro del gheto judío de Praga, obligado a expresarse en alemán, enfermo –lo que lo marginaba de la vida–, perdido entre el cielo y la tierra, desgajado de su contexto. Judío aislado de su comunidad, pero que siente la nostalgia de ella, la "ausencia del suelo, del aire, de la ley". Así como K. desea aferrarse a una comunidad, penetrar en la "Gracia" en un sentido teológico. Así –como lo expresa Max Brod–, El proceso y El castillo serían la Justicia y la Gracia que la Divinidad nos ofrece. "¿Hasta cuánto soportarás el silencio de la perrada? ¿Hasta cuánto lo soportarás? Esta es la pregunta vital, más allá de todas las otras."

Ese silencio, ese silencio que la Cábala define como la voz de Dios, ese silencio que es una respuesta, genera una actitud común que en Kafka se expresa a través del prisma de su talento; la angustia, esa angustia que nos arrastra a la muerte, pero que nos permite la lucidez necesaria coma para diseccionar el proceso, como un médico que busca el secreto de la vida entre la carroña y los gusanos de la muerte.

Kafka no es un escritor "negro". Este hombre desesperado y solitario aspira a la normalidad con todas sus fuerzas, no quiere ser excluido de la "perrada". El conflicto con el padre, no necesariamente es una muestra de las tesis del psicoanálisis, ya que, además de prefigurar los conflictos internos posteriores, resume en general la visión de una sociedad represiva y alienante, que ahoga al individuo. Es así que confiesa a Brod su proyecto de titular a toda su obra "Tentativa de

evadirse de la esfera paterna", pero donde "esfera paterna" representaría en verdad a la sociedad y la religión, mejor dicho a nuestras concepciones alienantes de la sociedad y la religión.

Su obra y su vida; inextricablemente ligadas, son un canto desesperado de amor y temor, de rebelión y de angustia. La fuerza y la trascendencia de Kafka deben buscarse en haber hallada una técnica para expresar y traducir en forma literaria esa angustia. "El deseo de muerte es uno de los primeros indicios que empezamos a discernir. Esta vida nos parece intolerable, la otra inaccesible. Ya no se siente vergüenza de querer morir; se implora desde la vieja celda que se odia, ser trasladado a otra nueva, que tendremos todavía que aprender a odiar."

Dentro de este universo kafkiano surge un solo personaje unificador de esta realidad, intercesor entre el poder (¿Dios quizá?) y el mundo: la mujer. A ella se aferra ambigua y simbólicamente; en Kafka el enfrentamiento de dos tesis filosóficas –trascendencia o inmanencia es un drama que debe vivirse con pleno desgarramiento. Leni, la enfermera del abogado de El proceso*, y Frieda, la cantinera del mesón de los señores, en* El castillo*, representan perfectamente este poder mediador. K. soportará todas las humillaciones, pero se aferrará a ellas con uñas y dientes, única esperanza de redención, recuperación quizá de ese período de Gracia que precedió a la Caída, ejemplificado por esa misma mujer: diosa-madre-amante. En verdad, lo que separa a Tito de Berenice es todo el peso del mundo, que se hunde en las más profundas raíces del pasado.*

Kafka es así una especie de Mesías negativo que revela el desorden íntimo y absurdo del mundo. "La vida se reduce a no ser más que simple existencia; no hay más drama ni lucha, sino simplemente usura de la materia, caducidad." Y así hasta la muerte, asesinado por la ausencia de Dios.

Tal es el mundo interior de Kafka y sus ambigüedades. No es optimista, porque no ve ni muestra los medios para cambiar al mundo extirpando las raíces de la alienación. Tampoco es pesimista. "Yo lucho, nadie lo sabe", escribe en sus Diarios. El héroe de El proceso *no se detiene hasta encontrar al juez y el de* El castillo *nunca ceja en su búsqueda. Sólo en la creación artística, en la construcción de! mito, Kafka intenta liberarse de las ambigüedades de este mundo. Su técnica: el arte, la creación, de hecho un desafío a la muerte. Todo artista es, a su manera, un deicida.*

“No es necesario que salgas de casa. Quédate en tu mesa y

escucha. Ni siquiera escuches, espera solamente. Ni siquiera esperes, quédate solo y en silencio. El mundo llegará a ti para hacerse desenmascarar; no puede dejar de hacerlo, se prosternará extático a tus pies."

A. LAURENT

DESCRIPCIÓN DE UNA LUCHA

...la gente se mece y en la grava se pasea bajo este vasto cielo
que de lomas lejanas a lejanas lomas llega.

I

Algunas personas se levantaron casi a las doce; después de hacer reverencias, darse las manos y decir que todo había sido muy agradable, salieron al vestíbulo por el gran portal. La dueña de la casa, en el centro, se inclinaba con volubilidad, mientras se agitaban los bonitos pliegues de su vestido.

Yo, sentado a una mesita con tres patas finas y tensas, en ese momento tomaba un sorbo de mi tercera copa de Benedictine, y al beber miraba la pequeña provisión de pastelillos que yo mismo había elegido y apilado.

Entonces, en la puerta de una habitación contigua apareció mi nuevo conocido, un poco agitado y desordenado; como no me interesaba gran cosa, quise apartar la mirada. Él, en cambio, se me acercó, y riéndose distraídamente de lo que me ocupaba, dijo:

–disculpe que me dirija a usted, pero he estado hasta ahora sentado con mi novia en la habitación contigua desde las diez y media. ¡Esta sí que ha sido una noche, compañero! Comprendo: no está bien que se lo cuente; apenas nos conocemos. ¿No es así? Apenas si al llegar hemos cambiado unas palabras en la escalera. Con codo, le ruego que me disculpe, pero no soportaba ya la felicidad, era más fuerte que yo. Y como aquí no tengo conocidos en quienes confiar...

Miré con tristeza su bello rostro arrebolado –el pastelillo de fruta que me había llevado a la boca no era gran cosa y le dije:

–Desde luego que me agrada parecerle digno de confianza, pero no me interesa ser su confidente. Y usted, si no estuviese tan alterado, se daría cuenta de lo tonto que es hablar de una muchacha enamorada a un bebedor solitario...

Cuando callé, se desplomó sobre el asiento y echándose hacia atrás

dejó colgar los brazos. Luego los cruzó y habló en voz bastante alta:
–Hace un momento Anita y yo estábamos solos en ese cuarto. Yo la besaba, la besaba, ¿entiende?, en la boca, en las orejas, en los hombros. ¡Dios mío!
Algunos invitados, suponiendo una animada conversación, se acercaron bostezando. Me levanté y dije para que todos lo oyeran:
–Bien; si usted lo desea voy, pero insisto en que es una locura ir al Laurenzi en una noche de invierno. Hace frío y la nieve hace que los caminos parezcan pistas de sky. Pero si se empeña...
Primero me miró con sorpresa, entreabriendo sus húmedos labios, pero luego, cuando vio a los otros, muy próximos, se echó a reír y dijo al tiempo que se levantaba:
–¡Oh!, el fresco nos sentará bien; tenemos las ropas transpiradas e impregnadas en humo; además, sin haber bebido precisamente con exceso, estoy un poco mareado. ¿Vamos?
Buscamos a la anfitriona quien, mientras él besaba su mano, le dijo:
–Me siento muy contenta; ¡parece usted tan feliz esta noche!...
La bondad de sus palabras lo emocionó y se inclinó nuevamente sobre la mano; entonces ella sonrió. Tuve que arrastrarlo. En el vestíbulo había una criada que veíamos por primera vez. Nos ayudó con los abrigos y tomó una pequeña lámpara para alumbrarnos la escalera. Una cinta de terciopelo casi pegada a la barbilla rodeaba su cuello desnudo; dentro de sus ropas sueltas, el cuerpo ondulaba al precedernos con la lámpara. Sus mejillas estaban rojas; había bebido vino, y al débil resplandor que llenaba la escalera, se advertía el temblor de sus labios.
Una vez abajo, puso la lámpara en un escalón, avanzó hacia mi compañero; lo abrazó y besó y lo volvió a abrazar. Sólo cuando le puse una moneda en la mano se desprendió como adormilada, abrió con lentitud la pequeña puerta y nos dejó salir.

Sobre las calles vacías, uniformemente iluminadas, había una luna enorme que brillaba en el cielo ligeramente nublado y que por ello se veía más extenso. Sólo se podían dar saltitos sobre la nieve congelada.
De inmediato comencé a sentirme muy despabilado. Flexioné las piernas, hice crujir las coyunturas, grité un nombre como si alguien hubiese escapado doblando la esquina; arrojé el sombrero al aire y lo recogí con jactancia.
Mi compañero no se preocupaba por lo que yo hacía. Iba con la cabeza inclinada, mudo. Me extrañó; había supuesto que al sacarlo de la reunión se pondría a hablar ansiosamente. No fue así, también yo podía comportarme con más calma. Acababa de darle un golpecito animador

en la espalda cuando, de pronto, dejé de comprenderlo y retiré la mano y la metí en el bolsillo del abrigo. Continuamos, pues, en silencio. Yo, atento al ruido de nuestros pasos, no llegaba a comprender cómo no me era posible conservar el paso de mi acompañante. Sin embargo, el aire era diáfano y veía, nítidamente sus piernas. Alguien nos contemplaba acodado en una ventana.

Al entrar en la calle Ferdinand noté que mi compañero comenzaba a tararear una melodía de "La Princesa del Dólar"; lo hacía muy quedo, pero alcanzaba a oírlo bien. ¿Qué se proponía? ¿Ofenderme? Bien; estaba dispuesto a prescindir de la música y del paseo. ¿Y por qué no hablaba? Si no me necesitaba ¿por qué no me había dejado en paz con las golosinas, y al calor del Benedictine? Desde luego que yo no había tenido mucho interés en dar este paseo. Por otra parte, podía divertirme sin él. Regresaba de una velada, acababa de salvar del oprobio a un joven ingrato y me paseaba ahora a la luz de la luna. De acuerdo. Durante el día, en el trabajo, después en sociedad y, por la noche, en las calles, y sin medida. Un modo de vivir atolondrado... en su naturalidad. Pero mi compañero aún me seguía; hasta aceleró el paso al notar que se había retrasado. No hablábamos; tampoco podía decirse que camináramos. Me pregunté si no me convenía coger una calle lateral, ya que en el fondo no tenía ninguna obligación de pasear con él. Podía regresar a casa solo, nadie podía impedírmelo. Luego lo vería, desorientado, irse por la bocacalle. ¡Adiós, querido! Me acogerá la tibieza del cuarto, encenderé la lámpara de pie de hierro que hay sobre la mesa, y luego, ¡por fin!, me arrojaré en mi sillón, sobre la raída alfombra oriental. ¡Hermosas perspectivas! ¿Y por qué no? ¿Y después? Ningún después. La claridad de la lámpara caerá sobre mi pecho en la cálida habitación. Luego me abandonará el calor y las horas pasarán en una soledad de paredes pintadas; sobre el suelo, que en el espejo de marco dorado de la pared trasera se refleja oblicuamente.

Mis piernas comenzaban a fatigarse y estaba decidido a regresar a casa de cualquier modo para meterme en cama, cuando me asaltó la duda de si, al separarnos, debía saludarlo o no. Era demasiado tímido para alejarme sin saludar y me faltaba valor para hacerlo con una simple exclamación. Me detuve. pues, y apoyándome en una pared iluminada por la luna, esperé.

Mi compañero se deslizaba hacia mí por la acera, rápido, como si yo debiera recibirlo en brazos. Me hacía un guiño en señal de inteligencia, por algo qua yo probablemente no recordaba.

–Qué pasa? –pregunté. ¿Qué pasa?

–Nada, nada –dijo, sólo queda conocer su opinión sobre la criada que me besó en el zaguán. ¿Quién es esa muchacha? ¿La ha visto antes?

¿No? Yo tampoco. ¿Era en realidad una criada? Quise preguntárselo desde que bajamos la escalera detrás de ella.
–Era una criada, y creo qua ni siquiera de las principales: lo noté por sus manos enrojecidas; cuando le di el dinero sentí la aspereza de la piel.
–Eso probaría que hace algún tiempo que sirve.
–Tal vez tenga razón; en la penumbra no se distinguía bien; pero al mismo tiempo su cara me recordaba a una muchacha bastante madura, hija de un oficial al que conozco.
–A mí no –dijo él.
–Eso no me impedirá marcharme a casa; es tarde, y mañana tengo que ir al trabajo; se duerme mal allí.
Le tendí la mano.
–¡Qué espanto! ¡Qué mano más fría! –exclamó. No quisiera irme a casa con una mano así. También usted debiera haberse hecho besar. Omisión, por otra parte, fácilmente subsanable. ¿Dormir? ¿En semejante noche? ¡Qué ocurrencia! Considere cuántos pensamientos felices se ahogan bajo las mantas al dormir solo y cuántos sueños desdichados arropa con ellas.
–Yo no ahogo ni arropo nada –dije.
–¡Bah! Déjeme usted; es un gracioso –concluyó. Comenzó a alejarse, y yo, preocupado por sus palabras, lo seguí maquinalmente.
Deduje de su modo de hablar que él suponía algo que se relacionaba conmigo, algo que tal vez no existía, pero cuya mera presunción me elevaba a sus ojos. Era mejor que no hubiese vuelto a casa. Tal vez este hombre, a mi lado, con la boca humeante por el frío y pensando en criadas, se hallara en condiciones de valorizarme ante la gente, sin esfuerzo de mi parte. ¡Que no me lo malogren las muchachas! –me decía. Que le besen y le abracen, bueno; al fin y al cabo es la obligación de ellas y el derecho de él, pero que no me lo arrebaten. Cuando lo besan también me besan un poco a mí, si se quiere; con los ángulos de la boca, en cierto modo; pero si lo seducen me lo quitan. Y él debe permanecer siempre conmigo, siempre; ¿quién sino yo lo protegerá? Pero el pobre diablo es bastante tonto: en pleno febrero le dice uno: "Vamos al monte Laurenzi" y viene. Además puede caerse, resfriarse, algún hombre celoso puede salir del callejón del Correo, y asaltarlo. ¿Qué seria de mí después? Sería como proscrito del mundo. No; ya nunca se librará de mí.

Mañana conversará con Ana. al principio de cosas vulgares, como es natural, pero de pronto no pudiendo contenerse dirá: "Anoche, Anita, después de la velada, estuve con un hombre, un hombre como con

seguridad nunca has visto. Tiene el aspecto –¿cómo podría describirlo? – de un junco, con un pelo negro que le hace rizos en la nuca. Sobre su cuerpo pendían tiras de género amarillento que lo cubrían por completo, y que, con la calma que reinaba anoche, se le adherían al cuerpo. ¡Cómo!, Anita, ¿pierdes el apetito? Creo que la culpa es mía por habértelo contado tan mal. ¡Ah, si lo hubieras visto, caminaba con timidez a mi lado, adivinando que te amaba, lo cual, desde luego, no era nada difícil! Para no turbar mi felicidad se me adelantó durante un buen rato. Creo que te habrías reído y tal vez te hubieras asustado un poco, pero a mí me agradaba su presencia. Y, ¿dónde estabas, Anita? Durmiendo, y el África no estaba más lejos que tu cama. A veces me parecía que con la simple expansión de su pecho, se elevaba el cielo estrellado. ¿Crees que exagero? ¡No!, ¡no!, por mi alma, que te pertenece, te juro que no.

Y no perdoné a mi compañero –precisamente dábamos los primeros pasos sobre el muelle Francisco ni la mínima parte de la vergüenza que debía sentir durante semejante discurso. Sólo que en aquel entonces mis pensamientos se enmarañaban, ya que el Moldava y los barrios de la orilla opuesta yacían inmersos en una misma oscuridad; a pesar de todo allí había algunas luces que jugaban con los ojos del espectador.

Cruzamos la carretera hasta la barandilla del río y allí nos detuvimos. Encontré un árbol en que apoyarme. Soplaba frío desde el agua y me puse los guantes; suspiré sin motivo, como suele hacerse de noche junto al río, y de inmediato quise continuar. Pero él miraba el agua y no se movía. Luego se acercó a la barandilla y, con las piernas junto al hierro, se acodó y se apoyó la frente en las manos. ¿Y qué más? Sentí frío y tuve que subirme el cuello del abrigo. Se distendió; la espalda, los hombros, el cuello, manteniendo el busto, que descansaba sobre los brazos estirados, más allá de la barandilla.

–Los recuerdos, ¿no es así? –continúe. Si ya el recuerdo es triste, ¡cómo será lo que se evoca! No se entregue a tales evocaciones, no son para usted ni para mí. Con ellas sólo se debilita la actual posición, sin consolidar la anterior que, por otra parte, ya no necesita ser consolidada. ¿Cree usted que yo tengo recuerdos? Diez por cada uno de los suyos. En este mismo momento, por ejemplo, podría acordarme de cómo estaba una vez, sentado en un banco. Era de noche y a la orilla de un río; en verano. En una noche así acostumbro a encoger las piernas y rodearlas con los brazos. Había apoyado la cabeza en el respaldo de madera y miraba las montañas nebulosas de la otra orilla. Un violín tocaba suavemente en el hotel de la playa. En ambas márgenes pasaban de vez en cuando trenes envueltos en humo brillante.

Mi compañero me interrumpió, se volvió de pronto, casi como asombrado de verme todavía con él.
–¡Ah, todavía podría contar mucho más! –agregué.
–Piense que siempre sucede así –comenzó él. Cuando hoy salía por la escalera de mi casa para dar una vuelta antes de la reunión, me asombré de que mis manos bailaran alegremente dentro de los puños de la camisa. Me dije: "Espera, hoy ha de suceder algo. Y sucedió efectivamente."
Ya había empezado a caminar cuando dijo esto; y se volvía para mirarme con sus grandes ojos, sonriente. Así estaban las cosas, pues. Podía contarme tales aventuras, sonreír y mirarme con sus grandes ojos. Y yo, yo debía contenerme para que mi brazo no rodeara sus hombros, para no besarle los ojos, como premio por poder prescindir de mí hasta ese punto. Lo peor era que ya tampoco importaba nada, que nada podía cambiar, porque yo debía necesariamente irme.

Mientras buscaba afanosamente algún medio para quedarme por lo menos un rato más, se me ocurrió que tal vez mi gran estatura, al hacerle parecer más bajo, le era desagradable. Y esta circunstancia me torturó de tal forma –ya era noche avanzada y no encontrábamos casi a nadie–, que me encorvé hasta tocar las rodillas con las manos. Pero para que él no lo notara, mi posición la fui cambiando poco a poco, durante el camino, mientras trataba de desviar su atención. Incluso, una vez lo hice volver en dirección al río y le señalé los árboles de la isla de los tiradores, para que notara cómo se reflejaban los focos de los puentes.
Yo no había terminado por completo, cuando, volviéndose de repente, me miró y dijo:
–¿Qué le ocurre? Está usted completamente encorvado. ¿Qué le ocurre?
–Muy bien –dije, con la cabeza junto a la costura de su pantalón, lo que me impedía levantar los ojos, su vista parece muy buena.
–¡Vamos, vamos! Enderécese. ¡Qué tontería!
–No –dije y miraba el suelo muy próximo, me quedo así.
–Realmente, conseguirá que me enfade. Nos estamos retrasando inútilmente. ¡Vamos! ¡Terminemos!
–¡Cómo gritas! ¡Y en una noche tan tranquila! –dije.
–Como usted quiera –agregó, y después de un rato: La una menos cuarto.
Evidentemente, veía la hora en la torre del molino. Yo estaba tieso como si me hubieran levantado por los pelos. Mantuve un rato los labios entreabiertos para que la excitación pudiera abandonarme por la boca. Entonces comprendí: me estaba echando. Junto a él no había

sitio para mí, y si existía era inhallable. ¿Por qué –dicho sea de paso– me empeñaba en estar con él? No; sólo quería irme, y al instante, para ver a mis parientes y amigos. Y aunque no tuviera parientes y amigos tendría que arreglármelas de cualquier modo (¿de qué serviría quejarse?), y cuanto antes mejor. Junto a él ya nada podía ayudarme, ni mi estatura, ni mi apetito, ni mi mano helada. Pero si yo llegaba a opinar que debía quedarme a su lado, esa opinión sería realmente peligrosa.
–Su indirecta está de más –dije.
–¡Gracias a Dios que se ha enderezado! Lo único que dije es que ya es la una menos cuarto.
–Está bien –dije, e introduje las uñas de dos dedos entre los dientes castañeteantes–. No necesito su indirecta y menos aún su explicación. Sólo necesito su compañía. Se lo ruego: retire lo que ha dicho.
–¿Lo de la una menos cuarto? Con mucho gusto, sobre todo porque esa hora ya pasó hace rato.
Levantó el brazo derecho, agitó la mano y se puso a escuchar el tintineo de sus gemelos.
Ahora llegaba evidentemente el asesinato. Permaneceré pegado a él; levantará el puñal, cuya empuñadura ya sujeta en el bolsillo, y lo dirigirá contra mi. No es probable que se asombre de lo fácil que resulta todo, pero a lo mejor sí, no se puede saber. No gritaré, sólo lo miraré mientras pueda.
–¿Y? –dijo.

Frente a un lejano café de cristales negros un policía resbalaba sobre el pavimento como un patinador. Tropezaba con el sable, lo cogió en la mano, se deslizó un gran trecho y al final giró casi en una curva. Por fin, soltó un gritito exultante y, con la cabeza llena de melodías, volvió a hacer eses.
Este policía, que a doscientos metros de un inminente asesinato se ocupaba tan sólo de sí mismo, me produjo miedo. Era el fin de cualquier modo, aunque huyera o me dejara apuñalar. Sin embargo, ¿no era preferible huir y liberarme de ese final complicado y doloroso? No veía las ventajas de tal género de muerte, pero no podía desperdiciar mis últimos instantes en averiguarlas. Para eso tendría tiempo más tarde; ahora se imponía decidirse. Y me había decidido.
Debía huir aunque no era fácil. Al doblar a la derecha, hacia el puente Carlos, podía saltar a la izquierda, metiéndome en el callejón. Este era sinuoso, con portales oscuros y tabernas aún abiertas: no debía desesperar.
Cuando abandonamos el arco al final del muelle para avanzar hasta la

plaza de los Caballeros de la Cruz, corrí con los brazos en alto hacia el callejón. Paré frente a una pequeña puerta de la iglesia del Seminario, pues había allí un escalón con que no contaba. Hice bastante ruido, el primer farol estaba lejos, me hallaba rendido; salió en la oscuridad de una taberna de enfrente una mujer gorda con un farol; salió a ver qué había sucedido. La música del piano, en el interior, continuaba más débilmente, se conocía que tocaban con una sola mano y que el pianista se había vuelto hacia la puerta, primero solamente entornada, luego abierta del todo por un hombre de chaqueta abotonada. Escupió y estrujó a la mujer con tal fuerza, que ésta tuvo que levantar el farol para protegerlo.

–No ha pasado nada –gritó el hombre hacia el interior; los dos se volvieron, entraron y la puerta se cerró.

Al intentar levantarme, caí de nuevo.

–Hay hielo –me dije, y sentí dolor en la rodilla. Con todo, me alegraba de que la gente de la taberna no me hubiese visto, pues de esa manera podría seguir allí hasta el amanecer.

Mi acompañante habría llegado probablemente hasta el puente sin percatarse de mi alejamiento, pues llegó sólo después de un rato. No parecía sorprendido cuando se inclinó sobre mí –inclinaba solamente el cuello, como una hiena– y me acarició blandamente. Pasó su mano por mis hombros, subiéndola y bajándola y apoyó después la palma en mi frente.

–Se ha lastimado, ¿no? Está helado y hay que andar con cautela. ¿No me lo ha dicho usted mismo? ¿Le duele la cabeza? ¿No? Ah!, la rodilla. Si, es muy desagradable.

Pero se veía que no pensaba levantarme. Apoyé la cabeza en mi mano derecha –el codo descansaba contra un adoquín y dije:

–Bien, de nuevo juntos –y como volvía a experimentar aquel miedo de antes, empujé con fuerza sus piernas, para apartarlo.

–Vete, vete –decía.

El tenía las manos en los bolsillos, miró el callejón vacío, luego, la iglesia del Seminario y el cielo. Por fin, el bullicio de un coche en una calle próxima le recordó presencia.

–¿Por qué no habla, querido? ¿Se siente mal? ¿Por qué no se levanta? ¿No será mejor buscar un coche? Si quiere le traigo un poco de vino de la taberna. No debe continuar echado aquí con este frío. Además, íbamos a ir al monte Laurenzi.

–Naturalmente –dije, y con fuertes dolores me levanté por mis propios medios. Vacilaba y tenía que mirar la estatua de Carlos IV para estar seguro de dónde me encontraba. Ni aun eso me habría ayudado si no se me hubiera ocurrido que una muchacha que llevaba una cinta de

terciopelo negro en el cuello me amaba si no fogosamente, por lo menos con fidelidad. Y constituía sin duda una amabilidad por parte de la luna querer alumbrarme; por modestia iba a colocarme bajo la arcada de la torre; pero luego comprendí que era natural que la luna lo alumbrara todo. Abrí los brazos con alegría para gozar de ella por completo. Todo me resultó más fácil cuando haciendo débiles movimientos natatorios con los brazos, conseguí avanzar sin dolor y sin esfuerzo. ¡No haberlo intentado antes! Mi cabeza hendía el aire fresco y precisamente mi rodilla derecha era lo que volaba mejor; le expresé mi satisfacción con unos golpecitos. Me acordaba de que había tenido un conocido al que no toleraba bien, sin embargo lo que más me alegraba era que mi memoria fuera lo suficientemente buena como para retener tales cosas. Pero no debía pensar tanto, ya que tenía que seguir andando si no quería hundirme más aún. Con todo para que luego no se me pudiera decir que en el pavimento nadaba cualquiera, y que no merecía la pena contarlo, me levanté un rato por sobre la barandilla y nadé alrededor de todas las imágenes que encontraba.
Al llegar a la quinta –justamente me sostenía con imperceptibles golpes encima de la acera–, mi compañero me tomó de la mano. De nuevo me hallaba de pie sobre el pavimento y sentía dolor en la rodilla. Mi acompañante, sujetándome con una mano y señalando con la otra la estatua de Santa Ludmila, dijo:
–Siempre he admirado las manos de este ángel de la izquierda. ¡Observe qué suaves son! ¡Verdaderas manos de ángel! ¿Ha visto alguna vez algo semejante? Usted no, pero yo sí, porque esta noche he besado unas manos...
Para mí ahora una tercera posibilidad de aniquilamiento. No era forzoso dejarme apuñalar, no era forzoso huir; sencillamente podía arrojarme al aire. Que se vaya al Laurenzi, no lo molestaré, ni siquiera huyendo lo molestaré.
–¡Adelante con las historias! –grité. No me contento con fragmentos. ¡Cuéntelo todo, del principio al fin! Y le advierto que no toleraré que suprima ni una coma. Ardo en deseos de saberlo todo.
Me miró, y yo me fui calmando.
–Puede confiar en mi reserva. Cuéntemelo todo; alivie su corazón; jamás ha tenido un oyente tan reservado como yo. Y a media voz, cerca de su oído, agregué:
–No tenga miedo de mí, está completamente fuera de lugar.
Aún lo oí reír.
–Ya lo creo, ya lo creo –dije–; no me cabe ninguna duda. Y con dedos que sustraía a la presión de sus manos tanto como me era posible, le pellizcaba las pantorrillas. Pero él no lo sentía. Entonces me dije: "¿Por

qué andas con este hombre? Ni le amas, ni le odias; su dicha no tiene más objetivo que una muchacha que a lo mejor ni siquiera usa un vestido blanco. Luego este hombre te es indiferente –lo repito–, indiferente. Pero también es inofensivo, como has podido comprobarlo. Sigue, pues, con él hasta el Laurenzi, ya que te has puesto en camino en esta hermosa noche, pero déjate hablar y diviértete a tu manera, que es –dilo despacio– la mejor forma de protegerte."

II

ENTRETENIMIENTOS O DEMOSTRACIÓN DE QUE ES IMPOSIBLE VIVIR

CABALGATA

Tomando impulso salté sobre los hombros de mi compañero como si no fuera la primera vez y, hundiéndole los puños en las costillas, lo hice trotar. Cuando aminoró la marcha con visibles muestras de desagrado, llegando hasta a detenerse, le clavé las botas en el vientre para espolearlo. Dio buen resultado y rápidamente llegamos al interior de una región extensa pero inconclusa. Cabalgaba por una carretera pedregosa y bastante empinada, pero precisamente eso me agradaba y dejé que se volviera aún más pedregosa y empinada. Cuando mi cabalgadura tropezaba la levantaba de un tirón en el cuello y si se quejaba le azotaba la cabeza. En tanto, encontré saludable esta cabalgata por el aire puro, y para hacerla todavía más salvaje, hice que soplaran a través de nosotros fuertes ráfagas de viento contrario.
Exageré el movimiento de vaivén sobre los anchos hombros de mi compañero y, agarrado a su cuello con ambas manos, eché la cabeza hacia atrás, para contemplar las multiformes nubes que, más débiles qua yo, se dejaban arrastrar pesadamente por el viento. Reía y temblaba de coraje. Mi abrigo se desplegaba y me daba fuerzas. Apretaba con firmeza una mano contra la otra, estrangulando a mi compañero. Sólo cuando el cielo fue cubriéndose gradualmente con las ramas de los árboles que yo dejaba crecer en los bordes de la calle, volví en mi.

–No sé, no sé –grité sin entonación–. Si no viene nadie, entonces nadie viene. A nadie he hecho mal, nadie me ha hecho mal, pero nadie me quiere ayudar, nadie en absoluto. Pero, sin embargo, no es así. Sólo que nadie me ayuda, de lo contrario sería absolutamente hermoso; y

con gusto quisiera –¿qué me dice de ello?– hacer una excursión con una sociedad de absolutos nadies. Desde luego que a la montaña; ¿adónde si no? ¡Cómo se aprietan estos nadie, estos numerosos brazos atravesados y enganchados, estos muchos pies separados por pasos minúsculos! Se comprende, todos de etiqueta. Marchamos tan así, así; un excelente viento pasa por los huecos que dejamos entre nuestros miembros. Las gargantas se abren en la montaña. Es un milagro que no cantemos.

Entonces mi compañero cayó y comprobé que se hallaba seriamente lesionado en la rodilla. Como ya no podía serme útil lo dejé sin pena sobre las piedras; y luego silbé, llamando a unos buitres, que, obedientes se posaron sobre él para custodiarlo con sus picos oscuros.

PASEO

Seguí con despreocupación. Pero como peatón temía las dificultades de la montaña, por lo que hice que la senda se suavizara cada vez más hasta descender a un valle en la lejanía. Las piedras desaparecieron por mi voluntad y el viento se esfumó.

Marchaba a buen paso y como bajaba por una pendiente, levanté el rostro, erguí el cuerpo y crucé los brazos tras la cabeza. Como amo los montes de pinos –iba cruzando por ellos– y como me place mirar silenciosamente a las estrellas, éstas se abrieron en forma gradual para mí, según es costumbre. Se veían sólo unas pocas nubes alargadas, que el viento, confinado en las capas superiores, arrastraba y estiraba para asombro del paseante.

Bastante lejos de la carretera que tenía enfrente de mí, probablemente más allá de un río, hice incorporarse una montaña de generosa altura, cuya cima cubierta de arbustos rozaba el cielo. Alcanzaba a divisar las menores ramificaciones de los más empinados gajos y sus movimientos. Semejante espectáculo, por vulgar que sea, me produjo tanta alegría que, convertido en pequeño pájaro sobre las varas de estos lejanos matorrales, olvidé hacer salir la luna, que ya esperaba tras la montaña, seguramente indignada por el retraso. En ese momento se extendía sobre la montaña el fresco resplandor que precede al ascenso de la luna, y repentinamente, ella misma se elevó tras uno de los inquietos arbustos. Yo, que miraba en otra dirección, al volver la vista al frente y ver de pronto cómo lucía en su casi plena redondez, me detuve con ojos turbios: la pendiente de mi calle parecía conducir directamente al interior de esa luna de espanto.

Sin embargo, al cabo de un momento me acostumbré a ella y, pensativo, me puse a contemplar su trabajoso ascenso; por fin, luego

de haberlos aproximado un trecho, sentí gran somnolencia, que atribuí a las fatigas del desacostumbrado paseo. Seguí unos momentos con los ojos cerrados; sólo lograba mantenerme despierto golpeando sonora y regularmente las manos.

Pero más tarde, cuando el camino amenazó escurrírseme bajo los pies, y el contorno todo, agotado como yo, comenzaba a desvanecerse, me apresuré a trepar en un supremo esfuerzo por el muro, sobre el lado derecho de la calle. Quería llegar a tiempo al alto y enmarañado pinar y pasar la noche que seguramente se avecinaba.

Corría prisa. Las estrellas se oscurecían ya y la luna se sumergía débilmente en el cielo como si cayera en aguas agitadas. La montaña pertenecía a la oscuridad, la carretera se desintegraba, en el punto donde la había abandonado y desde el interior del bosque se acercaba cada vez más el fragor de árboles derrumbándose. Hubiera podido echarme a dormir sobre el musgo pero, como en general temo hacerlo en el suelo, trepé; el tronco se deslizó rápidamente por los anillos que yo formaba con brazos y piernas a un árbol, que también se bamboleaba sin que hubiera viento; me acosté en una rama con la cabeza contra el tronco y dormí con apresuración mientras que una ardilla, hija de mi capricho, se columpiaba con la cola tiesa en el final tembloroso de la rama.

Dormí profundamente y sin sueños. No me despertó ni la desaparición de la luna ni la salida del sol. Y cuando ya estaba por despertar volví a tranquilizarme.

–Ayer te cansaste mucho –me dije, cuida ahora tu sueño– y volví a dormirme.

Y si bien no soñaba, dormí con continuas y leves turbaciones. Durante toda la noche alguien hablaba cerca de mi. Apenas si distinguía las palabras, salvo algunas como "banco en la ribera", "montañas nebulosas", trenes envueltos en humo brillante", pero sí la forma de la pronunciación; todavía recuerdo que me frotaba las manos dormido, satisfecho por no tener la obligación de reconocer las palabras, precisamente porque dormía.

–Tu vida era demasiado monótona –dije en alta voz para convencerme. Era realmente necesario que te condujeran a otra parte. Puedes estar contento, hay alegría aquí. El sol brilla.

Entonces salió el sol y las nubes cargadas de lluvia se hicieron blancas, leves y pequeñas en el cielo azul. Brillaron y se empinaron. Vi un río en el valle.

–Sí, era monótona, mereces esta diversión –seguí diciendo como

obligado–, pero ¿no era también arriesgada?
Entonces oí gemir a alguien, horrorosamente cerca.
Me apresuré a descender, pero la rama temblaba como mi mano; y caí al vacío, rígido. Apenas si hubo golpe; no me dolió, pero me sentí tan débil y desdichado que hundí el rostro en el suelo; no podía soportar el esfuerzo de ver el mundo que me rodeaba. Estaba convencido de que cada movimiento y pensamiento eran forzados, había que pensar en ellos. En cambio, era natural yacer aquí en la hierba, los brazos pegados al cuerpo y la cara oculta. Y me decía que debía congratularme por estar ya en esta posición natural, pues de lo contrario tendría que soportar todavía para alcanzarla muchos y dolorosos espasmos, como lo exigen las palabras y los pasos.

El río era ancho y sobre las pequeñas ondas rumorosas caía la luz. También en la otra orilla había prados, que luego se convertían en matorrales, y más allá de éstos, en la más profunda lejanía, claras líneas de frutales conducían a colinas cubiertas de verde.
La belleza del espectáculo me anegó de felicidad; me acosté y pensé, tapándome los oídos contra posibles llantos, que aquí podría estar contento. Era un lugar solitario y bello. No se necesitaba mucho valor para vivir en este paraje. Había que torturarse como en otros sitios, pero sin
necesidad de moverme tanto. No, o no era necesario. Aquí sólo hay montañas y un gran río, y soy lo bastante cuerdo como para considerarlos inanimados. Y si en la soledad de la noche tropiezo al andar con los ascendentes caminos del prado, no estaré por ello más solo que la montaña, aunque yo sí lo sentiré. Pero también eso pasará.
Así jugaba con mi vida futura y trataba de olvidar con obstinación. Parpadeando, miraba el cielo, de extraña coloración feliz. Hacía mucho que no lo veía tan bello y, emocionado, me acordé de los días solitarios en que me había parecido verlo así. Retiré las manos de los oídos y extendí los brazos, dejándolos caer sobre la hierba. Oí sollozos débiles y lejanos. Se levantó viento y grandes masas de hojas secas que antes no había notado volaron rumorosas. De los árboles se desprendía la fruta verde y golpeaba alocadamente el suelo. Detrás de una montaña ascendían nubes oscuras. En el río crujían las olas, retrocediendo ante el viento.
Me levanté aprisa. Me dolía el corazón: ahora me parecía imposible superar mi pena. Quería volverme y tornar a mi antiguo género de vida, cuando tuve esta ocurrencia: "Qué curioso es que todavía en la actualidad haya personas distinguidas que pasan al otro lado del río en forma tan complicada. Lo único que lo explica es que siguen

practicando un uso muy antiguo." Sacudí la cabeza; estaba en verdad asombrado.

EL GORDO

a. Invocación al paisaje.

De los arbustos de la otra orilla surgieron vigorosamente cuatro hombres desnudos que llevaban sobre los hombros un palanquín de madera. En él iba sentado con las piernas cruzadas un hombre extraordinariamente gordo. Aunque era conducido a través del matorral, no apartaba las ramas espinosas, sino que las desviaba tranquilamente con su cuerpo inmóvil. Sus masas de grasa estaban extendidas con tanto cuidado que, además de cubrir totalmente el palanquín, caían a los costados como los pliegues de un tapiz amarillento; pero no le molestaban. Su cráneo, desnudo, era pequeño, amarillo y brillante. Su cara tenía la cándida expresión de un hombre que reflexionaba sin molestarse en ocultarlo. A veces cerraba los ojos; cuando volvía a abrirlos se le torcía la mandíbula.
–El paisaje no me deja pensar –dijo en voz alta. Hace oscilar mis ideas como puentes colgantes sobre un torrente. Es bello y merece ser contemplado. Cierro los ojos y digo: “¡Oh, tú, montaña verde junto al río, dueña de piedras que ruedan hacia el agua! ¡Eres bella!”
“Pero toda esta alocución no la satisface, quiere que abra los ojos.
“Con todo, si digo con los ojos cerrados: “Montaña, no te amo porque me recuerdas las nubes, el crepúsculo rosado y el cielo en la altura, cosas todas que me colocan al borde del llanto y que no se pueden alcanzar jamás si uno se hace conducir en una pequeña litera. Y mientras tú, pérfida montaña, me muestras eso, me ocultas la lejanía de bellas cosas alcanzables. Por eso no te amo, montaña junto al río, no, no te amo.”
"Pero este discurso le sería indiferente como el anterior sino se lo dijera con los ojos abiertos.
"Y ya que tiene tan caprichosa predilección por la papilla de nuestros sesos, hay que conservar su disposición amistosa, mantenerla erecta. Pues podría arrojar sombras dentadas, interponer en silencio horrorosas paredes desnudas y hacer tropezar a mis conductores en los guijarros del camino.
Pero no sólo la montaña es vanidosa, exigente y vengativa; todo lo demás también lo es. Con los ojos redondos –¡oh, cómo duelen!– debo pues repetir constantemente:
"Sí, montaña, eres hermosa y los bosques de tu ladera occidental me

alegran... También tú, flor, me satisfaces y tu rosado color entona mi alma... Y tú, hierba del prado, ya has crecido y eres fuerte y refrescas... Y tú, matorral desconocido, pinchas de manera tan inesperada que haces brincar nuestro pensamiento... Pero tú, río, tú eres el que me produces más placer tanto que me entregaré confiado a tus aguas flexibles.”
Después de haber gritado diez veces esta vibrante loa, que acompañaba humildemente con pequeñas sacudidas de su cuerpo, dejó caer la cabeza y dijo con los ojos todavía cerrados:
–Pero ahora, os ruego, montaña, flor, hierba, matorral y río, dejadme un poco de espacio para respirar.
Entonces se produjeron rápidos deslizamientos de las montañas, que se ocultaron tras amplias colgaduras de niebla. Las arboledas quisieron resistir y proteger el sendero, pero se diluyeron en seguida. Delante del sol pendía una nube húmeda con leve borde translúcido; en su sombra se deprimía la tierra y todas las cosas perdían sus bellos contornos.
Las pisadas de los servidores se me hacían perceptibles a través del río, y sin embargo nada podía distinguir con claridad en los oscuros cuadrados de los rostros. Vi solamente cómo ladeaban las cabezas y curvaban las espaldas ante el extraordinario peso de la carga. Me preocupaba por ellos, porque los notaba cansados. Observé fascinado cómo hollaban la hierba de la orilla, cómo cruzaban con paso llano la arena mojada, cómo por fin se hundían en el juncal fangoso, donde los dos de atrás tuvieron que inclinarse más aún, para mantener el palanquín en posición horizontal. Yo retorcía las manos. Ahora, a cada paso debían levantar mucho los pies, de modo que sus cuerpos brillaban sudorosos en el aire de la tarde cambiante.
El gordo estaba tranquilo, las manos sobre las piernas; las puntas de las cañas lo rozaban, cuando tornaba a enderezarse detrás de los conductores delanteros.

Los movimientos de los cuatro hombres se hicieron más desacompasados a medida que se aproximaban al agua. A veces la litera oscilaba como mecida por las olas, porque se encontraban con pequeños charcos entre los juncos, que debían bordear o saltar, ya que podían ser profundos. En una oportunidad una bandada de patos salvajes ascendió gritando directamente hacia el nubarrón. Entonces, gracias a uno de los movimientos del palanquín, vi el rostro del gordo; estaba inquieto. Me levanté y corrí en zigzag por el pedregoso declive que me separaba del agua. No reparaba en que era peligroso, sólo pensaba en que quería ayudar al gordo cuando sus sirvientes no pudieran seguir llevándolo. Corrí tan irreflexivamente que no me pude

detener a tiempo y penetré hasta las rodillas en las aguas, que se abrieron salpicándome.
Los conductores, en la otra margen, a fuerza de retorcerse, habían depositado la litera en el río y mientras con una mano se sostenían sobre el agua, cuatro brazos velludos empujaban la litera hacia arriba; se veían los músculos desmesuradamente tensos.
El agua golpeó primero la barbilla y les lamió la boca; las cabezas de los conductores se inclinaron hacia atrás, las varas cayeron sobre los hombros. El agua les llegaba a la nariz pero no cejaban en sus esfuerzos, y eso que apenas habían llegado a la mitad del río. Entonces una ola baja cayó sobre las cabezas de los delanteros y los cuatro hombres se ahogaron en silencio, arrastrando en sus manos la litera. El agua se precipitó a raudales sobre ellos.
En ese momento el claro resplandor de sol poniente surgió de los bordes de la gran nube, aclarando las colinas y las montañas hasta el último confín del campo visual, mientras el río y toda la zona que cubría la nube permanecían en penumbras.
El gordo se volvió lentamente con la corriente y fue llevado río abajo como un dios de madera clara que, ya superfluo, hubiese sido arrojado al río. Se deslizaba mansamente sobre el reflejo del nubarrón. Largas nubes lo arrastraban y otras le empujaban encorvándose, lo que producía bastante agitación en el agua, perceptible en los golpes de las olas en mis rodillas y contra las piedras de la ribera.
Trepé vivamente por el talud para poder acompañar al gordo desde el camino, un poco porque realmente lo amaba, porque tal vez pudiera averiguar algo sobre los peligros de este país aparentemente seguro. Así fui andando sobre la franja de tierra, tratando de habituarme a su angostura, las manos en los bolsillos y el rostro vuelto en ángulo recto hacia el río, de modo que la barbilla casi venía a quedar sobre el hombro.
Sobre las piedras de la orilla había golondrinas. El gordo dijo:
–Querido señor de la orilla, no intente salvarme. Es la venganza del agua y del viento; estoy perdido. Sí: venganza; cuántas veces no habremos atacado estas cosas yo y mi amigo el orante, con la música de nuestros aceros, con el brillo de los címbalos, con la amplia magnificencia de los trombones y los destellos saltarines de los timbales.
Un mosquito pequeño, de alas extendidas, voló a través de su barriga sin aminorar la velocidad.
El gordo contó lo que sigue:

b. Comienzo de conversación con el orante

–Hubo un tiempo en que iba a la iglesia todos los días, porque una muchacha, de la que me había enamorado, se arrodillaba allí a rezar media hora al atardecer; así podía contemplarla con tranquilidad.
Una vez que ella no había ido miré con disgusto a los orantes y me llamó la atención un joven delgado que se había arrojado al suelo. De tiempo en tiempo, gimiendo intensamente, estrellaba el cráneo con todas sus fuerzas contra las palmas de las manos, apoyadas en las piedras.
En la iglesia había sólo algunas viejas que a veces giraban sus cabecitas cubiertas, mirando hacia el orante. Esto parecía hacerle feliz, pues antes de cada uno de sus estallidos de contrición volvía los ojos para comprobar si los espectadores eran numerosos.
Como su actitud me pareció indecorosa, resolví hablarle al salir de la iglesia y preguntarle directamente por qué oraba de ese modo. Porque desde mi llegada a esta ciudad ver claro era lo que me importaba por sobre todas las cosas, aunque en ese momento lo que más me contrariaba era no haber visto a mi muchacha.
El hombre se levantó sólo después de una hora y se sacudió los pantalones durante tanto tiempo que tuve ganas de gritarle: "¡Basta, basta, ya vemos que tiene pantalones!", se santiguó muy cuidadosamente y con paso lento, coma de marinero, se dirigió hacia la pila de agua bendita.
Me coloqué entre ésta y la puerta; sabía con certeza que no lo dejaría pasar sin pedirle una explicación. Torcí la boca, lo que constituye el mejor preparativo para ciertos discursos; adelanté la pierna derecha y cargué el cuerpo sobre ella, apoyando sólo la punta del pie izquierdo: esta posición me da mucho aplomo, como a menudo he podido comprobar.
Es posible que el hombre me hubiera observado de soslayo, mientras se salpicaba el rostro con agua bendita, o que mi mirada le preocupaba ya con anterioridad, el caso es que inesperadamente, corrió hacia la puerta y salió. Salté para sujetarlo. La puerta vidriera golpeó. Y cuando salí ya no pude dar con él, en tantos callejones estrechos y de gran movimiento como los que allí había.
No lo vi, en los días siguientes, pero eh cambio apareció la muchacha, que tornaba a rezar en el rincón de una capillita lateral. Llevaba un vestido negro; en los hombros y la espalda era todo de encaje, lo que transparentaba el escote en media luna de la camisa; la parte de seda del vestido terminaba en el borde inferior del encaje formando un cuello bien cortado. Al acudir la muchacha, me olvidé con gusto de aquel hombre, y aun cuando más tarde volvió y tornó a rezar de la misma

manera, no volví a ocuparme de él.
Siempre pasaba a mi lado con súbita prisa y desviando el rostro, pero en cambio me observaba con frecuencia mientras rezaba. Era casi como si estuviese enfadado conmigo por no haberle dirigido la palabra en aquella oportunidad y como si por aquel intento hubiera contraído realmente la obligación de hablarle. Creí notar que sonreía cuando después de un sermón, y siempre siguiendo a la muchacha, tropezaba con él en la penumbra.

Claro que no existía tal obligación, y tampoco tenía yo deseos de hacerlo. Una vez llegué a la plaza de la iglesia cuando el reloj daba ya las siete, la muchacha hacía rato que se había ido; sólo aquel hombre se contorsionaba cerca de la barandilla del altar. Todavía entonces vacilé, pero por fin me deslicé de puntillas hasta la salida, di una moneda al mendigo ciego de allí sentado y me acurruqué junto a, él, detrás de la puerta abierta. Gocé por anticipado, durante media hora, de la posible sorpresa del orante. Pero la alegría pasó. Soporté con disgusto las idas y venidas de las arañas sobre mis ropas y la molestia de hacer reverencias cada vez que salía alguien, respirando hondo, de la oscuridad de la iglesia.
Por fin salió. El tañido de las grandes campanas que había comenzado hacía un momento lo molestaban evidentemente. Se veía obligado a tantear ligeramente el suelo con las puntas de los pies antes de pisar.
Me levanté, di un gran paso hacia delante y lo sujeté con fuerza.
–Buenas noches –dije, y agarrándolo por el cuello lo empujé por la escalinata hacia la plaza iluminada.
Cuando llegamos abajo se volvió, mientras yo seguía sujetándolo por detrás, de manera que ahora estábamos pecho contra pecho.
–¡Suélteme! –dijo no sé qué sospecha, pero soy inocente. –Y luego repitió: –No sé qué sospecha.
–No se trata de sospechas ni de inocencias. Le ruego que no hable más de ello. Somos extraños, nuestra relación es más breve que la escalinata de la iglesia. ¿Adónde iríamos a parar si en seguida comenzáramos a hablar de nuestra inocencia?
–Completamente de acuerdo –dijo él. Por lo demás, decía usted "nuestra inocencia". ¿quería significar con ello que una vez que yo hubiese demostrado mi inocencia usted demostraría la suya? ¿Quería significar eso?
–Eso u otra cosa –dije. Pero tenga presente que sólo le he dirigido la palabra para preguntarle algo.
–Quisiera irme a casa –dijo él e inició un débil retroceso.
–¡Ya lo creo! ¿Para qué le he hablado entonces? ¿O cree que le he

dirigido la palabra por su cara bonita?
–Bastante franco, ¿eh?
–¿Debo repetirle que no se trata de eso? ¿Qué tiene que ver aquí la franqueza? Yo pregunto, usted contesta y en seguida, adiós. Por mí puede irse después a su casa, a toda prisa.
–¿No seria mejor que nos encontráramos en otra oportunidad? ¿A una hora más apropiada, en un café, por ejemplo? Además, su señorita novia se fue hace sólo unos minutos, podría alcanzarla: la pobre esperó tanto tiempo...
–No –grité en medio del estrépito del tranvía que pasaba. Usted no se me escapa. Me gusta cada vez más. Es una verdadera pesca milagrosa y me felicito por ello.
–¡Por Dios! –dijo entonces, usted tiene, como suele decirse, un corazón sano y una cabeza de una sola pieza.
Me llama pesca milagrosa. ¡Qué dichoso ha de ser usted! Porque mi desdicha es una desdicha inestable; cuando se la toca cae sobre quien ha formulado la pregunta. ¡Buenas noches!
–Bien –dije yo, y me apoderé de su diestra por sorpresa. Si no contesta voluntariamente, lo obligaré. Lo seguiré adonde vaya, a derecha a izquierda, subiré la escalera hasta su habitación, y allí me sentaré en cualquier parte. Es inútil que me mire así, porque lo haré. –Y me acerqué aún más, hasta hablar casi pegado a su cuello, pues era una cabeza más alto que yo.–¿De dónde sacará valor para impedírmelo?
Entonces, retrocediendo, me besó alternativamente ambas manos y las humedeció con sus lágrimas.
–No puedo negarle nada. Así como usted sabía que yo deseaba ir a casa, sabía yo, y desde mucho antes, que no le podría negar nada. Pero, por favor, entremos en esa calle lateral.
Asentí y lo seguí. Un coche nos separó, quedando yo atrás, y él agitó ambas manos para que me diera prisa.
Pero no se conformó con la oscuridad y casi a la altura del primer piso, sino que me condujo al zaguán de una casa antigua, bajo una lamparilla, que pendía rezumente al comienzo de la escalera de madera.
Extendió su pañuelo sobre el hueco de un escalón desgastado y me invitó a sentarme:
–Sentado puede preguntar mejor; yo me quedo de pie; de pie puedo contestar mejor. Pero no me torture.
Ya que tomaba el asunto con tanta seriedad, me senté, pero dije:
–Usted me conduce a este rincón como si fuéramos conspiradores, cuando en realidad yo estoy ligado a usted sólo por la curiosidad y

usted a mí sólo por el temor. En el fondo lo único que quiero preguntarle es por qué reza así en la iglesia. ¡Qué forma de comportarse! ¡Parece un loco! ¡Qué ridículo, qué desagradable para los espectadores y qué insoportable para los creyentes!
Había apretado el cuerpo contra la pared; sólo movía libremente la cabeza.
–Nada más erróneo, pues los creyentes consideran natural mi conducta, y los demás la consideran devota.
–Mi disgusto prueba lo contrario.
–Su disgusto, en el supuesto de que se trate de un verdadero disgusto, sólo revela que usted no se cuenta. entre los devotos ni entre los demás.
–Tiene usted razón; he exagerado un poco al decir que su comportamiento me había disgustado; no, despertó mi curiosidad como le dije al principio. Pero usted ¿entre cuáles se cuenta?
–Tan sólo me divierte que la gente me mire y, por así decido, arrojar de vez en cuando una sombra sobre el altar.
–¿Le divierte? –dije y se me arrugó la cara.
–Bueno, no, por si le interesa saberlo, no es ése el caso. No se enoje porque me haya expresado mal. No, no me divierte; es una necesidad para mí. Necesidad de hacerme azotar por esas miradas durante una breve hora, mientras toda la ciudad alrededor de mi...
–¡Qué me dice! –exclamé con demasiado énfasis para tan insignificante observación y para un pasillo tan pequeño, pero luego temí enmudecer o que se me debilitara la voz. Realmente, ¿qué dice usted? ¡Por Dios!, adiviné desde el principio su estado. ¿No es esa fiebre, ese mareo en tierra firme, una especie de lepra? ¿No siente un exceso de calor que le impide conformarse a los verdaderos nombres de las cosas, como si no pudiera saciarse con ellos, y se viera obligado a volcar sobre ellas, apresuradamente, una cantidad de nombres casuales? ¡Aprisa, aprisa!, pero apenas se aleja ya ha vuelto a olvidar los nombres. Ese álamo de los campos que usted Llamó "la torre de Babel", porque no quería saber que era un álamo, oscila de nuevo innominado y usted tiene que bautizarlo: "Noé, cuando estaba ebrio".
Me interrumpió:
–Me alegro de no entender lo que usted dice.
Excitado, dije con prisa:
–Al decir que se alegra, demuestra que me ha entendido.
–¿No se lo he dicho? A usted no se le puede negar nada. Puse las manos en el escalón más alto; me recosté hacia atrás y en esa posición casi inexpugnable, que constituye la última salvación de los luchadores, pregunté:

–dispense, pero no creo que sea de lucha franca volver a arrojarme las explicaciones que he acabado de dar.
Con esto se animó. Juntó las manos para comunicar armonía al cuerpo y dijo:
–Desde el principio usted excluyó las discusiones sobre la franqueza. Y, en verdad, lo único que me importa es hacerlo comprender perfectamente mi manera de rezar. ¿Sabe ahora por qué rezo así?
Me ponía a prueba. No, no lo sabía ni lo quería saber. Entonces me dije que tampoco había querido venir aquí, pero que él casi me había obligado a escucharlo. De modo que sólo necesitaba sacudir la cabeza para que todo estuviera bien, pero eso era precisamente lo que no podía hacer por el momento.
Él sonreía; luego se acurrucó hasta quedar casi de rodillas y me explicó con aire soñoliento:
–Al fin ahora puedo confiarle lo que me movió a permitir que me hablara: la curiosidad, la esperanza. Hace mucho que me consuela su mirada. Y espero saber por usted algo de las cosas que se hunden alrededor de mi como una nevada, mientras que para otros un simple vaso de aguardiente sobre la mesa constituye de por si algo tan sólido como un monumento.
Como yo callara –sólo cruzó por mi rostro un involuntario estremecimiento– preguntó:
–¿No cree que a otros les sucede lo mismo? ¿Realmente no? Escuche, pues: una vez, siendo muy niño, al abrir los ojos de una siesta, oí, todavía aturdido por el sueño, que mi madre preguntaba desde el balcón en tono natural: "¿Qué hace usted, querida? ¡Qué calor!" Una señora contestó desde el jardín: "¡gozo entre las plantas!" Lo decían sin pensar y no muy claramente, como si aquella señora hubiera esperado la pregunta y mi madre la respuesta.
Yo creía que él también me preguntaba algo, por eso llevé la mano al bolsillo posterior del pantalón, como buscando algo. Pero no buscaba nada, sólo quería cambiar mi aspecto exterior para demostrar el interés que tenía la conversación. Entretanto dije que el suceso era extraño y que no lo comprendía. Agregué que no creía que fuera verdadero, que probablemente había sido inventado con algún propósito determinado que escapaba a mi comprensión. Luego cerré los ojos, cansados por la poca iluminación.
–¿Ve? Anímese; por lo menos una vez nuestras opiniones coinciden y me ha detenido generosamente para decírmelo. Pierdo una esperanza y gano otra.
–¿No es verdad? ¿Había de avergonzarme porque no camino erguido y a grandes pasos, porque no golpeo el pavimento con el bastón y no

rozo los vestidos de la gente que pasa bulliciosamente? Por el contrario, ¿no tendría derecho a quejarme por tener que ir saltando a lo largo de las casas como una sombra ilimitada y porque a veces desaparezco tras los cristales de los escaparates?
–¡Qué días debo soportar! ¿Por qué estará todo tan mal construido? Altas casas se derrumban a veces sin que se pueda encontrar un motivo visible. Trepo después por los montones de escombros y pregunto a todo el que encuentro: ¿Cómo ha podido ocurrir esto? ¡Una casa nueva! ¡En nuestra ciudad! ¿Cuántas van ya? Imagínese. Y nadie puede responderme.
A menudo se desploma alguien en la calle y permanece allí muerto. Entonces todos los comerciantes abren sus puertas, tapizadas de mercaderías en exhibición, se acercan ágiles, entran al muerto en una casa, regresan con una sonrisita alrededor de la boca y de los ojos, y comienza la charla:
–Buenos días... el cielo está descolorido... vendo muchos pañuelos... sí, la guerra.
Yo entro corriendo en la casa y después de levantar varias veces la mano y encorvando un dedo temerosamente, golpeo por fin la ventanita del portero:
–Buenos días –digo, tengo la impresión de que hace poco han traído aquí a un hombre muerto. ¿Seria tan amable de mostrármelo? –Y cuando él mueve la cabeza como si no pudiera decidirse, agrego:
–¡Tenga cuidado! Soy de la policía secreta y quiero ver al muerto en seguida. –Su indecisión ha desaparecido.
–¡Fuera! –grita, esta gentuza ha tomado por costumbre arrastrarse todos tos días por aquí. Aquí no hay ningún muerto. Tal vez en la casa de al lado.
Yo saludo y me voy.
Pero luego, cuando tengo que cruzar una gran plaza, lo olvido todo. Si se construyen plazas tan amplias por puro capricho, ¿por qué no se las provee de una barandilla para atravesarlas? Hoy sopla viento del sudoeste. La aguja de la torre del ayuntamiento traza pequeños círculos. Todos los vidrios de la ventana crujen y los postes del alumbrado se doblan como bambúes. El manto de la virgen sobre la columna se retuerce y el viento la envuelve. ¿No lo ve nadie? Los caballeros y las damas que debieran marchar sobre las piedras, flotan. Si el viento para, se detienen, se hablan, se inclinan y se saludan; pero si arrecia no pueden resistirlo y todos levantan simultáneamente los pies. Por cierto que deben sujetar los sombreros, pero les bailan los ojos y no tienen nada que objetar al tiempo. Sólo yo tengo miedo. Entonces pude decir:

–No encuentro nada de particular en la historia que me ha contado de su madre y la mujer del jardín. No sólo porque he escuchado muchas de ese tipo, sino también porque incluso ha intervenido en algunas. Es completamente natural. ¿No cree que si yo hubiera estado en verano en ese balcón no habría podido preguntar lo mismo o contestar lo mismo desde el jardín? El suceso era en realidad muy común.
Por fin, cuando hube dicho esto, pareció tranquilizado. Dijo que yo estaba bien vestido, que le gustaba mi corbata. Y que tenía una piel muy fina. Agregó que las confesiones eran más claras cuando uno podía retractarse de ellas.

c. Historia del orante

Luego se sentó a mi lado, pues yo, confundido, le había hecho sitio, ladeando la cabeza. Sin embargo, no se me escapaba que él también estaba turbado y que procuraba conservar entre el y yo una cierta distancia. Dijo con esfuerzo:
–¡Qué días estoy pasando! Anoche estuve en una reunión. Me inclinaba, a la luz del gas, frente a una señorita a quien decía: "Me alegra realmente que se aproxime el invierno..." Precisamente me inclinaba diciendo estas palabras, cuando noté con desagrado que me había dislocado una pierna y que la rótula también se había aflojado un poco.
Me senté, y ya que siempre trato de controlar mis frases dije:
–Si el invierno resulta algo penoso, uno puede conducirse con mayor soltura, no necesita esforzarse tanto con las palabras. ¿No es así, estimada señorita? Creo que tengo razón en este punto.
Entretanto la pierna derecha me fastidiaba. Al principio creía que se había desarmado por completo; sólo poco a poco, apretándola, y con masajes adecuados, pude arreglarla a medias.
La muchacha, que por solidaridad también se había sentado, dijo en voz baja:
–No; usted no me impresiona en absoluto, porque...
–Espere –dije satisfecho y expectante. Usted no debe malgastar ni cinco minutos en conversar conmigo, estimada señorita. Coma, por favor, entre palabra y palabra.
Extendí los brazos y tomé un grueso racimo de uvas de una fuente sostenida por un alado efebo de bronce, lo levanté un poco y luego lo deposité en un platillo de borde azul. Con movimiento tal vez no exento de elegancia, se lo alcancé a la joven.
–No me impresiona en absoluto –dijo ella; todo lo que usted dice es tedioso e incomprensible, y falso también. Lo que yo creo, señor (¿por qué siempre me dice estimada señorita?), lo que yo creo es que usted

no se ocupa de la verdad porque exige grandes esfuerzos.
Sus palabras me agradaron.
–Sí, señorita, sí –grité casi. Cuánta razón tiene! Es una dicha ser comprendido así sin habérselo propuesto.
–La verdad es demasiado pesada para usted, señor; observe su aspecto; está usted recortado todo a lo largo en papel de seda; papel de seda amarillo, como una silueta, y cuando camina se deben de oír los crujidos. Por eso sería injusto tomar demasiado en serio sus posturas o sus opiniones, porque usted no tiene más remedio que doblarse según la corriente de aire que hay en la habitación.
–No la comprendo. Nos rodean unas cuantas personas que dejan caer los brazos sobre los respaldos de las sillas o se apoyan en el piano o que, indecisas, se llevan la copa a los labios, o van temerosas a la habitación contigua, y después de golpearse en la oscuridad el hombro izquierdo y piensan: "Allí está Venus, el lucero vespertino". Y yo formo parte de esta reunión. Pero no sé si tiene algún sentido, no lo encuentro. Pero no sé ni siquiera si tiene algún sentido... Y vea usted, querida señorita, entre toda esta gente que, respondiendo a su propia vaguedad, se comporta en forma tan indecisa y hasta ridícula, sólo yo parezco digno de escuchar un juicio completamente claro sobre mi persona. Y para que hasta eso tenga algo de agradable, usted lo expresa con sorna, para dar a entender que algo se salva, como sucede con las paredes de un edificio destruido por dentro por un incendio. La mirada apenas encuentra obstáculos; por los amplios huecos de las ventanas se ven de día las nubes parecen talladas en piedra gris y las estrellas forman dibujos sobrenaturales... ¿Qué tal si, en agradecimiento, le confiara a usted que vendrá un tiempo en que todos los que quieran vivir tendrán el mismo aspecto que yo; recortados en papel de seda amarillo, en forma de siluetas (como usted ha hecho notar) y que cuando caminen se oirá su crujido? Y usted no será distinta de lo que es ahora, pero tendrá ese aspecto, querida señorita...
Noté que la muchacha ya no estaba sentada a mi lado. Probablemente, se había ido después de sus últimas palabras, pues ahora la veía, no lejos de mí, cerca de una ventana, rodeada por tres jóvenes que hablaban, riendo desde la altura de sus blancos cuellos.
Lleno de alegría bebí una copa de vino y me acerqué al pianista que, completamente aislado y cabeceando, tocaba algo triste. Me incliné con cuidado sobre su oído, para no asustarlo, y dije en voz baja:
–Tenga usted la amabilidad, estimado señor, de permitirme tocar a mí ahora, porque estoy en vías de ser feliz.
Como parecía no escucharme, permanecí un rato confuso, de pie, pero luego, sobreponiéndome a mi timidez, recorrí uno a uno los grupos de

invitados y les dije:
–Esta noche tocaré el piano.
Todos parecían saber que no podía hacerlo, pero sonreían con amabilidad porque había interrumpido agradablemente sus conversaciones. Pero sólo prestaron realmente atención cuando dije al pianista, en voz alta:
–Tenga la amabilidad, estimado señor, de permitirme tocar ahora. Estoy en vías de ser feliz. –Hay que celebrar un triunfo.
El pianista, si bien dejó de tocar, no parecía comprenderme y no se movió de su banco color castaño. Suspiró y se cubrió el rostro con los largos dedos.
Me compadecí de él, e iba a instarle a seguir tocando, cuando se me acercó la dueña de casa con otras personas. –¡Qué casualidad! –decían y soltaban la risa como si yo fuese a emprender algo extraordinario.
La joven también se acercó, me miró despectivamente y dijo:
–Por favor, señora, déjele tocar. Tal vez quiera contribuir así al entretenimiento de todos. Es digno de aplauso. Se lo ruego, señora.
Todos se rieron porque, evidentemente, creían, como yo, que esas palabras tenían un sentido irónico. Sólo el pianista estaba mudo. Mantenía la cabeza baja y pasaba el índice de la mano por la madera del banco como si dibujara en la arena. Yo temblaba, y para ocultarlo, metí las manos en los bolsillos del pantalón. No podía ya hablar con claridad porque todo mi rostro quería llorar. Por eso tenía que elegir las palabras en tal forma que la idea de que quería llorar pareciera ridícula a mis oyentes.
–Señora –dije– tengo que tocar ahora porque...
Como había olvidado el motivo, me senté inopinadamente al piano. Entonces volví a comprender mi situación. El pianista se levantó y pasó delicadamente por encima del banco, pues yo le cerraba el camino.
–Apague la luz, por favor, sólo puedo tocar en la oscuridad.
Me incorporé.
Dos caballeros levantaron el banco y me llevaron en volandas hasta la mesa, mientras silbaban una canción y me columpiaban ligeramente.
Todos parecían entusiasmados y la señorita dijo:
–¿Ve, señora? Ha tocado bastante bien. Yo ya lo sabía. ¿Ve que su temor era infundido?
Comprendí y agradecí con una reverencia que ejecuté correctamente.
Se me sirvió limonada y una señorita de labios rojos me sostuvo el vaso para que bebiera. La dueña de casa me alcanzó pastelillos en una bandejita de plata y una muchacha de vestido completamente blanco me los introducía en la boca. Una exhuberante joven de cabello rubio sostenía un racimo de uvas que yo no necesitaba más que arrancar; me

miraba a los ojos, que la eludían. Como me trataban tan bien, me sorprendió que todos, unánimemente, me retuvieran cuando pretendí acercarme de nuevo al piano.
–Ya es suficiente –dijo el dueño de casa, cuya presencia no había notado. Salió y regresó de inmediato con un descomunal sombrero de copa y un abrigo floreado de color castaño cobrizo. Ahí tiene sus cosas.
Realmente, no eran mis cosas, pero no quería ocasionarle la molestia de salir nuevamente. El mismo me ayudó a ponerme el abrigo, que me sentaba a la perfección, aunque tal vez resultara un poco estrecho, a pesar de mi delgadez. Una dama de rostro benévolo me lo abrochó y al hacerlo se fue inclinando insensiblemente.
–Que siga usted bien –dijo la dueña de casa, y vuelva pronto. Su visita siempre será grata.
Todos se inclinaron como si ello fuera indispensable. Yo lo intenté también, pero el abrigo me lo impedía. Entonces cogí el sombrero y, creo que desmañadamente fui hacia la puerta.
Pero cuando con pasos cortos crucé la puerta de la calle, la gran concavidad el cielo con la luna y las estrellas, la plaza con el Ayuntamiento, la columna de la Virgen y la iglesia se me vinieron encima.
Pasé tranquilamente de la sombra al claro de la luna, me desabroché el abrigo y traté de entrar en calor; luego, levantando las manos, hice callar el rumor de la noche y comencé a reflexionar:
–¿Qué? ¿Fingís que existís? ¿Pretendéis hacerme creer que soy irreal, cómicamente plantado en el verde pavimento? Sin embargo, hace ya mucho tiempo que dejaste de ser real. oh cielo, y tú plaza, no lo fuiste jamás.
"Os concedo que todavía sois superiores a mi, pero sólo cuando os dejo en paz.
"Gracias a Dios, luna, ya no eres la luna, pero quizá sólo por pereza te sigo nombrando luna, como te llamabas antes. ¿Por qué disminuye tu orgullo cuando te designo olvidado farolito japonés de color extraño? ¿Y por qué estás a punto de retirarte cuando te designo Columna de María? ¿Y por qué ya no reconozco tu actitud amenazadora, Columna de María, cuando te nombro: Luna, que irradia luz amarilla?
"Creo. en verdad, que no os sienta bien que uno haga reflexiones sobre vosotras; disminuye vuestro ánimo y vuestra salud.
"¡Gran Dios, qué beneficioso sería que el contemplativo aprendiera del borracho!"
¿Por qué ha callado todo? Creo que ya no hay viento. Y las casitas que a menudo se deslizan por la plaza como sobre ruedecillas, se han atascado. Silencio, silencio..., ni siquiera se ve el fino trazo negro que

ordinariamente las separa del suelo.
Eché a correr. Sin dificultad, di tres vueltas a la plaza, y como no encontré ningún borracho, me dirigí, sin disminuir la rapidez y sin experimentar fatiga, hacia el callejón Carlos.
Mi sombra me acompañaba y a veces corría sobre la pared, más pequeña que yo, como si se hubiera introducido en una zanja entre la pared y la calle.
Al pasar por el Cuartel de Bomberos oí ruidos en dirección a la pequeña plaza, y al doblar, vi a un borracho de pie junto a la verja de la fuente, los brazos en posición horizontal y golpeando el suelo con zuecos de madera.
Me detuve para recobrar el aliento; luego me acerqué a él, me quité el sombrero de copa y dije, presentándome:
–Buenas noches, tierno caballero; he llegado a los veintitrés años, pero todavía no tengo nombre. Pero usted seguramente viene con un apelativo asombroso y musical de esa gran ciudad llamada París. El sobrenatural perfume de la frívola corte de Francia le envuelve.
"Con toda seguridad que, con sus ojos coloreados, ha visto a esas grandes damas que están de pie sobre la alta y amplia terraza, girando irónicamente sobre su talle estrecho, mientras el extremo de su cola pintada, extendida ampliamente también sobre la escalera, yace aún en la arena del jardín. ¿No es cierto que una multitud de criados, de fraques grises de corte atrevido y pantalón blanco, trepan por largas pértigas, distribuidas por todas partes, y con las piernas alrededor de los postes, el torso frecuentemente echado hacia atrás y hacia el costado, deben tirar de gruesas sogas para izar y extender en lo alto gigantescas lonas grises, porque la señora desea una mañana neblinosa? Eructó y dijo alarmado:
–Realmente, ¿es verdad que usted viene, señor, de nuestro París, del turbulento París, de esa granizada de entusiasmo? Cuando volvió a eructar, dije con embarazo:
–Sé que se me depara un gran honor.
Con ágiles dedos me abroché el abrigo y dije con fervorosa timidez:
–Ya sé, señor, que no me considera digno de una contestación, pero si hoy no le preguntara, tendría que llevar una existencia por demás triste.
"Le ruego, pues, elegante caballero, me diga si es verdad lo que me han contado. ¿Hay gente en París que no tiene más que ropas adornadas y hay allí casas que son sólo portales? ¿Y es verdad que en los días de verano el cielo sobre la ciudad es fugitivamente azul, sólo adornado con blancas nubecillas en forma de corazón? ¿Y que existe allí un panóptico muy concurrido, en que sólo hay árboles y tablillas con los

nombres de los más célebres héroes, delincuentes y amantes?
"Y después todavía esta noticia, seguramente falsa ¿no es verdad de que las calles de París se ramifican de pronto, inquietas?. ¿Que no siempre todo está en orden? Pero claro, ¿cómo podría estarlo? Sucede alguna vez un accidente, la gente se reúne saliendo de las calles laterales, con ese paso urbano que apenas roza el pavimento; todos sienten curiosidad, pero al mismo tiempo temen ser defraudados; respiran con prisa y adelantan sus cabecitas. Pero si llegan a chocar entre sí, hacen profundas reverencias y piden perdón: Lo siento.. ha sido sin querer… hay demasiada gente, disculpe, por favor… qué torpe soy… lo reconozco. Mi nombre es... mi nombre es Jerome Faroche, comerciante en especias en la rue de Cabotin… permítame que lo invite a almorzar mañana... mi señora estará encantada... Así hablan mientras la calle está sumida en gran confusión y el humo de las chimeneas cae sobre las casas. Y hasta sería posible que en algún bulevar animado de un barrio distinguido se detuvieran dos coches, que los criados abrieran gravemente las puertas y ocho perros lobos siberianos, de raza, bajaran bailoteando y se lanzaran a saltos a través de la calzada. Y entonces se diría que son petimetres disfrazados.
El borracho había entrecerrado los ojos cuando callé.
se introdujo ambas manos en la boca y empujó la mandíbula hacia abajo. Su ropa estaba manchada; era probable que lo hubieran arrojado de una taberna y aún no lo había advertido.
Seguramente era esa pausa completamente tranquila entre el día y la noche, en que la cabeza, sin que uno se percate, cuelga hacia la nuca y en que todo, sin que uno se dé cuenta, se detiene porque no lo contemplamos y luego desaparece. Con los cuerpos arqueados y quemados, solos, miramos a nuestro alrededor, sin ver nada, y no percibimos la resistencia del aire, sino que nos aferramos íntimamente al recuerdo de que a cierta distancia de nosotros se levantan edificios con techos y chimeneas angulosas, por las que la oscuridad fluye de las casas y pasa necesariamente a través de las buhardillas, antes de llegar a las distintas habitaciones. Y es una suerte que mañana sea un día en que, por más increíble que parezca, todo podrá ser visto de nuevo.
Entonces el borracho levantó las cejas, en forma tal que se vio entre ellas y los ojos un destello y explicó con intermitencias:
–Es así…, tengo sueño, me iré a dormir… Tengo un cuñado en la Plaza Wenzel… Iré hacia allá, vivo allá, allá tengo mi cama… vete ahora… No sé cómo se llama ni dónde vive... me parece que lo he olvidado… pero eso no importa, porque ni siquiera sé si tengo cuñado... Ahora me voy… ¿Cree usted que lo encontraré?
–Desde luego –dije sin vacilar. Pero usted viene de lejos y sus criados

casualmente no están con usted. Permítame que lo acompañe.
No contestó y le ofrecí el brazo.

d. Prosecución de la conversación entre el gordo y el orante

Hacía ya tiempo que trataba de despabilarme. Me frotaba el cuerpo y me decía:
"Es hora de que hables. Si ya estás confundido”.
¿Sientes opresión? Espera. Tú conoces estas situaciones. ¡Piénsalo sin prisa! Los que te rodean también esperarán.
"Sucede como en la reunión de la semana pasada. Alguien lee algo en voz alta. Yo mismo he copiado una hoja a petición suya. Cuando veo la letra que aparece a continuación de las hojas escritas por él, me asusto. Es insoportable. La gente se inclina sobre ellas desde los tres lados de la mesa. Aseguro llorando que no es mi letra.
"¿Pero por qué había de parecerse a lo de hoy? Sólo depende de ti que se origine una conversación limitada. Todo está en paz. ¡Haz un esfuerzo, querido!... Ya encontrarás una objeción... Puedes decir: “Tengo sueño. Me duele la cabeza. Adiós”. Conque, ¡rápido, rápido! Hazte notar. ¿Qué es eso? ¿Otra vez obstáculos y obstáculos? ¿Qué recuerdas?... Recuerdo una meseta que se alzaba contra la grandeza del cielo como un escudo de la tierra. La vi desde una montaña y me preparé para atravesarla. Comencé a cantar."
Mis labios estaban secos y desobedientes cuando dije:
–¿No será posible vivir en otra forma?
–No –dijo él, sonriendo, interrogante.
–¿Pero por qué reza a la tarde en la iglesia? –pregunté entonces, mientras se derrumbaba entre nosotros todo cuanto yo había apuntalado entre sueños.
–¿Por qué habríamos de hablar de ello? Al anochecer, nadie que viva solo es responsable. Hay muchos temores. Que se desvanezca la corporeidad, que los nombres sean realmente como parecen en el crepúsculo, que no se pueda andar sin bastón, que tal vez fuera conveniente ir a la iglesia y rezar a gritos, para ser mirado y obtener un cuerpo.
Como hablara así y después callara, saqué del bolsillo mi pañuelo rojo y lloré doblado sobre mí mismo.
Se puso de pie, me besó y me dijo:
–¿Por qué lloras? Eres alto y eso me gusta; tienes largas manos que casi se conducen según tu voluntad. ¿Por qué no te alegras por ello? Usa siempre bordes oscuros en las mangas, te lo aconsejo... No.... ¿te mimo y sigues llorando? Sin embargo, soportas con bastante cordura la

vida.
"Construimos máquinas de guerra en el fondo inútiles, torres, murallas, cortinas de seda y, si tuviéramos tiempo, nos asombraríamos de ello. Y nos mantenemos en suspenso, no caemos, aleteamos a pesar de ser más repelentes que murciélagos. Y ya casi nadie nos puede impedir que en un día hermoso digamos: "Gran Dios, hoy es un hermoso día", pues ya estamos instalados en nuestra tierra y vivimos conformes a ella y a nosotros mismos.
"Porque somos como troncos derribados de la nieve. Parecen apoyarse ligeramente y se debería poder desplazarlos con un empujón. Pero no, no se puede, están fuertemente unidos al suelo. Pero mira, hasta eso es sólo aparente.
Las reflexiones contuvieron mis lágrimas:
–Es de noche y nadie podrá echarme en cara mañana lo que pueda decir ahora, porque puede haber sido dicho en sueños.
Luego dije:
–Eso es. Pero ¿de qué hablábamos? No podíamos hablar de la iluminación del cielo, ya que estamos en la profundidad de un zaguán. No..., sin embargo, hubiéramos podido hablar de ello, porque, ¿no somos acaso completamente independientes en nuestra conversación? No buscamos ni fin ni verdad, sólo diversión y esparcimiento. Pero ano podría contarme de nuevo la historia de la señora del jardín? ¡Qué admirable, qué sabia es esta mujer! Debemos comportarnos según su ejemplo. ¡Cómo me agrada! Y además está bien que me encontrara con usted y lo atrapara. Ha sido para mí un gran placer conversar con usted. He oído algunas cosas que (tal vez deliberadamente) ignoraba. Me alegro.
Parecía satisfecho. Aunque el contacto con un cuerpo humano siempre me es desagradable, tuve que abrazarlo.
Luego salimos del zaguán y miramos el cielo. Mi amigo acabó de dispersar con el aliento algunas nubes ya deshechas, y se nos ofreció la ininterrumpida extensión de las estrellas. Caminaba penosamente.

HUNDIMIENTO DEL GORDO

Entonces fue atrapado por la velocidad y empujado a lo lejos. El agua del río fue atraída a un precipicio, quiso retroceder, vaciló en, el borde que se desmoronaba, y se derrumbó entre fragmentos y humo.
El gordo no pudo seguir hablando, tuvo que girar y desaparecer en el fragor de la catarata.
Yo, que había asistido a tantos entretenimientos, lo vi todo desde la

orilla.
–¿Qué pueden hacer nuestros pulmones? –grité–. Si al respirar apresuradamente, se asfixian en sus propios venenos; si con lentitud, mueren en el aire irrespirable, por culpa de las cosas en rebelión. Pero si tratan de dar con su propio ritmo, entonces es esa búsqueda lo que los mata.
Entretanto, las márgenes del río se separaban desmesuradamente, y sin embargo yo tocaba con la palma de la mano el hierro de un indicador de caminos empequeñecido por la distancia. No lo entendía muy bien. Yo era pequeño, casi más pequeño que de costumbre; un rosal silvestre de flor blanca era más alto que yo. Lo sabía porque poco antes había estado a mi lado. Y sin embargo me había equivocado, ya que si mis brazos eran tan largos como los nubarrones, los aventajaban en rapidez. No sabía por qué querían aplastar mi pobre cabeza.
Esta era minúscula como un huevo de hormiga y estaba un poco deteriorada, además no era perfectamente redonda. Efectuaba con ella giros suplicantes, pues, por ser mis ojos tan pequeños no se habría notado lo que querían expresar.
Mis piernas, mis imposibles piernas yacían por sobre las montañas boscosas y proyectaban sombra en los valles aldeanos. ¡Crecían! Ya llegaban al espacio carente de paisaje, más allá de mi alcance visual.
Pero no; soy pequeño, pequeño por ahora; ruedo, ruedo, soy un alud. Os lo ruego, ¡oh vosotros, los que pasáis!, sed amables y decidme cuán grande soy; medid estos brazos y estas piernas. Os lo ruego.

III

–Por favor –dijo mi compañero, que volvía conmigo de la reunión y que marchaba tranquilo a mi lado por un camino del monte Laurenzi, deténgase un poco para que pueda ordenar mis ideas. Tengo algo que hacer. Pero estoy cansado... la noche es fría y radiante, pero este viento, viento descontento, a ratos hasta parece hacer cambiar la situación de aquellas acacias.
La sombra lunar de la casa del jardinero se tendía a través del camino ligeramente abovedado, adornada con ribetes de nieve. Cuando distinguí el banco junto a la puerta, lo señalé con la mano, pues no era valiente y esperaba reproches, así que me puse la mano izquierda sobre el pecho.
Se sentó disgustado, sin preocuparse por sus hermosas ropas, y me asombró que apretara los codos contra las caderas, apoyando la frente sobre los dedos crispados.

–Quiero contarle esto. Vivo ordenadamente, ¿sabe? No hay nada que objetar. Todo lo que es necesario y reconocido, sucede. La desdicha, habitual en la sociedad que frecuento, no me respetó, como comprobamos con satisfacción yo mismo y todos los que me rodean; y tampoco esta dicha general se retrajo: podía hablar de él en las reuniones. Bueno, nunca he estado enamorado de veras. Lo lamentaba a veces, pero cuando las necesitaba, usaba aquellas expresiones. Ahora, en cambio, lo tengo que admitir: Si, estoy enamorado, y probablemente arrebatado por la pasión. Soy un amante fogoso, como los desean las muchachas. Pero ¿no debí considerar que precisamente esta deficiencia anterior originaba un vuelco excepcional y jocoso, sumamente jocoso, en mi situación?
–Calma, calma –dije indiferente, sólo pensando en mí. Su amada es hermosa, por lo que he oído.
–Si, es hermosa. Junto a ella sólo pensaba: "Esta audacia... y yo soy tan osado... viajo por mar... bebo litros y linos de vino. Pero cuando ríe no muestra los dientes como es de esperar, sólo se puede ver la oscura, estrecha, arqueada oquedad de su boca. Eso le confiere un aspecto astuto y senil, aunque al reír eche la cabeza hacia atrás.
–No puedo negarlo –dije entre suspiros. Probablemente yo también lo he visto, pues debe ser notable. Pero no es tan sólo eso. ¡La belleza de las muchachas en general! A menudo, al contemplar los vistosos vestidos con pliegues y volados, pienso que no se conservarán así por mucho tiempo, que se formarán arrugas que nadie podrá alisar, que el polvo se alojará, pertinaz, en los adornos; pienso que nadie desearía ofrecer el espectáculo triste y ridículo de ponerse por la mañana y quitarse por la noche, diariamente, el mismo costoso vestido. Sin embargo, veo muchachas que a pesar de su hermosura y atractivos músculos y huesecillos, tengan piel y grandes matas de cabello sedoso, aparecen diariamente con este mismo disfraz natural, apoyan siempre el mismo rostro en la mano y contemplan idéntica faz en el espejo. Sólo a veces, de noche, cuando regresan de alguna fiesta, advierten, al mirarse en el espejo, que tienen un rostro ajado, hinchado, por todos visto y apenas tolerado.
–Muchas veces, mientras caminábamos, le pregunté si ella le parecía bonita; pero usted siempre se volvió, sin contestarme. Dígame, ¿tiene malas intenciones? ¿Por qué no me consuela?
Afirmé los pies en la sombra y dije atentamente: –Usted no necesita consuelo. Usted es amado.
Y para no resfriarme, me cubrí la boca con mi pañuelo estampado de uvas azules.
Ahora se volvió hacia mi y apoyó su gruesa cara contra el bajo respaldo

del banco:
–¿Sabe? En realidad aún tengo tiempo, todavía puedo cortar este amor naciente con una infamia, una infidelidad o con un viaje a un país lejano. Porque, realmente, dudo, no sé si dejarme arrastrar por este torbellino. No hay nada seguro; nadie puede precisar rumbo y duración. Cuando entro en una taberna para emborracharme, sé que esa noche estaré borracho. ¡Pero en mi caso! Dentro de una semana pensaba hacer una excursión con una familia amiga, eso ya supone quince días de agitación para el corazón. Los besos de esta noche me adormecen para obtener espacio de sueños ilimitados. Yo me rebelo, doy un paseo nocturno; me muevo continuamente, mi rostro se hiela y arde como golpeado por el viento, debo tocar continuamente una cinta rosa en el bolsillo, experimento grandes temores por mí, sin poder afrontarlos y hasta superarlo a usted, señor mío, mientras que en otra ocasión seguramente no conversaría tanto.
Yo sentía mucho frío y el cielo adquiría ya poco a poco una coloración blanquecina.
–Ninguna infamia, ninguna infidelidad, ningún viaje a un país lejano le servirá. Tendrá que matarse –dije, y sonreí además.
Enfrente, en el otro borde de la avenida, había dos arbustos y, detrás de ellos, la ciudad. Todavía estaba un poco iluminada.
–Bien –gritó y golpeó el banco con un pequeño y fuerte puño, pero en seguida volvió a quitarlo. Sin embargo, usted vive. Usted no se mata. Nadie lo ama. Usted no logra nada. Ni siquiera dominar el próximo instante. Por eso habla así, como un vulgar. No puede amar; nada le agita fuera del miedo. Mire, mire mi pecho.
Se abrió rápidamente el abrigo, el chaleco y la camisa. Su pecho era realmente ancho y hermoso.
Yo comencé a susurrar.
–Sí, a veces sobrevienen situaciones rebeldes. Este verano, por ejemplo, estuve en un pueblo, a orillas de un río. Lo recuerdo perfectamente. A menudo me acurrucaba en un banco de la orilla. En la ribera había un puesto de meriendas. A menudo tocaban el violín. Se reunía allí gente joven y fuerte, que bebía cerveza al aire libre; hablaban de caza y de aventuras. Además, detrás de la otra orilla surgían montañas cubiertas de nubes...
Me levanté, la boca débilmente retorcida, y me detuve en el césped, detrás del banco: quebré también algunas ramas cubiertas de nieve. Dije al oído de mi compañero:
–Estoy comprometido; lo reconozco.
No se asombró de que me hubiese levantado.
–¿Usted está comprometido?

Daba la sensación de estar muy débil, como si sólo lo sostuviera el respaldo. Se quitó el sombrero y vi su pelo cuidadosamente peinado y perfumado, terminado en la nuca en una línea curva y precisa, tal como se usaba en ese invierno.

Me alegré de haberle contestado en forma tan inteligente. "Si. –me dije–; he aquí un hombre que se mueve a sus anchas en las reuniones, de lengua ágil y brazos libres. Puede conducir a una dama a través de un salón y conversar amablemente con ella sin que le preocupe que afuera llueva o que haya un tímido o que suceda cualquier otra cosa lamentable. Sí, se inclina graciosamente ante las damas. Aquí está ahora."

Se pasó un pañuelo de batista por la frente.

–Póngame la mano sobre la frente –dijo. Se lo ruego.

No me apresuré a complacerle y entonces cruzó las manos.

Como si nuestra pena lo oscureciese todo, hablábamos en lo alto de la montaña como en una pequeña habitación, a pesar de la luz, y del viento de la mañana. Muy próximos aunque no simpatizábamos, las paredes nos impedían separarnos. Pero podíamos conducirnos ridículamente y sin rigidez humana, sin avergonzarnos de las ramas que nos cubrían y los árboles que nos rodeaban.

Mi compañero sacó una navaja, la abrió pensativo y, como jugando, se la hundió en el brazo izquierdo; pero no volvió a sacarla. La sangre corrió en el acto. Sus redondas mejillas estaban pálidas. Retiré entonces el cuchillo, corté con él las mangas del abrigo y de la chaqueta y rasgué la camisa. Corrí un trecho buscando ayuda. Todo el ramaje se veía ahora nítidamente inmóvil. Chupé un poco la herida; de pronto, me acordé del pabellón. Subí corriendo las escalinatas del lado izquierdo, revisé de prisa las ventanas y puertas, llamé furiosamente, aunque había notado desde el principio que la casa estaba deshabitada. Luego volví a mirar la herida, que continuaba manando sangre. Humedecí el pañuelo en la nieve y le vendé el brazo con torpeza.

–Querido –le dije, te has herido por mi causa. Estás en buena posición, rodeado de cosas amables. Puedes pasear en días luminosos cuando mucha gente bien vestida circula entre las mesas o en los caminos de las colinas. Piensa que en la primavera podernos ir al bosque, no, nosotros no, viajarás tú, con Anita, alegremente... Sí, créeme, te lo ruego; el sol, brillando sobre nosotros, iluminará esa belleza vuestra y todos la verán. Hay música, los caballos se oyen desde lejos, las penas están de más; la algarabía y los organillos resuenan en las avenidas.

–¡Gran Dios! –dijo él. Se levantó, y apoyándose en mí nos pusimos en marcha. Ya no hay salvación. Todo eso ya no podría alegrarme. Discúlpeme. ¿Es tarde? Tal vez mañana tenga algo que hacer. ¡Dios

mío!
Un farol, cerca de la pared, acostaba las sombras de los troncos sobre los caminos y la nieve, mientras las sombras del ramaje caían como quebradas, hacia el barranco.

PREPARATIVOS PARA UNA BODA EN EL CAMPO

(1907)

I

Eduard Raban avanzó por el pasillo, entró en la abertura del portal y vio que estaba lloviendo. Llovía poco. En la acera, ante él, había muchas personas que caminaban a distinto paso. A veces se adelantaba uno y cruzaba la carretera. Una niñita sostenía un cansado perrito en sus brazos estirados. Dos señores se hacían mutuas confidencias. Uno tenía la mano con la palma hacia arriba y la movía regularmente, como si sostuviera una carga en vilo. Se veía una dama, con un sombrero muy cargado de cintas, broches y flores. Y un joven con un delgado bastón pasaba de prisa, la mano izquierda, como si estuviera impedida, doblada sobre el pecho. De vez en cuando venían hombres fumando precedidos por pequeñas, rígidas y apaisadas nubes de humo.
Tres hombres –dos sujetaban ligeros gabanes en el antebrazo– caminaban desde las paredes de las casas hasta el borde de la acera, contemplando lo que allí sucedía, y de nuevo se volvían hablando.
A través de los claros entre los caminantes peatones se veían las piedras, ensambladas con regularidad, de la carretera. Allí, coches sobre altas y blandas ruedas eran arrastrados por caballos estirados. Las personas que se recostaban sobre los acolchados asientos miraban en silencio a los peatones, las tiendas, los balcones y el cielo. Si un coche adelantaba a otro, los caballos se juntaban unos con otros y los arneses colgaban bamboleándose. Los animales tiraban del eje, el coche rodaba, bamboleándose, hasta que el arco alrededor del coche de delante había sido completado y los caballos se despegaban de nuevo; sólo las finas y tranquilas cabezas quedaban vueltas unas a otras. Algunas personas se acercaban corriendo hacia el portal de la casa, se quedaban parados en el seco mosaico, se volvían con tranquilidad y miraban la lluvia que caía a ráfagas en ese estrecho callejón. Raban estaba cansado. Sus labios eran pálidos, al igual que el descolorido rojo de su corbata ornada con un dibujo moro. La dama en el umbral de la puerta de enfrente, que hasta ahora había contemplado sus zapatos, muy visibles bajo su falda remangada, miraba ahora hacia él. Lo hizo con indiferencia, y además puede que sólo mirara la lluvia que caía

delante ellos o los cartelitos de anuncios sujetos a la puerta por encima de sus ojos. Raban pensó que ella miraba asombrada. Así que, pensó, "si se lo pudiera contar, ni se asombraría”. Se trabaja tan exageradamente que se está incluso demasiado cansado como para disfrutar de las vacaciones. Pero con todo el trabajo no se consigue la pretensión de ser tratado por todos con cariño; al contrario, se está solo, se es un objeto de curiosidad. Y en tanto que digas "se" en lugar de "yo", no es nada y se puede contar esta historia, pero en cuanto te confieses que eres tú mismo, entonces eres formalmente atravesado y estás aterrorizado.
Dejó el maletín revestido con una tela a cuadros en el suelo y al hacerlo dobló las rodillas. El agua de lluvia corría al borde de la carretera en riachuelos, que casi se estiraban hacia las zanjas colocadas más profundamente.
"Pero si yo mismo distingo entre “se” y “yo”, cómo me puedo quejar entonces de los otros. Tal vez no sean injustos, pero estoy demasiado cansado para poder recorrer sin esfuerzo el camino hasta la estación, que, sin embargo, es corto. ¿Así que por qué no me quedo en la ciudad durante estas pequeñas vacaciones para recuperarme? Soy imprudente. Este viaje me va a enfermar, lo sé con seguridad. Mi habitación no será cómoda, no es posible que sea de otra manera en el campo. Apenas si estamos en la primera mitad de junio, muchas veces el aire del campo es muy fresco. Si bien estoy bien vestido tendré que juntarme con personas que pasean tarde en la noche. Se pasearán por los estanques, casi seguro. Creo que me voy a resfriar. En cambio, resaltaré poco en las conversaciones. No podré comparar el estanque con otros estanques de países lejanos, pues nunca he viajado, y para hablar de la luna y para sentir la santidad y para subir exaltadamente a un montón de piedras estoy demasiado viejo. No quiero que se rían de mi."

La gente pasaba con las cabezas un poco bajas, sobre las que mantenían los oscuros paraguas. También pasó un camión, con un hombre sentado en el pescante lleno de paja que estiraba tan descuidadamente las piernas que un pie casi tocaba el suelo, mientras el otro permanecía sobre paja y harapos. Parecía como si estuviera sentado en el campo con buen tiempo. Pero sujetaba hábilmente las riendas de manera que el carro, en el que se entrechocaban las barras de hierro, se movía con soltura entre el gentío. En el suelo húmedo se veía pasar despacio el reflejo del hierro girando de hilera en hilera de piedras.
El niño pequeño de la dama de enfrente estaba vestido como un viejo

viticultor. Su traje era una especie de bolsa ceñida por una cinta de cuero debajo de las axilas. Su gorra medio esférica le llegaba hasta las cejas y de la punta dejaba caer una bola que le colgaba hasta la oreja izquierda. La lluvia lo alegraba. Salió de la puerta y miró al cielo con los ojos abiertos, para mojarse con el agua que caía. A veces saltaba, de manera que salpicaba mucho y los que pasaban lo reñían. Entonces la dama lo llamó y cogió de la mano; no lloró sin embargo.

Entonces Raban se asustó. ¿No era ya demasiado tarde? Como llevaba el gabán y la levita desabrochados, extrajo rápidamente su reloj. No funcionaba. Malhumorado, preguntó la hora a un vecino que se hallaba un poco más adentro en el pasillo. Estaba conversando y todavía inmerso en la charla, dijo: "Pasadas las cuatro", y se volvió.

Raban abrió rápidamente su paraguas y cogió su maleta. Pero cuando iba a salir a la calle una mujer apresurada le cerró el camino y la dejó pasar. Mientras tanto miraba sobre el sombrero de una niña, trenzado con paja roja y una coronita verde en el ala.

Todavía lo recordaba cuando ya estaba en la calle, que subía un poco en la dirección que él debía de seguir. Entonces lo olvidó, pues debía esforzarse; el maletín no resultaba liviano, y tenía el viento completamente en contra que le sacudía el gabán y le hacía doblar las varillas del paraguas.

Respiró profundo; un reloj en la plaza cercana, en una hondonada, dio las cinco menos cuarto; debajo del paraguas veía los cortos y ligeros pasos de personas que venían hacia él; ruedas de carros rechinaban al frenar girando más despacio; los caballos estiraban sus delgadas patas delanteras, osadas como gamos en el monte.

A Raban le pareció entonces que conseguiría soportar los largos y penosos próximos catorce días. No son más que catorce días, es decir, un tiempo limitado, y si bien los disgustos son cada vez mayores, el tiempo durante el cual hay que aguantarlos se reduce. Sin duda alguna su ánimo crece. Todos los que me quieren torturar y que ahora han ocupado el espacio a mi alrededor, serán rechazados paulatinamente por el benévolo transcurso de estos días, sin que tuviera que ayudarlos siquiera en lo más mínimo. Y yo puedo, como resultará natural, permanecer débil y estar callado y dejar que se haga todo conmigo y a pesar de esto todo tiene que salir bien, sólo por los días que van transcurriendo.

"¿Y además no puedo hacerlo como lo hacía de niño en asuntos peligrosos? Ni siquiera una vez necesito ir yo mismo al campo, no es necesario. Envío mi cuerpo vestido. Si se tambalea hacia afuera por la puerta de mi cuarto, el tambaleo no demuestra miedo, sino nulidad. Tampoco es excitación cuando tropieza en las escaleras, cuando se va

gimoteando y llorando come allí su cena. Pues mientras tanto yo estoy tumbado en la cama, tapado con una manta marrón clara, expuesto al aire que circula por la cerrada habitación. Los coches y la gente del callejón transitan titubeantes por un reluciente suelo, pues aún estoy soñando. Los cocheros y los peatones son tímidos y cada paso que quieren avanzar lo solicitan de mí, observándome. Yo les animo; no encuentran ningún obstáculo. Acostado en la cama creo que tengo la figura de un gran escarabajo, de un gusano o de un abejorro."

Se paró delante de una exposición de sombreros de caballeros, colgados de ganchitos observó detrás de un húmedo cristal, y los observó con los labios fruncidos. "Bueno, mi sombrero aguantará para estas vacaciones –pensó y siguió andando, y si nadie me puede aguantar por culpa de mi sombrero, tanto mejor.
"Sí, la gran figura de un escarabajo. Me coloco las patitas contra mi panzudo cuerpo. Y cuchicheo un pequeño número de palabras, que son órdenes para mi triste cuerpo encorvado que apenas si está conmigo. Pronto habrá terminado; se inclina, se va fugazmente y todo lo hará perfectamente mientras yo descanso."
Alcanzo una puerta aislada y abovedada que llevaba de lo alto del pequeño callejón a una pequeña plaza rodeada por muchas tiendas ya iluminadas. En el centro de la plaza, un poco oscurecida por la luz de los costados, había una estatua baja de un hombre sentado y pensativo. La gente se movía como pequeñas placas deslumbrantes delante de la luz y, como los charcos creaban reflejos por doquier, la imagen de la plaza variaba permanentemente.
Raban se adentró bastante en la plaza, esquivó temblando los coches que pasaban; saltaba de piedra seca en piedra seca y mantenía el paraguas abierto en la mano levantada para ver todo alrededor de él. Hasta que se detuvo al lado de un farol –la parada del tranvía eléctrico que estaba situada en una cuadrada plataforma empedrada.
"Me espera en el campo. ¿Qué estará pensando? No le he escrito en toda la semana, desde que está allí. Sólo hoy por la mañana. Al final imaginarán mi apariencia de otra forma. A lo mejor creen que me precipito sobre la gente, y esa no es mi costumbre; o que abrazo cuando llego, y tampoco hago eso. Les haré enfadar al intentar apaciguarles."

Un coche pasó muy de prisa; detrás de sus dos faroles ardiendo había dos damas en los oscuros y pequeños asientos de piel. Una estaba recostaba y tenía la cara cubierta por el velo y la sombra del sombrero. Pero el tronco de la otra estaba erguido; su sombrero era pequeño,

delimitado con finas plumas. Todos podían verla. Se mordía ligeramente el labio inferior.
Nada más pasar el coche por delante de Raban, un poste interrumpió la visión del caballo, entonces un cochero cualquiera –que llevaba un gran sombrero de copa sobre un pescante extraordinariamente alto se interpuso ante las damas –el vehículo ya se había desplazado y entonces el coche dobló la esquina de una pequeña casa, que ahora resaltaba más, y desapareció de la vista.
Raban siguió con la mirada con la cabeza inclinada, apoyó el mango del paraguas en el hombro para ver mejor. El pulgar de la mano derecha se lo había metido en la boca y frotaba los dientes contra él. Su maleta estaba a su lado, apoyada a un costado.
Los coches iban por la plaza de callejón en callejón, los cuerpos de los caballos volaban horizontales como si hubieran sido empujados, pero el movimiento de la cabeza y el cuello mostraban el impulso y el esfuerzo del movimiento.
Alrededor, en los bordes de las aceras de tres calles que confluyen aquí, había muchos desocupados que golpeaban el pavimento con bastoncitos. Entre ellos había unos quioscos en los que unas niñas servían limonadas; pesados relojes de calle sobre finas barras; hombres que llevaban en pecho y espalda grandes cartelones en los que había anunciados entretenimientos con letras multicolores; criados... toda una pequeña sociedad.
Dos coches señoriales que iban a través de la plaza hacia el callejón descendiente retuvieron a algunos señores de esta sociedad, pero detrás del segundo coche –ya lo habían intentado con miedo detrás del primero– se unieron en un solo grupo a los demás, con los que subieron a la acera en una fila más larga y entraron en las puertas de un café, empujados por las luces de las bombillas que colgaban en la entrada.
Algunos. vagones pasaban cerca, otros estaban lejos, confusamente quietos en las calles.
"Qué encorvada es –pensó Raban cuando vio la escena–; en realidad nunca se estira y a lo mejor tiene espaldas anchas. Tendré que prestar mucha atención. Y su boca es tan grande y su labio inferior sobresale sin duda por aquí; si, ahora me acuerdo también de eso. ¡Y el vestido! Naturalmente que yo no entiendo nada de vestidos, pero esas mangas pobremente cosidas son muy feas, parecen un vendaje. Y el sombrero, cuya ala tiene en cada lugar una altura distinta a la cara. Pero los ojos son bonitos, ocres si no me equivoco. Todos dicen que sus ojos son bonitos.
Al pasar un tranvía delante de Raban, muchas personas de su alrededor se abalanzaron hacia la escalera del coche, con unos pocos paraguas

abiertos y puntiagudos que sostenían con las manos apretadas contra los hombros. Raban, que tenía la maleta debajo del brazo, bajó de la acera y pisó con fuerza un charco invisible. En el coche había un niño de rodillas sobre un banco y apretaba las puntas de los dedos de ambas manos contra los labios, como si se despidiera de alguien. Algunos pasajeros se apearon y tuvieron que caminar unos pocos pasos a lo largo del coche para salir del tumulto. Entonces una dama subió al primer escalón; la cola de su vestido, que sujetaba con ambas manos, llegaba casi al suelo. Un señor se sujetaba a la barra de latón y con la cabeza erguida le contaba algo a la dama. Todos los que querían subir estaban impacientes. El conductor gritó.
Raban, que ahora se encontraba en el borde del grupo que esperaba, se volvió, pues alguien había gritado su nombre.
–Ah, Lenient –dijo con lentitud, y le ofreció al que se acercaba el dedo meñique de la mano con la que sujetaba el paraguas.
–Así que este es el novio que viaja en pos de la novia.
–Pareces muy enamorado –dijo Lement, riendo con la boca cerrada.
–Sí, tienes que perdonarme que me vaya hoy –dijo Raban. Te he escrito al mediodía. Naturalmente que me hubiera gustado mucho ir mañana contigo, pero es sábado y todo estará muy lleno, el viaje es largo.
–No importa. Me lo habías prometido, pero cuando se está enamorado... Tendré que viajar solo. –Lement tenía un pie en el adoquinado y otro en la acera y apoyaba el cuerpo ora en una pierna, ora en la otra.
–Querías coger el eléctrico; en este momento se marcha.
"Ven, vamos andando, te acompaño. Hay tiempo de sobra.
–Por favor, ¿no es tarde?
–No es ningún milagro que estés asustado, pero de verdad, aún tienes tiempo. Yo no estoy tan asustado, por eso no he encontrado a Gillemann.
–¿Gillemann? ¿No se va también a vivir en las afueras?
–Sí, él y su mujer quieren irse la próxima semana, por lo que le había prometido encontrarme con él cuando saliera de su despacho. Quería darme algunas indicaciones con respecto a la organización de su casa, por esto tenía que verle. Pero de alguna manera me he retrasado, tenía algunas cosas que hacer. Y justo cuando estaba pensando si debía ir a su casa te vi a ti; primero me sorprendió la maleta y te hablé. Pero ya es demasiado tarde para hacer visitas; es imposible ir a ver a Gillemann.
–Naturalmente. Así que voy a tener conocidos fuera. Por cierto, nunca he visto a la señora Gillemann.

–Ella es muy guapa. Es rubia y ahora, tras su enfermedad, está algo pálida. Tiene los ojos más bonitos que nunca he visto.
–Por favor, ¿cómo son los ojos bonitos? ¿Es la mirada? Nunca he considerado bonitos los ojos.
–Está bien, tal vez haya exagerado un poco. Pero es una hermosa mujer.

A través de la ventana de un café cercano se veía a tres señores comiendo y leyendo en una mesa triangular, cerca de la ventana; uno había puesto el periódico en la mesa, mantenía una taza en alto, y con el rabillo del ojo miraba hacia el callejón. Detrás de estas mesas todos los sitios estaban ocupados en la gran sala por clientes sentados en pequeños grupos… (faltan dos hojas)…
–Pero casualmente no es un negocio desagradable, ¿no es cierto? Opino que muchos aceptarían esa carga.
Entraron en una plaza bastante oscura, que había empezado en la acera que ellos iban, pues la de enfrente continuaba. En el lado por el que ellos iban había una hilera ininterrumpida de casas, de cuyas esquinas arrancaban dos filas muy separadas que se perdían en la lejanía, en la que parecían juntarse. La acera era estrecha ya que las casas eran generalmente pequeñas. No se veían comercios, no pasaba ningún coche. Un pilar de hierro, casi al final del callejón del que venían, tenía algunas lámparas sujetas a dos anillas que colgaban superpuestas horizontalmente. La llama con forma trapezoidal estaba encerrada en unas placas de cristal ensambladas en forma de pequeña habitación y que permitía mantener la oscuridad a unos cuantos pasos.
–Ahora seguro que es demasiado tarde; me lo has ocultado y voy a perder el tren. ¡Por qué lo has hecho?
… (faltan cuatro hojas)…
–… Si, con mucho a Pirkersbrofer, aquí y allá.
–Creo que ese hombre aparece en las cartas de Betty; es aspirante a trabajar en el tren, ¿no?
–Sí, aspirante y persona desagradable. Me darás la razón en cuanto hayas visto esa pequeña y gorda nariz. Te digo que cuando se va con ése por aquellos campos de Dios… Por cierto, ya ha sido trasladado y se va de ahí, creo y espero, la próxima semana.
–Espero, antes dijiste que me aconsejas quedarme todavía hoy por la noche. Lo he pensado, no saldría bien. He escrito que voy esta noche; me esperarán.
–Eso es fácil. Pon un telegrama.
–Sí, se podría hacer, pero no sería bonito si luego no voy, también yo estoy cansado, así que voy a ir. Si llegase un telegrama se asustarían.

Además, a ¿qué conduce esto? ¿adónde iríamos nosotros?
–Es realmente mejor que vayas. Sólo estaba pensando.
Además no podría ir hoy contigo, porque estoy adormilado; había olvidado decirlo. Me voy a despedir de ti ahora, pues no te voy a acompañar por el húmedo parque, ya de todas maneras voy a pasar a ver a Gillemann. Son las siete menos cuarto; a esta hora todavía se pueden hacer visitas a buenos amigos. Adiós. ¡Feliz viaje y saluda a todos de mi parte!
Lement se volvió y tendió la mano derecha para despedirse, de manera que por unos momentos su brazo estuvo estirado:
–Adiós –dijo Raban.
Desde alguna distancia Lement le gritó:
–Eduard, ¿me oyes? Cierra tu paraguas, hace rato que no llueve. Me olvidé de decírtelo.
Raban no contestó, cerró el paraguas y el cielo se oscureció por encima de él.

"Si por lo menos cogiera un tren equivocado –pensaba Raban. Entonces me parecería como si la empresa hubiese comenzado y cuando más tarde volviera a esta estación, tras haber aclarado la equivocación, me sentiría mucho mejor.
Pero si aquella comarca es aburrida, como dice Lement, eso no será en ninguna forma una desventaja, ya que se estará más en las habitaciones y en el fondo nunca se sabrá con certeza dónde están todos los demás; si hay ruinas en las cercanías se hará un paseo en común, tal y como con seguridad ya se ha planeado con anterioridad. Pero entonces hay que alegrarse; por ello es imposible no hacer el paseo. Pero si no hay una atracción semejante, entonces no se planea de antemano nada, pues se espera la coincidencia de todos; de repente, les atrae, contra toda la costumbre, la idea de una excursión grande, pues basta con enviar la niña a las casas de los otros, ubicados ante un libro o una carta y encantados con la noticia. Bueno, no es difícil protegerse contra semejantes invitaciones. Pero no sé si lo voy a poder hacer, pues no es tan fácil como yo me lo imagino; pues todavía estoy solo, aún puedo hacerlo, puedo regresar cuando quiera, pues no voy a tener allí a nadie que pueda visitar cuando quiera, y nadie con el que pueda hacer fastidiosas excursiones, a enseñarme el estado de sus cereales o una cantera en explotación. Incluso no se está seguro con los viejos conocidos. Lenient ha sido hoy simpático conmigo, me ha explicado ciertas cosas y me ha pintado las cosas tal como las voy a sentir. Me ha hablado y acompañado, a pesar de no quererse enterar de nada de lo mío y de que tenía otras cosas que hacer. Pero se ha ido

de repente y, sin embargo, no creo haberlo ofendido con palabra alguna. Si bien era lógico, me he negado a pasar la noche en la ciudad; no lo puedo haber molestado: es un hombre sensato.

El reloj de la estación dio las siete menos cuarto; Raban se paró porque sentía palpitaciones en el corazón, entonces caminó rápidamente a lo largo del estanque del parque, entró en un estrecho y mal iluminado camino entre arbustos, luego en una plaza en la que había muchos bancos apoyados contra los árboles, corrió entonces más despacio a través de una apertura en la reja hacia la calle, la cruzó, saltó la puerta de la estación, encontró la taquilla después de un momento de búsqueda y hubo de golpear en la puerta metálica. Miró entonces al empleado, éste dijo que ya era la hora, cogió el billete pedido y lo arrojó ruidosamente sobre la repisa, junto con el cambio. Raban quería reparar el vuelto, pues pensaba que faltaba dinero, pero un empleado que pasaba cerca lo empujó por una puerta de cristal hacia el andén. Raban miró a su alrededor, mientras le gritaba al empleado "gracias, gracias" y, como no encontraba ningún mozo, trepó solo a un vagón por la escalera más cercana, colocando la maleta en el escalón superior y subiendo luego a él, apoyándose con una mano en el paraguas y con la otra sujetando la maleta.
El vagón en el que entró estaba iluminado por la luz del hall de la estación en el que se encontraba; excepto algunas ventanas, todas estaban subidas, cerca colgaba una pila eléctrica que zumbaba, y las muchas gotas blancas de lluvia se deslizaban sobre el cristal de la ventana. Raban oía el ruido del andén, incluso cuando hubo cerrado la puerta del vagón y se sentó en el último espacio libre de un banco de madera marrón claro. Veía muchas espaldas y nucas, y entre éstas, las caras reclinadas en el banco opuesto. En algunos lugares había humo de pipas y puros, que a veces pasaba blandamente por delante de la cara de una niña. A menudo cambiaban los pasajeros de asiento y comentaban entre ellos este cambio; o cambiaban su equipaje, que estaba sobre un banco en una estrecha red de color azul, a otra red; Si asomaba algún palo, o alguna golpeada esquina de maleta, se le hacía notar al propietario. Este iba y volvía a poner todo en orden. También Raban volvió en sí y empujó su maleta debajo de su asiento.
A su izquierda, en la ventana, dos hombres estaban sentados uno frente al otro y hablaban sobre precios de mercancías. "Estos son viajantes de comercio. A veces van en coche de pueblo en pueblo. En ningún sitio tienen que permanecer mucho tiempo, pues todo debe suceder rápido y siempre han de hablar únicamente de mercancías. ¡Con qué alegría puede esforzarse uno en una profesión tan agradable!

El más joven había sacado de pronto una agenda del bolsillo trasero del pantalón, y con el índice humedecido pasaba con rapidez las hojas y leía en una página, mientras que seguía la línea con su dedo. Al levantar la vista vio a Raban, y al hablar ahora de precios no desvió la mirada de él, como cuando se mira fijamente a un sitio como para no olvidar nada de lo que se quiere decir. Mientras tanto fruncía los ojos, mantenía la agenda medio cerrada en la mano izquierda, y el pulgar sobre la hoja leída, para poder mirar con facilidad cuando lo necesitase. La agenda temblaba. pues no apoyaba este brazo en ningún sitio y el coche en marcha golpeaba como un martillo sobre las vías.
El otro viajante, que se había recostado, escuchaba y asentía con la cabeza a intervalos regulares. Se podía ver que de ninguna manera coincidía con todo y que más tarde daría su opinión.
Raban puso las ahuecadas palmas de las manos sobre las rodillas e inclinándose hacia adelante vio, entre las cabezas de los viajeros, la ventana, y por la ventana, luces que pasaban y otras que se alejaban hacia la lejanía. No comprendía nada de la conversación de los viajantes, tampoco iba a comprender la respuesta del otro. Era necesaria una gran preparación, pues eran personas que desde su juventud se han ocupado de mercancías. Pero si se ha tenido muchas veces un carrete de hilo en las manos y, sí se sabe el precio, se puede hablar de ello, mientras los pueblos se nos acercan y pasan a toda prisa, girando al mismo tiempo en la profundidad del campo, donde no tardan en desaparecer para nosotros. Y, sin embargo, esos pueblos están habitados y tal vez vayan allí viajantes, de comercio en comercio.
Un hombre alto se levantó en la esquina del vagón, en la otra punta. Tenía unos naipes en la mano y gritó:
–Tú, María, ¿has metido también las camisas de algodón?
–Pues claro –dijo la mujer, sentada frente a Raban. había dormido un poco, y al despertarla ahora contestó como si se lo dijera a Raban.
–¿Usted va al mercado de Jungbunzlan, no? –le preguntó el vivaz viajante.
–Si, a Jungbunzlan.
–Ese sí que es un mercado grande, ¿no es cierto?
–Sí, un mercado grande.
Estaba somnolienta, colocó el codo izquierdo sobre un envoltorio azul y apoyó su cabeza pesadamente sobre la mano, que presionó a través de la carne de la mejilla hasta el hueso.
–Qué joven es –dijo el viajero.
Raban sacó el dinero que había recibido del taquillero y lo contó. Sujetaba cada moneda largo tiempo entre el pulgar y el índice, y con la punta de éste lo hacía girar en la parte interior del pulgar: Contempló

largo tiempo la efigie del emperador; le llamó la atención la corona de laurel y cómo estaba sujeta a la nuca con nudos y lazos. Por fin consideró que la suma era correcta y metió el dinero en un negro y grande portamonedas. Pero cuando iba a decirle al viajante:
–Es un matrimonio, ¿no cree usted así? el tren se detuvo. El ruido de la marcha cesó; los cobradores gritaron el nombre de la localidad y Raban no dijo nada.
El tren reanudó la marcha tan lentamente que uno se podía imaginar las vueltas de las ruedas; pero de inmediato se precipitó en una bajada y de repente parecía que a través de la ventana los largos barrotes de la barandilla de un puente eran arrancados y aplastados unos contra otros.
A Raban le molestaba que el tren fuera tan rápido, pues hubiera deseado haberse quedado en el último pueblo.
"Cuando es de noche allí, cuando no se conoce a nadie, tan lejos de casa... De día allí tiene que ser horroroso. ¿Pero es distinto en la próxima estación, o en la anterior, o en la siguiente, o en el pueblo al que voy?" El viajante habló repentinamente más alto. "Todavía falta mucho", pensó Raban.
–Señor, usted lo sabe tan bien como yo, esos fabricantes no viajan en los peores trastos, se arrastran hacia el mas rudo tendero y ¿cree usted que le hacen precios distintos que a nosotros, los buenos comerciantes? Señor, déjeme que se lo diga, exactamente los mismos precios, ayer lo vi con claridad. Yo llamo a eso canallada. Se nos oprime, ya que en las circunstancias actuales nos es prácticamente imposible hacer negocio, se nos oprime.
De nuevo volvió a mirar a Raban; no se avergonzó de las lágrimas en sus ojos, presionó los nudillos sobre su boca, porque le temblaban los labios. Raban se recostó suavemente y tiró de su bigote con la mano izquierda.
La mujer de enfrente se despertó y sonriendo, se pasó la mano por la frente. El viajante habló más bajo. De nuevo la mujer se acomodó como si fuera a dormir, se apoyó medio tumbada sobre su envoltorio y suspiró. Sobre su cadera derecha se tensó la falda.
Un señor estaba sentado detrás suyo. Llevaba un gorro de viaje y leía el periódico. La niña de enfrente de él, que seguro que era un familiar, le rogó –inclinando, al decirlo, la cabeza contra el hombro derecho– si podía abrir la ventana, pues hacía mucho calor. Este, sin mirarla, dijo que lo haría enseguida, pero que antes tenía que terminar de leer un párrafo del periódico, y enseñó a la niña el párrafo de referencia.
La mujer no conseguía conciliar el sueño de nuevo; se sentó erguida y miró por la ventana; luego observó largo tiempo la lámpara de petróleo

que lucía amarilla en una esquina del vagón. Raban cerró los ojos por un rato.

En el instante en que los volvió a abrir la mujer mordía un trozo de tarta recubierto con mermelada marrón. El envoltorio que había junto a ella estaba abierto. El viajante fumaba callado y hacía como si sacudiese continuamente la ceniza. El otro escarbaba con la punta de un cuchillo en la maquinaria del un reloj de bolsillo de una manera audible.

Con los ojos casi cerrados Raban vio vagamente cómo el señor con el gorro de viaje tiraba del marco de la ventana. Penetró un aire fresco; un sombrero de paja cayó de un gancho. Raban pensó que se despertaba y por eso estaban sus mejillas tan frías, o que se abría la puerta y le empujaban a la habitación o que se equivocaba de alguna manera, y pronto se durmió con una profunda inspiración.

II

Aún temblaba un poco la escalerilla del coche cuando Raban bajó por ella. La lluvia le golpeó el rostro, que venía del calor del vagón, y cerró los ojos. Llovía ruidosamente sobre el techo de zinc del edificio de la estación, pero en el ancho campo la lluvia caía de tal manera que se creía oír soplar el viento. Un niño descalzo se acercó corriendo; Raban no vio de dónde venía y le rogó, sin aliento, que le dejara llevar la maleta, pues estaba lloviendo, pero Raban le dijo que a pesar de todo iba a ir en el autobús. No lo necesitaba. El chico hizo un gesto como si considerara más distinguido caminar bajo la lluvia y dejar que le lleven la maleta que ir en el autobús; inmediatamente se volvió y se fue corriendo. Ya era demasiado tarde cuando Raban lo quiso llamar.

Había dos faroles encendidos, y un funcionario de la estación salió de una puerta. Se dirigió sin dudarlo a través de la lluvia hacia la locomotora; estuvo allí con los brazos cruzados y esperó hasta que el maquinista se inclinó sobre la barandilla y le habló. Se llamó a un mozo, vino y luego se fue. En algunas ventanas del tren había pasajeros, y como tenían que ver un edificio de estación muy vulgar, pues su vista era triste, tenían los ojos casi cerrados, como durante el viaje. Una niña, que venía de prisa por la carretera hacia el andén con una sombrilla adornada con flores, dejó ésta en el suelo y pasó la punta de los dedos sobre su falda tensa. La luz de los dos faroles era mortecina. El mozo que pasaba se quejó de que se formaran charcos bajo la sombrilla, puso los brazos en círculo para enseñar el tamaño de estos charcos y los movió por el aire como si fuesen peces que se hunden en agua profunda, para aclarar que el trance se veía también

interrumpido por la sombrilla.
El tren reanudó la marcha, desapareció como una larga puerta corrediza, y detrás de los álamos, al otro lado de las vías, quedó un paisaje sobrecogedor. ¿Era una perspectiva oscura o un bosque; un estanque o una casa en la que ya dormía la gente; la torre de una iglesia o una garganta entre dos valles? Nadie tendría que atreverse a ir hasta allí, pero ¿quién podría resistirse?
Y cuando Raban vio al empleado –ya estaba en el escalón camino a su despacho– corrió hacia el y lo paró;
–Por favor, ¿está lejos el pueblo? Necesito ir allí.
–No, a un cuarto de hora, pero con el autobús –está lloviendo– estará usted allí en cinco minutos.
–Está lloviendo. No es una primavera bonita –contestó Raban.
El empleado había apoyado su mano derecha en la cadera, y a través del triángulo que se formaba entre brazo y cuerpo Raban vio a la niña en su banco, que ya había cerrado la sombrilla.
–Si uno va durante el frescor del verano y hay que permanecer allí, es de lamentarse. En el fondo pensaba que alguien vendría a esperarme.
Miró alrededor de sí, para que fuera más creíble.
–Me temo que va a perder el autobús. No espere tanto tiempo. No me dé las gracias. El camino está allí, entre los setos.

La calle frente a la estación no estaba alumbrada; sólo había un mortecino resplandor de tres ventanas de la estación que estaban al nivel del suelo, pero no llegaba muy lejos. Raban fue de puntillas por el fango y gritó " ¡cochero!" y "¡hola!" y "¡ómnibus!" y "¡aquí estoy!" muchas veces. Pero cuando entró en los charcos casi continuos al lado oscuro de la calle tuvo que seguir andando con todo el pie hasta que de repente una húmeda boca de caballo le tocó la frente. Ahí estaba el ómnibus; rápidamente se subió al coche vacío, se sentó al lado del cristal que había detrás del pescante y se recostó en el ángulo, pues había hecho todo lo necesario. Si el cochero duerme se despertará hacia el amanecer; si está muerto vendrá un nuevo cochero o el posadero, pero si tampoco ocurre esto vendrán pasajeros con el primer tren; gente con prisa que hace ruido. En todo caso se puede permanecer en silencio, puedo correr yo mismo las cortinas ante las ventanas y esperar al sacudón con que arrancará el coche. "Sí, es seguro que después de todo lo que he emprendido llevaré mañana a mamá y Betty; eso no lo puede impedir nadie. Lo único que está bien, y que era también de prever, es que mi carta llegará mañana, así que podría haberme quedado tranquilamente en la ciudad y haber pasado una noche agradable junto a Elvy, sin tener que temer al trabajo del día

siguiente, que siempre me estropea todo placer. Pero mira, tengo los pies mojados."
Encendió un cabo de vela que había sacado del bolsillo de su chaleco y lo colocó en el banco de enfrente. Había suficiente claridad; la oscuridad de afuera hacía que se vieran los lados del ómnibus pintados de negro, sin cristales. No había que pensar entonces en que bajo el suelo había ruedas y que delante estaba enganchado un caballo. Raban frotó a conciencia los pies sobre el banco, se puso los calcetines limpios y se irguió. Entonces oyó preguntar a gritos a alguien desde la estación si había algún pasajero.
–Sí, y ya tiene ganas de arrancar –contestó Raban, inclinándose por la puerta abierta, aferrando el poste con la mano derecha; la izquierda, abierta, cerca de la boca.
La lluvia le entraba con fuerza por el cuello de la camisa.
Envuelto con la lona de dos sacos cortados se acercaba el cochero; el resplandor de su farol metálico oscilaba entre los charcos que había delante de él. Malhumorado inició una explicación; había estado jugando a las cartas con Lebeda y estaban justo en el momento más animado cuando llegó el tren. Le hubiera sido imposible mirar si había alguien, pero que a pesar de todo no iba a reñir a quién no lo pudiera comprender. Además esto es una porquería de sitio indescriptible, y no se puede comprender qué tiene que hacer aquí semejante señor, y pronto se metería lo suficientemente dentro como para no poderse quejar en ningún sitio. Ahora mismo había entrado el señor Pirkershofer –perdón, es el Señor adjunto y dijo que un hombrecillo rubio quería viajar con el ómnibus. Y bueno, ¿había preguntado si había alguien en el ómnibus o no?
Se sujetó el farol a la punta de la barra; el caballo, arreado con una voz sorda, comenzó a tirar y el agua que se había depositado en el techo del ómnibus, al ser agitada, goteó dentro del coche.
El camino debía ser montañoso, seguro que el barro saltaba en los ejes; detrás de las ruedas que giraban se formaban rápidamente abanicos de agua de los charcos; el cochero sujetaba al chorreante caballo con las riendas bastante sueltas, ¿No se podía utilizar todo esto como un reproche a Raban? Inesperadamente, el farol colgado de la barra iluminaba muchos charcos, que se dividían, formando olas, bajo las ruedas. Esto ocurría sólo porque Raban iba hacia su novia, hacia Betty, una bonita chica ya mayorcita. ¿Y quién iba a estimar, en caso de que se quisiera hablar de ello, los merecimientos que tenía Raban aquí, y aunque fuera sólo el soportar aquellos reproches que, por cierto, nadie le podía hacer abiertamente? Por supuesto, él lo hacía a gusto; Betty era su novia, él la quería. Sería asqueroso que también ella le diera las

gracias por ello, pero de todas maneras...
Se golpeaba a menudo la cabeza sin querer contra la pared en la que estaba recostado; entonces miró un rato hacia el techo. Una vez su mano derecha se escurrió del muslo donde la había apoyado. Pero el codo permaneció en el ángulo entre el vientre y la pierna.
El ómnibus ya iba entre las casas; aquí y allá y en el interior del coche recibía la luz de una habitación, una escalera –para poder ver sus primeros escalones Raban tendría que haberse levantado– que llevaba a una iglesia; delante de la puerta de un parque había una lámpara con una gran llama, pero una estatua de un santo resaltaba negra, tan sólo iluminada por la luz de un negocio; ahora Raban veía una vela, cuya cera derretida colgaba inamoviblemente del banco.

Cuando el coche se detuvo ante la posada, se oía caer la lluvia con fuerza –posiblemente había alguna ventana abierta– y también las voces de los huéspedes, Raban se preguntó que sería mejor, si apearse ahora mismo o esperar hasta que viniera el posadero al coche. No sabía cómo era la costumbre en la ciudad, pero seguro que Betty ya había hablado de su novio, y según su aparición más o menos majestuosa, su prestigio iba a aumentar o disminuir y con ello el suyo propio. Pero ahora ni sabía qué prestigio tenía ella ni qué había contado de él; así, aún más desagradable y más difícil. ¡Bonita ciudad y bonito camino de regreso a casa! Si llueve allí se va con el tranvía, sobre piedras mojadas, a casa; aquí con un carro por el lodo, a la posada. "La ciudad está lejos de aquí y si hoy amenazara morir de nostalgia, nadie me podría llevar. Bueno, tampoco me voy a morir; allí se me sirve en la mesa la comida esperada para hoy; detrás del plato, a la derecha, el periódico; a la izquierda, la lámpara; aquí me darán una comida extraordinariamente grasienta, no saben que tengo el estómago delicado, y, además si lo supieran... un periódico extraño, muchas personas, a las que ya oigo, estarán allí y una sola lámpara lucirá para todos, ¿Qué luz puede ser suficiente para jugar a las cartas, pero no para leer el periódico?

El posadero no viene, a él no le importan los huéspedes, es seguramente un hombre desatento. ¿O sabe que soy el novio de Betty y esto le da el motivo para no venir por mí? Esto coincidiría con el hecho de que el cochero me dejara esperar tanto tiempo. Betty ha contado a menudo cuanto tenía que soportar de los hombres libidinosos y cómo tenía que rechazar sus pretensiones; tal vez sea igual también aquí..."
(Se interrumpe el manuscrito)

SEGUNDO MANUSCRITO

Cuando Eduard Raban atravesó el pasillo y llegó al portal, pudo ver la lluvia. Llovía muy poco.

En la acera, justo delante de él, ni más alto ni más bajo, caminaban muchos peatones bajo la lluvia. A veces se adelantaba uno y cruzaba la carretera.

Una niña pequeña sostenía un perro gris en los brazos estirados. Dos señores se hacían mutuas confidencias acerca de un asunto cualquiera; a veces se inclinaban el uno hacia el otro y se volvían a erguir lentamente; hablaban con las puertas abiertas al viento. Uno tenía las manos con las palmas hacia arriba y las movía regularmente de arriba abajo, como si mantuviera una carga en vilo para comprobar su peso. Entonces se vio a una esbelta dama, cuya cara titilaba como la luz de las estrellas y cuyo sombrero plano estaba cargado de cosas irreconocibles hasta los bordes; a todos los que pasaba les parecía, sin duda, tan extraña como es una ley. Y un joven de fino bastón pasaba deprisa; la mano izquierda, como si estuviera impedida, yacía plana contra el pecho. Muchos iban camino al negocio; a pesar de que iban rápido, se los veía más tiempo que a los demás, ora en la acera, ora abajo; los gabanes les caían mal, no les importaba el comportamiento, se dejaban empujar por la gente y también ellos empujaban. Tres señores –dos sujetaban ligeros gabanes en el antebrazo– caminaban desde las paredes de las casas hasta el borde de la acera, para ver lo que acontecía en la carretera y en la acera de enfrente.

A través de los claros entre los peatones se veían, mal al principio, luego cómodamente, las piedras regularmente ensambladas de la carretera, sobre las que los carros, tambaleándose sobre sus ruedas, eran tirados velozmente por caballos con los cuellos estirados. Las personas que estaban recostadas sobre los acolchados asientos contemplaban en silencio a los peatones, las tiendas, los balcones y el cielo. Si un coche adelantaba a otro los caballos se pegaban unos a otros y los arneses colgaban balanceándose. Los animales tiraban de la lanzadera, el coche rodaba tambaleándose deprisa, hasta que el arco alrededor del coche de delante había sido completado y los caballos se despegaban de nuevo, con las frías cabezas vueltas unas a otras.

Un señor mayor llegó rápido hacia el portal de la casa, se quedó de pie sobre el seco mosaico y dio la vuelta. Contempló la lluvia que, forzada en este callejón, caía a ráfagas.

Raban dejó en el suelo su maletín cosido con paño negro y dobló un poco la rodilla derecha al hacerlo. Ya corría el agua hacia los bordes de

la carretera en riachuelos que casi se estiraban hacia los canales colocados más profundamente.
El señor mayor se encontraba cerca de Raban, que se recostaba un poco contra la hoja de madera de la puerta, y miraba de vez en cuando hacia él, si bien para ello tenía que girar mucho el cuello. Pero sólo hacía esto por necesidad natural, ya que se hallaba desocupado, de observar atentamente todo aquello que se encontraba a su alrededor.
El resultado de mirar aquí y allá sin sentido fue no advertir muchas cosas. Así no vio que los labios de Raban estaban pálidos y no iban muy a la zaga del descolorido rojo de su corbata, que ostentaba un dibujo moro algo chocante. Pero si hubiera notado esto habría despertado en su interior un griterío que no hubiera sido correcto, pues Raban siempre estaba pálido, a pesar de que últimamente se lo habría podido causar algo especial.
–Vaya un tiempo –dijo en voz baja el señor, y sacudió, sabiéndolo, un poco senilmente la cabeza.
–Sí, sí, y si además hay que viajar –dijo Raban y se irguió rápidamente.
–Y éste no es un tiempo que vaya a mejorar –dijo el señor y miró, para comprobar todo en el Último instante, inclinándose hacia adelante, callejón arriba, abajo, luego al cielo. Esto puede durar días, incluso semanas. Si no me acuerdo mal, las predicciones no son mejores para junio y principios de julio. Bueno, eso no agrada a nadie; yo, por ejemplo. voy a tener que renunciar a mis paseos, extraordinariamente importante para mi salud.
Al decirlo bostezó y pareció relajarse, pues sólo había oído la voz de Raban, y ocupado con esta conversación, no tenía interés en nada más, ni siquiera en la conversación. Todo provocó una cierta impresión en Raban, pues el señor se le había dirigido primero, por lo que intentó jactarse un poco, a pesar de que ni siquiera lo iba a advertir.
–Exacto –dijo él; en la ciudad se puede renunciar perfectamente a aquello que no le es saludable a uno. Si no se renuncia, uno sólo se puede hacer reproches por las malas consecuencias. Se sentirá pena y entonces se verá claramente, a causa de esto, cómo hay que comportarse la próxima vez. Y si esto separadamente... (faltan dos hojas).
–No insinuó nada de ello. No insinuó absolutamente nada –se apresuró a decir a Raban, presto, si fuera posible, a perdonar la abstracción del señor, puesto que quería jactarse aún un poco más. Todo pertenece a los libros que antes le nombré, que acabo de leer por la noche igual que otros en los últimos tiempos.
Casi siempre estaba solo. Las relaciones familiares eran así. Pero

prescindiendo de todo luego de la cena prefiero un buen libro. Desde siempre. El otro día leí en un prospecto una cita de no sé qué escritor: "Un buen libro es el mejor amigo." Y es realmente así, un buen libro es el mejor amigo.
–Sí, así es cuando uno es joven –dijo el señor sin opinar nada especial, tan sólo quería expresar cómo llovía, que la lluvia había arreciado de nuevo y que ya ni siquiera iba a parar, pero a Raban le sonó como si el señor se considerara, con setenta años, fresco y joven, y que en cambio no valoraba para nada sus treinta años, y que quería decir, tanto como le fuera permitido, que a los treinta años había sido más razonable que Raban. Y que pensaba que a pesar de no tener nada que hacer, para un hombre mayor como él, por ejemplo, era una pérdida de tiempo permanecer en el corredor, delante de la lluvia; y si además se desperdiciaba el tiempo con la charla, éste se desperdiciaba doblemente.
Raban pensaba desde hacía algún tiempo que ya no lo podía afectar nada de lo que sobre sus opiniones y habilidades dijeran otros; al revés, había abandonado aquel lugar, donde con languidez había escuchado todo, de manera que la gente ahora sólo hablaba en el vacío, en contra o en favor suyo. Por eso dijo:
–Hablamos de cosas diferentes, pues usted no ha entendido lo que yo quería decir.
–¡Por favor, por favor! –dijo el señor.
–Da igual, no es tan importante –dijo Raban, sólo opinaba que los libros son útiles en todo sentido y sobre todo donde no se lo espera. Cuando se emprende algo, son precisamente los libros cuyo contenido no tiene nada que ver con la empresa, los más útiles. Pues el lector, que sin embargo se propone dicha tarea, en cierta forma está apasionado (y a pesar de que el libro sólo puede alcanzar formalmente este apasionamiento) y se ve forzado a efectuar algunos pensamientos relacionados con su empresa. Pero como el contenido del libro es completamente indiferente, el lector no se ve perturbado en esos pensamientos y cruza con ellos por medio del libro, como una vez los judíos por el Mar Rojo, diría yo.

La personalidad del señor mayor adquirió ahora una expresión desagradable para Raban. Le parecía como si se le hubiera acercado especialmente, pero era solo apenas... (faltan dos hojas).
–También el periódico. Pero quisiera decirle que viajo por el campo sólo por catorce días; me he tomado vacaciones por primera vez desde hace tiempo; eran necesarias a pesar de todo; por ejemplo, he leído recientemente sobre mi pequeño viaje más de lo que usted se puede

imaginar.
–Le oigo –dijo el señor. Raban estaba callado y tenía las manos, tan erguido como estaba, metidas en los bolsillos de su gabán, que le quedaban algo altos.
El señor mayor no dijo, sino hasta después de un rato:
–Este viaje parece tener una excepcional importancia para usted.
–Así es, así es –dijo Raban, y se volvió a apoyar contra la puerta. Fue entonces cuando vio de qué manera se había llenado el pasillo de gente. Estaban incluso delante de la escalera de la casa, y un funcionario, que también había alquilado una habitación a la misma señora que Raban, tuvo que pedir, al bajar la escalera, que le hicieran sitio. Gritó a Raban –el cual sólo señalaba con una mano la lluvia por encima de más cabezas, que se volvieron todas hacia él:
–¡Feliz viaje –y repitió una promesa aparentemente ya hecha antes, de visitar a Raban el próximo domingo.
... (Faltan dos hojas)... tiene un cargo agradable, con el que está contento y que desde siempre estaba esperando de él. Es tan perseverante e interiormente tan divertido, que no necesita a nadie para su entretenimiento, pero todos lo necesitan a él. Siempre estuvo sano. ¡Ah!, no hable usted.
–No voy a reñir –dijo el señor.
–Usted no reñirá, pero tampoco reconoce su error. ¿Por qué se empeña en mantenerlo? Y si usted aún se acuerda de eso tan perfectamente, apuesto que se olvidaría de todo si hablara con él. Me reprocharía que ahora no lo haya refutado mejor. Cuando habla de un libro. Está igual de entusiasmado para todo lo bello...

LOS AEROPLANOS DE BRESCIA
(1909)

"La Sentinella Bresciana del 9 de septiembre de 1909 anuncia complacida lo siguiente: Tenemos en Brescia una multitud nunca vista, ni siquiera en tiempos de las grandes carreras de automóviles; los huéspedes de Venecia, Liguria, Piamonte, Toscana, Roma y hasta de Nápoles, las grandes personalidades de Francia, Inglaterra y América se agolpan en nuestras plazas, en nuestros hoteles, en todos los rincones de las viviendas particulares; todos los precios aumentan excelentemente; los medios de transporte no alcanzan para llevar a la multitud al circuito aéreo; las instalaciones del aeródromo no alcanzan para más de dos mil personas; muchos miles deben renunciar a obtenerlas; sería necesaria la fuerza militar para proteger los bufetes;

en los lugares baratos se instalan durante todo el día cincuenta mil personas."
Cuando mis dos amigos y yo leemos esta noticia sentimos valor y miedo a la vez. Valor: pues con semejante multitud todo suele ocurrir de manera graciosamente democrática, y donde no hay lugar, no hay necesidad de buscarlo. Miedo: miedo por la organización italiana de tales empresas, miedo de las comisiones que nos atenderán, miedo de los ferrocarriles a los que la Sentinella acostumbran atribuir retrasos de cuatro horas. Todas las expectativas son falsas, todos los recuerdos de Italia se mezclan de alguna manera, se confunden, no se puede confiar en ellos.

Mientras vamos entrando en el negro agujero de la estación ferroviaria de Brescia, donde los hombres gritan como si ardiera el suelo bajo sus pies, nos conminamos uno al otro seriamente a permanecer unidos suceda lo que suceda. ¿No entramos acaso con cierta predisposición hostil?
Bajamos; un coche que apenas se sostiene sobre sus cuatro ruedas nos acoge; el cochero está de muy buen humor; cruzamos las calles casi desiertas hasta el Palazzio de la Comisión, en el que se pasa por alto nuestra malignidad, como si no existiera; nos enteramos de todo lo necesario. El hostal que se nos aconseja nos parece a primera vista el más sucio que jamás hayamos contemplado, pero bien pronto deja de ser tan desagradable. Una suciedad que, en fin, está allí y de la que no se vuelve a hablar; una suciedad que ya no se transforma, que se ha vuelto vernácula, que en cierto sentido hace más sólida y terrestre la vida humana; Una suciedad de la que el posadero nos sale presuroso al encuentro, orgulloso de si mismo, piadoso, moviendo los codos y arrojando con sus manos (donde cada uno de los dedos es un cumplido) nuevas y renovadas sombras sobre su rostro, entre continuas reverencias, que reconocemos de nuevo en el aeródromo, por ejemplo, en Gabriele D’Annunzio; a decir verdad, ¿quién podría tener aún algo contra esta suciedad?
El aeródromo está en Montechiari; se llega con el tren local que va a Mantua; apenas una hora de viaje. Las vías de este ferrocarril van por la carretera general; los trenes ruedan modestamente, ni más altos ni más bajos que el resto del tránsito, entre los ciclistas que penetran con los ojos casi cerrados en la polvareda, entre los coches completamente inútiles que llenan toda la provincia, que, llevan pasajeros, tantos como se quiera, y que así y todo son inconcebiblemente rápidos, y entre los automóviles a menudo enormes que con sus múltiples señales simplificadas por la velocidad quieren saltar, desatados, unos sobre

otros.
A veces, se pierde toda esperanza de llegar al circuito con este tren lamentable. Todo ríe alrededor de uno, a derecha e izquierda las risas, invaden el tren. Yo estoy en una plataforma, apretado contra un gigante de pie con las piernas abiertas sobre los topes de dos vagones, en medio de una lluvia de hollín y polvo que cae de los techos endebles de los vagones sacudidos. Dos veces nos detenemos para esperar que pase el tren en sentido contrario, con tanta paciencia y tanto tiempo que parecería estar esperando un encuentro casual. Pasamos de largo con lentitud por algunas aldeas; cartelones estridentes aparecen aquí y allá con anuncios de la última carrera automovilística; las plantas del borde de la carretera son irreconocibles bajo la blanca polvareda.
El tren acaba por detenerse del todo, tal vez porque ya no puede más. Un grupo de automóviles frena al mismo tiempo; a través del polvo divisamos no lejos de allí una agitación de banderas múltiples que, fuera de quicio y tropezando contra el suelo accidentado, corre literalmente hacia los automóviles.

Hemos llegado. Delante del aeródromo hay una gran plaza con dudosas casitas de madera, frente a las cuales hubiéramos esperado otros carteles y no los de: Garage, Grand Buffet International, etcétera. Mendigos atroces, engordados en sus carritos, tienen sus brazos hacia el camino; debido a la prisa uno siente tentaciones de saltar por encima de ellos. Miramos arriba, pues para eso hemos venido. ¡Gracias a Dios no vuela nadie todavía! No nos apartamos de la carretera y, sin embargo, no se nos atropella. En medio y detrás de los mil carricoches brinca la caballería italiana a su encuentro. Orden y accidente parecen imposibles por igual.
Una vez en Brescia, quisimos llegar con rapidez a una determinada calle que creíamos bastante alejada de donde estábamos. Un cochero nos pide tres liras, le ofrecemos dos, El cochero renuncia al viaje y sólo por amistad nos da una idea de la terrible distancia a que se encuentra la calle. Empezamos a avergonzarnos de nuestra oferta. Bien, tres liras.. Subimos, tres vueltas del coche por breves callejuelas y ya estamos. Otto, más enérgico que nosotros dos, explica que, desde luego, nada más lejos de su ánimo que pagar tres liras por un viaje de un minuto. Una lira es más que suficiente. Ahí tiene una lira.
Ya es de noche, la calleja está desierta, el cochero es robusto. Monta en tal cólera que parecería una estafa. Qué se han creído. Tres liras son el trato y tres liras debe pagarse; vengan tres liras o, de lo contrario, ya verán.
Otto: –¡La tarifa o la policía!

–¿Tarifa? Aquí no hay tarifas. ¿Dónde había tarifas para esto?
Había sido un trato para un trayecto nocturno, pero, en fin, si le dábamos dos liras, nos dejaba ir.
Otto, terrorífico: –¡La tarifa o la policía!
Un poco de gritería y búsqueda, y luego sale a luz una tarifa ilegible por la suciedad. Nos ponemos de acuerdo y le pagamos una lira y media; el cochero sigue su camino por la callejuela estrecha por donde le es imposible doblar; no sólo está enfurecido, sino también triste, me parece. Pues, desgraciadamente, nuestra conducta no ha sido la debida; ésa no es forma de entrar en Italia; en algún otro país podrá estar bien, pero allí no. ¡Pero quién se acuerda con la prisa! No hay nada que reprocharse, es imposible convertirse en italiano a la semana escasa de llegar.
Pero el arrepentimiento no debe echarnos a perder la alegría de entrar en el campo de aviación; un arrepentimiento traería otro y saltamos más que andamos por el aeródromo, poseídos de un entusiasmo que, bajo este sol, invade de pronto una a una todas las articulaciones.
Pasamos de largo frente a los hangares que, con sus cortinas bajas, parecen escenarios clausurados de comediantes nómadas. Sobre los galpones aparecen los nombres de los aviadores cuyos aparatos albergan y, más arriba, el tricolor patrio. Leemos los nombres: Cobianchi, Cagno, Rougier, Curtiss, Moucher (un triestino que lleva colores italianos, pues confía más en ellos que en los nuestros), Anzani, Club de los Aviadores Romanos. ¿Y Blériot?, preguntamos. Blériot, en quien habíamos estado pensando todo el tiempo, ¿dónde está Blériot?

Dentro de la parcela cercada que rodea su hangar, Rougier corre en mangas de camisa; es un hombre pequeño, de nariz llamativa. Está ocupado en una actividad extrema y un poco confusa: agita los brazos y mueve animadamente las manos mientras camina, se palpa por todos lados, envía a sus ayudantes al interior del hangar, los llama de vuelta, va él mismo apartando a todos, entra, mientras su mujer, ataviada con un vestido ajustado y blanco y un pequeño sombrero negro muy encasquetado, levemente separadas sus piernas bajo el corto abrigo, mira al vacío caluroso; una mujer de negocios, con todas las preocupaciones en su cabecita.
Frente al hangar vecino se sienta Curtiss. Está completamente solo. Detrás de las cortinas que el viento levanta un poco se alcanza a divisar su aparato; es de los más grandes, según dicen. Cuando pasamos delante de él. Curtiss sostiene en alto el New York Herald y lee unas líneas de unos de los costados superiores; al cabo de media hora volvemos a pasar delante de él; ya está en el centro de la página; otra

media hora después la ha terminado y empieza otra. Al parecer no ha de volar hoy.
Nos volvemos y contemplamos el vasto campo. Es tan grande que todo lo que está en él parece abandonado: el asta de llegada cerca de nosotros, el mástil de señales a lo lejos, la catapulta de lanzamiento en algún lugar a la derecha, un automóvil de la Comisión, que agita al viento su banderín amarillo, una curva por el campo, se detiene envuelto en su propia polvareda y sigue su camino.
En esta tierra casi del trópico se ha instalado un desierto artificial, están reunidas aquí la alta nobleza de Italia, brillantes damas de París y miles de otras personas, para contemplar durante muchas horas, con ojos entrecerrados, este soleado desierto. En el campo no hay nada de lo que comúnmente da cierta variedad a los campos deportivos. Faltan las bellas caballerizas de los hipódromos, las rayas blancas de las canchas de tenis, el fresco césped de los campos de fútbol, los pétreos desniveles de los autódromos y velódromos. Sólo en dos o tres oportunidades durante la tarde atraviesa la llanura alguna cabalgata policroma. Las patas de los caballos son invisibles bajo la polvareda; la uniforme luz del sol no se altera hasta pasadas las cinco de la tarde. Y para que nada perturbe la visión de la muchedumbre que llena las localidades baratas trata de satisfacer las necesidades del oído y de la impaciencia. El público de las tribunas más costosas, situadas detrás de nosotros, está tan silencioso que puede confundirse tranquilamente con la mudez de la llanura desierta.
A un lado de la valla de madera que limita el campo se encuentra un grupo de gente.
–¡Qué pequeño! –exclama en francés un coro de voces suspirantes.
¿Qué pasa? Nos abrimos paso. En el campo hay un pequeño aeroplano amarillento muy cerca de nosotros: lo están preparando para volar. Ahora vemos también el hangar de Blériot y, al lado, el de su discípulo Leblanc; ambos se hallan emplazados dentro del mismo campo. Apoyado en una de las alas del aparato aparece, inmediatamente, reconocible, Blériot, y mira, la cabeza firme sobre el cuello, el movimiento de los dedos de sus mecánicos, que manipulan en el motor.
¿Con esta insignificancia de aparato piensa remontarse por los aires? Realmente, es más fácil andar por el agua. Al principio, se puede uno ejercitar en los charcos, luego en los estanques, después en los ríos y sólo mucho más tarde en la mar; para los aviadores, en cambio, no existe más que la etapa del mar. Ya está Blériot en su puesto, empuñando con la mano alguna palanca, pero deja todavía que los mecánicos examinen el aparato como si fueran niños muy aplicados. Mira lentamente hacia donde estamos nosotros, mira a un lado y a otro,

pero su mirada no ve, sino que se concentra en sí misma. Ahora va a volar, nada más natural. Ese sentimiento de lo natural mezclado con el sentimiento universal de lo extraordinario, que no se aparta de él, le da esa apostura.

Uno de los ayudantes coge una de las aspas de la hélice, tira de ella, hay una sacudida, se oye algo parecido a la respiración de un hombre vigoroso mientras duerme; pero la hélice vuelve a detenerse. Se la prueba otra vez, se la prueba diez veces; a veces, la hélice se para en seguida; a veces da girando un par de vueltas. Debe de ser el motor. Otra vez a trabajar en él; los espectadores se cansan más, que los participantes. Todos los rincones del motor son aceitados: son aflojadas y ajustadas tuercas ocultas; un hombre corre hacia el hangar y vuelve trayendo una pieza de repuesto; pero tampoco sirve; corre de vuelta y, en cuclillas, la martilla sobre el suelo del hangar, sosteniéndola entre sus piernas. Blériot toma el puesto del mecánico, el mecánico toma el puesto de Blériot, tercia Leblanc.

Prueba un hombre la hélice, luego otro hombre. Pero el motor es despiadado, como un alumno al que se ayuda repetidas veces: la clase dice que no, no, mas él no sabe, vuelve a interrumpirse, vuelve a hacerlo siempre en el mismo sitio y acaba por renunciar. Blériot se queda sentado un rato en su asiento; está silencioso; sus seis ayudantes le rodean sin moverse; todos parecen ensimismados.

Los espectadores pueden tomar aliento y mirar a su alrededor. La joven esposa de Blériot se acerca a él, seguida de dos niños. Cuando su marido no puede volar, ella se disgusta, y cuando vuela, tiene miedo; por lo demás, su vestido es un poco abrigado para la temperatura reinante.

Se hace girar otra vez la hélice, tal vez mejor que antes, tal vez peor; el motor empieza a funcionar ruidosamente, como si no fuese el mismo de hace un instante; cuatro hombres sostienen la cola del aparato, y los golpes silenciosos del viento lanzado por la hélice atraviesan sus ropas de trabajo. No se oye una palabra; el ruido de la hélice parece gobernarlo todo; ocho manos sueltan el aparato, que corre sobre la tierra como una persona torpe sobre un piso de parqué.

Se hacen muchas otras tentativas de vuelo y todas terminan de imprevisto. Cada una impulsa al público hacia lo alto; los sillones de paja, en los que se puede mantener uno en equilibrio y estirar al mismo tiempo los brazos, y mostrar, también al mismo tiempo, esperanza, miedo y alegría, se doblan hacia atrás. Durante las pausas, la nobleza italiana recorre las tribunas. Saludos recíprocos, reverencias, reconocimientos; hay abrazos, se sube y baja las gradas. Uno señala a otro a la principesca Laetitia Savoia Bonaparte; a la principesca Borghese, una

señora de cierta edad cuyo rostro parece comprensivo; pero desde cerca, sus mejillas se pliegan extrañamente sobre las comisuras de los labios. Gabriele D'Annunzio, pequeño y débil, parece bailar tímidamente delante del cante Oldofredi, uno de los hombres más importantes de la Comisión. De la tribuna y por encima del cerco emerge el rostro severo de Puccini detrás de una nariz que bien podría considerarse propia de un bebedor.
Pero a estas personas sólo se las divisa si se las busca; en general, no se ve más que altas damas a la moda, que lo desvalorizan todo. Prefieren caminar a permanecer sentadas; sus vestidos no les permiten sentarse bien. Todos los rostros, velados a la usanza asiática, pasan envueltos en una leve penumbra. El vestido, suelto en el busto, hace que desde atrás la figura toda parezca un poco recatada. Cuando estas damas aparecen tímidamente producen una impresión indecisa de desasosiego. El corpiño bajo, casi imperceptible; el talle más ancho que de costumbre, porque todo lo demás es ceñido; mujeres que quieren ser abrazadas más abajo.

El aparato que había sido expuesto hasta ahora era sólo el de Leblanc. Pero ya llegado el aparato con el que Blériot cruzó el canal; nadie lo ha dicho, todos los saben: éste es su aparato. Una larga pausa, y Blériot está en el aire. Se divisa su torso rígido, emergiendo sobre las alas; sus piernas se hunden profundamente, corno si fueran parte de la maquinaria. El sol se ha inclinado y, bajo el techo de las tribunas, atraviesa el espacio e ilumina las alas en vuelo. Todos miran hacia arriba, hacia Blériot; en ningún corazón hay sitio para otro. Vuela trazando un pequeño círculo y luego aparece casi verticalmente sobre nosotros. Todo el mundo estira el cuello y mira cómo el aeroplano oscila y es estabilizado por Blériot y remontado aún a mayor altura. ¿Qué pasa? Allí arriba, a veinte metros de la tierra, hay un hombre aprisionado en una armazón de madera defendiéndose de un peligro invisible, asumido en forma voluntaria. Nosotros, en cambio, estamos abajo, apretujados e insubstanciales, y contemplamos a aquel hombre.
Todo sale bien. El mástil de señales indica que el viento se ha vuelto más favorable y que Curtiss volará por el Gran Premio de Brescia. ¿Así que es cierto? No bien se da uno cuenta de ello, ruge el motor de Curtiss; apenas se eleva, ya se aleja volando, ya vuela sobre la llanura que se extiende ante él, en dirección a los bosques lejanos que parecen subir, ellos también, cada vez más. Vuela largo rato sobre los bosques, desaparece; miramos hacia los bosques; no hacia él. Detrás de unas casas, Dios sabe dónde, vuelve a aparecer a la misma altura que antes y se precipita en nuestra dirección; sube, se alcanza a ver cómo se

inclinan oscuros los planos inferiores del biplano; baja, brillan al sol los planos superiores. Vuela en torno del mástil de señales y gira indiferente en dirección contraria de la ruidosa salutación, y luego en línea recta, hacia el sitio de donde apareció; vuelve a empequeñecerse y a quedar solo. Da cinco vueltas iguales, vuela 50 kilómetros en 49’24" y obtiene el Gran Premio de Brescia, consistente en 30.000 liras. Es una obra perfecta, pero las obras perfectas no pueden ser apreciadas, de obras perfectas se considera, al fin, capaz todo el mundo; para realizar obras perfectas no parece necesaria ninguna clase de valor. Y mientras Curtiss trabaja solo allá sobre los bosques, mientras su mujer, tan conocida por todos, se preocupa por él, la multitud casi lo ha olvidado. Sólo se oye la queja unánime porque no vuela Calderara (su aparato está roto), o porque Rougier hace ya dos días que manipula en su Voisin, o porque Zodíaco, el dirigible italiano, todavía no ha llegado. Sobre el accidente de Calderara corren rumores tan honrosos que se creería que el cariño de la nación lo podría elevar más seguramente por los aires que su avión Wright.

Aún no ha terminado Curtiss su vuelo, y en tres hangares ya comienzan a rugir los motores como impulsados por una explosión de entusiasmo. El viento y el polvo golpean desde direcciones opuestas. No bastan dos ojos. Uno se revuelve en su asiento, vacila, empuja a cualquiera, pide disculpas; otro vacila, arrastra a uno consigo, y uno recibe las gracias. Comienza a caer la temprana noche del otoño italiano; ya no es posible ver el campo con nitidez.

¡En el mismo momento en que Curtiss pasa de largo después de su vuelo triunfal y, sin mirar, sonríe un poco y se quita la gorra, inicia Blériot un pequeño vuelo circular, del que todos lo creen de antemano capaz! No se sabe si aplauden a Curtiss o a Blériot o a Rougier, cuyo gran aparato se lanza ahora por los aires. Rougier está sentado frente a sus palancas como un señor delante de su mesa de despacho, a la cual se llega por una escalerilla situada a sus espaldas. Sube en pequeños círculos, sobrevuela a Blériot, lo convierte en espectador y no deja de ascender.

Si queremos conseguir un coche, tenemos que irnos en seguida. Mucha gente se apretuja ya junto a nosotros. Se sabe que este vuelo es sólo un experimento; como son cerca de las siete, no se lo registra oficialmente. En la explanada del aeródromo están los chóferes y los sirvientes; señalan el sitio donde vuela Rougier; delante del aeródromo están los cocheros, con sus coches estacionados; señalan el sitio donde vuela Rougier: dos trenes repletos de gente no se mueven a causa de Rougier. Por suerte conseguimos un coche; el cochero se acuclilla

delante de nosotros (no hay pescante) y, convertidos de nuevo en existencias independientes, partimos. Mas comenta con mucha razón que se podría y debería organizar algo parecido en Praga. No necesitaba ser una carrera aérea, opinaba él, aunque también esto valdría la pena; de todos modos, sería fácil invitar a un aviador, y ninguno de los interesados se arrepentiría. El asunto sería tan sencillo; Wright está volando actualmente en Berlín. Habría que persuadir, pues, a la gente a hacer el pequeño rodeo que significa pasar por Praga. Nosotros dos no respondemos nada; primera, porque estamos fatigados, y segundo, porque no tenemos nada que agregar. El camino dobla y Rougier aparece tan alto que se creería que pronto ha de fijar su residencia en las estrellas próximas a mostrarse en el cielo que se tiñe de oscuridad. No cesamos de dar vueltas y mirar hacia arriba; en ese momento, Rougier se eleva cada vez más, mientras nosotros nos hundimos cada vez más en la campagna.

MUCHO RUIDO
(1911)

Me encuentro sentado en mi habitación, en el cuartel general del ruido de toda la casa. Escucho golpetear todas las puertas; su ruido no me evita los pasos de los que corren entre ellas; hasta escucho el cerrar de la puerta del horno de la cocina. El padre irrumpe a través de las puertas de mi habitación y pasa de largo, arrastrando su bata de dormir; en el cuarto contiguo se raspa la ceniza de la estufa; Valei pregunta, gritando palabra por palabra a través de la antesala, si ya se ha limpiado el sombrero del padre; un murmullo que me quiere resultar conocido, eleva aún más el griterío de una voz que contesta. El picaporte de la puerta de la casa es girado y hace un ruido como una garganta afónica; entonces la puerta se abre más, con el cantar de una voz femenina y se cierra por fin, con un sordo y masculino tirón que resuena con descuido. El padre se ha ido; ahora comienza el más débil, dispar y desesperado ruido, encabezado por las voces de los dos canarios. En aquel momento pensé que los canarios me lo recuerdan, si no debiera abrir la puerta y dejar una pequeña rendija, reptar como una serpiente al cuarto contiguo y así, sobre el suelo, rogar silencio a mis hermanos y a su señorita.

DISCURSO SOBRE LA LENGUA YIDDISCH
("1912)

Distinguidas señoras y señores, antes. de que comiencen a recitarse los primeros versos de los poetas judío-orientales, quisiera decirles que ustedes entienden mucho más *jargon* de lo que creen.
Estoy seguro de que la velada de hoy les causará una bellísima impresión, pero deseo que se manifieste en cuanto lo haya merecido. Sin embargo, mientras algunos de ustedes temen tanto el jargon, tanto que casi se les lee en los rostros, esa magnífica impresión no podrá suceder: No quiero molestarme en hablar de los que tienen tantos prejuicios contra el jargon; pero ese recelo, aún con una cierta resistencia; es, si se quiere, comprensible.
Las circunstancias de nuestra vida europea occidental están, si las observamos furtivamente, ordenadas de esta manera; todo sigue una serena marcha. Vivimos en verdadera y feliz concordia; cuando es necesario, nos entendemos mutuamente; nos arreglamos sin el otro cuando nos conviene, e incluso entonces nos entendemos; ¿quién podría, –proviniendo de un tal ordenamiento de la vida–, entender el intrincado jargon; o quién tendría aún ganas de hacerlo?
El jargon es el idioma europeo más nuevo, sólo tiene cuatrocientos, años de vida y, en realidad, es mucho más moderno todavía. Aún no ha moldeado formas idiomáticas de la claridad que nosotros necesitamos. Su expresión es breve y rápida.
Carece de reglas gramaticales. Los aficionados intentan construir una gramática, pero el jargon se habla constantemente; no descansa. El pueblo no lo abandona a los gramáticos.
Sólo está constituido por vocablos extranjeros. Pero éstos no descansan en él, sino que conservan la celeridad y vivacidad con que se han adoptado. Las emigraciones recorren el jargon de uno a otro extremo. Todo ese alemán, hebreo, francés, inglés, eslavo, holandés, rumano y aun latín, está incluido en el jargon, por curiosidad y despreocupación; requiere bastante poder el retener juntos estos idiomas en ese estado. Por lo mismo, ninguna persona sensata pretende hacer del jargon una lengua universal, por más cerca que lo esté. Sólo saca la jerga con gusto, pues necesita menos relaciones idiomáticas que palabras aisladas. Además, porque el jargon ha sido despreciado durante mucho tiempo.
Sin embargo, partes de reglas sintácticas conocidas imperan en este ejercicio de la lengua. Por ejemplo, el jargon se origina en la época de transición del alto alemán de la Edad Media al alto alemán moderno. Hubo entonces formas optativas; el alto alemán tomó una, el jargon, la otra. O el jargon derivaba formas del alto alemán de la Edad Media de manera más lógica que el mismo alto alemán moderno; así, por ejemplo, el jargon *mir seien* (alemán moderno *wir sind*) está tornado

del alto alemán de la Edad Media, sin lo que es más natural que el *wir sind* del alto alemán moderno. O el jargon se quedó con las formas del alto alemán de la Edad Media, a pesar de la evolución de éste hacia el moderno. Lo que entraba en el guetto, no salía tan fácilmente de allí. De esta manera perduraron formas como *Kerzlach, Ulümlath, Liedlach*.

En estas creaciones libres y reguladas del idioma, todavía fluyen los dialectos del jargon. Hasta se puede afirmar que todo él se compone de dialectos, incluso la parte escrita, a pesar de haberse llegado a un acuerdo respecto de la escritura.

Con todo esto creo haber convencido a la mayoría de ustedes, distinguidas señoras y señores, que no entenderán ni una palabra del jargon.

No esperen una ayuda en la explicación de las obras. Si ni siquiera son capaces de entender el jargon, no puede serles de utilidad cualquier explicación circunstancial. En el mejor de los casos comprenderán la explicación, y notarán que se aproxima algo difícil. Eso será todo. Puedo decirles, por ejemplo:

El señor Lowy representará ahora tres obras. Primero, *Die Grine*, de Rosenfeld. *Grine* son los "verdes", los recién llegados a América. En este poema, emigrantes judíos de esta clase van formando un grupito, con sus maletas de viaje sucias por una calle de Nueva York. El público, como es de suponer, se amontona, los mira con asombro, los sigue y se ríe. El poeta, fuera de sí en su excitación por este espectáculo, pasa de estas escenas callejeras al judaísmo y a la humanidad. Se tiene la impresión, mientras el poeta habla, de que el grupo de emigrantes se detiene, a pesar de estar lejos y no poder escucharle.

La segunda obra es de Frug y se llama *Arena y estrellas*.

Es una amarga interpretación de una promesa bíblica. Dice: seremos como las arenas del pilar y las estrellas del cielo. Y bien, ya estamos pisoteados como la arena, ¿cuándo se hará realidad lo referente a las estrellas?

La tercera obra es de Frischmann y se llama *La noche está quieta*.

Una pareja de enamorados se encuentra de noche con un sabio piadoso, que va a rezar. Se asustan, temen que los delaten, luego se calman recíprocamente.

Como ven, estas explicaciones no aportan demasiado.

En la representación buscarán aquello que relacionado con las explicaciones, ya saben, y lo que realmente está no lo verán. Por fortuna, todo el que conozca el idioma alemán, comprenderá el jargon. Pues, cuando se lo contempla a distancia, la comprensibilidad exterior

de éste está formada por la lengua alemana; es esta una ventaja sobre las demás lenguas del mundo. Corno es equitativo, también tiene una desventaja con respecto a ellas. Consiste en que no se puede traducir el argonal idioma alemán. Las conexiones entre ambos son tan tenues y significativas. que no pueden sino desgarrarse cuando se vuelca el jargon al alemán; es decir, ya no se vierte jargon, sino algo insustancial. Traduciéndolo al francés, por ejemplo, el jargon puede transmitirse a los franceses; con la traducción al alemán, se lo aniquila, *Toit*, por ejemplo, no es *tot* (muerto), y *Blüt* de alguna manera es *blut* (sangre).

Pero no sólo desde esa distancia del idioma alemán, distinguidas damas y caballeros, pueden entender el jargon; pueden acercarse un paso más. Hace muy poco tiempo apareció el habla que constituye la comunicación coloquial de los judíos alemanes, distinta según viviesen en la ciudad o en el campo, más hacia el este o el oeste, como antecedentes más lejanos o cercanos del jargon, y han quedado aún muchos matices. Por lo tanto, la evolución histórica del jargon podría estudiarse en la superficie del presente, casi tan bien como en la profundidad de la historia.

Muy cerca de él llegarán si consideran que, aparte de los conocimientos, hay en ustedes fuerzas en actividad y encadenamiento de fuerzas que les hace posible comprender el jargon con los sentimientos. Sólo ahora puede ayudarles el expositor, que les tranquiliza a fin de que no se sientan excluidos de antemano y reconozcan, al mismo tiempo, que no deben quejarse ya de no entender el jargon. Esto es lo fundamental, pues con cada queja se aleja la comprensión. Pero si permanecen quietos, se encontrarán repentinamente en medio del jargon. Y cuando éste se ha apoderado de ustedes (y jargon es todo; palabra, melodía causídica y el espíritu mismo de este actor judío oriental) no recuperarán ya la calma anterior. Sentirán entonces la unidad real del jargon, tan fuerte, que tendrán temor, pero ya no de él sino de ustedes mismos. No se sentirán capaces de soportar solos ese temor, si no les infundiese simultáneamente una confianza en sí mismos, que se opone a ese temor y es aún más fuerte. ¡Gástenlo cuanto puedan! Cuando luego se pierda, mañana y más tarde (¡como podría también quedar grabado en la memoria como una única representación!), les deseo que hayan olvidado también el temor. Porque no deseábamos castigarles.

LA CONDENA
(1912)

Era la espléndida mañana primaveral de un domingo. Georg Bendemann, joven comerciante, estaba sentado en su cuarto, en el primer piso de una de esas casas bajas y mal construidas que se levantaban a lo largo de la rivera, muy poco diferentes unas de otras en altura y color.
Acababa de escribir una carta a un amigo de la infancia, que estaba en el extranjero; mientras cerraba el sobre sin atención, y apoyando los codos sobre el escritorio, su mirada se perdió en el río a través de la ventana, contemplando el puente y la pálida vegetación de las colinas de la otra orilla.
Pensaba en su amigo, que hacía años se había ido a Rusia inconforme con el futuro que su país le ofrecía. Ahora tenía un negocio en San Petersburgo que al principio había prosperado bastante; pero que desde hacia tiempo parecía decaer, según se deducía de las quejas que su amigo, en sus visitas cada vez menos frecuentes, formulaba con insistencia. Por tanto, sus esfuerzos en el extranjero eran vanos; la barba larga y exótica no había logrado cambiar completamente su cara tan familiar desde la niñez, cuya coloración amarillenta parecía revelar alguna enfermedad latente.
Según él contaba, no mantenía grandes relaciones con la colonia de su país en aquella ciudad, ni tampoco amistades entre las familias del lugar, de tal forma que su destino parecía ser una soltería definitiva. ¿Es que se podía escribir Primera edición: Arcadia. Leipzig, 1913, a una persona así, que evidentemente se había equivocado de camino, y a quien se podía compadecer, aunque no ayudar? ¿Aconsejarle tal vez que regresara a su país, que se transplantara nuevamente, que reanudara sus antiguas amistades –nada se lo impediría y se confiara en que recibiría ayuda total?
Pero lo que hubiera significado decirle eso, cuanto más amable más ofensivamente, era que todos sus esfuerzos habían sido vanos, que ya era hora de rendirse, que debía regresar a su país y dejar que lo miraran eternamente y con ojos de asombro, como un repatriado; que únicamente sus amigos eran sensatos, que él era solamente un niño adulto y que le convenía atenerse a las recomendaciones de sus amigos que por fortuna no habían salido del país. ¿Tendría algún sentido torturarlo con todas esas recomendaciones? Tal vez ni siquiera lo harían desear volver –él mismo decía no estar al canto de la situación de los negocios de su país, y de esa manera se quedaría en el extranjero, a pesar de todo, amargado por los consejos, y cada vez más alejado de sus amigos.
En cambio, si seguía estos consejos, y al llegar aquí se encontraba peor

que antes –naturalmente no por malicia, sino por la fuerza de las circunstancias, si no se sentía cómodo, con o sin sus amigos, y en cambio sí humillado, descubriría de repente que no tenía patria ni amigos. ¿No sería mejor después de toda permanecer en el extranjero, como ahora? Considerando todas esas condiciones, ¿se podía afirmar realmente que eran las mejores para volver al país?
Por estas razones, si deseaba mantener mi relación epistolar con él, no podía darle noticias tan veraces. Ni siquiera las que es partible comunicar, sin temor, a las personas más lejanas. Ya hacia tres años que el amigo no venía a su país, y se disculpaba con gran dificultad, alegando la inseguridad de la situación política en Rusia, que no toleraba ni la más corta ausencia; mientras tanto, cientos de miles de rusos andaban de turistas por el mundo tranquilamente. Sin embargo, muchas cosas habían cambiado para Georg durante el transcurso de estos tres años. Hacía más o menos dos años –desde la muerte de su madre que trabajaba con su padre; por supuesto, el amigo se enteró de la noticia, y expresó mediante una carta sus condolencias,, en forma tan escueta, que uno deducía de su lectura que la tristeza de una pérdida semejante era totalmente incomprensible en el extranjero. Pero a partir de entonces, Georg se había dedicado con mayor interés a su negocio. Mientras su madre vivió, su padre solo permitía que se hicieran las cosas a su modo. Tal vez esta circunstancia le había impedido una actividad eficaz y verdadera. Poco después de dicha muerte, aunque todavía se ocupaba algo de los negocios, su padre se había vuelto menos tiránico. O quizá –y eso era lo más probable una continua racha de fortuna lo había ayudado; pero era evidente que los negocios habían mejorado inesperadamente durante esos dos años; el personal se tuvo que duplicar, las ganancias se quintuplicaron y era indudable que aún se esperaban nuevos éxitos.
Pero su amigo no se había enterado de estas transformaciones. En otro tiempo, quizá por última vez en su carta de condolencia, había tratado de persuadirle para que fuera a Rusia y le detallaba las ventajas comerciales que le ofrecía San Petersburgo. Las cifras eran ínfimas al lado de los progresos que Georg lograba actualmente en el negocio. No había querido comentar entonces sus éxitos a su amigo, y hacerlo ahora podía resultar verdaderamente extraño.
Por eso, Georg se limitaba en todos los casos a poner a su amigo al tanto de sucesos sin importancia, aquellos que uno puede recordar en una tranquila mañana de domingo en que el azar los trae a la memoria. Sólo quería que la imagen que durante ese largo intervalo su amigo se había formado de su ciudad natal, y con la cual vivía conforme, no se modificara. Y así fue que Georg le anunció, en tres ocasiones bastante

separadas entre sí, el compromiso de un hombre sin importancia con una joven igualmente sin importancia, hasta que el amigo, contra codas las intenciones de Georg, comenzó a interesarse por ese extraño acontecimiento.
Georg prefería contarle por escrito estas cosas antes que confesarle que él mismo estaba comprometido, desde hacia algunos meses con la señorita Frieda Brandenfeld, hija de una familia acomodada. A menudo hablaba de su amigo con su novia, y de la poco común relación epistolar que los unía.
–¿Entonces, no vendrá a nuestro casamiento? –decía ella y sin embargo, yo tengo derecho de conocer a todos tus amigos.
–No quiero molestarlo –respondió Georg. No quiero que me mal entiendas; probablemente vendría, por lo menos eso creo, pero se sentiría obligado. Me envidiaría y eso lo desconsolaría, le haría sentir, realmente, que es incapaz de aliviar su desconsuelo, y luego tendría que retornar solo a Rusia. Solo. ¿Entiendes lo que quiere decir eso?
–Sí, pero... ¿Y si se entera por otros medios de nuestro casamiento?
–No hay forma de impedido; pero con la vida que lleva eso es muy difícil.
–Debiste pensar en tus amigos, Georg, antes de comprometerte.
–Bueno, la culpa es tuya tanto como mía. Sin embargo ahora por nada querría cambiar mi decisión. Y –cuando, con la respiración agitada por sus besos-, ella agregó:
–De todos modos, me preocupa –él pensó que realmente no perdería nada con confesarle todo a su amigo.
"Así soy, y así me acepta –pensó; no puedo crearme para su amistad una imagen más apropiada que la mía."
Y en efecto, aquella mañana primaveral informó a su amigo, mediante la carta que acababa de escribir, de su próximo casamiento.
"He dejado para el final la mejor noticia. Me he comprometido con la señorita Frieda Brandefeld, una joven de familia acomodada, a quien no conoces, pues llegó a la ciudad mucho después de tu partida. Ya podré hablarte más ampliamente de ella en otra ocasión; hoy basta que te diga que estoy muy contento, y que lo único que ha cambiado en nuestra relación, es que si hasta ahora has tenido un amigo como todos, ahora tienes un amigo feliz. Además encontrarás en mi novia, que te saluda afectuosamente y que pronto te escribirá personalmente, una amiga de verdad; Lo que siempre es importante para un soltero. Sé que muchos motivos te impiden visitarnos, pero ¿No crees que mi casamiento es la mejor ocasión para hacer a un lado estos impedimentos? De todas maneras, sea lo que fuere, no dudes en hacer lo que sea más conveniente para ti."

Sentado ante su escritorio, Georg permaneció largo rato mirando hacia la ventana, con esta carta en la mano. Apenas había contestado, con una sonrisa ausente, el saludo de un conocido que pasaba por la calle.
Guardó finalmente la carta en el bolsillo y salió de su habitación; atravesó un pequeño corredor hasta llegar a la de su padre. Hacía meses que no estaba allí. En realidad no era necesario, ya que lo veía diariamente en el negocio, y además almorzaban juntos en el restaurante; por la noche cada cual hacía lo suyo, pero generalmente se quedaban en la sala común, enfrascados en sus respectivos diarios, mientras Georg, como a menudo ocurría, no saliera con sus amigos, o sobre todo últimamente. fuera a ver a su novia.
Georg se asombró del contraste que ofrecía, con aquella mañana tan luminosa, la oscuridad del cuarto de su padre: tanta sombra proyectaba el alto muro que limitaba el pequeño patio. El padre estaba sentado en un rincón adornado con distintos recuerdos de la difunta madre y leía el diario junto a la ventana, sosteniéndolo en forma inclinada ante sus ojos, para compensar así cieno defecto visual. Sobre la mesa se encontraban aún los restos del desayuno, que apenas había probado.
–Ah, Georg –dijo el padre y se acercó a recibirle. Su pesada bata se abrió al caminar y onduló susurrante en torno del anciano. "Mi padre es todavía un gigante" –pensó Georg.
–Aquí la oscuridad está insoportable –dijo luego.
–Sí, está muy oscuro –contestó el padre.
–Además, tienes cerrada la ventana.
–Prefiero que esté así.
–Afuera hace bastante calor –dijo Georg, como meditando su observación anterior mientras se sentaba.
El padre recogió los platos del desayuno y los colocó sobre una cómoda.
–Sólo quería decirte –continuó Georg, que seguía absorto en los movimientos de su padre, que he decidido enviar a San Petersburgo el anuncio de mi casamiento.
Hizo el ademán de sacar de su bolsillo un extremo de la carta, pero la dejó ahí.
–¿A San Petersburgo? –preguntó el padre.
–Si, le escribí a mi amigo –dijo Georg, buscando los ojos de su padre. "Qué distinto es en el negocio –pensó que imponente se ve aquí, sentado con los brazos cruzados." –Sí, a tu amigo –enfatizó el padre.
–Has de recordar, padre, que en principio quise ocultarle mi compromiso. Por consideración; solamente por eso. Ya sabes lo quisquilloso que es. Pensé que podría enterarse por otros medios de mi casamiento, aunque con la vida que lleva, tan solitaria, eso es poco probable; yo no tenía forma de impedirlo, pero nunca lo habría sabido

por mí directamente.
–¿Y sin embargo ahora has cambiado de opinión otra vez –preguntó el padre, colocando el periódico sobre el alféizar, apoyando sobre él las gafas, que cubrió con la mano.
ahora cambié de opinión. Si realmente es mi amigo, me dije, entonces la alegría de mi casamiento ha de ser una alegría también para él. Y por lo tanto no me he demorado más en escribirle. Pero antes de enviar la carta quise comentarlo contigo.
–Georg –dijo el padre, mostrando las encías desdentadas, escúchame. Acudes a mí para comentar este asunto. Ese gesto te honra. Pero es inútil, desgraciadamente no sirve de nada, si además no me dices toda la verdad. Desde la muerte de tu madre, tan querida por nosotros, han ocurrido ciertas cosas muy desagradables. Quizá se presente la oportunidad de mencionarlas, tal vez mucho antes de lo que imaginamos. En el negocio hay asuntos que se me escapan, aunque no quiero insinuar ahora que alguien me los oculta; ya no soy tan fuerte como antes, la memoria me falla, y ya no puedo estar al tanto de todo. En primer lugar, esto se debe al ineludible proceso natural del paso del tiempo, y en segundo lugar, la muerte de nuestra querida madrecita, me ha afectado mucho más a mí que a ti. Pero mejor no nos desviemos del asunto de esta carta, y por eso te ruego Georg, que no me engañes. Se trata de algo sin importancia, que no vale la pena ni mencionar; por eso mismo no tiene objeto que me ocultes algo. ¿Existe en realidad ese amigo tuyo de San Petersburgo?
Georg se levantó repentinamente. Estaba perplejo.
–Dejemos lo de mi amigo. Mil amigos no podrían sustituir a mi padre. ¿Sabes que pienso? No te cuidas lo suficiente. La ancianidad exige ciertos cuidados. Sabes perfectamente que me eres indispensable en el negocio, pero si eso perjudica tu salud, mañana mismo lo cierro para siempre. Y eso no nos conviene. Es preciso que cambies totalmente de costumbres. No puedes seguir viviendo como vives. En la sala hay tanta luz, y tú aquí, leyendo en la penumbra. Apenas pruebas el desayuno, en vez de alimentarte debidamente. Te quedas con la ventana cerrada cuando el aire fresco te haría tanto bien. ¡No, padre! esto no puede seguir así. Llamaré al médico y haremos lo que prescriba. Cambiaremos de habitaciones, pasarás al cuarto de adelante y yo me trasladaré a éste. No sentirás molestia alguna por el cambio, porque también mudaré todas tus cosas. Todo eso a su tiempo; por ahora, recuéstate a descansar un poco en la cama, seguramente necesitas reposo. Ven yo te ayudaré a desvestirte, ya verás que es fácil. O tal vez prefieras pasarte de una vez a mi habitación, si quieres puedes recostarte sobre mi cama. Esto sería lo más conveniente.

Georg se había parado junto a su padre, que había dejado caer hacia adelante la cabeza de blanca y desordenada cabellera.
–Georg –dijo el padre en un susurro, permaneciendo inmóvil Georg se arrodilló de inmediato a su lado; miró su fatigado rostro y comprobó que de reojo se fijaban sobre él sus pupilas dilatadas.
–No tienes ningún amigo en San Petersburgo. Siempre has sido un bromista, y también conmigo has querido bromear. ¿Cómo podrías realmente tener allá un amigo? Eso es increíble.
–Haz un esfuerzo para recordar –dijo Georg, mientras levantaba al padre de la silla y le quitaba la bata, ya que el anciano apenas podía sostenerse en pie, nos visitó hace casi tres años. Todavía recuerdo que no le tenías mucha simpatía. Por lo menos dos veces te oculté su presencia, aunque en realidad se encontraba en mi cuarto, conmigo. Me era muy comprensible tu rechazo hacia él, ya que mi amigo es bastante peculiar. Pero luego, te llevaste bastante bien con él. Me sentía tan orgulloso de que lo escucharas, que asintieras o le hicieras preguntas. Si lo piensas un poco podrás recordarlo. El nos contaba las historias más increíbles de la revolución rusa. había visto, por ejemplo, durante un viaje de negocios a Kiev, a un sacerdote en un balcón que a te la muchedumbre se hizo una cruz con un cuchillo en la palma de la mano, y luego habló a la multitud con la mano ensangrentada en alto. Tu mismo has repetido varias veces esa historia.
Mientras tanto, Georg había logrado sentar de nuevo a su padre y sacarle con delizadez los pantalones de lana que llevaba encima de los calzoncillos; le quitó los calcetines, y al contemplar que la limpieza de la ropa dejaba mucho que desear, se reprochó su descuido. Era sin duda uno de sus deberes el velar porque su padre no careciera de mudas de ropa. interior. Aún no había decidido con la que sería su esposa que hartan con su padre; de este modo quedaba por supuesto que viviría solo en su antiguo departamento. Pero en ese momento, tomó la determinación de que su padre viviría con ellos en su nueva casa.
Analizándolo más atentamente, hasta parecía posible que los cuidados que Georg pensaba prodigar a su padre llegaran demasiado tarde.
Llevó en sus brazos al padre hasta la cama. Mientras hacía el breve trayecto, tuvo la terrible sensación de que su padre jugueteaba con la cadena de su reloj, que le cruzaba el pecho. Apenas pudo acostarlo, con tanta fuerza se había aferrado a la cadena.
Pero cuando al fin el anciano quedó acostado, todo pareció arreglarse. El mismo se cubrió, subiendo las mantas mucho más arriba de los hombros, lo que en el era ya insólito. Después lanzó una mirada amistosa a Georg.
–¿No es cierto que ahora, comienzas a recordarlo? –preguntó Georg,

animándole con un movimiento en la cabeza.
–Estoy bien tapado? –preguntó el padre, como si él mismo no pudiera comprobar si tenía los pies bien cubiertos.
–¿Te sientes más a gusto, en la cama –dijo Georg, y lo arropó.
–¿Estoy bien tapado? –preguntó otra vez el padre mostrando especial interés en la respuesta.
–No te intranquilices, estás bien tapado.
–¡No! –gritó el padre, interrumpiéndole.
Arrojó las mantas con tanta vehemencia que en un segundo se desparramaron totalmente, y se levantó sobre la cama. Apoyó ligeramente la mano en el cielo raso.
–Tú quisieras taparme, lo sé, mi hijito. Pero todavía no estoy tapado. Y aunque sean mis últimas fuerzas, son suficientes, casi demasiadas para mí. A ese amigo tuyo lo conozco muy bien. Es el hijo que yo habría querido. Por eso mismo lo has engañado, año tras año. ¡Por qué si no! ¿Crees que no he llorado por él? Por eso te encierras en tu escritorio, nadie puede pasar, el Jefe está ocupado... sólo para escribir falsas cartas a Rusia. Pero por suerte nadie tiene que enseñarle a un padre a adivinar lo que piensa su hijo. ¡Creíste que me habías engañado, que estaba tan hundido que podías sentar tu trasero sobre mí. ¡Y como yo no puedo ya moverme, el gran hijo decide casarse!
George se aterrorizó ante la espantosa imagen evocada por su padre. El recuerdo del amigo de San Petersburgo, a quien su padre parecía conocer tan bien de repente, se posesionó de su imaginación como nunca. Lo veía perdido en la vasta Rusia. Lo veta ante la puerta de su negocio vacío y saqueado; entre las ruinas de los mostradores, en medio de la mercadería consumida por el fuego, lo veía claramente. ¡Por qué tenla que haberse ido tan lejos!
–Pero atiéndeme –gritó imperativamente el padre. Georg, a punto de desvanecerse, se dirigió hacia la cama para enterarse definitivamente de todo, pero se detuvo a la mitad de camino.
–Porque ella se levantó las faldas –dijo aflautadamente el padre, porque esa perra asquerosa se levantó las faldas así y como ejemplificando se alzó la camisola por encima de los muslos, dejando ver en uno de ellos la cicatriz de la guerra, porque se levantó las faldas así y así, te entregaste completamente; y para gozar hasta saciarte con ella mancillaste la memoria de nuestra madre, defraudaste a tu amigo y has querido enterrar en la cama a tu padre, para que no pueda moverse. Pero... ¿puede o no puede moverse?
Y se irguió firmemente sobre sus piernas, sin apoyarse en nada. Resplandecía de orgullo.
Georg permanecía en el rincón, lo más alejado que podía de su padre.

En otro momento se había dispuesto a observar todo con detenimiento, para que nada le cayera por sorpresa, desde atrás o desde arriba. Recordó esa olvidada decisión y la olvidó nuevamente, como cuando se pasa un hilillo por el ojo de una aguja.
–¡Pero tu amigo no ha sido defraudado! –exclamó el padre, agitando en el aire su índice de un lado a otro, enfáticamente. Yo era su representante aquí!
–¡Farsante! No pudo dejar de gritar Georg; de inmediato comprendió su error, y se mordió la lengua, con los ojos desorbitados de dolor, hasta sentir que le flaqueaban las piernas pero ya era demasiado tarde.
–¡Sí! representé una farsa. !Farsa.! Me gusta la palabra. ¿Qué otro consuelo le quedaba al amargado padre viudo? Contéstame, y trata de ser, aunque sea por un instante, un hijo digno de mí, como el que fuiste. ¿Qué otra cosa podía hacer, metido en mi cuarto, perseguido por empleados desleales, viejo hasta los huesos? Mientras mi hijo se paseaba jubilosamente por el mundo, cerrando operaciones comerciales que yo había preparado previamente, pleno de satisfacción y jugando ante su padre al pretendiente formal. ¿Crees que no te quise nunca, yo, tu padre, al que quisiste abandonar?
"Ahora hará una reverencia –pensó Georg y se caerá y se romperá los huesos." Estos pensamientos le produjeron un estremecimiento.
El padre se inclinó un tanto hacia adelante, pero no se cayó. Al ver que Georg no se acercaba, como él esperaba, volvió a erguirse.
–Quédate donde estás, no te necesito; no te necesito. Crees que todavía tienes fuerza suficiente para acercarte y que no lo haces sólo porque no se te da la gana. ¿No te equivocarás? Sigo siendo el más fuerte, Tal vez yo solo hubiera tenido que ceder; pero tu madre me transmitió hasta tal punto su energía, que con tu amigo me entiendo a las mil maravillas, y tengo a todos sus clientes metidos en el bolsillo.
"Hasta en el camisón tiene bolsillos", pensó Georg, y creyó que esta simple observación bastaba para ridiculizarle ante el mundo entero. Lo pensó apenas un instante, luego lo olvidó como siempre.
–Puedes refugiarte en las faldas de tu novia para enfrentarme. ¡La arrancaré de tu lado, no te imaginas cómo!
Georg hacía muecas de incredulidad. El padre se limitó a asentir con la cabeza, hacia el rincón donde Georg se encontraba, para confirmar que su sentencia era verdad.
–¡No sabes la gracia que me causaste hoy, cuando viniste a preguntarme si debías anunciar a tu amigo que estás comprometido!... ¡El ya sabe todo! ¡Estúpido infantil! ¡Ya sabe todo! ¿Cómo te olvidaste de quitarme papel y pluma? Yo le escribí y le conté hasta el más mínimo detalle, por eso no viene desde hace tantos años, porque sabe

todo lo que pasa mil veces mejor que tú; mientras con la diestra abre mis cartas, con la siniestra rompe las tuyas sin leerlas.

Excitado, mientras levantaba una mano sobre su cabeza, gritó:

–¡Sabe todo mil veces mejor!

–¡Diez mil veces –dijo Georg para burlarse de su padre, pero antes de salir de su boca, las palabras se convirtieron en una nefasta certeza.

–Hace años esperaba ya esta consulta. ¿O crees que me importa alguna otra cosa en el mundo? ¿Crees acaso que leo los periódicos? ¡Mira? –y le arrojó un periódico que inexplicablemente había traído consigo a la cama.

Era un diario tan viejo, que Georg ni siquiera conocía el nombre.

–¡Cuánto tiempo has tardado en ver cómo son las cosas! Tu madre murió antes de presenciar este día tan jubiloso; tu amigo se pudre en Rusia, ya hace tres años estaba amarillo como un cadáver; y yo, ¿no tienes ojos para ver como estoy?

–Entonces. me acechabas constantemente –gritó Georg.

Compasivo, sin hacerle mucho caso, dijo el padre:

–Estoy seguro que hace mucho querías decirme eso. Pero ya no importa.

Elevó el tono de voz:

–Y ahora sabes que hay otras cosas además de ti, hasta ahora sólo te han interesado tus asuntos. Y aunque es cierto que eras un niño inocente, también es cierto y más, que eras un ser diabólico. Y por lo mismo, escúchame: ¡Te condeno a morir ahogado!

Georg se sintió arrojado de la habitación. Llevaba aún en los oídos el sonido del golpe con el que su padre se dejó caer sobre la cama. Bajó la escalera, como si se tratara de un terreno inclinado, y tropezó con la criada que se disponía a subir para hacer la limpieza matutina de la casa.

–¡Jesús! –gritó ella, y se cubrió la cara con le delantal, pero Georg se había esfumado. Cruzó corriendo la carretera, en dirección del agua. Se aferró a la baranda, como un hambriento a su comida. La saltó, como debía hacerlo el distinguido atleta que para orgullo de sus padres fue en sus años juveniles. Se sostuvo colgado todavía un instante, con manos cada vez más débiles; espió entre la baranda a un autobús que se acercaba, y que ensordecería el ruido de su caída, y exclamó en voz baja: "Queridos padres, a pesar de todo, os he querido siempre", y se dejó caer.

En ese momento una interminable fila de automóviles transitaba por el puente.

AMERICA

(1912–1913)

EL FOGONERO

Cuando Karl Rossmann –muchacho de dieciséis años de edad a quien sus pobres padres enviaban a América porque lo había seducido una sirvienta que luego tuvo de él un hijo– entraba en el puerto de Nueva York a bordo de ese vapor que ya había aminorado su marcha, vio de pronto la estatua de la diosa de la Libertad, que desde hacía rato venía observando, como si ahora estuviese iluminada por un rayo de sol más intenso. Su brazo con la espada se irguió como con un renovado movimiento, y en torno a su figura soplaron los aires libres.

«¡Qué alta!», se dijo, y como ni siquiera se le ocurría retirarse, la creciente multitud de los mozos de cuerda que junto a él desfilaba fue desplazándolo, poco a poco, hasta la borda.

Un joven con el cual había trabado fugaz relación durante la travesía le dijo al pasar:

–Pero, ¿no tiene usted ganas de bajar?

–Claro que sí; ya estoy pronto –dijo Karl, riéndose al mirarlo; y lleno de alegría, alzó su baúl y lo cargó sobre un hombro, pues era un muchacho fuerte. Pero al seguir con la vista a ese desconocido suyo que agitando ligeramente su bastón ya se alejaba con los demás, notó consternado que había olvidado su propio paraguas abajo, en el interior del barco. Sin demora, rogó a su conocido –quien no pareció alegrarse mucho– que aguardara un instante junto a su baúl; recorrió con una mirada el lugar para poder encontrarlo a su regreso, y se alejó presuroso.

Abajo, se sorprendió desagradablemente al ver que el pasillo que hubiera acortado en forma considerable su camino estaba condenado –cosa que probablemente se relacionaba con el desembarco de la totalidad de los pasajeros–, y así tuvo que buscar penosamente, a través de corredores que doblaban sin cesar y de un cuarto vacío donde había un escritorio abandonado, escaleras que se sucedían sin fin unas a otras, hasta que terminó por extraviarse completamente, pues sólo en una o dos oportunidades había tomado por ese camino, y siempre acompañado de otras personas. En su desconcierto, y además porque no topaba con ningún ser humano, y porque sólo oía incesantemente el arrastrarse de los mil pies humanos por encima de su cabeza, y percibía, a lo lejos, como un apagado jadeo, las últimas operaciones de las máquinas ya paradas, se puso a golpear, sin pensarlo, en una puertecilla cualquiera, junto a la cual se había detenido de pronto,

interrumpiendo su andar errátil.
–Pero si está abierto –oyóse una voz desde adentro; y Karl, con verdadero alivio, abrió la puerta.
–¿Por qué golpea la puerta como un loco? –preguntó un hombre gigantesco, dirigiéndole a Karl apenas una mirada. Por una claraboya, una luz turbia que llegaba ya muy gastada desde arriba, caía en el mísero camarote, donde muy apretujados, como estibados, había una cama, un ropero, una silla y el hombre.
–Me he extraviado –dijo Karl–; durante el viaje no me di cuenta, pero es el caso que éste es un barco tremendamente grande.
–Sí, en eso tiene usted razón –dijo con cierto orgullo el hombre, sin cesar de manipular con la cerradura de un pequeño baúl, a la que apretaba con ambas manos, una y otra vez, tratando de escuchar el ruido del pestillo al cerrarse.
–¡Pero entre usted de una vez! –siguió diciendo el hombre–, ¡no querrá usted quedarse afuera!
–¿No molesto? –preguntó Karl.
–¡Oh, cómo va a molestar usted!
–¿Es usted alemán? –intentó todavía asegurarse Karl, pues había oído muchas cosas acerca de los peligros que en América amenazan a los recién llegados, sobre todo de parte de los irlandeses.
–Lo soy, sí; lo soy –dijo el hombre.
Karl vacilaba todavía. Pero entonces, de improviso cogió el hombre el picaporte, y cerrando rápidamente la puerta, dejó a Karl en el interior del camarote.
–No soporto que me estén mirando desde el pasillo –dijo el hombre, volviendo a afanarse con su baúl–; todos los que pasan por ahí miran adentro, ¡cualquiera lo soporta!
–Pero el pasillo está completamente desierto –dijo Karl, incómodamente apretado contra un barrote de la cama.
–Sí, ahora –dijo el hombre.
«Es que de ahora se trata –pensó Karl–, con este hombre es difícil entenderse.»
–¿Por qué no se echa usted en la cama?; ahí tendrá más lugar –dijo el hombre.
Karl, como pudo, se arrastró hacia adentro y se echó a reír ruidosamente, después de su primer intento vano de ganar la cama de un salto. Pero apenas estuvo en ella exclamó:
–¡Por Dios, me he olvidado completamente de mi baúl!
–¡Ah!, ¿y dónde está?
–Arriba, en la cubierta, un conocido mío lo cuida; pero... ¿cómo se llamaba? –Y de un bolsillo secreto que su madre le había confeccionado

para el viaje en el forro de la chaqueta, extrajo una tarjeta de visita–. Butterbaum, Franz Butterbaum.
–¿Le hace a usted mucha falta ese baúl?
–Claro.
–¿Por qué, entonces, se lo confió usted a una persona extraña?
–Había olvidado abajo mi paraguas y vine corriendo a buscarlo, pero no quise arrastrar conmigo el baúl. Y luego, para colmo, me extravié.
–¿Viene usted solo? ¿Nadie lo acompaña?
–Sí, solo.
«Quién sabe si no debería yo quedarme cerca de este hombre –tal idea cruzó de pronto por la cabeza de Karl–; ¿dónde hallaría yo en estos momentos un amigo mejor?»
–Y ahora, como si fuera poco, perdió usted el baúl; del paraguas, ya ni qué hablar. –Y el hombre se sentó en la silla, como si ahora el asunto de Karl hubiera cobrado cierto interés para él.
–Creo, sin embargo, que el baúl no está perdido todavía.
–Bienaventurados los que creen –dijo el hombre rascándose vigorosamente sus cabellos oscuros, cortos, tupidos–; en un barco, con los puertos cambian también las costumbres. En Hamburgo, su Butterbaum tal vez hubiera vigilado el baúl, pero aquí es muy probable que ya no haya rastros ni de uno ni de otro.
–Si es así, debo ir en seguida a ver qué pasa allá arriba –dijo Karl mirando en derredor para buscar una salida.
–¿Qué es eso? ¡Quédese usted! –dijo el hombre poniéndole una mano en el pecho y empujándolo otra vez a la cama, casi con rudeza.
–Pero, ¿por qué? –preguntó Karl disgustado.
–Porque la cosa no tiene sentido –dijo el hombre–, dentro de unos momentos me iré yo también, y entonces iremos juntos. O bien el baúl ha sido robado, y ya nada cabe hacer; o bien el hombre lo ha dejado allí, y entonces lo encontraremos mucho más fácilmente, lo mismo que su paraguas, una vez que el barco esté desocupado del todo.
–Verdaderamente, ¿sabe usted orientarse en este barco? –preguntó Karl receloso, y le pareció que había gato encerrado en aquella sugestión, convincente por otra parte, de que la mejor manera de hallar esas cosas sería buscándolas en el barco ya desocupado.
–¡Si soy fogonero del barco! –dijo el hombre.
–¡Es usted fogonero del barco! –exclamó Karl con alegría, como si esto superara todas sus esperanzas; y apoyándose sobre un codo se puso a contemplar más detenidamente a aquel hombre–. Precisamente delante del camarote donde yo dormía con el eslovaco había una escotilla por la cual podía uno contemplar la sala de máquinas.
–Sí, allí trabajaba yo –dijo el fogonero.

–Siempre tuve muchísimo interés por la mecánica –dijo Karl conservando una ilación de pensamiento fija–, y seguramente más adelante habría llegado a ser ingeniero, si no hubiera tenido que embarcarme para América.
–¿Y por qué tuvo que irse usted?
–¡Bah, nada! –dijo Karl arrojando toda esa historia con un ademán. Y miró al mismo tiempo al fogonero sonriéndole como si implorara su indulgencia por no haberle respondido claramente.
–Por alguna causa será –dijo el fogonero, y no se sabía bien si con ello quería él exigir o bien rechazar la explicación de esa causa.
–Ahora yo también podría hacerme fogonero –dijo Karl–; a mis padres ya les es indiferente lo que vaya a ser.
–El puesto mío queda vacante –dijo el fogonero metiéndose las manos en los bolsillos de los pantalones con plena y orgullosa conciencia de lo que acababa de decir; y a fin de estirarlas echó sobre la cama las piernas metidas en unos pantalones abolsados, como si fueran de cuero, de un color gris ferrugiento. Karl debió retroceder más hacia la pared.
–¿Abandona usted el barco?
–Sí, señor; hoy nos largamos.
–¿Y por qué? ¿No le gusta a usted?
–Pues son las circunstancias; el hecho de que a uno le guste o no una cosa no siempre es lo decisivo. Por otra parte, tiene usted razón, tampoco me gusta. Usted seguramente no piensa en serio hacerse fogonero, pero es precisamente así como se llega a serlo con mayor facilidad. Yo, decididamente, no se lo aconsejo. Si deseaba usted estudiar en Europa, ¿por qué no quiere hacerlo aquí? Puesto que, por otra parte, las universidades norteamericanas son incomparablemente mejores que las europeas.
–Es muy posible –dijo Karl–, pero ya no tengo casi dinero para los estudios. Es cierto que he leído de alguno que durante el día trabajaba en un comercio y por la noche estudiaba, hasta que llegó a ser doctor y creo que aun alcalde; pero esto exige, naturalmente, gran perseverancia, ¿no es cierto? Me temo que yo no la tenga. Además no era yo alumno excepcionalmente bueno, y en verdad no me ha costado nada dejar el colegio. Además los colegios de aquí son posiblemente más severos todavía. Apenas conozco el inglés. Y en general hay mucha prevención aquí contra los extranjeros, según creo.
–¿Ya está usted enterado también de eso? Pues no está mal. Es usted mi hombre, entonces. Vea usted, estamos por cierto en un barco alemán: pertenece a la Hamburk–AmerikaLinie. ¿Por qué no somos aquí alemanes todos? ¿Por qué es rumano el jefe de maquinistas? Se llama

Schubal. Parece mentira ¿no es cierto? Y ese canalla nos maltrata a nosotros, los alemanes, ¡a bordo de un barco alemán! No crea usted (perdía el aliento y su mano llameaba por el aire), no crea usted que me estoy quejando sólo por quejarme. Sé que usted no tiene ninguna influencia, que usted mismo es un pobre muchachito. ¡Pero esto es demasiado! ¡Demasiado! –Golpeó varias veces con el puño sobre la mesa, sin quitar los ojos de él mientras golpeaba–. He servido ya en muchos barcos –y citó veinte nombres uno tras otro como si fuese una sola palabra; Karl quedó completamente confundido–, y me distinguía y me elogiaban; trabajaba a gusto de mis capitanes, hasta que quedé varios años en un mismo velero mercante –se levantó como si aquello constituyese el punto culminante de su vida–, y aquí, en esta carraca, donde todo marcha como sobre ruedas, donde no se necesita ningún ingenio especial, aquí yo no sirvo para nada, y continuamente estoy molestando a ese Schubal, y soy un haragán, y me merezco que me echen, y me hacen un favor dándome mi sueldo. ¿Lo entiende usted? ¿Entiende usted eso? Pues yo no lo entiendo.

–No debe usted tolerarlo –dijo Karl excitado. Casi había perdido la noción de que pisaba el suelo inseguro de un barco, en la costa de un continente desconocido, tan a gusto y como en su casa se encontraba allí, sobre aquel lecho del fogonero–. ¿Ya vio usted al capitán? ¿Ya trató usted de que le hiciera justicia?

–¡Oh, váyase!, será mejor que se vaya usted. No quiero que esté aquí. Usted no escucha lo que digo y me da consejos. ¿Cómo quiere que vaya a ver al capitán? –Y cansado, el fogonero volvió a sentarse y hundió el rostro entre sus dos manos.

«Mejor consejo no puedo darle», díjose Karl. Y en general le pareció que mejor hubiera hecho en irse a buscar su baúl, en lugar de estar dando allí consejos que, después de todo, sólo se consideraban estúpidos.

Cuando el padre le entregó el baúl para siempre, le preguntó bromeando: «¿Cuánto tiempo lo conservarás?», y ahora, tal vez, ya estaba realmente perdido ese fiel baúl. El único consuelo era, de todos modos, que el padre apenas podría enterarse de su situación actual, aunque tratara de averiguarla. La última noticia que la compañía podría dar era que lo habían llevado hasta Nueva York.

Pero lo que verdaderamente lamentaba Karl era haber usado apenas, hasta entonces, las cosas que contenía el baúl, a pesar de que hacía mucho ya que le hubiera hecho falta mudarse de camisa, por ejemplo. Ahí, pues, había hecho economías fuera de lugar; precisamente ahora, cuando en los comienzos de su carrera tendría necesidad de presentarse pulcramente vestido, no le quedaría más remedio que

aparecer con la camisa sucia. Si no fuera por eso, la pérdida del baúl no hubiera sido tan grave, ya que el traje que llevaba puesto era mejor aún que el que tenía en el baúl, el cual era en realidad sólo un traje de repuesto, que la madre había tenido que remendar hasta momentos antes de su partida. Y entonces recordó también que en el baúl había además un trozo de salchichón veronés, que la madre le había empaquetado como regalo extraordinario, y del que él sólo había podido comerse una parte mínima, ya que durante el viaje le faltó el apetito por completo y le bastó sobradamente con aquella sopa que se repartía en el entrepuente. Ahora, en cambio, le hubiera gustado mucho tener a mano el salchichón para obsequiar con él al fogonero. Pues esa clase de gente es fácil de ganar si, subrepticiamente, se les desliza cualquier insignificancia: Karl lo sabía bien por su padre que, mediante repartos de cigarros, se ganaba los favores de todos los empleados inferiores con los cuales trataba comercialmente. De las cosas que podía regalar ahora sólo le quedaba a Karl su dinero y, por lo pronto, no quería tocarlo, ya que bien podía ser que hubiese perdido su baúl.

De nuevo tornó a pensar en el baúl y, realmente, no podía entender por qué había vigilado ese baúl con tanta atención durante el viaje, entregado a una vigilancia que casi le quitaba el sueño, si ahora había permitido que se lo quitaran con semejante facilidad. Se acordó de las cinco noches cargadas de esa sospecha constante contra un pequeño eslovaco que dormía en el segundo echadero hacia la izquierda; pensaba que aquél tenía puestas sus miras en el baúl y que sólo esperaba acechando que Karl, acosado y vencido por la debilidad, se quedase adormilado un instante para poder atraer hacia sí el baúl con un palo largo con el que jugaba y practicaba durante el día.

De día ese eslovaco tenía aspecto bastante inofensivo, pero apenas llegaba la noche, se incorporaba en su lecho, de rato en rato, y echaba unas miradas afligidas al baúl de Karl. Todo esto podía distinguirlo Karl muy claramente, pues siempre había quien, con la inquietud del emigrante, tenía una lucecita encendida, acá o allá, a pesar de que esto estaba prohibido por el reglamento del barco; así intentaban descifrar folletos ininteligibles de las agencias de emigración. Si alguna de estas bujías se hallaba cerca, podía Karl dormitar un poco; pero si estaba lejos, o si todo se hallaba a oscuras, era necesario que velara con los ojos abiertos. Este esfuerzo lo había agotado bastante y ahora tal vez resultaba absolutamente inútil. ¡Ese Butterbaum! ¡Que alguna vez se topara con él en cualquier parte!

En ese instante oyéronse afuera, muy lejos, unos golpecitos breves, como de pies infantiles, que rompían la quietud absoluta que hasta

entonces había reinado, venían acercándose, el sonido se hacía cada vez más distinto, y ahora ya era una tranquila marcha de hombres. Aparentemente marchaban en fila, cosa natural en aquel pasillo estrecho; se oyó un fragor como de armas. Karl, que ya estaba a punto de estirarse en la cama, dispuesto a dormir, a entregarse a un sueño libre de todas las preocupaciones causadas por el baúl y el eslovaco, se sobresaltó y empujó al fogonero, para prevenirlo por fin, pues ya parecía que la tropa alcanzaba, con su vanguardia, la misma puerta.

–Es la banda del barco –explicó el fogonero–; estuvieron tocando arriba, y van a guardar sus cosas y a hacer sus equipajes. Ahora sí, todo está listo y podemos irnos. ¡Venga usted! –Cogió a Karl de la mano; en el último instante quitó de la pared una imagen de la Virgen, con su marco, suspendida sobre la cama, se la metió en el bolsillo interior, recogió su baúl y, apresuradamente, abandonó con Karl el camarote.

–Ahora me voy a la oficina a cantarles cuatro verdades a los señores. Ya no queda ningún pasajero y uno puede proceder sin miramientos. –Repetía de diversas maneras esto el fogonero y, mientras pasaban, con un golpe lateral de uno de los pies, quiso aplastar una rata que cruzaba el camino, pero sólo la ayudó a ganar más pronto el interior del agujero que había alcanzado a tiempo. Era más bien lerdo de movimientos; pues aunque tenía piernas largas, éstas, con todo, le resultaban demasiado pesadas.

Pasaron por una sección de la cocina donde algunas muchachas de delantales sucios –se los manchaban adrede salpicándoselos ellas mismas– se hallaban limpiando la vajilla en grandes bateas. El fogonero llamó a su lado a cierta Line, rodeó su talle y la llevó un trecho con él; y ella, coqueta, no cesaba de apretarse contra su brazo.

–Hay paga hoy, ¿quieres venir? –preguntó.

–¿Para qué voy a molestarme? Será mejor que tú me traigas el dinero –contestó ella y, deslizándose bajo su brazo, se escurrió–. ¿Dónde has pescado a ese mocito tan apuesto? –alcanzó a exclamar todavía, pero ya ni quiso esperar la respuesta. Oyóse la risa de todas las muchachas, que habían interrumpido su labor.

Pero ellos siguieron de largo y llegaron a una puerta que tenía un pequeño frontón encima, sostenido por pequeñas cariátides doradas. Esto representaba una suntuosidad excesiva, tratándose, como era el caso, de una decoración de barco. Karl se percató de que nunca había llegado a este sitio, reservado probablemente, durante la travesía, a los pasajeros de primera y segunda clase; mientras que ahora, en vísperas de la limpieza general del barco, se habían quitado las puertas de separación. En efecto, ya se habían encontrado con algunos hombres

que llevaban escobas al hombro y que habían saludado al fogonero. Karl se asombraba de ese gran movimiento, del que naturalmente había llegado a saber bien poco en su entrepuente. A lo largo de los pasillos corrían asimismo cables de instalaciones eléctricas y se oía en forma constante sonar una campanita.

El fogonero golpeó respetuosamente la puerta, y cuando dijeron: «¡entre!», le indicó con un ademán a Karl que entrara sin temor. Éste entró por cierto, aun cuando se detuvo cerca de la puerta. Vio por las tres ventanas del cuarto las olas del mar y, al contemplar su alegre movimiento, agitóse su corazón como si no hubiese visto el mar ininterrumpidamente durante cinco largos días. Grandes buques entrecruzaban mutuamente su derrotero y cedían al oleaje sólo en cuanto lo permitía su propia gravitación. Estos buques, si entornaba uno los ojos, parecían vacilar de pura gravitación. Llevaban sobre sus mástiles banderas angostas, si bien largas, que aunque tirantes por el desplazamiento del barco, ondeaban sin embargo, ya para un lado, ya para otro. Se oía un eco de salvas, procedente probablemente de buques de guerra. Los cañones de uno de esos barcos que desfilaba no muy lejos de allí, relucientes por el brillo de su manto de acero, parecían como acariciados y mecidos por ese viaje seguro, liso, que con todo no era horizontal. Las pequeñas lanchas y los botes sólo podían ser observados a lo lejos, al menos desde la puerta; velase cómo entraban en gran número por los espacios que quedaban libres entre los barcos grandes. Pero detrás de todo eso levantábase Nueva York, mirando a Karl con las cien mil ventanas de sus rascacielos. Sí, en ese cuarto sabía uno bien dónde se hallaba.

Frente a una mesa redonda había tres señores sentados, uno de ellos era un oficial de la marina, con el uniforme azul de los navales, y los dos restantes, empleados de la autoridad portuaria, vestidos con negros uniformes norteamericanos. Sobre la mesa había diversos documentos dispuestos en altas pilas, a los cuales el oficial, pluma en mano, echaba un vistazo primero, para entregárselos luego a los otros dos, quienes o bien los leían, o bien los extractaban, o bien ponían alguna hoja en sus cartapacios, cuando no era el caso de que uno de ellos, que producía casi ininterrumpidamente un ruidito con los dientes, dictaba a su colega algo que éste anotaba en un protocolo.

Cerca de la ventana, frente a un escritorio y dando la espalda a la puerta, hallábase sentado un señor más bien bajo, que manejaba grandes infolios alineados delante de él a la altura de su cabeza, sobre un fuerte estante para libros. Junto a él había una caja de caudales abierta que, al menos a primera vista, parecía vacía.

Nada había frente a la segunda ventana, que ofrecía la mejor vista; y

cerca de la tercera se veía a dos señores de pie que conversaban a media voz. Uno de ellos se apoyaba en la pared, junto a la ventana; llevaba también el uniforme naval y jugaba con la empuñadura de su sable. El otro, con el cual conversaba, daba la cara a la ventana y descubría de vez en cuando, con un movimiento, parte de la hilera de condecoraciones que ostentaba el primero sobre su pecho. Vestía de civil y tenía un delgado bastoncillo de bambú, que se separaba de su cuerpo como si también fuese una espada, pues con los brazos en jarras apretaba ambas manos contra sus flancos.

Karl no dispuso de mucho tiempo para contemplarlo todo, pues pronto se les acercó un ordenanza y, dirigiéndole al fogonero una mirada como diciendo que él nada tenía que buscar allí, le preguntó qué era lo que deseaba. El fogonero respondió, tal como había sido preguntado, en voz muy baja, que deseaba hablar con el cajero mayor. El ordenanza, por su parte, recusó ese ruego con un ademán; mas se encaminó, de puntillas y evitando con un gran rodeo la mesa redonda, hacia el señor de los infolios. Dicho señor –esto se vio con toda claridad– quedó literalmente petrificado al escuchar las palabras del ordenanza; pero finalmente se volvió hacia el hombre que deseaba hablarle, y luego, con severa negativa, agitó las manos en dirección al fogonero y, para mayor seguridad, también hacia el ordenanza. Después de lo cual el ordenanza regresó a donde estaba el fogonero y, en un tono como si le confiara algo, dijo:

–¡Retírese usted inmediatamente de este cuarto!

Al recibir tal respuesta, bajó el fogonero la mirada hacia Karl, como si éste fuese su corazón, al que sin decir palabra contara sus cuitas. Sin pensarlo dos veces, dejó Karl su sitio y atravesó corriendo el cuarto, de manera que hasta llegó a rozar, ligeramente, la silla del oficial; el ordenanza echó a correr también, agachado, con los brazos listos para apresarlo, como si estuviera cazando algún bicho; pero Karl fue el primero en llegar a la mesa del cajero mayor, y se aferró a ella, por si el ordenanza intentaba arrastrarlo de allí.

Como era natural, el cuarto se animó en el acto. El oficial de marina, el de la mesa, se levantó de un salto; los señores de la autoridad portuaria se quedaron mirando con calma, pero atentamente; los dos señores de la ventana se colocaron uno al lado del otro, y el ordenanza retrocedió, creyendo que donde ya demostraban interés tan altos señores sobraba él. El fogonero se quedó esperando junto a la puerta, dando muestras de la más viva atención y aprestándose para el momento en que se hiciera necesaria su ayuda. Y por último el cajero mayor hizo girar su sillón hacia la derecha. Karl hurgó en su bolsillo secreto, que no tuvo inconveniente en mostrar a las miradas de aquella

gente, extrajo su pasaporte y, abriéndolo, lo depositó sobre la mesa por toda presentación. El cajero mayor pareció considerar secundario ese pasaporte, pues lo apartó tomándolo desdeñosamente con la punta de los dedos, ante lo cual Karl volvió a guardarse su pasaporte, como si esta formalidad hubiese sido cumplida satisfactoriamente.

–Me permito decir –comentó luego– que a mi manera de ver se ha cometido una injusticia con el señor fogonero. Hay aquí un cierto Schubal que lo acecha constantemente. Él mismo, en cambio, ya ha servido en muchos barcos a plena satisfacción, puede nombrarlos todos, es aplicado, su trabajo le gusta y en realidad no puede comprenderse por qué no habría de cumplir precisamente en este barco, en el cual el servicio no es, de ninguna manera, tan excesivo y pesado como por ejemplo en los veleros mercantes. Por eso sólo puede tratarse de calumnias, destinadas a crearle obstáculos en su carrera y a privarlo del reconocimiento que de otra manera no le faltaría, con toda seguridad. Sólo he dicho las cosas generales acerca de este asunto; las quejas especiales se las presentará él mismo.

Karl había dirigido ese discurso a todos los señores, ya que en efecto estaban escuchándolo todos, y porque parecía mucho más probable que se hallara algún justo entre todos ellos juntos, y no que ese justo fuese precisamente el cajero mayor. Por lo demás, Karl no había dicho, por astucia, que sólo desde hacía tan poco tiempo conocía al fogonero. Por otra parte hubiera hablado mucho mejor aún si no lo hubiera irritado la cara roja del señor del bastoncillo de bambú, cara que desde el lugar donde se hallaba veía por primera vez.

–Todo esto es cierto, palabra por palabra –dijo el fogonero aun antes de que nadie se lo hubiese preguntado, y lo que es más, antes de que nadie lo mirara siquiera.

Esa precipitación del fogonero habría sido una falta grave si el señor de las condecoraciones, que –y así lo comprendió Karl en seguida, porque saltaba a la vista– era sin duda el capitán, no hubiera decidido ya para sus adentros, evidentemente, escuchar al fogonero.

–¡Acérquese usted! –exclamó, con una voz tan firme que parecía hecha para descargar sobre ella un martillo.

Ahora dependía todo de la conducta del fogonero, pues Karl no dudaba de que la causa de su amigo fuera la justa. Por suerte quedó demostrado, en esa oportunidad, que el fogonero ya había corrido bastante mundo. Con calma ejemplar sacó de su baúl, al primer movimiento de la mano, un paquetito de papeles, como asimismo una libreta de notas. Se encaminó con estas cosas hacia el capitán, descuidando por completo al cajero mayor como si ello fuese lo más natural del mundo, y extendió sus pruebas sobre el antepecho de la

ventana. El cajero mayor no tuvo más remedio que molestarse en ir él mismo hasta allí.
–Este hombre es un querellador conocido –dijo a modo de explicación–, se le ve en la caja con mayor frecuencia que en la sala de máquinas. A Schubal, ese hombre tan tranquilo, lo ha llevado hasta la desesperación más completa. ¡Oiga usted! –dijo dirigiéndose al fogonero–, realmente ya va usted demasiado lejos en su impertinencia. ¡Cuántas veces se le ha echado a usted de las oficinas de pago, tal como usted lo merece, con sus exigencias por completo injustificadas, injustificadas enteramente y sin excepción! ¡Cuántas veces se ha venido usted corriendo de allí a la caja principal! ¡Cuántas veces se le ha dicho a usted, por las buenas, que Schubal es su superior inmediato con el cual únicamente debe usted entenderse, y en calidad de subordinado! Y ahora, para colmo, aparece usted aquí estando presente el señor capitán, y no tiene vergüenza de molestarlo; ¡a él en persona!, ¡y no le da vergüenza tampoco traer como portavoz enseñado de sus disparatadas acusaciones a este chico, al que, por otra parte, veo por primera vez a bordo!
Karl tuvo que dominarse para no enfrentársele de un salto, pero ya intervenía el capitán diciendo:
–Bien, escuchemos por una vez a este hombre. Ese Schubal, de todas maneras, se está haciendo, a la larga, demasiado independiente, con lo cual, sin embargo, no he querido decir nada en favor de usted. –Lo último iba destinado al fogonero; era natural que no quisiese tomar su partido inmediatamente, pero todo parecía muy bien encaminado.
El fogonero comenzó su declaración, y ya al comienzo refrenó sus pasiones dándole a Schubal el trato de «señor». ¡Cómo se alegraba Karl, que estaba de pie junto al escritorio abandonado del cajero mayor y donde por gusto oprimía, haciéndolo bajar una y otra vez, el platillo de pesacartas!
«¡El señor Schubal es injusto! ¡El señor Schubal prefiere a los extranjeros! ¡El señor Schubal expulsaba al fogonero de la sala de máquinas y le hacía limpiar retretes, cosa que por cierto no era tarea del fogonero!»
Una vez hasta fue puesta en duda la capacidad del señor Schubal, que más bien sería aparente que real. En este punto, Karl miró fijamente y con toda insistencia al capitán, en forma insinuante, solícita, como si fuese su colega, sólo para que éste no se dejase influir contra el fogonero, movido por su manera de expresarse un poco inhábil. De todas maneras nada esencial surgió de la mucha oratoria, y aunque el capitán continuase todavía con la mirada fija, y en los ojos la decisión de escuchar por esta vez al fogonero hasta el fin, los otros señores al

contrario se impacientaban, y la voz del fogonero bien pronto dejó de reinar con autoridad en el ámbito, lo cual hacía temer muchas cosas. Primero, el señor de civil puso en actividad su bastoncito de bambú golpeando, aunque suavemente, sin ruido, el piso de entablado. Los demás señores miraban, naturalmente, de cuando en cuando; pero los señores de la autoridad portuaria, que evidentemente tenían prisa, volvieron a sus expedientes y comenzaron a revisarlos, aunque todavía permanecían algo ausentes; el oficial de marina se arrimó de nuevo a su mesa, y el cajero mayor, creyendo que ya tenía la partida ganada, lanzó un hondo suspiro irónico.

Únicamente el ordenanza pareció preservado de la general distracción que comenzaba a apoderarse de todos, pues él compartía, en su sentimiento, las penas de aquel pobre hombre colocado entre los grandes, y miraba a Karl meneando gravemente la cabeza, como si con ello quisiera explicar algo.

Entretanto la vida portuaria proseguía ante las ventanas; pasó un barco de carga, chato, con una montaña de barriles que debían de estar amontonados milagrosamente, puesto que no comenzaba a rodar, y su paso casi sumió el cuarto en plena oscuridad. Pequeñas lanchas de motor, que Karl hubiera querido mirar detenidamente si hubiese tenido tiempo, se deslizaban fragosas y en líneas rigurosamente rectas, obedeciendo a contracciones de las manos de un hombre erguido frente al timón. Curiosos flotadores emergían de cuando en cuando, independientes, del agua inquieta, e inmediatamente después volvían a ser cubiertos de nuevo por las olas y se hundían ante el ojo asombrado. Botes de los vapores transatlánticos avanzaban al remo, con sus marineros dedicados a esa ardua tarea, repletos de pasajeros, sentados tales como se les había metido allí, sin hablar y llenos de expectación, aunque algunos no podían dejar de girar sus cabezas para contemplar el panorama cambiante. ¡Agitación sin término, inquietud que el elemento inquieto transfería a los desamparados seres humanos y a sus obras!

Pero todo exhortaba a la premura, a la claridad, a una exposición sumamente exacta; ¿y qué hacía, en cambio, el fogonero? Cierto era que hablaba hasta entrar en sudor, y hacía ya mucho tiempo que era incapaz de sujetar con sus manos temblorosas los papeles sobre la ventana; desde todos los puntos cardinales le afluían quejas sobre Schubal, de las cuales, en su opinión, cada una por sí sola hubiese bastado para hundir a ese Schubal definitivamente; pero lo que pudo presentarle al capitán no era sino un triste amasijo de todas ellas juntas. Hacía rato ya que el señor del bastoncillo de bambú silbaba suavemente hacia el techo; los señores de la autoridad marítima ya

retenían al oficial en su mesa y no daban señales de volver a soltarlo; el cajero mayor se mantenía reservado, evidentemente sólo debido a la calma del capitán; y el ordenanza esperaba a cada instante, en actitud militar, una orden de su capitán referente al fogonero.

Y entonces Karl no pudo quedar inactivo por más tiempo. Se dirigió por tanto hacia el grupo, y mientras avanzaba lentamente, con tanta mayor rapidez reflexionó cómo podría enfocar aquel asunto con la máxima habilidad posible. Ya era hora realmente; unos momentos más apenas, y bien podían salir volando ambos de la oficina. Quizás el capitán fuese un buen hombre y además tuviera, precisamente ahora, algún motivo especial para demostrar que era un jefe justo; pero al fin y al cabo no era un hombre al que se pudiese vencer por cansancio, y precisamente como tal lo trataba el fogonero, si bien ese tratamiento brotaba de su corazón infinitamente indignado.

Por ello, pues, dijo Karl al fogonero:

–Usted debe contar esto con mayor sencillez, con mayor claridad; el señor capitán no puede apreciarlo tal como usted se lo cuenta. ¿Acaso conoce él por su apellido y hasta por su nombre de pila a todos los maquinistas y pinches para saber, cuando usted no hace más que pronunciar tal nombre, de quién se trata? Exponga usted, entonces, sus quejas en orden, luego ordenadamente lo demás; quizás entonces ni siquiera haga falta mencionar la mayor parte de ellas. ¡A mí me lo expuso usted siempre con tanta claridad!

«Si en América pueden robarse baúles, también puede uno mentir de vez en cuando», pensó para disculparse.

¡Con tal que sirviera de algo! Por otra parte, ¿no sería ya demasiado tarde? En verdad el fogonero se interrumpió en seguida al oír la voz conocida, pero con los ojos invadidos por las lágrimas brotadas del ofendido amor varonil, de los recuerdos terribles, de los extremos apuros presentes, ya ni siquiera podía reconocer a Karl en forma clara. ¡Y cómo –ante el que ahora se callaba Karl lo comprendía tácitamente– iba a cambiar ahora de pronto su manera de expresarse, su lenguaje; puesto que le parecía que todo lo que debía decirse ya lo había él alegado, sin la menor aprobación, y le parecía, por otra parte, que no había dicho nada todavía, y que no podía exigirles honradamente a los señores que siguieran escuchando todo aquello! Y en un momento semejante, para colmo, aparece Karl, su único partidario, queriendo enseñarle y darle buenos consejos, demostrándole en cambio con ello que todo estaba perdido, absolutamente todo.

«Si yo hubiese acudido antes, en lugar de estar mirando por la ventana», díjose Karl; luego bajó la vista ante el fogonero y dejó caer sus manos a lo largo de los pantalones, para dar a entender así que ya

no había más esperanzas.
Pero el fogonero interpretó mal su gesto, y barruntando que Karl abrigaba quién sabe qué secretas recriminaciones contra él, y con la buena intención de quitárselas de la cabeza, comenzó, para coronación de sus hazañas, a disputar con Karl. ¡Entonces!, cuando hacía rato ya que los señores de la mesa redonda estaban escandalizados por el alboroto inútil que venía a importunar sus importantes trabajos, ahora que al cajero mayor ya le iba pareciendo incomprensible la paciencia del capitán, y mostrándose él mismo inclinado a un inmediato arranque de ira; que el ordenanza, absorbido de nuevo por la esfera de sus amos, devoraba al fogonero con ojos salvajes, y que finalmente el señor del bastoncillo de bambú, al que el mismo capitán dirigía de vez en cuando una mirada amable, manifestaba ya una indiferencia total, si no repulsión por el fogonero. Este señor terminó por sacar una pequeña libreta y, ostensiblemente ocupado en cosas muy distintas, paseaba su mirada entre la libreta y Karl.
–Bien conozco –dijo Karl en un esfuerzo penoso por defenderse contra el torrente de palabras que el fogonero vertía ahora sobre él, y con una sonrisa amistosa que aún le reservaba, a pesar de todo y a través del altercado– que tiene usted razón; sí, usted tiene razón, yo nunca he dudado de ello.
Le hubiera gustado, por temor a los golpes, sujetarle aquellas manos tan agitadas; más aún, claro está, le hubiera gustado empujarlo hasta un rincón para susurrarle algunas palabras en voz baja, palabras tranquilizadoras que nadie más hubiera debido oír. Pero el fogonero estaba fuera de quicio. Ya ahora, dábale a Karl una especie de consuelo el pensar que, en caso de necesidad, el fogonero, con la fuerza de la desesperación, podría someter a todos, a los siete hombres presentes. Ciertamente había sobre el escritorio, según podía apreciarse de una sola mirada, un tablero con una cantidad excesiva de botones de una instalación eléctrica; y una simple presión de una sola mano sobre ellos era capaz de agitar el barco entero, con todos sus pasillos llenos de gente hostil.
Entonces el señor que tan poco interés demostraba, el del bastoncillo de bambú, se acercó a Karl y le preguntó sin levantar mucho la voz, pero con nitidez suficiente para ser escuchado por encima de la vociferación del fogonero:
–¿Cómo se llama usted?
En el mismo instante, como si alguien hubiese esperado tras la puerta esa manifestación del señor, golpearon. El ordenanza dirigió una mirada al capitán; éste asintió con la cabeza. Así, pues, el ordenanza fue hasta la puerta y la abrió. Afuera estaba un hombre de medianas

proporciones que vestía una vieja levita cruzada; por su aspecto no parecía expresamente apto para el trabajo de máquinas, y era, sin embargo, Schubal. Si Karl no lo hubiese reconocido en los ojos de todo el mundo, que expresaban cierta satisfacción de la que ni siquiera el capitán quedaba exento, hubiera tenido que verlo en el fogonero que, horrorizado, cerraba con fuerza los puños en los extremos de los brazos tensos, hasta parecer que ese cerrar de los puños fuese para él lo más importante, algo a lo cual estaba dispuesto a sacrificarlo todo, todo lo que tenía de vida. Allí residían ahora todas sus fuerzas, también aquella que lo mantenía de pie.
Y allí estaba, pues, el enemigo, desenvuelto y vivaz en su traje dominguero, bajo el brazo un libro comercial, probablemente las listas de salarios con la hoja de servicios del fogonero; y sin temor de que se le notase que ante todo deseaba cerciorarse de la disposición de ánimo de cada uno, miró a los ojos de todos, uno por uno. Y por otra parte los siete ya eran todos amigos suyos, pues aunque antes el capitán hubiera tenido o aparentado solamente ciertos reparos contra él, después del disgusto que el fogonero le había causado, seguramente ya nada tenía que objetar a Schubal. Jamás podía ser excesiva la severidad empleada con un hombre como el fogonero, y si algo podía reprochársele a Schubal era la circunstancia de no haber podido quebrantar con el tiempo la porfía y contumacia del fogonero, de tal modo que ya no se atreviese a aparecer, como hoy, ante el capitán.
Ahora bien; acaso podía suponerse todavía que la confrontación del fogonero con Schubal no dejaría de causar a los hombres idéntica impresión a la que les causaría el comparecer ante un foro superior, pues aunque Schubal conociese a fondo el arte del disimulo, no debía poder, en verdad, mantenerse firme hasta el final. Un breve destello de su malicia podría bastar para ponerla en evidencia ante los señores, y de ello ya se ocuparía Karl; porque ya conocía sobre poco más o menos la agudeza, las debilidades, los caprichos de cada uno de los hombres; en ese sentido no estaba perdido el tiempo que hasta ese momento había pasado él allí. ¡Con tal que el fogonero estuviese más a tono! Pero parecía ya fuera de combate, completamente inepto para la lucha. Si alguien le hubiese acercado a ese Schubal, seguramente hubiera podido abrirle, a puñetazos, el odiado cráneo. Pero probablemente ya no estaba en condiciones de dar siquiera los pocos pasos que de aquél lo separaban. ¿Por qué no había previsto Karl lo que era tan fácil de prever: que Schubal finalmente tendría que venir, o bien por su propia decisión o, si no, llamado por el capitán? ¿Por qué, al venir, no había discutido con el fogonero un plan de guerra preciso, en vez de entrar tal como lo habían hecho en realidad, con una funesta falta de preparación,

allí donde había una puerta? En resumen, ¿estaba todavía en condiciones de hablar el fogonero, de decir sí o no, tal como sería necesario en un careo, que por cierto sólo podía esperarse en el caso más favorable? Allí estaba de pie, esparrancado, inseguras las rodillas, la cabeza ligeramente levantada, y el aire entraba y salía por su boca abierta como si en su interior ya no hubiese pulmones que lo asimilaran.
Karl por su parte, eso sí, se sentía tan vigoroso y tan en sus cabales como quizá nunca lo había estado en su casa. ¡Si pudieran ver sus padres cómo él, en tierra extraña y ante personalidades de prestigio, luchaba por la buena causa y, aunque aún no hubiese obtenido la victoria, se aprestaba de todos modos, plenamente, para la última conquista! ¿Volverían a considerar la opinión que sobre él tenían? ¿Lo sentarían entre ellos, lo elogiarían? ¿Lo mirarían una vez, una vez siquiera, a sus ojos que seguían siéndoles tan leales? ¡Preguntas de difícil respuesta, y momento tan impropio de formularlas!
–Vengo porque creo que el fogonero me acusa de no sé qué cosas ímprobas. Una muchacha de la cocina vino a decirme que lo había visto camino de este lugar. Señor capitán, y todos ustedes, señores míos, estoy dispuesto a refutar toda inculpación alegando mis comprobantes escritos; y en caso contrario, mediante declaraciones de testigos imparciales, a quienes nadie ha aleccionado, y que esperan delante de la puerta. –Así hablaba Schubal. Esto era por cierto el discurso claro de un hombre, y a juzgar por el cambio que se manifestaba en el semblante de los oyentes, hubiera podido creerse que por primera vez desde hacía mucho tiempo volvían a oír ellos voces humanas. Claro que no notaban ellos que ese hermoso discurso también tenía sus huecos.
¿Por qué la primera palabra que se le ocurría era «cosas ímprobas»? ¿Acaso hubiera sido necesario que la acusación partiese de ahí, y no de sus prejuicios nacionales? Una muchacha de la cocina había visto al fogonero camino de la oficina, y ya, acto seguido, ¿había comprendido Schubal? ¿No era la conciencia de su culpabilidad lo que le aguzaba el entendimiento? ¿Y ya había traído testigos y hasta los llamaba imparciales y no aleccionados? ¡Pillería, pura pillería! ¿Y los señores toleraban esto? ¿Y hasta lo reconocían como conducta procedente? ¿Y por qué, por qué había dejado transcurrir tanto tiempo –cosa decidida sin la menor vacilación– entre el aviso de la ayudanta de cocina y su llegada? Por lo visto con el único fin de que el fogonero cansara tanto a los señores que éstos perdieran poco a poco su juicio claro, ese juicio que Schubal tenía motivos de temer ante todo. ¿No había golpeado sólo después de hallarse detrás de la puerta un buen rato ya, sin duda sólo en el instante en que podía esperar, debido a esa pregunta de poca

importancia de aquel señor, que el fogonero ya estaba despachado? Todo estaba a la vista y el mismo Schubal lo presentaba así contra su propia voluntad, pero a los señores había que mostrárselo de otra manera y en forma más palmaria aún. A ellos había que sacudirlos. «¡Bien, Karl, hazlo pronto, aprovecha al menos ahora el tiempo antes de que aparezcan los testigos inundándolo todo!»
Pero en ese preciso instante el capitán interrumpió a Schubal con un ademán, ante lo cual éste se puso inmediatamente a un lado –pues su asunto parecía postergado por unos momentos–, y comenzó en voz baja una conversación con el ordenanza que pronto se le había adherido, y en esta conversación no faltaron las miradas de reojo dirigidas al fogonero y a Karl, ni tampoco ademanes que expresaban sus firmes convicciones sobre el asunto. Schubal parecía ejercitarse de esta manera para su próximo discurso.
–¿No quería usted preguntar algo a este joven, señor Jakob? –dijo el capitán en medio de un silencio general al señor del bastoncillo de bambú.
–Ciertamente –dijo el nombrado agradeciendo la gentileza con una leve reverencia y luego preguntó otra vez a Karl–: ¿Cómo se llama usted?
Karl, creyendo que en interés de la gran causa principal convenía despachar pronto ese punto con el que, obstinado, le preguntaba, respondió brevemente, sin presentarse, como era su costumbre, mostrando el pasaporte que antes había tenido que buscar:
–Karl Rossmann.
–¡Cómo! –dijo el que había sido llamado Jakob y retrocedió con una sonrisa casi incrédula.
Asimismo el capitán, el cajero mayor, el oficial de la marina, hasta el propio ordenanza, todos demostraron a las claras su desmesurado asombro, causado por el apellido de Karl. Permanecían indiferentes solamente los señores de la autoridad portuaria y Schubal.
–¡Cómo! –repitió Jakob acercándose a Karl con paso un tanto rígido–, si es así, yo soy tu tío Jakob y tú eres mi querido sobrino. ¡Ya lo presentía yo durante todo este tiempo! –dijo dirigiéndose al capitán antes de abrazar y de besar a Karl, quien lo dejaba hacer calladamente.
–¿Cómo se llama usted? –preguntó Karl con mucha cortesía por cierto, pero sin la menor emoción, cuando sintió que el otro lo había soltado; y se esforzó por prever las consecuencias que este nuevo suceso acarrearía al fogonero. Por el momento nada indicaba que Schubal pudiera sacar provecho del asunto.
–Dése usted cuenta, joven, dése cuenta de su suerte –dijo el capitán creyendo que la pregunta de Karl había herido en su dignidad a la

persona de Jakob; éste se había acercado a la ventana, evidentemente con el fin de no verse obligado a mostrar ante los demás su rostro emocionado, al que estaba dando ligeros toques con un pañuelo–. Es el senador Edward Jakob quien se le ha dado a conocer como tío suyo. Y ahora le espera sin duda, al contrario de todas sus esperanzas anteriores, una carrera brillante. Trate usted de comprender esto lo mejor que pueda en este primer instante, y ¡cálmese!
–Es cierto que tengo en América un tío Jakob –dijo Karl dirigiéndose al capitán–, pero si he oído bien Jakob es sólo el apellido del señor senador.
–Así es –dijo el capitán, lleno de expectación.
–Bien, mi tío Jakob, que es hermano de mi madre se llama, en cambio Jakob por su nombre de pila mientras que su apellido debería ser, naturalmente, igual al de mi madre, cuyo apellido de soltera es Bendelmayer.
–Señores –exclamó el senador regresando ya más sereno de su lugar junto a la ventana, donde se había calmado, y refiriéndose a la declaración de Karl. Todos, excepto los empleados portuarios, prorrumpieron en carcajadas, algunos como si estuviesen conmovidos, otros con un aspecto impenetrable.
«Pero lo que yo acabo de decir no fue, de ninguna manera, tan ridículo», pensó Karl.
–Señores –repitió el senador–, en contra de mi voluntad y sin que lo hayan querido ustedes, asisten a una pequeña escena familiar, y por lo tanto no puedo menos que darles una explicación, ya que sólo el señor capitán está plenamente enterado (esta mención originó una reverencia mutua), según creo.
«Ahora es cuando debo prestar atención a cada palabra», díjose Karl, y se alegró, al notarlo con una mirada de soslayo, que la vida comenzaba a animar de nuevo la figura del fogonero.
–En todos estos largos años de mi permanencia en América (claro está que el término permanencia no le cuadra muy bien en este caso al ciudadano norteamericano que soy con toda el alma), en todos estos largos años he vivido totalmente alejado de mis parientes europeos, por motivos que en primer lugar no vienen al caso, y que en segundo lugar me resultaría realmente penosísimo referir. Hasta temo el instante en el cual, quizá, me vea obligado a contárselos a mi querido sobrino; pues en tal oportunidad, lamentablemente, no podrá evitarse una palabra franca acerca de sus padres y de su respectiva parentela.
«Es mi tío, no cabe duda (se dijo Karl escuchando con atención), probablemente ha cambiado de apellido.»
–Mi querido sobrino ha sido (pronunciemos sin temor la palabra que

define realmente este asunto), ha sido eliminado por sus padres, tal como se echa por la puerta a un gato molesto. De ninguna manera quiero yo cohonestar lo que mi sobrino ha hecho para ser así castigado, pero su falta es tal, que el sólo nombrarlo ya contiene excusa suficiente.

«Esto no está nada mal –pensó Karl–, pero no quisiera que lo contase todo. Por otra parte, ni puede saberlo. ¿Cómo habría de saberlo?»

–Es el caso –continuó el tío apoyándose con ligeras inclinaciones de vaivén sobre el bastoncillo de bambú que usaba como una estaca delante de sí, con lo cual lograba realmente quitar al asunto toda innecesaria solemnidad que de otra manera, indefectiblemente, hubiese tenido–; es el caso que fue seducido por una sirvienta, Johanna Brummer, mujer de unos treinta y cinco años. Con el término «seducido», no quiero mortificar a mi sobrino, de ninguna manera; pero es difícil hallar otra palabra igualmente adecuada.

Karl, quien ya se había aproximado bastante a su tío, se volvió a fin de apreciar en los rostros de los presentes la impresión que les causaba ese relato. Ninguno se reía, todos escuchaban con paciencia y seriedad. Al fin y al cabo nadie se ríe en la primera oportunidad que se presenta del sobrino de un senador. Más bien hubiera podido decirse, en cambio, que el fogonero estaba sonriéndole a Karl, aunque muy levemente; lo que en primer lugar resultaba grato, sin embargo, como nueva señal de vida en aquél, y por otra parte era bien disculpable, ya que Karl había querido hacer un secreto extraordinario de ese asunto que se tornaba ya tan notorio.

–Ahora bien, esta Brummer –prosiguió el tío– tuvo un hijo de mi sobrino, un niño sano y fuerte que en el bautismo recibió el nombre de Jakob, sin duda en recuerdo de mi poco importante persona que aun a través de las menciones, seguramente harto accidentales de mi sobrino, debe de haber hecho gran impresión en la muchacha. Por suerte, digo yo. Los padres, con el fin de evitar la prestación de alimentos o algún otro escándalo que pudiera llegar a tocarles de cerca –debo destacar que no conozco ni las leyes allí vigentes ni las demás condiciones de los padres–; digo, pues, que para evitar la prestación de alimentos y el escándalo, despacharon a su hijo, mi querido sobrino, a América, equipado en forma irresponsablemente insuficiente como bien puede apreciarse. El muchacho, abandonado a sus propios medios, sin que mediaran las señales y milagros que aún sobreviven en América, seguramente hubiera sucumbido en seguida en alguna calleja del puerto de Nueva York si aquella sirvienta no me hubiera comunicado en una carta, que luego de una larga odisea llegó anteayer a mi poder, toda esta historia, incluso señas personales de mi sobrino; me indicaba

también, sensatamente, el nombre del barco. Si fuese mi intención divertir a ustedes señores míos, bien podría leerles aquí mismo algunos pasajes –extrajo de su bolsillo dos enormes pliegos de carta, tupidamente cubiertos de escritura– de esta carta. Esto seguramente surtiría efecto, pues está redactada con cierta astucia un tanto simple, aunque siempre bien intencionada, y con mucho amor hacia el padre de su hijo. Mas ni quiero divertir a ustedes más de lo que es necesario para la presente aclaración ni zaherir quizá, ya en esta recepción, sentimientos de mi sobrino, que posiblemente aún subsistan. Él, si quiere, podrá leer en el silencio de su cuarto, que ya lo está aguardando, esta carta para tomar consejo.
Karl, sin embargo, no abrigaba afecto hacia aquella muchacha. En el hacinamiento de los hechos de su pasado, que iba alejándose más y más con el correr de los días, permanecía ella sentada en su cocina, junto al aparador sobre cuya tabla apoyaba los codos. Lo miraba cuando, de tiempo en tiempo, iba él a la cocina con el objeto de buscarle a su padre un vaso para beber agua, o a fin de llevar un recado de la madre. A veces, en esa actitud complicada, a un costado del aparador, escribía ella una carta, y buscaba sus inspiraciones en el rostro de Karl. A veces tenía los ojos cubiertos con una mano; ninguna palabra que le dirigiera llegaba entonces hasta ella. Otras veces permanecía arrodillada en su estrecho cuartito pegado a la cocina y dirigía sus rezos a un crucifijo de madera; Karl la observaba entonces con timidez, sólo al pasar, por la rendija de su puerta un poco entreabierta. A veces corría y saltaba por la cocina y, con risa de bruja, retrocedía de pronto sobresaltada si Karl le interceptaba el paso. A veces cerraba la puerta de la cocina después de haber entrado Karl y retenía el picaporte en la mano hasta que él pedía salir. A veces iba y traía cosas que él ni siquiera deseaba, y sin decir palabra se las ponía en las manos. Y cierta vez dijo: «Karl», y lo condujo, entre muecas y suspirando, en medio de su asombro por tan inesperada manera de apostrofarlo, a su cuartito, que cerró con llave. Estrangulándolo, se colgó de su cuello en un abrazo, y mientras le rogaba que la desnudase, en realidad lo desnudó a él y lo acostó en su cama, como si a partir de ese momento ya no quisiera dejárselo a nadie y sólo anhelase acariciarlo y cuidarlo hasta el fin del mundo.
–¡Karl, oh Karl mío! –exclamó como si lo viese y se confirmase a sí misma su posesión, mientras que él no veía absolutamente nada, sintiéndose incómodo entre tantas sábanas y almohadas calientes que ella parecía haber amontonado expresamente para él.
Luego se acostó también ella a su lado; quería saber de él quién sabe qué secretos, pero él no tenía ninguno que contarle y ella se

disgustaba, en broma o en serio; lo sacudía, auscultaba el latido de su corazón, y ofrecía su pecho para una auscultación similar, pero no consiguió inducir a Karl a que lo hiciera; apretó su vientre desnudo contra el cuerpo del muchacho y buscó tan asquerosamente con la mano entre sus piernas que Karl, agitándose, trataba de sacar la cabeza y el cuello fuera de las almohadas; empujó luego el vientre algunas veces contra él, que se sintió invadido por la sensación de que ella formaba parte de su propio ser, y quizá fue ése el motivo del tremendo desamparo que entonces le embargó. Llorando se llegó finalmente a su propia cama, después de haber escuchado los repetidos deseos que ella manifestó de que volvieran a verse.
Esto había sido todo y, no obstante, el tío se las arreglaba para hacer de ello una gran historia. Y por lo visto la cocinera había pensado realmente en él y le había comunicado al tío su llegada. Esto era una bella acción de su parte y seguramente algún día él se la recompensaría.
–Y ahora –exclamó el senador– quiero que me digas tú francamente si soy o no tu tío.
–Eres mi tío –dijo Karl besándole la mano y recibiendo en cambio un beso en la frente–. Estoy muy contento de haberte encontrado, pero te equivocas si crees que mis padres sólo dicen cosas malas de ti. Pero aun aparte de eso, algunos errores se deslizaron en tu discurso, es decir, no todo ha sucedido así en la realidad. Pero, verdaderamente, no es posible que desde aquí juzgues las cosas a la perfección, y creo además que no traerá grandes perjuicios el que los señores hayan sido informados un tanto inexactamente acerca de los pormenores de un asunto que, en verdad, no puede importarles gran cosa.
–Bien dicho –repuso el senador; llevó a Karl ante el capitán, el cual asistía a esta escena con visible interés, y preguntó–: ¿No tengo acaso un magnífico sobrino?
–Me siento dichoso –dijo el capitán con una de esas reverencias que sólo logran las personas educadas en la disciplina militar– de haber conocido a su sobrino, señor senador. Es un honor especial para mi barco el haber podido ser escenario de un encuentro semejante. Pero el viaje en el entrepuente ha sido seguramente muy duro. Sí, sí, ¡si pudiera uno saber a quién lleva ahí! Bien, nosotros hacemos todo lo posible por aliviar el viaje, en cuanto podemos, a la gente del entrepuente; mucho más, por ejemplo, que las empresas americanas; pero conseguir que un viaje en tales condiciones sea un placer, por cierto, aún no lo hemos logrado.
–Pues no me ha perjudicado –dijo Karl.
–¡No lo ha perjudicado! –repitió el senador riéndose estrepitosamente.

–Sólo me temo que mi baúl lo haya perdi... –y al decir esto se acordó de todo lo que había sucedido y de lo que aún quedaba por hacer. Echó una mirada en su derredor y vio a todos los presentes, mudos de atención y asombro, en sus lugares de antes, fijas en él sus miradas. Sólo a los empleados portuarios se les notaba, por cuanto dejaban traslucir sus rostros severos, satisfechos, que lamentaban haber llegado en tiempo tan inoportuno, y el reloj de bolsillo que ahora tenían delante, sobre la mesa, les importaba seguramente más que todo lo que ocurría en el cuarto y, tal vez, aun de lo que estaba por suceder.
El primero en expresar sus sentimientos, después del capitán, fue, hecho curioso, el fogonero.
–Le felicito a usted de todo corazón –dijo dándole a Karl un fuerte apretón de manos, con lo cual quería expresar también algo así como un reconocimiento. Cuando luego quiso dirigirse, con las mismas palabras, al senador, éste retrocedió como si el fogonero se propasara en sus derechos; y en efecto, el fogonero desistió en seguida.
Pero ya los demás se habían dado cuenta de lo que había que hacer y acto seguido rodearon desordenadamente a Karl y al senador. Así sucedió que Karl hasta fue felicitado por Schubal y recibió y agradeció esta felicitación. Los últimos en acercarse, ya restablecida la tranquilidad, fueron los empleados portuarios, quienes dijeron dos palabras en inglés, cosa que causó una impresión ridícula.
El senador se mostró de muy buen humor y saboreó plenamente ese placer, acordándose de momentos menos importantes y evocándolos ante los demás, lo que naturalmente no sólo fue tolerado, sino hasta celebrado con interés por todos. Así hizo notar el que hubiera apuntado en su libreta, por si eventualmente las necesitara en el momento dado, las señas personales más destacadas de Karl, mencionadas en la carta de la cocinera. Ahora bien, durante la charla insoportable del fogonero él había sacado su libreta con el único fin de distraerse, y había tratado de relacionar, en una especie de juego, las observaciones de la cocinera, cuya exactitud no era precisamente como para uso policiaco con el aspecto de Karl.
–¡Y de esta manera encuentra uno a su sobrino! –concluyó en un tono especial como si de nuevo quisiera recibir felicitaciones.
–¿Qué le sucederá ahora al fogonero? –preguntó Karl al margen del último relato de su tío. Él creía que, en su nueva posición, podía decir abiertamente todo lo que pensaba.
–Al fogonero le sucederá lo que se merece –dijo el senador– y lo que el señor capitán considere justo. Yo creo que ya estamos hartos y más que hartos de ese fogonero, y en esto seguramente estarán de acuerdo conmigo todos los señores aquí presentes.

–Es que no es eso lo que importa, tratándose de una cuestión de justicia –dijo Karl. Hallábase de pie entre el tío y el capitán y, quizás influido por tal situación, creyó que ya tenía la decisión en sus manos.
Y, sin embargo, el fogonero ya no parecía abrigar ninguna esperanza. Tenía metidas las manos, a medias, en el cinturón de los pantalones que, junto con una raya de su camisa de fantasía, se había salido a causa de sus ademanes agitados. Esto no le preocupaba en absoluto; él había contado todas sus penas, ¡que vieran, pues, ahora también esos pocos harapos que llevaba sobre su cuerpo, y luego que lo echaran afuera! A él se le ocurría que el ordenanza y Schubal, los dos de categoría inferior entre todos los presentes, tenían que hacerle este último favor. Schubal se quedaría tranquilo entonces y ya no se desesperaría, según había expresado el cajero mayor. El capitán podría contratar sólo a rumanos, en todas partes se hablaría el rumano y tal vez todo marcharía realmente mejor. Ya ningún fogonero iría con su charla a la caja principal, sólo esta última charla suya quedaría en el recuerdo, en un recuerdo bastante grato, ya que, tal como el senador lo había destacado expresamente, había sido el motivo indirecto para reconocer a su sobrino. Por otra parte, ya antes ese sobrino repetidas veces había tratado de serle útil, demostrándole así por anticipado su gratitud, más que suficiente, por el servicio que le prestó con motivo del reconocimiento; no se le ocurría al fogonero pedirle ahora cosa alguna. Por lo demás, aun siendo sobrino del senador, distaba mucho todavía de ser un capitán, y de boca del capitán caería finalmente la sentencia aciaga. Según su modo de ver las cosas, el fogonero procuraba por lo tanto no dirigirle la mirada a Karl, pero por desgracia no quedaba en aquel cuarto, lleno de enemigos, otro sitio donde pudieran reposar sus ojos.
–No entiendas mal la situación –dijo el senador a Karl–, tal vez se trate de una cuestión de justicia; pero al mismo tiempo es una cuestión de disciplina. Ambas cosas, y especialmente esta última, quedan sometidas en este caso al criterio del señor capitán.
–Así es –murmuró el fogonero. Los que lo notaron y lo conocían sonrieron extrañados.
–Y por otra parte, de seguro ya hemos molestado tanto al señor capitán en sus negocios, los cuales precisamente con la llegada a Nueva York se acumulan sin duda de manera increíble, que ya es hora, y más que hora, de que abandonemos el barco, a fin de no convertir, para colmo, con nuestra intromisión del todo innecesaria, esta riña insignificante entre dos maquinistas en un acontecimiento. Por lo demás, entiendo plenamente tu manera de obrar, querido sobrino; pero precisamente esta comprensión me confiere el derecho de apartarte con premura de

este lugar.
–En seguida pondré a su disposición una lancha –dijo el capitán, sin hacer la menor objeción (cosa que desconcertó a Karl) a las palabras del tío que, sin duda, podían interpretarse como un menoscabo de sí mismo.
El cajero mayor se precipitó presuroso sobre el escritorio donde estaba el teléfono y transmitió la orden del capitán al contramaestre.
«El tiempo apremia –díjose Karl–, pero no puedo hacer nada sin ofender a todo el mundo. No puedo abandonar ahora a mi tío, cuando éste apenas ha vuelto a encontrarme. El capitán es cortés, es cierto; pero eso es todo. Tratándose de la disciplina, su cortesía se acaba, y seguramente mi tío ha hablado a gusto del capitán. A Schubal no quiero hablarle; hasta siento haberle dado la mano. Y todos los demás que aquí se encuentran no son sino cáscaras vacías.»
Y lentamente, sumido en tales pensamientos, fue hacia el fogonero, le sacó la mano derecha del cinturón y la mantuvo, jugando, con la suya.
–¿Por qué no dices nada? –preguntó–. ¿Por qué toleras esto?
El fogonero sólo frunció el ceño, como si buscara la expresión adecuada para lo que tenía que decir. Por toda respuesta, bajó la mirada hacia la mano de Karl y la suya.
–Has sido víctima de una injusticia como ningún otro del barco; de esto no me cabe la menor duda.
Y Karl hacía pasar sus dedos, una y otra vez, por entre los del fogonero, y éste miraba en torno suyo con los ojos brillantes, como si experimentase un gozo que a pesar de todo, nadie tenía el derecho de tomarlo a mal.
–Pero debes defenderte, decir sí o no; pues de otra manera la gente no tendrá ninguna idea de la verdad. Tienes que prometerme que me obedecerás, pues yo mismo (sobrados motivos tengo para temerlo) ya no podré ayudarte en nada. –Y entonces Karl lloró, besando la mano del fogonero, y cogió esa mano agrietada, casi sin vida, y la apretó contra su mejilla como si fuese un tesoro al que era necesario renunciar. Pero ya se hallaba junto a él su tío el senador y, si bien forzándolo sólo muy suavemente, lo quitó de allí.
–El fogonero parece haberte hechizado –dijo mirando por encima de la cabeza de Karl, lleno de comprensión, hacia el capitán–. Te sentías abandonado, encontraste al fogonero y ahora sientes gratitud para con él: esto es muy loable. Pero, aunque sólo sea por mí, no extremes estas cosas y aprende a comprender tu posición.
Delante de la puerta produjose un tumulto, oyéronse exclamaciones y hasta parecía que alguien fuera brutalmente empujado contra la puerta. Entró un marinero de aspecto un tanto salvaje que tenía puesto un

delantal de muchacha.
–Hay gente afuera –exclamó dando un empujón con el codo, como si todavía se hallara en medio del gentío. Finalmente se recobró y quiso hacer el saludo militar ante el capitán; reparó entonces en el delantal de muchacha, se lo arrancó de un tirón, lo arrojó al suelo y exclamó–: Pero esto es asqueroso, me han atado un delantal de muchacha.
Luego, no obstante, juntó los talones e hizo el saludo militar. Alguien intentó reírse, pero el capitán dijo severamente:
–Esto sí que se llama buen humor. ¿Y quién está afuera?
–Son mis testigos –dijo Schubal adelantándose–; le ruego con toda humildad perdone usted su conducta indebida. Éstos, en cuanto tienen la travesía del mar a sus espaldas, se comportan a veces como locos.
–¡Llámelos usted inmediatamente! –ordenó el capitán y, volviéndose acto seguido hacia el senador, dijo en tono amable aunque rápido–: Ahora tenga usted la bondad, estimado señor senador, de seguir con su señor sobrino a este marinero, quien los conducirá hasta la lancha. Sin duda no es necesario que exprese yo verbalmente qué grande ha sido el placer y el honor de conocerle personalmente a usted, señor senador. Sólo deseo tener bien pronto la oportunidad de reanudar con usted, señor senador, nuestra conversación interrumpida acerca de las condiciones de la escuadra norteamericana, y que entonces, ¡ojalá!, seamos interrumpidos una vez más de manera tan agradable como hoy.
–Por el momento me basta con este sobrino– dijo el tío riendo. Y ahora quiero expresarle a usted mi sincero agradecimiento por su amabilidad; y que lo pase usted bien. Y ciertamente no sería imposible que nosotros –y atrajo a Karl cordialmente contra sí–, con motivo de nuestro próximo viaje a Europa, nos encontráramos por más tiempo con usted.
–Pues me alegraría muchísimo –dijo el capitán.
Ambos señores se estrecharon las manos; Karl apenas tuvo tiempo de estrechar la del capitán, fugaz y mudamente, pues éste ya se ocupaba de la gente (serían unos quince) que conducida por Schubal entraba en el salón con bastante alboroto, aunque embargada por cierta turbación. Parecía que esa gente, de carácter por otra parte más bien manso, viera una broma en la riña de Schubal con el fogonero, una broma cuya ridiculez no cesaba siquiera ante el mismo capitán. Karl vio entre ellos también a la ayudanta de cocina Line, la cual, guiñándole un ojo alegremente, se ataba el delantal arrojado por el marinero, pues era el suyo.
Siguiendo siempre al marinero abandonaron la oficina y doblaron hacia un pequeño pasillo que a los pocos pasos los llevó hasta una puertecilla, desde la cual una escalera corta conducía a la lancha preparada para

ellos. Su conductor bajó inmediatamente, y de un salto, a la lancha; y los marineros que había en ella se levantaron e hicieron el saludo militar. Precisamente estaba el senador indicando a Karl que bajara con cuidado cuando éste hallándose todavía en el más alto de los escalones, prorrumpió en violento llanto. El senador puso su mano derecha bajo el mentón de Karl, y estrechándolo contra sí, lo acarició con la mano izquierda. Así descendieron con lentitud escalón por escalón y entraron estrechamente enlazados en la lancha, donde el senador eligió un buen sitio para Karl, justo frente al suyo.
A una señal del senador, los marineros se apartaron del barco, con un empujón, y entraron inmediatamente en plena labor. Apenas se hubieron alejado del barco unos metros, descubrió Karl, en forma inesperada, que se hallaban precisamente de aquel costado del barco al que daban las ventanas de la caja principal. Esas tres ventanas estaban por completo ocupadas por los testigos de Schubal, que saludaban y hacían señas muy amablemente; el propio tío agradeció su saludo, y uno de los marineros dio muestras de gran habilidad arrojando con la punta de los dedos un beso hacia arriba, sin interrumpir realmente el ritmo uniforme de los golpes de remo. Era, en verdad, como si ya no existiese fogonero alguno. Karl se puso a contemplar más detenidamente a su tío con cuyas rodillas casi se rozaban las suyas, y le acometieron dudas sobre si este hombre podría alguna vez llegar a reemplazar, para él, al fogonero. Pero el tío esquivó su mirada y se quedó mirando las olas que se mecían en torno a la lancha.

EL TÍO

Bien pronto se acostumbró Karl, en casa del tío, a las nuevas condiciones. Mas era cierto también que el tío, aun en las cosas más insignificantes, acudía siempre amablemente en su ayuda, y jamás tuvo Karl que pasar por el escarmiento de las malas experiencias, cosa que amarga tanto, en la mayor parte de los casos, el comienzo de la vida en el extranjero.
El cuarto de Karl estaba situado en el piso sexto de una casa cuyos cinco pisos inferiores, a los cuales aún se añadían en la profundidad tres pisos subterráneos, ocupaba la empresa comercial del tío. La luz que penetraba en su cuarto por dos ventanas y una puerta de balcón, no dejaba nunca de asombrar a Karl cuando, por la mañana, entraba él allí desde su pequeño cuarto dormitorio. ¿Dónde, sí, dónde viviría él ahora si hubiese pisado esta tierra como inmigrante pobre e insignificante? Hasta era posible –y el tío de acuerdo con su

reconocimiento de las leyes de inmigración lo creía muy probable– que acaso ni siquiera le hubieran permitido entrar en los Estados Unidos; lo habrían mandado de vuelta a su casa, sin preocuparse ni mucho ni poco de que él ya no tuviera patria. Pues allí no podía esperarse compasión alguna, y era absolutamente cierto lo que Karl había leído sobre América en tal sentido; allí, entre los rostros indiferentes de quienes los rodeaban, sólo los venturosos parecían disfrutar realmente de su dicha.

Un balcón estrecho extendíase a todo lo largo del cuarto. Pero aquello que en la ciudad natal de Karl hubiese sido el más alto de los miradores, aquí permitía tan sólo una visión que abarcaba apenas una calle –una calle que corría rectilínea y por eso como en una especie de fuga, entre dos hileras de casas verdaderamente cortadas a plomo– perdiéndose en la lejanía, donde entre espesa bruma se elevaban gigantescas las formas de una catedral. Y por la mañana y por la noche y en los sueños nocturnos se agitaba esta calle con un tráfago siempre apresurado que, visto desde arriba, aparecía como una confusa mezcla en la que se hubieran esparcido comienzos siempre nuevos de figuras humanas desdibujadas y de techos de vehículos de toda clase; y desde allí elevábase otra capa más de la confusa mezcla, nueva, multiplicada, más salvaje, formada de ruido, polvo y olores, y todo esto era recogido y penetrado por una luz poderosa dispersada continuamente por la cantidad de los objetos, llevada lejos por ellos y otra vez celosamente aportada, y que para el ojo embelesado cobraba una corporeidad intensa, como si a cada instante, en repeticiones sin fin, estrellase alguien con toda fuerza, sobre esta calle, una plancha de vidrio que cubriera las cosas todas.

El tío, como era cauteloso en todo, aconsejó a Karl que no se preocupara seriamente y por el momento ni por lo más insignificante. Ciertamente debía él examinarlo y mirarlo todo, mas sin dejarse apresar. Que los primeros días de un europeo en América bien podían compararse a un nacimiento, y aunque uno se acostumbraba –Karl no tenía por qué abrigar temores inútiles– más pronto que cuando del más allá se entra en el mundo humano, era necesario, no obstante, tener presente que los primeros juicios que uno se forma se sostienen siempre sobre pies demasiado débiles, y no debía uno permitir que quizá todos los juicios venideros, con cuya ayuda quería uno continuar viviendo allí de todas maneras, se le desordenasen por causa semejante. Que él mismo había conocido a recién llegados que, por ejemplo, en lugar de proceder de acuerdo con tales principios, habían permanecido días enteros en sus balcones, mirando la calle como si fuesen corderos extraviados. ¡Tal actitud no podía menos que confundir indefectiblemente! Semejante inactividad solitaria, que se quedaba allí

fascinada por un laborioso día neoyorquino, bien podía permitírsele a alguien que se hallara viajando por placer, y quizá, aunque no sin reservas, hasta era recomendable en tal caso; mas para el que iba a quedarse era la perdición; esta palabra convenía para el caso y podía empleársela con toda tranquilidad, aunque fuese una exageración. Y en efecto, el tío torcía la boca en una mueca de disgusto cuando en alguna de sus visitas, que hacía siempre una sola vez por día, aunque a las horas más diversas, encontraba a Karl en el balcón. Pero éste lo notó bien pronto y renunció por consiguiente, en lo posible, al placer de asomarse al balcón.
Es que esto no era, ni remotamente, el único placer que tenía. En su cuarto había una mesa escritorio americana de la mejor clase, tal como su padre la había deseado desde hacía años, tratando de comprarla en las más diversas subastas por un precio que le resultara accesible, y sin que, con sus exiguos recursos, lo consiguiera jamás. Naturalmente no era posible comparar esta mesa con aquellos escritorios presuntivamente americanos que se ofrecían en las subastas europeas. Éste, por ejemplo, tenía en su construcción superior cien divisiones del más diverso tamaño, y el mismo Presidente de la Unión hubiera encontrado un sitio adecuado para cada uno de sus expedientes; pero además había, al costado, un regulador, y haciendo girar un manubrio podían conseguirse los más diversos cambios y disposiciones de las divisiones y gavetas, según lo desease o necesitara uno. Pequeños y delgados tabiques laterales descendían lentamente formando el piso de divisiones que acababan de levantarse, o las cubiertas de otras divisiones nuevas; ya con una sola vuelta toda la construcción superior cobraba un aspecto totalmente distinto, y todo esto sucedía lentamente o a una velocidad absurda, según como se diera vuelta al manubrio. Era un invento novísimo, pero le recordaba a Karl muy vivamente aquellos retablos que en su tierra se muestran, en la feria de Navidad, a los niños asombrados; muchas veces también Karl, empaquetado en su vestimenta invernal, se había parado ante ellos, y había cotejado incesantemente las vueltas de manubrio que allí ejecutaba un viejo con los efectos que tenían lugar dentro del retablo: cómo avanzaban a empellones los tres Reyes Magos y relucía la estrella y se desarrollaba esa vida cohibida en el establo sagrado. Y le había parecido siempre que la madre, de pie tras él, no seguía los acontecimientos con suficiente atención; la traía a sí hasta sentirla a sus espaldas, y tanto le hacía notar, con ruidosas exclamaciones, algunas apariciones más ocultas –por ejemplo un conejito que allí adelante, entre la hierba, se alzaba en dos patitas, alternando luego ese movimiento con otro como si se dispusiera a echar a correr– que la madre, por último, le tapaba la

boca y recaía, probablemente, en su anterior desatención.
Claro que el escritorio no estaba sólo hecho a propósito para recordar tales cosas, pero de seguro existía en la historia de los inventos alguna conexión tan poco clara como la que aparecía en los recuerdos de Karl. A diferencia de Karl, el tío no aprobaba en manera alguna esa mesa escritorio; sólo que él había querido comprar a Karl un escritorio en regla, y tales escritorios estaban provistos todos, en ese momento, de esta innovación, cuya excelencia residía también en que podía ser aplicada, sin grandes gastos, a escritorios más antiguos. De todas maneras el tío no dejó de aconsejar a Karl que no usara el regulador, en lo posible; y a fin de dar a su consejo mayor fuerza afirmaba que el mecanismo era muy delicado, fácil de estropear y muy costosa su reparación. No resultaba difícil comprender que tales observaciones no eran sino pretextos; aunque, por otra parte, había que admitir que el regulador podía fijarse muy fácilmente, cosa que el tío, sin embargo, no hizo.
En los primeros días cuando, como era natural, se efectuaron entrevistas más frecuentes entre Karl y el tío, contó Karl entre otras cosas que en su casa le gustaba tocar el piano, aunque por cierto no era mucho lo que sabía, pues sólo pudo entonces valerse de los conocimientos elementales que le había enseñado su madre. Karl tenía plena conciencia de que semejante relato implicaba la petición de un piano, pero ya se había orientado lo bastante como para saber que el tío no tenía necesidad de hacer economías en absoluto. Con todo, el tío no accedió en seguida a ese ruego; pero unos ocho días después, casi en el tono de una confesión contraria a su voluntad, dijo que el piano acababa de llegar y que Karl, si así lo deseaba, podía vigilar el transporte. Esto era, por cierto, una tarea fácil, y con todo ni siquiera mas fácil que el propio transporte, pues en la casa había un ascensor especial para los muebles en el cual podía encontrar sitio, holgadamente, todo un carro de mudanza, y de ese ascensor, efectivamente, asomó el piano hacia el cuarto de Karl. Karl mismo bien hubiera podido subir en ese ascensor, junto con el piano y los obreros del transporte; pero como al lado mismo había un ascensor común, libre para el uso, subió en este último, manteniéndose constantemente, mediante una palanca, a una misma altura con el otro ascensor y contemplando fijamente, a través de las paredes de vidrio, aquel hermoso instrumento que en adelante sería de su propiedad.
Cuando ya lo tenía en su cuarto e hizo sonar las primeras notas, apoderóse de él una alegría tan loca que en lugar de seguir tocando se levantó de un salto, pues prefería admirar el piano desde cierta distancia, asombrado, con los brazos en jarras. Además era excelente

la acústica del cuarto, y esto contribuyó a que el pequeño malestar primitivo que él sentía por tener que morar en una casa de hierro se desvaneciera por completo. De hecho, dentro del cuarto no se notaba la menor cosa de las partes férreas de la construcción, por más ferrugiento que el edificio se presentase visto desde afuera, y nadie hubiera podido señalar la menor cosa, en el mobiliario o las instalaciones, que de alguna manera perturbase el más completo bienestar. Mucho esperaba Karl de sus ejercicios de piano en la primera época y no se avergonzaba de imaginar, por lo menos antes de dormir, la posibilidad de una influencia inmediata que sobre las condiciones americanas podría ejercer esa práctica, ese su tocar el piano. Era ciertamente extraño cómo sonaba esta música cuando ante las ventanas, abiertas al aire alborotado por tantos ruidos, tocaba él una vieja canción militar de su tierra –una canción que los soldados suelen entonar allá, dirigiéndosela mutuamente, de ventana a ventana, cuando por la noche, mirando hacia la plaza en tinieblas se recuestan en las ventanas del cuartel–; pero si luego miraba Karl a la calle, la notaba inalterada y no era más que una pequeña parte de una gran rotación, una parte a la que no se podía detener en sí misma, aisladamente, sin conocer a fondo todas esas fuerzas que obraban en derredor.
El tío toleraba esa práctica del piano, no tenía nada que objetar; más aún porque Karl sólo rara vez se permitía el placer de tocar y esto aun después de su expresa exhortación. Hizo más, hasta le llevó a Karl cuadernos de música con marchas norteamericanas y, naturalmente, también con el Himno Nacional; pero de seguro no podría explicarse por el solo placer que le causaba la música el hecho de que un día, lejos de toda broma, le preguntara a Karl si no deseaba aprender a tocar también el violín o la corneta.
Lógicamente el aprendizaje del inglés constituía la tarea primordial y más importante de Karl. Un profesor joven, de una escuela de altos estudios mercantiles, se presentaba cada mañana a las siete en el cuarto de Karl y ya lo encontraba sentado a su escritorio, frente a los cuadernos, o paseándose por el cuarto y repasando sus lecciones. Karl comprendía perfectamente que ninguna prisa podía ser excesiva si le ayudaba a llegar a dominar más pronto el idioma inglés y que con ello, si hacía rápidos progresos, se le ofrecía además la mejor oportunidad de causarle a su tío una alegría extraordinaria; y, en efecto, mientras que al comienzo el inglés de las conversaciones con el tío se había limitado sólo a saludos y algunas palabras de despedida, bien pronto fue posible pasar al inglés, como en un juego, partes cada vez mayores de las conversaciones, con lo cual al mismo tiempo comenzaban a presentarse temas un tanto más íntimos.

A propósito del primer poema norteamericano –la representación de un gran incendio– que Karl pudo recitar cierta noche ante su tío, el semblante de éste cobró una expresión de profunda seriedad, por lo contento que estaba. En aquella oportunidad hallábanse ambos de pie junto a una ventana en el cuarto de Karl; el tío miraba hacia afuera, donde la última claridad del cielo había pasado ya, y, acompañando los versos en su sentimiento, golpeaba las manos, lenta y rítmicamente, mientras Karl permanecía allí erguido, junto a él, arrancando de su entraña el difícil poema, inmóvil la mirada.
A la par que iba mejorando el inglés de Karl, aumentaba también el deseo que demostraba el tío de ponerlo en contacto con sus relaciones, ordenando para cada caso, eso sí, que por lo pronto estuviera siempre presente en tales reuniones, bien cerca de Karl, el profesor de inglés. El primero de todos los conocidos a quien se le presentó cierta mañana fue un hombre delgado, joven, increíblemente flexible, conducido entre atenciones y cumplidos especiales por el tío hasta el cuarto de Karl. Era sin duda uno de los tantos hijos de millonarios –malogrados desde el punto de vista de los padres– cuyas vidas transcurren de tal manera que un hombre común no podría contemplar sin dolor ni un solo día, un día cualquiera de ellas. Y como si él lo supiera o lo presintiera y, por cuanto estaba en su poder, tratara de evitarlo, flotaba en torno a sus labios y a sus ojos una incesante sonrisa de dicha, como destinada a sí mismo, a quien tenía enfrente, al mundo entero.
Con ese joven, un tal señor Mack, se convino, previa aprobación absoluta del tío, salir juntos a caballo, a las cinco y media de la mañana, ya para cabalgar dentro de la escuela de equitación, ya afuera. Karl, en el primer momento, vacilaba antes de dar su consentimiento, puesto que jamás hasta entonces había montado a caballo, y prefería aprender primero un poco de equitación; pero como el tío y Mack se esforzaban tanto por persuadirlo y presentaban la equitación como mero placer y sano ejercicio, y no como un difícil arte, dijo finalmente que sí. Ahora bien, ciertamente debía levantarse ya a las cuatro y media desde ese día, y esto a menudo le pesaba mucho; pues sufría, seguramente a raíz de esa atención constante que durante el día desarrollaba, de una franca soñera; pero una vez en su cuarto de baño tales lamentos concluían pronto. Sobre la bañera entera, a lo largo y a lo ancho, sobre toda su superficie, se extendía el tamiz de la ducha –¿qué condiscípulo allá en su tierra, por más rico que fuese, poseía una cosa semejante y hasta para su uso exclusivo?– y ahora yacía Karl allí estirado; en esa bañera podía extender los brazos cómodamente, y dejando que descendieran sobre él las corrientes de agua tibia, caliente, de nuevo tibia y finalmente helada, la distribuía a

su voluntad por regiones o sobre la superficie entera. Yacía allí como sumido en el gozo del sueño que aún persistía un poco. Especialmente le gustaba recoger con los párpados cerrados las últimas gotas, que caían aisladas y luego se abrían desparramándose sobre la cara.
En la escuela de equitación, donde lo dejaba el automóvil del tío cuya carrocería se elevaba altísima, ya lo esperaba el profesor de inglés, mientras que Mack, sin excepción, llegaba más tarde. Mas por otra parte bien podía llegar más tarde sin preocuparse, pues la equitación verdadera, viva, sólo comenzaba cuando él llegaba. ¿Acaso, al entrar él, no se encabritaban los caballos saliendo por fin de esa somnolencia en que hasta aquel momento habían estado amodorrados?; ¿acaso no sonaba más fuerte por el ámbito el chasquido del látigo y no aparecían, de pronto, en la galería circundante, personas aisladas, espectadores, cuidadores de caballos, alumnos de equitación o lo que fuesen?
Karl a su vez aprovechaba el tiempo anterior a la llegada de Mack para practicar un poco, pese a todo, algunos ejercicios preparatorios de equitación, aunque fuesen los más incipientes. Había allí un hombre largo que alcanzaba el lomo del caballo más alto levantando apenas el brazo y éste impartía a Karl esa enseñanza, que solía durar apenas un cuarto de hora. Los éxitos que Karl obtenía con ello no eran extraordinarios, y tenía oportunidad de hacer suyas para siempre muchas exclamaciones de queja que durante ese aprendizaje lanzaba en inglés y sin tomar aliento hacia su profesor; éste estaba siempre presente, apoyado contra una jamba de la puerta, las más veces muy necesitado de sueño. Pero casi todo el descontento debido a la equitación cesaba al llegar Mack. Aquel hombre largo era despedido, y en el recinto, que aún seguía bañado en la media luz, bien pronto no se oía otra cosa que los cascos de los caballos que galopaban y apenas se veía algo más que el brazo erguido de Mack, con el cual éste hacía a Karl alguna señal de mando. Después de media hora de un placer semejante, que pasaba como si estuviera uno dormido, se detenían; Mack llevaba muchísima prisa, se despedía de Karl, le golpeaba a veces la mejilla cuando su equitación le había dejado extraordinariamente satisfecho, y desaparecía sin siquiera atravesar simultáneamente con Karl la puerta: tanta prisa tenía.
Luego Karl se llevaba al profesor al automóvil y volvían para la lección de inglés, dando casi siempre unos rodeos; pues por el camino a través de la aglomeración de la gran urbe, que en realidad conducía directamente desde la casa del tío hasta la escuela de equitación, se hubiera perdido demasiado tiempo. Por otra parte, la compañía del profesor de inglés cesó al menos pronto, pues Karl se hacía reproches de incomodar inútilmente a ese hombre cansado, obligándolo a acudir a

la escuela de equitación –más aún cuando el trato en inglés con Mack era sencillísimo– y rogó al tío librase a su profesor de ese deber. Después de algunas reflexiones, el tío, por su parte, accedió a sus ruegos.
Mucho tiempo tardó relativamente el tío antes de decidirse a permitirle a Karl siquiera una pequeña ojeada al interior de su comercio, a pesar de que Karl se lo había solicitado muchas veces. Era éste una especie de establecimiento dedicado a comisiones, a expediciones, de un tipo que, por lo que Karl podía acordarse, ni siquiera existía en Europa. Porque ese comercio consistía en negocios de mediación y, no obstante, no gestionaba el envío de las mercaderías del productor al consumidor o acaso a los comerciantes, sino que se ocupaba de la mediación en el abastecimiento de todas las mercaderías y materias primas destinadas a las grandes plantas industriales y del intercambio entre ellas. Era por lo tanto un comercio que abarcaba al mismo tiempo compras, depósitos, transportes y ventas en gigantescas proporciones y que debía mantener con sus clientes comunicaciones telefónicas y telegráficas incesantes y sumamente precisas. La sala de los telégrafos no era más pequeña, sino más bien mayor que la oficina telegráfica de la ciudad natal, que Karl había atravesado una vez conducido de la mano por un condiscípulo que tenía ciertas relaciones allí. En la sala de los teléfonos, dondequiera que uno mirase, se abrían y se cerraban las casillas telefónicas y el constante campanilleo confundía los sentidos. El tío abrió la más próxima de esas y allí se vio bajo la centelleante luz xima de esas puertas indiferente a cualquier ruido de la puerta, ceñida la cabeza por una ancha cinta de acero que oprimía los auriculares contra sus oídos. Su brazo derecho yacía sobre una mesita como si fuera particularmente pesado y sólo los dedos que sostenían un lápiz se movían con convulsiones inhumanas, regulares y rápidas. Era muy parco en las palabras que decía ante el cono acústico y a veces hasta se notaba que quizá tenía que objetar algo frente a su interlocutor o que deseaba preguntarle algo con mayor exactitud; pero ciertas palabras que escuchaba lo obligaban a bajar los ojos y a escribir antes de poder ejecutar tal intención. Además, según el tío le explicaba en voz baja a Karl, no tenía por qué hablar, pues los mismos informes que registraba ese hombre eran registrados por dos empleados más, simultáneamente, y comparados luego, de manera que las equivocaciones se hacían casi imposibles.
En el mismo instante en que el tío y Karl pasaban por la puerta se deslizó un ayudante hacia adentro y volvió a salir con un papel que en el ínterin había sido cubierto con anotaciones. En medio de la sala había un tránsito constante de gentes que, como si fueran perseguidas,

corrían de un lado para otro. Ninguno saludaba, el saludo había sido eliminado, cada uno de los que pasaban acomodaba sus pasos a los del que le precedía y miraba al suelo, sobre el cual deseaba avanzar lo más rápidamente posible; o bien parecía recoger con las miradas, al vuelo, palabras o números sueltos, de papeles que llevaba en la mano y que con su paso acelerado tremolaban por el aire.
–Has llegado lejos realmente –dijo Karl una vez durante una de esas andanzas a través de la empresa, cuya inspección hubiera exigido muchos días, aunque sólo se hubiese querido ver apenas cada una de las acciones.
–Y todo, has de saberlo, lo he instalado yo mismo hace treinta años. Tenía yo entonces un pequeño comercio en el barrio del puerto, y si allí se descargaban cinco cajones durante el día, ya era mucho y yo me iba a casa engreído. Hoy mis depósitos ocupan el tercer lugar en el puerto y aquel comercio es ahora el comedor y la trastera del grupo número sesenta y cinco de mis peones.
–Pero esto ya raya en lo milagroso –dijo Karl.
–Todo se desarrolla aquí con igual rapidez –dijo el tío, dando fin a la conversación.
Cierto día llegó el tío minutos antes de la hora de comer –Karl había pensado comer solo, como de costumbre– y le pidió que se vistiese inmediatamente de negro y fuese a comer con él, en compañía de dos amigos comerciales. Mientras Karl se mudaba en el cuarto contiguo, sentóse el tío al escritorio y revisó el ejercicio de inglés recién. concluido; dio con la mano en la mesa y en voz alta exclamó:
–¡En verdad, excelente!
Sin duda el vestirse salía mejor al escuchar Karl este elogio, pero de sus conocimientos de inglés él ya estaba realmente seguro.
En el comedor del tío, del que aún conservaba recuerdo de la primera noche de su llegada, se levantaron para saludarlos dos señores grandes, corpulentos, un tan Green el uno, un tal Pollunder el otro, según pudo saber luego durante la conversación de sobremesa. Porque generalmente el tío apenas solía pronunciar alguna palabra fugaz acerca de una u otra de sus relaciones y en cada caso dejaba que Karl encontrara lo necesario o lo interesante guiándose por su propia observación. Después de tratarse durante la comida sólo asuntos comerciales íntimos, cosa que implicaba para Karl una buena lección en cuanto a las expresiones comerciales –a Karl lo habían dejado ocuparse tranquilamente de su comida como si fuese un niño que ante todo necesitaba hartarse como es debido–, luego, pues, inclinóse el señor Green hacia Karl y con el deseo inconfundible de expresarse en un inglés sumamente claro, preguntó en términos generales por las

primeras impresiones de Karl sobre América. Karl respondió, en medio del silencio mortal que reinaba en torno y entre algunas miradas de soslayo hacia el tío, en forma bastante circunstanciada, y en señal de agradecimiento trató de serles grato usando un lenguaje un tanto teñido por términos neoyorquinos. Cierto giro hasta provocó una carcajada general de los tres señores y ya temía Karl haber cometido un grave error; mas no fue así, y según dijo el señor Pollunder hasta era excelente lo que había dicho. En general a este señor Pollunder, Karl parecía haberle caído en gracia y mientras el tío y el señor Green reanudaban las conversaciones comerciales, el señor Pollunder indujo a Karl a arrimar su silla junto a la suya. Primero le preguntó muchas cosas acerca de su nombre, su origen y su viaje, hasta que finalmente y para que Karl pudiera descansar, se puso a contar él mismo, apresurado, riendo y tosiendo, cosas de sí y de su hija, con la cual vivía en una pequeña finca rural en las afueras de Nueva York y donde él, por supuesto, sólo podía pasar las noches, puesto que era banquero y sus negocios lo retenían en Nueva York durante el día entero. Y luego invitó cordialmente a Karl a visitar esa finca, ya que un americano tan flamante como Karl sentiría sin duda la necesidad de reponerse de Nueva York de cuando en cuando. Karl solicitó en seguida el permiso del tío para aceptar esa invitación y el tío, al parecer, le dio ese permiso de buen grado; mas sin fijar o siquiera considerar ninguna fecha determinada, tal como Karl y el señor Pollunder lo habían esperado.

Pero ya al día siguiente fue llamado Karl a una oficina del tío –el tío poseía, en esa casa solamente, diez oficinas distintas– y allí encontró al tío y al señor Pollunder, apoltronados en sendos sillones, taciturnos:

–El señor Pollunder –dijo el tío, y apenas era posible reconocerle en el crepúsculo del cuarto–, el señor Pollunder ha venido para llevarte hasta su finca, tal como ayer habíamos convenido.

–Yo no sabía que ya sería hoy –respondió Karl–; de otro modo me habría preparado.

–Si es que no estás preparado, tal vez sea mejor postergar la visita para otro día –repuso el tío.

–¡Pero qué preparativos! –exclamó el señor Pollunder–. Un hombre joven siempre está preparado.

–No es por él –dijo el tío dirigiéndose a su visitante–, pues de todas maneras tendría que subir todavía hasta su cuarto y a usted se le haría tarde.

–Aun en este caso hay tiempo de sobra –dijo el señor Pollunder–; he contado con un atraso y he cerrado mi comercio antes de la hora.

–Ya lo ves –dijo el tío–, cuántas molestias está causando ya tu visita.

–Lo siento mucho –dijo Karl–; pero estaré de vuelta inmediatamente. –

Y ya quiso alejarse de un salto.
–No se precipite usted –dijo el señor Pollunder–, no me causa la menor molestia y en cambio su visita me produce una alegría muy grande.
–Perderás mañana tu lección de equitación, ¿ya has avisado que no irás?
–No –dijo Karl; esta visita que con tanto placer había esperado, comenzaba a ser una carga para él–, pues yo no sabía...
–¿Y sin embargo quieres marcharte? –siguió preguntando el tío.
El señor Pollunder, hombre amable, acudió en su ayuda.
–Durante el viaje pasaremos por la escuela de equitación y arreglaremos el asunto.
–Eso ya es otra cosa –dijo el tío–. Pero también Mack te estará esperando.
–No creo que me espere –dijo Karl–; pero, por supuesto, él irá como todos los días.
–¿Pues entonces? –dijo el tío como si la respuesta de Karl no implicara la menor justificación.
Nuevamente pronunció el señor Pollunder la palabra decisiva:
–Pero Klara –era la hija del señor Pollunder– también lo espera y ya esta noche, ¡y sin duda se le dará preferencia a ella, y no a Mack!
–Ciertamente –dijo el tío–. Pues corre a tu cuarto, anda. –Y como sin quererlo golpeó varias veces contra el brazo de su sillón. Ya se hallaba Karl cerca de la puerta cuando el tío lo retuvo una vez más con esta pregunta–: Sin duda, estarás de vuelta mañana a primera hora, para tu lección de inglés.
–¡Pero! –exclamó el señor Pollunder y, en cuanto se lo permitía su corpulencia, giró dentro de su sillón, de puro asombro–. ¿No tendrá permiso para quedarse afuera siquiera el día de mañana? ¿No podría yo traerlo de vuelta pasado mañana a primera hora?
–De ningún modo –respondió el tío–. No permitiré que sus estudios se desordenen tanto. Más tarde, cuando haya logrado, por su esfuerzo, un lugar destacado en la vida profesional, le permitiré con el mayor placer que acepte una invitación tan amable y que tanto le honra, y por más tiempo aún.
«¡Cuántas contradicciones!», pensó Karl.
El señor Pollunder se puso triste.
–En verdad, para una sola velada, y una noche nada más, casi no vale la pena.
–Precisamente es lo que pienso –dijo el tío.
–Debemos aceptar lo que se dé –repuso el señor Pollunder, ya de nuevo sonriente–. ¡Entonces, espero! –exclamó dirigiéndose a Karl; y éste, ya que el tío no decía nada más, salió de prisa.

Al volver pocos momentos después, pronto para el viaje, ya sólo encontró en la oficina al señor Pollunder; el tío se había ido. El señor Pollunder, muy feliz, estrechó a Karl ambas manos, como si quisiera cerciorarse en la forma más convincente posible de que Karl, pese a todo, iría con él. Karl estaba muy acalorado todavía de tanta prisa, y también él por su parte estrechó las manos del señor Pollunder, pues se alegraba de poder hacer la excursión.
–¿No se habrá disgustado mi tío porque voy?
–¡Qué va! Él no decía todo esto muy en serio. Lo que sucede es que se toma muy a pecho su educación.
–¿Se lo dijo él mismo? ¿Le dijo él mismo que no había dicho tan en serio lo de antes?
–Pero claro –dijo el señor Pollunder estirando las palabras y demostrando con ello que no sabía mentir.
–Es curioso de qué mala gana me dio el permiso de hacerle esta visita, a pesar de ser usted su amigo.
Tampoco el señor Pollunder, aunque no lo confesara abiertamente, podía encontrar la explicación que viniera al caso; y tanto el uno como el otro, mientras iban atravesando el cálido atardecer en el automóvil del señor Pollunder, siguieron reflexionando largo rato todavía acerca de ello, aunque se habían puesto a hablar de otras cosas en seguida.
Iban sentados muy juntos; y el señor Pollunder, mientras contaba, mantenía la mano de Karl en la suya. Muchas cosas quería saber Karl sobre la señorita Klara, como si se impacientara con el largo viaje, como si los relatos pudieran ayudarle a llegar antes de lo que en realidad llegaría.
A pesar de que nunca hasta entonces había viajado por la noche a través de las calles de Nueva York y de que el alboroto que inundaba aceras y calzada venía precipitándose como un torbellino y cambiando de dirección a cada instante como si no fuese originado por los hombres, como si fuese más bien un extraño elemento, Karl, mientras trataba de comprender exactamente las palabras de su acompañante, no se preocupaba de otra cosa que del chaleco oscuro del señor Pollunder, sobre el cual colgaba, tranquilamente, una cadena de oro. Desde las calles por las cuales el público se precipitaba –con evidente temor de retrasarse, dando alas a su paso y en vehículos lanzados a toda velocidad– hacia los teatros, llegaron ellos a través de barrios intermedios a los suburbios, donde su automóvil fue desviado repetidas veces hacia calles laterales por agentes de policía montada, puesto que las grandes arterias estaban ocupadas por una manifestación de los obreros metalúrgicos en huelga, y sólo se podía permitir el tránsito indispensable de coches en los puntos de cruce. Si luego, saliendo de

calles más oscuras donde el eco resonaba sordamente, atravesaba el automóvil una de esas grandes arterias que parecen verdaderas plazas, aparecían –hacia ambos costados y en perspectivas que nadie podía abarcar con la mirada hasta su fin– repletas las aceras de una muchedumbre que avanzaba a pasos minúsculos y cuyo canto era más uniforme que el de una sola voz humana. En cambio, sobre la calzada que se mantenía libre, veíase de vez en cuando a algún agente de policía sobre una cabalgadura inmóvil, o a portadores de banderas o de carteles con leyendas, tendidos a través de la calle, o a algún caudillo de los obreros rodeado de colaboradores y ordenanzas, o algún coche de los tranvías eléctricos que no se había refugiado con la rapidez suficiente y que ahora se hallaba ahí detenido, vacío y oscuro con el conductor y el cobrador sentados en la plataforma. Pequeños grupos de curiosos se detenían lejos de los verdaderos manifestantes y no abandonaban sus sitios, pese a que seguían sin darse cuenta cabalmente de lo que en realidad acontecía. Y Karl descansaba, contento, en el brazo con que el señor Pollunder lo había rodeado; la convicción de que pronto sería huésped bienvenido en una quinta iluminada, rodeada de muros, vigilada por perros, lo satisfacía sobremanera y aunque ya no entendiese sin fallas o al menos ininterrumpidamente todo lo que decía el señor Pollunder, debido a la somnolencia que iba apoderándose de él, reaccionaba, sin embargo, de tiempo en tiempo, restregándose los ojos, para volver a cerciorarse, por otro rato, de si el señor Pollunder notaba o no que tenía sueño, pues esto quería él evitarlo a toda costa.

UNA QUINTA EN LAS AFUERAS DE NUEVA YORK

–Hemos llegado –dijo el señor Pollunder precisamente en uno de esos momentos en que Karl era vencido por el sueño.

El automóvil hallábase detenido delante de una quinta que, a la manera de las quintas de la gente rica de los alrededores de Nueva York, era más amplia y más alta de lo que generalmente exige una quinta destinada a una sola familia. Puesto que únicamente la parte inferior de la casa estaba iluminada, ni siquiera se podía apreciar hasta dónde llegaba su altura. Delante susurraban unos castaños, por entre los cuales –el enrejado ya estaba abierto– un camino breve conducía hasta la escalinata de la casa. A juzgar por el cansancio que sentía al apearse, Karl creyó comprobar que, a pesar de todo, el viaje había llevado bastante tiempo. En la oscuridad de la avenida de castaños oyó una voz de muchacha que decía junto a él:

–Pues aquí está por fin el señor Jakob.
–Me llamo Rossmann –dijo Karl tomando la mano que se le tendía, mano de una muchacha cuyos contornos distinguía ahora.
–Él es sólo sobrino de Jakob –dijo el señor Pollunder a guisa de explicación–, y se llama Karl Rossmann.
–Esto no quita nada a nuestra alegría de verlo aquí –dijo la muchacha, que no daba mucha importancia a los nombres.
Sin embargo, Karl, mientras se encaminaba hacia la casa entre el señor Pollunder y la muchacha, no dejó de preguntar:
–¿Es usted la señorita Klara?
–Sí –dijo ella, y ya un poco de luz que venía de la casa y ayudaba a distinguir mejor las cosas, caía sobre su rostro, que se mantenía inclinado hacia él–, es que no quería presentarme en esta oscuridad.
«¿Pero nos habrá esperado junto a la reja?», pensó Karl despertando Poco a poco mientras andaba.
–Además tenemos otro huésped esta noche –dijo Klara.
–¡No es Posible! –exclamó Pollunder, disgustado.
–El señor Green –dijo Klara.
–¿Cuándo ha llegado? –preguntó Karl como embargado por un presentimiento.
–Hace un instante. ¿No habéis oído su automóvil que venía delante del vuestro?
Karl levantó los ojos hacia Pollunder para cerciorarse de cómo juzgaba éste el asunto, pero él sólo conservaba las manos en los bolsillos de sus pantalones y se limitaba a dar mayor ímpetu a sus pasos, mientras andaba.
–De nada sirve que uno viva apenas en las afueras de Nueva York. Así no le ahorran a uno las molestias. Tendremos que trasladar nuestra residencia más lejos aún, sin falta; aunque yo tenga que viajar durante la mitad de la noche para llegar a casa.
Junto a la escalinata se detuvieron.
–Pero el señor Green no ha estado aquí desde hace muchísimo tiempo –dijo Klara, que evidentemente estaba en todo de acuerdo con su padre, pero que deseaba tranquilizar a éste dominándose a sí misma.
–¿Y por qué viene precisamente esta noche? –preguntó Pollunder; y ya sus palabras rodaban furiosas por encima de su abultado labio inferior que fácilmente cobraba gran movimiento, por ser carne fláccida y pesada.
–¡Por cierto! –dijo Klara.
–Quizá se vaya pronto –observó Karl, y le asombraba a él mismo su acuerdo con aquella gente, que aún ayer había sido totalmente extraña para él.

–¡Oh, no! –dijo Klara–, tiene algún gran negocio para papá y seguramente llevarán tiempo las conversaciones al respecto, pues ya me ha amenazado, en broma, que tendré que quedarme escuchando hasta la mañana si es que quiero ser una ama de casa cortés.
–Pues esto faltaba todavía. ¡Se quedará entonces a pasar la noche! –exclamó Pollunder como si con ello se hubiese alcanzado, por fin, el colmo del mal–. Yo realmente tendría ganas –dijo, y esa idea nueva volvíalo más amable–, yo realmente tendría ganas de meterlo a usted, señor Rossmann, nuevamente en el automóvil, para llevárselo de vuelta a su tío. Nuestra velada de hoy ya está echada a perder de antemano, y quién sabe cuándo su señor tío nos lo dejará otra vez. En cambio, si ya hoy mismo lo llevo a usted de vuelta, él no podrá negarnos el placer de que usted nos visite uno de los próximos días.
Y ya cogía a Karl de la mano a fin de ejecutar su proyecto. Pero Karl no se movió y Klara rogó que lo dejara quedarse, ya que al menos ella y Karl no serían molestados en nada por el señor Green; finalmente el mismo Pollunder se dio cuenta de que su decisión no era de las más firmes. Por otra parte –y esto quizá haya sido lo decisivo–, oyóse de pronto la voz del señor Green que llamaba en dirección del jardín desde el descanso superior de la escalera:
–Pero, ¿dónde se han quedado ustedes?
–Vamos –dijo Pollunder doblando hacia la escalinata. Tras él marchaban Karl y Klara, que ahora, bajo la luz, se pusieron a estudiarse mutuamente.
«¡Qué labios tan rojos tiene!», díjose Karl, y pensó en los labios del señor Pollunder y cuán bellamente éstos se habían transformado en la hija.
–Después de la cena –así decía ella– iremos inmediatamente, si está usted de acuerdo, a mis habitaciones, para que por lo menos nos libremos nosotros de ese señor Green, ya que papá necesariamente debe ocuparse de él. Y usted tendrá entonces la gentileza de tocar para mí algo en el piano, pues papá ya me ha contado qué bien lo hace usted; mientras que yo, por desgracia, soy absolutamente incapaz de ejecutar una pieza de música y no me acerco a mi piano, por más que en realidad me guste mucho la música.
Karl estaba plenamente de acuerdo con la propuesta de Klara, si bien le hubiera gustado que también el señor Pollunder participara de su compañía. Mas ciertamente, ante la gigantesca figura de Green –a la talla de Pollunder ya se había acostumbrado Karl por lo visto–, que entonces surgía ante ellos lentamente a medida que subían los escalones, abandonaba a Karl toda esperanza de encontrar alguna manera para arrancar al señor Pollunder, esa noche, de manos de tal

hombre.
El señor Green los recibió apresurado, como si hubiese mucho que recuperar, cogió rápidamente el brazo del señor Pollunder y empujó a Karl y a Klara al comedor; éste ofrecía un aspecto muy de fiesta, especialmente por las flores que había sobre la mesa y que se alzaban a medias entre grupos de fresco follaje, y esta circunstancia hizo doblemente lamentable la presencia del molesto señor Green. Karl, esperando junto a la mesa a que se sentaran los demás, se alegraba precisamente de que la gran puerta de vidriera que daba al jardín quedara abierta, pues por ella entraba en grandes oleadas una fuerte fragancia como si estuviesen en un cenador del jardín, cuando precisamente el señor Green, resoplando, decidió cerrar aquella puerta de vidrio, y agachándose hasta los pasadores inferiores y estirándose para alcanzar los superiores, realizó la operación con una rapidez tan juvenil que el sirviente, a pesar de haber acudido sin demora, ya nada pudo hacer.
Las primeras palabras del señor Green, sentado ya a la mesa, fueron manifestaciones de asombro de que Karl hubiese obtenido el permiso del tío para esta visita. Una tras otra levantó hasta su boca las cucharadas llenas de sopa, declarando a diestra dirigiéndose a Klara, y a siniestra dirigiéndose al señor Pollunder, el porqué de su asombro y cómo vigilaba el tío a Karl y cómo era excesivo el amor del tío para con Karl, hasta tal punto excesivo que ya no podía llamársele amor de tío.
«Éste no se contenta con entrometerse innecesariamente aquí, aun viene a entrometerse entre el tío y yo», pensó Karl y no pudo tragar ni un sorbo de aquella sopa de color de oro. Pero por otra parte no quería que se le notase qué molesto se sentía; y mudo, púsose luego a verter la sopa dentro de su cuerpo.
Esa comida transcurría lenta como una plaga. Únicamente el señor Green y a lo sumo también Klara mostraban cierta vivacidad y hasta de cuando en cuando hallaban motivo para una breve risa. Sólo algunas veces cuando el señor Green comenzaba a hablar de negocios intervenía el señor Pollunder en la conversación. Mas también de tales conversaciones retirábase pronto, y el señor Green, pasado un rato, debía sorprenderlo de nuevo, inopinadamente, con el tema. Por lo demás recalcaba –y fue entonces cuando Karl, prestando de pronto atención como si allí se cerniese alguna amenaza, tuvo que ser advertido por Klara de que el asado se hallaba delante de él, y de que él estaba en una cena que él en un principio, no había tenido intención de hacer aquella visita inesperada. Pues si bien el negocio del que aún había que hablar era de particular urgencia, hubiera podido tratarse durante el día en la ciudad, en sus aspectos más importantes al menos,

y las cosas secundarias hubieran podido aplazarse para el día siguiente o para más tarde. Y así, en efecto, había ido a ver al señor Pollunder mucho antes de la hora del cierre de los comercios; mas no habiéndolo encontrado, hablase visto obligado a avisar por teléfono a su casa que esa noche no iría y a emprender ese pequeño viaje.

–Entonces debo pedirle disculpas yo –dijo Karl en alta voz y antes de que nadie tuviera tiempo de responder–, pues es culpa mía el que el señor Pollunder haya abandonado hoy su comercio más temprano; lo siento mucho.

El señor Pollunder cubrió gran parte de su rostro con la servilleta y Klara ciertamente sonrió a Karl, pero ésta no era una sonrisa de consentimiento, sino más bien parecía destinada a influir de alguna manera sobre él.

–No hace falta ninguna excusa –dijo el señor Green partiendo en ese preciso momento una paloma, con agudas incisiones–, todo lo contrario; estoy muy contento de pasar la noche en tan agradable compañía, en lugar de cenar solo, en mi casa, servido por mi vieja ama de llaves, tan vieja que hasta el camino desde la puerta hasta mi mesa le cuesta un gran esfuerzo; yo puedo arrellanarme en mi sillón tranquilamente durante un buen rato si quiero observarla mientras recorre ese trecho. Sólo hace poco he conseguido que el sirviente lleve las comidas hasta la puerta del comedor; pero ese trecho desde la puerta hasta la mesa le corresponde a ella, por lo que alcanzo a entender.

–¡Dios mío! –exclamó Klara–, ¡qué lealtad!

–Sí, todavía hay lealtad en este mundo –dijo el señor Green llevándose un bocado a la boca, donde su lengua, según observó casualmente Karl, recogía el manjar con elástico movimiento. El verlo casi le produjo náuseas, y se levantó. Y con un movimiento casi simultáneo el señor Pollunder y Klara cogieron sus manos.

–Quédese usted sentado todavía –dijo Klara. Y cuando de nuevo se hubo sentado, ella le susurró–: Pronto desapareceremos juntos. Tenga usted paciencia.

Entretanto el señor Green se entregaba tranquilamente a su comida, como si fuese el deber natural del señor Pollunder y de Klara tranquilizar a Karl si él le provocaba náuseas.

La comida se prolongaba, sobre todo por el esmero con que el señor Green trataba cada plato, si bien se le veía dispuesto siempre y sin descanso a aceptar cada nuevo plato; parecía realmente que pretendiera resarcirse a fondo de su vieja ama de llaves. De vez en cuando elogiaba el arte con que la señorita Klara dirigía la casa, lo cual a ella le causaba un agrado evidente, mientras que Karl sentía

tentaciones de repelerlo como si la atacase. Pero el señor Green no se contentaba sólo con ocuparse de ella, sino que lamentaba a menudo y sin levantar la vista de su plato la notable falta de apetito de Karl. El señor Pollunder se puso a defender el apetito de Karl, a pesar de que, en su carácter de huésped, también él hubiera tenido que alentar a Karl, instándolo a que comiera. Y en efecto, Karl, sufriendo durante toda la cena semejante opresión, se sintió tan susceptible que, contra todo lo que su propio entendimiento le decía, interpretó esa manifestación del señor Pollunder como una descortesía. Y sólo debido a ese estado peculiar comía de pronto más de la cuenta y a una velocidad inconveniente, pero abandonaba luego nuevamente tenedor y cuchillo durante un largo rato, cansado, el más inmóvil de la reunión, con lo cual el sirviente que traía los platos a menudo no sabía qué hacer.

–Mañana mismo le contaré al señor senador cómo ha ofendido usted a la señorita Klara no queriendo comer –dijo el señor Green y se limitó a expresar la intención burlona de esas palabras por cierta manera de manejar los cubiertos–. Mire usted a esta chica, qué triste está –continuó tocando a Klara debajo del mentón. Ella le dejó hacer cerrando los ojos.

–¡Qué graciosilla eres! –exclamó arrellanándose, y con la fuerza del saciado y la cara arrebatada, se echó a reír. En vano intentó Karl explicarse la conducta del señor Pollunder. Éste permanecía sentado con la vista fija en su plato, contemplándolo como si fuese allí donde sucedía lo que en verdad importaba. No atrajo hacia sí la silla de Karl; y si alguna vez hablaba, lo hacía con todos y a Karl no tenía nada especial que decirle. En cambio toleraba que Green, ese viejo y escaldado solterón neoyorquino, tocase con intención bien evidente a Klara, que ofendiese a Karl, invitado de Pollunder; o que, cuando menos, lo tratase como a un niño y que cobrase ánimo para emprender luego quién sabe qué hazañas.

Después de levantarse la mesa –al percatarse Green de la disposición de ánimo general, fue el primero en incorporarse y en hacer levantar a todos junto con él, por así decirlo– se encaminó Karl, solo, apartándose, hasta una de las grandes ventanas, divididas por angostos listones blancos, que daban a la terraza y que en realidad, según pudo advertirlo al acercarse, eran verdaderas puertas. ¿Qué había quedado de aquella antipatía que el señor Pollunder y su hija habían mostrado al comienzo para con Green y que entonces le había parecido a Karl un tanto incomprensible? Ahora se quedaban allí junto a Green y asentían a todo lo que éste decía. El humo del cigarro del señor Green –un obsequio de Pollunder que ostentaba aquel grosor que solía aparecer de

cuando en cuando en los cuentos de su padre, como un hecho que probablemente él mismo no había visto jamás con sus propios ojos– se propagaba por la sala y llevaba la influencia de Green también a rincones y nichos en que, personalmente, no pondría jamás el pie. Por más alejado que Karl permaneciera, sentía continuamente el cosquilleo que aquel humo le producía en la nariz; y la conducta del señor Green, al cual dirigió una sola vez una fugaz mirada desde el sitio donde estaba, le pareció infame. Ahora ya no creía nada imposible que el tío le hubiese negado tan obstinadamente el permiso para esta visita tan sólo porque conocía la debilidad de carácter del señor Pollunder y que, por lo tanto, aunque no lo previese con exactitud, consideraba, sin embargo, dentro de las cosas posibles el que Karl pudiese sufrir alguna ofensa durante la visita. Tampoco le gustaba aquella muchacha norteamericana, aunque de ninguna manera se la había imaginado mucho más bonita. Al contrario, desde que el señor Green se ocupaba de ella, hasta le sorprendía la belleza que su rostro era capaz de expresar y especialmente el brillo de sus ojos indomablemente vivaces. Jamás hasta entonces había visto una falda que como la de ella ciñese un cuerpo con tanta firmeza: pequeños pliegues que se formaban en la tela amarillenta, delicada y firme, mostraban vigorosamente la tensión. Y no obstante nada le importaba ella a Karl y de buen grado habría renunciado a que le condujera a sus habitaciones si en cambio hubiese podido abrir esa puerta sobre cuyo picaporte había puesto las manos y subir al automóvil; o bien, si ya dormía el chofer, irse caminando solo hasta Nueva York. La noche clara, con aquella luna llena que se inclinaba hacia él, quedaba abierta para todos y a Karl le pareció absurdo que afuera, a la intemperie, quizá pudiera tenerse miedo. Se imaginaba –y por primera vez se sentía realmente bien en aquella sala– cómo, por la mañana –antes seguramente no sería probable que llegase a su casa a pie–, sorprendería al tío. Por cierto, nunca hasta entonces había estado en el dormitorio de su tío, ni siquiera sabía dónde estaba, mas ya lo averiguaría. Y entonces llamaría a la puerta, y al oír un convencional «¡pase!», entraría corriendo y sorprendería al querido tío –a quien hasta la fecha sólo conocía vestido y abotonado totalmente– en camisa de dormir incorporado en la cama, dirigiendo hacia la puerta los ojos asombrados. Quizás esto aun no fuese mucho por sí solo, pero había que imaginar qué consecuencias tendría. Quizá se desayunaría junto con su tío por primera vez, el tío en la cama, él sentado en una silla, el desayuno sobre una mesita entre los dos, y quizás ese desayuno en común se convirtiera en costumbre permanente. Quizá por causa de ese desayuno –cosa que apenas podía evitarse– se reunirían ellos más a menudo que una sola vez por día como hasta ahora, y

entonces, naturalmente, podrían hablarse con mayor franqueza también. Porque en el fondo sólo se debía a la ausencia de semejante cambio de opiniones, que se inspira en la franqueza mutua, el que ese día se hubiese mostrado un tanto desobediente o, más bien, testarudo con el tío. Y aunque esa noche tuviese que pasarla allí –lamentablemente todo parecía indicarlo, a pesar de que le dejaban estar allí, junto a la ventana, divirtiéndose por su cuenta–, tal vez esta desdichada visita podría convertirse en el punto crítico a partir del cual mejoraría todo lo concerniente a sus relaciones con su tío; quizás éste, ahora en su dormitorio, abrigaba pensamientos parecidos esta noche.
Algo consolado, se volvió. Delante de él estaba Klara, que dijo:
–¿Pues no le gusta a usted nada estar aquí entre nosotros? ¿No quiere usted sentirse como en su casa? Venga, haré un último esfuerzo.
Lo condujo, atravesando la sala, a la puerta. Junto a una mesa lateral estaban sentados los dos señores, ante bebidas ligeramente espumeantes que llenaban unos vasos altos; bebidas desconocidas para Karl y que le hubiera gustado probar. El señor Green apoyaba uno de sus codos sobre la mesa, toda su cara se arrimaba lo más posible al señor Pollunder; si uno no hubiese conocido al señor Pollunder, muy bien hubiera podido suponer que allí se estaba negociando algo criminal Y no comercial. Mientras que el señor Pollunder acompañó a Karl con una mirada amable hasta la puerta, Green a pesar de que cualquiera, aunque sea involuntariamente, suele seguir la dirección de las miradas de su interlocutor, no hizo el menor gesto como para volverse hacia Karl, a cuyos ojos esa conducta parecía expresar una especie de convicción de Green de que cada uno de ellos, Karl y Green, por sí mismo, debía intentar bastarse allí con sus propias facultades. Y que el necesario enlace social entre ellos ya se establecería con el tiempo, Por la victoria o el aniquilamiento de cualquiera de los dos.
«Si es que se propone esto –decía Karl–, es un necio. Realmente no quiero nada de él y que él a su vez me deje en paz a mí.»
Cuando apenas pisaba el pasillo ocurriósele que probablemente se había conducido con descortesía, pues casi había dejado que Klara lo arrastrara fuera de la sala, mientras que él tenía fijos los ojos en Green; por ello, tanto más solícito andaba ahora a su lado. Atravesando aquellos pasillos no quiso dar fe a sus Ojos, primero, a ver a cada veinte pasos un sirviente de lujosa librea con un candelabro cuyo grueso mango rodeaban ambas manos.
–La nueva instalación eléctrica está colocada hasta ahora sólo en el comedor –explicó Klara–. Compramos esta casa no hace mucho y la hicimos reconstruir totalmente, en la medida en que, en general, admite reconstrucciones una casa vieja de estructura tan rígida.

–Entonces, también en América hay casas viejas –dijo Karl.
–Naturalmente –dijo Klara y, riendo, siguió arrastrándolo–. Tiene usted una idea muy curiosa de América.
–No debe usted reírse de mí –dijo él con enfado. Al fin y al cabo, él ya conocía Europa y América y ella sólo América.
Al pasar, Klara abrió una puerta extendiendo ligeramente la mano y dijo sin detenerse:
–Aquí dormirá usted.
Karl, claro está, deseaba ver el cuarto en seguida; pero Klara declaró impaciente, casi a voz en grito, que ya tendría tiempo para ello y que la siguiese. Anduvieron un rato de aquí para allá, por el pasillo; finalmente se le antojó a Karl que no tenía por qué obedecer a Klara en todo, se desasió, pues, con cierta violencia y entró en el cuarto. La sorprendente oscuridad que había delante de la ventana encontró su explicación en la copa de un árbol que allí se mecía en todo su grandor. Oyóse un canto de pájaro. En el cuarto mismo, a cuyo interior no llegaba todavía la luz de la luna, no podía distinguirse casi nada, por cierto. Karl lamentó no haber llevado la linterna eléctrica que su tío le había regalado. En aquella casa una linterna de bolsillo era realmente indispensable; con unas cuantas de esas linternas se hubiera podido permitir a los sirvientes que se fueran a dormir. Sentóse en el alféizar y miró y escuchó hacia afuera. Un pájaro incomodado parecía abrirse paso a través del follaje del viejo árbol. El silbato de un tren suburbano neoyorquino sonó en alguna parte, allá en la campiña. Todo lo demás permanecía en silencio.
Mas no por mucho tiempo, pues Klara entró apresurada. Con manifiesto enojo y golpeándose la falda exclamó:
–Pero, ¿qué significa esto?
Karl se propuso contestarle sólo cuando se mostrase más cortés. Pero ella se le acercó a grandes pasos y exclamó:
–Decídase. ¿Quiere usted venir conmigo o no? –Y ya sea intencionadamente, o ya sólo debido a su excitación, le dio un empujón tan fuerte contra el pecho que él se habría precipitado de la ventana afuera si no hubiese alcanzado el piso con los pies, deslizándose, en el último momento, del alféizar.
–Por poco me caigo afuera –dijo en un tono lleno de reproche.
–Lástima que no haya sucedido. ¡Se conduce usted muy mal! Le voy a empujar de nuevo.
Y realmente lo abrazó y lo llevó, con sus músculos acerados por el deporte, casi hasta la ventana; pues él, en la consternación del primer momento, había olvidado oponerse con todo su peso. Pero allí reflexionó, se libró con un movimiento de caderas y la abrazó.

–¡Ay, me hace usted daño! –dijo ella al instante.

Pero entonces creyó Karl que ya no debía volver a soltarla. Si bien la dejaba en libertad de moverse cuanto quería, seguía sus pasos sin soltarla. ¡Era tan fácil, por otra parte, estrecharla así, con aquel vestido tan ajustado que llevaba!

–Déjeme usted –susurró, y su cara encendida permanecía muy cerca de la suya; debía él esforzarse si quería verla, tan cerca la tenía–. Déjeme usted, le daré algo muy bonito.

«¿Por qué suspira tanto? –pensó Karl–; esto no puede dolerle ya que no la aprieto», y seguía sin soltarla. Pero de repente, después de un instante de permanecer callado y sin prestar atención, sintió de pronto que las fuerzas de la muchacha crecían nuevamente contra su propio cuerpo; ya se le había escurrido y ella cogiéndolo con un hábil movimiento desde arriba, se defendió de sus piernas con posiciones de los pies, empleando una extraña técnica de lucha; mientras respiraba con gran regularidad, fue empujándolo delante de sí hacia la pared. Allí había un diván; en aquel diván recostó a Karl y sin inclinarse demasiado sobre él, dijo:

–Ahora muévete si puedes.

–Gata, gata rabiosa –fueron las únicas palabras que Karl acertó a exclamar en aquel torbellino de rabia y vergüenza en que se encontraba–. ¡Si estarás loca, gata rabiosa!

–Ten cuidado con lo que dices –dijo ella, y deslizando una de sus manos por el cuello de él, comenzó a estrangularlo con tanta fuerza que Karl se sintió totalmente incapaz de hacer otra cosa que jadear. Con la otra mano acometía contra su mejilla, palpándola como a manera de ensayo, retirando esa mano nuevamente al aire una y otra vez y cada vez más lejos, pudiendo dejarla caer en cualquier instante con una bofetada.

–¿Qué pasaría –preguntaba al mismo tiempo– si, como castigo por tu conducta frente a una dama, te mandara yo a tu casa con una bonita paliza? Puede que eso te sirviera para tu vida futura, aunque no fuese un motivo de bellos recuerdos. Pero me das lástima; y eres un muchacho soportablemente hermoso y, si hubieras aprendido el jiu–jitsu, probablemente me habrías zurrado tú. Y, sin embargo, sin embargo..., me tienta terriblemente eso de darte una bofetada, tal como estás ahora acostado. Es probable que luego lo lamente; pero si lo hiciese, bueno será que lo sepas desde ahora, lo haré casi contra mi propia voluntad. Y en tal caso, naturalmente, no me contentaré con una sola bofetada, sino que te las daré a derecha e izquierda, hasta que se te hinchen las mejillas. Tal vez seas un hombre de honor –casi estoy por creerlo– y no querrás seguir viviendo con las bofetadas, y te

eliminarás del mundo. ¿Pero por qué, por qué has estado contra mí de tal manera? ¿Acaso no te gusto? ¿No vale la pena venir a mi cuarto? ¡Atención! Ahora casi te hubiera dado una bofetada sin querer. Pues si hoy todavía te escapas sin más, la próxima vez pórtate con mejor educación. Yo no soy tu tío, con el cual puedes ser obstinado. Por otra parte quiero advertirte, eso sí, que no debes creer, en el caso de que te suelte sin abofetearte, que tu situación presente y el ser abofeteado de veras sean cosas equivalentes, desde el punto de vista del honor. Si tal quisieras creer, preferiría yo con todo abofetearte realmente. ¿Qué dirá Mack cuando le cuente todo esto?

Al recordar a Mack soltó a Karl, y en los pensamientos poco claros de éste Mack surgió como un libertador. Sintió todavía durante unos momentos más la mano de Klara en su cuello, siguió retorciéndose un poco por lo tanto y luego se quedó quieto.

Ella lo invitó a que se levantara, mas él no respondió, ni se movió. Encendió ella una vela en alguna parte, la habitación quedó alumbrada y en el cielo raso apareció un dibujo de fantasía, azul, zigzagueante; pero Karl, con la cabeza apoyada en el almohadón del sofá, yacía tal como Klara lo había dejado y permanecía completamente inmóvil. Klara anduvo por el cuarto, su falda crujía en torno a sus piernas, y luego se detuvo un largo rato, seguramente junto a la ventana.

Al rato se la oyó preguntar:

–¿Se te pasó ya el enfado?

Resultábale muy penoso a Karl no poder encontrar tranquilidad alguna en aquella habitación que el señor Pollunder le había destinado para pasar la noche. Por ella ambulaba esa muchacha, se paraba y hablaba, ¡y él ya estaba tan harto, tan indeciblemente harto de ella! Dormir pronto y luego irse de allí era su único deseo. Ya ni quería acostarse en la cama; le bastaba con aquel diván. Sólo acechaba que ella se fuese, para saltar a la puerta y echarle el cerrojo y arrojarse luego, de nuevo, sobre el diván. ¡Tenía tal necesidad de estirarse y de bostezar!, pero delante de Klara no quería hacerlo. Y se quedaba, pues, así acostado, miraba fijamente hacia arriba, sentía cómo su rostro se tornaba cada vez mas inmóvil, y una mosca que volaba en su derredor centelleaba ante sus ojos, sin que él supiera a ciencia cierta qué era.

Klara se le acercó de nuevo, se inclinó buscando la dirección de sus miradas y si él no se hubiese dormido habría tenido que mirarla.

–Me voy ahora –dijo ella–. Quizá más tarde tengas ganas de ir a verme. La puerta que conduce a mis habitaciones es la cuarta a contar de ésta y queda de este mismo lado del pasillo. Pasas, pues, por tres puertas más y la que luego encuentres será la mía. Ya no bajaré a la sala, me quedaré ahora en mi cuarto. Me has fatigado. No pienso

precisamente quedarme esperándote; pero si quieres ir puedes hacerlo. Acuérdate de que has prometido tocar algo en el piano para mí. Pero quizá yo te haya enervado y extenuado del todo y ya no puedas moverte. Si es así quédate y duerme a tu gusto. A mi padre por el momento, no le diré ni una palabra de nuestra riña; dejo constancia de ello por si esto te preocupa.
Luego, frente a su aparente fatiga, abandonó el cuarto de prisa, en dos saltos.
Inmediatamente se incorporó Karl y se quedó sentado; ese decúbito ya se le había hecho insoportable. A fin de moverse un poco fue hasta la puerta y echó una mirada al pasillo. ¡Qué tinieblas había allí! Bien contento se sentía cuando después de haber cerrado la puerta echándole la llave, se hallaba de nuevo ante su mesa, a la luz de la bujía. Resolvió no quedarse por más tiempo en esa casa; bajaría para ver al señor Pollunder y le diría francamente de qué manera lo había tratado Klara –nada le importaba confesar su derrota– y con tal motivo, seguramente suficiente, pediría permiso para marcharse a su casa, en un vehículo o a pie.
Si el señor Pollunder tuviese que oponer algún reparo a ese regreso inmediato, Karl al menos le rogaría que le hiciese acompañar por un sirviente hasta el próximo hotel. De ese modo, tal como Karl lo proyectaba, no se procedía generalmente con los amables huéspedes, por cierto; pero era más raro aún que se procediese tal como Klara lo había hecho con un visitante. Ella hasta había llegado a considerar que era gentileza el prometer no decirle nada al señor Pollunder acerca de la riña, pero esto ya era cosa de poner el grito en el cielo. ¿Acaso él había sido invitado a una demostración de lucha romana, de manera que podía resultar vergonzoso para él el haber sido echado por una muchacha que seguramente se había pasado la mayor parte de su vida aprendiendo tretas de lucha romana? Para colmo, quizá fuera Mack quien le había enseñado. Que se lo contara todo, pues; ése seguramente sería comprensivo, esto Karl lo sabía, aunque jamás había tenido oportunidad de comprobarlo prácticamente. Mas Karl sabía también que si Mack le enseñase a él, sus progresos serían mucho mayores aún que los de Klara; entonces algún día volvería allí, muy probablemente sin ser invitado, examinaría primero el lugar, claro está, el lugar cuyo conocimiento exacto había sido una gran ventaja para Klara, tomaría luego a esa misma Klara y batiendo con ella ese diván, sobre el cual ella lo había arrojado hoy, sacudiría el polvo.
Entonces sólo se trataba de encontrar el camino de regreso a la sala, donde por otra parte, seguramente por causa de su primera distracción, había dejado su sombrero en algún sitio inconveniente. Por cierto que

llevaría con él la vela, pero ni aún así, con luz, sería fácil orientarse. Por ejemplo, ni siquiera sabía si su cuarto estaba situado en la misma planta que la sala. Mientras venían, Klara lo había arrastrado constantemente, tanto que ni había podido volverse. El señor Green y los sirvientes portadores de candelabros también le habían dado que pensar; en pocas palabras, ahora, efectivamente, ni siquiera sabía si habían pasado por una o por dos o por ninguna escalera. A juzgar por la vista que ofrecía, su aposento estaba situado bastante alto y Karl, por lo tanto, trataba de imaginar que habían recorrido escaleras, mas ya para llegar a la puerta principal de la casa había sido necesario subir escaleras y además, ¿por qué no había de ser más elevado este frente de la casa?

¡Pero si al menos, en alguna parte del pasillo, se hubiera podido vislumbrar la menor claridad que saliese de alguna puerta, o si se hubiera oído, por apagada que fuese, una voz lejana!

Su reloj de bolsillo, un regalo de su tío, señalaba las once; cogió la vela y salió al pasillo. Dejó abierta la puerta para poder al menos volver a encontrar su cuarto en el caso de resultar vana su búsqueda y luego, en caso de extrema necesidad, la puerta del cuarto de Klara. Para mayor seguridad apoyó una silla contra la puerta, a fin de que no se cerrase por sí sola.

En el pasillo surgió el inconveniente de que en dirección a Karl –naturalmente se dirigió hacia la izquierda alejándose de la puerta de Klara– soplaba una corriente de aire que, aunque muy débil, hubiera podido apagar la vela fácilmente, de manera que Karl tuvo que proteger la llama con la mano deteniéndose además a menudo para que se recobrara la llama sofocada. Avanzaba lentamente, por lo que el camino le pareció doblemente largo. Karl había pasado ya por largos trechos de paredes que carecían totalmente de puertas; no podía uno imaginarse qué había tras ellas. Luego, sucedíanse las puertas unas tras otras; trató de abrir varias, pero estaban cerradas y por lo visto deshabitados los cuartos. Aquello era un despilfarro sin par del espacio, y Karl pensó en los alojamientos del este neoyorquino que el tío prometió mostrarle, y donde en una pequeña habitación, según se decía, moraban varias familias y donde el rincón de un cuarto constituía el hogar de una familia, rincón en el cual los niños se agrupaban en torno de sus padres. Y aquí había, en cambio, tantos cuartos que permanecían desocupados y sólo servían para sonar a hueco cuando se golpeaban sus puertas.

El señor Pollunder le pareció a Karl un hombre desviado, descaminado por falsos amigos, loco por su hija y echado a perder por ello. Sin duda el tío lo juzgaba como correspondía, y sólo su principio de no influir

sobre el criterio que Karl se formaba de la gente era culpable de aquella visita, de aquellas andanzas por los pasillos. Esto Karl se lo diría al día siguiente a su tío, sin más, pues de acuerdo con sus principios el tío escucharía también el juicio del sobrino sobre él mismo, gustosa y tranquilamente. Por otra parte, ese principio era quizá lo único que a Karl le disgustaba en su tío, y ni aun ese desagrado era absoluto.
Súbitamente terminó una de las paredes del pasillo y vino a ocupar su lugar una balaustrada de mármol, fría como el hielo. Colocó Karl la vela a su lado y se asomó cautelosamente. Una ráfaga de oscura vacuidad sopló a su encuentro. Si aquello era el salón principal de la casa –a la luz de la bujía apareció un trozo de abovedado cielo raso–, ¿por qué entonces no habían entrado ellos por este salón o vestíbulo? ¿Para qué, sí, para qué podía servir aquel recinto grande y profundo? Uno se encontraba allí arriba como en la galería de una iglesia. Casi lamentaba Karl no poder quedarse hasta el día siguiente; le hubiera gustado hacerse conducir a todas partes por el señor Pollunder y que le ilustraran acerca de todas las cosas.
Por lo demás, no era muy larga la balaustrada y pronto fue acogido Karl de nuevo por el pasillo cerrado. En un recodo repentino del pasillo dio Karl con todo su cuerpo contra el muro y sólo el cuidado ininterrumpido con que la sostenía salvó la vela, felizmente, de caer o de apagarse. Puesto que el pasillo no acababa nunca, que en ninguna parte se veía una ventana que permitiese una mirada al exterior, que nada se movía ni en lo alto ni en lo bajo, llegó a pensar Karl que se hallaba girando continuamente en un mismo pasillo circular y esperó encontrar, acaso, la puerta abierta de su cuarto; pero no volvió a encontrar ni ésta ni la balaustrada. Hasta entonces Karl se había abstenido de llamar en voz alta, pues no quería provocar un alboroto en casa ajena y a hora tan avanzada. Pero finalmente comprendió que no sería del todo injustificado hacerlo, en aquella casa exenta de alumbrado, y precisamente se disponía a gritar hacia ambos lados del pasillo un retumbante «¡hola!» cuando al mirar hacia atrás, divisó una lucecilla que se aproximaba. Sólo entonces pudo estimar la longitud de aquel pasillo rectilíneo; la mansión era una fortaleza, no una quinta. Tan grande fue la alegría de Karl con motivo de aquella luz salvadora que, olvidando toda precaución corrió hacia ella; al dar los primeros saltos ya se apagó su vela. Pero él no le dio importancia: venía a su encuentro un viejo sirviente con un farol y éste ya le indicaría el buen camino.
–¿Quién es usted? –preguntó el sirviente acercando el farol a la cara de Karl e iluminando así al mismo tiempo la suya propia. Su rostro apareció un poco rígido por estar encuadrado en una barba cerrada, grande y blanca, que le llegaba en sedosos rizos hasta el pecho.

«Leal sirviente ha de ser éste ya que se le permite gastar semejante barba», pensó Karl contemplándola fijamente en toda su extensión y sin sentirse molesto por el hecho de que él mismo fuese observado. Por lo demás respondió en seguida que él era huésped del señor Pollunder, que deseaba ir de su cuarto al comedor y que no podía encontrarlo.
–¡Ah, sí! –dijo el sirviente–, todavía no hemos instalado la luz eléctrica.
–Lo sé –dijo Karl.
–¿No quiere usted encender su vela en mi farol? –preguntó el sirviente.
–Por cierto –dijo Karl haciéndolo.
–Hay tantas corrientes de aire aquí en los pasillos –dijo el sirviente–; la vela se apaga fácilmente, por eso llevo yo un farol.
–Sí, un farol resulta mucho más práctico –dijo Karl.
–Claro, ya está usted completamente salpicado por el sebo de la vela –dijo el sirviente recorriendo con la luz de la bujía el traje de Karl.
–¡Pues no lo había notado! –exclamó Karl, y lo lamentó mucho, ya que se trataba de un traje negro del que su tío había dicho que le quedaba mejor que ninguno. Tampoco –acordóse entonces– le habría aprovechado al traje aquella riña con Klara.
El sirviente fue bastante amable y se puso a limpiar el traje en cuanto esto era posible, es decir, a la ligera; Karl giraba delante de él, una y otra y otra vez, mostrándole, aquí o allá, alguna mancha más que el sirviente quitaba obedientemente.
–¿Por qué, en realidad, hay aquí tantas corrientes de aire? –preguntó Karl una vez que siguieron andando.
–Porque todavía queda aquí mucho por edificar –dijo el sirviente–; por cierto se ha comenzado ya con los trabajos de reconstrucción, pero esto marcha muy lentamente. Ahora para colmo están en huelga los obreros de la construcción, como usted tal vez sepa. Muchos disgustos causa una obra semejante. Ahora se han abierto por ahí algunas brechas grandes que nadie cierra y la corriente de aire atraviesa toda la casa. Si yo no tuviera los oídos tapados con algodón, no podría subsistir.
–¿Entonces, seguramente, debo hablar más alto? –preguntó Karl.
–No, tiene usted voz clara –dijo el sirviente–. Pero volviendo a esta obra de construcción: especialmente aquí, en las proximidades de la capilla, que más tarde deberá ser separada sin falta del resto de la casa, la corriente de aire es insoportable.
–La balaustrada por la que se llega a este pasillo da, por lo tanto, a una capilla.
–Sí.
–Ya me lo imaginaba yo –dijo Karl.
–Es una verdadera singularidad –dijo el sirviente–; si no hubiese sido por ella, el señor Mack seguramente no habría comprado la casa.

–¿El señor Mack? –preguntó Karl–. Yo creía que la casa pertenecía al señor Pollunder.
–Ciertamente –dijo el sirviente–, pero el señor Mack ha dicho la palabra decisiva en esta compra. ¿No conoce usted al señor Mack?
–¡Oh, sí! –dijo Karl–, ¿pero en qué relación está él con el señor Pollunder?
–Es el novio de la señorita –dijo el sirviente.
–Esto por cierto no lo sabía –dijo Karl, y se detuvo.
–¿Y le asombra tanto? –preguntó el sirviente.
–No; sólo quiero enterarme. Si ignora uno tales relaciones, puede cometer las mayores faltas –respondió Karl.
–Pues me extraña que no le hayan dicho a usted nada de esto –dijo el sirviente
–Sí, realmente –dijo Karl; avergonzado.
–Habrán creído sin duda que usted ya lo sabía –dijo el sirviente–, puesto que no es ninguna novedad. Por lo demás, ya hemos llegado. –diciendo esto abrió una puerta tras la cual apareció una escalera que conducía verticalmente hacia la puerta trasera del comedor, tan espléndidamente iluminado como en el momento de su llegada.
Antes de que Karl entrara en el comedor, desde el cual se oían las voces de los señores Pollunder y Green exactamente como hacía ya dos horas, dijo el sirviente:
–Si quiere usted, le esperaré aquí y le llevaré luego hasta su habitación. De todas maneras no es nada fácil orientarse en esta casa en la primera noche.
–No he de volver a mi cuarto –dijo Karl; sin saber por qué se ponía triste al dar esta información.
–Bueno, no será tan grave –dijo el sirviente sonriendo con leve superioridad y dándole palmadas en el brazo. Seguramente se explicaba él las palabras de Karl creyendo que éste abrigaba la intención de quedarse durante la noche entera en el comedor, conversando con los señores y bebiendo con ellos. Karl no quería hacer confidencias en aquel momento; además pensó que ese sirviente, que le gustaba más que los otros de la casa, podría indicarle luego el camino y el rumbo que debía tomar para Nueva York, y por eso dijo:
–Si quiere usted esperar aquí, será naturalmente muy amable por su parte y lo acepto con gratitud. De todas maneras volveré a salir dentro de breves momentos y luego le diré lo que pienso hacer. Creo que realmente aún me hará falta su ayuda.
–Bien –dijo el sirviente, colocó el farol en el suelo y se sentó sobre un pedestal bajo que nada tenía encima, cosa que probablemente se relacionaba también con la reconstrucción de la casa–. Entonces

esperaré aquí. La vela puede usted dejármela, si le parece –agregó todavía el sirviente al ver que Karl se disponía a entrar en la sala con la vela encendida.
–Qué distraído soy –dijo Karl alcanzándole la vela al sirviente; éste no hizo más que asentir con un movimiento de cabeza, sin que se supiera a las claras si lo hacía intencionadamente o si sólo causaba ese efecto porque estaba acariciándose la barba con la mano.
Karl abrió la puerta, que chirrió fuertemente, mas no por su culpa, pues estaba formada de una sola pieza de vidrio que casi se doblaba si alguien abría la puerta con rapidez sosteniéndola sólo por el picaporte. Karl soltó la puerta asustado, pues él había querido entrar, precisamente, en medio del mayor silencio. Ya no quería volverse atrás y aún tuvo tiempo de advertir cómo tras él, el sirviente, que por lo visto había descendido de su pedestal, cerraba la puerta cautelosamente y sin el menor ruido.
–Perdonen ustedes que les moleste –dijo dirigiéndose a los dos señores, quienes lo miraron con sus rostros grandes, asombrados. Mas al mismo tiempo abarcó la sala al vuelo de una mirada, para ver si podía encontrar pronto, en alguna parte, su sombrero. Pero éste no estaba visible en parte alguna, la mesa del comedor se veía totalmente desocupada; quién sabe si el sombrero no había sido llevado de alguna manera –cosa bien desagradable– a la cocina.
–¿Pero dónde ha dejado usted a Klara? –preguntó el señor Pollunder, a quien por otra parte no parecía desagradar la interrupción, pues en seguida cambió de posición en su butaca, dando ahora a Karl todo su frente.
El señor Green se hizo el desentendido, extrajo una cartera de bolsillo que era un monstruo de su especie en cuanto a tamaño y grosor y pareció buscar una pieza determinada en sus muchas subdivisiones; pero mientras buscaba leía también otros papeles que, en ese momento, caían en sus manos.
–Deseo pedirle un favor y no quisiera que lo interpretase usted mal –dijo Karl aproximándose presuroso al señor Pollunder y posando la mano, para estar bien cerca de él, sobre el brazo del sillón.
–¿Y cuál es el favor que quiere usted pedirme? –preguntó el señor Pollunder dirigiendo a Karl una mirada franca, exenta de recelo–. Claro que está concedido desde ahora. –Y rodeando a Karl con un brazo lo atrajo hacia sí, colocándolo entre sus piernas.
Karl lo toleró de buen grado, a pesar de que, en general, se consideraba excesivamente adulto para semejante tratamiento. Pero así resultaba naturalmente más difícil pronunciar su ruego.
–Y bien, ¿le gusta a usted estar con nosotros? –preguntó el señor

Pollunder–. ¿No le parece a usted también que se siente uno, por así decirlo, libertado, aquí, en el campo, al llegar de la ciudad? Por lo general –y una mirada de reojo imposible de ser interpretada erróneamente, medio ocultada por el cuerpo de Karl, fue lanzada hacia el señor Green–, por lo general vuelvo a tener esta sensación nuevamente cada noche.

«Habla –pensó Karl– como si nada supiera de esta casa grande, de los pasillos interminables, de la capilla, de los aposentos vacíos, de esas tinieblas que hay por todas partes.»

–Y bien –dijo el señor Pollunder–, ¡venga esa petición! –Sacudió a Karl amistosamente; pero éste permanecía mudo.

–Le ruego –dijo Karl y por más que bajara la voz resultaba inevitable que aquel señor Green, sentado al lado, lo escuchase todo (y a Karl le hubiera gustado tanto callar ante él aquella petición que, posiblemente, podía interpretarse como una ofensa a Pollunder)–, le ruego que me permita usted regresar a mi casa ahora mismo, durante la noche.

Y puesto que lo más grave ya estaba dicho, todo lo demás se agolpaba por salir cuanto antes; sin recurrir a la menor mentira, dijo cosas en las cuales realmente ni había pensado antes.

–Me gustaría, por lo que más quiero en el mundo, regresar a mi casa. Volveré aquí gustosamente, pues allí donde está usted, señor Pollunder, estoy a gusto también yo. Sólo que hoy no puedo quedarme. Ya lo sabe usted, mi tío no me dio de buen grado el permiso para esta visita. Sin duda ha tenido para ello sus buenos motivos como para todo lo que él hace y yo me he atrevido, oponiéndome a su mejor entendimiento, a forzarle, de hecho, a que me conceda el permiso. He abusado, ni más ni menos, de su amor hacia mí. No viene al caso ahora qué reparos puede haber tenido contra esta visita; yo sólo sé, con certeza absoluta, que nada había en esos reparos que pudiera ofenderle a usted, señor Pollunder, a usted que es el mejor amigo de mi tío, el mejor de los mejores. Ninguno puede compararse con usted, ni remotamente, en lo relativo a la amistad que le profesa mi tío. Esto es en verdad la única excusa para mi desobediencia, pero no es excusa suficiente. Puede ser que usted no tenga conocimiento exacto de la relación que media entre mi tío y yo; por lo tanto quiero hablar sólo de lo más evidente y comprensible. En tanto que mis estudios de inglés no hayan concluido y que yo no haya adquirido conocimientos suficientes del comercio práctico dependo enteramente de la bondad de mi tío, de la que, por cierto, puedo disfrutar como pariente consanguíneo. No debe usted creer que ya ahora podría yo, de alguna manera, ganarme el pan de un modo decente... y de cualquier otra cosa líbreme Dios. Es lamentable: mi educación ha sido muy poco práctica en ese sentido. He cursado

como alumno mediocre cuatro años de un colegio secundario europeo; y esto para ganar dinero, significa mucho menos que nada, pues nuestros colegios secundarios o gymnasium son muy retrógrados en cuanto a su plan de enseñanza. Se reiría usted si yo le contara lo que he estudiado. Si uno sigue estudiando, si termina el gymnasium e ingresa en la Universidad, seguramente se equilibra todo eso de algún modo y al cabo tiene uno su cultura ordenada, que sirve para algo y que confiere el aplomo necesario para ganar dinero. Pero yo he sido lamentablemente arrancado de la integridad de esos estudios; a veces creo que no sé nada, y finalmente, por lo demás, todo lo que yo podría saber sería poco para los norteamericanos. Ahora, desde hace poco, se instala de vez en cuando en mi país algún gymnasium reformado, donde se estudian también lenguas modernas y acaso las ciencias económicas; cuando yo dejé el colegio primario, esto no existía todavía. Cierto es que mi padre deseaba que yo tomara lecciones de inglés; pero, en primer término, yo no podía sospechar entonces ni remotamente la desgracia que caería sobre mí y hasta qué punto necesitaría yo el inglés; y en segundo lugar tenía mucho que estudiar para el gymnasium, de manera que no me quedaba mucho tiempo para otras ocupaciones. Menciono todo esto para demostrarle hasta qué punto dependo de mi tío y cuánta gratitud le debo, por consiguiente. Usted admitirá sin duda que en tales circunstancias no debo yo permitirme hacer absolutamente nada contra su voluntad, aun en el caso en que sólo presintiera yo que algo lo contrariara. Y por eso, para enmendar aunque sólo fuese a medias la falta que he cometido con él, debo marcharme en seguida a mi casa.

Durante ese largo discurso escuchó el señor Pollunder atentamente y a menudo, en especial cuando era mencionado el tío, estrechó a Karl, si bien en forma imperceptible, y algunas veces miró con seriedad y como lleno de expectación hacia Green, el cual seguía ocupándose de su billetera. Y Karl, con la mayor claridad que cobraba durante su discurso la conciencia de su posición frente a su tío, se ponía cada vez más intranquilo e involuntariamente intentaba librarse del brazo de Pollunder. Todo allí lo aprisionaba; el camino hacia su tío, a través de la puerta de cristal, por la escalera, por la avenida de árboles, y por las carreteras a través de los suburbios, hasta la gran arteria que desembocaba en la casa de su tío, aparecía ante él como algo rigurosamente unido que estaba preparado para él, vacío y liso, y lo llamaba con voz potente. Confundíanse vagamente la bondad del señor Pollunder y la asquerosidad del señor Green, y de ese cuarto lleno de humo ya no quería para sí sino el permiso de despedirse. Si bien se sentía acabado frente al señor Pollunder, frente al señor Green estaba

dispuesto a luchar. Lo llenaba, sin embargo, en derredor un miedo indefinido, cuyos accesos le enturbiaban los ojos.
Retrocedió un paso y quedó a igual distancia del señor Pollunder y del señor Green.
–¿No quería usted decirle algo? –preguntó el señor Pollunder al señor Green, y tomó la mano de éste como rogándole.
–No sé qué podría yo decirle –dijo el señor Green, que finalmente había extraído de su billetera una carta que colocó delante de sí sobre la mesa.
–Es sumamente loable que quiera volver al lado de su tío y, de acuerdo con toda previsión humana, habría que creer que le causaría con ello una gran alegría. A no ser que su tío ya se hubiera enojado con exceso por su desobediencia, cosa que también es posible. Entonces ciertamente, sería mejor que se quedara. No es, pues, fácil decir nada cierto y definido. Aunque los dos somos amigos de su tío y costaría un gran esfuerzo descubrir diferencias de grado entre la amistad mía y la del señor Pollunder, nada podemos ver de lo que sucede en el corazón de su tío, y mucho menos aún a través de los muchos kilómetros que ahora nos separan de Nueva York.
–Por favor, señor Green –dijo Karl acercándose a él y venciendo así sus impulsos más íntimos–, según me parece, se desprende de sus palabras que también usted considera que lo mejor para mí sería volver inmediatamente.
–No he dicho tal cosa, de ninguna manera –repuso el señor Green abismándose en la contemplación de la carta cuyos márgenes recorría con los dedos, de un lado para otro. Parecía querer insinuar así que él había sido preguntado por el señor Pollunder y que a éste le había contestado, mientras que nada tenía que ver en realidad con Karl.
Entretanto el señor Pollunder se había aproximado a Karl, y alejándolo suavemente del señor Green lo llevó hasta una de las grandes ventanas.
–Querido señor Rossmann –dijo inclinándose al oído de Karl y, como para apercibirse, enjugóse la cara con el pañuelo y, deteniéndose en la nariz, se sonó–, no vaya usted a creer que yo quiero retenerlo aquí contra su voluntad. Ni que pensarlo. Eso sí, no puedo poner a su disposición el automóvil, pues está guardado en un garaje público ya que todavía no he tenido tiempo de instalar uno propio aquí, donde todo está formándose todavía. El chofer por su parte no duerme en esta casa, sino cerca del garaje, realmente ni yo mismo sé dónde. Por otra parte ni siquiera es su deber estar ahora en su casa; su deber es sólo presentarse aquí a tiempo, por la mañana temprano, con el coche; pero todo esto no sería obstáculo para su regreso inmediato, pues si usted

se empeña en ello, le acompañaré en seguida hasta la próxima estación del tren suburbano, que por cierto queda tan lejos que usted no ha de llegar a su casa mucho antes que si mañana temprano –puesto que a las siete ya partimos– viene usted conmigo en mi automóvil.
–Entonces, señor Pollunder, yo preferiría, sin embargo, irme en el tren suburbano –dijo Karl–. Ni siquiera se me había ocurrido pensar en el tren suburbano. Usted mismo afirma que llegaré antes con él que por la mañana con el automóvil.
–Pero es sólo una diferencia pequeñísima.
–No obstante, no obstante, señor Pollunder –dijo Karl–. En recuerdo de su amabilidad vendré a visitarlo siempre, con mucho gusto, en el supuesto caso, naturalmente, de que usted, a pesar de mi conducta de hoy, aún quiera invitarme; y quizá la próxima vez pueda yo expresarle mejor por qué es hoy tan importante para mí cada minuto en que pueda yo adelantar esa entrevista con mi tío. –Y como si ya hubiera recibido el permiso de partir añadió:– Pero usted no debe acompañarme, de ninguna manera. Es por lo demás absolutamente innecesario. Allá afuera espera un sirviente que con gusto me acompañará hasta la estación. Sólo me falta ahora encontrar mi sombrero. –Y al decir las últimas palabras ya atravesaba el cuarto, apresurado, en una última tentativa de encontrar su sombrero a pesar de todo.
–¿No podría yo facilitarle una gorra? –dijo el señor Green sacando una del bolsillo–. Tal vez casualmente le quede bien.
Karl se detuvo consternado y dijo:
–No voy a quitarle yo su gorra. Además puedo marcharme perfectamente con la cabeza descubierta. No necesito nada.
–Esta gorra no es mía. ¡Tómela usted!
–Bueno, pues, se lo agradezco –dijo Karl para no entretenerse y tomó la gorra.
Se la puso y al pronto se echó a reír, pues era perfectamente de su medida; la tomó de nuevo entre sus manos y la contempló: buscaba en ella alguna cosa especial mas no pudo descubrirla; era una gorra completamente nueva.
–¡Qué bien me va! –dijo.
–Ya lo ve usted, ¡le va bien! –exclamó el señor Green golpeando sobre la mesa.
Karl ya se dirigía a la puerta en busca del sirviente, cuando se levantó el señor Green y, estirándose después de la cena abundante y del largo descanso, se dio unos puñetazos en el pecho y en un tono entre consejo y orden dijo:
–Antes de marcharse, debe usted despedirse de la señorita Klara.

–Sí, tiene usted que hacerlo –dijo también el señor Pollunder que asimismo se había levantado. Pero por el tono de sus palabras se advertía claramente que no le salían del corazón; dejaba caer las manos y éstas golpeaban levemente contra la costura de su pantalón, y abotonaba y desabotonaba una y otra vez su chaqueta que, de acuerdo con la moda del momento, era muy corta y le llegaba apenas hasta las caderas, cosa que no convenía al vestir de personas tan gruesas como el señor Pollunder. Por otra parte, cuando se le veía, como en aquel momento, junto al señor Green, se tenía la clara impresión de que en el caso del señor Pollunder no se trataba de una corpulencia sana; la espalda estaba un poco encorvada en toda su mole, el vientre tenía aspecto blando e inconsistente, era una verdadera carga, y la cara se presentaba pálida y acongojada. En cambio allí estaba el señor Green, quizá un poco más grueso todavía que el señor Pollunder, pero ésta ya era una gordura proporcionada, conexa, que se sostenía en equilibrio; los pies permanecían juntos, en actitud militar, y llevaba la cabeza erguida y oscilante; parecía un gran gimnasta, un instructor de gimnastas.
–Vaya usted, pues, primero –insistió el señor Green– a ver a la señorita Klara. Esto seguramente le causará a usted placer y además encaja perfectamente en mi horario. Pues, en efecto, antes de irse usted de aquí tengo que decirle algo, algo por cierto interesante, algo que probablemente podrá ser decisivo también en cuanto a su regreso se refiere. Sólo que, por desgracia, una orden superior me obliga a no revelarle nada antes de la medianoche. Puede usted imaginarse que yo mismo lo siento, ya que esto perturba mi descanso nocturno, pero cumplo así mi encargo. Ahora son las once y cuarto, por lo tanto podré concluir todavía mis conversaciones comerciales con el señor Pollunder, para lo cual su presencia sólo complicaría, y usted podrá pasar un buen ratito todavía junto a la señorita Klara. Luego, a las doce en punto preséntese usted aquí, y se enterará de lo necesario.
¿Acaso podía Karl rechazar semejante invitación que realmente exigía de él sólo un mínimo de cortesía y gratitud para con el señor Pollunder y que, por otra parte, le formulaba un hombre bastante bruto que no tomaba parte en el asunto, mientras que el señor Pollunder, a quien el asunto tocaba de cerca, se quedaba lo más reservado posible, tanto de palabras como de miradas? ¿Y qué sería aquella cosa interesante de la cual él podía enterarse sólo a medianoche? Si el asunto no iba a apresurar luego su regreso, al menos en esos tres cuartos de hora en que ya lo retrasaba, bien poco podía interesarle. Pero su duda mayor consistía en si podía él ir a ver a Klara, que era en verdad su enemigo. ¡Si al menos llevara consigo aquel puño de hierro que su tío le regaló

como pisapapeles! El cuarto de Klara bien podía resultar una cueva bastante peligrosa. Pero ya era imposible del todo en aquel lugar decir la menor cosa contra Klara, puesto que era la hija de Pollunder y para colmo, según acababa de enterarse, la novia de Mack. Si ella sólo se hubiera conducido con él de otro modo, aunque la diferencia hubiera sido pequeñísima, gracias a sus relaciones la habría admirado francamente. Aún estaba reflexionando sobre todo esto cuando se dio cuenta de que no se le pedían reflexiones, pues Green abrió la puerta y, dirigiéndose al sirviente que saltó del pedestal, dijo:
–Conduzca usted a este joven hasta la señorita Klara.
«Esto sí que se llama ejecutar órdenes», pensó Karl al ver cómo lo arrastraba el sirviente a la habitación de Klara por un camino singularmente corto, casi corriendo, jadeante en su debilidad senil.
Al pasar por su cuarto, cuya puerta aún se hallaba abierta, quiso entrar un instante, tal vez para tranquilizarse un poco. Pero el sirviente no lo consintió.
–No –dijo–, usted debe ir a ver a la señorita Klara. Lo ha oído usted mismo.
–Me quedaría sólo un momento ahí dentro –dijo Karl, y pensó echarse un rato en el sofá para lograr mayor variedad de situaciones y a fin de que el tiempo que faltaba para medianoche transcurriese así más rápidamente.
–No dificulte usted la ejecución de mi cometido –dijo el sirviente.
«Éste parece considerar que es un castigo el que yo tenga que ir a ver a la señorita Klara», pensó Karl y dio unos pasos; pero luego se detuvo nuevamente, por pura terquedad.
–Pero venga usted, señorito –dijo el sirviente–, ya que está usted aquí. Yo sé que quería usted marcharse esta misma noche, pero no todo sucede de acuerdo con los deseos de uno; ya decía yo que esto seguramente no sería posible.
–Sí, señor, quiero marcharme y me marcharé –dijo Karl–; y ahora voy a despedirme de la señorita Klara, y nada más.
–¡Ah, ¿sí? –dijo el sirviente, y bien podía notar Karl en su semblante que no creía nada de esto–. ¿Por qué, entonces, vacila usted en despedirse? Venga, pues.
–¿Quién anda por el pasillo? –resonó la voz de Klara, y se la vio asomarse por una puerta próxima sosteniendo en la mano una gran lámpara de mesa, de pantalla roja.
El sirviente se le acercó presuroso y presentó su informe. Karl lo siguió lentamente.
–Llega usted tarde –dijo Klara.
Sin contestarle por lo pronto, dijo Karl al sirviente en voz baja pero,

ahora que ya conocía su carácter, adoptando el tono de una orden severa:
–¡Usted me esperará pegado a esta puerta!
–Ya estaba para acostarme –dijo Klara colocando la lámpara sobre la mesa.
Exactamente como allá abajo en el comedor, también aquí el sirviente cerró con gran cautela la puerta desde fuera.
–Pues ya son las once y media pasadas.
–¿Las once y media pasadas? –repitió Karl en un tono interrogante, como asustado por esas cifras–. Pero entonces debo despedirme en seguida –dijo Karl–, pues a las doce en punto debo encontrarme abajo, en el salón comedor.
–¡Qué negocios urgentes tiene usted! –dijo Klara arreglándose distraída los pliegues de su bata de noche, que llevaba muy suelta. Le ardía la cara y sonreía sin cesar. Karl creyó reconocer que ya no había peligro alguno de trabarse en lucha nuevamente con Klara–. ¿No podría usted, con todo, tocar todavía algo en el piano, aunque fuese muy poca cosa, tal como ayer me lo prometió papá y hoy usted mismo?
–¿Pero no es demasiado tarde ya? –preguntó Karl.
Mucho le hubiese agradado complacerla, pues era muy distinta en ese momento, como si de alguna manera se hubiese elevado hasta las esferas de Pollunder y, más allá aún, hasta las de Mack.
–Sí, ciertamente ya es tarde –dijo, y parecía que ya habían desaparecido sus ganas de escuchar música–. Además aquí cada sonido resuena en la casa entera; estoy convencida de que si toca usted se despertará hasta la servidumbre que duerme allá arriba, en el desván.
–Pues entonces no tocaré. Además espero con seguridad volver; y por otra parte, si no es demasiada molestia, visite usted alguna vez a mi tío y en tal oportunidad venga por un momento también a mi habitación. Tengo un piano magnífico. Me lo ha regalado mi tío. Y entonces tocaré, si usted lo desea, todas las piezas que sé; no son muchas por desgracia, ni le cuadran a un instrumento tan grande, en el cual sólo virtuosos deberían de hacerse oír. Pero también este placer podrá usted tenerlo si me comunica con anticipación su visita, pues mi tío quiere contratar próximamente para mí a un maestro famoso –ya se imaginará usted cuánto me alegro por tal motivo–, y la ejecución de éste ciertamente valdrá la pena y usted podrá escucharla si viene a visitarme durante la clase. Si debo ser sincero, estoy realmente contento de que ya sea tarde para tocar, pues todavía no sé nada. Usted se asombraría de cuán poco sé. Y ahora permítame que me despida, al fin y al cabo ya es hora de dormir. –Y ya que Klara lo miraba bondadosamente y no parecía guardarle rencor alguno por la

riña, añadió sonriendo mientras le tendía la mano–: En mi patria suele decirse: «Duerme bien y sueña dulcemente».
–Espere usted –dijo ella sin tomar su mano–, quizá debería usted tocar, sin embargo. –Y desapareció a través de una pequeña puerta lateral junto a la cual estaba el piano.
«Pero, ¿qué pasa aquí? –pensó Karl–. No puedo esperar mucho tiempo por más amable que ella sea.»
Llamaron a la puerta del pasillo, y el sirviente, sin atreverse a abrir del todo, susurró a través de una pequeña rendija:
–Perdone usted; acabo de recibir orden de regresar y no puedo seguir esperando.
–Vaya usted, entonces –dijo Karl, quien ahora se animaba a encontrar solo el camino hasta el comedor–. Déjeme usted solamente el farol delante de la puerta. Y, a propósito, ¿qué hora es?
–Faltan pocos minutos para las doce menos cuarto –dijo el sirviente.
–Qué despacio pasa el tiempo –dijo Karl.
El sirviente se disponía ya a cerrar la puerta cuando Karl se acordó de que aún no le había dado la propina; sacó, pues, una moneda de plata del bolsillo de su pantalón –ahora llevaba siempre las monedas, según la costumbre americana, sueltas y sonantes en el bolsillo del pantalón; en cambio guardaba los billetes en el bolsillo del chaleco– y se la dio con estas palabras al sirviente:
–Por sus buenos servicios.
Klara ya había vuelto a entrar, con las manos sobre su peinado bien firme, cuando se le ocurrió a Karl que con todo no debía haber dejado marchar al sirviente; ¿quién lo conduciría a la estación del tren suburbano? Pero en este caso el señor Pollunder ya pondría a su disposición a algún otro sirviente; y quizá, por otra parte, el que lo acompañó sólo había sido llamado al comedor y luego quedaría disponible.
–Bueno, a pesar de todo le ruego que toque un poco. Tan rara vez oímos música aquí que no quiero dejar escapar ninguna oportunidad de escucharla.
–Pues entonces, ahora mismo –dijo Karl, y sin reflexionar más se sentó inmediatamente al piano.
–¿Desea usted algún cuaderno de música? –preguntó Klara.
–Gracias; si ni siquiera sé leer las notas correctamente –respondió Karl; y ya estaba tocando.
Era una cancioncilla que, como bien sabía Karl, debía haberse tocado con cierta lentitud para que resultara con algún sentido, si los que la escuchaban eran extraños; pero él la despachó frangollándola en el peor de los tiempos de marcha. Cuando hubo terminado, el silencio

perturbado de la casa volvió a ocupar su sitio, como presa de un gran hacinamiento. Y ellos permanecieron sentados, como cohibidos, sin moverse.
–Muy bonito –dijo Klara, pero no había fórmula de cortesía capaz de halagar a Karl después de semejante ejecución.
–¿Qué hora es? –preguntó.
–Las doce menos cuarto.
–Entonces todavía me queda un ratito –dijo, y para sus adentros pensaba: «O una cosa u otra. No es necesario que yo toque las diez canciones, todas las que sé; pero una de ellas puedo tocarla bien, dentro de mis posibilidades.»
Dio comienzo a su amada canción soldadesca con tal lentitud que la ansiedad repentinamente despertada del oyente se estiraba hacia la nota próxima, que Karl retenía y sólo a duras penas soltaba. Porque, en efecto, para cada canción tenía que ir primero buscando las teclas necesarias con los ojos; pero además sentía nacer en sí como una congoja que, más allá del fin de la canción, buscaba aún otro final, sin poder hallarlo.
–Si no sé nada –dijo Karl después de concluir la canción, y miró a Klara con lágrimas en los ojos.
En ese momento se oyó un ruidoso aplauso desde el cuarto contiguo.
–¡Hay alguien más que escucha! –exclamó Karl, del todo agitado.
–Mack –dijo Klara en voz baja.
Entonces se oyó la voz de Mack que llamaba:
–¡Karl Rossmann, Karl Rossmann!
Casi saltó Karl con los dos pies a un tiempo por encima de la banqueta del piano y abrió la puerta. Vio allí a Mack, sentado y medio acostado en una gran cama imperial, la colcha suelta echada sobre las piernas. El baldaquino de seda azul tenía algo de primoroso, algo de muchacha, y era el único lujo de esa cama, por lo demás sencilla, angulosa, hecha de madera pesada. En la mesita de noche ardía sólo una vela, pero la ropa de la cama y la camisa de Mack eran tan blancas que reflejaban la luz de la vela que caía sobre ellas con un resplandor casi fulgurante; también el baldaquino resplandecía, por lo menos en los bordes, con su seda ligeramente ondulada y no muy firmemente tendida. Pero detrás de Mack, sin transición alguna, hundíase la cama y todo lo demás en una oscuridad completa. Klara se apoyó en un barrote de la cama y ya sólo tuvo ojos para Mack.
–Salud –dijo Mack tendiéndole la mano a Karl. Toca usted bastante bien; hasta ahora yo sólo conocía su habilidad en la equitación.
–Hago una cosa tan mal como la otra –dijo Karl–. Si hubiera sabido que estaba escuchando usted, seguramente no habría tocado. Pero su

señorita… –Se interrumpió, vaciló en decir «novia», puesto que Mack y Klara evidentemente ya dormían juntos.

–Ya lo presentía yo –dijo Mack–, por eso Klara tuvo que atraerle a usted desde Nueva York hasta aquí, pues de otro modo su música jamás hubiera llegado a mis oídos. Es por cierto una interpretación propia de un novicio, y aun en esas canciones que usted estudió bien y cuya composición es muy primitiva ha cometido usted algunas faltas; pero, de todas maneras, el oírlo fue un gusto para mí; sin considerar, en absoluto, que no desprecio la ejecución de nadie. ¿Pero no quiere usted sentarse y quedarse un rato más con nosotros? Klara, ¿por qué no le acercas una silla?

–Se lo agradezco –dijo Karl atropelladamente–. No puedo quedarme, aunque me gustaría permanecer aquí. Demasiado tarde llego a enterarme de que hay en esta casa cuartos tan agradables y cómodos.

–Estoy reconstruyendo toda la casa de esta manera –dijo Mack.

En ese instante resonaron doce campanadas rápidas, una tras otra, con breves intervalos, cayendo el golpe de una dentro aún de la resonancia de la anterior. El soplo de esa gran agitación de las campanas llegó hasta las mejillas de Karl. ¡Qué aldea era ésta que poseía semejantes campanas!

–Es tardísimo –dijo Karl; tendió a Mack y a Klara sus manos sin coger las de ellos y salió corriendo al pasillo. Allí no encontró el farol y lamentó haber dado al sirviente la propina con tanta precipitación.

Se disponía a marchar a tientas, palpando la pared, hasta la puerta abierta de su cuarto; pero apenas hubo recorrido la mitad de ese camino vio al señor Green acercarse presuroso, tambaleante. En la mano, con la cual además sostenía la vela, llevaba una carta.

–Pero, ¿por qué no viene usted, Rossmann? ¿Por qué me hace usted esperar? ¿Qué anduvo haciendo en el cuarto de la señorita Klara?

«He aquí muchas preguntas –pensó Karl–. Y ahora, para colmo, me está apretando contra la pared»; pues, en efecto, el otro se le puso delante, muy junto a él, y Karl se quedó con la espalda pegada a la pared. El tamaño que cobraba Green en ese pasillo era francamente grotesco y Karl se planteó, aunque en broma, la cuestión de si acaso habría devorado al buen señor Pollunder.

–Verdaderamente no es usted hombre de palabra. Promete bajar a las doce y en vez de hacerlo ronda la puerta de la señorita Klara. Yo en cambio le he prometido una cosa interesante para medianoche y aquí estoy ya, y se la traigo. –Y diciendo esto le entregó a Karl la carta.

En el sobre decía: «A Karl Rossmann, para ser entregado personalmente a medianoche, dondequiera que se le encuentre».

–Al fin y al cabo –dijo el señor Green mientras Karl abría la carta– ya

es, creo yo, bastante digno de reconocimiento el que yo haya venido ex profeso desde Nueva York por usted, de manera que no está nada bien que me haga correr detrás de usted por estos pasillos.
–¡De mi tío! –dijo Karl apenas hubo mirado la carta–. Ya me lo esperaba –dijo dirigiéndose al señor Green.
–Que lo haya esperado usted o no, me resulta tremendamente indiferente. Pero lea usted de una vez –dijo arrimándole a Karl la vela.
A su resplandor, Karl leyó:

«Querido sobrino: como ya lo habrás advertido durante nuestra convivencia, por desgracia en exceso breve, soy íntegramente un hombre de principios. Esto no sólo es muy desagradable y triste para quienes me rodean, sino también para mí; pero a mis principios debo todo lo que soy y nadie tiene el derecho de exigir que yo niegue mi existencia sobre la tierra tal como soy; nadie, tampoco tú, querido sobrino mío, aunque tú precisamente serías el primero de toda la fila si alguna vez se me ocurriese tolerar semejante ataque general contra mí. Entonces serías precisamente tú a quien más me gustaría recoger y levantar en alto con estas dos manos con las que ahora escribo y sostengo el papel. Pero, puesto que por el momento nada indica que tal cosa pudiera suceder alguna vez, resulta indispensable que, después del suceso de hoy, yo te aparte de mí, y te ruego encarecidamente que ni vengas a verme tú mismo, ni busques mi relación por carta o por mediadores. En contra de mi voluntad te has decidido a alejarte de mi lado esta noche y si es así, conserva esa decisión tuya durante toda tu vida; sólo entonces habrá sido una decisión varonil. He escogido como portador de esta nueva al señor Green, mi mejor amigo, que seguramente encontrará para ti suficientes palabras consoladoras, palabras de que yo, por cierto, no dispongo en este momento. Es hombre de influencia y, aunque no fuera sino por amor hacia mí, te ayudará en tus primeros pasos independientes, moral y materialmente. Para comprender esta separación nuestra que ahora, al concluir esta carta, me parece nuevamente inconcebible, es necesario que yo me repita nuevamente: nada bueno viene de tu familia, Karl. Si el señor Green se olvidara de entregarte tu baúl y tu paraguas, recuérdaselo.

»Con los mejores deseos para tu bienestar de ahora en adelante, se despide de ti tu leal tío
»JAKOB.»

–¿Ha terminado ya? –preguntó Green.
–Sí –dijo Karl–. ¿Me trajo usted el baúl y el paraguas? –preguntó.

–Aquí está –dijo Green colocando en el suelo, junto a Karl, el viejo baúl de viaje que hasta aquel momento había mantenido oculto a sus espaldas.
–¿Y el paraguas? –siguió preguntando Karl.
–Aquí lo tiene usted todo –dijo Green y sacó también el paraguas que había colgado de uno de los bolsillos de su pantalón–. Estas cosas las ha traído un tal Schubal, un capataz de maquinistas de la Hamburg–Amerika–Linie; decía haberlas encontrado en el barco; oportunamente puede usted darle las gracias.
–Ahora, por lo menos, vuelvo a tener mis viejas cosas –dijo Karl, y puso el paraguas sobre el baúl.
–Sí, pero en el futuro debería usted cuidarlas un poco más; se lo manda decir el señor senador –observó el señor Green, y luego, aparentemente obedeciendo a su curiosidad particular, preguntó–: ¿Qué clase de baúl tan extraño es éste?
–Es un baúl de los que llevan en mi patria los soldados cuando van a prestar el servicio militar –respondió Karl–, es el antiguo baúl de campaña de mi padre. Es, por otra parte, bastante práctico –agregó sonriendo–, suponiendo que no se le deje abandonado.
–Al fin y al cabo ya está usted bastante escarmentado –dijo el señor Green– y seguramente no tiene usted en América otro tío. Además aquí le doy un billete de tercera clase para San Francisco. He decidido este viaje para usted; porque, en primer término, las posibilidades de ganar dinero son mucho mayores para usted en el Este; y porque, en segundo término, aquí, en todas las cosas que podrían convenirle, algo tiene que ver su tío y cualquier encuentro debe ser evitado. En Frisco puede usted trabajar perfectamente sin que nadie lo moleste; comience usted tranquilamente muy abajo y trate de ir levantándose poco a poco.
Karl no podía percibir malicia alguna en esas palabras: la mala noticia que había estado encerrada en Green durante la noche entera ya estaba dada, y a partir de ese momento Green parecía un hombre inofensivo con el cual quizá podría hablarse más abiertamente que con cualquier otro. El mejor de los hombres, elegido sin culpa propia para mensajero de una resolución tan secreta y torturadora, parecerá sospechoso por fuerza mientras la lleve encima.
–En seguida –dijo Karl esperando oír la aprobación de un hombre experto– abandonaré esta casa, pues sólo fui recibido en ella como sobrino de mi tío; siendo un extraño, nada tengo que hacer aquí. ¿Tendría usted la amabilidad de mostrarme la salida y de conducirme luego hasta un camino que me sirva para llegar hasta la próxima fonda?
–Pero volando –dijo el señor Green–. Ya me causa usted no pocas

molestias.
Al ver la prisa de esos grandes pasos que Green ya iniciaba acto seguido, Karl se detuvo; ésta sí que era una prisa sospechosa. Cogió a Green por el borde inferior de la chaqueta y, comprendiendo de pronto el verdadero estado de las cosas, dijo:
–Hay algo que deberá usted explicarme todavía: en el sobre de la carta que usted debía entregarme dice solamente que debo recibirla a medianoche, dondequiera que se me encuentre. ¿Por qué entonces me ha retenido usted aquí con motivo de esa carta cuando a las once y cuarto quería yo marcharme? Ahí se propasó usted en el uso de las facultades que se le habían conferido.
Green inició su respuesta con un ademán que expresaba exageradamente la futilidad de la observación de Karl y dijo luego:
–¿Acaso dice en el sobre que yo, por su causa, deba matarme corriendo, y acaso el texto de la carta permite deducir que así deba comprenderse el rótulo? Si no le hubiera retenido, no habría tenido más remedio que entregarle la carta a medianoche en la carretera.
–No –dijo Karl imperturbable–; no es del todo así. En el sobre dice: «para ser entregado después de medianoche». Si estaba usted demasiado cansado, entonces, tal vez, no hubiera podido seguirme de ninguna manera; o bien, cosa que ciertamente también negaba el señor Pollunder, a medianoche ya habría llegado, ya estaría yo junto a mi tío; o finalmente hubiera sido su deber llevarme de vuelta a casa de mi tío en su propio automóvil –el cual de pronto ya ni se mencionaba–, puesto que tanto pedía yo volver. ¿No expresa con máxima claridad el sobre escrito que la medianoche aún había de ser un último plazo para mí? Y es usted quien tiene la culpa de que yo no haya aprovechado ese plazo.
Karl miró a Green con ojos penetrantes y reconoció ciertamente cómo luchaba en él la vergüenza que le provocaba aquel descubrimiento con la alegría que le deparaba el logro de su intención. Finalmente se repuso y en un tono como destinado a cortarle la palabra a Karl, quien hacía rato ya estaba callado, dijo:
–¡Ni una palabra más! –Y así lo empujó afuera (él ya había recogido de nuevo su baúl y su paraguas) a través de una pequeña puerta situada delante de él y que abrió de un golpe.
Karl, lleno de asombro, se vio al aire libre. Frente a él, una escalera sin pasamano agregada a la casa conducía al jardín. Sólo hacía falta que bajara y que luego se dirigiera ligeramente a la derecha, hacia la avenida que llevaba a la carretera. No era posible en absoluto extraviarse con aquel claro de luna tan luminoso. Abajo, en el jardín, oyó los múltiples ladridos de perros que corrían sueltos a la redonda por entre las sombras de los árboles. En el silencio general que reinaba

oíase muy exactamente cómo, después de ejecutar grandes saltos, daban con sus cuerpos contra el césped.
Sin que lo molestaran estos perros salió felizmente Karl del jardín. No sabía establecer, a ciencia cierta, en qué dirección estaría Nueva York. Durante el viaje de venida había prestado demasiado poca atención a los pormenores que ahora habrían podido serle útiles. Al fin díjose que no era indispensable que fuese a Nueva York, donde nadie lo esperaba, donde hasta había alguien que, con toda seguridad, no lo esperaba. Eligió, pues, una dirección cualquiera y emprendió la marcha.

CAMINO A RAMSÉS

En la pequeña fonda a la cual llegó Karl después de una breve caminata, y que en verdad no era más que una pequeña estación terminal de carruajes de Nueva York y por lo tanto apenas solía usarse como hospedaje, solicitó Karl el camastro más barato que pudiera obtenerse; pues creía que era su deber comenzar a economizar inmediatamente. En virtud de su pedido, fue despachado por el fondista escaleras arriba mediante un gesto como destinado a un dependiente suyo, y allá arriba lo recibió una mujer vieja, desgreñada, disgustada por aquella interrupción de su sueño, y casi sin escucharlo lo condujo, exhortándolo ininterrumpidamente a que anduviera sin hacer ruido, a un cuarto cuya puerta cerró luego, no sin haberle lanzado antes su aliento a la cara con un «¡sst!».
Karl, al pronto, no se daba bien cuenta de si sólo estaban bajadas las cortinas de la ventana o si aquel cuarto carecía de ventanas, tanta era allí la oscuridad; finalmente notó una claraboya pequeña, cubierta con un paño; lo quitó e hizo entrar así un poco de luz. El cuarto tenía dos camas; pero las dos estaban ocupadas ya. Karl vio allí a dos hombres jóvenes sumidos en pesado sueño y que no parecían muy dignos de confianza, ante todo porque, sin causa comprensible, dormían vestidos; uno de ellos hasta tenía los zapatos puestos.
En el mismo instante en que Karl descubría la claraboya uno de los durmientes alzó un poco sus brazos y piernas, y esto ofreció un aspecto tal que Karl, a pesar de sus preocupaciones, no pudo menos que reírse para sus adentros.
Pronto cayó en la cuenta de que él ya se quedaría sin dormir esa noche, no sólo porque allí no existía ningún lecho más, ni diván ni sofá alguno, sino también porque no podía exponer a ningún peligro ese baúl que acababa de recuperar ni el dinero que llevaba. Mas tampoco deseaba marcharse, pues no se atrevía a pasar frente a la criada y al fondista,

cosa necesaria para dejar esa casa en ese momento. Al fin y al cabo quién sabía si la inseguridad era mayor allí que en la carretera.
Llamaba la atención por cierto que en todo el cuarto no pudiera descubrirse ni una sola pieza de equipaje, por cuanto se podía comprobar a la media luz que reinaba. Pero tal vez, esto era muy probable, esos dos jóvenes serían los criados, obligados a levantarse muy temprano para servir a los huéspedes, y por eso dormían vestidos. En este caso no era muy honroso, ciertamente, dormir con ellos; pero ya no ofrecía, en cambio, ningún peligro. Sólo que, en tanto que esto no quedara plenamente aclarado y fuera de toda duda, no podía él, de ninguna manera, acostarse a dormir.
Debajo de la cama había una vela y fósforos y Karl fue a buscar esas cosas con paso sigiloso. No tenía reparos en encender luz, pues el cuarto, según orden del fondista, tanto le pertenecía a él como a los otros dos, quienes por otra parte ya habían disfrutado del sueño durante la mitad de la noche y cuya ventaja frente a él era incomparable, ya que se hallaban en su poder las camas. Por lo demás procedió, naturalmente, con mucha cautela, y al andar y manejar las cosas se esforzaba muchísimo por no despertarlos.
Antes que nada deseaba examinar su baúl para tener una idea general acerca de sus cosas, que ya sólo recordaba de un modo vago y de las que seguramente ya se habría perdido lo más valioso. Pues si aquel Schubal ponía su mano sobre algo, quedaba poca esperanza de recuperarlo intacto. Ciertamente era posible que esperara del tío una buena propina; mas por otra parte, en el caso de faltar algunos objetos aislados, bien podía él echar la culpa al verdadero cuidador del baúl, el señor Butterbaum.
Al abrir el baúl quedó Karl verdaderamente horrorizado por esa primera visión que se le ofrecía. Interminables horas había dedicado él durante la travesía a ordenar y volver a ordenar el baúl, y ahora estaba todo allí encerrado de un modo tan salvaje que la tapa saltó por sí sola al abrirse la cerradura.
Mas pronto advirtió Karl, alegrándose por ello, que ese desorden sólo se debía a la circunstancia de que, posteriormente, habían metido allí aquel traje que había usado durante el viaje y para el cual el baúl, naturalmente, ya no tenía capacidad. No faltaba absolutamente nada. En el bolsillo secreto de la chaqueta no sólo se hallaba el pasaporte, sino también el dinero traído de su casa; de manera que Karl, si le agregaba el que llevaba consigo, disponía de dinero suficiente por el momento. Allí se encontraba también la ropa blanca que él llevaba puesta al llegar, bien lavada y planchada. Sin demora, depositó reloj y dinero en el acreditado bolsillo secreto. Lamentable era únicamente que

aquel salchichón veronés, que tampoco faltaba, hubiera comunicado su olor a todas las cosas. De no encontrarse algún medio para subsanar eso, vería Karl ante sí la perspectiva de andar durante meses envuelto en tal olor.

Al exhumar algunos objetos que yacían en el fondo del baúl –tratábase de una Biblia de bolsillo, papel para cartas y las fotografías de los padres– se le cayó de la cabeza la gorra, que fue a dar en el baúl. En medio de todas esas cosas antiguas y familiares que lo rodeaban, la reconoció en seguida: era su gorra, aquella gorra que la madre le había dado para que la usara como gorra de viaje. Pero él había tenido la precaución de no usarla a bordo, pues sabía que en América la gente llevaba, en general, gorra en lugar de sombrero, por lo cual él no quería gastar la suya antes de llegar. Ahora bien, ciertamente aquel señor Green se había servido de ella para divertirse a expensas de Karl. ¿Acaso le había encargado también eso su tío? Y en un movimiento involuntario, furioso, cogió la tapa del baúl y éste se cerró con estrépito.

Ahora ya no había remedio: había despertado a los dos durmientes. Primero se desperezó y bostezó uno de ellos y acto seguido le imitó el otro. Y había que considerar que casi todo el contenido del baúl se hallaba volcado sobre la mesa; si eran ladrones, no necesitaban más que acercarse y escoger. No sólo para adelantarse a tal posibilidad, sino también para poner todas las cosas en claro desde el primer momento, acercóse Karl a las camas, vela en mano, y explicó acto seguido con qué derecho se hallaba él allí. Mas ellos, al parecer, ni habían esperado tal explicación; demasiado soñolientos todavía para poder hablar, no hacían sino mirarlo sin el menor asombro. Eran los dos muy jóvenes, pero el trabajo pesado o la necesidad les había destacado los huesos de la cara antes de tiempo; barbas desordenadas colgaban en torno a sus mentones; el pelo, sin cortar desde hacía mucho tiempo, rodeaba desgreñado las cabezas; y ahora, para colmo, se frotaban y se apretaban con los nudillos sus ojos muy hundidos, de tanto sueño que tenían.

Karl, queriendo aprovechar ese momentáneo estado de debilidad, dijo:

–Me llamo Karl Rossmann y soy alemán. Ya que tenemos un cuarto en común, les ruego que también cada uno de ustedes me diga su nombre y su nacionalidad. Quiero declarar ahora mismo que no pretendo ninguna cama, puesto que he venido tan tarde y que, además, no tengo intención de dormir. Por otra parte, no reparen ustedes en mi hermoso traje; soy completamente pobre y no tengo perspectivas de ninguna clase.

El más bajo de los dos –aquel que tenía los zapatos puestos– indicó con

brazos, piernas y gestos que todo eso no le interesaba nada y que aquélla no era hora para tales discursos; se echó de nuevo y se durmió inmediatamente. El otro, hombre de tez oscura, volvió a acostarse también; pero antes de dormirse, con la mano negligentemente extendida, dijo todavía:

–Éste se llama Robinsón y es irlandés; yo me llamo Delamarche, soy francés; y ahora ¡silencio!, ¡se lo ruego!

Apenas hubo terminado de decir esas palabras apagó la vela de Karl soplándola con un gran despliegue de su aliento y luego se dejó caer nuevamente sobre la almohada.

«Bien, este peligro queda eliminado por el momento», díjose Karl volviendo a la mesa.

Si ese sueño que tenían no era sólo un pretexto, todo marchaba bien. Lo único desagradable era que uno de ellos fuera irlandés. Karl ya no sabía con exactitud cuál era el libro en que una vez, en su casa, había leído que en América del Norte era menester cuidarse de los irlandeses. Claro que, durante su permanencia en casa de su tío, hubiera tenido la oportunidad de investigar a fondo en qué estribaba lo que de peligroso tenían los irlandeses; pero él había dejado de hacerlo, había perdido por completo aquella oportunidad, porque ya se creía allí, para siempre, en puerto seguro. Ahora, al menos, contemplaría bien de cerca a ese irlandés a la luz de la vela que volvió a encender; así lo hizo y le parecía más tolerable el aspecto de éste que el del francés. El irlandés hasta conservaba todavía un rastro de mejillas redondeadas y se sonreía afablemente durante el sueño, por cuanto Karl pudo comprobar desde cierta distancia y de puntillas.

Firmemente decidido a no dormir, pese a todo, sentóse Karl en la única silla del cuarto, postergó por el momento la tarea de ordenar el baúl, puesto que para ello disponía de la noche entera todavía, y hojeó ligeramente la Biblia sin leer nada. Luego cogió la fotografía de sus padres, en la cual el padre, que era pequeño, aparecía muy erguido; mientras que la madre, sentada en un sillón, delante de él, se presentaba levemente encogida. Mantenía el padre una de sus manos sobre el respaldo del sillón; la otra, cerrada en puño, sobre un libro ilustrado que yacía abierto a su lado, en una frágil mesita de adorno. Existía además otra fotografía, en la cual se veía a Karl retratado con sus padres. En ella, el padre y la madre lo miraban fijamente, mientras que él mismo, de acuerdo con la orden del fotógrafo, había tenido que clavar la mirada en la máquina. Pero no le habían dado esa fotografía para el viaje.

Con tanto mayor detenimiento quedóse mirando esta que tenía delante y desde distintos ángulos intentó recoger la mirada del padre. Mas éste,

por más que Karl modificara la visión mediante diversas posiciones de la vela, no quiso cobrar vida; además, su bigote horizontal y fuerte no se parecía nada a la realidad; éste no era un buen retrato. La madre, en cambio, había quedado mucho mejor retratada; en su boca se insinuaba una mueca como si se le hubiera hecho algún mal y ella se esforzase por sonreír. Parecíale a Karl que esto debía de llamar la atención tan poderosamente a quienquiera que mirase ese retrato que, pasado el primer momento, la nitidez de esa impresión había de resultar demasiado fuerte, casi absurda. ¡Cómo era posible que se obtuviera de un retrato, hasta tal punto, la convicción inconmovible acerca de un sentimiento oculto del retratado! Y luego, durante unos instantes, apartó la vista del retrato.
Cuando sus miradas volvieron a él le llamó la atención aquella mano de la madre, que allí, muy adelante colgaba del brazo del sillón, tan cerca que él sintió ganas de besarla. Quizá fuera bueno, a pesar de todo –pensó–, escribir a sus padres, tal como los dos –y por último su padre, muy severamente, en Hamburgo– se lo habían pedido. Cierto que entonces, aquella terrible noche en que la madre junto a la ventana le había anunciado el viaje a América, él había hecho el juramento irrevocable de no escribir jamás; pero, ¡qué valor tenía aquí y en medio de circunstancias tan nuevas semejante juramento de un muchacho sin experiencia! Lo mismo hubiera podido jurar entonces que a los dos meses de su permanencia en América sería general de la milicia norteamericana, mientras que en realidad se veía allí junto a dos vagabundos en un desván de una fonda de los alrededores de Nueva York, debiendo admitir, además, que en verdad éste era el sitio que le correspondía. Y, sonriendo, examinó los rostros de sus padres, como si en ellos pudiera leerse si aún seguían abrigando el deseo de recibir noticias de su hijo.
Durante esa contemplación cayó pronto en la cuenta de que, a pesar de todo, estaba muy cansado y que difícilmente podría pasar esa noche en vela. El retrato se le cayó de las manos; luego asentó la cara sobre ese retrato cuyo frescor placía a su mejilla y con una sensación agradable se quedó dormido.
Lo despertaron temprano unas cosquillas en el sobaco. Era el francés quien se permitía semejante impertinencia. Pero también el irlandés ya estaba apostado ante la mesa de Karl. Los dos lo miraban con un interés no menor que el que Karl demostró frente a ellos durante la noche. No le sorprendió a Karl el hecho de no haberse despertado al levantarse aquéllos; no había sido necesario que ellos, con mala intención, anduvieran con especial sigilo, pues él había estado profundamente dormido y además a ellos no les había dado mucho

trabajo vestirse y, evidentemente, tampoco el lavarse.
En aquel momento se saludaron mutuamente como era debido, no sin ciertos cumplimientos, y Karl se enteró de que ambos eran mecánicos, que desde hacía mucho tiempo no habían podido obtener trabajo en Nueva York y que, en consecuencia, habían llegado a un estado considerablemente miserable. Para demostrarlo abrió Robinsón su chaqueta, y bien pudo verse que no había debajo ninguna camisa, lo que ciertamente ya podía conocerse por aquel cuello suelto que llevaba cosido, por detrás, a la chaqueta.
Abrigaban ellos la intención de marchar hasta la pequeña ciudad de Butterford que distaba de Nueva York unos dos días de viaje y donde, según se decía, había vacantes. No tenían ningún inconveniente en que Karl los acompañara y le prometían, primero, que a ratos llevarían su baúl y, segundo, que en el caso de obtener trabajo ellos mismos le conseguirían un empleo de aprendiz, lo cual sería facilísimo si había trabajo. Karl no había dado su consentimiento, sino apenas, cuando ellos ya le daban el consejo amistoso de quitarse aquel traje tan flamante, puesto que sólo sería un obstáculo dondequiera que se presentase solicitando empleo. Que en esa casa precisamente había una oportunidad excelente para deshacerse de ese traje, pues la criada se dedicaba también a un comercio de ropa. Le ayudaron a Karl, quien tampoco estaba decidido del todo en cuanto al traje, a quitárselo, y se lo llevaron. Cuando Karl, que quedó solo, un poco soñoliento todavía, estaba poniéndose sus viejas prendas de viaje, se recriminó ya el haber vendido aquel traje que, acaso, podía perjudicarlo si solicitaba un empleo de aprendiz, pero que en cambio sólo podía serle útil si se trataba de una ocupación mejor. Abrió, pues, la puerta para gritarles que volvieran; pero apenas lo hizo chocó con ellos que ya regresaban: dejaron sobre la mesa medio dólar como producto de la venta, con el semblante tan alegre que resultaba imposible persuadirse de que en aquella venta no habían obtenido su ganancia ellos también, y una ganancia escandalosamente grande.
Por otra parte no había tiempo de discutir nada: entró la criada tan soñolienta como la noche anterior y echó a los tres al pasillo declarando que debía preparar la habitación para nuevos huéspedes. Naturalmente eso no era cierto en absoluto y obraba así sólo por malicia. Karl, quien precisamente había querido ordenar su baúl, tuvo que quedarse mirando cómo aquella mujer agarraba sus cosas, con las dos manos, y las echaba dentro del baúl con una violencia que sólo se hubiera justificado si se tratase de alguna clase de bichos que hubiera que acallar. Los dos mecánicos, ciertamente, trataron de entretenerla; la zarandeaban por las faldas, la palmoteaban en la espalda, pero si

tenían intención de ayudar con ello a Karl, su proceder era completamente equivocado.
Cuando la mujer hubo cerrado el baúl, le puso a Karl el asa en la mano, se deshizo de los mecánicos de una sacudida y arrojó a los tres del cuarto con la amenaza de que, si no obedecían, se quedarían sin café. Aquella mujer, evidentemente, parecía haber olvidado por completo que desde un principio Karl no había tenido la menor relación con los mecánicos, pues los trataba como a una pandilla única. Ciertamente los mecánicos le habían vendido el traje de Karl, demostrando con ello cierta comunidad.
En el pasillo tuvieron que pasearse durante mucho tiempo, de un lado para otro, y el francés, que se había colgado del brazo de Karl, blasfemaba ininterrumpidamente y amenazaba con derribar al fondista boxeando, si es que se atrevía a mostrarse allí; y parecía apercibirse a ello frotándose furiosamente uno contra otro los puños cerrados. Finalmente llegó un muchachito pequeño, de aire inocente, que tuvo que estirarse para darle la cafetera al francés. Desgraciadamente había una sola cafetera y no se le podía hacer comprender al chico que también hacían falta vasos. Así, podía beber uno solo por vez y los otros dos se quedaban plantados ante él, esperando. Karl no tenía ganas de beber el café, pero no queriendo ofender a los otros, se quedaba sin sorber nada, con la cafetera en los labios, cuando le tocaba el turno.
En señal de despedida arrojó el irlandés la cafetera contra el piso de baldosa. Abandonaron la casa sin que nadie los viera y entraron en la densa y amarillenta neblina matinal. La mayor parte del tiempo marcharon silenciosamente el uno junto al otro por el borde del camino; Karl tenía que llevar su baúl; los otros seguramente lo relevarían sólo cuando él se lo pidiera. De vez en cuando algún automóvil salía rápidamente de la neblina y los tres volvían la cabeza hacia aquellos coches casi siempre gigantescos, tan llamativos en su construcción y cuya aparición era tan breve que uno no tenía tiempo de notar siquiera la presencia de sus ocupantes.
Más tarde comenzaban las caravanas de carruajes que llevaban víveres a Nueva York; avanzaban en forma tan ininterrumpida, en cinco hileras que ocupaban todo el ancho del camino, que nadie hubiera podido atravesarlo. De tiempo en tiempo ensanchábase el camino hasta formar una plaza en cuyo centro se paseaba un agente de policía sobre una construcción elevada en forma de torre que le permitía dominar todo y regular el tránsito con un bastoncito: tanto el de la vía principal como también el de los caminos laterales que desembocaban allí; ese tránsito que luego quedaba sin vigilancia hasta la plaza siguiente y el agente

próximo, pero que los cocheros y conductores, callados y atentos, mantenían sin embargo dentro de un orden suficiente por su propia voluntad.
Lo que más le asombraba a Karl era aquella tranquilidad general. Si no hubiera sido por el griterío de las reses que iban al matadero posiblemente sólo se habría percibido el golpeteo de los cascos de los caballos y el sibilante zumbido de los antideslizantes de los automóviles. Y había que considerar que la velocidad, naturalmente, no era siempre la misma. Si en alguna de las plazas, debido a una aglomeración excesiva procedente de los caminos laterales, se hacía necesario ejecutar grandes cambios y traslaciones, deteníanse las hileras enteras o adelantaban sólo paso a paso; pero luego sucedía también que durante un rato corrieran todos a una velocidad relámpago, hasta que nuevamente se aplacaban como regidos por un freno único. Y a pesar de todo ni el menor polvillo se levantaba del camino: todo esto se movía en una atmósfera transparentísima. No había peatones allí, no se encaminaban hacia la ciudad las vendedoras de feria, las verduleras, como allá, en la tierra de Karl; mas, no obstante, aparecían de cuando en cuando grandes automóviles chatos que llevaban a una veintena de mujeres, de pie, con canastos a la espalda, acaso verduleras con todo, y éstas estiraban los cuellos para ver bien el tránsito y encontrar así alguna esperanza de hacer el viaje más rápidamente. Y luego se veían otros automóviles similares sobre los cuales se paseaban aisladamente unos hombres con las manos en los bolsillos del pantalón.
Sobre uno de aquellos vehículos, que llevaba diversas inscripciones, leyó Karl, no sin que se le escapara un leve grito: «Se admiten obreros portuarios para la Compañía de Transportes Jakob». El carruaje iba muy despacio, precisamente, y un hombrecillo encogido y vivaz, apostado en la escalerilla del coche, invitó a los tres caminantes a subir. Karl se refugió tras los mecánicos, como si en aquel vehículo pudiera encontrarse el tío en persona y pudiera verlo. Estaba contento de que también los otros dos rechazaran esa invitación, aunque le doliera en cierto modo el gesto soberbio con que lo hicieron. Ellos no tenían motivo de estimarse tanto como para no ingresar en los servicios de su tío. Y aunque no expresamente, él les dio a entender en seguida lo que pensaba. En respuesta le rogó Delamarche que hiciera el favor de no inmiscuirse en asuntos que no entendía; que esa manera de contratar a la gente era una miserable estafa y que la Casa Jakob tenía pésima fama en ese sentido en todo el territorio de los Estados Unidos.
Karl no respondió, pero desde ese momento comenzó a confiar más en el irlandés, y a éste rogó finalmente que le llevara un poco el baúl y,

después de repetir Karl su pedido varias veces, el hombre no dejó de hacerlo. Sólo que se quejaba incesantemente de lo pesado que era; hasta que quedó manifiesto que su intención era únicamente aliviar el peso del baúl sacando el salchichón veronés que ya en el hotel había llamado gratamente su atención. Karl tuvo que sacarlo y desenvolverlo; el francés se apoderó de él, tratándolo con un cuchillo en forma de puñal y comiéndoselo casi él solo: Robinsón recibía una rodaja de vez en cuando, y en cambio Karl, obligado a llevar nuevamente su baúl si no quería dejarlo sobre la carretera, no recibió nada, como si él ya por anticipado hubiese tomado la parte que le correspondía. Le parecía demasiado mezquino obtener un pedacito mendigándolo, pero en su interior se le revolvía la bilis.

La neblina había desaparecido por completo; a lo lejos resplandecía una alta cordillera cuya cresta ondulada llevaba la mirada hacia una nube, más distante aún, atravesada por los rayos del sol. A la vera del camino había tierras mal labradas que rodeaban grandes fábricas levantadas en medio del campo libre, oscurecidas por el humo. En las grandes casas de vecindad, aisladas y diseminadas sin orden ni concierto, titilaban las muchas ventanas con variadísimo movimiento e iluminación, y en todos aquellos balcones pequeños y endebles atendían a muchísimos quehaceres mujeres y niños; mientras que alrededor de ellos, ya descubriéndolos a la vista, ya ocultándolos, ondeaban y se hinchaban poderosamente con el viento matinal paños y prendas de vestir colgados o tendidos. Si las miradas, deslizándose sobre las casas, se alejaban de ellas veía uno volar las alondras en lo alto del cielo y más bajo, en cambio, las golondrinas revoloteaban a no mucha altura sobre las cabezas de quienes iban en los vehículos.

Muchas cosas había que le recordaban a Karl su patria y él no sabía si hacía bien abandonando Nueva York y yéndose al interior del país. Nueva York estaba sobre el mar y ello significaba la posibilidad del regreso en cualquier momento a la patria. Y por eso se detuvo, y dijo a sus dos acompañantes que había cambiado de parecer y que tenía deseos de quedarse en Nueva York. Y cuando Delamarche sencillamente pretendió empujarlo, él no lo consintió diciendo que, según creía, le asistía todavía el derecho de decidir acerca de sí mismo. Tuvo que intervenir el irlandés declarando que Butterford era mucho más hermoso que Nueva York, y fue necesario que los dos se lo rogaran mucho antes de que se decidiera a proseguir la marcha. Y aun entonces no lo hubiera hecho todavía si no se hubiera dicho que así sería mejor para él, que tal vez sería mejor llegar a un sitio desde el cual la posibilidad del regreso a la patria no fuese tan fácil. Sin duda trabajaría mejor y adelantaría más allí donde no lo estorbaran

pensamientos inútiles.
Y ahora era él quien impulsaba a los otros dos, y tanto se alegraron ellos del celo de Karl que, sin esperar a que éste se lo pidiese, llevaban el baúl turnándose; y Karl no comprendía claramente por qué les causaba él, en realidad, semejante alegría.
Llegaron a un paraje que iba ascendiendo, y si de cuando en cuando se detenían podían ver, al mirar hacia atrás, cómo se desarrollaba ampliándose cada vez más el panorama de Nueva York con su puerto. El puente que une a Nueva York con Brooklyn colgaba frágil sobre el East River y se le veía estremecerse cuando se entornaban los ojos. Parecía completamente libre de tránsito y debajo tendíase la cinta de agua lisa, inanimada. Todas las cosas, en las dos ciudades gigantescas, parecían estar absurdamente colocadas, sin responder a ningún sentido de utilidad. Apenas se notaba una diferencia entre las casas grandes y las pequeñas. En las honduras invisibles de las calles continuaba seguramente la vida a su manera; pero por encima de ellas no se podía ver sino una leve bruma que, aunque inmóvil, parecía muy fácil de disipar. Aun sobre el puerto, el más grande del mundo, había descendido la paz; y sólo de cuando en cuando, y seguramente bajo el influjo del recuerdo de haberlo visto antes de cerca, creíase ver desplazarse algún barco un breve trecho. Pero tampoco era posible observarlo durante mucho tiempo: se escapaba a las miradas y luego ya no se le volvía a encontrar.
Pero evidentemente Delamarche y Robinsón veían mucho más; ellos señalaban hacia derecha e izquierda y con las manos extendidas trazaban arcos sobre plazas y jardines que llamaban por sus nombres. Les parecía inconcebible que Karl hubiese estado más de dos meses en Nueva York sin haber visto de la ciudad apenas otra cosa que una calle. Y le prometieron que, una vez que ganaran lo suficiente en Butterford, irían con él a Nueva York y le mostrarían todas las curiosidades y claro que muy especialmente aquellos lugares donde uno se divertía hasta la dicha suprema. Y acto seguido entonó Robinsón a voz en cuello una canción que Delamarche acompaño golpeando las manos y en la cual Karl reconoció un aire de opereta de su patria que allí, y con letra inglesa, le gustaba muchísimo más de lo que le había gustado en su tierra. Y así se efectuó una pequeña función al aire libre de la cual todos participaban, y sólo la ciudad, allá abajo, que según decían se divertía tanto con esa melodía, parecía ignorarla.
Una vez preguntó Karl dónde estaba la Compañía de Transportes Jakob e inmediatamente vio los dedos índice de Delamarche y de Robinsón extendidos, señalando tal vez el mismo punto y tal vez puntos distintos entre los cuales había kilómetros de distancia. Al proseguir luego la

marcha preguntó Karl cuándo podrían regresar a Nueva York con ganancias suficientes. Delamarche dijo que bien podría suceder dentro de un mes, pues en Butterford hacían falta obreros y los salarios eran elevados. Naturalmente depositarían ellos su dinero en una caja común, a fin de que las diferencias casuales de ganancia fuesen compensadas como entre buenos camaradas. Esa caja común no le agradaba a Karl, a pesar de que él, como aprendiz, ganaría menos, por supuesto, que un obrero calificado. Por lo demás, dijo Robinsón que, naturalmente, si no hubiera trabajo en Butterford tendrían que seguir camino para colocarse en alguna parte como peones en el campo, o bien llegar a los lavaderos de oro de California; y esto, según se deducía de los circunstanciados relatos de Robinsón, constituía su proyecto favorito.
–¿Por qué se hizo usted mecánico si ahora quiere ir a los lavaderos de oro? –preguntó Karl, a quien no le alegraba precisamente que hablasen de semejante necesidad de emprender viajes largos e inciertos.
–¿Que para qué me hice mecánico? –dijo Robinson–. Pues seguramente no ha de ser para que el hijo de mi madre se muera de hambre. En los lavaderos de oro las ganancias son buenas.
–Antes lo eran –dijo Delamarche.
–Y lo son todavía –dijo Robinsón, y refirió historias de muchos conocidos suyos que allí se habían enriquecido, que aún vivían en el lugar y que, como era natural, ya no movían ni un dedo; pero que debido a su vieja amistad le ayudarían a llegar a la riqueza a él, y se sobreentendía que también a sus amigos.
–Por fuerza obtendremos empleos en Butterford –dijo Delamarche expresando con ello el pensamiento más íntimo de Karl; sin embargo, ésa no era una manera muy optimista de expresarse.
Durante el día hicieron una sola parada en una fonda; comieron delante de la misma al aire libre, en una mesa que a Karl le pareció de hierro, una carne casi cruda que no era posible cortar con cuchillo y tenedor, sino que era necesario arrancar a pedazos. El pan tenía forma de cilindro y de cada uno de los panes surgía un largo cuchillo. Con esa comida se servía un líquido negro que quemaba la garganta; pero a Delamarche y a Robinsón les gustaba; levantaban a menudo sus vasos, los chocaban y hacían votos por el cumplimiento de diversos deseos, y al hacerlo sostenían durante unos instantes los vasos en alto, uno contra otro.
En la mesa de al lado estaban sentados unos obreros que llevaban blusas salpicadas de cal, y todos bebían el mismo líquido. Los numerosos automóviles que pasaban arrojaban nubes de polvo sobre las mesas. Se hacían circular grandes hojas de periódicos, se hablaba con excitación de la huelga de los obreros de la construcción y se oía a

menudo el nombre de Mack. Karl hizo averiguaciones al respecto y supo que se trataba del padre de aquel Mack que él conocía y que era el empresario de construcciones más importante de Nueva York, que la huelga le costaba millones y que acaso amenazara su posición comercial. Karl no creyó ni una palabra de aquellas habladurías de gente mal informada y malintencionada.

Además amargábale a Karl aquella comida la circunstancia muy problemática de cómo se pagaría la consumición. Lo natural hubiese sido que cada uno pagase su parte, pero tanto Delamarche como Robinsón habían declarado oportunamente que el último resto de su dinero se había agotado con el pago del albergue de la noche anterior. No se podía descubrir en poder de ninguno de ellos reloj, anillo o cualquier otro objeto que se pudiera vender. Y Karl no podía echarles en cara, claro está, que hubieran ganado algo sobre la venta de sus ropas, pues esto habría sido una ofensa que los hubiera separado para siempre. Pero lo más asombroso era que ni Delamarche ni Robinsón demostraran preocupación alguna en cuanto al pago; por el contrario, ostentaban el suficiente buen humor como para intentar, con la mayor frecuencia posible, trabar relaciones con la camarera, que se paseaba entre las mesas, ufana y con paso firme y pesado. Llevaba el cabello un poco suelto, de manera que desde los lados le caía sobre la frente y las mejillas; se lo alisaba hacia atrás introduciendo las manos por debajo. Finalmente cuando podía esperarse de ella la primera palabra amable, se aproximó a la mesa y, apoyando en ella ambas manos, preguntó:

–¿Quién paga?

Jamás hubo manos que se alzaran con mayor prontitud que en aquel momento las de Delamarche y Robinsón señalando a Karl. Éste no se asustó por ello, ya que lo había previsto, y no veía nada malo en que los camaradas, de los cuales él también esperaba sus ventajas, se hicieran pagar algunas insignificancias; aunque por cierto, más decente hubiera sido convenir ese asunto en forma expresa antes del momento decisivo. Lo único molesto era que se hacía necesario extraer en ese momento el dinero del bolsillo secreto. Al principio había sido su intención reservar su dinero para el último caso de necesidad y colocarse por el momento, en cierto modo, en un mismo plano con sus camaradas. La ventaja que él obtenía al poseer aquel dinero y, ante todo, del hecho de no hablar a sus camaradas de su propiedad, quedaba más que sobradamente compensada, para ellos, por las circunstancias de que ya desde su niñez se hallaban en América, de que tenían experiencia y conocimientos suficientes para ganar dinero y de que, al fin y al cabo, no estaban acostumbrados a otras condiciones de vida mejores que las actuales.

Las intenciones que hasta entonces abrigó Karl con respecto a su dinero no tenían por qué quedar perturbadas con motivo de ese pago, pues de un cuarto de dólar podía él prescindir y por lo tanto podía ponerlo sobre la mesa, declarando que era todo lo que poseía y que estaba dispuesto a sacrificarlo por su viaje en común a Butterford. Además, esa suma bastaría perfectamente para ese viaje a pie. Pero no sabía en aquel momento si tenía suficiente dinero suelto, y además ese dinero, junto con los billetes doblados, se hallaba hundido en quién sabe qué profundidades del bolsillo secreto, donde la mejor manera de encontrar algo era precisamente volcando todo el contenido sobre la mesa. Por otra parte, era absolutamente innecesario que los camaradas se enterasen de la existencia de aquel bolsillo secreto. Ahora bien, afortunadamente, a sus compañeros aún seguía interesándoles mucho más la camarera que cómo lograba Karl el dinero para el pago. Pidiéndole que hiciera la cuenta detallada, atrajo Delamarche a la camarera, obligándola a colocarse entre él y Robinsón, y ella sólo pudo repeler las insolencias de ambos poniendo ya a uno, ya a otro, toda la mano sobre la cara, a fin de apartarlos de esta manera.
Entretanto Karl, acalorado por el esfuerzo que tuvo que hacer, juntaba debajo de la tabla de la mesa, en una de sus manos, el dinero que pieza por pieza iba cazando y pescando con la otra en el bolsillo secreto. Finalmente, a pesar de que todavía no conocía bien el dinero norteamericano, creyó haber reunido una suma suficiente a juzgar, al menos, por la cantidad de monedas, y las puso sobre la mesa. El sonido del dinero interrumpió inmediatamente las bromas. Para disgusto de Karl, y con el consiguiente asombro general, resultó que había allí casi un dólar entero. Si bien ninguno de ellos preguntó por qué no había dicho antes Karl nada de ese dinero, suficiente para un cómodo viaje en tren hasta Butterford, Karl se sentía, sin embargo, muy cohibido.
Lentamente, después de quedar pagada la comida, volvió a guardar el dinero; Delamarche alcanzó a quitarle todavía, de la mano, una moneda que necesitaba para propina de la camarera, a la cual abrazó estrechamente contra sí, para entregarle luego, desde el otro lado, la moneda.
Karl sintió gratitud hacia ellos, ya que al proseguir la marcha no hicieron alusión alguna al dinero y, durante un rato, hasta pensó confesarles a cuánto ascendía toda su fortuna, pero, con todo, no lo hizo, ya que no se presentaba ninguna ocasión propicia. Hacia el atardecer llegaron a un paraje más rural, más fértil. Alrededor aparecían campos que no estaban subdivididos y se extendían con su tierno verdor sobre suaves collados; ricas residencias rurales bordeaban el camino, y durante horas y horas anduvieron entre las rejas doradas

de los jardines, cruzaron varias veces el mismo río de lenta corriente y muchas veces, por encima de sus cabezas, escucharon el tronar de los trenes que pasaban por los viaductos construidos sobre altas arcadas.

Precisamente estaba poniéndose el sol sobre el borde recto de lejanos bosques cuando se dejaron caer en la hierba, en medio de una pequeña arboleda situada sobre una altura, para descansar de las fatigas del día. Allí se tendieron Delamarche y Robinsón, estirándose y desperezándose cuanto podían. Karl permaneció sentado, la cabeza erguida, mirando hacia el camino que corría unos metros más abajo y sobre el cual pasaban continuamente, veloces, los automóviles uno junto a otro, rozándose casi, como ya durante todo el día habían pasado, y como si los despacharan en número exacto allá en la lejanía, una y otra vez, y los esperaran, en igual número, en la otra lejanía. Durante todo el día, desde tempranas horas de la mañana, Karl no había visto detenerse ni un solo automóvil ni apearse a un solo pasajero.

Robinsón propuso que se quedaran allí a pasar la noche, puesto que todos ellos estaban bastante cansados, y que desde aquel lugar podrían volver a emprender la marcha mucho más, temprano y ya que, finalmente, sería difícil que hallasen un albergue más barato y mejor situado antes de cerrar la noche por completo. Delamarche estaba de acuerdo y sólo Karl se creyó en la obligación de observar que él disponía de dinero suficiente para pagar a todos las camas, aunque fuese en un hotel. Delamarche dijo que ya necesitarían ese dinero y que lo tuviese bien guardado. Delamarche no ocultó de ningún modo el hecho de que ellos ya estaban contando, desde luego, con el dinero de Karl. Ya que su primera propuesta estaba aceptada, declaró Robinsón en seguida que, antes de dormir y a fin de acumular fuerzas para el día siguiente, era necesario que comiesen algo bien sólido, y que uno de ellos fuera a buscar la comida para todos a aquel hotel que muy cerca de allí, luciendo el letrero luminoso de Hotel Occidental, se veía sobre la carretera. Siendo el más joven de todos y ya que, por otra parte, ninguno se mostraba dispuesto, no vaciló Karl en ofrecerse para esa diligencia, y después de haber recibido el encargo de traer tocino, pan y cerveza se fue hasta el hotel.

Había seguramente, no muy lejos, una gran ciudad, pues ya el primer salón del hotel donde Karl había entrado hallábase atestado de una ruidosa multitud. Delante del mostrador, que se extendía a lo largo de uno de los muros principales y de dos paredes laterales, corrían incesantemente muchos mozos con delantales blancos que cubrían su pecho, y no podían, con todo, satisfacer a los impacientes huéspedes, ya que, partiendo de los más diversos lugares, se oían y volvían a oírse continuamente maldiciones y ruido de puños que golpeaban en las

mesas. Nadie reparaba en Karl.
No había, evidentemente, servicio alguno en el salón mismo, y los clientes, sentados alrededor de diminutas mesas que desaparecían fácilmente entre tres comensales, se dirigían al mostrador y retiraban de allí todo lo que deseaban. En cada mesita había un frasco grande con aceite, vinagre o cosa semejante, y antes de comer vertían el líquido de esos frascos sobre los platos traídos del mostrador. Para llegar de algún modo hasta él, donde probablemente sólo entonces comenzarían las dificultades, debió Karl abrirse paso, necesariamente, entre muchas mesas; lo que, claro está, no podía llevarse a cabo, aunque lo hiciera con el mayor cuidado, sin molestar groseramente a los huéspedes, quienes, sin embargo, soportaban todo como si fuesen insensibles e incluso toleraron, sin dar muestras de fastidio, el que Karl fuera empujado contra una de las mesitas, si bien por uno de los mismos huéspedes, y casi estuviera a punto de tumbarla. Disculpóse, pero evidentemente no le comprendían; ni tampoco comprendió él nada de las voces que le dirigían.
Le costó encontrar un pequeñísimo lugar libre en el mostrador, cuya visión le impidieron durante buen rato los codos de sus vecinos. Parecía costumbre allí acodarse y apretar el puño contra la sien. Hubo de recordar Karl cómo su profesor de latín, el doctor Krumpal, odiaba precisamente esa postura, y cómo se acercaba siempre sigilosa e imprevistamente barriendo los codos de las mesas con burlesco empujón, mediante una regla que surgía de pronto.
Estaba Karl muy apretado contra el mostrador, pues apenas hubo ocupado su puesto habían colocado una mesa detrás de él y uno de los huéspedes que en ella tomaron asiento rozaba pesadamente con su gran sombrero la espalda de Karl por poco que, al hablar, se inclinase hacia atrás. Y era, además, ínfima la esperanza de obtener algo del mozo, aun después de haberse ido satisfechos los dos toscos vecinos... Varias veces, por encima de la mesa, había asido Karl del delantal a uno de los mozos, pero éste se había zafado siempre con una mueca. No se podía retener a ninguno; lo único que hacían era correr y correr. Si al menos hubiera habido cerca de Karl algo para comer o beber, él lo habría tomado, habría preguntado el precio y, dejado el dinero sobre el mostrador, se habría ido contento. Pero precisamente delante de él no había sino fuentes con pescado –una especie de arenque cuyas escamas negras brillaban doradas en los bordes– que podía ser carísimo y seguramente no saciaría a nadie. Además podían alcanzarse unos barrilitos con ron, pero no era ron lo que él quería llevar a sus camaradas. Éstos, ya de suyo, parecían interesarse vivamente en cualquier ocasión por el alcohol concentrado y él, por su parte, no

quería favorecer aquella inclinación natural de ellos.
Lo único, pues, que podía hacer Karl era buscar otro sitio y volver a comenzar sus tentativas. Pero la hora ya era muy avanzada. En el otro extremo del salón el reloj, cuyas agujas casi no podían distinguirse a través del humo ni aunque se lo mirara muy fijamente, señalaba las nueve pasadas. Y en cualquier otra parte del mostrador el gentío era mayor aún que en el sitio que había abandonado, que estaba un tanto apartado. Por otra parte, cuanto más tarde se hacía, más se llenaba el salón. Por el portal entraban continuamente nuevos huéspedes, en medio de una gran algazara. En distintos lugares los parroquianos, con ademán soberano, sacaban las cosas de encima del mostrador, se sentaban en él y brindaban entre sí; eran éstos los mejores asientos y desde ellos se tenía una visión del salón entero.
Si bien seguía Karl abriéndose paso, ya no abrigaba ninguna esperanza real de obtener nada. Se reprochaba que, desconociendo las condiciones del lugar, se hubiese ofrecido para este recado. Sus camaradas le regañarían con toda razón y aun pensarían que no había llevado nada sólo por economizar el dinero. Y de pronto se hallaba en una región donde, en las mesitas que lo rodeaban, la gente comía platos de carne caliente con hermosas patatas amarillas. Le resultaba incomprensible cómo habían podido obtener eso.
Vio entonces, unos pasos más adelante, a una señora de cierta edad que evidentemente formaba parte del personal del hotel, quien, riéndose, hablaba con uno de los huéspedes. Al mismo tiempo hurgaba continuamente su peinado con una horquilla. En seguida Karl se sintió decidido a comunicar su pedido a esa señora, ya porque ella, siendo la única mujer del salón, significaba una excepción en medio del barullo general; ya, por otra parte, por la sencilla razón de que era la única empleada del hotel a la que podía llegarse, suponiendo, eso sí, que no se alejara corriendo, ocupada en sus negocios, al dirigírsele la primera palabra. Pero ocurrió todo lo contrario. Karl ni siquiera le había hablado todavía, y sólo estaba en acecho cuando ella, así como a veces suele ocurrir que se desvíe ligeramente la mirada en medio de la conversación, dirigió la vista hacia Karl e interrumpiendo su discurso le preguntó amablemente y en un inglés claro como el de la gramática si buscaba algo.
–Ciertamente –dijo Karl–; no puedo obtener nada aquí.
–Venga entonces conmigo, chico –dijo ella.
Se despidió de su conocido, el cual se descubrió –lo que allí parecía una cortesía increíble–, tomó a Karl de la mano, se dirigió al mostrador, apartó a un huésped, abrió una puerta que allí había, atravesó el pasillo que estaba detrás del mostrador, donde había que tener cuidado con

los mozos que corrían incansablemente, abrió una puerta doble, disimulada en la pared empapelada, y se encontraron en una despensa grande y fresca.
«Hay que conocer el mecanismo», se dijo Karl.
–Bien, ¿qué desea usted? –le preguntó la señora inclinándose solícita.
Era muy gruesa, su cuerpo se balanceaba; pero su rostro era de líneas casi delicadas, claro está que relativamente. De pronto, por poco se sintió tentado Karl, a la vista de tantos comestibles ordenados cuidadosamente en estantes y mesas, de pedir alguna cena más fina, sobre todo porque bien podía esperar que esa señora influyente le vendiera más barato; pero finalmente, ya que nada adecuado se le ocurría, no pidió sino tocino, pan y cerveza.
–¿Nada más? –preguntó la señora.
–No, gracias –dijo Karl–; pero que sea para tres personas.
Respondiendo a una pregunta de la señora acerca de los otros dos, hizo Karl en breves palabras un relato de lo referente a sus amigos; le causaba alegría que lo interrogaran un poco.
–Pero si es una comida para presidiarios –dijo la señora, y esperaba, evidentemente, que Karl manifestara otros deseos.
Éste temía ahora que ella le obsequiara con aquello, que no quisiera aceptar su dinero, y por eso callaba.
–Ya lo tendremos en seguida –dijo la señora. Se dirigió hacia una de las mesas, con agilidad admirable si se consideraba su gordura, cortó con un cuchillo largo, delgado, con la hoja en forma de sierra, un pedazo grande de tocino veteado con mucha carne, sacó de un estante un pan, levantó tres botellas de cerveza del suelo, puso todo esto dentro de un liviano cesto de paja y se lo entregó a Karl. Entre una y otra cosa le explicó a Karl que lo había llevado allí porque en el mostrador los comestibles dejaban, por lo general, muy pronto de ser frescos, a pesar del rápido consumo, debido al humo y a las muchas emanaciones. Pero para aquella gente todo eso era suficientemente bueno.
Karl ya no decía nada, pues no acertaba a entender cómo merecía él tratamiento tan distinguido. Pensó en sus camaradas que, por buenos conocedores del país que fueran, acaso no hubiesen llegado, con todo, hasta esa despensa y habrían tenido que contentarse con los comestibles echados a perder que se hallaban encima del mostrador. Ninguno de los ruidos del salón llegaba hasta allí; los muros debían de ser muy gruesos para conservar suficientemente frescas aquellas bóvedas.
Durante un buen rato tuvo Karl el cesto de paja en las manos; pero no pensaba en pagar, ni siquiera se movía. Sólo cuando la señora quiso

poner aún en el cesto una botella parecida a aquellas que se hallaban afuera, en las mesas, él se lo agradeció estremeciéndose.
–¿Tiene usted todavía que hacer mucho camino? –preguntó la señora.
–Hasta Butterford –respondió Karl.
–Eso queda aún muy lejos –dijo la señora. –Un día más de viaje –dijo Karl.
–¿Nada más? –preguntó la señora.
–¡Oh, no! –dijo Karl.
La señora ordenó algunas cosas encima de las mesas; entró un mozo, miró en derredor como si buscara algo; luego la señora le señaló una gran fuente en la que había un ancho montón de sardinas aderezadas con un poco de perejil y él se la llevó al salón en sus manos levantadas.
–Pero, ¿por qué quiere usted pasar la noche a la intemperie? –preguntó la señora–. Tenemos aquí bastante lugar. Duerma en nuestro hotel.
Era esto muy tentador para Karl, sobre todo porque había pasado tan mal la noche anterior.
–Tengo afuera mi equipaje –dijo vacilante y no sin un dejo de vanidad.
–Tráigalo, pues –dijo la señora–; eso no será un obstáculo.
–¡Pero mis compañeros! –dijo Karl y advirtió en seguida que éstos sí constituían un obstáculo.
–Naturalmente, también ellos pueden pernoctar aquí –dijo la señora–. ¡Que vengan! No se haga usted rogar así.
–Por otra parte, mis compañeros son buena gente –dijo Karl–, pero no son muy aseados...
–¿No ha visto usted la mugre del salón? –preguntó la señora, e hizo una mueca–. En nuestra casa puede entrar realmente el peor. Entonces, haré preparar en seguida tres camas. Eso sí, tendrá que ser en el desván porque el hotel está repleto; yo también me mudé al desván. En todo caso es mejor que a la intemperie.
–No puedo traer a mis compañeros –dijo Karl.
Se imaginaba cómo alborotarían en los pasillos de ese fino hotel; Robinsón lo ensuciaría todo y Delamarche, indefectiblemente, molestaría incluso a aquella señora.
–No sé por qué ha de ser imposible –dijo la señora–, pero si usted así lo desea, deje a sus camaradas afuera y venga solo a nuestra casa.
–Eso no puede ser; eso no puede ser –dijo Karl–; son mis compañeros y debo quedarme con ellos.
–Es usted terco –dijo la señora apartando la mirada–, se tienen con usted las mejores intenciones, gustosamente se querría ayudarle y usted se opone con todas sus fuerzas.
Karl lo reconocía, pero no sabía cómo remediarlo; por eso lo único que aún dijo fue:

–Muchísimas gracias por su gentileza.

Luego se acordó de que no había pagado todavía y preguntó por el importe de lo que llevaba.

–Pague usted cuando me devuelva el cesto –dijo la señora–; a más tardar mañana por la mañana lo necesito.

–¡Por cierto! –dijo Karl.

La señora abrió una puerta que conducía directamente al aire libre y, mientras él salía haciendo una reverencia, siguió ella hablando:

–Buenas noches, pero usted no obra bien.

Ya se había alejado unos pasos cuando una vez más gritó detrás de él:

–¡Hasta mañana!

Apenas hubo salido volvió a oír en seguida el ruido, en nada disminuido, de la sala, al que se mezclaban ahora los sones de una banda de instrumentos de viento. Sintió alegría por no haber tenido que salir atravesando la sala.

El hotel estaba iluminado ahora en todos sus cinco pisos y alumbraba la carretera que pasaba delante. Afuera seguían corriendo los automóviles, aunque ya se interrumpía su continuidad. Venían de la lejanía, creciendo mucho más rápidamente que de día; tanteaban el suelo de la carretera con los blancos rayos de sus faros. Con luces que palidecían, cruzaban la zona luminosa del hotel y se internaban velozmente en la oscuridad más distante con nuevos destellos.

Karl encontró a sus camaradas ya profundamente dormidos; Pero lo cierto es que había tardado demasiado. Precisamente pensaba extender sobre papeles que halló en el cesto, dándole así un aspecto apetitoso, lo que había traído, y despertar a los camaradas sólo cuando todo estuviera listo, cuando vio, espantado, que su baúl, que él había dejado cerrado y cuya llave llevaba en el bolsillo, estaba completamente abierto y la mitad de su contenido desparramada en derredor, sobre la hierba.

–¡Levántense! –exclamó–. Mientras ustedes dormían han venido ladrones.

–¿Acaso falta algo? –preguntó Delamarche.

Robinsón aún no estaba del todo despierto y ya extendía la mano para coger la cerveza.

–No lo sé –exclamó Karl–. Pero el baúl está abierto y es de todos modos un descuido echarse a dormir y dejar el baúl sin vigilancia.

Delamarche y Robinsón se rieron y el primero dijo:

–La próxima vez no se ausentará usted tanto tiempo. El hotel está a diez pasos de aquí y usted necesita tres horas para ir y volver. Teníamos hambre, pensábamos que usted quizá tuviera en su baúl cualquier cosa para comer y le hicimos cosquillas a la cerradura hasta

que se abrió. Por otra parte, no había nada, y usted puede volver a guardárselo tranquilamente todo.
–¡Ah, sí! –dijo Karl mirando fijamente al interior del cesto que se vaciaba con rapidez y prestando atención al ruido curioso que producía Robinsón al beber pues primero el líquido le penetraba muy hondo en la garganta, para volver a ser lanzado luego hacia arriba con una especie de silbido y rodar hacia abajo sólo después en poderoso torrente.
–¿Han terminado ustedes de comer? –preguntó apenas vio que los dos tomaban un poco de aliento durante un instante.
–Pero, ¿no ha comido usted ya en el hotel? –preguntó Delamarche creyendo que Karl reclamaba su parte.
–Si quiere usted comer todavía, apresúrese –dijo Karl dirigiéndose hacia su baúl.
–Éste parece que tiene sus caprichos –dijo Delamarche a Robinsón.
–No tengo caprichos –dijo Karl–. Pero, ¿acaso está bien forzar mi baúl durante mi ausencia y arrojar mis cosas afuera? Sé que entre camaradas hay que tolerar muchas cosas y sin duda me he preparado para ello, pero esto ya es demasiado. Voy a pernoctar en el hotel y no iré a Butterford. Terminen ustedes pronto de comer. Tengo que devolver el cesto.
–Lo ves, Robinsón, así se habla –dijo Delamarche–. Ésta es la manera educada de expresarse. Es alemán y basta. Tú bien me lo habías advertido y me habías puesto en guardia contra él ya al comienzo; pero yo he sido un necio perfecto y lo he llevado con nosotros a pesar de todo. Hemos depositado en él nuestra confianza, hemos perdido así medio día por lo menos, y ahora, porque allí en el hotel alguien le ha echado el anzuelo, ahora se despide, es muy sencillo: se despide. Pero como es alemán, y por lo tanto falso, no lo hace abiertamente, sino que se busca el pretexto del baúl; y como es alemán, y por lo tanto bruto, no puede marcharse sin ofendernos en nuestro honor y nos llama ladrones, sólo por haber gastado una bromita con su baúl.
Karl, ordenando sus cosas, dijo sin volverse:
–Siga usted hablando de esa manera y así me resultará más fácil marcharme. Yo sé perfectamente lo que es la camaradería. En Europa también tuve amigos y ninguno de ellos podría reprocharme ninguna falsía, ninguna vileza. Claro que ahora hemos interrumpido nuestras relaciones; pero si alguna vez regresara yo a Europa, todos ellos me acogerían bien y me reconocerían inmediatamente como amigo. Y siendo así, ¿cómo podría yo traicionarlo a usted, Delamarche, y a usted, Robinsón; a ustedes que han sido tan amables conmigo, dispuestos a socorrerme y a procurarme un empleo de aprendiz en Butterford, cosa que jamás negaré? Pero se trata de algo muy distinto.

Ustedes no tienen nada y a mis ojos eso no los rebaja en absoluto, pero ustedes me envidian mis pequeños bienes y tratan de humillarme por eso; y verdaderamente no puedo soportarlo. Y ahora, después de haber descerrajado mi baúl, no pronuncian ustedes siquiera una sola palabra de disculpa, sino que además me injurian e injurian también a mi pueblo... y con ello, claro es, ya me quitan toda posibilidad de quedarme junto a ustedes. Por lo demás, todo esto no lo digo precisamente contra usted, Robinsón; el único reparo que tengo contra su carácter es que depende usted demasiado de Delamarche.
–Ya lo vemos –dijo Delamarche acercándose a Karl y propinándole un ligero empujón como para llamar su atención–. Ya vemos cómo va usted destapándose. El día entero ha marchado usted detrás de mí, prendido a mis faldones, imitando cada uno de mis movimientos y quedándose quieto como un ratoncito. Pero ahora que se siente usted respaldado por alguna cosa en ese hotel ya comienza a pronunciar grandes discursos. Es usted un pequeño pillo y todavía no sé si vamos a admitir todo esto tranquilamente y sin más; si no vamos a exigirle que nos pague lo que durante el día ha aprendido de nosotros. Oye, Robinsón, dice que le envidiamos sus bienes. Un día de trabajo en Butterford, y ni que hablar de California, y tendremos diez veces más que lo que usted nos ha mostrado y de lo que todavía puede tener escondido en ese forro de su chaqueta. Y por eso, ¡mucho cuidado con lo que dice esa boca!
Karl se había incorporado ya y vio que entonces también se aproximaba Robinsón, medio dormido pero un tanto animado por la cerveza.
–Si me quedara mucho tiempo todavía –dijo–, debería prepararme, tal vez, para otras sorpresas más. Parece que ustedes quieren zurrarme.
–Toda paciencia se acaba –dijo Robinsón.
–Mejor será que usted se calle, Robinsón –dijo Karl sin quitarle a Delamarche los ojos de encima–; para sus adentros no deja usted de reconocer que yo tengo razón; pero, abiertamente, ¡tiene usted que tomar el partido de Delamarche!
–¿Intenta usted sobornarlo? –preguntó Delamarche.
–Ni se me ocurre –dijo Karl–. Estoy contento de irme y ya no quiero tener la menor relación con ninguno de ustedes. Una sola cosa quiero decirles todavía: usted me ha reprochado que poseo dinero y que lo he ocultado ante ustedes. En el supuesto caso de que esto fuera cierto, ¿no debía yo obrar así tratándose de gente que sólo conocía desde hacía pocas horas?, ¿no confirman ustedes, además, con su conducta presente lo acertado de semejante manera de obrar?
–Quédate tranquilo –le dijo Delamarche a Robinsón, aunque éste no se moviera. Luego preguntó a Karl–: Puesto que es usted tan

desvergonzadamente sincero, lleve más lejos aún esa sinceridad, ya que estamos aquí tan amistosamente el uno frente al otro, y confiese por qué, en realidad, quiere usted ir al hotel.
Karl tuvo que retroceder un paso por encima del baúl tanto se le había aproximado Delamarche. Pero éste no abandonó por ello su propósito, apartó el baúl, dio otro paso hacia adelante, poniendo el pie sobre una pechera blanca que había quedado en la hierba, y repitió su pregunta.
Como a guisa de respuesta subió desde el camino un hombre, con una linterna de bolsillo de foco potente que se dirigió al grupo. Era un mozo del hotel. No bien vio a Karl, dijo:
–Lo estoy buscando a usted hace ya media hora. He recorrido ya todos los taludes a ambos lados del camino. La señora cocinera mayor le manda decir que necesita con urgencia el cesto de paja que le ha prestado a usted.
–Aquí está –dijo Karl, y su voz casi temblaba de excitación.
Con aparente modestia Delamarche y Robinsón se habían apartado tal como hacían siempre ante gente extraña que gozaba de un buen puesto. El mozo recogió el cesto y dijo:
–Además, la señora cocinera mayor le manda preguntar si no ha cambiado usted de parecer, si no quiere usted pernoctar en el hotel a pesar de todo. Y que también los otros dos señores serán bienvenidos, si quiere usted llevarlos. Las camas ya están preparadas. Es cierto que la noche es más bien templada, pero el dormir en esta ladera no está libre de peligros; se encuentran aquí, a menudo, víboras.
–Puesto que la señora cocinera mayor es tan amable, aceptaré su invitación a pesar de todo –dijo Karl, y esperó alguna manifestación por parte de sus camaradas. Pero Robinsón seguía allí plantado, apático, y Delamarche tenía las manos en los bolsillos del pantalón y miraba hacia las estrellas. Evidentemente los dos estaban muy confiados en que Karl los llevaría sin más.
–En este caso –dijo el mozo– tengo orden de conducirle al hotel y de llevar su equipaje.
–Si es así, espere usted un momento todavía, se lo ruego –dijo Karl y se agachó para meter dentro del baúl las pocas cosas que aún estaban dispersas por el suelo.
De pronto se irguió. Faltaba la fotografía. Antes estaba encima de los demás efectos que contenía el baúl, pero ya no aparecía por ninguna parte. Nada faltaba si no era aquella fotografía.
–No puedo encontrar la fotografía –dijo suplicante dirigiéndose a Delamarche.
–¿Qué fotografía? –preguntó éste.
–La fotografía de mis padres –dijo Karl.

–No hemos visto ninguna fotografía –dijo Delamarche.
–Ahí dentro no había ninguna fotografía, señor Rossmann –certificó también Robinsón por su parte.
–Pero si esto es imposible –dijo Karl, y sus miradas en procura de ayuda atrajeron al mozo–. Estaba encima de las demás cosas y ahora ha desaparecido. Ojalá no hubieran gastado ustedes esa broma con el baúl.
–No debe quedar la menor duda –dijo Delamarche–; en el baúl no había ninguna fotografía.
–Era para mí más importante que todo lo demás que tengo en el baúl –dijo Karl dirigiéndose al mozo que andaba de un lado para otro, revisando el césped–, puesto que es irreemplazable: ya no me enviarán otra. –Y cuando el mozo desistió de su búsqueda inútil agregó todavía–: Era el único retrato que tenía de mis padres.
A lo cual el mozo, en voz alta y sin ninguna clase de miramientos ni disimulo, dijo:
–Tal vez podríamos registrar todavía los bolsillos de los señores.
–Sí –dijo Karl en seguida–, es necesario que yo encuentre esa fotografía. Pero antes de revisar los bolsillos quiero declarar que daré el baúl con todo su contenido a quien me devuelva espontáneamente la fotografía.
Después de un momento de silencio general le dijo Karl al mozo:
–Por lo visto mis camaradas prefieren que les revisemos los bolsillos. Pero aun así le prometo a aquel en cuyo bolsillo se encuentre la fotografía el baúl entero. No puedo hacer más.
El mozo se dispuso acto seguido a registrar a Delamarche, pues le pareció un caso más difícil que Robinsón, a quien dejó por cuenta de Karl. Le advirtió a Karl que era necesario registrar a ambos simultáneamente ya que de otra manera uno de los dos podría hacer desaparecer la fotografía sin que nadie lo notare. Apenas introdujo la mano en el bolsillo de Robinsón encontró Karl una corbata que le pertenecía, mas no se apoderó de ella, y dirigiéndose al mozo exclamó:
–Déjele usted a Delamarche todo lo que le encuentre, sea lo que fuere, se lo ruego. Yo no quiero sino la fotografía, sólo la fotografía.
Al registrar los bolsillos interiores de la chaqueta tocó Karl con la mano el pecho caliente, grasiento, de Robinsón, y su conciencia le dijo, de pronto, que acaso estaba cometiendo con sus camaradas una gran injusticia. Procedió luego con la mayor prisa posible. Por otra parte todo resultó en vano; la fotografía no se encontró: ni apareció en poder de Robinsón ni la tenía Delamarche.
–Nada cabe hacer –dijo el mozo.
–Probablemente rompieron la fotografía y tiraron los trozos –dijo Karl–.

Creía yo que eran amigos, pero en secreto ellos sólo querían perjudicarme. No tanto Robinsón, a ése ni se le hubiera ocurrido que la fotografía podía tener para mí un valor semejante, sino Delamarche.

Karl vio delante de sí sólo al mozo, cuya linterna iluminaba un pequeño círculo; mientras que todo lo demás, incluso Delamarche y Robinsón, permanecía hundido en tinieblas.

Naturalmente ya nadie pensaba siquiera en la posibilidad de llevar a esos dos al hotel. El mozo alzó el baúl sobre el hombro, Karl recogió el cesto de paja y se marcharon.

Ya estaba Karl en el camino cuando, interrumpiendo sus reflexiones, se detuvo y dirigiendo su voz hacia arriba, hacia la oscuridad, exclamó:

–Oigan, si, a pesar de todo, alguno de ustedes tiene esa fotografía y quiere traérmela al hotel, la oferta del baúl sigue en pie y juro que no lo delataré.

Lo que bajó no fue en realidad una respuesta; no era sino una palabra brusca, lo que pudo oírse, el comienzo de una exclamación de Robinsón, al que seguramente Delamarche tapó súbitamente la boca. Karl se quedó esperando un largo rato todavía, para ver si los de arriba cambiaban, con todo, de decisión. Dos veces, a intervalos, exclamó:

–¡Aún sigo aquí!

Mas no le respondió sonido alguno; sólo una vez una piedra vino rodando cuesta abajo, acaso por casualidad, acaso como consecuencia de un tiro errado.

BOTE OCCIDENTAL

Una vez en el hotel, Karl fue conducido inmediatamente a una especie de oficina donde la cocinera mayor con una libreta de apuntes en la mano, dictaba una carta a una joven dactilógrafa. Ese dictado sumamente preciso, el contenido y elástico tableteo de las teclas, pasaba velozmente sobre el tictac del reloj de la pared que sólo llegaba a oírse de cuando en cuando y que señalaba ya casi las once y media.

–¡Bien! –dijo la cocinera mayor y cerró de golpe su libreta de apuntes: la dactilógrafa se levantó de un salto y cubrió rápidamente la máquina con su tapa de madera, sin quitarle a Karl los ojos de encima mientras ejecutaba mecánicamente su tarea. Conservaba el aspecto de colegiala; su delantal estaba esmeradamente planchado, con ondulaciones sobre los hombros, por ejemplo; llevaba un peinado bastante alto, y uno se asombraba un poco si luego de esos detalles, reparaba en su rostro serio. Después de dos reverencias, primero hacia la cocinera mayor y luego hacia Karl, se retiró e involuntariamente dirigió a Karl y a la cocinera mayor una mirada interrogativa.

–Qué bien que haya venido usted, a pesar de todo –dijo la cocinera mayor–. ¿Y sus camaradas?
–No los he traído –dijo Karl.
–Seguramente querrán emprender la marcha muy temprano– dijo la cocinera mayor, como tratando de explicarse el caso.
«¿No pensará ella, entonces, que yo también he de marcharme con ellos?», preguntóse Karl; por lo tanto, para disipar toda duda, dijo:
–Nos hemos separado en discordia.
La cocinera mayor pareció recibir estas palabras como si encerrasen una grata noticia.
–Pues entonces, ¿está usted libre? –preguntó.
–Sí, estoy libre –dijo Karl, ¡y nada en el mundo le pareció más fútil!
–Bueno, dígame entonces, ¿no quisiera usted aceptar un empleo aquí, en el hotel?
–Con muchísimo gusto –dijo Karl–, pero los conocimientos que yo tengo son tremendamente reducidos. Así, por ejemplo, ni siquiera sé escribir a máquina.
–No es eso lo que más importa –dijo la cocinera mayor–. En este caso le ofrezco a usted por el momento un empleo de escasa importancia, y luego, tratará usted de ir levantándose, trabajando con ahínco y atención. De todas maneras creo que sería mejor y más conveniente para usted echar raíces en alguna parte en vez de andar vagando por el mundo de esta manera. No me parece usted hecho para semejante vida.
«Todo esto también lo suscribiría mi tío», díjose Karl a la vez que asentía con la cabeza. Al mismo tiempo se acordó de que él, por quien tanto se preocupaban, hasta ese momento no se había presentado siquiera.
–Perdone usted, se lo ruego –dijo–, que todavía ni siquiera me haya presentado: me llamo Karl Rossmann.
–¿Es usted alemán, verdad?
–Sí –dijo Karl–, hace muy poco que estoy en los Estados Unidos.
–¿Y de dónde es usted?
–De Praga, Bohemia –dijo Karl.
–¡Qué me dice! –exclamó la cocinera mayor en alemán, con un fuerte acento inglés, y casi levantó los brazos al cielo–. Somos compatriotas, entonces: yo me llamo Grete Mitzelbach y soy de Viena. Y conozco muchísimo Praga, como que estuve empleada durante medio año en El Ganso de Oro, en el Wenzelplatz. ¡Quién lo dijera!
–¿Cuándo fue eso? –preguntó Karl.
–Ya hace muchos, muchísimos años.
–El antiguo Ganso de Oro –dijo Karl– fue demolido hace dos años.

–Pero, claro –dijo la cocinera mayor, abismada por completo en sus recuerdos de épocas pasadas.
Mas reanimándose de pronto y cogiendo las manos de Karl exclamó:
–Ahora que hemos descubierto que es usted compatriota mío, ya no puede usted irse de aquí, de ningún modo. No querrá usted hacerme eso. ¿Le gustaría a usted ser, por ejemplo, ascensorista? Sólo tiene usted que decir que sí, y ya lo es. Si ha corrido usted un poco de mundo sabrá que no es del todo fácil encontrar empleos así, pues ofrecen el mejor comienzo que uno pueda imaginarse. Se topa usted con todos los huéspedes, éstos lo ven siempre, le dan pequeños encargos; en pocas palabras, se le ofrece a usted a diario la oportunidad de llegar a algo mejor. Y deje usted que yo me ocupe de todo lo demás.
–Me gustaría bastante ser ascensorista –dijo Karl después de una breve pausa. Hubiera sido muy absurdo tener escrúpulos contra el empleo de ascensorista a causa de aquellos cinco años de estudios clásicos que él había cursado en el gymnasium. Más bien habría motivo aquí, en los Estados Unidos, para abochornarme de aquellos cinco años de estudios clásicos. Por otra parte los ascensoristas siempre le habían gustado a Karl; habíanle parecido algo así como el adorno del hotel–. ¿Y no hacen falta conocimientos de idiomas? –indagó todavía.
–Usted habla alemán, y un inglés muy bueno: con eso basta.
–El inglés lo he aprendido sólo ahora, estando ya en América, en dos meses y medio– dijo Karl, pues creía que no era necesario callar su única ventaja.
–Eso ya es testimonio suficiente en favor de usted –dijo la cocinera mayor–. ¡Si me pongo a pensar en las dificultades que me creaba el inglés! Claro que desde entonces ya han pasado unos treinta años bien contados. Justamente ayer, durante una conversación, lo recordé. Pues debe usted saber que ayer he cumplido cincuenta años. –Y, sonriendo, trató de leer en el semblante de Karl la impresión que tan digna edad le causaría.
–Le deseo entonces muchas felicidades –dijo Karl.
–Esto nunca viene mal –dijo ella estrechando la mano de Karl y poniéndose de nuevo medio taciturna por ese viejo giro de su patria que ahora, al hablar alemán, se le había ocurrido–. Pero aún lo retengo aquí –exclamó luego– y usted seguramente estará muy cansado; además podremos hablar acerca de todo y mucho mejor, durante el día. La alegría de haber encontrado a un compatriota me pone en este estado, atolondrada. Venga usted, lo llevaré a su cuarto.
–Quisiera pedirle aún un favor, señora cocinera mayor –dijo Karl al ver la caja del teléfono sobre la mesa–; es posible que mañana, tal vez

muy temprano, mis compañeros me traigan una fotografía que yo necesito urgentemente. ¿Tendría usted la amabilidad de avisar por teléfono al portero que hiciera pasar a esa gente; o, si no, que me mandara llamar?

–Ciertamente –dijo la cocinera mayor–. Pero, ¿no sería suficiente que recibiera él la fotografía? ¿Y qué clase de fotografía es, si no es indiscreta la pregunta?

–Es la fotografía de mis padres –dijo Karl–. No, tengo que hablar con esa gente yo mismo.

La cocinera mayor no dijo nada más y dio por teléfono la orden correspondiente a la portería, mencionando con el número 536 el cuarto de Karl. Salieron luego a un pequeño pasillo, opuesto a la puerta de entrada, donde, apoyándose en la reja de un ascensor, dormía de pie un muchacho ascensorista.

–Podemos subir nosotros solos –dijo la cocinera mayor en voz baja e hizo que Karl pasara al ascensor–. Una jornada de trabajo de diez o doce horas es demasiado para un muchacho tan joven –dijo luego mientras iba subiendo–. Pasan realmente cosas raras en los Estados Unidos. Ahí está este chiquillo, por ejemplo; llegó hace sólo medio año con sus padres; es italiano. Ahora parece que ya no podrá soportar de ningún modo el trabajo: ni siquiera le quedan carnes en el rostro y duerme durante las horas de servicio a pesar de ser muy aplicado por naturaleza; sin embargo, bastará con que trabaje aún sólo medio año más en los Estados Unidos –en este hotel o en cualquier otra parte– para que lo soporte todo fácilmente. En cinco años se tornará hombre fuerte. Durante horas podría yo contarle cosas y cosas con ejemplos semejantes. Y no vaya a creer que todo esto se me ocurre a propósito de usted, pues usted es un chico fuerte; diecisiete años, ¿no es así?

–Cumpliré dieciséis el mes que viene –respondió Karl.

–¡Tan poco! ¡Dieciséis nada más! –dijo la cocinera mayor–. ¡Valor, pues!

Una vez arriba condujo a Karl a un cuarto que, si bien era una buhardilla –tenía por cierto inclinada una de las paredes–, mostraba por otra parte, al quedar iluminado por dos lamparillas eléctricas, un aspecto muy acogedor.

–No se asuste usted por el mobiliario –dijo la cocinera mayor–, pues éste no es un cuarto de hotel, sino una habitación de mi propia vivienda, que consta de tres cuartos, de manera que usted no me molestará en absoluto. Cerraré la puerta de comunicación y usted podrá quedarse aquí y disponer de la habitación con toda tranquilidad. Mañana, como nuevo empleado del hotel, se le destinará a usted un cuarto propio, desde luego. Si hubiera venido con sus compañeros, le

habría mandado hacer las camas en el dormitorio común de los criados, pero, ya que está usted solo, pienso que así le agradará más, aunque tenga usted que dormir en un sofá. Le deseo, pues, que duerma y descanse usted bien; así tendrá nuevas fuerzas para el servicio, que mañana no será aún demasiado severo.
–Muchísimas gracias por su amabilidad.
–Espere usted –dijo deteniéndose; ya estaba junto a la salida–. Es cierto que así bien pronto lo despertarán.
Se acercó a una de las puertas laterales del cuarto, golpeó y llamó:
–¡Therese !
–Sí, señora cocinera mayor –respondió la voz de la pequeña dactilógrafa.
–Cuando por la mañana vengas a despertarme, tienes que tomar por el pasillo; pues aquí, en el cuarto, duerme un visitante. Está muerto de cansancio. –Mientras decía estas palabras sonreía a Karl–. ¿Has comprendido?
–Sí, señora cocinera mayor.
–¡Buenas noches, entonces!
–Buenas noches tenga usted.
–Desde hace algunos años –dijo la cocinera mayor a modo de explicación– duermo muy mal. Ahora, por cierto, ya puedo estar bien contenta con mi empleo y no tengo por qué preocuparme de nada. Pero deben de ser las consecuencias de mis preocupaciones de antes las que me causan este insomnio. Si logro conciliar el sueño a las tres de la mañana, puedo darme por satisfecha. Pero como ya a las cinco, a más tardar a las cinco y media, es necesario que esté en mi puesto, tengo que hacerme despertar, y es preciso que lo hagan con suma cautela, para que no me torne más nerviosa aún de lo que ya soy. Es precisamente Therese quien me despierta. Ahora ya lo sabe usted todo y todavía permanezco aquí. ¡Buenas noches! –Y, no obstante su peso, abandonó el cuarto deslizándose casi, con gran agilidad.
Karl esperaba ansioso el momento de entregarse al sueño, pues las andanzas del día lo habían fatigado mucho. Y en verdad no podía desear un ambiente más confortable para lograr un sueño prolongado y tranquilo. Ciertamente no era un cuarto destinado a servir de dormitorio, era más bien un pequeño aposento que la cocinera mayor solía usar como sala de recibo y al que sólo por esa noche se había provisto de un lavabo. No obstante, Karl no tenía la sensación de ser allí un intruso; al contrario, se sentía muy cómodo. Su baúl había sido dejado efectivamente allí, y ya hacía mucho tiempo sin duda que Karl no gozaba de la seguridad de tenerlo a buen recaudo.
Sobre un armario bajo, con cajones, sobre el que se extendía una

carpeta grande de lana, de un tejido muy abierto, había diversas fotografías con sus marcos y bajo vidrio; al inspeccionar el cuarto, allí se detuvo Karl y las miró. Eran en su mayor parte fotografías antiguas y representaban casi todas a muchachas que, con sus vestidos fuera de moda e incómodos, tocadas sólo ligeramente con sombreritos que, aunque pequeños, eran de alta copa, daban la cara al espectador, si bien evitando sus miradas. Entre los retratos de señores llamó la atención de Karl, especialmente, el de un joven soldado que había colocado su quepis sobre una mesita, y que permanecía de pie, en actitud rígida, con su cabello salvaje, negro, y lleno el rostro de una risa orgullosa, aunque reprimida. Los botones de su uniforme habían sido dorados ulteriormente sobre la fotografía.
Todas esas fotografías provenían sin duda de Europa, y probablemente esto hubiera podido establecerse con exactitud buscando las inscripciones que llevarían al dorso; pero Karl no quiso tocarlas. Tal como esas fotografías se hallaban colocadas, hubiera podido colocar él también la fotografía de sus padres en su futura habitación.
Precisamente se desperezaba Karl, después de haberse lavado todo el cuerpo –en consideración a su vecina trataba de ejecutarlo todo en el mayor silencio posible– y se estiraba ya sobre su sofá, cuando creyó percibir unos débiles golpecitos en una puerta. No se podía establecer inmediatamente de qué puerta se trataba, sin contar que tal vez fuera un ruido casual. Pasaron unos instantes antes de que se repitieran los golpes y Karl ya estaba casi dormido cuando sonaron nuevamente. Pero ahora no cabía la menor duda de que llamaban a la puerta y de que los golpecitos provenían de la dactilógrafa. Karl corrió de puntillas hasta la puerta y en voz tan baja que, si a pesar de todo estaban durmiendo allí al lado, no hubiera podido despertar a nadie preguntó:
–¿Desea usted algo?
Al instante y en voz idénticamente baja llegó la respuesta:
–¿No quisiera usted abrir la puerta? La llave está del lado suyo.
–Por cierto –dijo Karl–, sólo que antes debo vestirme. Se produjo una pequeña pausa, y luego se oyó:
–No es necesario. Abra usted y acuéstese en la cama; esperaré un poco antes de entrar.
–Bueno –dijo Karl, e hizo lo que le habían pedido, sólo que antes iluminó además la habitación con la luz eléctrica–. Ya estoy acostado –dijo luego levantando un poco la voz.
Y en efecto ya entraba desde su cuarto, que estaba a oscuras, la pequeña dactilógrafa, vestida exactamente como cuando la había visto en la oficina; de seguro no había pensado siquiera, en todo ese tiempo, en acostarse.

–Le ruego que me perdone –dijo, y se quedó de pie ante el lecho de Karl, inclinándose ligeramente hacia él–. No me traicione usted por favor. No es tampoco mi intención molestarle por mucho tiempo, sé qué está usted muerto de cansancio.
–No es para tanto –dijo Karl–. Pero tal vez habría sido mejor, de todas maneras, que me hubiese vestido.
Se vio obligado a quedarse allí tendido cuan largo era para poder taparse hasta el cuello, ya que no tenía camisa de dormir.
–Sólo me quedaré un momento –dijo ella cogiendo una silla–. ¿Me permite sentarme al lado del sofá?
Karl asintió. Sentóse entonces tan cerca, tan pegada al sofá la silla, que Karl, a fin de poder mirarla, tuvo que retroceder hasta la pared. Tenía ella cara redonda, regular, sólo la frente era insólitamente ancha, pero esto, por cierto, podía deberse al peinado que, verdaderamente, no le quedaba bien. Su traje estaba muy limpio y cuidado. Con la mano izquierda estrujaba un pañuelo.
–¿Se quedará usted mucho tiempo aquí? –preguntó ella.
–Todavía no lo he decidido –respondió Karl–; sin embargo, creo que me quedaré.
–Realmente estaría muy bien si usted se quedase –dijo ella pasándose el pañuelo por la cara–, ¡estoy tan sola aquí!
–Me extraña –dijo Karl–. La señora cocinera mayor es ciertamente muy amable con usted. No la trata en absoluto como suele tratarse a una empleada. Ya casi pensé que sería usted una pariente suya.
–¡Oh, no! –dijo–; me llamo Therese Berchtold, soy de Pomerania, ¿sabe usted?
También Karl se presentó a su vez. Tras lo cual lo miró por primera vez francamente a la cara como si al decir su nombre se hubiese tornado un poco más extraño para ella. Se callaron durante unos instantes. Luego dijo ella:
–No crea usted que soy desagradecida. Claro está que sin la señora cocinera mayor estaría yo mucho peor. Antes fui ayudanta de cocinera de este hotel y me vi ante el grave riesgo de ser despedida porque no podía cumplir un trabajo tan pesado. Aquí le exigen a una muchísimo. Hace un mes una muchacha de la cocina llegó a desmayarse debido sólo a la fatiga excesiva, y tuvo que guardar cama durante quince días en el hospital. Y yo no soy muy fuerte. He sufrido ya muchos trabajos; por eso no me he desarrollado cabalmente. Usted no creerá, con toda seguridad, que ya tengo dieciocho años. Pero ahora sí; ahora ya voy tornándome más fuerte.
–El servicio en esta casa debe de ser realmente abrumador –dijo Karl–. Acabo de ver en la planta baja a un ascensorista que dormía de pie.

–Sin embargo, los ascensoristas gozan de la mejor situación entre todos –dijo ella–; ganan un dineral en propinas y, al fin y al cabo, no tienen que afanarse ni remotamente como la gente de la cocina. Así, pues, yo he tenido suerte una vez realmente; la señora cocinera mayor necesitó en cierta ocasión una muchacha que preparara las servilletas para un banquete y mandó por una de las muchachas de la cocina; hay en la casa unas cincuenta de esas muchachas y a mí precisamente me tenían a mano abajo. La dejé muy satisfecha, porque en cuanto a la disposición de las servilletas tenía yo bastante experiencia. Y así, desde entonces, me ha conservado cerca de ella y ha ido formándome poco a poco, hasta convertirme en su secretaria. He aprendido muchísimo con ella.
–¿Acaso hay tanto que escribir? –preguntó Karl.
–¡Oh, muchísimo! –contestó ella–; usted seguramente no puede imaginárselo. Lo ha visto usted mismo; he trabajado hoy hasta las once y media, y el de hoy no es ningún día extraordinario. Ciertamente no sólo estoy escribiendo: tengo que hacer también muchas diligencias en la ciudad.
–¿Cómo se llama esa ciudad? –preguntó Karl.
–¿No lo sabe usted? –dijo ella–. Ramsés.
–¿Es una gran ciudad? –preguntó Karl.
–Muy grande –respondió ella–, no me gusta ir allá. Pero, ¿verdaderamente no quiere usted dormir ya?
–No, no –dijo Karl–, ni siquiera me ha dicho todavía para qué ha entrado usted.
–Porque no tengo a nadie con quien hablar. No soy quejumbrosa, pero si realmente no se tiene a nadie, se siente una feliz de que alguien la escuche. Ya lo había visto abajo en el salón; venía yo precisamente en busca de la señora cocinera mayor, cuando ella se lo llevaba a usted a la despensa.
–Es un salón terrible –dijo Karl.
–Ya ni siquiera me doy cuenta de ello –respondió ella– Pero yo solamente quise decir que la señora cocinera mayor es tan buena y amable conmigo como sólo lo ha sido mi madre y, sin embargo, hay una diferencia de posición demasiado grande entre nosotras para que yo pueda hablarle con entera libertad. Antes, entre las muchachas de la cocina, tenía yo buenas amigas; pero hace mucho ya que no están en la casa y a las muchachas nuevas apenas si las conozco. Después de todo, a veces se me ocurre que mi trabajo actual me fatiga más que el de antes, y que ni siquiera lo hago tan bien como el de la cocina, y que la señora cocinera mayor me conserva en el empleo por pura compasión. Después de todo, es realmente necesario tener mejor

preparación escolar para llegar a ser secretaria. Es un pecado decirlo: tantas y tantas veces tengo miedo de volverme loca... Pero por el amor de Dios –dijo de repente mucho más ligero y tocando fugazmente el hombro de Karl, ya que él retenía las manos debajo de la colcha–, no vaya usted a decirle nada de esto; ni una palabra a la señora cocinera mayor, pues entonces sí que estaría perdida. Si además de las molestias que ya le estoy causando con mi trabajo, todavía le infligiera yo alguna pena, ya sería realmente el colmo de los colmos.

–Se sobreentiende que no le diré nada –contestó Karl.

–Entonces está bien –dijo ella–, y quédese usted aquí. Me gustaría mucho que se quedara usted en la casa, y, si le parece, podríamos ayudarnos y llevarnos bien. Apenas lo vi a usted le he tomado confianza. Y, sin embargo, ¡imagínese usted qué mala soy!, sin embargo, tenía miedo, por otra parte, de que la señora cocinera mayor lo tomara a usted como secretario y me despidiera. Sólo después de quedarme largo rato allí sentada, sola, mientras usted estaba en la oficina, he reflexionado y entiendo que hasta sería excelente que usted se hiciera cargo de mis trabajos, porque usted seguramente sabrá hacerlos mejor. Si usted no quisiera hacer las diligencias en la ciudad, bien podría yo quedarme con ese trabajo. Y después de todo, seguramente sería yo mucho más útil en la cocina, más aún ahora, ya que me he robustecido un poco.

–El asunto ya está arreglado –dijo Karl–, yo seré ascensorista y usted seguirá siendo secretaria. Pero con que sólo le insinúe usted sus proyectos a la señora cocinera mayor, revelaré yo también lo demás, todo lo que usted me ha dicho hoy, por más que yo mismo tendría que lamentarlo.

Semejante tono excitó tanto a Therese que se arrojó junto al lecho y, gimoteando, hundió la cara en la ropa de la cama.

–Pero si no revelaré nada –dijo Karl–, sólo que usted tampoco debe decir nada.

Y ahora ya no podía permanecer escondido totalmente bajo la colcha; acarició un poco el brazo de la muchacha; no se le ocurría nada apropiado que pudiera decirle y sólo pensó que era una vida amarga la que allí se llevaba. Por fin ella se tranquilizó, a lo menos tanto que se avergonzó de su llanto; miró a Karl con gratitud, trató de persuadirlo de que durmiera hasta tarde y prometió que, de tener un momento libre, subiría hacia las ocho a despertarlo.

–Cierto, tiene usted mucha habilidad para despertar –dijo Karl.

–Sí, algunas cosas sé hacerlas –dijo ella; pasó la mano suavemente sobre la colcha de Karl en señal de despedida y se fue corriendo a su cuarto.

Al día siguiente pidió Karl con insistencia que le permitieran entrar en funciones inmediatamente, a pesar de que la cocinera mayor deseaba darle franco ese día, para que fuese a visitar la ciudad de Ramsés. Mas Karl declaró abiertamente que no faltarían oportunidades para eso y que ahora lo más importante para él era comenzar a trabajar, pues ya había interrumpido sin provecho otro trabajo, con distinta finalidad, en Europa, y ahora iba a empezar como ascensorista a una edad que seguramente otros muchachos, al menos los más capaces, estarían ya próximos a hacerse cargo, por natural consecuencia, de alguna tarea superior. Le parecía muy bien empezar de ascensorista, pero no estaría mal tampoco, sin duda, que se diese la mayor prisa posible. En las presentes circunstancias no le causaría ningún placer esa visita a la ciudad. Ni siquiera podía resolverse a hacer una diligencia rápida que le pedía Therese. No lo abandonaba la idea de que, si no se aplicaba, llegaría finalmente a lo que habían llegado Delamarche y Robinsón.

En la sastrería del hotel le probaron el uniforme de ascensorista, adornado con gran gala de botones y cordones dorados, y sin embargo, se estremeció un poco al ponérselo, pues la chaquetilla, especialmente en los sobacos, era fría, dura y al mismo tiempo húmeda por el sudor de los ascensoristas que la habían usado antes que él. El uniforme, por otra parte, hubo de ser agrandado especialmente para Karl, en el pecho sobre todo, pues ni uno sólo de los diez que allí había le quedaba bien, aunque sólo fuese aproximadamente. Pese al trabajo de costura que se hizo necesario y aunque el sastre parecía muy minucioso –por dos veces volvió al taller el uniforme ya entregado– todo quedó listo en apenas cinco minutos, y Karl abandonó el salón del sastre convertido ya en ascensorista, con pantalones ajustados y una chaquetilla que, a pesar de la firme aseveración contraria del sastre, le quedaba muy estrecha y lo tentaba continuamente a practicar ejercicios de respiración, pues tenía deseos de comprobar si todavía le era posible respirar.

Luego se presentó al camarero mayor, a cuyas órdenes quedaría: un hombre esbelto, hermoso, narigudo, que seguramente ya tenía unos cuarenta años. Ni siquiera tuvo tiempo de entablar la menor conversación y lo único que hizo fue llamar, mediante un timbre, a un muchacho ascensorista; era, por casualidad, precisamente el que Karl había visto la víspera. El camarero mayor sólo lo llamaba por su nombre de pila, Giácomo, pero de esa particularidad se enteró Karl sólo más tarde, puesto que a través de la pronunciación inglesa, el nombre quedaba tan desfigurado que era imposible reconocerlo. Ahora bien, ese chico recibió orden de enseñarle a Karl todo lo necesario para el servicio de los ascensores, pero era tan esquivo y se daba tanta prisa

que Karl apenas pudo enterarse siquiera de lo poco que en el fondo había que aprender. Seguramente Giácomo estaba disgustado porque debía abandonar el servicio de los ascensores, evidentemente por Karl, para ser colocado como ayudante de camareras; lo cual, de acuerdo con ciertas experiencias que con todo no quiso revelar, le parecía infamante. El hecho de que la relación de un ascensorista con la maquinaria del ascensor consistiera únicamente en ponerla en movimiento mediante la simple presión del botón, fue lo primero que desilusionó a Karl, pues hasta para la reparación de los motores se utilizaba tan exclusivamente a los mecánicos del hotel que por ejemplo Giácomo, a pesar de que su servicio en el ascensor llevaba ya medio año, no había visto con sus propios ojos ni los motores del sótano ni la maquinaria del interior del ascensor; si bien, por lo que decía él expresamente, eso le hubiese gustado mucho.
Era, en general, un servicio monótono y, debido a la jornada de doce horas –los turnos se relevaban una vez por día y otra para la noche–, tan abrumador que, según las referencias de Giácomo, resultaba del todo insoportable si no se lograba dormir algunos minutos de pie.
Karl no dijo nada, pero comprendió que era precisamente esa habilidad de Giácomo la que le había costado el puesto.
A Karl le convenía mucho la circunstancia de que el ascensor que quedaba a su cuidado fuese uno destinado sólo a los pisos últimos, por lo cual él no tendría que habérselas con los más exigentes de entre la gente rica. Ciertamente no podría aprenderse allí tanto como en otra parte y por eso era una circunstancia favorable sólo para comenzar.
Ya al cabo de la primera semana se dio cuenta Karl de que estaba perfectamente a la altura del servicio. Los bronces de su ascensor eran los que estaban mejor pulidos, ninguno de los otros treinta ascensores podía compararse en ese punto con el suyo, y acaso habrían quedado más relucientes aún si el muchacho que servía en el mismo ascensor se hubiese aplicado otro tanto, aunque fuese tan sólo en medida aproximada; pero se sentía más bien apoyado en su dejadez por ese ahínco de Karl. Era norteamericano de nacimiento y se llamaba Renell; un muchacho vanidoso, de ojos oscuros y mejillas lisas, un poco ahuecadas. Poseía un elegante traje, y las noches que no le tocaba servicio se apresuraba a ponérselo y a dirigirse, ligeramente perfumado, a la ciudad; de vez en cuando también le rogaba a Karl que lo reemplazase por la noche, alegando que debía ausentarse por asuntos familiares, y poco se preocupaba de que su aspecto contradijese un pretexto semejante. Sin embargo, Karl lo estimaba y veía con gusto que Renell, en tales noches, se estuviese de pie, unos momentos antes de salir, luciendo su hermoso traje, junto al ascensor,

se excusase todavía un poco mientras se calzaba los guantes y que luego partiese por el corredor. Por otra parte Karl, al reemplazarlo, sólo quería hacerle un favor que frente a un colega más antiguo le parecía natural al comienzo; mas esto, pensaba, no debía convertirse en una costumbre permanente. Pues, en efecto, aquel eterno subir y bajar en el ascensor era bastante fatigoso, y más aún en las horas vespertinas, ya que en esas horas casi no había interrupción alguna.
Bien pronto aprendió Karl a ejecutar también esas reverencias breves y profundas que se exigen de un ascensorista y ya recogía la propina al vuelo. Desaparecía ésta en el bolsillo de su chaleco y nadie hubiera podido decir, guiándose por la expresión de su semblante, si era grande o pequeña. Ante las damas abría la puerta con una leve añadidura de galantería y con un movimiento airoso y elegante entraba lentamente en el ascensor tras ellas que, preocupadas por sus faldas, sombreros y adornos colgadizos, solían subir más vacilantes que los hombres. Durante el viaje se quedaba, puesto que era ésta la forma menos llamativa, pegado a la puerta y dando la espalda a sus pasajeros y sostenía la manija de la puerta del ascensor a fin de empujarla hacia un costado en el momento preciso de la llegada, de una manera súbita y a la vez nada alarmante.
Sólo en raras oportunidades le tocaba alguno en el hombro durante el viaje para pedirle una pequeña información cualquiera, y entonces se volvía él rápidamente, como si lo hubiese esperado, y en voz alta daba la respuesta. A menudo, a pesar de los muchos ascensores y especialmente a la hora de terminar las funciones de los teatros o después de la llegada de determinados trenes expresos, producíase tal hacinamiento que, después de haber dejado apenas a los pasajeros en los pisos altos, debía precipitarse ya de nuevo hacia abajo, a fin de recoger a los que allí esperaban. Quedábale también la posibilidad de aumentar la velocidad normal tirando de un cable metálico que atravesaba toda la caja del ascensor, mas ciertamente esto estaba prohibido por el reglamento de los ascensores y se decía, además, que era peligroso. Karl, en efecto, jamás usó ese procedimiento llevando pasajeros; pero una vez que los había depositado arriba y habiendo abajo otros que esperaban, él no se guardaba consideraciones: con movimientos vigorosos, rítmicos, maniobraba con el cable como si fuera un marinero. Sabía por lo demás que así obraban los otros ascensoristas, y él no deseaba perder sus pasajeros cediéndoselos a otros muchachos. Algunos de los huéspedes que se alojaban en el hotel por una temporada, cosa que además era bastante usual, demostraban de vez en cuando, con una sonrisa, que reconocían en Karl a su ascensorista y éste aceptaba esa amabilidad con semblante serio, si

bien con agrado.
A veces, cuando el movimiento mermaba un poco podía aceptar pequeños encargos especiales también: ir, por ejemplo, a buscar alguna cosa que un huésped del hotel había olvidado en su habitación, al no querer molestarse él mismo en ir hasta allí; y entonces volaba Karl hacia arriba, solo en su ascensor que en tales momentos le resultaba mucho más familiar; entraba en el cuarto ajeno, donde generalmente veía desparramadas sobre los muebles o colgadas de las perchas cosas que nunca había visto, y percibía el olor especial de un jabón de otra persona, de un perfume, de un agua dentífrica, y sin detenerse para nada, regresaba presuroso con el objeto pedido, encontrado las más de las veces a pesar de las indicaciones inexactas. Lamentaba a menudo no poder aceptar encargos de mayor importancia, pues para ello había ordenanzas especiales y mensajeros que hacían sus diligencias en bicicletas y hasta en motocicletas. Sólo para llevar pequeños recados desde las habitaciones hasta los comedores o las salas de juego, podía utilizársele a Karl, si la ocasión le era favorable.
Cuando después de la jornada de doce horas regresaba del trabajo, durante tres días a las seis de la tarde y los otros tres a las seis de la mañana, sentíase tan cansado que se dirigía derechamente a la cama, sin preocuparse por nadie. Tenía su cama en el dormitorio común de los chicos ascensoristas; por cierto, la señora cocinera mayor, cuya influencia acaso no era, pese a todo, tan grande como él la creyó aquella noche, habíase esforzado por conseguirle un cuartito propio, y sin duda también lo habría logrado; pero viendo cuántas dificultades le causaba esto y también las veces que la cocinera mayor llamaba por ese asunto al superior de Karl, aquel camarero mayor tan atareado, desistió Karl y persuadió a la cocinera mayor de que verdaderamente renunciaba al cuarto propio alegando que no deseaba él que los otros chicos le envidiasen una ventaja que en verdad no había conseguido por sus propios méritos.
Ciertamente no era un dormitorio tranquilo el de los ascensoristas; pues ya que cada uno repartía de manera diversa su tiempo libre de doce horas entre los ratos dedicados a la comida, al sueño, a las diversiones y a alguna ganancia ocasional, en el dormitorio reinaba sin interrupción el mayor movimiento. Algunos dormían cubriéndose con sus colchas hasta las orejas para no oír nada; si no obstante se despertaba a alguno, lanzaba éste gritos tan furiosos por la gritería de los otros, que ya no podían soportarlo tampoco los demás durmientes, por muy dormilones que fuesen.
Casi todos los muchachos poseían su pipa; era ésta una manera de

abandonarse a una especie de lujo; Karl también había adquirido una y bien pronto comenzó a tomarle gusto. Ahora bien, durante el servicio se prohibía fumar, y el resultado era que, en el dormitorio, todo el que no dormía a pierna suelta, fumaba. Por consiguiente, cada una de las camas quedaba envuelta en su propia humareda y el todo era una bruma general. Era imposible conseguir, a pesar de que en principio la mayoría estaba de acuerdo, que durante la noche quedara encendida la luz de un solo extremo de la habitación. Si esta proposición hubiera logrado imponerse, entonces aquellos que desearan dormir habrían podido hacerlo tranquilamente, al abrigo de la oscuridad que reinaría en una de las mitades de la sala –era una habitación grande con cuarenta camas–; mientras que los otros, en la parte alumbrada, hubieran podido jugar a los dados o a los naipes y entregarse a todas las demás ocupaciones que exigieran luz. Si alguno cuya cama estuviese en la mitad alumbrada de la sala hubiera querido dormir, habría podido acostarse en una de las camas libres de la parte oscura, pues siempre había bastantes camas desocupadas y nadie objetaba nada contra semejante uso pasajero de su cama por otro. Mas la disposición de mantener una única zona iluminada no se observó siquiera una sola noche. Continuamente dábase el caso, por ejemplo, de dos muchachos que, después de haber aprovechado la oscuridad para dormir un poco, sentían deseos de jugar a los naipes en sus camas, sobre una tabla colocada en medio, y naturalmente encendían con ese fin una lámpara eléctrica adecuada, cuya luz punzante sobresaltaba a los durmientes sobre cuyas caras daba directamente. Cierto que todavía se revolcaba y se retorcía uno un poco, mas finalmente no encontraba nada mejor que hacer sino jugar con su vecino, despertado a su vez, una partida bajo la iluminación reciente. Y de nuevo, como era natural, echaban humo todas las pipas.

Ciertamente había también algunos que deseaban dormir a toda costa –Karl generalmente estaba entre ellos–, y éstos, en vez de apoyar la cabeza sobre la almohada, la cubrían o la envolvían con la misma; pero cómo podía conservarse el sueño si el vecino más próximo se levantaba, a altas horas de la noche, para dirigirse a la ciudad en busca del placer; si se lavaba ruidosamente, rociándolo todo con agua, en el lavabo que estaba instalado a la cabecera de la propia cama; si no sólo se calzaba las botas con estrépito, sino que además intentaba asentárselas mejor golpeando el suelo con el tacón –casi todos, a pesar de la horma americana de su calzado, gastaban zapatos demasiado estrechos–, si hasta terminaba por alzar finalmente, en busca de algún detalle de su atavío, la almohada del durmiente, debajo de la cual éste, claro es que ya despierto, sólo aguardaba el momento de lanzarse

sobre el importuno. Ahora bien, todos ellos eran deportistas, muchachos jóvenes y en su mayor parte fuertes, que no perdían oportunidad alguna que pudiesen aprovechar para sus ejercicios deportivos. Y si durante la noche se incorporaba uno de un salto, despertado de su profundo sueño por un tremendo estrépito, podía estar seguro de encontrar en el suelo, junto a su cama, a dos luchadores; y de pie sobre todas las camas a la redonda, bajo una luz penetrante, a los peritos, en camisa y calzoncillos.

Cierta vez, a raíz de una demostración nocturna de boxeo de este tipo, uno de los púgiles fue a caer sobre Karl; éste estaba durmiendo y lo primero que vio al abrir los ojos fue la sangre que al muchacho le salía de la nariz y que se derramaba sobre toda la ropa de la cama antes de que nada pudiera hacerse para evitarlo.

A menudo se pasaba Karl las doce horas, casi íntegramente, intentando lograr unas horas de sueño, aunque por otra parte también implicaba para él un atractivo grande el poder participar de las diversiones de los demás; pero continuamente se le figuraba que los otros todos ellos, le llevaban ventaja en la vida, una ventaja que él debía compensar mediante una aplicación mayor en el trabajo, y también con pequeñas renuncias. A pesar de que, por lo tanto, le importaba principalmente dormir en provecho de su trabajo, no se quejaba él de las condiciones que reinaban en el dormitorio, ni ante la cocinera mayor ni ante Therese; pues en primer lugar, considerándolo bien, todos los muchachos sobrellevaban esas condiciones penosamente, sin que jamás se quejaran seriamente; y en segundo lugar, porque consideraba las molestias del dormitorio como una parte inseparable de su tarea de ascensorista, tarea que por lo pronto había recibido con gratitud de manos de la cocinera mayor.

Una vez por semana, con motivo del cambio de turno, tenía franco durante veinticuatro horas, y las empleaba, en parte, para hacer una o dos visitas a la cocinera mayor; o, si no, aguardaba el escaso tiempo libre de Therese para estar con ella unos momentos en algún rincón del pasillo y sólo rara vez en su cuarto, para cambiar así unas palabras fugaces. A veces también la acompañaba cuando hacía sus diligencias en la ciudad que debían llevarse a cabo con la mayor premura. Iban entonces casi corriendo, llevándole Karl el bolso, hasta la primera estación del tren subterráneo; el viaje pasaba en un santiamén como si el tren fuese arrastrado sin ofrecer la menor resistencia y apenas adentro ya lo abandonaban, traqueteando escaleras arriba, en lugar de esperar el ascensor, que les resultaba demasiado lento. Aparecían luego las grandes plazas desde las cuales las calles eran irradiadas como veloces rayos estelares, plazas que aportaban una aglomeración en ese

tránsito que en línea recta afluía desde todas partes; pero Karl y Therese corrían, muy juntos, a las distintas oficinas, lavaderos, depósitos y comercios, donde había que hacer pedidos o presentar quejas, cosas de bien escasa importancia por cierto, pero que no se podían negociar, sin más, por teléfono.
Therese cayó pronto en la cuenta de que la ayuda de Karl no resultaba nada despreciable sino que, por el contrario, aceleraba notablemente una cantidad de cosas. Jamás, cuando él la acompañaba, tenía que quedarse esperando, tal como otras veces le ocurría a menudo, hasta que la gente de los comercios, más que atareada, la atendiese. Él se aproximaba al mostrador y tanto golpeaba con los nudillos que finalmente el procedimiento daba resultado; por encima de murallas humanas lanzaba él sus exclamaciones en ese inglés que aún seguía teniendo ese acento un poco exagerado que se distinguía fácilmente entre cien voces, se acercaba a la gente sin vacilación, por más que se retirasen, arrogantes, al fondo de los más extensos salones de comercio. No lo hacía con arrogancia y justipreciaba toda resistencia, pero se sentía respaldado por una posición segura que le confería derechos: el Hotel Occidental era un cliente que no admitía bromas, y al fin y al cabo, Therese, pese a su experiencia comercial, veíase bastante necesitada de ayuda.
–Debería usted venir conmigo siempre –decía a veces, riendo dichosa, al regresar de alguna empresa llevada a cabo con particular éxito.
Sólo tres veces durante ese mes y medio de su permanencia en Ramsés se quedó Karl durante un rato prolongado, más de un par de horas, en el cuartito de Therese. Naturalmente, era más pequeño que cualquiera de los cuartos de la cocinera mayor; las cosas que contenía rodeaban en cierto modo sólo la ventana, pero Karl ya apreciaba bastante, por sus experiencias del dormitorio, el valor de un cuarto propio y relativamente tranquilo, y aunque no lo manifestase en forma expresa, Therese notaba, sin embargo, cuánto le gustaba su cuarto. No tenía ella secretos para él; no hubiera sido fácil por otra parte, después de aquella visita de la primera noche, tener todavía secretos ante él. Era hija natural; su padre, capataz de obras, luego de emigrar, las había hecho venir, a la madre y a la hija, desde Pomerania; mas como si con ello hubiese cumplido su deber o como si hubiese esperado a personas distintas y no a esa mujer agotada por el trabajo y a esa niña débil,+que había ido a recoger en el desembarcadero, siguió viaje bien pronto y sin grandes explicaciones hacia Canadá. Ellas se quedaron y no recibieron de él ni una carta ni otra noticia alguna, lo que, por otra parte, no era para asombrarse, pues se hallaban perdidas en los grandes alojamientos colectivos del Este neoyorquino, cosa que excluía

toda posibilidad de dar con ellas.
Cierta vez Therese se puso a referirle –Karl permanecía a su lado junto a la ventana y miraba a la calle– la muerte de su madre; cómo corrían la madre y ella, cierta noche de invierno –tendría ella a la sazón unos cinco años– por las calles, cada una con su hatillo, en procura de un echadero para pasar la noche; cómo la madre la llevaba primero de la mano –arreciaba un temporal de mucha nieve y no era nada fácil avanzar– hasta que se le entumeció la mano y soltó a Therese, sin volverse siquiera para mirarla; y ella entonces, con grandes esfuerzos, tuvo que sujetarse por sí misma de las faldas de su madre. Therese tropezó a menudo y hasta llegó a caerse, pero la madre seguía adelante como presa de una obsesión, y no se detenía. ¡Y qué nevascas aquéllas, en las largas y rectas calles de Nueva York! Karl aún no había pasado ningún invierno en Nueva York. Si camina uno contra el viento, y éste gira en círculo, entonces no pueden abrirse los ojos ni un instante; y el viento, sin cesar, le frota a uno la cara con nieve, y uno corre, pero sin adelantar nada; es en verdad desesperante. Y con todo, un niño, claro está, aventaja siempre a los adultos, ya que corre por debajo del viento y hasta siente un poco de alegría y placer en todo eso. Y así, aquella vez, Therese no podía comprender del todo a su madre, y estaba físicamente convencida de que, si aquella noche se hubiese conducido con más inteligencia –era todavía una niña muy pequeñita– frente a su madre, ésta no hubiera tenido que sufrir aquella muerte tan miserable.
La madre ya llevaba entonces dos días sin trabajar, ya no poseían ni la más ínfima moneda, habían pasado el día a la intemperie y sin probar bocado y en sus hatillos sólo arrastraban unos trapos inservibles que, acaso por superstición, no se atrevían a tirar. Ahora bien, para la mañana siguiente creía la madre que podría obtener una ocupación en una obra en construcción, pero temía –cosa que trató de explicar a Therese durante todo el día– no poder aprovechar esa ocasión favorable, pues se sentía muerta de cansancio ya por la mañana y para espanto de los transeúntes había tosido y arrojado mucha sangre; su único anhelo era llegar a calentarse en alguna parte y descansar. Y precisamente aquella noche resultaba imposible hallar el más insignificante rincón. Allí donde el casero no comenzaba ya por arrojarlas del zaguán, refugio en el que, de todas maneras, hubiera sido posible reponerse algo del temporal, atravesaban corriendo los estrechos y helados pasillos e iban subiendo afanosamente los altos pisos, rodeando las estrechas terrazas de los patios, llamando a las puertas a la buena de Dios, ya sin atreverse a hablarle a nadie, ya rogándole a cada uno de los que encontraban, y una o dos veces hasta llegó la madre a arrodillarse sin aliento, en el peldaño de una escalera

soledosa y atraía hacia sí violentamente a Therese que casi se defendía, y la besaba con dolorosa presión de sus labios. Si luego se piensa que eran éstos los últimos besos, no se concibe cómo, aun siendo una pequeña criatura, se ha podido ser tan ciega para no comprenderlo.

Algunos de los cuartos por los que pasaban tenían las puertas abiertas para dar salida al aire sofocante y en medio de aquel humo brumoso que, como causado por un incendio, llenaba los cuartos, no surgía sino la figura de alguien que aparecía en el marco de la puerta, demostrando, ya por su muda presencia, ya por una breve palabra, la imposibilidad de un albergue en dicho cuarto.

Ahora, a través de esa visión retrospectiva, parecíale a Therese que sólo en las primeras horas la madre había buscado seriamente algún sitio; pues pasada la medianoche probablemente ya no le había dirigido la palabra a nadie, si bien no había cesado de correr, entre pequeñas pausas, hasta la hora del alba y aunque hubiera en aquellas casas, donde jamás se cierran ni las puertas de calle ni las del interior, un movimiento constante y se topara uno con gente a cada paso. Desde luego aquello no era, en verdad, una carrera y la rapidez de su marcha se debía sólo al esfuerzo extremo de que ellas eran capaces, y en realidad sólo pudo haber sido un lento arrastrarse. Therese no podía tampoco precisar si, desde la medianoche hasta las cinco de la madrugada, habían estado en veinte casas o sólo en dos o siquiera en una sola. Los pasillos de esas casas habían sido construidos astutamente de acuerdo con planos adecuados al mejor aprovechamiento del espacio, pero que no tomaban en consideración la necesidad de poder orientarse fácilmente a través de ellos; ¡cuántas veces, sin duda, habían atravesado los mismos pasillos! Por ejemplo Therese recordaba oscuramente que abandonaron el portón de una casa después de haberla recorrido durante una eternidad; pero también le parecía que, una vez en la calle, se volvieron en seguida, precipitándose de nuevo en el interior de la misma casa.

Para la niña todo aquello implicaba naturalmente sufrimientos inconcebibles: el verse ya sujetada por la madre, ya asida a ella, arrastrada sin una sola palabra de consuelo; y todo esto no parecía tener entonces más que una sola explicación para su corta inteligencia, y era ésta: la madre pretendía huir de ella. Por eso se aferraba Therese cada vez más –aun cuando la madre la llevaba de una mano, aferrábase ella para mayor seguridad también con la otra– a las faldas de la madre, y sollozaba a intervalos. No quería ella que la abandonaran allí, entre las gentes que subían ruidosamente la escalera delante de ellas, que a su espalda, invisibles todavía, se aproximaban tras un recodo; que reñían en los pasillos ante una de las puertas,

empujándose mutuamente al interior de los cuartos. Beodos ambulaban por la casa con su sordo canturrear, y la madre conseguía deslizarse felizmente con Therese a través de grupos de tal gente que iban a cerrarles el paso.

Sin duda, a altas horas de la noche, cuando ya no se prestaba atención y ya nadie insistía con rigor absoluto en su derecho, habrían podido meterse siquiera en uno de aquellos dormitorios colectivos, subarrendados por empresarios; ya habían pasado frente a varios, pero Therese no entendía nada de eso y la madre ya no buscaba descanso.

Por la mañana, comienzo de un hermoso día de invierno, estaban apoyadas ambas en el muro de una casa, y allí quizá habían dormido un poco, quizá sólo habían estado mirando las cosas fijamente, con los ojos abiertos. Resultó que Therese había perdido su hatillo y la madre quiso zurrarla para castigar así semejante falta de cuidado, mas Therese ni oyó ni sintió golpe alguno. Siguieron luego a través de las calles que se animaban, la madre junto al muro; pasaron por un puente donde la madre iba quitando con la mano la escarcha del pretil y llegaron por fin –entonces Therese lo tomaba como si fuese lo más natural del mundo, hoy en cambio no podía comprenderlo– precisamente a aquella obra en construcción adonde la madre había sido citada para aquella mañana. No le dijo a Therese que esperara ni que se fuera, y Therese veía en ello una orden de esperar, ya que era esto lo que mejor concordaba con sus propios deseos. Sentóse, pues, sobre un montón de ladrillos y se quedó mirando cómo desataba la madre su hatillo, cómo sacaba de él un trapo de color y se aseguraba un pañuelo que había llevado en la cabeza durante toda la noche. Therese estaba demasiado cansada y por eso ni siquiera se le ocurría ayudar a su madre.

Sin presentarse previamente en la garita del capataz como era lo acostumbrado, sin preguntar a nadie, subió la madre por una escalera, como si ya supiese qué trabajo le habían adjudicado. A Therese le extrañó todo aquello, pues comúnmente se ocupaba a las ayudantas tan sólo abajo y únicamente para preparar y apagar la cal, para alcanzar los ladrillos y otras tareas sencillas. Creyó por lo tanto que la madre pensaba dedicarse ese día a un trabajo mejor pagado, y mirando hacia arriba medio dormida, le sonreía.

La obra aún no era alta, apenas había adelantado en la planta baja aunque las altas vigas de los armazones destinadas a la futura construcción –si bien todavía sin los tirantes de comunicación– se destacaban ya, enhiestas, contra el cielo azul. Allá arriba, la madre eludía hábilmente las dificultades de la marcha entre los albañiles que ponían ladrillo sobre ladrillo y que, cosa inaudita, no le pedían cuentas.

Sujetábase cautelosamente, tocándolo apenas, de un tabique de madera, que servía de barandilla, y Therese, en medio de su modorra, miraba asombrada desde abajo esa habilidad, y aun creía recibir de su madre una mirada amable. Pero por entonces la madre, en su marcha, había llegado a una pequeña pila de ladrillos ante la cual concluía la barandilla y probablemente también el camino; mas a ella no le importó, dirigióse derechamente a aquel montón de ladrillos y, pasando sobre él, se precipitó al vacío. Muchos ladrillos rodaron tras ella y finalmente, al cabo de un buen rato, desprendióse en alguna parte una pesada tabla que le cayó encima con gran estrépito.

El último recuerdo que guardaba Therese de su madre, era el de haberla visto yacer esparrancada, aun con su falda a cuadros que procedía de Pomerania; el de haber visto cómo la cubría casi totalmente aquella pesada tabla que yacía sobre ella, y cómo se agolpaban las gentes llegadas de todas partes, y cómo arriba, en lo alto de la obra, lanzaba algún hombre una voz iracunda.

Habíase hecho tarde cuando Therese concluyó su relato. Había desarrollado la narración minuciosamente, cosa que no solía hacer otras veces, y en los momentos indiferentes sobre todo, así al describir las vigas de los armazones, de las que cada una por sí misma se destacaba enhiesta contra el cielo, había tenido que interrumpirse con lágrimas en los ojos. Ahora, a los diez años de ocurrido el hecho, recordaba ella con toda precisión cada detalle de lo que entonces había sucedido; y ya que la visión que conservaba de la madre en lo alto de la apenas terminada planta baja era el último recuerdo que guardaba de la vida de su madre y no lograba transmitírselo con claridad suficiente a su amigo, quiso volver una vez más sobre el particular después del relato; pero se atascó, hundió la cara en ambas manos y no dijo ni una sola palabra más.

Pero también transcurrían horas más alegres en el cuarto de Therese. Ya durante su primera visita vio Karl allí un texto de correspondencia comercial y, accediendo a su pedido, ella se lo prestó. Al mismo tiempo convinieron en que Karl hiciera los ejercicios insertos en el libro y se los presentara a Therese, que ya había estudiado el contenido de ese libro, porque resultaba indispensable para cumplir sus pequeños trabajos. Y ahora permanecía Karl durante noches enteras, con algodón en los oídos, en el dormitorio, sobre su cama, y para no cansarse adoptaba todas las posturas posibles, leía en el texto y garabateaba los ejercicios en un cuadernillo con una estilográfica que le había regalado la cocinera mayor, como premio por haberle preparado en forma muy práctica y con esmerado empeño un gran registro del inventario.

Logró sacar provecho de la mayor parte de las molestias que le

causaban los otros muchachos, pidiéndoles reiteradamente consejos en cuestiones relativas al idioma inglés, hasta que se cansaron y lo dejaron en paz. A menudo le asombraba que los demás se hubiesen resignado de tal manera a permanecer en su condición actual, sin sentir siquiera su carácter precario –ascensoristas de más de veinte años de edad ya no eran admitidos–, y sin percibir la necesidad de decidirse acerca de su profesión futura, y que, a pesar del ejemplo de Karl, no leían otra cosa que, en el mejor de los casos, cuentos policíacos que, hechos jirones y sucios, se entregaban de cama en cama.
Durante los encuentros, corregía luego Therese con minuciosidad excesiva; surgían opiniones que eran objeto de controversias; Karl citaba en calidad de testigo a su gran profesor neoyorquino, pero éste tenía exactamente tan poco valor para Therese como los pareceres gramaticales de los ascensoristas. Ella le quitaba la pluma estilográfica de la mano y tachaba los puntos de cuya imperfección estaba segura; pero en caso de duda, y a pesar de que ninguna autoridad superior a Therese debía ver el ejercicio, volvía Karl a tachar, por pura escrupulosidad, las marcas que había puesto Therese.
A veces, por cierto, aparecía la cocinera mayor y ella decidía siempre a favor de Therese, mas esto tampoco probaba nada, ya que Therese era su secretaria. Pero al mismo tiempo su llegada traía la reconciliación general, pues se preparaba el té y se mandaba a buscar pasteles. Karl tenía entonces que contar cosas de Europa, ciertamente entre muchas interrupciones de la cocinera mayor que volvía a preguntar y a asombrarse de nuevo, por lo cual Karl se daba cuenta de cuánto habían cambiado allá las cosas, fundamentalmente, en un lapso relativamente breve, y cuánto se habrían modificado ya las cosas desde su ausencia y cómo iban modificándose continuamente.
Haría un mes aproximadamente que Karl se hallaba en Ramsés cuando cierta noche le dijo Renell, al pasar que delante del hotel le había dirigido la palabra un hombre que se llamaba Delamarche, preguntándole por Karl. Claro que Renell no había tenido motivo alguno de callar nada, y de acuerdo con la verdad le había referido que Karl era ascensorista, pero que tenía perspectivas de llegar a ocupar puestos mucho más importantes, debido a la protección que le brindaba la cocinera mayor. Karl se dio cuenta de cuán cautelosamente había sido tratado Renell por Delamarche, pues hasta lo había invitado a cenar esa noche con él.
–No tengo la menor relación con Delamarche –dijo Karl–. ¡Y tú cuídate mucho de él!
–¿Yo? –preguntó Renell y, estirándose, se fue presuroso. Era el chico más guapo del hotel y entre los demás muchachos circulaba el rumor

(sin que se supiera quién lo había originado) de que una señora distinguida, que se alojaba en el hotel ya hacía cierto tiempo, lo había acometido a besos (eso por lo menos) en el ascensor.

Él, que conocía ese rumor, encontraba sin duda un encanto muy grande en ver pasar a su lado a aquella dama confiada en cuyo aspecto exterior ni la menor cosa revelaba la posibilidad siquiera de semejante conducta, con sus pasos tranquilos y leves, sus delicados velos y su talle muy ceñido. Vivía ella en el primer piso y el ascensor de Renell no era el suyo; pero desde luego, estando los demás ascensores ocupados, no podía prohibirse a huéspedes de esa categoría el acceso a otro ascensor. Y así sucedía que dicha señora viajaba de vez en cuando en el ascensor de Karl y de Renell y, en efecto, sólo cuando estaba de servicio Renell. Quizá fuera pura casualidad; mas nadie lo creía así, y cuando partía el ascensor con los dos, apoderábase de toda la fila de los ascensoristas cierta inquietud que todos se esforzaban por reprimir y que hasta había provocado cierta vez la intervención de un camarero mayor.

Sea cual fuere la causa, ya la dama, ya el rumor, Renell de todas maneras había cambiado, habíase tornado mucho más altivo todavía; abandonaba el trabajo de lustrar los bronces totalmente a Karl –éste ya esperaba una oportunidad para plantear a fondo el asunto–, y en el dormitorio ya no se le veía. Ningún otro se había retirado tan completamente de la comunidad de los ascensoristas, pues por lo general conservaban todos una solidaridad severa, al menos en cuestiones de servicio, y mantenían una organización reconocida por la Dirección del hotel.

Karl dejó que todo esto cruzara por su mente, pensó también en Delamarche y, por otra parte, siguió cumpliendo con su servicio, como siempre. Hacia medianoche tuvo una pequeña distracción, pues Therese, que lo sorprendía a menudo con regalitos, le llevó una gran manzana y una tableta de chocolate. Conversaron un rato y las interrupciones producidas por los viajes del ascensor apenas los molestaron. La conversación llegó a tocar también el tema de Delamarche, y Karl cayó en la cuenta de que, en realidad, se había dejado influir por Therese, y si desde hacía algún tiempo creía que aquél era un hombre peligroso, a eso se debía; pues tal, en efecto, le había parecido a Therese, de acuerdo con los relatos de Karl. Pero Karl, en el fondo, creía que era tan sólo un bribón, que había permitido que la desgracia lo perdiera, y con el cual bien podía uno entenderse. Pero Therese le contradijo muy vivamente y mediante largos discursos le exigió a Karl la promesa de que ya nunca hablaría una sola palabra con Delamarche. En lugar de prometérselo instóla Karl repetidas veces a

que se fuera a dormir, puesto que hacía mucho ya que había pasado la medianoche, y como ella se negara, la amenazó con que abandonaría el puesto y la conduciría hasta su cuarto. Cuando finalmente la vio dispuesta a irse le dijo:

–¿Por qué me causas preocupaciones inútiles, Therese? Por si esto te ayudara a dormir, te prometo gustoso que hablaré con Delamarche sólo si no puedo evitarlo.

Luego se produjeron muchos viajes, pues el muchacho del ascensor vecino había sido inutilizado para algún trabajo auxiliar en otra parte y Karl tuvo que atender los dos ascensores. Ya hubo huéspedes que hablaron de desorden y un señor que acompañaba a una dama hasta le tocó a Karl levemente, con un bastón, a fin de que trabajase con mayor prisa, exhortación del todo innecesaria, por otra parte. Si por lo menos los huéspedes, al ver que en uno de los ascensores no había ningún muchacho, se hubiesen acercado en seguida al ascensor de Karl; pero ellos no hacían tal cosa, sino que, bien al contrario, se acercaban al ascensor vecino y allí se quedaban de pie, con la mano sobre la manija; o, si no, lo que era peor aún, entraban ellos mismos en el ascensor, cosa que de acuerdo con el inciso más severo del reglamento de servicio debían evitar los ascensoristas a toda costa. Y así tuvo que correr Karl, en un constante ir y venir que resultaba muy fatigoso, sin que no obstante hubiese obtenido con ello la conciencia de cumplir con rigor su deber.

Para colmo, hacia las tres de la mañana un mozo de cuerda, hombre viejo con quien tenía cierta amistad, pretendía que le ayudase en alguna cosa; pero él no podía brindarle de ninguna manera esa ayuda, pues precisamente en aquel momento había huéspedes esperando ante sus dos ascensores y exigía una gran presencia de ánimo tener que decidirse en el acto y dando grandes pasos por uno de los dos grupos. Se sintió feliz, por lo tanto, al volver el otro chico a su puesto y le dirigió unas palabras de reproche por su prolongada ausencia, aunque él probablemente no tuvo ninguna culpa.

Después de las cuatro de la madrugada todo fue tranquilizándose un poco; Karl ya necesitaba con urgencia de esa tranquilidad. Se quedó pesadamente apoyado en la balaustrada, junto a su ascensor, se puso a comer despacio la manzana, de la que emanaba, ya al primer mordisco, un fuerte aroma y miró hacia abajo, hacia un pozo de luz que se veía rodeado por las grandes ventanas de las despensas, tras las cuales apenas se llegaba a vislumbrar, entre las sombras, unas masas colgantes de plátanos.

EL CASO ROBINSON

Y entonces alguien le dio unas palmaditas en el hombro. Karl, pensando, claro está, que se trataba de un huésped, se apresuró a meter en un bolsillo su manzana y corrió hasta el ascensor, dirigiéndole al hombre apenas una mirada.
–Buenas noches, señor Rossmann –dijo en ese momento el hombre–; yo soy Robinsón.
–¡Pero! ¡Cómo ha cambiado usted! –dijo Karl cabeceando de asombro.
–Sí, ahora me va bien –dijo Robinsón contemplándose a sí mismo con una mirada que se deslizó hacia abajo sobre su propia vestimenta, compuesta acaso de prendas bastante finas, pero en tan abigarrada mezcla que el conjunto parecía sencillamente miserable. Lo más llamativo era un chaleco blanco, evidentemente recién estrenado, con cuatro bolsillos pequeños fileteados de negro; Robinsón, por otra parte, trataba de ostentarlo ex profeso hinchando el pecho.
–Gasta usted prendas caras –dijo Karl y pensó fugazmente en su sencillo y hermoso traje con el cual él hubiera podido competir hasta con el mismísimo Renell y que aquellos dos malos amigos habían vendido.
–Sí –dijo Robinsón–, casi todos los días me compro algo. ¿Qué le parece el chaleco?
–Bastante bien –dijo Karl.
–No son bolsillos verdaderos; están hechos así sólo para figurar –dijo Robinsón cogiendo la mano de Karl para que éste se convenciera por sí mismo. Pero Karl retrocedió, pues la boca de Robinsón despedía un insoportable olor a aguardiente.
–De nuevo bebe usted mucho –dijo Karl, y ya estaba nuevamente junto a la balaustrada.
–No –dijo Robinsón–; mucho no. –En desacuerdo con su anterior comentario añadió–: Y, qué más le queda al hombre en este mundo?
Un viaje en el ascensor vino a interrumpir la conversación y apenas hubo regresado recibió una llamada telefónica con la orden de ir a buscar al médico del hotel para una señora del séptimo piso que había sufrido un desmayo. Mientras se hallaba en camino para cumplir la orden, esperaba Karl secretamente que Robinsón se marchara entretanto, pues no quería que lo viesen con él y, teniendo presente la advertencia de Therese, no quería tampoco saber nada de Delamarche. Pero Robinsón seguía esperando, con el porte rígido de un beodo completo, y en ese preciso instante pasaba por allí un importante empleado del hotel, de levita negra y sombrero de copa, felizmente sin que Robinsón le mereciera, al parecer, mucha atención.
–Rossmann, ¿no quiere usted venir a visitarnos alguna vez? Ahora lo

pasamos muy bien –dijo Robinsón mirando a Karl de un modo seductor.
–¿Me invita usted o Delamarche? –preguntó Karl.
–Delamarche y yo; estamos de acuerdo en ello –dijo Robinsón.
–Entonces le digo a usted y le ruego le transmita lo mismo también a Delamarche que nuestra despedida, si es que esto no había quedado en claro ya de por sí, ha sido definitiva. Ustedes dos me han causado más penas que las que nadie me causó nunca. ¿Acaso se han propuesto no dejarme en paz tampoco de ahora en adelante?
–Pero si somos sus camaradas –dijo Robinsón, y repugnantes lágrimas de borracho le asomaron a los ojos–. Delamarche le manda decir que desea indemnizarlo de todo lo anterior. Vivimos ahora con Brunelda, una magnífica cantante.
Y acto seguido se dispuso a entonar una sonora canción, pero Karl, a tiempo todavía, lo increpó siseando:
–Cállese, ¡cállese inmediatamente!, ¿acaso no sabe usted dónde se encuentra?
–Rossmann –dijo Robinsón, atemorizado ya en cuanto al canto–, pero si yo, diga usted lo que quiera, soy su compañero. Y ahora que tiene usted aquí un puesto tan excelente, ¿no podría facilitarme algo de dinero?
–Pero si usted no hará más que bebérselo otra vez –dijo Karl–; si hasta estoy viendo allí, en su bolsillo, una botella de aguardiente, del que usted seguramente ha bebido durante mi ausencia, pues al comienzo estaba usted todavía, poco más o menos, en sus cabales.
–Lo hago sólo para confortarme cuando estoy en camino haciendo alguna diligencia –dijo Robinsón excusándose.
–Si ya ni siquiera es mi propósito corregirlo a usted –dijo Karl.
–¡Pero el dinero! –dijo Robinsón con los ojos repentinamente rasgados.
–Sin duda Delamarche le ha encargado que le llevara dinero. Bien, le daré dinero; pero con la expresa condición de que usted se marche inmediatamente de aquí, y que jamás vuelva a visitarme en esta casa. Si quiere usted comunicarme algo, escríbame: Karl Rossmann, ascensorista, Hotel Occidental, son señas suficientes. Pero aquí, lo repito, no debe usted volver a visitarme. Aquí estoy de servicio y no tengo tiempo para recibir visitas. Bien, pues, ¿quiere usted el dinero con esa condición? –preguntó Karl, y ya introducía la mano en el bolsillo de su chaleco, pues estaba decidido a sacrificar la propina de aquella noche.
Robinsón, en respuesta a tal pregunta, sólo asintió meneando la cabeza y respirando con gran dificultad. Karl interpretó el hecho erróneamente y preguntó una vez más:

–¿Sí o no?
Y entonces Robinsón le hizo comprender por señas que se aproximara y entre contorsiones ya bastante elocuentes susurró:
–Rossmann, me siento muy mal.
–¡Al diablo! –exclamó Karl escapándosele involuntariamente tales palabras, y con ambas manos lo arrastró hasta la balaustrada. Y ya surgía el chorro y caía de la boca de Robinsón a las profundidades. Desamparado, en las pausas que le dejaba su malestar, se deslizaba hacia Karl ciegamente.
–Usted es, en verdad, un buen muchacho –decía luego; o bien–; ya va a terminar, ya –cosa que aún no era cierta ni remotamente, o–: ¡Qué brebaje me habrán echado ahí esos perros!
Karl, lleno de inquietud y de asco, ya no aguantaba cerca de él y comenzó a pasearse. En aquel rincón, junto al ascensor quedaba Robinsón, ciertamente un tanto escondido; pero, ¿qué sucedería si no obstante, alguno reparase en él, uno de esos huéspedes nerviosos, ricos, que están en acecho constantemente, ansiosos de poder presentar una queja a algún empleado del hotel que acudiría sin duda corriendo, y que luego, furioso, tomaría venganza contra toda la casa, aprovechando ese motivo; o si pasara uno de esos pesquisantes del hotel que siempre cambian, que nadie conoce excepto la Dirección y cuya presencia se sospecha en cada hombre que uno ve, basta que se le descubra una mirada un tanto examinadora, acaso debida meramente a su miopía? Y allá abajo sólo hacía falta que con ese movimiento propio del restaurante, que no cesaba durante toda la noche, fuese alguien a las despensas, que notase aquella asquerosidad en el pozo de luz y preguntase a Karl por teléfono qué, por el amor Dios, estaba pasando allí arriba. ¿Podía Karl, en tal caso, desconocer a Robinsón? Y si lo hiciese, ¿no se referiría Robinsón, en su tontería y desesperación, y por toda excusa, precisa y exclusivamente a Karl? ¿Y no sería inevitable entonces que lo despidieran en el acto, pues habría sucedido la cosa inaudita de que un ascensorista –el más bajo y más prescindible de la enorme escala de la servidumbre de aquella casa– dejara mancillar el hotel por su amigo, permitiendo que asustara a los huéspedes o que del todo los ahuyentara? ¿Podía tolerarse por más tiempo a un ascensorista que tenía tales amigos, y a quienes, para colmo, permitía que lo visitaran durante las horas de servicio? ¿No parecería a todas luces evidente que un ascensorista de esa laya era un bebedor él mismo o algo peor aún?, pues ¿no sería la suposición más convincente que él, aprovechando los depósitos del hotel, hartaba a sus amigos hasta el punto de que llegasen a hacer cosas como la que ahora había hecho Robinsón en ese mismo hotel donde se mantenía una

limpieza rigurosa y pedante? ¿Y por qué había de limitarse tal muchacho a los hurtos de víveres, si las ocasiones para robar eran realmente infinitas, dada la conocida negligencia de los huéspedes, y si estaban a la vista los armarios que quedaban abiertos por todas partes, los valores y preciosidades que se dejaban sobre las mesas, los estuches muy abiertos, las llaves distraídamente arrojadas en cualquier parte?

Precisamente veía Karl que a lo lejos, de un salón del sótano en el cual acababa de concluir una función de variedades, comenzaban a subir los huéspedes. Karl se apostó junto a su ascensor y ni siquiera se atrevió a volver la cabeza hacia Robinsón, por temor a lo que allí pudiera presentarse a sus ojos. Pero le tranquilizaba el que no oyese desde aquel lado el menor ruido, ni siquiera un suspiro. Seguía, por cierto, atendiendo a sus huéspedes, subía y bajaba con ellos; mas, no obstante, no podía ocultar del todo su distracción, y en cada viaje hacia abajo preparábase a encontrar alguna sorpresa desagradable.

Al fin dispuso nuevamente de unos momentos libres para echar una mirada al lugar donde estaba Robinsón y lo vio muy encogido, acurrucado en su rincón y con la cara apretada contra las rodillas. Tenía muy echado hacia atrás su sombrero redondo y duro.

–Pues ahora, váyase usted –dijo Karl en voz baja y con tono resuelto–. Aquí tiene usted el dinero. Si se apresura, podré mostrarle todavía el camino más corto.

–No podré irme –dijo Robinsón enjugándose la frente con un diminuto pañuelo–. Aquí moriré. No puede imaginarse usted que mal me siento. Delamarche me lleva a todas partes, a estos lugares finos, pero yo no soporto ese brebaje afeminado; se lo digo a Delamarche todos los días.

–Pero, de una vez para siempre, aquí no puede usted quedarse –dijo Karl–; piense usted siquiera dónde se encuentra. Si lo descubren aquí, lo castigarán a usted y yo perderé mi puesto. ¿Es esto lo que usted pretende?

–No puedo irme –dijo Robinsón–. Antes me arrojo allá abajo. –Y a través de los balaustres señaló el pozo de luz– Quedándome aquí sentado, todavía puedo soportarlo, pero levantarme, ¡eso sí que no puedo! ¡Si ya lo intenté mientras usted no estaba!

–Entonces, bien, iré por un coche y lo llevarán al hospital –dijo Karl sacudiéndole ligeramente las piernas, pues Robinsón amenazaba hundirse a cada instante en una apatía absoluta. Pero apenas oyó Robinsón la palabra hospital, que parecía despertar en él imágenes terribles, se puso a llorar a lágrima viva y tendió las manos hacia Karl, implorando gracia.

–Quieto –dijo Karl; le bajó las manos de un revés, corrió hasta el

ascensorista a quien él había reemplazado esa noche, le rogó que durante unos momentos le hiciera el mismo favor, y retornó corriendo hasta donde estaba Robinsón.
Levantó con todas sus fuerzas al que aún seguía sollozando y le dijo al oído:
–Robinsón, si quiere que yo me ocupe de usted, haga entonces un esfuerzo y recorra ahora un pequeñísimo trecho. Lo conduciré, ¿sabe usted?, a mi cama, donde podrá quedarse hasta que se sienta bien. Verá usted qué pronto se repondrá. Quedará usted asombrado. Y ahora sólo le pido que se conduzca razonablemente, pues en los pasillos hay gente por todas partes y mi cama, además, se halla en un dormitorio colectivo. Por poco que llame la atención, ya nada podré hacer por usted. Y tenga los ojos abiertos: no puedo andar llevándolo como a un enfermo moribundo
–Sí, sí, voy a hacer lo que usted quiera –dijo Robinsón–, pero usted solo no podrá llevarme. ¿Por qué no va usted a buscar también a Renell?
–Renell no está –dijo Karl.
–¡Ah, sí!, es verdad –dijo Robinsón–; Renell está con Delamarche. Si son ellos, ellos dos, quienes me han mandado por usted. Ya lo estoy confundiendo todo.
Karl aprovechó éste y otros monólogos incomprensibles de Robinsón para ir empujándolo adelante, y así llegaron felizmente hasta un recodo desde donde un pasillo un poco menos iluminado conducía al dormitorio de los ascensoristas. Precisamente venía por el pasillo a todo correr un ascensorista que pasó junto a ellos; por lo demás, hasta ese momento, sólo había tenido encuentros nada peligrosos; pues esa hora, entre las cuatro y las cinco, era la más tranquila, y bien sabía Karl que si no lograba sacar a Robinsón en seguida, a la hora del alba y al comenzar el tráfago del día ya no habría, de ninguna manera, ocasión favorable de hacerlo.
En el otro confín del dormitorio se realizaba precisamente una gran pelea o alguna función de otra índole. Se oía un palmoteo rítmico, un pataleo de pies agitados y aclamaciones deportivas. En la mitad de la sala situada cerca de la puerta se veía sobre las camas a muy pocos durmientes imperturbables, los más yacían boca arriba y miraban fijamente al vacío y de vez en cuando saltaba alguno de la cama, vestido o sin vestir, tal como en el momento se encontraba, para cerciorarse de cómo marchaban las cosas en el otro extremo de la sala. Y así pues, Karl, sin que lo notasen llevó a Robinsón, que entretanto se había acostumbrado hasta cierto punto a andar, a la cama de Renell, ya que ésta se encontraba muy cerca de la puerta y felizmente no la

ocupaba nadie; mientras que en su propia cama, como bien podía verlo desde lejos, dormía tranquilamente otro muchacho, a quien ni siquiera conocía.

Apenas sintió Robinson la cama bajo sí –una de sus piernas bamboleaba todavía fuera del lecho– se quedó dormido. Karl lo cubrió completamente con la colcha, incluso el rostro, y luego se fue creyendo que no tenía por qué preocuparse, puesto que Robinsón sin duda no despertaría hasta las seis y antes de esa hora él ya estaría de vuelta, luego –quizá entonces estaría también Renell para ayudarle– ya encontraría algún medio para quitar de allí a Robinsón. Una inspección del dormitorio realizada por funcionarios superiores producíase sólo en casos extraordinarios –hacía años ya que los ascensoristas habían conseguido la abolición de la inspección general que antes se practicaba–, de manera que tampoco en ese sentido había nada que temer.

Al llegar nuevamente junto a su ascensor advirtió Karl que partían hacia arriba, en ese preciso instante, tanto su propio ascensor como el de su vecino. Quedóse esperando, inquieto por ver cómo se explicaba ese asunto. Su ascensor bajó primero y salió de él aquel muchacho que precisamente hacía unos momentos había venido corriendo por el pasillo.

–¿Dónde has estado Rossmann? –preguntó–. ¿Por qué te has ido? ¿Y por qué no has dado aviso de que te ibas?

–Pero si le dije que me reemplazara por un momento –repuso Karl señalando al muchacho del ascensor vecino que se aproximaba–. Yo también lo he reemplazado a él durante dos horas y cuando más movimiento había.

–Perfectamente, perfectamente –dijo el interpelado–, pero eso no es suficiente. ¿Acaso no sabes que por poco que uno se ausente durante el servicio, debe dar aviso, como corresponde, a la oficina del camarero mayor? Para eso tienes ahí el teléfono. Yo te hubiera reemplazado con gusto, pero bien sabes que no es tan fácil. Precisamente esperaban ante los dos ascensores huéspedes nuevos, llegados en el tren rápido de las cuatro y treinta. Y como yo no podía primero hacerme cargo del ascensor tuyo y dejar que esperaran los huéspedes míos, he subido antes con el mío.

–¿Y entonces? –preguntó Karl intrigado, ya que los dos muchachos callaban.

–Y entonces –dijo el muchacho del ascensor vecino–, entonces pasa precisamente el camarero mayor, ve a la gente de pie, delante de tu ascensor, sin ser atendida, se le revuelve la bilis, llego yo a todo correr, me pregunta dónde te has metido, pero yo no tenía la menor idea pues

tú no me dijiste adónde ibas, y entonces habla inmediatamente por teléfono al dormitorio y hace venir a otro muchacho en seguida.
–Si hasta te encontré en el pasillo –dijo el reemplazante de Karl. Éste asintió.
–Naturalmente –aseguraba el otro muchacho–, le dije en seguida que tú me habías pedido que te reemplazara, pero ¿acaso escucha ése semejantes excusas? Probablemente tú no lo conoces todavía. Y además nos dijo que tienes que ir inmediatamente a la oficina. De manera que es mejor que no te detengas: ve corriendo allí. Tal vez todavía te lo perdone, pues realmente te habías ausentado sólo dos minutos. Dile tranquilamente que me habías pedido que te reemplazara. Pero de que me hayas reemplazado tú a mí, será mejor que no hables, créemelo; a mí nada puede pasarme, puesto que yo tenía permiso, pero no es bueno hablar de una cuestión semejante entremetiéndola en ese asunto con el cual no tiene la menor relación.
–Ésta ha sido la primera vez que he abandonado mi puesto –dijo Karl.
–Siempre ocurre así, sólo que no lo creen –dijo el muchacho, y corrió hasta su ascensor viendo que se aproximaba gente.
El reemplazante de Karl, un muchacho de unos catorce años, que evidentemente sentía compasión por Karl, dijo:
–No sería la primera vez que se perdonan cosas semejantes. Generalmente lo trasladan a uno a otros trabajos. Por lo que yo sé, uno solo ha sido despedido por una cuestión como ésta.
–Tienes que inventar alguna excusa. No le digas en ningún caso que de pronto te has sentido mal, pues entonces sólo se reiría de ti. Será mejor que le digas que algún huésped te ha mandado a ver a otro huésped con un recado urgente y que ya no sabes quién es el primero de los huéspedes, y que al segundo no has podido encontrarlo.
–¡Bah! –dijo Karl–, no ha de ser tan grave.
Después de todo lo que había oído, ya no creía en la posibilidad de un desenlace favorable. Pues aunque quedase perdonada esta falta en el servicio, en el dormitorio seguía yaciendo Robinsón que representaba su culpa viviente; y el carácter atrabiliario del camarero mayor era más que probable que no se conformara con una investigación superficial y que, finalmente diera todavía, a pesar de todo, con Robinsón. Sin duda no existía ninguna prohibición expresa según la cual no se podía llevar gente extraña al dormitorio, pero si no regía una prohibición semejante era sólo porque nadie prohibía, por cierto, cosas inimaginables.
Cuando Karl entró en la oficina del camarero mayor estaba éste precisamente tomando su desayuno; bebía un sorbo de su café con leche y revisaba luego una lista que, sin lugar a dudas, lo había traído el portero mayor del hotel, que también se hallaba allí presente. Era un

hombre grande a quien su uniforme abundante, ricamente adornado –hasta sobre los hombros y descendiendo por los brazos serpenteaban cadenas y cintas doradas–, hacía aparecer más ancho de hombros todavía de lo que ya era por naturaleza. Un bigote negro y lustroso, estirado en puntas distantes, como suelen gastarlo los húngaros, no se movía ni al más rápido movimiento de cabeza. Por otra parte el hombre, por el peso de su ropaje, apenas si podía moverse, con dificultad por regla general, y no estaba de pie sino esparrancado, con las piernas a manera de estacas, a fin de distribuir así exactamente su peso.

Karl entró con timidez y de prisa, costumbre que había adquirido en el hotel, pues la lentitud y cautela, que en un particular son señal de cortesía, considerábase pereza en un ascensorista. Por otra parte, no había de notarse ya en el primer momento su culpabilidad. Ciertamente el camarero mayor había dirigido una mirada fugaz hacia la puerta que se abría; pero luego volvieron a ocuparlo en seguida su café y su lectura, y ya no hizo caso de Karl. El portero, en cambio, tal vez porque se sentía molesto por la presencia de Karl, tal vez porque venía con alguna noticia o solicitud secreta, sea como fuese, lo miraba a cada instante, enfadado, con la cabeza rígida, inclinada, para volverse luego nuevamente hacia el camarero mayor, mas no antes de que sus miradas hubiesen encontrado las de Karl, lo que manifiestamente había sido su intención. No obstante creía Karl que al encontrarse ya allí no quedaría bien que abandonara la oficina sin haber recibido antes la orden correspondiente del camarero mayor. Pero éste seguía estudiando la lista y al mismo tiempo comía a intervalos un pedazo de torta, del que de cuando en cuando, sin interrumpir la lectura, sacudía el azúcar. En eso estaba cuando cayó al suelo una hoja de la lista; el portero ni siquiera intentó levantarla; sabía perfectamente que no lo lograría, mas no fue necesario porque en el acto ya estaba Karl entregándole la hoja al camarero mayor, que se la recibió con un ademán como si hubiese levantado vuelo por sí mismo desde el piso hasta su mano. Esa pequeña atención no sirvió de nada, pues tampoco en lo sucesivo suspendió el portero sus enojadas miradas.

No obstante, Karl estaba más tranquilo que antes. Ya el hecho de que su asunto pareciera tener tan poca importancia para el camarero mayor podía interpretarse ciertamente como buena señal. Al fin y al cabo esto era lo más natural. Ciertamente un ascensorista no significa nada en absoluto y nada puede permitirse por lo tanto; pero por el mismo hecho de no significar nada no puede tampoco originar ningún mal extraordinario. Al fin y al cabo el mismo camarero mayor había sido ascensorista en su juventud –cosa que seguía siendo un motivo de

orgullo para los ascensoristas de la generación actual–, había sido él quien por primera vez había organizado a los ascensoristas y seguramente él también habría abandonado alguna vez su puesto sin permiso, aunque por cierto nadie podría obligarlo a que ahora lo recordase y no se debía menoscabar el hecho de que él, precisamente como antiguo ascensorista, considerara de su deber el mantenimiento del orden en el seno de este gremio, mediante una severidad inexorable en ciertas ocasiones.
Pero además confiaba Karl en la marcha del tiempo. De acuerdo con el reloj de la oficina ya eran las cinco y cuarto; Renell podía volver en cualquier momento, hasta era posible que ya estuviese allí; pues, por otra parte, debía haberle llamado la atención que Robinsón no regresara, esto se le ocurría a Karl ahora. Delamarche y Renell no podían haber estado muy lejos del Hotel Occidental, pues de otra manera Robinsón, en el estado miserable en que se hallaba, no habría llegado hasta allí. Ahora bien, encontrando Renell a Robinsón en su cama, cosa que tenía que suceder, ya todo marcharía perfectamente. Pues Renell, práctico como era, sobre todo si iba en ello su propio interés, ya se las arreglaría para alejar a Robinsón del hotel de alguna manera inmediata, cosa que entonces ya resultaría mucho más fácil, puesto que Robinsón se habría repuesto un poco entretanto, y ya que, por otra parte, sería probable que Delamarche esperase delante del hotel a fin de recogerlo.
Ahora bien, una vez alejado Robinsón, ya podría Karl enfrentarse con el camarero mayor mucho más tranquilo; por esta vez acaso se salvaría recibiendo sólo una amonestación que, por cierto, podía resultar bien grave. Y luego le pediría consejo a Therese, sobre si convendría que le confesase la verdad a la cocinera mayor –por su parte no veía obstáculo alguno–, y si esto era posible efectivamente, el asunto quedaría olvidado sin mayores perjuicios.
Precisamente habíase tranquilizado Karl un poco con tales reflexiones y ya se disponía a hacer, sin llamar la atención, el recuento de la propina recibida esa noche, pues tenía la sensación de que era excepcionalmente abundante, cuando el camarero mayor, pronunciando las palabras: «Haga usted el favor de esperar un instante todavía, Feodor», dejó la lista sobre la mesa, se levantó de un salto elástico e increpó a Karl, gritando de tal manera que éste, en el primer momento, no hizo más que, asustado, mirar fijamente al interior de aquel grande y negro orificio bucal.
–Has abandonado tu puesto sin permiso. ¿Sabes lo que esto significa? Pues significa perder el empleo. No quiero conocer tus excusas; guárdate tus mentirosos pretextos; a mí me basta plenamente con el

hecho de que no hayas estado. Que una sola vez tolere y perdone yo esto será suficiente para que en lo sucesivo los cuarenta ascensoristas abandonen sus puestos durante las horas de servicio y habrá que verme entonces a mí solo cargar con los cinco mil huéspedes escaleras arriba.

Karl no dijo nada. Se le había acercado el portero, el cual daba en ese momento unos tirones de la chaquetilla de Karl que mostraba unas cuantas arrugas; lo hacía sin duda para llamar la atención del camarero mayor, especialmente, sobre ese pequeño desorden del traje de Karl.

–¿Acaso te has sentido repentinamente mal? –preguntó con astucia el camarero mayor.

Karl le dirigió una mirada escudriñadora y respondió:

–No.

–¿De manera que ni siquiera te has sentido mal? –gritó el camarero mayor–. Pues si es así habrás inventado alguna mentira verdaderamente grandiosa. ¿Qué excusa tienes? Vamos, desembucha.

–Yo no sabía que hubiera que pedir permiso por teléfono –dijo Karl.

–¡Oh!, esto es, por cierto, delicioso –dijo el camarero mayor; cogió a Karl de la solapa y así, casi suspendido, se lo llevó frente a un reglamento relativo al servicio de los ascensores que estaba fijado en la pared. El portero también fue tras ellos.

–¡Lee aquí! –dijo el camarero mayor señalando cierto artículo.

Karl creyó que debía leerlo para sí.

–¡En voz alta! –ordenó con tono de mando el camarero mayor.

En vez de leer en voz alta, Karl, esperando que con ello aplacaría más fácilmente al camarero mayor, dijo:

–Conozco el artículo; he recibido, por supuesto, el reglamento y lo he leído detenidamente; pero precisamente una ordenanza como ésta, que uno nunca tiene ocasión de poner en práctica, suele olvidarse. Ya estoy desempeñando mi puesto desde hace dos meses y jamás he abandonado mi puesto.

–Pues entonces lo abandonarás ahora –dijo el camarero mayor.

Se acercó a la mesa, levantó de nuevo la lista como si fuese algún trapo sin valor y echó a andar por el cuarto, de aquí para allá, con la frente y las mejillas muy encendidas.

–¡Y por un granuja semejante tiene uno que pasar por todo esto! ¡Por semejantes disgustos durante el servicio nocturno! –Espetó tales palabras varias veces–. ¿Sabe usted quién era el que precisamente deseaba subir cuando este individuo había abandonado el ascensor? –dijo dirigiéndose al portero. Y nombró un apellido. Al escucharlo, el portero, que seguramente conocía y sabía apreciar el valor de todos los huéspedes, se estremeció tanto que no pudo menos que dirigir una

rápida mirada hacia Karl, como si sólo la existencia de éste pudiese ser realmente una confirmación de que, en efecto, el portador de aquel apellido había tenido que esperar unos instantes, inútilmente, junto a un ascensor cuyo ascensorista se había escapado.
–¡Es horroroso! –dijo el portero presa de una inquietud infinita y meneando la cabeza lentamente en dirección a Karl.
Éste lo miraba con tristeza y pensaba que ahora tendría que pagar también las consecuencias de la torpeza mental de ese hombre.
–Por otra parte ya te conozco yo también –dijo el portero extendiendo su índice grueso, grande, rígido–. Eres el único de los muchachos que no me saluda, que sistemáticamente no me saluda. ¿Qué es lo que te crees tú, en verdad? Cualquiera que pase por la portería tiene el deber de saludarme. En cuanto a los demás porteros, puedes proceder como quieras; pero, por mi parte, exijo que se me salude. Es cierto que a veces me hago el distraído; pero puedes estar bien tranquilo, yo sé siempre, exactamente, quién me saluda y quién no, ¡pedazo de botarate!
Se apartó de Karl y en actitud altiva dio unos pasos hacia el camarero mayor; pero éste, en lugar de manifestar su opinión respecto de ese asunto del portero, concluía su desayuno hojeando un diario matutino que acababa de traerle un ordenanza.
–Señor portero mayor –dijo Karl queriendo aprovechar la distracción del camarero mayor al menos para dejar en claro el asunto del portero, pues comprendía que si bien no podía perjudicarle gran cosa el reproche del portero, sí podía hacerlo su enemistad–; ciertamente lo saludo a usted. No llevo mucho tiempo todavía en América y vengo de Europa, donde, como todo el mundo sabe, se saluda mucho más de lo necesario. Naturalmente no he podido deshabituarme del todo y hace apenas dos meses trataron de convencerme en Nueva York, donde casualmente tenía yo relaciones con gente del gran mundo, en cada ocasión que se presentaba, de que dejara yo a un lado mi exagerada cortesía. ¡Y siendo así, cómo no habría de saludarlo a usted, precisamente a usted! Todos los días lo he saludado a usted, y varias veces por día. ¡Claro que no cada vez que lo veía, puesto que cien veces al día paso yo frente a usted!
–Tú tienes que saludarme siempre, siempre sin excepción, y durante todo el tiempo que hables conmigo tienes que permanecer con la gorra en la mano y tienes que decirme siempre: «señor portero mayor» y no «usted». Y todo esto siempre y siempre.
–¿Siempre? –repitió Karl en voz baja y en tono interrogativo; ahora se acordaba, en efecto, de las miradas llenas de rigor y reproche que le había lanzado el portero durante toda su permanencia allí, ya a partir

de aquella primera mañana en que, no habiéndose adaptado todavía suficientemente a su condición de subordinado, interrogó a aquel portero, sin más, con cierto exceso de audacia y queriendo saber si por ventura no habían preguntado por él dos hombres y si no habían dejado, quizá, alguna fotografía para él.

–Ahora ya ves a dónde lleva una conducta semejante –dijo el portero. Ya estaba otra vez muy cerca de Karl y dijo esto señalando al camarero mayor, que aún se hallaba leyendo, como si aquél fuese el representante de su venganza–. En tu próximo puesto ya sabrás saludar al portero aunque sólo sea el caso en alguna taberna miserable.

Karl comprendió que en realidad había perdido su puesto, pues el camarero mayor ya lo había declarado y el portero mayor lo había repetido como si se tratase de un hecho consumado, y tratándose de un simple ascensorista seguramente no sería necesaria la confirmación de su cesantía por parte de la Dirección del hotel. Por cierto, todo esto había podido imaginar, pues al fin y al cabo había cumplido durante esos dos meses lo mejor que había podido y sin duda mejor que muchos otros muchachos. Pero tales cosas por lo visto no se toman en consideración en el momento decisivo, en ninguno de los continentes, ni en Europa ni en América, sino antes bien se toman decisiones según el rapto de furia del primer momento y conforme a la primera sentencia que salga de la boca.

Tal vez hubiera sido lo mejor en aquel momento despedirse en seguida y marcharse; la cocinera mayor y Therese quizá estuvieran durmiendo todavía y él podría despedirse de ellas por carta, para ahorrarles así, al menos evitando la despedida personal, la decepción y la tristeza que su conducta les causaría; podría preparar rápidamente su baúl y marcharse en silencio. Pero si en cambio se quedaba aunque fuese un día más, y por cierto le hubiera sentado bien dormir un poco, no podía acontecer sino que su asunto se inflase hasta estallar en un escándalo y sólo podría esperar reproches de todas partes y la escena insoportable del llanto de Therese y quizá de la cocinera mayor, y posiblemente, para rematarlo todo, recibiese algún castigo. Mas por otra parte lo turbaba tener que enfrentarse con dos enemigos y el que cada palabra que él pronunciase fuese objetada e interpretada para mal, si no por uno, seguramente por el otro; quedó, pues, callado disfrutando momentáneamente de la tranquilidad que reinaba en el cuarto ya que el camarero mayor seguía leyendo el diario y el portero mayor ordenaba la lista dispersa sobre la mesa de acuerdo con los números de las páginas, lo que en vista de su miopía evidente le originaba grandes dificultades.

Por fin, bostezando, el camarero mayor dejó el diario, dirigió una

mirada hacia Karl para cerciorarse de que éste seguía allí, y dando vueltas a la manivela hizo sonar la campanilla del teléfono que estaba sobre la mesa. Dijo varias veces «hola», pero nadie contestaba.
–No contesta nadie –le dijo al portero mayor. Éste, que había seguido con especial interés, por lo que le pareció a Karl, esa llamada telefónica, dijo:
–Pero si ya son las seis menos cuarto. Ya debe estar despierta sin duda. Insista usted, insista sin temor.
En ese momento llegó, sin que mediase otro pedido, la señal telefónica de respuesta.
–Habla el camarero mayor Isbary –dijo éste–. Buenos días, señora cocinera mayor. Espero no haberla despertado, ¡por Dios! Pues lo siento muchísimo. Sí, sí; ya son las seis menos cuarto. Pero siento sinceramente haberla asustado. Debería usted desconectar el teléfono mientras duerme. No, no, realmente es imperdonable, más aún si se considera la insignificancia del asunto por el cual quisiera hablarle. Pero claro está, tengo tiempo, seguramente; voy a esperar junto al teléfono, si le parece.
–Debe de haber corrido en camisa de dormir a atender el teléfono –dijo el camarero mayor sonriendo al portero mayor, que en el ínterin había permanecido inclinado sobre la caja telefónica, con un enorme interés reflejado en su rostro–. Realmente la he despertado. Por lo general la despierta esa chiquilla que escribe para ella a máquina, y sólo por excepción debe de haberse retrasado hoy. Siento haberle causado ese sobresalto; ya es bastante nerviosa de suyo.
–¿Por qué no sigue hablando?
–Se ha ido a ver qué ocurre con la muchacha –contestó el camarero mayor acercando el auricular a su oído, pues la campanilla sonaba otra vez–. Ya aparecerá –dijo luego dirigiéndose al teléfono–. No debe usted permitir que cualquier cosa la asuste de esa manera. Usted realmente necesita reponerse, y a fondo. Bueno, pues mi pequeña consulta... hay aquí un ascensorista que se llama... –con un gesto interrogativo se volvió hacia Karl y éste, ya que estaba prestando suma atención, pudo proporcionarle su nombre en seguida–, que se llama, pues, Karl Rossmann. Si mal no recuerdo, demostró usted cierto interés por él; desgraciadamente, él ha pagado muy mal su gentileza: ha abandonado sin previo permiso su puesto, me ha causado con ello disgustos gravísimos, cuyo alcance ni siquiera puede apreciarse todavía, y con tal motivo acabo de despedirlo. Espero que no lo tomará usted trágicamente. ¿Cómo dice? Despedido, sí, despedido. Pero si le he dicho que abandonó su puesto. No, en este caso realmente no puedo transigir, mi querida cocinera mayor. Se trata de mi autoridad; es

mucho lo que entra en juego; un muchacho semejante me echa a perder a toda la pandilla. Precisamente tratándose de los ascensoristas hay que andarse con un cuidado del diablo. No, no; en este caso no puedo hacerle ese favor, por más que me empeñe siempre en ser cortés con usted. Pues si a pesar de todo le permitiera permanecer en la casa, aunque sólo fuera para mantener en actividad mi bilis, por usted, sí, por usted, señora cocinera mayor, por usted, él no podrá quedarse. Demuestra usted para con él un interés que no merece en absoluto; y puesto que no sólo lo conozco a él, sino también a usted, sé que esto sólo le acarrearía las más graves decepciones y yo quiero evitárselas a usted a cualquier precio. Lo digo con toda franqueza y a pesar de que ese chico empedernido está aquí presente, a unos pasos delante de mí. Se le despide, pues; no, no, señora cocinera mayor; se le despide totalmente; no, no, no se le trasladará a ningún otro trabajo, es completamente inepto. Por otra parte también acabo de recibir otras quejas acerca de él. El portero mayor, por ejemplo, ¿qué, Feodor?; sí, Feodor se queja de la descortesía e insolencia de este muchacho. ¿Cómo que eso no basta?; pues, querida señora cocinera mayor, reniega usted de su propio carácter por ese chico. No, no debe usted instarme en esa forma.

En ese instante inclinóse el portero al oído del camarero mayor susurrándole algo. El camarero mayor lo miró asombrado primero, y luego habló al teléfono con tal velocidad que Karl en un comienzo no pudo entenderlo perfectamente y de puntillas se acercó dos pasos más.

–Querida cocinera mayor –oyó–, sinceramente yo no hubiese creído que conociera usted tan mal a la gente. En este momento me entero de algo que concierne a ese angelito de muchacho suyo, y esto le hará cambiar radicalmente la opinión que de él tiene; casi me da pena que sea precisamente yo el que tenga que decírselo. Pues este delicado muchachito, al que usted llama modelo de decencia, no deja pasar ni una sola de las noches libres de servicio sin irse corriendo a la ciudad de la cual sólo regresa por la mañana. Sí, sí, señora cocinera mayor; eso está probado por testigos intachables, sí... ¿Podría usted decirme ahora, acaso, de dónde saca el dinero necesario para tales placeres? ¿Y si es posible que así mantenga alerta la atención indispensable en su servicio? ¿O acaso quiere usted que además le describa en qué cosas anda en la ciudad? Sí, pues; me apresuraré muy especialmente, a fin de verme libre de este muchacho. Y a usted, se lo ruego, que le sirva de escarmiento para que sepa cuánta cautela hay que emplear en el trato con estos mocitos vagabundos llegados de no se sabe dónde.

–Pero, señor camarero mayor –exclamó entonces Karl, realmente aliviado por aquel error grande que parecía haberse introducido allí,

destinado quizá, antes que cualquier otra cosa, a tornarlo todo, inesperadamente, en su favor–, aquí hay con toda certeza una confusión. Según creo, el señor portero mayor le ha dicho que yo me ausento todas las noches. Pero esto no es cierto en absoluto; al contrario, me quedo todas las noches en el dormitorio; todos los muchachos podrán confirmarlo. Si no duermo, me dedico a estudiar correspondencia comercial; pero en ningún caso me muevo del dormitorio; ni una sola noche lo he hecho. Esto es fácil de probar, sin duda. Por lo visto el señor portero mayor me confunde con algún otro, y ahora ya entiendo también por qué cree que no lo saludo.
–¡Te querrás callar inmediatamente! –gritó el portero mayor agitando el puño por algo que a otro hubiera hecho mover un dedo–. ¡Que yo te confunda con algún otro, yo! Pues entonces ya no puedo ser portero mayor, si es que confundo a la gente. Escuche usted eso, señor Isbary, ya no puedo seguir como portero mayor, claro está, puesto que confundo a la gente. Ciertamente en mis treinta años de servicio aún no me ha ocurrido confundir a nadie, cosa que podrán confirmar los centenares de señores camareros mayores que hemos tenido desde entonces, pero en este caso, pillo miserable, quieres que haya comenzado a cometer confusiones. ¡Y contigo, con esa jeta tan llamativa, lisa, que tienes! ¿Qué es lo que se puede confundir en tu caso? Podrías haber ido todas las noches a la ciudad sin que yo te viera y yo confirmo, sin embargo, tan sólo por tu cara, que eres un bribón redomado.
–¡Deja, Feodor! –dijo el camarero mayor cuyo diálogo con la cocinera mayor parecía haber quedado interrumpido de pronto–. En primer lugar, no importan tanto sus diversiones nocturnas. Podría ser que antes de que lo despidamos quisiera él provocar todavía algo así como una gran investigación acerca de sus ocupaciones nocturnas. Bien puedo imaginarme que esto le complacería. Si fuera posible se citaría como testigos a los cuarenta ascensoristas en pleno y se les interrogaría; éstos, naturalmente, también lo habrían confundido, todos, de manera que poco a poco se requeriría el testimonio de todo el personal; desde luego, el movimiento del hotel quedaría paralizado un buen rato y si luego, al fin y al cabo, lo echaran a pesar de todo, él al menos se habría divertido en grande mientras tanto. Será, pues, preferible que nos abstengamos. Ya se ha burlado de la cocinera mayor, esa mujer tan buena, y con ello debe bastarnos. No quiero saber nada más; quedas despedido de tu servicio por tu falta disciplinaria. Aquí tienes un vale para la caja; te pagaran tu sueldo hasta el día de hoy. Esto, por otra parte, considerando tu conducta y dicho sea entre nosotros, es sencillamente un regalo y te lo doy sólo por consideración

a la señora cocinera mayor.
Una llamada telefónica impidió que el camarero mayor firmara el vale acto seguido.
–¡Vaya si me dan que hacer esos ascensoristas hoy! –exclamó apenas hubo escuchado las primeras palabras–. ¡Pero si esto es inaudito! –exclamó nuevamente al cabo de unos instantes. Y dejando el teléfono se dirigió al portero del hotel diciendo–: Por favor, Feodor, sujeta un poco a este mocito; todavía tendremos que hablar con él. –Y volviéndose de nuevo hacia el teléfono ordenó–: ¡Sube inmediatamente!
Ahora, por lo menos, el portero mayor podía dar rienda suelta a su furia, cosa que no había logrado con las palabras. Sujetó a Karl por la parte superior del brazo, mas de ninguna manera agarrándolo tranquilamente, lo que hubiera podido soportarse, sino que, de vez en cuando, aflojaba su mano para luego apretarla in crescendo cada vez más, y dada su gran fuerza física, parecía que esto no terminaría nunca; por lo demás era tan fuerte que a Karl se le nublaba la vista. Pero no se limitaba a sostenerlo, sino que, como si hubiera recibido la orden de estirarlo al mismo tiempo, le daba de vez en cuando un tirón hacia arriba, sacudiéndolo; y a la vez, en un tono que era a medias interrogativo, le decía reiteradamente al camarero mayor:
–Con tal que no lo confunda ahora; con tal que no lo confunda ahora.
Para Karl significó una verdadera liberación que entrara en ese momento el jefe de los ascensoristas –un tal Bess, muchacho gordo que vivía resoplando eternamente–, el cual vino a desviar un poco hacia su persona la atención del portero mayor. Karl se sintió tan agotado que apenas saludó, cuando vio con asombro que tras el muchacho se deslizó al interior de la habitación Therese, lívida, desaliñada, con los cabellos medio sueltos. Al instante estuvo junto a él cuchicheando:
–¿Lo sabe ya la cocinera mayor?
–El camarero mayor se lo ha dicho por teléfono –respondió Karl.
–Entonces ya está todo bien; sí, entonces ya está todo bien –dijo rápidamente con gran vivacidad en los ojos.
–No –dijo Karl–; si tú no sabes lo que tienen ellos contra mí. Yo tendré que irme. La señora cocinera mayor también ya está convencida de ello. No te quedes aquí, vete arriba, iré luego a despedirme de ti.
–Pero, Rossmann, ¿qué se te ocurre? Te quedarás en esta casa el tiempo que te plazca. Si el camarero mayor lo hace todo tal como lo quiere la cocinera mayor, como que está enamorado de ella; esto lo he sabido últimamente. Y siendo así ya puedes estar bien tranquilo
–Te lo ruego, Therese, vete ahora. No podré defenderme como es debido si te quedas aquí. Y debo defenderme con mucha precisión,

porque me acusan alegando mentiras. Y cuanta más atención pueda yo prestar y cuanto mejor pueda defenderme, mayores serán las esperanzas de que me quede; bueno, pues, Therese... –Por desgracia, obedeciendo a un dolor repentino, no pudo dejar de añadir–: ¡Si me soltara este portero mayor! Ni sabía que fuese enemigo mío. ¡Cómo me aprieta y estruja!

«¡Pero cómo estoy diciendo todo esto!», pensó al mismo tiempo; «ninguna mujer podría escuchar tranquilamente tales cosas»; y en efecto, Therese, sin que él pudiera apartarla con la mano libre, se dirigió al portero mayor:

–Señor portero mayor, haga usted el favor de soltar a Rossmann inmediatamente. ¿No ve que le causa dolor? Ahora mismo vendrá la señora cocinera mayor en persona y luego ya se verá que están cometiendo una injusticia con él. Suéltelo usted; ¿qué placer puede procurarle el torturarlo? –Y hasta quiso coger la mano del portero mayor.

–Es una orden, señoritinga; es una orden –dijo el portero mayor, y con la mano libre atrajo hacia sí, amablemente, a Therese, mientras que con la otra apretaba el brazo de Karl haciendo ya un verdadero esfuerzo, como si no sólo quisiera causarle dolor, sino como si aquel brazo que tenía en su poder debiera servirle para alcanzar alguna meta especial que aún distaba mucho de lograr.

Therese necesitó algún tiempo para zafarse del abrazo del portero mayor y precisamente se disponía a intervenir en favor de Karl ante el camarero mayor, que aún seguía escuchando al ceremonioso Bess, cuando, con rápido paso, entró la cocinera mayor.

–A Dios gracias –exclamó Therese, y durante un instante no se oyó en el cuarto nada más que estas palabras pronunciadas en alta voz.

Inmediatamente el camarero mayor se levantó de un salto, apartando a Bess.

–¿Viene, pues, usted misma, señora cocinera mayor? ¿Y por tan poca cosa? Por cierto, ya me lo imaginaba, después de nuestra conversación telefónica y..., sin embargo, no lo hubiera creído. Y pensar que la causa de su protegido va empeorando de momento en momento. Me temo que, en efecto, no voy a despedirlo; pero en cambio tendré que hacerlo detener. Escuche usted misma. –Le hizo señas a Bess para que se aproximara.

–Primero quisiera yo cambiar unas palabras con Rossmann –dijo la cocinera mayor sentándose en un sillón, obligada por el camarero mayor.

–Karl, acércate, por favor –dijo luego.

Karl obedeció o, mejor dicho, fue arrastrado hasta donde ella estaba

por el portero mayor.
–Pero suéltelo usted –dijo la cocinera mayor, disgustada–; ¡no es ningún temible asesino!
El portero mayor lo soltó, en efecto; pero no sin antes apretar una vez más con tanta fuerza que a él mismo se le llenaron los ojos de lágrimas por el esfuerzo que tuvo que realizar.
–Karl –dijo la cocinera mayor; asentó tranquilamente sus manos sobre su regazo y miró a Karl inclinando la cabeza (por cierto no parecía esto un interrogatorio)–, ante todo quiero decirte que aún sigo teniendo plena confianza en ti. También el señor camarero mayor es hombre justo; de ello respondo yo. A los dos, en el fondo, nos gustaría que tú te quedaras. –Al decir esto dirigió una mirada fugaz al camarero mayor como si quisiera rogarle que no la interrumpiese. Lo cual, en efecto, no sucedió–. Olvida por tanto lo que hasta ahora pueden haberte dicho. Ante todo: lo que tal vez te haya dicho el señor portero mayor no debes tomarlo muy a pecho. Es ciertamente un hombre excitable, lo que no es extraño si se considera la clase de funciones que desempeña; pero él también tiene mujer e hijos y sabe que no estaría bien martirizar sin motivo a un muchacho que depende enteramente de sí mismo; él sabe que de ello ya se encarga sobradamente todo el mundo.
En el cuarto reinaba un silencio profundo. El portero mayor miraba al camarero mayor exigiendo explicaciones, y éste a su vez, meneando la cabeza, miraba a la cocinera mayor. El ascensorista Bess, en forma bastante absurda, reía tras la espalda del camarero mayor. Therese sollozaba para sus adentros, de placer y de pena, y tenía que esforzarse mucho para que nadie la oyese.
Y Karl, pese a que aquello sólo podía ser interpretado como mala señal, no miraba a la cocinera mayor, que seguramente requería su mirada, sino fijamente delante de sí, clavados los ojos en el piso. En su brazo el dolor vibraba convulsivamente, ramificándose en todas las direcciones; su camisa estaba pegada a los cardenales y en realidad lo que debía hacer era quitarse la chaqueta para examinar eso. Todo lo que decía la cocinera mayor era, desde luego, muy amable en el fondo; pero por desgracia le parecía que precisamente esa actitud de la cocinera mayor demostraría a las claras que él no era digno de amabilidad alguna, que ya durante dos meses había disfrutado inmerecidamente de la bondad de la cocinera: sí, sí, que no merecía sino caer en las manos del portero mayor.
–Y digo esto –continuó la cocinera mayor– para que ahora contestes sin turbación alguna; aunque por otra parte, por lo que creo conocerte, muy probablemente sea eso lo que de todas maneras habrías hecho.
–Por favor, ¿puedo ir mientras tanto a buscar al médico? Porque de otro

modo el hombre podría desangrarse en el ínterin –entrometióse de pronto, muy cortés pero muy oportuno, el ascensorista Bess.
–Ve –dijo el camarero mayor a Bess; éste salió corriendo inmediatamente. Y luego, dirigiéndose a la cocinera mayor–: El asunto es éste: no sin motivo ordené al portero mayor que sujetase a este muchacho; pues abajo en el dormitorio de los ascensoristas ha sido hallado en una de las camas un hombre completamente extraño, borracho hasta más no poder, cuidadosamente tapado. Como es natural lo despertaron y quisieron echarlo de allí. Pero entonces el hombre armó un tremendo alboroto, poniéndose a gritar una y otra vez que el dormitorio le pertenecía a Karl Rossmann, de quien era huésped, y que Rossmann lo había llevado allí y castigaría a cualquiera que se atreviese a tocarlo. Además era necesario, decía, que esperase a Karl Rossmann porque éste, por otra parte, le había prometido dinero y había ido a buscarlo. Repare usted, se lo ruego, en esto, señora cocinera mayor: le había prometido dinero y había ido a buscarlo. Tú también puedes prestar atención, Rossmann –dijo el camarero mayor dirigiéndose también a Karl, quien en ese momento se había vuelto hacia Therese, pues ésta miraba al camarero mayor como fascinada, y al mismo tiempo se apartaba una y otra vez algún mechón de la frente, bien fuera por el ademán mismo, o bien contra su voluntad–, tal vez pueda recordarte yo ciertos compromisos que has contraído. Pues ese hombre ha dicho además que vosotros dos, a tu regreso, haríais una visita nocturna a cierta cantante, cuyo nombre por cierto nadie consiguió entender, puesto que el hombre sólo podía pronunciarlo cantando.
Interrumpióse el camarero mayor, pues la cocinera mayor se había puesto visiblemente pálida y se había levantado del sillón empujándolo ligeramente hacia atrás.
–Le ahorraré lo demás –dijo el camarero mayor.
–No; se lo ruego, no –dijo la cocinera mayor y lo cogió de la mano–, siga usted contando; quiero escucharlo todo, todo; para eso he venido.
El portero mayor, adelantándose y golpeándose el pecho ruidosamente en señal de que él lo había comprendido todo desde un comienzo, fue tranquilizado y a la vez rechazado por el camarero mayor:
–¡Sí, tenía usted razón, Feodor!
–Ya no queda mucho que contar –dijo el camarero mayor–. Usted sabe cómo son estos muchachos; primero se rieron del hombre y luego se trabaron en riña con él, y puesto que allí hay siempre buenos boxeadores a disposición, pues sencillamente lo han derribado a puñetazos y yo ni siquiera he osado preguntarles cuáles y cuántas son las partes de su cuerpo que están sangrando, pues estos muchachos son boxeadores terribles y, naturalmente, ¡tienen juego fácil con un

borracho!
–¡Ah! –dijo la cocinera mayor, agarró el sillón por el respaldo y se quedó mirando el sitio que acababa de dejar–. ¡Di, pues, te lo ruego, una palabra, Rossmann! –dijo luego.
Therese, dejando el sitio donde había estado hasta entonces, corrió junto a la cocinera mayor y la cogió del brazo, cosa que Karl nunca la había visto hacer antes. El camarero mayor estaba de pie tras la cocinera mayor, muy cerca de ella, y pasaba lentamente la mano por el modesto cuellecito de encaje de la cocinera mayor que se había doblado un poco. El portero mayor, apostado junto a Karl, dijo:
–¿Para cuándo? –pero con ello sólo quiso disimular un empujón que mientras tanto le propinó a Karl por la espalda.
–Es cierto –dijo Karl con menos seguridad de la que hubiera querido, debido a ese golpe– que he llevado a ese hombre al dormitorio.
–Nos basta con eso –dijo el portero en nombre de todos. Pero la cocinera mayor, muda, miró primero al camarero mayor y luego a Therese.
–No me quedaba más remedio –siguió diciendo Karl–. El hombre es un antiguo camarada mío; no nos habíamos visto durante dos meses y vino aquí a visitarme; pero estaba tan borracho que ya no pudo marcharse solo.
El camarero mayor, de pie junto a la cocinera mayor, murmuró como para sí:
–De manera que vino a visitarlo y luego estaba tan borracho que ya no podía marcharse.
La cocinera mayor dijo algo al oído del camarero mayor, por encima de su propio hombro; pero él parecía oponer reparos con una sonrisa que evidentemente no venía al caso. Therese –Karl sólo la miraba a ella–, del todo desamparada, apretaba su rostro contra la cocinera mayor y ya no quería ver nada. El único que parecía plenamente satisfecho por la declaración de Karl era el portero mayor, que repitió varias veces:
–Pero si eso está perfectamente bien; a su compinche de borracheras debe uno ayudarle. –Y mediante miradas y ademanes trataba de inculcar lo que decía a cada uno de los presentes.
–De manera que soy culpable –dijo Karl haciendo una pausa como si esperase una palabra amable de parte de sus jueces, una palabra que le diera valor para su próxima defensa; mas esta palabra no fue dicha–. Soy culpable sólo de haber llevado al dormitorio a ese hombre: se llama Robinsón y es irlandés. Todo lo demás, lo que él dijo, lo dijo en su borrachera y no es verdad.
–¿De manera que no le has prometido dinero? –preguntó el camarero mayor.

–Sí –dijo Karl y lamentó haberlo olvidado; por irreflexión o distracción se había declarado libre de culpa en términos demasiado absolutos–. Le he prometido dinero porque él me lo ha pedido. Pero yo no iba a buscarlo; pensaba darle la propina que había ganado esta noche. –Y por toda prueba sacó el dinero del bolsillo y mostró sobre la palma de la mano las pocas moneditas.

–Te enredas cada vez más –dijo el camarero mayor–. Si uno quisiera creerte tendría que olvidar lo que dijiste antes. De manera que primero llevaste al hombre –no creo siquiera que se llame como tú dices, pues desde que Irlanda existe no creo que ningún irlandés se haya llamado Robinsón–, de manera que primero lo llevaste al dormitorio, lo que ya bastaría por sí solo para que volaras de aquí sin más y, primero también, no le habías prometido dinero; pero luego si se te pregunta de sopetón, entonces sí, le has prometido dinero. Pero no estamos jugando aquí a las preguntas y respuestas: queremos escuchar tu justificación. De manera que primero no ibas a buscar dinero para él, sino querías darle tu propina del día; pero luego resulta que todavía llevas ese dinero contigo, de modo que, por lo visto y a pesar de todo, ibas en busca de algún otro dinero, cosa que abona, por otra parte, tu prolongada ausencia. Finalmente, no sería nada extraordinario que fueras a buscar ese dinero para él en tu baúl; pero que lo niegues con toda tenacidad, eso sí es extraordinario, lo mismo que el hecho de que quieras callar constantemente que fuiste tú el que emborrachó a ese hombre, aquí en el hotel y no antes; de ello no cabe la menor duda, puesto que tú mismo has confesado que él había venido solo, pero que solo ya no podía marcharse y él mismo se ha puesto a gritar en el dormitorio que es tu huésped. Por tanto quedan ahora dos cosas inciertas, que tú, si quieres simplificar la cuestión, podrías aclarar contestando directamente; pero que, al fin y al cabo, se podrán establecer igualmente sin tu ayuda: primero, ¿cómo has conseguido acceso a las despensas?; y segundo, ¿cómo has acumulado dinero en una cantidad que te permite regalarlo?

«Es imposible defenderse si falta la buena voluntad», díjose Karl y ya dejó de contestar al camarero mayor por más que Therese, probablemente, pudiera sufrir por ello. Sabía que lo que él pudiera decir tendría luego otro aspecto muy distinto; que ya no sería lo que él había querido decir; y que sólo quedaba a la merced de la manera de juzgar las cosas el que se viera en ellas algo bueno o algo malo.

–No contesta –dijo la cocinera mayor.

–Es lo más razonable –dijo el camarero mayor.

–Ya conseguirá inventar algo –dijo el portero mayor acariciándose delicadamente el bigote con aquella mano antes tan cruel.

–Quieta –dijo la cocinera mayor a Therese, que comenzaba a sollozar a su lado–; ya lo ves, no contesta. ¿Cómo quieres entonces que haga algo por él? Al fin seré yo la que tenga que darle la razón al señor camarero mayor. Dilo tú, Therese, ¿crees que he descuidado algo, que he dejado de hacer algo por él?

¿Cómo podía saberlo Therese y de qué podía servir ahora que la cocinera mayor, mediante esa pregunta y ese ruego dirigidos públicamente a la muchachita, faltara acaso demasiado a su propia dignidad ante esos dos hombres?

–Señora cocinera mayor –dijo Karl cobrando ánimo una vez más, y esto sólo para evitarle a Therese la respuesta, y sin ningún otro fin–, no creo haber sido para usted motivo de vergüenza en ningún caso y después de una investigación minuciosa tendría que verlo así cualquier otra persona también.

–Cualquier otra persona –dijo el portero mayor señalando con el dedo al camarero mayor–, esto es una punta contra usted, señor Isbary.

–Bien, señora cocinera mayor –dijo éste–, son las seis y media; es ya muy tarde. Pienso que será lo mejor que me deje usted a mí la palabra final en este asunto tratado ya con excesiva indulgencia.

Había entrado el pequeño Giácomo y quiso acercarse a Karl; pero, asustado por el silencio general que reinaba, se detuvo esperando.

Desde las últimas palabras de Karl la cocinera mayor no le había quitado la mirada de encima, y nada indicaba que siquiera hubiese oído la observación del camarero mayor. Sus ojos se fijaron en Karl y lo miraron de lleno; eran grandes y azules, pero un tanto enturbiados por los años y los muchos afanes. Tal como permanecía allí, de pie, meciendo débilmente el sillón que tenía delante, hubiera podido esperarse perfectamente que al instante dijese: «Pues bien, Karl, si bien lo considero, esta cuestión no está aún lo suficientemente aclarada y exige todavía, como bien lo has dicho, una investigación minuciosa. Y ahora procederemos a efectuarla, estén ellos de acuerdo o no, pues la justicia cuenta ante todo.»

Pero en lugar de decir esto, la cocinera mayor, después de una breve pausa que nadie osó interrumpir –sólo el reloj confirmando las palabras del camarero mayor dio las seis y media y, como todo el mundo sabía, al unísono con él todos los relojes del hotel entero; sonaba esto, en el oído y en el presentimiento, como una reiterada contracción de una sola impaciencia general–, dijo:

–No, Karl, ¡no, no! No podemos persuadirnos de ello. Las causas justas suelen tener cierto aspecto especial que tu asunto, debo confesarlo, no tiene. Yo tengo derecho a decirlo y debo hacerlo; no puedo menos que confesarlo, pues he sido yo la que se ha presentado aquí inspirada por

la mejor buena voluntad para contigo. Ya lo ves, también Therese se calla. (Pero si ella no se callaba, ¡si estaba llorando!)
La cocinera mayor se interrumpió, pues una resolución se apoderó de pronto de ella, y dijo:
–Karl, acércate un poco.
Cuando hubo llegado hasta ella –inmediatamente se juntaron a sus espaldas, en vivo diálogo el camarero mayor y el portero mayor– lo rodeó con el brazo izquierdo y se dirigió con él y con Therese, que los seguía automáticamente, hasta lo más apartado del cuarto, y allí se paseó varias veces con los dos, de un lado para otro, diciendo:
–Es posible, Karl, y tú pareces confiar en ello, pues de otra manera no te comprendería en absoluto, que una investigación te dé la razón en algunas pequeñeces. ¿Por qué no? Quizá realmente saludaras al portero mayor. Hasta lo creo con certeza, pues sé lo que debo pensar del portero mayor; ya lo ves, aun ahora te hablo con absoluta franqueza. Pero insignificantes justificaciones de esa clase no te servirían de nada. El camarero mayor, cuyo conocimiento de los hombres he aprendido a estimar en el transcurso de muchos años y que es el hombre más formal que yo haya conocido, se ha pronunciado claramente al creer en tu culpabilidad; culpabilidad que, por cierto, me parece que no puede ponerse en duda. Acaso sólo obraste irreflexivamente; pero quizá también, ¿quién sabe?, no seas el que yo creía. Y, sin embargo –de algún modo se cortaba a sí misma la palabra y miraba, aunque fugazmente, hacia atrás, donde se hallaban los dos hombres–, sin embargo, me cuesta dejar de creer que, en el fondo, seas un muchacho decente.
–¡Pero, señora cocinera mayor! –exhortó el camarero mayor que había captado su mirada.
–Ya, ya estaremos –dijo la cocinera mayor, y comenzó a hablarle a Karl con mayor insistencia y rapidez–: Escucha, Karl, tal como considero este asunto, me daré por satisfecha con que el camarero mayor no quiera iniciar investigaciones de ninguna clase; pues, si quisiera hacerlo, debería yo impedírselo en tu propio interés. Que nadie se entere cómo y con qué medios has invitado a ese hombre, el cual, por otra parte, no puede haber sido uno de tus antiguos camaradas, tal como tú alegas; puesto que habías reñido definitivamente cuando te despediste de ellos, y por lo tanto no los invitarías ahora. Puede ser, pues, sólo algún conocido con el cual, en tu ligereza, te has reunido durante la noche en alguna taberna de la ciudad. ¿Cómo, Karl, has podido ocultarme todo esto? Si acaso no has podido soportar las condiciones que reinan en el dormitorio y fue ése el primer motivo, bastante inocente, para tus trasnochadas, ¿por qué entonces no me

dijiste ni una palabra? Bien sabes que yo quería conseguirte un cuarto propio y que he desistido de ello tan sólo accediendo a tus ruegos. Ahora parecería que tú preferías el dormitorio general porque allí te sentías menos atado, más libre. Guardabas tu dinero, por cierto, en mi caja de caudales y me traías tus propinas semana tras semana; ¿de dónde, por el amor de Dios, chico, sacabas tú el dinero para tus placeres, y a dónde querías ir a buscar ahora ese dinero para tu amigote? Todas éstas son cosas que naturalmente ni siquiera insinuaría yo, pues en tal caso sería tal vez inevitable una investigación. Por eso debes abandonar el hotel sin falta, y ciertamente lo más pronto posible. Vete derechamente a la pensión Brenner, ya estuviste allí varias veces acompañando a Therese, con esta recomendación. –La cocinera mayor con un lápiz de oro que sacó de su blusa escribió unas líneas en una tarjeta de visita, mas sin interrumpir entretanto su discurso–. Te recibirán gratuitamente y yo te mandaré luego, sin tardanza, tu baúl. Therese, ¡vete corriendo al guardarropa de los ascensoristas y prepara su baúl!
Pero Therese seguía sin moverse; pues, tal como había soportado la pena toda, quería vivir también plenamente el aspecto favorable que el asunto de Karl, gracias a la bondad de la cocinera mayor, estaba tomando ya.
Alguien abrió un poco la puerta y, sin mostrarse, volvió a cerrarla en seguida. Por lo visto había sido para Giácomo, pues éste se adelantó y dijo:
–Rossmann, tengo algo que comunicarte.
–En seguida –dijo la cocinera mayor y le metió a Karl, que la había escuchado con la cabeza gacha, la tarjeta de visita en el bolsillo–; guardaré tu dinero por el momento; ya sabes que puedes confiármelo. Por hoy quédate en casa y recapacita sobre tu asunto; mañana, ya que hoy no tengo tiempo y además me he entretenido aquí muchísimo, iré a la casa de Brenner y ya veremos lo que en adelante se podrá hacer por ti. No te abandonaré; esto, de todas maneras, debes saberlo desde ahora. No tienes por qué preocuparte por tu futuro, hazlo más bien por esta última época de tu vida.
Luego le dio unas palmaditas en el hombro y se acercó al camarero mayor. Karl levantó la cabeza y siguió con la mirada a aquella señora grande, gallarda, que con paso tranquilo y porte franco se alejaba de él.
–Pero, ¿no estás contento –dijo Therese quedándose junto a él– de que todo haya salido tan bien?
–¡Oh, sí! –dijo Karl sonriéndole, pero sin entender por qué había de contentarlo tanto el hecho de que lo despidieran por ladrón.
Los ojos de Therese irradiaban la alegría más pura, como si a ella le

fuese absolutamente indiferente que Karl hubiera perpetrado algún crimen o no, que hubiera sido juzgado con justicia o no, con tal de que se le dejara escapar, cubierto ya de oprobio, ya de honores. Y así procedía nada menos que Therese, esa muchacha que era tan escrupulosa en sus propios asuntos y que resolvía y escudriñaba en sus pensamientos, durante semanas, una palabra no del todo unívoca de la cocinera mayor.

Intencionadamente preguntó Karl:

¿Harás mi baúl y lo despacharás en seguida?

Contra su propia voluntad tuvo que menear Karl la cabeza de asombro, ¡tan pronto se acomodó Therese a esta pregunta!; y la convicción de que en el baúl había cosas cuyo secreto habría que guardar ante todo el mundo, ni siquiera le permitió mirar a Karl, ni siquiera tenderle la mano. Sólo dijo susurrando:

–Naturalmente, Karl, en seguida, en seguida haré el baúl –y ya había salido corriendo.

Pero ahora Giácomo ya no podía más y, excitado por su larga espera, exclamó en voz alta:

–Rossmann, el hombre está revolcándose en el pasillo y no podemos sacarlo de allí. Querían llevarlo al hospital, pero se resiste y afirma que tú jamás tolerarías que lo llevasen al hospital. Que se tome un automóvil, dice, y se le envíe a su casa, y que tú pagarás el viaje. ¿Quieres?

–El hombre tiene confianza en ti –dijo el camarero mayor.

Karl se encogió de hombros y puso su dinero, contando las monedas, en la mano de Giácomo.

–No tengo más –dijo luego.

–Y que te pregunte también si quieres ir con él –siguió preguntando Giácomo, haciendo sonar las monedas.

–No, no irá –dijo la cocinera mayor.

–Bien, Rossmann –dijo el camarero mayor rápidamente y sin esperar siquiera que Giácomo estuviese afuera–, ya estás despedido.

El portero mayor asintió meneando varias veces la cabeza, como si éstas fuesen sus propias palabras que el camarero mayor tan sólo estaba repitiendo.

–No puedo pronunciar siquiera en voz alta los motivos de tu expulsión, pues en tal caso tendría que hacerte encarcelar.

El portero mayor dirigió a la cocinera mayor una mirada notablemente severa, pues él había comprendido perfectamente que era ella la causa de aquel trato exclusivamente benigno.

–Ahora te presentas a Bess, te cambias la ropa, entregas a Bess tu librea y abandonas inmediatamente, pero inmediatamente, la casa.

La cocinera mayor cerró los ojos; así quiso tranquilizar a Karl. Al inclinarse en señal de despedida vio Karl fugazmente que el camarero mayor retenía la mano de la cocinera mayor, como en secreto y jugando con ella. El portero mayor acompañó a Karl, con pasos pesados, hasta la puerta, que no le dejó cerrar, sino que, por el contrario, mantuvo abierta para poder gritar en pos de Karl:
–¡Dentro de un cuarto de minuto quiero verte pasar junto a mí, por la puerta principal! ¡Recuérdalo!
Karl se apresuró cuanto pudo con tal de evitar una molestia al llegar a la puerta principal, pero las cosas transcurrían mucho más lentamente de lo que él deseaba. Primero, a Bess no se le podía encontrar en seguida y además en ese momento, a la hora del desayuno, todo estaba lleno de gente; y luego resultó que algún muchacho había tomado prestados los pantalones viejos de Karl y éste tuvo que examinar las perchas de casi todas las camas antes de encontrar sus pantalones, de manera que bien podían haber pasado unos cinco minutos antes de que Karl llegara a la puerta principal. Precisamente delante de él iba una dama en medio de cuatro señores. Aproximábanse todos a un gran automóvil que los aguardaba y cuya puerta mantenía abierta un lacayo, el cual a la vez extendía en actitud rígida su brazo izquierdo que quedaba libre, horizontalmente, hacia un costado esto ofrecía un aspecto sumamente solemne. Pero Karl en vano había esperado poder salir sin que lo advirtiesen tras aquel grupo distinguido. Ya el portero mayor lo cogía de la mano y entre dos señores, a los que pidió perdón, lo atrajo hacia sí.
–Y esto ha sido un cuarto de minuto –dijo mirándolo como si observase un reloj de marcha defectuosa–. Ven aquí –dijo luego, y lo condujo a la portería grande, que Karl por cierto había tenido deseos de visitar alguna vez, hacía mucho ya; pero donde ahora, empujado por el portero, entraba sólo con recelo. Ya estaba junto a la puerta cuando se volvió e intentó empujar a un lado al portero mayor para huir.
–No, no; por aquí se entra –dijo el portero mayor haciendo girar a Karl.
–Pero si ya estoy separado del servicio –dijo Karl queriendo expresar con ello que ya nadie podía ordenarle nada en el hotel.
–Mientras yo te sujete no estás separado –dijo el portero; lo que, ciertamente, era exacto también.
Karl, después de todo, no veía tampoco motivo alguno para ofrecerle resistencia al portero. En el fondo, ¿qué podía sucederle todavía? Por otra parte, las paredes de la portería estaban enteramente formadas por gigantescos ventanales a través de los cuales se veía claramente la muchedumbre que, en corrientes encontradas, fluía por el vestíbulo, tal

como si estuviese uno en medio de ella. Más aún: en toda la portería no parecía haber rincón alguno donde fuese posible esconderse de las miradas de la gente. Por grande que fuese la prisa que la gente parecía tener –puesto que cada uno seguía su camino con el brazo extendido, la cabeza gacha, los ojos en acecho, con equipajes levantados en vilo–, ninguno de ellos, no obstante, dejaba de echar una mirada a la portería tras cuyos vidrios había siempre anuncios y comunicados, importantes tanto para los huéspedes como para el personal del hotel.
Pero además existía también un tránsito directo entre la portería y el vestíbulo, pues frente a dos ventanillas corredizas permanecían sentados dos porteros, ocupados constantemente en dar informes referentes a los más diversos asuntos. Era, en verdad, gente abrumada de trabajo y Karl hubiera afirmado que el portero mayor, tal como él lo conocía, habría buscado algún camino tortuoso a fin de eludir en su carrera aquel puesto. Estos dos informantes –desde afuera no podía uno imaginárselo debidamente– tenían siempre ante sí, en la abertura de su ventanilla, por lo menos diez caras interrogantes. Entre estos diez que cambiaban sin cesar, producíase a menudo una barahúnda de idiomas como si cada uno hubiese sido enviado allí de un país distinto. Preguntaban siempre varios a la vez; además había siempre algunos que conversaban entre sí. Los más iban a buscar o bien a dejar algo en la portería y por eso se veían también, constantemente, manos que en impaciente agitación surgían de la turbamulta.
Una vez se presentó uno con un pedido referente a algún diario que imprevistamente se desplegó desde lo alto, cubriendo por un instante todas las caras. Y todo esto, pues, tenían que resistir los dos porteros. No hubiera sido suficiente, para el cumplimiento de su tarea, el mero hablar: estaban parloteando; uno de ellos especialmente, hombre sombrío con barba oscura que rodeaba todo su rostro, daba sus informes sin la menor interrupción. No miraba ni la tabla de la mesa desde donde debía alcanzar cosas constantemente, ni la cara de éste ni de aquel preguntador; sino exclusiva, fijamente al vacío, de seguro a fin de ahorrar y concentrar sus fuerzas. Por otra parte, su barba parecía dificultar un poco la comprensión de sus palabras y Karl, durante el breve rato en que se detuvo junto a él, pudo recoger sólo muy poco de lo dicho; aunque bien podía ser que, pese al acento inglés, estuviera hablando en otras lenguas, a las que precisamente tenía necesidad de recurrir en ese momento. Además, lo confundía a uno el hecho de que los informes se sucedieran sin transición alguna, uno detrás de otro, de manera que a menudo seguía escuchando con la cara muy atenta alguno de los que se informaban, creyendo que aún se trataba de su asunto, para darse cuenta sólo al cabo de unos instantes de que él ya

estaba despachado. Había que acostumbrarse también al hecho de que el portero no pidiese jamás que se le repitiera ninguna pregunta, aun cuando en su totalidad resultase comprensible y lo defectuoso de ella sólo residiese en la escasa claridad de la pronunciación. Cierto cabeceo apenas perceptible revelaba entonces que no era su intención responder a esa pregunta y era asunto del interlocutor reconocer su propia falta y formularla mejor. Debido a esta situación, especialmente, se pasaba alguna gente muchísimo tiempo ante la ventanilla.

Para auxilio de los porteros, cada uno de ellos tenía a su servicio a un ordenanza que, a la carrera, debía llevar desde un estante de libros y diversos cajones todo lo que el portero necesitara por el momento. Eran éstos los puestos mejor pagados; si bien eran, por otra parte, los más fatigosos que había en el hotel para la gente muy joven. En cierto sentido su condición era mucho peor aún que la de los porteros, pues éstos sólo tenían que pensar y que hablar, mientras que los jóvenes debían pensar y correr simultáneamente. Si alguna vez traían alguna cosa equivocada, el portero, dada su prisa, no podía naturalmente entretenerse dándoles largas explicaciones; antes bien, arrojaba entonces de la mesa de un solo empujón lo que le habían puesto delante.

Muy interesante resultó el relevo de los porteros que se efectuó precisamente unos momentos después de entrar Karl. Claro que ese relevo debía realizarse con cierta frecuencia, al menos durante el día; pues era difícil que existiese alguna persona capaz de resistir más de una hora tras aquella ventanilla. Ahora bien, en el momento del relevo sonó una campanilla, y simultáneamente entraron por una puerta lateral los dos porteros a quienes entonces tocaba el turno, cada uno de ellos seguido por su mandadero. Por el momento apostáronse inactivos junto a la ventanilla, contemplando a la gente de afuera durante un breve rato, para establecer en qué estado se encontraba, exactamente, el desarrollo de la contestación de las preguntas. Cuando el momento le pareció apropiado para intervenir, cada uno de ellos golpeó en el hombro al portero a quien había de relevar, y éste, a pesar de que hasta entonces no se había preocupado por nada de lo que ocurría a sus espaldas, comprendió en seguida y desocupó su asiento. Todo esto llevóse a cabo con tal velocidad que la gente de afuera quedó sorprendida y retrocedió un poco por el susto que le causaba esa cara nueva que, de pronto, surgía ante ellos. Los dos hombres relevados estiraron sus miembros y luego en dos lavabos preparados echaron agua sobre sus cabezas ardientes. En cambio, los mandaderos relevados aún no podían estirarse, puesto que durante un rato siguieron ocupados todavía en levantar y volver a su sitio los objetos

arrojados al suelo durante sus horas de servicio.
Todas estas impresiones las recogió Karl en pocos instantes, mediante una atención tensísima, y luego, con un leve dolor de cabeza, siguió en silencio al portero mayor, que lo condujo más adentro. Evidentemente el portero mayor había observado la fuerte impresión que esa manera de despachar informaciones había causado a Karl y, dando un repentino tirón de la mano de éste, dijo:
–Ya lo ves, así se trabaja aquí.
Por cierto Karl no había estado haraganeando en ese hotel, pero un trabajo semejante, ni siquiera se lo habría imaginado; y olvidando casi por completo que el portero mayor era su gran enemigo, levantó los ojos, lo miró a la cara y, mudo y pleno de convicción, asintió con la cabeza. Pero parecía que el portero mayor interpretaba ya esto como una estimación de los porteros que excedía las medidas de lo justo, y acaso como una descortesía frente a su propia persona, pues como si se hubiese burlado de Karl, y sin preocuparse de que pudieran oírlo, exclamó
–Claro que éste es el trabajo más estúpido de todo el hotel; habiendo escuchado eso durante una hora, ya conoce uno sobre poco más o menos todas las preguntas que se hacen, y a las otras no es necesario responder. $i no hubieras sido insolente y mal educado, si no hubieras mentido, ni bebido, ni robado, entonces tal vez habría yo podido emplearte junto a una de estas ventanas, pues para ello me sirven sólo y exclusivamente las cabezas obtusas.
Karl pasó por alto las injurias en cuanto a él se referían: tanto le indignaba el hecho de que aquel trabajo tan honrado y tan oneroso de los porteros fuese escarnecido en vez de ser estimado; y escarnecido además por un hombre que, si se hubiese atrevido a sentarse una sola vez ante una ventanilla semejante seguramente habría tenido que retirarse a los pocos minutos, acompañado de las risas de todos los circunstantes.
–Déjeme usted –dijo Karl; su curiosidad en lo concerniente a la portería había quedado sobradamente satisfecha–; ¡yo no quiero tener que ver nada más con usted!
–Eso no es suficiente para marcharse –dijo el portero mayor, y apretó tanto los brazos de Karl que éste ni siquiera podía moverlos; y así se lo llevó, levantándolo casi, hasta el otro extremo de la portería.
¿No veía la gente desde afuera ese acto de violencia que estaba cometiendo el portero mayor? O bien si lo veían, ¿cómo lo tomaban, cómo lo entendían para que ninguno de ellos se escandalizase, ni siquiera golpease en el vidrio para hacerle comprender al portero mayor que se le estaba observando y que él no podía proceder a su antojo con

Karl?
Pronto, sin embargo, ya no le quedó a Karl ninguna esperanza de recibir auxilio desde el vestíbulo, pues el portero mayor tiró de un cordón y sobre los vidrios de la mitad de la portería se juntaron como en un vuelo, y hasta el último borde en lo alto, negros cortinajes. Por cierto había gente también en esta parte de la portería, pero todos ellos dedicados de lleno a sus tareas, y no teniendo ni ojos ni oídos sino para lo que se relacionaba con su trabajo. Además ellos dependían absolutamente del portero mayor y, en lugar de ayudar a Karl, más bien hubieran procurado ayudar a ocultar todo lo que se le ocurriera hacer al portero mayor, fuese lo que fuese.
Había allí, por ejemplo, seis porteros frente a seis teléfonos. Podía advertirse al instante que allí todo estaba distribuido de manera que uno solamente recibiera las conversaciones mientras que su vecino daba curso, telefónicamente, a los pedidos anotados en los registros que había recogido el primero. Tratábase de esos teléfonos novísimos para los que no se necesitaba ninguna casilla telefónica, pues la llamada de la campanilla no era más fuerte que un zumbido: podía hablarse al micrófono del teléfono en tono susurrante y, sin embargo, surgían las palabras con voz de trueno en su lugar de destino, merced a los amplificadores eléctricos especiales. Por eso apenas se oía a los tres locutores frente a sus teléfonos y se hubiera podido creer que, murmurando, observaban algún proceso que se cumplía dentro del aparato, mientras que los otros tres, como aturdidos por el sonido que los acometía y que, por otra parte, nadie más que ellos podía oír, dejaban colgar las cabezas sobre el papel que, de acuerdo con su tarea, debían llenar. Nuevamente en este caso también, junto a cada uno de los tres locutores había, de pie, un muchacho para los trabajos auxiliares; esos tres muchachos no hacían otra cosa que inclinar, primero, la cabeza hacia sus jefes escuchando con suma atención, para buscar luego con mucha prisa, como si los hubieran pinchado, en gigantescos libros amarillos –el ruido de las revueltas masas de esas hojas excedía en mucho cualquier ruido de los teléfonos– los números telefónicos, y así alternativamente.
Karl, en efecto, no pudo resistirse a observar todo eso muy detenidamente, a pesar de que el portero mayor, habiéndose sentado, lo mantenía cogido delante de sí, en una especie de abrazo atenaceante.
–Es mi deber –dijo el portero mayor, y sacudía a Karl como si sólo quisiera lograr que volviese hacia él la cara– reparar en nombre de la dirección del hotel, al menos en parte, lo que el camarero mayor ha descuidado, sean cuales fuesen las causas que para ello haya podido

tener. En esta forma sustituye aquí siempre cada cual a su prójimo. Sin ello un movimiento tan grande sería inimaginable. Querrás decir, tal vez, que yo no soy tu superior inmediato; bien, tanto mejor hecho de mi parte que tome yo a mi cargo este asunto que de otra manera quedaría abandonado. Por lo demás, en mi calidad de portero mayor soy en cierto sentido el superior de todos, puesto que a mi cuidado están todas las puertas del hotel: esta puerta principal, por lo tanto, las tres del medio y las diez puertas laterales, y ni qué hablar de las innumerables portezuelas ni de las salidas sin puertas. Es natural que deban obedecerme, en absoluto, todos los equipos de servicio que entran en cuestión. Frente a estos grandes honores tengo, naturalmente, también la obligación ante la Dirección del hotel de no dejar salir a nadie que resultara sospechoso por cualquier causa. Y precisamente tú, puesto que así se me antoja, no sólo me pareces sospechoso, sino hasta muy sospechoso.

Y en la alegría que todo esto le causaba levantó las manos y dejólas caer con fuerza; eso sonaba y dolía.

–Es posible –agregó divirtiéndose como un rey– que por otra salida hubieras podido marcharte inadvertidamente; pues, como es natural, tú no valías la pena de que yo emitiese instrucciones especiales. Pero, ya que estás aquí, quiero gozarme contigo. Por lo demás no he dudado de que acudirías a esta cita que nos dimos en la puerta principal, pues es regla que el porfiado y el desobediente cese en sus vicios precisamente allí donde esto le resulta perjudicial y en el momento menos propicio. Sin duda podrás todavía observar esto en tu propia persona con bastante frecuencia.

–No crea usted –dijo Karl respirando ese olor curiosamente húmedo, mohoso, que emanaba el portero mayor y que él sólo notaba ahora permaneciendo tanto tiempo en su proximidad–, no crea usted que me hallo completamente a su merced; yo puedo gritar.

–Y yo puedo taparte la boca –dijo el portero mayor con la misma seguridad y rapidez con que seguramente pensaba ejecutar lo dicho en caso necesario–. ¿Y acaso crees realmente que, si entraran por tu causa, se encontraría alguien que te diese la razón frente a mí, el portero mayor? Reconocerás, por lo tanto seguramente, lo absurdo de tus esperanzas. Cuando todavía llevabas el uniforme, ¿sabes?, tenías aún, en efecto, cierta apariencia estimable, pero con ese traje, ¡que realmente es admisible sólo en Europa!... –Y lo zarandeaba tirando de los más diversos puntos del traje; traje que ahora, por cierto, a pesar de que sólo hacía cinco meses había estado casi nuevo, ya estaba raído, arrugado, pero sobre todo manchado, y esto se debía principalmente a la falta de consideración de los ascensoristas que,

cada día, a fin de mantener brillante y sin polvo el piso de la sala, en observación de la orden general, no efectuaban, por pura haraganería, una limpieza verdadera, sino que salpicaban el piso con algún aceite y rociaban así al mismo tiempo, miserablemente, toda la ropa que colgaba de las perchas.

Ahora bien, podía uno guardar su ropa donde quisiera, siempre se daba el caso de alguno que precisamente no tenía a mano su propia ropa y en cambio encontraba con facilidad la ajena aunque estuviese escondida, y entonces se la llevaba, sin más, prestada. Y quizá, por coincidencia, era el muchacho que ese mismo día tenía a su cargo la limpieza de la sala y entonces no sólo rociaba la ropa con el aceite: en tal caso la empapaba completamente desde arriba hasta abajo.

Sólo Renell había guardado su precioso traje en algún lugar secreto, del cual, seguramente, nadie lo había sacado nunca; claro que, por otra parte, nadie se llevaba prestada la ropa ajena ni por malicia ni por mezquindad, sino que la tomaba allí donde la encontraba, debido meramente a su prisa y dejadez. Pero aun el traje de Renell ostentaba en plena espalda una rojiza y circular mancha de aceite; de modo que, en la ciudad, un conocedor hubiera podido establecer precisamente por esa mancha que aquel elegante joven era ascensorista.

Y al recordar todo esto díjose Karl que él también había sufrido bastante como ascensorista, y que, sin embargo, todo había sido en vano, pues ahora, según veía, ese servicio de ascensorista no había sido, tal como él esperara, un escalón previo para llegar luego a un puesto mejor; antes bien, había sido empujado ahora más abajo todavía; hasta se había aproximado bastante a la cárcel. Y para colmo, ahora todavía lo sujetaba ese portero mayor, que seguramente estaba pensando en cómo podría abochornar a Karl aún más. Y olvidando por completo que el portero mayor no era, en absoluto, un hombre que se dejara persuadir, Karl, golpeándose varias veces en la frente con la mano que en ese momento tenía libre, exclamó:

–¡Y aunque realmente no le haya saludado a usted, cómo es posible que un hombre adulto se vuelva tan vengativo por la omisión de un simple saludo!

–No soy vengativo –dijo el portero mayor–, sólo quiero registrar tus bolsillos. Estoy por cierto convencido de que no encontraré nada, pues seguramente habrás tenido buen cuidado de que tu amigo se llevase las cosas poco a poco y cada día algo. ¡Pero es indispensable que se te registre! –metió la mano en uno de los bolsillos de Karl con tal fuerza que reventaron las costuras de los costados–. Aquí, por lo pronto, no hay nada –dijo y examinó minuciosamente en su mano el contenido del bolsillo: un almanaque de propaganda del hotel, una hoja con un

ejercicio de correspondencia comercial, algunos botones de chaqueta y de pantalón, la tarjeta de visita de la cocinera mayor, un pulidor de uñas que una vez le había arrojado un huésped al hacer los baúles, un viejo espejito de bolsillo que cierta vez le regaló Renell en recompensa de quizá diez reemplazos en el servicio y algunas pequeñeces más–. Aquí no hay nada, por lo visto –repitió el portero mayor arrojando todo debajo del banco, como si se sobreentendiese que toda la propiedad de Karl, por cuanto no era robada, debía ir a parar debajo del banco.

«Ahora sí; basta ya», díjose Karl –su cara debía de estar ardiendo, roja como el fuego–, y cuando el portero mayor, abandonándose a su avidez y perdiendo así toda cautela, hurgaba en el segundo bolsillo de Karl, éste se libró instantáneamente de las mangas, empujó a uno de los porteros contra su aparato telefónico con bastante fuerza, pues no pudo dominarse en el primer salto que dio, atravesó corriendo el aire sofocante hasta llegar a la puerta, en realidad más despacio de lo que había sido su propósito, y felizmente se halló afuera antes de que el portero mayor, con su pesado abrigo, hubiese podido incorporarse siquiera.

La organización de vigilancia, por lo visto, no debía de ser tan ejemplar, pues ciertamente sonaron algunas campanillas, pero ¡sabe Dios para qué fines! En el zaguán de la puerta de salida había, es cierto, tal cantidad de empleados del hotel que marchaban de un lado para otro entrecruzando sus pasos que casi se podía pensar que, sin llamar la atención, se disponían ellos a impedirle la salida, pues no se podía descubrir ningún otro sentido en aquel constante ir y venir. De todas maneras, Karl llegó pronto al aire libre, pero aún tuvo que seguir andando a lo largo de la acera del hotel, pues no era posible llegarse hasta la calzada, ya que una hilera ininterrumpida de automóviles pasaba como a empellones delante de la puerta principal.

Esos automóviles, para llegar lo antes posible ante los dueños que los aguardaban, casi se habían encajado, por así decirlo, uno dentro de otro y cada uno era empujado por el que lo seguía. Peatones que llevaban demasiada prisa por llegar a la calzada atravesaban por cierto, de vez en cuando, alguno de los automóviles, abriendo y cerrando sus portezuelas como si se tratase de un pasaje público; y les daba completamente lo mismo que en el automóvil estuviese sólo el chofer y la servidumbre, o bien la gente más distinguida. Pero una conducta semejante parecióle a Karl exagerada de cualquier manera, y seguramente había que conocer al dedillo condiciones y costumbres para atreverse a tanto; cuán fácilmente podía él caer en un automóvil cuyos ocupantes lo tomaran a mal, lo echaran y provocaran un escándalo; y nada había que él pudiera temer más, siendo un empleado

fugitivo del hotel, sospechoso, en mangas de camisa.
Al fin y al cabo aquella hilera de los automóviles no podía continuar así por toda la eternidad y además lo menos sospechoso, en verdad, era seguir andando a lo largo del hotel. En efecto, llegó Karl por fin a un punto donde, si bien no terminaba la hilera de los automóviles, a lo menos doblada hacia la calzada, aflojándose un poco. Cuando quiso escabullirse en el tránsito de la arteria, donde seguramente se movían en libertad personas acaso mucho más sospechosas aún que él, oyó que lo llamaban por su nombre desde algún sitio bien cercano. Se volvió y vio a dos ascensoristas a quienes conocía mucho que se esforzaban tremendamente por hacer salir del vano de una puerta baja y pequeña, que semejaba la entrada de un mausoleo, una camilla sobre la cual, según ahora pudo comprobar Karl, yacía Robinsón con múltiples vendajes en torno de la cabeza y alrededor de la cara y los brazos. Era repelente ver cómo se llevaba los brazos a los ojos para secarse con el vendaje las lágrimas que vertía, ya de dolor, ya por alguna otra pena, o bien por la alegría que el volver a encontrar a Karl le causaba.
–Rossmann –exclamó en tono de reproche–, ¿por qué me haces esperar tanto? Desde hace una hora lo único que hago es resistirme a que me trasladen de aquí antes de que tú vengas. Estos tipos –y le propinó a uno de los ascensoristas un coscorrón, como si los vendajes lo protegieran contra golpes– son, pues, unos verdaderos diablos. ¡Ay!, Rossmann, me ha salido cara esta visita que te he hecho.
–Pero, ¿qué te hicieron? –dijo Karl, y se aproximó a la camilla que los dos ascensoristas, a fin de descansar, depositaron, riendo, en el suelo.
–Todavía lo preguntas –suspiró Robinsón– viendo mi aspecto. Imagínate; lo más probable es que me hayan mutilado y que quede inválido para toda mi vida. Siento unos dolores horribles desde aquí hasta ahí. –Señaló primero la cabeza y luego los dedos de los pies–. Desearía que hubieras visto cómo sangraba yo por la nariz. Mi chaleco está del todo echado a perder; ya ni siquiera me lo llevo; mis pantalones están hechos trizas, estoy en calzoncillos. –Levantó ligeramente la colcha para invitar a Karl a que mirara debajo–. ¿Qué será de mí ahora? Tendré que guardar cama durante algunos meses por lo menos, y, quiero decírtelo desde ahora, no tengo a nadie más que a ti para que me cuide; bien sabes tú que Delamarche es demasiado impaciente. ¡Rossmann, Rossmanncito !
Y Robinsón extendió la mano hacia Karl, el cual retrocedió un poco, para conquistarlo así, acariciándolo.
–¡Por qué habré venido a visitarte! –repitió varias veces, a fin de que Karl no pudiese olvidar la parte de culpa que a él le tocaba en su desgracia…

Ahora bien, Karl reconoció en seguida que los quejidos de Robinsón no eran originados por sus heridas, sino por la tremenda modorra de su borrachera, ya que lo habían despertado no bien se quedó dormido en un estado de completa embriaguez y, para sorpresa, fue desafiado y derribado en cruenta lucha; ya no podía orientarse para nada en el mundo. La insignificancia de las heridas quedaba patente en aquellos vendajes informes, compuestos por trapos viejos, en que los ascensoristas lo habían envuelto con evidente intención de divertirse. Y además, aquellos dos ascensoristas, uno en cada punta de la camilla, reventaban de risa a cada rato. Ahora bien, ése no era sitio para volver a Robinsón a sus cabales pues los transeúntes pasaban por allí llevándose todo por delante, sin preocuparse por el grupo de la camilla. A menudo saltaban algunos, verdaderos atletas, por encima de Robinsón, y el chofer pagado con el dinero de Karl clamaba:

–Vamos, vamos.

Los ascensoristas levantaron la camilla empeñando el resto de sus fuerzas; Robinsón cogió la mano de Karl y en tono zalamero dijo:

–Anda, ven, pues.

¿Y acaso Karl, considerando su actual aspecto, no estaría mejor que en ninguna otra parte allí, al abrigo de las sombras del automóvil? Y así, pues, se sentó junto a Robinsón y éste apoyó en él su cabeza. Los ascensoristas, que aún estaban allí, le estrecharon cordialmente la mano a través de la ventanilla del coche, pues él había sido su colega; y el automóvil arrancó e hizo un pronunciado viraje hacia la carretera. Parecíale inevitable que ocurriese un desastre; pero en seguida el tránsito, que lo envolvía todo, acogió también en su seno, tranquilamente, a aquel automóvil en su viaje rectilíneo.

UN ASILO

Debía de ser seguramente una apartada calle de suburbio aquella en la que el automóvil se detuvo, pues en torno reinaba tranquilidad y en el borde de la acera había niños que jugaban en cuclillas. Un hombre con un montón de ropa vieja sobre los hombros lanzaba sus pregones a voz en cuello, atento a las ventanas de las casas. Karl, por su cansancio, se sintió molesto al descender del automóvil, al pisar el asfalto bañado por el calor y la claridad del sol matinal.

–¿Vives aquí realmente? –exclamó, dirigiéndose hacia el interior del automóvil.

Robinsón, que durante todo el viaje había dormido pacíficamente, farfulló alguna afirmación indefinida y pareció esperar que Karl lo

levantara y le ayudara a descender del vehículo.
–Entonces, ya no tengo nada que hacer aquí. Que sigas bien –dijo Karl, y se dispuso a echar a andar cuesta abajo por aquella calle que descendía en ligero declive.
–Pero, Karl, ¿cómo se te ocurre? –exclamó Robinsón, y tan alarmado estaba ya que se le vio de pie en el coche, bastante erguido, aunque con las rodillas un poco trémulas todavía.
–Sí, tengo que irme, pues –dijo Karl habiendo observado la rápida mejoría de Robinsón.
–¿En mangas de camisa? –preguntó éste.
–Ya sabré ganarme una chaqueta –respondió Karl; miró a Robinsón moviendo la cabeza en señal de confianza y de optimismo, saludó levantando la mano y se hubiera marchado realmente si entonces no hubiese exclamado el chofer:
–¡Un poquito de paciencia todavía, señor!
Resultó –circunstancia fastidiosa– que el chofer pretendía un pago suplementario, pues la espera delante del hotel aún no estaba abonada.
–Y claro –exclamó desde el automóvil Robinsón en confirmación de lo justificado de esa pretensión–; he tenido que esperarte allí tanto tiempo... Tendrás que darle algo más.
–Por supuesto –dijo el chofer.
–Pues, siempre que tenga algo –dijo Karl metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, a pesar de que sabía que era inútil.
–Sólo puedo exigírselo a usted –dijo el chofer apostándose allí, esparrancado–. A este hombre enfermo no puedo pedirle nada.
Desde la puerta de la casa aproximóse un muchacho joven, de nariz carcomida, que se puso a escuchar a unos pasos de distancia. Precisamente un agente de policía recorría en ese momento esa calle; le llamó la atención el hombre en manga de camisa y se detuvo con la cara gacha.
Robinsón, quien también había advertido la presencia del agente de policía, cometió la tontería de gritarle desde la otra ventanilla:
–¡No es nada, no es nada! –como si a un agente de policía se le pudiese ahuyentar igual que a una mosca.
También los chicos que habían estado observando al agente repararon ahora, por el hecho de haberse él detenido, en Karl y en el chofer, y acudieron rápidamente. Una mujer vieja, de pie en la puerta de enfrente, se quedó mirando con la vista clavada en el grupo.
–¡Rossmann! –exclamó entonces una voz desde lo alto.
Era Delamarche quien le gritaba desde el balcón del último piso. A él, por lo demás, sólo podía distinguírsele apenas, contra aquel cielo de color azul blanquecino. Al parecer tenía puesta una bata y observaba la

calle con unos gemelos de teatro. Junto a él se veía abierta una sombrilla roja, debajo de la cual, según parecía, estaba sentada una mujer.
–¡Hola! –gritó, y tuvo que hacer un esfuerzo máximo para que se le comprendiera–: ¿Está Robinsón también?
–Sí –contestó Karl, apoyado vigorosamente, desde el coche por otro «sí», mucho más sonoro, de Robinsón.
–¡Hola! –se oyó por respuesta–. ¡Voy en seguida!
Robinsón se asomó por la ventanilla del coche.
–¡He aquí un hombre! –dijo, y este elogio de Delamarche iba destinado a Karl, al chofer, al agente de policía y a todo aquel que deseara oírlo.
Allá arriba, en el balcón, hacia el que todos, por distracción, seguían dirigiendo las miradas a pesar de que Delamarche ya lo había abandonado, levantóse ahora, bajo la sombrilla, realmente una mujer; era corpulenta y llevaba un vestido rojo, nada entallado; cogió los gemelos del antepecho del balcón y con su ayuda miró a las personas que estaban abajo y que sólo poco a poco apartaban de ella la mirada.
Aguardando a Delamarche, miró Karl en dirección a la puerta principal y más allá al patio, atravesado por una hilera casi ininterrumpida de dependientes de comercio, cada uno de los cuales llevaba sobre su hombro un cajoncito pequeño pero por lo visto muy pesado. El chofer se había acercado a su coche y, para aprovechar el tiempo, limpiaba con un trapo los focos. Robinsón se palpó los miembros, pareció asombrado de lo poco que le dolían, a pesar de toda la atención que les prestaba, y comenzó a quitarse, cuidadosamente y con la cara muy agachada, uno de los gruesos vendajes de su pierna.
El agente de policía, sosteniendo delante de sí, cruzado, su bastoncito negro, esperaba tranquilamente con la gran paciencia que necesitan tener los agentes de policía, ya estén cumpliendo su servicio usual, ya alguna comisión especial, acechando a alguien.
El muchacho de la nariz carcomida se sentó sobre una de las piedras angulares de la puerta y estiró las piernas. Los chicos se aproximaron a Karl poco a poco, a pequeños pasos; pues éste, a pesar de que no les hacía caso, les parecía el más importante de todos debido a las mangas azules de su camisa.
Por el tiempo que transcurrió hasta la llegada de Delamarche pudo apreciarse la gran altura de aquella casa. Y Delamarche, por cierto, hasta venía muy apresurado, con la bata casi sin atar.
–¡Aquí estáis vosotros entonces! –exclamó, contento y severo a un tiempo. Con los grandes pasos que daba, descubríanse cada vez, durante un instante, sus prendas interiores de color.
Karl no comprendía del todo por qué se paseaba Delamarche así –en

plena ciudad, en aquella enorme casa de vecindad y en la vía pública–, tan cómoda y negligentemente vestido como si se hallara en su casa de campo.
Como Robinsón, también Delamarche había cambiado muchísimo. Su cara oscura, bien afeitada, escrupulosamente limpia, formada por músculos de rudo trazo, ofrecía un aspecto orgulloso e infundía respeto. El fuerte resplandor de sus ojos, ahora siempre ligeramente entornados, resultaba sorprendente. Su bata morada era, por cierto, vieja, estaba manchada y resultaba demasiado amplia para él; pero de esa fea prenda sobresalía arriba, hinchándose, una imponente corbata oscura de pesada seda.
–¿Y bien? –preguntó a todos en conjunto.
El agente de policía se arrimó un poco y se apoyó en la caja del motor del automóvil. Karl explicó con breves palabras la situación:
–Robinsón está ligeramente maltrecho; pero si se esfuerza un poco sin duda podrá subir la escalera. Aquí el chofer pretende todavía un pequeño pago suplementario, además del importe del viaje que ya he pagado. Y ahora me voy. Buenos días.
–Tú no te vas –dijo Delamarche.
–Ya se lo dije yo también –informó Robinsón desde el coche.
–Sí que me voy –dijo Karl, y dio unos cuantos pasos. Pero ya Delamarche estaba a sus espaldas, empujándolo de vuelta con violencia.
–¡Digo que te quedes! –exclamó.
–Pero déjenme ustedes –dijo Karl, y se preparaba a conseguir su libertad con los puños si fuera necesario, aunque bien poco éxito podía esperar frente a un hombre como Delamarche. Pero allí estaba el agente de policía y también el chofer y de vez en cuando pasaban grupos de obreros por aquella calle que, por lo demás, era verdaderamente tranquila; ¿acaso tolerarían que Delamarche cometiera una injusticia con él? No hubiera querido estar a solas con Delamarche en su cuarto, ¿pero aquí?
En ese momento Delamarche estaba pagándole tranquilamente al chofer y éste, con repetidas reverencias, se guardó la suma inmerecidamente elevada y por gratitud se acercó a Robinsón, evidentemente para discutir con él la mejor manera de sacarlo del coche. Karl vio que no lo vigilaban; quizá le resultaría más fácil a Delamarche tolerar calladamente que se marchase. Si la pelea podía evitarse era, desde luego, mejor, y por eso entró Karl en la calzada dispuesto sencillamente a alejarse lo más pronto posible. Los chicos se volvieron hacia Delamarche para advertirle de la fuga de Karl; pero ni siquiera tuvo que intervenir él personalmente, pues el agente de

policía, con el bastón tendido hacia adelante, dijo:
–¡Alto! ¿Cómo te llamas? –preguntó; y poniendo el bastón bajo el brazo sacó lentamente una libreta.
Karl lo miró entonces por primera vez con mayor detenimiento; era un hombre vigoroso, pero tenía ya casi totalmente blanca la cabeza.
–Karl Rossmann –dijo.
–Rossmann –repitió el agente, sin duda sólo porque era un hombre tranquilo y escrupuloso; pero Karl, teniendo que habérselas, como era el caso, por primera vez con las autoridades norteamericanas, vio ya en esa repetición, cierta manifestación de sospecha. Y en efecto su asunto no debía de tener muy buena cara, pues hasta Robinsón, que tan ocupado estaba con sus propias penas, suplicaba desde el coche a Delamarche, con ademanes mudos y vivaces, que socorriese a Karl. Pero Delamarche lo rechazó negando bruscamente con la cabeza y se quedó mirando sin hacer nada, metidas las manos en sus bolsillos excesivamente grandes.
El muchacho que estaba sentado sobre la piedra angular del vano de la puerta explicó a una señora, que en ese momento salía, toda la historia desde el principio. Los chicos formaron un semicírculo detrás de Karl y se quedaron mirando al agente de policía, quietos, levantando los ojos.
–Veamos tus documentos –dijo el agente
Esto era, sin duda, sólo una formalidad; pues no llevando chaqueta, como era el caso, mal podría llevar documentos consigo. Por eso Karl se quedó callado, prefiriendo más bien contestar explícitamente la pregunta siguiente y disimular así, en lo posible, la carencia de documentos.
Pero la pregunta siguiente fue:
–¿De manera que no tienes documentos?
Entonces Karl tuvo que responder:
–No los llevo conmigo.
–Esto sí que es grave –dijo el agente. Miró pensativo a la redonda y se puso a tamborilear con dos dedos sobre su libreta.
–¿Tienes algún dinero ganado? –interrogó finalmente el agente de policía.
–Fui ascensorista –dijo Karl.
–Fuiste ascensorista, de manera que ya no lo eres; y si es así, ¿de qué vives ahora?
–Ahora me buscaré otro empleo.
–Pero, ¿te acaban de despedir entonces, ahora mismo?
–Sí, hace una hora.
–¿Repentinamente?
–Sí –dijo Karl alzando una mano como para excusarse.

No podía ponerse a contar allí toda la historia y, aunque hubiera sido posible, parecía no obstante del todo inútil querer repeler la amenaza de una injusticia con la narración de otra injusticia ya sufrida. Y si no le habían hecho justicia la bondad de la cocinera mayor ni la comprensión del camarero mayor, no podía él esperar que se la hiciera aquella reunión callejera.

–¿Y te han despedido sin chaqueta? –preguntó el agente.

–Sí, pues –dijo Karl; de manera que también en los Estados Unidos era característico de las autoridades que preguntaran expresamente lo que estaba a la vista. (¡Cuánta mala sangre se había hecho su padre por esas preguntas insistentes e inútiles de las autoridades, con motivo de la tramitación de su pasaporte!) Karl sentía unas ganas tremendas de escaparse, de esconderse en alguna parte, para ya no tener que escuchar ninguna clase de preguntas. Y ahora para colmo, pronunció el agente de policía aquella pregunta que Karl más temiera, y en inquietante previsión de la cual, él se había conducido hasta ese momento probablemente con mayor cautela de la que de otro modo habría demostrado.

–¿Y en qué hotel estabas empleado?

Agachó la cabeza y no contestó; esa pregunta no la contestaría de ninguna manera. No debía suceder, no, que escoltado por un agente de policía volviera él al Hotel Occidental, que allí se organizaran interrogatorios con intervención de sus amigos y enemigos, que la cocinera mayor abandonara del todo la buena opinión, ya bastante debilitada, que se había formado de Karl, viéndolo a él, a quien suponía en la Pensión Brenner, nuevamente de regreso, detenido por un agente de policía, en camisa, sin su tarjeta de visita; mientras que el camarero mayor tal vez sólo meneara la cabeza comprendiéndolo todo; y el portero mayor, a su vez, hablara de la mano de Dios que por fin había alcanzado al pícaro.

–Estuvo empleado en el Hotel Occidental –dijo Delamarche colocándose junto al agente.

–¡No! –exclamó Karl y dio una patada en el suelo–. ¡No es cierto!

Delamarche lo miró frunciendo burlescamente la boca, como diciendo que él podría revelar muchas cosas todavía. La inesperada irritación de Karl promovió una gran agitación entre los chicos, que se trasladaron hasta donde estaba Delamarche, prefiriendo contemplar a Karl desde allí con toda atención. Robinsón había sacado completamente la cabeza fuera del coche. Tan grande era su interés que se mantenía del todo quieto; sólo algún parpadeo de vez en cuando era su único movimiento. El muchacho de la puerta palmoteaba de puro placer, pero la señora que estaba junto a él le dio un codazo para que se quedara quieto. Los

mozos de cuerda, que tenían en ese momento su descanso para tomar el desayuno, aparecieron todos con grandes tazones de café negro, que revolvían con largos panes. Algunos de ellos se sentaron en el borde de la acera y todos sorbían el café muy ruidosamente.
–Según parece conoce usted a este muchacho –dijo el agente de policía a Delamarche.
–Más de lo que pudiera serme grato –dijo éste–. En cierta oportunidad he sido muy bueno con él, pero muy mal me lo ha pagado; cosa que usted comprenderá muy fácilmente, aun basándose sólo en ese brevísimo interrogatorio a que acaba de someterlo.
–Sí –dijo el agente–; parece un muchacho porfiado.
–Y lo es –dijo Delamarche–, pero ésta ni siquiera es la peor de sus cualidades.
–¿Cómo así? –preguntó el agente de policía.
–Sí –dijo Delamarche que ahora había tomado la palabra, entusiasmándose y comunicando al mismo tiempo, con las manos en los bolsillos, un movimiento ondulatorio a toda su bata–, es una buena pieza, éste. Mi amigo, el que está en el coche, y yo lo habíamos recogido casualmente en plena miseria; no tenía él entonces ni el menor asomo de conocimiento de las condiciones de América, pues acababa de llegar de Europa; de allí también lo echaron por inútil; y bien, lo arrastramos con nosotros, le permitimos vivir a nuestro lado, lo instruimos acerca de todas las cosas; queríamos conseguirle un empleo; nos proponíamos hacer de él todavía, contra todas las señales que nos defraudaban, un hombre; pero desapareció cierta vez durante la noche; se marchó, y en circunstancias que realmente prefiero callar. ¿Ha sido así o no? –preguntó finalmente Delamarche, zarandeando a Karl por la manga de la camisa.
–¡Atrás, chicos! –gritó el agente de policía, pues éstos, agolpándose, se habían adelantado tanto que poco faltó para que Delamarche tropezase cayendo por encima de uno de ellos.
Entretanto, también los mozos de cuerda, que hasta ese momento habían tenido en poco el interés que ese interrogatorio ofrecía, comenzaban a prestar mayor atención congregándose en fila cerrada a espaldas de Karl, quien ahora no hubiera podido dar un solo paso atrás; además sonaba ahora en sus oídos, ininterrumpidamente, el barullo de las voces de aquellos mozos de cuerda, quienes, más que hablar, chapurreaban algún lenguaje inglés completamente incomprensible, acaso entremezclado con voces eslavas.
–Gracias por la información –dijo el agente saludando militarmente a Delamarche–; de todas maneras me lo llevaré y lo haré conducir nuevamente al Hotel Occidental.

Pero Delamarche dijo:
–¿Me permitiría usted rogarle que dejara a ese muchacho por el momento a mi cargo? Tendría que ajustar con él ciertas cuentas todavía. Me comprometo a llevarlo luego, yo mismo, al hotel.
–No puedo hacerlo –dijo el agente de policía. Delamarche dijo:
–Aquí tiene usted mi tarjeta –le tendió una tarjetita de visita.
El agente de policía la miró con gesto aprobatorio; pero, a pesar de todo y sonriendo amablemente, dijo: –No, es inútil.
Por más que Karl hasta aquel momento se cuidara de Delamarche, ahora veía en él la única salvación posible. Era por cierto sospechosa la manera que tenía éste de pretender obtener a Karl del agente, pero sería de todas maneras más fácil inducir a Delamarche a que no lo llevase de regreso al hotel, que no al agente de policía. Y aunque Karl volviera al hotel de la mano de Delamarche, ya sería mucho menos grave que si esto sucediera en compañía del agente. Claro que, por el momento, Karl no debía dejar traslucir, con todo, que en efecto deseaba quedarse con Delamarche; pues, de otro modo, todo estaba perdido. Y observó inquieto la mano del agente de policía, que en cualquier instante podía levantarse para atraparlo.
–Por lo menos debería yo saber por qué lo han despedido tan repentinamente –acabó por decir el agente de policía, mientras que Delamarche apartaba la vista con gesto fastidiado, estrujando entre las puntas de los dedos la tarjeta de visita.
–¡Pero si no está despedido! –exclamó Robinsón con la subsiguiente sorpresa general, y apoyándose en el chofer se asomó del coche lo más que pudo–. Al contrario; ¡si él tiene allí un buen empleo! En el dormitorio es el superior de todos los ascensoristas y puede llevar allí a quien quiera. Sólo que siempre está terriblemente ocupado y si se quiere algo de él hay que esperar muchísimo: está constantemente metido en el despacho del camarero mayor, o de la cocinera mayor, y es realmente persona de confianza. No está despedido de ninguna manera. No sé por qué habrá dicho tal cosa. ¿Cómo es posible que esté despedido? Yo me he lastimado gravemente allá en el hotel y a él le encargaron traerme a mi casa, y puesto que en ese momento andaba sin chaqueta, se vino conmigo sin ella. No podía yo esperar hasta que fuese a buscarla.
–Pues entonces... –dijo Delamarche extendiendo los brazos, en un tono como si le reprochara al agente de policía una falta de perspicacia, de conocimiento de los hombres, y era como si esas dos palabras suyas introdujesen una incontrovertible claridad en el carácter vago de la declaración de Robinsón.
–Pero, ¿será esto realmente cierto? –preguntó el agente de policía con

voz ya menos categórica–. ¿Y si es cierto, por qué pretende el muchacho haber sido despedido?
–Debes contestar tú –dijo Delamarche.
Karl miró al agente de policía, cuyo deber era restablecer allí el orden, entre gente extraña que sólo pensaba en sí misma; y algo de sus preocupaciones generales se le contagió también a Karl. Él no quería mentir y mantenía las manos tras su espalda, estrechamente entrelazadas.
En la puerta de la casa apareció un capataz y golpeó las manos en señal de que los mozos de cuerda debían ya volver a su trabajo. Arrojaron éstos de sus tazones el poso de café y, mudos y con paso vacilante, se retiraron y entraron en la casa.
–Así no llegamos a ningún fin –dijo el agente de policía, y quiso agarrar a Karl de un brazo. Pero éste involuntariamente retrocedió un poco, sintió detrás de sí el espacio libre que se había formado al retirarse los mozos de cuerda, se volvió y después de algunos grandes saltos iniciales, echó a correr. Los chicos prorrumpieron en un grito único y, con los bracitos extendidos, corrieron también unos pasos.
–¡Deténganlo! –gritó el agente de policía, y corrió tras Karl, cuesta abajo, por aquella larga calle casi desierta, profiriendo con regularidad la misma exclamación. Su silenciosa carrera revelaba un gran vigor y mucha ejercitación.
Fue una suerte para Karl que la persecución aconteciera en un barrio obrero. Los obreros no hacen causa común con la autoridad. Karl corría por el centro de la calzada, pues allí tenía menos obstáculos que en ninguna otra parte y veía, ahora, a obreros que de vez en cuando se quedaban plantados en la acera, mirándolo tranquilamente, mientras el agente les lanzaba su «¡deténganlo!», extendiendo al correr –él se mantenía inteligentemente sobre la lisa acera– su bastón contra Karl, en forma constante.
Karl tenía pocas esperanzas de escapar y las perdió casi por completo cuando el agente de policía –puesto que se aproximaban a calles transversales que seguramente tenían también sus patrullas policíacas– se puso de pronto a emitir silbidos, unos silbidos en verdad ensordecedores. La ventaja de Karl era meramente su liviana vestimenta: volaba o más bien se precipitaba cuesta abajo por aquella calle cuyo declive se hacía cada vez más pronunciado, sólo que a menudo, distraído por el sueño que tenía, daba brincos demasiado altos, que resultaban inútiles y le hacían perder tiempo. Pero además el agente de policía tenía su meta siempre frente a sí, sin tener nada qué pensar; para Karl, en cambio, la carrera era en verdad cosa secundaria; él debía reflexionar, escoger entre varias posibilidades, debía decidirse

siempre de nuevo, una y otra vez.
Su plan, un tanto desesperado, era evitar por el momento las calles transversales, ya que no era posible saber qué podían ocultar; quizá si tomara por alguna de ellas correría derechamente a algún puesto de guardia; en tanto que fuera posible, no quería él apartarse de aquella calle, cuya perspectiva podía uno abarcar con la mirada hasta muy lejos y que sólo muy, muy abajo, terminaba en un puente, del que apenas se veía el comienzo, ya que un poco más allá desaparecía en una bruma de agua y sol. Precisamente y después de tomar esta decisión, se disponía Karl a concentrar sus fuerzas para correr más ligero, a fin de pasar con especial velocidad la primera calle transversal, cuando, no muy lejos delante de sí, vio a un agente de policía en acecho, agazapado contra la oscura pared de una casa que permanecía en la sombra, dispuesto a lanzarse sobre Karl en el momento oportuno. Ahora ya no le quedaba otra salida sino la calle transversal, y cuando desde allí hasta lo llamaron por su nombre en forma absolutamente inofensiva –aunque primero esto le pareciera una ilusión, pues ya todo este tiempo sentía un zumbido en los oídos–, no vaciló más, y, queriendo sorprender en lo posible a los agentes, giró sobre una sola pierna, y en ángulo recto dobló por esa calle.
Había dado dos saltos apenas –ya había olvidado el hecho de que hubieran gritado su nombre; ahora silbaba también el otro agente, y se notaba su vigor intacto y fresco y a lo lejos algunos transeúntes de esa calle transversal parecían apretar el paso–, cuando de una pequeña puerta de calle surgió una mano que, asiendo a Karl, lo atrajo con estas palabras a un oscuro zaguán:
–¡Ahora quieto!
Era Delamarche, jadeante sin poder tomar aliento, con las mejillas encendidas y los cabellos pegados en torno de la cabeza. Llevaba la bata bajo el brazo y estaba vestido con sólo la camisa y los calzoncillos. Cerró en seguida la puerta, que en realidad no era una verdadera puerta de calle, sino sólo una insignificante entrada secundaria.
–Un momento –dijo luego apoyándose en la pared, con la cabeza erguida y respirando pesadamente.
Karl yacía casi en sus brazos y apretaba, medio desmayado, su cara contra el pecho del otro.
–Por ahí corren los señores –dijo Delamarche prestando atención de pronto y señalando la puerta con el dedo.
Realmente pasaron en ese momento, corriendo, los dos agentes de policía; en la calle desierta resonaba su correr como si se golpease acero contra piedra
–Tú estás bastante rendido –dijo Delamarche a Karl, que luchaba

todavía por recobrar el aliento, sin poder proferir una palabra. Delamarche lo sentó cuidadosamente en el suelo, se arrodilló junto a él, le pasó la mano por la frente varias veces y se quedó observándolo.
–Ya estoy bien –dijo Karl y, haciendo un supremo esfuerzo, se levantó.
–Vamos entonces –dijo Delamarche después de ponerse nuevamente su bata; y fue empujando hacia adelante a Karl, que por la extrema debilidad mantenía aún gacha la cabeza.
De tiempo en tiempo Delamarche lo zarandeaba, tratando de reanimarlo.
–¿Y tú pretendes estar cansado? –dijo–. Pero si podías correr al aire libre como un caballo, mientras que yo tenía que escurrirme a hurtadillas a través de esos malditos patios y pasillos. Pero por suerte soy corredor yo también. –De puro orgullo propinó a Karl un golpe impetuoso en la espalda–. De tiempo en tiempo una carrera semejante con la policía es un buen ejercicio.
–Ya estaba fatigado cuando empecé a correr –dijo Karl.
–No hay excusas que valgan; no sabes correr –dijo Delamarche–. Si no fuera por mí, ya hace rato que te hubieran prendido.
–También yo lo creo –dijo Karl–. Le estoy reconocido.
–Sin duda –dijo Delamarche.
Anduvieron por un pasillo largo y estrecho, pavimentado de piedras oscuras, lisas. De vez en cuando abríase a derecha e izquierda un nacimiento de escalera, o bien surgía la perspectiva de otro pasillo más largo. Apenas se veía alguna persona adulta; sólo había niños que jugaban en las escaleras desiertas. En una barandilla apoyábase una muchachita que lloraba tanto que toda la cara le brillaba por las lágrimas. Apenas hubo divisado a Delamarche, cuando echó a correr escaleras arriba, boquiabierta y jadeante; se calmó sólo cuando estuvo muy arriba y cuando después de volverse varias veces se hubo convencido de que nadie la seguía ni quería seguirla.
–A ésta hace un momento la derribé al correr –dijo Delamarche riendo y amenazándola con el puño; por lo cual ella, dando gritos, prosiguió su carrera hacia arriba.
También los patios que atravesaron estaban casi todos desiertos. Sólo aquí o allá un dependiente de comercio empujaba una carretilla de dos ruedas, una mujer llenaba una jarra con el agua que extraía con una bomba, un cartero cruzaba el patio con paso reposado, un viejo con mostacho blanco permanecía sentado cruzado de piernas ante una puerta de vidrio y fumaba su pipa. Delante de una empresa de transportes descargaban cajones y los caballos, desocupados, volvían las cabezas con indiferencia: un hombre de guardapolvo, con un papel en la mano, vigilaba todo el trabajo; en una oficina se veía a través de

la ventana abierta a un empleado sentado frente a su escritorio; tenía apartada la vista del mismo y miraba pensativo hacia afuera, por donde, en ese preciso momento, pasaban Karl y Delamarche.
–No es posible desear un barrio más tranquilo –dijo Delamarche–; por la noche hay mucho barullo durante unas horas, pero durante el día las cosas transcurren de una manera ejemplar.
Karl asentía con la cabeza; le parecía demasiado grande aquella tranquilidad.
–En ninguna otra parte podría yo vivir –dijo Delamarche–, pues Brunelda no soporta ningún ruido, absolutamente ninguno. ¿Conoces a Brunelda? Pues ya la verás, en todo caso te recomiendo que te conduzcas lo más quedamente que te sea posible.
Cuando llegaron a la escalera que conducía a la vivienda de Delamarche, el automóvil ya había partido, y el muchacho de la nariz carcomida, sin que lo asombrara en manera alguna la reaparición de Karl, anunció que él había cargado con Robinsón y lo había subido por la escalera. Delamarche no hizo más que aprobar con la cabeza, como si el muchacho fuese su sirviente y no hubiera hecho otra cosa que cumplir con su deber natural, y arrastró consigo escaleras arriba a Karl, que vaciló un poco mirando hacia la calle que resplandecía al sol.
–Ya estamos arriba –dijo Delamarche repetidas veces mientras subían por la escalera, mas su predicción no se cumplía en absoluto pues siempre se sumaba un tramo más, que subía alterando sólo imperceptiblemente la dirección.
Una vez hasta se detuvo Karl, en verdad no tanto por el cansancio como por el sentirse desarmado frente a semejante extensión de la escalera.
–El departamento queda muy alto, es cierto –dijo Delamarche cuando prosiguieron su marcha–; pero esto también tiene sus ventajas. Sale uno muy rara vez y se queda el día entero en bata; llevamos, pues, una vida muy cómoda. Naturalmente, teniendo que subir hasta semejante altura, tampoco vienen visitas.
«¿De dónde habrían de venir las visitas?», pensó Karl.
Por fin en uno de los descansos de la escalera, ante la puerta cerrada de un departamento, apareció Robinsón, y ahora efectivamente habían llegado. La escalera ni siquiera había alcanzado su fin: continuaba perdiéndose a través de la penumbra y no había nada que pareciera señalar su pronta conclusión.
–¡Ya sabía yo –dijo Robinsón en voz baja, como si todavía lo afligieran las dolencias– que Delamarche lo traería! ¡Rossmann, qué sería de ti sin Delamarche!
Robinsón estaba de pie, en paños menores, y sólo intentaba en la

medida en que esto resultaba posible envolverse en la manta que le habían dado en el Hotel Occidental. No se podía comprender por qué no entraba en el departamento en vez de ponerse en ridículo, ante la gente que, tal vez, podía pasar.
–¿Está durmiendo ella? –preguntó Delamarche.
–Creo que no –dijo Robinsón–, pero con todo he preferido esperar hasta que vinieras tú.
–Primero tenemos que ver si está durmiendo –dijo Delamarche inclinándose hasta el ojo de la cerradura. Después de haber mirado largo rato a través del mismo, se incorporó y dijo–: No se la ve bien; está bajada la persiana. La veo sentada en el canapé, pero tal vez esté durmiendo.
–Pero, ¿está enferma? –preguntó Karl, pues Delamarche se quedaba inmóvil como si necesitara consejo. Pero ahora éste a su vez, y en tono áspero, preguntó:
–¿Enferma?
–Es que él no la conoce –dijo Robinsón disculpándolo.
Unas puertas más allá habían salido al pasillo dos mujeres; se enjugaban las manos con sus delantales, contemplaban a Delamarche y a Robinsón, y parecía que de ellos hablaban. De una de las puertas salió de un salto una muchacha, una muchacha muy joven todavía, de lustrosa cabellera rubia y se estrechó entre las dos señoras, colgándose de sus brazos.
–¡Qué mujeres asquerosas! –dijo Delamarche en voz baja, evidentemente sólo por consideración a la durmiente Brunelda–. Uno de estos días las denunciaré a la policía y ya me dejarán en paz durante años. No las mires –dijo luego siseando a Karl, quien no veía nada malo en mirar a las mujeres, ya que de todas maneras había que esperar allí, en el pasillo, el despertar de Brunelda.
Karl movió la cabeza disgustado, como diciendo que él no tenía por qué aceptar amonestaciones de Delamarche, y para demostrarlo más decididamente aún quiso acercarse a las mujeres, pero entonces Robinsón con las palabras: «¡Cuidado, Rossmann!» lo retuvo por la manga; y Delamarche, ya irritado por Karl, se puso tan furioso con motivo de una sonora risotada de la muchacha que, tomando gran impulso y agitando brazos y piernas, echó a correr hacia las mujeres. Éstas, como llevadas por el viento, desaparecieron cada una por su puerta.
–Así tengo que despejar a menudo los pasillos –dijo Delamarche volviendo con paso lento; entonces se acordó de la resistencia de Karl y dijo–: Y de tu parte espero una conducta muy diferente, ¡pues de otro modo podrías llegar todavía a conocerme!

Y entonces una voz llamó desde el cuarto, en un tono suave y cansado:
–¿Delamarche?
–Sí –respondió éste mirando afablemente hacia la puerta–, ¿podemos entrar?
–¡Oh, sí! –se oyó entonces.
Delamarche, después de haber rozado con una mirada a los dos que esperaban tras él, abrió lentamente la puerta.
Entraron en una oscuridad total. La cortina de la puerta del balcón –ventana no había ninguna– estaba bajada hasta el suelo y era muy poco translúcida, pero además contribuía mucho al oscurecimiento del cuarto el hecho de que se viera repleto de muebles y de ropas colgadas y dispersas. La atmósfera era sofocante y, realmente, se olía el polvo, acumulado allí en rincones, manifiestamente inaccesibles a mano alguna. Lo primero que notó Karl al entrar fueron tres armarios apostados uno tras otro, sin interrupción.
En el canapé, acostada, estaba la mujer que antes había mirado desde el balcón. Su vestido rojo se le había torcido un poco por abajo y, formando una larga punta, colgaba hasta el suelo; por el otro lado se le veían las piernas casi hasta las rodillas; tenía medias de lana, gruesas y blancas; no llevaba zapato alguno.
–¡Qué calor, Delamarche! –dijo; apartó la cara de la pared y sostuvo la mano negligentemente en suspenso, tendiéndosela a Delamarche. Éste la tomó y la besó.
Karl sólo miraba su papada que, al volver la cabeza, rodaba con ella.
–¿No quieres que haga subir la cortina? –preguntó Delamarche.
–No; todo menos eso –dijo con los ojos cerrados y como desesperada–; así empeoraría más aún.
Karl se aproximó al pie del canapé para examinar mejor a aquella mujer; le maravillaban sus quejas, pues el calor no era nada extraordinario.
–Espera, voy a ponerte un poco más cómoda –dijo Delamarche temeroso. Le desabrochó unos botones cerca del cuello y abrió el vestido de manera que quedaron libres el cuello y el nacimiento del pecho; apareció también la puntilla, delicada y amarillenta, de la camisa.
–¿Quién es éste? –dijo súbitamente la mujer señalando con el dedo a Karl–; ¿por qué me clava así los ojos?
–Tú mira en seguida cómo hacerte útil –dijo Delamarche empujando a Karl a un lado, y tranquilizó a la mujer con estas palabras–: No es más que el muchacho que he traído para tu servicio.
–¡Pero si yo no quiero ninguno! –exclamó–. ¿Por qué traes gente extraña a mi casa?

–Pero si siempre estás deseando a alguien para tu servicio –dijo Delamarche arrodillándose, pues en el canapé, con ser muy ancho, no quedaba el menor lugar junto a Brunelda.
–¡Ay, Delamarche! –dijo ella–, tú no me entiendes y no me entiendes.
–Pues entonces realmente no te entiendo –dijo Delamarche y tomó entre sus dos manos la cara de ella–; pero no ha pasado nada. Si tú así lo quieres, se marchará al instante.
–Ya que está, que se quede, pues –dijo ella, sin embargo.
Karl, debido a su cansancio, le agradeció tanto esas palabras, que en el fondo acaso no eran siquiera amables, que –pensando siempre confusamente en aquella escalera interminable que tal vez ya hubiera tenido que bajar de nuevo– pasó por encima de Robinsón, que dormía pacíficamente sobre su manta, y, a despecho de todo ese disgustado agitar de manos de Delamarche, dijo:
–Le agradezco de todas maneras que me permita usted quedarme un rato más aquí. Ya van seguramente veinticuatro horas que no duermo, no obstante haber trabajado bastante y haber tenido diversos disgustos. Estoy terriblemente cansado. Ni siquiera sé bien dónde me encuentro. Pero cuando haya dormido unas horas podrá usted echarme sin consideración y me iré gustosamente.
–Puedes quedarte tranquilamente –dijo la mujer; y con ironía añadió–: Como ves, tenemos lugar de sobra.
–Tienes que irte, entonces –dijo Delamarche–; no podemos emplearte.
–No, no, que se quede –dijo la mujer, ahora ya en serio.
Y Delamarche, como ejecutando ese deseo, le dijo a Karl:
–Bueno, pues, acuéstate por fin en alguna parte.
–Puede acostarse sobre las cortinas, pero tiene que quitarse los zapatos para no romper nada.
Delamarche enseñó a Karl el lugar a que se refería. Entre la puerta y los tres armarios había un gran montón de los más diversos cortinajes de ventana. Si se hubieran doblado todos en regla, si se hubieran colocado abajo las cortinas más pesadas y arriba las más livianas y si, finalmente, se hubieran sacado las diversas tablas y anillas de madera metidas en el montón, aquel conjunto se habría convertido en un cómodo lecho; pero así como estaba no era más que una masa oscilante en la cual se deslizaba uno. Sin embargo, Karl se acostó instantáneamente, pues estaba demasiado cansado y no podía efectuar preparativos especiales para dormir y debía, además, cuidarse también de no causar allí demasiadas molestias en atención a sus huéspedes.
Ya estaba casi sumido en el sueño propiamente dicho cuando oyó un fuerte grito; se incorporó y vio a Brunelda, erguida, sentada en el canapé; extendía los brazos en amplio movimiento y rodeaba con ellos

a Delamarche, que seguía arrodillado ante ella. Karl, penosamente impresionado por el espectáculo, se recostó nuevamente y se hundió en las cortinas a fin de continuar durmiendo. Le parecía fuera de toda duda que no aguantaría allí ni dos días, pero tanto más necesario era dormir primero debidamente, para poder tomar luego las decisiones del caso con la mente lúcida, con prontitud y precisión.
Pero Brunelda ya había advertido los ojos de Karl, grandemente abiertos de cansancio, que ya la asustaron una vez, y clamó:
–Delamarche, no aguanto más de calor, estoy ardiendo, tengo que desnudarme, tengo que bañarme; ¡manda a esos dos afuera, fuera del cuarto, a donde quieras: al pasillo, al balcón, con tal que no los vuelva a ver! Está una en su propia casa y la estorban continuamente... ¡Si estuviera sola contigo, Delamarche! ¡Ay Dios mío, todavía siguen aquí! Cómo se despereza ese desvergonzado Robinsón, en ropa interior, en presencia de una dama. Y este chico extraño, hace un momento me miró como un salvaje y ahora, ¡cómo ha vuelto a acostarse para engañarme! Fuera con ellos, Delamarche, pronto; los siento como una carga, me pesan sobre el pecho y si ahora perezco será por su culpa.
–En el acto estarán fuera; puedes ir desnudándote –dijo Delamarche. Se acercó a Robinsón y poniéndole un pie sobre el pecho comenzó a sacudirlo. Al mismo tiempo increpó a Karl–: ¡Rossmann, a levantarse! ¡A salir los dos al balcón! ¡Y ay de vosotros si entráis antes de que se os llame! Vamos pronto, Robinsón. –Sacudía a Robinsón con más fuerza–. Y tú, Rossmann, cuidado que no te caiga yo encima a ti también. –Y dos veces golpeó ruidosamente las manos.
–¡Cuánto tardan! –exclamó Brunelda desde el canapé. Mantenía, en la posición sentada, muy separadas las piernas, para proporcionar así mayor espacio a su cuerpo excesivamente obeso; y sólo con el mayor esfuerzo y múltiples intentos de cogerlas, y descansando con frecuencia, pudo asir las medias por su parte superior y bajárselas un poco, mas no podía desnudarse del todo: eso tenía que hacerlo Delamarche, y ella lo esperaba ya con impaciencia.
Totalmente aturdido por el cansancio, abandonó Karl el montón de cortinas, deslizándose hasta el suelo y se dirigió lentamente a la puerta del balcón; un trozo de género de cortina se le había enredado en el pie y él fue arrastrándolo sin reparar en él. Tan distraído estaba que al pasar frente a Brunelda hasta llegó a decirle
–Le deseo a usted muy buenas noches.
Luego pasó junto a Delamarche, el cual apartó ligeramente el cortinaje de la puerta, y siguió andando hasta llegar al balcón.
Tras Karl fue inmediatamente Robinsón, sin duda no menos necesitado de sueño, pues caminaba refunfuñando:

–Siempre y siempre lo maltratan a uno –dijo–; si no viene Brunelda también, yo no salgo al balcón.
Pero a pesar de esta aseveración salió sin la menor resistencia y, ya afuera, puesto que Karl se había desplomado en el sillón, se acostó en el acto sobre el piso de losas.
Cuando Karl despertó ya había caído la noche; ya estaban las estrellas en el cielo, y tras las altas casas de enfrente ascendía el claro de luna. Sólo después de mirar unas cuantas veces en torno de sí, para orientarse en aquel sitio desconocido, y después de aspirar unas cuantas veces el aire fresco cobró Karl conciencia del lugar en que estaba. Cuán imprudente había sido, cómo había desoído todos los consejos de la cocinera mayor, todas las advertencias de Therese, todos sus propios temores, ¡y se hallaba tranquilamente sentado en el balcón de Delamarche, y hasta se había quedado a dormir allí durante la mitad del día, como si tras la cortina no estuviera Delamarche, su gran enemigo! En el suelo se retorcía aquel haragán de Robinsón, zarandeaba a Karl por un pie y parecía que, en efecto, así lo había despertado, ya que estaba diciendo:
–¡Qué manera de dormir, Rossmann! ¡Lo que es la juventud despreocupada! ¿Hasta cuándo piensas seguir durmiendo? Yo te hubiera dejado dormir por más tiempo; pero, en primer lugar estoy aburriéndome demasiado aquí en el suelo y, en segundo lugar, tengo mucha hambre. Levántate un poco, te lo ruego: ahí abajo, dentro del sillón, he guardado algunas cosas para comer y me gustaría mucho sacarlas; también a ti te daré algo.
Y Karl, habiéndose levantado, se quedó mirando cómo se aproximaba aquél, sin levantarse, arrastrándose sobre el vientre, y cómo sacaba de debajo del sillón, con las manos extendidas, una bandeja plateada, aproximadamente de esas que sirven para presentar tarjetas de visita. Sobre esta bandeja había medio chorizo muy negro, algunos cigarrillos delgados, una lata de sardinas bastante llena todavía, en donde el aceite rebosaba, y una cantidad de bombones, en su mayor parte estrujados, que formaban una pelota. Luego apareció además un gran pedazo de pan y una especie de frasco de perfume que, no obstante, parecía contener algo muy distinto, pues Robinsón lo señaló con satisfacción especial y, relamiéndose, le envió a Karl un chasquido con la lengua.
–¿Lo ves, Rossmann? –dijo Robinsón mientras tragaba sardina tras sardina y se limpiaba las manos del aceite, de vez en cuando, con un paño de lana que por lo visto Brunelda había olvidado en el balcón–. ¿Lo ves, Rossmann? Aquí tiene uno que guardarse su comida si no quiere morirse de hambre. Sabes, muchacho: me han dejado

completamente de lado. Y si lo tratan a uno sin cesar como a un perro, al fin llega uno a pensar que lo es de veras. Suerte que estás aquí, Rossmann; al menos puedo hablar con alguien; pues en esta casa nadie habla conmigo. Nos detestamos, y todo por esa Brunelda. Ella, claro está, es una hembra magnífica. Ven –y le hizo señas a Karl a fin de que se agachara para susurrarle luego al oído–: una vez la he visto desnuda. ¡Oh! –Y recordando ese placer se puso a estrujar y a golpear las piernas de Karl, hasta que éste, cogiéndole las manos y rechazándolas, exclamó:

–Robinsón, ¡pero estás loco!

–Es que tú eres un chico todavía, Rossmann –dijo Robinsón, y sacó un puñal que llevaba prendido de un cordón que hacía de collar, le quitó la vaina y cortó con él el duro chorizo–. Tienes que aprender muchas cosas todavía. Pero aquí, en nuestra casa, has llegado a una buena fuente de conocimientos. Siéntate, pues. ¿No quieres comer algo tú también? Pues tal vez el mirarme a mí te abra el apetito. ¿Y no quieres beber tampoco? Tú no quieres nada, pero nada. Y tampoco eres muy conversador que digamos. Pero da absolutamente lo mismo quedarse en el balcón con cualquiera con tal de que haya alguien. Porque yo me quedo muy a menudo en el balcón, ¿sabes? Esto le divierte mucho a Brunelda. Por cualquier cosa que se le ocurre: ya sienta frío, ya calor, ya quiera dormir, ya quiera peinarse, ya quiera aflojarse el corsé, ya quiera ponérselo, a mí me mandan siempre al balcón. A veces hace ella realmente lo que dice, pero la mayor parte de las veces se queda acostada igual que antes en el canapé, y no se mueve. Antes abría yo a menudo la cortina un poco, así, y espiaba; pero desde que cierta vez, en una ocasión semejante, me dio Delamarche (sé perfectamente que él no quería hacerlo, que lo hizo sólo accediendo a los ruegos de Brunelda), desde que me dio, pues, unos cuantos latigazos en la cara, ¿ves las estrías?, ya no me atrevo a espiar. Por eso me quedo aquí acostado en el balcón y no tengo más placer que la comida. Anteayer por la noche estaba aquí, solo; entonces llevaba yo todavía mi ropa elegante, la que por desgracia he perdido en tu hotel (esos perros, ¡le arrancan a uno del cuerpo esas ropas tan caras!), estaba acostado, pues, entonces, tan solo aquí; me quedé mirando hacia abajo a través de la balaustrada y sentí una tristeza tan grande por todo que me puse a sollozar. Y entonces casualmente, sin que yo lo notara al punto, salió Brunelda de la habitación y vino a verme, con su vestido rojo (es de entre todos, sin duda, el que mejor le queda), y se quedó mirándome un poco y al fin dijo: «Robinsón, ¿por qué lloras?» Luego, levantó su vestido y con el ribete me enjugó los ojos. Quién sabe qué más habría hecho, si no la hubiera llamado Delamarche, si no hubiera tenido que

volver a entrar inmediatamente en la habitación. Como es natural, creía yo que había llegado mi hora y, a través del cortinaje, pregunté si ya podía entrar en el cuarto. Y, ¿qué crees tú que me dijo Brunelda? «¡No!», dijo y «¿Cómo se te ocurre?»

–Y, ¿por qué, si te tratan de esta manera, te quedas aquí? –preguntó Karl.

–Perdona Rossmann, tu pregunta no es muy inteligente –repuso Robinsón–. Ya te quedarás tú también, así te traten peor todavía. Por otra parte, tan mal no me tratan.

–No –dijo Karl–; yo ciertamente me voy y, si es posible, esta misma noche. No me quedo con ustedes.

–Y, ¿cómo, por ejemplo, te las arreglarás para marcharte esta noche? –preguntó Robinsón, que había recortado la miga de su pan y la empapaba, cuidadosamente, en el aceite de la lata de sardinas–. ¿Cómo quieres marcharte si ni siquiera puedes entrar en el cuarto?

–¿Y por qué no podemos entrar?

–Y bien, mientras no suene la campanilla, no podemos entrar –dijo Robinsón abriendo la boca lo más que podía para devorar el grasiento pan y recogiendo a la vez, en una de sus manos, el aceite que goteaba del mismo, a fin de remojar de tiempo en tiempo el pan que todavía le quedaba en su mano ahuecada que servía de recipiente–. Aquí todo se ha vuelto más severo. Primero había sólo una cortina delgada, por cierto nada se podía ver a través de ella; pero por la noche, con todo, se distinguían las sombras. Pero esto le desagradaba a Brunelda y entonces tuve que convertir en cortina una de sus capas de teatro y colgarla allí en lugar de la cortina vieja. Ahora ya no se ve nada. Luego: antes podía yo preguntar siempre si ya me permitían entrar y, según las circunstancias, me contestaban sí o no; pero seguramente aprovechaba yo esto demasiado y preguntaba con demasiada frecuencia. Brunelda no podía soportarlo. Ella, a pesar de su gordura, es de constitución muy débil, tiene a menudo dolor de cabeza y casi siempre tiene gota en las piernas. Por eso dispuso que no volviera a preguntar y que, en cambio, en caso de poder yo entrar, oprimirían el botón de la campanilla de mesa. Suena tan fuerte que hasta me despierta cuando duermo. Una vez tuve aquí un gato, para divertirme; se escapó de susto al oír esta campanilla y no ha vuelto ya; bien, pues, hoy no sonó todavía porque cuando suena no sólo puedo, sino que en realidad ya debo entrar, y si esta vez no ha sonado en tanto tiempo, puede tardar muchísimo más todavía.

–Sí –dijo Karl–, pero no hay ninguna razón para que lo que es válido para ti, lo sea también para mí. Y, en general, una cosa semejante es válida sólo para quien la tolera.

–Pero –exclamó Robinsón–, ¿por qué no habría de ser válida también para ti? Es, desde luego, válida también para ti. Espera tranquilamente aquí conmigo hasta que suene la campanilla. Y luego puedes intentarlo; veremos si puedes marcharte.
–¿Por qué, realmente, no te marchas también de aquí? ¿Tan sólo porque Delamarche es, o más bien era, tu amigo? ¿Y es esto vida acaso? ¿No sería mejor estar ya en Butterford, a donde queríais ir vosotros primero? ¿O mejor aún en California, donde tú tienes amigos?
–Sí –dijo Robinsón–, nadie podía prever esto. –Antes de continuar contando alcanzó a decir todavía–: A tu salud, querido Rossmann –y tomó un largo trago del contenido del frasco de perfume–. Pues en aquel entonces, cuando tú tan villanamente nos abandonaste, nuestra situación era pésima. En los primeros días no fue posible conseguir ningún trabajo. Por otra parte, Delamarche no quería trabajar, pues de otro modo ciertamente lo habría conseguido; me mandaba siempre a mí a buscar algo, y yo no tengo suerte. Él no hizo más que andar merodeando por aquí y por allá, pero ya casi había llegado la noche y sólo había traído un portamonedas de mujer. Era de perlas y, por cierto, muy bonito; se lo regaló a Brunelda, pero adentro no había casi nada. Luego dijo que fuéramos a mendigar por las casas; esto, naturalmente, da oportunidad de encontrar muchas cosas útiles, de manera que fuimos a mendigar, y yo, para guardar mejor las apariencias, cantaba ante las puertas de las casas. Y teniendo suerte Delamarche como la tiene siempre, apenas nos hubimos detenido ante la segunda casa, un departamento muy rico en la planta baja, y junto a la puerta les hubimos cantado algo a la cocinera y al criado, cuando llegó la señora a la cual pertenecía ese departamento, Brunelda, que subía la escalera. Acaso iba demasiado ceñida y no podía subir por eso aquellos pocos escalones. Pero ¡qué lindo aspecto tenía, Rossmann! Llevaba un vestido blanquísimo y una sombrilla roja. Estaba que daban ganas de relamerse. Estaba como para bebérsela toda. ¡Dios mío, Dios mío, qué linda estaba! ¡Qué mujer! Dime, por todo lo que quieras, ¿cómo es posible que exista una mujer así? La muchacha y el sirviente corrieron en seguida a su encuentro, claro está, y casi la subieron llevándola en vilo. Nosotros nos quedamos inmóviles, a derecha y a izquierda de la puerta e hicimos un saludo muy cortés, como es costumbre aquí. Ella se detuvo un poco, porque todavía no tenía bastante aliento, ahora bien, no sé cómo ha sucedido eso en verdad; el sufrir hambre ya tanto tiempo me había trastornado el juicio y además, de cerca estaba más hermosa aún y tremendamente ancha y muy maciza por todas partes, efectos de un corsé especial, puedo mostrártelo luego, está en el armario. En pocas palabras, la toqué un

poquito por detrás, pero sólo muy ligeramente, ¿sabes?, sólo la toqué así. Desde luego no puede tolerarse que un mendigo toque a una señora rica. Por cierto, esto casi no era tocar siquiera; pero al fin de cuentas y a pesar de todo era, sin embargo, tocar. Quién sabe qué malas consecuencias hubiera tenido eso si Delamarche no me hubiera dado, acto seguido, una bofetada, y una bofetada de tal categoría que necesité inmediatamente de mis dos manos, ya que las reclamaba mi mejilla.

–¡Las cosas que habéis hecho! –dijo Karl sentándose en el suelo fascinado completamente por aquella historia–. ¿Y era Brunelda?

–Sí, pues –dijo Robinsón–, era Brunelda.

–Pero, ¿no dijiste una vez que es cantante? –preguntó Karl.

–Por supuesto que es cantante, y una gran cantante –replicó Robinsón, que estaba haciendo correr sobre la lengua una gran masa de bombones y que, de vez en cuando, apretaba con el dedo algún trozo que había sido empujado fuera de la boca, obligándolo así a volver adentro–. Pero, naturalmente, entonces no lo sabíamos todavía; sólo veíamos que era una dama, muy rica y muy distinguida. Ella hizo como si nada hubiese sucedido y tal vez ni siquiera hubiera sentido nada, pues yo realmente sólo la había rozado con la punta de los dedos. Pero se quedó mirando a Delamarche sin quitarle los ojos de encima, y éste –como suele acertar siempre en todas las cosas– le devolvió esa mirada, mirándola a su vez también derecho a los ojos. Después de lo cual, ella le dijo: «Ven, entra por un ratito», e indicó con la sombrilla el departamento abierto, queriendo significar con ello que Delamarche la precediera. Luego entraron los dos y la servidumbre cerró la puerta tras ellos. A mí me olvidaron afuera y entonces pensé que tanto, tanto no iba a tardar en el asunto y me senté en la escalera para esperar a Delamarche. Pero en lugar de Delamarche salió un sirviente y me trajo un plato completamente lleno de sopa. «Una atención de Delamarche», me dije. El sirviente se quedó un rato de pie, a mi lado, y me contó algunas cosas sobre Brunelda; entonces comprendí qué importancia podía tener para nosotros esa visita a Brunelda. ¡Porque Brunelda era una mujer divorciada, tenía una gran fortuna y vivía con independencia absoluta! Su ex marido, un fabricante de chocolate, seguía por cierto amándola; pero ella no sentía trato alguno con él. Iba él muy a menudo al departamento, muy elegante siempre, ataviado como si fuera a un casamiento –todo esto es verdad palabra por palabra porque lo conozco yo mismo–, pero el criado, por grande que fuera el soborno, no se atrevía a preguntar a Brunelda si ella lo recibiría, pues varias veces se lo había preguntado y, cada vez, Brunelda le había arrojado a la cara lo que en ese preciso momento tenía a mano. Cierta vez hasta le tiró su

calientapiés de agua caliente y en esa oportunidad le sacó un diente anterior. Sí, Rossmann, ¡estás abriendo la boca ahora!
–Y, ¿cómo conoces tú al marido? –preguntó Karl.
–A veces sube también hasta aquí –dijo Robinsón.
–¿Aquí arriba? –tan asombrado estaba Karl que dio una ligera palmada en el piso.
–Asómbrate, pues –continuó Robinsón–; yo mismo también me quedé asombrado cuando me lo contó entonces el criado. Imagínate, cuando no estaba Brunelda en la casa el hombre se hacía conducir a sus habitaciones por el sirviente y se llevaba siempre alguna cosita insignificante de recuerdo y, en cambio, dejaba siempre alguna cosa muy cara y fina para Brunelda; al criado le prohibía severamente decir de quién era. Pero cierta vez, cuando había llevado algo de porcelana –según decía el sirviente y lo creo–, algo realmente impagable, Brunelda debe de haberlo reconocido de alguna manera; pues lo arrojó al suelo inmediatamente y lo pisoteó y escupió encima e hizo algunas otras cosas más, de manera que el criado apenas pudo llevárselo de allí, tanto era el asco que le daba.
–Pero, ¿qué le ha hecho a ella ese hombre? –preguntó Karl.
–En realidad, no lo sé –dijo Robinsón–; pero creo que nada especial. Él mismo, por lo menos, no lo sabe, pues ya he hablado con él más de una vez al respecto. Me espera diariamente allí, en esa esquina; si voy, tengo que contarle las novedades; si no puedo ir, espera media hora y luego se va. Para mí constituía una buena ganancia de carácter extraordinario, pues pagaba esas noticias muy generosamente; pero desde que Delamarche se enteró del negocio, tengo que entregarle todo a él y por eso, ahora, voy allí con menor frecuencia.
–Pero, ¿qué quiere el hombre? –preguntó Karl–. ¿Qué es lo que quiere? Ya ve, pues, que ella no quiere nada con él.
–Sí –suspiró Robinsón. Encendió un cigarrillo y, entre grandes giros de su brazo, iba exhalando el humo hacia lo alto. Pero luego pareció cambiar de decisión y dijo: –¿Qué me importa eso? Lo único que yo sé es que él daría mucho dinero si le permitieran estar aquí en el balcón, acostado como nosotros.
Karl se levantó, se apoyó en la balaustrada y miró hacia abajo, hacia la calle. La luna ya era visible, pero aún no llegaba su luz hasta lo hondo de la calle. Esa calle, tan desierta durante el día, estaba atestada de gente, en especial delante de las puertas principales de las casas; estaban todos en movimiento; era un movimiento lento, torpe; destacábanse débilmente en la oscuridad las mangas de camisa de los hombres y los vestidos claros de las mujeres y todos andaban con la cabeza descubierta.

Los muchos balcones de los alrededores veíanse ahora ocupados en su totalidad; allí se reunían las familias a la luz de una bombilla eléctrica y, según el tamaño del balcón, permanecían o bien sentadas en torno de una mesita, o simplemente en sillas apostadas en hileras, o al menos, asomaban las cabezas de los cuartos. Los hombres se sentaban esparrancados, sacando los pies fuera de los balaustres, y leían diarios que casi llegaban hasta el suelo o jugaban a los naipes, en apariencia silenciosos, pero dando fuertes golpes en las mesas. Las mujeres tenían las faldas llenas de trabajo de costura y sólo de vez en cuando disponían de una breve mirada para las cosas que las rodeaban o para la calle. Una mujer rubia y de aspecto débil bostezaba sin cesar en el balcón vecino y al mismo tiempo ponía los ojos en blanco; levantaba a cada bostezo una prenda de ropa que estaba remendando, para cubrirse con ella la boca. Aun en los balcones más pequeños, se las componían los niños para correr y perseguirse mutuamente, lo que molestaba muchísimo a los padres.

En el interior de muchos cuartos había fonógrafos que emitían música de canto u orquestal, pero nadie se preocupaba gran cosa por esa música; sólo de vez en cuando el jefe de la familia hacía una seña, y alguien entraba corriendo en el cuarto para cambiar el disco. En muchas ventanas veíase a parejas de amantes completamente inmóviles; en una de las ventanas, enfrente mismo de Karl, hallábase una de esas parejas, de pie: el joven rodeaba con su brazo a la muchacha y oprimía con la mano su pecho.

–¿Conoces a alguien de la gente de al lado? –preguntó Karl a Robinsón, quien ahora también se había incorporado, después de envolverse, ya que estaba tiritando de frío, en la manta de Brunelda, que había sumado a la que ya usaba.

–Casi a nadie; precisamente eso es lo malo de mi situación –dijo Robinsón, y atrajo hacia sí a Karl, para poder susurrarle al oído–; de otra manera, no tendría, en verdad, de qué quejarme por el momento. Ya ves que Brunelda ha vendido por Delamarche todo lo que tenía y se ha mudado con todas sus riquezas aquí, a esta vivienda de suburbio, sólo para poder dedicarse por entero a él y para que nadie los moleste. Por otra parte, éste era también el deseo de Delamarche.

–¿Y ha despedido a la servidumbre? –preguntó Karl.

–Exactamente –dijo Robinsón–, ¿dónde quieres que alojen aquí a la servidumbre? Esos sirvientes son unos señores muy exigentes. Cierto día, en la casa de Brunelda, echó Delamarche a uno de esos sirvientes del cuarto, lo echó sencillamente a bofetadas; caían, una tras otra, hasta que el hombre estuvo afuera. Claro que los otros sirvientes se unieron a él y armaron un gran barullo delante de la puerta y entonces

salió Delamarche (yo no era entonces sirviente, sino amigo de la casa, pero convivía, sin embargo, con los sirvientes) y preguntó: «¿Qué queréis?» El más viejo de los sirvientes, un tal Isidor, repuso: «Usted nada tiene que hablar con nosotros; nuestra ama es la señora». Como has de notarlo, probablemente, querían ellos muchísimo a Brunelda. Pero Brunelda, sin hacer caso de ellos, corrió hasta Delamarche (entonces, por cierto, no estaba todavía tan pesada como ahora), lo abrazó y lo besó delante de todos, llamándolo «queridísimo Delamarche». Y «echa de una vez a estos monos», dijo finalmente. Monos, era para los sirvientes; imagínate las caras que pusieron. Luego atrajo Brunelda la mano de Delamarche hacia el bolso que llevaba en el cinturón; Delamarche metió la mano y comenzó, pues, a pagar las cuentas de los sirvientes. La única participación de Brunelda en ese pago fue quedarse de pie, con el saquillo abierto que pendía de su cinturón. Muchas veces tuvo Delamarche que meter la mano allí, pues partía el dinero sin contarlo y sin examinar las pretensiones. Finalmente dijo: «Puesto que no queréis hablar conmigo, os digo en nombre de Brunelda que os larguéis inmediatamente». Así fueron despedidos. Hubo luego algunos pleitos todavía; Delamarche hasta tuvo que comparecer una vez ante la justicia, pero de eso no sé nada cierto. Sólo sé que inmediatamente después de haber despedido a los sirvientes le dijo Delamarche a Brunelda: «Y ahora, ¿te quedas sin servidumbre?» Ella dijo: «Pero ahí está Robinsón.» Por lo cual me dio Delamarche una palmada en el hombro y al mismo tiempo dijo: «Bueno, tú serás nuestro sirviente.» Y Brunelda me dio luego unas palmaditas en la mejilla. Si se presenta la ocasión, Rossmann, deja que alguna vez también a ti te palmotee la mejilla; quedarás asombrado de lo agradable que es eso.

–¿De manera que te convertiste en sirviente de Delamarche? –dijo Karl resumiendo.

Robinsón percibió el tono de compasión de esta pregunta y respondió:

–Sí, soy sirviente; pero sólo poca gente se da cuenta de ello. Ya lo ves, tú mismo no lo sabías, a pesar de que hace ya un buen rato que estás con nosotros. Ya has visto cómo andaba yo vestido cuando fui al hotel. Llevaba puesto lo más fino de lo más fino. ¿Se visten acaso así los sirvientes? Sólo que el asunto es éste: yo no puedo salir a menudo; necesitan tenerme a mano, pues en la casa hay siempre algo que hacer. Es que una sola persona no alcanza a cumplir tanto trabajo. Como tal vez lo habrás notado, tenemos muchísimas cosas dispersas en la habitación; lo que no pudimos vender con motivo de la gran mudanza, lo hemos traído. Claro que hay muchas cosas que hubieran podido regalarse, pero Brunelda no regala nada. Imagínate el trabajo

que dio subir por la escalera hasta aquí todas esas cosas.
–Robinsón, ¿tú has subido todo eso? –preguntó Karl.
–¿Y quién sino yo? –dijo Robinsón–. Había también un obrero ayudante, un gran haragán; tuve que hacer la mayor parte del trabajo yo solo. Brunelda quedó abajo, junto al carro; Delamarche disponía arriba dónde había que poner las cosas y yo corría constantemente yendo y viniendo. Nos llevó dos días; muchísimo tiempo, ¿no es cierto? Pero tú ni siquiera sabes cuántas cosas hay aquí en este cuarto; todos los armarios están llenos y detrás de los armarios está todo repleto de cosas hasta el techo. Si se hubiera empleado a unas cuantas personas para el transporte bien pronto todo habría estado listo, pero Brunelda no quería confiárselo a nadie más que a mí. Estaba eso muy bien, pero yo en esa oportunidad me estropeé la salud para toda mi vida, y ¿qué otra cosa tenía yo, además de mi salud? Ahora, por el menor esfuerzo que haga, ya siento punzadas aquí, aquí y aquí. ¿Crees acaso que esos chicos del hotel, esos renacuajos (pues qué otra cosa son), hubieran podido vencerme alguna vez, si yo hubiera estado sano? Pero tenga lo que tuviere, a Delamarche y a Brunelda no les diré ni una palabra, trabajaré mientras pueda y cuando ya no pueda más, me echaré para morir; y sólo entonces, demasiado tarde, verán ellos que he estado enfermo y que, sin embargo, he seguido trabajando sin cesar, y que a su servicio me he matado trabajando. ¡Ay, Rossmann! –dijo finalmente y se enjugó los ojos con la manga de la camisa de Karl. Después de un breve rato, dijo–: ¿No sientes frío? Te quedas ahí, en camisa.
–Anda, Robinsón –dijo Karl–, a cada momento estás llorando. No creo que estés tan enfermo. Tú tienes el aspecto de un hombre bastante sano, pero como te quedas siempre aquí, acostado en el balcón, te imaginas muchas cosas y nada más. Quizá sientas a veces una punzada en el pecho, eso me ocurre a mí también, y a cualquiera. Si todos los hombres quisieran llorar, como tú, por cualquier cosa sin importancia, tendría que llorar toda esa gente que está en los balcones.
–Eso, mejor lo sé yo –dijo Robinsón que se restregaba los ojos con la punta de su colcha–. El estudiante que vive aquí al lado, con esa mujer que subarrienda la casa y que antes cocinaba también para nosotros, me dijo el otro día al llevar yo de vuelta la vajilla: «Oiga usted, Robinsón, ¿no está usted enfermo?» A mí me prohibieron hablar con esa gente, de manera que no hice más que dejar la vajilla y quise marcharme. Pero entonces él se me acercó y dijo: «Oiga, hombre, no lleve usted las cosas a tal extremo; usted está enfermo.» «Y bien, ¿qué debo hacer?, se lo ruego», pregunté. «Eso es asunto suyo», dijo él, y me volvió la espalda. Los otros que estaban allí, sentados a la mesa, se echaron a reír. Es que tenemos aquí enemigos en todas partes y por

eso me retiré; era mejor.
–De manera que a la gente que se divierte a tu costa la crees y a la gente que quiere tu bien no la crees.
–Pero soy yo el que debe de saber cómo me siento –se encrespó Robinsón; mas acto seguido volvió al llanto.
–Es el caso que eres tú precisamente el que no sabe lo que tiene. Deberías de buscarte algún trabajo como es debido, en lugar de seguir aquí como un sirviente de Delamarche. Pues por cuanto puedo juzgar yo, según tus relatos y según lo que yo mismo he visto, lo de aquí no es servicio, es esclavitud. Ningún hombre podría soportarlo, ya lo creo. Y tú, en cambio, crees que por ser amigo de Delamarche no tienes derecho a abandonarlo. Esto es falso; si él no entiende ni ve la vida miserable que estás llevando, no tienes tú la menor obligación para con él.
–¿De manera que crees realmente, Rossmann, que podré reponerme si dejo este servicio?
–Ciertamente –dijo Karl.
–¿Ciertamente? –volvió a preguntar Robinsón.
–Pero ciertamente, sin duda –dijo Karl sonriendo.
–Pues entonces podría empezar a reponerme en seguida
–dijo Robinsón con la mirada fija en Karl.
–¿Cómo es eso? –preguntó éste.
–Pues porque tú deberás encargarte aquí de mi trabajo –respondió Robinsón.
–¿Y quién te ha dicho tal cosa? –preguntó Karl.
–¡Pero si éste es un viejo proyecto! Ya desde hace algunos días se habla de eso. La cosa comenzó al reñirme Brunelda por no mantener bastante limpio el departamento. Claro que prometí que sin demora lo arreglaría todo. Ahora bien, eso resulta muy difícil. Yo, por ejemplo, en mi estado, no puedo meterme en todos los rincones para quitar el polvo. Ni en el centro de la habitación puede uno moverse con libertad, ¡cuánto menos entonces entre los muebles y las cosas depositadas! Y si uno quiere limpiarlo bien todo, es necesario mover los muebles de su lugar, ¿y que yo solo haga eso? Además, todo eso debería hacerse en medio del mayor silencio ya que no se puede molestar a Brunelda, y ella apenas si abandona la habitación. De manera que he prometido por cierto limpiarlo todo, pero de hecho no lo he limpiado. Cuando Brunelda lo advirtió, le dijo a Delamarche que eso no podía seguir así y que habría que tomar un sirviente auxiliar. «No quiero, Delamarche –decía ella–, que alguna vez me reproches el no haber llevado bien la casa. Yo misma no puedo hacer ningún esfuerzo, sin duda reconocerás esto, y Robinsón no basta. Al comienzo estaba tan fresco y ágil que atendía a

todo; pero ahora está constantemente cansado y se queda casi siempre sentado en un rincón. Y una habitación con tantas cosas como la nuestra, no se arregla sola, ni se mantiene arreglada por sí sola.» Y entonces Delamarche se puso a pensar qué era lo que podía hacerse en tal caso, pues a una persona cualquiera naturalmente no puede tomársela en una casa como ésta, ni siquiera para prueba, ya que desde todas partes nos están espiando. Pero como soy buen amigo tuyo y supe por Renell cómo tenías que afanarte en el hotel, te propuse a ti. Delamarche en seguida estuvo de acuerdo, a pesar de que aquella vez te habías insolentado con él, y yo, como es natural, quedé muy contento de poder serte tan útil. Pues para ti, este puesto está hecho como a medida: tú eres joven, fuerte y ágil, mientras que yo ya no valgo para nada. Sólo que debo advertirte, eso sí, que todavía no estás aceptado, de ninguna manera; si no le gustas a Brunelda, no nos sirves de nada. De modo que haz todo lo posible y esfuérzate mucho por resultarle agradable, y lo demás déjalo por mi cuenta.

–¿Y tú qué vas a hacer cuando yo sea sirviente aquí? –preguntó Karl; ¡se sentía tan libre!

El primer susto que le habían causado las noticias de Robinsón había pasado. Por lo tanto, Delamarche no tenía con él intenciones peores que las de hacerlo sirviente –pues si verdaderamente hubiera tenido peores intenciones, ese charlatán de Robinsón sin duda se las habría revelado–, y si así estaban las cosas, se atrevía Karl a llevar a cabo la despedida aun esa misma noche. No se le puede forzar a nadie a aceptar un empleo. Y mientras que antes le había preocupado a Karl la cuestión de si, después de haber sido despedido del hotel, encontraría un puesto conveniente y no inferior, en lo posible, lo bastante pronto como para salvarse del hambre, le parecía ahora que en comparación con éste que allí se le reservaba, que le resultaba en verdad repelente, cualquier otro empleo sería suficientemente bueno; y hasta la miseria de la desocupación le parecía preferible. Pero ni siquiera intentó hacérselo comprender a Robinsón, más aún porque Robinsón no podía juzgar ahora absolutamente nada, embargado como estaba por la esperanza de verse aligerado con el trabajo de Karl.

–De manera que –dijo Robinsón acompañando su discurso con placenteros ademanes (tenía los codos apoyados en la balaustrada)– primero te lo explicaré todo y te enseñaré las existencias. Tú eres culto y seguramente tienes buena letra también, de manera que podrás hacer en seguida una lista de todas las cosas que aquí tenemos. Hace rato que Brunelda desea tener esa lista. Si mañana por la mañana hace buen tiempo, rogaremos a Brunelda que se siente en el balcón y entre tanto podremos trabajar tranquilamente en la habitación sin molestarla.

Pues en este sentido, Rossmann, debes tener cuidado ante todo. No molestar a Brunelda por nada del mundo. Ella lo oye todo; seguramente tiene oído tan sensible porque es cantante. Así, por ejemplo, tú sacas rodando el barril de aguardiente que está detrás del armario; esto hace ruido porque es pesado y porque allí hay dispersas por todas partes muchísimas cosas, de modo que, para sacarlo, no es posible hacerlo rodar de un solo tirón. Brunelda, por ejemplo, está tranquilamente acostada en el canapé, cazando moscas, porque éstas, en general, le molestan mucho. Tú, entonces, crees que no hace caso de ti y sigues haciendo rodar tu barril. Ella aún continúa tranquila. Pero en el momento en que menos te esperas tal cosa y cuando menos ruido haces, se incorpora ella de repente y se queda sentada y golpea el canapé con las dos manos que ni se la ve por el polvo que levanta (desde que estamos aquí no he sacudido el canapé; no puedo hacerlo, ella está siempre encima) y comienza a gritar horrorosamente, como un hombre, y así se queda gritando durante horas. Que cante ya se lo han prohibido los vecinos, pero nadie puede prohibirle que grite; ella tiene que gritar. Por otra parte esto ahora sucede ya sólo rara vez, pues Delamarche y yo nos hemos tornado muy prudentes y cautelosos. Además, el gritar le ha hecho mucho daño. Una vez se desmayó y yo (Delamarche no estaba en ese momento) tuve que llamar al estudiante de al lado; éste la roció con un líquido de una botella grande, lo que ciertamente produjo un buen efecto; pero el tal líquido tenía un olor insoportable. Aun ahora mismo se huele todavía si se acerca la nariz al canapé. El estudiante es, sin duda, enemigo nuestro, como todos aquí; tú también deberás andar con cuidado frente a todo el mundo y no meterte con nadie.

–Oye, Robinsón –dijo Karl–, pero es un servicio bien pesado éste; para bonito puesto me has recomendado.

–No te preocupes –dijo Robinsón, y movió la cabeza cerrando los ojos para disipar así todas las posibles preocupaciones de Karl–; el puesto tiene también sus ventajas, como no te las puede brindar ningún otro. Te quedas constantemente en la proximidad de una dama como Brunelda, duermes a veces en el mismo cuarto que ella, y esto, como bien puedes imaginártelo, supone por cierto múltiples encantos. Te pagarán espléndidamente, pues dinero hay a raudales. Yo, como amigo de Delamarche, no recibo nada; sólo cuando salgo, Brunelda me da siempre algo; pero a ti, naturalmente, te pagarán como a cualquier sirviente, puesto que tampoco eres otra cosa. Pero lo más importante para ti es el hecho de que yo he de facilitarte muchísimo el desempeño de tu labor. Al comienzo, desde luego, no. haré nada, ya que debo reponerme; pero no bien esté un poco repuesto, ya podrás contar

conmigo. Y en general me quedaré yo con el servicio personal de Brunelda; esto es con las tareas de peinarla y vestirla, en cuanto no las atienda Delamarche. Tú sólo tendrás que ocuparte del arreglo de la habitación, de encargos y de los quehaceres domésticos más pesados.
–No, Robinsón –dijo Karl–; todo esto no me tienta.
–No hagas tonterías, Rossmann –dijo Robinsón muy cerca de la cara de Karl–; no desperdicies esta magnífica ocasión. ¿Dónde conseguirás en seguida un puesto? ¿Quién te conoce? ¿A quién conoces tú? Nosotros, dos hombres que ya hemos pasado por muchas cosas y que tenemos gran experiencia, anduvimos durante semanas sin conseguir trabajo. No es fácil, no; es hasta desesperadamente difícil.
Karl asintió asombrándose de cuán cuerdamente sabía hablar Robinsón. Para él, claro está, esos consejos no tenían validez; él no podía quedarse allí; en esa gran ciudad seguramente hallaría algún lugarcito para él. Durante toda la noche, eso lo sabía, estaban atestadas de gente todas las fondas, se necesitaba servidumbre para los huéspedes y en esto él ya tenía cierta práctica. Ya sabría incorporarse, pronto y sin llamar la atención, a cualquier establecimiento. Precisamente, en la casa de enfrente estaba instalada una pequeña fonda, de la cual surgía una música muy sonora. La entrada principal estaba cubierta tan sólo por una gran cortina amarilla que a veces, movida por una corriente de aire, flameaba poderosamente hacia afuera, hacia la calle.
Por lo demás, el ruido de la calle se había calmado muchísimo. La mayor parte de los balcones quedaban a oscuras; sólo a lo lejos se veía todavía, y aquí o allá, alguna luz aislada, pero apenas se quedaba uno mirándola un rato ya se levantaba allí también la gente y mientras todos se agolpaban por volver a la habitación un hombre acercaba la mano a la bombilla y, quedándose el último en el balcón, apagaba la luz después de echar a la calle una rápida mirada.
«Pero si ya está comenzando la noche –se dijo Karl–, y si me quedo aquí más tiempo todavía, ya seré uno de ellos.» Se volvió y se dispuso a descorrer la cortina que colgaba ante la puerta de la habitación.
–¿Qué es lo que quieres? –preguntó Robinsón interponiéndose entre Karl y la cortina.
–Irme, quiero irme –dijo Karl–. ¡Déjame! ¡Déjame!
–Pero no irás a estorbarlos –exclamó Robinsón–, ¡no se te vaya a ocurrir!
Rodeando con sus brazos el cuello de Karl, colgóse de él con todo su peso; entrelazó con sus piernas las de Karl y así lo arrastró en un momento al suelo. Pero entre los ascensoristas Karl había aprendido a pelear un poco; le asentó a Robinsón un puñetazo bajo el mentón, aunque sólo débilmente y con sumo cuidado. Robinsón alcanzó todavía

a darle a Karl, rápidamente y sin ninguna consideración, un fuerte rodillazo en el vientre; pero luego, con las dos manos en el mentón, rompió a llorar a gritos, tanto que un hombre del balcón vecino, golpeando salvajemente las manos, ordenó: «¡Silencio!»

Un rato todavía se quedó Karl silenciosamente acostado, para sobreponerse al dolor que el golpe de Robinsón le había causado. Se limitaba a volver la cara hacia la cortina, que colgaba pesada y tranquila ante el cuarto, que, por lo visto, seguía a oscuras. ¡Pero si ya nadie parecía estar en ese cuarto!, quizá Delamarche había salido con Brunelda, con lo que Karl ya tendría plena libertad. Robinsón, que se conducía realmente como un perro guardián, estaba definitivamente descartado.

Resonaron entonces desde la calle, a lo lejos, en forma intermitente, tambores y clarines. Gritos aislados, proferidos por mucha gente, se reunieron pronto en una gritería general. Karl volvió la cabeza y vio cómo se volvían a animar todos los balcones. Se irguió lentamente, no podía levantarse del todo y tenía que apoyarse contra la balaustrada con todo su peso. Abajo sobre la acera, marchaban a grandes pasos unos muchachos jóvenes con los brazos extendidos y las gorras en alto, vueltas las caras hacia atrás. La calzada quedaba todavía libre. Algunos agitaban, sobre unos palos altos, farolillos de papel envueltos en humo amarillo. Precisamente surgían a la luz los tamborileros y los trompetas, en anchas filas, y Karl se asombraba de su gran cantidad cuando percibió voces detrás de sí. Se volvió y descubrió que Delamarche levantaba la pesada cortina y que luego surgía de la oscuridad del cuarto Brunelda, con el vestido rojo, con una mantilla de encaje sobre los hombros y una pequeña cofia oscura sobre el cabello, probablemente despeinado y sólo amontonado a la ligera con puntas que asomaban sueltas, aquí y allí. Sostenía en la mano un pequeño abanico desplegado, pero no lo movía, sólo lo estrechaba fuertemente contra sí.

Karl se hizo a un lado, deslizándose a lo largo de la balaustrada, para dejar sitio a los dos. Seguramente nadie lo obligaría a quedarse allí y aunque Delamarche quisiera intentarlo, Brunelda lo dejaría partir inmediatamente, si él se lo pidiera, pues ella ni podía sufrirlo; le asustaban sus ojos. Pero apenas dio un paso hacia la puerta, lo advirtió ella, sin embargo, y dijo:

–¿Adónde vas, chiquillo?

Karl se detuvo ante las miradas severas de Delamarche, y Brunelda lo atrajo hacia sí.

–¿No quieres ver el desfile de abajo? –dijo Brunelda empujándolo hacia adelante, hacia la balaustrada–. ¿Sabes de qué se trata? –le oyó decir

Karl a sus espaldas, y sin ningún éxito intentó un movimiento involuntario para sustraerse a su presión. Tristemente se quedó mirando hacia abajo, hacia la calle, como si allá estuviera el motivo de su tristeza.

Delamarche se apostó primero con los brazos cruzados a espaldas de Brunelda, pero luego corrió al cuarto y le trajo los gemelos de teatro. Abajo, tras los músicos, había aparecido la parte principal del cortejo. A horcajadas sobre los hombros de un hombre gigantesco iba sentado un señor del que no se veía, desde aquella altura, otra cosa que la calva, de un brillo mortecino, por encima de la cual mantenía en alto su sombrero de copa en saludo perpetuo. Alrededor de él llevaban, al parecer, grandes carteles de madera que, vistos desde el balcón, parecían completamente blancos; la disposición había sido tomada de manera que esos carteles se enderezaran verdaderamente, desde todos los lados, hacia el señor, el cual sobresalía, elevado entre ellos. Puesto que todo estaba en marcha, esa muralla de carteles que rodeaba al señor se aflojaba constantemente y volvía luego a ordenarse sin cesar. En un ámbito mayor, todo el ancho de la calle en torno del señor –aunque por la oscuridad sólo alcanzaba a dominarse un trecho insignificante de su extensión–, estaban los secuaces de aquel hombre que venían palmoteando y anunciando, en ampulosa cantilena, algo que era probablemente el apellido del señor, un apellido brevísimo pero incomprensible. Algunos individuos, distribuidos hábilmente entre la multitud, llevaban unos focos de automóvil que difundían una luz potente en sumo grado, y recorrían lentamente con la misma las casas, de abajo arriba y de arriba abajo, a ambos costados de la calle. A la altura donde se hallaba Karl ya no molestaba aquella luz; pero en los balcones más bajos se veía a la gente a la que alcanzaba ese rayo protegerse apresuradamente los ojos con las manos.

Delamarche, accediendo a los ruegos de Brunelda, trató de averiguar por la gente del balcón vecino qué significaba aquel acto. Karl tenía cierta curiosidad por saber si le contestarían y cómo. Y, en efecto, Delamarche tuvo que preguntar tres veces, sin recibir respuesta. Ya se inclinaba peligrosamente sobre la balaustrada. Brunelda golpeó levemente con el pie en el piso por el disgusto que le causaban aquellos vecinos. Karl sintió sus rodillas. Finalmente vino, con todo, alguna contestación; pero al mismo tiempo, en ese balcón atestado de gente, todos se echaron a reír estrepitosamente; a lo cual Delamarche respondió gritando algo tan alto, que si en ese momento no hubiera sido tan fuerte el ruido en toda la calle hubieran tenido que advertirlo, sorprendidos, todos a la redonda. Pero, de todas maneras, eso tuvo por efecto que la risa se acallara con una prontitud bien poco natural.

–En nuestro distrito elegirán juez mañana y el que llevan allá abajo es uno de los candidatos –dijo Delamarche al volver junto a Brunelda, completamente calmado–. ¡Cosa rara! –exclamó luego golpeándole a Brunelda cariñosamente la espalda–. Ya ni siquiera sabemos lo que sucede en el mundo.
–Delamarche –dijo Brunelda a propósito de la conducta de los vecinos–, cuánto me gustaría mudarme de casa, si no fuese tan fatigoso. Pero desgraciadamente no puedo animarme a hacerlo. –Y entre hondos suspiros, inquieta y distraída, jugueteaba con la camisa de Karl, que trataba de apartar tenazmente, y en lo posible sin llamar la atención, aquellas manecitas regordetas; cosa que por otra parte le resultó bastante fácil, pues Brunelda no estaba pensando en él; muy otros eran los pensamientos que la ocupaban.
Pero también Karl olvidó pronto a Brunelda y toleró sobre sus hombros la carga de sus brazos, pues los sucesos de la calle lo absorbían sobremanera. Por disposición de un pequeño grupo de hombres –que gesticulando marchaban justo delante del candidato y cuyas conversaciones debían de tener un significado especial, pues se veía que desde todas partes inclinábanse hacia ellos rostros atentos– se hizo un alto frente a la fonda. Uno de esos hombres competentes hizo, con la mano levantada, una señal, destinada tanto a la muchedumbre como al candidato. La muchedumbre enmudeció, y el candidato, intentando varias veces ponerse de pie sobre los hombros de su portador y cayendo reiteradamente en su asiento, pronunció un pequeño discurso durante el cual iba agitando, con pasmosa rapidez, su sombrero de copa alta. La escena se veía con toda claridad, pues durante su discurso caían sobre él los haces de luz de todos los focos de los automóviles, de manera que se hallaba en el centro de una estrella luminosa.
Pero por otra parte ya se notaba el interés que el asunto iba cobrando para toda la calle. En los balcones ocupados por los partidarios del candidato comenzaban a acompañar aquella cantilena de su apellido, coreándola, y a golpear maquinalmente las manos que se adelantaban por encima de la balaustrada. En los otros balcones, que hasta estaban en mayoría, levantóse un fuerte canto contrario, que ciertamente no tenía ningún efecto uniforme, puesto que se trataba de los secuaces de diversos candidatos. En cambio, todos los enemigos del candidato presente se unieron, además, en una rechifla general y en muchas partes hasta pusieron nuevamente en marcha los fonógrafos.
De balcón a balcón se dirimían diferencias políticas en medio de una gran excitación, realzada aún más por la hora nocturna. Los más ya vestían ropa de dormir y se habían limitado a cubrirse con unos abrigos; las mujeres se envolvían en grandes mantones oscuros; los

niños, descuidados, trepaban –cosa que daba miedo– sobre los salidizos de los balcones y surgían, en número creciente, de los cuartos oscuros, en los cuales ya habían estado durmiendo.
De vez en cuando, objetos aislados, indefinibles, volaban en dirección a los adversarios, arrojados por los que se acaloraban extremadamente; a veces alcanzaban su blanco, pero las más veces caían a la calle y allí provocaban a menudo aullidos de furia. Si el ruido se hacía abajo demasiado recio a los ojos de los organizadores, los tamborileros y los trompeteros recibían la orden de intervenir y su toque atronador, ejecutado con el máximo de sus fuerzas que parecían infinitas, sofocaba todas las voces humanas hasta lo más alto de los techos de las casas. Y siempre cesaba ese toque tan repentinamente que apenas podía creerse y entonces la turbamulta de la calle, evidentemente ejercitada para ello, rugía hacia las alturas su estribillo partidario –a la luz de los focos de los automóviles se veían una por una las bocas ampliamente abiertas–, hasta que los adversarios, que entretanto se habían recobrado, lanzaban desde todos los balcones y ventanas su grita con decuplicado vigor, acallando así por completo al partido de abajo, después de su breve victoria. Al menos así se presentaban las cosas apreciadas desde aquella altura.
–¿Qué tal?, ¿te gusta, chiquillo? –preguntó Brunelda, la que, muy apretada contra Karl, se volvía hacia un lado y hacia otro a fin de abarcar, en lo posible, todo lo que se pudiera ver a través de los gemelos.
Karl sólo respondió meneando la cabeza. De paso se daba cuenta de que Robinsón ponía todo su celo en comunicar a Delamarche diversas cosas evidentemente relacionadas con la conducta de Karl; pero Delamarche no parecía dar a todo eso ninguna importancia, pues sólo trataba constantemente de hacer a un lado a Robinsón con la mano izquierda, pues con la derecha rodeada a su Brunelda.
–¿No quieres mirar a través de los gemelos?–preguntó Brunelda dándole a Karl unos golpecillos en el pecho para dar a entender que se dirigía a él.
–Veo bastante –dijo Karl.
–Pruébalo, pues –dijo ella–, así verás mejor.
–Tengo buena vista –respondió Karl–; lo veo todo.
No interpretó como una amabilidad que ella le aproximara los gemelos a los ojos, sino que tan sólo sintió una molestia; y realmente no dijo ella más que la sola palabra «¡tú!» en tono melodioso pero amenazante. Y ya tenía Karl los gemelos ante sus ojos y ahora, en efecto, no veía nada.
–Si no veo nada –dijo queriendo librarse de los gemelos; pero ella los

sostuvo firmemente y él no podía desplazar ni hacia atrás ni hacia un lado su cabeza, que estaba encajada en el pecho de ella.

–Pero ahora sí, ahora ya ves –dijo haciendo girar el tornillo de los gemelos.

–No, pues, sigo sin ver nada –dijo Karl, y pensó que, sin quererlo, ya había exonerado en efecto a Robinsón: los caprichos insoportables de Brunelda se descargaban ahora sobre él.

–¿Y cuándo verás por fin? –dijo, y siguió haciendo girar el tornillo; ahora tenía Karl toda la cara sumergida en su pesado aliento–. ¿Ahora? –preguntó.

–¡No, no, no! –exclamó Karl, a pesar de que ya, en verdad, podía distinguir todas las cosas aunque con escasa nitidez. Pero en ese momento tenía Brunelda algo que hacer con Delamarche, ya sólo sostenía los gemelos flojamente ante la cara de Karl y éste podía, sin que ella lo notara, mirar a la calle por debajo de los gemelos. Un momento después ya no insistió Brunelda tampoco en su deseo y usó los gemelos para sí.

De la fonda había salido un mozo que, dejando el umbral y yendo y viniendo de un lado para otro, recogía los pedidos de los dirigentes. Se le veía estirarse mucho para ver bien el interior del local y llamar en su ayuda a todo el personal de servicio disponible. Durante esos preparativos, que por lo visto iban destinados a un gran convite al aire libre, el candidato no cesaba de hablar. Su portador, el hombre gigantesco que le servía exclusivamente a él, se volvía, después de algunas frases, hacia uno y otro lado, girando un poco sobre sí mismo para que el discurso pudiera llegar en todas las direcciones a la muchedumbre que los rodeaba.

El candidato se mantenía casi constantemente muy encorvado e intentaba dar a sus palabras la mayor fuerza de persuasión posible mediante movimientos esporádicos de una de sus manos –la que tenía libre– y del sombrero de copa que llevaba en la otra. Pero a veces, a intervalos casi regulares, se exaltaba, se levantaba con los brazos extendidos y ya no se dirigía con sus palabras a un grupo sino a la totalidad; hablaba dirigiéndose a los habitantes de las casas, elevaba su voz pretendiendo que llegara hasta las alturas de los pisos superiores y, no obstante, quedaba fuera de toda duda que ya en los pisos inferiores nadie podía oírlo; es más aún, que nadie hubiera querido escucharlo aunque se hubiera dado tal posibilidad, pues en cada ventana y en cada balcón había por lo menos un orador vociferante.

Entretanto algunos mozos llevaron de la fonda una tabla repleta de vasos llenos, resplandecientes; era una tabla del tamaño de una mesa de billar. Los jefes organizaron la distribución, que se llevó a cabo en

forma de un desfile frente a la puerta de la fonda. Pero a pesar de que los vasos que estaban sobre la tabla volvían a ser llevados muchas veces, no alcanzaban para semejante multitud; dos filas de muchachos escanciadores tuvieron que partir, deslizándose a derecha y a izquierda de la tabla, a fin de abastecer a la muchedumbre más lejana. El candidato, desde luego, había dejado de hablar; aprovechó la pausa para reconfortarse. Apartado de la muchedumbre y de la luz cegadora, llevábalo su portador lentamente a un lado y a otro, y sólo algunos adeptos le acompañaban y le hablaban, levantando hacia él sus caras.
–Mira al chiquillo –dijo Brunelda–; de tanto mirar se olvida de dónde está. –Y sorprendió a Karl tomándole el rostro con ambas manos y haciéndolo volverse hacia ella de manera que así pudo mirarle a los ojos. Pero esto sólo duró un instante, pues inmediatamente sacudió Karl sus manos disgustado porque no lo dejaban un rato en paz, y al mismo tiempo muriéndose de ganas de irse a la calle y contemplarlo todo de cerca; intentó entonces librarse con todas sus fuerzas de la presión de Brunelda y dijo:
–Por favor, deje usted que me marche.
–Te quedarás con nosotros –dijo Delamarche, sin desviar la mirada de la calle y se limitó a extender una mano para impedir que Karl se marchara.
–Deja –dijo Brunelda rechazando la mano de Delamarche–, si ya se queda. –Y apretó a Karl más fuertemente todavía contra la balaustrada; para librarse habría tenido que luchar con ella. Y aunque hubiera logrado vencerla, ¡qué habría conseguido con ello! A su izquierda estaba Delamarche, a su derecha se había colocado ahora Robinsón; se hallaba literalmente aprisionado.
–Puedes estar contento de que no se te eche –dijo Robinsón, y palmoteó a Karl con una de sus manos que había pasado por debajo del brazo de Brunelda.
–¿Echarlo? –dijo Delamarche–; a un ladrón escapado no se le echa, se le entrega a la policía. Y esto puede pasarle ya mañana a primera hora, si es que no se queda quieto, absolutamente quieto.
A partir de ese instante ya no le alegró a Karl el espectáculo que se desarrollaba allá abajo, aunque seguía inclinado sobre la balaustrada, claro está que por fuerza, ya que Brunelda le impedía mantenerse erguido. Lleno de su propia pesadumbre, de sus preocupaciones personales, con la mirada distraída veía a la gente de abajo; grupos de unos veinte hombres se acercaban a la puerta de la fonda, cogían los vasos, se volvían y los agitaban en dirección al candidato –ocupado ahora con su propia persona– lanzando al mismo tiempo un saludo partidario; vaciaban los vasos y los colocaban nuevamente sobre la

tabla –operación que debían de realizar con gran estrépito, aunque resultaba imperceptible desde aquella altura– para dejar su lugar a otro grupo que ya alborotaba de impaciencia. Por orden de los caudillos, la banda que hasta entonces tocara dentro de la fonda había salido a la calle; en medio de la oscura turbamulta resplandecían sus grandes instrumentos de viento, pero su música casi se perdía en el ruido general. Y ahora la calle, al menos del lado en que se encontraba la fonda, se veía atestada de gente en una gran extensión. Llegaban afluyendo desde arriba, por donde Karl llegó por la mañana en el automóvil, y desde abajo viniendo del puente. Acudían corriendo y aun las gentes de las casas no habían podido resistirse a la tentación de intervenir en ese asunto con sus propias manos; en los balcones y en las ventanas quedaban casi exclusivamente mujeres y niños mientras que los hombres se agolpaban para salir en las puertas de las casas. Y la música y el convite ya habían logrado su objeto, la asamblea era suficientemente numerosa; uno de los jefes políticos flanqueado por dos focos de automóvil hizo señas a la banda a fin de que cesara de tocar; emitió un fuerte silbido e inmediatamente se vio acudir, pues se había desviado un tanto, al portador con el candidato que llegaba a través de una brecha abierta en el gentío por los partidarios.

Apenas hubo llegado a la puerta de la fonda comenzó el candidato su nuevo discurso, en medio de la claridad de los focos de automóvil, dispuesto en tal forma que rodeaban al hombre en estrecho círculo. Pero ya todo resultaba mucho más difícil que antes; el portador ya no tenía la menor libertad para moverse, el hacinamiento era demasiado denso. Los partidarios más próximos, los que antes habían tratado de aumentar el efecto de las palabras del candidato mediante todos los recursos posibles, ahora debían esforzarse por permanecer en su proximidad; unos veinte se mantenían asidos al portador, empleando toda su fuerza. Pero ni aun ese hombre fuerte podía dar un solo paso que dependiese de su propia voluntad y ya nadie podía pensar en una posible influencia sobre la multitud por medio de avances o retrocesos adecuados, o bien por determinados giros del portador.

La muchedumbre se agitaba en constantes oleadas, sin dirección alguna; se recostaban unos sobre otros; ya nadie se mantenía erguido; el número de los adversarios parecía haber engrosado muchísimo con el nuevo público. El portador se había sostenido durante largo rato cerca de la puerta de la fonda, pero ahora se dejaba arrastrar por la corriente, al parecer sin ofrecer resistencia, calle arriba y calle abajo. El candidato hablaba sin cesar, pero ya no resultaba del todo claro saber si exponía su programa o si daba voces de socorro. Si no engañaban todos los indicios, había aparecido también un candidato opositor, o

hasta varios; pues de vez en cuando veíase en medio de alguna luz, que de pronto se encendía, a un hombre de rostro pálido y puños cerrados, alzado por la muchedumbre, que pronunciaba un discurso saludado por múltiples exclamaciones.

–Pero, ¿qué es lo que sucede? –preguntó Karl y, muy confundido, sin poder tomar aliento, se dirigió a sus guardianes.

–Cómo se excita el chico con esto –dijo Brunelda a Delamarche, y tomó a Karl de la barbilla para atraer hacia sí su cabeza. Pero Karl no lo toleró y se sacudió (perdiendo realmente debido a los sucesos de la calle toda consideración) tan fuertemente que Brunelda no sólo lo soltó, sino que retrocedió de pronto dejándolo del todo libre.

–Ya has visto bastante –dijo, evidentemente enojada por la conducta de Karl–; vete al cuarto y prepara las camas y todo para la noche.

Extendió la mano en dirección al cuarto. Pero ésta era, por cierto, la dirección que Karl deseaba tomar desde hacía ya algunas horas; no replicó, pues, ni una sola palabra. En aquel momento se oyó desde la calle el estrépito de muchos vidrios haciéndose añicos. Karl no pudo dominarse y se acercó una vez más a la balaustrada con un rápido salto, para echar tan sólo fugazmente una mirada más hacia abajo. Había salido airosa una conspiración de los adversarios, decisiva tal vez: los focos de los automóviles de los secuaces, que con su fuerte luz conseguían que al menos los sucesos principales ocurriesen ante la totalidad del público, manteniendo con ello todas las cosas dentro de ciertos márgenes, habían sido destrozados todos simultáneamente. Rodeaba ahora al candidato y a su portador el mero e incierto alumbrado común que, en su repentina propagación, producía el efecto de una oscuridad total. Ni siquiera aproximadamente hubiera podido indicarse ya dónde se hallaba el candidato, y lo engañoso de las tinieblas se veía acrecentado aún más por un canto amplio, uniforme, entonado en aquel preciso momento, que venía de abajo, del puente.

–¿No te dije acaso lo que ahora tienes que hacer? –dijo Brunelda–. Apresúrate, estoy cansada –añadió; y levantó luego en alto los brazos, y su pecho se arqueó más todavía que de costumbre.

Delamarche, que seguía rodeándola con el brazo, se fue con ella arrastrándola a uno de los rincones del balcón. Robinsón los siguió para apartar los restos de su comida, que todavía estaban allí.

Karl debía aprovechar esta oportunidad favorable; ya no había tiempo para mirar abajo; de los sucesos de la calle aún vería bastante, y más que desde allá arriba, cuando bajara. En dos saltos atravesó la habitación alumbrada por una luz rojiza, pero la puerta estaba cerrada y quitada la llave. Era cuestión de encontrar ahora esa llave, ¡pero quién iba a encontrar una llave en medio de semejante desorden y más

aún en un tiempo tan breve y precioso como el que Karl tenía a su disposición! En realidad, en ese momento ya debería de estar él en la escalera, ya debería de estar corriendo y corriendo. ¡Y en cambio estaba buscando la llave! La buscó en todos los cajones accesibles, revolvió las cosas sobre la mesa, en la cual había dispersos varios objetos de la vajilla, servilletas y el comienzo de algún bordado; fue atraído por un sillón donde se veía un montón de ropa vieja completamente enmarañada entre la cual posiblemente estaría la llave, sin que jamás se la pudiera encontrar allí, y finalmente se arrojó sobre el canapé, maloliente en verdad, a fin de palparlo en todos sus rincones y pliegues y encontrar así la llave. Luego cesó en su búsqueda y se detuvo en medio del cuarto.
«Sin duda –se dijo– Brunelda lleva la llave sujeta a su cinturón.» De él colgaban muchas cosas y toda búsqueda resultaría vana.
Y, ciegamente, cogió Karl dos cuchillos y los introdujo con fuerza entre las hojas de la puerta, uno arriba, otro abajo, a fin de obtener dos puntos de apoyo distintos y separados. Apenas hizo fuerza con los cuchillos, naturalmente, se quebraron sus hojas. Él no había querido otra cosa: los cabos, que ahora podía hacer penetrar mucho más firmemente, resistirían mucho mejor. Se puso entonces a forcejear empeñando todo su vigor, los brazos muy abiertos, apoyándose sobre las piernas muy separadas, gimiendo, y prestando con todo muchísima atención a la puerta. Sin duda no podría resistir: lo reconocía gozoso en el aflojamiento de los pasadores que claramente se percibía, pero cuanto más despacio sucediera esto tanto mejor sería. De ninguna manera debía saltar la cerradura, pues en tal caso llamaría la atención de los que estaban en el balcón; antes bien, era menester que la cerradura se soltase muy lentamente, y Karl procedía con máxima cautela en este sentido, acercando los ojos cada vez más a la cerradura.
–Mirad, mirad, ¿qué es lo que veo? –dijo entonces la voz de Delamarche.
Ya estaban los tres en la habitación; ya habían dejado caer tras ellos la cortina; su llegada debía de haber pasado inadvertida para Karl, que no los había oído; las manos se le bajaron con semejante aparición y soltó los cuchillos. Pero ni siquiera tuvo tiempo de pronunciar palabra alguna de explicación o excusa, pues en un ataque de furia que excedía en mucho el motivo que lo originaba, se arrojó Delamarche de un salto –el cordón suelto de su bata iba trazando una gran figura por los aires– sobre Karl. Solamente en el último instante, a decir verdad, logró Karl eludir el ataque; habría podido extraer los cuchillos de la puerta y utilizarlos en su defensa, pero no lo hizo. En cambio se agachó y

levantándose de un salto agarró el ancho cuello de la bata de Delamarche, lo dobló hacia arriba y lo subió luego más todavía –esa bata ya le quedaba excesivamente grande a Delamarche–, y al fin, felizmente, logró sujetar a Delamarche por la cabeza. Éste, demasiado sorprendido, agitó primero las manos a ciegas y sólo un momento después se puso a golpear con los puños, mas sin emplear toda su fuerza todavía, la espalda de Karl, quien para proteger su rostro se había arrojado contra el pecho de Delamarche. Karl, aunque se retorciera de dolor y aunque los golpes se tornaran cada vez más fuertes, soportó los puñetazos. ¡Cómo no había de soportarlos viendo que tenía la victoria por delante! Con las manos en la cabeza de Delamarche, los pulgares sin duda puestos exactamente sobre los ojos, lo condujo empujándolo hacia el lugar donde los muebles se amontonaban en mayor confusión y con las puntas de sus pies intentó, además, enredar los de Delamarche en el cordón de su bata, para hacerlo caer de esa manera.

Pero puesto que no podía ocuparse sino exclusivamente y por entero de Delamarche –más aún porque sentía crecer su resistencia cada vez más, y porque aquel cuerpo se le oponía con una tensión cada vez mayor de los tendones–, olvidó, en efecto, que él no estaba solo con Delamarche. Pero con demasiada prontitud le fue recordado este hecho, pues repentinamente dejaron de obedecerle los pies: Robinson, que a sus espaldas se había arrojado al suelo, los separaba con fuerza y dando gritos. Karl, suspirando, soltó a Delamarche, que retrocedió un paso más todavía.

Brunelda ocupaba con todo su volumen el centro del cuarto y apostada allí, con las piernas ampliamente separadas y las rodillas dobladas, observaba los acontecimientos con ojos fulgurantes. Como si ella realmente participara de la lucha, respiraba hondamente, apuntaba con los ojos, y adelantaba los puños lentamente. Delamarche se bajó el cuello dejando nuevamente libre la vista y, claro está, ya no habría lucha, sino meramente un castigo. Tomó a Karl de la camisa, por delante; casi lo levantó del suelo y sin mirarlo, tanto era su desprecio, lo arrojó con la mayor violencia contra un armario que se hallaba a varios pasos de allí. En el primer momento creyó Karl que aquellos dolores punzantes que sentía en la espalda y en la cabeza, originados por el golpe contra el armario, procedían directamente de la mano de Delamarche.

–¡Canalla! –oyó todavía exclamar a Delamarche en voz alta, en medio de la oscuridad que se levantaba ante sus ojos temblorosos. Y al caer en el agotamiento que lo hizo desplomarse ante el armario resonaron aún en sus oídos, débilmente, estas palabras–: ¡Espera!, ¡ya verás!

Cuando recobró el conocimiento, lo rodeaba la oscuridad más completa; sería a altas horas de la noche todavía. Desde el balcón llegaba al cuarto, por debajo de la cortina, un leve resplandor del claro de luna. Oíase la tranquila y pausada respiración de los tres durmientes; la más ruidosa de todas, y con mucho, era la de Brunelda, que resoplaba mientras dormía tal como lo hacía a veces también al hablar; pero no era fácil establecer en qué dirección se hallaba cada uno de los durmientes: todo el cuarto estaba lleno del estruendo de su respiración.

Sólo al cabo de haber examinado un poco su derredor, pensó Karl en sí mismo y se asustó muchísimo, pues aun cuando se sentía encorvado y completamente rígido por tantos dolores, no había pensado, sin embargo, que podía haber sufrido alguna grave lesión sangrienta. Pero ahora sentía que una carga pesaba sobre su cabeza, y todo el rostro, el cuello y el pecho bajo la camisa estaban húmedos como de sangre. Necesitaba luz para examinar su estado detenidamente; tal vez lo habían golpeado hasta convertirlo en un inválido, y en tal caso sin duda le gustaría a Delamarche despedirlo, pero realmente ¿qué haría él entonces? Ya no le quedaría ninguna perspectiva. Acordóse del muchacho de la nariz carcomida que había visto en el zaguán y por un instante hundió su cara entre las manos.

Involuntariamente dirigió luego la mirada a la puerta y a tientas y andando en cuatro patas se dirigió hacia ella. Pronto las puntas de sus dedos palparon un zapato y un poco más lejos una pierna. Éste era por lo tanto Robinsón, ¿quién sino él dormiría con los zapatos puestos? Se le había ordenado que se acostase transversalmente ante la puerta para cerrar el paso e impedir así la fuga de Karl. ¿Pero acaso ignoraban ellos el estado en que éste se encontraba? Por lo pronto ni siquiera deseaba fugarse; tan sólo deseaba llegarse a la luz. De manera que si no podía salir por la puerta, era fuerza que saliese al balcón.

Encontró la mesa de comedor en un sitio que por lo visto era completamente distinto del que ocupaba al anochecer; en el canapé, al que se acercó Karl desde luego con suma cautela, no había nadie, cosa que le sorprendió; y en cambio tropezó en el centro del cuarto con prendas de ropa, mantas, cortinas, almohadas y alfombras apiladas en alto, aunque fuertemente prensadas. Pensó, primero, que sólo se trataría de un montoncillo similar al que por la noche había encontrado sobre el sofá, y que podía haberse caído al suelo; mas para su asombro, al seguir arrastrándose notó que allí había toda una carretada de tales cosas; probablemente habían sido sacadas de los armarios para pasar la noche y durante el día volverían a ser guardadas en ellos.

Arrastrándose dio vuelta a todo el montón y pronto reconoció que el todo constituía una especie de lecho sobre el cual, muy en lo alto,

según pudo comprobar palpándolo todo cautelosamente, descansaban Delamarche y Brunelda.

Ya sabía, pues, dónde dormían todos, y se apresuró a llegar al balcón. Era un mundo enteramente distinto ese del otro lado de la cortina al cual se incorporó Karl rápidamente. Al aire fresco de la noche, bajo el pleno resplandor de la luna, se paseó varias veces por el balcón. Miró hacia la calle; estaba completamente tranquila; de la fonda surgían todavía los sones de la música, pero sólo como a la sordina; delante de la puerta un hombre barría la acera. En esa calle donde pocas horas antes no habían podido distinguirse, en medio de la salvaje algarabía general, los gritos de un candidato electoral de mil otras voces, oíase ahora claramente el raspar de la escoba sobre el pavimento. Le llamó la atención a Karl el ruido que produjo una mesa al ser movida en el balcón vecino y vio que allí alguien estaba sentado y estudiaba. Era un hombre joven con una barbilla en punta, que retorcía constantemente durante su estudio; leía acompañando su lectura con rápidos movimientos de los labios. Estaba sentado dándole la cara a Karl, ante una mesita cubierta de libros; había quitado del muro la bombilla y la había colocado entre dos grandes libros, de modo que lo bañaba totalmente su brillante luz.

–Buenas noches –dijo Karl, porque creía haber notado que el joven le había dirigido una mirada.

Pero esto sin duda había sido un error, pues el joven que hasta aquel momento no parecía haberlo advertido siquiera, protegió con una mano sus ojos, para disminuir la luz y establecer quién era el que de pronto lo estaba saludando; luego, puesto que seguía sin ver nada levantó la bombilla para iluminar también con ella un poco el balcón vecino.

–Buenas noches –dijo también él; miró durante un instante muy fijamente hacia el otro y luego añadió–: ¿Y qué más?

–¿Le molesto? –preguntó Karl.

–Ciertamente, ciertamente –dijo el hombre llevando la lamparilla a su lugar anterior.

Con estas palabras, por cierto, quedaba rechazado todo contacto; pero no abandonó Karl aquel lado del balcón donde permanecía lo más cerca posible del hombre. Se quedó mirando, calladamente, cómo leía éste en su libro, cómo volvía las hojas, cómo buscaba alguna cosa en otro libro que consultaba siempre con suma rapidez y cómo tomaba notas a menudo en un cuaderno, inclinándose todas las veces tanto sobre él que resultaba una proximidad realmente inusitada.

¿Sería ese hombre un estudiante? Todo esto daba realmente la impresión de que estudiaba. No era muy distinta la manera de cómo –hacía ya ahora mucho tiempo de ello– solía sentarse Karl, en su casa,

ante la mesa de sus padres, haciendo sus ejercicios mientras su padre leía el diario o bien efectuaba asientos en algún libro o escribía cartas para alguna sociedad y su madre se ocupaba en un trabajo de costura y extraía el hilo de la tela levantando muy alto la mano. Para no molestar a su padre, Karl ponía sobre la mesa sólo el cuaderno y los utensilios de escritorio y distribuía los libros necesarios sobre sillas, a su derecha y a su izquierda. ¡Qué calma había reinado allí! ¡Qué rara vez penetraba en aquel aposento gente extraña! Ya de chiquillo le gustaba a Karl seguir a su madre y quedarse mirando cuando echaba la llave por la noche a la puerta principal de la casa. Ni siquiera se imaginaba ella que Karl había llegado ahora hasta a querer violar con cuchillos ¡puertas ajenas!

¡Y qué objeto habían tenido todos sus estudios! ¡Si ya lo había olvidado todo! Si se hubiera tratado de continuar aquí sus estudios tal cosa le hubiera resultado muy difícil. Se acordó de que una vez en su casa había estado enfermo durante un mes; qué esfuerzos le costó en aquel entonces orientarse luego nuevamente en medio de los estudios interrumpidos. ¡Y ahora hacía tanto tiempo que, fuera de ese texto de correspondencia comercial escrito en inglés, no había leído ningún libro!

–Oiga usted, joven –oyó Karl que de pronto lo interpelaban–, ¿no podría usted apostarse en cualquier otra parte? Su modo de quedarse mirando me molesta terriblemente. A las dos de la noche ya puede uno pedir, al fin y al cabo, que lo dejen trabajar tranquilo en el balcón. ¿Quiere usted algo de mí?

–¿Estudia usted? –preguntó Karl.

–Sí, sí, pues –dijo el hombre empleando esos momentos ya perdidos para el estudio en arreglar sus libros de acuerdo con un orden nuevo.

–Si es así, no quiero molestarle –dijo Karl–; de todas maneras ya vuelvo al cuarto. Buenas noches.

El hombre ni siquiera dio respuesta; apoyando pesadamente la frente en su mano derecha, con súbita decisión recomenzó su estudio al ver eliminada aquella molestia.

Y entonces Karl, ya delante de la cortina, recordó por qué había salido afuera; si, en verdad, no sabía todavía absolutamente cuál era su estado. ¿Qué era lo que pesaba sobre su cabeza? Se la palpó y quedó asombrado: no tenía ninguna lesión sangrienta tal como temiera en la oscuridad del cuarto; lo que entonces tocaba no era más que un vendaje, húmedo aún, puesto en forma de turbante. Era, a juzgar por los restos de encaje que todavía le colgaban, alguna vieja pieza de ropa de Brunelda, con la que seguramente Robinsón le había envuelto a la ligera la cabeza. Sólo que olvidó retorcer el trapo y, por tanto, durante el desvanecimiento de Karl el agua se había derramado por la cara y bajo la camisa del muchacho, cosa que lo había alarmado

tremendamente.
–Parece que todavía sigue usted aquí –dijo el hombre mirando entre parpadeos hacia el otro balcón.
–Pero ahora ya me voy de veras –dijo Karl–, sólo quería mirar un poco por aquí, pues la habitación está completamente a oscuras.
–Pero, ¿quién es usted? –dijo el hombre; puso su portaplumas sobre el libro abierto que tenía delante y se acercó a la balaustrada–. ¿Cómo se llama usted? ¿Cómo vino usted a parar entre esa gente? ¿Hace mucho ya que está usted aquí? ¿Y qué es lo que quiere mirar? Encienda, pues, su bombilla, para que se le pueda ver.
Karl así lo hizo, pero antes de contestar corrió aún más la cortina de la puerta, a fin de que nada se notara en el interior.
–Perdone usted –dijo luego susurrando– que hable en voz tan baja. Si me oyeran esos de allí adentro tendría otra vez un escándalo.
–¿Otra vez? –preguntó el hombre.
–Sí –dijo Karl–, precisamente esta noche he tenido una gran riña con ellos. Debo de tener todavía por aquí un chichón terrible –y palpó por detrás de su cabeza.
–¿Y que riña fue ésa? –preguntó el hombre y, como Karl no contestara en seguida, agregó–: A mí puede usted contarme confiadamente todo lo que le oprima el corazón con respecto a esos señores, pues odio a los tres, y muy especialmente a su gran señora. Por otra parte me admiraría que no le hubiesen instigado ya contra mí. Yo me llamo Josef Mendel y soy estudiante.
–Sí –dijo Karl–, ciertamente ya me han hablado de usted; pero sin referirme nada malo. Usted ha atendido una vez a la señora Brunelda, ¿no es cierto?
–Es verdad –dijo el estudiante riendo–. ¿Todavía conserva el canapé ese olor?
–¡Oh, sí! –dijo Karl.
–Esto sí que me alegra –dijo el estudiante pasándose la mano por el cabello–. Y ¿por qué le hacen chichones a usted?
–Fue una riña –dijo Karl, y pensó en cómo podría explicárselo al estudiante. Luego se interrumpió y preguntó–: Pero, ¿no le molesto a usted?
–En primer lugar –dijo el estudiante– ya me ha molestado usted y, por desgracia, soy tan nervioso que necesito mucho tiempo para volver a orientarme. Desde que ha comenzado usted sus paseos en el balcón ya no adelanta nada mi estudio. Pero, en segundo lugar, hago siempre una pausa a las tres. De manera que puede seguir contándome tranquilamente su asunto. Por otra parte, también me interesa.
–Es muy sencillo –dijo Karl–. Delamarche quiere hacerme sirviente de

su casa y yo no quiero. Si hubiera sido por mí, me habría marchado ya. Él no quiso dejarme, me cerró la puerta con llave, yo quise forzarla y así se produjo luego la riña. Me siento muy desdichado por encontrarme todavía aquí.
–¿Acaso tiene usted otro empleo? –preguntó el estudiante.
–No –dijo Karl–; pero no me importa, con tal que pueda marcharme de aquí.
–Pero oiga usted –dijo el estudiante–, ¿no le importa no tener empleo?
Los dos se quedaron callados durante un rato.
–¿Por qué no quiere quedarse con esa gente? –preguntó luego el estudiante.
–Delamarche es un mal hombre –dijo Karl–; ya lo conozco de antes. Una vez hemos marchado juntos durante un día y bien contento estaba yo cuando ya no me hallaba a su lado. ¿Y ahora quiere usted que me haga su sirviente?
–¡Si todos los sirvientes fueran tan delicados al escoger a sus amos como lo es usted! –dijo el estudiante y, al parecer, se sonrió–. Mire usted, yo durante el día soy vendedor en la tienda de Montly, un vendedor de última categoría, ya casi se podría decir un mandadero. Ese Montly es, sin duda, un canalla; pero esto me tiene completamente sin cuidado y sólo me pone furioso el hecho de que me paguen tan miserablemente. De manera que vea usted en mí un ejemplo.
–¿Cómo? –dijo Karl–, ¿es usted vendedor durante el día y de noche estudia?
–Sí –dijo el estudiante–; de otro modo nada podría hacer. Ya he intentado de todo y esta manera de vivir es, no obstante, la mejor de todas. Hace años era yo solamente estudiante, tanto durante el día como durante la noche, ¿sabe usted?; pero procediendo así casi me he muerto de hambre. Dormía en una vieja y sucia cueva y no me atrevía a acercarme a las aulas con el traje que llevaba entonces. Pero eso ya ha pasado.
–Y ¿cuándo duerme usted? –preguntó Karl, y miró admirado al estudiante.
–¡Ah, sí, dormir! –dijo el estudiante–. Ya dormiré cuando concluya mis estudios. Mientras tanto bebo café, café negro.
Volviéndose sacó de debajo de su mesa de estudio una gran botella; se sirvió de ella café negro en una tacita y la vertió dentro de sí, tal como se tragan apresuradamente los medicamentos, para sentir lo menos posible su sabor.
–Buena cosa el café –dijo el estudiante–. Lástima que esté usted lejos y que no pueda ofrecerle un poco.
–A mí no me gusta el café –dijo Karl.

–A mí tampoco –dijo riendo el estudiante–. Pero ¿qué haría yo sin él? Sin el café no me dejaría Montly en el puesto ni un instante. Yo digo siempre Montly; aunque él, naturalmente, ni sospecha mi existencia en el mundo. No sé a ciencia cierta cómo me conduciría yo en la tienda si no tuviera también allí, siempre lista, mi botella, del mismo tamaño que ésta; pues jamás hasta ahora he osado suspender el café. Pero, créamelo, bien pronto estaría yo durmiendo echado detrás del mostrador. Por desgracia allí lo sospechan y me llaman «Café negro»: una broma estúpida que seguramente ya me ha perjudicado en mi carrera.
–Y ¿cuándo terminará usted sus estudios? –preguntó Karl.
–Eso va despacio –dijo agachando la cabeza el estudiante. Abandonó la balaustrada y se sentó a la mesa nuevamente; apoyó los codos sobre el libro abierto y revolviéndose con las manos el cabello dijo luego–: Podrá llevarme todavía de uno a dos años.
–Yo también quise estudiar –dijo Karl, como si tal circunstancia le diese derecho a pretender una confianza mayor aún que la que el estudiante, que ya enmudecía, le había demostrado hasta entonces.
–¡Ah! –dijo el estudiante, y no se sabía con certeza si ya estaba otra vez leyendo en su libro o si sólo clavaba distraídamente en él los ojos–, quédese usted contento por haber abandonado el estudio. Yo mismo, desde hace años, estudio ya tan sólo para ser consecuente. El estudio me da muy pocas satisfacciones y menos aún promesas para el futuro. ¡Qué esperanzas de progreso podría yo abrigar! América está llena de curanderos.
–Yo quería hacerme ingeniero –se apresuró a decir Karl al estudiante que en el otro balcón ya no parecía prestar ninguna atención.
–Y ahora, ¡a hacerse criado de esa gente! –dijo el estudiante levantando fugazmente la mirada–, esto desde luego le duele.
Semejante deducción del estudiante era ciertamente un error; pero acaso podría serle útil en su relación con el estudiante. Por eso preguntó:
–¿No podría quizá obtener yo también un empleo en la tienda?
Esta pregunta arrancó por completo al estudiante de su libro; ni siquiera se le cruzó por la mente el pensamiento de que él podría ser útil a Karl cuando éste solicitara el puesto.
–Inténtelo usted –dijo–; o mejor será que ni lo intente. El haber obtenido mi puesto en Montly ha sido hasta ahora el mayor éxito de mi vida. Si tuviera que elegir entre mis estudios y el puesto, me decidiría desde luego por el puesto. Todo mi empeño se encamina sencillamente a no permitir que surja la necesidad de semejante elección.
–Muy difícil es obtener un puesto allí –dijo Karl más bien para sí

mismo.
–¡Oh, qué ha pensado usted! –dijo el estudiante–; aquí es más fácil llegar a ser juez de distrito que portero en la casa de Montly.
Karl se quedó callado. Ese estudiante, por cierto mucho más experimentado que él, que odiaba a Delamarche por cualesquiera razones que Karl todavía ignoraba, que en cambio no le deseaba nada malo, no hallaba para él ni una sola palabra de aliento, ningún estímulo que lo animara a abandonar a Delamarche. Y, para colmo, aún no conocía siquiera el peligro que amenazaba a Karl de parte de la policía y del cual sólo su estancia en la casa de Delamarche lo protegía hasta cierto punto.
–Ha visto usted esta noche la demostración de abajo, ¿verdad? Si uno no conociera las condiciones, podría pensar que ese candidato, se llama Lobter, tendrá al menos alguna esperanza o que siquiera entrará en consideración, ¿no es cierto?
–No entiendo nada de política –dijo Karl.
–Lo cual no deja de ser una falta –dijo el estudiante–; pero, aparte de ello, tiene usted ojos y oídos. Sin duda el hombre ha demostrado tener sus amigos y enemigos; esto no puede habérsele escapado a usted. Y ahora piense lo que significa esto: ese hombre, en mi opinión, no tiene la menor esperanza de salir elegido. Yo, por casualidad, lo sé todo acerca de él; aquí con nosotros vive uno que lo conoce. No es un hombre incapaz; de acuerdo con sus opiniones políticas y con su pasado político, sería él precisamente el juez más adecuado para el distrito. Pero nadie piensa que podrá resultar electo; será derrotado en la forma más espléndida que pueda darse. Habrá tirado unos cuantos dólares por la campaña electoral y eso será todo.
Karl y el estudiante se miraron durante un rato calladamente. El estudiante meneó sonriendo la cabeza y con una mano apretó sus ojos fatigados.
–Y bien, ¿todavía no se irá usted a dormir? –preguntó luego–; ahora debo ponerme a estudiar. Vea usted cuánto trabajo me queda todavía. –Hojeó rápidamente medio libro para que Karl se formara una idea del trabajo que aún lo esperaba.
–Buenas noches, entonces –dijo Karl inclinándose.
–Venga alguna vez a visitarnos –dijo el estudiante, ya de nuevo sentado ante su mesa–; naturalmente, sólo si tiene ganas. Encontrará usted aquí siempre una gran reunión. De nueve a diez de la noche tendré tiempo también para usted.
–¿De manera que usted me aconseja quedarme en casa de Delamarche? –preguntó Karl.
–Indudablemente –dijo el estudiante inclinando ya la cabeza sobre sus

libros. Parecía que ni siquiera hubiera podido ser él quien dijera esa palabra; resonó en los oídos de Karl como si la hubiera pronunciado una voz más profunda que la del estudiante.

Lentamente se acercó a la cortina y echó aún otra mirada hacia el estudiante, que ya en medio de su haz de luz permanecía sentado en completa inmovilidad, rodeado por grandes tinieblas. Luego se deslizó al cuarto. Lo acogieron las respiraciones reunidas de los tres durmientes. Fue buscando el canapé a lo largo de la pared y una vez que lo hubo encontrado se tendió tranquilamente sobre él, como si éste fuera su lecho acostumbrado. Ya que el estudiante, que conocía bien las condiciones del lugar y también a Delamarche, y que además era hombre culto, le había aconsejado que se quedase allí, él no tenía ya escrúpulos por el momento. No tenía él tampoco aspiraciones tan altas como las del estudiante; quizá ni aun en su casa paterna hubiera logrado llevar a buen término sus estudios; y si esto ya en su propia casa parecía apenas posible, nadie podía pedirle que lo hiciese allí, en un país extraño. Pero la esperanza de encontrar un puesto en el cual pudiera resultar útil y donde se reconociera su utilidad sería seguramente mayor si, por lo pronto, aceptaba el empleo de sirviente en la casa de Delamarche, esperando, al abrigo de la seguridad que este empleo le daba, una ocasión favorable. En esta misma calle parecía haber muchas oficinas de categoría inferior y mediana que tal vez en caso necesario no serían tan severas en la selección de su personal.

Con gusto, si fuera menester, se haría dependiente de comercio, pero a la postre no era imposible tampoco que lo emplearan sólo para trabajos auxiliares de oficina y que un día se sentara ante su escritorio como un verdadero empleado y que, libre de preocupaciones, se quedara mirando durante un rato a través de la ventana abierta, como aquel empleado que él había visto por la mañana cuando atravesaba los patios. Lo tranquilizó, al cerrar los ojos, el pensamiento de que él de todas maneras era joven y que alguna vez Delamarche lo dejaría libre; pues este hogar realmente no parecía estar hecho para la eternidad. Y una vez que Karl tuviese un puesto semejante en una oficina no se ocuparía de ninguna cosa más que de sus trabajos y no disgregaría sus fuerzas como el estudiante. Si fuera necesario, emplearía también la noche para la oficina, cosa que al comienzo, de todas maneras, le pedirían considerando su escasa preparación comercial. Y él no pensaría sino en los intereses del negocio a cuyo servicio estuviera, y se sometería a todos los trabajos sin excepción, aun a aquellos que otros empleados de la oficina rechazaran considerándolos indignos de ellos. Hacinábanse en su cabeza los buenos propósitos como si su futuro jefe

estuviese allí presente y los leyera, uno a uno, en su rostro.
Sumido en tales pensamientos Karl se quedó dormido y sólo lo perturbó, en su primera somnolencia, un tremendo suspiro de Brunelda, la cual, hostigada al parecer por pesados sueños, daba vueltas en su lecho.

Del servicio en casa de Brunilda

–¡Arriba! ¡Arriba! –exclamó Robinsón no bien abrió Karl los ojos por la mañana.
La cortina de la puerta aún no estaba descorrida, mas por la uniforme luz solar que penetraba a través de las aberturas se daba uno cuenta de cuán avanzada estaba ya la hora de la mañana. Robinsón corría presuroso de un lado para otro y sus miradas expresaban preocupación; iba y venía llevando ya una toalla, ya un cubo de agua, ya prendas de ropa blanca y de vestir y cada vez, al pasar frente a Karl, trataba de animarlo mediante señas con la cabeza a que se levantara y demostraba, levantando lo que precisamente tenía en la mano, cuánto se afanaba él todavía hoy por Karl, aunque fuera ésta la última vez que lo hacía; porque, naturalmente, el muchacho no podía entender ya desde la primera mañana los pormenores del servicio.
Y pronto vio Karl a quién estaba verdaderamente sirviendo Robinsón. Allí, en un recinto que Karl hasta entonces no había visto todavía, separado del resto del cuarto por dos armarios, se efectuaba un gran lavatorio. Veíase la cabeza de Brunelda, su cuello desnudo –en ese momento el cabello le caía sobre la cara– y el nacimiento de su nuca, que sobresalían por encima del armario, y de vez en cuando la mano de Delamarche: sujetaba una esponja de baño que salpicaba todas las cosas a gran distancia y con la cual Brunelda era lavada y friccionada. Oíanse las breves órdenes que Delamarche le daba a Robinsón; éste no alcanzaba las cosas a través del verdadero acceso, ahora obstruido, de ese recinto; debía contentarse con una pequeña abertura que quedaba entre uno de los armarios y un biombo; además tenía que extender mucho el brazo y volver la cara al ejecutar cada uno de esos servicios.
–¡La toalla! ¡La toalla! –exclamó Delamarche.
Robinsón apenas se asustó por ese pedido, pues precisamente estaba buscando alguna otra cosa bajo la mesa y estaba sacando ya la cabeza de allí cuando se oyó:
–¡Dónde quedó el agua, diablos! –y por encima del armario apareció bruscamente el rostro furioso de Delamarche.
Todo lo que, en opinión de Karl, para lavarse y vestirse se necesitaba generalmente una sola vez se pedía y se llevaba allí muchas veces, en

todo orden de sucesión imaginable. Encima de un pequeño calentador eléctrico había constantemente un cubo para calentar agua y Robinsón llevaba continuamente entre sus piernas, muy abiertas, la pesada carga hasta aquel recinto destinado a los baños. Si se consideraba la cantidad de trabajo que tenía era fácil comprender que no se atuviera siempre estrictamente a las órdenes y que una vez, al pedírsele de nuevo una toalla, recogiera sencillamente una camisa del gran lecho que estaba en el centro de la habitación y la arrojara por encima de los armarios, aovillada en una gran pelota.

Pero también a Delamarche le tocaba ejecutar un trabajo bien pesado y quizá su irritación contra Robinsón –tan irritado estaba que a Karl, sencillamente, ni siquiera lo veía– se debía al hecho de no poder él mismo satisfacer a Brunelda.

–¡Ay! –lamentóse ella lanzando un grito, y hasta Karl, que por otra parte permanecía impasible, se estremeció–. ¡Cómo me haces daño! ¡Vete! ¡Prefiero lavarme yo sola antes que exponerme a sufrir tanto! Ahora, otra vez, ya no puedo levantar el brazo. ¡Qué mal me siento!, me aprietas tanto. Seguramente mi espalda ya está llena de moretones. Naturalmente tú no me lo querrás decir. Ya verás, haré que me mire Robinsón o nuestro chico. Pero no, si no lo voy a hacer; sólo lo digo para que seas un poco más delicado. Ten consideración, Delamarche. Pero es inútil, ya puedo repetirlo todas las mañanas, tú no tienes y no tienes consideración... ¡Robinsón! –exclamó luego de pronto y agitó sobre su cabeza un pequeño pantalón de encajes–, ¡ven y ayúdame; mira cómo estoy sufriendo! ¡Y este Delamarche llama a esta tortura lavarme! Robinsón, Robinsón, ¿dónde estás?, ¿o es que no tienes corazón tú tampoco?

Karl calladamente le hizo a Robinsón una seña con el dedo para que fuese allí, pero Robinsón meneó la cabeza con aire de superioridad y bajando la vista; él sabía mejor lo que pasaba.

–¿Cómo se te ocurre? –dijo agachándose hasta el oído de Karl–. No es éste su propósito. Una sola vez he ido allí y nunca más luego. En aquella ocasión me agarraron los dos y me sumergieron en la bañera; casi me ahogo. Y durante días y días me reprochaba Brunelda mi conducta diciendo que era un desvergonzado y lo hacía repitiendo siempre las mismas frases: «Hace mucho ya que estuviste conmigo en el baño», o «Pero, ¿cuándo vendrás a mirarme otra vez en el baño?» Sólo cuando varias veces le hube pedido perdón de rodillas cesó. No lo olvidaré.

Y mientras Robinsón contaba estas cosas, Brunelda llamaba una y otra vez:

–¡Robinsón! ¡Robinsón! ¡Pero dónde se quedó Robinsón!

Mas a pesar de que nadie acudía en su ayuda y ni siquiera le daban respuesta –Robinsón se había sentado junto a Karl y los dos se quedaron mirando calladamente hacia los armarios, por encima de los cuales aparecían de vez en cuando las cabezas de Brunelda o de Delamarche–, no cesó Brunelda, sin embargo, de quejarse de Delamarche a gritos.

–¡Pero, Delamarche! –exclamó–. Pero si ahora no sé si me estás lavando. ¿Dónde tienes la esponja? ¡Agárrala, pues! ¡Si sólo pudiera agacharme; si sólo pudiera moverme! Ya te enseñaría yo cómo se lava. ¡Ay, los tiempos de muchacha cuando allá en la finca de mis padres nadaba yo todas las mañanas en el Colorado! Era la más ágil entre todas mis amigas. ¡Y ahora! ¡Cuándo aprenderás a lavarme, Delamarche! Tú sólo agitas la esponja, te afanas y yo no siento nada. Si dije que no apretaras hasta lastimarme, no quería decir con ello que mi deseo era quedarme aquí de pie para resfriarme. ¡Ya verás, voy a saltar de la bañera y me voy a escapar tal como estoy!

Sin embargo, no ejecutó luego esta amenaza –por otra parte ni siquiera habría sido capaz de hacerlo–; Delamarche, temiendo que se resfriara, parecía haberla metido en la bañera, pues se oía chapotear violentamente.

–Sólo esto sabes hacer, Delamarche –dijo Brunelda en voz un poco más baja–. Adular y adular, siempre y siempre, cuando has hecho mal alguna cosa.

–Ahora la está besando –dijo Robinsón, y arqueó las cejas.

–¿Qué trabajo viene ahora? –preguntó Karl. Ya que había decidido quedarse, deseaba comenzar con su servicio inmediatamente. Dejó a Robinsón, que no respondió, solo en el canapé, y comenzó a deshacer el lecho, que aún seguía como prensado por la carga de los durmientes que habían yacido en él durante la larga noche, para plegar luego ordenadamente cada una de las piezas de esa masa, cosa que sin duda no se había hecho ya desde semanas atrás.

–Ve y mira, Delamarche –dijo Brunelda entonces–, creo que están tirando abajo nuestra cama. Hay que estar pensando en todo, jamás se puede estar tranquila. Y tú debes ser más severo con esos dos, pues de otro modo harán lo que quieran.

–Seguramente es ese chico con su maldita diligencia –exclamó Delamarche probablemente dispuesto a precipitarse fuera del recinto del baño. Karl arrojó en el acto todo lo que tenía en la mano; pero por suerte dijo Brunelda:

–No te vayas, Delamarche, no te vayas. ¡Ay!, ¡qué caliente está el agua!, ¡cómo me fatigo! Quédate conmigo, Delamarche.

En realidad sólo en ese momento se dio cuenta Karl de cómo el vapor

subía incesantemente tras los armarios.
Robinsón, asustado, puso una mano sobre su mejilla como si Karl hubiese cometido algo grave.
–¡A dejar todo como estaba! –resonó la voz de Delamarche–. ¿Acaso no sabéis que siempre después del baño descansa Brunelda una hora más? ¡Miserable desorden! ¡Esperad a que os caiga yo encima! ¡Robinsón, tú seguramente ya estás soñando otra vez! A ti, sólo a ti te hago responsable por todas las cosas que sucedan. Tú tienes que contener al chico. ¡Aquí no se llevarán las cosas según su cabeza! Cuando uno precisa algo, nada se puede obtener de vosotros, y cuando no hay nada que hacer vosotros os aplicáis. ¡Meteos en algún rincón y esperad hasta que se os necesite!
Pero acto seguido todo esto estaba olvidado, pues Brunelda, cansadísima, como si estuviera completamente sumergida en el agua caliente, susurró:
–¡El perfume! ¡Traed el perfume!
–¡El perfume! –gritó Delamarche–. ¡Moveos!
Bueno, ¿dónde estaba, pues, el perfume? Karl miró a Robinsón; Robinsón miró a Karl. Karl se dio cuenta de que allí él debía encargarse del asunto con sus propias manos: Robinsón no tenía la menor idea acerca de dónde se hallaba el perfume; se limitó a acostarse en el suelo y a agitar constantemente los dos brazos debajo del canapé, pero sin lograr sacar a luz otra cosa que pelotitas de polvo y cabellos de mujer. Karl fue corriendo primero hasta el tocador que estaba junto al lado de la puerta, pero en sus cajones había únicamente viejas novelas inglesas, revistas y partituras, y todo estaba tan repleto que no se podían cerrar los cajones una vez abiertos.
–El perfume –suspiraba entretanto Brunelda–, ¡cuánto tardan! Quisiera saber si hoy todavía tendré el perfume.
Con semejante impaciencia de Brunelda no podía permitirse Karl, claro está, buscar a fondo en ninguna parte; debía confiar tan sólo en sus primeras impresiones superficiales. En el tocador no estaba el frasco; encima del tocador había sólo frasquitos viejos con medicamentos y pomadas; todo lo demás ya había sido llevado, sin duda, al recinto donde se efectuaba el lavatorio. Tal vez el frasco estuviera en el cajón de la mesa de comedor. Pero dirigiéndose a ella –Karl sólo pensaba en el perfume y en nada más– chocó violentamente con Robinsón, el cual, por fin, había abandonado la búsqueda debajo del canapé y corría como ciego al encuentro de Karl, presa de un incipiente y vago presentimiento con respecto al paradero del perfume. Se oyó claramente el choque de las cabezas: Karl se quedó mudo y Robinsón, aunque no se detuvo en su carrera, se puso a gritar

ininterrumpidamente y con fuerza exagerada a fin de aliviarse el dolor.
–En vez de buscar el perfume, están luchando –dijo Brunelda–. Enferma esta manera de llevar la casa, Delamarche, y con toda seguridad moriré en tus brazos. Yo necesito ese perfume –exclamó luego juntando fuerzas–, ¡lo necesito sin falta! No saldré de la bañera hasta que me lo traigan, aunque tenga que quedarme aquí hasta la noche. –dio un puñetazo en el agua y se oyó cómo saltaba ésta.
Pero el perfume no estaba tampoco en el cajón de la mesa de comedor, pues aunque allí se encontraban exclusivamente objetos de tocador de Brunelda, tales como viejas borlas para polvos, botecillos de colorete, cepillos de cabeza, rizos y muchas pequeñeces deshechas, enmarañadas y pegadas unas a otras, el perfume no estaba allí. Y tampoco Robinsón, que seguía gritando y abría y revolvía, uno tras otro, un centenar de cajas y estuches amontonados en un rincón –generalmente la mitad del contenido, casi siempre cosas de costura y correspondencia, se caía al suelo y allí quedaba– podía encontrar nada, según le indicaba a Karl de tiempo en tiempo por meneos de cabeza y encogimientos de hombros.
Y entonces Delamarche salió de un salto y en paños menores del recinto del baño, mientras se oía el llanto convulsivo de Brunelda. Karl y Robinsón cesaron en la búsqueda y miraron a Delamarche, el cual totalmente empapado –hasta de la cara y de los cabellos le chorreaba el agua– exclamó:
–¡Y ahora hacedme el favor y empezad a buscar! ¡Aquí! –le ordenó primero a Karl, y luego–: ¡Allí! –a Robinsón.
Karl buscó realmente y examinó también los sitios a los cuales ya había sido enviado Robinsón, pero encontró el perfume tanto como lo había hallado Robinsón, el cual buscaba con más celo que él y miraba de soslayo a Delamarche. Éste, en cuanto lo permitía el espacio, se paseaba por el cuarto dando fuertes patadas; sin duda habría preferido a todo dar una buena zurra tanto a Karl como a Robinsón.
–¡Delamarche! –exclamó Brunelda–. ¡Ven por lo menos a secarme! Esos dos, de todas maneras, no van a encontrar el perfume; sólo van a desordenar todas las cosas. Que dejen de buscar inmediatamente. ¡Pero en seguida! ¡Y que dejen ahí todo lo que tengan en las manos! ¡Y que no toquen nada más! Si fuera por ellos, harían del departamento un establo. ¡Cógelos del cuello Delamarche, si es que no terminan! ¡Pero si todavía están trabajando!, acaba de caerse una caja. ¡Que no la levanten, que dejen todo como está y que se vayan de la habitación! Echa tras ellos el cerrojo y ven a mi lado. ¡Ya hace demasiado tiempo que estoy acostada en el agua, más que demasiado; ya tengo completamente frías las piernas!

–¡En seguida, Brunelda, en seguida! –exclamó Delamarche y fue corriendo hasta la puerta con Karl y Robinsón. Pero antes de despedirlos les dio orden de traer el desayuno y de conseguir prestado en cualquier parte, si fuera posible, un buen perfume para Brunelda.
–¡Qué desorden y qué mugre hay en vuestra casa! –dijo Karl cuando estuvieron en el pasillo–, no bien volvamos con el desayuno, tendremos que empezar a poner orden.
–¡Si no estuviera yo tan enfermo! –dijo Robinsón–. ¡Y semejante modo de tratarme!
Sin duda le ofendía a Robinsón el hecho de que Brunelda no hiciera la menor distinción entre él, que ya venía sirviéndola durante meses, y Karl, que sólo ayer había entrado a su servicio. Pero en verdad no merecía otra cosa, y Karl dijo:
–Tienes que hacer un pequeño esfuerzo. –Mas para no abandonarlo totalmente, dejándolo a merced de su desesperación, añadió–: Será de todas maneras un trabajo único, de una sola vez. Luego yo te daré un lecho detrás de los armarios y, una vez que todo esté un poco arreglado, podrás quedarte allí acostado el día entero sin preocuparte por nada; y así muy pronto sanarás.
–Pues ahora reconoces tú mismo en qué estado me encuentro –dijo Robinsón apartando de Karl la cara para quedarse a solas consigo y con su pena–. Pero, ¿acaso alguna vez me dejarán ellos quedarme tranquilamente acostado?
–Si quieres, yo mismo hablaré de esto con Delamarche y Brunelda.
–¿Acaso tiene Brunelda alguna consideración? –exclamó Robinsón, y de un puñetazo abrió una puerta a la que acababan de llegar, sin que hubiese preparado a Karl previamente para ello.
Entraron en una cocina de cuyo hogar, que parecía exigir reparaciones, se levantaban en verdad negras nubecillas. Arrodillada ante la portezuela del hogar estaba una de las mujeres que Karl había visto la víspera en el pasillo; la cual, valiéndose tan sólo de sus manos, ponía grandes trozos de carbón en el fuego que examinaba desde todos los ángulos. La postura en que estaba era muy incómoda para una mujer de su edad y por eso suspiraba mientras observaba el fuego.
–Claro, y ahora viene también esta plaga –dijo al reparar en Robinsón; se levantó penosamente apoyando una mano en la carbonera y cerró la portezuela del hogar, cuya manija agarraba envolviéndola con su delantal–; ahora, a las cuatro de la tarde –Karl miró asombrado el reloj de la cocina–. ¿Tienen que desayunarse ustedes todavía? ¡Pandilla de inútiles!... Siéntense –dijo luego– y esperen hasta que tenga tiempo para ustedes.
Robinsón arrastró a Karl hasta una banqueta que estaba cerca de la

puerta y le dijo cuchicheando:
–Tenemos que obedecerle: dependemos de ella. Alquilamos de ella nuestro cuarto y naturalmente puede echarnos en cualquier momento. Y nosotros no podemos mudarnos de casa, ¡cómo habríamos de sacar de nuevo todas aquellas cosas!, y, ante todo, ya ves que ni siquiera es posible transportar a Brunelda.
–¿Y aquí, en este pasillo, no puede conseguirse ningún otro cuarto? –preguntó Karl.
–Pero si nadie nos quiere –repuso Robinsón–; en toda la casa nadie nos quiere.
Y así se quedaron esperando tranquilamente sentados en la banqueta. La mujer corría constantemente yendo y viniendo entre dos mesas, una batea y el hogar. De sus exclamaciones se desprendía que su hija no se sentía bien y que por lo tanto quedaba a su solo cargo el atender y alimentar a treinta inquilinos. Y para colmo ahora no funcionaba bien la cocina y la comida no acababa de cocinarse. En dos ollas gigantescas hervía una espesa sopa, y la mujer, por más que la examinara con ayuda de un cucharón haciéndola caer desde lo alto, no lograba que mejorara; seguramente tenía la culpa aquel fuego tan malo, de modo que casi se sentó en el suelo delante de la portezuela del hogar y se puso a hurgonear trabajosamente con el atizador. El humo que llenaba toda la cocina le provocaba una tos que se hacía a veces tan intensa que la obligaba a sentarse en una silla y, durante minutos, no hacer otra cosa que toser. A menudo decía, como al pasar, que de ningún modo prepararía el desayuno, puesto que no tenía ni tiempo ni ganas de hacerlo. Como Karl y Robinsón por un lado tenían orden de llevar el desayuno y, por el otro, no tenían ninguna posibilidad de obtenerlo por la fuerza, no contestaban a tales advertencias; permanecían, como antes, tranquilamente sentados.
En derredor, sobre sillas y banquillos, sobre las mesas y debajo de ellas, hasta amontonada en un rincón del suelo, estaba todavía sin lavar la vajilla del desayuno de los inquilinos. Había allí jarrillas en las cuales se encontraría aún un poco de café o de leche, en algunos platitos había restos de manteca y de una lata grande, volcada, habían salido rodando a gran distancia los bizcochos. Era muy posible componer con todas estas cosas un desayuno contra el cual nada pudiera objetar Brunelda, si no se enteraba de su origen. En el preciso momento en que Karl reflexionaba acerca de todo esto –dándose cuenta por una mirada al reloj de que ya hacía media hora que estaban esperando allí y de que tal vez Brunelda ya estaría furiosa e instigaría a Delamarche contra la servidumbre–, exclamó la mujer en medio de un ataque de tos y mientras clavaba los ojos en Karl:

–Pueden ustedes quedarse sentados, pero el desayuno no lo recibirán; en cambio, dentro de dos horas les daré la cena.
–Ven, Robinsón –dijo Karl–, nos prepararemos nosotros mismos el desayuno.
–¿Cómo? –exclamó la mujer levantando la cabeza.
–Sea usted razonable, por favor –dijo Karl–; ¿por qué no quiere usted darnos el desayuno? Hace ya media hora que estamos esperando; ya es bastante. Creo que se le paga a usted todo, y seguramente nosotros pagamos precios más altos que todos los demás. El hecho de que nos desayunemos tan tarde le resulta a usted sin duda incómodo, pero nosotros somos sus inquilinos, tenemos la costumbre de desayunarnos tarde y debe usted tomar en consideración eso también. Hoy, naturalmente, debido a la enfermedad de su señorita hija le resulta todo esto especialmente molesto; mas por eso mismo estamos dispuestos a prepararnos el desayuno utilizando esos restos, si de otra manera no es posible y si no nos da usted cosas frescas.
Pero la mujer no estaba dispuesta a cambiar ideas amablemente con nadie; si a esos inquilinos les parecían suficientemente buenos aun los restos del desayuno general, allá ellos, mas por otra parte ya la cansaba la insistencia de los dos sirvientes. Tomó por lo tanto una bandeja y empujó con ella a Robinsón, el cual sólo al cabo de un rato comprendió, con semblante torturado, que debía sostenerla a fin de recibir la comida que la mujer eligiera. Ahora bien, con la mayor prisa cargó ella la bandeja con una cantidad de cosas, pero todo aquello tenía más bien el aspecto de un montón de vajilla sucia que el de un desayuno que estaba para servirse. Mientras la mujer todavía los empujaba hacia fuera, corrían ellos agachados hacia la puerta, como si temiesen insultos o empujones; Karl tomó la bandeja de manos de Robinsón, pues no le parecía bastante segura en su poder.
Una vez en el pasillo, y habiéndose alejado un buen trecho de la puerta de la patrona, sentóse Karl en el suelo para limpiar, ante todo, la bandeja y juntar las cosas correspondientes, esto es, verter en un solo recipiente la leche, reunir raspándolos los diversos restos de manteca en un solo plato y eliminar luego todas las señales del uso, es decir, limpiar cuchillos y cucharas, recortar los panecillos ya mordidos y dar así al conjunto un mejor aspecto. A Robinsón esa labor le parecía innecesaria; afirmaba él que el desayuno, a menudo, ya había tenido un aspecto mucho peor aún, pero Karl no se dejó disuadir y estaba bastante contento con que Robinsón no quisiera intervenir en ese trabajo, pues tenía los dedos sucios. Para que se quedara tranquilo, Karl le asignó en seguida –si bien, según le dijo expresamente en calidad de entrega única y definitiva– algunos bizcochos y el poso

espeso de una cacerolita que había estado llena de chocolate.
Cuando llegaron a su habitación y Robinsón sin más puso la mano sobre el picaporte, Karl lo retuvo, puesto que no era cosa segura que ellos pudieran entrar.
–Pero sí –dijo Robinsón–, si ahora sólo está peinándola
Y en efecto, en el cuarto, que aún seguía sin airear y cerrado por la cortina, estaba Brunelda sentada en el sillón muy esparrancada, y Delamarche, tras ella, peinaba, con la cara profundamente agachada, sus cabellos cortos, y probablemente muy enredados. Brunelda llevaba nuevamente un vestido muy suelto, aunque esta vez de color rosa pálido; era quizá un poco más corto que el del día anterior; al menos se veían las medias blancas, de rústico tejido, casi hasta la rodilla. Impaciente porque llevaba tanto tiempo el peinarla, agitaba Brunelda su lengua roja, gruesa, entre los labios, meneándola de un lado para otro y a veces hasta se desprendía totalmente de Delamarche exclamando:
–¡Pero, Delamarche!
Éste operaba tranquilamente, con el peine en alto, hasta que ella recostara de nuevo la cabeza.
–Ha tardado mucho esto –dijo Brunelda en general; y dirigiéndose especialmente a Karl–: Tienes que moverte un poco más si quieres que estemos satisfechos de ti. No debes tomar como ejemplo a ese Robinsón, que es haragán y comilón. Seguramente entretanto ya os habéis desayunado en alguna parte y os digo que la próxima vez no lo toleraré.
Esto era muy injusto y, en efecto, Robinsón meneaba la cabeza y movía los labios, aunque por cierto sin pronunciar una sílaba, pero Karl, en cambio, comprendió que sólo se podía influir en los amos mostrándoles el trabajo que innegablemente habían cumplido. Extrajo por lo tanto de un rincón una baja mesita japonesa y colocó sobre ella las cosas traídas. Quien conociera el origen del desayuno podía estar contento con el resultado; pero de otra manera, según tuvo que admitir Karl para sí, mucho había que objetar.
Por suerte Brunelda tenía hambre. Benévolamente le hacía señas a Karl mientras éste disponía todas las cosas y lo estorbaba a menudo sacando antes de tiempo algún bocado con su mano blanda, grasienta, que de pronto lo estrujaba todo.
–Bien, muy bien lo ha hecho –dijo chasqueando la lengua, y atrajo a Delamarche, que dejó el peine enredado en su cabello para continuar luego el trabajo, y lo sentó junto a sí en una silla. También Delamarche se volvió amable al ver la comida; los dos tenían mucha hambre; sus manos se movían presurosas sobre la mesita, a troche y moche.

Karl comprendió que allí, para satisfacer, había que llevar la mayor cantidad posible y recordando que en la cocina había dejado en el suelo diversos comestibles que todavía podrían utilizarse dijo:
–La primera vez no supe cómo debía prepararse todo esto; la próxima vez lo haré mejor.
Pero no había terminado aún de hablar cuando recordó la clase de individuos a quienes hablaba; en exceso le había preocupado el asunto. Brunelda, mirando a Delamarche, asintió satisfecha y alcanzó a Karl, por recompensa, un puñado de bizcochos.

La mudanza de Brunelda

Cierta mañana empujó Karl fuera del portón el vehículo para enfermos en que iba sentada Brunelda. Ya no era tan temprano como él esperara. Habían convenido realizar el éxodo en horas de la noche a fin de no llamar la atención por las calles, cosa que de día hubiera sido inevitable, por más que Brunelda pensara cubrirse, muy humildemente, con una manta gris. Pero el transporte por la escalera había llevado demasiado tiempo, pese a la colaboración sumamente solícita del estudiante, el cual era mucho más débil que Karl, según quedó demostrado en esa oportunidad. Brunelda se condujo muy valerosamente; apenas suspiraba y de todos los modos posibles trataba de facilitar el transporte a sus portadores. Sin embargo, no había otro modo de llevarla sino haciéndola sentar cada cinco peldaños, para brindarse a sí mismos y a ella el tiempo necesario para el descanso.
Era una mañana fresca, por los pasillos corría un aire frío como aire de sótanos y, sin embargo, tanto Karl como el estudiante estaban empapados de sudor y, durante las pausas de descanso, cada uno de ellos para enjugarse la cara se veía obligado a tomar un cabo de la manta de Brunelda que ella, por otra parte, les tendía amablemente. Y así fue como sólo a las dos horas llegaron abajo, donde ya desde la noche anterior esperaba el carrito. Costó cierto trabajo todavía levantar a Brunelda y meterla dentro, pero, una vez conseguido esto, bien se podía creer que todo estaba logrado con éxito, pues la tarea de empujar el carretón, gracias a sus altas ruedas, no debía de ser difícil y sólo quedaba el temor de que el carruaje se desvencijara bajo el peso de Brunelda. Ciertamente había que correr ese riesgo; no se podía llevar un carro de repuesto, aunque el estudiante, medio en broma, se había ofrecido a ponerlo a su disposición y a conducirlo. Luego se llevó a cabo la despedida del estudiante, que por cierto llegó a ser hasta muy cordial. Toda desavenencia entre Brunelda y el estudiante parecía olvidada; éste hasta se disculpó reconociéndose culpable de la antigua

ofensa que había infligido a Brunelda cuando estuvo enferma, pero ella dijo que todo estaba olvidado hacía mucho y que se sentía más que resarcida. Finalmente rogó al estudiante que aceptara en señal de amistad y como recuerdo de ella un dólar que extrajo trabajosamente de entre sus muchas faldas.
Semejante regalo era muy significativo, si se consideraba la notoria avaricia de Brunelda. El estudiante, en efecto, sintió una gran alegría por ello y arrojó su gorra bien alto al aire. Luego, por cierto, tuvo que buscarla por el suelo y Karl le ayudó en su búsqueda; finalmente fue Karl quien la encontró: estaba debajo del carro de Brunelda.
La despedida entre el estudiante y Karl fue desde luego mucho más sencilla: solamente se estrecharon la mano y expresaron su convencimiento de que, seguramente, volverían a verse alguna vez y que entonces por lo menos uno de ellos –el estudiante lo decía por Karl, Karl por el estudiante– habría logrado algo loable, cosa que hasta ese momento, por desgracia, no había sucedido. Luego, Karl cogió animosamente la manija del carrito y lo empujó fuera del portón. El estudiante se quedó mirándolos y haciendo señas con un pañuelo, mientras aún se los podía ver. Karl se volvió muchas veces, saludando con la cabeza; también a Brunelda le hubiera gustado volverse, pero tales movimientos le resultaban demasiado fatigosos. Para facilitarle a pesar de todo una última despedida todavía, Karl, al final de la calle, giró con el carro en círculo, de manera que también Brunelda pudo ver al estudiante, el cual aprovechó esta oportunidad para agitar el pañuelo con celo especial.
Después, eso sí, dijo Karl que desde ese momento no podían permitirse ya ninguna parada, pues el camino era largo y partían mucho más tarde de lo que había sido su intención. En efecto, de vez en cuando ya se veían carruajes, como también, aunque muy aisladamente, alguna gente que se dirigía a su trabajo. Karl, con su observación, no había querido decir otra cosa que lo que realmente dijo, pero Brunelda, en su delicadeza de sentimientos, lo entendió de otra manera y se cubrió totalmente con su manta gris. Karl no objetó nada contra ello. Aquel carretón de mano, cubierto con una manta gris, resultaba por cierto muy llamativo; pero sin duda incomparablemente menos de lo que hubiera resultado con Brunelda descubierta.
Avanzaba Karl con sumo cuidado; antes de doblar por una esquina observaba la calle siguiente y, si eso le parecía necesario, hasta dejaba el carro y se adelantaba solo unos pasos y si preveía algún encuentro que podía ser desagradable se quedaba esperando hasta que fuera posible evitarlo y aun llegaba a elegir otro camino por una calle totalmente distinta. Ni aun así, puesto que había estudiado con

anticipación todos los caminos posibles, corría el riesgo de dar algún rodeo de importancia.
Ciertamente aparecieron obstáculos que, si bien habían sido de temer, no habían podido preverse en sus detalles. Por ejemplo, surgió de pronto –en una calle que ascendía levemente, fácil de abarcar con la mirada y que además, por suerte, se veía completamente desierta: una ventaja que Karl trataba de aprovechar apresurándose especialmente del rincón oscuro de una puerta principal un agente de policía que preguntó a Karl qué era lo que conducía en aquel carro tan cuidadosamente tapado. Pero por más severo que mirase a Karl, tuvo que sonreír, sin embargo, al levantar ligeramente la manta y reparar en la cara acalorada y temerosa de Brunelda.
–¿Cómo? –dijo–, yo pensé que llevabas ahí diez bolsas de papas, y resulta que es una sola mujer. ¿A dónde van? ¿Quiénes son ustedes?
Brunelda ni siquiera osó mirarle la cara al agente, sólo fijaba sus ojos, constantemente, en Karl expresando su duda manifiesta de que ni él siquiera pudiera salvarla. Sin embargo, Karl ya tenía bastante experiencia en el trato con los agentes de policía y a él no le pareció muy peligroso todo ese asunto.
–Bueno –dijo–, muestre usted, señorita, el documento que le han dado.
–¡Ah, claro! –dijo Brunelda y se puso a buscarlo de una manera tan desesperante que entonces sí ya debía de parecer realmente sospechosa.
–La señorita –dijo el agente con ironía indudable– no encontrará el documento.
–¡Oh, sí! –dijo Karl con calma–; lo tiene con toda seguridad; sólo que se le ha extraviado.
Comenzó a buscar ahora él mismo y lo extrajo efectivamente tras la espalda de Brunelda. El agente de policía tan sólo le echó una mirada fugaz.
–Aquí está, pues –dijo el agente sonriendo–, ¿de manera que esta clase de señorita es la señorita? ¿Y usted, chico, hace de intermediario y se encarga del transporte? ¿No sabe usted, realmente, buscarse una ocupación mejor?
Karl no hizo más que encogerse de hombros; ya aparecían una vez más las conocidas intromisiones de la policía.
–Bueno, feliz viaje –dijo el agente al no recibir respuesta. En las palabras de ese agente de policía había probablemente desprecio, y por eso Karl siguió sin saludar; era preferible el desprecio de la policía a su atención.
Poco después tuvieron un encuentro acaso más desagradable aún, pues

se le acercó un hombre que venía empujando un carretón cargado con grandes cántaros de leche y al que, por lo visto, le hubiera gustado muchísimo saber qué había bajo aquella manta gris en el carro de Karl. No era de suponer que llevara el mismo camino que Karl, mas no obstante se quedaba a su vera por sorprendentes que fueran las vueltas que Karl ejecutaba. Al principio se contentó con exclamaciones, como por ejemplo: «¡Qué carga pesada has de tener!», o bien: «¡Cargaste mal, allí arriba se va a caer algo!» Pero luego preguntó directamente:

–Pero, ¿qué llevas debajo de esa manta?

Karl dijo:

–¿Qué te importa? –pero ya que esto aumentó más aún la curiosidad del hombre, dijo Karl finalmente–: Son manzanas.

–¡Tantas manzanas! –dijo el hombre asombrado y no cesaba de repetir esa exclamación–. Pero si es toda una cosecha –dijo luego.

–Sí, pues –dijo Karl.

Pero ya fuera porque no le creyera a Karl, ya porque quisiera fastidiarlo, seguía andando junto a él y comenzaba –todo esto durante la marcha– a tender la mano hacia la manta, como en broma; finalmente se atrevió hasta a tirar de ella. ¡Cómo sufriría Brunelda! Por consideración a ella no deseaba Karl trabarse en riña con aquel hombre y se metió en el primer portón abierto, como si ésta fuera su meta.

–He llegado –dijo–; gracias por la compañía.

El hombre se detuvo asombrado ante el portón y siguió a Karl con la vista, pero éste, si era necesario, estaba dispuesto a atravesar tranquilamente todo el primer patio. El hombre ya no podía dudar, pero, a fin de satisfacer su malicia por última vez, dejó su carro, corrió de puntillas tras Karl y tiró de la manta tan fuertemente que poco faltó para que descubriera la cara de Brunelda.

–Para que tus manzanas tengan más aire –dijo mientras se volvía corriendo.

Karl aceptó también eso sin inmutarse, ya que lo libraba definitivamente del hombre. Condujo luego el carro a un rincón del patio, donde había unos grandes cajones vacíos, bajo cuya protección pensaba decirle a Brunelda unas palabras tranquilizadoras. Pero tuvo que quedarse hablándole largo rato, pues ella estaba completamente bañada en lágrimas y le suplicaba muy seriamente que permaneciesen todo el día allí; es decir, detrás de los cajones, y que prosiguiesen el viaje sólo cuando llegara la noche.

Quién sabe si hubiera podido persuadirla él solo de cuán equivocado era tal proceder; pero cuando allí, en el otro extremo del montón de cajones, alguien arrojó un cajón vacío al suelo, con tal estrépito que

resonó tremendamente en el patio desierto, se asustó ella tanto que, sin atreverse ya a pronunciar una sola palabra, se cubrió con la manta y se sintió probablemente dichosa porque Karl, en rápida decisión, había echado a andar en seguida.
Ya se iban animando las calles cada vez más; y, sin embargo, el carretón no llamaba la atención tanto como Karl temiera. Tal vez hubiera sido más prudente elegir otra hora para el transporte. Si un viaje semejante se hiciera necesario otra vez, Karl se atrevería a realizarlo al mediodía. Sin que lo molestaran gran cosa, dobló finalmente por la calle angosta, oscura, en la cual se encontraba la empresa número 25. El bizco administrador estaba de pie delante de la puerta con el reloj en la mano.
–¿Eres siempre tan poco puntual? –preguntó.
–Hubo diversos obstáculos –dijo Karl.
–Es sabido que siempre los hay –dijo el administrador–, pero en esta casa no valen. ¡Recuérdalo!
Karl apenas prestaba ya atención a tales discursos; todos aprovechaban su poder y escarnecían al humilde. Una vez que se había uno acostumbrado a ello, ya no sonaba sino como el tictac regular de los relojes. Lo que sí lo espantó al ir empujando el carro hacia el interior del zaguán fue la mugre que allí reinaba y que, por cierto, había esperado. Si bien se miraba, no era ésa una suciedad palpable que pudiera definirse. El piso embaldosado del zaguán estaba casi perfectamente barrido, la pintura de las paredes no era vieja, sólo un poco polvorientas las palmeras artificiales, y, sin embargo, todo allí resultaba grasiento y repelente; era como si de todas las cosas se hubiera hecho un mal uso y como si ya ninguna limpieza fuera capaz de remediarlo. Cuando Karl llegaba a alguna parte se complacía en reflexionar qué cosa se podía mejorar allí y cuánto placer experimentaría uno interviniendo inmediatamente sin considerar el trabajo –interminable quizá– que eso exigiría. Pero en el presente caso no sabía qué era lo que habría que hacer. Con lentitud retiró la manta de Brunelda.
–Bienvenida, señorita –dijo remilgadamente el administrador. No cabía duda de que Brunelda le había causado una buena impresión. En cuanto se dio cuenta de esa circunstancia, supo ella aprovecharla sin demora, cosa que Karl se complació en comprobar. Y toda la angustia de las últimas horas se desvaneció.

EL GRAN TEATRO INTEGRAL DE OKLAHOMA

En una esquina vio Karl un cartel con el siguiente texto:
«¡En el hipódromo de Clayton se contratará hoy, desde las seis de la mañana hasta la medianoche, personal para el Teatro de Oklahoma! ¡Os llama el gran Teatro de Oklahoma! ¡Y llama sólo hoy, sólo una vez! ¡El que ahora pierda la oportunidad, la perderá para siempre! ¡El que piensa en su futuro es de los nuestros! ¡Todos serán bienvenidos! ¡El que quiera hacerse artista, preséntese! ¡Éste es el Teatro que está en condiciones de emplear a cualquiera! ¡Cada cual tendrá su puesto! ¡Felicitamos anticipadamente a todo el que se decida! ¡Pero daos prisa a fin de que seáis atendidos antes de la medianoche! ¡A las doce cerramos todo y ya no volveremos a abrir! ¡Maldito sea el que no nos crea! ¡Adelante, a Clayton! »
Había bastante gente delante del cartel, pero el interés que provocaba no parecía grande. ¡Había tantos carteles!; ya nadie creía lo que los carteles decían. Y ése era aún más inverosímil que lo que suelen ser generalmente los carteles. Ante todo tenía un grave defecto: no se leía en él ni una sola palabra acerca de la paga. Por poco digna de mención que hubiese sido, el cartel se habría referido a ella sin duda; no habría olvidado el elemento más tentador. Nadie quería hacerse artista y, en cambio, todo el mundo deseaba que le pagasen por su trabajo.
No obstante, el cartel implicaba para Karl una gran tentación. «¡Todos serán bienvenidos!», decía. Todos, de manera que también Karl. Sería olvidado todo lo que hasta aquel momento había hecho, nadie pensaría en reprochárselo. Allí podía él presentarse y solicitar un trabajo que no era ninguna vergüenza, sino al contrario, ya que era uno invitado públicamente a hacerse cargo de él. Y además, de la misma manera, es decir, públicamente, allí se hacía la promesa de que también a él se le acogería. Él no pedía nada mejor; estaba deseoso de encontrar por fin el comienzo de una carrera decente y allí quizá se le ofrecía. Aunque fuese falso todo lo grandilocuente que había en aquel cartel, aunque el gran Teatro de Oklahoma no fuese más que un pequeño circo ambulante, el caso era que estaba dispuesto a tomar gente, y eso bastaba.
Karl no perdió tiempo en leer el cartel dos veces; sólo buscó una vez más esa frase: «¡Todos serán bienvenidos!» Pensó primeramente ir hasta Clayton a pie, pero esto le habría llevado tres horas de marcha esforzada y luego, posiblemente, habría llegado justo a tiempo para enterarse de que ya habían sido ocupadas todas las vacantes. De acuerdo con el cartel, el número de los que serían admitidos era ciertamente ilimitado, pero de esta suerte redactábanse siempre todas las ofertas similares de empleos. Karl se dio cuenta de que debía renunciar al puesto o tomar un vehículo. Volvió a contar su dinero: sin

ese viaje, le habría alcanzado para ocho días; sobre la palma extendida movía las moneditas de un lado para otro.
Un señor que lo observaba le dio unas palmaditas en el hombro, diciendo:
–Feliz viaje a Clayton.
Karl meneó la cabeza sin decir nada y siguió calculando. Mas se decidió pronto, apartó el dinero necesario para el viaje y fue corriendo a la estación del tren subterráneo.
Cuando descendió en Clayton, oyó al pronto el sonido de muchas trompetas. Era un sonido confuso, las trompetas no estaban afinadas una con otra y se las tocaba inconsideradamente. Este hecho no molestó a Karl, antes bien le confirmaba que el Teatro de Oklahoma era realmente una gran empresa. Pero cuando salió de la estación y vio ante sus ojos toda la planta instalada se dio cuenta de que todo aquello era más grande aún que lo que de cualquier manera hubiese podido pensar, y no comprendía cómo podía hacer tales inversiones una empresa con el solo fin de conseguir personal.
Delante de la entrada del hipódromo hablase construido una tarima, alargada y baja, sobre la cual centenares de mujeres –vestidas de ángeles, con telas blancas y grandes alas a la espalda– tocaban largas y refulgentes trompetas doradas. Mas no estaban ellas precisamente sobre la tarima, sino que cada una ocupaba un pedestal que empero no era visible, ya que las largas telas flameantes de la vestimenta angélica lo recubrían por completo. Ahora bien, como los pedestales eran muy altos, tenían quizá hasta dos metros de altura, las figuras de las mujeres parecían gigantescas y sólo sus pequeñas cabezas disminuían un tanto aquella impresión de grandeza. También sus cabelleras sueltas colgaban a los costados demasiado cortas, casi ridículas, entre las grandes alas. A fin de que no se produjera monotonía alguna habían utilizado pedestales de los más diversos tamaños; había, pues, mujeres bajísimas y otras no mucho más altas que de tamaño natural, pero junto a ellas elevábanse otras mujeres a tales alturas que uno creía que peligraban con la menor ráfaga. Y bien: todas aquellas mujeres estaban tocando.
No había muchos oyentes. Pequeños en comparación con las grandes figuras, paseábanse ante la tarima unos diez muchachos que elevaban las miradas hacia las mujeres. Mostrábanse unos a otros, a ésta o a aquélla, pero no parecían tener la intención de entrar para emplearse. Había un solo hombre de más edad y éste permanecía un tanto apartado. Sin pérdida de tiempo había traído a su mujer también y a un niño en su cochecito. La mujer sujetaba con una mano el coche, con la otra apoyábase en el hombro de su marido. Admiraban por cierto el

espectáculo; pero se notaba su decepción. Ellos también, sin duda, habían esperado encontrar una ocasión de trabajar, y aquel concierto de trompetas los turbaba. Karl, a su vez, se hallaba en idéntica situación. Se acercó al hombre, se quedó un rato escuchando las trompetas y dijo luego:

–¿Es aquí, según creo, donde se realiza la admisión para el Teatro de. Oklahoma?

–Yo también lo creía –dijo el hombre–; pero hace ya una hora que estamos esperando aquí y no oímos otra cosa que esas trompetas. En ninguna parte puede descubrirse un cartel, no hay ningún pregonero, no hay nadie en ninguna parte que pueda dar alguna información.

Karl dijo:

–Tal vez estén esperando hasta que se reúna más gente. Realmente hay muy poca hasta ahora.

–Es posible –dijo el hombre; y se quedaron de nuevo en silencio.

Era difícil, por otra parte, percibir las palabras a través del estruendo de las trompetas. Luego, no obstante, la mujer le susurró algo a su marido, éste asintió y ella se dirigió inmediatamente a Karl preguntando:

–¿No podría usted llegar hasta el hipódromo y averiguar dónde se realiza la admisión?

–Sí –dijo Karl–; pero tendría que atravesar la tribuna por entre los ángeles.

–¿Y es tan difícil eso? –preguntó la mujer.

Le parecía que la empresa era fácil para Karl; pero era el caso que no quería enviar a su marido.

–Y bien –dijo Karl–; iré.

–Es usted muy amable –dijo la mujer; y tanto ella como su marido le estrecharon la mano.

Todos los muchachos se apiñaron para ver de cerca subir a Karl a la tarima. Era como si las mujeres soplaran con más fuerza para saludar al primer postulante de las vacantes. Y aquellas ante cuyo pedestal pasaba Karl en ese preciso momento, hasta se quitaron la trompeta de la boca y se inclinaron hacia un lado para seguirlo con la mirada mientras avanzaba. Karl vio en el otro extremo de la tarima a un hombre que se paseaba inquieto y que por lo visto sólo esperaba a la gente para dar a todo el mundo toda la información que se pudiera desear. Karl ya estaba para acercarse a él e interrogarlo cuando por encima de su cabeza oyó gritar su nombre.

–Karl –llamó el ángel.

Karl levantó la vista y su alegre sorpresa lo hizo reír. Era Fanny.

–¡Fanny! –exclamó saludando hacia arriba con la mano. –Pero, ven,

pues, aquí –exclamó Fanny–. ¡No irás a pasar de largo estando yo aquí! –Y abrió las telas de manera que quedaron libres el pedestal y una angosta escalera.
–¿Está permitido subir? –preguntó Karl.
–¿Quién podría prohibirnos que nos estrechemos la mano? –exclamó Fanny y miró furiosa en su derredor como si ya se acercara alguno por esa prohibición.
Karl subía ya presuroso la escalera.
–¡Más despacio! –exclamó Fanny–. ¡Nos caeremos los dos, junto con el pedestal!
Pero nada de eso sucedió; Karl llegó afortunadamente hasta el último escalón.
–Mira –dijo Fanny una vez que se hubieron saludado–; mira qué bello trabajo he conseguido.
–Bello, muy bello –dijo Karl y miró en derredor. Todas las mujeres que estaban cerca ya habían advertido la presencia de Karl y reprimían apenas la risa–. Eres casi la más alta –dijo extendiendo la mano para estimar la altura de las demás.
–Te vi inmediatamente –dijo Fanny–; en cuanto saliste de la estación, pero por desgracia estoy aquí en la última fila; a mí no se me ve y yo, por mi parte, no podía llamar. Ciertamente me esforcé por tocar muy alto, para que me reconocieras; pero tú no lo notaste.
–Pero si todas vosotras tocáis mal –dijo Karl–; déjame que toque yo una vez.
–Toma –dijo Fanny dándole la trompeta–; pero no estropees el caro; podrían despedirme.
Karl comenzó a tocar; la trompeta le había parecido burdamente fabricada, destinada tan sólo a producir ruido, pero ahora quedaba de manifiesto que se trataba en verdad de un instrumento capaz de ejecutar casi los menores matices. Si todos los instrumentos eran de idéntica calidad, se hacía un gran abuso de ellos. Sin dejarse molestar por el ruido de las demás, tocó Karl con todas sus fuerzas una canción que alguna vez había escuchado en alguna taberna. Estaba contento de haber encontrado a una vieja amiga y de poder tocar allí la trompeta, preferido entre todos, y de tener, además, la perspectiva de obtener pronto, posiblemente, un buen empleo.
Muchas de las mujeres cesaron de tocar y se pusieron a escuchar cuando, de pronto, Karl se interrumpió; quedaba en actividad apenas la mitad de las trompetas y sólo poco a poco fue restableciéndose el alboroto completo.
–Pero si eres un artista –dijo Fanny al tenderle Karl la trompeta para devolvérsela–; procura que te empleen de trompetero.

–¿Acaso emplean también a hombres? –preguntó Karl.
–Sí –dijo Fanny–; nosotras tocamos durante dos horas. Luego nos relevan los hombres, vestidos de diablos. Una mitad toca las trompetas; la otra, los tambores. Es un bonito espectáculo; como que, en general, todo el equipo es muy costoso. ¿No es muy bonito también nuestro vestido? ¿Y las alas? –se recorrió con la mirada de arriba abajo.
–¿Crees –preguntó Karl– que yo también obtendré un puesto todavía?
–Con toda seguridad –dijo Fanny–; es el teatro más grande del mundo. Cuánto me alegra que estemos nuevamente juntos. Claro que ahora depende de la clase de empleo que te den. Pues también sería posible que, aunque los dos estuviéramos empleados, no nos viésemos, sin embargo, nunca.
–¿Pero es en realidad tan grande todo esto? –preguntó Karl.
–Es el teatro más grande del mundo –dijo Fanny otra vez–; yo misma, por cierto, no lo he visto todavía, pero muchas de mis compañeras que ya han estado en Oklahoma dicen que casi no tiene límites.
–Pero viene a presentarse muy poca gente –dijo Karl señalando a los muchachos que permanecían allá abajo y a la pequeña familia.
–Es cierto –dijo Fanny–, pero piensa que tomamos gente en todas las ciudades; que nuestro personal de la sección de propaganda está viajando continuamente y que, como ésta, hay muchas secciones más.
–Pero, ¿no está inaugurado ese teatro todavía? –preguntó Karl.
–¡Oh, sí! –dijo Fanny–; es un teatro antiguo, pero lo amplían constantemente.
–Me extraña –dijo Karl– que no acuda más gente a disputarse esos puestos.
–Sí –dijo Fanny–, es raro.
–Quién sabe –dijo Karl– si esta movilización de ángeles y diablos no ahuyenta en lugar de atraer.
–Hay que ver cómo descubres las cosas –dijo Fanny–. Es posible que así sea. Díselo a nuestro adalid; quizás así puedas serle útil.
–¿Dónde está? –preguntó Karl
–En el hipódromo –dijo Fanny–. En el palco del jurado.
–También esto me extraña –dijo Karl–; ¿por qué se realiza esta admisión en el hipódromo?
–Sí –dijo Fanny–, hacemos en todas partes los mayores preparativos para el mayor gentío. Es que en el hipódromo hay mucho sitio. Y en todos los quioscos, donde suelen registrarse las apuestas, se han instalado las oficinas de admisión. Dicen que hay doscientas oficinas diferentes.
–Pero –exclamó Karl–, ¿tiene el Teatro de Oklahoma ingresos tan grandes como para sostener semejantes secciones de propaganda?

–¿Y eso qué nos importa a nosotros? –dijo Fanny–; pero ahora vete, Karl, para que no pierdas nada. Yo, por otra parte, debo volver a tocar. Intenta en todo caso obtener un empleo en esta sección y ven en seguida a comunicármelo. Piensa que quedaré muy intranquila esperando esa noticia.
Le estrechó la mano, lo exhortó a que tuviera cuidado al descender y acercó de nuevo la trompeta a sus labios, pero no comenzó a tocar hasta que Karl hubo llegado al suelo, sano y salvo. Éste volvió a poner las telas sobre la escalera, tal como estaban antes; Fanny se lo agradeció inclinando la cabeza, y Karl, recapacitando en diversas formas sobre lo que acababa de oír, se encaminó hacia el hombre que habiendo visto a Karl arriba, junto a Fanny, ya se había aproximado al pedestal para esperarlo.
–¿Desea usted ingresar en nuestra empresa? –preguntó el hombre–; yo soy el jefe de personal de esta sección. Sea usted bienvenido.
Permanecía constantemente un poco inclinado hacia adelante, como por cortesía, y aunque no se moviera de su sitio, bailoteaba y jugaba con la cadena de su reloj.
–Gracias –dijo Karl–; he leído el cartel de su compañía y he venido a presentarme, tal como allí se pide.
–Muy bien hecho –dijo el hombre en tono aprobatorio–; por desgracia aquí no todo el mundo procede tan bien.
Karl pensó que en aquel momento podría advertir a ese hombre del hecho de que quizá fracasaran los medios de atracción de la sección de propaganda, precisamente debido a su grandiosidad. Pero no se lo dijo, pues aquel hombre no era en modo alguno el adalid de la sección, y además habría sido poco recomendable que él, que ni siquiera estaba admitido todavía, hiciese ya proposiciones de mejoramiento. Por eso tan sólo dijo:
–Allá afuera espera otro que también quiere presentarse; me ha mandado a mí primero. ¿Puedo ir a buscarlo ahora?
–Naturalmente –respondió el hombre–; cuantos más vengan, mejor será.
–Ha traído también a su mujer y, en su cochecito, a un niño; ¿les digo que vengan ellos también?
–Naturalmente –dijo el hombre; al parecer las dudas de Karl lo hacían sonreír–. Podemos emplear a todos, a quien sea.
–En seguida estaré de vuelta –dijo Karl y regresó corriendo hasta el borde de la tarima. Le hizo señas al matrimonio y pronunció unas palabras diciendo que podían acercarse todos. Ayudó a levantar el cochecito hasta la tarima y marcharon todos juntos.
Los muchachos, viendo aquello, se consultaron todos mutuamente, y

luego, vacilantes hasta en el último momento, y con las manos en los bolsillos, subieron con lentitud a la tarima y siguieron finalmente a Karl y a la familia. En ese momento salían de la estación del tren subterráneo nuevos pasajeros que, viendo la tribuna con los ángeles, alzaban con asombro los brazos. De todas maneras, parecía que el concurso de vacantes cobraría ya, con todo, mayor movimiento.

Karl estaba muy contento de haber llegado tan temprano, pues era acaso el primero; el matrimonio se mostraba temeroso y formulaba diversas preguntas sobre si serían grandes las exigencias. Karl dijo que no sabía nada cierto todavía, pero que realmente había tenido la impresión de que tomaban a todos sin excepción. Según su parecer podían estar bien tranquilos. Ya el jefe de personal acudía a su encuentro; se mostraba muy contento de que fueran tantos; se frotaba las manos, saludaba a cada uno con una leve reverencia y apostaba a todos en una fila. Karl fue el primero, luego llegó el matrimonio, y sólo después los demás.

Cuando todos se hubieron situado –los muchachos al comienzo se agolpaban confusamente y transcurrió un rato hasta que se aquietaron– dijo el jefe de personal en tanto que las trompetas enmudecían:

–Saludo a ustedes en nombre del Teatro de Oklahoma. Llegaron ustedes temprano –sin embargo, ya se aproximaba el mediodía–; el hacinamiento no es grande todavía, por lo tanto las formalidades de su ingreso quedarán pronto arregladas. Todos ustedes traen, naturalmente, sus documentos de identidad.

Los muchachos sacaron acto seguido toda clase de papeles, agitándolos hacia el jefe de personal; el marido empujó a su mujer y ésta extrajo de debajo del colchón del cochecito todo un fajo de papeles. Karl, por cierto, no tenía ninguno. ¿Sería esto un obstáculo para su admisión? De todas maneras sabía Karl por experiencia propia que tales prescripciones podían eludirse fácilmente si uno se mostraba un poco resuelto. Esto no era nada improbable. El jefe de personal revisó la fila, se cercioró de que todos tenían documentos y como también Karl alzó la mano, vacía por cierto, supuso que también en su caso todo estaba en orden.

–Está bien –dijo luego el jefe de personal rechazando con un gesto a los muchachos que pretendían que sus documentos fuesen examinados inmediatamente–; los documentos serán revisados ahora en las oficinas de admisión. Tal como ustedes habrán visto ya en nuestro cartel, podemos emplear a todo el mundo. Pero naturalmente es necesario que sepamos qué oficio ejercía cada uno hasta ahora para que podamos emplearlo en el sitio debido, donde pueda aprovechar sus conocimientos.

«Pero si es un teatro», pensó Karl dudando; y escuchó con muchísima atención.
–Por tanto –continuó el jefe de personal–, hemos instalado en las casillas de los recaudadores de apuestas oficinas de admisión, una oficina para cada grupo profesional. De manera que cada uno de ustedes tendrá que indicarme ahora su profesión; la familia pertenece, por lo general, a la oficina de admisión del hombre. Los conduciré luego a las oficinas, donde serán examinados primero sus documentos y sus conocimientos después; será un examen muy breve a cargo de peritos; nadie tiene por qué temer nada. Y allí mismo serán ustedes aceptados en el momento y recibirán las instrucciones del caso. Empecemos, pues. Esta primera oficina, como ya lo dice el letrero, se destina a los ingenieros. ¿Hay por ventura algún ingeniero entre ustedes?
Karl se presentó. Él creía que precisamente por no tener documentos debía esforzarse por salvar lo más pronto posible y precipitadamente todas las formalidades; además, tenía un pequeño derecho a presentarse puesto que él había querido llegar a ser ingeniero. Pero viendo los muchachos que se adelantaba Karl, sintieron envidia y se presentaron todos ellos también; todos se presentaron: todos. El jefe de personal se irguió y dijo a los muchachos:
–¿Son ingenieros ustedes?
Y entonces todos ellos bajaron lentamente las manos; Karl en cambio persistió en su primera actitud. El jefe de personal lo miró incrédulo por cierto, pues Karl le parecía demasiado miserablemente vestido y también demasiado joven para ser ingeniero; sin embargo, no dijo nada, quizá por gratitud, porque Karl, al menos en su opinión, le había traído a los aspirantes. Se limitó a señalar la oficina con un gesto de invitación y hacia allí se encaminó Karl, mientras el jefe de personal se dirigía a los otros.
En la oficina para ingenieros había dos señores sentados a ambos lados de un pupitre rectangular, los cuales cotejaban dos grandes listas que tenían delante. Uno de ellos leía en voz alta, el otro marcaba en su lista los nombres leídos. Cuando Karl, saludando, apareció ante ellos, dejaron inmediatamente las listas a un lado y sacaron otros libros grandes, que abrieron en seguida.
Uno de ellos, por lo visto nada más que un escribiente, dijo:
–Deme usted, por favor, sus documentos de identidad.
–Lamento no tenerlos conmigo –dijo Karl.
–No los tiene aquí –dijo el escribiente dirigiéndose al otro señor y registrando acto seguido la respuesta en su libro.
–¿Es usted ingeniero? –preguntó luego el otro que parecía ser el jefe de la oficina.

–No lo soy todavía –dijo Karl rápidamente–; pero...
–Basta –dijo el señor mucho más rápidamente todavía–; entonces ésta no es su oficina. Le ruego que observe el letrero.
Karl apretó los dientes; el señor debió haberlo notado, pues dijo:
–No hay motivo para inquietarse. Podemos tomar a todo el mundo. –Y le hizo una seña a uno de los ordenanzas que, ociosos, se paseaban entre las barreras–. Conduzca usted a este señor a la Oficina para Personal con Conocimientos Técnicos.
El ordenanza comprendió la orden al pie de la letra y cogió a Karl de la mano. Pasaron entre muchas casillas, en una de las cuales vio Karl a uno de los muchachos que había sido admitido ya y que estrechaba, agradecido, la mano a los señores que allí estaban.
En la oficina a la cual Karl fue llevado después, el procedimiento se desarrolló de una manera parecida a la de la primera oficina, tal como Karl lo había previsto. Sólo que de allí, cuando se enteraron de que había cursado los estudios del ciclo medio, lo mandaron a la Oficina para Alumnos de Colegios de Ciclo Medio. Pero al decir Karl que él había frecuentado un colegio del ciclo medio europeo, se declararon incompetentes también allí y lo hicieron conducir a la Oficina para Estudiantes del Ciclo Medio Europeo. Era una casilla situada en la punta más extrema: no sólo más chica sino hasta más baja que todas las demás. El ordenanza que lo llevó hasta allí estaba furioso por aquella prolongada conducción y por los muchos rechazos, de los cuales, en su opinión, Karl exclusivamente tenía la culpa. Ya ni se quedó esperando las preguntas; se marchó en seguida y presuroso.
Esta oficina era, sin duda, por otra parte, el último refugio. Al reparar Karl en el jefe de la oficina casi se asustó por el parecido que éste mostraba con un profesor que probablemente seguía aún dictando su cátedra como antes en la Realschule de la ciudad natal. Ciertamente tal parecido estribaba tan sólo en pormenores, cosa que quedó manifiesta al instante; pero aquellas gafas que reposaban sobre la ancha nariz, aquella barba cerrada rubia, cuidada como un ejemplar de museo, la espalda levemente encorvada y la fuerte voz que prorrumpía inesperadamente cada vez, mantuvieron todavía durante un buen rato el asombro de Karl. Felizmente no fue necesario siquiera que se prestase allí mucha atención, pues las cosas se desarrollaron de un modo más sencillo que en las demás oficinas. Claro que también allí se registró que carecía de documentos de identidad y el jefe de la oficina dijo que era una negligencia inconcebible, pero el escribiente, que parecía ser el que allí mandaba, pasó por alto el hecho y declaró, después de algunas breves preguntas del jefe, y cuando éste precisamente se disponía a formular alguna de mayor importancia, que

Karl estaba admitido. El jefe se volvió boquiabierto hacia el escribiente, pero éste, con un ademán definitivo, dijo:
–Admitido –y anotó además inmediatamente esa decisión en el libro.
Por lo visto el escribiente opinaba que el hecho de ser estudiante del ciclo medio europeo era de suyo tan denigrante, que se le podía creer sin más a cualquiera que afirmara tal cosa de sí mismo. Karl, por su parte, no tenía nada que objetar; se le acercó y quiso expresarle su agradecimiento. Pero una leve demora se produjo todavía cuando le preguntaron por su nombre. No respondió en seguida; tenía cierto temor de decir su verdadero nombre, de permitir que lo anotasen. Una vez que obtuviera allí aunque fuese el menor de los puestos y cumpliera con él a satisfacción podían enterarse de su nombre, mas no antes; demasiado tiempo lo había callado para revelarlo de pronto en aquel momento. Dijo por lo tanto, ya que al instante no se le ocurría ningún otro nombre, el apodo de sus últimos empleos:
–Negro.
–¿Negro? –preguntó el jefe y volvió la cabeza haciendo una mueca, como si ahora hubiera alcanzado Karl el colmo de la inverosimilitud.
También el escribiente miró a Karl durante un rato, como examinándolo, pero luego repitió: –Negro –y registró el nombre.
–¡Pero no habrá anotado Negro! –lo increpó el jefe.
–Sí, Negro –dijo el escribiente con calma e hizo un gesto con la mano, como queriendo decir que ahora le tocaba al jefe disponer lo demás.
Y en efecto, el jefe se dominó y poniéndose de pie dijo: –Pues entonces el Teatro de Oklahoma le...
No pudo decir nada más; no podía con su conciencia; se sentó y dijo:
–No se llama Negro.
El escribiente enarcó las cejas, se levantó luego él mismo y dijo:
–Entonces le comunico yo que está usted admitido en el Teatro de Oklahoma y que ahora le presentarán a nuestro adalid.
De nuevo fue llamado un ordenanza, el cual condujo a Karl al palco del jurado.
Al pie de la escalera vio Karl el cochecito; precisamente venía bajando el matrimonio; la mujer llevaba al niño en brazos.
–¿Está usted admitido? –preguntó el hombre, ya mucho más vivaz que antes; y también la mujer, riendo, lo miró por encima del hombro del marido.
Al responder Karl que acababan de admitirlo y que ahora iba a ser presentado, dijo el hombre:
–Le felicito. También a nosotros nos admitieron. Parece ser una buena empresa; claro que uno no puede estar en todo, pero esto ocurre en todas partes.

Se dijeron «hasta luego», y Karl subió al palco. Subió lentamente, pues el pequeño espacio parecía atestado de gente y él no deseaba entrometerse a la fuerza. Hasta se detuvo un rato y abarcó de una mirada la gran pista del hipódromo que lindaba por doquiera con lejanos bosques. Sintió de pronto ganas de presenciar alguna vez una carrera de caballos; en América aún no había tenido oportunidad para ello. En Europa lo habían llevado una vez a una carrera, cuando era un niño pequeño; pero él no podía recordar sino el hecho de haber sido arrastrado por la madre entre mucha gente que se negaba a dejar libre el paso. Por lo tanto, en verdad aún no había visto nunca una carrera. A sus espaldas comenzó a traquetear una maquinaria; Karl se volvió y observó que en el indicador donde en los días de carreras se publican los nombres de los vencedores, alzaban ahora la inscripción siguiente: «Comerciante Kalla, con señora e hijo». De manera que así comunicaban a las oficinas los nombres de los admitidos.
Precisamente algunos señores venían bajando presurosos la escalera, en viva conversación, con lápices y hojas de apuntes en las manos; Karl se estrechó contra la balaustrada para dejarlos pasar y, ya que se había despejado el sitio de allá arriba, subió. En un rincón de la plataforma provista de barandas de madera –tenía todo esto el aspecto de un techo plano de una angosta torre– estaba sentado, con los brazos extendidos a lo largo de la baranda de madera, un señor que llevaba, atravesada sobre el pecho, una ancha cinta de seda blanca, con la inscripción: «Adalid de la Décima Sección de Propaganda del Teatro de Oklahoma». A su lado había, sobre una mesita, un teléfono que se utilizaba seguramente también durante las carreras y mediante el cual el adalid se enteraba, sin duda, de todos los datos necesarios referentes a cada uno de los aspirantes, aún antes de la presentación, ya que por lo pronto no le hizo ninguna clase de pregunta a Karl sino que dijo, dirigiéndose a un señor apoyado junto a él, con las piernas cruzadas y la mano en el mentón:
–Negro, estudiante del Ciclo Medio Europeo.
Y como si con ello Karl, quien hizo una profunda reverencia, estuviera despachado por su parte, dirigió la mirada escaleras abajo para ver si llegaba alguien más. Puesto que no llegaba nadie, prestó atención de vez en cuando al diálogo que el otro señor entabló con Karl, pero la mayor parte del tiempo deslizaba su mirada sobre la pista del hipódromo y se quedaba golpeteando con los dedos sobre la baranda. Aquellos dedos delicados y no obstante vigorosos, largos y veloces en el movimiento, atraían de tiempo en tiempo la atención de Karl, a pesar de que el otro señor lo absorbía bastante.
–¿Estuvo usted sin ocupación? –preguntó por lo pronto aquel señor.

Esta pregunta, y asimismo casi todas las demás que hacía eran muy sencillas, absolutamente nada capciosas; y las respuestas, por otra parte, eran examinadas a la luz de otras preguntas intermedias; sin embargo, el señor sabía darles una importancia especial por esa manera de pronunciarlas con los ojos bien abiertos, de observar su efecto inclinando el busto, de recibir las respuestas agachando la cabeza sobre el pecho y de repetirlas en voz alta de cuando en cuando, importancia que por cierto no se entendía, pero cuya sospecha ya lo tornaba a uno cauteloso y cohibido. Sucedió a menudo que Karl sintiera el impulso de revocar la respuesta dada, reemplazándola por otra que acaso encontraría mayor aprobación, pero con todo se dominó y se abstuvo de hacerlo, pues sabía bien cuán mala sería la impresión que semejante titubeo había de causar y cuán incalculable era además, casi siempre, el efecto de las respuestas. Mas, por otra parte, su admisión parecía ya cosa decidida, y el saberlo le procuraba cierto apoyo.

A la pregunta de si había estado sin ocupación, contestó con un simple:

–Sí.

–¿Dónde estuvo usted empleado la última vez? –preguntó luego el señor. Ya se disponía Karl a responder, pero entonces el señor levantó el índice y dijo una vez más–: ¡la última vez!

Karl ya había comprendido perfectamente la primera pregunta; sin querer movió la cabeza como para librarse de esta última observación que venía a confundirlo y contestó:

–En una oficina.

Esto todavía era verdad; pero si el señor llegara a exigir una información más concreta acerca de qué clase de oficina era ésa, entonces ya tendría que mentir. El señor, sin embargo, no lo hizo; formuló, al contrario, una pregunta sumamente, fácil de contestar con toda veracidad:

–¿Estaba usted contento allí?

–¡No! –exclamó Karl cortándole casi la palabra.

Con una mirada de soslayo notó Karl que el adalid sonreía ligeramente; Karl se arrepintió de lo irreflexivo de su última respuesta; pero había sido en exceso tentador gritar ese no, pues durante toda la época de su último empleo sólo había abrigado ese deseo tan grande de que algún patrono extraño entrara alguna vez y le dirigiese esa pregunta precisamente.

Su respuesta bien podría acarrear otra desventaja más, porque el señor podía preguntar ahora por qué no había estado contento. Sin embargo, en lugar de reparar en eso, preguntó:

–¿Para qué puesto se siente usted apto?

Esta pregunta quizá implicaría realmente una trampa, pues, ¿con qué

fin la formulaban habiendo sido Karl ya admitido como actor? Mas a pesar de reconocer eso, no pudo, sin embargo, superar sus escrúpulos declarando que se sentía especialmente apto para la profesión de actor. Por lo tanto eludió la pregunta y, corriendo el riesgo de parecer testarudo, dijo:
–Leí el cartel en la ciudad y, como en él decía que se podía tomar a cualquiera, me presenté.
–Esto ya lo sabemos –dijo el señor; luego se quedó callado demostrando así que insistía en su pregunta anterior.
–Me han admitido como actor –dijo Karl vacilando, para que el señor comprendiera el aprieto en que esta última pregunta lo había puesto.
–Es cierto –dijo el señor enmudeciendo de nuevo.
–No –dijo Karl y toda la esperanza de haber conseguido un puesto comenzaba a tambalearse–; yo no sé si voy a servir para trabajar en el teatro; pero he de esforzarme y trataré de cumplir todas las órdenes.
El señor se volvió hacia el adalid, ambos asintieron con la cabeza: Karl parecía haber contestado como era debido; recobró, pues, ánimo y esperó erguido la pregunta siguiente. Ésta rezaba:
–¿Y qué quiso usted estudiar primeramente?
A fin de formular la pregunta con mayor exactitud –el señor ponía siempre mucho empeño en enunciar definiciones exactas– añadió:
–Quiero decir, en Europa.
Al mismo tiempo se quitó la mano del mentón con un ligero gesto que a la vez quería indicar qué lejos estaba Europa y cuán carentes de importancia los proyectos otrora allí concebidos.
Karl dijo:
–Mi deseo fue llegar a ser ingeniero.
Ciertamente esta contestación le resultaba enojosa; era ridículo refrescar allí aquel viejo recuerdo de que una vez había querido hacerse ingeniero, refrescarlo con la conciencia clara de toda su carrera anterior en América y, además, ¿acaso hubiera llegado a serlo alguna vez, aun en Europa? Pero en aquel momento no se le ocurría ninguna otra respuesta, de manera que dio aquélla.
Y el señor lo tomó en serio, tal como tomaba todas las cosas.
–Bueno –dijo–; no podrá usted llegar a ser ingeniero en seguida; pero tal vez le guste, por el momento, ejecutar cualesquiera trabajos técnicos inferiores.
–Ciertamente –dijo Karl.
Estaba muy contento; era verdad que si aceptaba el ofrecimiento se le trasladaba del gremio de los actores y se le colocaba entre los obreros técnicos, pero él creía que efectivamente se desempeñaría mejor en esa clase de trabajos. Por lo demás, y se repetía esto constantemente,

en su caso no se trataba tanto de la clase de trabajo que le dieran, sino de fijarse en general en alguna parte y en forma permanente.
–¿Y es usted bastante fuerte para trabajos más bien pesados? –preguntó el señor.
–¡Oh, sí!, –dijo Karl.
En respuesta, el señor invitó a Karl a que se le aproximara más y palpó su brazo.
–Es un chico fuerte –dijo luego llevando del brazo a Karl junto al adalid. Éste asintió sonriendo, tendió a Karl la mano, sin que por otra parte alterara su descansada postura, y dijo:
–Entonces, hemos terminado. En Oklahoma todo esto será examinado una vez más. ¡Honre usted a nuestra sección de propaganda!
Karl hizo una reverencia en señal de despedida; quiso despedirse luego también del otro señor, pero éste ya estaba paseándose sobre la plataforma, con la cara dirigida hacia lo alto, como si sus tareas hubiesen concluido por completo.
Mientras Karl bajaba alzaron al lado de la escalera, sobre el tablero indicador, esta inscripción: «Negro, trabajador técnico».
Ya que en todo se procedía allí debidamente, ni siquiera hubiera Karl lamentado que en el tablero se pudiese leer su verdadero nombre. Todo esto funcionaba realmente con un cuidado sumo, pues al pie de la escalera ya esperaba a Karl un ordenanza, el cual le fijó en el brazo una banda. Al levantar Karl luego el brazo para ver qué decía la inscripción de la banda, halló impresas, precisamente, las palabras: «Trabajador técnico».
Antes de ser conducido a cualquier parte deseaba Karl poder comunicarle a Fanny con cuánta suerte se había desarrollado todo. Pero, para su pesar, el ordenanza lo enteró de que tanto los ángeles como los diablos habían partido ya para su próximo destino, a fin de anunciar allí la llegada de la sección de propaganda, que tendría lugar el día siguiente:
–¡Qué lástima! –dijo Karl; era la primera decepción que experimentaba en esa empresa–. Yo tenía una conocida entre los ángeles.
–Volverá usted a verla en Oklahoma –dijo el ordenanza–; y ahora venga, es usted el último.
Condujo a Karl a lo largo de la parte trasera de la tarima, antes ocupada por los ángeles; ahora se veían allí tan sólo los vacíos pedestales. Pero la suposición de Karl de que sin la música de los ángeles acudiría mayor cantidad de pretendientes resultó inexacta, pues ante la primera tarima ya no se veía ahora a ninguna persona adulta; sólo había allí unos cuantos chicos que luchaban disputándose una larga pluma blanca que probablemente se había desprendido de

alguna ala de ángel. Un muchacho la sostenía en alto mientras que los otros chicos trataban de bajarle la cabeza con una de sus manos y son la otra intentaban atrapar la pluma.

Karl señaló a los chicos; pero el ordenanza, sin mirarlos, dijo:

–Venga usted más ligero; han tardado muchísimo en admitirlo, ¿tenían dudas?

–No lo sé –dijo Karl, asombrado, pero no creía tal cosa.

Siempre, aun cuando las circunstancias se presentaran clarísimas, se hallaba con todo alguien deseoso de causar preocupaciones a sus prójimos. Pero ante el aspecto afable que ofrecía la gran tribuna de espectadores, a la cual ya habían llegado, olvidó Karl bien pronto la observación del ordenanza. En dicha tribuna había un banco largo y grande, cubierto de blanco mantel; todos los admitidos estaban allí sentados de espaldas a la pista, sobre el banco inmediatamente inferior, y eran convidados. La alegría y la excitación eran generales y, en el preciso momento en que Karl se sentó inadvertidamente en el banco, incorporáronse muchos con las copas en alto y uno de ellos pronunció un brindis en homenaje al adalid de la décima sección de propaganda, a quien llamó «padre de los que buscan empleo».

Alguien hizo notar que también desde allí se le podía ver y en efecto, el palco del jurado donde estaban los dos señores era visible desde el lugar en que se encontraban. Todos agitaron sus copas en aquella dirección, también Karl cogió el vaso que tenía delante, pero por más que se gritara y se intentara llamar la atención, en el palco del jurado nada indicaba que hubieran advertido la ovación o que siquiera desearan advertirla. El adalid permanecía recostado, como antes, en el rincón y el otro señor seguía a su lado con la mano en el mentón.

Un tanto desilusionados sentáronse todos; alguno se volvía todavía de vez en cuando hacia el palco del jurado, pero se servían, haciéndolas circular, magníficas aves con muchos tenedores clavados en la carne sabrosamente asada. Karl nunca las había visto de tan excelente calidad; los sirvientes no se cansaban de escanciar el vino –apenas se lo notaba, ya estaba uno de ellos inclinado sobre el plato y de pronto caía a la copa el chorro del rojo vino–, y quien no deseaba tomar parte en la conversación general, podía mirar estampas con vistas del Teatro de Oklahoma, apiladas en uno de los extremos de la mesa, para ser pasadas de mano en mano. Pero nadie se interesaba mucho por las estampas y así sucedió que al sitio de Karl, que era el último, llegara una sola de esas vistas. Por lo que se podía deducir de ese cuadro debían de ser muy dignas de verse todas, sin embargo.

La estampa que Karl vio representaba el palco del Presidente de los Estados Unidos. A primera vista se podía pensar que eso no era un

palco, sino el escenario, en tan majestuoso arco adelantábase el antepecho al espacio libre. Ese antepecho era completamente de oro, en todas sus partes. Entre las columnillas, como recortadas con finísima tijera, habíanse colocado, uno junto al otro, unos medallones que representaban a los presidentes anteriores; uno de ellos tenía la nariz extraordinariamente recta, labios abultados y la vista rígidamente dirigida hacia abajo, oculta por abovedados párpados. En torno del palco, desde los lados y desde lo alto, surgían rayos de luz; era una luz blanca y suave que descubría, literalmente, el primer plano del palco, mientras que su fondo, tras el terciopelo rojo que en pliegues y matices y guiado por cordones caía a lo largo de todos los bordes, aparecía como un hueco de rojizo resplandor. Apenas era posible imaginarse la presencia de seres humanos en ese palco, tan autocráticamente magnífico era el aspecto que todo eso ofrecía. Karl no olvidó la comida, pero miró, sin embargo, muchas veces esa ilustración que colocó junto a su plato.

Al fin y al cabo le hubiera gustado muchísimo, con todo, contemplar al menos una estampa más pero no quiso ir a buscársela él mismo, pues un ordenanza tenía su mano sobre las estampas y seguramente era necesario conservar el orden del turno, de manera que sólo intentó abarcar la mesa con la mirada para ver si a pesar de todo se iba acercando alguna estampa más. Y entonces notó con asombro –primero no quiso creerlo– entre las caras que más se agachaban sobre la comida, una que él conocía bien: Giácomo. Al instante corrió hacia él.

–¡Giácomo! –exclamó.

Éste, tímido como siempre que se le sorprendía, dejó la comida, se levantó en el estrecho espacio que había entre los bancos y se limpió la boca con la mano, pero luego se puso muy contento de ver a Karl, le rogó que se sentara a su lado y se ofreció a pasarse junto al sitio de Karl en el caso de que éste no quisiera abandonarlo; anhelaban contarse todas las cosas y seguir siempre juntos. Karl no quiso molestar a los demás, por eso cada uno se quedaría, por el momento, en su sitio; la comida concluiría pronto y luego, naturalmente, ya harían causa común. Karl, sin embargo, se quedó un rato más junto a Giácomo, deseoso de mirarlo.

¡Cuántos recuerdos de tiempos pasados! ¿Dónde estaría la cocinera mayor? ¿Qué estaría haciendo Therese? El propio Giácomo no había cambiado nada en su aspecto; la predicción de la cocinera mayor de que al medio año llegaría a ser forzosamente un duro norteamericano, no se había cumplido; seguía delicado como antes, las mejillas igualmente hundidas, aunque en ese momento se veían redondeadas, pues tenía en la boca un trozo excesivamente grande de carne del cual

sacaba lentamente los huesos sobrantes tirándolos luego sobre el plato.
Por lo que Karl pudo leer sobre su brazal, tampoco Giácomo había sido tomado como actor, sino como ascensorista. ¡El Teatro de Oklahoma parecía, realmente, poder emplear a quienquiera que fuese! Abismado en la contemplación de Giácomo, quedóse Karl demasiado tiempo ausente de su sitio. Precisamente quería llegar, cuando llegó el jefe de personal que, subiéndose a uno de los bancos situados más arriba, golpeó las manos y pronunció un pequeño discurso mientras la mayor parte de la gente se levantaba y los que se habían quedado sentados, aquéllos que no podían separarse de la comida, eran obligados por empujones de los otros, finalmente, a incorporarse ellos también.
–Esperemos –decía (Karl ya había regresado de puntillas a su sitio)– que les haya gustado nuestro convite de recepción. En general, la comida de nuestra sección de propaganda es objeto de elogios. Desgraciadamente, me veo obligado a levantar ya la mesa, pues el tren que llevará a ustedes a Oklahoma partirá dentro de cinco minutos. Es por cierto un viaje muy largo, pero ya verán ustedes que no les faltará ninguna clase de atenciones. Aquí les presento al señor que les conducirá en su viaje y al cual deben ustedes obediencia.
Un señor pequeño y magro trepó al banco sobre el cual estaba de pie el jefe de personal; apenas se tomó el tiempo necesario para efectuar una fugaz reverencia, pues comenzó inmediatamente a indicar, con manos nerviosas y extendidas, de qué manera había de concentrarse, ordenarse y ponerse en movimiento todo el mundo. Sin embargo, no se le obedeció en seguida, pues aquel mismo comensal que antes había pronunciado un discurso golpeó con la mano en la mesa y dio comienzo a una prolongada oración de agradecimiento, a pesar de que –Karl se inquietó muchísimo– se acababa de decir que el tren partiría acto seguido. Pero el orador no prestó atención al hecho de que ni siquiera el jefe de personal le escuchase –pues éste estaba dando diversas instrucciones al director del transporte–, esbozó su discurso a grandes trazos, enumeró luego todos los manjares que habían sido servidos, emitió su juicio sobre cada uno de ellos y concluyó luego resumiendo con esta exclamación:
–¡Estimados señores, ésta es la manera de conquistarnos!
Todos, menos los aludidos, se echaron a reír, pero aquello era, no obstante, más verdad que broma.
Hubo que expiar ese discurso por otra parte, ya que se hizo necesario correr apresuradamente hasta la estación. Pero eso tampoco resultó muy difícil, pues –Karl lo notó sólo en ese momento– nadie llevaba pieza alguna de equipaje; el único equipaje era en realidad el cochecito que a la cabeza de la compañía y conducido por el padre, daba botes

como barco sin timón. ¡Qué clase de gente desposeída, sospechosa, se había juntado allí; y se la recibía y se la atendía, sin embargo, tan espléndidamente! Parecía que todos ellos le hubiesen sido recomendados con especial encarecimiento a aquel director del transporte. Ya cogía él mismo con una mano la barra de la manija del cochecito y levantaba la otra a fin de animar a toda la compañía; ya se le veía tras la última fila aguijoneando a los rezagados; ya corría a lo largo de los costados y echaba el ojo a más de uno que avanzaba con paso retardado por el medio y trataba de hacerles comprender, agitando los brazos, que era sumamente necesario que corriesen.

Cuando llegaron a la estación ya estaba el tren dispuesto. La gente en la estación señalábase la compañía; se oían exclamaciones como ésta:

–¡Todos ésos son del Teatro de Oklahoma!

El Teatro parecía mucho más conocido que lo que Karl había supuesto; cierto que él jamás se había interesado mucho por asuntos de teatro. Todo un coche había sido destinado especialmente a la compañía; el director del transporte apremiaba a subir más aún que el empleado del tren. Revisó primero cada uno de los compartimentos ordenando alguna cosa, aquí y allí, y sólo después subió él mismo.

A Karl le tocó casualmente un asiento junto a una ventanilla y arrastró a Giácomo a su lado. Y así se quedaron sentados, muy apretados el uno contra el otro; en el fondo se alegraban los dos con motivo de este viaje. Tan libres de toda preocupación no habían hecho ellos todavía ningún viaje en los Estados Unidos. Cuando el tren arrancó, se pusieron a hacer señas, sacando las manos por la ventanilla mientras que los muchachos que estaban enfrente se daban con el codo uno a otro, porque eso les parecía ridículo.

El viaje duró dos días y dos noches. Sólo entonces comprendió Karl la magnitud de los Estados Unidos. Infatigablemente miraba por la ventanilla y Giácomo pugnaba tanto por asomarse él también que los muchachos de enfrente, muy ocupados con su juego de naipes, se cansaron y le cedieron el asiento junto a la ventanilla. Karl les dio las gracias –el inglés de Giácomo no resultaba comprensible a cualquiera– y con el correr de las horas se volvieron mucho más amables, ya que otra cosa no puede suceder entre compañeros de compartimento; pero muchas veces resultaba también molesta su amabilidad ya que, por ejemplo, siempre que se les caía al suelo una carta y se agachaban para buscarla, pellizcaban con todas sus fuerzas a Karl o a Giácomo en las piernas. En tales momentos Giácomo, que no cesaba de asombrarse, gritaba y levantaba mucho la pierna. Karl intentó una vez responder con un puntapié; sin embargo, toleró todo aquello calladamente. Todo lo que acontecía en el pequeño compartimento, que

aun con la ventanilla abierta estaba lleno de humo, carecía de importancia ante aquello que podía contemplarse afuera.
El primer día atravesaron altas montañas. Macizos de piedra, de un negro azulado, se aproximaban en puntiagudas cuñas hasta el mismo tren; se asomaba uno por la ventanilla y buscaba en vano las cumbres: allí se abrían valles oscuros, estrechos, desgarrados, y uno señalaba con el dedo la dirección en que iban perdiéndose; allí venían anchos ríos torrenciales, precipitándose con premura, en forma de grandes olas, sobre el quebrado lecho y, arrastrando en su seno mil pequeñas olas espumosas, volcábanse bajo los puentes que el tren atravesaba, tan cerca, que el rostro se estremecía al hálito de su frescura.

LA METAMORFOSIS
(1912)

I

Cuando Gregorio Samsa se despertó una mañana después de un sueño intranquilo, se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto. Estaba tumbado sobre su espalda dura, y en forma de caparazón y, al levantar un poco la cabeza veía un vientre abombado, pardusco, dividido por partes duras en forma de arco, sobre cuya protuberancia apenas podía mantenerse el cobertor, a punto ya de resbalar al suelo. Sus muchas patas, ridículamente pequeñas en comparación con el resto de su tamaño, le vibraban desamparadas ante los ojos.
«¿Qué me ha ocurrido?», pensó.
No era un sueño. Su habitación, una auténtica habitación humana, si bien algo pequeña, permanecía tranquila entre las cuatro paredes harto conocidas. Por encima de la mesa, sobre la que se encontraba extendido un muestrario de paños desempaquetados –Samsa era viajante de comercio–, estaba colgado aquel cuadro que hacía poco había recortado de una revista y había colocado en un bonito marco dorado. Representaba a una dama ataviada con un sombrero y una boa de piel, que estaba allí, sentada muy erguida y levantaba hacia el observador un pesado manguito de piel, en el cual había desaparecido su antebrazo.
La mirada de Gregorio se dirigió después hacia la ventana, y el tiempo lluvioso –se oían caer gotas de lluvia sobre la chapa del alféizar de la ventana– lo ponía muy melancólico.
«¿Qué pasaría –pensó– si durmiese un poco más y olvidase todas las

chifladuras?»
Pero esto era algo absolutamente imposible, porque estaba acostumbrado a dormir del lado derecho, pero en su estado actual no podía ponerse de ese lado. Aunque se lanzase con mucha fuerza hacia el lado derecho, una y otra vez se volvía a balancear sobre la espalda. Lo intentó cien veces, cerraba los ojos para no tener que ver las patas que pataleaban, y sólo cejaba en su empeño cuando comenzaba a notar en el costado un dolor leve y sordo que antes nunca había sentido.
«¡Dios mío! –pensó–. ¡Qué profesión tan dura he elegido! Un día sí y otro también de viaje. Los esfuerzos profesionales son mucho mayores que en el mismo almacén de la ciudad, y además se me ha endosado este ajetreo de viajar, el estar al tanto de los empalmes de tren, la comida mala y a deshora, una relación humana constantemente cambiante, nunca duradera, que jamás llega a ser cordial. ¡Que se vaya todo al diablo!»
Sintió sobre el vientre un leve picor, con la espalda se deslizó lentamente más cerca de la cabecera de la cama para poder levantar mejor la cabeza; se encontró con que la parte que le picaba estaba totalmente cubierta por unos pequeños puntos blancos, que no sabía a qué se debían, y quiso palpar esa parte con una pata, pero inmediatamente la retiró, porque el roce le producía escalofríos.
Se deslizó de nuevo a su posición inicial.
«Esto de levantarse pronto –pensó– hace a uno desvariar. El hombre tiene que dormir. Otros viajantes viven como pachás. Si yo, por ejemplo, a lo largo de la mañana vuelvo a la pensión para pasar a limpio los pedidos que he conseguido, estos señores todavía están sentados tomando el desayuno. Eso podría intentar yo con mi jefe, pero en ese momento iría a parar a la calle. Quién sabe, por lo demás, si no sería lo mejor para mí. Si no tuviera que dominarme por mis padres, ya me habría despedido hace tiempo, me habría presentado ante el jefe y le habría dicho mi opinión con toda mi alma. ¡Se habría caído de la mesa! Sí que es una extraña costumbre la de sentarse sobre la mesa y, desde esa altura, hablar hacia abajo con el empleado que, además, por culpa de la sordera del jefe, tiene que acercarse mucho. Bueno, la esperanza todavía no está perdida del todo; si alguna vez tengo el dinero suficiente para pagar las deudas que mis padres tienen con él –puedo tardar todavía entre cinco y seis años– lo hago con toda seguridad. Entonces habrá llegado el gran momento; ahora, por lo pronto, tengo que levantarme porque el tren sale a las cinco», y miró hacia el despertador que hacía tic tac sobre el armario.
«¡Dios del cielo!», pensó.
Eran las seis y media y las manecillas seguían tranquilamente hacia

delante, ya había pasado incluso la media, eran ya casi las menos cuarto. «¿Es que no habría sonado el despertador?» Desde la cama se veía que estaba correctamente puesto a las cuatro, seguro que también había sonado. Sí, pero... ¿era posible seguir durmiendo tan tranquilo con ese ruido que hacía temblar los muebles? Bueno, tampoco había dormido tranquilo, pero quizá tanto más profundamente.
¿Qué iba a hacer ahora? El siguiente tren salía a las siete, para cogerlo tendría que haberse dado una prisa loca, el muestrario todavía no estaba empaquetado, y él mismo no se encontraba especialmente espabilado y ágil; e incluso si consiguiese coger el tren, no se podía evitar una reprimenda del jefe, porque el mozo de los recados habría esperado en el tren de las cinco y ya hacía tiempo que habría dado parte de su descuido. Era un esclavo del jefe, sin agallas ni juicio. ¿Qué pasaría si dijese que estaba enfermo? Pero esto sería sumamente desagradable y sospechoso, porque Gregorio no había estado enfermo ni una sola vez durante los cinco años de servicio. Seguramente aparecería el jefe con el médico del seguro, haría reproches a sus padres por tener un hijo tan vago y se salvaría de todas las objeciones remitiéndose al médico del seguro, para el que sólo existen hombres totalmente sanos, pero con aversión al trabajo. ¿Y es que en este caso no tendría un poco de razón? Gregorio, a excepción de una modorra realmente superflua después del largo sueño, se encontraba bastante bien e incluso tenía mucha hambre.
Mientras reflexionaba sobre todo esto con gran rapidez, sin poderse decidir a abandonar la cama –en este mismo instante el despertador daba las siete menos cuarto–, llamaron cautelosamente a la puerta que estaba a la cabecera de su cama.
–Gregorio– dijeron (era la madre)–, son las siete menos cuarto. ¿No ibas a salir de viaje?
¡Qué dulce voz! Gregorio se asustó, en cambio, al contestar. Escuchó una voz que, evidentemente, era la suya, pero en la cual, como desde lo más profundo, se mezclaba un doloroso e incontenible piar, que en el primer momento dejaba salir las palabras con claridad para, al prolongarse el sonido, destrozarlas de tal forma que no se sabía si se había oído bien. Gregorio querría haber contestado detalladamente y explicarlo todo, pero en estas circunstancias se limitó a decir:
–Sí, sí, gracias madre, ya me levanto.
Probablemente a causa de la puerta de madera no se notaba desde fuera el cambio en la voz de Gregorio, porque la madre se tranquilizó con esta respuesta y se marchó de allí. Pero merced a la breve conversación, los otros miembros de la familia se habían dado cuenta de que Gregorio, en contra de todo lo esperado, estaba todavía en

casa, y ya el padre llamaba suavemente, pero con el puño, a una de las puertas laterales.

–¡Gregorio, Gregorio! –gritó–. ¿Qué ocurre? –tras unos instantes insistió de nuevo con voz más grave–. ¡Gregorio, Gregorio!

Desde la otra puerta lateral se lamentaba en voz baja la hermana.

–Gregorio, ¿no te encuentras bien?, ¿necesitas algo?

Gregorio contestó hacia ambos lados:

–Ya estoy preparado– y con una pronunciación lo más cuidadosa posible, y haciendo largas pausas entre las palabras, se esforzó por despojar a su voz de todo lo que pudiese llamar la atención. El padre volvió a su desayuno, pero la hermana susurró:

–Gregorio, abre, te lo suplico –pero Gregorio no tenía ni la menor intención de abrir, más bien elogió la precaución de cerrar las puertas que había adquirido durante sus viajes, y esto incluso en casa.

Al principio tenía la intención de levantarse tranquilamente y, sin ser molestado, vestirse y, sobre todo, desayunar, y después pensar en todo lo demás, porque en la cama, eso ya lo veía, no llegaría con sus cavilaciones a una conclusión sensata. Recordó que ya en varias ocasiones había sentido en la cama algún leve dolor, quizá producido por estar mal tumbado, dolor que al levantarse había resultado ser sólo fruto de su imaginación, y tenía curiosidad por ver cómo se iban desvaneciendo paulatinamente sus fantasías de hoy. No dudaba en absoluto de que el cambio de voz no era otra cosa que el síntoma de un buen resfriado, la enfermedad profesional de los viajantes.

Tirar el cobertor era muy sencillo, sólo necesitaba inflarse un poco y caería por sí solo, pero el resto sería difícil, especialmente porque él era muy ancho. Hubiera necesitado brazos y manos para incorporarse, pero en su lugar tenía muchas patitas que, sin interrupción, se hallaban en el más dispar de los movimientos y que, además, no podía dominar. Si quería doblar alguna de ellas, entonces era la primera la que se estiraba, y si por fin lograba realizar con esta pata lo que quería, entonces todas las demás se movían, como liberadas, con una agitación grande y dolorosa.

«No hay que permanecer en la cama inútilmente», se decía Gregorio.

Quería salir de la cama en primer lugar con la parte inferior de su cuerpo, pero esta parte inferior que, por cierto, no había visto todavía y que no podía imaginar exactamente, demostró ser difícil de mover; el movimiento se producía muy despacio, y cuando, finalmente, casi furioso, se lanzó hacia delante con toda su fuerza sin pensar en las consecuencias, había calculado mal la dirección, se golpeó fuertemente con la pata trasera de la cama y el dolor punzante que sintió le enseñó que precisamente la parte inferior de su cuerpo era quizá en estos

momentos la más sensible.
Así pues, intentó en primer lugar sacar de la cama la parte superior del cuerpo y volvió la cabeza con cuidado hacia el borde de la cama. Lo logró con facilidad y, a pesar de su anchura y su peso, el cuerpo siguió finalmente con lentitud el giro de la cabeza. Pero cuando, por fin, tenía la cabeza colgando en el aire fuera de la cama, le entró miedo de continuar avanzando de este modo porque, si se dejaba caer en esta posición, tenía que ocurrir realmente un milagro para que la cabeza no resultase herida, y precisamente ahora no podía de ningún modo perder la cabeza, antes prefería quedarse en la cama.
Pero como, jadeando después de semejante esfuerzo, seguía allí tumbado igual que antes, y veía sus patitas de nuevo luchando entre sí, quizá con más fuerza aún, y no encontraba posibilidad de poner sosiego y orden a este atropello, se decía otra vez que de ningún modo podía permanecer en la cama y que lo más sensato era sacrificarlo todo, si es que con ello existía la más mínima esperanza de liberarse de ella. Pero al mismo tiempo no olvidaba recordar de vez en cuando que reflexionar serena, muy serenamente, es mejor que tomar decisiones desesperadas. En tales momentos dirigía sus ojos lo más agudamente posible hacia la ventana, pero, por desgracia, poco optimismo y ánimo se podían sacar del espectáculo de la niebla matinal, que ocultaba incluso el otro lado de la estrecha calle.
«Las siete ya –se dijo cuando sonó de nuevo el despertador–, las siete ya y todavía semejante niebla», y durante un instante permaneció tumbado, tranquilo, respirando débilmente, como si esperase del absoluto silencio el regreso del estado real y cotidiano. Pero después se dijo:
«Antes de que den las siete y cuarto tengo que haber salido de la cama del todo, como sea. Por lo demás, para entonces habrá venido alguien del almacén a preguntar por mí, porque el almacén se abre antes de las siete.» Y entonces, de forma totalmente regular, comenzó a balancear su cuerpo, cuan largo era, hacia fuera de la cama. Si se dejaba caer de ella de esta forma, la cabeza, que pretendía levantar con fuerza en la caída, permanecería probablemente ilesa. La espalda parecía ser fuerte, seguramente no le pasaría nada al caer sobre la alfombra. Lo más difícil, a su modo de ver, era tener cuidado con el ruido que se produciría, y que posiblemente provocaría al otro lado de todas las puertas, si no temor, al menos preocupación. Pero había que intentarlo.
Cuando Gregorio ya sobresalía a medias de la cama –el nuevo método era más un juego que un esfuerzo, sólo tenía que balancearse a empujones– se le ocurrió lo fácil que sería si alguien viniese en su ayuda. Dos personas fuertes –pensaba en su padre y en la criada–

hubiesen sido más que suficientes; sólo tendrían que introducir sus brazos por debajo de su abombada espalda, descascararle así de la cama, agacharse con el peso, y después solamente tendrían que haber soportado que diese con cuidado una vuelta impetuosa en el suelo, sobre el cual, seguramente, las patitas adquirirían su razón de ser. Bueno, aparte de que las puertas estaban cerradas, ¿debía de verdad pedir ayuda? A pesar de la necesidad, no pudo reprimir una sonrisa al concebir tales pensamientos.

Ya había llegado el punto en el que, al balancearse con más fuerza, apenas podía guardar el equilibrio y pronto tendría que decidirse definitivamente, porque dentro de cinco minutos serían las siete y cuarto. En ese momento sonó el timbre de la puerta de la calle.

«Seguro que es alguien del almacén», se dijo, y casi se quedó petrificado mientras sus patitas bailaban aún más deprisa. Durante un momento todo permaneció en silencio.

«No abren», se dijo Gregorio, confundido por alguna absurda esperanza.

Pero entonces, como siempre, la criada se dirigió, con naturalidad y con paso firme, hacia la puerta y abrió. Gregorio sólo necesitó escuchar el primer saludo del visitante y ya sabía quién era, el apoderado en persona. ¿Por qué había sido condenado Gregorio a prestar sus servicios en una empresa en la que al más mínimo descuido se concebía inmediatamente la mayor sospecha? ¿Es que todos los empleados, sin excepción, eran unos bribones? ¿Es que no había entre ellos un hombre leal y adicto a quien, simplemente porque no hubiese aprovechado para el almacén un par de horas de la mañana, se lo comiesen los remordimientos y francamente no estuviese en condiciones de abandonar la cama? ¿Es que no era de verdad suficiente mandar a preguntar a un aprendiz si es que este «pregunteo» era necesario? ¿Tenía que venir el apoderado en persona y había con ello que mostrar a toda una familia inocente que la investigación de este sospechoso asunto solamente podía ser confiada al juicio del apoderado? Y, más como consecuencia de la irritación a la que le condujeron estos pensamientos que como consecuencia de una auténtica decisión, se lanzó de la cama con toda su fuerza. Se produjo un golpe fuerte, pero no fue un auténtico ruido. La caída fue amortiguada un poco por la alfombra y además la espalda era más elástica de lo que Gregorio había pensado; a ello se debió el sonido sordo y poco aparatoso. Solamente no había mantenido la cabeza con el cuidado necesario y se la había golpeado, la giró y la restregó contra la alfombra de rabia y dolor.

–Ahí dentro se ha caído algo– dijo el apoderado en la habitación

contigua de la izquierda.
Gregorio intentó imaginarse si quizá alguna vez no pudiese ocurrirle al apoderado algo parecido a lo que le ocurría hoy a él; había al menos que admitir la posibilidad. Pero, como cruda respuesta a esta pregunta, el apoderado dio ahora un par de pasos firmes en la habitación contigua e hizo crujir sus botas de charol. Desde la habitación de la derecha, la hermana, para advertir a Gregorio, susurró:
–Gregorio, el apoderado está aquí.
«Ya lo sé», se dijo Gregorio para sus adentros, pero no se atrevió a alzar la voz tan alto que la hermana pudiera haberlo oído.
–Gregorio –dijo entonces el padre desde la habitación de la derecha–, el señor apoderado ha venido y desea saber por qué no has salido de viaje en el primer tren. No sabemos qué debemos decirle, además desea también hablar personalmente contigo, así es que, por favor, abre la puerta. El señor ya tendrá la bondad de perdonar el desorden en la habitación.
–Buenos días, señor Samsa –interrumpió el apoderado amablemente.
–No se encuentra bien– dijo la madre al apoderado mientras el padre hablaba ante la puerta–, no se encuentra bien, créame usted, señor apoderado. ¡Cómo si no iba Gregorio a perder un tren! El chico no tiene en la cabeza nada más que el negocio. A mí casi me disgusta que nunca salga por la tarde; ahora ha estado ocho días en la ciudad, pero pasó todas las tardes en casa. Allí está, sentado con nosotros a la mesa y lee tranquilamente el periódico o estudia horarios de trenes. Para él es ya una distracción hacer trabajos de marquetería. Por ejemplo, en dos o tres tardes ha tallado un pequeño marco, se asombrará usted de lo bonito que es, está colgado ahí dentro, en la habitación; en cuanto abra Gregorio lo verá usted enseguida. Por cierto, que me alegro de que esté usted aquí, señor apoderado, nosotros solos no habríamos conseguido que Gregorio abriese la puerta; es muy testarudo y seguro que no se encuentra bien a pesar de que lo ha negado esta mañana.
–Voy enseguida –dijo Gregorio, lentamente y con precaución, y no se movió para no perderse una palabra de la conversación.
–De otro modo, señora, tampoco puedo explicármelo yo –dijo el apoderado–. Espero que no se trate de nada serio, si bien tengo que decir, por otra parte, que nosotros, los comerciantes, por suerte o por desgracia, según se mire, tenemos sencillamente que sobreponernos a una ligera indisposición por consideración a los negocios.
–Vamos, ¿puede pasar el apoderado a tu habitación? –preguntó impaciente el padre.
–No– dijo Gregorio.
En la habitación de la izquierda se hizo un penoso silencio, en la

habitación de la derecha comenzó a sollozar la hermana.
¿Por qué no se iba la hermana con los otros? Seguramente acababa de levantarse de la cama y todavía no había empezado a vestirse; y ¿por qué lloraba? ¿Porque él no se levantaba y dejaba entrar al apoderado?, ¿porque estaba en peligro de perder el trabajo y entonces el jefe perseguiría otra vez a sus padres con las viejas deudas? Éstas eran, de momento, preocupaciones innecesarias. Gregorio todavía estaba aquí y no pensaba de ningún modo abandonar a su familia. De momento yacía en la alfombra y nadie que hubiese tenido conocimiento de su estado hubiese exigido seriamente de él que dejase entrar al apoderado. Pero por esta pequeña descortesía, para la que más tarde se encontraría con facilidad una disculpa apropiada, no podía Gregorio ser despedido inmediatamente. Y a Gregorio le parecía que sería mucho más sensato dejarle tranquilo en lugar de molestarle con lloros e intentos de persuasión. Pero la verdad es que era la incertidumbre la que apuraba a los otros hacia perdonar su comportamiento.
–Señor Samsa –exclamó entonces el apoderado levantando la voz–. ¿Qué ocurre? Se atrinchera usted en su habitación, contesta solamente con sí o no, preocupa usted grave e inútilmente a sus padres y, dicho sea de paso, falta usted a sus deberes de una forma verdaderamente inaudita. Hablo aquí en nombre de sus padres y de su jefe, y le exijo seriamente una explicación clara e inmediata. Estoy asombrado, estoy asombrado. Yo le tenía a usted por un hombre formal y sensato, y ahora, de repente, parece que quiere usted empezar a hacer alarde de extravagancias extrañas. El jefe me insinuó esta mañana una posible explicación a su demora, se refería al cobro que se le ha confiado desde hace poco tiempo. Yo realmente di casi mi palabra de honor de que esta explicación no podía ser cierta. Pero en este momento veo su incomprensible obstinación y pierdo todo el deseo de dar la cara en lo más mínimo por usted, y su posición no es, en absoluto, la más segura. En principio tenía la intención de decirle todo esto a solas, pero ya que me hace usted perder mi tiempo inútilmente no veo la razón de que no se enteren también sus señores padres. Su rendimiento en los últimos tiempos ha sido muy poco satisfactorio, cierto que no es la época del año apropiada para hacer grandes negocios, eso lo reconocemos, pero una época del año para no hacer negocios no existe, señor Samsa, no debe existir.
–Pero señor apoderado –gritó Gregorio, fuera de sí, y en su irritación olvidó todo lo demás–, abro inmediatamente la puerta. Una ligera indisposición, un mareo, me han impedido levantarme. Todavía estoy en la cama, pero ahora ya estoy otra vez despejado. Ahora mismo me levanto de la cama. ¡Sólo un momentito de paciencia! Todavía no me

encuentro tan bien como creía, pero ya estoy mejor. ¡Cómo puede atacar a una persona una cosa así! Ayer por la tarde me encontraba bastante bien, mis padres bien lo saben o, mejor dicho, ya ayer por la tarde tuve una pequeña corazonada, tendría que habérseme notado. ¡Por qué no lo avisé en el almacén! Pero lo cierto es que siempre se piensa que se superará la enfermedad sin tener que quedarse. ¡Señor apoderado, tenga consideración con mis padres! No hay motivo alguno para todos los reproches que me hace usted; nunca se me dijo una palabra de todo eso; quizá no haya leído los últimos pedidos que he enviado. Por cierto, en el tren de las ocho salgo de viaje, las pocas horas de sosiego me han dado fuerza. No se entretenga usted señor apoderado; yo mismo estaré enseguida en el almacén, tenga usted la bondad de decirlo y de saludar de mi parte al jefe.
Y mientras Gregorio farfullaba atropelladamente todo esto, y apenas sabía lo que decía, se había acercado un poco al armario, seguramente como consecuencia del ejercicio ya practicado en la cama, e intentaba ahora levantarse apoyado en él. Quería de verdad abrir la puerta, deseaba sinceramente dejarse ver y hablar con el apoderado; estaba deseoso de saber lo que los otros, que tanto deseaban verle, dirían ante su presencia. Si se asustaban, Gregorio no tendría ya responsabilidad alguna y podría estar tranquilo, pero si lo aceptaban todo con tranquilidad entonces tampoco tenía motivo para excitarse y, de hecho, podría, si se daba prisa, estar a las ocho en la estación. Al principio se resbaló varias veces del liso armario, pero finalmente se dio con fuerza un último impulso y permaneció erguido; ya no prestaba atención alguna a los dolores de vientre, aunque eran muy agudos. Entonces se dejó caer contra el respaldo de una silla cercana, a cuyos bordes se agarró fuertemente con sus patitas. Con esto había conseguido el dominio sobre sí, y enmudeció porque ahora podía escuchar al apoderado.
–¿Han entendido ustedes una sola palabra? –preguntó el apoderado a los padres–. ¿O es que nos toma por tontos?
–¡Por el amor de Dios! –exclamó la madre entre sollozos–, quizá esté gravemente enfermo y nosotros lo atormentamos. ¡Greta! ¡Greta! –gritó después.
–¿Qué, madre? –dijo la hermana desde el otro lado. Se comunicaban a través de la habitación de Gregorio–. Tienes que ir inmediatamente al médico, Gregorio está enfermo. Rápido, a buscar al médico. ¿Acabas de oír hablar a Gregorio?
–Es una voz de animal– dijo el apoderado en un tono de voz extremadamente bajo comparado con los gritos de la madre.
¡Anna! ¡Anna! –gritó el padre en dirección a la cocina a través de la

antesala, y dando palmadas–. ¡Ve a buscar inmediatamente un cerrajero!
Y ya corrían las dos muchachas haciendo ruido con sus faldas por la antesala –¿cómo se habría vestido la hermana tan deprisa?– y abrieron la puerta de par en par. No se oyó cerrar la puerta, seguramente la habían dejado abierta como suele ocurrir en las casas en las que ha ocurrido una gran desgracia.
Pero Gregorio ya estaba mucho más tranquilo. Así es que ya no se entendían sus palabras a pesar de que a él le habían parecido lo suficientemente claras, más claras que antes, sin duda, como consecuencia de que el oído se iba acostumbrando. Pero en todo caso ya se creía en el hecho de que algo andaba mal respecto a Gregorio, y se estaba dispuesto a prestarle ayuda. La decisión y seguridad con que fueron tomadas las primeras disposiciones le sentaron bien. De nuevo se consideró incluido en el círculo humano y esperaba de ambos, del médico y del cerrajero, sin distinguirlos del todo entre sí, excelentes y sorprendentes resultados. Con el fin de tener una voz lo más clara posible en las decisivas conversaciones que se avecinaban, tosió un poco, esforzándose, sin embargo, por hacerlo con mucha moderación, porque posiblemente incluso ese ruido sonaba de una forma distinta a la voz humana, hecho que no confiaba poder distinguir él mismo. Mientras tanto, en la habitación contigua reinaba el silencio. Quizás los padres estaban sentados a la mesa con el apoderado y cuchicheaban, quizá todos estaban arrimados a la puerta y escuchaban.
Gregorio se acercó lentamente a la puerta con la ayuda de la silla, allí la soltó, se arrojó contra la puerta, se mantuvo erguido sobre ella –las callosidades de sus patitas estaban provistas de una sustancia pegajosa– y descansó allí durante un momento del esfuerzo realizado. A continuación comenzó a girar con la boca la llave, que estaba dentro de la cerradura. Por desgracia, no parecía tener dientes propiamente dichos –¿con qué iba a agarrar la llave?–, pero, por el contrario, las mandíbulas eran, desde luego, muy poderosas. Con su ayuda puso la llave, efectivamente, en movimiento, y no se daba cuenta de que, sin duda, se estaba causando algún daño, porque un líquido pardusco le salía de la boca, chorreaba por la llave y goteaba hasta el suelo.
–Escuchen ustedes– dijo el apoderado en la habitación contigua– está dando la vuelta a la llave.
Esto significó un gran estímulo para Gregorio; pero todos debían haberle animado, incluso el padre y la madre. «¡Vamos, Gregorio! –debían haber aclamado–. ¡Duro con ello, duro con la cerradura!» Y ante la idea de que todos seguían con expectación sus esfuerzos, se aferró ciegamente a la llave con todas las fuerzas que fue capaz de reunir. A

medida que avanzaba el giro de la llave, Gregorio se movía en torno a la cerradura, ya sólo se mantenía de pie con la boca, y, según era necesario, se colgaba de la llave o la apretaba de nuevo hacia dentro con todo el peso de su cuerpo. El sonido agudo de la cerradura, que se abrió por fin, despertó del todo a Gregorio. Respirando profundamente dijo para sus adentros: «No he necesitado al cerrajero», y apoyó la cabeza sobre el picaporte para abrir la puerta del todo.
Como tuvo que abrir la puerta de esta forma, ésta estaba ya bastante abierta y todavía no se le veía. En primer lugar tenía que darse lentamente la vuelta sobre sí mismo, alrededor de la hoja de la puerta, y ello con mucho cuidado si no quería caer torpemente de espaldas justo ante el umbral de la habitación. Todavía estaba absorto en llevar a cabo aquel difícil movimiento y no tenía tiempo de prestar atención a otra cosa, cuando escuchó al apoderado lanzar en voz alta un «¡Oh!» que sonó como un silbido del viento, y en ese momento vio también cómo aquél, que era el más cercano a la puerta, se tapaba con la mano la boca abierta y retrocedía lentamente como si le empujase una fuerza invisible que actuaba regularmente. La madre –a pesar de la presencia del apoderado, estaba allí con los cabellos desenredados y levantados hacia arriba– miró en primer lugar al padre con las manos juntas, dio a continuación dos pasos hacia Gregorio y, con el rostro completamente oculto en su pecho, cayó al suelo en medio de sus faldas, que quedaron extendidas a su alrededor. El padre cerró el puño con expresión amenazadora, como si quisiera empujar de nuevo a Gregorio a su habitación, miró inseguro a su alrededor por el cuarto de estar, después se tapó los ojos con las manos y lloró de tal forma que su robusto pecho se estremecía por el llanto.
Gregorio no entró, pues, en la habitación, sino que se apoyó en la parte intermedia de la hoja de la puerta que permanecía cerrada, de modo que sólo podía verse la mitad de su cuerpo y sobre él la cabeza, inclinada a un lado, con la cual miraba hacia los demás. Entre tanto el día había aclarado; al otro lado de la calle se distinguía claramente una parte del edificio de enfrente, negruzco e interminable –era un hospital–, con sus ventanas regulares que rompían duramente la fachada. Todavía caía la lluvia, pero sólo a grandes gotas que eran lanzadas hacia abajo aisladamente sobre la tierra. Las piezas de la vajilla del desayuno se extendían en gran cantidad sobre la mesa porque para el padre el desayuno era la comida principal del día, que prolongaba durante horas con la lectura de diversos periódicos. Justamente en la pared de enfrente había una fotografía de Gregorio, de la época de su servicio militar, que le representaba con uniforme de teniente, y cómo, con la mano sobre la espada, sonriendo

despreocupadamente, exigía respeto para su actitud y su uniforme. La puerta del vestíbulo estaba abierta y se podía ver el rellano de la escalera y el comienzo de la misma, que conducían hacia abajo.
–Bueno– dijo Gregorio, y era completamente consciente de que era el único que había conservado la tranquilidad–, me vestiré inmediatamente, empaquetaré el muestrario y saldré de viaje. ¿Quieren dejarme marchar? Bueno, señor apoderado, ya ve usted que no soy obstinado y me gusta trabajar, viajar es fatigoso, pero no podría vivir sin viajar. ¿Adónde va usted, señor apoderado? ¿Al almacén? ¿Sí? ¿Lo contará usted todo tal como es en realidad? En un momento dado puede uno ser incapaz de trabajar, pero después llega el momento preciso de acordarse de los servicios prestados y de pensar que después, una vez superado el obstáculo, uno trabajará, con toda seguridad, con más celo y concentración. Yo le debo mucho al jefe, bien lo sabe usted. Por otra parte, tengo a mi cuidado a mis padres y a mi hermana. Estoy en un aprieto, pero saldré de él. Pero no me lo haga usted más difícil de lo que ya es. ¡Póngase de mi parte en el almacén! Ya sé que no se quiere bien al viajante. Se piensa que gana un montón de dinero y se da la gran vida. Es cierto que no hay una razón especial para meditar a fondo sobre este prejuicio, pero usted, señor apoderado, usted tiene una visión de conjunto de las circunstancias mejor que la que tiene el resto del personal; sí, en confianza, incluso una visión de conjunto mejor que la del mismo jefe, que, en su condición de empresario, cambia fácilmente de opinión en perjuicio del empleado. También sabe usted muy bien que el viajante, que casi todo el año está fuera del almacén, puede convertirse fácilmente en víctima de murmuraciones, casualidades y quejas infundadas, contra las que le resulta absolutamente imposible defenderse, porque la mayoría de las veces no se entera de ellas y más tarde, cuando, agotado, ha terminado un viaje, siente sobre su propia carne, una vez en el hogar, las funestas consecuencias cuyas causas no puede comprender. Señor apoderado, no se marche usted sin haberme dicho una palabra que me demuestre que, al menos en una pequeña parte, me da usted la razón.
Pero el apoderado ya se había dado la vuelta a las primeras palabras de Gregorio, y por encima del hombro, que se movía convulsivamente, miraba hacia Gregorio poniendo los labios en forma de morro, y mientras Gregorio hablaba no estuvo quieto ni un momento, sino que, sin perderle de vista, se iba deslizando hacia la puerta, pero muy lentamente, como si existiese una prohibición secreta de abandonar la habitación. Ya se encontraba en el vestíbulo y, a juzgar por el movimiento repentino con que sacó el pie por última vez del cuarto de estar, podría haberse creído que acababa de quemarse la suela. Ya en

el vestíbulo, extendió la mano derecha lejos de sí y en dirección a la escalera, como si allí le esperase realmente una salvación sobrenatural.
Gregorio comprendió que de ningún modo debía dejar marchar al apoderado en este estado de ánimo, si es que no quería ver extremadamente amenazado su trabajo en el almacén. Los padres no entendían todo esto demasiado bien: durante todos estos largos años habían llegado al convencimiento de que Gregorio estaba colocado en este almacén para el resto de su vida, y además, con las preocupaciones actuales, tenían tanto que hacer, que habían perdido toda previsión. Pero Gregorio poseía esa previsión. El apoderado tenía que ser retenido, tranquilizado, persuadido y, finalmente, atraído. ¡El futuro de Gregorio y de su familia dependía de ello! ¡Si hubiese estado aquí la hermana! Ella era lista; ya había llorado cuando Gregorio todavía estaba tranquilamente sobre su espalda, y seguro que el apoderado, ese aficionado a las mujeres, se hubiese dejado llevar por ella; ella habría cerrado la puerta principal y en el vestíbulo le hubiese disuadido de su miedo. Pero lo cierto es que la hermana no estaba aquí y Gregorio tenía que actuar. Y sin pensar que no conocía todavía su actual capacidad de movimiento, y que sus palabras posiblemente, seguramente incluso, no habían sido entendidas, abandonó la hoja de la puerta y se deslizó a través del hueco abierto. Pretendía dirigirse hacia el apoderado que, de una forma grotesca, se agarraba ya con ambas manos a la barandilla del rellano; pero, buscando algo en que apoyarse, se cayó inmediatamente sobre sus múltiples patitas, dando un pequeño grito. Apenas había sucedido esto, sintió por primera vez en esta mañana un bienestar físico: las patitas tenían suelo firme por debajo, obedecían a la perfección, como advirtió con alegría; incluso intentaban transportarle hacia donde él quería; y ya creía Gregorio que el alivio definitivo de todos sus males se encontraba a su alcance; Pero en el mismo momento en que, balanceándose por el movimiento reprimido, no lejos de su madre, permanecía en el suelo justo enfrente de ella, ésta, que parecía completamente sumida en sus propios pensamientos, dio un salto hacia arriba, con los brazos extendidos, con los dedos muy separados entre sí, y exclamó:
–¡Socorro, por el amor de Dios, socorro!
Mantenía la cabeza inclinada, como si quisiera ver mejor a Gregorio, pero, en contradicción con ello, retrocedió atropelladamente; había olvidado que detrás de ella estaba la mesa puesta; cuando hubo llegado a ella, se sentó encima precipitadamente, como fuera de sí, y no pareció notar que, junto a ella, el café de la cafetera volcada caía a chorros sobre la alfombra.
–¡Madre, madre!– dijo Gregorio en voz baja, y miró hacia ella. Por un

momento había olvidado completamente al apoderado; por el contrario, no pudo evitar, a la vista del café que se derramaba, abrir y cerrar varias veces sus mandíbulas al vacío.
Al verlo la madre gritó nuevamente, huyó de la mesa y cayó en los brazos del padre, que corría a su encuentro. Pero Gregorio no tenía ahora tiempo para sus padres. El apoderado se encontraba ya en la escalera; con la barbilla sobre la barandilla miró de nuevo por última vez. Gregorio tomó impulso para alcanzarle con la mayor seguridad posible. El apoderado debió adivinar algo, porque saltó de una vez varios escalones y desapareció; pero lanzó aún un «¡Uh!», que se oyó en toda la escalera. Lamentablemente esta huida del apoderado pareció desconcertar del todo al padre, que hasta ahora había estado relativamente sereno, pues en lugar de perseguir él mismo al apoderado o, al menos, no obstaculizar a Gregorio en su persecución, agarró con la mano derecha el bastón del apoderado, que aquél había dejado sobre la silla junto con el sombrero y el gabán; tomó con la mano izquierda un gran periódico que había sobre la mesa y, dando patadas en el suelo, comenzó a hacer retroceder a Gregorio a su habitación blandiendo el bastón y el periódico. De nada sirvieron los ruegos de Gregorio, tampoco fueron entendidos, y por mucho que girase humildemente la cabeza, el padre pataleaba aún con más fuerza. Al otro lado, la madre había abierto de par en par una ventana, a pesar del tiempo frío, e inclinada hacia fuera se cubría el rostro con las manos.
Entre la calle y la escalera se estableció una fuerte corriente de aire, las cortinas de las ventanas volaban, se agitaban los periódicos de encima de la mesa, las hojas sueltas revoloteaban por el suelo. El padre le acosaba implacablemente y daba silbidos como un loco. Pero Gregorio todavía no tenía mucha práctica en andar hacia atrás, andaba realmente muy despacio. Si Gregorio se hubiese podido dar la vuelta, enseguida hubiese estado en su habitación, pero tenía miedo de impacientar al padre con su lentitud al darse la vuelta, y a cada instante le amenazaba el golpe mortal del bastón en la espalda o la cabeza. Finalmente, no le quedó a Gregorio otra solución, pues advirtió con angustia que andando hacia atrás ni siquiera era capaz de mantener la dirección, y así, mirando con temor constantemente a su padre de reojo, comenzó a darse la vuelta con la mayor rapidez posible, pero, en realidad, con una gran lentitud. Quizá advirtió el padre su buena voluntad, porque no sólo no le obstaculizó en su empeño, sino que, con la punta de su bastón, le dirigía de vez en cuando, desde lejos, en su movimiento giratorio. ¡Si no hubiese sido por ese insoportable silbar del padre! Por su culpa Gregorio perdía la cabeza por

completo. Ya casi se había dado la vuelta del todo cuando, siempre oyendo ese silbido, incluso se equivocó y retrocedió un poco en su vuelta. Pero cuando por fin, feliz, tenía ya la cabeza ante la puerta, resultó que su cuerpo era demasiado ancho para pasar por ella sin más. Naturalmente, al padre, en su actual estado de ánimo, ni siquiera se le ocurrió ni por lo más remoto abrir la otra hoja de la puerta para ofrecer a Gregorio espacio suficiente. Su idea fija consistía solamente en que Gregorio tenía que entrar en su habitación lo más rápidamente posible; tampoco hubiera permitido jamás los complicados preparativos que necesitaba Gregorio para incorporarse y, de este modo, atravesar la puerta. Es más, empujaba hacia delante a Gregorio con mayor ruido aún, como si no existiese obstáculo alguno. Ya no sonaba tras de Gregorio como si fuese la voz de un solo padre; ahora ya no había que andarse con bromas, y Gregorio se empotró en la puerta, pasase lo que pasase. Uno de los costados se levantó, ahora estaba atravesado en el hueco de la puerta, su costado estaba herido por completo, en la puerta blanca quedaron marcadas unas manchas desagradables, pronto se quedó atascado y sólo no hubiera podido moverse, las patitas de un costado estaban colgadas en el aire, y temblaban, las del otro lado permanecían aplastadas dolorosamente contra el suelo.
Entonces el padre le dio por detrás un fuerte empujón que, en esta situación, le produjo un auténtico alivio, y Gregorio penetró profundamente en su habitación, sangrando con intensidad. La puerta fue cerrada con el bastón y a continuación se hizo, por fin, el silencio.

II

Hasta la caída de la tarde no se despertó Gregorio de su profundo sueño, similar a una pérdida de conocimiento. Seguramente no se hubiese despertado mucho más tarde, aun sin ser molestado, porque se sentía suficientemente repuesto y descansado; sin embargo, le parecía como si le hubiesen despertado unos pasos fugaces y el ruido de la puerta que daba al vestíbulo al ser cerrada con cuidado. El resplandor de las farolas eléctricas de la calle se reflejaba pálidamente aquí y allí en el techo de la habitación y en las partes altas de los muebles, pero abajo, donde se encontraba Gregorio, estaba oscuro. Tanteando todavía torpemente con sus antenas, que ahora aprendía a valorar, se deslizó lentamente hacia la puerta para ver lo que había ocurrido allí. Su costado izquierdo parecía una única y larga cicatriz que le daba desagradables tirones y le obligaba realmente a cojear con sus dos filas de patas. Por cierto, una de las patitas había resultado gravemente herida durante los incidentes de la mañana –casi parecía un milagro

que sólo una hubiese resultado herida–, y se arrastraba sin vida.
Sólo cuando ya había llegado a la puerta advirtió que lo que lo había atraído hacia ella era el olor a algo comestible, porque allí había una escudilla llena de leche dulce en la que nadaban trocitos de pan. Estuvo a punto de llorar de alegría porque ahora tenía aún más hambre que por la mañana, e inmediatamente introdujo la cabeza dentro de la leche casi hasta por encima de los ojos. Pero pronto volvió a sacarla con desilusión. No sólo comer le resultaba difícil debido a su delicado costado izquierdo –sólo podía comer si todo su cuerpo cooperaba jadeando–, sino que, además, la leche, que siempre había sido su bebida favorita, y que seguramente por eso se la había traído la hermana, ya no le gustaba; es más, se retiró casi con repugnancia de la escudilla y retrocedió a rastras hacia el centro de la habitación.
En el cuarto de estar, por lo que veía Gregorio a través de la rendija de la puerta, estaba encendido el gas, pero mientras que –como era habitual a estas horas del día– el padre solía leer en voz alta a la madre, y a veces también a la hermana, el periódico vespertino, ahora no se oía ruido alguno. Bueno, quizá esta costumbre de leer en voz alta, tal como le contaba y le escribía siempre su hermana, se había perdido del todo en los últimos tiempos. Pero todo a su alrededor permanecía en silencio, a pesar de que, sin duda, la casa no estaba vacía. «¡Qué vida tan apacible lleva la familia!», se dijo Gregorio, y, mientras miraba fijamente la oscuridad que reinaba ante él, se sintió muy orgulloso de haber podido proporcionar a sus padres y a su hermana la vida que llevaban en una vivienda tan hermosa. Pero ¿qué ocurriría si toda la tranquilidad, todo el bienestar, toda la satisfacción, llegase ahora a un terrible final? Para no perderse en tales pensamientos, prefirió Gregorio ponerse en movimiento y arrastrarse de acá para allá por la habitación.
En una ocasión, durante el largo anochecer, se abrió una pequeña rendija una vez en una puerta lateral y otra vez en la otra, y ambas se volvieron a cerrar rápidamente; probablemente alguien tenía necesidad de entrar, pero, al mismo tiempo, sentía demasiada vacilación. Entonces Gregorio se paró justamente delante de la puerta del cuarto de estar, decidido a hacer entrar de alguna manera al indeciso visitante, o al menos para saber de quién se trataba; pero la puerta ya no se abrió más y Gregorio esperó en vano. Por la mañana temprano, cuando todas las puertas estaban bajo llave, todos querían entrar en su habitación. Ahora que había abierto una puerta, y que las demás habían sido abiertas sin duda durante el día, no venía nadie y, además, ahora las llaves estaban metidas en las cerraduras desde fuera.
Muy tarde, ya de noche, se apagó la luz en el cuarto de estar y

entonces fue fácil comprobar que los padres y la hermana habían permanecido despiertos todo ese tiempo, porque tal y como se podía oír perfectamente, se retiraban de puntillas los tres juntos en este momento. Así pues, seguramente hasta la mañana siguiente no entraría nadie más en la habitación de Gregorio; disponía de mucho tiempo para pensar, sin que nadie le molestase, sobre cómo debía organizar de nuevo su vida. Pero la habitación de techos altos y que daba la impresión de estar vacía, en la cual estaba obligado a permanecer tumbado en el suelo, lo asustaba sin que pudiera descubrir cuál era la causa, puesto que era la habitación que ocupaba desde hacía cinco años, y con un giro medio inconsciente y no sin una cierta vergüenza, se apresuró a meterse bajo el canapé, en donde, a pesar de que su caparazón era algo estrujado y a pesar de que ya no podía levantar la cabeza, se sintió pronto muy cómodo y solamente lamentó que su cuerpo fuese demasiado ancho para poder desaparecer por completo debajo del canapé.
Allí permaneció durante toda la noche, que pasó, en parte, inmerso en un semisueño, del que una y otra vez lo despertaba el hambre con un sobresalto, y, en parte, entre preocupaciones y confusas esperanzas, que lo llevaban a la consecuencia de que, de momento, debía comportarse con calma y, con la ayuda de una gran paciencia y de una gran consideración por parte de la familia, tendría que hacer soportables las molestias que Gregorio, en su estado actual, no podía evitar producirles.
Ya muy de mañana, era todavía casi de noche, tuvo Gregorio la oportunidad de poner a prueba las decisiones que acababa de tomar, porque la hermana, casi vestida del todo, abrió la puerta desde el vestíbulo y miró con expectación hacia dentro. No lo encontró enseguida, pero cuando lo descubrió debajo del canapé –¡Dios mío, tenía que estar en alguna parte, no podía haber volado!– se asustó tanto que, sin poder dominarse, volvió a cerrar la puerta desde afuera. Pero como si se arrepintiese de su comportamiento, inmediatamente la abrió de nuevo y entró de puntillas, como si se tratase de un enfermo grave o de un extraño. Gregorio había adelantado la cabeza casi hasta el borde del canapé y la observaba. ¿Se daría cuenta de que había dejado la leche, y no por falta de hambre, y le traería otra comida más adecuada? Si no caía en la cuenta por sí misma Gregorio preferiría morir de hambre antes que llamarle la atención sobre esto, a pesar de que sentía unos enormes deseos de salir de debajo del canapé, arrojarse a los pies de la hermana y rogarle que le trajese algo bueno de comer. Pero la hermana reparó con sorpresa en la escudilla llena, a cuyo alrededor se había vertido un poco de leche, y la levantó del

suelo, aunque no lo hizo directamente con las manos, sino con un trapo, y se la llevó. Gregorio tenía mucha curiosidad por saber lo que le traería en su lugar, e hizo al respecto las más diversas conjeturas. Pero nunca hubiese podido adivinar lo que la bondad de la hermana iba realmente a hacer. Para poner a prueba su gusto, le trajo muchas cosas para elegir, todas ellas extendidas sobre un viejo periódico. Había verduras pasadas medio podridas, huesos de la cena, rodeados de una salsa blanca que se había ya endurecido, algunas uvas pasas y almendras, un queso que, hacía dos días, Gregorio había calificado de incomible, un trozo de pan, otro trozo de pan untado con mantequilla y otro trozo de pan untado con mantequilla y sal. Además añadió a todo esto la escudilla que, a partir de ahora, probablemente estaba destinada a Gregorio, en la cual había echado agua. Y por delicadeza, como sabía que Gregorio nunca comería delante de ella, se retiró rápidamente e incluso echó la llave, para que Gregorio se diese cuenta de que podía ponerse todo lo cómodo que desease. Las patitas de Gregorio zumbaban cuando se acercaba el momento de comer. Por cierto, sus heridas ya debían estar curadas del todo porque ya no notaba molestia alguna; se asombró y pensó en cómo, hacía más de un mes, se había cortado un poco un dedo y esa herida, todavía anteayer, le dolía bastante. ¿Tendré ahora menos sensibilidad?, pensó, y ya chupaba con voracidad el queso, que fue lo que más fuertemente y de inmediato lo atrajo de todo. Sucesivamente, a toda velocidad, y con los ojos llenos de lágrimas de alegría, devoró el queso, las verduras y la salsa; los alimentos frescos, por el contrario, no le gustaban, ni siquiera podía soportar su olor, e incluso alejó un poco las cosas que quería comer. Ya hacía tiempo que había terminado y permanecía tumbado perezosamente en el mismo sitio, cuando la hermana, como señal de que debía retirarse, giró lentamente la llave. Esto lo asustó, a pesar de que ya dormitaba, y se apresuró a esconderse bajo el canapé, pero le costó una gran fuerza de voluntad permanecer debajo del canapé aun el breve tiempo en el que la hermana estuvo en la habitación, porque, a causa de la abundante comida, el vientre se había redondeado un poco y apenas podía respirar en el reducido espacio. Entre pequeños ataques de asfixia, veía con ojos un poco saltones cómo la hermana, que nada imaginaba de esto, no solamente barría con su escoba los restos, sino también los alimentos que Gregorio ni siquiera había tocado, como si éstos ya no se pudiesen utilizar, y cómo lo tiraba todo precipitadamente a un cubo, que cerró con una tapa de madera, después de lo cual se lo llevó todo. Apenas se había dado la vuelta cuando Gregorio salía ya de debajo del canapé, se estiraba y se inflaba.

De esta forma recibía Gregorio su comida diaria una vez por la mañana,

cuando los padres y la criada todavía dormían, y la segunda vez después de la comida del mediodía, porque entonces los padres dormían un ratito y la hermana mandaba a la criada a algún recado. Sin duda los padres no querían que Gregorio se muriese de hambre, pero quizá no hubieran podido soportar enterarse de sus costumbres alimenticias más de lo que de ellas les dijese la hermana; quizá la hermana quería ahorrarles una pequeña pena porque, de hecho, ya sufrían bastante.

Gregorio no pudo enterarse de las excusas con las que el médico y el cerrajero habían sido despedidos de la casa en aquella primera mañana, puesto que, como no podían entenderle, nadie, ni siquiera la hermana, pensaba que él pudiera entender a los demás, y así, cuando la hermana estaba en su habitación, tenía que conformarse con escuchar de vez en cuando sus suspiros y sus invocaciones a los santos. Sólo más tarde, cuando ya se había acostumbrado un poco a todo –naturalmente nunca podría pensarse en que se acostumbrase del todo–, cazaba Gregorio a veces una observación hecha amablemente o que así podía interpretarse: «Hoy sí que le ha gustado», decía cuando Gregorio había comido con abundancia, mientras que, en el caso contrario, que poco a poco se repetía con más frecuencia, solía decir casi con tristeza: «Hoy ha sobrado todo».

Mientras que Gregorio no se enteraba de novedad alguna de forma directa, escuchaba algunas cosas procedentes de las habitaciones contiguas. Y allí donde escuchaba voces una sola vez, corría enseguida hacia la puerta correspondiente y se estrujaba con todo su cuerpo contra ella. Especialmente en los primeros tiempos no había ninguna conversación que de alguna manera, si bien sólo en secreto, no tratase de él. A lo largo de dos días se escucharon durante las comidas discusiones sobre cómo se debían comportar ahora; pero también entre las comidas se hablaba del mismo tema, porque siempre había en casa al menos dos miembros de la familia, ya que seguramente nadie quería quedarse solo en casa, y tampoco podían dejar de ningún modo la casa sola. Incluso ya el primer día la criada (no estaba del todo claro qué y cuánto sabía de lo ocurrido) había pedido de rodillas a la madre que la despidiese inmediatamente, y cuando, un cuarto de hora después, se marchaba con lágrimas en los ojos, daba gracias por el despido como por el favor más grande que pudiese hacérsele, y sin que nadie se lo pidiese hizo un solemne juramento de no decir nada a nadie.

Ahora la hermana, junto con la madre, tenía que cocinar, si bien esto no ocasionaba demasiado trabajo porque apenas se comía nada. Una y otra vez escuchaba Gregorio cómo uno animaba en vano al otro a que comiese y no recibía más contestación que: «¡Gracias, tengo

suficiente!», o algo parecido. Quizá tampoco se bebía nada. A veces la hermana preguntaba al padre si quería tomar una cerveza, y se ofrecía amablemente a ir ella misma a buscarla, y como el padre permanecía en silencio, añadía para que él no tuviese reparos, que también podía mandar a la portera, pero entonces el padre respondía, por fin, con un poderoso «no», y ya no se hablaba más del asunto.
Ya en el transcurso del primer día el padre explicó tanto a la madre como a la hermana toda la situación económica y las perspectivas. De vez en cuando se levantaba de la mesa y recogía de la pequeña caja marca Wertheim, que había salvado de la quiebra de su negocio ocurrida hacía cinco años, algún documento o libro de anotaciones. Se oía cómo abría el complicado cerrojo y lo volvía a cerrar después de sacar lo que buscaba. Estas explicaciones del padre eran, en parte, la primera cosa grata que Gregorio oía desde su encierro. Gregorio había creído que al padre no le había quedado nada de aquel negocio, al menos el padre no le había dicho nada en sentido contrario, y, por otra parte, tampoco Gregorio le había preguntado. En aquel entonces la preocupación de Gregorio había sido hacer todo lo posible para que la familia olvidase rápidamente el desastre comercial que los había sumido a todos en la más completa desesperación, y así había empezado entonces a trabajar con un ardor muy especial y, casi de la noche a la mañana, había pasado a ser de un simple dependiente a un viajante que, naturalmente, tenía otras muchas posibilidades de ganar dinero, y cuyos éxitos profesionales, en forma de comisiones, se convierten inmediatamente en dinero constante y sonante, que se podía poner sobre la mesa en casa ante la familia asombrada y feliz. Habían sido buenos tiempos y después nunca se habían repetido, al menos con ese esplendor, a pesar de que Gregorio, después, ganaba tanto dinero, que estaba en situación de cargar con todos los gastos de la familia y así lo hacía. Se habían acostumbrado a esto tanto la familia como Gregorio; se aceptaba el dinero con agradecimiento, él lo entregaba con gusto, pero ya no emanaba de ello un calor especial. Solamente la hermana había permanecido unida a Gregorio, y su intención secreta consistía en mandarla el año próximo al conservatorio sin tener en cuenta los grandes gastos que ello traería consigo y que se compensarían de alguna otra forma, porque ella, al contrario que Gregorio, sentía un gran amor por la música y tocaba el violín de una forma conmovedora. Con frecuencia, durante las breves estancias de Gregorio en la ciudad, se mencionaba el conservatorio en las conversaciones con la hermana, pero sólo como un hermoso sueño en cuya realización no podía ni pensarse, y a los padres ni siquiera les gustaba escuchar estas inocentes alusiones; pero Gregorio pensaba decididamente en ello y

tenía la intención de darlo a conocer solemnemente en Nochebuena.
Este tipo de pensamientos, completamente inútiles en su estado actual, eran los que le pasaban por la cabeza mientras permanecía allí pegado a la puerta y escuchaba. A veces ya no podía escuchar más de puro cansando y, en un descuido, se golpeaba la cabeza contra la puerta, pero inmediatamente volvía a levantarla, porque incluso el pequeño ruido que había producido con ello había sido escuchado al lado y había hecho enmudecer a todos.
–¿Qué es lo que hará? –decía el padre pasados unos momentos y dirigiéndose a todas luces hacia la puerta; después se reanudaba poco a poco la conversación que había sido interrumpida.
De esta forma Gregorio se enteró muy bien –el padre solía repetir con frecuencia sus explicaciones, en parte porque él mismo ya hacía tiempo que no se ocupaba de estas cosas, y, en parte también, porque la madre no entendía todo a la primera– de que, a pesar de la desgracia, todavía quedaba una pequeña fortuna; que los intereses, aún intactos, habían aumentado un poco más durante todo este tiempo. Además, el dinero que Gregorio había traído todos los meses a casa –él sólo había guardado para sí unos pocos florines– no se había gastado del todo y se había convertido en un pequeño capital. Gregorio, detrás de su puerta, asentía entusiasmado, contento por la inesperada previsión y ahorro. La verdad es que con ese dinero sobrante Gregorio podía haber ido liquidando la deuda que tenía el padre con el jefe y el día en que, por fin, hubiese podido abandonar ese trabajo habría estado más cercano; pero ahora era sin duda mucho mejor así, tal y como lo había organizado el padre.
Sin embargo, este dinero no era del todo suficiente como para que la familia pudiese vivir de los intereses; bastaba quizá para mantener a la familia uno, como mucho dos años, más era imposible. Así pues, se trataba de una suma de dinero que, en realidad, no podía tocarse, y que debía ser reservada para un caso de necesidad, pero el dinero para vivir había que ganarlo. Ahora bien, el padre era ciertamente un hombre sano, pero ya viejo, que desde hacía cinco años no trabajaba y que, en todo caso, no debía confiar mucho en sus fuerzas; durante estos cinco años, que habían sido las primeras vacaciones de su esforzada y, sin embargo, infructuosa existencia, había engordado mucho, y por ello se había vuelto muy torpe. ¿Y la anciana madre? ¿Tenía ahora que ganar dinero, ella que padecía de asma, a quien un paseo por la casa producía fatiga, y que pasaba uno de cada dos días con dificultades respiratorias, tumbada en el sofá con la ventana abierta? ¿Y la hermana también tenía que ganar dinero, ella que todavía era una criatura de diecisiete años, a quien uno se alegraba de

poder proporcionar la forma de vida que había llevado hasta ahora, y que consistía en vestirse bien, dormir mucho, ayudar en la casa, participar en algunas diversiones modestas y, sobre todo, tocar el violín? Cuando se empezaba a hablar de la necesidad de ganar dinero Gregorio acababa por abandonar la puerta y arrojarse sobre el fresco sofá de cuero, que estaba junto a la puerta, porque se ponía al rojo vivo de vergüenza y tristeza.

A veces permanecía allí tumbado durante toda la noche, no dormía ni un momento, y se restregaba durante horas sobre el cuero. O bien no retrocedía ante el gran esfuerzo de empujar una silla hasta la ventana, trepar a continuación hasta el antepecho y, subido en la silla, apoyarse en la ventana y mirar a través de la misma, sin duda como recuerdo de lo libre que se había sentido siempre que anteriormente había estado apoyado aquí. Porque, efectivamente, de día en día, veía cada vez con menos claridad las cosas que ni siquiera estaban muy alejadas: ya no podía ver el hospital de enfrente, cuya visión constante había antes maldecido, y si no hubiese sabido muy bien que vivía en la tranquila pero central Charlottenstrasse, podría haber creído que veía desde su ventana un desierto en el que el cielo gris y la gris tierra se unían sin poder distinguirse uno de otra. Sólo dos veces había sido necesario que su atenta hermana viese que la silla estaba bajo la ventana para que, a partir de entonces, después de haber recogido la habitación, la colocase siempre bajo aquélla, e incluso dejase abierta la contraventana interior.

Si Gregorio hubiese podido hablar con la hermana y darle las gracias por todo lo que tenía que hacer por él, hubiese soportado mejor sus servicios, pero de esta forma sufría con ellos. Ciertamente, la hermana intentaba hacer más llevadero lo desagradable de la situación, y, naturalmente, cuanto más tiempo pasaba, tanto más fácil le resultaba conseguirlo, pero también Gregorio adquirió con el tiempo una visión de conjunto más exacta. Ya el solo hecho de que la hermana entrase le parecía terrible.

Apenas había entrado, sin tomarse el tiempo necesario para cerrar la puerta, y eso que siempre ponía mucha atención en ahorrar a todos el espectáculo que ofrecía la habitación de Gregorio, corría derecha hacia la ventana y la abría de par en par, con manos presurosas, como si se asfixiase y, aunque hiciese mucho frío, permanecía durante algunos momentos ante ella, y respiraba profundamente. Estas carreras y ruidos asustaban a Gregorio dos veces al día; durante todo ese tiempo temblaba bajo el canapé y sabía muy bien que ella le hubiese evitado con gusto todo esto, si es que le hubiese sido posible permanecer con la ventana cerrada en la habitación en la que se encontraba Gregorio.

Una vez, hacía aproximadamente un mes de la transformación de

Gregorio, y el aspecto de éste ya no era para la hermana motivo especial de asombro, llegó un poco antes de lo previsto y encontró a Gregorio mirando por la ventana, inmóvil y realmente colocado para asustar. Para Gregorio no hubiese sido inesperado si ella no hubiese entrado, ya que él, con su posición, impedía que ella pudiese abrir de inmediato la ventana, pero ella no solamente no entró, sino que retrocedió y cerró la puerta; un extraño habría podido pensar que Gregorio la había acechado y había querido morderla. Gregorio, naturalmente, se escondió enseguida bajo el canapé, pero tuvo que esperar hasta mediodía antes de que la hermana volviese de nuevo, y además parecía mucho más intranquila que de costumbre. Gregorio sacó la conclusión de que su aspecto todavía le resultaba insoportable y continuaría pareciéndoselo, y que ella tenía que dominarse a sí misma para no salir corriendo al ver incluso la pequeña parte de su cuerpo que sobresalía del canapé. Para ahorrarle también ese espectáculo, transportó un día sobre la espalda –para ello necesitó cuatro horas– la sábana encima del canapé, y la colocó de tal forma que él quedaba tapado del todo, y la hermana, incluso si se agachaba, no podía verlo. Si, en opinión de la hermana, esa sábana no hubiese sido necesaria, podría haberla retirado, porque estaba suficientemente claro que Gregorio no se aislaba por gusto, pero dejó la sábana tal como estaba, e incluso Gregorio creyó adivinar una mirada de gratitud cuando, con cuidado, levantó la cabeza un poco para ver cómo acogía la hermana la nueva disposición.

Durante los primeros catorce días, los padres no consiguieron decidirse a entrar en su habitación, y Gregorio escuchaba con frecuencia cómo ahora reconocían el trabajo de la hermana, a pesar de que anteriormente se habían enfadado muchas veces con ella, porque les parecía una chica un poco inútil. Pero ahora, a veces, ambos, el padre y la madre, esperaban ante la habitación de Gregorio mientras la hermana la recogía y, apenas había salido, tenía que contar con todo detalle qué aspecto tenía la habitación, lo que había comido Gregorio, cómo se había comportado esta vez y si, quizá, se advertía una pequeña mejoría. Por cierto, la madre quiso entrar a ver a Gregorio relativamente pronto, pero el padre y la hermana se lo impidieron, al principio con argumentos racionales, que Gregorio escuchaba con mucha atención, y con los que estaba muy de acuerdo, pero más tarde hubo que impedírselo por la fuerza, y si entonces gritaba: «¡Déjenme entrar a ver a Gregorio, pobre hijo mío! ¿Es que no comprenden que tengo que entrar a verlo?» Entonces Gregorio pensaba que quizá sería bueno que la madre entrase, naturalmente no todos los días, pero sí una vez a la semana; ella comprendía todo mucho mejor que la

hermana, que, a pesar de todo su valor, no era más que una niña, y, en última instancia, quizá sólo se había hecho cargo de una tarea tan difícil por irreflexión infantil.

El deseo de Gregorio de ver a la madre pronto se convirtió en realidad. Durante el día Gregorio no quería mostrarse por la ventana, por consideración a sus padres, pero tampoco podía arrastrarse demasiado por los pocos metros cuadrados del suelo; ya soportaba con dificultad estar tumbado tranquilamente durante la noche, pronto ya ni siquiera la comida le producía alegría alguna y así, para distraerse, adoptó la costumbre de arrastrarse en todas direcciones por las paredes y el techo. Le gustaba especialmente permanecer colgado del techo; era algo muy distinto a estar tumbado en el suelo; se respiraba con más libertad; un ligero balanceo atravesaba el cuerpo; y sumido en la casi feliz distracción en la que se encontraba allí arriba, podía ocurrir que, para su sorpresa, se dejase caer y se golpease contra el suelo. Pero ahora, naturalmente, dominaba su cuerpo de una forma muy distinta a como lo había hecho antes y no se hacía daño, incluso después de semejante caída. La hermana se dio cuenta inmediatamente de la nueva diversión que Gregorio había descubierto –al arrastrarse dejaba tras de sí, por todas partes, huellas de su sustancia pegajosa– y entonces se le metió en la cabeza proporcionar a Gregorio la posibilidad de arrastrarse a gran escala y sacar de allí los muebles que lo impedían, es decir, sobre todo el armario y el escritorio. Ella no era capaz de hacerlo todo sola, tampoco se atrevía a pedir ayuda al padre; la criada no la hubiese ayudado seguramente, porque esa chica, de unos dieciséis años, resistía ciertamente con valor desde que se despidió a la cocinera anterior, pero había pedido el favor de poder mantener la cocina constantemente cerrada y abrirla solamente a una señal determinada. Así pues, no le quedó a la hermana más remedio que valerse de la madre, una vez que estaba el padre ausente.

Con exclamaciones de excitada alegría se acercó la madre, pero enmudeció ante la puerta de la habitación de Gregorio. Primero la hermana se aseguró de que todo en la habitación estaba en orden, después dejó entrar a la madre. Gregorio se había apresurado a colocar la sábana aún más bajo y con más pliegues, de modo que, de verdad, tenía el aspecto de una sábana lanzada casualmente sobre el canapé. Gregorio se abstuvo esta vez de espiar por debajo de la sábana; renunció a ver esta vez a la madre y se contentaba sólo conque hubiese venido.

–Vamos, acércate, no se le ve –dijo la hermana, y, sin duda, llevaba a la madre de la mano. Gregorio oyó entonces cómo las dos débiles mujeres movían de su sitio el pesado y viejo armario, y cómo la

hermana siempre se cargaba la mayor parte del trabajo, sin escuchar las advertencias de la madre que temía que se esforzase demasiado. Duró mucho tiempo. Aproximadamente después de un cuarto de hora de trabajo dijo la madre que deberían dejar aquí el armario, porque, en primer lugar, era demasiado pesado y no acabarían antes de que regresase el padre, y con el armario en medio de la habitación le bloqueaban a Gregorio cualquier camino y, en segundo lugar, no era del todo seguro que se le hiciese a Gregorio un favor con retirar los muebles. A ella le parecía precisamente lo contrario, la vista de las paredes desnudas le oprimía el corazón, y por qué no iba a sentir Gregorio lo mismo, puesto que ya hacía tiempo que estaba acostumbrado a los muebles de la habitación, y por eso se sentiría abandonado en la habitación vacía.

–Y es que acaso no... –finalizó la madre en voz baja, aunque ella hablaba siempre casi susurrando, como si quisiera evitar que Gregorio, cuyo escondite exacto ella ignoraba, escuchase siquiera el sonido de su voz, porque ella estaba convencida de que él no entendía las palabras.

–¿Y es que acaso no parece que retirando los muebles le mostramos que perdemos toda esperanza de mejoría y lo abandonamos a su suerte sin consideración alguna? Yo creo que lo mejor sería que intentásemos conservar la habitación en el mismo estado en que se encontraba antes, para que Gregorio, cuando regrese de nuevo con nosotros, encuentre todo tal como estaba y pueda olvidar más fácilmente este paréntesis de tiempo.

Al escuchar estas palabras de la madre, Gregorio reconoció que la falta de toda conversación inmediata con un ser humano, junto a la vida monótona en el seno de la familia, tenía que haber confundido sus facultades mentales a lo largo de estos dos meses, porque de otro modo no podía explicarse que hubiese podido desear seriamente que se vaciase su habitación. ¿Deseaba realmente permitir que transformasen la cálida habitación amueblada confortablemente, con muebles heredados de su familia, en una cueva en la que, efectivamente, podría arrastrarse en todas direcciones sin obstáculo alguno, teniendo, sin embargo, como contrapartida, que olvidarse al mismo tiempo, rápidamente y por completo, de su pasado humano? Ya se encontraba a punto de olvidar y solamente le había animado la voz de su madre, que no había oído desde hacía tiempo. Nada debía retirarse, todo debía quedar como estaba, no podía prescindir en su estado de la bienhechora influencia de los muebles, y si los muebles le impedían arrastrarse sin sentido de un lado para otro, no se trataba de un perjuicio, sino de una gran ventaja.

Pero la hermana era, lamentablemente, de otra opinión; no sin cierto

derecho, se había acostumbrado a aparecer frente a los padres como experta al discutir sobre asuntos concernientes a Gregorio, y de esta forma el consejo de la madre era para la hermana motivo suficiente para retirar no sólo el armario y el escritorio, como había pensado en un principio, sino todos los muebles a excepción del imprescindible canapé. Naturalmente, no sólo se trataba de una terquedad pueril y de la confianza en sí misma que en los últimos tiempos, de forma tan inesperada y difícil, había conseguido, lo que la impulsaba a esta exigencia; ella había observado, efectivamente, que Gregorio necesitaba mucho sitio para arrastrarse y que, en cambio, no utilizaba en absoluto los muebles, al menos por lo que se veía. Pero quizá jugaba también un papel importante el carácter exaltado de una chica de su edad, que busca su satisfacción en cada oportunidad, y por el que Greta ahora se dejaba tentar con la intención de hacer más que ahora, porque en una habitación en la que sólo Gregorio era dueño y señor de las paredes vacías, no se atrevería a entrar ninguna otra persona más que Greta.

Así pues, no se dejó disuadir de sus propósitos por la madre, que también, de pura inquietud, parecía sentirse insegura en esta habitación; pronto enmudeció y ayudó a la hermana con todas sus fuerzas a sacar el armario. Bueno, en caso de necesidad, Gregorio podía prescindir del armario, pero el escritorio tenía que quedarse; y apenas habían abandonado las mujeres la habitación con el armario, en el cual se apoyaban gimiendo, cuando Gregorio sacó la cabeza de debajo del canapé para ver cómo podía tomar cartas en el asunto lo más prudente y discretamente posible. Pero, por desgracia, fue precisamente la madre quien regresó primero, mientras Greta, en la habitación contigua, sujetaba el armario rodeándolo con los brazos y lo empujaba sola de acá para allá, naturalmente, sin moverlo un ápice de su sitio. Pero la madre no estaba acostumbrada a ver a Gregorio, podría haberse puesto enferma por su culpa, y así Gregorio, andando hacia atrás, se alejó asustado hasta el otro extremo del canapé, pero no pudo evitar que la sábana se moviese un poco por la parte de delante. Esto fue suficiente para llamar la atención de la madre. Ésta se detuvo, permaneció allí un momento en silencio y luego volvió con Greta.

A pesar de que Gregorio se repetía una y otra vez que no ocurría nada fuera de lo común, sino que sólo se cambiaban de sitio algunos muebles, sin embargo, como pronto habría de confesarse a sí mismo, este ir y venir de las mujeres, sus breves gritos, el arrastre de los muebles sobre el suelo, le producían la impresión de un gran barullo, que crecía procedente de todas las direcciones y, por mucho que encogía la cabeza y las patas sobre sí mismo y apretaba el cuerpo

contra el suelo, tuvo que confesarse irremisiblemente que no soportaría todo esto mucho tiempo. Ellas le vaciaban su habitación, le quitaban todo aquello a lo que tenía cariño, el armario en el que guardaba la sierra y otras herramientas ya lo habían sacado; ahora ya aflojaban el escritorio, que estaba fijo al suelo, en el cual había hecho sus deberes cuando era estudiante de comercio, alumno del instituto e incluso alumno de la escuela primaria. Ante esto no le quedaba ni un momento para comprobar las buenas intenciones que tenían las dos mujeres, y cuya existencia, por cierto, casi había olvidado, porque de puro agotamiento trabajaban en silencio y solamente se oían las sordas pisadas de sus pies.

Y así salió de repente –las mujeres estaban en ese momento en la habitación contigua, apoyadas en el escritorio para tomar aliento–, cambió cuatro veces la dirección de su marcha, no sabía a ciencia cierta qué era lo que debía salvar primero, cuando vio en la pared ya vacía, llamándole la atención, el cuadro de la mujer envuelta en pieles. Se arrastró apresuradamente hacia arriba y se apretó contra el cuadro, cuyo cristal lo sujetaba y le aliviaba el ardor de su vientre. Al menos este cuadro, que Gregorio tapaba ahora por completo, seguro que no se lo llevaba nadie. Volvió la cabeza hacia la puerta del cuarto de estar para observar a las mujeres cuando volviesen.

No se habían permitido una larga tregua y ya volvían; Greta había rodeado a su madre con el brazo y casi la llevaba en volandas.

–¿Qué nos llevamos ahora? –dijo Greta, y miró a su alrededor. Entonces sus miradas se cruzaron con las de Gregorio, que estaba en la pared. Seguramente sólo a causa de la presencia de la madre conservó su serenidad, inclinó su rostro hacia la madre, para impedir que ella mirase a su alrededor, y dijo temblando y aturdida:

–Ven, ¿nos volvemos un momento al cuarto de estar?

Gregorio veía claramente la intención de Greta, quería llevar a la madre a un lugar seguro y luego echarle de la pared. Bueno, ¡que lo intentase! Él permanecería sobre su cuadro y no renunciaría a él. Prefería saltarle a Greta a la cara.

Pero justamente las palabras de Greta inquietaron a la madre, quien se echó a un lado y vio la gigantesca mancha pardusca sobre el papel pintado de flores y, antes de darse realmente cuenta de que aquello que veía era Gregorio, gritó con voz ronca y estridente:

–¡Ay Dios mío, ay Dios mío! –y con los brazos extendidos cayó sobre el canapé, como si renunciase a todo, y se quedó allí inmóvil.

–¡Cuidado, Gregorio! –gritó la hermana levantando el puño y con una mirada penetrante. Desde la transformación eran estas las primeras palabras que le dirigía directamente. Corrió a la habitación contigua

para buscar alguna esencia con la que pudiese despertar a su madre de su inconsciencia; Gregorio también quería ayudar –había tiempo más que suficiente para salvar el cuadro–, pero estaba pegado al cristal y tuvo que desprenderse con fuerza, luego corrió también a la habitación de al lado como si pudiera dar a la hermana algún consejo, como en otros tiempos, pero tuvo que quedarse detrás de ella sin hacer nada; cuando Greta volvía entre diversos frascos, se asustó al darse la vuelta y un frasco se cayó al suelo y se rompió y un trozo de cristal hirió a Gregorio en la cara; una medicina corrosiva se derramó sobre él. Sin detenerse más tiempo, Greta cogió todos los frascos que podía llevar y corrió con ellos hacia donde estaba la madre; cerró la puerta con el pie. Gregorio estaba ahora aislado de la madre, que quizá estaba a punto de morir por su culpa; no debía abrir la habitación, no quería echar a la hermana que tenía que permanecer con la madre; ahora no tenía otra cosa que hacer que esperar; y, afligido por los remordimientos y la preocupación, comenzó a arrastrarse, se arrastró por todas partes: paredes, muebles y techos, y finalmente, en su desesperación, cuando ya la habitación empezaba a dar vueltas a su alrededor, se desplomó en medio de la gran mesa.

Pasó un momento, Gregorio yacía allí extenuado, a su alrededor todo estaba tranquilo, quizá esto era una buena señal. Entonces sonó el timbre. La chica estaba, naturalmente, encerrada en su cocina y Greta tenía que ir a abrir. El padre había llegado.

–¿Qué ha ocurrido? –fueron sus primeras palabras.

El aspecto de Greta lo revelaba todo. Greta contestó con voz ahogada, si duda apretaba su rostro contra el pecho del padre:

–Madre se quedó inconsciente, pero ya está mejor. Gregorio ha escapado.

–Ya me lo esperaba –dijo el padre–, se los he dicho una y otra vez, pero ustedes, las mujeres, nunca hacen caso.

Gregorio se dio cuenta de que el padre había interpretado mal la escueta información de Greta y sospechaba que Gregorio había hecho uso de algún acto violento. Por eso ahora tenía que intentar apaciguar al padre, porque para darle explicaciones no tenía ni el tiempo ni la posibilidad. Así pues, Gregorio se precipitó hacia la puerta de su habitación y se apretó contra ella para que el padre, ya desde el momento en que entrase en el vestíbulo, viese que Gregorio tenía la más sana intención de regresar inmediatamente a su habitación, y que no era necesario hacerle retroceder, sino que sólo hacía falta abrir la puerta e inmediatamente desaparecería. Pero el padre no estaba en situación de advertir tales sutilezas.

–¡Ah! –gritó al entrar, en un tono como si al mismo tiempo estuviese

furioso y contento. Gregorio retiró la cabeza de la puerta y la levantó hacia el padre. Nunca se hubiese imaginado así al padre, tal y como estaba allí; bien es verdad que en los últimos tiempos, puesta su atención en arrastrarse por todas partes, había perdido la ocasión de preocuparse como antes de los asuntos que ocurrían en el resto de la casa, y tenía realmente que haber estado preparado para encontrar las circunstancias cambiadas. Aun así, aun así. ¿Era este todavía el padre? ¿El mismo hombre que yacía sepultado en la cama, cuando, en otros tiempos, Gregorio salía en viaje de negocios? ¿El mismo hombre que, la tarde en que volvía, le recibía en bata sentado en su sillón, y que no estaba en condiciones de levantarse, sino que, como señal de alegría, sólo levantaba los brazos hacia él? ¿El mismo hombre que, durante los poco frecuentes paseos en común, un par de domingos al año o en las festividades más importantes, se abría paso hacia delante entre Gregorio y la madre, que ya de por sí andaban despacio, aún más despacio que ellos, envuelto en su viejo abrigo, siempre apoyando con cuidado el bastón, y que, cuando quería decir algo, casi siempre se quedaba parado y congregaba a sus acompañantes a su alrededor? Pero ahora estaba muy derecho, vestido con un rígido uniforme azul con botones, como los que llevan los ordenanzas de los bancos; por encima del cuello alto y tieso de la chaqueta sobresalía su gran papada; por debajo de las pobladas cejas se abría paso la mirada, despierta y atenta, de unos ojos negros. El cabello blanco, en otro tiempo desgreñado, estaba ahora ordenado en un peinado a raya brillante y exacto. Arrojó su gorra, en la que había bordado un monograma dorado, probablemente el de un banco, sobre el canapé a través de la habitación formando un arco, y se dirigió hacia Gregorio con el rostro enconado, las puntas de la larga chaqueta del uniforme echadas hacia atrás, y las manos en los bolsillos del pantalón. Probablemente ni él mismo sabía lo que iba a hacer, sin embargo levantaba los pies a una altura desusada y Gregorio se asombró del tamaño enorme de las suelas de sus botas. Pero Gregorio no permanecía parado, ya sabía desde el primer día de su nueva vida que el padre, con respecto a él, sólo consideraba oportuna la mayor rigidez. Y así corría delante del padre, se paraba si el padre se paraba, y se apresuraba a seguir hacia delante con sólo que el padre se moviese. Así recorrieron varias veces la habitación sin que ocurriese nada decisivo y sin que ello hubiese tenido el aspecto de una persecución, como consecuencia de la lentitud de su recorrido. Por eso Gregorio permaneció de momento sobre el suelo, especialmente porque temía que el padre considerase una especial maldad por su parte la huida a las paredes o al techo. Por otra parte, Gregorio tuvo que confesarse a sí mismo que no soportaría por

mucho tiempo estas carreras, porque mientras el padre daba un paso, él tenía que realizar un sinnúmero de movimientos. Ya comenzaba a sentir ahogos, bien es verdad que tampoco anteriormente había tenido unos pulmones dignos de confianza. Mientras se tambaleaba con la intención de reunir todas sus fuerzas para la carrera, apenas tenía los ojos abiertos; en su embotamiento no pensaba en otra posibilidad de salvación que la de correr; y ya casi había olvidado que las paredes estaban a su disposición, bien es verdad que éstas estaban obstruidas por muelles llenos de esquinas y picos. En ese momento algo, lanzado sin fuerza, cayó junto a él, y echó a rodar por delante de él. Era una manzana; inmediatamente siguió otra; Gregorio se quedó inmóvil del susto; seguir corriendo era inútil, porque el padre había decidido bombardearle. Con la fruta procedente del frutero que estaba sobre el aparador se había llenado los bolsillos y lanzaba manzana tras manzana sin apuntar con exactitud, de momento. Estas pequeñas manzanas rojas rodaban por el suelo como electrificadas y chocaban unas con otras. Una manzana lanzada sin fuerza rozó la espalda de Gregorio, pero resbaló sin causarle daños. Sin embargo, otra que la siguió inmediatamente, se incrustó en la espalda de Gregorio; éste quería continuar arrastrándose, como si el increíble y sorprendente dolor pudiese aliviarse al cambiar de sitio; pero estaba como clavado y se estiraba, totalmente desconcertado.
Sólo al mirar por última vez alcanzó a ver cómo la puerta de su habitación se abría de par en par y por delante de la hermana, que chillaba, salía corriendo la madre en enaguas, puesto que la hermana la había desnudado para proporcionarle aire mientras permanecía inconsciente; vio también cómo, a continuación, la madre corría hacia el padre y, en el camino, perdía una tras otra sus enaguas desatadas, y cómo tropezando con ellas, caía sobre el padre, y abrazándole, unida estrechamente a él –ya empezaba a fallarle la vista a Gregorio–, le suplicaba, cruzando las manos por detrás de su nuca, que perdonase la vida de Gregorio.

III

La grave herida de Gregorio, cuyos dolores soportó más de un mes –la manzana permaneció empotrada en la carne como recuerdo visible, ya que nadie se atrevía a retirarla–, pareció recordar, incluso al padre, que Gregorio, a pesar de su triste y repugnante forma actual, era un miembro de la familia, a quien no podía tratarse como a un enemigo, sino frente al cual el deber familiar era aguantarse la repugnancia y resignarse, nada más que resignarse.

Y si Gregorio ahora, por culpa de su herida, probablemente había perdido agilidad para siempre, y por lo pronto necesitaba para cruzar su habitación como un viejo inválido largos minutos –no se podía ni pensar en arrastrarse por las alturas–, sin embargo, en compensación por este empeoramiento de su estado, recibió, en su opinión, una reparación más que suficiente: hacia el anochecer se abría la puerta del cuarto de estar, la cual solía observar fijamente ya desde dos horas antes, de forma que, tumbado en la oscuridad de su habitación, sin ser visto desde el comedor, podía ver a toda la familia en la mesa iluminada y podía escuchar sus conversaciones, en cierto modo con el consentimiento general, es decir, de una forma completamente distinta a como había sido hasta ahora.

Naturalmente, ya no se trataba de las animadas conversaciones de antaño, en las que Gregorio, desde la habitación de su hotel, siempre había pensado con cierta nostalgia cuando, cansado, tenía que meterse en la cama húmeda. La mayoría de las veces transcurría el tiempo en silencio. El padre no tardaba en dormirse en la silla después de la cena, y la madre y la hermana se recomendaban mutuamente silencio; la madre, inclinada muy por debajo de la luz, cosía ropa fina para un comercio de moda; la hermana, que había aceptado un trabajo como dependienta, estudiaba por la noche estenografía y francés, para conseguir, quizá más tarde, un puesto mejor. A veces el padre se despertaba y, como si no supiera que había dormido, decía a la madre: «¡Cuánto coses hoy también!», e inmediatamente volvía a dormirse mientras la madre y la hermana se sonreían mutuamente.

Por una especie de obstinación, el padre se negaba a quitarse el uniforme mientras estaba en casa; y mientras la bata colgaba inútilmente de la percha, dormitaba el padre en su asiento, completamente vestido, como si siempre estuviese preparado para el servicio e incluso en casa esperase también la voz de su superior. Como consecuencia, el uniforme, que no era nuevo ya en un principio, empezó a ensuciarse a pesar del cuidado de la madre y de la hermana. Gregorio se pasaba con frecuencia tardes enteras mirando esta brillante ropa, completamente manchada, con sus botones dorados siempre limpios, con la que el anciano dormía muy incómodo y, sin embargo, tranquilo.

En cuanto el reloj daba las diez, la madre intentaba despertar al padre en voz baja y convencerle para que se fuese a la cama, porque éste no era un sueño auténtico y el padre tenía necesidad de él, porque tenía que empezar a trabajar a las seis de la mañana. Pero con la obstinación que se había apoderado de él desde que se había convertido en ordenanza, insistía en quedarse más tiempo a la mesa, a pesar de que,

normalmente, se quedaba dormido y, además, sólo con grandes esfuerzos podía convencérsele de que cambiase la silla por la cama. Ya podían la madre y la hermana insistir con pequeñas amonestaciones, durante un cuarto de hora daba cabezadas lentamente, mantenía los ojos cerrados y no se levantaba. La madre le tiraba del brazo, diciéndole al oído palabras cariñosas, la hermana abandonaba su trabajo para ayudar a la madre, pero esto no tenía efecto sobre el padre. Se hundía más profundamente en su silla. Sólo cuando las mujeres lo cogían por debajo de los hombros, abría los ojos, miraba alternativamente a la madre y a la hermana, y solía decir: «¡Qué vida ésta! ¡Ésta es la tranquilidad de mis últimos días!», y apoyado sobre las dos mujeres se levantaba pesadamente, como si él mismo fuese su más pesada carga, se dejaba llevar por ellas hasta la puerta, allí les hacía una señal de que no las necesitaba, y continuaba solo, mientras que la madre y la hermana dejaban apresuradamente su costura y su pluma para correr tras el padre y continuar ayudándolo.
¿Quién en esta familia, agotada por el trabajo y rendida de cansancio, iba a tener más tiempo del necesario para ocuparse de Gregorio? El presupuesto familiar se reducía cada vez más, la criada acabó por ser despedida. Una asistenta gigantesca y huesuda, con el pelo blanco y desgreñado, venía por la mañana y por la noche, y hacía el trabajo más pesado; todo lo demás lo hacía la madre, además de su mucha costura. Ocurrió incluso el caso de que varias joyas de la familia, que la madre y la hermana habían lucido entusiasmadas en reuniones y fiestas, hubieron de ser vendidas, según se enteró Gregorio por la noche por la conversación acerca del precio conseguido. Pero el mayor motivo de queja era que no se podía dejar esta casa, que resultaba demasiado grande en las circunstancias presentes, ya que no sabían cómo se podía trasladar a Gregorio. Pero Gregorio comprendía que no era sólo la consideración hacia él lo que impedía un traslado, porque se le hubiera podido transportar fácilmente en un cajón apropiado con un par de agujeros para el aire; lo que, en primer lugar, impedía a la familia un cambio de casa era, aún más, la desesperación total y la idea de que habían sido azotados por una desgracia como no había igual en todo su círculo de parientes y amigos. Todo lo que el mundo exige de la gente pobre lo cumplían ellos hasta la saciedad: el padre iba a buscar el desayuno para el pequeño empleado de banco, la madre se sacrificaba por la ropa de gente extraña, la hermana, a la orden de los clientes, corría de un lado para otro detrás del mostrador, pero las fuerzas de la familia ya no daban para más. La herida de la espalda comenzaba otra vez a dolerle a Gregorio como recién hecha cuando la madre y la hermana, después de haber llevado al padre a la cama, regresaban,

dejaban a un lado el trabajo, se acercaban una a otra, sentándose muy juntas. Entonces la madre, señalando hacia la habitación de Gregorio, decía: «Cierra la puerta, Greta», y cuando Gregorio se encontraba de nuevo en la oscuridad, fuera las mujeres confundían sus lágrimas o simplemente miraban fijamente a la mesa sin llorar.

Gregorio pasaba las noches y los días casi sin dormir. A veces pensaba que la próxima vez que se abriese la puerta él se haría cargo de los asuntos de la familia como antes; en su mente aparecieron de nuevo, después de mucho tiempo, el jefe y el encargado; los dependientes y los aprendices; el mozo de los recados, tan corto de luces; dos, tres amigos de otros almacenes; una camarera de un hotel de provincias; un recuerdo amado y fugaz: una cajera de una tienda de sombreros a quien había hecho la corte seriamente, pero con demasiada lentitud; todos ellos aparecían mezclados con gente extraña o ya olvidada, pero en lugar de ayudarle a él y a su familia, todos ellos eran inaccesibles, y Gregorio se sentía aliviado cuando desaparecían. Pero después ya no estaba de humor para preocuparse por su familia, solamente sentía rabia por el mal cuidado de que era objeto y, a pesar de que no podía imaginarse algo que le hiciese sentir apetito, hacía planes sobre cómo podría llegar a la despensa para tomar de allí lo que quisiese, incluso aunque no tuviese hambre alguna. Sin pensar más en qué es lo que podría gustar a Gregorio, la hermana, por la mañana y al mediodía, antes de marcharse a la tienda, empujaba apresuradamente con el pie cualquier comida en la habitación de Gregorio, para después recogerla por la noche con el palo de la escoba, tanto si la comida había sido probada como si –y éste era el caso más frecuente– ni siquiera hubiera sido tocada. Recoger la habitación, cosa que ahora hacía siempre por la noche, no podía hacerse más deprisa. Franjas de suciedad se extendían por las paredes, por todas partes había ovillos de polvo y suciedad.

Al principio, cuando llegaba la hermana, Gregorio se colocaba en el rincón más significativamente sucio para, en cierto modo, hacerle reproches mediante esta posición. Pero seguramente hubiese podido permanecer allí semanas enteras sin que la hermana hubiese mejorado su actitud por ello; ella veía la suciedad lo mismo que él, pero se había decidido a dejarla allí. Al mismo tiempo, con una susceptibilidad completamente nueva en ella y que, en general, se había apoderado de toda la familia, ponía especial atención en el hecho de que se reservase solamente a ella el cuidado de la habitación de Gregorio. En una ocasión la madre había sometido la habitación de Gregorio a una gran limpieza, que había logrado solamente después de utilizar varios cubos de agua –la humedad, sin embargo, también molestaba a Gregorio, que yacía extendido, amargado e inmóvil sobre el canapé–, pero el castigo

de la madre no se hizo esperar, porque apenas había notado la hermana por la tarde el cambio en la habitación de Gregorio, cuando, herida en lo más profundo de sus sentimientos, corrió al cuarto de estar y, a pesar de que la madre suplicaba con las manos levantadas, rompió en un mar de lágrimas, que los padres –el padre se despertó sobresaltado en su silla–, al principio, observaban asombrados y sin poder hacer nada, hasta que, también ellos, comenzaron a sentirse conmovidos. El padre, a su derecha, reprochaba a la madre que no hubiese dejado al cuidado de la hermana la limpieza de la habitación de Gregorio; a su izquierda, decía a gritos a la hermana que nunca más volvería a limpiar la habitación de Gregorio. Mientras que la madre intentaba llevar al dormitorio al padre, que no podía más de irritación, la hermana, sacudida por los sollozos, golpeaba la mesa con sus pequeños puños, y Gregorio silbaba de pura rabia porque a nadie se le ocurría cerrar la puerta para ahorrarle este espectáculo y este ruido.

Pero incluso si la hermana, agotada por su trabajo, estaba ya harta de cuidar de Gregorio como antes, tampoco la madre tenía que sustituirla y no era necesario que Gregorio hubiese sido abandonado, porque para eso estaba la asistenta. Esa vieja viuda, que en su larga vida debía haber superado lo peor con ayuda de su fuerte constitución, no sentía repugnancia alguna por Gregorio. Sin sentir verdadera curiosidad, una vez había abierto por casualidad la puerta de la habitación de Gregorio y, al verle, se quedó parada, asombrada con los brazos cruzados, mientras éste, sorprendido y a pesar de que nadie le perseguía, comenzó a correr de un lado a otro.

Desde entonces no perdía la oportunidad de abrir un poco la puerta por la mañana y por la tarde para echar un vistazo a la habitación de Gregorio. Al principio le llamaba hacia ella con palabras que, probablemente, consideraba amables, como: «¡Ven aquí, viejo escarabajo pelotero!» o «¡Miren al viejo escarabajo pelotero!» Gregorio no contestaba nada a tales llamadas, sino que permanecía inmóvil en su sitio, como si la puerta no hubiese sido abierta. ¡Si se le hubiese ordenado a esa asistenta que limpiase diariamente la habitación en lugar de dejar que le molestase inútilmente a su antojo! Una vez, por la mañana temprano –una intensa lluvia golpeaba los cristales, quizá como signo de la primavera que ya se acercaba– cuando la asistenta empezó otra vez con sus improperios, Gregorio se enfureció tanto que se dio la vuelta hacia ella como para atacarla, pero de forma lenta y débil. Sin embargo, la asistenta, en vez de asustarse, alzó simplemente una silla, que se encontraba cerca de la puerta, y, tal como permanecía allí, con la boca completamente abierta, estaba clara su intención de cerrar la boca sólo cuando la silla que tenía en la mano acabase en la

espalda de Gregorio.
–¿Conque no seguimos adelante? –preguntó, al ver que Gregorio se daba de nuevo la vuelta, y volvió a colocar la silla tranquilamente en el rincón.
Gregorio ya no comía casi nada. Sólo si pasaba por casualidad al lado de la comida tomaba un bocado para jugar con él en la boca, lo mantenía allí horas y horas y, la mayoría de las veces acababa por escupirlo. Al principio pensó que lo que le impedía comer era la tristeza por el estado de su habitación, pero precisamente con los cambios de la habitación se reconcilió muy pronto. Se habían acostumbrado a meter en esta habitación cosas que no podían colocar en otro sitio, y ahora había muchas cosas de éstas, porque una de las habitaciones de la casa había sido alquilada a tres huéspedes. Estos señores tan severos –los tres tenían barba, según pudo comprobar Gregorio por una rendija de la puerta– ponían especial atención en el orden, no sólo ya de su habitación, sino de toda la casa, puesto que se habían instalado aquí, y especialmente en el orden de la cocina. No soportaban trastos inútiles ni mucho menos sucios. Además, habían traído una gran parte de sus propios muebles. Por ese motivo sobraban muchas cosas que no se podían vender ni tampoco se querían tirar. Todas estas cosas acababan en la habitación de Gregorio. Lo mismo ocurrió con el cubo de la ceniza y el cubo de la basura de la cocina. La asistenta, que siempre tenía mucha prisa, arrojaba simplemente en la habitación de Gregorio todo lo que, de momento, no servía; por suerte, Gregorio sólo veía, la mayoría de las veces, el objeto correspondiente y la mano que lo sujetaba. La asistenta tenía, quizá, la intención de recoger de nuevo las cosas cuando hubiese tiempo y oportunidad, o quizá tirarlas todas de una vez, pero lo cierto es que todas se quedaban tiradas en el mismo lugar en que habían caído al arrojarlas, a no ser que Gregorio se moviese por entre los trastos y los pusiese en movimiento, al principio obligado a ello porque no había sitio libre para arrastrarse, pero más tarde con creciente satisfacción, a pesar de que después de tales paseos acababa mortalmente agotado y triste, y durante horas permanecía inmóvil.
Como los huéspedes a veces tomaban la cena en el cuarto de estar, la puerta permanecía algunas noches cerrada, pero Gregorio renunciaba gustoso a abrirla, incluso algunas noches en las que había estado abierta no se había aprovechado de ello, sino que, sin que la familia lo notase, se había tumbado en el rincón más oscuro de la habitación. Pero en una ocasión la asistenta había dejado un poco abierta la puerta que daba al cuarto de estar y se quedó abierta incluso cuando los huéspedes llegaron y se dio la luz. Se sentaban a la mesa en los mismos sitios en que antes habían comido el padre, la madre y

Gregorio, desdoblaban las servilletas y tomaban en la mano cuchillo y tenedor. Al momento aparecía por la puerta la madre con una fuente de carne, y poco después lo hacía la hermana con una fuente llena de patatas. La comida humeaba. Los huéspedes se inclinaban sobre las fuentes que había ante ellos como si quisiesen examinarlas antes de comer, y, efectivamente, el señor que estaba sentado en medio y que parecía ser el que más autoridad tenía de los tres, cortaba un trozo de carne en la misma fuente con el fin de comprobar si estaba lo suficientemente tierna, o quizá tenía que ser devuelta a la cocina. La prueba le satisfacía, la madre y la hermana, que habían observado todo con impaciencia, comenzaban a sonreír respirando profundamente.
La familia comía en la cocina. A pesar de ello, el padre, antes de entrar en ésta, entraba en la habitación y con una sola reverencia y la gorra en la mano, daba una vuelta a la mesa. Los huéspedes se levantaban y murmuraban algo para el cuello de su camisa. Cuando ya estaban solos, comían casi en absoluto silencio. A Gregorio le parecía extraño el hecho de que, de todos los variados ruidos de la comida, una y otra vez se escuchasen los dientes al masticar, como si con ello quisieran mostrarle a Gregorio que para comer se necesitan los dientes y que, aun con las más hermosas mandíbulas, sin dientes no se podía conseguir nada.
–Pero si yo no tengo apetito –se decía Gregorio preocupado–, pero me apetecen estas cosas. ¡Cómo comen los huéspedes y yo me muero!
Precisamente aquella noche –Gregorio no se acordaba de haberlo oído en todo el tiempo– se escuchó el violín. Los huéspedes ya habían terminado de cenar, el de en medio había sacado un periódico, les había dado una hoja a cada uno de los otros dos, y los tres fumaban y leían echados hacia atrás. Cuando el violín comenzó a sonar escucharon con atención, se levantaron y, de puntillas, fueron hacia la puerta del vestíbulo, en la que permanecieron quietos de pie, apretados unos junto a otros. Desde la cocina se les debió oír, porque el padre gritó:
–¿Les molesta a los señores la música? Inmediatamente puede dejar de tocarse.
–Al contrario –dijo el señor de en medio–. ¿No desearía la señorita entrar con nosotros y tocar aquí en la habitación, donde es mucho más cómodo y agradable?
–Naturalmente –exclamó el padre, como si el violinista fuese él mismo.
Los señores regresaron a la habitación y esperaron. Pronto llegó el padre con el atril, la madre con la partitura y la hermana con el violín. La hermana preparó con tranquilidad todo lo necesario para tocar. Los padres, que nunca antes habían alquilado habitaciones, y por ello exageraban la amabilidad con los huéspedes, no se atrevían a sentarse

en sus propias sillas; el padre se apoyó en la puerta, con la mano derecha colocada entre dos botones de la librea abrochada; a la madre le fue ofrecida una silla por uno de los señores y, como la dejó en el lugar en el que, por casualidad, la había colocado el señor, permanecía sentada en un rincón apartado.
La hermana empezó a tocar; el padre y la madre, cada uno desde su lugar, seguían con atención los movimientos de sus manos; Gregorio, atraído por la música, había avanzado un poco hacia delante y ya tenía la cabeza en el cuarto de estar. Ya apenas se extrañaba de que en los últimos tiempos no tenía consideración con los demás; antes estaba orgulloso de tener esa consideración y, precisamente ahora, hubiese tenido mayor motivo para esconderse, porque, como consecuencia del polvo que reinaba en su habitación, y que volaba por todas partes al menor movimiento, él mismo estaba también lleno de polvo. Sobre su espalda y sus costados arrastraba consigo por todas partes hilos, pelos, restos de comida... Su indiferencia hacia todo era demasiado grande como para tumbarse sobre su espalda y restregarse contra la alfombra, tal como hacía antes varias veces al día. Y, a pesar de este estado, no sentía vergüenza alguna de avanzar por el suelo impecable del comedor.
Por otra parte, nadie le prestaba atención. La familia estaba completamente absorta en la música del violín; por el contrario, los huéspedes, que al principio, con las manos en los bolsillos, se habían colocado demasiado cerca detrás del atril de la hermana, de forma que podrían haber leído la partitura, lo cual sin duda tenía que estorbar a la hermana, hablando a media voz, con las cabezas inclinadas, se retiraron pronto hacia la ventana, donde permanecieron observados por el padre con preocupación. Realmente daba a todas luces la impresión de que habían sido decepcionados en su suposición de escuchar una pieza bella o divertida al violín, de que estaban hartos de la función y sólo permitían que se les molestase por amabilidad. Especialmente la forma en que echaban a lo alto el humo de los cigarrillos por la boca y por la nariz denotaba gran nerviosismo. Y, sin embargo, la hermana tocaba tan bien... Su rostro estaba inclinado hacia un lado, atenta y tristemente seguían sus ojos las notas del pentagrama. Gregorio avanzó un poco más y mantenía la cabeza pegada al suelo para, quizá, poder encontrar sus miradas. ¿Es que era ya una bestia a la que le emocionaba la música?
Le parecía como si se le mostrase el camino hacia el desconocido y anhelado alimento. Estaba decidido a acercarse hasta la hermana, tirarle de la falda y darle así a entender que ella podía entrar con su violín en su habitación porque nadie podía recompensar su música

como él quería hacerlo. No quería dejarla salir nunca de su habitación, al menos mientras él viviese; su horrible forma le sería útil por primera vez; quería estar a la vez en todas las puertas de su habitación y tirarse a los que le atacasen; pero la hermana no debía quedarse con él por la fuerza, sino por su propia voluntad; debería sentarse junto a él sobre el canapé, inclinar el oído hacía él, y él deseaba confiarle que había tenido la firme intención de enviarla al conservatorio y que si la desgracia no se hubiese cruzado en su camino la Navidad pasada –probablemente la Navidad ya había pasado– se lo hubiese dicho a todos sin preocuparse de réplica alguna. Después de esta confesión, la hermana estallaría en lágrimas de emoción y Gregorio se levantaría hasta su hombro y le daría un beso en el cuello, que, desde que iba a la tienda, llevaba siempre al aire sin cintas ni adornos.

–¡Señor Samsa! –gritó el señor de en medio al padre y señaló, sin decir una palabra más, con el índice hacia Gregorio, que avanzaba lentamente. El violín enmudeció. En un principio el huésped de en medio sonrió a sus amigos moviendo la cabeza y, a continuación, miró hacia Gregorio. El padre, en lugar de echar a Gregorio, consideró más necesario, ante todo, tranquilizar a los huéspedes, a pesar de que ellos no estaban nerviosos en absoluto y Gregorio parecía distraerles más que el violín. Se precipitó hacia ellos e intentó, con los brazos abiertos, empujarles a su habitación y, al mismo tiempo, evitar con su cuerpo que pudiesen ver a Gregorio. Ciertamente se enfadaron un poco, no se sabía ya si por el comportamiento del padre, o porque ahora se empezaban a dar cuenta de que, sin saberlo, habían tenido un vecino como Gregorio. Exigían al padre explicaciones, levantaban los brazos, se tiraban intranquilos de la barba y, muy lentamente, retrocedían hacia su habitación.

Entre tanto, la hermana había superado el desconcierto en que había caído después de interrumpir su música de una forma tan repentina, había reaccionado de pronto, después de que durante unos momentos había sostenido en las manos caídas con indolencia el violín y el arco, y había seguido mirando la partitura como si todavía tocase, había colocado el instrumento en el regazo de la madre, que todavía seguía sentada en su silla con dificultades para respirar y agitando violentamente los pulmones, y había corrido hacia la habitación de al lado, a la que los huéspedes se acercaban cada vez más deprisa ante la insistencia del padre. Se veía cómo, gracias a las diestras manos de la hermana, las mantas y almohadas de las camas volaban hacia lo alto y se ordenaban. Antes de que los señores hubiesen llegado a la habitación, había terminado de hacer las camas y se había escabullido hacia fuera. El padre parecía estar hasta tal punto dominado por su

obstinación, que olvidó todo el respeto que, ciertamente, debía a sus huéspedes. Sólo les empujaba y les empujaba hasta que, ante la puerta de la habitación, el señor de en medio dio una patada atronadora contra el suelo y así detuvo al padre.

–Participo a ustedes –dijo, levantando la mano y buscando con sus miradas también a la madre y a la hermana– que, teniendo en cuenta las repugnantes circunstancias que reinan en esta casa y en esta familia –en este punto escupió decididamente sobre el suelo–, en este preciso instante dejo la habitación. Por los días que he vívido aquí no pagaré, naturalmente, lo más mínimo: por el contrario, me pensaré si no procedo contra ustedes con algunas reclamaciones muy fáciles, créanme, de justificar.

Calló y miró hacia delante como si esperase algo. En efecto, sus dos amigos intervinieron inmediatamente con las siguientes palabras:

–También nosotros dejamos en este momento la habitación.

A continuación agarró el picaporte y cerró la puerta de un portazo. El padre se tambaleaba tanteando con las manos en dirección a su silla y se dejó caer en ella. Parecía como si se preparase para su acostumbrada siestecita nocturna, pero la profunda inclinación de su cabeza, abatida como si nada la sostuviese, mostraba que de ninguna manera dormía. Gregorio yacía todo el tiempo en silencio en el mismo sitio en que le habían descubierto los huéspedes. La decepción por el fracaso de sus planes, pero quizá también la debilidad causada por el hambre que pasaba, le impedían moverse. Temía con cierto fundamento que dentro de unos momentos se desencadenase sobre él una tormenta general, y esperaba. Ni siquiera se sobresaltó con el ruido del violín que, por entre los temblorosos dedos de la madre, se cayó de su regazo y produjo un sonido retumbante.

–Queridos padres –dijo la hermana y, como introducción, dio un golpe sobre la mesa–, esto no puede seguir así. Si ustedes no se dan cuenta, yo sí me doy. No quiero, ante esta bestia, pronunciar el nombre de mi hermano, y por eso solamente digo: tenemos que intentar quitárnoslo de encima. Hemos hecho todo lo humanamente posible por cuidarlo y aceptarlo; creo que nadie puede hacernos el menor reproche.

–Tienes razón una y mil veces –dijo el padre para sus adentros. La madre, que aún no tenía aire suficiente, comenzó a toser sordamente sobre la mano que tenía ante la boca, con una expresión de enajenación en los ojos.

La hermana corrió hacia la madre y le sujetó la frente. El padre parecía estar enfrascado en determinados pensamientos; gracias a las palabras de la hermana, se había sentado más derecho, jugueteaba con su gorra por entre los platos, que desde la cena de los huéspedes seguían en la

mesa, y miraba de vez en cuando a Gregorio, que permanecía en silencio.
–Tenemos que intentar quitárnoslo de encima –dijo entonces la hermana, dirigiéndose sólo al padre, porque la madre, con su tos, no oía nada–. Los va a matar a los dos, ya lo veo venir. Cuando hay que trabajar tan duramente como lo hacemos nosotros no se puede, además, soportar en casa este tormento sin fin. Yo tampoco puedo más– y rompió a llorar de una forma tan violenta, que sus lágrimas caían sobre el rostro de la madre, la cual las secaba mecánicamente con las manos.
–Pero hija –dijo el padre compasivo y con sorprendente comprensión–. ¡Qué podemos hacer!
Pero la hermana sólo se encogió de hombros como signo de la perplejidad que, mientras lloraba, se había apoderado de ella, en contraste con su seguridad anterior.
–Sí él nos entendiese... –dijo el padre en tono medio interrogante.
La hermana, en su llanto, movió violentamente la mano como señal de que no se podía ni pensar en ello.
–Sí él nos entendiese... –repitió el padre, y cerrando los ojos hizo suya la convicción de la hermana acerca de la imposibilidad de ello–, entonces sería posible llegar a un acuerdo con él, pero así...
–Tiene que irse –exclamó la hermana–, es la única posibilidad, padre. Sólo tienes que desechar la idea de que se trata de Gregorio. El haberlo creído durante tanto tiempo ha sido nuestra auténtica desgracia, pero ¿cómo es posible que sea Gregorio? Si fuese Gregorio hubiese comprendido hace tiempo que una convivencia entre personas y semejante animal no es posible, y se hubiese marchado por su propia voluntad: ya no tendríamos un hermano, pero podríamos continuar viviendo y conservaríamos su recuerdo con honor. Pero esta bestia nos persigue, echa a los huéspedes, quiere, evidentemente, adueñarse de toda la casa y dejar que pasemos la noche en la calle. ¡Mira, padre –gritó de repente–, ya empieza otra vez!
Y con un miedo completamente incomprensible para Gregorio, la hermana abandonó incluso a la madre, se arrojó literalmente de su silla, como si prefiriese sacrificar a la madre antes de permanece cerca de Gregorio, y se precipitó detrás del padre que, principalmente irritado por su comportamiento, se puso también en pie y levantó los brazos a media altura por delante de la hermana para protegerla.
Pero Gregorio no pretendía, ni por lo más remoto, asustar a nadie, ni mucho menos a la hermana. Solamente había empezado a darse la vuelta para volver a su habitación y esto llamaba la atención, ya que, como consecuencia de su estado enfermizo, para dar tan difíciles

vueltas tenía que ayudarse con la cabeza, que levantaba una y otra vez y que golpeaba contra el suelo. Se detuvo y miró a su alrededor; su buena intención pareció ser entendida; sólo había sido un susto momentáneo, ahora todos lo miraban tristes y en silencio. La madre yacía en su silla con las piernas extendidas y apretadas una contra otra, los ojos casi se le cerraban de puro agotamiento. El padre y la hermana estaban sentados uno junto a otro, y la hermana había colocado su brazo alrededor del cuello del padre.

«Quizá pueda darme la vuelta ahora», pensó Gregorio, y empezó de nuevo su actividad. No podía contener los resuellos por el esfuerzo y de vez en cuando tenía que descansar. Por lo demás, nadie le apremiaba, se le dejaba hacer lo que quisiera. Cuando hubo dado la vuelta del todo comenzó enseguida a retroceder todo recto... Se asombró de la gran distancia que le separaba de su habitación y no comprendía cómo, con su debilidad, hacía un momento había recorrido el mismo camino sin notarlo. Concentrándose constantemente en avanzar con rapidez, apenas se dio cuenta de que ni una palabra, ni una exclamación de su familia le molestaba. Cuando ya estaba en la puerta volvió la cabeza, no por completo, porque notaba que el cuello se le ponía rígido, pero sí vio aún que tras de él nada había cambiado, sólo la hermana se había levantado. Su última mirada acarició a la madre que, por fin, se había quedado profundamente dormida. Apenas entró en su habitación se cerró la puerta y echaron la llave.

Gregorio se asustó tanto del repentino ruido producido detrás de él, que las patitas se le doblaron. Era la hermana quien se había apresurado tanto. Había permanecido en pie allí y había esperado, con ligereza había saltado hacia delante, Gregorio ni siquiera la había oído venir, y gritó un «¡Por fin!» a los padres mientras echaba la llave.

«¿Y ahora?», se preguntó Gregorio, y miró a su alrededor en la oscuridad.

Pronto descubrió que ya no se podía mover. No se extrañó por ello, más bien le parecía antinatural que, hasta ahora, hubiera podido moverse con estas patitas. Por lo demás, se sentía relativamente a gusto. Bien es verdad que le dolía todo el cuerpo, pero le parecía como si los dolores se hiciesen más y más débiles y, al final, desapareciesen por completo. Apenas sentía ya la manzana podrida de su espalda y la infección que producía a su alrededor, cubiertas ambas por un suave polvo. Pensaba en su familia con cariño y emoción, su opinión de que tenía que desaparecer era, si cabe, aún más decidida que la de su hermana. En este estado de apacible y letárgica meditación permaneció hasta que el reloj de la torre dio las tres de la madrugada. Vivió todavía el comienzo del amanecer detrás de los cristales. A continuación, contra

su voluntad, su cabeza se desplomó sobre el suelo y sus orificios nasales exhalaron el último suspiro.
Cuando, por la mañana temprano, llegó la asistenta –de pura fuerza y prisa daba tales portazos que, aunque repetidas veces se le había pedido que procurase evitarlo, desde el momento de su llegada era ya imposible concebir el sueño en toda la casa– en su acostumbrada y breve visita a Gregorio nada le llamó al principio la atención. Pensaba que estaba allí tumbado tan inmóvil a propósito y se hacía el ofendido, le creía capaz de tener todo el entendimiento posible. Como tenía por casualidad la larga escoba en la mano, intentó con ella hacer cosquillas a Gregorio desde la puerta. Al no conseguir nada con ello, se enfadó, y pinchó a Gregorio ligeramente, y sólo cuando, sin que él opusiese resistencia, le había movido de su sitio, le prestó atención. Cuando se dio cuenta de las verdaderas circunstancias abrió mucho los ojos, silbó para sus adentros, pero no se entretuvo mucho tiempo, sino que abrió de par en par las puertas del dormitorio y exclamó en voz alta hacia la oscuridad.
–¡Fíjense, ha reventado, ahí está, ha reventado del todo!
El matrimonio Samsa estaba sentado en la cama e intentaba sobreponerse del susto de la asistenta antes de llegar a comprender su aviso. Pero después, el señor y la señora Samsa, cada uno por su lado, se bajaron rápidamente de la cama. El señor Samsa se echó la colcha por los hombros, la señora Samsa apareció en camisón, así entraron en la habitación de Gregorio. Entre tanto, también se había abierto la puerta del cuarto de estar, en donde dormía Greta desde la llegada de los huéspedes; estaba completamente vestida, como si no hubiese dormido, su rostro pálido parecía probarlo.
–¿Muerto? –dijo la señora Samsa, y levantó los ojos con gesto interrogante hacia la asistenta a pesar de que ella misma podía comprobarlo e incluso podía darse cuenta de ello sin necesidad de comprobarlo
–digo, ¡ya lo creo! –dijo la asistenta y, como prueba, empujó el cadáver de Gregorio con la escoba un buen trecho hacia un lado. La señora Samsa hizo un movimiento como si quisiera detener la escoba, pero no lo hizo.
–Bueno –dijo el señor Samsa–, ahora podemos dar gracias a Dios –se santiguó y las tres mujeres siguieron su ejemplo.
Greta, que no apartaba los ojos del cadáver, dijo:
–Miren qué flaco estaba, ya hacía mucho tiempo que no comía nada. Las comidas salían tal como entraban.
Efectivamente, el cuerpo de Gregorio estaba completamente plano y seco, sólo se daban realmente cuenta de ello ahora que ya no le

levantaban sus patitas, y ninguna otra cosa distraía la mirada.
–Greta, ven un momento a nuestra habitación –dijo la señora Samsa con una sonrisa melancólica, y Greta fue al dormitorio detrás de los padres, no sin volver la mirada hacia el cadáver. La asistenta cerró la puerta y abrió del todo la ventana. A pesar de lo temprano de la mañana ya había una cierta tibieza mezclada con el aire fresco. Ya era finales de marzo.
Los tres huéspedes salieron de su habitación y miraron asombrados a su alrededor en busca de su desayuno; se habían olvidado de ellos:
–¿Dónde está el desayuno? –preguntó de mal humor el señor de en medio a la asistenta, pero ésta se colocó el dedo en la boca e hizo a los señores, apresurada y silenciosamente, señales con la mano para que fuesen a la habitación de Gregorio. Así pues, fueron y permanecieron en pie, con las manos en los bolsillos de sus chaquetas algo gastadas, alrededor del cadáver, en la habitación de Gregorio ya totalmente iluminada.
Entonces se abrió la puerta del dormitorio y el señor Samsa apareció vestido con su librea, de un brazo su mujer y del otro su hija. Todos estaban un poco llorosos; a veces Greta apoyaba su rostro en el brazo del padre.
–Salgan ustedes de mi casa inmediatamente –dijo el señor Samsa, y señaló la puerta sin soltar a las mujeres.
–¿Qué quiere usted decir? –dijo el señor de en medio algo aturdido, y sonrió con cierta hipocresía. Los otros dos tenían las manos en la espalda y se las frotaban constantemente una contra otra, como si esperasen con alegría una gran pelea que tenía que resultarles favorable.
–Quiero decir exactamente lo que digo –contestó el señor Samsa, dirigiéndose con sus acompañantes hacia el huésped. Al principio éste se quedó allí en silencio y miró hacia el suelo, como si las cosas se dispusiesen en un nuevo orden en su cabeza.
–Pues entonces nos vamos –dijo después, y levantó los ojos hacia el señor Samsa como si, en un repentino ataque de humildad, le pidiese incluso permiso para tomar esta decisión.
El señor Samsa solamente asintió brevemente varias veces con los ojos muy abiertos. A continuación el huésped se dirigió, en efecto, a grandes pasos hacia el vestíbulo; sus dos amigos llevaban ya un rato escuchando con las manos completamente tranquilas y ahora daban verdaderos brincos tras de él, como si tuviesen miedo de que el señor Samsa entrase antes que ellos en el vestíbulo e impidiese el contacto con su guía. Ya en el vestíbulo, los tres cogieron sus sombreros del perchero, sacaron sus bastones de la bastonera, hicieron una

reverencia en silencio y salieron de la casa. Con una desconfianza completamente infundada, como se demostraría después, el señor Samsa salió con las dos mujeres al rellano; apoyados sobre la barandilla veían cómo los tres, lenta pero constantemente, bajaban la larga escalera, en cada piso desaparecían tras un determinado recodo y volvían a aparecer a los pocos instantes. Cuanto más abajo estaban tanto más interés perdía la familia Samsa por ellos, y cuando un oficial carnicero, con la carga en la cabeza en una posición orgullosa, se les acercó de frente y luego, cruzándose con ellos, siguió subiendo, el señor Samsa abandonó la barandilla con las dos mujeres y todos regresaron aliviados a su casa.

Decidieron utilizar aquel día para descansar e ir de paseo; no solamente se habían ganado esta pausa en el trabajo, sino que, incluso, la necesitaban a toda costa. Así pues, se sentaron a la mesa y escribieron tres justificantes: el señor Samsa a su dirección, la señora Samsa al señor que le daba trabajo, y Greta al dueño de la tienda. Mientras escribían entró la asistenta para decir que ya se marchaba porque había terminado su trabajo de por la mañana. Los tres que escribían solamente asintieron al principio sin levantar la vista; cuando la asistenta no daba señales de retirarse levantaron la vista enfadados.

–¿Qué pasa? –preguntó el señor Samsa.

La asistenta permanecía de pie junto a la puerta, como si quisiera participar a la familia un gran éxito, pero que sólo lo haría cuando la interrogaran con todo detalle. La pequeña pluma de avestruz colocada casi derecha sobre su sombrero, que, desde que estaba a su servicio, incomodaba al señor Samsa, se balanceaba suavemente en todas las direcciones.

–¿Qué es lo que quiere usted? –preguntó la señora Samsa que era, de todos, la que más respetaba la asistenta.

–Bueno– contestó la asistenta, y no podía seguir hablando de puro sonreír amablemente–, no tienen que preocuparse de cómo deshacerse de la cosa esa de al lado. Ya está todo arreglado.

La señora Samsa y Greta se inclinaron de nuevo sobre sus cartas, como si quisieran continuar escribiendo; el señor Samsa, que se dio cuenta de que la asistenta quería empezar a contarlo todo con todo detalle, lo rechazó decididamente con la mano extendida. Como no podía contar nada, recordó la gran prisa que tenía, gritó visiblemente ofendida: «¡Adiós a todos!», se dio la vuelta con rabia y abandonó la casa con un portazo tremendo.

–Esta noche la despido– dijo el señor Samsa, pero no recibió una respuesta ni de su mujer ni de su hija, porque la asistenta parecía haber turbado la tranquilidad apenas recién conseguida. Se levantaron,

fueron hacia la ventana y permanecieron allí abrazadas. El señor Samsa se dio la vuelta en su silla hacia ellas y las observó en silencio un momento, luego las llamó:

–Vamos, vengan. Olviden de una vez las cosas pasadas y tengan un poco de consideración conmigo.

Las mujeres lo obedecieron enseguida, corrieron hacia él, lo acariciaron y terminaron rápidamente sus cartas. Después, los tres abandonaron la casa juntos, cosa que no habían hecho desde hacía meses, y se marcharon al campo, fuera de la ciudad, en el tranvía. El vehículo en el que estaban sentados solos estaba totalmente iluminado por el cálido sol. Recostados cómodamente en sus asientos, hablaron de las perspectivas para el futuro y llegaron a la conclusión de que, vistas las cosas más de cerca, no eran malas en absoluto, porque los tres trabajos, a este respecto todavía no se habían preguntado realmente unos a otros, eran sumamente buenos y, especialmente, muy prometedores para el futuro. Pero la gran mejoría inmediata de la situación tenía que producirse, naturalmente, con más facilidad con un cambio de casa; ahora querían cambiarse a una más pequeña y barata, pero mejor ubicada y, sobre todo, más práctica que la actual, que había sido escogida por Gregorio.

Mientras hablaban así, al señor y a la señora Samsa se les ocurrió casi al mismo tiempo, al ver a su hija cada vez más animada, que en los últimos tiempos, a pesar de las calamidades que habían hecho palidecer sus mejillas, se había convertido en una joven lozana y hermosa. Tornándose cada vez más silenciosos y entendiéndose casi inconscientemente con las miradas, pensaban que ya llegaba el momento de buscarle un buen marido, y para ellos fue como una confirmación de sus nuevos sueños y buenas intenciones cuando, al final de su viaje, fue la hija quien se levantó primero y estiró su cuerpo joven.

CONTEMPLACIÓN
(1913)

NIÑOS EN LA CARRETERA

Muchas veces oía pasar los coches junto a la cerca del jardín, los veía a través de los intersticios apenas oscilantes del follaje. ¡Cómo crujía por el calor estival la madera de sus ruedas y varas! Del campo volvían los labradores, y se reían escandalosamente.

Estaba sentado en nuestro pequeño columpio, descansando entre los árboles del jardín de mis padres.
Al otro lado de la cerca el ruido no cesaba. Los pasos de niños correteando desaparecían en un instante; carros de cosechadores, con hombres y mujeres arriba y alrededor, oscurecían los canteros de flores; hacia el atardecer veía pasearse a un señor con un bastón, y a un par de muchachas que venían cogidas del brazo en dirección opuesta, y se hacían a un lado sobre el césped, saludándolo.
Luego los pájaros salpicaban el espacio con su vuelo; yo los seguía con los ojos, los veía subir de un solo impulso, hasta que ya no me parecía que subieran, sino que yo caía; debía sostenerme de las sogas, y comenzaba a balancearme un poco, de debilidad; pronto me columpiaba con más fuerza, el aire refrescaba y en vez de pájaros en vuelo parecían temblorosas estrellas.
Cenaba a la luz de una bujía. A menudo apoyaba los brazos en la madera, y ya cansado, comía mi pan con manteca. Las agujereadas cortinas se hinchaban bajo el viento caliente, y muchas veces alguien que pasaba por afuera las sujetaba con la mano, como si quisiera verme mejor y hablar conmigo. Generalmente la bujía se apagaba de golpe y seguían girando los insectos un rato en el humo oscuro de la vela. Si alguien me interrogaba desde la ventana, lo miraba como se mira una montaña o al vacío, y tampoco a él le importaba mucho que yo le respondiera. Pero si alguien saltaba sobre el alféizar de la ventana, y me anunciaba que los demás estaban ya frente a la casa, me levantaba lanzando un suspiro.
–¿Y ahora por qué suspiras? ¿Qué ha ocurrido? ¿Alguna desgracia irremediable? ¿Nunca más podremos ser lo que éramos antes? Realmente, ¿está todo perdido?
Nada estaba perdido. Salíamos corriendo de la casa. –Gracias a Dios, por fin has llegado.
–Siempre llegas tarde.
–¿Sólo yo llego tarde?
–Tú más que los otros; quédate en tu casa si no quieres venir con nosotros.
–¡Sin cuartel!
–¿Qué? ¿Sin cuartel? ¿Qué estás diciendo?
Nos zambullíamos de cabeza en el atardecer. No existían ni el día ni la noche. Tan pronto se entrechocaban como dientes los botones de nuestros chalecos como corríamos regularmente espaciados, con fuego en la boca, como animales tropicales. Saltando hacia los aires y pisando fuerte, como los coraceros de las guerras antiguas, nos empujábamos mutuamente a lo largo de la corta callejuela, y con ese impulso todavía

en las piernas seguíamos un trecho por el camino principal. Algunos se metían en las alcantarillas, y apenas habían desaparecido frente al oscuro terraplén, cuando ya se les veía como forasteros en el sendero superior, desde donde nos gritaban.
–¡Bajad!
–¡Primero subid vosotros!
–Para que nos tiréis abajo; no, gracias, no somos tan tontos.
–Tan cobardes, querréis decir. Venid en seguida, venid.
–¿De veras? ¿Vosotros? ¿Nada menos que vosotros queréis tirarnos abajo? Me gustaría verlo.
Hacíamos la prueba, nos daban un empujón en el pecho y caíamos sobre la hierba de la alcantarilla, encantados. Todo nos parecía uniformemente cálido, en la hierba no sentíamos ni calor ni frío, solamente cansancio.
Cuando uno se volvía sobre el costado derecho, con la mano debajo de la cabeza, sentía deseos de dormir. Pero uno quería volver a levantarse, con la barbilla erguida, sólo para volver a caer en una zanja más profunda. Con el brazo extendido y las piernas abiertas, uno quería lanzarse al aire, y caer sin duda en una zanja aún más honda. Y nos hubiera gustado seguir indefinidamente con este juego.
Cuando llegábamos a las últimas alcantarillas no nos preocupaba la mejor manera de echarnos para dormir, especialmente si estábamos de rodillas y permanecíamos de espaldas, como enfermos con ganas de llorar. Parpadeábamos a veces, cuando algún niño con las manos en la cintura saltaba con sus oscuras suelas del talud al camino, por encima de nosotros.
La luna había alcanzado ya una cierta altura y alumbraba el paso del coche correo. Una suave brisa comenzaba a soplar en todas partes, también se la sentía en el fondo de las zanjas; en las cercanías, el bosque empezaba a susurrar. Entonces uno no sentía tantos deseos de estar solo.
–¿Dónde estáis?
–¡Venid aquí!
–¡Todos juntos!
–¿Por qué te escondes? Déjate de tonterías.
–¿No has visto que ya pasó el correo?
–¡No! ¿Ya pasó?
–¡Naturalmente! Pasó por el camino mientras dormías.
–¿Yo dormía? No puede ser.
–Cállate, si se te ve en la cara.
–Pues te digo que no.
–Ven.

Corríamos más apretados, algunos se daban la mano, llevábamos la cabeza lo más erguida que podíamos, porque el camino bajaba. Alguien lanzaba el grito de guerra de las pieles rojas, nuestras piernas se lanzaban a galopar como nunca; al saltar, el viento nos cogía por la cintura. Nada hubiera podido detenernos; corríamos con tal ímpetu que aún cuando alcanzábamos a alguno podíamos cruzar los brazos y mirar tranquilamente en derredor.
Nos deteníamos junto al puente del arroyo; los que habían seguido corriendo, volvían. Debajo, el agua golpeaba contra las piedras y las raíces como si no hubiera anochecido aún. No había ningún motivo para que alguno de nosotros no saltara sobre el parapeto del puente.
Detrás del follaje distante pasaba un tren, los vagones estaban iluminados, las ventanillas herméticamente cerradas. Uno de nosotros comenzaba a entonar una canción callejera; pero todos queríamos cantar. Cantábamos mucho más rápido que el tren, nos cogíamos del brazo, porque las voces no bastaban; nuestros cantos se unían en un estrépito que nos hacía bien. Cuando uno mezcla su voz con la de los demás, es como si se lo llevaran con un anzuelo.
Así cantábamos, de espaldas al bosque, para los oídos de los viajeros lejanos. En el pueblo, los mayores estaban despiertos todavía, las madres preparaban las camas para la noche.
Ya era hora. Besaba al que estaba a mi lado, daba la mano a los tres que estaban más cerca, y echaba a correr por el camino; nadie me llamaba. En el primer cruce, donde ya no podían verme, me volvía y retornaba corriendo al bosque, iba hacia la ciudad, que quedaba hacia el sur del bosque; de ella decían en nuestro pueblo:
–Allí sí hay gente extraña. Imagínense que no duermen.
–¿Y por qué no duermen?
–Porque no están nunca cansados.
–¿Y por qué no?
–Porque son tontos.
–¿Y los tontos no se cansan?
–¿Cómo van a cansarse los tontos?

DESENMASCARAMIENTO DE UN EMBAUCADOR

Por fin, hacia las diez de la noche, llegué con aquel hombre a quien apenas conocía y que no se había despegado de mí durante dos largas horas de paseos callejeros, ante la casa señorial donde tendría lugar una reunión a la que estaba invitado.
–Bueno –dije, y junté ruidosamente las palmas de las manos, para

indicarle la necesaria inminencia de una despedida.
Ya había hecho algunas tentativas menos explícitas y estaba bastante cansado.
–¿Piensa entrar ya? –me preguntó.
De su boca surgía un ruido como de dientes entrechocados.
–Sí.
Yo estaba invitado; ya se lo había dicho una vez. Pero invitado a entrar en esa casa, donde tantos deseos tenía de entrar, y no a quedarme allí, ante la puerta, mirando más allá de la cabeza de mi interlocutor, guardando silencio como si hubiéramos decidido quedarnos siempre en ese lugar. Ya compartían ese silencio las casas que nos rodeaban, y la oscuridad que de ellas ascendía hasta las estrellas. Y los pasos de algún transeúnte invisible, cuyo destino no se sentía ganas de investigar; el viento, que azotaba insistentemente el lado opuesto de la calle, un gramófono que cantaba detrás de la ventana cerrada de alguna habitación... todos querían participar de este silencio, como si les hubiera pertenecido desde siempre.
Y mi acompañante se suscribía en su nombre, y después de una sonrisa, también en el mío, extendiendo hacia arriba el brazo derecho, contra la pared, y apoyando la cara en ella, con los ojos cerrados.
Pero no quise ver el final de esa sonrisa, porque de pronto se apoderó de mí la vergüenza. Sólo ante esa sonrisa me había dado cuenta de que el hombre era un embaucador, y nada más. Y sin embargo hacía meses que me encontraba en esa ciudad, creía conocer perfectamente a estos embaucadores, que de noche vienen hacia nosotros con las manos extendidas, como taberneros, surgiendo de calles secundarias; que rondan constantemente en torno de los postes de propaganda, a nuestro lado, como si jugaran al escondite, y nos espían desde el otro lado del poste, al menos con un ojo; que de pronto aparecen en las esquinas, cuando estamos indecisos, sobre el borde de la acera. Sin embargo, yo los comprendía perfectamente, porque eran las primeras personas que había conocido en los pequeños albergues de la ciudad, y a ellos les debía los primeros signos de una intransigencia que siempre me había parecido una cualidad tan universal, y que ahora comenzaba a asomar en mí. ¡Cómo se adherían a uno, a pesar de que uno se alejaba de ellos, aun cuando uno les negaba la más mínima esperanza! ¡Cómo no se desalentaban, cómo no cejaban, e insistían en mirarnos con rostros que aun desde lejos seguían siendo suplicantes! Y sus recursos eran siempre los mismos: se colocaban ante nosotros, lo más visiblemente posible; trataban de impedir que fuéramos donde quisiéramos; nos ofrecían en cambio un asilo en su propio pecho, y cuando por fin el sentimiento contenido dentro nuestro estallaba, lo

aceptaban dichosos, como si fuera un abrazo en el que impetuosamente se sumergían.
Y yo había sido capaz de estar tanto tiempo al lado de ese hombre sin reconocer el viejo juego. Me froté las manos, para borrar la infamia.
Pero el hombre seguía inclinado hacia mí, como antes, considerándose aún un perfecto embaucador; su complacencia ante su propio destino le coloreaba la mejilla descubierta.
–¡Descubierto! –le dije, y lo palmeé suavemente en el hombro. Luego subí con rapidez la escalinata, y los rostros de los criados en el vestíbulo, desinteresadamente afectuosos, me alegraron como una hermosa sorpresa. Los contemplé uno por uno, mientras que me quitaban el abrigo y me limpiaban los zapatos. Respirando con alivio, y con el cuerpo erguido, entré en la sala.

EL PASEO REPENTINO

Cuando decidido definitivamente a pasar la velada en casa, cuando se ha puesto la chaqueta más cómoda, se ha sentado después de la cena frente a la mesa iluminada, y comenzado algún trabajo o algún juego, después del cual podrá irse tranquilamente a la cama, como de costumbre; cuando afuera hace mal tiempo, y quedarse en casa parece lo más natural; cuando ya hace tanto tiempo que se está sentado junto a la mesa que el mero hecho de salir provocaría la sorpresa general; cuando además el vestíbulo está a oscuras y la puerta de la calle con cerrojo; y cuando a pesar de todo uno se levanta, presa de repentina inquietud, se quita la chaqueta, se viste con ropa de calle, explica que se ve obligado a salir, y después de una breve despedida sale, cerrando con mayor o menor estrépito la puerta de la calle; cuando se está en la calle, y se ve que los miembros responden con singular agilidad a esa inesperada libertad que se les ha concedido; cuando gracias a esta decisión se siente reunidas en sí todas las posibilidades de decisión; cuando se comprende con más claridad que de costumbre que tiene más poder que necesidad de provocar y soportar con facilidad los más rápidos cambios, y cuando se recorre así las largas calles; entonces, por una noche, al separarse completamente de la familia, que se desvanece en la nada, uno se convierte en una silueta vigorosa, de atrevidos y negros trazos, que golpea los muslos con la mano, y se adquiere la verdadera imagen y estatura.
Todo esto resulta más decisivo aún si a estas altas horas de la noche se decide ir a casa de un amigo, para ver cómo está.

RESOLUCIONES

Salir de un estado de melancolía debiera ser fácil, aun a fuerza de simple voluntad. Trato de levantarme de la silla, rodeo la mesa, muevo la cabeza y el cabello, hago destellar los ojos y distiendo los músculos. Desafiando mis propios deseos, saludo con entusiasmo a A. cuando viene a visitarme, tolero amablemente a B. en mi habitación, y a pesar del sufrimiento y devoro a grandes bocados todo lo que dice C.

Pero a pesar de todo, con un simple desliz que no hubiera podido evitar, destruyo toda mi labor, lo fácil y lo difícil, y me veo preso nuevamente en el mismo círculo anterior.

Por lo tanto, tal vez sea mejor soportarlo todo con pasividad, comportarse como una simple masa, y si uno se siente arrastrado, no dejarse inducir al menor paso innecesario, contemplar a los demás con la mirada de un animal, no sentir ningún remordimiento en fin, ahogar con una sola mano el fantasma de vida que aún subsista, es decir, aumentar en lo posible la postrera calma sepulcral, y no dejar subsistir nada más.

El movimiento característico de este estado consiste en frotar el dedo meñique sobre las cejas.

LA EXCURSIÓN A LA MONTAÑA

–No lo sé –exclamé sin voz–, realmente no lo sé. Si no viene nadie, nadie viene. No hice mal a nadie, nadie me hizo mal, y sin embargo nadie quiere ayudarme. Absolutamente nadie. Y sin embargo no es así. Es simple: nadie me ayuda; si no, absolutamente nadie me gustaría. Me gustaría mucho –¿por qué no?–hacer una excursión con un grupo de absolutamente nadie. A la montaña como es natural: ¿adonde, si no? ¡Cómo se apiñan esos brazos extendidos y entrelazados, esos pies con sus innúmeros pasos! Claro que todos están de etiqueta. Vamos tan contentos, el viento se cuela en los intersticios del grupo y de nuestros cuerpos. En la montaña nuestras gargantas se sienten libres. Es asombroso que no cantemos.

DESGRACIA DE SOLTERO

Es tan terrible quedarse soltero, ser un viejo intentando de conservar la dignidad, suplicando una invitación cada vez que se quiere pasar una

velada en compañía de otros seres; estar enfermo y desde el rincón de la cama contemplar durante semanas el cuarto vacío, despedirse siempre ante la puerta de la calle, no subir nunca las escaleras junto a su mujer, tener sólo una habitación con puertas laterales que conducen a habitaciones de extraños, traer la cena a casa en un paquete, tener que admirar a los niños de los demás y ni siquiera poder seguir repitiendo "No tengo", modelar el aspecto y el proceder según el modelo de uno o dos solterones que se conoció cuando era joven.
Así será, pero también hoy y más tarde, en realidad, será uno mismo quien está allí, con un cuerpo y una cabeza reales, y también una frente, para poder golpeársela con la mano.

EL COMERCIANTE

Sin duda algunas personas se compadecen de mí, pero no me doy cuenta. Mi pequeño negocio me llena de preocupaciones, me hace doler la frente y las sienes, adentro, sin ofrecerme a cambio perspectivas de alivio, porque mi negocio es pequeño.
Debo preparar las cosas con anticipación, durante horas, vigilar la memoria del empleado, evitar de antemano sus temibles errores, y durante una temporada prever la moda de la temporada próxima, no entre las personas de mi relación, sino entre inescrutables campesinos.
Mi dinero está en manos desconocidas; las finanzas me son incomprensibles; no adivino las desgracias que pueden sobrevenirles; ¡cómo hacer para evitarlas! Tal vez unos se han vuelto pródigos, y ofrecen una fiesta en un restaurante y otros se demoran un momento en esa misma fiesta, antes de huir a América.
Cuando cierro el negocio después de un día de labor y me encuentro de pronto con la perspectiva de esas horas en que no podré hacer nada para satisfacer sus ininterrumpidas necesidades, vuelve a apoderarse de mí, como una marea creciente, la agitación que por la mañana había logrado alejar, pero ya no puedo contenerla y me arrastra sin rumbo.
Y sin embargo no sé sacar ventaja de este impulso, y sólo puedo volver a mi casa, porque tengo la cara y las manos sucias y sudadas, la ropa manchada y polvorienta, la gorra de trabajo en la cabeza, y los zapatos desgarrados por los clavos de los cajones. Vuelvo como arrastrado por una ola, haciendo chasquear los dedos de ambas manos, y acaricio el cabello de los niños que surgen a mi paso.
Pero el camino es corto. Apenas estoy en mi casa, abro la puerta del ascensor y entro.
Allí descubro de pronto que estoy solo. Otras personas, que deben subir

escaleras, y por lo tanto se cansan un poco, se ven obligadas a esperar jadeando que les abran la puerta de su domicilio, y tienen así una excusa para irritarse e impacientarse; luego entran en el vestíbulo, donde cuelgan sus sombreros, y sólo después de atravesar el corredor, a lo largo de varias puertas con cristales entran en su habitación, y están solos.

Pero yo ya estoy solo en el ascensor, y miro de rodillas el angosto espejo. Mientras el ascensor comienza a subir, digo:

–¡Quietas, retroceded! ¿A dónde queréis ir, a la sombra de los árboles, detrás de los cortinajes de las ventanas, o bajo el follaje del jardín?

Hablo entre dientes, y la caja de la escalera se desliza junto a los vidrios opacos como un río torrentoso.

–Volad lejos; vuestras alas, que nunca pude ver, os llevarán tal vez al valle del pueblo, o a París, si allá queréis ir.

"Pero aprovechad para mirar por la ventana, cuando llegan las procesiones por las tres calles convergentes, sin darse paso, y se entrecruzan para volver a dejar la plaza vacía, al alejarse las últimas filas. Agitad vuestros pañuelos, indignaos, emocionaos, elogiad a la hermosa dama que pasa en coche.

"Cruzad el arroyo por el puente de madera, saludad a los niños que se bañan, y asombraos ante el ¡Hurra! de los mil marineros del acorazado distante.

"Seguid al hombre poco distinguido, y cuando lo hayáis acorralado en un corredor, robadle, y luego contemplad, con las manos en vuestros bolsillos, cómo prosigue su camino tristemente por la calle izquierda.

"Los policías, galopando dispersos, frenan sus cabalgaduras y os obligan a retroceder. Dejadles, las calles vacías les desanimarán, lo sé. Ya se alejan, ¿no os lo dije?, cabalgando de dos en dos, con lentitud al volver las esquinas, y a toda velocidad cuando cruzan la plaza.

Y entonces debo salir del ascensor, mandarlo hacia abajo, hacer sonar la campanilla de mi casa, y la criada abre la puerta, mientras yo la saludo.

CONTEMPLACIÓN DISTRAÍDA

¿Qué podemos hacer en estos días de primavera, que ya se aproximan rápidamente? Esta mañana temprano, el cielo estaba gris, pero si ahora uno se asoma a la ventana, se sorprende y apoya la mejilla contra la falleba.

Abajo, se ve la luz del sol feneciente sobre el rostro de la doncellita que se pasea mirando a su alrededor; al mismo tiempo se ve en él la sombra de un hombre que se acerca rápidamente.

Y luego el hombre pasa, y el rostro de la niña está totalmente iluminado.

CAMINO A CASA

Después de una tempestad, se ve el poder de persuasión del aire. Mis méritos se me hacen evidentes y me dominan, aunque no les ofrezco ninguna resistencia.
Camino, y mi compás es el compás de este lado de la calle, de la calle, de todo el barrio. Por derecho, soy responsable de todas las llamadas a las puertas, de todos los golpes en las mesas, de todos los brindis, de todas las parejas de amantes en sus lechos, en los andamiajes de las construcciones, en las calles oscuras, apretados contra los muros de las casas, en los divanes de los prostíbulos.
Comparo mi pasado con mi futuro, pero ambos me parecen admirables, no puedo otorgar la palma a ninguno de los dos, y sólo protesto ante la justicia de la Providencia, que me ha favorecido tanto.
Pero cuando entro en mi habitación, me siento un poco pensativo, aunque al subir las escaleras no me he encontrado con nada que justifique ese sentimiento. No me sirve de mucho abrir de par en par la ventana, y oír que todavía están tocando música en un jardín.

TRANSEÚNTES

Cuando se sale a caminar de noche por una calle, y un hombre, visible desde muy lejos –porque la calle es empinada y hay luna llena–, corre hacia nosotros, no lo detenemos, ni siquiera si es débil y andrajoso, ni siquiera si alguien corre detrás de él gritando; lo dejamos pasar.
Porque es de noche, y no es culpa nuestra que la calle sea empinada y la luna llena; además, tal vez esos dos organizaron una cacería para entretenerse, tal vez huyen de un tercero, tal vez el primero es perseguido a pesar de su inocencia, tal vez el segundo quiere matarle, y no queremos ser cómplices de un crimen, tal vez ninguno de los dos sabe nada del otro, y se dirigen corriendo por su cuenta hacia la calma, tal vez son noctámbulos, tal vez el primero lleva armas.
Y finalmente, de todos modos, ¿no podemos acaso estar cansados, no hemos bebido tanto vino? Nos alegramos de haber perdido de vista también al segundo.

EL PASAJERO

Me encuentro en la plataforma de un tranvía, completamente en ayunas de mi posición en este mundo, en esta ciudad, en mi familia. Ni siquiera casualmente sabría indicar qué derechos me asisten y me justifican, en cualquier sentido que se quiera. Ni siquiera puedo justificar por qué estoy en esta plataforma, me cojo de esta correa, me dejo llevar por este tranvía. Las personas esquivan el tranvía, o siguen su camino, o contemplan los escaparates: nadie me exige esa justificación, pero eso no importa.
El tranvía se acerca a una parada; una joven se acerca a la puerta, dispuesta a bajar. Me parece tan definida como si la hubiera tocado. Esta viste de negro, los pliegues de su falda están casi inmovibles, la blusa ceñida y tiene un cuello fino de encaje blanco, su mano izquierda se apoya de plano sobre el tabique, el paraguas de su mano derecha descansa sobre el segundo peldaño. Su rostro es moreno, la nariz, levemente contraída a los lados, tiene punta redondeada y ancha. Su cabellera es abundante, oscura y se advierte algún vello en su sien derecha. Su diminuta oreja es breve y compacta, pero como estoy cerca puedo ver todo el pabellón de la oreja derecha, y la sombra que produce en su rostro.
En ese momento me pregunté: "¿Cómo es posible que no esté asombrada de sí misma, que sus labios estén cerrados y no digan nada por el estilo?"

VESTIDOS

Muchas veces, cuando veo vestidos que con sus múltiples pliegues, volantes y adornos oprimen a bellos y hermosos cuerpos, pienso que no conservarán por mucho tiempo esa tersura, que pronto mostrarán arrugas imposibles de alisar, polvos tan profundamente confundidos con el encaje que ya no se podrá cepillarlos, y que nadie querrá ser tan ridículo y tan desdichado para usar el mismo costoso vestido desde la mañana hasta la noche.
Y sin embargo encuentro jóvenes bastante hermosas que dejan ver variados y atractivos músculos y delicados huesos y tersa piel y masas de fino cabello, y que no obstante día tras día se ponen esa especie de disfraz natural y se apoyan en la misma mano y reflejan en su espejo el mismo rostro.
Sólo a veces, de noche, cuando vuelven tarde de alguna fiesta, sus vestidos parecen raídos ante el espejo, deformados, sucios, ya observados por demasiada gente, y casi impresentables.

LA NEGATIVA

Cuando encuentro una hermosa joven y le ruego: "¿Quiere usted acompañarme?" y ella pasa sin contestar, ese silencio quiere decir esto:
–No eres ningún duque de famoso título, ni un fornido americano con porte de piel roja, de ojos equilibrados y tranquilos, de una piel curtida por el viento de las praderas y de los ríos que las atraviesan, no has hecho ningún viaje por los grandes océanos, y por esos mares que no sé dónde se encuentran. En consecuencia, ¿por qué yo, una joven hermosa, habría de acompañarte?
Yo le respondería:
–Olvidas que ningún automóvil te pasea en largos recorridos por las calles; no veo a los caballeros de tu séquito lanzarse detrás de ti siguiéndote en estrecho semicírculo, murmurándote bendiciones; tus pechos parecen perfectamente comprimidos en tu blusa, pero tus caderas y tus muslos los compensan de esa opresión; llevas un vestido de tafetán plisado, como los que tanto nos alegraron el otoño pasado, y sin embargo, sonríes –con ese peligro mortal en el cuerpo– de vez en cuando.
Ya que los dos tenemos razón, y para no darnos irrevocablemente cuenta de la verdad, preferimos, ¿no es cierto?, irnos cada uno a su casa.

REFLEXIONES PARA JINETES

Pensándolo bien, no es tan envidiable, ser vencedor en una carrera de caballos.
La gloria de ser reconocido como mejor jinete de un país marea demasiado, junto al estrépito de la orquesta, para no sentir a la mañana siguiente cierto arrepentimiento.
La envida de los contrincantes, hombres astutos y bastante influyentes, nos entristece al cruzar el estrecho pasaje que recorremos después de cada carrera, y que pronto aparece desierto ante nuestra mirada, exceptuando algunos jinetes retrasados y diminutos sobre el confín del horizonte.
La mayoría de nuestros amigos se apresuran a cobrar sus ganancias, y sólo nos gritan un lejano y distraído "Hurra", volviéndose a medias, desde las alejadas ventanillas; pero nuestros mejores amigos no apostaron nada al caballo, porque temían enojarse con nosotros si perdíamos; pero ahora que nuestro caballo ha vencido y ellos no han ganado nada, nos vuelven el rostro al pasar a su lado, y prefieren contemplar las tribunas.

Detrás de nosotros, los contrincantes, afirmados en sus cabalgaduras, tratan de olvidar su mala suerte, y la injusticia que en cierto modo se ha cometido con ellos; tratan de contemplar las cosas desde un nuevo punto de vista, como si después de este juego de niños debiera empezar otra carrera, la verdadera.
Muchas damas observan con burla al vencedor, porque parece hinchado de vanidad y sin embargo no sabe cómo recibir los interminables apretones de manos, felicitaciones, reverencias y saludos desde lejos, mientras los vencidos se callan la boca y acarician ligeramente las crines de sus caballos, muchos de los cuales relinchan.
Al final, bajo un cielo entristecido, comienza a llover.

LA VENTANA A LA CALLE

Quien vive solo, y sin embargo desea de vez en cuando vincularse a algo; quien, considerando los medios del día, del tiempo, del estado de sus negocios y demás, anhela de pronto ver un brazo al cual pudiese aferrarse, no está en condiciones de vivir mucho tiempo sin una ventana a la calle. Y si le place no desear nada, y sólo se acerca a la ventana como un nombre cansado cuya mirada oscila entre el público y el cielo, y no quiere mirar hacia afuera, y ha echado la cabeza un poco hacia atrás, sin embargo, a pesar de todo esto, los caballos de abajo terminarán por arrastrarlo en su caravana de coches y su tumulto, conduciéndolo finalmente a la armonía humana.

EL DESEO DE SER PIEL ROJA

Ah, si uno pudiera ser un piel roja, siempre alerta, cabalgando sobre un caballo veloz, a través del viento, constantemente sacudido sobre la tierra estremecida, hasta arrojar las espuelas, porque no hacen falta espuelas, hasta arrojar las riendas, porque no hacen falta las riendas, sin apenas ver ante sí que el campo es una pradera rasa, habrían desaparecido las crines y la cabeza del caballo.

LOS ÁRBOLES

En verdad somos como troncos de árboles en la nieve. En apariencia sólo apoyados en la superficie, y factibles de ser desplazados con un pequeño empujón. No, es imposible, estamos firmemente unidos a la

tierra. Pero cuidado, también esto es pura apariencia.

DESDICHA

Cuando ya se volvía insoportable –en un atardecer de noviembre–, cansado de ir y venir por la estrecha alfombra de mi habitación, como en una pista de carreras, y de eludir la imagen de la calle iluminada, me volví hacia el fondo del cuarto, y en la profundidad del espejo encontré una nueva meta, y grité, solamente para oír mi propio grito, que no halló respuesta ni nada que disminuyera su vigor, de modo que ascendió sin resistencia, sin cesar ni siquiera cuando ya no fue audible; frente a mí se abrió en ese momento la puerta, rápidamente, porque hacía falta rapidez, y hasta los caballos de los coches piafaban en la calle enloquecidos como en una batalla, ofreciendo sus gargantas.

Como un pequeño fantasma, se penetró una niña desde el oscuro corredor, donde la lámpara no había sido encendida aún, y permaneció allí, de puntillas, sobre una tabla del piso que se estremecía levemente. De inmediato deslumbrada por el crepúsculo de mi habitación, intentó cubrirse la cara con las manos, pero se contentó inesperadamente con echar una mirada hacia la ventana, frente a cuya cruz el vapor ascendente de la luz callejera se había al fin acurrucado en la oscuridad. Con el codo derecho se apoyó en la pared, ante la puerta abierta, permitiendo que la corriente que entraba le acariciara los tobillos, y también el pelo y las sienes.

La miré un instante, luego le dije: "Buenas tardes", y tomé mi chaqueta, que estaba sobre la pantalla frente a la estufa, porque no quería que me viera así, a medio vestir. Permanecí un momento con la boca abierta, para que la agitación se me escapara por la boca. Sentía un mal gusto en la boca, las pestañas me temblaban, en fin, esta visita tan esperada no me causaba ningún placer.

La niña seguía junto a la pared, en el mismo lugar; había colocado la mano derecha contra la pared, y con las mejillas ruborizadas acababa de descubrir con asombro que el muro encalado era áspero y le lastimaba la punta de los dedos. Le dije:

–¿Me busca realmente a mí? ¿No habrá un error? Nada más fácil que cometer un error en esta casa tan grande. Me llamo Tal–y–tal, vivo en el tercer piso, ¿Soy acaso la persona que usted busca?

–Calle, calle –dijo la criatura volviendo la cabeza–, no hay ningún error.

–Entonces, entre del todo en la habitación, quisiera cerrar la puerta.

–Acabo de cerrarla yo. No se moleste. Sobre todo, cálmese.

–No es ninguna molestia. Pero en este corredor vive mucha gente, y naturalmente todos son conocidos míos; la mayoría vuelve ahora de su trabajo; cuando oyen hablar en un cuarto se consideran con derecho a abrir la puerta y mirar qué ocurre. Siempre lo hacen. Esa gente ha trabajado el día entero, y nadie podría amargarles su provisional libertad nocturna. Además, usted lo sabe tan bien como yo. Permítame cerrar la puerta.
–¿Cómo, qué le ocurre? ¿Qué pasa? Por mí, puede venir toda la casa. Y le repito una vez más: ya he cerrado la puerta; ¿se cree que usted es el único que sabe cerrar la puerta? Hasta la he cerrado con llave.
–Muy bien, entonces. No pido más. No hacía falta que cerrara con llave. Y ahora que está usted aquí, le ruego que se considere como en su casa. Es mi invitada. Confíe totalmente en mí. Póngase cómoda, sin temor. No insistiré para que se quede, ni para que se vaya. ¿Necesito decírselo? ¿Tan mal me conoce usted?
–No. Realmente, no hacía falta que lo dijera. Aún más, no ha debido decírmelo. Soy una criatura; ¿por qué entonces tantas ceremonias conmigo?
–Exagera. Naturalmente, es una criatura. Pero no tan pequeña. Ha crecido bastante. Si fuera una muchacha no se atrevería a encerrarse con llave en una habitación, a solas con un hombre.
–No tenemos que preocuparnos por eso. Sólo quería decirle que el hecho de conocerlo tan bien no me protege mucho, y sólo le evita a usted el trabajo de mantener conmigo las apariencias. Y sin embargo, quiere hacer cumplimientos. ¡Déjese de tonterías, se lo ruego, déjese de tonterías! Debo decirle que no lo reconozco en todas partes y todo el tiempo, y menos en esta penumbra. Sería mejor que encendiera la luz. No, mejor que no. En todo caso, no olvidaré que acaba de amenazarme.
–¿Cómo? ¿Que yo la he amenazado? Pero escúcheme. Estoy muy contento de que por fin haya venido. Digo "al fin" porque es tarde. No puedo comprender por qué ha venido tan tarde. Es posible que la alegría me haya hecho hablar desordenadamente, y que usted haya entendido mal mis palabras. Admito todas las veces que usted quiera que tiene razón, que todo ha sido una amenaza, lo que usted prefiera. Pero nada de peleas, por Dios. ¿Cómo puede usted creer semejante cosa? ¿Cómo puede herirme de ese modo? ¿Por qué desea con tanta intensidad estropear este breve instante de su presencia? Un desconocido sería más condescendiente.
–No lo dudo; no es un gran descubrimiento. Yo estoy más cerca de usted, por mi propia naturaleza, que el desconocido más condescendiente. También usted lo sabe; entonces, ¿por qué toda esta

tragedia? Si quiere representar conmigo una comedia, me voy de inmediato.
–¿Ah, sí? ¿Se atreve también a decirme eso? Es casi demasiado atrevida. Después de todo, está en mi habitación. Frotando los dedos como una loca sobre la pared del cuarto.
¡Mi cuarto, mi pared! Y además, lo que usted dice no sólo es insolente, sino también ridículo. Dice que su naturaleza la impulsa a hablar conmigo de ese modo. ¿Realmente? ¿Su naturaleza le impulsa? Su naturaleza es muy amable. Su naturaleza es la mía, y cuando yo por naturaleza me siento amable hacia usted, usted no puede entonces sentirse sino amable hacia mí.
–¿Le parece eso amable?
–Hablo de antes.
–¿Sabe usted cómo seré después?
–No sé nada.
Y me dirigí hacia la mesita de noche, y encendí la bujía. En aquella época no tenía gas ni luz eléctrica en mi habitación. Luego me quedé un rato sentado junto a la mesa, hasta que me cansé, me puse el abrigo, cogí el sombrero sobre el sofá, y apagué la vela. Al salir tropecé con la pata de una silla

EL PROCESO
(1914)

LA DETENCIÓN

Alguien tenía que haber calumniado a Josef K , pues fue detenido una mañana sin haber hecho nada malo. La cocinera de la señora Grubach, su casera, que le llevaba todos los días a eso de las ocho de la mañana el desayuno a su habitación, no había aparecido. Era la primera vez que ocurría algo semejante. K esperó un rato más. Apoyado en la almohada, se quedó mirando a la anciana que vivía frente a su casa y que le observaba con una curiosidad inusitada. Poco después, extrañado y hambriento, tocó el timbre. Nada más hacerlo, se oyó cómo llamaban a la puerta y un hombre al que no había visto nunca entró en su habitación. Era delgado, aunque fuerte de constitución, llevaba un traje negro ajustado, que, como cierta indumentaria de viaje, disponía de varios pliegues, bolsillos, hebillas, botones, y de un cinturón; todo parecía muy práctico, aunque no se supiese muy bien para qué podía servir.

–¿Quién es usted? –preguntó Josef K, y se sentó de inmediato en la cama.
El hombre, sin embargo, ignoró la pregunta, como si se tuviera que aceptar tácitamente su presencia, y se limitó a decir:
–¿Ha llamado?
–Anna me tiene que traer el desayuno –dijo K, e intentó averiguar en silencio, concentrándose y reflexionando, quién podría ser realmente aquel hombre. Pero éste no se expuso por mucho tiempo a sus miradas, sino que se dirigió a la puerta, la abrió un poco y le dijo a alguien que presumiblemente se hallaba detrás:
–Quiere que Anna le traiga el desayuno.
Se escuchó una risa en la habitación contigua, aunque por el tono no se podía decir si la risa provenía de una o de varias personas. Aunque el desconocido no podía haberse enterado de nada que no supiera con anterioridad, le dijo a K con una entonación oficial:
–Es imposible.
–¡Es lo que faltaba! –dijo K, que saltó de la cama y se puso los pantalones con rapidez–. Quiero saber qué personas hay en la habitación contigua y cómo la señora Grubach me explica este atropello.
Al decir esto, se dio cuenta de que no debería haberlo dicho en voz alta, y de que, al mismo tiempo, en cierta medida, había reconocido el derecho a vigilarle que se arrogaba el desconocido, pero en ese momento no le pareció importante. En todo caso, así lo entendió el desconocido, pues dijo:
–¿No prefiere quedarse aquí?
–Ni quiero quedarme aquí, ni deseo que usted me siga hablando mientras no se haya presentado.
–Se lo he dicho con buena intención –dijo el desconocido, y abrió voluntariamente la puerta.
La habitación contigua, en la que K entró más despacio de lo que hubiera deseado, ofrecía, al menos a primera vista, un aspecto muy parecido al de la noche anterior. Era la sala de estar de la señora Grubach. Tal vez esa habitación repleta de muebles, alfombras, objetos de porcelana y fotografías aparentaba esa mañana tener un poco más de espacio libre que de costumbre, aunque era algo que no se advertía al principio, como el cambio principal, que consistía en la presencia de un hombre sentado al lado de la ventana con un libro en las manos, del que, al entrar K, apartó la mirada.
–¡Tendría que haberse quedado en su habitación! ¿Acaso no se lo ha dicho Franz?
–Sí, ¿qué quiere usted de mí? –preguntó K, que miró alternativamente

al nuevo desconocido y a la persona a la que había llamado Franz, que ahora permanecía en la puerta. A través de la ventana abierta pudo ver otra vez a la anciana que, con una auténtica curiosidad senil, permanecía asomada con la firme resolución de no perderse nada.
–Quiero ver a la señora Grubach –dijo K, hizo un movimiento corno si quisiera desasirse de los dos hombres, que, sin embargo, estaban situados lejos de él, y se dispuso a irse.
–No –dijo el hombre de la ventana, arrojó el libro sobre una mesita y se levantó–. No puede irse, usted está detenido.
–Así parece –dijo K –. ¿Y por qué? –preguntó a continuación.
–No estamos autorizados a decírselo. Regrese a su habitación y espere allí. El proceso se acaba de iniciar y usted conocerá todo en el momento oportuno. Me excedo en mis funciones cuando le hablo con tanta amabilidad. Pero espero que no me oiga nadie excepto Franz, y él también se ha comportado amablemente con usted, infringiendo todos los reglamentos. Si sigue teniendo tanta suerte como la que ha tenido con el nombramiento de sus vigilantes, entonces puede ser optimista.
K se quiso sentar, pero ahora comprobó que en toda la habitación no había ni un solo sitio en el que tomar asiento, excepto el sillón junto a la ventana.
Ya verá que todo lo que le hemos dicho es verdad –dijo Franz, que se acercó con el otro hombre hasta donde estaba K. El compañero de Franz le superaba en altura y le dio unas palmadas en el hombro. Ambos examinaron la camisa del pijama de K y dijeron que se pusiera otra peor, que ellos guardarían ésa, así como el resto de su ropa, y que si el asunto resultaba bien, entonces le devolverían lo que habían tomado.
–Es mejor que nos entregue todo a nosotros en vez de al depósito –dijeron–, pues en el depósito desaparecen cosas con frecuencia y, además, transcurrido cierto plazo, se vende todo, sin tener en consideración si el proceso ha terminado o no. ¡Y hay que ver lo que duran los procesos en los últimos tiempos! Naturalmente, el depósito, al final, abona un reintegro, pero éste, en primer lugar, es muy bajo, pues en la venta no decide la suma ofertada, sino la del soborno y, en segundo lugar, esos reintegros disminuyen, según la experiencia, conforme van pasando de mano en mano y van transcurriendo los años.
K apenas prestaba atención a todas esas aclaraciones. Por ahora no le interesaba el derecho de disposición sobre sus bienes, consideraba más importante obtener claridad en lo referente a su situación. Pero en presencia de aquella gente no podía reflexionar bien, uno de los vigilantes –podía tratarse, en efecto, de vigilantes–, que no paraba de

hablar por encima de él con sus colegas, le propinó una serie de golpes amistosos con el estómago; no obstante, cuando alzó la vista contempló una nariz torcida y un rostro huesudo y seco que no armonizaba con un cuerpo tan grueso. ¿Qué hombres eran ésos? ¿De qué hablaban? ¿A qué organismo pertenecían? K vivía en un Estado de Derecho, en todas partes reinaba la paz, todas las leyes permanecían en vigor , ¿quién osaba entonces atropellarle en su habitación? Siempre intentaba tomarlo todo a la ligera, creer en lo peor sólo cuando lo peor ya había sucedido, no tomar ninguna previsión para el futuro, ni siquiera cuando existía una amenaza considerable. Aquí, sin embargo, no le parecía lo correcto. Ciertamente, todo se podía considerar una broma, si bien una broma grosera, que sus colegas del banco le gastaban por motivos desconocidos, o tal vez porque precisamente ese día cumplía treinta años. Era muy posible, a lo mejor sólo necesitaba reírse ante los rostros de los vigilantes para que ellos rieran con él, quizá fueran los mozos de cuerda de la esquina, su apariencia era similar, no obstante, desde la primera mirada que le había dirigido el vigilante Franz, había decidido no renunciar a la más pequeña ventaja que pudiera poseer contra esa gente. Por lo demás, K no infravaloraba el peligro de que más tarde se dijera que no aguantaba ninguna broma. Se acordó –sin que fuera su costumbre aprender de la experiencia– de un caso insignificante, en el que, a diferencia de sus amigos, se comportó, plenamente consciente, con imprudencia, sin cuidarse de las consecuencias, y fue castigado con el resultado. Eso no debía volver a ocurrir, al menos no esta vez; si era una comedia, seguiría el juego.
Aún estaba en libertad.
–Permítanme –dijo, y pasó rápidamente entre los vigilantes para dirigirse a su habitación.
–Parece que es razonable –oyó que decían detrás de él.
En cuanto llegó a su habitación se dedicó a sacar los cajones del escritorio, todo en su interior estaba muy ordenado, pero, a causa de la excitación, no podía encontrar precisamente los documentos de identidad que buscaba. Finalmente encontró los papeles para poder circular en bicicleta, ya quería ir a enseñárselos a los vigilantes cuando pensó que esos papeles eran insignificantes, por lo que siguió buscando hasta que encontró su partida de nacimiento. Cuando regresó a la habitación contigua, se abrió la puerta de enfrente y apareció la señora Grubach. Sólo se vieron un instante, pues en cuanto reconoció a K pareció confusa, pidió disculpas y desapareció cerrando cuidadosamente la puerta.
–Pero entre –es lo único que K tuvo tiempo de decir.
Ahora se encontraba en el centro de la habitación, con los papeles en la

mano. Continuó mirando hacia la puerta, que no se volvió a abrir, y le asustó la llamada de los vigilantes, quienes permanecían sentados frente a una mesita al lado de la ventana abierta. Como K pudo comprobar, se estaban comiendo su desayuno.
–¿Por qué no ha entrado la señora Grubach? –preguntó K.
–No puede –dijo el vigilante más alto–. Usted está detenido. –Pero ¿cómo puedo estar detenido, y de esta manera?
–Ya empieza usted de nuevo –dijo el vigilante, e introdujo un trozo de pan en el tarro de la miel–. No respondemos a ese tipo de preguntas.
–Pues deberán responderlas. Aquí están mis documentos de identidad, muéstrenme ahora los suyos y, ante todo, la orden de detención.
–¡Cielo santo! –dijo el vigilante–. Que no se pueda adaptar a su situación actual, y que parezca querer dedicarse a irritarnos inútilmente, a nosotros, que probablemente somos los que ahora estamos más próximos a usted entre todos los hombres.
Así es, créalo –dijo Franz, que no se llevó la taza a los labios, sino que dirigió a K una larga mirada, probablemente sin importancia, pero incomprensible. K incurrió sin quererlo en un intercambio de miradas con Franz, pero agitó sus papeles y dijo:
Aquí están mis documentos de identidad.
–¿Y qué nos importan a nosotros? –gritó ahora el vigilante más alto–. Se está comportando como un niño. ¿Qué quiere usted? ¿Acaso pretende al hablar con nosotros sobre documentos de identidad y sobre órdenes de detención que su maldito proceso acabe pronto? Somos empleados subalternos, apenas comprendemos algo sobre papeles de identidad, no tenemos nada que ver con su asunto, excepto nuestra tarea de vigilarle diez horas todos los días, y por eso nos pagan. Eso es todo lo que somos. No obstante, somos capaces de comprender que las instancias superiores, a cuyo servicio estamos, antes de disponer una detención como ésta se han informado a fondo sobre los motivos de la detención y sobre la persona del detenido. No hay ningún error. El organismo para el que trabajamos, por lo que conozco de él, y sólo conozco los rangos más inferiores, no se dedica a buscar la culpa en la población, sino que, como está establecido en la ley, se ve atraído por la culpa y nos envía a nosotros, a los vigilantes. Eso es ley. ¿Dónde puede cometerse aquí un error?
–No conozco esa ley –dijo K.
–Pues peor para usted –dijo el vigilante.
–Sólo existe en sus cabezas –dijo K, que quería penetrar en los pensamientos de los vigilantes, de algún modo inclinarlos a su favor o ir ganando terreno. Pero el vigilante se limitó a decir:
–Ya sentirá sus efectos.

Franz se inmiscuyó en la conversación y dijo:
–Mira, Willem, admite que no conoce la ley y, al mismo tiempo, afirma que es inocente.
–Tienes razón, pero no se puede conseguir que comprenda nada –dijo el otro.
K ya no respondió. «¿Acaso –pensó– debo dejarme confundir por la cháchara de estos empleados subalternos, como ellos mismos reconocen serlo? Hablan de cosas que no entienden en absoluto. Su seguridad sólo se basa en su necedad. Un par de palabras que intercambie con una persona de mi nivel y todo quedará incomparablemente más claro que en una conversación larga con éstos». Paseó de un lado a otro de la habitación, seguía viendo enfrente a la anciana, que ahora había arrastrado hasta allí a una persona aún más anciana, a la que mantenía abrazada. K tenía que poner punto final a ese espectáculo.
–Condúzcanme hasta su superior –dijo K.
–Cuando él lo diga, no antes –dijo el vigilante llamado Willem–. y ahora le aconsejo –añadió– que vaya a su habitación, se comporte con tranquilidad y espere hasta que se disponga algo sobre su situación. Le aconsejamos que no se pierda en pensamientos inútiles, sino que se concentre, pues tendrá que hacer frente a grandes exigencias. No nos ha tratado con la benevolencia que merecemos. Ha olvidado que nosotros, quienes quiera que seamos, al menos frente a usted somos hombres libres, y esa diferencia no es ninguna nimiedad. A pesar de todo, estamos dispuestos, si tiene dinero, a subirle un pequeño desayuno de la cafetería.
K no respondió a la oferta y permaneció un rato en silencio. Tal vez no le impidieran que abriera la puerta de la habitación contigua o la del recibidor, tal vez ésa fuera la solución más simple, llevarlo todo al extremo. Pero también era posible que se echaran sobre él y, una vez en el suelo, habría perdido toda la superioridad que, en cierta medida, aún mantenía sobre ellos. Por esta razón, prefirió a esa solución la seguridad que traería consigo el desarrollo natural de los acontecimientos, y regresó a su habitación, sin que ni él ni los vigilantes pronunciaran una palabra más.
Se arrojó sobre la cama y tomó de la mesilla de noche una hermosa manzana que había reservado la noche anterior para su desayuno. Ahora era su único desayuno y, como comprobó al darle el primer mordisco, resultaba, sin duda, mucho mejor que el desayuno que le hubiera podido subir el vigilante de la sucia cafetería. Se sentía bien y confiado. Cierto, estaba descuidando sus deberes matutinos en el banco, pero como su puesto era relativamente elevado podría

disculparse con facilidad. ¿Debería decir las verdaderas razones? Pensó en hacerlo. Si no le creían, lo que sería comprensible en su caso, podría presentar a la señora Grubach como testigo o a los dos ancianos de enfrente, que ahora mismo se encontraban en camino hacia la ventana de la habitación opuesta. A K le sorprendió, al adoptar la perspectiva de los vigilantes, que le hubieran confinado en la habitación y le hubieran dejado solo, pues allí tenía múltiples posibilidades de quitarse la vida. Al mismo tiempo, sin embargo, se preguntó, esta vez desde su perspectiva, qué motivo podría tener para hacerlo. ¿Acaso porque esos dos de al lado estaban allí sentados y se habían apoderado de su desayuno? Habría sido tan absurdo quitarse la vida, que él, aun cuando hubiese querido hacerlo, hubiera desistido por encontrarlo absurdo. Si la limitación intelectual de los vigilantes no hubiese sido tan manifiesta, se hubiera podido aceptar que tampoco ellos, como consecuencia del mismo convencimiento, consideraban peligroso dejarlo solo. Que vieran ahora, si querían, cómo se acercaba a un armario, en el que guardaba un buen aguardiente, cómo se tomaba un vaso como sustituto del desayuno y cómo destinaba otro para darse valor, pero este último sólo como precaución para el caso improbable de que fuera necesario.

En ese instante le asustó tanto una llamada de la habitación contigua que mordió el cristal del vaso.

–El supervisor le llama –dijeron.

Sólo había sido el grito lo que le había asustado, ese grito corto, seco, militar, del que jamás hubiera creído capaz a Franz. La orden fue bienvenida.

–¡Por fin! –exclamó, cerró el armario y se apresuró a entrar en la habitación contigua. Allí estaban los dos vigilantes que le conminaron a que volviera a su habitación, como si fuera algo natural.

–¿Pero cómo se le ocurre? –gritaron–. ¿Cómo pretende presentarse ante el supervisor en mangas de camisa? ¡Le dará una paliza y a nosotros también!

–¡Al diablo con todo! –gritó K, que ya había sido empujado hasta el armario ropero–. Cuando se me asalta en la cama no se puede esperar encontrarme en traje de etiqueta.

–No le servirá de nada resistirse –dijeron los vigilantes, quienes, siempre que K gritaba, permanecían tranquilos, con cierto aire de tristeza, lo que le confundía y, en cierta medida, le hacía entrar en razón.

–¡Ceremonias ridículas! –gruñó aún, pero cogió una chaqueta de la silla y la mantuvo un rato entre las manos, como si la sometiera al juicio de los vigilantes. Ellos negaron con la cabeza.

–Tiene que ser una chaqueta negra –dijeron.

K arrojó la chaqueta al suelo y dijo:
–Aún no se puede tratar de la vista oral.
Los vigilantes sonrieron, pero no cambiaron de opinión: –Tiene que ser una chaqueta negra.
–Si eso contribuye a acelerar el asunto, me parece bien –dijo K, que abrió el armario, buscó un buen rato entre los trajes y por fin sacó su mejor traje negro, un chaqué que por su elegancia había causado impresión entre sus amigos. A continuación, sacó también una camisa y comenzó a vestirse cuidadosamente. Creyó haber logrado un adelanto al comprobar que los vigilantes habían olvidado que se aseara en el baño. Los observaba para ver si se acordaban, pero naturalmente no se les ocurrió; sin embargo, Willem no olvidó enviar a Franz al supervisor con la noticia de que K se estaba vistiendo .
Una vez vestido tuvo que atravesar, pocos pasos por delante de Willem, la habitación contigua, ya vacía, y entrar en la siguiente, cuya puerta, de dos hojas, estaba abierta. Esta habitación, como muy bien sabía K, había sido ocupada hacía poco tiempo por una mecanógrafa que solía salir muy temprano a trabajar y llegaba tarde por las noches, y con la que K apenas había cruzado algunas palabras de saludo. Ahora la mesilla de noche había sido desplazada desde la cama hasta el centro de la habitación para servir de mesa de interrogatorio, y el supervisor se sentaba detrás de ella. Tenía las piernas cruzadas y apoyaba un brazo en el respaldo de la silla. En una de las esquinas de la habitación había tres jóvenes que contemplaban las fotografías de la señorita Bürstner, colgadas de la pared. Del picaporte de la ventana, que permanecía abierta, colgaba una blusa blanca. En la ventana de enfrente se encontraban de nuevo los dos ancianos, pero la reunión había aumentado, pues detrás de ellos destacaba un hombre con la camisa abierta, mostrando el pecho, que no paraba de retorcer y presionar con los dedos su perilla pelirroja.
–¿Josef K? –preguntó el supervisor, tal vez sólo para captar su atención dispersa.
K asintió.
–¿Le han sorprendido mucho los acontecimientos de esta mañana? –preguntó el supervisor y, como si fueran elementos necesarios para el interrogatorio, desplazó con ambas manos algunos objetos que había sobre la mesilla: una vela, una caja de cerillas, un libro y un acerico.
–Así es –dijo K, y le invadió una sensación de bienestar por haber encontrado al fin a un hombre razonable con el que poder hablar sobre su asunto–. Cierto, estoy sorprendido, pero de ningún modo muy sorprendido.
–¿No muy sorprendido? –preguntó el supervisor, y puso ahora la vela

en el centro de la mesilla, mientras agrupaba el resto de los objetos a su alrededor.
–Es posible que no me interprete bien –se apresuró a especificar–. Quiero decir… –aquí K se interrumpió y buscó una silla–. ¿Puedo sentarme? –preguntó.
–No es lo normal –respondió el supervisor.
–Quiero decir –dijo ahora K sin más pausas– que me ha sorprendido mucho, pero como llevo treinta años en el mundo y he tenido que abrirme camino solo en la vida, estoy endurecido contra todo tipo de sorpresas, así que no las tomo por la tremenda. Especialmente la de hoy, no.
–¿Por qué no especialmente la de hoy?
–No quiero decir que lo considere todo una broma, para ello me parecen demasiado complicadas todas las precauciones que se han tomado. Tendrían que participar todos los inquilinos de la pensión y también todos ustedes, eso me parece rebasar los límites de una broma. Por eso no quiero decir que se trata de una broma.
–En efecto –dijo el supervisor y se dedicó a contar las cerillas que había en la caja.
–Por otra parte –continuó K, y se dirigió a todos, incluso le hubiera gustado que los tres situados ante las fotografías se hubieran dado la vuelta para escucharle–, por otra parte el asunto no puede ser de mucha importancia. Lo deduzco porque he sido acusado, pero no puedo encontrar ninguna culpa por la que me pudieran haber acusado. Pero eso también es secundario. Las preguntas principales son: ¿Quién me ha acusado? ¿Qué organismo tramita mi proceso? ¿Es usted funcionario? Ninguno tiene uniforme, a no ser que su traje –y se dirigió a Franz– se pueda denominar un uniforme, aunque a mí me parece más bien un traje de viaje. Reclamo claridad en estas cuestiones y estoy convencido de que, una vez que hayan sido aclaradas, nos podremos despedir amablemente.
El supervisor derribó la caja de cerillas sobre la mesa.
–Usted se encuentra en un grave error –dijo–. Estos señores, aquí presentes, y yo, carecemos completamente, en lo que se refiere a su asunto, de importancia, más aún, apenas sabemos algo de él. Podríamos llevar los uniformes reglamentarios y su asunto no habría empeorado un ápice. Tampoco puedo decirle si le han acusado, o mejor, ni siquiera se si le han acusado. Usted está detenido, eso es cierto, no sé más. Es posible que los vigilantes hayan charlado de otra cosa, pero eso sólo es una charla. Aunque no pueda responder a sus preguntas, sí le puedo aconsejar que piense menos en nosotros y en lo que le pueda ocurrir y piense más en sí mismo. Y tampoco alardee

tanto de su inocencia, estropea la buena impresión que da. También debería ser más reservado al hablar, casi todo lo que ha dicho hasta ahora se podría haber deducido de su comportamiento aunque hubiera dicho muchas menos palabras, además, no resulta muy favorable para su causa.

K miró fijamente al supervisor. ¿Acaso recibía lecciones de un hombre que probablemente era más joven que él? ¿Le reprendían por su sinceridad? ¿Y no iba a saber nada de su detención ni del que la había dispuesto? Se apoderó de él cierta excitación, fue de un lado a otro, siempre y cuando nada ni nadie se lo impedía, se subió los puños de la camisa, se tocó el pecho, se alisó el pelo, pasó al lado de los tres señores, dijo «esto es absurdo», por lo que éstos se volvieron y le contemplaron con amabilidad, pero serios, y, finalmente, se paró ante la mesa del supervisor.

–El fiscal Hasterer es un buen amigo mío –dijo–, ¿le puedo llamar por teléfono?

–Por supuesto –dijo el supervisor–, pero no sé qué sentido podría tener hacerlo, a no ser que quisiera hablar con él de algún asunto particular.

–¿Qué sentido? –gritó K, más confuso que enojado–. ¿Pero, entonces, quién es usted? Usted pretende encontrar algún sentido y procede de la manera más absurda. Esto es para volverse loco. Estos señores me han asaltado y ahora están aquí sentados o pasean alrededor y me obligan a comparecer ante usted como si fuera un colegial. ¿Qué sentido tendría llamar a un fiscal si, como indican las apariencias, estoy detenido? Bien, no llamaré por teléfono.

–Pero hágalo –dijo el supervisor, y extendió la mano en dirección al recibidor, donde estaba el teléfono–, por favor, llame.

–No, ya no quiero –dijo K, y se acercó a la ventana. Desde allí podía ver a las personas de enfrente, quienes ahora, al ver aparecer a K en la ventana, se sintieron algo perturbadas en su papel de tranquilos espectadores. Los ancianos querían levantarse, pero el hombre que estaba detrás de ellos los tranquilizó.

–¡Allí hay unos mirones! –gritó K hacia el supervisor y los señaló con el dedo–. ¡Fuera de ahí!

Los tres retrocedieron inmediatamente unos pasos, los dos ancianos se colocaron, incluso, detrás del hombre, que con su ancho cuerpo los tapaba. Por los movimientos de su boca se podía deducir que estaba diciendo algo, aunque incomprensible desde la distancia. Pero no llegaron a desaparecer del todo, más bien parecían esperar el instante en que pudieran acercarse a la ventana sin ser notados.

–¡Gente impertinente y desconsiderada! –dijo K al volverse hacia la habitación. El supervisor probablemente asintió, al menos así lo creyó K

al dirigirle una mirada de soslayo. Aunque también era posible que no hubiera escuchado, pues había extendido una de sus manos en la mesa y parecía comparar los dedos. Los dos vigilantes estaban sentados en un baúl cubierto con un paño decorativo y frotaban sus rodillas. Los tres jóvenes habían colocado las manos en las caderas y miraban alrededor sin fijarse en nada. Había un silencio como el que reina en una oficina vacía.

–Bien, señores –dijo K, pues le pareció que él era quien lo soportaba todo sobre sus hombros–, de su actitud se puede deducir que han concluido con mi asunto. Soy de la opinión de que lo mejor sería no pensar más sobre si su actuación está justificada o no y terminar el caso reconciliados, con un apretón de manos. Si comparten mi opinión, entonces, por favor... –y se acercó a la mesa del supervisor alargándole la mano.

El supervisor elevó la mirada, se mordió el labio y miró la mano extendida de K. Aún creía K que el supervisor la estrecharía, pero éste se levantó, cogió un sombrero que estaba sobre la cama de la señorita Bürstner y se lo colocó cuidadosamente con las dos manos, como hace la gente cuando se prueba un sombrero nuevo.

–¡Qué fácil le parece todo a usted! –dijo a K mientras se ponía el sombrero–. Deberíamos terminar el asunto con una despedida conciliadora, ¿ésa es su opinión? No, no, así no funcionan las cosas, y con esto tampoco le estoy diciendo que se desespere. No, ¿por qué hacerlo? Usted está detenido, nada más. Eso es lo que tenía que comunicarle, he cumplido mi misión y también he visto cómo ha reaccionado. Con eso es suficiente por hoy, ya podemos despedirnos, aunque sólo por el momento. Usted querrá ir al banco...

–¿Al banco? –preguntó K–. Pensé que estaba detenido.

K preguntó con cierto consuelo, pues aunque su apretón de manos no había sido aceptado, desde que el supervisor se había levantado se sentía mucho más independiente de aquella gente. Quería seguirles el juego. Tenía la intención, en el caso de que se fueran, de ir detrás de ellos hasta la puerta y ofrecerles su detención. Por eso repitió:

–¿Cómo puedo ir al banco, si estoy detenido?

–¡Ah, ya! –dijo el supervisor, que había llegado a la puerta–, me ha entendido mal, usted está detenido, cierto, pero eso no le impide Cumplir con sus obligaciones laborales. Debe seguir su vida normal.

–Entonces estar detenido no es tan malo –dijo K, y se acercó al supervisor.

–No he dicho nada que lo desmienta –dijo éste.

–Pero tampoco parece que haya sido necesaria la comunicación de la detención –dijo K, y se acercó más. También los otros se habían

acercado. Todos se habían reunido en un pequeño espacio al lado de la puerta.
–Era mi deber –dijo el supervisor.
–Un deber bastante tonto –dijo K inflexible.
–Puede ser –respondió el supervisor–, pero no vamos a perder el tiempo con conversaciones como ésta. He pensado que querría ir al banco. Como usted está al tanto de todas las palabras, añado: no le obligo a ir al banco, sólo he supuesto que quería hacerlo. Para facilitárselo y para que su llegada al banco sea lo más discreta posible, he mantenido a estos tres jóvenes, colegas suyos, a su disposición.
–¿Cómo? –gritó K, y miró asombrado a los tres.
Aquellos jóvenes tan anodinos y anémicos, que él aún recordaba sólo como grupo al lado de las fotografías, eran realmente funcionarios de su banco, no colegas, eso era demasiado decir, y demostraba una laguna en la omnisciencia del supervisor, aunque, en efecto, se trataba de funcionarios subordinados del banco. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Hasta qué punto había concentrado la atención en el supervisor y en los vigilantes, que había sido incapaz de reconocer a esos tres: al torpe Rabensteiner, siempre agitando las manos, al rubio Kullych, con los ojos caídos, y a Kaminer, con su sonrisa insoportable, producto de una distrofia muscular crónica.
–¡Buenos días! –dijo K, pasado un rato, y ofreció su mano a los señores, que se inclinaron correctamente–. No les había reconocido. Bien, entonces nos vamos juntos al trabajo, ¿no?
Los tres jóvenes asintieron solícitos y sonriendo, como si hubieran estado esperando ese momento durante todo el tiempo, sólo cuando K echó de menos su sombrero, que se había quedado en su cuarto, se apresuraron, uno detrás del otro, a recogerlo, de lo que se podía deducir cierta perplejidad. K permaneció en silencio y vio cómo se alejaban a través de las dos puertas abiertas, el último, naturalmente, era el indiferente Rabensteiner, que se había limitado a adoptar un elegante trote corto. Kaminer le entregó el sombrero, y K tuvo que decirse expresamente, lo que, por lo demás, era necesario con frecuencia en el banco, que la sonrisa de Kaminer no era intencionada, que en realidad era incapaz de sonreír intencionadamente. En el recibidor, la señora Grubach, que no aparentaba ninguna conciencia culpable, abrió la puerta de la calle a todo el grupo, y K, como muchas veces, se quedó mirando la cinta de su delantal, que ceñía innecesariamente su poderoso cuerpo. Una vez fuera, K, con el reloj en la mano, y para no aumentar el retraso de media hora, decidió llamar a un taxi. Kaminer se acercó corriendo a una esquina para llamar a uno, pero mientras los otros dos aparentemente intentaban distraer a K,

Kullych señaló repentinamente la puerta de enfrente, en la que acababa de aparecer el hombre con la perilla pelirroja, quien quedó algo confuso, ya que ahora se mostraba en toda su estatura, por lo que retrocedió hasta la pared y se apoyó en ella. Los ancianos aún estaban en las escaleras. K se enfadó con Kullych por haber llamado la atención sobre el hombre al que ya había visto antes y al que incluso había esperado.
–No mire hacia allí –balbuceó, sin darse cuenta de lo llamativa que resultaba esa forma de expresarse cuando se dirigía a personas maduras. Pero tampoco era necesaria ninguna explicación, pues acababa de llegar el coche, así que se sentaron y partieron. En ese instante, K se acordó de que no se había percatado de la partida del supervisor y de los vigilantes, el supervisor le había ocultado a los tres funcionarios y ahora los funcionarios habían ocultado, a su vez, al supervisor. Eso no denotaba mucha serenidad, así que K se propuso observarse mejor. No obstante, se dio la vuelta y se inclinó por si todavía existía la posibilidad de ver al supervisor y a los vigilantes. Pero recuperó en seguida su posición original sin ni siquiera haber intentado buscar a alguien, reclinándose cómodamente en uno de los extremos del asiento del coche. Aunque no lo aparentaba, habría necesitado ahora algo de conversación, pero los señores parecían cansados. Rabensteiner miraba hacia la derecha, Kullych hacia la izquierda y sólo Kaminer estaba a su disposición con sus muecas, y hacer una broma sobre ellas, por desgracia, lo prohibía la humanidad.

CONVERSACIÓN CON LA SEÑORA GRUBACH Y LA SEÑORITA BÜRSTNER

En esa primavera, K, después del trabajo, cuando era posible –normalmente permanecía hasta las nueve en la oficina–, solía dar un paseo por la noche solo o con algún conocido y luego se iba a una cervecería, donde se sentaba hasta las once en una tertulia compuesta en su mayor parte por hombres ya mayores. Pero había excepciones en esta rutina, por ejemplo cuando el director del banco, que apreciaba su capacidad de trabajo y su formalidad, le invitaba a una excursión con el coche o a cenar en su villa. Además, una vez a la semana iba a casa de una muchacha llamada Elsa, que trabajaba de camarera en una taberna hasta altas horas de la madrugada y durante el día sólo recibía en la cama a sus visitas.
Aquella noche, sin embargo –el día había transcurrido con rapidez por el trabajo agotador y las numerosas felicitaciones de cumpleaños–, K

quería regresar directamente a casa. En todas las pequeñas pausas del trabajo había pensado en ello. Sin saber con certeza por qué, le parecía que los incidentes de aquella mañana habían causado un gran desorden en la vivienda de la señora Grubach y que su presencia era necesaria para restaurar de nuevo el orden. Una vez restaurado, quedaría suprimida cualquier huella del incidente y todo volvería a los cauces normales. De los tres funcionarios no había nada que temer, se habían vuelto a sumir en el gran cuerpo de funcionarios del banco, tampoco se podía notar ningún cambio en ellos. K les había llamado con frecuencia, por separado o en grupo, a su despacho, sólo para observarlos y siempre los había podido despedir satisfecho.

Cuando llegó a las nueve y media de la noche a la casa en que vivía, K se encontró en la puerta con un muchacho que permanecía con las piernas abiertas y fumando en pipa.

–¿Quién es usted? –preguntó K en seguida y acercó su rostro al del muchacho, pues no se veía mucho en el oscuro pasillo de entrada.

–Soy el hijo del portero, señor –respondió el muchacho, se sacó la pipa de la boca y se apartó.

–¿El hijo del portero? –preguntó K, y golpeó impaciente con el bastón en el suelo.

–¿Desea algo el señor? ¿Debo traer a mi padre?

–No, no –dijo K. En su voz había un tono de disculpa, como si el muchacho hubiera hecho algo malo y él le perdonara–. Está bien –dijo, y siguió, pero antes de subir las escaleras, se volvió una vez más.

Habría podido ir directamente a su habitación, pero como quería hablar con la señora Grubach, llamó a su puerta. Estaba sentada a una mesa cosiendo una media. Sobre la mesa aún quedaba un montón de medias viejas. K se disculpó algo confuso por haber llegado tan tarde, pero la señora Grubach era muy amable y no quiso oír ninguna disculpa: siempre tenía tiempo para hablar con él, sabía muy bien que era su mejor y más querido inquilino. K miró la habitación, había recobrado su antiguo aspecto, la vajilla del desayuno, que había estado por la mañana en la mesita junto a la ventana, ya había sido retirada. «Las manos femeninas hacen milagros en silencio –pensó–, él probablemente habría roto toda la vajilla, en realidad ni siquiera habría sido capaz de llevársela». Contempló a la señora Grubach con cierto agradecimiento.

–¿Por qué trabaja hasta tan tarde? –preguntó.

Ambos estaban sentados a la mesa, y K hundía de vez en cuando una de sus manos en las medias.

–Hay mucho trabajo –dijo ella–. Durante el día me debo a los inquilinos, pero si quiero mantener el orden en mis cosas sólo me

quedan las noches.
–Hoy le he causado un trabajo extraordinario.
–¿Por qué? –preguntó con cierta vehemencia; el trabajo descansaba en su regazo.
–Me refiero a los hombres que estuvieron aquí esta mañana.
–¡Ah, ya! –dijo, y se volvió a tranquilizar–. Eso no me ha causado mucho trabajo.
K miró en silencio cómo emprendía de nuevo su labor. «Parece asombrarse de que le hable del asunto –pensó–, no considera correcto que hable de ello. Más importante es, pues, que lo haga. Sólo puedo hablar de ello con una mujer mayor».
–Algo de trabajo sí ha causado –dijo–, pero no se volverá a repetir.
–No, no se puede repetir –dijo ella confirmándolo y sonrió a K casi con tristeza.
–¿Lo cree de verdad? –preguntó K.
–Sí –dijo ella en voz baja–, pero ante todo no se lo debe tomar muy en serio. ¡Las cosas que ocurren en el mundo! Como habla conmigo con tanta confianza, señor K, le confesaré que escuché algo detrás de la puerta y que los vigilantes también me contaron algunas cosas. Se trata de su felicidad, y eso me importa mucho, más, quizá, de lo que me incumbe, pues no soy más que la casera. Bien, algo he oído, pero no puedo decir que sea especialmente malo. No. Usted, es cierto, ha sido detenido, pero no como un ladrón. Cuando se detiene a alguien como si fuera un ladrón, entonces es malo, pero esta detención…, me parece algo peculiar y complejo, perdóneme si digo alguna tontería, hay algo complejo en esto que no entiendo, pero que tampoco se debe entender.
–No ha dicho ninguna tontería, señora Grubach, yo mismo comparto algo su opinión, pero juzgo todo con más rigor que usted, y no lo tomo por algo complejo, sino por una nadería. Me han asaltado de un modo imprevisto, eso es todo. Si nada más despertarme no me hubiera dejado confundir por la ausencia de Anna, me hubiera levantado en seguida y, sin tener ninguna consideración con nadie que me saliera al paso, hubiera desayunado, por una vez, en la cocina y me hubiera traído usted el traje de mi habitación, entonces habría negociado todo breve y razonablemente, no habría pasado a mayores y no hubiera ocurrido nada de lo que pasó. Pero uno siempre está tan desprevenido. En el banco, por ejemplo, siempre estoy preparado, allí no me podría ocurrir algo similar, allí tengo a un ordenanza personal; el teléfono interno y el de mi despacho están frente a mí, en la mesa; no cesa de llegar gente, particulares o funcionarios; además, y ante todo, allí estoy siempre sumido en el trabajo, lo que me mantiene alerta, allí sería un

placer para mí enfrentarme a una situación como ésa. Bien, pero ya ha pasado y tampoco quiero hablar más sobre ello, sólo quería oír su opinión, la opinión de una mujer razonable, y estoy contento de que coincidamos. Pero ahora me debe dar la mano, una coincidencia así se tiene que sellar con un apretón de manos.

«¿Me dará la mano? El vigilante no me la dio» –pensó, y miró a la mujer de un modo diferente, con cierto aire inquisitivo. Ella se levantó, porque él también se había levantado, y se mostró algo turbada, ya que no había entendido todo lo que K había dicho. A causa de esa turbación dijo algo que no quería haber dicho y que estaba completamente fuera de lugar:

–No se lo tome muy en serio, señor K –dijo con voz temblorosa y, naturalmente, olvidó darle la mano.

–No sabía que se lo tomaba tan en serio –dijo K, repentinamente agotado al comprobar la inutilidad de todos los beneplácitos de aquella mujer.

Ya desde la puerta preguntó:

–¿Está en casa la señorita Bürstner?

–No –dijo la señora Grubach, y sonrió con simpatía al dar esa breve y seca información–. Está en el teatro. ¿Desea algo de ella? ¿Quiere que le dé algún recado?

–Sólo quería conversar un poco con ella.

–Lamentablemente no sé cuándo regresará; cuando va al teatro suele llegar tarde.

–Da igual –dijo K, e inclinó la cabeza hacia la puerta para irse–, sólo quería disculparme por haber sido el causante de que ocuparan su habitación esta mañana.

–Eso no es necesario, señor K, usted es demasiado considerado, la señorita no sabe nada de nada, había abandonado la casa muy temprano, ya está todo ordenado, usted mismo lo puede comprobar.

Abrió la puerta de la habitación de la señorita Bürstner.

–Gracias, lo creo –dijo K, pero fue hacia la puerta abierta. La luna iluminaba la oscura habitación. Lo que pudo ver parecía en orden, ni siquiera la blusa colgaba en el picaporte de la ventana. Los almohadones de la cama alcanzaban una altura llamativa: sobre ellos caía la luz de la luna.

–La señorita viene con frecuencia muy tarde por la noche –dijo K, y contempló a la señora Grubach como si fuera responsable de esa costumbre.

–¡Ah, la gente joven! –dijo la señora Grubach con un tono de disculpa.

–Cierto, cierto –dijo K–, pero no se deben extremar las cosas. –No, claro que no –dijo la señora Grubach–. Tiene mucha razón, señor K.

Tal vez también en este caso. No quiero criticar a la señorita Bürstner, ella es una muchacha buena y amable, ordenada, puntual, trabajadora, yo aprecio todo eso, pero algo es verdad: debería ser más prudente y discreta. Este mes ya la he visto dos veces con un hombre diferente en calles apartadas. Para mí resulta muy desagradable; esto, pongo a Dios por testigo, sólo se lo cuento a usted, pero es inevitable, tendré que hablar sobre ello con la señorita. Y no es lo único en ella que considero sospechoso.
–Está equivocada –dijo K furioso e incapaz de ocultarlo–, usted ha interpretado mal el comentario que he hecho sobre la señorita, no quería decir eso. Es más, le advierto sinceramente que no le diga nada, usted está completamente equivocada, conozco muy bien a la señorita, nada de lo que usted ha dicho es verdad. Por lo demás, tal vez he ido demasiado lejos, no le quiero impedir que haga nada, dígale lo que quiera. Buenas noches.
–Señor K... –dijo la señora Grubach suplicante, y se apresuró a ir detrás de K hasta la puerta, que él ya había abierto–, por el momento no quiero hablar con la señorita, naturalmente que antes quiero observarla, sólo a usted le he confiado lo que sabía. Al fin y al cabo intento mantener decente la pensión en beneficio de todos los inquilinos, ése es mi único afán.
–¡Decencia! –gritó K a través de la rendija de la puerta–, si quiere que la pensión continúe siendo decente, debería echarme a mí primero.
A continuación, cerró la puerta de golpe e ignoró un suave golpeteo posterior.
Puesto que no tenía ganas de dormir, decidió permanecer despierto y comprobar a qué hora regresaba la señorita Bürstner. Tal vez fuera aún posible, por muy improcedente que resultara, intercambiar con ella algunas palabras. Cuando estaba en la ventana y se frotaba los ojos cansados llegó a pensar en castigar a la señora Grubach y en convencer a la señorita Bürstner para que ambos rescindieran el contrato de alquiler. Pero poco después todo le pareció terriblemente exagerado e, incluso, alimentó la sospecha contra él mismo de que quería irse de la vivienda por el incidente de la mañana. Nada podría haber sido más absurdo y, ante todo, más inútil y más despreciable.
Cuando se cansó de mirar por la ventana, y después de haber abierto un poco la puerta que daba al recibidor para poder ver a todo el que entraba, se echó en el canapé. Permaneció tranquilo, fumando un cigarrillo, hasta las once. Pero a partir de esa hora ya no lo resistió más, así que se fue al recibidor, como si al hacerlo pudiese acelerar la llegada de la señorita Bürstner. No es que deseara especialmente verla, en realidad ni siquiera se acordaba de su aspecto, pero ahora quería

hablar con ella y le irritaba que su tardanza le procurase intranquilidad y desconcierto al final del día. También la hacía responsable de no haber ido a cenar y de haber suprimido la visita prevista a Elsa. No obstante, aún se podía arreglar, pues podía ir a la taberna en la que Elsa trabajaba. Decidió hacerlo después de la conversación con la señorita Bürstner.

Habían pasado de las once y media cuando oyó pasos en la escalera. K, que se había quedado ensimismado en sus pensamientos y paseaba haciendo ruido por el recibidor, como si estuviera en su propia habitación, se escondió detrás de la puerta. Era la señorita Bürstner, que acababa de llegar. Después de cerrar la puerta de entrada se echó, temblorosa, un chal de seda sobre sus esbeltos hombros. A continuación, se dirigió a su habitación, en la que K, como era medianoche, ya no podría entrar. Por consiguiente, tenía que dirigirle la palabra ahora; por desgracia, había olvidado encender la luz de su habitación, por lo que su aparición desde la oscuridad tomaría la apariencia de un asalto y se vería obligado a asustarla. En esa situación comprometida, y como no podía perder más tiempo, susurró a través de la rendija de la puerta:

–Señorita Bürstner.

Sonó como una súplica, no como una llamada.

–¿Hay alguien ahí? –preguntó la señorita Bürstner, y miró a su alrededor con los ojos muy abiertos.

–Soy yo –dijo K abriendo la puerta.

–¡Ah, señor K! –dijo la señorita Bürstner sonriendo–. Buenas noches –y le tendió la mano.

–Quisiera hablar con usted un momento, ¿me lo permite?

–¿Ahora? –preguntó la señorita Bürstner–. ¿Tiene que ser ahora? Es un poco extraño, ¿no?

–La estoy esperando desde las nueve.

–¡Ah!, bueno , he estado en el teatro, usted no me había dicho nada.

–El motivo por el que quiero hablar con usted es algo que ha sucedido esta mañana.

–Bien, no tengo nada en contra, excepto que estoy agotada. Venga un par de minutos a mi habitación, aquí no podemos conversar, despertaremos a todos y eso sería muy desagradable para mí, y no por las molestias causadas a los demás, sino por nosotros. Espere aquí hasta que haya encendido la luz en mi habitación y entonces apague la suya.

Así lo hizo K, luego esperó hasta que la señorita Bürstner le invitó en voz baja a entrar en su habitación.

–Siéntese –dijo, y señaló una otomana; ella permaneció de pie al lado

de la cama a pesar del cansancio del que había hablado. Ni siquiera se quitó su pequeño sombrero, adornado con un ramillete de flores.
–Bueno, ¿qué desea usted? Tengo curiosidad por saberlo –dijo, y cruzó ligeramente las piernas.
–Tal vez le parezca –comenzó K– que el asunto no era tan urgente como para tener que hablarlo ahora, pero...
–Siempre ignoro las introducciones –dijo la señorita Bürstner.
–Bien, eso me facilita las cosas –dijo K–. Su habitación ha sido esta mañana, en cierto modo por mi culpa, un poco desordenada. Lo hicieron unos extraños contra mi voluntad y, como he dicho, también por mi culpa. Por eso quisiera pedirle perdón.
–¿Mi habitación? –preguntó la señorita Bürstner, y en vez de mirar la habitación dirigió a K una mirada inquisitiva.
Así ha sido –dijo K, y por primera vez se miraron a los ojos–. La manera en que ha ocurrido no merece la pena contarla.
–Pero es precisamente lo interesante –dijo la señorita Bürstner.
–No –dijo K.
–Bueno, tampoco quiero inmiscuirme en los asuntos de los demás, si usted insiste en que no es interesante, no objetaré nada. Acepto sus disculpas, sobre todo porque no encuentro ninguna huella de desorden.
Dio un paseo por la habitación con las manos en las caderas. Se paró frente a las fotografías.
–Mire –exclamó–, han movido mis fotografías. Eso es algo de mal gusto. Así que alguien ha entrado en mi habitación sin mi permiso.
K asintió y maldijo en silencio al funcionario Kaminer, que no podía dominar su absurda e inculta vivacidad.
–Es extraño –dijo la señorita Bürstner–, me veo obligada a prohibirle algo que usted mismo se debería prohibir: entrar en mi habitación cuando me hallo ausente.
–Yo le aseguro, señorita Bürstner –dijo K, acercándose a las fotografías–, que yo no he sido el que las ha tocado. Pero como no me cree, debo reconocer que la comisión investigadora ha traído a tres funcionarios del banco, de los cuales uno, al que cuando se me presente la primera oportunidad despediré del banco, probablemente tomó las fotografías en la mano. Sí –añadió K, ya que la señorita le había lanzado una mirada interrogativa–, esta mañana hubo aquí una comisión investigadora.
–¿Por usted? –preguntó la señorita.
–Sí –respondió K.
–No –exclamó ella, y rió.
–Sí, sí –dijo K–, ¿cree que soy inocente?
–Bueno, inocente... –dijo la señorita–. No quiero emitir ahora un juicio

trascendente, tampoco le conozco, en todo caso debe de ser un delito grave para mandar inmediatamente a una comisión investigadora. Pero como está en libertad –deduzco por su tranquilidad que no se ha escapado de la cárcel–, no ha podido cometer un delito semejante.
–Sí –dijo K–, pero la comisión investigadora puede haber comprobado que soy inocente o no tan culpable como habían supuesto.
–Cierto, puede ser –dijo ella muy atenta.
–Ve usted –dijo K–, no tiene mucha experiencia en asuntos judiciales.
–No, no la tengo –dijo la señorita Bürstner–, y lo he lamentado con frecuencia, pues quisiera saberlo todo y los asuntos judiciales me interesan mucho. Los tribunales ejercen una poderosa fascinación, ¿verdad? Pero es muy probable que perfeccione mis conocimientos en este terreno, pues el mes próximo entro a trabajar en un bufete de abogados como secretaria.
–Eso está muy bien –dijo K–, así podrá ayudarme un poco en mi proceso.
–Podría ser –dijo ella–, ¿por qué no? Me gusta aplicar mis conocimientos.
–Se lo digo en serio –dijo K–, o al menos en el tono medio en broma medio en serio que usted ha empleado. El asunto es demasiado pequeño como para contratar a un abogado, pero podría necesitar a un consejero.
–Sí, pero si yo tuviera que ser el consejero, debería saber de qué se trata –dijo la señorita Bürstner.
Ahí está el quid, que ni yo mismo lo sé.
–Entonces ha estado bromeando conmigo –dijo ella muy decepcionada–, ha sido algo completamente innecesario elegir una hora tan intempestiva –y se alejó de las fotografías, donde hacía rato que permanecían juntos.
–Pero no, señorita –dijo K–, no bromeo en absoluto. ¡Que no me quiera creer! Le he contado todo lo que sé, incluso más de lo que sé, pues no era ninguna comisión investigadora, le he dado ese nombre porque no sabía cómo denominarla. No se ha investigado nada, sólo fui detenido, pero por una comisión.
La señorita Bürstner se sentó en la otomana y rió de nuevo:
–¿Cómo fue entonces? –preguntó.
–Horrible –dijo K, pero ya no pensaba en ello, se había quedado absorto en la contemplación de la señorita Bürstner, que, con la mano apoyada en el rostro, descansaba el codo en el cojín de la otomana y acariciaba lentamente su cadera con la otra mano.
–Eso es demasiado general –dijo ella.
–¿Qué es demasiado general? –preguntó K. Entonces se acordó y

preguntó:
–¿Le puedo mostrar cómo ha ocurrido? –quería animar algo el ambiente para no tener que irse.
–Estoy muy cansada –dijo la señorita Bürstner.
–Vino muy tarde –dijo K.
–Y para colmo termina haciéndome reproches: me lo merezco, pues no debería haberle dejado entrar. Tampoco era necesario, como se ha comprobado después.
–Era necesario, ahora lo comprenderá –dijo K–. ¿Puedo desplazar de su cama la mesilla de noche?
–Pero, ¿qué se le ha ocurrido? –dijo la señorita Bürstner–. ¡Por supuesto que no!
–Entonces no se lo podré mostrar –dijo K excitado, como si le causaran un daño enorme.
–Bueno, si lo necesita para su representación, desplace la mesilla –dijo la señorita Bürstner, y añadió poco después con voz débil:
–Estoy tan cansada que permito más de lo debido.
K colocó la mesilla en el centro de la habitación y se sentó detrás.
–Debe imaginarse correctamente la posición de las personas, es muy interesante. Yo soy el supervisor, allí, en el baúl, se sientan los dos vigilantes, al lado de las fotografías permanecen tres jóvenes, en el picaporte de la ventana cuelga, lo que menciono sólo de pasada, una blusa blanca. Y ahora comienza la función. Ah, se me olvidaba la persona más importante, yo estaba aquí, ante la mesilla. El supervisor estaba sentado con toda comodidad, las piernas cruzadas, el brazo colgando sobre el respaldo, tamaña grosería. Y ahora comienza todo de verdad. El supervisor me llama como si quisiera despertarme del sueño más profundo, es decir grita, por desgracia tengo que gritar para que lo comprenda, aunque sólo gritó mi nombre.
La señorita Bürstner, que escuchaba sonriente, se llevó el dedo índice a los labios para evitar que K gritase, pero era demasiado tarde, K estaba tan identificado con su papel que gritó:
–¡Josef K!
Aunque no lo hizo con la fuerza con que había amenazado, sí con la suficiente como para que el grito, una vez emitido, se expandiera lentamente por la habitación.
En ese instante golpearon la puerta de la habitación contigua; fueron golpes fuertes, cortos y regulares. La señorita Bürstner palideció y se puso la mano en el corazón. K se llevó un susto enorme, pues llevaba un rato en el que sólo había sido capaz de pensar en el incidente de la mañana y en la muchacha ante la que lo estaba representando. Apenas se había recuperado, saltó hacia la señorita Bürstner y tomó su mano.

–No tema usted nada –le susurró–, yo lo arreglaré todo. Pero, ¿quién puede ser? Aquí al lado sólo está el salón y nadie duerme en él.
–¡Oh, sí! –susurró la señorita Bürstner al oído de K–, desde ayer duerme un sobrino de la señora Grubach, un capitán. Ahora mismo no queda ninguna habitación libre. También yo lo había olvidado. ¡Cómo se le ocurre gritar así! Soy muy infeliz por su culpa.
–No hay ningún motivo –dijo K, y besó su frente cuando ella se reclinó en el cojín.
–Fuera, márchese –dijo ella, y se incorporó rápidamente–, márchese. Qué quiere, él escucha detrás de la puerta, lo escucha todo. ¡No me atormente más!
–No me iré –dijo K– hasta que se haya calmado. Venga a la esquina opuesta de la habitación, allí no nos puede escuchar.
Ella se dejó llevar.
–Piense que se trata sólo de una contrariedad, pero que no entraña ningún peligro. Ya sabe cómo me admira la señora Grubach, que es la que decide en este asunto, sobre todo considerando que el capitán es sobrino suyo. Se cree todo lo que le digo. Además, depende de mí, pues me ha pedido prestada una gran cantidad de dinero. Aceptaré todas sus propuestas para una aclaración de nuestro encuentro, siempre que sea oportuno, y le garantizo que la señora Grubach las creerá sinceramente y así lo manifestará en público. No tenga conmigo ningún tipo de miramientos. Si quiere que se difunda que la he sorprendido, así será instruida la señora Grubach y lo creerá sin perder la confianza en mí, tanto apego me tiene.
La señorita Bürstner contemplaba el suelo en silencio y un poco hundida.
–¿Por qué no va a creerse la señora Grubach que la he sorprendido? –añadió K. Ante él veía su pelo rojizo, separado por una raya, holgado en las puntas y recogido en la parte superior . Creyó que le iba a mirar, pero ella, sin cambiar de postura, dijo:
–discúlpeme, me he asustado tanto por los golpes repentinos, no por las consecuencias que podría traer consigo la presencia del capitán. Después de su grito estaba todo tan silencioso y de repente esos golpes, por eso estoy tan asustada. Yo estaba sentada al lado de la puerta, los golpes se produjeron casi a mi lado. Le agradezco sus proposiciones, pero no las acepto. Puedo asumir la responsabilidad por todo lo que ocurre en mi habitación y, además, frente a cualquiera. Me sorprende que no note la ofensa que suponen para mí sus sugerencias, por más que reconozca sus buenas intenciones. Pero ahora márchese, déjeme sola, ahora lo necesito mucho más que antes. Los pocos minutos que usted había pedido se han convertido en media hora o

más.
K tomó su mano y luego su muñeca.
–¿No se habrá enfadado conmigo? –dijo él.
Ella retiró su mano y respondió:
–No, no, soy incapaz de enfadarme.
K volvió a tomar su muñeca y ella, esta vez, lo aceptó, pero le condujo así hasta la puerta. Él estaba firmemente decidido a irse, pero al llegar a la puerta, como si no hubiera esperado encontrarse allí con semejante obstáculo, se detuvo, lo que la señorita Bürstner aprovechó para desasirse, abrir la puerta, deslizarse hasta el recibidor y, desde allí, decirle a K en voz baja:
Ahora váyase, se lo pido por favor. Mire –ella señaló la puerta del capitán, por debajo de la cual asomaba un poco de luz–, ha encendido la luz y nos está espiando.
Ya voy –dijo K, salió, la estrechó en sus brazos y la besó en la boca, luego ávidamente por todo el rostro, como un animal sediento que introduce la lengua en el anhelado manantial. Finalmente la besó en el cuello, a la altura de la garganta: allí dejó reposar sus labios un rato. Un ruido procedente de la habitación del capitán le obligó a mirar. –Ya me voy –dijo él, quiso llamarla por su nombre de pila, pero no lo sabía. Ella asintió cansada, le dejó la mano, mientras se volvía, para que la besara, como si no quisiera saber nada más y se retiró, encogida, a su habitación. Poco después K yacía en su cama. Se durmió rápidamente, aunque antes de dormirse pensó un poco en su comportamiento. Estaba satisfecho, pero se maravilló de no estar aún más satisfecho. Se preocupó seriamente por la señorita Bürstner a causa del capitán.

PRIMERA CITACIÓN JUDICIAL

A K le habían comunicado por teléfono que el domingo próximo tendría lugar una corta vista para la instrucción procesal de su causa. Sé le advertía que esas vistas se celebraban periódicamente, aunque no todas las semanas. También le comunicaron que todos tenían interés en concluir el proceso lo más rápidamente posible; sin embargo, las investigaciones tenían que ser minuciosas en todos los aspectos, aunque, al mismo tiempo, el esfuerzo unido a ellas jamás debía durar demasiado. Precisamente por este motivo se había elegido realizar ese tipo de citaciones cortas y continuadas. Se había optado por el domingo como día de la vista sumarial para no perturbar las obligaciones profesionales de K. Se presumía que él estaría de acuerdo, pero si prefería otra fecha se intentaría satisfacer su deseo. Las citaciones

podían tener lugar también por la noche, pero K no estaría lo suficientemente fresco. Así pues, y mientras K no objetase nada, la instrucción se llevaría a cabo los domingos. Era evidente que debía comparecer, ni siquiera era necesario advertírselo. Le dijeron el número de la casa: estaba situada en una calle apartada de los suburbios en la que K jamás había estado.
Una vez oído el mensaje, K colgó el auricular sin contestar; estaba decidido a ir el domingo: con toda seguridad era necesario; el proceso se había puesto en marcha y tenía que dejar claro que esa citación debía ser la última. Aún permanecía pensativo junto al aparato, cuando escuchó detrás de él la voz del subdirector, que quería llamar por teléfono. K le obstruía el paso.
–¿Malas noticias? –preguntó el subdirector sin pensar, no para saber algo, sino simplemente para apartar a K del teléfono.
–No, no –dijo K, que se apartó pero no se alejó.
El subdirector cogió el auricular y, mientras esperaba la conexión telefónica, se dirigió a K:
–Una pregunta, señor K, ¿le apetecería venir a una fiesta que doy el domingo en mi velero? Nos reuniremos un buen grupo y encontrará conocidos suyos, entre otros al fiscal Hasterer. ¿Quiere venir? ¡Venga, anímese!
K intentó prestar atención a lo que decía el subdirector. No carecía de importancia para él, pues esa invitación del subdirector, con el que nunca se había llevado bien, suponía un intento de reconciliación de su parte y, al mismo tiempo, mostraba la importancia que K había adquirido en el banco, así como lo valiosa que le parecía al segundo funcionario más importante del banco su amistad o, al menos, su imparcialidad. Esa invitación suponía, además, una humillación del subdirector, por más que la hubiera formulado por encima del auricular mientras esperaba la conexión telefónica. Pero K se vio obligado a ocasionarle una segunda humillación, dijo:
–¡Muchas gracias! Pero por desgracia el domingo no tengo tiempo, tengo un compromiso.
–Es una pena –dijo el subdirector, que se concentró en su conversación telefónica. No fue una conversación corta y K permaneció todo el tiempo pensativo al lado del teléfono. Cuando el subdirector colgó, K se asustó y dijo para disculpar su pasiva permanencia allí:
–Me acaban de llamar por teléfono, tendría que ir a algún sitio, pero se les ha olvidado decirme la hora.
–Pregunte usted –dijo el subdirector.
–No es tan importante –dijo K, aunque así dejaba sin fundamento su ya débil disculpa anterior. El subdirector habló todavía sobre algunas

cosas mientras se iba, K hizo un esfuerzo para responderle, pero sólo pensaba en que lo mejor sería ir el domingo a las nueve de la mañana, pues ésa era la hora en que todos los juzgados comenzaban a trabajar los días laborables.

El domingo amaneció nublado. K se levantó muy cansado, ya que se había quedado hasta muy tarde por la noche en una reunión de su tertulia. Casi se había quedado dormido. Deprisa, sin apenas tiempo para pensar en nada ni para recordar los distintos planes que había hecho durante la semana, se vistió y salió corriendo, sin desayunar, hacia el suburbio indicado. Curiosamente, y aunque apenas tenía tiempo para mirar a su alrededor, se encontró con los tres funcionarios relacionados con su causa: Rabensteiner, Kullych y Kaminer. Los dos primeros pasaron por delante de K en un tranvía, Kaminer, sin embargo, estaba sentado en la terraza de un café y se inclinó con curiosidad sobre la barandilla cuando K pasó a su lado. Todos miraron cómo se alejaba y se sorprendieron por la prisa que llevaba. Era una suerte de despecho lo que había inducido a K a no coger ningún vehículo para llegar a su destino, pues quería evitar cualquier ayuda extraña en su asunto, por pequeña que fuera; tampoco quería recurrir a nadie ni ponerle al corriente de ningún detalle; finalmente tampoco tenía ganas de humillarse ante la comisión investigadora con una excesiva puntualidad. No obstante, corría, pero sólo para llegar alrededor de las nueve, aunque tampoco le habían citado a una hora concreta.

Había pensado que podría reconocer la casa desde lejos por algún signo, que, sin embargo, no se había podido imaginar, o por cierto movimiento ante la puerta. Pero en la calle Julius, que era en la que debía estar, y en cuyo inicio permaneció K un rato, sólo se alineaban a ambos lados casas grises de alquiler, altas y uniformes, habitadas por gente pobre. En aquella mañana de domingo estaban todas las ventanas ocupadas, hombres en camiseta se apoyaban en los antepechos y firmaban o sostenían cuidadosamente entre sus brazos a niños. En otras ventanas colgaba la ropa de cama, sobre la que de vez en cuando aparecía por un instante la cabeza desgreñada de alguna mujer. Se llamaban unos a otros a través de la calle: una de esas llamadas provocó risas sobre K. Repartidas con regularidad, a lo largo de la calle se encontraban, algo por debajo del nivel de la acera, algunas tiendas a las que se descendía por unas escaleras y en las que se vendían distintos alimentos. Se veía cómo entraban y salían mujeres de ellas: otras permanecían charlando ante la puerta. Un mercader de fruta, que pregonaba su mercancía y circulaba sin prestar atención, casi atropella a K, también distraído, con su carro. En ese momento

comenzó a sonar un gramófono de un modo criminal: era un viejo aparato que sin duda había conocido tiempos mejores en un barrio más elegante.

K avanzó lentamente por la calle, como si tuviera tiempo o como si el juez de instrucción le estuviera viendo desde una ventana y supiera que K iba a comparecer. Pasaban pocos minutos de las nueve. La casa quedaba bastante lejos, era extraordinariamente ancha, sobre todo la puerta de entrada era muy elevada y amplia. Aparentemente estaba destinada a la carga y descarga de mercancías de los distintos almacenes que rodeaban el patio y que ahora permanecían cerrados. En las puertas de los almacenes se podían ver los letreros de las empresas. K conocía a alguna de ellas por su trabajo en el banco. Aunque no era su costumbre, permaneció un rato en la entrada del patio dedicándose a observar detenidamente todos los pormenores. Cerca de él estaba sentado un hombre descalzo que leía el periódico. Dos muchachos se columpiaban en un carro. Una niña débil, con la camisa del pijama, estaba al lado de una bomba de agua y miraba hacia K mientras el agua caía en su jarra. En una de las esquinas del patio estaban tendiendo un cordel entre dos ventanas, del que colgaba la ropa para secarse. Un hombre permanecía debajo y dirigía la operación con algunos gritos.

K se volvió hacia la escalera para dirigirse al juzgado de instrucción, pero se quedó parado, ya que aparte de esa escalera veía en el patio otras tres entradas con sus respectivas escaleras y, además, un pequeño corredor al final del patio parecía conducir a un segundo patio. Se enojó porque nadie le había indicado con precisión la situación de la sala del juzgado. Le habían tratado con una extraña desidia o indiferencia, era su intención dejarlo muy claro. Finalmente decidió subir por la primera escalera y, mientras lo hacía, jugó en su pensamiento con el recuerdo de la máxima pronunciada por el vigilante Willem, que el tribunal se ve atraído por la culpa, de lo que se podía deducir que la sala del juzgado tenía que encontrarse en la escalera que K había elegido casualmente.

Al subir le molestaron los numerosos niños que jugaban en la escalera y que, cuando pasaba entre ellos, le dirigían miradas malignas. «Si tengo que venir otra vez –se dijo–, tendré que traer caramelos para ganármelos o el bastón para golpearlos». Cuando le quedaba poco para llegar al primer piso, se vio obligado a esperar un rato, hasta que una pelota llegase, finalmente, a su destino; dos niños, con rostros espabilados de granujas adultos, le sujetaron por las perneras de los pantalones. Si hubiera querido desasirse de ellos, les tendría que haber hecho daño y él temía el griterío que podían formar.

La verdadera búsqueda comenzó en el primer piso. Como no podía preguntar sobre la comisión investigadora, se inventó a un carpintero apellidado Lanz –el nombre se le ocurrió porque el capitán, sobrino de la señora Grubach, se apellidaba así–, y quería preguntar en todas las viviendas si allí vivía el carpintero Lanz, así tendría la oportunidad de ver las distintas habitaciones. Pero resultó que la mayoría de las veces era superfluo, pues casi todas las puertas estaban abiertas y los niños salían y entraban. Por regla general eran habitaciones con una sola ventana, en las que también se cocinaba. Algunas mujeres sostenían niños de pecho en uno de sus brazos y trabajaban en el fogón con el brazo libre. Muchachas adolescentes, aparentemente vestidas sólo con un delantal, iban de un lado a otro con gran diligencia. En todas las habitaciones las camas permanecían ocupadas, yacían enfermos, personas durmiendo o estirándose. K llamó a las puertas que estaban cerradas y preguntó si allí vivía un carpintero apellidado Lanz. La mayoría de las veces abrían mujeres, escuchaban la pregunta y luego se dirigían a alguien en el interior de la habitación que se incorporaba en la cama.
–El señor pregunta si aquí vive un carpintero, un tal Lanz.
–¿Carpintero Lanz? –preguntaban desde la cama.
–Sí –decía K, a pesar de que allí indudablemente no se encontraba la comisión investigadora y que, por consiguiente, su misión había terminado.
Muchos creyeron que K tenía mucho interés en encontrar al carpintero Lanz, intentaron recordar, nombraron a un carpintero que no se llamaba Lanz u otro apellido que remotamente poseía cierta similitud, o preguntaron al vecino, incluso acompañaron a K hasta una puerta alejada, donde, según su opinión, posiblemente vivía un hombre con ese apellido como subinquilino, o donde había alguien que podía dar una mejor información. Finalmente, ya no fue necesario que siguiese preguntando, fue conducido de esa manera por todos los pisos. Lamentó su plan, que al principio le había parecido tan práctico. Antes de llegar al quinto piso, decidió renunciar a la búsqueda, se despidió de un joven y amable trabajador que quería conducirle hacia arriba, y bajó las escaleras. Entonces se enojó otra vez por la inutilidad de toda la empresa. Así que volvió a subir y tocó a la primera puerta del quinto piso. Lo primero que vio en la pequeña habitación fue un gran reloj de pared, que ya señalaba las diez.
–¿Vive aquí el carpintero Lanz? –preguntó.
–Pase, por favor –dijo una mujer joven con ojos negros y luminosos, que lavaba en ese preciso momento ropa de niño en un cubo, señalando hacia la puerta abierta que daba a una habitación contigua.

K creyó entrar en una asamblea. Una aglomeración de la gente más dispar –nadie prestó atención al que entraba– llenaba una habitación de mediano tamaño con dos ventanas, que estaba rodeada, casi a la altura del techo, por una galería que también estaba completamente ocupada y donde las personas sólo podían permanecer inclinadas, con la cabeza y la espalda tocando el techo. K, para quien el aire resultaba demasiado sofocante, volvió a salir y dijo a la mujer, que probablemente le había entendido mal:

–He preguntado por un carpintero, por un tal Lanz.

–Sí –dijo la mujer–, pase usted, por favor.

La mujer se adelantó y cogió el picaporte: sólo por eso la siguió; a continuación dijo:

–Después de que entre usted tengo que cerrar, nadie más puede entrar.

–Muy razonable –dijo K–, pero ya está demasiado lleno.

No obstante, volvió a entrar.

Acababa de pasar entre dos hombres, que conversaban junto a la puerta –uno de ellos hacía un ademán con las manos extendidas hacia adelante como si estuviera contando dinero, el otro le miraba fijamente a los ojos–, cuando una mano agarró a K por el codo. Era un joven pequeño y de mejillas coloradas.

–Venga, venga usted –le dijo.

K se dejó guiar. Entre la multitud había un estrecho pasillo libre que la dividía en dos partes, probablemente en dos facciones distintas. asta impresión se veía fortalecida por el hecho de que K, en las primeras hileras, apenas veía algún rostro, ni a la derecha ni a la izquierda, que se volviera hacia él, sólo veía las espaldas de personas que dirigían exclusivamente sus gestos y palabras a los de su propio partido. La mayoría de los presentes vestía de negro, con viejas y largas chaquetas sueltas, de las que se usaban en días de fiesta. Esa forma de vestir confundió a K, que, si no, hubiera tomado todo por una asamblea política del distrito.

En el extremo de la sala al que K fue conducido, había una pequeña mesa, en sentido transversal, sobre una tarima muy baja, también llena de gente, y, detrás de ella, cerca del borde de la tarima, estaba sentado un hombre pequeño, gordo y jadeante, que, en ese preciso momento, conversaba entre grandes risas con otro –que había apoyado el codo en el respaldo de la silla y cruzado las piernas–, situado a sus espaldas. A veces hacía un ademán con la mano en el aire, como si estuviera imitando a alguien. Al joven que condujo a K le costó transmitir su mensaje. Dos veces se había puesto de puntillas y había intentado llamar la atención, pero ninguno de los de arriba se fijó en él. Sólo

cuando uno de los de la tarima reparó en el joven y anunció su presencia, el hombre gordo se volvió hacia él y escuchó inclinado su informe, transmitido en voz baja. A continuación, sacó su reloj y miró rápidamente a K.

–Tendría que haber comparecido hace una hora y cinco minutos –dijo.

K quiso responder algo, pero no tuvo tiempo, pues apenas había terminado de hablar el hombre, cuando se elevó un murmullo general en la parte derecha de la sala.

–Tendría que haber comparecido hace una hora y cinco minutos –repitió el hombre en voz más alta y paseó rápidamente su mirada por la sala. El rumor se hizo más fuerte y, como el hombre no volvió a decir nada, se apagó paulatinamente. En la sala había ahora menos ruido que cuando K había entrado. Sólo los de la galería no cesaban en sus observaciones. Por lo que se podía distinguir entre la oscuridad y el polvo, parecían vestir peor que los de abajo. Algunos habían traído cojines, que habían colocado entre la cabeza y el techo para no herirse.

K había decidido no hablar mucho y observar, por eso renunció a defenderse de los reproches de impuntualidad y se limitó a decir:

–Es posible que haya llegado tarde, pero ya estoy aquí.

A sus palabras siguió una ovación en la parte derecha de la sala.

«Gente fácil de ganar» –pensó K, al que sólo le inquietó el silencio en la parte izquierda, precisamente a sus espaldas, y de la que sólo había surgido algún aplauso aislado. Pensó qué podría decir para ganárselos a todos de una vez o, si eso no fuera posible, para ganarse a los otros al menos temporalmente.

–Sí –dijo el hombre–, pero yo ya no estoy obligado a interrogarle –el rumor se elevó, pero esta vez era equívoco, pues el hombre continuó después de hacer un ademán negativo con la mano–, aunque hoy lo haré como una excepción. No obstante, un retraso como éste no debe volver a repetirse. Y ahora, ¡adelántese!

Alguien bajó de la tarima, por lo que quedó un sitio libre que K ocupó. Estaba presionado contra la mesa, la multitud detrás de él era tan grande que tenía que ofrecer resistencia para no tirar de la tarima la mesa del juez instructor o, incluso, al mismo juez.

El juez instructor, sin embargo, no se preocupaba por eso, estaba sentado muy cómodo en su silla y, después de haberle dicho una última palabra al hombre que permanecía detrás de él, cogió un libro de notas, el único objeto que había sobre la mesa. Parecía un cuaderno colegial, era viejo y estaba deformado por el uso.

–Bien –dijo el juez instructor, hojeó el libro y se dirigió a K con un tono verificativo:

–¿Usted es pintor de brocha gorda?

–No –dijo K–, soy el primer gerente de un gran banco.
Esta respuesta despertó risas tan sinceras en la parte derecha de la sala que K también tuvo que reír. La gente apoyaba las manos en las rodillas y se agitaba tanto que parecía presa de un grave ataque de tos. También rieron algunos de la galería. El juez instructor, profundamente enojado, como probablemente era impotente frente a los de abajo, intentó resarcirse con los de la galería. Se levantó de un salto, amenazó a la galería, y sus cejas se elevaron espesas y negras sobre sus ojos.
La parte de la izquierda aún permanecía en silencio, los espectadores estaban en hileras, con los rostros dirigidos a la tarima y, mientras los del partido contrario formaban gran estruendo, escuchaban con tranquilidad las palabras que se intercambiaban arriba, incluso toleraban que en un momento u otro algunos de su facción se sumaran a la otra. La gente del partido de la izquierda, que, por lo demás, era menos numeroso, en el fondo quería ser tan insignificante como el partido de la derecha, pero la tranquilidad de su comportamiento les hacía parecer más importantes. Cuando K comenzó a hablar, estaba convencido de que hablaba en su sentido.
–Su pregunta, señor juez instructor, de si soy pintor de brocha gorda –aunque en realidad no se trataba de una pregunta, sino de una apera afirmación–, es significativa para todo el procedimiento que se ha abierto contra mí. Puede objetar que no se trata de ningún procedimiento, tiene razón, pues sólo se trata de un procedimiento si yo lo reconozco como tal. Por el momento así lo hago, en cierto modo por compasión. Aquí no se puede comparecer sino con esa actitud compasiva, si uno quiere ser tomado en consideración. No digo que sea un procedimiento caótico, pero le ofrezco esta designación para que tome conciencia de su situación.
K interrumpió su discurso y miró hacia la sala. Lo que acababa de decir era duro, más de lo que había previsto, pero era la verdad. Se había ganado alguna ovación, pero todo permaneció en silencio, probablemente se esperaba con tensión la continuación, tal vez en el silencio se preparaba una irrupción que pondría fin a todo. Resultó molesto que en ese momento se abriera la puerta. La joven lavandera, que probablemente había concluido su trabajo, entró en la sala y a pesar de toda su precaución, atrajo algunas miradas. Sólo el juez de instrucción le procuró a K una alegría inmediata, pues parecía haber quedado afectado por sus palabras. Hasta ese momento había escuchado de pie, pues el discurso de K le había sorprendido mientras se dirigía a la galería. Ahora que había una pausa, se volvió a sentar, aunque lentamente, como si no quisiera que nadie lo advirtiera. Probablemente para calmarse volvió a tomar el libro de notas.

–No le ayudará nada –continuó K–, también su cuadernillo confirma lo que le he dicho.
Satisfecho al oír sólo sus sosegadas palabras en la asamblea, K osó arrebatar, sin consideración alguna, el cuaderno al juez de instrucción. Lo cogió con las puntas de los dedos por una de las hojas del medio, como si le diera asco, de tal modo que las hojas laterales, llenas de manchas amarillentas, escritas apretadamente por ambas caras, colgaban hacia abajo.
–Éstas son las actas del juez instructor –dijo, y dejó caer el cuaderno sobre la mesa–. Siga leyendo en él, señor juez instructor, de ese libro de cuentas no temo nada, aunque no esté a mi alcance, ya que sólo puedo tocarlo con la punta de dos dedos.
Sólo pudo ser un signo de profunda humillación, o así se podía interpretar, que el juez instructor cogiera el cuaderno tal y como había caído sobre la mesa, lo intentara poner en orden y se propusiera leer en él de nuevo.
Los rostros de las personas en la primera hilera estaban dirigidos a K con tal tensión que él los contempló un rato desde arriba. Eran hombres mayores, algunos con barba blanca. Es posible que ésos fueran los más influyentes en la asamblea, la cual, a pesar de la humillación del juez instructor, no salió de la pasividad en la que había quedado sumida desde que K había comenzado a hablar.
–Lo que me ha ocurrido –continuó K con voz algo más baja que antes, buscando los rostros de la primera fila, lo que dio a su discurso un aire de inquietud–, lo que me ha ocurrido es un asunto particular y, como tal, no muy importante, pues no lo considero grave, pero es significativo de un procedimiento que se incoa contra otros muchos. Aquí estoy en representación de ellos y no sólo de mí mismo.
Había elevado la voz involuntariamente. En algún lugar alguien aplaudió con las manos alzadas y gritó:
–¡Bravo! ¿Por qué no? ¡Otra vez bravo!
Los ancianos de las primeras filas se acariciaron las barbas, pero ninguno se volvió a causa de la exclamación. Tampoco K le atribuyó ninguna importancia, seguía animado. Ya no creía necesario que todos aplaudieran, le bastaba con que la mayoría comenzase a reflexionar sobre el asunto y que alguno, de vez en cuando, se dejara convencer.
–No quiero alcanzar ningún triunfo retórico –dijo K, sacando conclusiones de su reflexión–, tampoco podría. Es muy probable que él señor juez instructor hable mucho mejor que yo, es algo que forma parte de su profesión. Lo único que deseo es la discusión pública de una irregularidad pública. Escuchen: fui detenido hace diez días, me río de lo que motivó mi detención, pero eso no es algo para tratarlo aquí. Me

asaltaron por la mañana temprano, cuando aún estaba en la cama. Es muy posible –no se puede excluir por lo que ha dicho el juez instructor– que tuvieran la orden de detener a un pintor, tan inocente como yo, pero me eligieron a mí. La habitación contigua estaba ocupada por dos rudos vigilantes. Si yo hubiera sido un ladrón peligroso, no se hubieran podido tomar mejores medidas. Esos vigilantes eran, por añadidura, una chusma indecente, su cháchara era insufrible, se querían dejar sobornar, se querían apropiar con trucos de mi ropa interior y de mis trajes, querían dinero para, según dijeron, traerme un desayuno, después de haberse comido con desvergüenza inusitada el mío ante mis propios ojos. Y eso no fue todo. Me llevaron a otra habitación, ante el supervisor. Era la habitación de una dama, a la que aprecio mucho, y tuve que ver cómo esa habitación, por mi causa aunque no por mi culpa, fue ensuciada en cierto modo por la presencia de los vigilantes y del supervisor. No fue fácil guardar la calma. No obstante, lo conseguí, y pregunté al supervisor con toda tranquilidad –si estuviera aquí presente lo tendría que confirmar– por qué estaba detenido. ¿Y qué respondió ese supervisor, al que aún puedo ver sentado en el sillón de la mencionada dama, como la personificación de la arrogancia más estúpida? Señores, en el fondo no respondió nada, tal vez ni siquiera sabía nada, me había detenido y con eso quedaba satisfecho. Pero había hecho algo más, había introducido a tres empleados inferiores de mi banco en la habitación de esa dama, que se entretuvieron en tocar y desordenar unas fotografías, propiedad de la dama en cuestión. La presencia de esos empleados tenía, sin embargo, otra finalidad, su misión, como la de mi casera y la de la criada, consistía en difundir la noticia de mi detención para dañar mi reputación y, sobre todo, para poner en peligro mi posición en el banco. Pero no han conseguido nada. Hasta mi casera, una persona muy simple –quisiera mencionar aquí su nombre como timbre de honor, la señora Grubach–, hasta la señora Grubach tuvo la suficiente capacidad de juicio para comprender que semejante detención no tenía más importancia que un plan ejecutado por algunos jóvenes mal vigilados en una callejuela. Lo repito, lo único que me ha proporcionado todo esto han sido contrariedades y un enojo pasajero, pero ¿no hubiera podido tener acaso peores consecuencias?

Cuando K dejó de hablar y miró hacia el silencioso juez de instrucción, creyó notar que éste le hacía un signo con la mirada a alguien de la multitud. K se rió y prosiguió:

–El juez instructor acaba de hacer a alguien de ustedes una señal secreta. Parece que entre ustedes hay personas que se dejan dirigir desde aquí arriba. No sé si esa señal debe despertar ovaciones o silbidos, pero, al descubrir a tiempo el truco, renuncio a averiguar el

significado del signo. Me es completamente indiferente y autorizo públicamente al señor juez instructor para que imparta sus órdenes a sus empleados asalariados de ahí abajo de viva voz y no con signos secretos, que diga algo como: «ahora silben» o «ahora aplaudan».

A causa de su confusión o de su impaciencia, el juez instructor no cesaba de removerse en su silla. El hombre que estaba detrás, y con el que había conversado anteriormente, se inclinó de nuevo hacia él, ya fuese para insuflarle valor o para darle un consejo. Abajo, la gente conversaba en voz baja, pero animadamente. Los dos partidos, que en un principio parecían tener opiniones contrarias, se mezclaron. Algunas personas señalaban a K con el dedo, otras al juez instructor. La neblina que había en la estancia era muy molesta, incluso impedía que el público más alejado pudiera ver con claridad. Tenía que ser especialmente molesto para los de la galería, quienes, no sin antes lanzar miradas temerosas de soslayo hacia el juez instructor, se veían obligados a preguntar a los participantes en la asamblea para enterarse mejor. Las respuestas también se daban en voz baja, disimulando con la mano en la boca.

–Ya termino –dijo K, y como no había ninguna campanilla, dio un golpe con el puño en la mesa; debido al susto, las cabezas del juez instructor y del consejero se separaron por un instante–. Todo este asunto apenas me afecta, así que puedo juzgarlo con tranquilidad. Ustedes podrán sacar, suponiendo que tengan algún interés en este supuesto tribunal, alguna ventaja si me escuchan. Les suplico, por consiguiente, que aplacen sus comentarios para más tarde, pues apenas tengo tiempo y me iré pronto.

Nada más terminar de decir estas palabras, se hizo el silencio, tal era el dominio que K ejercía sobre la asamblea. Ya no se lanzaron gritos amo al principio, ya no se aplaudió más, parecían convencidos o estaban en vías de serlo.

–No hay ninguna duda –dijo K en voz muy baja, pues sentía cierto placer al percibir la tensa escucha de toda la asamblea; de ese silencio surgía un zumbido más excitante que la ovación más halagadora–, no hay ninguna duda de que detrás de las manifestaciones de este tribunal, en mi caso, pues, detrás de la detención y del interrogatorio de hoy, se encuentra una gran organización. Una organización que, no sólo da empleo a vigilantes corruptos, a necios supervisores y a jueces de instrucción, quienes, en el mejor de los casos, sólo muestran una modesta capacidad, sino a una judicatura de rango supremo con su numeroso séquito de ordenanzas, escribientes, gendarmes y otros ayudantes, sí, es posible que incluso emplee a verdugos, no tengo miedo de pronunciar la palabra. Y, ¿cuál es el sentido de esta

organización, señores? Se dedica a detener a personas inocentes y a incoar procedimientos absurdos sin alcanzar en la mayoría de los casos, como el mío, ten resultado. ¿Cómo se puede evitar, dado lo absurdo de todo el procedimiento, la corrupción general del cuerpo de funcionarios? Es imposible, ni siquiera el juez del más elevado escalafón lo podría evitar con su propia persona. Por eso mismo, los vigilantes tratan de robar la ropa de los detenidos, por eso irrumpen los supervisores en las viviendas ajenas, por eso en vez de interrogar a los inocentes se prefiere deshonrarlos ante una asamblea. Los vigilantes me hablaron de almacenes o depósitos a los que se llevan las posesiones de los detenidos; quisiera visitar alguna vez esos almacenes, en los que se pudren los bienes adquiridos con esfuerzo de los detenidos, o al menos la parte que no haya sido robada por los empleados de esos almacenes.

K fue interrumpido por un griterío al final de la sala; se puso la mano sobre los ojos para poder ver mejor, pues la turbia luz diurna intensificaba el blanco de la neblina que impedía la visión. Se trataba de la lavandera, a la que K había considerado desde su entrada como un factor perturbador. Si era culpable o no, era algo que no se podía advertir. K sólo podía ver que un hombre se la había llevado a una esquina cercana a la puerta y allí se apretaba contra ella. Pero no era la lavandera la que gritaba, sino el hombre, que abría la boca y miraba hacia el techo. Alrededor de ambos se había formado un pequeño círculo, los de la galería parecían entusiasmados, pues se había interrumpido la seriedad que K había impuesto en la asambleas. K quiso en un primer momento correr hacia allí, también pensó que todos estarían interesados en restablecer el orden y, al menos, expulsar a la pareja de la sala, pero las personas de las primeras filas permanecieron inmóviles en sus sitios, ninguna hizo el menor ademán ni tampoco dejaron pasar a K. Todo lo contrario, se lo impidieron violentamente. Los ancianos rechazaban a K con los brazos, y una mano –K no tuvo tiempo para volverse– le sujetó por el cuello. K dejó de pensar en la pareja; le parecía como si su libertad se viera constreñida, como si lo de detenerle fuera en serio. Su reacción fue saltar sin miramientos de la tarima. Ahora estaba frente a la multitud. ¿Acaso no había juzgado correctamente a aquella gente? ¿Había confiado demasiado en el efecto de su discurso? ¿Habían disimulado mientras él hablaba y ahora que había llegado a las conclusiones ya estaban hartos de tanto disimulo? ¡Qué rostros los que le rodeaban! Pequeños ojos negros se movían inquietos, las mejillas colgaban como las de los borrachos, las largas barbas eran ralas y estaban tiesas, si se las cogía era como si se cogiesen garras y no barbas. Bajo las barbas, sin embargo –y éste fue el verdadero hallazgo de K–, en los cuellos de las chaquetas, brillaban

distintivos de distinto tamaño y color. Todos tenían esos distintivos. Todos pertenecían a la misma organización, tanto el supuesto partido de la izquierda como el de la derecha, y cuando se volvió súbitamente, descubrió los mismos distintivos en el cuello del juez instructor, que, con las manos sobre el vientre, lo contemplaba todo con tranquilidad.
–¡Ah! –gritó K, y elevó los brazos hacia arriba, como si su repentino descubrimiento necesitase espacio–. Todos vosotros sois funcionarios, como ya veo, vosotros sois la banda corrupta contra la que he hablado, hoy os habéis apretado aquí como oyentes y fisgones, habéis formado partidos ilusorios y uno ha aplaudido para ponerme a prueba. Queríais poner en práctica vuestras mañas para embaucar a inocentes. Bien, no habéis venido en balde. Al menos os habréis divertido con alguien que esperaba una defensa de su inocencia por vuestra parte. ¡Déjame o te doy! –gritó K a un anciano tembloroso que se había acercado demasiado a él–. Realmente espero que hayáis aprendido algo. Y con esto os deseo mucha suerte en vuestra empresa.
Tomó con rapidez el sombrero, que estaba en el borde de la mesa, y se abrió paso entre el silencio general, un silencio fruto de la más completa sorpresa, hacia la salida. No obstante, el juez instructor parecía haber sido mucho más rápido que K, pues ya le esperaba ante la puerta.
–Un instante –dijo.
K se detuvo, pero no miró al juez instructor, sino a la puerta, cuyo picaporte ya había cogido.
–Sólo quería llamarle la atención, pues no parece consciente de algo importante –dijo el juez instructor–, de que hoy se ha privado a sí mismo de la ventaja que supone el interrogatorio para todo detenido.
K rió ante la puerta.
–¡Pordioseros! –gritó–. Os regalo todos los interrogatorios.
Abrió la puerta y se apresuró a bajar las escaleras. Detrás de él se elevó un gran rumor en la asamblea, otra vez animada, que probablemente comenzó a discutir lo acaecido como lo harían unos estudiantes.

EN LA SALA DE SESIONES – EL ESTUDIANTE – LAS OFICINAS DEL JUZGADO

Durante la semana siguiente K esperó día tras día una notificación: no podía creer que hubieran tomado literalmente su renuncia a ser interrogado y, al llegar el sábado por la noche y no recibir nada, supuso que había sido citado tácitamente en la misma casa y a la misma

hora. Así pues, el domingo se puso en camino, pero esta vez fue directamente, sin perderse por las escaleras y pasillos; algunas personas que se acordaban de él le saludaron, pero ya no tuvo que preguntarle a nadie y encontró pronto la puerta correcta. Le abrieron inmediatamente después de llamar y, sin ni siquiera mirar a la mujer de la otra vez, que permaneció al lado de la puerta, quiso entrar en seguida a la habitación contigua.
–Hoy no hay sesión –dijo la mujer.
–¿Por qué no? –preguntó K sin creérselo. Pero la mujer le convenció al abrir la puerta de la sala. Realmente estaba vacía y en ese estado se mostraba aún más deplorable que el último domingo. Sobre la mesa, que seguía situada sobre la tarima, había algunos libros.
–¿Puedo mirar los libros? –preguntó K, no por mera curiosidad, sino sólo para aprovechar su estancia allí.
–No –dijo la mujer, y cerró la puerta–. No está permitido. Los libros pertenecen al juez instructor.
–¡Ah, ya! –dijo K, y asintió–, los libros son códigos y es propio de este tipo de justicia que uno sea condenado no sólo inocente, sino también ignorante.
Así será –dijo la mujer, que no le había comprendido bien.
–Bueno, entonces me iré –dijo K.
–¿Debo comunicarle algo al juez instructor? –preguntó la mujer.
–¿Le conoce? –preguntó K.
–Naturalmente –dijo la mujer–. Mi marido es ujier del tribunal.
K advirtió que la habitación, en la que la primera vez sólo vio un barreño, ahora estaba amueblada como el salón de una vivienda normal. La mujer notó su asombro y dijo:
–Sí, aquí disponemos de vivienda gratuita, pero tenemos que limpiar la sala de sesiones. La posición de mi marido tiene algunas desventajas.
–No me sorprende tanto la habitación –dijo K, que miró a la mujer con cara de pocos amigos–, como el hecho de que usted esté casada.
–¿Hace referencia al incidente en la última sesión, cuando le molesté durante su discurso? –preguntó la mujer.
–Naturalmente –dijo K–. Hoy ya pertenece al pasado y casi lo he olvidado, pero entonces me puso furioso. Y ahora me dice que es una mujer casada.
–Mi interrupción no le perjudicó mucho. Después se le juzgó de una manera muy desfavorable.
–Puede ser –dijo K, desviando la conversación–, pero eso no la disculpa.
–Los que me conocen sí me disculpan –dijo la mujer–, el que me abrazó me persigue ya desde hace tiempo. Puede que no sea muy

atractiva, pero para él sí lo soy. Aquí no tengo protección alguna y mi marido ya se ha hecho a la idea; si quiere mantener su puesto, tiene que tolerar ese comportamiento, pues ese hombre es estudiante y es posible que se vuelva muy poderoso. Siempre está detrás de mí, precisamente poco antes de que usted llegara, salía él.
–Armoniza con todo lo demás –dijo K–, no me sorprende en absoluto.
–¿Usted quiere mejorar algo aquí? –dijo la mujer lentamente y con un tono inquisitivo, como si lo que acababa de decir fuese peligroso tanto para ella como para K–. Lo he deducido de su discurso, que a mí personalmente me gustó mucho. Por desgracia, me perdí el comienzo y al final estaba en el suelo con el estudiante. Esto es tan repugnante –dijo después de una pausa y tomó la mano de K–. ¿Cree usted que podrá lograr alguna mejora?
K sonrió y acarició ligeramente su mano.
–En realidad –dijo–, no pretendo realizar ninguna mejora, como usted se ha expresado, y si usted se lo dijera al juez instructor, se reiría de usted o la castigaría. Jamás me hubiera injerido voluntariamente en este asunto y las necesidades de mejora de esta justicia no me habrían quitado el sueño. Pero me he visto obligado a intervenir al ser detenido –pues ahora estoy realmente detenido–, y sólo en mi defensa. Pero si al mismo tiempo puedo serle útil de alguna manera, estaré encantando, y no sólo por altruismo, sino porque usted también me puede ayudar a mí.
–¿Cómo podría? –preguntó la mujer.
–Por ejemplo, mostrándome los libros que hay sobre la mesa.
–Pues claro –exclamó la mujer, y lo acompañó hasta donde se encontraban.
Se trataba de libros viejos y usados; la cubierta de uno de ellos estaba rota por la mitad, sólo se mantenía gracias a unas tiras de papel celo.
–Qué sucio está todo esto –dijo K moviendo la cabeza, y la mujer limpió el polvo con su delantal antes de que K cogiera los libros.
K abrió el primero y apareció una imagen indecorosa: un hombre y una mujer sentados desnudos en un canapé; la intención obscena del dibujante era clara, no obstante, su falta de habilidad había sido tan notoria que sólo se veía a un hombre y a una mujer, cuyos cuerpos destacaban demasiado, sentados con excesiva rigidez y, debido a una perspectiva errónea, apenas distinguibles en su actitud. K no siguió hojeando, sino que abrió la tapa del segundo volumen: era una novela Con el título: Las vejaciones que Grete tuvo que sufrir de su marido Hans.
–Éstos son los códigos que aquí se estudian –dijo K–. Los hombres que leen estos libros son los que me van a juzgar.

–Le ayudaré –dijo la mujer–. ¿Quiere?
–¿Puede realmente hacerlo sin ponerse en peligro? Usted ha dicho que su esposo depende mucho de sus superiores.
–A pesar de todo quiero ayudarle –dijo ella–. Venga, hablaremos del asunto. Sobre el peligro que podría correr, no diga una palabra más. Sólo temo al peligro donde quiero temerlo. Venga conmigo –y señaló la tarima, haciendo un gesto para que se sentara allí con ella.
–Tiene unos ojos negros muy bonitos –dijo ella después de sentarse y contemplar el rostro de K–. Me han dicho que yo también tengo ojos bonitos, pero los suyos lo son mucho más. Me llamaron la atención la primera vez que le vi. Fueron el motivo por el que entré en la asamblea, lo que no hago nunca, ya que, en cierta medida, me está prohibido.
«Así que es eso –pensó K–, se está ofreciendo, está corrupta como todo a mi alrededor; está harta de los funcionarios judiciales, lo que es comprensible, y saluda a cualquier extraño con un cumplido sobre sus ojos».
K se levantó en silencio, como si hubiera pensado en voz alta y le hubiese aclarado así a la mujer su comportamiento.
–No creo que pueda ayudarme –dijo él–. Para poder hacerlo realmente, debería tener relaciones con funcionarios superiores. Pero usted sólo conoce con seguridad a los empleados inferiores que pululan aquí entre la multitud. A éstos los conoce muy bien, y podrían hacer algo por usted, eso no lo dudo, pero lo máximo que podrían conseguir carecería de importancia para el definitivo desenlace del proceso y usted habría perdido el favor de varios amigos. No quiero que ocurra eso. Mantenga la relación con esa gente, me parece, además, que le resulta algo indispensable. No lo digo sin lamentarlo, pues, para corresponder a su cumplido, le diré que usted también me gusta, especialmente cuando me mira con esa tristeza, para la que, por lo demás, no tiene ningún motivo. Usted pertenece a la sociedad que yo combato, pero se siente bien en ella, incluso ama al estudiante o, si no lo ama, al menos lo prefiere a su esposo. Eso se podría deducir fácilmente de sus palabras.
–¡No! –exclamó ella, permaneciendo sentada y cogiendo la mano de K, quien no pudo retirarla a tiempo–. No puede irse ahora, no puede irse con una opinión tan falsa sobre mí. ¿Sería capaz de irse ahora? ¿Soy tan poco valiosa para usted que no me quiere hacer el favor de permanecer aquí un rato?
–No me interprete mal –dijo K, y se volvió a sentar–, si es tan importante para usted que me quede, lo haré encantado, tengo tiempo, pues vine con la esperanza de que hoy se celebrase una reunión. Con lo

que le he dicho anteriormente, sólo quería pedirle que no emprendiese nada en mi proceso. Pero eso no la debe enojar, sobre todo si piensa que a mí no me importa nada el desenlace del proceso y que, en caso de que me condenaran, sólo podría reírme. Eso suponiendo que realmente se llegue al final del proceso, lo que dudo mucho. Más bien creo que el procedimiento, ya sea por pura desidia u olvido, o tal vez por miedo de los funcionarios, ya se ha interrumpido o se interrumpirá en poco tiempo. No obstante, también es posible que hagan continuar un proceso aparente con la esperanza de lograr un buen soborno, pero será en vano, como muy bien puedo afirmar hoy, ya que no sobornaré a nadie. Siempre sería una amabilidad de su parte comunicarle al juez instructor, o a cualquier otro que le guste propagar buenas noticias, que nunca lograrán, ni siquiera empleando trucos, en lo que son muy duchos, que los soborne. No tendrán la menor perspectiva de éxito, se lo puede decir abiertamente. Por lo demás, es muy posible que ya lo hayan advertido, pero en el caso contrario, tampoco me importa mucho que se enteren ahora. Así los señores podrían ahorrarse el trabajo, y yo algunas incomodidades, las cuales, sin embargo, soportaré encantado, si al mismo tiempo suponen una molestia para los demás. ¿Conoce usted al juez instructor?
–Claro –dijo la mujer–, en él pensé al principio, cuando ofrecí mi ayuda. No sabía que era un funcionario inferior, pero como usted lo dice, será cierto. Sin embargo, pienso que el informe que él proporciona a los escalafones superiores posee alguna influencia. Y él escribe tantos informes. Usted dice que los funcionarios son vagos, no todos, especialmente este juez instructor no lo es, él escribe mucho. El domingo pasado, por ejemplo, la sesión duró hasta la noche. Todos se fueron, pero el juez instructor permaneció en la sala; tuve que llevarle una lámpara, una pequeña lámpara de cocina, pues no tenía otra, no obstante, se conformó y comenzó a escribir en seguida. Mientras, mi esposo, que precisamente había tenido libre ese domingo, ya había llegado, así que volvimos a traer los muebles, arreglamos nuestra habitación, vinieron algunos vecinos, conversamos a la luz de una vela, en suma, nos olvidamos del juez instructor y nos fuimos a dormir. De repente me desperté, debía de ser muy tarde, al lado de la cama estaba el juez instructor, tapando la lámpara para que no deslumbrase a mi esposo. Era una precaución innecesaria, mi esposo duerme tan profundamente que no le despierta ninguna luz. Casi grité del susto, pero el juez instructor fue muy amable, me hizo una señal para que me calmase y me susurró que había estado escribiendo hasta ese momento, que me traía la lámpara y que jamás olvidaría cómo me había encontrado dormida. Con esto sólo quiero decirle que el juez

instructor escribe muchos informes, especialmente sobre usted, pues su declaración fue, con toda seguridad, el asunto principal de la sesión dominical. Esos informes tan largos no pueden carecer completamente de valor. Además, por el incidente que le he contado, puede deducir que el juez instructor se interesa por mí y que, precisamente ahora, cuando se ha fijado en mí, podría tener mucha influencia sobre él. Además, tengo aún más pruebas de que se interesa por mí. Ayer, a través del estudiante, que es su colaborador y con el que tiene mucha confianza, me regaló unas medias de seda, al parecer como motivación para que limpie y arregle la sala de sesiones, pero eso es un pretexto, pues ese trabajo es mi deber y por eso le pagan a mi esposo. Son medias muy bonitas, mire –ella extendió las piernas, se levantó la falda hasta las rodillas y también miró las medias–. Son muy bonitas, pero demasiado finas, no son apropiadas para mí.

De repente paró de hablar, puso su mano sobre la de K, como si quisiera tranquilizarle y musitó:

–¡Silencio, Bertold nos está mirando!

K levantó lentamente la mirada. En la puerta de la sala de sesiones había un hombre joven: era pequeño, tenía las piernas algo arqueadas y llevaba una barba rojiza y rala. K lo observó con curiosidad, era el primer estudiante de esa extraña ciencia del Derecho desconocida con el que se encontraba, un hombre que, probablemente, llegaría a ser un funcionario superior. El estudiante, sin embargo, no se preocupaba en absoluto de K, se limitó a hacer una seña a la mujer llevándose un dedo a la barba y, a continuación, se fue hacia la ventana. La mujer se inclinó hacia K y susurró:

–No se enoje conmigo, se lo suplico, tampoco piense mal de mí, ahora tengo que irme con él, con ese hombre horrible, sólo tiene que mirar esas piernas torcidas. Pero volveré en seguida y, si quiere, entonces me iré con usted, a donde usted quiera. Puede hacer conmigo lo que desee, estaré feliz si puedo abandonar este sitio el mayor tiempo posible, aunque lo mejor sería para siempre.

Acarició la mano de K, se levantó y corrió hacia la ventana. Involuntariamente, K trató de coger su mano en el vacío. La mujer le había seducido y, después de reflexionar un rato, no encontró ningún motivo sólido para no ceder a la seducción. La efímera objeción de que la mujer lo podía estar capturando para el tribunal, la rechazó sin esfuerzo. ¿Cómo podría hacerlo? ¿Acaso no permanecía él tan libre que podía destruir, al menos en lo que a él concernía, todo el tribunal? ¿No podía mostrar algo de confianza? Y su solicitud de ayuda parecía sincera y posiblemente valiosa. Además, no podía haber una venganza mejor contra el juez instructor y su séquito que quitarle esa mujer y

hacerla suya. Podría ocurrir que un día el juez instructor, después de haber trabajado con esfuerzo en los informes mendaces sobre K, encontrase por la noche la cama vacía de la mujer. Y vacía porque ella pertenecía a K, porque esa mujer de la ventana, ese cuerpo voluptuoso, flexible y cálido, cubierto con un vestido oscuro de tela basta, sólo le pertenecía a él.
Después de haber ahuyentado de esa manera las dudas contra la mujer, la conversación en voz baja que sostenían en la ventana le pareció demasiado larga, así que golpeó con un nudillo la tarima y, luego, con el puño. El estudiante miró un instante hacia K sobre el hombro de la mujer, pero no se dejó interrumpir, incluso se apretó más contra ella y la rodeó con los brazos. Ella inclinó la cabeza, como si le escuchara atentamente, el estudiante la besó ruidosamente en el cuello, sin detener, aparentemente, la conversación. K vio confirmada la tiranía que el estudiante, según las palabras de la mujer, ejercía sobre ella, se levantó y anduvo de un lado a otro de la habitación. Pensó, sin dejar de lanzar miradas de soslayo al estudiante, cómo podría arrebatársela lo más rápido posible, y por eso no le vino nada mal cuando el estudiante, irritado por los paseos de K, que a ratos derivaban en un pataleo, se dirigió a él:
–Si está tan impaciente, puede irse. Se podría haber ido mucho antes, nadie le hubiera echado de menos. Sí, tal vez debiera haberse ido cuando yo entré y, además, a toda prisa.
En esa advertencia se ponía de manifiesto la cólera que dominaba al estudiante, pero sobre todo salía a la luz la arrogancia del futuro funcionario judicial que hablaba con un acusado por el que no sentía ninguna simpatía. K se detuvo muy cerca de él y dijo sonriendo:
–Estoy impaciente, eso es cierto, pero esa impaciencia desaparecerá en cuanto nos deje en paz. No obstante, si usted ha venido a estudiar –he oído que es estudiante–, estaré encantado de dejarle el espacio suficiente y me iré con la mujer. Por lo demás, tendrá que estudiar mucho para llegar a juez. No conozco muy bien este tipo de justicia, pero creo que con esos malos discursos que usted pronuncia con tanto descaro aún no alcanza el nivel exigido.
–No deberían haber dejado que se moviese con tanta libertad –dijo como si quisiera dar una explicación a la mujer sobre las palabras insultantes de K–. Ha sido un error. Se lo he dicho al juez instructor. Al menos se le debería haber confinado en su habitación durante el interrogatorio. El juez instructor es, a veces, incomprensible.
–Palabras inútiles –dijo K, y extendió su mano hacia la mujer–. Venga usted.
–¡Ah, ya! –dijo el estudiante–, no, no, usted no se la queda –y con una

fuerza insospechada levantó a la mujer con un brazo y corrió inclinado, mirándola tiernamente, hacia la puerta.
No se podía ignorar que en esa acción había intervenido cierto miedo hacia K, no obstante osó irritar más a K al acariciar y estrechar con su mano libre el brazo de la mujer. K corrió unos metros a su lado, presto a echarse sobre él y, si fuera necesario, a estrangularlo, pero la mujer dijo:
–Déjelo, no logrará nada, el juez instructor hará que me recojan, no puedo ir con usted, este pequeño espantajo –y pasó la mano por el rostro del estudiante–, este pequeño espantajo no me deja.
–¡Y usted no quiere que la liberen! –gritó K, y puso la mano sobre el hombro del estudiante, que intentó morderla.
–No –gritó la mujer, y rechazó a K con ambas manos–, no, den qué piensa usted? Eso sería mi perdición. ¡Déjele! ¡Por favor, déjele! Lo único que hace es cumplir las órdenes del juez instructor, me lleva con él.
–Entonces que corra todo lo que quiera. A usted no la quiero volver a ver más –dijo K furioso ante la decepción y le dio al estudiante un golpe en la espalda; el estudiante tropezó, pero, contento por no haberse caído, corrió aún más ligero con su carga. K le siguió cada vez con mayor lentitud, era la primera derrota que sufría ante esa gente. Era evidente que no suponía ningún motivo para asustarse, sufrió la derrota simplemente porque él fue quien buscó la lucha. Si permaneciera en casa y llevara su vida habitual, sería mil veces superior a esa gente y podría apartar de su camino con una patada a cualquiera de ellos. Y se imaginó la escena tan ridícula que se produciría, si ese patético estudiante, ese niño engreído, ese barbudo de piernas torcidas, se arrodillara ante la cama de Elsa y le suplicara gracia con las manos entrelazadas. A K le gustó tanto esta idea que decidió, si se presentaba la oportunidad, llevar al estudiante a casa de Elsa.
K llegó hasta la puerta sólo por curiosidad, quería ver adónde se llevaba a la mujer; no creía que el estudiante se la llevara así, en vilo, por la calle. Comprobó que el camino era mucho más corto. Justo frente a la puerta de la vivienda había una estrecha escalera de madera que probablemente conducía al desván, pero como hacía un giro no se podía ver dónde terminaba. El estudiante se llevó a la mujer por esa escalera; ya estaba muy cansado y jadeaba, pues había quedado debilitado por la carrera. La mujer se despidió de K con la mano y alzó los hombros para mostrarle que el secuestro no era culpa suya, pero el gesto no resultaba muy convincente. K la miró inexpresivo, como a una extraña, no quería traicionar ni que estaba decepcionado ni que podía

superar fácilmente la decepción.
Los dos habían desaparecido por la escalera; K, sin embargo, aún permaneció en la puerta. Se vio obligado a aceptar que la mujer no sólo le había traicionado, sino que le había mentido al contarle que el estudiante la llevaba con el juez instructor. Éste no podía esperar sentado en el desván. La escalera de madera tampoco aclaraba nada, al menos a primera vista. Entonces K advirtió una pequeña nota al lado de la escalera, fue hacia allí y leyó las siguientes palabras escritas con letra infantil y tosca: «Subida a las oficinas del juzgado». ¿Aquí, en el desván de una casa de alquiler se encontraban las oficinas del juzgado? No era un lugar que infundiera mucho respeto; por lo demás, era tranquilizante para un acusado imaginarse la falta de medios que estaban a disposición de un juzgado que albergaba sus oficinas donde los inquilinos, pertenecientes a las clases más pobres, arrojaban todos sus trastos inútiles. No obstante, tampoco se podía excluir que dispusiera del dinero suficiente, pero que el cuerpo de funcionarios se arrojase sobre él antes de que lo destinasen a los fines judiciales. Eso era, según las últimas experiencias de K, incluso muy probable; para el acusado, sin embargo, semejante robo a la justicia, si bien resultaba algo indigno, era más tranquilizador que la pobreza real del juzgado. También le parecía comprensible que se avergonzaran de citar al encausado en el desván para el primer interrogatorio y que se prefiriera molestarle en su propia vivienda. La posición en la que K se encontraba frente al juez, sentado en el desván, se podía caracterizar del siguiente modo: K disfrutaba en el banco de un gran despacho con su antedespacho y un enorme ventanal que daba a la animada plaza. No obstante, él carecía de ingresos extraordinarios procedentes de sobornos o malversaciones y no podía hacer que el ordenanza le trajera una mujer al despacho sobre el hombro. Pero a eso K podía renunciar, al menos en esta vida.
K aún permanecía frente a la nota, cuando un hombre bajó por la escalera, miró a través de la puerta en el salón de la vivienda, desde donde también se podía ver la sala de sesiones, y finalmente preguntó a K si no había visto hacía poco a una mujer.
–Usted es el ujier del tribunal, ¿verdad? –preguntó K.
–Sí –dijo el hombre–, ah, ya, usted es el acusado K, ahora le reconozco, sea bienvenido –y extendió la mano a K, que no lo había esperado.
–Hoy no hay prevista ninguna sesión –dijo el ujier al ver que K permanecía en silencio.
–Ya sé –dijo K, y contempló la chaqueta del ujier, cuyos únicos distintivos oficiales eran, junto a un botón normal, dos botones dorados

que parecían haber sido arrancados de un viejo abrigo de oficial–. Hace un rato he hablado con su esposa, pero ya no está aquí. El estudiante se la ha llevado al juez instructor.
–¿Se da cuenta? –dijo el ujier–, una y otra vez se la llevan de mi lado. Hoy es domingo y no estoy obligado a trabajar, pero sólo para alejarme de aquí me mandan realizar los recados más inútiles. Por añadidura, no me mandan muy lejos, de tal modo que siempre conservo la esperanza de que, si me doy prisa, tal vez pueda regresar a tiempo. Así que corro, tanto como puedo, grito sin aliento mi mensaje a través del resquicio de la puerta en el organismo al que me han mandado, tan rápido que apenas me entienden, y regreso también corriendo, pero el estudiante se ha dado más prisa que yo, además él tiene que recorrer un camino más corto, sólo tiene que bajar las escaleras. Si no fuese tan dependiente hace tiempo que habría estampado al estudiante contra la pared. Aquí, junto a la nota. Sueño con hacerlo algún día. Le veo ahí, aplastado en el suelo, los brazos extendidos, las piernas retorcidas y todo alrededor lleno de sangre. Pero hasta ahora sólo ha sido un sueño.
–¿No hay otra posibilidad? –dijo K sonriendo.
–No la conozco –dijo el ujier–. Y ahora es aún peor, antes se la llevaba a su casa, pero ahora, como yo ya presagiaba, se la lleva al juez instructor.
–¿No tiene su mujer ninguna culpa? –preguntó K. Se vio obligado a realizar esa pregunta, tanto le espoleaban los celos.
–Pues claro –dijo el ujier–, ella es incluso la que tiene más culpa. Ella se lo ha buscado. En lo que a él respecta, corre detrás de todas las mujeres. Sólo en esta casa ya le han echado de cinco viviendas en las que se había deslizado. Por lo demás, mi mujer es la más bella de toda la casa, y yo no puedo defenderme.
–Si todo es como usted lo cuenta, entonces no hay otra posibilidad –dijo K.
–¿Por qué no? –preguntó el ujier–. Cada vez que el estudiante, que, por cierto, es un cobarde, tocase a mi mujer habría que pegarle tal paliza que no se atreviera a hacerlo más. Pero no puedo, y otros tampoco me hacen el favor, pues todos temen su poder. Sólo un hombre como usted podría hacerlo.
–¿Por qué yo? –preguntó K asombrado.
–A usted le han acusado, ¿no?
–Sí –dijo K–, pero entonces debería temer con más razón que una acción así pudiera influir en el desarrollo del proceso o, al menos, en la preinstrucción.
–Sí, es verdad –dijo el ujier, como si la opinión de K fuese tan cierta como la suya–, pero aquí, por regla general, no se conducen procesos

sin ninguna perspectiva de éxito.
–No soy de su opinión –dijo K–, pero eso no me impedirá que ajuste las cuentas de vez en cuando al estudiante.
–Le quedaría muy agradecido –dijo el ujier con cierta formalidad, pero no parecía creer mucho en la realización de su mayor deseo.
–Tal vez –prosiguió K– haya otros funcionarios que merezcan lo mismo.
–Sí, sí –dijo el ujier como si fuera algo evidente. Entonces miró a K con confianza, como hasta ese momento, a pesar de la amabilidad, aún no había hecho, y añadió–: Uno se rebela siempre.
Pero la conversación parecía serle ahora un poco desagradable, pues la interrumpió al decir:
–Ahora tengo que presentarme en las oficinas. ¿Quiere venir conmigo?
–No tengo nada que hacer allí –dijo K.
–Podría ver las oficinas del juzgado. Nadie se fijará en usted.
–¿Hay algo que merezca la pena? –preguntó K algo indeciso, aunque tenía ganas de ir.
–Bueno –dijo el ujier–, pensé que podría interesarle.
–Bien –dijo K–, iré –y subió las escaleras más deprisa que el ujier.
Estuvo a punto de caerse nada más entrar, pues había un escalón Detrás de la puerta.
–No tienen mucha consideración con el público –dijo él.
–No tienen consideración alguna –dijo el ujier–, si no mire aquí sala de espera.
Era un largo corredor en el que había puertas toscamente labradas que conducían a los distintos departamentos del desván. Aunque no había ninguna entrada directa de luz, no estaba completamente oscuro, pues algunos departamentos no estaban separados del corredor por una pared, sino por unas rejas de madera que llegaban hasta el techo, a través de las cuales penetraba algo de luz y se podía ver cómo algunos funcionarios escribían o simplemente permanecían en las rejas observando a la gente que esperaba en el corredor. Había poca gente esperando, probablemente porque era domingo. Daban una pobre impresión. Todos vestían con cierto descuido, aunque la mayoría, ya fuese por la expresión de sus rostros, por su actitud, por la barba cuidada o por otros detalles, parecían pertenecer a las clases altas. Como no había perchas, habían colocado los sombreros debajo del banco, probablemente siguiendo uno el ejemplo de otro. Cuando los que estaban sentados más cerca de la puerta vieron a K y al ujier, se levantaron para saludar. Como el resto vio que se levantaban, se creyeron obligados a hacer lo mismo, así que se fueron levantando conforme pasaban los dos. Nunca permanecieron completamente rectos, las espaldas estaban encorvadas, las rodillas ligeramente

flexionadas, parecían mendigos. K esperó al ujier, que venía algo retrasado, y le dijo:
–Qué humillados parecen.
–Sí –dijo el ujier–, son acusados, todos los que usted ve aquí son acusados.
–¿Sí? –dijo K–. Entonces son mis colegas.
Se dirigió al más próximo, un hombre alto y delgado, con el pelo canoso.
–¿Qué está esperando aquí? –preguntó K con cortesía.
La inesperada pregunta le dejó confuso, y su actitud se volvió más penosa por el hecho de parecer un hombre de mundo, que en otro lugar, sin duda, hubiera sabido dominarse y al que le costaba renunciar a la superioridad que había adquirido sobre los demás. Allí, sin embargo, no sabía responder a una pregunta tan simple, y se limitaba a mirar a los demás como si estuvieran obligados a ayudarle o como si nadie pudiese reclamar una respuesta sin dicha ayuda. Entonces intervino el ujier para tranquilizar y animar al hombre:
–Este señor sólo le pregunta a qué está esperando. Responda.
La voz familiar del ujier tuvo mejor efecto.
–Espero... –comenzó, pero no pudo seguir. Era probable que hubiese elegido ese inicio para responder con toda exactitud a la pregunta, pero ahora no sabía continuar.
Algunos de los que esperaban se habían aproximado y rodeaban al grupo. El ujier se dirigió a ellos:
–Vamos, vamos, dejen el corredor libre.
Retrocedieron un poco, pero no hasta sus sitios. Mientras tanto, el hombre al que le habían preguntado se había serenado y respondió incluso con una sonrisa:
–Hace un mes que presenté unas solicitudes de prueba para mi causa y espero a que se concluya su tramitación.
–Parece tomarse muchas molestias –dijo K.
–Sí –dijo el hombre–, se trata de mi causa.
–No todos piensan como usted –dijo K–. Yo, por ejemplo, también soy un acusado, pero, por más que desee una absolución, no he presentado una solicitud de prueba ni he emprendido nada similar. ¿Cree usted que eso es necesario?
–No lo sé con seguridad –dijo el hombre completamente indeciso. Probablemente creía que K le estaba gastando una broma, por eso le hubiera gustado repetir, por miedo a cometer un nuevo error, su primera respuesta, pero ante la mirada impaciente de K se limitó a decir:
–En lo que a mí concierne, he presentado solicitudes de prueba.

–Usted no se cree que yo sea un acusado –dijo K.
–Oh, por favor, claro que sí –dijo el hombre, y se echó a un lado, pero en la respuesta no había convicción, sino miedo.
–¿Entonces no me cree? –preguntó K, y le cogió del brazo, impulsado inconscientemente por la actitud humillada del hombre, como si quisiera obligarle a que le creyese. Aunque no quería causarle daño alguno, en cuanto le tocó ligeramente, el hombre gritó como si K en vez de con dos dedos le hubiese agarrado con unas tenazas ardiendo. Ese grito ridículo terminó por hartar a K. Si no se creía que era un acusado, mucho mejor. Quizá le tomaba por un juez. Y para despedirse lo cogió con más fuerza, lo empujó hacia el banco y siguió adelante.
–La mayoría de los acusados son muy sensibles –dijo el ujier.
Detrás de ellos, todos los que habían estado esperando se arremolinaron alrededor del hombre, que ya había dejado de gritar, y parecían preguntarle detalladamente sobre el incidente. Al encuentro de K vino ahora un vigilante; al que identificó por el sable, cuya vaina, al menos por el color, parecía hecha de aluminio. K se quedó asombrado y quiso tocarla con la mano. El vigilante, que había venido por el ruido, preguntó acerca de lo ocurrido. El ujier trató de tranquilizarlo con algunas palabras, pero el vigilante declaró que prefería comprobarlo personalmente, así que saludó y siguió adelante con pasos rápidos pero cortos, posiblemente por culpa de la gota.
K ya no se preocupó de él, ni de la gente, sobre todo porque una vez que había llegado a la mitad del corredor, vio la posibilidad de doblar a la derecha, a través de un umbral sin puerta. Habló con el ujier para comprobar si ése era el camino correcto y éste asintió, por lo que torció. Le resultaba molesto tener que ir dos pasos por delante del ujier, podía despertar la impresión de que era conducido como un detenido. Por esta razón, esperaba con frecuencia al ujier, pero éste siempre se quedaba atrás. Finalmente, K, para terminar con esa sensación desagradable, le dijo:
–Bien, ya he visto cómo es esto; ahora quisiera irme.
–Pero aún no lo ha visto todo –dijo el ujier con naturalidad.
–Tampoco lo quiero ver todo –dijo K, que realmente se sentía cansado–. Quiero irme, ¿cómo se llega a la salida?
–¿No se habrá perdido? –dijo el ujier asombrado–. Vaya hasta la esquina, luego tuerza a la derecha, atraviese el corredor y encontrará la puerta.
–Venga conmigo –dijo K–. Muéstreme el camino, si no me perderé, aquí hay tantos pasillos…
–Sólo hay un camino –dijo el ujier ahora lleno de reproches–. No puedo regresar con usted; tengo que llevar un recado y ya he perdido

mucho tiempo por su culpa.
–¡Acompáñeme! –repitió K, esta vez con un tono más cortante, como si hubiera descubierto al ujier en una mentira.
–No grite así –susurró el ujier–, todo esto está lleno de despachos. Si no quiere regresar solo, acompáñeme un trecho o espéreme aquí hasta que haya cumplido mi encargo, entonces le acompañaré encantado.
–No, no –dijo K–, no esperaré aquí, y usted vendrá ahora conmigo.
K no había mirado en torno suyo para comprobar dónde se hallaba, sólo ahora, cuando una de las muchas puertas que le rodeaban se abrió, miró a su alrededor. Una muchacha, que había salido al oír el tono elevado de K, le preguntó:
–¿Qué desea el señor?
Detrás, en la lejanía, se podía ver en la semioscuridad a un hombre que se aproximaba. K miró al ujier. Éste había dicho que nadie se fijaría en K y ahora venían dos personas, poco más se necesitaba para que todos los funcionarios se fijasen en él y pidieran una explicación de su presencia. La única explicación comprensible y aceptable era hacer valer su condición de acusado: podía aducir que quería conocer la fecha de su próximo interrogatorio, pero ésa era precisamente la explicación que no quería dar, sobre todo porque no era toda la verdad, pues sólo había venido por pura curiosidad o, lo que era imposible de aducir como explicación, para comprobar que el interior de esa justicia era tan repugnante como el exterior. Y parecía que con esa suposición tenía razón, no quería adentrarse más, ya se había deprimido lo suficientemente con lo que había visto. Ahora no estaba en condiciones de encontrarse con un funcionario superior, como el que podía surgir detrás cada puerta; quería irse y, además, con el ujier, o solo si no había gira manera.
Pero quedarse allí mudo sería llamativo y, en realidad, la muchacha y el ujier ya le miraban cómo si se estuviera produciendo en él una extraña metamorfosis que no querían perderse de ningún modo. Y en la puerta estaba el hombre que K había visto en la lejanía: se mantenía aferrado a la parte de arriba del umbral y se balanceaba ligeramente sobre las puntas de los pies, como un espectador impaciente. La muchacha, sin embargo, fue la primera en reconocer que el comportamiento de K tenía como causa un ligero malestar, así que trajo una silla y le preguntó:
–¿No quiere usted sentarse?
K se sentó en seguida y apoyó los codos en los brazos de la silla para mantener mejor el equilibrio.
–Está un poco mareado, ¿verdad? –le preguntó.
Su rostro estaba ahora cerca del suyo, mostraba la expresión severa

que tienen algunas mujeres en lo mejor de su juventud.
–No se preocupe –dijo ella–, aquí no es nada extraordinario, casi todos padecen un ataque semejante cuando vienen por primera vez. ¿Usted viene por primera vez? Bien, no es nada extraordinario, ya le digo. El sol cae sobre el tejado y la madera caliente provoca este aire tan enrarecido. El lugar no es el más adecuado para instalar despachos, por más ventajas que ofrezca en otros sentidos. Pero en lo que concierne al aire, los días en que hay mucha gente, y eso ocurre prácticamente todos los días, se torna casi irrespirable. Si considera, además, que aquí se cuelga ropa para que se seque –es algo que no se puede prohibir a los inquilinos–, entonces no se sorprenderá de haber sufrido un ligero mateo. Pero uno llega a acostumbrarse muy bien a este aire. Si viene por segunda o tercera vez, apenas notará este ambiente opresivo. ¿Se siente Ya mejor?
K no respondió, le parecía algo lamentable depender de aquellas personas a causa de esa debilidad repentina; por añadidura, al conocer los motivos de su mareo, no se sintió mejor, sino un poco peor. La muchacha lo notó en seguida y, para refrescar a K, asió un gancho que colgaba de la pared y abrió un pequeño tragaluz, situado precisamente encima de K. Pero cayó tanto hollín que la joven tuvo que cerrarlo de inmediato y limpiar la mano de K con un pañuelo, pues K estaba demasiado cansado como para ocuparse de sí mismo. Le habría gustado permanecer allí sentado hasta que hubiera recuperado las fuerzas suficientes para irse, y eso ocurriría antes si no se preocupaban de él. Pero en ese momento añadió la muchacha:
–Aquí no puede quedarse, interrumpimos el paso.
K preguntó con la mirada a quién interrumpían el paso.
–Le llevaré, si lo desea, al botiquín.
–Ayúdeme, por favor –le dijo ella al hombre de la puerta, que ya se había acercado. Pero K no quería que lo llevaran al botiquín, precisamente eso era lo que quería evitar, que lo siguieran adentrando en las oficinas; cuanto más avanzase, peor.
–Ya puedo irme –dijo por esta razón, y se levantó temblando, acostumbrado a la cómoda silla. Pero no pudo mantenerse de pie.
–No, no puedo –dijo moviendo la cabeza y volvió a sentarse con un suspiro. Se acordó del ujier, que a pesar de todo le podría conducir fácilmente hacia la salida, pero parecía haberse ido hacía tiempo. K atisbó entre la joven y el hombre, que permanecían de pie ante él, pero no pudo encontrar al ujier.
–Creo –dijo el hombre, que vestía elegantemente: sobre todo llamaba la atención un chaleco gris que terminaba en dos largas puntas–, creo que la indisposición del señor se debe a la atmósfera de estas

estancias; sería lo mejor, y probablemente lo que él preferiría, que no se le llevase al botiquín, sino fuera de las oficinas.
–Así es –exclamó K, que de la alegría había interrumpido al hombre–, me sentiré mucho mejor, tampoco estoy tan débil, sólo necesito un poco de apoyo, no les causaré muchas molestias, el camino no es largo, condúzcanme hasta la puerta, me sentaré un rato en los escalones y me recuperaré, nunca he padecido este tipo de mareos, yo mismo estoy sorprendido. También soy funcionario y estoy acostumbrado al aire de las oficinas, pero aquí es muy malo, usted mismo lo ha dicho. ¿Tendrían la amabilidad de acompañarme un trecho? Estoy algo mareado y me pondré peor si me levanto sin ayuda.
Levantó los hombros para facilitarles que le cogieran bajo los brazos. Pero el hombre no siguió sus indicaciones, sino que se mantuvo tranquilo, con las manos en los bolsillos y rió en voz alta.
–Ve –le dijo a la muchacha–, he acertado. Al señor no le sienta den estar aquí.
La muchacha rió también y dio un golpecito con la punta del dedo en el brazo del hombre, como si se hubiese permitido una broma pesada con K.
–Pero, ¿qué piensa? –dijo el hombre entre risas–. Yo mismo conduciré al señor hasta la salida.
–Entonces está bien –dijo la muchacha inclinando un instante su bonita cabeza–. No le dé mucha importancia a la risa –dijo la joven a K, que se había vuelto a entristecer, miraba fijamente ante sí y no parecía necesitar ninguna explicación–; este señor, ¿puedo presentarle? –el hombre dio su permiso con un gesto–, este señor es el informante. Él da a las partes que esperan toda la información que necesitan y, como nuestra justicia no es muy conocida entre la población, se reclama mucha información. Conoce la respuesta a todas las preguntas. Si alguna tiene ganas, puede probar. Pero no sólo posee ese mérito, otra de sus virtudes es su elegante forma de vestir. Nosotros, es decir los funcionarios, opinamos que el informante, como es el primero en tratar con las partes, debe vestir con elegancia para dar una impresión digna. Los demás, como puede comprobar conmigo, nos vestimos muy mal y pasados de moda. No tiene sentido gastar mucho en vestir, ya que estamos casi todo el tiempo en las oficinas, incluso dormimos aquí. Pero como he dicho, creemos que el informante tiene que vestir bien. Como no había dinero disponible para ropa elegante en nuestra administración, que en este sentido es algo peculiar, hicimos una colecta –en la que también participaron los acusados– y le compramos ese bonito traje y otros. Ahora está preparado para dar una buena impresión, pero lo estropea todo con su risa y asusta a la gente.

–Así es –dijo el hombre con tono burlón–, pero no entiendo, señorita, por qué le cuenta a este señor todas nuestras intimidades, o mejor, le obliga a oírlas, pues no creo que tenga ganas de conocerlas. Mire si no cómo permanece ahí sentado ocupado en sus propios asuntos.

K no tenía ganas de contradecirle. La intención de la muchacha podía ser buena, tal vez pretendía distraerle para darle la posibilidad de recuperarse, pero el medio elegido era inadecuado.

–Quería aclararle el motivo de su risa –dijo la muchacha–, era insultante.

–Creo que me perdonaría peores ofensas a cambio de que le condujera a la salida.

K no dijo nada, ni siquiera miró, dejó que ambos hablaran sobre él como si fuese un objeto, incluso lo prefería así. Pero de repente sintió la mano del informante en uno de sus brazos y la de la joven en el otro.

Arriba, hombre débil –dijo el informante.

–Se lo agradezco mucho a los dos –dijo alegremente sorprendido, se levantó lentamente y llevó él mismo las manos ajenas a las zonas en que más necesitaba su apoyo.

–Parece –musitó la joven al oído de K, mientras se acercaban al corredor– como si fuera muy importante para mí hablar bien del informante, pero sólo quiero decir la verdad. No tiene un corazón duro. No está obligado a conducir hasta la salida a las partes que se ponen enfermas y, sin embargo, lo hace, como puede ver. Ninguno de nosotros es duro de corazón, sólo queremos ayudar, pero como funcionarios judiciales damos la impresión de ser duros de corazón y de no querer ayudar a nadie. Yo sufro por eso.

–¿Quiere sentarse aquí un poco? –preguntó el informante: ya se encontraban en el corredor, precisamente ante el acusado con el que K había hablado anteriormente. K se avergonzó ante él, se había mantenido tan recto en su presencia y ahora se tenía que apoyar en dos personas, con la cabeza descubierta, pues el informante balanceaba su sombrero con los dedos, despeinado y con la frente bañada de sudor. Pero el acusado no pareció notar nada, permanecía humillado ante el informante, que ni siquiera lo miró, como si quisiera pedir perdón por su mera presencia.

–Ya sé –se atrevió a decir el acusado–, que hoy no puedo recibir los resultados de mis solicitudes. No obstante, aquí estoy, he pensado que podía esperar, es domingo, tengo tiempo y no estorbo.

–No debe disculparse –dijo el informante–, su esmero es digno de elogio; aunque está ocupando inútilmente un sitio, no le impediré seguir el transcurso de su proceso mientras no moleste. Cuando se ha visto gente que ha descuidado vergonzosamente su deber, se aprende

a tener paciencia con personas como usted. Siéntese.
–Cómo sabe hablar con los acusados –susurró la muchacha a K. Éste asintió, pero se sobresaltó cuando el informante le preguntó de nuevo:
–¿No quiere sentarse aquí?
–No –dijo K–, no quiero descansar.
Lo dijo con decisión, pero en realidad le habría venido muy bien sentarse. Se sentía mareado, como si estuviera en un barco en plena tormenta. Le parecía oír cómo el agua del mar golpeaba las paredes de madera, como si del fondo del corredor llegase el bramido de una catarata, y luego sintió que el corredor se balanceaba y le dio la impresión de que los acusados subían y bajaban. La tranquilidad de la muchacha y del hombre que le acompañaban le parecía, en esa situación, completamente incomprensible. Dependía de ellos: si le dejaban, caería al suelo como una tabla. Lanzaban miradas penetrantes a un lado y a otro, K sentía sus pasos regulares, pero no los podía imitar, pues prácticamente le llevaban en vilo. Finalmente, notó que le hablaban, pero no entendía lo que decían, sólo escuchaba un ruido que lo abarcaba todo, a través del cual se podía distinguir lo que podría ser el sonido de una sirena.
–Hablen más alto –musitó con la cabeza inclinada, aunque sabía que habían hablado con voz lo suficientemente alta. De repente, como si se hubiese derrumbado la pared ante él, sintió una corriente de aire fresco y oyó que decían a su lado:
Al principio quería salir, luego se le repite mil veces que ésta es la í salida y no se mueve.
K notó que se hallaba en la puerta de salida, que la muchacha acababa de abrir. Le pareció como si le regresaran todas las fuerzas de una vez. Para sentir un anticipo de la libertad, bajó uno de los escalones y se despidió desde allí de sus acompañantes, que en ese instante se inclinaban sobre él.
–Muchas gracias –repitió, estrechó las manos de ambos y las dejó cuando creyó ver que ellos, acostumbrados al aire de las oficinas, difícilmente soportaban el aire fresco que subía por la escalera. Apenas pudieron responder, y la muchacha tal vez se hubiera caído si K no hubiese cerrado la puerta a toda prisa. K permaneció un momento en silencio, se atusó el pelo con ayuda de un espejo de bolsillo, se puso el sombrero, que habían dejado en el siguiente escalón –el informante lo había arrojado al suelo– y bajó las escaleras tan fresco y con pasos tan largos que casi tuvo miedo del cambio repentino que acababa de experimentar. Su estado de salud, por otro lado siempre bastante bueno, jamás le había procurado una sorpresa semejante. ¿Acaso pretendía su cuerpo hacer una revolución e incoarle un nuevo proceso,

ya que soportaba el otro con tanto esfuerzo? No descartó del todo la idea de ver a un médico, pero lo que sí se afianzó en su mente fue el firme propósito –en esto él mismo se podía aconsejar– de emplear mejor las mañanas de los domingos.

EL AZOTADOR

Cuando K, una de las noches siguientes, pasó por el pasillo que separaba su despacho de las escaleras –esta vez se iba a casa uno de los últimos, sólo en el departamento de expedición quedaban dos empleados en el pequeño radio luminoso de una bombilla–, oyó detrás de una puerta, que siempre había creído que daba a un trastero, aunque nunca lo había constatado con sus propios ojos, una serie de quejidos. Se detuvo asombrado y escuchó detenidamente para comprobar si se había equivocado. Durante un rato todo quedó en silencio, pero los suspiros comenzaron de nuevo. Al principio pensó en traer a uno de los empleados –tal vez necesitara un testigo–, pero le invadió una curiosidad tan indomable que él mismo abrió la puerta. Se trataba, como había supuesto, de un trastero. Detrás del umbral se acumulaban formularios inservibles y frascos de tinta vacíos. Pero también había tres hombres inclinados en un espacio de escasa altura. Una vela situada en un estante les iluminaba.
–¿Qué hacen aquí? –preguntó K, precipitándose por la excitación, pero no en voz alta. Uno de los hombres, que parecía dominar a los otros y que fue el primero que atrajo su atención, estaba embutido en una suerte de traje oscuro, que dejaba al aire el cuello hasta el pecho y todo el brazo. No respondió. Pero los otros dos gritaron:
–¡Señor! Nos tienen que azotar porque te has quejado de nosotros ante el juez instructor.
Y ahora comprobó K que, en efecto, se trataba de los vigilantes Franz y Willem. El tercero sostenía un látigo para azotarlos.
–Bueno –dijo K, y los miró fijamente–, no me he quejado, sólo he dicho lo que ocurrió en mi habitación. Y desde luego no os comportasteis de una manera irreprochable.
–Señor –dijo Willem, mientras Franz intentaba protegerse del tercero detrás de él–, si usted supiera lo mal que nos pagan, nos juzgaría mejor. Yo tengo que alimentar a una familia y Franz quiere casarse; uno intenta ganar dinero como puede, sólo con el trabajo no es posible, ni siquiera con el más fatigoso: a mí me tentó su fina ropa blanca. Por supuesto que está prohibido que los vigilantes actúen así, es injusto, pero es tradición que la ropa blanca pertenezca a los vigilantes, así ha

sido siempre, créame. Además, es muy comprensible, pues ¿qué significan esas cosas para una persona tan desgraciada como para ser detenida? No obstante, si el detenido habla de ello públicamente, la consecuencia es el castigo.
–No sabía lo que me estáis diciendo. Tampoco he reclamado ningún castigo para vosotros; para mí es una cuestión de principios.
–Franz –se dirigió Willem al otro vigilante–, ¿no te dije que el señor no había reclamado que nos castigasen? Ya has oído que ni siquiera sabía que nos tenían que castigar.
–No te dejes conmover por esos discursos –dijo el tercero a K–, el castigo es tan justo como inevitable.
–No le escuches –dijo Willem, y se calló sólo para llevar rápidamente la mano, que acababa de recibir un azote, a la boca–, nos castigan sólo porque tú nos has denunciado, en otro caso no nos hubiera pasado nada, incluso si se hubiera sabido lo que habíamos hecho. ¿Se puede llamar a esto justicia? Nosotros dos, y sobre todo yo, somos vigilantes desde hace mucho tiempo. Tú mismo reconocerás que, mirado desde la perspectiva del organismo que representamos, hemos vigilado bien. Habríamos tenido posibilidades de ascender, con toda seguridad en poco tiempo habríamos llegado a ser azotadores, como éste, que tuvo la suerte de no ser denunciado por nadie, pues una denuncia semejante es muy rara. Y ahora, señor, todo está perdido, tendremos que trabajar en puestos aún más subordinados que el del servicio de vigilancia y, además, recibiremos unos espantosos y dolorosos azotes.
–¿Puede causar ese látigo tanto dolor? –preguntó K, y examinó el látigo que el azotador sostenía ante él.
–Nos tendremos que desnudar –dijo Willem.
–¡Ah, ya! –dijo K, y contempló más detenidamente al azotador. Estaba bronceado como un marinero y tenía un rostro lozano y feroz.
–¿Hay alguna posibilidad de ahorrarles los azotes? –le preguntó K.
–No –dijo el azotador, sacudiendo la cabeza sonriente–. Quitaos la ropa –ordenó a los vigilantes y, a continuación, le dijo a K:
–No tienes que creerte todo lo que te dicen. Su mente se ha debilitado por el miedo a los azotes. Lo que éste –y señaló a Willem– te ha contado sobre su posible carrera es completamente ridículo. Mira lo gordo que está, los primeros azotes se perderán en la grasa. ¿Sabes por qué se ha puesto tan gordo? Tiene la costumbre de comerse el desayuno de todos los detenidos. ¿Acaso no se ha comido también el tuyo? Ya lo dije. Pero un hombre con semejante estómago jamás podrá llegar a ser azotador, eso es imposible.
–Hay azotadores así –afirmó Willem, que acababa de soltarse el cinturón.

–¡No! –dijo el azotador, que le rozó el cuello con el látigo causándole un sobresalto–. No tienes que escuchar lo que decimos, sino desnudarte.
–Te recompensaría bien, si los dejaras marchar –dijo K, sin mirar al azotador– esos negocios se cierran mejor con los ojos cerrados –y sacó la cartera.
–Tú quieres denunciarme también a mí –dijo el azotador–, y procurarme también unos azotes.
–No, sé razonable –dijo K–, si hubiese querido que azotasen a estos hombres, no trataría ahora de liberarlos del castigo. Simplemente cerraría la puerta, no querría ver ni oír nada y me iría a mi casa. Sin embargo, no lo hago, sino que pretendo seriamente liberarlos. Si hubiera sospechado que los iban a castigar, no hubiera mencionado sus nombres. No los considero culpables, culpable es la organización, culpables son los funcionarios superiores.
–Así es –dijeron los vigilantes y recibieron de inmediato un latigazo en sus desnudas espaldas.
–Si tuvieras a un juez a merced de tu látigo –dijo K, y bajó el látigo que ya se elevaba otra vez–, no te impediría que lo azotases, todo lo contrario, te daría dinero para motivarte.
–Lo que dices suena creíble –dijo el azotador–, pero yo no me dejo sobornar. Mi puesto es el de azotador, así que azoto.
El vigilante Franz, que se había mantenido reservado hasta ese momento, tal vez con la esperanza de que la intercesión de K tuviera éxito, se acercó ahora a K, sólo vestido con los pantalones, y se arrodilló ante él cogiéndole la mano. A continuación, musitó:
–Si no puedes lograr que nos remitan a los dos el castigo, al menos intenta liberarme a mí. Willem es mayor que yo, menos sensible en todos los sentidos, incluso recibió hace un par de años una pena de azotes, yo, sin embargo, aún no he perdido el honor, fue Willem, ni¡ maestro tanto en lo bueno como en lo malo, quien me indujo a actuar así. Abajo, en la puerta del banco, espera mi prometida, siento tanta vergüenza –y secó su rostro lleno de lágrimas en la chaqueta de K.
–Ya no espero más –dijo el azotador, tomó el látigo con ambas manos y azotó a Franz, mientras Willem rumiaba en una esquina y miraba a hurtadillas, sin atreverse a girar la cabeza. Entonces se elevó un grito procedente de Franz, ininterrumpido e intenso; no parecía humano, más bien parecía generado por un instrumento de tortura, resonó por todo el pasillo, se tuvo que escuchar en todo el edificio.
–¡No grites! –exclamó K. No se pudo contener y mientras miraba tenso en la dirección en la que deberían venir los empleados, empujó a Franz, no muy fuerte pero lo suficiente como para que cayera al suelo y allí se

arrastrara, convulso, con ayuda de las manos. Pero ni aun así pudo evitar los azotes, el látigo supo encontrarle también en el suelo; mientras él se agitaba bajo los golpes, la punta del látigo bajaba y subía con perfecta regularidad. Y entonces apareció en la lejanía uno de los empleados, y dos pasos detrás, el segundo. K salió y cerró la puerta a toda prisa, se acercó a una pequeña ventana que daba al patio y la abrió. El vigilante dejó de gritar. Para no dejar que los empleados se acercaran, gritó:

–¡Soy yo!

–Buenas noches, señor gerente –le respondieron–, ¿ha ocurrido algo?

–No, no –respondió K–, es sólo un perro en el patio.

Como los empleados no se movían añadió: –Pueden seguir con su trabajo.

Para no continuar con la conversación, se inclinó por la ventana. Cuando, transcurrido un rato, miró por el pasillo, ya se habían ido. K, sin embargo, permaneció en la ventana, no se atrevía a volver al trastero y tampoco quería regresar a casa. Se limitó a contemplar el patio cuadrado que tenía ante él; alrededor había oficinas, todas las ventanas estaban oscuras, sólo las más altas recibían el reflejo de la luna. K se esforzó por discernir una de las oscuras esquinas del patio, en el que había dos carretas de mano. Le atormentaba no haber podido detener los azotes, pero no era culpa suya no haberlo logrado. Si Franz no hubiese gritado –cierto, tuvo que hacerle mucho daño, pero en determinados momentos decisivos hay que saber dominarse–, si no hubiera gritado, K habría encontrado con toda seguridad un medio para convencer al azotador. Si todos los empleados inferiores eran canalla, ¿por qué iba a constituir una excepción el azotador, que, además, ejercía el cargo más inhumano? K había observado muy bien cómo le habían brillado los ojos al ver los billetes. Posiblemente se había tomado en serio lo de los azotes para subir un poco la suma del soborno. Y K no habría ahorrado medios, realmente hubiera querido liberar a los vigilantes. Si había comenzado a combatir la corrupción de esa judicatura, era evidente que también tenía que intervenir en ese ámbito. Pero en el momento en el que Franz había comenzado a gritar, todo había acabado. K no podía permitir que los empleados, y quién sabe qué otras personas, vinieran y le sorprendieran tratando con los tipos del trastero. Nadie podía reclamar de K semejante sacrificio. Si se hubiera propuesto hacerlo, hubiera sido muy fácil, K se habría desnudado y se habría ofrecido al azotador como sustituto. Ciertamente, el azotador no hubiera admitido semejante cambio, pues sin obtener beneficio alguno habría tenido que incumplir seriamente su deber y, muy probablemente, por partida doble, pues K, mientras

permaneciera sujeto al procedimiento, debía ser inviolable para todos los empleados del tribunal. Es posible, no obstante, que en ese terreno hubiera disposiciones especiales. Pero, en todo caso, K no podía haber hecho otra cosa que cerrar la puerta, aunque ni siquiera así había alejado del todo el peligro. Que al final hubiera tenido que empujar a Franz era algo lamentable y sólo se podía disculpar por su estado de excitación.

Oyó en la lejanía los pasos de los empleados. Para no llamar la atención cerró la ventana y avanzó en dirección a la escalera principal. Permaneció un rato escuchando al lado de la puerta del trastero. Silencio. El hombre podía haber matado a azotes a los vigilantes, estaban sometidos a su poder. K ya había extendido la mano para coger el picaporte, pero se arrepintió. Era tarde para ayudar a nadie y los empleados tenían que estar al llegar. No obstante, se propuso hablar del asunto e intentar que castigasen convenientemente a los culpables reales, es decir, a los funcionarios superiores, que aún no habían tenido el valor de presentarse ante él. Mientras bajaba la escalinata del banco, observó cuidadosamente a los paseantes, pero no había ninguna muchacha en las cercanías que pudiera estar esperando a alguien. La indicación de Franz, de que su prometida le estaba esperando, no era más que una mentira, si bien disculpable, cuyo único objetivo había sido despertar una mayor compasión.

El día siguiente K siguió pensando en los vigilantes. Como no se podía concentrar en el trabajo, decidió obligarse a permanecer más tiempo en el banco que el día anterior. Cuando pasó por el trastero para irse a casa, abrió la puerta como si fuera una costumbre. Quedó desconcertado ante la inesperada escena que se mostró ante sus ojos. Todo estaba exactamente igual que la noche anterior, cuando abrió la puerta. Los formularios y los frascos de tinta se acumulaban detrás del umbral; el azotador con el látigo; los vigilantes, completamente vestidos; la vela sobre el estante. Los vigilantes comenzaron a quejarse y gritaron:

–¡Señor!

K cerró la puerta de inmediato y la golpeó con los puños, como si sólo así pudiera quedar cerrada del todo. Al borde de las lágrimas se fue a ver a los empleados, que trabajaban tranquilamente con una multicopista y permanecían absortos en su actividad.

–¡Ordenad de una vez el trastero! –gritó–. La inmundicia nos va a llegar al cuello.

Los empleados se mostraron dispuestos a hacerlo al día siguiente. K asintió con la cabeza. No podía obligarles a realizar el trabajo tan tarde, como había previsto antes. Se sentó un rato, para tener a los

empleados cerca, desordenó algunas copias, queriendo dar la impresión de que estaba examinando algo, pero comprobó que los empleados no se atreverían a salir con él, así que se fue a casa cansado y con la mente en blanco.

EL TÍO LENI

Una tarde, cuando K estaba ocupado abriendo la correspondencia, el tío de K, Karl, un pequeño terrateniente de la provincia, se abrió paso entre dos empleados que llevaban algunos escritos y entró en el despacho. K se asustó menos de la llegada del tío de lo que le había asustado la simple idea de su posible visita. El tío iba a venir, de eso estaba seguro desde hacía un mes. Ya al principio había creído verlo, cómo le alcanzaba la mano derecha sobre el escritorio, algo inclinado, con su sombrero de jipijapa en la mano izquierda, mostrando una prisa desconsiderada y arrollando todo lo que se le ponía en su camino. El tío siempre tenía prisa, pues le perseguía el infeliz pensamiento de que en su estancia de un día en la ciudad tenía que tener tiempo para realizar todo lo que se había propuesto, sin perderse tampoco cualquier conversación, negocio o placer que ocasionalmente pudiera surgirle. En todo ello tenía que ayudarle K, pues había sido su tutor y estaba obligado; además le tenía que dejar dormir en su casa. K le solía llamar «el fantasma rural».

Inmediatamente después de saludarse –no tenía tiempo para seguir la invitación de K y sentarse en el sillón–, le pidió a K si podían conversar a solas.

–Es necesario –dijo, tragando con esfuerzo–, es necesario para mi tranquilidad.

K hizo salir a los empleados del despacho con instrucciones de que no dejaran pasar a nadie.

–¿Qué ha llegado a mis oídos, Josef? –exclamó el tío en cuanto se quedaron solos. A continuación, se sentó sobre la mesa y, sin verlos, puso varios papeles debajo para sentarse con más comodidad.

K no respondió: sabía lo que vendría a continuación, pero, repentinamente relajado al dejar el fatigoso trabajo, se apoderó de él una agradable lasitud, por lo que se limitó a mirar por la ventana hacia la calle de enfrente, de la que desde su sitio sólo se podía ver una pequeña esquina, la pared desnuda de una casa entre dos escaparates de tiendas.

–¡Y te dedicas a mirar por la ventana! –exclamó el tío alzando los brazos–. ¡Por amor al Cielo, Josef ¡Respóndeme! ¿Es verdad? ¿Puede

ser verdad?
–Querido tío –dijo K, y salió de su ensimismamiento–, no sé qué quieres de mí.
–Josef –dijo el tío advirtiéndole–, siempre has dicho la verdad, por lo que sé. ¿Acaso tengo que tomar tus últimas palabras como un mal signo?
–Supongo lo que quieres –dijo K sumiso–. Probablemente has oído hablar de mi proceso.
Así es –respondió el tío, asintiendo con la cabeza lentamente–, he tenido noticia de tu proceso.
–¿Quién te lo ha dicho? –preguntó K.
–Ema me lo ha escrito –dijo el tío–. No tiene ningún trato contigo, por desgracia no te preocupas mucho de ella, sin embargo se ha enterado. Hoy he recibido la carta y he venido de inmediato. Por ningún otro motivo, pues me parece motivo suficiente. Te puedo leer la parte de la carta que se refiere a ti.
Sacó la carta del bolsillo.
–Aquí está. Escribe: «Hace tiempo que no veo a Josef, hace una semana estuve en el banco, pero Josef estaba tan ocupado que no me dejaron verle. Estuve esperando casi una hora, pero tuve que irme a casa porque tenía la lección de piano. Me hubiera gustado hablar con él, es posible que se presente otra oportunidad. Para mi cumpleaños me envió una gran caja de bombones de chocolate, fue muy atento y cariñoso. Se me olvidó escribíroslo, pero ahora que me preguntáis, lo recuerdo. Los bombones no duran mucho en la pensión, apenas tiene uno conciencia de que le han regalado bombones, cuando ya se han acabado. En lo que concierne a Josef os quería decir algo más. Como os he mencionado, en el banco no me dejaron entrar a verle porque en ese momento estaba tratando algo importante con un hombre. Después de esperar tranquilamente durante un buen rato, pregunté a un empleado si la reunión duraría mucho más. Él contestó que podría ser, pires probablemente tenía que ver con el proceso que se había incoado contra el gerente. Pregunté qué proceso y si no se equivocaba y me respondió que no se equivocaba, que era un proceso y, además, grave, pero que no sabía más. A él mismo le gustaría ayudar al gerente, pues le consideraba un hombre bueno y justo, pero que no sabría cómo empezar, sólo deseaba que personas influyentes lo apoyaran. Era muy probable que esto ocurriera, y todo terminaría bien, pero por ahora, como se, desprendía del mal humor del señor gerente, las cosas no iban nada bien. Por supuesto, no di mucha importancia a esta información, intenté tranquilizar al sencillo empleado, le aconsejé que no hablase de ello con otros y lo tuve todo por rumores infundados. Sin

embargo, tal vez fuera conveniente que tú, querido padre, le visitaras la próxima vez que vinieras, a ti te será fácil averiguar algo y, si realmente fuera necesario, podrías intervenir con algunos de tus influyentes amigos. Y si no resulta necesario, que será lo más probable, al menos le darás a tu hija la oportunidad de abrazarte, lo que le alegrará mucho».
–Una niña encantadora –dijo el tío al terminar de leer la carta y se secó algunas lágrimas que brotaban de sus ojos.
K asintió. A causa de todos los problemas que había tenido en los últimos tiempos, había olvidado por completo a Ema, incluso se había olvidado de su cumpleaños y la historia de los bombones había sido sólo una fábula para protegerle frente a sus tíos. Era algo enternecedor, Y ni siquiera se lo podría pagar con las entradas para el teatro que, a partir de ahora, pensaba enviarle con regularidad, pero no se sentía con berzas para visitarla en la pensión, ni tampoco para sostener una conversación con una niña de diecisiete años que aún acudía al instituto.
–Y ¿qué dices tú ahora? –preguntó el tío, que daba la impresión de haberlo olvidado todo debido a su excitación y parecía leer la carta de nuevo.
–Sí, tío –dijo K–, es verdad.
–¿Es verdad? –exclamó el tío–. ¿Qué es verdad? ¿Cómo puede ser verdad? ¿Qué tipo de proceso? ¿No será un proceso penal?
–Un proceso penal –respondió K.
–¿Y estás aquí sentado tan tranquilo mientras tienes un proceso penal al cuello? –gritó el tío, que iba elevando cada vez más el tono de voz.
–Cuanto más tranquilo esté, mejor para el desenlace –dijo K cansado–. No temas nada.
–¡Eso no me puede tranquilizar! –gritó el tío–. Josef, querido Josef, piensa en ti, en tus parientes, en nuestro buen nombre. Hasta ahora has sido nuestro orgullo, no puedes convertirte en nuestra vergüenza. Tu actitud –y miró a K con la cabeza ligeramente inclinada–, tu actitud no me gusta, así no se comporta ningún acusado inocente que aún posee fuerzas. Dime en seguida de qué se trata para que pueda ayudarte. ¿Acaso se trata del banco?
–No –dijo K, y se levantó–. Hablas demasiado alto, querido tío, el empleado está seguramente detrás de la puerta y oye todo lo que decimos. Esto es muy desagradable para mí. Es mejor que nos vayamos. Contestaré a todas tus preguntas lo mejor que pueda. Sé muy bien que soy responsable ante la familia.
–Exacto –exclamó el tío–, exacto, date prisa, Josef, date prisa. –Aún tengo que dar unos encargos –dijo K, y llamó por teléfono a su

sustituto, que entró poco después. El tío, en su excitación, señaló con la mano a K para indicar que éste era el que le había llamado, de lo que naturalmente no había ninguna duda. K, que permanecía detrás del escritorio, aclaró en voz baja a su sustituto, un hombre joven, que, sin embargo, escuchaba con seriedad, todo lo que tenía que hacer en su ausencia, mostrándole distintos escritos. El tío molestaba al permanecer allí de pie, con los ojos muy abiertos y mordiéndose los labios; aunque en realidad no escuchaba, la impresión de que lo hacía era muy incómoda. Luego comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación, deteniéndose un rato ante la ventana o ante un cuadro y pronunciando expresiones como: «Me es completamente incomprensible» o «ahora dime adónde va a ir a parar todo esto». El hombre joven hacía como si no notase nada, escuchó tranquilamente las instrucciones de K, anotó algunas cosas y salió, después de haber realizado una ligera inclinación ante K, así como ante el tío, que, sin embargo, le volvió la espalda, miró por la ventana y cerró los visillos. Apenas se había cerrado la puerta, el tío exclamó:

–Al fin se ha ido ese pelele, ahora podemos irnos. ¡Ya era hora!

Por desgracia, no hubo ningún medio para que el tío dejase las preguntas sobre el proceso cuando pasaban por el vestíbulo del banco, donde se encontraban algunos funcionarios, entre ellos el subdirector.

–Bien, Josef –comenzó el tío, mientras saludaba con inclinaciones de cabeza a los presentes–, dime ahora abiertamente qué tipo de proceso es.

K hizo algunos gestos para que no dijera nada, sonrió un poco y sólo cuando llegaron a la escalinata explicó al tío que no había querido hablar ante la gente.

–Has hecho bien –dijo el tío–, pero ahora habla.

Escuchó con la cabeza inclinada, fumando un cigarrillo con nerviosismo.

Ante todo, tío, no se trata de un proceso ante un tribunal ordinario.

–Malo –dijo el tío.

–¿Qué? –dijo K, y miró al tío.

–Eso es malo, según creo –repitió el tío.

Estaban al comienzo de la escalinata que conducía a la calle. Como el portero parecía escuchar, K se llevó al tío hacia abajo. El animado tráfico de la calle los acogió. El tío, que se había asido del brazo de K, ya no quiso hablar con tanta urgencia sobre el proceso, incluso anduvieron un rato en silencio.

–Pero, ¿cómo ha podido ocurrir? –preguntó finalmente el tío, y se detuvo tan súbitamente que los que venían detrás le tuvieron que esquivar asustados–. Esas cosas no surgen así, de repente, se van preparando con mucho tiempo de antelación, ha tenido que haber

signos. ¿Por qué no me has escrito? Ya sabes que hago todo lo que puedo por ti, en cierta medida sigo siendo tu tutor, y hasta hoy he estado orgulloso de serlo. Por supuesto que seguiré ayudándote, aunque ahora que el proceso está en marcha, será muy difícil. Lo mejor sería que te tomaras unas pequeñas vacaciones y te vinieras con nosotros al campo. Estás un poco delgado, ahora lo noto. En el campo recuperarás las fuerzas, eso será bueno, pues te esperan grandes esfuerzos. Además, así eludirás al tribunal. Aquí disponen de todos los medios coercitivos y los pueden aplicar automáticamente. En el campo tienen que delegar en un órgano o intentar influir sobre ti por correspondencia, telégrafo o teléfono. Eso debilita, naturalmente, los efectos. Aunque no te libera, al menos te da un respiro.

–Me pueden prohibir salir de la ciudad –dijo K, que parecía entrar algo en el proceso mental del tío.

–No creo que lo hagan –dijo el tío pensativo–, con tu partida no sufren una pérdida excesiva de poder.

–Yo pensaba –dijo K, y tomó a su tío del brazo para impedirle que se detuviera– que le darías menos importancia que yo, y ahora compruebo que tú mismo lo tomas como algo muy serio.

Josef –exclamó el tío, e intentó desasirse para detenerse, pero K no le dejó–, estás cambiado, siempre has tenido una gran inteligencia, ¿y precisamente ahora no la empleas? ¿Acaso quieres perder el proceso? ¿Sabes lo que eso significa? Eso significa que te suprimirán, y a todos tus parientes contigo o, al menos, quedarán humillados, a la altura del suelo. Josef, concéntrate. Tu indiferencia me desespera. Al verte así se puede creer el refrán: «Proceso incoado, proceso perdido».

–Querido tío –dijo K–, es inútil excitarse. Excitándose no se ganan los procesos. Deja que me guíe también por mis experiencias, del mismo modo en que respeto las tuyas, por más que algunas veces me asombren. Como dices que también la familia quedará afectada –lo que no puedo entender, pero es un asunto secundario–, seguiré tus consejos. Pero no considero una estancia en el campo como algo ventajoso, pues significaría reconocer mi culpa y podría entenderse como una huida. Además, aquí, es cierto, me pueden perseguir mejor pero también puedo actuar e influir en el asunto.

–Cierto –dijo el tío en un tono reconciliador–, sólo te hice esa proposición porque veía que peligraba todo el asunto con tu indiferencia y me parecía que la única salida viable era tomarlo todo en mis manos. Pero si quieres llevar tú mismo el asunto y con todas tus fuerzas, será desde luego mucho mejor.

–Entonces estamos de acuerdo –dijo K–. ¿Tienes algún consejo sobre lo que podría hacer?

–Aún tengo que meditar algo sobre el asunto –dijo el tío–. Como sabes, vivo ininterrumpidamente en el campo desde hace veinte años y así se pierde el instinto para estas cosas. Mis contactos con gente importante, que tal vez conozcan mejor estos asuntos, se han debilitado con el tiempo. En el campo estoy algo solo. Precisamente uno lo nota cuando se producen este tipo de incidentes. Además, todo esto ha sido inesperado, por más que después de la carta de Ema sospechase algo, que se convirtió en certeza nada más verte. Pero eso no tiene importancia, lo más importante es no perder el tiempo.

Mientras hablaba había hecho señas a un taxi, poniéndose de puntillas, y cuando éste paró, subió, le dijo una dirección al conductor e introdujo a K en el interior.

–Vamos a hacer una visita al abogado Huld –dijo el tío–, fuimos compañeros de colegio. ¿Conoces el nombre? ¿No? Es muy extraño. Tiene gran fama como defensor y abogado de los pobres. Yo tengo mucha confianza en él como persona.

–Me parece bien todo lo que emprendas –dijo K, aunque la manera precipitada de actuar del tío le causara cierto malestar. No era muy agradable visitar a un abogado para pobres siendo un acusado.

–No sabía –dijo– que en un asunto así se podía consultar a un abogado.

–Pues claro, naturalmente, ¿por qué no? Y ahora cuéntamelo todo para que esté bien informado de lo que ha ocurrido.

K se lo comenzó a contar, sin silenciar nada. Su completa sinceridad fue la única protesta que se pudo permitir contra la opinión del tío de que el proceso era una gran vergüenza. El nombre de la señorita Bürstner lo mencionó sólo una vez y de pasada, pero eso no influyó en la sinceridad de su exposición, pues ella no tenía ninguna relación con el proceso. Mientras hablaba, miraba por la ventanilla y observaba cómo se acercaban a los suburbios en los que se hallaban las oficinas del juzgado. Se lo dijo a su tío, pero éste no creyó que la coincidencia fuese digna de ser tenida en cuenta. El coche se detuvo ante una casa oscura. El tío llamó a la primera puerta de la planta baja. Mientras esperaban, sonrió, hizo rechinar sus grandes dientes y musitó:

–Las ocho, una hora inusual para recibir a los clientes. Huld no me lo tomará a mal.

En la mirilla de la puerta aparecieron dos grandes ojos negros, que contemplaron durante un rato a los huéspedes y desaparecieron. La puerta permaneció cerrada. El tío y K se confirmaron mutuamente haber visto los dos ojos.

–Una criada nueva que tiene miedo a los extraños –dijo el tío y llamó otra vez. Volvieron a aparecer los ojos, parecían tristes, pero podía ser

una ilusión producida por la llama de gas que ardía por encima de sus cabezas y que apenas alumbraba.
–¡Abra! –gritó el tío golpeando la puerta con el puño–, somos amigos del señor abogado.
–El señor abogado está enfermo –susurró alguien a sus espaldas. En una puerta al otro lado del pasillo había un hombre en bata que era el que se había dirigido a ellos con voz tan baja. El tío, que ya estaba enfurecido por la espera, se dio la vuelta bruscamente y gritó:
–¿Enfermo? –y se fue hacia él con actitud amenazadora, como si el otro fuese la misma enfermedad.
–Ya les han abierto –dijo el hombre, señaló la puerta del abogado, se ajustó la bata y desapareció.
Era cierto, habían abierto la puerta, una muchacha –K reconoció en seguida los ojos oscuros, un poco saltones– permanecía con un delantal blanco en el vestíbulo y mantenía una vela en la mano.
–La próxima vez abra antes –dijo el tío en vez de saludar, mientras la muchacha hacía una ligera inclinación de cabeza.
–Vamos, Josef –dijo a K, que pasó lentamente al lado de la muchacha.
–El señor abogado está enfermo –dijo la joven, ya que el tío se dirigió directamente hacia una puerta sin detenerse. K aún contemplaba asombrado a la muchacha, cuando ella se volvió para impedir la entrada. Tenía un rostro redondo como el de una muñeca, pero no sólo las pálidas mejillas y la barbilla poseían una forma redondeada, sino también las sienes y la frente.
–Josef –volvió a llamar el tío y, a continuación, le preguntó a la joven:
–¿Es el corazón?
–Creo que sí –dijo ella, había tenido tiempo para avanzar con la vela y abrir la puerta de la habitación. En una de las esquinas, aún no iluminada, se elevó de la cama un rostro con una larga barba.
–Leni, ¿quién viene? –preguntó el abogado, que, deslumbrado por la luz de la vela, aún no había podido reconocer a los visitantes.
–Soy Albert, tu viejo amigo –dijo el tío.
–¡Ah!, Albert –dijo el abogado, y se dejó caer sobre la almohada, como si esa visita no necesitase ninguna atención especial.
–¿Tan mal estás? –preguntó el tío, y se sentó al borde de la cama–. No lo creo. Es una de tus recaídas, pero pasará como las anteriores.
–Es posible –dijo el abogado en voz baja–, pero es peor que otras veces. Respiro con dificultad, no duermo y voy perdiendo fuerzas día a día.
–Vaya –dijo el tío, y presionó su sombrero de jipijapa contra la rodilla–, son malas noticias. ¿Te están cuidando bien? Esto está tan triste, tan oscuro. Ha pasado ya mucho tiempo desde la última vez que estuve

aquí, pero antes esto era más agradable. Tampoco tu pequeña señorita parece muy alegre, o tal vez disimula.
La muchacha permanecía con la vela cerca de la puerta. Parecía fijarse más en K que en el tío, aun cuando éste se refirió a ella. K se apoyó en una silla que él mismo había desplazado hasta las proximidades de la joven.
–Cuando se está tan enfermo como yo –dijo el abogado–, hay que tener tranquilidad, a mí no me parece triste.
Después de una pequeña pausa añadió:
–Y Leni me cuida muy bien, es muy buena.
El tío, sin embargo, no se dejó convencer. Tenía un prejuicio contra la enfermera y aunque no replicó nada al enfermo, persiguió con mirada severa a la muchacha cuando ésta se acercó a la cama, dejó la vela en la me silla de noche, se inclinó sobre el enfermo y le susurró algo mientras le arreglaba la almohada. El tío prácticamente abandonó toda consideración hacia el enfermo, se levantó, estuvo paseando de un lado a otro detrás de la enfermera y a K no le hubiera asombrado que la hubiera cogido por la falda para apartarla de la cama. K, sin embargo, lo contemplaba todo con tranquilidad. Incluso la enfermedad del abogado era algo que no le venía mal, no había podido oponer nada a la actividad que el tío había desarrollado por su causa, pero el freno que experimentaba ahora ese celo, sin intervención alguna de K, lo tomó como algo positivo. Entonces el tío, tal vez sólo con la intención de ofender a la enfermera, dijo:
–Señorita, por favor, déjenos un momento a solas, tengo que tratar con mi amigo un asunto personal.
La enfermera, que se había inclinado aún más sobre el enfermo y precisamente en ese momento alisaba la sábana, volvió la cabeza y dijo con toda tranquilidad, que contrastaba con el silencio furioso y la verborrea del tío:
–Ya ve, el señor está muy enfermo, no puede hablar de ningún asunto personal.
Probablemente había repetido las palabras del tío sólo por comodidad, pero por alguna persona ajena se podría haber tomado como una burla. El tío, naturalmente, se comportó como si le hubieran acuchillado.
–Tú, condenada –logró decir con voz gutural y casi incomprensible por la excitación.
K se asustó, aunque había esperado una reacción semejante, así que corrió hacia él con la intención de taparle la boca con las manos. Felizmente, el enfermo se incorporó detrás de la muchacha. El rostro del tío se tornó sombrío, como si se estuviera tragando algo repugnante, y dijo algo más tranquilo:

–Por supuesto que aún no hemos perdido la razón; si lo que reclamo no fuera posible, no lo habría dicho. Por favor, váyase.
La enfermera estaba de pie al lado de la cama, mirando al tío, y con una de sus manos, como creyó advertir K, acariciaba la mano del ahogado.
–Puedes decir lo que quieras en presencia de Leni –dijo el enfermo con un tono de súplica.
–No me concierne a mí –dijo el tío–, no es mi secreto.
Y se dio la vuelta, como si no pensara participar en más negociaciones, pero concediera un periodo de reflexión.
–Entonces, ¿a quién concierne? –preguntó el abogado con voz apagada, y volvió a echarse.
–A mi sobrino –dijo el tío–, lo he traído conmigo.
Se lo presentó:
–Gerente Josef K.
–¡Oh! –dijo el enfermo con súbita vivacidad, y le extendió la mano–, disculpe, no había advertido su presencia.
–Retírate, Leni –dijo a la enfermera, que ya no se opuso, y le dio la mano como si se despidiera por largo tiempo.
–Así que no has venido a hacer una visita a un enfermo –dijo finalmente al tío, que se había acercado ya reconciliado–, vienes por motivos profesionales.
Era como si la idea de una visita de enfermo hubiese paralizado hasta ese momento al abogado, tan fortalecido aparecía ahora. Permaneció apoyado en el codo, lo que tenía que ser bastante fatigoso, y tiró una y otra vez de un pelo de su barba.
–Parece –dijo el tío– que te has recuperado algo desde la salida de esa bruja.
Se interrumpió y musitó:
–Apuesto a que está escuchando –y saltó hacia la puerta. Pero detrás de la puerta no había nadie. El tío regresó, pero no decepcionado, sino amargado, pues creía ver en el comportamiento recto de la muchacha una mayor maldad.
–No la conoces –dijo el abogado, sin proteger más a la enfermera. Tal vez sólo quería expresar con ello que no necesitaba protección. Pero prosiguió en un tono más interesado:
–En lo que se refiere al asunto de tu señor sobrino, me consideraría feliz si mis fuerzas bastasen para una tarea tan extremadamente difícil; me temo, sin embargo, que no bastarán, pero tampoco quiero dejar de intentarlo; si no puedo, siempre será posible solicitar la ayuda de otro. Para ser sincero, el asunto me interesa demasiado como para dejarlo pasar y renunciar a toda participación. Si mi corazón no lo soporta, al

menos encontrará aquí una buena ocasión para fallar del todo.
K no creyó comprender ni una sola palabra de lo que había dicho. Miró al tío para encontrar una explicación, pero éste estaba sentado en la mesilla de noche, de la que se acababa de caer sobre la alfombra un frasco de medicinas. Con la vela en la mano, el tío asentía a lo que decía el abogado, se mostraba de acuerdo en todo y miraba de vez en cuando a K como si requiriera un asenso similar. ¿Acaso había hablado ya el tío con el abogado acerca del proceso? Pero eso era imposible, todo lo acaecido hablaba en contra. Por esta causa, dijo:
–No entiendo.
–¿Acaso le he interpretado mal? –preguntó el abogado tan asombrado y confuso como K–. Tal vez me he precipitado. ¿Sobre qué quería hablar conmigo? Creía que se trataba de su proceso.
–Naturalmente –dijo el tío, que entonces preguntó a K–: Pero ¿qué te pasa?
–Sí, pero, ¿de qué me conoce y cómo sabe de mi proceso? –inquirió K.
–¡Ah, ya! –dijo el abogado sonriendo–, soy abogado, trato con miembros de los tribunales, se habla de distintos procesos, sobre todo de los más llamativos, y cuando afectan al sobrino de un amigo se quedan en la memoria. No es nada extraño.
–Pero ¿qué te pasa? –volvió a preguntarle el tío–. Estás muy nervioso.
–¿Usted tiene trato con los miembros de los tribunales? –preguntó K.
–Sí –dijo el abogado.
–Haces preguntas de niño –dijo el tío.
–¿Con quién voy a tratar si no es con gente de mi gremio? –añadió el abogado.
Sonó tan irrebatible que K fue incapaz de contestar. «Usted trabaja en las estancias del Palacio de justicia pero no en las del desván», hubiera querido decir, pero no se atrevió.
–Tiene que tener en cuenta –continuó el abogado, como si le estuviera explicando algo evidente y superfluo– que de ese trato saco muchas ventajas para mis clientes y, además, en múltiples sentidos, pero de eso no se puede hablar. Naturalmente estoy algo impedido a causa de mi enfermedad; no obstante sigo recibiendo visitas de buenos amigos de los tribunales y me entero de algunas cosas. Es posible que me entere de mucho más de lo que se pueden enterar algunos que gozan de la mejor salud y se pasan todo el día en los tribunales. Precisamente ahora tengo una visita entrañable –y señaló hacia una de las esquinas.
–¿Dónde? –preguntó K de un modo algo grosero por la sorpresa. Miró a su alrededor con inseguridad, la luz de la vela no llegaba hasta la pared opuesta. Y realmente algo comenzó a moverse en la esquina. A la luz de la vela, que ahora el tío sostenía en alto, se podía ver a un señor

bastante mayor sentado frente a una mesita. Era como si todo ese tiempo hubiera aguantado la respiración para permanecer inadvertido. Ahora se levantó algo molesto, insatisfecho por haber acaparado la atención. Era como si quisiera evitar, moviendo las manos como pequeñas alas, cualquier presentación o saludo, como si no quisiera molestar a los demás con su presencia y como si suplicase que le dejaran de nuevo en la oscuridad y en el olvido. Pero ya no se lo podían consentir.
–Nos habéis sorprendido –dijo el abogado como explicación e hizo una seña al señor para animarle a que se aproximara, lo que éste hizo lentamente, dudando, mirando alrededor y con cierta dignidad.
–El señor jefe de departamento judicial..., ¡ah!, perdón, no les he presentado. Aquí mi amigo Albert K, aquí su sobrino, el gerente Josef K, y aquí el señor jefe de departamento. Bien, pues el señor jefe de departamento ha sido tan amable de hacerme una visita. El valor de una visita así sólo puede ser apreciado por alguien que sepa lo cargado de trabajo que está el señor jefe de departamento. No obstante ha venido, y conversábamos tranquilamente, tanto como lo permitía mi debilidad. No habíamos prohibido a Leni que dejara entrar a visitantes, pues no esperábamos a ninguno, pero opinábamos que debíamos permanecer solos; entonces se oyeron tus golpes, Albert, y el señor jefe de departamento se retiró con su sillón a una esquina, pero ahora parece que tenemos un asunto para discutir en común y puede volver con nosotros. Señor jefe de departamento –dijo con una inclinación y una sonrisa sumisa, señalando una silla en la cercanía de la cama.
–Por desgracia sólo podré permanecer unos minutos –dijo amablemente el jefe de departamento, se sentó cómodamente en la silla y miró el reloj–, pues el trabajo me llama. Pero tampoco quiero perder la oportunidad de conocer a un amigo de mi amigo.
Inclinó ligeramente la cabeza hacia el tío, quien parecía muy satisfecho por su nuevo conocido, satisfacción que, sin embargo, no supo manifestar, ya que, por su naturaleza, era incapaz de mostrar ningún sentimiento de sumisión, limitándose a acompañar las palabras del jefe de departamento con una risa confusa. ¡Una visión horrible! K podía contemplarlo todo tranquilamente, pues nadie se preocupaba de él. El jefe de departamento, como parecía que era su costumbre, tomó la palabra. El abogado, por su parte, cuya debilidad inicial parecía que sólo había servido para expulsar a la nueva visita, escuchaba con atención, con la mano en el oído; el tío, que mantenía la vela –la balanceaba sobre su muslo y el abogado le miraba frecuentemente con preocupación– había superado su confusión previa y seguía encantado la manera de hablar del jefe de departamento y los movimientos

ondulados de manos con que éste acompañaba a sus palabras. K, que se apoyaba en la pata de la cama, era completamente ignorado por el jefe de departamento, probablemente con toda intención, y permaneció como mero oyente. Además, no sabía de qué estaban hablando y se dedicó a pensar en la enfermera, en el trato tan malo que había recibido del tío y llegó a considerar si no había visto ya al jefe de departamento, tal vez en la asamblea durante su primera comparecencia. Si se equivocaba, el jefe de departamento habría armonizado perfectamente con los participantes de las primeras filas, aquellos ancianos con sus barbas ralas.

En ese preciso momento todos se quedaron escuchando pues se había producido un ruido como el que hace la porcelana al romperse.

–Voy a ver qué ha podido ocurrir –dijo K, y salió lentamente, como si quisiera dar la oportunidad de que le detuvieran. Apenas había entrado en el vestíbulo e intentaba orientarse en la oscuridad, cuando una mano pequeña, mucho más pequeña que la de K, se posó sobre la suya, aún en el picaporte, y cerró suavemente la puerta. Era la enfermera, que había estado esperando allí.

–No ha ocurrido nada –susurró ella–, he arrojado un plato contra la pared para sacarle de la habitación.

K dijo algo confuso:

–También yo he pensado en usted.

–Mucho mejor –dijo la enfermera–. Venga.

Llegaron a una puerta con un cristal opaco. La enfermera la abrió.

–Entre –dijo ella.

Era el despacho del señor abogado. Por lo que se podía apreciar a la luz de la luna, que sólo alumbraba con intensidad un espacio rectangular del suelo bajo dos grandes ventanas, los muebles eran antiguos y pesados.

–Venga aquí –dijo la enfermera, y señaló un oscuro arcón con forma de asiento provisto de un respaldo de madera labrada.

Cuando K se sentó, miró a su alrededor: era una habitación amplia y elevada, la clientela del abogado de los pobres se debía de sentir perdida. K creyó apreciar los pequeños pasos con los que los visitantes se acercaban al poderoso escritorio. Pero poco después lo olvidó y sólo tuvo ojos para la enfermera, que estaba sentada junto a él y casi le presionaba contra uno de los brazos del arcón.

–Pensé –dijo ella– que vendría conmigo sin necesidad de llamarle. Ha sido muy extraño. Primero me estuvo mirando al entrar casi ininterrumpidamente y luego me dejó esperando. Por lo demás, llámeme Leni –añadió rápida e inesperadamente, como si no quisiera desperdiciar ni un segundo de esa conversación.

–Encantado –dijo K–. Pero en lo que concierne a su extrañeza, Leni, se puede explicar fácilmente. En primer lugar, tenía que escuchar la cháchara de los dos ancianos y no podía salir sin motivo alguno; en segundo lugar, soy más bien tímido, y usted, Leni, no tenía el aspecto de poder ser conquistada en un instante.
–No ha sido eso –dijo Leni, que apoyó el brazo en el respaldo y contempló a K–, lo que pasa es que no le gusté al principio y probablemente tampoco le gusto ahora.
–«Gustar» no expresaría bien lo que siento –dijo K, eludiendo una respuesta directa.
–¡Oh! –exclamó ella sonriendo, y ganó gracias a las últimas palabras de K cierta superioridad. Por esta causa, K permaneció un rato en silencio. Como ya se había acostumbrado a la oscuridad de la habitación, pudo distinguir algunos objetos. En concreto, le llamó la atención un gran cuadro que colgaba a la derecha de la puerta. Se inclinó para verlo mejor. En él estaba retratado un hombre con la toga de juez, sentado en un sitial, cuyos adornos dorados destacaban intensamente. Lo insólito era que ese juez no estaba sentado en una actitud digna y reposada, sino que presionaba con fuerza el brazo izquierdo contra el respaldo y contra el brazo del sitial, mientras mantenía libre el brazo derecho, cuya mano se aferraba al otro brazo del asiento como si en el instante siguiente fuera a saltar con un giro violento para decir algo decisivo o pronunciar una sentencia. Se suponía que el acusado estaba al inicio de una escalera, de la cual sólo se podían ver los peldaños superiores, cubiertos con una alfombra amarilla.
–Tal vez sea éste mi juez –dijo K, y señaló el cuadro con el dedo.
–Yo le conozco –dijo Leni, que también miró el cuadro–, viene a menudo de visita. El retrato lo pintaron cuando era joven, pero jamás ha podido parecerse al del cuadro, pues es muy bajito. Sin embargo, se hizo retratar con esa estatura porque es muy vanidoso, como todos los de aquí. Pero yo también soy vanidosa y estoy muy insatisfecha por no gustarle a usted.
K sólo respondió a este último comentario atrayendo a Leni hacia él y abrazándola: ella reclinó en silencio la cabeza en su hombro. A continuación, K le preguntó:
–¿Qué rango tiene?
–Es juez de instrucción –dijo ella, tomó la mano de K, con la que él la abrazaba y jugó con sus dedos.
–Otra vez sólo un juez instructor –dijo K decepcionado–, los funcionarios superiores se esconden, pero él está sentado en un sitial.
–Eso es todo un invento –dijo Leni, poniendo el rostro en la Mano de K–, en realidad está sentado en una silla de cocina, cubierta una vieja

manta para caballerías. Pero ¿tiene que pensar siempre en proceso? –añadió lentamente.
–No, no, en absoluto –dijo K–, incluso creo que pienso demasiado poco en él.
–Ése no es el error que está cometiendo –dijo Leni–. Usted es demasiado inflexible, al menos eso es lo que he oído.
–¿Quién ha dicho eso? –preguntó K. Sintió su cuerpo en su pecho y contempló su mata de pelo oscuro.
–Revelaría demasiado si se lo dijera –respondió Leni–. Por favor, no pregunte nombres, pero rectifique su error, no sea tan inflexible. No hay defensa posible contra esta judicatura, hay que confesar. Haga la confesión en la próxima oportunidad que se le presente. Sólo así tendrá la posibilidad de escapar, sólo así. No obstante, le será imposible sin ayuda. No tema por esa ayuda, yo se la prestaré.
–Usted sabe mucho de esta justicia y de todas las trampas necesarias para moverse en ella –dijo K, y, como se apretaba mucho a él, decidió sentarla sobre sus rodillas.
–Así estoy bien –dijo ella, y se acomodó un poco la falda y la camisa. Luego puso las manos en torno a su cuello, se inclinó un poco hacia atrás y lo contempló durante un rato.
Y si no confieso, ¿no me podrá ayudar? –preguntó K de prueba. Reúno ayudantes femeninos –pensó con asombro–, primero la señorita Bürstner, luego la esposa del ujier y por último esta pequeña enfermera, que parece sentir una incomprensible atracción hacia mí. ¡Se sienta en mis rodillas como si fuese su lugar preferido!»
–No –respondió Leni y sacudió lentamente la cabeza–. En ese caso no podría ayudarle. Pero está claro que usted no quiere mi ayuda usted es obstinado y no se deja convencer. ¿Tiene una amante? –preguntó después de un rato de silencio.
–No –dijo K.
–¡Oh, sí! –dijo ella.
–Sí, claro que sí –dijo K–. La he negado y, no obstante, llevo una fotografía suya.
Siguiendo su petición, le mostró la fotografía, que ella estudió hecha un ovillo sobre sus rodillas. Era una fotografía al natural: la tomaron mientras Elsa bailaba una danza trepidante, como las que le gustaba bailar en el local donde trabajaba; su falda volaba a su alrededor agitada por sus giros y apoyaba las manos en las caderas, al mismo tiempo miraba sonriendo hacia un lado con el cuello estirado. No se podía reconocer en la foto a quién dirigía esa sonrisa.
–Se ha ceñido demasiado el corpiño –dijo Leni, y señaló el lugar donde se podía apreciar–. No me gusta, es torpe y vulgar. Tal vez sea con

usted dulce y amable, eso se podría deducir de la fotografía. Mujeres tan altas y fuertes no saben a menudo otra cosa que ser dulces y amables; pero, ¿sería capaz de sacrificarse por usted?
–No –dijo K–, ni es dulce ni amable, ni tampoco se sacrificaría por mí. Aunque hasta ahora no he reclamado de ella ni lo uno ni lo otro. Y no he contemplado la fotografía con tanto detenimiento como usted.
–Entonces no tiene mucha importancia para usted –dijo Leni–, no es su amante.
–Sí lo es –dijo K–, no voy a desmentirlo ahora.
–Bueno, por mucho que sea su amante –dijo Leni–, no la echaría de menos si la perdiera o la sustituyera por otra, por ejemplo por mí.
–Cierto –dijo K sonriendo–, eso sería posible, pero ella tiene una ventaja frente a usted, no sabe nada del proceso y si supiera algo, no pensaría en convencerme para que condescendiera.
–Eso no es ninguna ventaja –dijo Leni–. Si no tiene más ventajas, no perderé la esperanza. ¿Tiene algún defecto corporal?
–¿Un defecto corporal? –preguntó K.
–Sí –dijo Leni–, yo tengo un pequeño defecto, mire.
Estiró los dedos corazón e índice de su mano derecha y una membrana llegaba prácticamente hasta la mitad del dedo más corto. La oscuridad impidió ver a K lo que quería mostrarle, así que ella llevó su mano hasta el sitio indicado para que él lo tocara.
–Qué capricho de la naturaleza –dijo K, y añadió mientras miraba toda la mano–: Qué garra tan hermosa.
Leni contempló con orgullo cómo K abría y cerraba asombrado los dos dedos hasta que, finalmente, los besó ligeramente y los soltó.
–¡Oh! –exclamó ella en seguida–. ¡Me ha besado!
Ayudándose con las rodillas, trepó por el cuerpo de K con la boca abierta; K la miró consternado, ahora que estaba tan cerca notó que s pedía un olor amargo y excitante, como a pimienta; atrajo su cabeza, se inclinó sobre ella y la mordió y besó en el cuello, luego mordió su pelo.
–La ha sustituido por mí –exclamaba ella–, ve, ¡la ha sustituido por mí!
Sus rodillas resbalaron y cayó hasta casi tocar la alfombra lanzando un pequeño grito. K la abrazó para sujetarla, pero ella lo atrajo.
–Ahora me perteneces –dijo ella.
–Aquí tienes la llave de la casa, ven cuando quieras –fueron sus últimas palabras y un beso al azar le alcanzó en la espalda mientras se legar
Cuando salió de la casa comprobó que caía una fina lluvia, quería llegar a la mitad de la calle para poder ver a Leni en la ventana, pero de un automóvil, que esperaba cerca de la casa, y que K no había advertido, salió el tío, le cogió del brazo y le empujó contra la puerta de la rasa,

como si quisiera apuntalarle contra ella.
–¡Pero cómo has podido hacerlo! –gritó–. Has dañado gravemente tu causa cuando ya iba por el buen camino. Te ocultas con esa cosa sucia que, además, es la amante del abogado y permaneces ausente durante horas. Ni siquiera buscas una excusa, no, ni disimulas, sino que abiertamente corres hacia ella y te quedas con ella. Y mientras tanto nosotros permanecemos allí sentados, tu tío, que se esfuerza por ti, el abogado, al que hay que ganarse para que te defienda y, sobre todo, el jefe de departamento, ese gran señor, que domina tu caso en su estado actual. Queríamos hablar sobre cómo se te podía ayudar, yo tenía que hablar cuidadosamente con el abogado y luego éste con el jefe de departamento y al menos tendrías que haberme apoyado. En vez de eso permaneces ausente. Al final ya no se puede ocultar, son hombres educados, no hablan de ello, me guardan consideración, pero llega un momento en que ya no lo pueden tolerar, y como no pueden hablar del caso, enmudecen. Hemos permanecido allí sentados minutos y minutos sin decir una palabra, escuchando si venías o no. Todo en vano. Finalmente, el jefe de departamento, que ha permanecido más tiempo del que quería, se ha levantado y se ha despedido de mí, compadeciéndome y sin poder ayudarme. Luego esperó amablemente un tiempo en la puerta y se fue. Naturalmente, yo estaba feliz de que se hubiera ido, ya no podía ni respirar. Al abogado le ha sentado mucho peor, el pobre hombre no podía hablar cuando me despedí de él. Probablemente has contribuido a que sufriese una recaída y así aceleras la muerte del hombre del que dependes. Y me dejas a mí, a tu tío, aquí, bajo la lluvia, mira, estoy empapado, he esperado horas.

EL ABOGADO – EL FABRICANTE – EL PINTOR

Una mañana de invierno –fuera caía la nieve y la luz era mortecina–, K estaba sentado en su despacho, exhausto a pesar de encontrarse in las primeras horas de la mañana. Para protegerse de los funcionarios inferiores, había encargado a su ordenanza que no dejase pasar a nadie; puso como excusa que estaba muy ocupado. Pero en vez de trabajar, giraba en su sillón, desplazaba lentamente distintos objetos sobre el escritorio y, sin ser muy consciente de lo que hacía, terminó por extender el brazo sobre la mesa y permanecer inmóvil con la cabeza inclinada.
El proceso ya no abandonaba sus pensamientos. Con frecuencia había considerado la posibilidad de redactar un escrito de defensa y Presentarlo al tribunal. En él incluiría una corta descripción de su vida y

aclararía, respecto a cada acontecimiento importante, por qué motivos había actuado así, si esa forma de actuar, según su juicio actual, era reprochable o no, y las justificaciones que se podían aducir en uno u otro caso. Las ventajas de un escrito de defensa con un contenido similar, en comparación con la simple defensa a través del abogado, por lo demás tampoco libre de objeciones, eran indudables. K no sabía lo que el abogado emprendía; en todo caso no era mucho, hacía un mes que no le llamaba y en ninguna de las visitas previas tuvo la impresión de fue ese hombre pudiera alcanzar algo. Ni siquiera le había preguntado apenas nada. Y, sin embargo, había tanto que preguntar. Preguntar era, sin duda, lo principal. K tenía la sensación de que él mismo podía plantear todas las preguntas necesarias del caso. El abogado, por el contrario, en vez de preguntarle, contaba cosas él mismo o permanecía en silencio, inclinándose sobre el escritorio –tal vez por su dureza de oído–, tirándose de un pelo de la barba y mirando fijamente la alfombra, es posible que hacia el lugar en el que habían yacido K y Leni. De vez en cuando le hacía alguna vacía advertencia, como se hace con los niños. Palabras tan inútiles como aburridas, que K no pensaba pagar ni con un céntimo cuando le enviara la cuenta final. Una vez que el abogado creía haberle humillado lo suficiente, comenzaba, como de costumbre, a infundirle un poco de ánimo. Según le contaba, él había ganado ya total o parcialmente muchos procesos similares, procesos que, si bien no habían sido tan difíciles como el suyo, al menos se habían presentado igual de desesperanzados. Tenía una lista con esos procesos en su cajón –al decirlo golpeteaba en uno de los laterales de la mesa–, pero por desgracia no podía mostrar el material, pues se trataba de un secreto oficial. Naturalmente, decía, toda su experiencia revertía en favor de K. Había comenzado a trabajar de inmediato y el primer escrito judicial ya casi estaba redactado. Su importancia consistía en que al ser la primera impresión que daba la defensa, a menudo determinaba esencialmente el posterior desarrollo del procedimiento. No obstante, por desgracia, se veía obligado a advertirle que a veces ocurría que los primeros escritos presentados al tribunal no se leían. Simplemente se agregaban a las actas y se estimaba que provisionalmente era más importante el interrogatorio y la observación del acusado que todas las alegaciones realizadas por escrito. Si el solicitante mostraba apremio, se aducía que antes de la sentencia definitiva se reuniría todo el material, incluidas las actas respectivas, y se examinarían también los primeros escritos. Lamentablemente, esto no ocurría siempre así, el primer escrito se solía traspapelar o simplemente se extraviaba y, aunque se conservase hasta el final –esto lo había sabido el abogado sólo por rumores–, apenas se

leía. Todo eso era lamentable, pero no carecía de justificación. K no debía sacar la falsa conclusión de que el procedimiento no era público, podía ser público, si el tribunal lo consideraba necesario, pero la ley no prescribía su publicidad. Como consecuencia de esto, los escritos judiciales, ante todo el escrito de acusación, eran inaccesibles para el acusado y la defensa, por consiguiente no se sabía con exactitud a qué se debía referir, en concreto, el primer escrito, así que éste sólo podía contener por casualidad algo que fuera importante para la causa. Datos exactos y aptos para servir de prueba se podían elaborar con posterioridad, cuando los interrogatorios del acusado hicieran aparecer con más claridad los cargos que se le imputaban o permitieran deducirlos con mayor precisión. Naturalmente, bajo estas condiciones, la defensa se encontraba en una situación muy desfavorable y difícil. Pero también esto era deliberado. En realidad, la ley no permitía una defensa, sólo la toleraba, no obstante, incluso respecto al sexto legal del que se podía deducir una tolerancia, existía una fuerte disensión doctrinal. Por consiguiente, estrictamente hablando, no podía haber ningún abogado reconocido por los tribunales, todos los abogados que comparecían ante ese tribunal eran abogados intrusos. El gremio consideraba esta situación indignante y si K, en su próxima visita a los juzgados, se fijaba en el despacho de los abogados, lo comprobaría. Probablemente quedaría horrorizado al ver en qué condiciones se reunía allí la gente. Ya la estancia estrecha mostraba el desprecio que la justicia tenía por ese gremio. La luz sólo penetraba por una claraboya, situada a tal altura que si alguien quería mirar por ella tenía fue buscar a un colega para subirse a sus espaldas. Por añadidura, el humo de una chimenea cercana le entraría por la nariz y le dejaría la cara negra. En el suelo de esa estancia –sólo para añadir un ejemplo más del estado en que se encontraba aquello–, había, desde hacía más ele un año, un agujero, no tan grande como para que un hombre pudiese caer por él, pero sí lo suficiente como para poder meter una pierna. El despacho de los abogados estaba en el segundo piso, si alguien se hundía, la pierna aparecía en el primer piso, precisamente en el corredor donde esperan los acusados. No exageraba al decir que en los círculos de abogados esa situación se consideraba vergonzosa. Las quejas a la Administración de Justicia no habían tenido el más mínimo éxito, lo único que se había conseguido era que se prohibiera severamente que los abogados cambiasen algo en la habitación asumiendo ellos mismos los costes. Pero también esta forma de tratar a los abogados tenía un fundamento. Se quería impedir la defensa y se pretendía que todo recayese sobre el acusado. No era un mal criterio, pero sería un error deducir que en esa justicia los abogados no servían para nada. Todo lo contrario, en ningún

lugar eran tan necesarios. El procedimiento no sólo no era público, sino que también permanecía secreto para el acusado. Naturalmente, todo lo secreto que era posible, pero era posible en su mayor parte. El acusado tampoco tenía acceso a los escritos judiciales y deducir de los interrogatorios el contenido de ellos era muy difícil, sobre todo para el acusado, confuso y lleno de preocupaciones. Aquí es cuando debía actuar la defensa. Por regla general, la defensa no podía estar presente durante los interrogatorios, así que se veía obligada a preguntar al acusado, si era posible en la misma puerta del despacho del juez instructor, acerca del interrogatorio e intentar deducir de esos informes, la mayoría de las veces muy vagos, la información conveniente. Pero esto no era lo más importante, pues así no se podía averiguar mucho, aunque, si bien era cierto, una persona competente averiguaría más que otra que no lo era. Lo más importante eran las relaciones personales del abogado, en ellas consistía la calidad de la defensa. K ya había sabido por propia experiencia que los rangos inferiores de esa organización judicial no eran del todo perfectos, que en ellos abundaban los empleados corruptos y aquellos que olvidaban fácilmente el cumplimiento del deber, por lo que la severa configuración judicial mostraba algunas lagunas. Aquí es donde la gran masa de abogados encontraba su campo de actuación, aquí se sobornaba y se espiaba, no hacía mucho tiempo, incluso, se produjeron robos de actas. No se podía dudar que de esa manera se podían conseguir resultados sorprendentemente favorables para el acusado, aunque sólo momentáneos. Los pequeños abogados los aprovechaban para hacerse publicidad y vanagloriarse, pero para el posterior transcurso del proceso no significaba nada o nada bueno. Lo que a fin de cuentas poseía más valor eran las buenas y sinceras relaciones personales y, además, con los funcionarios superiores, con lo que sólo se hacía referencia a los funcionarios superiores de los grados inferiores. Gracias a estas relaciones se podía influir en el desarrollo del proceso, al principio de una manera inapreciable, más tarde con mayor claridad. Esto lo conseguían muy pocos abogados, y aquí la elección de K se mostraba muy acertada. Tal vez sólo uno o dos abogados podían poseer unas relaciones similares a las suyas. Estos abogados, sin embargo, no se ocupaban de los clientes presentes en el despacho de abogados y no tenían nada que ver con ellos. Y precisamente esa circunstancia era la que fortalecía –vínculo con los funcionarios judiciales. Ni siquiera era necesario que el Dr. Huld acudiera a los tribunales, que esperase allí a la casual aparición del juez instructor y que consiguiese algún éxito, dependiendo del humor del magistrado, o ni siquiera eso. No, K ya lo había podido ver, los funcionarios, y, entre ellos, algunos superiores, se

presentaban por su propia voluntad, ofrecían espontáneamente alguna información, clara o fácilmente interpretable, hablaban sobre el posterior desarrollo del proceso, sí, incluso había casos en que se dejaban convencer y adoptaban encantados los puntos de vista ajenos. No obstante, tampoco se podía confiar mucho en ellos en este último aspecto. Por muy positiva que fuese su opinión para la defensa, nada impedía que regresasen a su despacho y al día siguiente emitiesen una sentencia completamente contraria y mucho más severa para el acusado que la pensada en un primer momento, de la que, sin embargo, afirmaban estar convencidos del todo. Contra esto no hay defensa posible, pues lo que han dicho en confianza sólo se ha dicho en confianza y no admite ninguna consecuencia pública, ni siquiera en el caso de que la defensa no se esforzara en mantener el favor de los señores. Por otra parte, resultaba cierto que estos señores no se ponían en contacto con la defensa, naturalmente con una defensa especializada, por amor al género humano o por sentimientos de amistad, también ellos, en cierta manera, dependían de ella. Aquí salía a la luz uno de los defectos de una organización judicial que establecía la confidencialidad del tribunal. A los funcionarios les faltaba el contacto con la población, para los procesos habituales estaban bien dotados, un proceso así prácticamente avanzaba por sí mismo y sólo necesitaba un pequeño empujón de vez en cuando, pero en los casos más simples o en los más difíciles se mostraban con frecuencia perplejos. Como estaban sumidos noche y día en la ley, carecían del sentido para las relaciones humanas y en algunos casos lo echaban de menos. Entonces acudían a los abogados para tomar consejo y detrás de ellos venía un empleado con esas actas que, en realidad, se supone, son tan secretas. En esa ventana había visto a algunos señores, de los que jamás se hubiera podido esperar una actitud así, mirando hacia la calle desconsolados, mientras el abogado estudiaba las actas para darle un buen consejo. Por lo demás, en esas situaciones se podía comprobar la enorme seriedad con que esos señores se tomaban su trabajo y cómo se desesperaban cuando topaban con impedimentos que, por su naturaleza, no podían superar. Su posición tampoco era fácil, se les haría una injusticia si se pensase que su posición era fácil. La estructura jerárquica de la organización judicial era infinita y ni siquiera era abarcable para el especialista. El procedimiento en los distintos juzgados era, por regla general, también secreto para los funcionarios inferiores, por consiguiente jamás podrían seguir los asuntos que trataban en las fases subsiguientes; las causas judiciales entraban en su ámbito de competencias sin que supieran de dónde venían y luego seguían su camino sin que supieran adónde iban. Así pues, estos

funcionarios no podían sacar ninguna enseñanza del estudio de las distintas fases procesales, de las decisiones y fundamentos de las mismas. Sólo podían ocuparse de aquella parte del proceso que la ley les atribuía y del resultado de su trabajo sabían con frecuencia menos que la defensa, que, por regla general, permanecía en contacto con el acusado hasta el final del proceso. También a este respecto podían conocer a través de la defensa alguna información valiosa. Si K todavía se asombraba, teniendo en cuenta todo lo dicho, de la irascibilidad de los funcionarios –todos tenían la misma experiencia–, que con frecuencia se dirigían a las partes de un modo insultante, debía considerar que todos los funcionarios estaban irritados, incluso cuando parecían tranquilos. Era natural que los abogados sufrieran mucho por esa circunstancia. Se contaba, por ejemplo, una historia, que, según todos los indicios, podía ser verdadera: Un viejo funcionario, un señor bueno y silencioso, había estudiado una noche y un día, sin interrupción –estos funcionarios eran más diligentes que nadie–, un asunto judicial bastante difícil, especialmente complicado debido a los datos confusos aportados por el abogado. Por la mañana, después de un trabajo de veinticuatro horas, probablemente no muy fecundo, se fue hacia la puerta de entrada, permaneció allí emboscado y arrojó por las escaleras Modos los abogados que pretendían entrar. Los abogados se reunieron al pie de las escaleras y discutieron qué podían hacer. Por una parte, no tenían ningún derecho a entrar, así que no podían emprender acción judicial alguna contra el funcionario y, además, tenían que cuidarse mucho de poner al cuerpo de funcionarios en su contra. Por otra parte, terno no hay día perdido en el juzgado, tenían la necesidad de entrar realmente, se pusieron de acuerdo en intentar cansar al funcionario. Una y otra vez mandaron a un abogado que volvía a ser arrojado escaleras abajo al ofrecer una resistencia meramente pasiva. Todo esto duró alrededor de una hora; entonces el hombre, ya viejo, debilitado por el abajo nocturno, realmente fatigado, regresó a su despacho. Los de abajo no se lo querían creer, así que enviaron a uno para que mirase detrás de la puerta y comprobara que ya no estaba. Sólo entonces entraron, pero no se atrevieron ni a rechistar. Pues los abogados –y hasta el más ínfimo de ellos podía abarcar, al menos en parte, las circunstancias que allí prevalecían– no pretendían introducir ni imponer ninguna Mejora en el funcionamiento de los tribunales, mientras que casi todos los acusados –y esto era lo significativo–, incluso gente muy simple, empezaban a pensar nada más entrar en proposiciones de mejora y así desperdiciaban el tiempo y las energías, que podrían emplear mucho mejor de otra manera. Lo correcto era adaptarse a las circunstancias. Aun en el supuesto de que a alguien le fuera posible

mejorar algunos detalles –aunque sólo se trataba de una superstición absurda–, lo único que habría conseguido, en el mejor de los casos, sería mejorar algo para asuntos futuros, pero se habría dañado extraordinariamente a sí mismo, pues habría llamado la atención del cuerpo de funcionarios, siempre vengativo. ¡Jamás había que llamar la atención! Había que esforzarse por comprender que ese gran organismo judicial en cierta manera estaba suspendido, como si flotara, y si alguien cambiaba algo en su esfera particular podía perder el suelo bajo los pies y precipitarse, mientras que el gran organismo, para paliar esa pequeña distorsión, encontrar fácilmente un repuesto en otro lugar –todo está conectado– y permanecería así invariable o, lo que era aún más probable, todavía más cerrado, más atento, más severo, más perverso. Así que lo mejor era ceder el trabajo a los abogados en vez de molestarlos. Los reproches no servían de nada, sobre todo cuando no se podían comprender los motivos que los generaban, y no se podía negar que K, con su actitud frente al jefe de departamento, había dañado mucho su causa. A ese hombre tan influyente, que pertenecía a aquellos que pueden hacer algo por él, ya había que tacharlo de la lista. Desoía incluso las menciones más fugaces del proceso y, además, intencionadamente. En algunas cosas los funcionarios se comportaban como niños. Con frecuencia se podían ofender por pequeñeces –y la actitud de K, por desgracia, no quedaba encuadrada en esta categoría–, y entonces dejaban de hablar incluso con buenos amigos, los evitaban y los perjudicaban en todo lo que podían. Pero de pronto, sorprendentemente, sin un motivo que lo explicase, se les hacía reír con una broma, fruto de la desesperación, y se reconciliaban. El trato con ellos era al mismo tiempo difícil y fácil, no había reglas. A veces resultaba asombroso que una vida normal alcanzase para poder abarcar tanto y obtener aquí algún éxito laboral. Había, por supuesto, horas sombrías, como las que tiene cualquiera, en las que se creía no haber conseguido nada, en las que a uno le parecía que un proceso, con buenas perspectivas desde el principio hasta el final y con un buen resultado, podría haber llegado a la misma conclusión sin trabajo alguno, mientras otros muchos se habían perdido a pesar de todo el esfuerzo, de las muchas idas y venidas, de los pequeños éxitos aparentes, sobre los que uno tanto se alegraba. Entonces todo parecía inseguro y uno no osaría negar, incluso, que procesos con buenas expectativas se habían descarrilado precisamente por la ayuda prestada. También eso era una cuestión de confianza en uno mismo, y esa confianza era lo único que quedaba. A estos ataques –sólo eran pequeños ataques, caídas de ánimo, nada más– estaban expuestos los abogados cuando, de repente, se les quitaba un proceso que habían

llevado durante mucho tiempo y satisfactoriamente. Esto era lo más enojoso que le podía ocurrir a un abogado. No era el acusado el que le quitaba el proceso, eso no sucedía nunca, un acusado que había nombrado a un abogado tenía que quedarse con él ocurriera lo que ocurriese. ¿Cómo podría defenderse solo si ya había pedido ayuda? Eso no sucedía, aunque podía ocurrir alguna vez que el proceso tomase un curso que el abogado ya no pudiese seguir. Entonces al abogado se le privaba del proceso, del acusado y de todo lo demás. En esta situación ya no podía ayudar las mejores relaciones con los funcionarios, pues ni siquiera ellos sabían algo. El proceso había entrado en una fase en la que ya se podía prestar ayuda alguna. De él se ocupaban ahora juzgados accesibles, donde el acusado no podía ser localizado por su defensor. Un día el abogado llegaba a casa y encontraba sobre la mesa todas las anotaciones y datos reunidos con tanto esfuerzo y con tantas esperanzas. –Se los habían devuelto, pues no poseían valor alguno en la nueva fase procesal, eran desperdicios. Pero tampoco había que dar por perdido el proceso, en absoluto, al menos no había ningún motivo decir que avalase esa suposición, lo único que ocurría es que ya no se sabría nada del proceso. Afortunadamente, estos casos eran excepcionales y, aun en el supuesto de que el proceso de K pudiera convertirse en uno de ellos, por ahora estaría muy lejos de una fase semejante. Todavía quedaban muchas oportunidades para el trabajo del abogado y de que él las aprovecharía, de eso K podía estar seguro. El escrito, como le había mencionado, aún no había sido entregado, tampoco había prisa, mucho más importantes eran las entrevistas introductorias con los funcionarios decisivos y éstas ya se habían producido. Con distinto éxito, había que reconocerlo. Por ahora era mejor no revelar detalles, pues K podría ser influido desfavorablemente por ellos, ya fuera despertando en él demasiadas esperanzas o provocándole angustia; sí se Podía decir, sin embargo, que algunos se mostraron muy favorables y dispuestos, mientras que otros se mostraron menos favorables, pero tampoco se habían negado a ayudar. El resultado, por consiguiente, muy satisfactorio, aunque tampoco se podían sacar conclusiones, pues todas las vistas preliminares comenzaban así y sólo el posterior transcurso del proceso podía mostrar el valor de esas vistas. En todo caso, aún no había nada perdido y si fuera posible ganarse al jefe de departamento –ya había emprendido algo en ese sentido–, entonces todo era, como dirían los cirujanos, una herida limpia y se podía esperas confiado el desarrollo posterior del proceso.

En discursos como éste el abogado era incansable. Se repetían en cada visita. Siempre había progresos, pero nunca podía comunicar de qué

progresos se trataba. Se trabajaba sin cesar en el primer escrito, pero nunca se terminaba, lo que en la siguiente visita resultaba una gran ventaja, pues precisamente los últimos tiempos, lo que no se podía haber previsto, habían sido desfavorables para entregarlo. Si K algunas veces, agotado por el discurso, añadía que, teniendo en cuenta todas las dificultades, parecía que el asunto iba muy lento, se le replicaba que no iba nada lento, pero que ya habrían avanzado mucho más si K se hubiera dirigido al abogado en el momento oportuno. Por desgracia, había descuidado esa medida y un descuido así traería más desventajas, y no sólo temporales.

La única interrupción bienhechora en esas visitas era la aparición de Leni, que siempre sabía arreglárselas para traer el té al abogado en presencia de K. Luego permanecía detrás de K, aparentaba contemplar cómo el abogado se servía y sorbía inclinado el té, con una suerte de avaricia, y dejaba que K cogiese su mano en secreto. Reinaba un completo silencio. El abogado bebía, K estrechaba la mano de Leni y Leni se atrevía a veces a acariciar suavemente el cabello de K.

–¿Aún estás aquí? –preguntaba el abogado, después de haber terminado de beber.

–Quería llevarme el servicio –decía Leni, se producía un último apretón de manos, el abogado se secaba la boca y comenzaba a hablar a K con nuevas energías.

¿Era consuelo o desesperación lo que quería conseguir el abogado? K no lo sabía, no obstante pronto tuvo por seguro que su defensa no estaba en buenas manos. Es posible que todo lo que el abogado contaba fuese verdad, aunque estaba claro que siempre quería permanecer en un primer plano y que muy probablemente jamás había llevado un proceso tan grande como, según su opinión, era el de K. Lo más sospechoso, sin embargo, eran las supuestas relaciones con los funcionarios, de las que no dejaba de vanagloriarse. ¿Acaso debían ser empleados sólo en beneficio de K? El abogado jamás se olvidaba de indicar que siempre se trataba funcionarios inferiores, es decir de funcionarios en puestos muy dependientes, y cuyo ascenso podría verse influido por ciertos cambios en el proceso. ¿No podrían estar utilizando al abogado para conseguir cambios que, por supuesto, siempre serían contrarios al acusado? Probablemente no lo hicieran en todos los procesos, cierto, pero seguro que habían procesos en los que podían conseguir ventajas a través del abogado, pues les interesaba mantener incólume su buen nombre. Si era así, ¿de qué modo podrían intervenir en el proceso de K, el cual, como aclaraba el abogado, era un proceso muy difícil e importante y había llamado la atención en los tribunales desde el principio? No era muy difícil sospechar lo que harían. Se

podían descubrir algunas señales de esto en el mero hecho de que ni siquiera se había entregado el primer escrito, a pesar de que el proceso ya duraba meses y según las indicaciones del abogado se encontraba en los inicios, lo que, naturalmente, era muy adecuado para adormecer al acusado y mantenerlo desamparado, hasta que, de repente, se abalanzaban sobre él con la sentencia o, al menos, con la comunicación de que la investigación, concluida en su perjuicio, se había trasladado a estancias superiores.
Era absolutamente necesario que K actuara por su propia cuenta. Precisamente en momentos de gran cansancio, como en esa mañana invernal, cuando todo pasaba inerte por su cabeza, ese convencimiento le parecía irrefutable. El desprecio que había sentido en un principio hacia el proceso había desaparecido. Si hubiera estado solo en el mundo, habría podido desdeñar fácilmente el proceso, aunque estaba seguro que en ese caso no habría habido proceso. Pero el tío le había llevado al abogado, había intereses familiares que contaban. Su posición no era por completo independiente del curso del proceso, él mismo había mencionado imprudentemente el asunto, con una inexplicable satisfacción, a conocidos, otros se habían enterado a través de fuentes desconocidas, la relación con la señorita Bürstner parecía vacilar conforme al curso que tomaba el proceso, en resumen, ya no tenía la elección de aceptar o rechazar el proceso, estaba metido en él de lleno y tenía que defenderse. Si estaba cansado, peor para él.
Pero por ahora no había motivo para una preocupación exagerada. Había sabido ascender en el banco, en relativamente poco tiempo, a una posición elevada, y mantenerse en ella reconocido por todos. Sólo tenía que emplear estas capacidades, que le habían posibilitado su éxito, en el proceso y no había duda de que todo saldría bien. Ante todo, si quería lograr algo, era necesario rechazar de antemano cualquier pensamiento sobre una posible culpabilidad. No había culpa alguna. El proceso no era otra cosa que un gran negocio, como él mismo los había cerrado anteriormente con ventaja para el banco, un negocio en el cual, como era la regla, amenazaban distintos peligros, que, sin embargo, se podían evitar. Para alcanzar este objetivo, no podía perder el tiempo pensando en una posible culpa, sino aferrarse al pensamiento del beneficio propio. Considerado desde esta perspectiva, también era inevitable privar al abogado de su defensa, aquella misma noche si fuera posible. Según lo que le había contado, sería algo inusitado e, incluso, insultante, pero K no podía tolerar que sus esfuerzos en el proceso tropezasen con impedimentos que podían provenir de su propio abogado. Una vez que hubiera prescindido del abogado, tendría que presentar el escrito de inmediato e insistir todos

los días para que lo tuvieran en cuenta. Para alcanzar este objetivo no sería suficiente que K se quedara sentado como los demás en el corredor y colocara su sombrero bajo el banco. Él mismo, las mujeres o algún mensajero tendrían que perseguir a los funcionarios para obligarlos a sentarse en la mesa, en vez de mirar a través de las rejas hacia el corredor, y así presionarlos para estudiar el escrito de K. No había que cejar en estos esfuerzos, todo tenía que ser organizado y vigilado, la justicia tenía que toparse, por fin, con un acusado que sabía hacer valer sus derechos.
Aunque K tenía la esperanza de aplicar este método, la dificultad de redactar el escrito le resultaba insuperable. Hacía una semana había pensado con un sentimiento de vergüenza que en algún momento se vería obligado a redactar él mismo ese escrito, pero jamás hubiera ,creído que pudiera ser tan difícil. Recordó cómo una mañana, cuando estaba desbordado por el trabajo, lo dejó repentinamente todo a un lado y tomó un cuaderno e intentó bosquejar un escrito judicial para ponerlo a disposición del abogado, y cómo precisamente en ese instante se abrió la puerta del despacho contiguo y entró el subdirector riendo. Fue muy desagradable para K, aunque, naturalmente, el subdirector no se había reído de su escrito, del que no sabía nada, sino sobre un chiste bursátil que acababa de oír, un chiste que necesitaba, para comprenderse, de un dibujo, que el subdirector, inclinado sobre la mesa de K y con su lápiz, trazó en el cuaderno destinado a la redacción del escrito.
Pero K ya no conocía la vergüenza, el escrito se tenía que redactar. Si no encontraba tiempo para escribirlo en la oficina, lo tendría que hacer en su casa por las noches. Si las noches no bastaban, tendría que tomar unas vacaciones. Lo que no podía hacer era quedarse a medio camino, eso era lo más absurdo y no sólo en el mundo de los negocios, sino en todos los ámbitos. El escrito judicial significaba un trabajo interminable. No era necesario tener un carácter miedoso para llegar a creer que era imposible terminar un escrito semejante. Y no por pereza o astucia, lo que sin duda impedía a los abogados concluir su redacción, sino porque tenía que recordar y examinar concienzudamente, toda su vida, sin tener conocimiento de la acusación y de sus posibles ampliaciones. Y, por añadidura, qué trabajo tan triste. Tal vez fuera adecuado para ocupar a un anciano senil en los días vacíos de su jubilación. Pero, ahora que K necesitaba invertir toda su capacidad mental ;en su trabajo, ahora que cada minuto pasaba raudo –ya que se encontraba en plena promoción y representaba un serio peligro para el subdirector–, y ahora que, como un hombre joven, deseaba disfrutar las cortas tardes y las noches, precisamente ahora tenía que comenzar

a redactar ese escrito. Otra vez sus pensamientos se tornaron en quejas. Casi sin advertirlo, sólo para ponerles fin, apretó el botón del timbre que se oía en el antedespacho. Mientras lo presionaba miró la hora. Eran las once, habían transcurrido dos horas; con sus reflexiones había perdido un tiempo precioso y estaba más cansado que antes. De todos modos, tampoco había perdido el tiempo del todo. Había tomado decisiones que podían ser muy valiosas. El empleado trajo además del correo dos tarjetas de visita pertenecientes a dos señores que ya esperaban a K desde hacía un tiempo. Precisamente se trataba de importantes clientes del banco a los que no se les debería haber hecho esperar en ningún caso. ¿Por qué habían venido en un momento tan poco propicio y por qué, parecían preguntarse aquellos señores detrás de la puerta cerrada, por qué empleaba el laborioso K el mejor momento para hacer negocios en asuntos particulares? Cansado por el tiempo transcurrido y cansado por lo que se le avecinaba, K se levantó para recibir al primero.

Era un señor pequeño y alegre. Lamentó haber molestado a K en un trabajo importante y K lamentó por su parte haber hecho esperar al fabricante tanto tiempo. Pero esa disculpa la expresó de un modo tan maquinal, con una acentuación tan falsa, que el fabricante, si no hubiera estado tan sumido en sus asuntos de negocios, lo habría advertido. En vez de eso, sacó a toda prisa, de todos sus bolsillos, cuartillas llenas de cifras y tablas, las extendió ante K, le aclaró algunos detalles y corrigió un pequeño error de cálculo que le había llamado la atención al supervisarlo superficialmente, luego recordó a K que hacía un año había cerrado con él un negocio similar y añadió de pasada que esta vez había otro banco que se interesaba en el proyecto. Finalmente, se calló para oír la opinión de K. Éste había seguido al principio la explicación del fabricante, también él había reconocido la importancia del negocio, pero, por desgracia, no por mucho tiempo, pronto perdió el hilo, se limitó a asentir con la cabeza a las aclaraciones del fabricante y, poco después, omitió hasta eso, dedicándose simplemente a contemplar la cabeza calva inclinada sobre el papel y a preguntarse cuándo se daría cuenta el fabricante de que todos sus esfuerzos eran inútiles. Cuando se calló, K creyó en un principio que eso sólo ocurría para darle la oportunidad de reconocer que era incapaz de escuchar nada. Por desgracia, notó en la mirada tensa del fabricante, quien parecía estar preparado para cualquier eventualidad, que la entrevista de negocios tenía que continuar. Así que inclinó la cabeza, como si se le hubiera impartido a orden y comenzó a desplazar el lápiz por los papeles, deteniéndose un lugar u otro y contemplando fugazmente alguna cifra. El fabricante supuso que tenía objeciones, era posible que

las cifras no cuadraran, tal vez no fueran lo decisivo, en todo caso el fabricante tapó los papeles con la mano y, aproximándose más a K, comenzó a dar una idea general del negocio.
–Es difícil –dijo K frunciendo los labios y reclinándose contra el brazo de su sillón, ya que los papeles, lo único inteligible, estaban tapados. Incluso miró débilmente hacia arriba cuando se abrió la puerta del despacho contiguo y apareció, algo borroso, como si estuviera detrás de un velo, el subdirector. K ya no pudo reflexionar más, simplemente auspició el resultado, que sería satisfactorio para él. Pues el fabricante se levantó de un salto y se apresuró a saludar al subdirector, K, sin embargo, hubiese querido que se hubiera levantado diez veces más mido, ya que temía que el subdirector pudiera desaparecer. Era un temor inútil, los señores se saludaron y se acercaron juntos a la mesa de Y, El fabricante se quejó de que había encontrado poco interés por fiarte del gerente hacia el negocio y señaló a K, que, bajo la mirada del subdirector, se inclinó de nuevo sobre los papeles. Cuando ambos se apoyaron en la mesa y el fabricante intentó ganarse al subdirector, a K le pareció como si dos hombres, cuya estatura él se imaginó exagerada, estuvieran discutiendo sobre él. Lentamente, elevando los ojos con precaución, intentó enterarse de lo que ocurría arriba, tomó al azar un papel de la mesa, lo puso en la palma de la mano y lo elevó poco a foco, mientras se levantaba, hacia los señores. Al hacerlo no pensó en hada concreto, sólo tenía la impresión de que así era como tendría que comportarse si hubiera terminado su gran escrito judicial que finalmente le aliviaría de toda carga. El subdirector, que prestaba gran atención al fabricante, miró fugazmente el papel, pero no lo leyó, pues lo que era importante para el gerente no lo era para él, se limitó a cogerlo de la mano de K y dijo:
–Gracias, ya lo sé –y lo volvió a colocar tranquilamente en la mesa.
K lo miró de soslayo con amargura. El subdirector, sin embargo, no lo notó o, en el caso de haberlo notado, le produjo un efecto positivo, pues rió con frecuencia, confundió al fabricante con una réplica aguda, le sacó de la confusión haciéndose a sí mismo un reproche y, finalmente, le invitó a ir a su despacho para terminar allí el asunto.
–Es un negocio muy importante –le dijo al fabricante–, ya lo veo. Y al señor gerente –y al hacer esta indicación siguió hablando sólo con el fabricante– le gustará con toda certeza que le privemos de él. El asunto reclama una reflexión cuidadosa. El gerente parece hoy, sin embargo, sobrecargado de trabajo, aún espera gente desde hace horas en y el antedespacho.
K tuvo la suficiente serenidad para apartar la mirada del subdirector y dirigirle una sonrisa amable pero rígida al fabricante, aparte de eso no

emprendió nada, se apoyó con las dos manos en el escritorio, como un dependiente de comercio detrás del mostrador, y contempló cómo ambos señores recogían, mientras conversaban, todos los papeles de la mesa y desaparecían en el despacho del subdirector. Antes de salir, el fabricante se volvió y le dijo que no se despedía, que informaría naturalmente al gerente sobre el éxito de la entrevista y que aún tenía que comunicarle algo.

Al fin estaba solo. No pensó en recibir al resto de los clientes. Era agradable pensar que la gente del antedespacho creería que aún estaba hablando con el fabricante, así no entraría nadie, ni siquiera el ordenanza. Fue hacia la ventana, se sentó en el antepecho, asió el picaporte con la mano y contempló la plaza. Aún caía la nieve, no había aclarado.

Así permaneció mucho tiempo sin saber lo que realmente le preocupaba, sólo de vez en cuando miraba asustado por encima del hombro hacia la puerta del antedespacho, donde creía haber oído erróneamente un ruido. Pero como nadie venía, se fue tranquilizando. A continuación, entró en el lavabo, se lavó con agua fría y volvió a la ventana con la cabeza más despejada. La decisión de asumir su propia defensa le parecía ahora más ardua de lo previsto. Desde que había traspasado la defensa al abogado, el proceso le había afectado poco, lo había observado desde la lejanía y, aunque apenas se había logrado nada, había podido comprobar, siempre que había querido, cómo esa el asunto, retirándose cuando lo creía oportuno. No obstante, si gumía su propia defensa, tendría que dedicarse plenamente al proceso, el éxito supondría una completa y definitiva liberación, pero para alcanzarla tendría que exponerse a peligros mayores. Si quedaba alguna duda, la visita del subdirector y del fabricante se la había aclarado. ¡Cómo se había quedado sentado completamente sumido en su decisión de defenderse a sí mismo! ¿Hasta dónde podría llegar? ¡Qué días le esperaban! ¿Lograría encontrar el camino que lleva a un buen fin? Acaso no significaba una defensa cuidadosa –y cualquier otra cosa era absurda– la necesidad de aislarse al mismo tiempo de todo lo demás? podría superarlo con éxito? ¿Y cómo podría llevarlo a cabo en el banco? No se trataba sólo del escrito, para lo que quizá hubieran bastado pinas cortas vacaciones, aunque solicitar ahora unas vacaciones supondría una empresa arriesgada, se trataba de todo el proceso, cuya duración era imposible de prever. ¡Qué impedimento había sido arrojado repentinamente en la carrera de K!

¿Y ahora tenía que trabajar para el banco? Miró hacia el escritorio. ¿Ahora tendría que dejar pasar a los clientes para entrevistarse con dios? ¿Tenía que preocuparse por los negocios del banco mientras su

Proceso seguía su curso, mientras arriba, en la buhardilla, los funcionarios judiciales se sentaban ante los escritos de su proceso? ¿No parecía todo una tortura, reconocida por la justicia, y que acompañaba al proceso? ¿Y se tendría en cuenta en el banco a la hora de juzgar su trabajo la situación delicada en la que se encontraba? Nunca jamás. Su proceso tampoco era tan desconocido, aunque no estuviera muy claro quién sabía de él y cuánto. Aparentemente el rumor no había llegado hasta el subdirector, si no ya se habría visto claramente cómo éste lo utilizaba contra K, sin espíritu de solidaridad y sin la más mínima humanidad. ¿Y el director? Cierto, mostraba simpatía hacia K, y si hubiese sabido algo del proceso habría querido ayudarle aligerándole el trabajo, pero no hubiera intervenido, pues ahora que se había perdido el equilibrio formado por K quedaba sometido a la influencia del subdirector, quien se aprovechaba del estado de debilidad del director para fortalecer su propio poder. ¿Qué podía esperar entonces K? Era posible que con tanta reflexión estuviera debilitando su capacidad de resistencia, pero también resultaba necesario no hacerse ilusiones y verlo todo con la mayor claridad posible.

Sin un motivo especial, sólo para no tener que volver al escritorio, abrió la ventana. Se abría con dificultad, tenía que girar el picaporte con ambas manos. Al abrirse penetró una bocanada de niebla mezclada con humo que se extendió por toda la habitación, acompañada de un ligero olor a quemado. También penetraron algunos copos de nieve.

–Un otoño horrible –dijo el fabricante detrás de K, que había entrado desde el despacho del subdirector sin que K lo hubiese advertido. K asintió y miró, inquieto, la cartera del fabricante, de la que parecía querer sacar los papeles para comunicarle los resultados de su entrevista con el subdirector. Pero el fabricante siguió la mirada de K, golpeó su cartera y dijo sin abrirla:

–Quiere oír qué tal ha ido. No ha ido mal. Casi llevo el negocio cerrado en la cartera. Un hombre encantador, el subdirector, pero nada inocente –y rió estrechando la mano de K, intentando que también él riera. Pero a K le pareció sospechoso que el fabricante no quisiera mostrarle los papeles y no encontró nada divertida la insinuación del fabricante.

–Señor gerente –dijo el fabricante–, le sienta mal este tiempo. Parece deprimido.

–Sí –dijo K y se llevó una mano a la sien–, dolores de cabeza, preocupaciones familiares.

–Ya lo conozco –dijo el fabricante, que era un hombre siempre con prisas y no podía escuchar tranquilamente a nadie–, cada uno tiene que llevar su cruz.

K había dado un paso involuntario hacia la puerta, como si quisiera acompañar al fabricante, pero éste dijo:
Aún tengo algo que decirle al señor gerente. Temo importunarle precisamente hoy con esto, pero ya he estado dos veces aquí y siempre lo he olvidado. Si sigo aplazándolo, al final ya no tendrá ningún sentido. Y sería una pena, porque es muy probable que mi información sea valiosa.
Antes de que K hubiese tenido tiempo para responder, el fabricante se le acercó, le golpeó ligeramente con el dedo en el pecho y dijo voz baja:
–Usted está procesado, ¿verdad?
K retrocedió y exclamó:
–¿Se lo ha dicho el subdirector?
–No, no –dijo el fabricante–, ¿de dónde podría saberlo el subdirector?
–¿Y usted? –dijo K recuperando algo el sosiego.
–Yo me entero aquí y allá de alguna cosa relativa a los tribunales –dijo el fabricante–, precisamente de eso quería hablarle.
–¡Tanta gente está en contacto con los tribunales! –dijo K con la cabeza inclinada y llevó al fabricante hasta la mesa. Se sentaron como antes y el fabricante continuó:
–Por desgracia no es mucho lo que le puedo decir. Pero en estas cosas no se debe despreciar nada por mínimo que sea. Por lo demás, siento cierta inclinación a ayudarle, aunque mi ayuda sea tan modesta. Hasta ahora hemos sido buenos compañeros de negocios, ¿verdad? K quiso disculparse por su comportamiento en la entrevista de ese día, pero el fabricante no toleró ninguna interrupción. Puso la cartera bajo el brazo para mostrar que tenía prisa y dijo:
–He sabido algo de su proceso a través de un tal Titorelli. Es un pintor, Titorelli es sólo su nombre artístico, desconozco su nombre verdadero. Viene desde hace mucho tiempo a mi despacho y trae algunos cuadros por los que le doy –es casi un mendigo– alguna limosna. Además, son cuadros bonitos, paisajes y cosas parecidas. Estas compras –ya nos habíamos acostumbrado ambos a ellas– se producían con cierta regularidad y sin perder el tiempo. Pero durante un periodo sus visitas se hicieron tan frecuentes que le hice alguna objeción, entonces conversamos, me interesé por cómo podía subsistir sólo pintando y me enteré, para mi sorpresa, de que sus principales ingresos procedían de los retratos. Me dijo que trabajaba para los tribunales. Le pregunté Para qué tribunal en concreto y entonces me contó acerca de esa justicia. Se puede figurar mi sorpresa al oír lo que me contaba. Desde ese día cada vez que me visita me entero de alguna novedad concerniente al tribunal y así me hago una idea del asunto. Titorelli es, sin embargo, bastante

hablador y a veces tengo que pararle los pies, y no sólo porque miente, sino también porque un hombre de negocios como yo, abrumado de trabajo, tampoco puede ocuparse en cosas ajenas. Pero esto sea dicho sólo de paso. He pensado que Titorelli, tal vez, podría serle de alguna ayuda, conoce a muchos jueces y aunque no tenga mucha influencia, al menos podría darle algún consejo sobre cómo se puede encontrar a gente influyente. Y aunque estos consejos, considerados en sí mismos, no sean decisivos, creo que, en su posesión, pueden adquirir alguna importancia. Usted es casi un abogado. Yo suelo decir siempre: el gerente K es casi un abogado. Oh, no me preocupo en absoluto por su proceso. ¿Quiere ir a ver a Titorelli? Con mi recomendación hará todo lo que sea posible. Creo que debería visitarlo. No tiene que ser hoy, en alguna ocasión. Por supuesto, tengo que añadir, no está usted obligado por mi consejo a visitarle. No, si cree que puede prescindir de Titorelli, es mejor dejarlo de lado. Tal vez ya tenga un plan y Titorelli pueda estropearlo. No, entonces no vaya. También cuesta algo de superación aceptar consejos de un tipo así. Como usted quiera. Aquí tiene mi carta de recomendación y aquí la dirección.

K tomó decepcionado la carta y se la guardó en el bolsillo. En el caso más favorable, la ventaja que podría obtener de la recomendación sería mucho menor que los daños ocasionados por el hecho de que el fabricante se hubiera enterado del proceso y de que el pintor siguiera extendiendo la noticia. Apenas se sentía capaz de agradecerle el consejo al fabricante, que ya se dirigía a la puerta.

–Iré –dijo él, al despedirse del fabricante en la puerta–, o, como estoy muy ocupado, le escribiré para que venga a mi despacho.

–Ya sabía –dijo el fabricante– que encontraría la mejor solución. No obstante, pensé que evitaría invitar al banco a tipos como este Titorelli para hablar del proceso. Tampoco resulta muy ventajoso poner cartas en manos de esa gente. Pero estoy seguro de que usted lo ha pensado muy bien y sabe lo que tiene que hacer.

K asintió y acompañó al fabricante hasta el antedespacho. Pero a pesar de su tranquilidad aparente, estaba horrorizado. Que escribiría a Titorelli sólo lo había dicho para mostrar de alguna manera al fabricante que apreciaba su recomendación y que reflexionaría sobre las posibilidades de entrevistarse con él, pero si realmente hubiese considerado valiosa su ayuda no hubiera dudado en escribirle. No obstante, había reconocido los peligros que encerraba hacerlo gracias a la mención del fabricante. ¿Podía confiar tan poco en su inteligencia? Si era posible que invitara con una carta explícita a un hombre de dudosa reputación para visitarle en el banco, y allí, sólo separados por una puerta del despacho del subdirector, pedirle consejos acerca de su

proceso, ¿no sería posible, incluso muy probable, que hubiera ignorado otros peligros o se estuviera metiendo de cabeza en ellos? No siempre iba a estar alguien a su lado para advertirle. Y precisamente ahora, cuando tenía que hacer acopio de todas sus fuerzas, tenían que asaltarle esas dudas sobre su capacidad para prestar atención. ¿Comenzarían a producirse en el proceso las mismas dificultades que ya tenía en la realización de su trabajo? No podía comprender cómo había sido capaz de pensar en escribir a Titorelli e invitarle a venir al banco para hablar del proceso.

Aún sacudía la cabeza ante semejante disparate, cuando el empleado se acercó hasta él y le indicó a tres señores que esperaban sentados en el antedespacho. Ya esperaban desde hacía mucho tiempo. Ahora, aprovechando la ocasión, se levantaron para intentar hablar con K. Como recibían un tratamiento tan desconsiderado por parte del banco, tampoco ellos quisieron tener ninguna consideración.

–Señor gerente –dijo uno de los que esperaban. Pero K le había pedido al empleado que le trajera el abrigo. Mientras le ayudaba a ponérselo, dijo a las tres personas presentes:

–discúlpenme, señores, por desgracia no tengo tiempo de recibirles. Les pido perdón, pero tengo que terminar un negocio urgente y debo salir de inmediato. Ya han visto todo el tiempo que me han tenido ocupado. ¿Serían tan amables de venir mañana o cuando puedan? ¿O quizá prefieren que tratemos el asunto por teléfono? Tal vez prefieran informarme ahora brevemente y yo les daré una respuesta detallada por escrito. Lo mejor sería, sin embargo, que vinieran otro día.

Estas proposiciones de K dejaron a aquellos hombres, que habían esperado inútilmente tanto tiempo, tan asombrados que se miraron mutuamente sin decir palabra.

–Entonces, ¿estamos de acuerdo? –preguntó K, y se volvió hacia el empleado, que traía su sombrero. A través de la puerta abierta del despacho de K se podía ver que nevaba con fuerza. K se subió el cuello del abrigo y se abrochó el último botón.

En ese instante, el subdirector salió de su despacho, miró sonriendo cómo K, con el abrigo puesto, trataba con los señores, y preguntó:

–¿Se va ya, señor gerente?

–Sí –dijo K enderezándose–. Tengo que terminar un negocio.

Pero el subdirector ya se había vuelto hacia los señores.

–¿Y los señores? –preguntó–. Ya esperan desde hace tiempo.

–Ya nos hemos puesto de acuerdo –dijo K. Pero los señores ya no se callaron, rodearon a K y explicaron que no habrían esperado tantas horas si sus asuntos no fueran importantes y no fuera necesario tratar los confidencial y detalladamente. El subdirector les prestó atención,

contempló a K, que sostenía el sombrero en la mano y le quitaba el polvo, y dijo:
–Señores, hay una solución muy fácil. Si no tienen nada en contra, asumiré encantado las gestiones del señor gerente. Sus asuntos, naturalmente, deben ser tratados en seguida. Somos hombres de negocios y sabemos valorar en su justa medida el tiempo de los hombres de negocios. ¿Quieren entrar a este despacho? –y abrió la puerta que conducía a su antedespacho.
¡Cómo se las arreglaba el subdirector para apropiarse de todo a lo que K se veía obligado a renunciar! ¿Acaso no renunciaba K a más de lo que era necesario? Mientras se apresuraba a visitar con pocas e inciertas esperanzas a un pintor desconocido, su prestigio allí sufría un daño irreparable. Habría sido mucho mejor quitarse el abrigo y ganarse a los dos señores que aún esperaban. K lo habría intentado si en ese instante no hubiese visto al subdirector en su despacho, buscando en los anaqueles de libros, como si todo fuera suyo. Cuando K, irritado por la intrusión, se aproximó a la puerta, el subdirector exclamó:
–Ah, aún no se ha ido –y volvió el rostro, cuyas arrugas no parecían ser huellas de la edad sino un signo de fuerza, y comenzó de nuevo a buscar.
–Busco la copia de un contrato –dijo–, que, según el representante de la empresa, tendría que estar en su despacho. ¿No quiere ayudarme a buscar?
K dio un paso, pero el subdirector dijo:
–Gracias, ya lo he encontrado –y regresó a su despacho con un paquete de escritos, que no sólo contenía la copia del contrato, sino ducho más.
«Ahora no le puedo hacer sombra –se dijo K–, pero cuando logre arreglar mis dificultades personales, él será el primero en enterarse y además con amargura».
Tranquilizado con estos pensamientos, encargó al empleado, que mantenía abierta para él la puerta del pasillo, que le dijera al director, si se presentaba la ocasión, que había salido a realizar una gestión. Luego abandonó el banco casi feliz de poder dedicarse con exclusividad a su asunto.
Fue directamente a ver al pintor, que vivía en los arrabales, precisamente en la dirección opuesta a donde se encontraba el juzgado en el que había estado. Era un barrio aún más pobre, las casas eran más oscuras, las calles estaban llenas de suciedad, que se acumulaba alrededor de la nieve. En la casa en que vivía el pintor sólo estaba abierta una hoja de la puerta, en la otra habían abierto un agujero, a través del cual, cuando K se aproximó, fluía una repugnante sustancia amarilla y humeante, de la que huyó una rata metiéndose en un canal

cercano. A los pies de la escalera había un niño boca abajo que lloraba, pero sus sollozos apenas se oían por el ruido ensordecedor reinante, procedente de un taller de hojalatería, situado en la parte opuesta. La puerta del taller estaba abierta, tres empleados rodeaban una pieza y la golpeaban con martillos. Una gran plancha de hojalata colgaba de la pared y arrojaba una luz pálida que penetraba entre dos de los empleados e iluminaba los rostros y los mandiles. K sólo dedicó una mirada fugaz a ese cuadro, quería salir de allí lo más pronto posible, hacer un par de preguntas al pintor y regresar al banco en seguida. Si alcanzaba el más pequeño éxito, ejercería un buen efecto en su trabajo en el banco. Al llegar al tercer piso tuvo que ir más lento, le faltaba la respiración; los peldaños, así como las escaleras, eran excesivamente altos y el pintor debía de vivir en el ático. El aire también era muy opresivo, no había hueco en la escalera, sino que ésta, muy estrecha, estaba cerrada a ambos lados por muros, en los que sólo de vez en cuando había una pequeña ventana. Precisamente en el momento en el que K se detuvo para descansar, salieron varias niñas de una vivienda y, riéndose, adelantaron a K. Las siguió lentamente, alcanzó a una de las niñas que había tropezado y se había quedado rezagada y le preguntó, mientras las demás seguían subiendo:
–¿Vive aquí un pintor llamado Titorelli?
La niña, de apenas trece años y algo jorobada, le golpeó con el codo y le miró de soslayo. Ni su juventud ni su defecto corporal habían impedido que se corrompiese. Ni siquiera le sonreía, sino que lanzaba a K miradas provocativas. K hizo como si no hubiera notado su actitud y preguntó:
–¿Conoces al pintor Titorelli?
Ella asintió y preguntó a su vez:
–¿Qué quiere usted de él?
A K le pareció ventajoso obtener algo de información sobre Titorelli.
–Quiero que me haga un retrato –dijo él.
–¿Un retrato? –preguntó ella, abrió desmesuradamente la boca, golpeó ligeramente a K con la mano, como si hubiera dicho algo sorprendente o desacertado, se levantó sin más su faldita y corrió todo lo rápido que pudo detrás de las otras niñas, cuyo griterío se fue perdiendo conforme subían. K volvió a encontrarse con las niñas en el siguiente rellano. Aparentemente habían sido informadas por la jorobada y le esperaban. Estaban colocadas a ambos lados de la escalera y se apretaron contra la pared para que K pudiera pasar cómodamente entre ellas. Se limpiaban las manos en sus delantales. Sus rostros, así como su formación en fila, indicaban una mezcla de infantilismo y perdición. Arriba, al final de la hilera de niñas, que se juntaron por detrás de K y

rieron, estaba la jorobada, que había tomado el liderato. K tenía que agradecerle haber encontrado con rapidez el camino correcto. Quería seguir subiendo, pero ella le mostró un desvío que conducía a la vivienda de Titorelli. La escalera que tuvo que tomar era aún más estrecha, muy larga, sin giros y finalizaba directamente ante la puerta cerrada de Titorelli. Esa puerta, provista de una pequeña claraboya y, por esta causa, mejor iluminada que la escalera, estaba hecha de tablas ensambladas sin blanquear, en las que estaba pintado con un pincel grueso con pintura roja el nombre de Titorelli. Cuando K, acompañado de su séquito, llegó a la mitad de la escalera, la puerta se abrió, probablemente debido al ruido de los numerosos pasos, y apareció un hombre en pijama.
–¡Oh! –gritó, al ver cómo se acercaba tal cantidad de gente y desapareció. La jorobada aplaudió de alegría y el resto de las niñas empujaron a K para que subiese con mayor rapidez.
Aún no habían llegado, cuando el pintor abrió la puerta del todo invitó a entrar a K con una profunda inclinación. A las niñas, sin embargo, las rechazó. No las quiso dejar pasar por más que se lo suplicaron. Sólo la jorobada logró deslizarse hasta el interior pasando por dejo de su brazo, pero el pintor la persiguió, la cogió por la falda, la sacudió a un lado y a otro y la puso en la puerta con las otras niñas, que, mientras el pintor había estado ausente, no se habían atrevido a cruzar el umbral. K no sabía qué pensar, parecía como si todo fuese una broma. Las niñas estiraron los cuellos y dirigieron al pintor algunas burlas, que K no entendió y de las que también se rió el pintor. Mientras, la jorobada estuvo a punto de escaparse de sus manos. Luego el pintor cerró la puerta, se inclinó una vez más ante K, le estrechó la imano y dijo:
–Pintor Titorelli.
K señaló la puerta, detrás de la cual se oía a las niñas susurrar, y dijo:
–Parece que le quieren mucho en la casa.
–¡Ah, esas pordioseras! –dijo el pintor, que intentó en vano abrocharse el último botón de la camisa del pijama. Estaba descalzo y llevaba puestos unos pantalones de lino amplios y amarillentos, que estaban ajustados a la cintura con un cordel, cuyos largos cabos se balanceaban de un lado a otro.
–Esas pordioseras son una verdadera carga –continuó, dejó de intentar abrocharse el botón, pues había terminado por arrancarlo, acercó una silla para K y casi le obligó a sentarse.
–Hace tiempo pinté a una de ellas, aunque no estaba entre las que usted ha visto, y desde esa vez me persiguen todas. Cuando estoy solo entran si se lo permito, pero cuando me voy siempre entra alguna. Se han hecho una llave de la cerradura y se la prestan unas a otras. No se

puede imaginar lo pesadas que son. Una vez vine con una dama para pintarla, abrí la puerta con mi llave y encontré a la jorobada pintándose los labios de rojo con el pincel, mientras sus hermanas pequeñas, a las que tenía que vigilar, andaban por toda la habitación ensuciándolo y revolviéndolo todo. O regreso, como me ocurrió ayer, tarde por la noche –le suplico que, en consideración a ello, perdone mi estado y el desorden de la habitación–, quiero irme a la cama y de repente noto un pellizco en la pierna, miro debajo de la cama y saco a una de esas pordioseras. No entiendo por qué la han tomado conmigo, pues intento rechazarlas, ya lo ha visto usted. Naturalmente que estorban mi trabajo. Si no hubieran puesto gratuitamente a mi disposición este estudio ya me habría mudado hace tiempo.

Precisamente en ese momento se oyó a través de la puerta una vocecita suave y temerosa:

–Titorelli, ¿podemos pasar ya? El pintor no respondió.

–¿Yo tampoco? –preguntó otra de las niñas.

–Tampoco –dijo el pintor, se acercó a la puerta y la cerró con llave.

K, mientras tanto, se había dedicado a examinar la habitación, jamás podría haberse imaginado que aquel cuartucho pudiera recibir el nombre de estudio. Apenas se podían dar dos pasos a lo largo y a lo ancho. Todo, suelo, paredes y techo, era de madera, entre las tablas había resquicios. Frente a K estaba situada la cama, cubierta con mantas de distinto color. En medio de la habitación, sobre un caballete, había un cuadro cubierto con una camisa, cuyas mangas llegaban hasta el suelo. Detrás de K estaba la ventana, pero la niebla no permitía ver más que la nieve acumulada en el tejado de la casa de enfrente.

El ruido de la llave al girar recordó a K que quería irse lo más pronto posible. Así que sacó del bolsillo la carta del fabricante, se la dio al pintor y dijo:

–Me la ha dado un conocido suyo y, siguiendo su consejo, he venido a visitarle.

El pintor leyó la carta fugazmente y la arrojó sobre la cama. Si el fabricante no hubiera hablado del pintor como de un conocido suyo, como un pobre hombre dependiente de sus limosnas, se hubiera podido creer que Titorelli no conocía al fabricante o no se acordaba de él. flor añadidura, el pintor preguntó:

–¿Desea comprar algún cuadro o quiere que le haga un retrato?

K miró con asombro al pintor. ¿Qué es lo que había escrito el fabricante en la carta? K había considerado evidente que el fabricante informaría al pintor en la carta de que K sólo tenía interés en preguntar acerca de su proceso. ¿Se había precipitado al venir de un modo tan rápido e irreflexivo? Pero ahora tenía que responder al pintor. Mientras miraba

hacia el caballete, dijo:
–¿Está trabajando en un cuadro?
–Sí –dijo el pintor, y arrojó la camisa, que colgaba sobre el caballete, en la cama, sobre la carta–. Es un retrato. Un buen trabajo, pero aún no está terminado.
La ocasión era propicia para que K hablase sobre el tribunal, pues, según todas las apariencias, se trataba del retrato de un juez. Además, era muy similar al que había en el despacho del abogado. No obstante, era otro juez, un hombre gordo con barba poblada y negra que le cubría por completo las mejillas, pero el del despacho del abogado era un retrato al óleo, mientras que éste era al pastel, por lo que la figura aparecía imprecisa y difuminada. Todo lo demás era similar, pues también aquí el juez quería que lo pintaran en el momento de incorporarse con actitud amenazadora, aferrando con fuerza los brazos del sitial.
«Es un juez», hubiera querido decir K de inmediato, pero se contuvo y se aproximó al cuadro como si quisiera estudiar algunos detalles. No pudo aclararse la presencia de una gran figura detrás del sitial, así que le preguntó al pintor sobre su significado.
–Tengo que trabajar más en ella –respondió el pintor, cogió un lápiz para pintar al pastel y realzó un poco el contorno de la figura, pero sin que apareciese más precisa para K.
–Es la justicia –dijo finalmente el pintor.
–Ahora la reconozco –dijo K–. Ahí está la venda y aquí la balanza. Pero posee alas en los talones y está en movimiento.
–Sí –dijo el pintor–, pero la tengo que pintar así por encargo, en realidad representa al mismo tiempo a la justicia y a la diosa de la victoria.
–No es una buena combinación –dijo K sonriendo–. La justicia debería estar quieta, si no oscilaría la balanza y entonces no sería posible una sentencia justa.
–Me tengo que adaptar a los gustos de mi cliente –dijo el pintor.
–Sí, claro –dijo K, que no había querido molestar al pintor con su indicación–. Ha pintado la figura tal y como aparece detrás del sitial.
–No –dijo el pintor–, no he visto ni la figura ni el sitial, todo es pura invención, pero me indicaron qué es lo que tenía que pintar.
–¿Cómo? –preguntó K, y fingió que no comprendía del todo lo que decía el pintor–. Pero se trata de un juez sentado en un sitial de juez.
–Sí –dijo el pintor–, pero no es ningún juez supremo y jamás se ha sentado en un sitial así.
–¿Y, no obstante, se hace pintar en una actitud tan solemne? Parece el presidente de un tribunal supremo.

–Sí, los señores son vanidosos –dijo el pintor–. Pero tienen permiso de sus superiores para pintarse así. A cada uno de ellos se le prescribe con exactitud cómo se le tiene que retratar. Por desgracia, en el cuadro no se pueden apreciar los detalles del traje y del sitial, la pintura al pastel no es adecuada para este tipo de retratos.
–Sí –dijo K–, es extraño que lo haya tenido que pintar al pastel.
–Así lo ha querido el juez –dijo el pintor–, es para una dama.
La contemplación del cuadro parecía haber infundido ganas de trabajar en el pintor. Se subió las mangas de la camisa, cogió unos lápices K observó cómo bajo la punta temblorosa del lápiz iba surgiendo alrededor de la cabeza del juez una sombra rojiza que, adoptando una forma estrellada, llegaba hasta los bordes del cuadro. Paulatinamente, juego de sombras que rodeaba la cabeza se convirtió en una suerte de adorno honorífico. La figura que representaba a la justicia quedó de una tonalidad clara, y esa claridad la hacía resaltar, pero apenas recordaba a la diosa de la justicia, aunque tampoco a la de la victoria, más bien se parecía a la diosa de la caza. K se sintió atraído por el trabajo del pintor más de lo que hubiese querido. Al final, sin embargo, se hizo reproches por haber permanecido allí tanto tiempo y no haber emprendido nada en lo referente a su asunto.
–¿Cómo se llama ese juez? –preguntó de repente.
–No se lo puedo decir –respondió el pintor. Se había inclinado hacia el cuadro y descuidaba claramente a su huésped, al que, sin embargo, había recibido con tanta consideración. K lo atribuyó a un cambio de humor y se enojó porque debido a esa causa estaba perdiendo el tiempo.
–¿Es usted un hombre de confianza del tribunal? –preguntó.
El pintor dejó el lápiz a un lado, se irguió, se frotó las manos y miró a K sonriente.
–Bueno, vayamos al grano –dijo él–. Usted quiere saber algo del tribunal, como consta en su carta de recomendación, y ha comenzado a hablar sobre mis cuadros para halagarme. Pero no lo tomo a mal, usted no puede saber que para mí eso es una impertinencia. ¡Oh, por favor! –dijo en actitud defensiva, cuando K quiso objetar algo, y continuó:
–Por lo demás, usted tiene razón con su indicación, soy un hombre de confianza del tribunal.
Hizo una pausa, como si quisiera dejarle tiempo a K para adaptarse a las circunstancias. Se oyó otra vez a las niñas detrás de la puerta. Era probable que se estuvieran peleando por mirar a través del ojo de la cerradura, aunque también era probable que pudieran ver a través de los resquicios. K decidió no disculparse, pues no quería que el pintor cambiase de tema, pero tampoco quería que el pintor se ufanase y se

creyera inalcanzable, así que preguntó:
–¿Es un puesto reconocido oficialmente?
–No –dijo el pintor brevemente, como si con esa pregunta le impidiese continuar hablando. Pero K no quería que se callase y dijo:
–Bueno, con frecuencia ese tipo de puestos no reconocidos son más influyentes que los otros.
–Ése es mi caso –dijo el pintor, y asintió con la frente arrugada–. Ayer hablé con el fabricante sobre su problema, me preguntó si no quería ayudarle, yo respondí: «Puede venir a mi casa si quiere», y ahora estoy encantado de poder recibirle tan pronto. Parece que el asunto le afecta bastante y no me extraña. ¿No desea quitarse antes el abrigo?
Aunque K tenía previsto quedarse muy poco tiempo, aceptó de buen grado la proposición del pintor. El aire de la habitación le resultaba opresivo, con frecuencia había dirigido su mirada asombrada hacia una estufa de hierro, situada en una esquina, y que con toda seguridad estaba apagada. El bochorno en la habitación era inexplicable. Mientras se quitaba el abrigo y se desabrochaba la chaqueta, el pintor le dijo con un tono de disculpa:
–Tengo que tener la habitación templada. Se está muy confortable, ¿verdad? La habitación está muy bien situada.
K no dijo nada, no era el calor lo que le molestaba, sino el aire, tan enrarecido que dificultaba la respiración; era ostensible que hacía mucho tiempo que no ventilaban la habitación. Esta sensación desagradable se intensificó, ya que el pintor le invitó a sentarse en la cama, mientras él se sentaba en la única silla de la habitación, frente al caballete. Además, el pintor interpretó mal por qué K quería permanecer al borde de la cama, ya que le pidió que se pusiera cómodo y, como K dudase, se acercó él mismo y le puso en medio de la cama con los almohadones. A continuación, regresó a su silla y le hizo la primera pregunta, cuyo efecto fue que K olvidase todo lo demás:
–¿Es usted inocente? –preguntó.
–Sí –dijo K–. La respuesta a esta pregunta le causó alegría, especialmente porque la respondió ante un particular, es decir sin asumir responsabilidad alguna. Nadie hasta ese momento le había preguntado de un modo tan directo. Para disfrutar de esa alegría, añadió:
–Soy completamente inocente.
–Bien –dijo el pintor, bajó la cabeza y pareció reflexionar. De repente subió la cabeza y dijo:
–Si usted es inocente, entonces el caso es muy fácil.
La mirada de K se nubló, ese supuesto hombre de confianza del tribunal hablaba como un niño ignorante.

–Mi inocencia no simplifica el caso –dijo K, que, a pesar de todo, tuvo que reír, sacudiendo lentamente la cabeza–. Todo depende de muchos detalles, en los que el tribunal se pierde. Al final, sin embargo,
descubre un comportamiento culpable donde originariamente no había nada.
–Sí, cierto, cierto –dijo el pintor, como si K estorbase innecesariamente el curso de sus pensamientos–. Pero usted es inocente.
–Bueno, sí –dijo K
–Eso es lo principal –dijo el pintor.
No había manera de influir en él con argumentos en contra; a pesar de su resolución, K no sabía si hablaba así por convicción o por indiferencia. K quiso comprobarlo, así que dijo:
–Usted conoce este mundo judicial mucho mejor que yo, yo no sé más que lo que he oído aquí y allá, aunque lo oído procedía de personas muy distintas. Todos coinciden en que no se acusa a nadie a la ligera y que el tribunal, cuando acusa a alguien, está convencido de la culpa del acusado y que es muy difícil hacer que abandone ese convencimiento.
–¿Difícil? –preguntó el pintor, y elevó una mano–. Nunca se le puede disuadir. Si pintase a todos los jueces aquí en la pared, uno al lado del otro, y usted se defendiese ante ellos, tendría más éxito que ante un tribunal real.
–Sí –dijo K para sí mismo y olvidó que sólo había querido sondear un poco al pintor.
Una de las niñas volvió a preguntar a través de la puerta:
–Titorelli, ¿se irá pronto?
–¡Callaos! –gritó el pintor hacia la puerta–, ¿acaso no veis que estoy hablando con este señor?
Pero la muchacha no quedó satisfecha con esa respuesta, así que preguntó:
–¿Le vas a pintar?
Y cuando no recibió respuesta del pintor, añadió:
–Por favor, no pintes a un hombre tan feo.
A estas palabras siguió una confusión de exclamaciones incomprensibles aunque aprobatorias. El pintor dio un salto hacia la puerta, la abrió un resquicio –se podían ver las manos extendidas de las niñas en actitud de súplica–, y dijo:
–Si no os calláis, os arrojo a todas por la escalera. Sentaos aquí, en el escalón, y comportaos bien.
No debieron de seguir sus instrucciones, así que tuvo que impartirles órdenes.
–¡Aquí, en el escalón!
Sólo entonces se callaron.

–disculpe –dijo el pintor cuando regresó.
K apenas se había vuelto hacia la puerta, había dejado a su discreción si quería protegerle y cómo. Tampoco se movió cuando el pintor se acercó hasta él y se inclinó para decirle algo al oído:
–También las niñas pertenecen al tribunal.
–¿Cómo? –preguntó K, que inclinó el rostro y miró al pintor. Éste, sin embargo, se sentó de nuevo y añadió medio en serio medio en broma:
–Todo pertenece al tribunal.
–No lo había notado –dijo K brevemente.
La indicación general del pintor al señalar a las niñas quitaba a la información toda su carga inquietante. No obstante, K contempló un rato la puerta, detrás de la cual permanecían las niñas, ya calladas y sentadas en el escalón. Una de ellas había introducido una pajita por una de las ranuras entre las tablas y la metía y sacaba lentamente.
–Por lo que parece aún no se ha hecho una idea del tribunal –dijo el pintor, que había estirado las piernas y golpeaba el suelo con las puntas de los pies–. No necesitará ser inocente. Yo mismo le sacaré del problema.
–¿Y como pretende conseguirlo? –preguntó K–. Hace poco usted me ha dicho que el tribunal es inaccesible a cualquier tipo de argumentación.
–Inaccesible a cualquier argumentación que se plantee ante él –dijo el pintor, y elevó el dedo índice como si K no hubiese percibido la sutil diferencia–. Pero esa regla pierde su validez cuando se argumenta a espaldas del tribunal oficial, es decir en los despachos de los asesores, en los pasillos o, por ejemplo, aquí, en mi estudio.
Lo que el pintor acababa de decir no le pareció a K tan descabellado, todo lo contrario, coincidía con lo que le habían contado otras personas. Incluso parecía otorgar muchas esperanzas. Si los jueces se dejaban influir tan fácilmente por sus relaciones personales, como el abogado había manifestado, entonces las relaciones del pintor con los vanidosos jueces eran muy importantes y de ninguna manera se podían menospreciar. En ese caso el pintor se adaptaba perfectamente al círculo de ayudantes que K paulatinamente iba reuniendo a su alrededor. Una vez habían elogiado en el banco su talento organizador, aquí, en una situación en la que dependía exclusivamente de sí mismo, había una buena oportunidad para ponerlo a prueba. El pintor observó el efecto que su aclaración había ejercido en K y dijo, no sin cierto temor:
–¿No le llama la atención que hablo casi como un jurista? Es por el trato ininterrumpido con los señores del tribunal, que tanto me ha influido. Por supuesto, saco muchos beneficios de ello, pero el impulso artístico se pierde en parte.

–¿Cómo entró en contacto con los jueces? –preguntó K. Quería ganarse primero la confianza del pintor, antes de tomarlo a su servicio.
–Muy fácil –dijo el pintor–, he heredado mi posición. Ya mi padre fue pintor judicial. Es un puesto hereditario. No se necesitan nuevas personas que ejerzan el oficio. Para pintar a los distintos grados de funcionarios se han promulgado tantas reglas secretas y, además, tan complejas, que no se pueden dominar fuera de determinadas familias. Por ejemplo, ahí, en el cajón, tengo los apuntes de mi padre, que no enseño a nadie. Sólo el que los conoce está capacitado para pintar a los jueces. Aun en el caso de que los perdiera, guardo en la memoria tal cúmulo de reglas que nadie podría aspirar a ocupar mi puesto. Los jueces quieren que se les pinte como se pintó a los jueces en el pasado, y eso sólo lo puedo hacer yo.
–Eso es digno de envidia –dijo K, que pensó en su puesto en el banco–. Su posición, por consiguiente, es inalterable.
–Sí, inalterable –dijo el pintor, y alzó los hombros con orgullo–. Por eso mismo me puedo atrever de vez en cuando a ayudar a algún pobre hombre que tiene un proceso.
–Y, ¿cómo lo hace? –preguntó K, como si no fuera él a quien el pintor había llamado pobre hombre. El pintor, sin embargo, no se dejó interrumpir, sino que dijo:
–En su caso, por ejemplo, ya que usted es completamente inocente, emprenderé lo siguiente.
A K le comenzaba a resultar molesta la repetida mención de su inocencia. Le parecía que el pintor, con esas indicaciones, hacía depender su ayuda de un resultado positivo del proceso, en cuyo caso la ayuda carecería de cualquier valor. A pesar de esta duda, K se dominó y no interrumpió al pintor. No quería renunciar a su ayuda, estaba decidido, además le parecía que esa ayuda no era más cuestionable que la del abogado. K incluso la prefirió, pues era más inofensiva y sincera que esta última.
El pintor había acercado la silla a la cama y continuó con voz apagada:
–He olvidado preguntarle al principio qué tipo de absolución prefiere. Hay tres posibilidades, la absolución real, la absolución aparente y la prórroga indefinida. La absolución real es, naturalmente, la mejor, pero no tengo ninguna influencia para lograr esa solución. Aquí decide, con toda probabilidad, la inocencia del acusado. Como usted es inocente, podría confiar en alcanzarla, pero entonces no necesitaría ni mi ayuda ni la de cualquier otro.
Esta gama de posibilidades desconcertó al principio a K, luego dijo también en voz baja, como había hablado el pintor:
–Creo que se contradice.

–Por qué? –preguntó el pintor con actitud paciente, y se reclinó sonriente.
Esa sonrisa despertó en K la impresión de que no se proponía cubrir contradicciones en las palabras del pintor, sino en el mismo procedimiento judicial. No obstante, continuó:
–Hace poco comentó que el tribunal es inaccesible para todo tipo de argumentación, después ha limitado la validez de ese principio al tribunal oficial y ahora dice, incluso, que el inocente no necesita ayuda alguna ante el tribunal. Ahí se produce una contradicción. Además, antes ha dicho que se puede influir personalmente en los jueces, pero ahora pone en duda que se pueda llegar a la absolución real, como usted la llama, mediante una influencia personal. Ahí se incurre en una segunda contradicción.
–Esas contradicciones son fáciles de aclarar –dijo el pintor–. Aquí está hablando de dos cosas distintas, de lo que la ley establece y de lo que yo he experimentado personalmente; no debe confundir ambas cosas. En la ley, aunque yo no lo he leído, se establece por una parte que el inocente tiene que ser absuelto, pero por otra parte no se establece que los jueces puedan ser influidos. No obstante, yo he experimentado lo contrario. No he sabido de ninguna absolución real, pero he conocido muchas influencias. Es posible que en los casos que he conocido no se diera la inocencia del acusado. Pero, ¿no es acaso improbable que en tantos casos no haya ni uno solo en el que el acusado haya sido inocente? Ya cuando era niño escuchaba a mi padre cuando contaba algo de los procesos, también los jueces hablaban sobre procesos cuando le visitaban en su estudio, en nuestro círculo no se hablaba de otra cosa, siempre que tuve la oportunidad de ir a los juicios, siempre la aproveché, he presenciado innumerables procesos y he seguido pus distintas fases, tanto como era posible y, lo debo reconocer, no he conocido ninguna absolución real.
–Así pues, ninguna absolución –dijo K como si hablase consigo mismo y con sus esperanzas–. Eso confirma la opinión que tengo del tribunal. Tampoco por esa parte tiene sentido. Un único verdugo podría sustituir a todo el tribunal.
–No debe generalizar –dijo el pintor insatisfecho–, sólo he hablado de mis experiencias.
–Eso basta –dijo K–, ¿o acaso ha oído de absoluciones en otros tiempos?
–Ha debido de haber ese tipo de absoluciones –respondió el pintor–. Pero es difícil constatarlo. Las sentencias definitivas del tribunal no se hacen públicas, ni siquiera son accesibles para los jueces, por eso sólo se han conservado leyendas sobre casos judiciales antiguos. Estas

leyendas, en su mayoría, contienen absoluciones reales, se puede creer en ellas, pero no se pueden demostrar. No obstante, no se deben descuidar, contienen una cierta verdad, y son muy bellas, yo mismo he pintado varios cuadros que tienen como tema esas leyendas.
–Simples leyendas no pueden hacerme cambiar de opinión –dijo K–, ¿acaso se pueden invocar esas leyendas en juicio?
El pintor rió.
–No, no se puede –dijo.
–Entonces es inútil hablar de ellas –dijo K. Quería aceptar provisionalmente todas las opiniones del pintor, aun en el caso de considerarlas improbables o que contradijeran otros informes. Ahora no disponía del tiempo preciso para analizar todo lo que el pintor había dicho y constatarlo o refutarlo de acuerdo con la verdad. Se daría por satisfecho si lograse que el pintor le ayudase incluso de una manera no decisiva. Así que dijo:
–Dejemos entonces la absolución real. Usted mencionó otras dos posibilidades.
–La absolución aparente y la prórroga indefinida. Sólo hay estas dos posibilidades –dijo el pintor–. Pero, ¿no quiere quitarse la chaqueta antes de que continuemos? Parece que tiene calor.
–Sí –dijo K, que hasta ese momento sólo había prestado atención a las explicaciones del pintor, pero que ahora, al recordársele el calor, sintió cómo el sudor bañaba su frente–. El calor es casi insoportable.
El pintor asintió como si entendiese perfectamente el malestar de K.
–¿No se puede abrir la ventana? –preguntó K.
–No –dijo el pintor–. No es más que un vidrio fijo, no se puede abrir.
Ahora se daba cuenta K de que todo el tiempo había alimentado la esperanza de que el pintor, o él mismo, se levantaría y abriría la ventana. Estaba incluso preparado para respirar la niebla a todo pulmón. La sensación de estar allí encerrado le produjo un mareo. Golpeó ligeramente la cama con la mano y dijo con voz débil:
–Es un ambiente opresivo e insano.
–¡Oh, no! –dijo el pintor en defensa de su ventana–. Precisamente porque no se puede abrir mantiene mejor el calor que una ventana doble. Si quiero airear, lo que no es muy necesario, pues penetra aire suficiente por los resquicios de las tablas, puedo abrir una de las puertas o ambas.
K, consolado un poco por esa explicación, miró en torno para descubrir esa segunda puerta. El pintor lo notó y dijo:
–Está detrás de usted. La tuve que tapar con la cama.
Ahora vio K la pequeña puerta en la pared.
–Esto es muy pequeño para ser un estudio –dijo el pintor, como

quisiera salir al paso de una crítica de K–. Tuve que instalarme como pude. La cama, justo delante de la puerta, está, naturalmente, en un mal lugar. El juez al que estoy retratando, por ejemplo, entra siempre por la puerta de la cama y le he dado una llave para que cuando no esté Yo en casa pueda esperarme. Pero suele venir por la mañana temprano, cuando aún duermo. Naturalmente me despierta siempre del sueño más profundo cuando abre la puerta. Le perdería el respeto a todos los jueces si oyera las maldiciones con las que le recibo cuando se sube a mi rama tan temprano. Le podría quitar la llave, pero con eso sólo conseguiría enojarle. Todas las puertas de esta casa se podrían sacar de sus quicios sin hacer muchos esfuerzos.
Mientras hablaba el pintor, K pensaba si se debía quitar la chaqueta, finalmente reconoció que si no lo hacía sería incapaz de permanecer allí por más tiempo, así que se la quitó y la puso sobre sus rodillas para podérsela poner en cuanto terminara la conversación. Apenas se había quitado la chaqueta, una de las niñas gritó:
–¡Ya se ha quitado la chaqueta! –y se oyó cómo todas se apresuraban a mirar por las rendijas para contemplar el espectáculo.
–Las niñas –dijo el pintor– creen que le voy a pintar y que por eso se desnuda.
–¡Ah, ya! –dijo K poco animado, pues no se sentía mucho mejor que antes aunque estuviera sentado en mangas de camisa. Casi de mal humor preguntó:
–¿Cómo denominó las otras dos posibilidades?
Ya había olvidado las expresiones que el pintor había empleado.
–La absolución aparente y la prórroga indefinida –dijo el pintor–. Usted elige. Ambas se pueden lograr con mi ayuda, naturalmente no sin esfuerzo, la diferencia en este sentido radica en que la absolución aparente requiere un esfuerzo intermitente y concentrado, mientras que la prórroga, uno más débil, pero continuado. Bien, comencemos por la absolución aparente. Si eligiese ésta, escribiré en un papel una confirmación de su inocencia. El texto para una confirmación así lo he heredado de mi padre y resulta irrefutable. Con esa confirmación hago una ronda con los jueces que conozco. Por ejemplo, comienzo hoy por la noche con el juez al que estoy pintando, cuando venga a la sesión. Le presento la confirmación, le aclaro que usted es inocente y me hago garante de su inocencia. Pero no se trata de una garantía superficial o ficticia, sino real y vinculante.
En la mirada del pintor había un aire de reproche por el hecho de que K le cargase con esa responsabilidad.
–Sería muy amable de su parte –dijo K–. ¿Y el juez, en el caso de que le creyera, tampoco me absolvería realmente?

–Como ya le dije –respondió el pintor–. Pero tampoco es seguro que todos me crean, algún juez reclamará, por ejemplo, que le conduzca hasta él. Entonces no le quedará otro remedio que venir. En un su puesto así, se puede decir que la causa está casi ganada, especialmente porque antes le informaré de cómo tiene que comportarse ante el juez. Peor resulta con aquellos jueces que no me atienden desde el principio, esto también puede ocurrir. Nos veremos obligados a renunciar a ellos, aunque no falten algunos intentos, pero podemos permitirnos ese lujo, que unos cuantos jueces aislados no son decisivos. Si consigo un número suficiente de firmas de jueces en esta confirmación de inocencia, entonces voy a ver al juez que lleva su caso. Es posible que tenga ya su firma, en ese supuesto, todo va un poco más rápido. En general ya no hay muchos más impedimentos, ha llegado el momento para que el acusado tenga una gran confianza. Es extraño, pero cierto, la gente se encuentra en esa fase más confiada que después de la absolución. Ya no necesario esforzarse más. El juez posee en la confirmación de inocencia la garantía de un número de jueces y puede absolver sin preocuparse. Así lo hará, sin duda, para hacerme un favor a mí y a otros conocidos, después de realizar algunas formalidades. Usted sale del ámbito tribunal y es libre.
–Entonces soy libre –dijo K indeciso.
–Sí –dijo el pintor–, pero sólo libre en apariencia o, mejor dicho, libre provisionalmente. La judicatura inferior, a la que pertenecen mis conocidos, no posee el derecho a otorgar una absolución definitiva, este derecho sólo lo posee el tribunal supremo, inalcanzable para usted, para mí y para todos nosotros. No sabemos lo que allí pasa y, dicho sea de paso, tampoco lo queremos saber. Nuestros jueces carecen del gran derecho a liberar de la acusación, pero entre sus competencias está la de poder desprenderle de ella. Eso quiere decir que si obtiene Viste tipo de absolución, queda liberado momentáneamente de la acusación, pero pende aún sobre usted y puede suceder, si llega la orden desde arriba, que entre en vigor de inmediato. Como tengo tan buenos contactos con el tribunal, puedo decirle también cómo se refleja exteriormente en los reglamentos de la Administración de Justicia la diferencia entre una absolución real y otra aparente. En caso de una absolución real, se deben reunir todas las actas procesales, desaparecen por completo del procedimiento, todo se destruye, no sólo la acusación, sino también todos los escritos procesales, incluida la absolución. En la absolución aparente ocurre de un modo algo diferente. No se produce ninguna modificación más de las actas, a ellas se añaden la confirmación de inocencia, la absolución y el fundamento de la absolución. Por lo demás, las actas continúan en el proceso, se trasladan, como exige el continuo

trámite administrativo, a los tribunales supremos, vuelve a los inferiores, y oscila entre unos y otros con mayor o menor fluidez Esos caminos son impredecibles. Considerado desde el exterior, se podría llegar a la conclusión de que todo se ha olvidado hace tiempo, que las actas se han perdido y que la absolución es completa. Un especialista no lo creerá jamás. No se pierden las actas, el tribunal no olvida. Un día –nadie lo espera–, un juez cualquiera toma el acta, le presta poco de atención, comprueba que la acusación aún está en vigor y ordena la detención inmediata. He dado a entender que entre la absolución aparente y la nueva detención transcurre un largo periodo d tiempo, es posible y conozco algunos casos, pero también es posible? que el absuelto llegue a su casa de los tribunales y ya allí le esperen unos emisarios para detenerle de nuevo. Entonces, por supuesto, se ha terminado la vida en libertad.
–¿Y el proceso comienza otra vez? –preguntó K incrédulo.
–Así es –dijo el pintor–, el proceso comienza de nuevo, y también existe la posibilidad, como al principio, de obtener una absolución aparente. Hay que concentrar otra vez todas las fuerzas y no rendirse.
Lo último lo dijo el pintor probablemente guiado por la impresión de que el ánimo de K se había hundido.
–Pero, ¿no resulta más difícil obtener la segunda absolución que la primera? –preguntó K, como si quisiera anticiparse a alguna de las revelaciones del pintor.
–No se puede decir nada seguro al respecto –dijo el pintor–. ¿Quiere decir si el juez se puede ver influido desfavorablemente en su sentencia por la primera detención? No, ése no es el caso. Los jueces ya han previsto la detención en el momento de dictar la absolución. Esa circunstancia apenas tiene efecto. Pero otros muchos motivos pueden influir ahora en el humor del juez y en su enjuiciamiento jurídico del caso, y los esfuerzos se tendrán que adaptar a las nuevas circunstancias, siendo necesario, por supuesto, actuar con la misma fuerza y decisión que antes de la primera absolución.
–Pero esa segunda absolución tampoco es definitiva –dijo K, y giró la cabeza con actitud de rechazo.
–Por supuesto que no –dijo el pintor–, a la segunda absolución sigue la tercera detención; a la tercera absolución, la cuarta detención, Esto está implícito en el mismo concepto de absolución aparente.
K permaneció en silencio.
–La absolución aparente no le resulta muy ventajosa, ¿verdad? –dijo el pintor–. Tal vez prefiera la prórroga indefinida. ¿Desea que le are en qué consiste la prórroga indefinida?
K asintió con la cabeza.

El pintor se había reclinado cómodamente en la silla, su camisa del pijama estaba abierta y se rascaba el pecho con la mano.

–La prórroga –dijo el pintor, y miró un momento ante sí como si tascara las palabras adecuadas–, la prórroga consiste en que el proceso se mantiene de un modo duradero en una fase preliminar. Para lograrlo es necesario que el acusado y el ayudante, sobre todo el ayudante, permanezca continuamente en contacto personal con el tribunal. Repito, aquí no es necesario gastar tantas energías como para lograr una absolución aparente y, sin embargo, sí es necesario prestar una mayor atención. No se puede perder de vista el proceso, hay que ir a ver al juez competente en periodos de tiempo regulares y, además, en ocasiones especiales, y hay que intentar mantenerlo contento. Si no se conoce personalmente al juez, se puede intentar influir en él a través de otros jueces, sin por ello renunciar a las entrevistas personales. Si no se descuida nada a este respecto, se puede decir con bastante certeza que el proceso no pasará de su primera fase. El proceso, sin embargo, no se detiene, pero el acusado queda casi tan a salvo de una condena como si estuviera libre. Frente a la absolución aparente, la prórroga indefinida tiene la ventaja de que el futuro del acusado es menos incierto, evita los sustos de las detenciones repentinas y no tiene que temer, precisamente en aquellos periodos en que sus circunstancias son inapropiadas, los esfuerzos y las irritaciones que cuestan el logro de la absolución aparente. No obstante, la prórroga también posee ciertas desventajas para el acusado que no se deben subestimar. Y no pienso en que aquí el acusado nunca es libre, pues tampoco lo es, en un sentido estricto, en la absolución aparente. Se trata de otra desventaja. El proceso no se puede detener sin que, al menos, haya motivos aparentes para ello. Por lo tanto, y de cara al exterior, tiene que suceder algo en el proceso. Así pues, de vez en cuando se tomarán algunas disposiciones, se interrogará al acusado, se realizarán algunas investigaciones, etc. El proceso debe girar dentro de los estrechos límites a los que se le ha reducido artificialmente. Eso produce algunas molestias al acusado, que, sin embargo tampoco debe imaginarse que son tan malas. Todo es de cara al exterior; los interrogatorios, por ejemplo, son muy cortos, cuando se tiene poco tiempo o, simplemente, no se tienen ganas de comparecer, sé puede faltar presentando una disculpa, incluso con algunos jueces se pueden fijar de antemano las fechas de determinadas formalidades, se trata, en definitiva, ya que uno es un acusado, de presentarse ante el juez competente de vez en cuando.

Ya durante las últimas palabras K se había colocado la chaqueta en el brazo y se había levantado.

–¡Se ha levantado! –gritaron en seguida al otro lado de la puerta.
–¿Ya se quiere ir? –preguntó el pintor también levantándose–. Seguro que es el aire viciado por lo que se va. Me resulta muy desagradable. Me quedaban más cosas por decirle, tenía que haber abreviado. Espero que me haya comprendido.
–¡Oh, sí! –dijo K, al que le dolía la cabeza por el esfuerzo realizado para escuchar. No obstante esta confirmación, el pintor se lo resumió otra vez, como si quisiera que K se llevase consigo algún consuelo.
Ambos métodos tienen en común que impiden una condena del acusado.
–Pero también impiden la absolución real –dijo K en voz baja, como si se avergonzase de haberlo descubierto.
–Ha comprendido el meollo del asunto –dijo el pintor con rapidez.
K puso la mano en el abrigo, pero no podía decidirse a ponérselo. Le hubiera gustado recogerlo todo y salir a respirar el aire fresco. Tampoco las niñas le motivaban a vestirse, por más que desde el principió se gritaran entre ellas que se estaba vistiendo. El pintor intentó conocer el estado de ánimo de K, así que dijo:
–No se ha decidido respecto a mis proposiciones. Lo apruebo. o mismo le hubiera desaconsejado que se decidiera en seguida. Las ventajas y las desventajas son nimias. Hay que valorarlo todo con exactitud.
–Le volveré a visitar pronto –dijo K, que con decisión repentina puso la chaqueta, se echó el abrigo sobre los hombros y se apresuró hacia la puerta. Las niñas, al advertirlo, comenzaron a gritar.
–Pero debe mantener su palabra –dijo el pintor, que le había seguido–, si no, me presentaré en su banco y preguntaré por usted.
–Abra la puerta –dijo K, al notar cómo las niñas hacían fuerza en picaporte.
–¿Acaso quiere que las niñas le molesten? Salga mejor por la otra puerta –y señaló la puerta situada detrás de la cama.
K estuvo de acuerdo y retrocedió hasta la cama. Pero el pintor, en vez de abrir la puerta, se metió debajo de la cama y preguntó desde allí:
–¿No quiere ver un cuadro que le podría vender?
K no quería ser descortés, el pintor se había portado bien y le había prometido seguir ayudándole, además K se había olvidado de hablar sobre la recompensa por la ayuda, por este motivo no pudo zafarse y dejó que le mostrara el cuadro, aunque temblase de impaciencia por salir del estudio. El pintor sacó de debajo de la cama un montón de cuadros sin enmarcar tan llenos de polvo que, cuando el pintor sopló sobre el primero, K estuvo un tiempo sin poder respirar ni ver bien.
–Un paisaje de landa –dijo el pintor, y alcanzó el cuadro a K. Representaba unos árboles débiles, muy alejados entre sí, rodeados de

hierba oscura. En segundo plano se veía un policromo crepúsculo.
–Muy bonito –dijo K–, lo compro.
K se había expresado con tal brevedad de una forma impensada. Por eso se alegró cuando el pintor en vez de tomarlo a mal, levantó otro cuadro del suelo.
–Aquí tiene un contraste con el anterior –dijo el pintor.
Se habría concebido como un contraste, pero no había la más mínima diferencia con el anterior, ahí estaban los árboles, la hierba y en el fondo el crepúsculo. Pero a K no le importaba.
–Son paisajes muy bonitos –dijo–. Se los compro. Los colgaré en mi despacho.
–Parece que el motivo le gusta. Casualmente tengo un tercer cuadro similar.
No era similar, más bien se trataba de un paisaje idéntico. El pintor aprovechaba la oportunidad para vender cuadros viejos.
–También lo compro –dijo K–. ¿Cuánto cuestan los tres cuadros?
–Ya hablaremos de eso –dijo el pintor–. Ahora tiene prisa, pero vamos a permanecer en contacto. Por lo demás, me alegra que le hayan gustado los cuadros. Le daré todos los que tengo debajo de la cama. Todos son paisajes de landa, ya he pintado muchos. Hay personas que les tienen cierta aversión porque son melancólicos, otros, sin embargo, entre los que usted se cuenta, aman precisamente esa melancolía. Pero K ya no tenía ganas de oír las experiencias profesionales del pintor pedigüeño.
–Empaquete los cuadros –exclamó, interrumpiendo al pintor–, mañana vendrá mi ordenanza y los recogerá.
–No es necesario –dijo el pintor–. Creo que podré conseguir que alguien se los lleve ahora.
Finalmente, salió de debajo de la cama y abrió la puerta.
–Súbase a la cama –dijo el pintor–, lo hacen todos los que entran.
K tampoco habría tenido ninguna consideración si el pintor no hubiese dicho nada. En realidad ya tenía puesto un pie encima de la cama, pero entonces se quedó mirando hacia la puerta abierta y volvió a retirar el pie.
–¿Qué es eso? –preguntó al pintor.
–¿De qué se asombra? –preguntó éste, asombrado a su vez–. Son dependencias del tribunal. ¿No sabía que aquí había dependencias judiciales? Este tipo de dependencias las hay en prácticamente todas las buhardillas, ¿por qué habrían de faltar aquí? También mi estudio pertenece a las dependencias del tribunal, éste es el que lo ha puesto a mi disposición.
K no se horrorizó tanto por haber encontrado allí unas dependencias

judiciales, sino por su ignorancia en asuntos relacionados con tribunal. Según su opinión, una de las reglas fundamentales que debía regir la conducta de todo acusado era la de estar siempre preparado, no dejarse sorprender, no mirar desprevenido hacia la derecha, cuando el juez se encontraba a su izquierda, y precisamente infringía esta regla continuamente. Ante él se extendía un largo pasillo, por el que corría un aire fresco en comparación con el del estudio. A ambos lados del pasillo había bancos, como en la sala de espera de las oficinas judiciales competentes para el caso de K. Parecían existir reglas concretas para la construcción de las dependencias. En ese momento no había mucho tráfico de personas. Un hombre permanecía casi tendido: había apoyado la cabeza en el banco y se había cubierto el rostro con las manos. Parecía dormir. Otro estaba al final del pasillo, en una zona oscura. K se subió a la cama, el pintor le siguió con los cuadros. Al poco tiempo encontraron a un empleado de los tribunales. K reconocía a todos estos empleados por el botón dorado que llevaban en sus gajes normales, junto a los otros botones usuales. El pintor le encargó que acompañase a K con los cuadros. K vacilaba al caminar y avanzaba con el pañuelo en la boca. Ya se encontraban cerca de la salida, cuando las niñas irrumpieron frente a ellos, así que K ni siquiera se pudo ahorrar esa situación. Habrían visto cómo abrían la otra puerta y habían corrido para sorprenderlos.
–Ya no puedo acompañarle más –exclamó el pintor sonriendo y resistiendo el embate de las niñas–. ¡Adiós! ¡Y no tarde mucho en decidirse!
K ni siquiera le miró. Al salir a la calle tomó el primer taxi que pasó. Deseaba deshacerse del empleado, ese botón dorado se le clavaba continuamente en el ojo, aunque a cualquier otro ni siquiera le llamara la atención. El empleado, servicial, quiso sentarse con K, pero éste lo echó abajo. K llegó al banco por la tarde. Habría querido dejarse los cuadros en el coche, pero temió necesitarlos en algún momento para justificarse ante el pintor. Así que pidió que los subieran a su despacho Y los guardó en el último cajón de su mesa. Allí estarían a salvo de la curiosidad del subdirector, al menos durante los primeros días.

EL COMERCIANTE BLOCK K RENUNCIA AL ABOGADO

Por fin se había decidido K a renunciar a la representación del ahogado. Las dudas acerca de lo acertado de dicha medida no se podían eliminar, pero el convencimiento de la necesidad de ese paso terminó por prevalecer. La decisión, en el día que K tenía que visitar al abogado, le

había costado tiempo y esfuerzo, trabajó con excesiva lentitud y tuvo que permanecer muchas horas en su despacho. Pasaban de las diez de la noche cuando K se presentó ante la puerta del abogado. Antes de llamar pensó si no sería mejor romper con el abogado por teléfono o por escrito, pues la entrevista tendría que ser por fuerza desagradable. Pero K decidió mantenerla, de otro modo el abogado aceptaría la decisión de K con algunas palabras formales o con silencio, y K, salvo lo que Leni le pudiera decir, desconocería su reacción ante la medida y las consecuencias que, según la opinión nada despreciable del abogado, ese paso tendría para K. No obstante, si K estaba sentado frente al abogado, aunque éste no quisiera decir mucho, al menos podría deducir bastante de sus gestos y de su actitud. Tampoco se podía excluir que le convenciese para que el abogado continuase con la defensa y que él renunciase a su decisión.
Como siempre, la primera llamada a la puerta quedó sin respuesta. «Leni podría ser más rápida» –pensó K. Pero resultaba una ventaja que no se inmiscuyeran los vecinos, como habitualmente, ya fuese el hombre en bata o cualquier otro. Mientras K tocaba el timbre por segunda vez, miró hacia la puerta vecina, pero permaneció cerrada. Finalmente aparecieron dos ojos en la mirilla de la puerta, pero no eran los de Leni. Alguien abrió la puerta, pero siguió apoyándose en ella, y gritó hacia el interior:
–¡Es él! –y abrió del todo.
K había empujado también la puerta, pues ya había escuchado la llave de la cerradura en la puerta de al lado. Cuando la puerta se abrió, se precipitó hacia dentro y le dio tiempo a ver cómo Leni, a la que habían dirigido antes el grito de advertencia, corría por el pasillo vestida con una simple camisa. Se quedó mirándola un rato y luego se volvió hacia el que había abierto la puerta. Era un hombre pequeño y delgado, con barba, y sostenía una vela en la mano.
–¿Está empleado aquí? –preguntó K.
–No –respondió el hombre–, el abogado me defiende, estoy aquí por un asunto judicial.
–¿Sin chaqueta? –preguntó K, y señaló con un movimiento de la mano su forma inapropiada de vestir.
–¡Oh, disculpe! –dijo el hombre, y se iluminó a sí mismo con la vela, como si advirtiese por primera vez su estado.
–¿Leni es su amante? –preguntó K brevemente. Había abierto algo las piernas, las manos, que sostenían el sombrero, permanecían en la espalda. Sólo por poseer un buen abrigo de invierno se sintió superior a aquella figura esmirriada.
–¡Oh, Dios! –dijo, y alzó la mano ante el rostro en una actitud

defensiva–, no, no, ¿cómo puede pensar eso?
–Parece que dice la verdad –dijo K sonriendo–, no obstante, venga –le hizo una seña con el sombrero y dejó que fuera por delante.
–¿Cómo se llama? –preguntó K mientras caminaban.
–Block, soy el comerciante Block –dijo, y al hacer su presentación se volvió, pero K no dejó que se detuviera.
–¿Es su apellido de verdad? –preguntó K.
–Claro –fue la respuesta–, ¿por qué?
–Pensé que tenía razones para silenciar su apellido –dijo K. Se sentía libre, tan libre como el que habla en el extranjero con gente de baja condición, guarda para sí todo lo que le afecta y sólo habla indiferente de los intereses de los demás, elevándolos o dejándolos caer según su gusto. K se paró ante la puerta del despacho del abogado, la abrió y gritó al comerciante, que había continuado:
–¡No tan deprisa! Ilumine aquí.
K pensó que Leni podía haberse escondido allí, por lo que obligó al comerciante a buscar por todas las esquinas, pero la habitación estaba vacía. K detuvo al comerciante ante el cuadro del juez cogiéndole por los tirantes.
–¿Le conoce? –preguntó, y señaló con el dedo hacia arriba.
El comerciante elevó la vela, miró guiñando los ojos y dijo:
–Es un juez.
–¿Un juez supremo? –preguntó K, y se puso al lado del comerciante para observar la impresión que le causaba el cuadro. El comerciante miraba con admiración.
–Es un juez supremo –dijo.
–Usted no tiene mucha capacidad de observación –dijo K–. Entre todos los jueces de instrucción inferiores, él es el inferior.
–Ahora me acuerdo –dijo el comerciante, y bajó la vela–, yo también lo he oído.
–Naturalmente –exclamó K–, lo olvidé, claro que lo habrá oído.
–Pero, ¿por qué?, ¿por qué? –preguntó el comerciante, mientras se dirigía hacia la puerta empujado por K. Ya en el pasillo, dijo K:
–¿Sabe dónde se ha escondido Leni?
–¿Escondido? –dijo el comerciante–. No, pero puede estar en la cocina preparando una sopa para el abogado.
–¿Por qué no lo ha dicho en seguida? –preguntó K.
–Yo quería conducirle hasta allí, pero usted mismo es el que me ha llamado –respondió el comerciante, algo confuso por las órdenes contradictorias.
–Usted se cree muy astuto –dijo K–. ¡Lléveme entonces hasta ella! K no había estado nunca en la cocina, era sorprendentemente grande y

estaba muy bien amueblada. El horno era tres veces más grande que los normales; del resto podía ver muy poco, pues la cocina sólo estaba iluminada por una pequeña lámpara situada a la entrada. Frente al fogón se encontraba Leni con un delantal blanco, como siempre, y cascaba huevos en una olla puesta al fuego.
–Buenas noches, Josef –dijo mirándole de soslayo.
–Buenas noches –dijo K, y señaló una silla en la que el comerciante se debía sentar, lo que éste hizo sin vacilar. K, sin embargo, se aproximó a Leni por detrás, se inclinó sobre su hombro y preguntó:
–¿Quién es ese hombre?
Leni rodeó la cabeza de K con una mano mientras con la otra daba vueltas a la sopa, luego le atrajo hacia sí y dijo:
–Es un hombre digno de lástima, un pobre comerciante, un tal Block. Míralo.
Ambos le miraron. El comerciante estaba sentado en la silla que K le había asignado. Había apagado la vela, ya innecesaria, e intentaba presionar el pabilo con los dedos para evitar que humease.
–Estabas en camisa –dijo K, girando la cabeza hacia el fogón. Ella calló.
–¿Es tu amante? –preguntó K.
Ella quiso coger la olla, pero K tomó sus manos y dijo:
–¡Responde!
Ella musitó:
–Ven al despacho, te lo explicaré todo.
–No –dijo K–, quiero que lo aclares aquí.
Ella le abrazó y quiso besarle, pero K se resistió y dijo:
–No quiero que me beses ahora.
–Josef –dijo Leni, y miró a los ojos de K suplicante pero con sinceridad–, ¿no estarás celoso del señor Block? Rudi –dijo ahora volviéndose hacia el comerciante–, ayúdame y deja la vela, mira cómo sospecha de mí.
Se podría haber pensado que no prestaba atención, pero seguía perfectamente la conversación.
–No sé por qué tiene que estar celoso –dijo sin saber qué responder.
–Yo tampoco lo sé –dijo K, y contempló al comerciante sonriendo. Leni rió en voz alta, se aprovechó del descuido de K para rodearse con su brazo y susurró:
–Déjalo, ya ves la clase de hombre que es. Lo he tomado un poco bajo mi protección porque es un buen cliente del abogado, por ningún otro motivo. ¿Y tú? ¿Quieres hablar con el abogado? Hoy está muy enfermo, pero si quieres te anuncio ahora mismo. Por la noche te quedas conmigo, ¿verdad? Hace tiempo que no vienes, el abogado ha preguntado por ti. ¡No descuides el proceso! También yo tengo que

comunicarte algo que he sabido hace poco. Pero ahora quítate el abrigo.

Ella le ayudó a quitárselo, también le cogió el sombrero, luego regresó y comprobó cómo iba la sopa.

–¿Quieres que te anuncie ahora o prefieres que le lleve primero la sopa?

–Anúnciame primero –dijo K.

Estaba enojado. En un principio tenía planeado hablar con Leni sobre la posibilidad de renunciar al abogado, pero la presencia del comerciante le había quitado las ganas. Ahora, sin embargo, consideraba el asunto demasiado importante como para que ese comerciante bajito pudiera interferir en él de una manera decisiva, así que llamó a Leni, que ya estaba en el pasillo, y le dijo que regresara.

–Llévale primero la sopa –dijo–, tiene que fortalecerse para nuestra entrevista, lo va a necesitar.

–¿Usted también es un cliente del abogado? –dijo el comerciante en voz baja desde su esquina sólo para confirmar.

–¿Qué le importa a usted eso? –dijo K.

Pero Leni intervino:

–Quieres callarte. Bueno, entonces le llevo primero la sopa –dijo Leni a K y sirvió la sopa en un plato–. Pero temo que se duerma; en cuanto come, se duerme.

–Lo que voy a decirle le mantendrá despierto –dijo K.

–Quería dar a entender que pretendía decirle algo muy importante, quería que Leni le preguntara qué era para luego pedirle consejo. Pero ella se limitó a cumplir las órdenes. Cuando pasó a su lado con el plato, le dio un golpe cariñoso y musitó:

–En cuanto se haya tomado la sopa, te anuncio, así te tendré conmigo antes.

–Ve –dijo K–, ve.

–Sé más amable –dijo ella, y se volvió al llegar a la puerta.

K miró cómo se iba. Su decisión de despedir al abogado era definitiva. Era mejor no haber hablado antes con Leni. Ella apenas tenía una visión general del caso, le habría desaconsejado ese paso, probable mente hubiera convencido a K para no darlo, habría seguido dudando, permanecería inquieto y, finalmente, habría tenido que tomar la misma decisión, pues era inevitable. Pero cuanto antes la tomara, más daños se ahorraría. Tal vez el comerciante pudiera decir algo al respecto.

K se volvió; apenas lo notó el comerciante, quiso levantarse.

–Permanezca sentado –dijo K, y puso una silla a su lado–. ¿Es un viejo cliente del abogado? –preguntó K.

–Sí –dijo el comerciante–, desde hace muchos años.

–¿Cuántos años hace que le representa? –preguntó K.
–No sé qué quiere decir –dijo el comerciante–, en asuntos jurídicos y de negocios –tengo un negocio de granos–, me asesora desde que asumí el negocio, hace casi veinte años, pero en mi proceso, a lo que usted probablemente se refiere, desde su inicio hace más de cinco años. Sí, hace más de cinco años –añadió, y sacó una cartera–. Lo tengo apuntado aquí, si quiere le doy las fechas precisas. Es difícil mantenerlo todo en la memoria. Mi proceso es posible que dure más, comenzó poco después de la muerte de mi mujer, y de eso ya hace más de cinco años.
K se acercó aún más a él.
–Así que el abogado también se hace cargo de asuntos jurídicos ordinarios –dijo K.
Esa conexión entre ciencias jurídicas y tribunal le pareció muy tranquilizadora.
–Cierto –dijo el comerciante, y susurró a K–: Se dice incluso que es más habilidoso en las cuestiones jurídicas que en las otras.
Pero inmediatamente pareció lamentar lo dicho, puso una mano en el hombro de K y dijo:
–Le suplico que no me traicione.
K le dio unos golpecitos amistosos en el muslo y dijo:
–No se preocupe, no soy ningún traidor.
–Él es muy vengativo –dijo el comerciante.
–No hará nada contra un cliente tan fiel –dijo K.
–¡Oh, sí! –dijo el comerciante–, cuando se excita no conoce diferencias. Además, no le soy tan fiel.
–¿Por qué no? –preguntó K.
–¿Puedo confiarle algo? –preguntó el comerciante indeciso.
–Creo que puede –dijo K.
–Bien, le confiaré una parte, pero usted debe decirme a su vez un secreto, así estaremos en las mismas condiciones ante el abogado.
–Es usted muy precavido –dijo K–, le diré un secreto que le tranquilizará por completo. Así que, ¿en que consiste su infidelidad con el abogado?
–Yo tengo… –dijo el comerciante indeciso, en un tono como si estuviera confesando algo deshonroso–, además de él tengo otros abogados.
–Eso no es tan malo –dijo K un poco decepcionado.
–Aquí sí –dijo el comerciante respirando con dificultad, aunque después de las palabras de K tuvo más confianza–. No está permitido. Y lo que no se tolera bajo ninguna circunstancia es tener otros aboga dos intrusos junto al abogado propiamente dicho. Y eso es precisamente lo

que yo he hecho, además de él tengo cinco abogados.
–¡Cinco! –exclamó K, el número le dejó asombrado–. ¿Cinco abogados además de éste?
El comerciante asintió:
–Ahora mismo estoy en tratos con el sexto.
–Pero, ¿para qué necesita tantos abogados? –preguntó K.
–Los necesito a todos –dijo el comerciante.
–¿Me lo puede explicar?
–Encantado –dijo el comerciante–. Ante todo no quiero perder el proceso, eso es evidente. Así, no puedo omitir nada que me sea útil. Aun cuando en un caso concreto las esperanzas de utilidad sean muy pequeñas, no las puedo rechazar. Por consiguiente, he invertido todo lo que poseo en el proceso. Por ejemplo, he sacado todo el dinero de mi negocio; antes las oficinas de mi negocio ocupaban toda una planta, ahora basta una pequeña estancia en la parte trasera de la casa, en la que trabajo con un aprendiz. Este repliegue no se ha debido exclusivamente a la carencia de dinero, sino también a la drástica reducción de la jornada laboral. Quien quiere hacer algo por su proceso, puede ocuparse muy poco de todo lo demás.
–Entonces, ¿usted mismo trabaja en los juzgados? –preguntó K–. Precisamente sobre eso quisiera saber algo más.
–Precisamente sobre eso le puedo informar muy poco –dijo el comerciante–. Al principio lo intenté, pero lo tuve que dejar. Es demasiado agotador y no es una actividad que procure muchos éxitos. Trabajar y negociar allí al mismo tiempo me resultó imposible. Simplemente estar sentado y esperar supone un esfuerzo agotador. Ya conoce usted ese aire opresivo de las oficinas.
–¿Cómo sabe que he estado allí? –preguntó K.
–Yo estaba precisamente en la sala de espera cuando usted pasó.
–¡Qué casualidad! –exclamó K, tan absorbido por la conversación que había olvidado lo ridículo que le había parecido al principio el comerciante–. ¡Entonces me vio! Estaba en la sala de espera cuando pasé. Sí, yo pasé por allí una vez.
–No es tanta casualidad –dijo el comerciante–, estoy allí casi todos los días.
–Tendré que ir más –dijo K–, pero no seré recibido con tanto decoro como aquella vez. Todos se levantaron. Pensaron que yo era un juez.
–No –dijo el comerciante–, en realidad saludábamos al ujier. Nosotros ya sabíamos que usted era un acusado. Esas noticias se difunden con rapidez.
–Así que ya lo sabía –dijo K–, entonces mi comportamiento le debió de parecer, tal vez, arrogante. ¿No hablaron sobre ello?

–No –dijo el comerciante–. Todo lo contrario. No son más que tonterías.
–¿Que son tonterías? –preguntó K.
–¿Por qué pregunta eso? –dijo el comerciante enojado–. Parece no conocer a la gente de allí y tal vez lo interpretase mal. Debe tener en cuenta que en este tipo de procedimientos se habla de muchas cosas para las que ya no basta el sentido común, uno está demasiado cansado y confuso, así que se cae en las supersticiones. Hablo de los demás, pero yo no soy mejor. Una de esas supersticiones es, por ejemplo, que muchos pueden presagiar el resultado del proceso mirando el rostro del acusado, especialmente por la forma de los labios. Esas personas afirman que por sus labios deducen que usted será condenado en breve. Repito, es una superstición ridícula y en la mayoría de los casos refutada por los hechos, pero cuando se vive en esa compañía es difícil deshacerse de esas opiniones. Piense sólo la fuerza con que puede obrar esa superstición. Usted se dirigió a uno de los acusados ¿verdad? Él apenas le pudo responder. Hay muchas causas para quedar confuso en una situación así, pero una de ellas era sus labios. Luego contó que creía haber visto en sus labios el signo de su propia condena.
–¿En mis labios? –preguntó K, sacó un espejo y se contempló–. No noto nada especial en mis labios, ¿y usted?
–Yo tampoco –dijo el comerciante–. Nada en absoluto.
–Qué supersticiosa es la gente –exclamó K.
–¿Acaso no lo dije? –preguntó el comerciante.
–¿Hablan mucho entre ustedes? ¿Intercambian sus opiniones? –preguntó K–. Hasta ahora me he mantenido apartado.
–Por regla general no conversan entre ellos –dijo el comerciante–, no sería posible, son demasiados. Tampoco hay intereses comunes. Cuando alguna vez surge en un grupo la creencia en un interés común, resulta al poco tiempo un error. No se puede emprender nada en común contra el tribunal. Cada caso se investiga por separado, es el tribunal más concienzudo. Así pues, en común no se puede imponer nada. Sólo un individuo logra algo en secreto. Sólo cuando lo ha logrado, se enteran los demás. Nadie sabe cómo ha ocurrido. Así que no hay nada en común, uno se encuentra de vez en cuando con otro en la sala de espera, pero allí se habla poco. Las supersticiones vienen ya de muy antiguo y se difunden por sí mismas.
–Yo vi a los señores en la sala de espera –dijo K–, y su espera me pareció inútil.
–Esperar no es inútil –dijo el comerciante–, inútil es actuar por sí mismo. Ya le he dicho que yo, además de éste, tengo a cinco abogados.

Se podría creer –yo mismo lo creí al principio–, que podría delegar en ellos todo el asunto. Eso sería falso. Les podría delegar lo mismo que si tuviera a un solo abogado. ¿No lo entiende?
–No –dijo K, y puso su mano en la del comerciante para apaciguarle e impedir que siguiese hablando con tanta rapidez–, pero quisiera pedirle que hable un poco más despacio, son cosas muy interesantes para mí y no le puedo seguir muy bien.
–Está bien que me lo recuerde –dijo el comerciante–, usted es nuevo, un novato por así decirlo. Su proceso lleva en marcha medio año, ¿verdad? He oído de ello. ¡Un proceso tan joven! Yo, sin embargo, he reflexionado sobre todas estas cosas mil veces, para mí son lo más evidente del mundo.
–¿Está contento de que su proceso ya esté tan avanzado? –preguntó K, aunque no quería preguntar directamente cómo le iban los asuntos al comerciante. Pero tampoco recibió una respuesta clara.
–Sí, llevo arrastrando mi proceso desde hace cinco años –dijo el comerciante hundiendo la cabeza–, no es un logro pequeño –y se calló un rato.
K escuchó un momento para saber si Leni venía. Por una parte no quería que viniese, pues aún le quedaba mucho por preguntar y no quería encontrarse con ella en medio de una conversación tan confidencial; por otra parte, sin embargo, le enojaba que permaneciera tanto tiempo con el abogado a pesar de su presencia, mucho más del tiempo necesario para servir una sopa.
–Recuerdo muy bien –comenzó de nuevo el comerciante, y K prestó toda su atención– cuando mi proceso tenía la misma edad que el suyo ahora. En aquel tiempo sólo tenía a este abogado, pero no estaba muy satisfecho con él.
«Aquí me voy a enterar de todo» –pensó K, y asintió insistentemente con la cabeza, como para animar así al comerciante a que revelase todo lo que tuviera importancia.
–Mi proceso –continuó el comerciante– no progresaba, se llevaban a cabo pesquisas, yo estuve presente en todas, reunía material, presenté todos mis libros de contabilidad ante el tribunal, lo que, como me enteré después, no había sido necesario, visité una y otra vez al abogado, ,presentó varios escritos judiciales...
–¿Varios escritos judiciales?
–Sí, cierto –dijo el comerciante.
–Eso es importante para mí –dijo K–, en mi causa aún trabaja en el primer escrito. Todavía no ha hecho nada. Ahora veo que me descuida vergonzosamente.
–Que el escrito judicial no esté terminado se puede deber a múltiples

causas justificadas –dijo el comerciante–. Por lo demás, en lo que respecta a mis escritos resultó que no habían tenido ningún valor. Yo mismo he leído uno de ellos gracias a un funcionario judicial. Era erudito pero sin contenido alguno. Ante todo mucho latín, que yo no entiendo, también interminables apelaciones generales al tribunal; adulaciones a determinados funcionarios, que, aunque no eran nombrados, cualquier especialista podía deducir fácilmente de quién se trataba; un elogio de sí mismo del abogado, humillándose como un perro ante el tribunal y, finalmente, algo de jurisprudencia. Las diligencias, por lo que pude comprobar, parecían haber sido hechas con todo cuidado. Tampoco quiero juzgar en base a ellas el trabajo del abogado; además, el escrito que leí no era más que uno entre muchos, aunque, en todo caso, y de eso quiero hablar ahora, no percibí el más pequeño progreso en mi causa.
–¿Qué progreso quería usted ver? –preguntó K.
–Sus preguntas son muy razonables –dijo el comerciante sonriendo–, raras veces se pueden ver progresos en este procedimiento. Pero eso no lo sabía al principio. Soy comerciante, y antaño lo era más que ahora; yo quería ver progresos tangibles, todo tenía que aproximarse al final o, al menos, tomar el camino adecuado. En vez de eso sólo había interrogatorios, casi siempre con el mismo contenido. Las respuestas ya las tenía preparadas, como una letanía. Varias veces a la semana venían ujieres a mi negocio, a mi casa o a donde pudieran encontrarme, eso era una molestia –hoy, con el teléfono, es mucho mejor–, además, se empezaron a difundir rumores sobre mi proceso entre amigos de negocios y, especialmente, entre mis parientes, sufría perjuicios por todas partes, pero no había el más mínimo signo de que se fuera a producir en un tiempo prudencial la primera vista. Así que fui a ver al abogado y me quejé. Él me dio largas explicaciones, pero rechazó con decisión hacer algo en mi favor, nadie tenía poder, según él, para influir en la fijación de la fecha de la vista. Insistir sobre ello en un escrito, como yo pedía, era algo inaudito y nos llevaría a los dos a la ruina. Yo pensé: «Lo que este abogado ni quiere ni puede, es posible que otro abogado lo quiera y pueda». Así que busqué otro abogado. Se lo voy a anticipar: nadie ha impuesto o solicitado la fijación de la vista principal, eso es imposible, con una excepción de la que le hablaré a continuación. Respecto a ese punto el abogado no me había engañado. Pero tampoco tuve que lamentar haberme dirigido a otro abogado. Ya habrá oído algo sobre los abogados intrusos a través del Dr. Huld, él se los habrá presentado como seres bastante despreciables y así son en la realidad. Pero cuando habla de ellos y se compara siempre omite un pequeño detalle. Denomina a los abogados de su círculo los «grandes

abogados». Eso es falso, cada cual puede llamarse, naturalmente, si le place, «grande», pero en este caso sólo deciden los usos judiciales. Este abogado y sus colegas son, sin embargo, los pequeños abogados, los grandes, de los que sólo he oído hablar y a los que no he visto nunca, están en un rango comparablemente superior al que ocupan éstos respecto a los despreciables abogados intrusos.

–¿Los grandes abogados? –preguntó K–. ¿Quiénes son? ¿Cómo se puede establecer contacto con ellos?

–Así que usted aún no ha oído hablar de ellos –dijo el comerciante–. Apenas hay un acusado que después de haber conocido su existencia no sueñe largo tiempo con ellos. Pero no se deje seducir por la idea. Yo no sé quiénes son los grandes abogados y no tengo ningún acceso a ellos. No conozco ningún caso en el que se pueda decir con seguridad que han intervenido. Defienden a algunos, pero no se puede lograr su defensa por propia voluntad, sólo defienden a los que quieren defender. Sin embargo, los asuntos que aceptan ya tienen que haber pasado de las instancias inferiores. Por lo demás, es mejor no pensar en ellos, pues de otro modo todas las entrevistas con los otros abogados, todos sus consejos y ayudas, aparecerán como algo completamente inútil, yo o lo he experimentado, a uno le entran ganas de arrojarlo todo r la borda, irse a casa, meterse en la cama y no querer saber nada más asunto. Pero eso sería, una vez más, una gran necedad, tampoco en cama se podría gozar por mucho tiempo de tranquilidad.

–¿Usted no pensó entonces en los grandes abogados? –preguntó K.

–No por mucho tiempo –dijo el comerciante, y sonrió otra vez–, por supuesto no se les puede olvidar por completo, la noche es especialmente favorable para que surjan esos pensamientos. Pero en aquellos tiempos sólo pretendía éxitos inmediatos, así que fui a ver a los abogados intrusos.

–Qué bien estáis sentados los dos juntos –exclamó Leni, que había regresado con el plato de sopa.

Realmente estaban sentados muy cerca el uno del otro, al hacer el mínimo movimiento podrían golpearse mutuamente con la cabeza. El comerciante, que además de su pequeña estatura se mantenía encorvado obligó a que K se inclinara para poder oír lo que decía.

–Un momento todavía –gritó K, rechazando a Leni y agitando impaciente la mano que aún tenía sobre la del comerciante.

–Quería que le contase mi proceso –dijo el comerciante a Leni.

–Sigue, sigue contando –dijo ella. Hablaba al comerciante con cariño, pero también algo despectivamente. A K no le gustó. Como acababa de reconocer, ese hombre poseía un valor, al menos tenía experiencias que sabía comunicar. Era posible que Leni le juzgara injustamente. Miró

a Leni enojado cuando ella le quitó la vela al comerciante, que había sostenido en alto todo ese tiempo, le limpió la mano con el delantal y se arrodilló a su lado para raspar algo de cera que le había caído en el pantalón.
–Quería hablarme de los abogados intrusos –dijo K y, sin más comentarios, dio una palmada en la mano de Leni.
–¿Qué quieres? –preguntó Leni, le devolvió la palmada y continuó su trabajo.
–Sí, de los abogados intrusos –dijo el comerciante y se pasó la mano sobre la frente, como si reflexionara.
K quiso ayudarle y dijo:
–Usted quería tener éxitos inmediatos y por eso buscó abogados intrusos.
–Ah, sí, cierto –dijo el comerciante, pero no continuó hablando
«Es posible que no quiera hablar delante de Leni» –pensó K. Dominó su impaciencia por oír el resto y no le presionó más.
–¿Me has anunciado? –preguntó a Leni.
–Naturalmente –dijo ella–, te está esperando. Deja a Block, con él puedes hablar más tarde, se quedará aquí.
K aún dudaba.
–¿Quiere quedarse aquí? –preguntó al comerciante. Quería oír su propia respuesta. No le gustaba que Leni hablase del comerciante como si estuviera ausente. Ese día estaba lleno de oscuros reproches contra Leni. Pero otra vez fue Leni la que respondió:
–Duerme aquí con frecuencia.
–¿Duerme aquí? –preguntó al comerciante. K había creído que esperaría allí hasta que él cumpliese rápidamente con el trámite de hablar con el abogado, luego podrían continuar juntos y hablarlo todo sin molestias.
–Sí –dijo Leni–, no todos son como tú, Josef, que te presentas a ver al abogado cuando quieres. Ni siquiera pareces asombrarte de que el abogado te reciba a las once de la noche y a pesar de su enfermedad. Aceptas todo lo que hacen tus amigos por ti como algo evidente. Bien, tus amigos o, al menos, yo, lo hacemos encantados. No quiero ningún otro agradecimiento, y tampoco lo necesito, salvo el de que me quieras.
«¿Que te quiera?» –pensó K en el primer momento, luego le pasó por la cabeza: «Bien, sí, la quiero». Sin embargo, al responder ignoró sus últimas palabras:
–Me recibe porque soy su cliente. Si fuese necesaria la ayuda de extraños, debería estar mendigando a casa paso.
–¿Qué mal está hoy, verdad? –preguntó Leni al comerciante.
«Ahora soy yo el ausente» –pensó K, y casi se enoja con el comerciante

al asumir éste la descortesía de Leni y decir:
–El abogado también le recibe por otros motivos. Su caso es más interesante que el mío. Además, su proceso está en la primera fase, es decir, no ha avanzado mucho, por eso al abogado le gusta ocuparse de Más tarde será diferente.
–Sí, sí –dijo Leni, y contempló al comerciante sonriendo–. ¡Cómo bromea! No le creas nada –dijo Leni volviéndose a K–. Es tan cariñoso como hablador. A lo mejor es por eso que el abogado no le puede soportar. Sólo le recibe cuando está de buen humor. Me he esforzado mucho por cambiarlo, pero es imposible. Hay veces en que anuncio a Block y le recibe tres días después. Si cuando lo llama no está preparado para entrar, entonces está todo perdido y hay que anunciarle de nuevo. Por eso le he permitido dormir aquí, ya ha ocurrido que le ha llamado en plena noche. Ahora Block también está preparado de noche. Pero puede ocurrir que el abogado, si resulta que Block está aquí, cambie de opinión y cancele la visita.
K miró con gesto interrogativo al comerciante. Éste asintió y dijo abiertamente, como antes había hablado con K, quizá algo confuso por la vergüenza:
–Sí, uno termina volviéndose dependiente de su abogado.
–Sólo se queja para guardar las apariencias –dijo Leni–, le encanta dormir aquí, como ha reconocido ante mí muchas veces.
Ella se acercó a una pequeña puerta y la abrió de golpe.
–¿Quieres ver dónde duerme? –preguntó.
K fue hacia allí y vio desde el umbral un recinto bajo y sin ventanas, ocupado por completo por una cama estrecha. Sólo se podía subir a ella escalando por la pata de la cama. En la cabecera había un hundimiento en la pared, allí se podían ver, ordenados escrupulosamente, una vela, un tintero, una pluma y unos papeles, probablemente escritos del proceso.
–¿Duerme en la habitación de la criada? –preguntó K volviéndose hacia el comerciante.
–Leni la ha arreglado para mí –respondió el comerciante–. Dormir en ella es muy ventajoso.
K lo contempló un rato. La primera impresión que había recibido del comerciante era, probablemente, la correcta. Tenía experiencia, pues su proceso duraba ya mucho tiempo, pero la había pagado muy cara. De repente, K no soportó por más tiempo la visión del comerciante.
–¡Llévatelo a la cama! –le gritó a Leni, que pareció no entenderle. Él, sin embargo, quería ir a ver al abogado y, con su renuncia, liberarse no sólo de él, sino también de Leni y del comerciante. Pero antes de que llegase a la puerta, el comerciante se dirigió a él en voz baja:

–Señor gerente.
K se volvió enojado.
–Ha olvidado su promesa –dijo el comerciante, que se estiró en su sitio y miró a K suplicante–. Me tiene que decir un secreto.
–Es verdad –dijo K, y acarició ligeramente a Leni con una mirada. Ella prestó atención a lo que iba a decir–. Escuche, aunque ya no es ningún secreto. Voy a ver al abogado para despedirle.
–¡Le despide! –gritó el comerciante, saltó de la silla y corrió alrededor de la cocina con los brazos en alto.
Una y otra vez gritaba:
–¡Despide al abogado!
Leni quiso acercarse a K, pero el comerciante se interpuso en su camino, por lo que le dio un golpe con el puño. Aún con la mano cerrada, corrió detrás de K, pero éste le llevaba ventaja. Acababa de entrar en la habitación del abogado, cuando Leni logró alcanzarle. K cerró la puerta, pero Leni la mantuvo abierta con el pie, le cogió del brazo e intentó sacarle. K presionó tanto su muñeca que se vio obligada a soltarle lanzando un quejido. No se atrevió a entrar de inmediato en la habitación. K cerró la puerta con llave.
–Le espero desde hace tiempo –dijo el abogado desde la cama, dejó un escrito, que había estado leyendo a la luz de una vela, sobre la mesilla de noche y se puso las gafas, con las que miró a K con ojos penetrantes. En vez de disculparse, K dijo:
–Me iré en seguida.
El abogado ignoró las palabras de K, porque no suponían ninguna disculpa, y dijo:
–La próxima vez no le recibiré a una hora tan avanzada.
–No importa –dijo K.
El abogado le lanzó una mirada interrogativa.
–Siéntese –dijo.
–Como guste –dijo K, y trajo una silla hasta la mesilla de noche.
–Me parece que ha cerrado la puerta con llave –dijo el abogado.
–Sí –dijo K–, ha sido por Leni.
No tenía la menor intención de respetar a nadie. Pero el abogado preguntó:
–¿Ha vuelto a ser atrevida?
–¿Atrevida? –preguntó K.
–Sí –dijo el abogado, y al reír sufrió un ataque de tos, pero continuó riendo en cuanto se le pasó.
–Usted habrá notado ya su osadía –dijo, y dio unos ligeros golpecitos en la mano de K, que, confuso, la había apoyado en la mesilla de noche, retirándola ahora de inmediato.

–No le da importancia –dijo el abogado cuando K se quedó callado–, mucho mejor. Si no hubiera tenido que disculparme ante usted. Es una peculiaridad de Leni, que ya le he perdonado hace mucho tiempo y de la que no hablaría si usted no hubiera cerrado la puerta con llave. A usted sería a quien menos se le debería explicar esa peculiaridad, pero como me mira tan consternado, lo haré. Esa peculiaridad consiste en que Leni encuentra guapos a la mayoría de los acusados. Se encapricha de todos, los ama, al menos aparentemente todos le corresponden; para entretenerme, cuando le doy permiso, me cuenta algo. Para mí no es ninguna sorpresa, como para usted parece serlo. Cuando se tiene la perspectiva visual adecuada, se encuentra que, efectivamente, la mayoría de los acusados son guapos. Se trata, en cierta manera, de un fenómeno científico bastante extraño. A causa de la apertura del proceso no se produce, naturalmente, una alteración clara y apreciable del aspecto exterior de una persona. Pero tampoco es como en otros asuntos judiciales, aquí la mayoría mantiene su forma de vida habitual y, si tienen un buen abogado que cuide de ellos, el proceso apenas les afectará. Sin embargo, los que poseen una dilatada experiencia son capaces de reconocer a los acusados entre una multitud. ¿Por qué?, preguntará. Mi respuesta no le satisfará. Los acusados son los más guapos. No puede ser la culpa la que los embellece, pues –y aquí tengo que hablar como abogado– no todos son culpables; tampoco puede ser la pena futura la que les hace guapos, pues no todos serán castigados; por consiguiente, se tendría que deber al proceso, que, de algún modo, les marca. Aunque también hay que reconocer que entre todos ellos hay algunos que se distinguen por una belleza especial. Pero todos son guapos, incluso Block, ese gusano miserable.

Cuando el abogado terminó de hablar, K estaba tranquilo, incluso había asentido con la cabeza a sus últimas palabras, confirmando así su antigua opinión de que el abogado siempre intentaba confundirle con informaciones generales ajenas al caso y, así, evitaba dar respuesta a la cuestión de si había realizado algo en su favor. El abogado notó que K estaba dispuesto a ofrecerle más resistencia que de costumbre, pues se calló para dar a K la posibilidad de hablar. No obstante preguntó al ver que K mantenía su silencio:

–Pero usted ha venido a verme con una intención especial, ¿verdad?

–Sí –dijo K y tapó un poco la vela con la mano para poder ver mejor al abogado–, quería decirle que renuncio a partir del día de hoy a sus servicios.

–¿Le he entendido bien? –preguntó el abogado, se incorporó en la cama y se apoyó con una mano en la almohada.

–Creo que sí –dijo K, que estaba sentado muy recto, como si estuviera

al acecho.
–Bien, podemos discutir ese plan –dijo el abogado transcurrido un rato.
–Ya no es ningún plan –dijo K.
–Puede ser –dijo el abogado–, pero tampoco nos vamos a precipitar.
Utilizó la primera persona del plural, como si no tuviera la intención de desprenderse de K y como si quisiera seguir siendo, si no su defensor, sí, al menos, su consejero.
–No es precipitado –dijo K, y se levantó lentamente, poniéndose detrás de la silla–, lo he pensado mucho y, quizá, demasiado tiempo. La decisión es definitiva.
–Al menos permítame decir algunas palabras –dijo el abogado, que se quitó la manta y se sentó en el borde de la cama. Sus piernas desnudas, cubiertas de pelo blanco, temblaban de frío. Le pidió a K que le diera una manta que había sobre el canapé. K le llevó la manta y dijo:
–Se expone inútilmente a un enfriamiento.
–El motivo es lo suficientemente importante –dijo el abogado, mientras cubría la parte superior del cuerpo con la manta de la cama y luego las piernas con la manta que le había llevado K–. Su tío es mi amigo y también le he cogido cariño a usted. Lo reconozco abiertamente. No necesito avergonzarme de ello.

Esos discursos enternecedores del viejo eran inoportunos para las intenciones de K, pues le obligaban a dar una aclaración detallada, que él hubiera querido evitar. Además, le confundían, aunque nunca lograban que cambiase de decisión.
–Le agradezco mucho la amable opinión que tiene de mí –dijo–, también reconozco que ha llevado mi asunto tan bien como le ha sido posible y con la mayor ventaja para mí. No obstante, en los últimos tiempos se ha afianzado en mí la convicción de que no es suficiente. Por supuesto que jamás intentaré convencerle, a usted, a un hombre mucho más experimentado y mayor que yo. Si lo he intentando alguna vez, le ruego que me perdone. El asunto, como usted dice, es lo suficientemente importante y estoy convencido de que es necesario actuar con más energías en el proceso de las que se han empleado hasta ahora.
–Le comprendo –dijo el abogado–. Usted es impaciente.
–No soy impaciente –dijo K algo irritado, y ya no cuidó tanto sus palabras–. Usted pudo notar, cuando vine la primera vez acompañado de mi tío, que el proceso no me importaba mucho. Si no me lo recordaban con insistencia, lo olvidaba por completo. Pero mi tío se empeñó en que le encargase mi defensa, así lo hice, pero sólo para ser amable con él. Y a partir de ese momento creí que soportar el proceso

sería aún más fácil para mí, pues al encargar al abogado la defensa, la carga del proceso recaería sobre él. Pero ocurrió todo lo contrario. Nunca antes de que usted asumiera mi defensa tuve tantas preocupaciones a causa del proceso. Cuando estaba solo no emprendía nada a favor de mi causa, pero apenas lo sentía; luego, sin embargo, dispuse de un defensor, todo estaba dispuesto para que algo ocurriera, yo esperaba cada vez más tenso sus diligencias, pero no se produjeron. Eso sí, de usted recibí informaciones acerca del tribunal que no hubiera podido recibir de otros. Pero eso no me puede bastar cuando el proceso, aunque sea en secreto, me afecta cada vez más.
K había apartado la silla y permanecía de pie con las manos en los bolsillos de la chaqueta.
–Desde un punto de vista práctico –dijo el abogado en voz baja y con tranquilidad–, ya no se produce nada esencialmente nuevo. Usted está ahora ante mí del mismo modo en que estuvieron muchos otros acusados en la misma fase del proceso, y también dijeron lo mismo.
–Entonces todos esos acusados –dijo K– tenían la misma razón que yo tengo. Eso no refuta mis ideas.
–Yo no pretendía refutar su opinión –dijo el abogado–, sólo quería añadir que había esperado de usted una mayor capacidad de juicio, sobre todo porque le he permitido hacerse una mejor idea de la judicatura y de mi actividad que a otros. Y, sin embargo, ahora puedo comprobar que, a pesar de mis esfuerzos, no me tiene mucha confianza. No me lo pone muy fácil.
¡Cómo se humillaba el abogado ante K! Sin consideración alguna al honor de su gremio, que en este punto es de lo más sensible. Y, ¿por qué lo hacía? Según las apariencias era un abogado muy ocupado y, además, un hombre rico, en su caso no se trataba ni de ganancias ni de la pérdida de un cliente. Por añadidura, estaba enfermo y tenía que pensar en reducir su trabajo. No obstante, se aferraba a K. ¿Por qué? ¿Acaso era por el tío, o consideraba el proceso de K tan extraordinario que podría distinguirse ya fuese ante K o –la posibilidad no se podía excluir– ante sus amigos del tribunal? De su actitud no se podía deducir nada, por muy desconsiderada que fuese su mirada escrutadora. Se podría decir que esperaba con un gesto intencionadamente neutral el efecto de sus palabras. En todo caso pareció interpretar el silencio de K de un modo demasiado favorable, ya que continuó:
–Habrá notado que tengo un bufete grande pero que no empleo a pasantes. Antes era distinto, hubo un tiempo en que trabajaban para mí jóvenes juristas, hoy trabajo solo. En parte se debe a que me he ido restringiendo a asuntos como el suyo, en parte debido al profundo conocimiento que he ido acumulando acerca de esta judicatura. Pensé

que un trabajo así no se puede delegar en nadie, que al hacerlo traicionaría al cliente y la tarea que había asumido. La decisión de realizar todo el trabajo por mí mismo tuvo consecuencias naturales: tuve que renunciar a casi todos los casos y sólo aceptar los que tenían un interés especial para mí. A fin de cuentas hay suficientes criaturas, y muy cerca de aquí, que se arrojan sobre cada mendrugo que yo rechazo. Aun así me puse enfermo por el exceso de trabajo. No obstante, no me arrepiento de mi decisión. Es posible que hubiera debido rechazar más casos de los que rechacé, pero que lo he dado todo en los procesos que he asumido es algo que ha resultado necesario y ha sido premiado con éxitos. Una vez encontré muy bien expresada en un escrito la diferencia entre la representación de mi cliente en asuntos judiciales normales y la representación en este tipo de asuntos. Decía: «Uno de los abogados lleva a su cliente de una hebra de hilo hasta la sentencia, el otro sube a su cliente sobre sus hombros y lo lleva así, sin bajarlo, hasta la sentencia e, incluso, más allá de ella». Así es. Pero no era del todo cierto cuando dije que jamás he lamentado asumir este trabajo tan pesado. Cuando usted, en su caso, se equivoca de manera tan garrafal, sólo entonces es cuando lo lamento.
K no sólo no se dejó convencer, sino que se fue poniendo cada vez más impaciente. Creyó percibir en el tono del abogado lo que le esperaría si cedía: comenzarían de nuevo los consuelos; se repetirían las menciones acerca de la redacción avanzada del escrito judicial, acerca del estado de ánimo de los funcionarios, pero también sobre las dificultades que se oponían al trabajo. En suma, todo eso, ya conocido, se tendría que repetir hasta la saciedad para embaucar a K con esperanzas inciertas y atormentarle con amenazas larvadas. Tenía que impedirlo definitivamente, así que dijo :
–¿Qué emprendería si mantuviese mi representación?
El abogado aceptó esa pregunta humillante y contestó:
–Continuar con las diligencias ya iniciadas.
–Ya lo sabía –dijo K–. Cualquier palabra más resulta superflua.
–Haré todavía un intento –dijo el abogado, como si lo que irritaba a K le afectara en realidad a él–. Tengo la sospecha de que usted ha sido llevado a su falso enjuiciamiento de mi trabajo y a su comporta! miento por el hecho de que, a pesar de ser un acusado, se le ha tratado demasiado bien o, mejor expresado, con aparente indulgencia. También esto último tiene su motivo. A menudo es mejor estar encadenado que libre. Pero quiero mostrarle cómo se trata a otros acusados, tal vez sea capaz de aprender una lección. Voy a llamar a Block, abra la puerta y siéntese aquí, junto a la mesilla de noche.

–Encantado –dijo K, e hizo lo que el abogado le había pedido. Siempre estaba dispuesto a aprender algo. Pero para asegurarse, preguntó:
–Pero, ¿se ha enterado de que le he retirado definitivamente mi confianza?
–Sí –dijo el abogado–, pero hoy mismo puede rectificar.
Se acostó, se tapó con la manta hasta la barbilla y se volvió hacia la pared. Entonces llamó. Al poco rato apareció Leni, intentó apreciar con miradas fugaces qué había ocurrido. Que K permaneciera tranquilo al lado de la mesilla de noche del abogado, era un signo positivo. Hizo una ligera seña con la cabeza a K, que la contempló rígido, y sonrió.
–Trae a Block –dijo el abogado.
En vez de salir de la habitación para traerlo, se acercó a la puerta y gritó:
–¡Block! ¡El abogado te llama! –luego se puso detrás de K, ya que el abogado continuaba mirando hacia la pared y no se preocupaba de nada. A partir de ese momento estuvo molestando a K, pues se inclinó sobre el respaldo de su silla y acarició, con sumo cuidado y suavidad, su pelo y mejillas. Finalmente, K intentó impedírselo al coger una de sus manos, que ella, después de resistirse algo, dejó en su poder.
Block llegó en seguida, pero se quedó esperando en la puerta: parecía reflexionar si debía entrar o no. Elevó las cejas e inclinó la cabeza como si estuviera esperando a que se repitiese la orden del abogado. K habría podido animarle a entrar, pero había decidido romper definitivamente no sólo con el abogado, sino con todo lo que había en casa, así que permaneció imperturbable. Leni tampoco habló. Block notó que nadie, en principio, le echaba, por lo que entró de puntillas, con los músculos del rostro tensos y las manos a la espalda, en una posición artificial. Dejó la puerta abierta para posibilitar una retirada. No miró a K, sino que su vista siempre se dirigió a la manta bajo la que se encontraba el abogado, al que ni siquiera podía ver por la postura adoptada. Pero entonces se oyó su voz:
–¿Block aquí? –preguntó el abogado.
Esa pregunta, que le cogió por sorpresa cuando ya había avanzado un buen trecho, le causó el mismo efecto que un golpe en el pecho y otro en la espalda, se tambaleó, permaneció profundamente inclinado y dijo:
–A su servicio.
–¿Qué quieres? –preguntó el abogado–. Vienes en un momento inoportuno.
–¿No me ha llamado? –preguntó Block, más a sí mismo que al abogado, y puso las manos hacia adelante, como para protegerse, disponiéndose a salir corriendo.
–Te he llamado –dijo el abogado–, pero vienes en un momento

inoportuno –y tras una pausa añadió–: Siempre vienes en un momento inoportuno.
Desde que el abogado comenzó a hablar, Block ya no miraba hacia la cama, más bien se quedó como petrificado en una esquina y se dedicaba exclusivamente a escuchar, como si la visión del que hablaba le deslumbrase tanto que no pudiese soportarlo. Pero escuchar al abogado era difícil, pues seguía de cara a la pared y hablaba despacio y rápido.
–¿Quiere que me vaya? –preguntó Block.
–Bueno, ya que estás aquí –dijo el abogado–, ¡quédate!
Se podía creer que el abogado no había satisfecho el deseo de Block, sino que le había amenazado con azotarle, pues Block comenzó temblar.
–Ayer estuve con el tercer juez, mi amigo, y la conversación terminó centrándose en ti. ¿Quieres saber lo que me dijo?
–¡Oh!, por favor –dijo Block.
Como el abogado no continuó hablando, Block repitió otra vez su súplica y se inclinó como si se propusiera arrodillarse. Entonces K se dirigió a él:
–¿Qué haces? –exclamó.
Leni intentó que no interviniera, por eso K cogió también su otra mano. No las apretaba precisamente con amor. Ella se quejaba e intentaba liberar las manos. Pero por culpa de la exclamación de K, el abogado castigó a Block:
–¿Quién es tu abogado? –preguntó el Dr. Huld.
–Usted –dijo Block.
–¿Quién más? –preguntó el abogado.
–Nadie más –dijo Block.
–Entonces no obedezcas a nadie más.
Block reconoció la situación, dirigió a K miradas malignas y sacudió la cabeza. Si se hubieran podido traducir esos gestos en palabras, habrían sido graves insultos. ¡Con ese hombre había querido hablar amigablemente K sobre su causa!
–Ya no te molestaré más –dijo K reclinado en la silla–. Arrodíllate o ponte a cuatro patas si quieres, haz lo que te dé la gana, a mí no me importa.
Pero Block tenía sentido del honor, al menos frente a K. Se lanzó hacia él con los puños en alto y gritó, tanto como era capaz de hacerlo en la cercanía del abogado:
–No me hable así, eso no está permitido. ¿Por qué me insulta? Y, además, aquí, en presencia del señor abogado, donde ambos, usted y yo, sólo somos tolerados por caridad. Usted no es mejor que yo, pues

usted también es un acusado y tiene un proceso. Si a pesar de ello sigue siendo un señor, yo también, y aún más digno que usted. Y quiero que se dirija a mí como corresponde. Si se cree que es un privilegiado al estar sentado ahí y poder escuchar tranquilamente, mientras yo, como usted dice, me pongo a cuatro patas, le recuerdo la vieja máxima judicial: «Para el sospechoso es mejor moverse que sentarse, pues el que cansa puede hacerlo, sin saberlo, sobre una balanza y ser pesado según sus pecados».

K no dijo nada, se limitó a mirar asombrado, con ojos inmóviles, a ese hombre perturbado. ¡Qué cambios había experimentado en las últimas horas! ¿Sería acaso el proceso el que le confundía de esa manera, y el que no le dejaba reconocer dónde estaba el amigo y dónde el j enemigo? ¿No se daba cuenta de que el abogado le humillaba intencionadamente y que no pretendía otra cosa que ufanarse de su poder ante K y así, tal vez, someterlo? Si Block no era capaz de darse cuenta, o si tanto temía al abogado que ese conocimiento no le ayudaba en nada, ¿cómo era posible que repentinamente se tornase tan astuto u osado corno para intentar engañar al abogado y ocultarle que tenía a su servicio a otros abogados? ¿Y cómo osaba atacar a K, que en cualquier momento podía revelar su secreto? Pero se atrevió a más, se acercó a la mesa del abogado y comenzó a quejarse de K:

–Señor abogado –dijo–, ¿ha oído cómo me ha tratado ese hombre? Se pueden contar las horas de su proceso y quiere darme lecciones, a mí, que ya llevo cinco años de proceso. Incluso me insulta. No sabe ?nada y me insulta, a mí, que he estudiado, tanto como mis fuerzas lo han permitido, lo que es decencia, deber y lo que son usos judiciales.

–No te preocupes –dijo el abogado– y haz lo que te parezca correcto.

–Cierto –dijo Block, como si él mismo se animase y, después de a corta mirada de soslayo, se arrodilló junto a la cama–. Ya me arrodillo, mi abogado –dijo.

Pero el abogado calló. Block acarició cuidadosamente la manta con una mano. Leni, liberándose de las manos de K, rompió el silencio que ahora reinaba:

–Me haces daño. Déjame. Me voy con Block.

Se fue hacia él y se sentó al borde de la cama. Block se alegró. Inmediatamente le suplicó por medio de signos enérgicos que le ayudase ante el abogado. Parecía necesitar urgentemente la información del abogado, aunque tal vez sólo para dejarse explotar por el resto de los abogados. Leni sabía muy bien cómo ganarse a Huld, señaló la mano del anciano y frunció los labios como para dar un beso. Sin pensarlo, Block le dio un beso en la mano y repitió el beso a petición de Leni. Pero el abogado seguía callado. Leni, entonces, se

acercó a él, su esbelta figura se hizo visible al estirarse sobre la cama, y acarició su rostro inclinada sobre su largo pelo blanco. Eso le obligó a contestar.
–Estoy dudando en decírselo –dijo el abogado y se pudo ver cómo sacudió ligeramente la cabeza, tal vez para sentir mejor las caricias de Leni. Block escuchaba con la cabeza humillada, como si al escuchar estuviese incumpliendo un mandamiento.
–¿Por qué dudas? –preguntó Leni.
K tenía la impresión de que escuchaba una conversación estudiada, que ya se había repetido con frecuencia y se seguiría repitiendo en el futuro. Block era el único para el que no perdería su novedad.
–¿Cómo se ha portado hoy? –preguntó el abogado en vez de responder.
Antes de que Leni le contestase, miró hacia Block y observó un rato cómo elevaba las manos entrelazadas en actitud de súplica. Finalmente, ella asintió, se volvió hacia el abogado y dijo:
–Ha estado tranquilo y ha sido diligente.
Un viejo comerciante, un hombre con toda una barba, suplicaba a una muchacha para que diera un buen testimonio de él. Por más que se reservase sus pensamientos reales, nada podía justificarle ante los ojos de sus congéneres. Casi degradaba al espectador. K no comprendía cómo el abogado podía pensar en ganárselo con semejante representación. Si no hubiese prescindido antes de él, lo habría hecho al contemplar esa escena. Ésos eran, pues, los resultados del método empleado por el abogado, al que K, por fortuna, no había estado expuesto mucho tiempo. El cliente terminaba por olvidarse del mundo y esperaba arrastrarse hasta el final del proceso por ese camino erróneo. Eso ya no era un cliente, eso era el perro del abogado. Si éste le hubiera ordenado meterse debajo de la cama como si fuera una caseta de perro, y ladrar desde allí dentro, lo hubiera hecho con placer. K escuchó todo actitud reflexiva e inquisidora, como si le hubieran encargado que retuviera todo lo dicho para presentar una denuncia y un informe en una instancia superior.
–¿Qué ha hecho durante todo el día? –preguntó el abogado.
–Le he encerrado en el cuarto de la criada –dijo Leni–, donde normalmente duerme, para que no me molestase mientras trabajaba. De vez en cuando le observé por la claraboya para ver qué hacía. Ha estado todo el tiempo arrodillado al pie de la cama, con los escritos que le has dejado abiertos, y no ha parado de leerlos. Eso me ha causado una buena impresión. Además, la ventana da a un pozo de ventilación, por lo que apenas tiene luz. Que Block, no obstante, leyera, me ha mostrado lo obediente que es.
–Me alegra oírlo –dijo el abogado–, pero, ¿se enteraba de lo que leía?

Block, durante esa conversación, movía continuamente los labios, aparentemente formulaba así las respuestas que esperaba de Leni.

–A eso no puedo responder con seguridad –dijo Leni–. Lo único que sé es que le he visto leer concentrado. Ha leído durante todo el día la misma página y al leer ha seguido las líneas con el dedo. Siempre que le he mirado, suspiraba como si la lectura le costase un gran esfuerzo. Los escritos que le has dejado son, con seguridad, difíciles de entender.

–Sí –dijo el abogado–, sí que lo son. No creo que los entienda. Sólo tienen que darle una idea de lo dura que es la lucha que yo dirijo en su defensa. Y ¿para quién dirijo esa dura lucha? Es ridículo decirlo, para Block. También tiene que aprender lo que eso significa. ¿Ha estudiado sin interrupción?

–Casi sin interrupción –respondió Leni–, una vez pidió agua. Le di un vaso a través de la claraboya. A las ocho le dejé salir y le di algo de comer.

Block miró a K de soslayo, como si se estuviera contando algo honorable de él y también tuviera que impresionar a K. Ahora parecía tener buenas esperanzas, se movía con más libertad y, de rodillas como estaba, se giraba a un lado y a otro. Pero sólo sirvió para que se notase más su confusión al oír las palabras siguientes del abogado.

–Le alabas –dijo el abogado–, pero precisamente eso es lo que me impide hablar. El juez no se ha manifestado de un modo favorable, ni á sobre Block ni sobre su proceso.

–¿No ha sido favorable? –preguntó Leni–. ¿Cómo es posible?.

Block le dirigió a Leni una mirada tensa, como si le atribuyese la capacidad de convertir en positivas las palabras pronunciadas por el juez.

–Nada favorables –dijo el abogado–. El juez, incluso, se mostró desagradablemente sorprendido cuando comencé a hablar de Block «No me hable de Block», dijo. «Pero es mi cliente», dije yo. «Deja que abusen de usted», dijo él. «No creo que su causa esté perdida», dije yo. «Deja que abusen de usted», repitió él. «No lo creo», dije yo, «Block sigue su proceso con diligencia. Prácticamente vive en mi casa para estar al corriente. No se encuentra a menudo un celo semejante. Cierto, no es una persona agradable, tiene malos modales y es sucio, pero desde una perspectiva meramente procesal, es irreprochable». Dije irreprochable y exageré intencionadamente. Él respondió: «Block es astuto. Ha acumulado mucha experiencia y sabe cómo retrasar el proceso. Pero su ignorancia es mucho más grande que su astucia. Qué diría si supiera que su proceso ni siquiera ha comenzado; que ni siquiera se ha dado la señal para el comienzo del proceso». Tranquilo, Block –dijo el abogado, pues Block había comenzado a levantarse sobre

sus inseguras rodillas y parecía querer una explicación. Era la primera vez que el abogado se dirigía directamente a Block. Le miró desde arriba con los ojos cansados, aunque no fijamente. Block volvió a arrodillarse lentamente.
–Esa opinión del juez no tiene para ti ninguna importancia –dijo el abogado–. No te asustes por cada palabra que oigas. Si se vuelve a repetir, no te diré nada más. No se puede comenzar ninguna frase sin que mires como si se fuera a pronunciar tu sentencia definitiva. ¡Avergüénzate ante mi cliente! También tú quebrantas su confianza en mí. ¿Qué quieres? Aún vives, aún estás bajo mi protección. ¡Es un miedo absurdo! Has leído en alguna parte que la sentencia definitiva, en algunos casos, pronuncia de improviso, emitida por una boca cualquiera en un momento arbitrario. Eso es verdad, con algunas reservas, pero también es verdad que tu miedo me repugna y que en él sólo veo una falta de confianza en mí. ¿Qué he dicho? Me he limitado a repetir la opinión de un juez. Ya sabes que las opiniones más distintas se acumulan en el proceso hasta lo inextricable. Ese juez, por ejemplo, acepta el inicio del proceso en una fecha diferente a la mía. Una diferencia de opiniones, nada más. En una determinada fase del proceso se da una señal con una campanilla según una vieja costumbre. Según la opinión de este juez a partir de ese preciso momento es cuando se inicia el proceso. Ahora no te puedo decir todo lo que se puede objetar a esa opinión. Tampoco lo entenderías, te basta con saber que hay mucho que habla en contra.
Confuso, Block pasaba la mano sobre la manta, el miedo a las declaraciones del juez le hizo olvidar provisionalmente su sumisión frente al abogado. Sólo pensaba en él mismo y no cesaba de dar vueltas a las palabras del juez.
–Block –dijo Leni con un tono admonitorio, y le tiró un poco hacia arriba del cuello de la chaqueta–, deja la manta y escucha al abogado.

EN LA CATEDRAL

K había recibido el cometido de enseñar algunos monumentos históricos a un buen cliente italiano del banco, que visitaba la ciudad por primera vez. Era una obligación que, en otro tiempo, hubiera considerado un honor, pero que ahora, cuando apenas lograba con esfuerzo mantener su prestigio en el banco, asumía con desagrado. Cada hora que no podía permanecer en el despacho le preocupaba. Por desgracia, tampoco podía aprovechar como antes sus horas laborales, pasaba mucho tiempo aparentando que trabajaba. Sin embargo, sus cuitas se

hacían más grandes cuando permanecía ausente de su despacho. Imaginaba que el subdirector, siempre al acecho, entraba en su despacho, se sentaba a su mesa, registraba sus papeles, recibía a los clientes con los que K, desde hacía años, sostenía incluso una relación de amistad, les enemistaba con él, descubría fallos, que K, durante el trabajo, cometía sin darse cuenta y ya no podía evitar. Si se le encargaba realizar tina salida de negocios o irse de viaje, aunque fuese como una distinción –semejantes encargos se habían hecho, casualmente, muy frecuentes en los últimos tiempos–, siempre sospechaba que se le quería alejar del despacho para examinar su trabajo o, simplemente, porque creían que podían prescindir de él. Podría haber rechazado todos esos encargos sin mayores dificultades, pero no se atrevió, pues, aunque sus temores no estuvieran justificados, un rechazo significaba una confesión del miedo qué sentía. Por este motivo aceptaba los encargos con aparente indiferencia, incluso llegó a silenciar un serio enfriamiento antes de emprender un agotador viaje de negocios de dos días, para no correr el peligro de que suspendieran el viaje a causa del mal tiempo otoñal. Cuando regresó de ese viaje con furiosos dolores de cabeza, supo que le habían encomendado que acompañase al día siguiente al hombre de negocios italiano. La tentación de negarse por una sola vez fue muy grande, además no se trataba de un encargo vinculado a su trabajo, por más que el cumplimiento de ese deber social fuese lo suficientemente importante, aunque no para K, que sabía muy bien que sólo se podía mantener con éxitos laborales y que si no lo lograba, no poseería el menor valor, por mucho que llegara a embelesar, de forma inesperada, al italiano. No quería que le apartaran del trabajo ni siquiera un día, pues el miedo de que lo dejasen atrás era demasiado grande, un miedo que él, como reconocía, era exagerado, pero era un miedo que le asfixiaba. En este caso, sin embargo, era casi imposible encontrar una excusa aceptable. El conocimiento que K tenía de la lengua italiana no era bueno, pero bastaba para un caso así. Lo decisivo, sin embargo, era que él poseía ciertos conocimientos artísticos adquiridos hacía tiempo y conocidos en el banco, si bien se exageraban un poco por el hecho de que K, aunque sólo por motivos de negocios, había sido miembro de la Asociación para la Conservación de los Monumentos Urbanos. El italiano, como habían sabido a través de fuentes distintas, resultaba ser un amante del arte, así que la elección de K era algo evidente.
Era una mañana fría y tormentosa. K, enojado por el día que le esperaba, llegó a su despacho a las siete para, al menos, trabajar algo antes de que la visita se lo impidiese. Estaba muy cansado, puesto que había pasado parte de la noche estudiando algo de gramática italiana.

La ventana, junto a la que, últimamente, permanecía sentado con demasiada frecuencia, le tentaba mucho más que la mesa, pero resistió y continuó el trabajo. Por desgracia, al poco tiempo entró el ordenanza y anunció que el director le había enviado para comprobar si el gerente ya se encontraba en su despacho. Le pidió que fuese tan amable de acudir a la sala de recepción, donde ya se encontraba el señor de Italia.
–Ya voy –dijo K, se metió un pequeño diccionario en el bolsillo, cogió un folleto turístico y, a través del despacho del subdirector, entró en el del director. Se alegró de haber venido tan temprano a la oficina y poder estar ya dispuesto, lo que nadie podía haber esperado. El despacho del subdirector permanecía, naturalmente, aún vacío, como en lo más profundo de la noche, tal vez el ordenanza también le había buscado, aunque en vano. Cuando K entró en la sala de recepción, se levantaron los dos señores de sus cómodos sillones. El director sonrió D amable, parecía muy contento de la llegada de K. Le presentó en seguida, el italiano estrechó con energía la mano de K y, sonriendo, dijo algo de madrugadores; K no entendió muy bien a quién se refería, además era una palabra extraña, que K sólo pudo comprender transcurrido rato. Respondió con algunas frases hechas, que el italiano escuchó sonriente, mientras, algo nervioso, acariciaba su poblado bigote gris azulado. El bigote parecía perfumado, uno casi se veía tentado a acercarse y olerlo. Cuando todos se sentaron y comenzaron a hablar, K notó con gran disgusto que apenas entendía al italiano. Cuando hablaba tranquilo, le entendía casi todo, pero ésos eran momentos excepcionales la mayoría de las veces las palabras manaban a borbotones de su boca y parecía sacudir la cabeza de placer cuando esto ocurría. Mientras hablaba lanzaba frases enteras en un dialecto extraño, que para K no tenía nada de italiano, pero que el director no sólo comprendía, sino que lo hablaba, lo que K tendría que haber previsto, ya que el italiano era originario del sur de Italia, en donde el director había residido algunos años. K reconoció que la posibilidad de comprenderse con el italiano sé había reducido drásticamente, pues su francés también era difícil de entender. Por añadidura, el bigote ocultaba los labios, así que al siquiera se podía leer en ellos para averiguar qué era lo que estaba diciendo. K comenzó a prever situaciones incómodas, provisionalmente renunció a entender al italiano –en presencia del director, que le entendía tan fácilmente, hubiera sido un esfuerzo innecesario–, así que se limitó a observar malhumorado cómo éste descansaba tranquilo y semihundido en el sillón, cómo estiraba de vez en cuando su chaqueta bien cortada y cómo una vez, elevando el brazo y agitando las manos, Intentaba explicar algo que K no podía comprender, a pesar de que no perdía de vista sus manos. Al final, K, que permanecía ausente,

siguiendo mecánicamente la conversación, empezó a sentir el cansancio previo y se sorprendió a sí mismo, para su horror, aunque felizmente a tiempo, cuando, guiado por su confusión, pretendía levantarse, darse la vuelta y marcharse. Pero transcurrido un rato el italiano miró el reloj y se levantó. Después de despedirse del director, se acercó a K y, además, tanto, que K tuvo que desplazar el sillón para poderse mover. El director, que por la mirada de K reconoció la situación apurada de éste frente al italiano, se inmiscuyó en la conversación de un modo tan inteligente que pareció como si simplemente añadiera algunos consejos, mientras en realidad lo que estaba haciendo era traducir a K todo lo que el incansable italiano decía con su fluidez proverbial. K se enteró así de que el italiano aún debía terminar algunos negocios, que sólo tenía poco tiempo y que no pretendía visitar todos los monumentos. Más bien había decidido visitar –si K daba su aprobación, en él recaía la decisión– sólo la catedral, pero detenidamente. Él se alegraba mucho de poder realizar esa visita en compañía de un hombre tan erudito y amable –con estas palabras estaba haciendo referencia a K, que prescindía de las palabras del italiano e intentaba oír las del director–, así que le pedía, si le parecía bien, que se encontraran transcurridas dos horas, alrededor de las diez, en la catedral. Creía poder estar allí a esa hora. K respondió algo adecuado, el italiano estrechó primero la mano del director, luego la de K, y se dirigió, volviéndose continuamente y sin parar de hablar, hacia la puerta seguido por ambos. K permaneció un rato con el director, que ese día parecía enfermo. Creyó tener que disculparse ante K –estaban juntos en un trato de confianza–, al principio había previsto acompañar él mismo al italiano, pero luego –no adujo ningún motivo– se decidió por enviar a K. Si no entendía al italiano, no tenía por qué asustarse, con un poco de práctica lo comprendería mejor, pero que en el caso de que no lo hiciera, tampoco pasaba nada malo, para el italiano no era importante que le entendieran. Por lo demás, el italiano de K era sorprendentemente bueno y él cumpliría su misión a la perfección. Con estas palabras se despidió de K. El tiempo que aún le quedaba lo empleó en aprender algunos términos complejos que necesitaba para su guía por la catedral, sacándolos del diccionario. Era un trabajo muy pesado, el empleado le trajo la correspondencia, algunos funcionarios vinieron con algunas preguntas y, al ver a K ocupado, se quedaron esperando en la puerta, pero no se movieron hasta que K les atendió. El subdirector tampoco perdió la ocasión de molestar, pasó varias veces por su despacho, le quitó el diccionario de las manos y lo hojeó sin intención alguna, incluso clientes emergían cuando las puertas se abrían en la semioscuridad del antedespacho y se inclinaban indecisos,

ya que querían llamar la atención, pero no estaban seguros de que les veían. Todo eso giraba en torno a K como si él fuese el centro, mientras él pensaba en las palabras que iba a necesitar, las buscaba en el diccionario, las apuntaba y las pronunciaba para, a continuación, aprendérselas de memoria. No obstante, su buena memoria de los viejos tiempos parecía haberle abandonado, algunas veces se puso tan furioso con el italiano por haberle obligado a ese esfuerzo que enterró el diccionario entre papeles con la firme intención de no prepararse más, aunque luego comprendía que no podía permanecer mudo con el italiano ante las obras de arte en la catedral, así que, aún más furioso, volvía a coger el diccionario.

Precisamente a las nueve y media, cuando se disponía a salir, recibió una llamada por teléfono. Leni le deseó buenos días y le preguntó sobre su estado. K le dio las gracias a toda prisa y le advirtió que en ese momento no podía conversar, que tenía que ir a la catedral.

–¿A la catedral? –preguntó Leni.

–Pues sí, a la catedral.

–¿Por qué precisamente a la catedral? –preguntó Leni.

K intentó explicárselo brevemente, pero apenas había comenzado, cuando Leni le interrumpió bruscamente:

–Te están acosando.

K no toleró una compasión que él ni había requerido ni esperado. Se despidió con dos palabras y, mientras colgaba el auricular, en parte para sí, en parte dirigiéndose a la muchacha, que ya no le podía oír,

–Sí, me están acosando.

Miró el reloj, corría el peligro de llegar tarde. Decidió desplazarse en automóvil, en el último momento se había acordado del folleto turístico, pues no había tenido la oportunidad de entregárselo al italiano, así que pensó en llevárselo. Lo mantenía sobre las rodillas y tamborileaba en él con los dedos. La lluvia se había apaciguado, pero el día era húmedo, frío y oscuro, podrían ver poco en el interior de la catedral y, además, a causa de la humedad y de una larga permanencia do pie el resfriado de K empeoraría con toda seguridad.

La plaza de la catedral estaba solitaria. K recordó que ya en su infancia le había llamado la atención que todas las casas de esa pequeña plaza siempre tenían las cortinas cerradas. Con ese tiempo, sin embargo, era comprensible. Tampoco parecía haber nadie en el interior de la catedral. A nadie se le podía ocurrir visitar su interior en un día así. K paseó por ambas naves laterales, sólo encontró a una anciana envuelta en un mantón y arrodillada ante una imagen de la Virgen María. Desde lejos, sin embargo, vio cómo un sacristán cojo desaparecía por una puerta. K había sido puntual, precisamente al entrar tocaron las once ,

el italiano, sin embargo, aún no había llegado. K regresó a la: puerta principal, permaneció allí un rato indeciso y, finalmente, dio una vuelta en torno a la catedral bajo la lluvia para comprobar si el italiano no le estaba esperando en alguna puerta lateral. No lo encontró por ninguna parte. ¿Acaso el director había entendido mal la hora? ¿Cómo se podía comprender bien a ese hombre? Fuera lo que fuese, K tenía que esperar como mínimo media hora. Como estaba cansado, quiso sentarse, volvió a entrar en la catedral, encontró en uno de los escalones un trozo de tela, que parecía de una alfombra, lo llevó con la punta del pie hasta un banco cercano, se envolvió bien en su abrigo, se subió el cuello y se sentó. Para distraerse abrió el folleto, lo hojeó un poco, pero tuvo que dejarlo pues se hizo tan oscuro que, cuando miró hacia arriba, apenas pudo distinguir nada en la nave cercana.
En la lejanía brillaba un gran triángulo compuesto por velas. K no podía decir con certeza si lo había visto antes. Tal vez las acababan de encender. Los sacristanes son silenciosos, es un rasgo profesional, así que no se les nota. Cuando K se volvió casualmente, vio, no muy lejos de donde se encontraba, cómo ardía un cirio grande y grueso, adosado a una columna. Por muy bello que fuera, era insuficiente para iluminar las imágenes que colgaban en las tinieblas de las capillas laterales, en realidad contribuía a aumentar esas tinieblas.
Era al mismo tiempo razonable y descortés que el italiano no se hubiera presentado. No se podría haber visto nada, se tendrían que haber limitado a buscar algunas imágenes con la linterna de K. Para comprobar qué es lo que les esperaba, K se acercó a una capilla lateral, subió un par de escalones hasta llegar a un bajo antepecho de mármol e, inclinado sobre él, iluminó con la linterna el cuadro del altar. La luz continua osciló inquietante. Lo primero que K, más que ver, adivinó, fue un gran caballero con armadura, representado en uno de los extremos del cuadro. Se apoyaba en su espada, que mantenía firmemente sobre un suelo desnudo, a no ser por unas briznas de hierba aquí y allá. Parecía observar con atención un incidente que tenía lugar ante él. Era asombroso que se mantuviera en esa posición y no se aproximara. Tal vez su misión consistía en vigilar. K, que hacía tiempo que no contemplaba ningún cuadro, permaneció ante él un buen rato, aunque se veía obligado a guiñar continuamente los ojos, pues no soportaba la luz verde de la linterna. Cuando, a continuación, desplazó la luz hacia el resto del cuadro, pudo ver una versión usual del entierro de Cristo; por lo demás, se trataba de un cuadro moderno. Se guardó la linterna y volvió a su sitio.
Era inútil seguir esperando al italiano; fuera, sin embargo, debía de estar cayendo un chaparrón, y como en el interior no hacía tanto frío

como había esperado, decidió permanecer dentro. Cerca de él estaba el púlpito, debajo del pequeño y redondo tornavoz había dos cruces doradas que se cruzaban en sus extremos. La parte exterior del pretil y el espacio que la unía a la columna sustentadora estaban adornados con hojas verdes esculpidas, que querubines mantenían en sus manos, unos con actitud vivaz, otros, reposada. K se acercó al púlpito y lo examinó por todas partes, el grabado de la piedra era extremadamente cuidadoso, la profunda oscuridad que reinaba entre los espacios vacíos del follaje pétreo y la que se extendía detrás de éste parecía atrapada, como si estuviera retenida; K introdujo su mano en uno de esos espacios vacíos y palpó la piedra, nunca había tenido conocimiento de la existencia de ese púlpito. En ese momento notó casualmente que un sacristán permanecía detrás de un banco cercano, vestido con una chaqueta negra colgante y arrugada, sosteniendo una cajita de rapé y observándole.

«¿Qué quiere ese hombre? –pensó K–. ¿Acaso le parezco sospechoso? ¿O querrá una limosna?» Cuando el sacristán vio que K le observaba, señaló con la mano derecha –entre dos dedos aún sostenía una pulgarada de rapé– hacia una dirección incierta. Su comportamiento era inexplicable. K esperó un rato, pero el sacristán no cesó de señalarle algo con la mano e incluso llegó a reforzar sus gestos con un movimiento de cabeza.

«¿Qué querrá?» –se preguntó K en voz baja. No se atrevía a gritar allí dentro. Su reacción fue sacar su cartera y acercarse al hombre. Pero éste hizo de inmediato un gesto de rechazo con la mano, alzó los hombros y se alejó cojeando. Con un paso semejante K había intentado imitar cuando era niño el trote de un caballo. «Un anciano senil –pensó K–. Su inteligencia apenas llega para ayudar en la Iglesia. Se para cuando yo me paro y acecha por si sigo andando». K siguió sonriendo al anciano por toda la nave lateral hasta llegar al Altar Mayor, el anciano no paraba de señalarle algo, pero K no se volvía. Esos gestos sólo tenían la intención de apartarle de sus huellas. Finalmente le dejó, no quería asustarlo, tampoco quería ahuyentarlo del todo, por si acaso venía el italiano.

Cuando entró en la nave principal para buscar el sitio en el que había dejado el folleto, descubrió muy cerca de una columna casi adosada a los bancos del coro del altar un sencillo y pequeño púlpito lateral, hecho de piedra desnuda y blanca. Era tan pequeño que desde lejos parecía una hornacina aún vacía, destinada a albergar una estatua. El sacerdote, con toda seguridad, apenas podría retroceder un paso desde el pretil. Además, el tornavoz, sin ningún adorno, estaba situado a una altura escasa y se inclinaba tanto que un hombre de mediana estatura

no podía permanecer recto en el interior del púlpito, sino que debía agacharse y apoyarse en el pretil. Parecía diseñado específicamente para atormentar al sacerdote, era incomprensible para qué podía necesitarse ese púlpito, ya que se tenía el otro, más grande y decorado con tanto primor.

A K no le hubiera llamado la atención ese pequeño púlpito, si no hubiera descubierto una lámpara fijada en la parte superior, como las e se suelen colocar poco antes de un sermón. ¿Se pronunciaría ahora un sermón? ¿En la iglesia vacía? K miró hacia la escalera que, bordeando la columna, conducía al púlpito y que era tan estrecha que no pare para uso humano, sino simplemente de adorno para la columna. Pero al pie del púlpito, K sonrió de asombro, se encontraba, efectivamente, un sacerdote. Apoyaba la mano en la barandilla, preparado para subir, y miraba a K. Entonces asintió levemente con la cabeza, por que K se persignó e inclinó, lo que debería haber hecho antes. El sacerdote tomó un poco de impulso y subió al púlpito con pasos cortos y rápidos. ¿Realmente iba a pronunciar un sermón? ¿Acaso el sacristán carecía de tan poco sentido común que le había querido conducir hasta– el sacerdote, lo que, en vista de la iglesia vacía, era necesario? Además, por algún lado había una anciana ante la imagen de la Virgen María que también tendría que haber venido. Y, si se iba a pronunciar un sermón, ¿por qué no había sido precedido por el órgano? Pero éste permanecía en silencio y brillaba débilmente envuelto en las tinieblas.

K pensó si no debería alejarse deprisa, o lo hacía ahora o ya no tendría otra oportunidad, debería permanecer allí durante todo el sermón; en la oficina había perdido tanto tiempo; ya no estaba obligado a esperar más al italiano. Miró su reloj, eran las once. Pero, ¿realmente se iba a pronunciar un sermón? ¿Podía K representar a toda la comunidad de fieles? ¿Y si fuese un extranjero que sólo pretendía visitar la iglesia? En el fondo así era. Era absurdo pensar que se podía pronunciar un sermón, ahora, a las once de la mañana, en un día laborable y con un tiempo tan horrible. El sacerdote –se trataba sin duda de un sacerdote, un hombre joven con el rostro liso y oscuro– parecía subir a apagar la lámpara, que alguien había encendido por error.

Pero no fue así. El sacerdote, en realidad, examinó la luz, la ajustó y se dio la vuelta lentamente hacia el pretil, apoyándose en él con las dos manos. Así permaneció un rato y miró, sin mover la cabeza, a su alrededor. K había retrocedido un trecho y se apoyaba con el codo en el banco de delante. Con ojos inseguros, sin poder determinar exactamente el lugar, vio cómo el sacristán, algo encorvado, se ponía a descansar pacíficamente como si hubiera terminado su cometido. ¡Qué silencio reinaba ahora en la catedral! Pero K tenía que romperlo, no

pretendía quedarse allí. Si era un deber del sacerdote predicar a una hora determinada sin consideración a las circunstancias, que lo hiciera, también podría cumplir su cometido en ausencia de K, su presencia tampoco contribuiría a aumentar el efecto. K se puso lentamente en camino y fue tanteando el banco de puntillas. Llegó a la nave central y prosiguió sin que nadie le detuviera, sólo sus pasos ligeros resonaban continuamente bajo las bóvedas con un ritmo regular y progresivo. K, consciente de que el sacerdote podía estar observándole, se sentía abandonado mientras avanzaba solo entre los bancos vacíos. Las dimensiones de la catedral le parecían ahora rayar en los límites de lo soportable para el ser humano. Cuando llegó al sitio que había ocupado anteriormente, cogió el folleto sin detenerse. Apenas había dejado atrás el banco y se acercaba al espacio vacío que le separaba de la salida, cuando escuchó por primera vez la voz del sacerdote. Era una voz poderosa y ejercitada. ¡Cómo se expandió por la catedral, preparada para recibirla! Pero no era a la comunidad de fieles a quien llamaba, su voz resonó clara, no había escapatoria alguna, exclamó:

–¡Josef K!

K se detuvo y miró al suelo. Aún era libre, podía seguir y escapar por una de las pequeñas y oscuras puertas de madera, que no estaban lejos. Pero eso significaría o que no había entendido o que había en tendido pero no quería hacer ningún caso. Si se daba la vuelta, se tendría que quedar, pues habría confesado tácitamente que había comprendido muy bien su nombre y que quería obedecer. Si el sacerdote hubiese gritado de nuevo, K habría proseguido su camino, pero como todo permaneció en silencio, volvió un poco la cabeza, pues quería ver qué hacía el sacerdote en ese momento. Se le veía tranquilo en el púlpito, se podía advertir que había notado el giro de cabeza de K. Hubiera sido un juego infantil si K no se hubiese dado la vuelta por completo. Así lo hizo, y el sacerdote le llamó con una señal de la mano. Como ya todo ocurría abiertamente, avanzó –lo hizo en parte por curiosidad y en parte para tener la oportunidad de acortar su estancia allí– con pasos largos y ligeros hasta el púlpito. Se paró ante los bancos, pero al sacerdote le parecía que la distancia era aún demasiado grande. Estiró la imano y señaló con el dedo índice un asiento al pie del púlpito. K siguió su indicación y, al sentarse, tuvo que mantener la cabeza inclinada hacia atrás para poder ver al sacerdote.

–Tú eres Josef K –dijo el sacerdote, y apoyó una mano en el pretil con un movimiento incierto.

–Sí –dijo K. Pensó cómo en otros tiempos había pronunciado su nombre con entera libertad, pero ahora suponía una carga para él, también ahora conocía su nombre gente a la que veía por primera vez.

Qué bello era que le presentaran y luego conocer a la gente.
–Estás acusado –dijo el sacerdote en voz baja.
–Sí –dijo K–, ya me lo han comunicado.
–Entonces tú eres al que busco –dijo el sacerdote–. Yo soy el capellán de la prisión.
–¡Ah, ya! –dijo K.
–He hecho que te trajeran aquí para hablar contigo –dijo el sacerdote.
–No lo sabía –dijo K–. He venido para mostrarle la catedral a un italiano.
–Deja lo accesorio –dijo el sacerdote–. ¿Qué sostienes en la mano? ¿Un libro de oraciones?
–No –respondió K–, es un folleto con los monumentos históricos de la ciudad.
–Déjalo a un lado –dijo el sacerdote.
K lo arrojó con tal fuerza que se rompió y un trozo con las páginas dobladas se deslizó por el suelo.
–¿Sabes que tu proceso va mal? –preguntó el sacerdote.
–También a mí me lo parece –dijo K–. Me he esforzado todo lo que he podido, pero hasta ahora sin éxito. Además, aún no he concluido mi primer escrito judicial.
–¿Cómo te imaginas el final? –preguntó el sacerdote.
Al principio pensé que terminaría bien –dijo K–, ahora hay veces que hasta yo mismo lo dudo. No sé cómo terminará. ¿Lo sabes tú?
–No –dijo el sacerdote–, pero temo que terminará mal. Te consideran culpable. Tu proceso probablemente no pasará de un tribunal inferior. Tu culpa, al menos provisionalmente, se considera probada.
–Pero yo no soy culpable –dijo K–. Es un error. ¿Cómo puede ser un hombre culpable, así, sin más? Todos somos seres humanos, tanto el uno como el otro.
–Eso es cierto –dijo el sacerdote–, pero así suelen hablar los culpables.
–¿Tienes algún prejuicio contra mí? –preguntó K.
–No tengo ningún prejuicio contra ti –dijo el sacerdote.
–Te lo agradezco –dijo K–. Todos los demás que participan en mi proceso tienen un prejuicio contra mí. Ellos se lo inspiran también a los que no participan en él. Mi posición es cada vez más difícil.
–Interpretas mal los hechos –dijo el sacerdote–, la sentencia no se pronuncia de una vez, el procedimiento se va convirtiendo lentamente en sentencia.
–Así es, entonces –dijo K, y agachó la cabeza.
–¿Qué es lo siguiente que vas a hacer en tu causa? –preguntó el sacerdote.
–Quiero buscar ayuda –dijo K, y elevó la cabeza para ver cómo el

sacerdote juzgaba su intención–. Aún quedan posibilidades que no he utilizado.
–Buscas demasiado la ayuda de extraños –dijo el sacerdote con un tono de desaprobación–, especialmente de mujeres. ¿Acaso no te das cuenta de que no es la ayuda verdadera?
Algunas veces, incluso con frecuencia podría darte la razón –dijo K–, pero no siempre. Las mujeres tienen mucho poder. Si pudiera convencer a algunas mujeres de las que conozco para que trabajen en común para mí, podría abrirme paso. Especialmente en este tribunal, que parece constituido por mujeriegos. Muéstrale una mujer al juez instructor y arrollará la mesa y a los acusados para llegar hasta ella.
El sacerdote inclinó la cabeza hacia el pretil, ahora parecía como si el tornavoz le presionase hacia abajo. ¿Pero qué tiempo podía estar haciendo fuera? Ya no era sólo un día nublado y lluvioso, parecía noche profunda. Ninguna de las vidrieras era capaz de iluminar con un pobre resplandor los oscuros muros. Y precisamente en ese momento el sacristán comenzó a apagar todas las velas del Altar Mayor.
–¿Estás enfadado conmigo? –preguntó K al sacerdote–. Es posible que no conozcas el tipo de tribunal en el que prestas servicio.
No recibió ninguna respuesta.
–Son sólo mis experiencias –dijo K.
Arriba, en el púlpito, todo permaneció silencioso.
–No te he querido ofender –dijo K.
Entonces gritó el sacerdote hacia K:
–¿Acaso eres ciego?
Gritó con ira, pero también como alguien que ve caer a otro y, debido al susto, grita sin voluntad de hacerlo.
Ambos se callaron un rato. El sacerdote no podía reconocer a K, abajo, en la oscuridad, mientras que K podía ver claramente al sacerdote gracias a la pequeña lámpara. ¿Por qué no bajaba? No había pronunciado ningún sermón, sino que se había limitado a darle algunas informaciones, que a él, si las consideraba con detenimiento, antes le podrían dañar que beneficiar. No obstante, a K le parecía indudable la buena intención del sacerdote, no sería imposible que pudieran llegar a un acuerdo si bajaba, tampoco era imposible que recibiera de él un consejo decisivo y aceptable, que le mostrara, por ejemplo, no cómo se podía influir en el proceso, sino cómo se podía salir del proceso, cómo se podía vivir al margen de éste. Esa posibilidad tenía que existir, K había pensado mucho en ella en los últimos tiempos. Si el sacerdote conocía esa posibilidad, a lo mejor se la decía si se lo pedía, aunque perteneciera al tribunal, y a pesar de que K, al atacar al tribunal, hubiese herido sus sentimientos y le hubiera obligado a gritar.

–¿No quieres bajar? –dijo K–. No vas a pronunciar ningún sermón. Baja conmigo.
–Ya puedo bajar –dijo el sacerdote, parecía lamentar su grito. Mientras descolgaba la lámpara, dijo–: Primero tenía que hablar contigo guardando las distancias, si no me dejo influir fácilmente y olvido mi misión.
K le esperó abajo, al pie de la escalera. El sacerdote le ofreció la mano mientras bajaba los últimos escalones.
–¿Me podrías dedicar un poco de tu tiempo?
–Tanto como necesites –dijo el sacerdote, y le dio la lámpara a K para que éste la llevase. Ni siquiera tan cerca perdió su actitud en solemnidad.
–Eres muy amable conmigo –dijo K.
Comenzaron a recorrer la nave lateral uno al lado del otro.
–Eres una excepción entre todos los que pertenecen al tribunal. En ti tengo más confianza que en cualquiera de los demás. Contigo puedo hablar abiertamente.
–No te engañes –dijo el sacerdote.
–¿En qué podría engañarme? –preguntó K.
–Te engañas en lo que respecta al tribunal –dijo el sacerdote–, en la introducción a la Ley se ha escrito sobre este engaño :
«Ante la Ley hay un guardián que protege la puerta de entrada. Un hombre procedente del campo se acerca a él y le pide permiso para acceder a la Ley. Pero el guardián dice que en ese momento no le puede permitir la entrada. El hombre reflexiona y pregunta si podrá entrar más tarde».
–Es posible –responde el guardián–, pero no ahora.
«Como la puerta de acceso a la Ley permanece abierta, como siempre, y el guardián se sitúa a un lado, el hombre se inclina para mirar a través del umbral y ver así qué hay en el interior. Cuando el guardián advierte su propósito , ríe y dice:
»–Si tanto te incita, intenta entrar a pesar de mi prohibición. Ten en cuenta, sin embargo, que soy poderoso y que, además, soy el guardián más insignificante. Ante cada una de las salas permanece un guardián, el uno más poderoso que el otro. La mirada del tercero ya es para mí insoportable.
»El hombre procedente del campo no había contado con tantas dificultades. La Ley, piensa, debe ser accesible a todos y en todo momento, pero al considerar ahora con más exactitud al guardián, cubierto con su abrigo de piel, al observar su enorme y prolongada nariz, la barba negra, fina, larga, tártara, decide que es mejor esperar hasta que reciba el permiso para entrar. El guardián le da un taburete y

deja que tome asiento en uno de los lados de la puerta. Allí permanece sentado días y años. Hace muchos intentos para que le inviten a entrar y cansa al guardián con sus súplicas. El guardián le somete a menudo a cortos interrogatorios, le pregunta acerca de su hogar y de otras cosas, pero son preguntas indiferentes, como las que hacen grandes señores, y al final siempre repetía que todavía no podía permitirle la entrada. El hombre, que se había provisto muy bien para el viaje, utiliza todo, por valioso que sea, para sobornar al guardián. Éste lo acepta todo, pero al mismo tiempo dice:

»–Sólo lo acepto para que no creas que has omitido algo.

»Durante los muchos años que estuvo allí, el hombre observó al guardián de forma casi ininterrumpida. Olvidó a los otros guardianes y éste le terminó pareciendo el único impedimento para tener acceso a la Ley. Los primeros años maldijo la desgraciada casualidad, más tarde, ya envejecido, sólo murmuraba para sí. Se vuelve senil, y como ha sometido durante tanto tiempo al guardián a un largo estudio ya es capaz de reconocer a la pulga en el cuello de su abrigo de piel, por lo que solicita a la pulga que le ayude para cambiar la opinión del guardián. Por último, su vista se torna débil y ya no sabe realmente si oscurece a su alrededor o son sólo los ojos los que le engañan. Pero ahora advierte en la oscuridad un brillo que irrumpe indeleble a través de la puerta de la Ley. Ya no vivirá mucho más. Antes de su muerte se concentran en su mente todas las experiencias pasadas, que toman forma en una sola pregunta que hasta ahora no había hecho al guardián. Entonces le guiña un ojo, ya que no puede incorporar su cuerpo entumecido. El guardián tiene que inclinarse hacia él profundamente porque la diferencia de tamaños ha variado en perjuicio del hombre de la provincia.

»–¿Qué quieres saber ahora? –pregunta el guardián–. Eres insaciable.

»–Todos aspiran a la Ley –dice el hombre–. ¿Cómo es posible que durante tantos años sólo yo haya solicitado la entrada?

»El guardián comprueba que el hombre ha llegado a su fin y, para que su débil oído pueda percibirlo, le grita:

»–Ningún otro podía haber recibido permiso para entrar por está puerta, pues esta entrada estaba reservada sólo para ti. Yo me voy ahora y cierro la puerta».

–El centinela, entonces, ha engañado al hombre –dijo K en seguida, fuertemente atraído por la historia.

–No te apresures –dijo el sacerdote–, no asumas la opinión ajena sin examinarla. Te he contado la historia tal y como está escrita. En ella no se habla en ningún momento de engaño.

–Pero está claro –dijo K–, y tu primera interpretación era correcta. El

vigilante le ha comunicado el mensaje liberador sólo cuando ya no podía ayudar en nada al hombre.
–Pero él tampoco preguntó antes –dijo el sacerdote–, considera que sólo era un vigilante y como tal se ha limitado a cumplir su deber.
–¿Por qué piensas que ha cumplido con su deber? –preguntó K–. No lo ha cumplido. Su deber consistía en rechazar a los extraños, pero tenía que haber dejado pasar al hombre para quien estaba destinada la entrada.
–No tienes el suficiente respeto a la letra escrita y cambias la historia –dijo el sacerdote–. La historia contiene dos explicaciones importantes del vigilante respecto a la entrada a la Ley, una al principio y otra al final. Una dice: «que no podía permitirle la entrada», y la otra: «esta entrada estaba reservada sólo para ti». Si entre ambas explicaciones existiese una contradicción, tú tendrías razón y el vigilante habría engañado al hombre. Pero no existe ninguna contradicción. Todo lo contrario, la primera explicación, incluso, indica la segunda. Se podría decir que el vigilante se excede en el cumplimiento de su deber al plantear la posibilidad de una futura entrada. En ese momento su único deber parecía consistir en no admitir al hombre. Y, en efecto, muchos intérpretes se maravillan de que el vigilante haya pronunciado semejante indicación, pues parece amar la precisión y cumple escrupulosamente con su deber. No abandona su puesto en tantos años y sólo cierra la puerta en el último momento, siendo consciente de la importancia de su misión, pues dice: «soy poderoso». Además, tiene respeto frente a sus superiores, pues dice: «soy el guardián más insignificante». Cuando se trata del cumplimiento del deber, no admite ruegos ni se deja ablandar, pues se dice: «cansa al guardián con sus súplicas». Tampoco es hablador, pues durante todos los años sólo plantea, como está escrito, preguntas «indiferentes». No se deja sobornar, pues dice sobre un regalo: «sólo lo acepto para que no creas que has emitido algo». Finalmente, su aspecto externo indica un carácter pedante, por ejemplo la gran nariz y la larga y fina barba tártara. ¿Puede haber un vigilante más fiel a su deber? Pero en el vigilante se mezclan otros caracteres esenciales que resultan muy favorables para quien solicita la entrada, y que, además, indican la posibilidad, manifestada en su anterior insinuación, de que en el futuro podría ir más allá de lo que le dicta el deber. No obstante, no se puede negar que es algo simple y, en relación con este atributo, presuntuoso. Si todas las menciones que hace referentes a su poder y sobre el poder de los demás vigilantes, cuya visión, como él reconoce, le es insoportable, son ciertas, entonces muestra, en la manera con que las emite, que sus ideas están afectadas por su simpleza y arrogancia. Los

intérpretes aducen: «El correcto entendimiento de un asunto y una incomprensión de éste no se excluyen mutuamente». En todo caso, se debe reconocer que esa simpleza y arrogancia, por muy difuminadas que aparezcan, debilitan la vigilancia de la entrada, son lagunas en el carácter del vigilante. A esto se añade que el vigilante, según su talante natural, parece amable, no siempre actúa como si estuviera de servicio. Al principio dice en broma que, a pesar del mantenimiento de la prohibición, le invita a entrar, pero, a continuación, no le incita a entrar, sino que, como está escrito, le da un taburete y le deja sentarse al lado de la puerta. La paciencia con la que, durante tantos años, soporta las peticiones del hombre, los pequeños interrogatorios, la aceptación de los regalos, la nobleza con la que permite que el hombre a su lado maldiga en voz alta su desgraciado destino, del que hace culpable al vigilante, todo eso indica el talante compasivo del vigilante. No todos los vigilantes habrían actuado así. y;, al final, se inclina profundamente hacia el hombre para darle la oportunidad de plantear una última pregunta. Sólo deja traslucir una débil impaciencia –el vigilante sabe que todo ha acabado–, cuando dice: «Eres insaciable». Algunos intérpretes continúan, incluso, esta línea exegética y afirman que las palabras «eres insaciable» expresan una suerte de admiración, que, por supuesto, tampoco está libre de altivez. Pero así la figura del vigilante adquiere un perfil distinto al que tú le has atribuido.

–Tú conoces la historia con más detalle que yo y desde hace mucho más tiempo –dijo K.

Permanecieron callados un rato. Luego K preguntó:

–¿Entonces crees que no engañó al hombre?

–No me interpretes mal –dijo el sacerdote–, sólo te menciono las distintas opiniones sobre la leyenda. No debes fiarte tanto de las opiniones. La escritura es invariable, y las opiniones, con frecuencia, sólo son expresión de la desesperación causada por este hecho. En este caso hay, incluso, una opinión según la cual precisamente el vigilante es el engañado.

–Ésa es una interpretación que va demasiado lejos –dijo K–. ¿Cómo la fundamentan?

–La fundamentación se basa en la simpleza del centinela. Él dice que no conoce el interior de la Ley, sino sólo el camino que una y otra vez tiene que recorrer ante la entrada. Las ideas que posee del interior se consideran ingenuas y se cree que él mismo teme aquello que también quiere hacer que el hombre tema. Sí, incluso él tiene más miedo que el hombre, pues éste sólo quiere entrar, aun después de haber oído que hay vigilantes más poderosos; el centinela, sin embargo, no quiere entrar, al menos no se dice nada sobre ello. Otros, por el contrario,

afirman que él ha tenido que estar en el interior, pues fue admitido para ponerse al servicio de la Ley y eso sólo puede ocurrir en el interior. A esto se responde que una voz procedente del interior pudo nombrarle vigilante y que, por consiguiente, es posible que no hubiese estado en el interior, al menos no en la parte más interna, ya que él mismo dice que no resiste la mirada del tercer centinela. Además, tampoco se informa de que durante todos esos años haya mencionado, aparte de su referencia a los otros vigilantes, algo del interior. Es posible que lo tuviera prohibido, pero no se nos dice nada de esa prohibición. De todo esto se deduce que no sabe nada del aspecto que presenta el interior ni de su importancia y que, por lo tanto, permanece allí engañado. Pero también está engañado respecto al hombre de la provincia, pues es su subordinado y no lo sabe. Que él trata al hombre como si fuera un subordinado, se reconoce en muchos detalles, fáciles de recordar. Pero que realmente sea un subordinado debería derivarse, según esa opinión, con la misma claridad. Ante todo es libre el que está por encima del que permanece sujeto. Ahora bien, el hombre es el que realmente está libre, él puede ir a donde quiera, sólo le está prohibida la entrada a la Ley y, además, sólo por una persona, por el centinela. Si se sienta en el taburete al lado de la puerta y allí pasa toda su vida, lo hace voluntariamente, la historia no habla de ninguna obligación. El centinela, sin embargo, está obligado por su cargo a permanecer en su puesto, no se puede alejar; según las apariencias, tampoco puede ir hacia el interior, ni en el caso de que así lo quisiera. Además, aunque está al servicio de la Ley, sólo presta su servicio ante esa entrada, es decir, en realidad está al servicio de ese hombre, el único al que está destinada dicha entrada. También desde esta perspectiva está subordinado a él. Se puede suponer que, a través de muchos años, sólo ha prestado un servicio inútil, pues se dice que llega un hombre maduro, es decir, que el centinela tuvo que esperar mucho tiempo hasta que pudo cumplir su objetivo y, además, tuvo que esperar tanto tiempo como quiso el hombre del campo, que vino voluntariamente. Pero también el final de su servicio queda determinado por la muerte del hombre, así que permanece subordinado a él hasta su fallecimiento. Y una y otra vez se acentúa que el centinela no sabe nada de eso. No es nada extraordinario, pues, según esta interpretación, el centinela es víctima de un engaño mucho mayor, el que hace referencia a su servicio. Al final habla de la entrada y dice: «Ahora me voy y la cierro», pero al principio se dice que la puerta que da acceso a la Ley permanece abierta, como siempre, así que siempre está abierta, siempre, con independencia de la vida del hombre para el que está destinada esa entrada, por consiguiente el vigilante no podrá cerrarla.

Aquí divergen las opiniones. Unos creen que el centinela, con el anuncio de que va a cerrar la puerta, sólo pretende dar una respuesta o acentuar su obligación; otros piensan que en el último momento quiere entristecer al hombre e impulsarle a que se arrepienta. Muchos comentadores coinciden en que no podrá cerrar la puerta. Opinan, incluso, que al menos al final, también en lo que sabe, permanece subordinado al hombre, pues éste ve cómo surge el resplandor de la Ley, mientras que el centinela permanece de espaldas y no menciona nada que haga suponer que ha advertido alguna transformación.
–Esta última interpretación está bien fundada –dijo K, que había repetido para sí, en voz baja, algunos de los pasajes de la aclaración del sacerdote–. Está bien fundada, y creo también que el centinela está engañado. Pero al aceptar esto no me he apartado de mi primera opinión, ambas se cubren parcialmente. No es algo decisivo si el centinela ve claro o se engaña. Yo dije que han engañado al hombre. Si el centinela ve claro, se podría dudar, pero si el centinela está engañado, su engaño se transmite necesariamente al hombre. El centinela no es, en ese caso, un estafador, pero sí tan simple que debería ser expulsado inmediatamente del servicio. Tienes que considerar que el engaño que afecta al centinela no le daña, pero sí al hombre, y con crueldad.
–Aquí topas con una opinión contraria –dijo el sacerdote–. Muchos dicen que la historia no otorga a nadie el derecho a juzgar al centinela. Sea cual sea la impresión que nos dé, es un servidor de la Ley, esto es, pertenece a la Ley, por lo que es inaccesible al juicio humano. Tampoco se puede creer que el centinela esté subordinado al hombre. Estar sujeto, por su servicio, a la entrada de la Ley es incomparablemente más importante que vivir libre en el mundo. El hombre viene a la Ley, el centinela ya está allí. La Ley ha sido la que le ha puesto a su servicio. Dudar de su dignidad significa dudar de la Ley.
–Yo no comparto esa opinión –dijo K moviendo negativamente la cabeza–, pues si se aceptan sus premisas hay que considerar que todo lo que dice el vigilante es verdad. Pero eso es imposible, como tú mismo has fundamentado con todo detalle.
–No –dijo el sacerdote–, no se debe tener todo por verdad, sólo se tiene que considerar necesario.
–Triste opinión –dijo K–. La mentira se eleva a fundamento del orden mundial.
K dijo estas palabras como conclusión, pero no eran su juicio definitivo. Estaba demasiado cansado para poder abarcar todas las posibilidades que ofrecía la historia, además conducía a razonamientos inusuales, a paradojas, más adecuadas para funcionarios judiciales que para él. Esa

historia tan simple se había tornado en algo informe, quería sacudírsela de encima y el sacerdote, que ahora mostró una gran delicadeza de sentimientos, lo toleró y recibió en silencio la última indicación de K, aunque con toda seguridad no coincidía con ella.
Siguieron andando un rato en silencio. K se mantenía muy cerca del sacerdote, sin saber dónde se encontraba por las tinieblas que les rodeaban. La vela de la lámpara hacía tiempo que se había apagado. Una vez brilló ante él el pedestal de plata de un Santo, pero volvió a sumirse en la oscuridad. Para no depender por completo del sacerdote, K le preguntó:
–¿No nos encontramos cerca de la salida principal?
–No –dijo el sacerdote–, estamos muy lejos. ¿Quieres irte ya?
Aunque en ese momento no pensaba en ello, K respondió en seguida:
–Es verdad, tengo que irme. Soy gerente en un banco, me esperan, sólo he venido para enseñarle la catedral a un hombre de negocios extranjero.
–Bien –dijo el sacerdote, y estrechó la mano de K–, entonces vete.
–No puedo orientarme bien aquí en la oscuridad –dijo K.
–Ve a la izquierda, hacia el muro –dijo el sacerdote–, luego síguelo hasta que encuentres una salida.
El sacerdote sólo se había separado de él unos pasos, cuando K gritó:
–¡Por favor, espera!
–Espero –dijo el sacerdote.
–¿No quieres nada más de mí? –preguntó K.
–No –dijo el sacerdote.
Al principio has sido tan amable conmigo –dijo K–, y me lo has explicado todo, pero ahora me despides como si no te importase nada.
–Tienes que irte –dijo el sacerdote.
–Bien, sí –dijo K–, compréndelo.
–Comprende primero quién soy yo –dijo el sacerdote.
–Tú eres el capellán de la prisión –dijo K, y se acercó al sacerdote.
No necesitaba regresar tan pronto al banco como en un principio había creído. Podía permanecer aún allí.
–Yo pertenezco al tribunal –dijo el sacerdote–. ¿Por qué debería querer algo de ti? El tribunal no quiere nada de ti. Te toma cuando llegas y te despide cuando te vas.

EL FINAL

La noche anterior al día en que cumplía treinta y un años –serían las nueve de la noche, tiempo de silencio en las calles–, dos hombres

llegaron a la vivienda de K. Vestían levitas, sus rostros eran pálidos y grasientos, y estaban tocados con chisteras firmemente encajadas. Después de intercambiar algunas formalidades ante la puerta de la casa, repitieron las mismas formalidades, pero con más ceremonia, ante la puerta de K. Aunque nadie le había anunciado la visita, K, poco antes de la llegada de aquellos hombres, había permanecido sentado en una silla cerca de la puerta, también vestido de negro, poniéndose lentamente sus guantes, en una actitud similar a cuando alguien espera huéspedes. Se levantó en seguida y contempló a los hombres con curiosidad.
–¿Les han enviado para recogerme? –preguntó.
–Los hombres asintieron, uno de ellos hizo una seña a su compañero con la chistera en la mano. K reconoció que había esperado una visita distinta. Fue hacia la ventana y contempló una vez más la calle oscura. Casi todas las ventanas de la calle de enfrente también estaban oscuras, en muchas habían corrido las cortinas. En una de las ventanas iluminadas se podía ver cómo jugaban dos niños detrás de unas rejas, se tocaban con las manos, aún incapaces de moverse de sus sitios. «Viejos actores de segunda fila es lo que envían para recogerme» –pensó K, y miró a su alrededor, para convencerse otra vez de ello–. «Buscan librarse de mí de la forma más barata». K se volvió de repente y preguntó:
–¿En qué teatro actúan ustedes?
–¿Teatro? –preguntó uno de los hombres con un tic en la comisura del labio, volviéndose hacia su compañero para buscar consejo. El otro hizo gestos mudos, como el que lucha contra un ser fantasmal.
–No están preparados para que se les pregunte –se dijo K, y fue a recoger su sombrero.
Ya en la escalera querían cogerle de los brazos, pero K dijo:
–Cuando estemos en la calle, no estoy enfermo.
No obstante, en cuanto llegaron a la puerta le agarraron de un modo inaudito para K. Mantenían los hombros justo detrás de los suyos, no doblaban los brazos, sino que los utilizaban para rodear los brazos de K en toda su largura, por debajo agarraban las manos de K con una maña de colegio, pero estudiada e irresistible. K iba muy recto entre ambos, ahora los tres formaban tal unidad que, si alguien hubiese golpeado a uno de ellos, todos habrían sentido el golpe. Constituían una unidad como sólo la materia inanimada puede formar.
K, bajo la luz de las farolas, intentó a menudo contemplar mejor a sus acompañantes de lo que lo había hecho en la penumbra de su vivienda, a pesar de que la forma en que lo llevaban dificultaba esa operación. «A lo mejor son tenores» –pensó al mirar sus dobles papadas. La limpieza

de sus rostros le daba asco. Vio cómo la mano lustrosa restregó el rabillo del ojo, frotó el labio superior, rascó las arrugas de la barbilla.
Cuando K lo advirtió, se detuvo, así que los otros también se detuvieron. Se encontraban al borde de una plaza solitaria, adornada con jardines.
–¡Por qué les han enviado precisamente a ustedes! –gritó más que preguntó.
Los hombres no supieron qué contestar, se limitaron a esperar con el brazo libre colgando, como enfermeros cuando el enfermo quiere descansar.
–No sigo –dijo K para probarlos.
A eso no necesitaron contestar, apretaron las manos de K e intentaron moverle de su sitio, pero K se resistió.
«No necesitaré más mi fuerza –pensó K–, la emplearé toda ahora». Recordó a las moscas que intentan escapar con las patitas rotas del papel encolado.
–Los señores van a tener trabajo –se dijo.
Ante ellos apareció en ese momento la señorita Bürstner, que salía (orla plaza de una calle lateral. No era seguro que fuese ella, aunque se parecía mucho. Pero a K no le importaba si lo era o no, sólo tomó con ciencia de lo inútil de su oposición. No había nada de heroico en ofrecer ahora resistencia, en poner dificultades a esos hombres, o en intentar disfrutar de la vida aparente que aún le quedaba mediante una defensa. Así que reanudó su camino y sintió algo de la alegría de sus acompañantes por haberlo hecho. Toleraron que determinase la dirección y él eligió seguir el camino de la señorita, y no porque la quisiera alcanzar, no porque la quisiera ver el mayor tiempo posible, sino simplemente para no olvidar la advertencia que ella significaba para él.
«Lo único que puedo hacer –se dijo, y la sincronicidad de sus pasos con los de sus acompañantes confirmó sus pensamientos–, lo único que puedo hacer es mantener el sentido común hasta el final. Siempre quise ir por el mundo con veinte manos y, además, con un objetivo no autorizado. Eso fue incorrecto, ¿acaso es necesario que diga que ni siquiera un proceso de un año ha logrado hacerme aprender algo? ¿Acaso debo partir como un ser humano obcecado? ¿Se puede decir de mí que quise terminar el proceso en su inicio y que ahora, cuando termina, quiero comenzarlo de nuevo? No quiero que se diga eso. Estoy agradecido de que me hayan asignado para este camino a estos hombres necios y semimudos, y de que se me haya permitido que yo mismo me diga lo necesario».
La señorita, mientras tanto, había doblado por una calle perpendicular,

pero K ya podía abandonarla, así que se dejó conducir por los acompañantes. Los tres, en perfecta armonía, atravesaron un puente a la luz de la luna. Los hombres permitían que K hiciera los pequeños movimientos que deseaba. Cuando quiso girar un poco hacia la barandilla, los hombres también giraron, quedando todos de frente. El agua, brillante y temblorosa a la luz de la luna, se bifurcaba ante una pequeña isla, en cuyas orillas crecían arbustos y una espesa arboleda. Por debajo de ellos, invisibles, se extendían caminos de arena, formando pequeñas playas en las que K, en algún verano, se había tumbado para tomar el sol.

–En realidad, no quería pararme –dijo K a sus acompañantes, avergonzado por su buena disposición hacia él. Uno de ellos, a espaldas de K, pareció hacerle al otro un reproche por la equivocación, luego siguieron adelante.

Pasaron por algunas calles empinadas, en las que, más lejos o más cerca, vieron a algunos policías. Uno de ellos, con un bigote poblado, se acercó al grupo con la mano en la empuñadura del sable, probable mente le resultó sospechoso. Los hombres se detuvieron, el policía iba a abrir la boca, pero entonces K empujó a sus acompañantes hacia adelante. Se volvió con frecuencia para comprobar si el policía les seguía. Pero en cuanto doblaron una esquina y perdieron de vista al policía, K comenzó a correr. Sus acompañantes tuvieron que correr con él perdiendo el aliento.

Así, salieron rápidamente de la ciudad, que, en esa dirección, limitaba prácticamente sin transición con el campo. Cerca de una casa de pisos, como las de la ciudad, había una pequeña cantera, abandona da y desierta. Allí se pararon, ya fuese porque ese lugar había sido su destino desde el principio, ya porque estuvieran demasiado agotados para seguir andando. Dejaron libre a K, que, mudo, se limitó a esperar. Los dos hombres se quitaron las chisteras y, mientras inspeccionaban con la mirada la cantera, se secaron el sudor de la frente con un pañuelo. La luz de la luna iluminaba todo el escenario con la naturalidad y tranquilidad que ninguna otra luz posee.

Después de intercambiar algunas cortesías sobre quién debería hacerse cargo de las próximas tareas –aquellos señores parecían haber recibido el encargo sin que les asignaran sus respectivas competencias–, uno de ellos se acercó a K y le quitó la chaqueta, el chaleco y, finalmente, la camisa. K tembló involuntariamente, por lo que uno de los hombres le dio una palmada tranquilizadora en la espalda. A continuación, dobló cuidadosamente las prendas, como si se fueran a utilizar otra vez, aunque no en un periodo inmediato. Para no exponer a K al aire frío de la noche, le tomó bajo su brazo y anduvo con él de un lado a otro,

mientras el compañero buscaba un lugar apropiado en la cantera. Cuando lo hubo encontrado, hizo una seña y el otro acompañó a K hasta allí. Estaba cerca del corte, al lado de una piedra desprendida. Los hombres sentaron a K en el suelo, le apoyaron contra la piedra y reclinaron su cabeza. A pesar del esfuerzo que ponían y de toda la ayuda de K, su posición quedaba forzada e inverosímil. Uno de los hombres pidió al otro que le dejase a él buscar una postura mejor, pero tampoco logró nada. Finalmente, dejaron a K en una posición que ni siquiera era la mejor entre todas las que habían probado. Entonces uno de los hombres abrió su levita y sacó de un cinturón que rodeaba al chaleco un cuchillo de carnicero largo, afilado por ambas partes; lo mantuvo en alto y comprobó el filo a la luz. De nuevo comenzaron las repugnantes cortesías, uno entregaba el cuchillo al otro por encima de la cabeza de K, y el último se lo devolvía al primero. K sabía que su deber hubiera consistido en coger el cuchillo cuando pasaba de mano en mano sobre su cabeza y clavárselo. Pero no lo hizo; en vez de eso, giró el cuello, aún libre, y miró alrededor. No podía satisfacer todas las exigencias, quitarle todo el trabajo a la organización; la responsabilidad por ese último error la soportaba el que le había privado de las fuerzas necesarias para llevar a cabo esa última acción. Su mirada recayó en el último piso de la casa que lindaba con la cantera. Del mismo modo en que una luz parpadea, así se abrieron las dos hojas de una ventana. Un hombre, débil y delgado por la altura y la lejanía, se asomó con un impulso y extendió los brazos hacia afuera. ¿Quién era? ¿Un amigo? ¿Un buen hombre? ¿Alguien que participaba? ¿Alguien que quería ayudar? ¿Era sólo una persona? ¿Eran todos? ¿Era ayuda? ¿Había objeciones que se habían olvidado? Seguro que las había. La lógica es inalterable, pero no puede resistir a un hombre que quiere vivir. ¿Dónde estaba el juez al que nunca había visto? ¿Dónde estaba el tribunal supremo ante el que nunca había comparecido? Levantó las manos y estiró todos los dedos.

Pero las manos de uno de los hombres aferraban ya su garganta, mientras que el otro le clavaba el cuchillo en el corazón, retorciéndolo dos veces. Con ojos vidriosos aún pudo ver cómo, ante él, los dos hombres, mejilla con mejilla, observaban la decisión.

–¡Como a un perro! –dijo él: era como si la vergüenza debiera sobrevivirle.

FRAGMENTOS

LA AMIGA DE B

En los días siguientes, a K le había sido imposible intercambiar ni siquiera unas palabras con la señorita Bürstner. Intentó acercarse a ella por diversos medios, pero ella supo impedirlo. Después de la oficina se Iba directamente a casa, permanecía en su habitación sin encender la luz, sentado en el canapé o simplemente se limitaba a observar el recibidor. Si pasaba, por ejemplo, la criada, y ésta cerraba la puerta de la habitación, aparentemente vacía, K se levantaba pasado un rato y la abría de nuevo. Por las mañanas se levantaba una hora más temprano que de costumbre para poder encontrarse a solas con la señorita Bürstner, cuando ella se iba a la oficina. Pero ninguno de estos intentos culminó con éxito. Así pues, decidió escribirle una carta tanto a la oficina como a casa, en ella intentó justificar su comportamiento, ofreció una satisfacción, prometió no volver a sobrepasarse y pidió que le diera una Oportunidad para hablar con ella, sobre todo porque no quería emprender nada respecto a la señora Grubach mientras no hubiesen hablado. Finalmente, le comunicaba que el domingo próximo permanecería todo el día en su habitación esperando un signo suyo, que él partía de la consideración de que cumpliría su petición o que, en caso contrario, le explicaría los motivos de su negativa, aunque él le había prometido plegarse a todos sus deseos. No devolvieron las cartas, pero tampoco recibió respuesta. Sin embargo, el domingo hubo un signo lo suficientemente claro. Por la mañana temprano K percibió a través del ojo de la cerradura un movimiento inusual en el recibidor, que pronto encontró una explicación. Una profesora de francés, que, por lo demás, era alemana y se llamaba Montag, una muchacha débil y pálida, que cojeaba un poco y que hasta el momento había vivido en su propia habitación, se estaba mudando a la habitación de la señorita Bürstnner. Se la vio arrastrar el pie por el recibidor durante horas. Siempre quedaba una prenda o una tapadera o un libro olvidados que había que ir a recoger y traer a la nueva habitación.

Cuando la señora Grubach le trajo el desayuno –desde que enojó tanto a K ya no delegaba en la criada ningún servicio–, K no se pudo contener y le habló por primera vez en seis días.

–¿Por qué hay hoy tanto ruido en el recibidor? –preguntó mientras se servía el café–. ¿No se podría evitar? ¿Precisamente hay que limpiar el domingo?

Aunque K no miró a la señora Grubach, notó que respiró aliviada. Consideraba esas palabras severas de K como un perdón o como el comienzo del perdón.

–No están limpiando, señor K –dijo ella–, la señorita Montag se está mudando a la habitación de la señorita Bürstner y traslada sus cosas.

No dijo nada más, se limitó a esperar a que K hablase o consintiese que ella lo siguiera haciendo. K, sin embargo, la puso a prueba, removió pensativo el café con la cuchara y calló. Luego la miró y dijo:
–¿Ha renunciado ya a su sospecha referente a la señorita Bürstner? –Señor K –exclamó la señora Grubach, que había estado esperando esa pregunta, doblando las manos ante K–, usted tomó tan mal hace poco una mención ocasional. Jamás he pensado en insultar a nadie. Usted me conoce ya desde hace mucho tiempo, señor K, para estar convencido de ello. ¡No sabe lo que he sufrido los últimos días! ¡Yo, difamar a uno de mis inquilinos! ¡Y usted, señor K, lo creía! ¡Y dijo que debería echarle! ¡Echarle a usted!
El último grito se ahogó entre las lágrimas, se llevó el delantal al rostro y sollozó.
–No llore, señora Grubach –dijo K, y miró a través de la ventana. Seguía pensando en la señorita Bürstner y en que había admitido en su habitación a una persona extraña.
–No llore más –repitió al volverse hacia el interior de la habitación y ver que aún seguía llorando–. Tampoco lo dije con tan mala intención. Ha habido una confusión, eso es todo. Le puede ocurrir a viejos amigos.
La señora Grubach apartó el delantal de los ojos para ver si K realmente se había reconciliado.
–Bien, así es –dijo K y, como del comportamiento de la señora Grubach se podía deducir que el capitán no había contado nada, se atrevió a añadir:
–¿Acaso cree que me voy a enemistar con usted por una muchacha desconocida?
–Así es, precisamente –dijo la señora Grubach; su desgracia consistía en decir algo inadecuado cada vez que se sentía un poco libre–, siempre me pregunté: ¿por qué se toma tan en serio el señor K el asunto de la señorita Bürstner? ¿Por qué discute conmigo por su causa aun sabiendo que cada una de sus malas palabras me quita el sueño? De la señorita Bürstner sólo he dicho lo que he visto con mis ojos.
K no dijo nada, la tendría que haber echado de la habitación nada más abrir la boca, pero no quería hacerlo. Se contentó con tomarse el café y con hacer notar a la señora Grubach que allí sobraba. Fuera se volvió a oír el paso arrastrado de la señorita Montag, que atravesaba todo el recibidor.
–¿Lo oye? –preguntó K, y señaló con la mano hacia la puerta.
–Sí –dijo la señora Grubach, y suspiró–, la he querido ayudar, y también le dije que la criada podía ayudarla, pero es obstinada, ella quiere mudarlo todo sola. Con frecuencia me resulta desagradable tener a la señorita Montag de inquilina. La señorita Bürstner, sin embargo, se

la lleva incluso a su habitación.
–Eso no debe preocuparle –dijo K, y deshizo los restos de azúcar en la taza–. ¿Le resulta perjudicial?
–No –dijo la señora Grubach–, en lo que a mí respecta no hay ningún problema. Además, así se queda una habitación libre y puedo alojar allí a mi sobrino, el capitán. Desde hace tiempo temo que le moleste por vivir ahí al lado, en el salón. Él no es muy considerado.
–¡Qué ocurrencia! –dijo K, y se levantó–. Ni una palabra sobre eso. Parece que me toma por un hipersensible sólo por el hecho de que no puedo soportar los paseos de la señorita Montag, y ahí la tiene, ya regresa otra vez.
La señora Grubach se vio impotente.
–¿Quiere que le diga que retrase el resto de la mudanza? Si usted quiere, lo hago en seguida.
–¡Pero tiene que mudarse a la habitación de la señorita Bürstner!
–Sí –dijo la señora Grubach, que no entendió muy bien lo que K quiso decir.
–Bien –dijo K–, pues entonces tendrá que trasladar todas sus cosas.
La señora Grubach se limitó a asentir. Esa impotencia muda, que se reflejaba exteriormente en un gesto de consuelo, irritaba aún más a K. Comenzó a pasear de un lado a otro de la habitación, de la ventana hasta la puerta y de ésta, de nuevo, a la ventana, y la señora Grubach aprovechó la oportunidad para alejarse, lo que probablemente hubiera hecho de todos modos.
Acababa de llegar K a la puerta, cuando alguien llamó. Era la criada. Anunció que la señorita Montag deseaba hablar con el señor K y por eso le pedía que fuera al comedor, donde ella le esperaba. K escuchó pensativo a la criada, luego se volvió hacia la asustada señora Grubach con una mirada irónica. Esa mirada parecía decir que K hacía tiempo que esperaba esa invitación y que se adaptaba perfectamente al tormento que los inquilinos de la señora Grubach le estaban infligiendo esa mañana dominical. Envió a la criada con la respuesta de que iría en seguida, se acercó al armario para cambiarse de chaqueta y como respuesta a la señora Grubach, que se quejaba en voz baja de esa persona tan desagradable, le pidió que se llevara la vajilla del desayuno.
–Pero si apenas ha comido algo –dijo la señora Grubach.
–¡Ah, lléveselo ya! –exclamó K, le parecía como si la señorita Montag se hubiera mezclado con el desayuno y lo hiciera repugnante. Cuando atravesó el recibidor, miró hacia la puerta cerrada de la habitación de la señorita Bürstner. Pero no estaba invitado allí, sino en el comedor, cuya puerta abrió sin llamar.

Era una habitación larga y estrecha, con una sola ventana. Había tanto espacio libre que se hubieran podido colocar en las esquinas, a ambos lados de la puerta, dos armarios, mientras que el resto del espacio quedaba acaparado por una larga mesa que comenzaba cerca de la puerta y llegaba casi hasta la ventana, que permanecía prácticamente inaccesible. La mesa estaba puesta y, además, para muchas personas, pues el domingo comían allí todos los inquilinos.

En cuanto K entró, la señorita Montag vino desde la ventana, a lo largo de la mesa, para encontrarse con K. Se saludaron sin pronunciar palabra. A continuación, la señorita Montag, con la cabeza demasiado erguida, como siempre, dijo:

–No sé si me conoce.

K la miró con ojos entornados.

–Claro que sí –dijo él–. Vive desde hace tiempo en casa de la señora Grubach.

–Usted, sin embargo, según creo –dijo la señorita Montag–, no se preocupa mucho de la pensión.

–No –dijo K.

–¿No quiere sentarse? –dijo la señorita Montag.

Llevaron dos sillas en silencio hacia el extremo de la mesa y allí se sentaron uno frente al otro. Pero la señorita Montag se volvió a levantar al poco tiempo, pues se había dejado el bolso en la ventana, así que fue a recogerlo. Cuando regresó, balanceando ligeramente el bolso, dijo:

–Quisiera hablar con usted sólo un momento por encargo de mi amiga. Quería haber venido ella misma, pero hoy no se siente bien. Le pide que la disculpe y que me oiga a mí en vez de a ella. No le hubiera podido decir nada diferente a lo que le voy a decir yo. Todo lo contrario, creo que yo le voy a decir más, ya que no tengo ningún interés en el asunto, ¿no cree?

–¡Qué podría decir yo! –respondió K, ya cansado de que la señorita Montag no parase de mirar sus labios. Así se arrogaba un dominio sobre lo que él quería decir.

–La señorita Bürstner, como veo, no está dispuesta a sostener conmigo la entrevista que le he solicitado.

–Así es –dijo la señorita Montag–, o, mejor, no es así, usted lo expresa con demasiada dureza. En general las conversaciones ni se conceden ni se niegan. Pero puede ocurrir que determinadas conversaciones se consideren inútiles, y éste es uno de esos casos. Después de su mención, ya puedo hablar abiertamente. Usted ha pedido por escrito u oralmente a mi amiga que sostenga una entrevista con usted. Pero mi amiga no sabe, al menos eso es lo que yo deduzco, cuál puede ser el objeto de esa entrevista y, por motivos que desconozco, está

convencida de que, si tuviera lugar, no sería útil para nadie. Por lo demás, ayer me explicó, aunque de un modo fugaz, que a usted tampoco le podía importar mucho esa conversación, que se le debía de haber ocurrido por casualidad y que reconocería pronto, sin necesidad de aclaraciones, lo absurdo de la pretensión. Yo le respondí que podía tener razón, pero que sería más ventajoso, para una clarificación completa del asunto, hacerle llegar una respuesta. Yo me ofrecí a asumir esa tarea y, después de dudar algo, mi amiga consintió en ello. Espero haber trabajado también en su beneficio, pues la menor inseguridad en el asunto más insignificante siempre resulta desagradable. Además, si se puede resolver fácilmente, como en este caso, lo mejor es hacerlo en seguida.

–Se lo agradezco –dijo K con rapidez, se levantó lentamente, miró a la señorita Montag, luego deslizó su mirada a lo largo de la mesa hasta dejarla reposar en la ventana –en la casa de enfrente daba el sol– y, finalmente, se dirigió hacia la puerta.

La señorita Montag le siguió unos pasos como si no confiase en él. No obstante, ambos tuvieron que apartarse nada más llegar a la puerta, pues el capitán Lanz entró. K era la primera vez que lo veía de cerca. Era un hombre alto, de unos cuarenta años, con un rostro carnoso y bronceado. Hizo una ligera inclinación, también dirigida a K, luego se acercó hasta donde estaba la señorita Montag y besó obsequioso su mano. Su cortesía frente a la señorita Montag contrastaba con la actitud que K había tenido ante ella. Pero la señorita Montag no parecía enojada con K, pues, según le pareció, quiso presentarle al capitán. Pero K no quería que le presentaran, no hubiese sido adecuado ser amable con el capitán o con la señorita Montag, el beso en la mano la había unido, para él, a un grupo que, bajo la apariencia de una extremada inocencia y desinterés, intentaba apartarle de la señorita Bürstner. K no sólo creyó reconocer esto, sino también que la señorita Montag había escogido un buen medio, aunque de dos filos. Por una parte, exageraba la importancia de la relación entre la señorita Bürstner y K, por otra, exageraba la importancia de la entrevista solicitada e intentaba darle la vuelta a la argumentación, de tal modo que K apareciese como el que lo exageraba todo. Se equivocaba, K no quería exagerar nada, K sabía que la señorita Bürstner no era más que una pequeña mecanógrafa que no podría ofrecerle resistencia durante mucho tiempo. Ni siquiera había tomado en cuenta lo que la señora Grubach sabía de la señorita Bürstner. Reflexionó sobre todo esto mientras salía de la habitación sin apenas despedirse. Quiso volver de inmediato a su cuarto, pero oyó, desde el comedor, la risa de la señorita Montag, y pensó que podría prepararles una sorpresa a ambos,

tanto a ella como al capitán. Miró alrededor y escuchó por si acaso podía ser descubierto por alguien de las habitaciones vecinas. Reinaba el silencio, sólo se oía la conversación en el comedor y, en el pasillo que conducía a la cocina, la voz de la señora Grubach. La oportunidad parecía favorable. K se acercó a la puerta de la habitación de la señorita Bürstner y tocó sin hacer apenas ruido. Como no se oyó nada, volvió a llamar, pero tampoco obtuvo respuesta. ¿Dormía o realmente se encontraba mal? ¿O tal vez no quería abrir porque sospechaba que esa forma de llamar sólo podía proceder de K? K supuso que no quería abrir, así que golpeó la puerta con más fuerza. Como tampoco tuvo éxito, abrió la puerta con precaución, aunque no sin el sentimiento de hacer algo incorrecto, y además inútil. En la habitación no había nadie. Apenas recordaba a la habitación que K había visto. En la pared había dos camas contiguas, habían situado tres sillas cerca de la puerta y estaban repletas de ropa; un armario permanecía abierto. Era posible que la señorita Bürstner hubiera salido mientras K conversaba con la señorita Montag en el comedor. K no estaba muy desilusionado, no había esperado poder encontrar tan fácilmente a la señorita Bürstner. Lo había intentado sólo como consuelo contra la señorita Montag. Más desagradable fue, cuando K, mientras cerraba la puerta, vio, a través de la puerta del comedor, cómo conversaban la señorita Montag y el capitán. Era probable que ya permanecieran así antes de que K hubiese abierto la puerta, evitaban dar la impresión de que le observaban, se limitaban a conversar en voz baja y seguían los movimientos de K con la mirada, como se mira distraído durante una conversación. Pero a K esas miradas le afectaron especialmente: se apresuró a llegar a su habitación sin separarse de la pared.

EL FISCAL

A pesar de los conocimientos psicológicos y de la experiencia adquirida durante su larga actividad bancaria, sus compañeros de tertulia siempre le habían parecido dignos de admiración y jamás negaba que para él suponía un gran honor pertenecer a un grupo semejante. Estaba constituido casi exclusivamente por jueces, fiscales y abogados; a algunos jóvenes funcionarios y pasantes se les admitía en la reunión, pero se sentaban al final de la mesa y sólo podían intervenir en los debates cuando se les preguntaba expresamente algo. Pero esas preguntas solían tener el único objetivo de divertir a la concurrencia: especialmente el fiscal Hasterer, habitual vecino de mesa de K, gustaba de avergonzar así a los jóvenes. Cuando ponía su gran mano peluda en el centro de la mesa, la extendía y miraba hacia el extremo, todos

aguzaban los oídos. Y cuando uno de los jóvenes se adjudicaba la pregunta, pero o no podía descifrarla o se quedaba mirando la cerveza pensativo, moviendo las mandíbulas en vez de hablar, o –lo que era más enojoso defendía con un torrente de palabras una opinión falsa o desautorizada, entonces todos los señores volvían a acomodarse riendo en sus asientos y sólo a partir de ese momento parecían sentirse realmente a gusto. Las conversaciones serias y especializadas quedaban reservadas para ellos.

K había sido introducido en esa sociedad por el asesor jurídico del banco. Hubo un tiempo en que K tuvo que sostener largas entrevistas con ese abogado hasta muy tarde por la noche y se había adapta do a su costumbre de cenar en la tertulia, gustándole la compañía. Allí podía ver a eruditos, a hombres poderosos y de gran prestigio, cuya diversión consistía en intentar resolver cuestiones ajenas a la vida común. Aunque él podía intervenir muy poco, al menos disfrutaba de la posibilidad de acumular conocimientos, lo que más tarde o más temprano le procuraría ventajas en el banco. Además, podía conseguir importantes contactos personales con el mundo de la justicia, que siempre podían ser de utilidad. Pero también el grupo parecía tolerarle. Pronto fue reconocido como un experto en negocios y su opinión en esa materia –muchas veces emitida con ironía– resultaba irrefutable. Ocurría con frecuencia que dos personas, que juzgaban de manera diferente una cuestión jurídica, solicitaban a K su opinión, de tal modo que el nombre de K quedaba involucrado en todas las intervenciones, incluso en los análisis más abstractos, en los que K se perdía. No obstante, poco a poco iba comprendiendo las argumentaciones más complejas, pues contaba a su lado con el fiscal Hasterer, un buen consejero que le ayudaba amigablemente en esas cuestiones. Algunas veces K le acompañaba por la noche a casa, aunque no se podía acostumbrar a ir al lado de un hombre tan enorme, que le podría haber ocultado en los faldones de su abrigo.

A lo largo del tiempo se hicieron tan amigos que las diferencias de educación, de profesión y de edad desaparecieron. Hablaban entre ellos como si hubieran estado juntos desde siempre y, aunque en la relación a veces parecía que uno mostraba cierta superioridad, no era Hasterer, sino K el que quedaba algo por encima, pues sus experiencias prácticas le daban con frecuencia la razón, no en vano las había adquirido directamente, como nunca ocurre en un despacho judicial.

Esa amistad era conocida entre los contertulios; al final, sin embargo, se olvidó quién había introducido a K en la sociedad, aunque Hasterer le cubría en todo momento. Si el derecho de K a sentarse entre ellos hubiese sido puesto en duda, habría podido apelar a Hasterer con todo

derecho. Por eso K ocupó una posición privilegiada, pues Hasterer era tan admirado como temido. La fuerza de su argumentación jurídica era digna de admiración, pero había otros señores que estaban a su altura en ese terreno. No obstante, ninguno de ellos alcanzaba la impetuosidad con que defendía su opinión. K tenía la impresión de que Hasterer, cuando no podía convencer a su contrario, al menos le quería asustar, sólo ante su dedo índice admonitorio había más de uno que retrocedía. Entonces era como si el oponente olvidara que estaba en la compañía de buenos conocidos y colegas, que sólo se trataba de cuestiones teóricas y de que en realidad no podía ocurrirle nada. A pesar de todo esto, enmudecía y un ligero balanceo de cabeza ya era un acto de valor. Era un espectáculo patético cuando el oponente estaba sentado lejos; Hasterer sabía que con esa distancia no se podría llegar a ninguna unanimidad, a no ser que desplazara el plato de la cena y se levantase lentamente para buscar al hombre en cuestión. Los que estaban a su lado miraban hacia arriba para observar su rostro. Pero esos incidentes eran relativamente escasos, ante todo se irritaba tratando de cuestiones jurídicas, principalmente en aquellas que aludían a procesos en los que él mismo participaba o había participado. Si no se trataba de esas cuestiones, permanecía tranquilo y amable, su sonrisa era cariñosa y su pasión era comer y beber. Podía ocurrir incluso que no escuchase la conversación, se volviera hacia K, pusiera el brazo sobre el respaldo de la silla de éste, le preguntase algo en voz baja acerca del banco, luego hablase él sobre su propio trabajo y contase algo sobre las damas que conocía, que le daban tanto o más trabajo que el tribunal. Con ningún otro hablaba así, podía ocurrir, incluso, que cuando alguien quería solicitar algo de Hasterer –la mayoría de las veces para lograr una reconciliación con algún colega– se dirigiera primero a K y le pidiera su intercesión, a lo que él siempre accedía. Sin aprovecharse en este sentido de la amistad con Hasterer, K era amable y modesto con todos los demás y sabía distinguir –lo que era mucho más importante que la cortesía y la modestia– los distintos rangos jerárquicos y tratar a cada uno según su posición. Hasterer le ilustraba a este respecto una y otra vez, ésas eran las únicas normas que ni siquiera Hasterer rompía en sus debates más enconados. Por el respeto a estas normas se juzgaba también a los jóvenes situados al fondo de la mesa, que aún no poseían rango alguno y a los que se dirigían como si no fueran individuos, sino una masa compacta. Pero precisamente estos jóvenes eran los que brindaban mayores honores a Hasterer, y cuando se levantaba a las once para irse a casa, siempre había uno dispuesto a ayudarle a ponerse el pesado abrigo y otro que con inclinaciones se apresuraba a abrirle la puerta y, naturalmente, la

mantenía abierta hasta que K abandonaba la estancia detrás de él.

Mientras que al principio K acompañaba a Hasterer, o este último a K, un trecho del camino, más tarde Hasterer comenzó a invitar a K para que subiese a su vivienda y conversaran un rato. Permanecían alrededor de una hora juntos bebiendo licor y fumando cigarros. A Hasterer le gustaban tanto esas veladas que no quiso renunciar a ellas cuando una mujer, Helene de nombre, vivió allí durante unas semanas. Era una mujer gorda y ya mayor, con una piel amarillenta y rizos negros que le caían por la frente. K al principio sólo la vio en la cama: permanecía tendida sin vergüenza alguna, leyendo una novela y sin interesarse por la conversación de los dos hombres. Sólo cuando se había: hecho tarde acostumbraba estirarse y bostezar. Y si así no podía llamar la atención, entonces le arrojaba la novela a Hasterer. Éste se levantaba sonriendo y se despedía de K. Después, cuando Hasterer comenzó a cansarse de Helene, ésta perturbaba considerablemente los encuentros. Esperaba la llegada de ambos completamente vestida y, además, con un traje que ella, probablemente, consideraba muy elegante, pero que en realidad era un vestido de baile pasado de moda y que llamaba desagradablemente la atención por una serie de volantes que ella misma le había añadido como adorno. K ignoraba el aspecto real que podía haber tenido ese vestido, él se negaba a mirarlo y permanecía sentado durante horas con los ojos bajos, mientras ella iba y venía contoneándose por la habitación o se sentaba cerca de él. Más tarde, cuando su situación empezaba a ser insostenible, intentó dar, llevada por la desesperación, un trato de preferencia a K para, así, poner celoso a Hasterer. Era sólo por desesperación, no por maldad, cuando apoyaba su grasienta espalda desnuda en la mesa, acercaba su rostro a K y le quería obligar a que la mirara. Ella sólo consiguió que K renunciase a visitar a Hasterer y cuando, transcurrido un tiempo, regresó, ya se había desembarazado de Helene. K lo tomó como algo evidente. Esa noche permanecieron juntos más de lo habitual, celebraron su hermandad por iniciativa de Hasterer y K regresó a casa algo mareado a causa de los cigarros y del licor.

Precisamente a la mañana siguiente, el director del banco, durante una conversación de negocios, mencionó que le había parecido ver a K la noche anterior. Si no se equivocaba, había visto a K andando con el fiscal Hasterer cogidos del brazo. Al director le parecía tan extraño, que nombró la iglesia –esto correspondía a su pasión por la exactitud– en cuyo muro lateral, cerca de la fuente, se había producido ese encuentro. Si hubiese querido describir un espejismo, no lo hubiera podido expresar mejor. K le explicó que el fiscal era amigo suyo y que, en efecto, la noche anterior habían pasado por la iglesia mencionada. El

director rió asombrado y pidió a K que se sentase. Era uno de esos momentos por los que K tenía tanto cariño al director. Eran instantes en que ese hombre enfermo y débil, que apenas dejaba de toser, sobrecargado de trabajo y lleno de responsabilidad, se preocupaba por el bienestar de K y por su futuro. Se trataba de una preocupación que, según otros funcionarios que habían experimentado algo parecido, se podía denominar fría y superficial, pues no era nada más que un buen método para ganarse a valiosos funcionarios por muchos años con el sacrificio de dos minutos. Pero fuera lo que fuese, K quedaba sometido al director en esos instantes. Tal vez el director hablaba con K de un modo algo diferente, jamás olvidaba su posición para ponerse al mismo nivel de K –esto, sin embargo, lo hacía con regularidad en las relaciones usuales de negocios–, pero sí parecía olvidar la posición de K, ya que hablaba con él como con un niño o como con un joven ignorante que pretende un puesto de trabajo y, por motivos inescrutables, cae simpático al director. K no habría tolerado semejante tratamiento de nadie, ni siquiera del director, si su preocupación no le hubiera parecido sincera o si al menos la posibilidad de esa preocupación, como se mostraba en esos instantes, no le hubiera hechizado de ese modo. K reconocía sus debilidades. Tal vez el motivo era que en él había algo infantil, ya que no había recibido el cariño de un padre, pues éste había muerto muy joven. Además, había salido muy pronto de casa y no se había sentido atraído por la ternura de la madre, que, medio ciega, vivía en una de esas ciudades de provincia por las que no pasa el tiempo y a la que había visitado por última vez hacía dos años.
–No sabía nada de esa amistad –dijo el director, y sólo una débil y amable sonrisa dulcificó la severidad de sus palabras.

HACIA LA CASA DE ELSA

Una noche, poco antes de irse, K recibió una llamada en la que le exhortaban a que se presentase inmediatamente en las oficinas del juzgado. Se le advertía que obedeciese. Sus inauditas indicaciones acerca de la inutilidad de los interrogatorios, de que éstos no conducían a nada, de que él no volvería a comparecer, de que no atendería ninguna notificación, ni por teléfono ni por escrito, y de que echaría a todos los ujieres, todas esas indicaciones constaban en acta y ya le habían perjudicado mucho. ¿Por qué no se quería plegar? ¿Acaso no se esforzaban, sin considerar el tiempo invertido ni los costes, en ordenar algo su confusa causa? ¿Acaso pretendía molestar y que se tomasen medidas violentas, de las que hasta ahora había sido eximido? La citación de ese día era un último intento. Que hiciera lo que quisiese,

pero que supiese que el tribunal supremo no iba a tolerar que se burlasen de él.
Precisamente esa noche K había avisado a Elsa de su visita y por ese motivo no podía comparecer ante el tribunal. Estaba contento de poder justificar su incomparecencia con ese motivo, aunque, natural mente, jamás utilizaría semejante excusa ni, con toda probabilidad, acudiría esa noche al tribunal aun cuando no tuviera la obligación más nimia. En todo caso, con la conciencia de estar en su derecho, planteó la pregunta de qué ocurriría si no fuera.
–Sabremos encontrarle –fue la respuesta.
–¿Y seré castigado porque no me he presentado voluntariamente? –preguntó K, y sonrió en espera de lo que le iban a responder.
–No –fue la respuesta.
–Estupendo –dijo K–, ¿qué motivo podría tener entonces para cumplir con la citación de hoy?
–No se suele acosar con los medios punitivos del tribunal –dijo la voz ya debilitada y que terminó por extinguirse.
«Es muy imprudente si no se hace –pensó K mientras se marchaba–. Hay que conocer esos medios punitivos».
Se dirigió a casa de Elsa sin pensarlo dos veces. Sentado cómodamente en la esquina del coche, con las manos en los bolsillos del abrigo –empezaba a hacer frío–, contempló las animadas calles. Pensó con cierta satisfacción que le causaría dificultades al tribunal, si realmente estaban trabajando, pues no había dicho con claridad si se iba a presentar o no. Así que el juez estaría esperando, quizá toda la asamblea, pero K, para decepción de toda la galería, no aparecería. Sin tomar en consideración al tribunal, iba a donde quería. Por un momento dudó de si, por distracción, le había dado al conductor la dirección del tribunal, así que le gritó la dirección de Elsa. El conductor asintió, la dirección que le había dado era la correcta. A partir de ese momento K se fue olvidando del tribunal y los pensamientos del banco comenzaron a invadir su mente, como en los viejos tiempos.

LUCHA CON EL SUBDIRECTOR

Una mañana K se encontró mucho más fresco y fuerte que de costumbre. Apenas pensaba en el tribunal. Cuando se acordaba de él, le parecía como si, palpando en la oscuridad un mecanismo oculto, pudiera manejar fácilmente a esa gran organización inabarcable, desgarrarla y hacerla trizas. Su ánimo extraordinario le tentó a invitar al subdirector para que viniera a su despacho y tratar de un asunto de negocios que urgía desde hacía tiempo. En esas ocasiones, el

subdirector solía fingir que sus relaciones con K no se habían alterado en los últimos meses. Entraba tranquilo, como en los tiempos de continua competencia con K, le escuchaba paciente, mostraba su interés con pequeñas indicaciones amistosas y de confianza, y sólo confundía a K, sin que se notase ninguna intención expresa en ello, al no desviarse un ápice del asunto de negocios, al mostrarse receptivo y concentrado mientras los pensamientos de K, ante ese modelo de cumplimiento del deber, comenzaban a dispersarse y le obligaban, casi sin resistencia, a cederle todo el asunto. Una vez la situación fue tan mala que el subdirector se levantó repentinamente y regresó a su oficina en silencio. K no sabía lo que había ocurrido, era posible que la entrevista hubiera concluido, pero también era posible que el subdirector la hubiera interrumpido porque K, sin saberlo, le había molestado, o porque había dicho alguna necedad, o porque al subdirector le había resultado indudable que K no escuchaba y estaba ocupado en otros asuntos. Era posible, incluso, que K hubiese tomado una decisión ridícula o que el subdirector le hubiese sonsacado algo absurdo y ahora se apresurase a difundirlo para dañar a K. Por lo demás, ya no volvieron a hablar de ese asunto. K no quería recordárselo y el subdirector permaneció inaccesible al respecto. Tampoco hubo, al menos provisionalmente, consecuencias visibles. Pero K no aprendió del incidente, cuando encontraba una oportunidad adecuada y se sentía con algo de fuerzas, ya estaba en la puerta del despacho del subdirector invitándole a ir al suyo o pidiendo permiso para entrar. Ya no se escondía de él como había hecho anteriormente. Tampoco tenía la esperanza de que se produjera una pronta decisión que le liberase de una vez por todas de sus cuitas y que restableciera la relación originaria con el subdirector. K comprendió que no podía ceder; si retrocedía, como, tal vez, exigían las circunstancias, corría el peligro de no poder avanzar más. No se podía dejar que el subdirector creyese que K estaba acabado, no podía permanecer sentado tranquilamente en su despacho con esa suposición, había que ponerlo nervioso, tenía que experimentar con tanta frecuencia como fuera posible que K vivía y que, como todo lo que poseía vida, un día podía sorprender con nuevas capacidades, por muy inofensivo que pareciese hoy. A veces, sin embargo, K se decía que con ese método lo único que conseguía era luchar por su honor, pero que no le sería de ninguna utilidad, puesto que siempre que se enfrentaba al subdirector terminaba fortaleciendo la posición de éste y, además, le daba la oportunidad de realizar observaciones y tomar las medidas adecuadas que reclamaban las circunstancias que en ese momento se imponían. Pero K no hubiera podido alterar su comportamiento, estaba sometido a ilusiones

generadas por él mismo, a veces creía que podía medirse con el subdirector con despreocupación. No aprendió de las experiencias más desgraciadas; lo que no había resultado en diez intentos, creía que podría resultar en el decimoprimero, aunque las circunstancias eran las mismas y todo estaba en su contra. Cuando, después de uno de esos encuentros, regresaba agotado, sudoroso, con la mente vacía, no sabía si lo que le había impulsado a entrevistarse con el subdirector había sido la esperanza o la desesperación. En la siguiente ocasión fue claramente la esperanza la que le indujo a apresurarse hacia la puerta del subdirector.

Así era hoy. El subdirector entró en seguida, permaneció cerca de la puerta, limpió sus quevedos –era una nueva costumbre que había adquirido–, miró a K y, a continuación, para no dar la impresión de fijarse demasiado en él, paseó la mirada por la habitación. Era como si aprovechase la oportunidad para examinar su vista. K resistió sus mira das, incluso sonrió un poco e invitó al subdirector a que tomase asiento. K se reclinó en su sillón, lo acercó un poco al subdirector, tomó los papeles necesarios y comenzó a informarle. El subdirector parecía s como si apenas escuchara. La tabla de la mesa de K estaba rodeada por una pequeña moldura labrada. Toda la mesa estaba excepcionalmente trabajada y también la moldura era de madera y estaba sólidamente adosada a la tabla. Pero el subdirector hizo como si hubiese encontrado ahí precisamente una pieza suelta y quisiera repararla con el dedo índice. K pensó en interrumpir su informe, pero el subdirector no quiso, pues él, como explicó, lo escuchaba y comprendía todo. Mientras K era incapaz de sonsacarle una mera indicación, la moldura parecía requerir un tratamiento especial, pues el subdirector sacó una navaja de bolsillo, tomó la regla de K como palanca e intentó elevar la moldura para poder encajarla mejor. K había incluido en su informe una propuesta novedosa, la cual esperaba que ejerciera un efecto especial en el subdirector, pero cuando llegó el momento de mencionarla, no pudo parar, tanto le obsesionaba el trabajo o, mejor, tanto se alegraba de esa conciencia, cada vez más rara, de que aún era alguien en el banco y de que sus pensamientos tenían la fuerza de justificarle. Tal vez fuese esa forma de justificarse la mejor, y no sólo en el banco, sino también en el proceso, quizá mucho mejor que cualquier otra defensa ya intentada o planeada. Con su prisa por decirlo todo, K no tuvo tiempo de desviar la atención del subdirector de su actividad, se limitó, dos o tres veces, mientras leía, a pasar la mano sobre la moldura con un ademán tranquilizador, para, así, sin ser consciente de ello, mostrar al subdirector que la moldura no tenía ningún defecto y que, si encontraba uno, era mas importante escuchar y comportarse

decentemente que cualquier mejora en el mueble. Pero el subdirector, como ocurre con frecuencia con hombres activos, asumió ese trabajo con celo, ya había levantado un trozo de moldura y ahora sólo le quedaba ir introduciendo las columnitas en sus agujeros respectivos. Eso era lo más difícil de todo. El subdirector se tuvo que levantar e intentó presionar con las dos manos la moldura contra la tabla. Pero no lo consiguió ni empleando todas sus fuerzas. K, mientras leía –aunque combinaba la lectura con muchas explicaciones–, sólo había percibido fugazmente que el subdirector se había levantado. Aunque apenas había perdido de vista la actividad complementaria del subdirector, supuso que el movimiento de éste se había debido a su informe, así que también se levantó y le extendió un papel al subdirector. El subdirector, mientras tanto, había comprendido que la presión de las manos no bastaría, así que se sentó con todo su peso encima de la moldura. Ahora lo consiguió, las columnitas se introdujeron chirriando en sus agujeros, pero una de ellas se quebró y la moldura se partió en dos.

–La madera es mala –dijo el subdirector enojado, dejó la mesa y se sentó...

LA CASA

Sin una intención concreta, K, en diversas ocasiones, había intentado enterarse del domicilio del organismo del que partió la primera denuncia en su causa. Lo averiguó sin dificultades, tanto Titorelli como Wolfhart le dieron el número de la calle cuando les preguntó. Titorelli completó la información, con la sonrisa que siempre tenía preparada para aquellos planes secretos que no se le presentaban para su examen pericial, diciendo que ese organismo no tenía ninguna importancia, sólo ejecutaba lo que se le encargaba y sólo era el órgano externo de la autoridad acusatoria, que era inaccesible para los acusados. Si se deseaba algo de la autoridad acusatoria –naturalmente siempre había muchos deseos, pero no siempre era inteligente manifestarlos–, había que dirigirse al mencionado organismo, pero así ni se lograba acceder a la autoridad acusatoria, ni que el deseo fuese transmitido a ésta.

K ya conocía la manera de ser del pintor, así que no le contradijo, tampoco quiso pedirle más información, se limitó a asentir y a darse por enterado. Una vez más le pareció que Titorelli, cuando se trataba de atormentar, superaba al abogado. La diferencia consistía en que K no dependía tanto de Titorelli y hubiera podido liberarse de él cuando hubiese querido. Además, Titorelli era hablador, incluso parlanchín, si bien antes más que ahora y, en definitiva, también K podía atormentar a Titorelli.

Y así lo hizo en esa oportunidad, habló con frecuencia a Titorelli de esa casa como si quisiera ocultarle algo, como si tuviera algún contacto con ese organismo, aunque no lo suficientemente intenso como para darlo a conocer sin peligro. Titorelli intentó obtener alguna información de K, pero éste, repentinamente, ya no volvió a hablar más del asunto. K se alegraba de esos pequeños éxitos, él creía después que entendía mejor a esas personas del tribunal, incluso que podía jugar con ellas, estar por encima y disfrutar, al menos en algunos instantes, de una mejor visión de las cosas, ya que ellas estaban en el primer nivel del tribunal. Pero, ¿qué ocurriría si perdía su posición? Aún habría una posibilidad de salvación, no tenía nada más que deslizarse entre esas personas, si no le habían podido ayudar en su proceso a causa de su bajeza o por otros motivos, al menos le podrían aceptar y esconder, sí, ni siquiera, si él lo planeaba bien y ejecutaba su plan en secreto, podrían rechazar ayudarle de esa manera, especialmente Titorelli no podría denegarle ayuda, ya que se había convertido en un benefactor.
Sin embargo K no se alimentaba diariamente de esas esperanzas,. en general aún distinguía con precisión y se guardaba mucho de ignorar o pasar por alto alguna dificultad, pero a veces –normalmente en estados de agotamiento por la noche, después del trabajo– encontraba consuelo en los más pequeños y significativos incidentes del día. Usualmente permanecía tendido en el canapé de su despacho –no podía abandonar su despacho sin tener que recuperarse después una hora en el canapé– y se dedicaba a encadenar en su mente observación tras observación. No se limitaba a las personas que pertenecían a la organización de la justicia, en ese estado de duermevela se mezclaban todos, entonces se olvidaba del enorme trabajo del tribunal, le parecía que él era el único acusado y veía cómo el resto de las personas, una confusión de funcionarios y juristas, pasaban por los pasillos de un edificio. Ni los más lerdos hundían la barbilla en el pecho, todos mostraban los labios fruncidos y una mirada fija de reflexión responsable. Los inquilinos de la señora Grubach siempre aparecían como un grupo cerrado, permanecían juntos uno al lado del otro con las bocas abiertas, como los miembros de un coro. Entre ellos había muchos desconocidos, pues K hacía tiempo que no prestaba ninguna atención a la pensión. A causa de los muchos desconocidos le causaba desagrado acercarse al grupo, lo que a veces se veía obligado a hacer cuando buscaba entre ellos a la señorita Bürstner. Sobrevoló, por ejemplo, el grupo y, de repente, brillaron dos ojos completamente desconocidos que lo detuvieron. No encontró a la señorita Bürstner, pero cuando siguió buscando para evitar cualquier error, la encontró en el centro del grupo, rodeando a dos hombres con sus brazos. No le causó ninguna impresión, sobre

todo porque esa visión no era nueva, sino un recuerdo imborrable de una fotografía de la playa que había visto una vez en la habitación de la señorita Bürstner. Esa visión separaba a K del grupo y aun cuando regresaba una y otra vez, sólo lo hacía para atravesar a toda prisa el edificio del tribunal. Conocía muy bien todas las estancias; incluso los pasillos perdidos, que no había visto nunca, le resultaban familiares, como si le hubieran servido de morada desde siempre. Los detalles quedaban grabados en su cerebro con una exactitud dolorosa. Un extranjero, por ejemplo, paseaba por una antesala, vestía como un torero, el talle apretado, su chaquetilla corta y rígida estaba adornada con borlas amarillas, y ese hombre, sin parar de pasear, se dejaba admirar por K. Éste, encogido, le contemplaba con los ojos muy abiertos. Conocía todos los dibujos, todos los flecos, todas las líneas de la chaquetilla y, aun así, no se cansaba de mirarla. O, mejor, hacía tiempo que se había cansado de mirarla o, aún más correcto, nunca la había querido mirar, pero no le dejaba. «¡Qué mascaradas ofrece el extranjero!» –pensó, y abrió aún más los ojos. Y fue seguido por ese hombre hasta que se echó y presionó el rostro contra el canapé.

VISITA A LA MADRE

De repente, durante la comida, se le ocurrió visitar a su madre. La primavera ya estaba llegando a su fin y con ella se cumplía el tercer año desde que no la había visto. Su madre le había pedido hacía tres años que fuese a su cumpleaños y él había cumplido la promesa, a pesar de algunos impedimentos. Luego le había prometido visitarla en todos sus cumpleaños, una promesa que había dejado de cumplir dos veces. Ahora no quería esperar hasta su cumpleaños: aunque sólo faltaran catorce días, deseaba viajar en seguida. Sin embargo, se dijo que no había ningún motivo para salir tan rápido, todo lo contrario, las noticias que recibía regularmente, en concreto cada dos meses, de su primo, que poseía un comercio en la pequeña ciudad y administraba el dinero que K le enviaba a su madre, eran más tranquilizadoras que nunca. La vista de la madre se apagaba, pero eso, según lo que le habían dicho los médicos, ya lo esperaba K desde hacía años, no obstante su estado había mejorado en general, determinadas dolencias de la edad habían disminuido en vez de agravarse, al menos ella se quejaba menos. Según el primo, se podría deber a que en los últimos años –K ya había advertido algo con disgusto en su visita– se había vuelto muy piadosa. El primo le había descrito en una carta, de manera muy ilustrativa, cómo la anciana, que antes se había arrastrado con esfuerzo, ahora andaba muy bien cogida de su brazo cuando la llevaba

los domingos a la iglesia. Y K podía creer al primo, pues éste era miedoso y solía exagerar en sus informes lo malo antes que lo bueno.

Pero K se había decidido a partir. Desde hacía tiempo había confirmado en su temperamento, entre otras cosas desagradables, una cierta inclinación a quejarse, así como una ansiedad irrefrenable por satisfacer todos sus deseos. Bien, en este caso particular, ese defecto serviría para una buena acción.

Se acercó a la ventana para ordenar un poco sus pensamientos, luego mandó que se llevasen la comida, envió al ordenanza a casa de la señora Grubach para que le anunciase su partida y para recoger el maletín, en el que la señora Grubach podía meter lo que considerase conveniente. A continuación, dejó unos encargos, referentes a algunos negocios, al señor Kühne, para que los realizase durante el tiempo en que iba a estar ausente; esta vez apenas se enojó por las malas maneras con que últimamente recibía sus encargos, sin ni siquiera mirarle, como si supiera de sobra lo que tenía que hacer y sólo tolerase ese reparto de encargos como una ceremonia. Finalmente, se fue a ver al director. Cuando le pidió dos días libres para visitar a su madre, el director preguntó, naturalmente, si la madre de K estaba enferma.

–No –dijo K, sin más explicaciones. Permanecía en medio de la habitación, con las manos entrelazadas a la espalda. Reflexionaba con la frente arrugada. ¿Acaso se había precipitado con los preparativos del viaje? ¿No era mejor quedarse? ¿Quería viajar sólo por puro sentimentalismo? ¿Y si por ese sentimentalismo descuidaba algo allí, por ejemplo perdía una importante oportunidad para actuar, que, además, podía surgir en cualquier momento, sobre todo ahora, cuando el proceso, desde hacía semanas, no había experimentado cambio alguno y no había surgido ninguna noticia referente a él? ¿Y no asustaría a la pobre mujer, ya mayor? Eso era algo que no pretendía en absoluto y, sin embargo, podía ocurrir contra su voluntad, pues ahora muchas cosas ocurrían contra su voluntad. Y la madre tampoco había manifestado su deseo de verle. Antes, en las cartas de su primo, se habían repetido regularmente las urgentes invitaciones de la madre, pero desde hacía un tiempo se habían interrumpido. Así que por la madre no iba, eso estaba claro. Si iba, no obstante, por alguna esperanza referida a él, entonces era un completo demente y allí, en la desesperación final, recibiría la recompensa por su demencia. Pero, como si estas dudas no fueran las suyas propias, sino que intentasen convencer a gente extraña, mantuvo, al despertar de su ausencia mental, la determinación de viajar. El director, mientras tanto, casualmente o, lo que era más probable, por especial consideración a K, se había inclinado sobre el periódico, pero ahora elevó los ojos,

estrechó la mano de K y le deseó, sin plantearle más preguntas, un buen viaje.

K esperó en su despacho al ordenanza paseando de un lado a otro, rechazó casi en silencio al subdirector, que quiso entrar varias veces para preguntarle por los motivos de su viaje y, cuando al fin tuvo el maletín, se apresuró a llegar hasta el coche. Se encontraba aún en la escalera, cuando arriba apareció el funcionario Kullych con una carta en la mano, con la que aparentemente quería solicitar algo de K. Éste le rechazó con la mano, pero terco y necio como era ese hombre rubio y cabezón, interpretó mal el gesto de K y bajó las escaleras con el papel dando unos saltos en los que ponía en peligro su vida. K se enojó tanto que, cuando Kullych le alcanzó en la escalinata, le arrebató la carta y la rompió. Cuando K se volvió ya en el coche, Kullych, que probablemente aún no había comprendido el error cometido, permanecía estático en el mismo sitio y miraba cómo se alejaba el coche, mientras el portero, a su lado, se quitaba la gorra. Así que K aún era uno de los funcionarios superiores del banco, el portero rectificaría la opinión de quien lo quisiera negar. Y su madre le tendría, incluso, y a pesar de todos sus desmentidos, por el director del banco y, eso, desde hacía años. En su opinión jamás descendería de rango, por más que su reputación sufriese daños. Tal vez era una buena señal que justo antes de salir se hubiera convencido de que aún era un funcionario que incluso tenía conexiones con el tribunal, podía arrebatar una carta y romperla sin disculpa alguna. Pero no pudo hacer lo que más le hubiera gustado, dar dos sopapos en las mejillas pálidas y redondas de Kullych.

ANOTACIONES EN LOS DIARIOS DE KAFKA REFERENTES A EL PROCESO

«Josef K, el hijo de un rico comerciante, se dirigió una noche, después de una gran disputa con su padre –el padre le había reprochado su vida licenciosa y le había exigido que cambiase de vida–, hacia la casa de comercio, situada en las cercanías del puerto, sin ninguna intención definida, inseguro y cansado. El guardián ante la puerta se inclinó profundamente. Josef le miró fugazmente sin saludarle. “Estas personas mudas y subordinadas hacen todo lo que se espera de ellas pensó–. Si pienso que me observa con mirada impertinente, así lo hace en realidad”. Y se volvió de nuevo hacia el guardián de la puerta sin saludar. Éste se volvió a su vez hacia la calle y contempló el cielo cubierto» (29 de julio de 1914).

«Comencé con tantas esperanzas y ahora rechazado por las tres historias, hoy más que nunca. Tal vez sea conveniente trabajar en la

historia rusa después del Proceso. En esta ridícula esperanza, que sólo se apoya en una fantasía maquinal, comienzo de nuevo el Proceso. No fue del todo en vano» (21 de agosto de 1914).

«Fracaso al intentar terminar el capítulo, otro ya comenzado no podré continuarlo tan bien, mientras que aquella vez, por la noche, me habría sido posible. No puedo abandonarme, estoy completamente solo» (29 de agosto de 1914).

«Frío y vacío. Siento demasiado los límites de mi capacidad, que, cuando no estoy plenamente concentrado, se estrechan» (30 de agosto de 1914).

«Un completo desamparo, apenas 2 páginas escritas. Hoy he estado muy cansado, aunque he dormido bien. Pero sé que no puedo doblegarme si quiero llegar a la gran libertad que tal vez me espera más allá de los padecimientos más bajos de mi actividad literaria, tan nimia a causa de mi forma de vida» (1 de septiembre de 1914).

«Otra vez sólo 2 páginas. Al principió pensé que la tristeza provocada por las derrotas austriacas y el miedo ante el futuro (un miedo que me parece al mismo tiempo ridículo e infame) me impedirían seguir escribiendo. No ha sido así, sólo una abulia que me asalta una y otra vez y que tengo que superar continuamente. Para la tristeza hay tiempo suficiente cuando no escribo» (13 de septiembre de 1914).

«He tomado una semana de vacaciones para dar un impulso a la novela. He fracasado, estoy en la noche del miércoles, el lunes se acaban las vacaciones. He escrito poco y débil» (7 de octubre de 1914).

«14 días, en parte un buen trabajo, comprensión completa de mi situación» (15 de octubre de 1914).

«Desde hace 4 días no he trabajado apenas nada, alguna hora y un par de líneas, pero he dormido mejor, los dolores de cabeza prácticamente han desaparecido por esta razón» (21 de octubre de 1914).

«Paralización casi completa del trabajo. Lo que he escrito no parece espontáneo, sino el reflejo de un buen trabajo realizado con anterioridad» (25 de octubre de 1914).

«Ayer, después de un largo espacio de tiempo, avancé un buen trecho, hoy de nuevo casi nada, los 14 días de vacaciones se han perdido prácticamente del todo» (1 de noviembre de 1914).

«–... A causa del miedo al dolor de cabeza, que ya ha comenzado, como he dormido poco por la noche, no he trabajado nada, en parte también porque temo estropear un pasaje soportable escrito ayer. El cuarto día desde agosto en el que no he escrito nada» (3 de noviembre de 1914).

«No puedo seguir escribiendo. He llegado al límite definitivo en el que tendré que permanecer otra vez muchos años, luego comenzaré, a lo

mejor, otra historia, que probablemente también quedará inconclusa. Este destino me persigue. También estoy frío y confuso, sólo me ha quedado el amor senil a la completa tranquilidad. Y como un animal cualquiera apartado del hombre vuelvo a balancear el cuello y quisiera intentar conseguir de nuevo a F durante el tiempo intermedio. Realmente lo volveré a intentar, si las náuseas que me causo a mí mismo no me lo impiden» (30 de noviembre de 1914).
«(...) Seguir trabajando como sea. Triste de que hoy no sea posible, pues estoy cansado y padezco dolores de cabeza, ya los tuve por la mañana, como una premonición, en la oficina. Seguir trabajando como sea, tiene que ser posible a pesar del insomnio y de la oficina» (2 de diciembre de 1914).
«Ayer, y por primera vez desde hace mucho tiempo, con la capacidad para realizar un buen trabajo. Sin embargo, sólo he escrito la primera página del capítulo de la madre. Puesto que no había dormido en dos noches, padecí ya desde por la mañana dolores de cabeza y tenía demasiado miedo al día siguiente. Otra vez he comprobado que todo lo escrito fragmentariamente y no a lo largo de la mayor parte de la noche (o durante toda ella) es de escaso valor y que estoy condenado a esa calidad inferior debido a mis condiciones de vida» (8 de diciembre de 1914).
«En vez de trabajar (sólo he escrito una página –exégesis de la leyenda–), he leído los capítulos concluidos y los he encontrado en parte buenos. Siempre con la conciencia de que tendré que pagar todo sentimiento de satisfacción o de felicidad, como el que por ejemplo tengo frente a la leyenda, y, además, para no disfrutar jamás de descanso, lo tendré que pagar con posterioridad» (13 de diciembre de 1914).
«El trabajo se arrastra lamentablemente, tal vez en el lugar más importante, donde hubiera sido necesaria una buena noche» (14 de diciembre de 1914).
«No he trabajado nada» (15 de diciembre de 1914).
«He trabajado desde agosto, en general bastante y bien, pero ni en el primer sentido ni en el segundo hasta los límites de mi capacidad, como debería haber sido, sobre todo considerando que mi capacidad, según todos los indicios (insomnio, dolores de cabeza, insuficiencia cardiaca), no durará mucho. He trabajado en algunos textos incompletos: El proceso, Recuerdos del Kaldabahn, Un maestro rural, El ayudante del fiscal y pequeños inicios. Completado sólo: En la colonia penitenciaria y un capítulo de El ausente, ambos durante los 14 días de vacaciones. No sé por qué hago este repaso, no es propio de mí» (31 de diciembre de 1914).

«He resistido los muchos deseos de comenzar una nueva historia. Todo es inútil. No puedo seguir escribiendo las historias durante las noches, se interrumpen y se pierden, como con El ayudante del fiscal» (4 de enero de 1915).
«He dejado provisionalmente Un maestro rural y El ayudante del fiscal, pero también incapaz de continuar El proceso» (6 de enero de 1915).
«También se lo he leído a ella (Felice), las frases irrumpían repugnantes y confusas, ninguna conexión con la oyente, que yacía en el canapé con los ojos cerrados y muda. Una tibia solicitud para llevarse el manuscrito y copiarlo. Gran atención a la historia del centinela y buena observación. En ese momento comprendí la importancia de la historia, también ella la comprendió correctamente, luego hicimos algunos burdos comentarios acerca de ella, yo comencé» (24 de enero de 1915)

EN LA COLONIA PENITENCIARIA
(1914)

–Es un aparato singular –dijo el oficial al explorador, y contempló con cierta admiración el aparato, que le era tan conocido. El explorador parecía haber aceptado sólo por cortesía la invitación del comandante para presenciar la ejecución de un soldado condenado por desobediencia e insulto hacia sus superiores. En la colonia penitenciaria no era tampoco muy grande el interés suscitado por esta ejecución. Por lo menos, en ese pequeño valle, profundo y arenoso, rodeado totalmente por riscos desnudos, sólo se encontraban, además del oficial y el explorador, el condenado, un hombre de boca grande y aspecto estúpido, de cabello y rostro descuidados, y un soldado, que sostenía la pesada cadena donde convergían las cadenitas que retenían al condenado por los tobillos y las muñecas, así como por el cuello, y que estaban unidas entre sí mediante cadenas secundarias. De todos modos, el condenado tenía un aspecto tan caninamente sumiso, que al parecer hubieran podido permitirle correr en libertad por los riscos circundantes, para llamarlo con un simple silbido cuando llegara el momento de la ejecución.
El explorador no se interesaba mucho por el aparato y, se paseaba detrás del condenado con visible indiferencia, mientras el oficial daba fin a los últimos preparativos, arrastrándose de pronto bajo el aparato, profundamente hundido en la tierra, o trepando de pronto por una escalera para examinar las partes superiores. Fácilmente hubiera podido ocuparse de estas labores un mecánico, pero el oficial las desempeñaba con gran celo, tal vez porque admiraba el aparato, o tal vez porque por diversos motivos no se podía confiar ese trabajo a otra persona.

–¡Ya está todo listo! –exclamó finalmente, y descendió de la escalera. Parecía extraordinariamente fatigado, respiraba por la boca muy abierta, y se había metido dos finos pañuelos de mujer bajo el cuello del uniforme.

–Estos uniformes son demasiado pesados para el trópico –comentó el explorador, en vez de hacer alguna pregunta sobre el aparato, como hubiese deseado el oficial.

–En efecto –dijo éste, y se lavó las manos sucias de aceite y de grasa en un balde que allí había–; pero para nosotros son símbolos de la patria; no queremos olvidarnos de nuestra patria. Y ahora fíjese en este aparato –prosiguió inmediatamente, secándose las manos con una toalla y mostrando aquél al mismo tiempo. Hasta ahora intervine yo, pero de aquí en adelante funciona absolutamente solo.

El explorador asintió, y siguió al oficial. Este quería cubrir todas las contingencias, y por eso dijo:

–Naturalmente, a veces hay inconvenientes; espero que no los haya hoy, pero siempre se debe contar con esa posibilidad. El aparato debería funcionar ininterrumpidamente durante doce horas. Pero cuando hay entorpecimientos, son sin embargo desdeñables, y se los soluciona rápidamente.

"¿No quiere sentarse? –preguntó luego, sacando una silla de mimbre entre un montón de sillas semejantes, y ofreciéndosela al explorador; éste no podía rechazarla. Se sentó entonces, al borde de un hoyo estaba la tierra removida, dispuesta en forma de parapeto; del otro lado estaba el aparato.

–No sé –dijo el oficial– si el comandante le ha explicado ya el aparato.

El explorador hizo un ademán incierto; el oficial no deseaba nada mejor, porque así podía explicarle personalmente el funcionamiento.

–Este aparato –dijo, tomándose de una manivela, y apoyándose en ella– es un invento de nuestro antiguo comandante. Yo asistí a los primerísimos experimentos, y tomé parte en todos los trabajos, hasta su terminación. Pero el mérito del descubrimiento sólo le corresponde a él. ¿No ha oído hablar usted de nuestro antiguo comandante? ¿No? Bueno, no exagero si le digo que casi toda la organización de la colonia penitenciaria es obra suya. Nosotros, sus amigos, sabíamos aun antes de su muerte que la organización de la colonia era un todo tan perfecto, que su sucesor, aunque tuviera mil nuevos proyectos en la cabeza, por lo menos durante muchos años no podría cambiar nada. Y nuestra profecía se cumplió; el nuevo comandante se vio obligado a admitirlo. Lástima que usted no haya conocido a nuestro antiguo comandante. Pero –el oficial se interrumpió– estoy divagando, y aquí está el aparato. Como usted ve, consta de tres partes. Con el correr del tiempo se generalizó

la costumbre de designar a cada una, de estas partes mediante una especie de sobrenombre popular. La inferior se llama la *Cama*, la de arriba el *Diseñador*, y esta del medio, la *Rastra*.

–¿La *Rastra*? –preguntó el explorador.

No había escuchado con mucha atención; el sol caía con demasiada fuerza en ese valle sin sombras, apenas podía uno concentrar los pensamientos. Por eso mismo le parecía más admirable ese oficial, que a pesar de su chaqueta de gala, ajustada, cargada de charreteras y de adornos, proseguía con tanto entusiasmo sus explicaciones, y además, mientras hablaba, ajustaba aquí y allá algún tornillo con un destornillador. En una situación semejante a la del explorador parecía encontrarse el soldado. Se había enrollado la cadena del condenado en torno de las muñecas; apoyado con una mano en el fusil, cabizbajo, no se preocupaba por nada de lo que ocurría. Esto no sorprendió al explorador, ya que el oficial hablaba en francés, y ni el soldado ni el condenado entendían el francés. Por eso mismo era más curioso que el condenado se esforzara por seguir las explicaciones del oficial. Con una especie de soñolienta insistencia, dirigía la mirada hacia donde el oficial señalaba, y cada vez que el explorador hacía una pregunta, también él, como el oficial, lo miraba.

–Sí, la *Rastra* –dijo el oficial–, un nombre bien educado. Las agujas están colocadas en ellas como los dientes de una rastra, y el conjunto funciona además como una rastra, aunque sólo en un lugar determinado, y con mucho más arte. De todos modos, ya lo comprenderá mejor cuando se lo explique. Aquí, sobre la *Cama*, se coloca al condenado. Primero le describiré el aparato, y después lo pondré en movimiento. Así podrá entenderlo mejor. Además, uno de los engranajes del *Diseñador* está muy gastado; chirría mucho cuando funciona, y apenas se entiende lo que uno habla; por desgracia, aquí es muy difícil conseguir piezas de repuesto. Bueno, esta es la *Cama*, como decíamos. Está totalmente cubierta con una capa de algodón en rama; pronto sabrá usted por qué. Sobre este algodón se coloca al condenado, boca abajo, naturalmente desnudo; aquí hay correas para sujetarle las manos, aquí para los pies, y aquí para el cuello. Aquí, en la cabecera de la *Cama* (donde el individuo, como ya le dije, es colocado primeramente boca abajo), esta pequeña mordaza de fieltro, que puede ser fácilmente regulada, de modo que entre directamente en la boca del hombre. Tiene la finalidad de impedir que grite o se muerda la lengua. Naturalmente, el hombre no puede alejar la boca del fieltro, porque si no la correa del cuello le quebraría las vértebras.

–¿Esto es algodón? –preguntó el explorador, y se agachó.

–Sí, claro –dijo el oficial riendo–; tóquelo usted mismo. Cogió la mano

del explorador, y se la hizo pasar por la *Cama*.
–Es un algodón especialmente preparado, por eso resulta tan irreconocible; ya le hablaré de su finalidad.
El explorador comenzaba a interesarse un poco por el aparato; protegiéndose los ojos con la mano, a causa del sol, contempló el conjunto. Era una construcción elevada. La Cama y el Diseñador tenían igual tamaño, y parecían dos oscuros cajones de madera. El Diseñador se elevaba unos dos metros sobre la Cama; los dos estaban unidos entre sí, en los ángulos, por cuatro barras de bronce, que casi resplandecían al sol. Entre los cajones, oscilaba sobre una cinta de acero la Rastra.
El oficial no había advertido la anterior indiferencia del explorador, pero sí notó su interés naciente; por lo tanto interrumpió las explicaciones para que su interlocutor pudiera dedicarse sin inconvenientes al examen de los dispositivos.
El condenado imitó al explorador; como no podía cubrirse los ojos con la mano, miraba hacia arriba, parpadeando.
–Entonces, aquí se coloca al hombre –dijo el explorador, echándose hacia atrás en su silla, y cruzando las piernas.
–Sí –dijo el oficial, corriéndose la gorra un poco hacia atrás, y pasándose la mano por el rostro acalorado–, y ahora escuche. Tanto la Cama como el Diseñador tienen baterías eléctricas propias; la Cama la requiere para sí, el Diseñador para la Rastra. En cuanto el hombre está bien asegurado con las correas, la Cama es puesta en movimiento. Oscila con vibraciones diminutas y muy rápidas, tanto lateralmente como verticalmente. Usted habrá visto aparatos similares en los hospitales; pero en nuestra Cama todos los movimientos están exactamente calculados; en efecto, deben estar minuciosamente sincronizados con los movimientos de la Rastra. Sin embargo, la verdadera ejecución de la sentencia corresponde a la Rastra.
–¿Cómo es la sentencia? –preguntó el explorador.
–¿Tampoco sabe eso? –dijo el oficial, asombrado, y se mordió los labios–. Perdóneme si mis explicaciones son tal vez un poco desordenadas: le ruego realmente que me disculpe. En otros tiempos, correspondía en realidad al comandante dar las explicaciones, pero el nuevo comandante rehuye ese honroso deber; de todos modos, el hecho de que a una visita de semejante importancia –y aquí el explorador trató de restar importancia al elogio, con un ademán de las manos, pero el oficial insistió–, a una visita de semejante importancia ni siquiera se la ponga en conocimiento del carácter de nuestras sentencias, constituye también una insólita novedad, que... –Y con una maldición al borde de los labios se contuvo y prosiguió–...Yo no sabía nada, la culpa no es mía. De todos modos, yo soy la persona más capacitada para explicar

nuestros procedimientos, ya que tengo en mi poder –y se palmeó el bolsillo superior– los respectivos diseños preparados por la propia mano de nuestro antiguo comandante.

–¿Los diseños del comandante mismo? –preguntó el explorador–. ¿Reunía entonces todas las cualidades? ¿Era soldado, juez, constructor, químico y dibujante?

–Efectivamente –dijo el oficial, asintiendo con una mirada impenetrable y lejana.

Luego se examinó las manos; no le parecían suficientemente limpias para tocar los diseños; por lo tanto, se dirigió hacia el balde, y se las lavó nuevamente. Luego sacó un pequeño portafolio de cuero, y dijo:

–Nuestra sentencia no es aparentemente severa. Consiste en escribir sobre el cuerpo del condenado, mediante la Rastra, la disposición que él mismo ha violado. Por ejemplo, las palabras inscritas sobre el cuerpo de este condenado –y el oficial señaló al individuo– serán:

HONRA A TUS SUPERIORES.

El explorador miró rápidamente al hombre; en el momento en que el oficial lo señalaba, estaba cabizbajo y parecía prestar toda la atención de que sus oídos eran capaces, para tratar de entender algo. Pero los movimientos de sus labios gruesos y apretados demostraban evidentemente que no entendía nada. El explorador hubiera querido formular diversas preguntas, pero al ver al individuo sólo inquirió:

–¿Conoce él su sentencia?

–No –dijo el oficial, tratando de proseguir inmediatamente con sus explicaciones, pero el explorador lo interrumpió.

–¿No conoce su sentencia?

–No –replicó el oficial, callando un instante como para permitir que el explorador ampliara su pregunta–. Sería inútil anunciársela. Ya la sabrá en carne propia.

El explorador no quería preguntar más; pero sentía la mirada del condenado fija en él, como inquiriéndole si aprobaba el procedimiento descrito. En consecuencia, aunque se había repantigado en la silla, volvió a inclinarse hacia adelante y siguió preguntando:

–Pero por lo menos ¿sabe que ha sido condenado?

–Tampoco –dijo el oficial, sonriendo como si esperara que le hiciera otra pregunta extraordinaria.

–¿No? –dijo el explorador, y se pasó la mano por la frente–, entonces ¿el individuo tampoco sabe cómo fue conducida su defensa?

–No se le dio ninguna oportunidad de defenderse –dijo el oficial, y volvió la mirada, como hablando consigo mismo, para evitar al explorador

la vergüenza de oír una explicación de cosas tan evidentes.

–Pero debe de haber tenido alguna oportunidad de defenderse –insistió el explorador, y se levantó de su asiento.

El oficial comprendió que corría el peligro de ver demorada indefinidamente la descripción del aparato; por lo tanto, se acercó al explorador, lo tomó por el brazo, y señaló con la mano al condenado, que al ver tan evidentemente que toda la atención se dirigía hacia él, se puso en posición de firme, mientras el soldado daba un tirón a la cadena.

–Le explicaré cómo se desarrolla el proceso –dijo el oficial–. Yo he sido designado juez de la colonia penitenciaria. A pesar de mi juventud. Porque yo era el consejero del antiguo comandante en todas las cuestiones penales, y además conozco el aparato mejor que nadie. Mi principio fundamental es éste: la culpa es siempre indudable. Tal vez otros juzgados no siguen este principio fundamental, pero son multipersonales, y además dependen de otras cámaras superiores. Este no es nuestro caso, o por lo menos no lo era en la época de nuestro antiguo comandante. El nuevo ha demostrado, sin embargo, cierto deseo de inmiscuirse en mis juicios, pero hasta ahora he logrado mantenerlo a cierta distancia, y espero seguir lográndolo. Usted desea que le explique este caso particular; es muy simple, como todos los demás. Un capitán presentó esta mañana la acusación de que este individuo, que ha sido designado criado suyo, y que duerme frente a su puerta, se había dormido durante la guardia. En efecto, tiene la obligación de levantarse al sonar cada hora, y hacer la venia ante la puerta del capitán. Como se ve, no es una obligación excesiva, y sí muy necesaria, porque así se mantiene alerta en sus funciones, tanto de centinela como de criado. Anoche el capitán quiso comprobar si su criado cumplía con su deber. Abrió la puerta –exactamente a las dos, y lo encontró dormido en el suelo. Cogió la fusta, y le cruzó la cara. En vez de levantarse y suplicar perdón, el individuo aferró a su superior por las piernas, lo sacudió y exclamó: "Arroja ese látigo, o te como vivo". Estas son las pruebas. El capitán vino a verme hace una hora, tomé nota de su declaración y dicté inmediatamente la sentencia. Luego hice encadenar al culpable.

Todo esto fue muy simple. Si primeramente lo hubiera hecho llamar, y lo hubiera interrogado, sólo habrían surgido confusiones. Habría mentido, y si yo hubiera querido desmentirlo, habría reforzado sus mentiras con nuevas mentiras, y así sucesivamente. En cambio, así lo tengo en mi poder, y no se escapará. ¿Está todo aclarado? Pero el tiempo pasa, ya debería comenzar la ejecución, y todavía no terminé de explicarle el aparato.

Obligó al explorador a que se sentara nuevamente, se acercó otra vez al aparato, y comenzó:

–Como usted ve, la forma de la Rastra corresponde a la forma del cuerpo humano; aquí está la parte del torso, aquí están las rastras para las piernas. Para la cabeza, sólo hay esta agujita. ¿Le resulta claro?
Se inclinó amistosamente ante el explorador, dispuesto a dar las más amplias explicaciones.
El explorador, con el ceño fruncido, consideró la Rastra. La descripción de los procedimientos judiciales no lo había satisfecho. Constantemente debía hacer un esfuerzo para no olvidar que se trataba de una colonia penitenciaria, que requería medidas extraordinarias de seguridad, y donde la disciplina debía ser exagerada hasta el extremo. Pero por otra parte fundaba ciertas esperanzas en el nuevo comandante, que evidentemente proyectaba introducir, aunque poco a poco, un nuevo sistema de procedimientos; procedimientos que la estrecha mentalidad de este oficial no podía comprender. Estos pensamientos le hicieron preguntar:
–¿El comandante asistirá a la ejecución?
–No es seguro –dijo el oficial, dolorosamente impresionado por una pregunta tan directa, mientras su expresión amistosa se desvanecía–. Por eso mismo debemos darnos prisa. En consecuencia, aunque lo siento muchísimo, me veré obligado a simplificar mis explicaciones. Pero mañana, cuando hayan limpiado nuevamente el aparato (su única falla consiste en que se ensucia mucho), podré seguir explayándome con más detalles. Reduzcámonos entonces por ahora a lo más indispensable. Una vez que el hombre está acostado en la Cama, y ésta comienza a vibrar, la Rastra desciende sobre su cuerpo. Se regula automáticamente, de modo que apenas roza el cuerpo con la punta de las agujas; en cuanto se establece el contacto, la cinta de acero se convierte inmediatamente en una barra rígida. Y entonces empieza la función. Una persona que no esté al tanto, no advierte ninguna diferencia entre un castigo y otro. La Rastra parece trabajar uniformemente. Al vibrar, rasga con la punta de las agujas la superficie del cuerpo, estremecido a su vez por la Cama. Para permitir la observación del desarrollo de la sentencia, la Rastra ha sido construida de vidrio. La fijación de las agujas en el vidrio originó algunas dificultades técnicas, pero después de diversos experimentos solucionamos el problema. Le diré que no hemos escatimado esfuerzos. Y ahora cualquiera puede observar, a través del vidrio, cómo va tomando forma la inscripción sobre el cuerpo. ¿No quiere acercarse a ver las agujas?
El explorador se levantó lentamente, se acercó, y se inclinó sobre la Rastra.
–Como usted ve –dijo el oficial–, hay dos clases de agujas, dispuestas de diferente modo. Cada aguja larga va acompañada por una más corta. La larga se reduce a escribir, y la corta arroja agua, para lavar la

sangre y mantener legible la inscripción. La mezcla de agua y sangre corre luego por pequeños canalículos, y finalmente desemboca en este canal principal, para verterse en el hoyo, a través de un caño de desagüe.
El oficial mostraba con el dedo el camino exacto que seguía la mezcla de agua y sangre. Mientras él, para hacer lo más gráfica posible la imagen, formaba un cuenco con ambas manos en la desembocadura del caño de salida, el explorador alzó la cabeza y trató de volver a su asiento, tanteando detrás de sí con la mano. Vio entonces con horror que también el condenado había obedecido la invitación del oficial para ver más de cerca la disposición de la Rastra. Con la cadena había arrastrado un poco al soldado adormecido, y ahora se inclinaba sobre el vidrio. Se veía cómo su mirada insegura trataba de percibir lo que los dos señores acababan de observar, y cómo, faltándole la explicación, no comprendía nada. Se agachaba aquí y allá. Sin cesar, su mirada recorría el vidrio. El explorador trató de alejarlo, porque lo que hacía era probablemente punible. Pero el oficial lo retuvo con una mano, con la otra cogió del parapeto un terrón, y lo arrojó al soldado. Este se sobresaltó, abrió los ojos, comprobó el atrevimiento del hombre, dejó caer el rifle, hundió los talones en el suelo, arrastró de un tirón al condenado, que inmediatamente cayó al suelo, y luego se quedó mirando cómo se debatía y hacía sonar las cadenas.
–¡Póngalo de pie! –gritó el oficial, porque advirtió que el condenado distraía demasiado al explorador. En efecto, éste se había inclinado sobre la Rastra, sin preocuparse mayormente por su funcionamiento, y sólo quería saber qué ocurría con el condenado.
–¡Trátelo con cuidado! –volvió a gritar el oficial. Luego corrió en torno del aparato, cogió personalmente al condenado bajo las axilas, y aunque éste se resbalaba constantemente, con la ayuda del soldado lo puso de pie.
–Ya estoy al tanto de todo –dijo el explorador, cuando el oficial volvió a su lado.
–Menos de lo más importante –dijo éste, tomándolo por un brazo y señalando hacia lo alto–. Allá arriba, en el Diseñador, está el engranaje que pone en movimiento la Rastra; dicho engranaje es regulado de acuerdo a la inscripción que corresponde a la sentencia. Todavía utilizo los diseños del antiguo comandante. Aquí están –y sacó algunas hojas del portafolio de cuero–, pero por desgracia no puedo dárselos para que los examine; son mi más preciosa posesión. Siéntese, yo se los mostraré desde aquí, y usted podrá ver todo perfectamente.
Mostró la primera hoja. El explorador hubiera querido hacer alguna observación pertinente, pero sólo vio líneas que se cruzaban repetida y

laberínticamente, y que cubrían en tal forma el papel, que apenas podían verse los espacios en blanco que las separaban.

–Lea –dijo el oficial.

–No puedo –dijo el explorador.

–Sin embargo está claro –dijo el oficial.

–Es muy ingenioso –dijo el explorador evasivamente–, pero no puedo descifrarlo.

–Sí –dijo el oficial, riendo y guardando nuevamente el plano–, no es justamente caligrafía para escolares. Hay que estudiarlo largamente. También usted terminaría por entenderlo, estoy seguro. Naturalmente, no puede ser una inscripción simple; su fin no es provocar directamente la muerte, sino después de un lapso de doce horas, término medio; se calcula que el momento crítico tiene lugar a la sexta hora. Por lo tanto, muchos, muchísimos adornos rodean la verdadera inscripción; ésta sólo ocupa una estrecha faja en torno del cuerpo; el resto se reserva a los embellecimientos. ¿Está ahora en condiciones de apreciar la labor de la Rastra, y de todo el aparato? ¡Fíjese! –y subió de un salto la escalera, e hizo girar una rueda–. ¡Atención, hágase a un lado!

El conjunto comenzó a funcionar. Si la rueda no hubiera chirriado, habría sido maravilloso. Como si el ruido de la rueda lo hubiera sorprendido, el oficial la amenazó con el puño, luego abrió los brazos, como disculpándose ante el explorador, y descendió rápidamente, para observar desde abajo el funcionamiento del aparato. Todavía había algo que no andaba, y que sólo él percibía; volvió a subir, buscó algo con ambas manos en el interior del Diseñador, se dejó deslizar por una de las barras, en vez de utilizar la escalera, para bajar más rápidamente, y exclamó con toda su voz en el oído del explorador, para hacerse oír en medio del estrépito:

–¿Comprende el funcionamiento? La Rastra comienza a escribir; cuando termina el primer borrador de la inscripción en el dorso del individuo, la capa de algodón gira y hace girar el cuerpo lentamente sobre un costado, para dar más lugar a la Rastra. Al mismo tiempo, las partes ya escritas apoyan sobre el algodón, que gracias a su preparación especial contiene la emisión de sangre y prepara la superficie para seguir profundizando la inscripción. Luego, a medida que el cuerpo sigue girando, estos dientes del borde de la Rastra arrancan el algodón de las heridas, lo arrojan al hoyo, y la Rastra puede proseguir su labor. Así sigue inscribiendo, cada vez más hondo, las doce horas. Durante las primeras seis horas, el condenado se mantiene casi tan vivo como al principio, sólo sufre dolores. Después de dos horas, se le quita la mordaza de fieltro, porque ya no tiene fuerzas para gritar. Aquí, en este recipiente calentado eléctricamente, junto a la cabecera de la Cama, se vierte pulpa

caliente de arroz, para que el hombre se alimente, si así lo desea, lamiéndola con la lengua. Ninguno desdeña esta oportunidad. No sé de ninguno, y mi experiencia es vasta. Sólo después de seis horas desaparece todo deseo de comer. Generalmente me arrodillo aquí, en ese momento, y observo el fenómeno. El hombre, no traga casi nunca el último bocado, sólo lo hace girar en la boca, y lo escupe en el hoyo. Entonces tengo que agacharme, porque si no me escupiría en la cara. ¡Qué tranquilo se queda el hombre después de la sexta hora! Hasta el más estólido comienza a comprender. La comprensión se inicia en torno de los ojos. Desde allí se expande. En ese momento uno desearía colocarse con él bajo la Rastra. Ya no ocurre más nada; el hombre comienza solamente a descifrar la inscripción, estira los labios hacia afuera, como si escuchara. Usted ya ha visto que no es fácil descifrar la inscripción con los ojos; pero nuestro hombre la descifra con sus heridas. Realmente, cuesta mucho trabajo; necesita seis horas por lo menos. Pero ya la Rastra lo ha atravesado completamente y lo arroja en el hoyo, donde cae en medio de la sangre y el agua y el algodón. La sentencia se ha cumplido, y nosotros, yo y el soldado, lo enterramos.

El explorador había inclinado el oído hacia el oficial, y con las manos en los bolsillos de la chaqueta contemplaba el funcionamiento de la máquina. También el condenado lo contemplaba, pero sin comprender. Un poco agachado, seguía el movimiento de las agujas oscilantes; mientras tanto el soldado, ante una señal del oficial, le cortó con un cuchillo la camisa y los pantalones, por la parte de atrás de modo que estos últimos cayeron al suelo; el individuo trató de retener las ropas que se le caían, para cubrir su desnudez, pero el soldado lo alzó en el aire y sacudiéndolo hizo caer los últimos jirones de vestimenta. El oficial detuvo la máquina, y en medio del repentino silencio el condenado fue colocado bajo la Rastra. Le desataron las cadenas, y en su lugar lo sujetaron con las correas; en el primer instante, esto pareció significar casi un alivio para el condenado. Luego hicieron descender un poco más la Rastra, porque era un hombre delgado. Cuando las puntas lo rozaron, un estremecimiento recorrió su piel; mientras el soldado le ligaba la mano derecha, el condenado lanzó hacia afuera la izquierda, sin saber hacia dónde, pero en dirección del explorador. El oficial observaba constantemente a este último, de reojo, como si quisiera leer en su cara la impresión que le causaba la ejecución que por lo menos superficialmente acababa de explicarle.

La correa destinada a la mano izquierda se rompió; probablemente, el soldado la había estirado demasiado. El oficial tuvo que intervenir, y el soldado le mostró el trozo roto de correa. Entonces el oficial se le acer-

có, y con el rostro vuelto hacia el explorador dijo:
–Esta máquina es muy compleja, a cada momento se rompe o se descompone alguna cosa; pero uno no debe permitir que estas circunstancias influyan en el juicio de conjunto. De todos modos, las correas son fácilmente sustituibles; usaré una cadena; es claro que la delicadeza de las vibraciones del brazo derecho sufrirá un poco.
Y mientras sujetaba la cadena, agregó:
–Los recursos destinados "a la conservación de la máquina son ahora sumamente reducidos. Cuando estaba el antiguo comandante, yo tenía a mi disposición una suma de dinero con esa única finalidad. Había aquí un depósito, donde se guardaban piezas de repuesto de todas clases. Confieso que he sido bastante pródigo con ellas, me refiero a antes, no ahora, como insinúa el nuevo comandante, para quien todo es un motivo de ataque contra el antiguo orden. Ahora se ha hecho cargo personalmente del dinero destinado a la máquina, y si le mando pedir una nueva correa, me pide, como prueba, la correa rota; la nueva llega por lo menos diez días después, y además es de mala calidad, y no sirve de mucho. Cómo puede funcionar mientras tanto la máquina sin correas, eso no le preocupa a nadie.

El explorador pensó: Siempre hay que reflexionar un poco antes de intervenir decisivamente en los asuntos de los demás. El no era ni miembro de la colonia penitenciaria, ni ciudadano del país al que ésta pertenecía. Si pretendía emitir juicios sobre la ejecución o trataba directamente de obstaculizarla, podían decirle: "Eres un extranjero, no te metas." Ante esto no podía contestar nada, sólo agregar que realmente no comprendía su propia actitud, y de ningún modo pretendía modificar los métodos judiciales de los demás. Pero aquí se encontraba con cosas que realmente lo tentaban a quebrar su resolución, de no inmiscuirse. La injusticia del procedimiento y la inhumanidad de la ejecución eran indudables. Nadie podía suponer que el explorador tenía algún interés personal en el asunto, porque el condenado era para él un desconocido, no era compatriota suyo, y ni siquiera era capaz de inspirar compasión. El explorador había sido recomendado por personas muy importantes, había sido recibido con gran cortesía, y el hecho de que lo hubieran invitado a la ejecución podía justamente significar que se deseaba conocer su opinión sobre el asunto. Esto parecía bastante probable, porque el comandante, como bien claramente acababan de expresarle, no era partidario de estos procedimientos, y su actitud ante el oficial era casi hostil.
En ese momento oyó el explorador un grito airado del oficial. Acababa de colocar, no sin gran esfuerzo, la mordaza de fieltro dentro de la boca

del condenado, cuando este último, con una náusea irresistible, cerró los ojos y vomitó. Rápidamente el oficial le alzó la cabeza, alejándola de la mordaza y tratando de dirigirla hacia el hoyo; pero era demasiado tarde, y el vómito se derramó sobre la máquina.
–¡Todo esto es culpa del comandante! –gritó el oficial, sacudiendo insensatamente la barra de cobre que tenía enfrente–. Me dejarán la máquina más sucia que una pocilga –y con manos temblorosas mostró al explorador lo que había ocurrido–. Durante horas he tratado de hacerle comprender al comandante que el condenado debe ayunar un día entero antes de la ejecución. Pero nuestra nueva doctrina compasiva no lo quiere así. Las señoras del comandante visitan al condenado y le atiborran la garganta de dulces. Durante toda la vida se alimentó de peces hediondos, y ahora necesita comer dulces. Pero en fin, podríamos pasarlo por alto, yo no protestaría, pero ¿por qué no quieren conseguirme una nueva mordaza de fieltro, ya que hace tres meses que la pido: ¿Quién podría meterse en la boca, sin asco, una mordaza que más de cien moribundos han chupado y mordido?

El condenado había dejado caer la cabeza y parecía tranquilo; mientras tanto, el soldado limpiaba la máquina con la camisa del otro. El oficial se dirigió hacia él explorador, que tal vez por un presentimiento retrocedió un paso, pero el oficial lo cogió por la mano y lo llevó aparte.
–Quisiera hablar confidencialmente algunas palabras con usted –dijo este último–. ¿Me lo permite?
–Naturalmente –dijo el explorador, y escuchó con la mirada baja.
–Este procedimiento judicial, y este método de castigo, que usted tiene ahora oportunidad de admirar, no goza actualmente en nuestra colonia de ningún abierto partidario. Soy su único sostenedor, y al mismo tiempo el único sostenedor de la tradición del antiguo comandante. Ya ni podría pensar en la menor ampliación del procedimiento, y necesito emplear todas mis fuerzas para mantenerlo tal como es actualmente. En vida de nuestro antiguo comandante, la colonia estaba llena de partidarios; yo poseo en parte la fuerza de convicción del antiguo comandante, pero carezco totalmente de su poder; en consecuencia, los partidarios se ocultan; todavía hay muchos, pero ninguno lo confiesa. Si usted entra hoy, que es día de ejecución, en la confitería, y escucha las conversaciones, tal vez sólo oiga frases de sentido ambiguo. Esos son todos partidarios, pero bajo el comandante actual, y con sus doctrinas actuales, no me sirven absolutamente de nada. Y ahora le pregunto: ¿le parece bien que por culpa de este comandante y sus señoras, que influyen sobre él, semejante obra de toda una vida –y señaló la maquinaria– desaparezca? ¿Podemos permitirlo? Aun cuando uno sea un extran-

jero, y sólo haya venido a pasar un par de días en nuestra isla. Pero no podemos perder tiempo, porque también se prepara algo contra mis funciones judiciales; ya tienen lugar conferencias en la oficina del comandante, de las que me veo excluido; hasta su visita de hoy, señor, me parece formar parte de un plan; por cobardía lo utilizan a usted, un extranjero, como pantalla. ¡Qué diferente era en otros tiempos la ejecución! Ya un día antes de la ceremonia, el valle estaba completamente lleno de gente; todos venían sólo para ver; por la mañana temprano aparecía el comandante con sus señoras; las fanfarrias despertaban a todo el campamento; yo presentaba un informe de que todo estaba preparado; todo el estado mayor –ningún alto oficial se atrevía a faltar– se ubicaba en torno de la máquina; este montón de sillas de mimbre es un mísero resto de aquellos tiempos. La máquina resplandecía, recién limpiada; antes de cada ejecución me entregaban piezas nuevas de repuesto. Ante cientos de ojos –todos los asistentes en puntas de pie, hasta en la cima de esas colinas– el condenado era colocado por el mismo comandante debajo de la Rastra. Lo que hoy corresponde a un simple soldado, era en esa época tarea mía, tarea del juez presidente del juzgado, y un gran honor para mí. Y entonces empezaba la ejecución. Ningún ruido discordante afeaba el funcionamiento de la máquina. Muchos ya no miraban; permanecían con los ojos cerrados, en la arena; todos sabían: ahora se hace justicia. En ese silencio, sólo se oían los suspiros del condenado, apenas apagados por el fieltro. Hoy la máquina ya no es capaz de arrancar al condenado un suspiro tan fuerte que el fieltro no pueda apagarlo totalmente; pero en ese entonces las agujas inscriptoras vertían un líquido ácido, que hoy ya no nos permiten emplear. ¡Y llegaba la sexta hora! Era imposible satisfacer todos los pedidos formulados para contemplarla desde cerca. El comandante, muy sabiamente, había ordenado que los niños tendrían preferencia sobre todo el mundo; yo, por supuesto, gracias a mi cargo, tenía el privilegio de permanecer junto a la máquina; a menudo estaba en cuclillas, con un niñito en cada brazo, a derecha e izquierda. ¡Cómo absorbíamos todos esa expresión de transfiguración que aparecía en el rostro martirizado, cómo nos bañábamos las mejillas en el resplandor de esa justicia, por fin lograda y que tan pronto desaparecería! ¡Qué tiempos, camarada!

El oficial había evidentemente olvidado quién era su interlocutor; lo había abrazado, y apoyaba la cabeza sobre su hombro. El explorador se sentía grandemente desconcertado; inquieto, miraba hacia la lejanía. El soldado había terminado su limpieza, y ahora vertía pulpa de arroz en el recipiente. Apenas la advirtió el condenado, que parecía haberse me-

jorado completamente, comenzó a lamer la papilla con la lengua. El soldado trataba de alejarlo, porque la papilla era para más tarde, pero de todos modos también era incorrecto que el soldado metiera en el recipiente sus sucias manos, y se dedicara a comer ante el ávido condenado.

El oficial recobró rápidamente el dominio de sí mismo.

–No quise emocionarlo –dijo–, ya sé que actualmente es imposible dar una idea de lo que eran esos tiempos. De todos modos, la máquina todavía funciona, y se basta a sí misma. Se basta a sí misma, aunque se encuentra muy solitaria en este valle. Y al terminar, el cadáver cae como antaño dentro del hoyo, con un movimiento incomprensiblemente suave, aunque ya no se apiñan las muchedumbres como moscas en torno de la sepultura, como en otros tiempos. Antaño teníamos que colocar una sólida baranda en torno de la sepultura, pero hace mucho que la arrancamos.

El explorador quería ocultar su rostro al oficial, y miraba en torno, al azar. El oficial creía que contemplaba la desolación del valle; le cogió por lo tanto las manos, se colocó frente a él, para mirarlo en los ojos, y le preguntó:.

–¿Se da cuenta, qué vergüenza?

Pero el explorador calló. El oficial lo dejó un momento entregado a sus pensamientos; con las manos en las caderas, las piernas abiertas, permaneció callado, cabizbajo. Luego sonrió alentadoramente al explorador, y dijo:

–Yo estaba ayer cerca de usted cuando el comandante lo invitó. Oí la invitación. Conozco al comandante. Inmediatamente comprendía su propósito. Aunque su poder es suficientemente grande para tomar medidas contra mí, todavía no se atreve, pero ciertamente tiene la intención de oponerme su veredicto de usted, el veredicto de un ilustre extranjero. Lo ha calculado perfectamente: hace dos días que usted está en la isla, no conoció al antiguo comandante, ni su manera de pensar, está habituado a los puntos de vista europeos, tal vez se opone fundamentalmente a la pena capital en general y a estos tipos de castigo mecánico en particular; además comprueba que la ejecución tiene lugar sin ningún apoyo popular, tristemente, mediante una máquina ya un poco arruinada; considerando todo esto (así piensa el comandante), ¿no sería entonces muy probable que desaprobara mis métodos? Y si los desaprobara, no ocultaría su desaprobación (hablo siempre en nombre del comandante), porque confía ampliamente en sus bien probadas conclusiones. Es verdad que usted ha visto las numerosas peculiaridades de numerosos pueblos, y ha aprendido a apreciarlas, y por lo tanto es probable que no se exprese con excesivo rigor contra el proce-

dimiento, como lo haría en su propio país. Pero el comandante no necesita tanto. Una palabra cualquiera, hasta una observación un poco imprudente le bastaría. No hace ni siquiera falta que esa observación exprese su opinión, basta que aparentemente corrobore la intención del comandante. Que él tratará de sonsacarlo con preguntas astutas, de eso estoy seguro. Y sus señoras estarán sentadas en torno, y alzarán las orejas; tal vez usted diga: "En mi país el procedimiento judicial es distinto", o "En mi país se permite al acusado defenderse antes de la sentencia", o "En mi país hay otros castigos, además de la pena de muerte", o "En mi país sólo existió la tortura en la Edad Media". Todas éstas son observaciones correctas y que a usted le parecen evidentes, observaciones inocentes, que no pretenden juzgar mis procedimientos. Pero ¿cómo las tomará el comandante? Ya lo veo al buen comandante, veo cómo aparta su silla y sale rápidamente al balcón, veo a sus señoras, que se precipitan tras él como un torrente, oigo su voz (las señoras la llaman una voz de trueno) que dice: "Un famoso investigador europeo, enviado para estudiar el procedimiento judicial en todos los países del mundo, acaba de decir que nuestra antigua manera de administrar justicia es inhumana. Después de oír el juicio de semejante personalidad, ya no me es posible seguir permitiendo este procedimiento. Por lo tanto, ordeno que desde el día de hoy..." y así sucesivamente. Usted trata dé interrumpirlo para explicar que no dijo lo que él pretende, que no llamó nunca inhumano mi procedimiento, que en cambio su profunda experiencia le demuestra que es el procedimiento más humano y acorde con la dignidad humana, que admira esta maquinaria... pero ya es demasiado tarde; usted no puede asomarse al balcón, que está lleno de damas; trata de llamar la atención; trata de gritar; pero una mano de señora le tapa la boca... y tanto yo como la obra del antiguo comandante estamos irremediablemente perdidos.
El explorador tuvo que contener una sonrisa; tan fácil era entonces la tarea que le había parecido tan difícil. Dijo evasivamente:
–Usted exagera mi influencia; el comandante leyó mis cartas de recomendación, y sabe que no soy ningún entendido en procedimientos judiciales. Si yo expresara una opinión, sería la opinión de un particular, en nada más significativa que la opinión de cualquier otra persona, y en todo caso mucho menos significativa que la opinión del comandante, que según creo posee en esta colonia penitenciaria prerrogativas extensísimas. Si la opinión de él sobre este procedimiento es tan hostil como usted dice, entonces, me temo que haya llegado la hora decisiva para el mismo, sin que se requiera mi humilde ayuda.
¿Lo había comprendido ya el oficial? No, todavía no lo comprendía. Meneó enfáticamente la cabeza, volvió brevemente la mirada hacia el con-

denado y el soldado, que se alejaron por instinto del arroz, se acercó bastante al explorador, lo miró no en los ojos, sino en algún sitio de la chaqueta, y le dijo más despacio que antes:

–Usted no conoce al comandante; usted cree (perdone la expresión) que es una especie de extraño para él y para nosotros; sin embargo, créame, su influjo no podría ser subestimado. Fue una verdadera felicidad para mí saber que usted asistiría solo a la ejecución. Esa orden del comandante debía perjudicarme, pero yo sabré sacar ventaja de ella. Sin distracciones provocadas por falsos murmullos y por miradas desdeñosas (imposibles de evitar si una gran multitud hubiera asistido a la ejecución), usted ha oído mis explicaciones, ha visto la máquina, y está ahora a punto de contemplar la ejecución. Ya se ha formado indudablemente un juicio; si todavía no está seguro de algún pequeño detalle, el desarrollo de la ejecución disipará sus últimas dudas. Y ahora elevo ante usted esta súplica: Ayúdeme contra el comandante.

El explorador no le permitió proseguir.

–¡Cómo me pide usted eso –exclamó–, es totalmente imposible! No puedo ayudarlo en lo más mínimo, así como tampoco puedo perjudicarlo.

–Puede –dijo el oficial; con cierto temor, el explorador vio que el oficial contraía los puños–. Puede –repitió el oficial con más insistencia todavía–. Tengo un plan, que no fallará. Usted cree que su influencia no es suficiente. Yo sé que es suficiente. Pero suponiendo que usted tuviera razón, ¿no sería de todos modos necesario tratar de utilizar toda clase de recursos, aunque dudemos de su eficacia, con tal de conservar el antiguo procedimiento? Por lo tanto, escuche usted mi plan. Ante todo es necesario para su éxito que hoy, cuando se encuentre usted en la colonia, sea lo más reticente posible en sus juicios sobre el procedimiento. A menos que le formulen una pregunta directa, no debe decir una palabra sobre el asunto; si lo hace, que sea con frases breves y ambiguas; debe dar a entender que no le agrada discutir ese tema, que ya está harto de él, que si tuviera que decir algo, prorrumpiría francamente en maldiciones. No le pido que mienta; de ningún modo; sólo debe contestar lacónicamente, por ejemplo: "Sí, asistí a la ejecución", o "Sí, escuché todas las explicaciones". Sólo eso, nada más. En cuanto al fastidio que usted pueda dar a entender, tiene motivos suficientes, aunque no sean tan evidentes para el comandante. Naturalmente, éste comprenderá todo mal, y lo interpretará a su manera. En eso se basa justamente mi plan. Mañana se realizará en la oficina del comandante, presidida por éste, una gran asamblea de todos los altos oficiales administrativos. El comandante, por supuesto, ha logrado convertir esas asambleas en un espectáculo público. Hizo construir una galería, que

está siempre llena de espectadores. Estoy obligado a tomar parte en las asambleas, pero me enferman de asco. Ahora bien, pase lo que pase, es seguro que a usted lo invitarán; si se atiene hoy a mi plan, la invitación se convertirá en una insistente súplica. Pero si por cualquier motivo imprevisible no fuera invitado, debe usted de todos modos pedir que lo inviten; es indudable que así lo harán. Por lo tanto, mañana estará usted sentado con las señoras en el palco del comandante. El mira a menudo hacia arriba, para asegurarse de su presencia. Después de varias órdenes del día, triviales y ridículas, calculadas para impresionar al auditorio –en su mayoría son obras portuarias, ¡eternamente obras porturarias!–, se pasa a discutir nuestro procedimiento judicial. Si eso no ocurre, o no ocurre bastante pronto, por desidia del comandante, me encargaré yo de introducir el tema. Me pondré de pie y mencionaré que la ejecución de hoy tuvo lugar. Muy breve, una simple mención. Semejante mención no es en realidad usual, pero no importa. El comandante me da las gracias, como siempre, con una sonrisa amistosa, y ya sin poder contenerse aprovecha la excelente oportunidad. "Acaban de anunciar –más o menos así dirá– que ha tenido lugar la ejecución. Sólo quisiera agregar a este anuncio que dicha ejecución ha sido presenciada por el gran investigador que como ustedes saben honra extraordinariamente nuestra colonia con su visita. También nuestra asamblea de hoy adquiere singular significado gracias a su presencia. ¿No convendría ahora preguntar a este famoso investigador qué juicio le merece nuestra forma tradicional de administrar la pena capital, y el procedimiento judicial que la precede?" Naturalmente, aplauso general, acuerdo unánime, y mío más que de nadie. El comandante se inclina ante usted, y dice: "Por lo tanto, le formulo en nombre de todos dicha pregunta". Y entonces usted se adelanta hacia la baranda del palco. Apoya las manos donde todos pueden verlas, porque si no, se las cogerán las señoras y jugarán con sus dedos. Y por fin se escucharán sus palabras. No sé cómo podré soportar la tensión de la espera hasta ese instante. En su discurso no debe haber ninguna reticencia, diga la verdad a pleno pulmón, inclínese sobre el borde del balcón, grite, sí, grite al comandante su opinión, su inconmovible opinión.

Pero tal vez no le guste a usted esto, no corresponde a su carácter, o quizás en su país uno se comporta diferentemente en esas ocasiones; bueno, está bien, también así será suficientemente eficaz, no hace falta que se ponga de pie, diga solamente un par de palabras, susúrrelas, que sólo los oficiales que están debajo de usted las oigan, es suficiente, no necesita mencionar siquiera la falta de apoyo popular a la ejecución, ni la rueda que chirría, ni las correas rotas, ni el nauseabundo fieltro, no, yo me encargo de todo eso, y le aseguro que si mi discurso no obli-

ga al comandante a abandonar el salón, lo obligará a arrodillarse y reconocer: "Antiguo comandante, ante ti me inclino."
Este es mi plan; ¿quiere ayudarme a realizarlo? Pero, naturalmente, usted quiere, aún más, debe ayudarme.

El oficial cogió al explorador por ambos brazos, y lo miró en los ojos, respirando agitadamente. Había gritado con tal fuerza las últimas frases, que hasta el soldado y el condenado se habían puesto a escuchar; aunque no podían entender nada, habían dejado de comer, y dirigían la mirada hacia el explorador, masticando todavía.
Desde el primer momento el explorador no había dudado de cuál debía ser su respuesta. Durante su vida había reunido demasiada experiencia, para dudar en este caso; era una persona fundamentalmente honrada, y no conocía el temor. Sin embargo contemplando al soldado y el condenado, vaciló un instante. Por fin dijo lo que debía decir:
–No.
El oficial parpadeó varias veces, pero no desvió la mirada.
–¿Desea usted una explicación? –preguntó el explorador.
El oficial asintió, sin hablar.
–Desapruebo este procedimiento –dijo entonces el explorador–, aun desde antes que usted me hiciera estas confidencias (por supuesto que bajo ninguna circunstancia traicionaré la confianza que ha puesto en mi); ya me había preguntado si sería mi deber intervenir, y si mi intervención tendría después de todo alguna posibilidad de éxito. Pero sabía perfectamente a quién debía dirigirme en primera instancia; naturalmente al comandante. Usted lo ha hecho más indudable aún, aunque confieso que no sólo no ha fortalecido mi decisión, sino que su honrada convicción ha llegado a conmoverme mucho, por más que no logre modificar mi opinión.

El oficial callaba; se volvió hacia la máquina, se tomó de una de las barras de bronce, y contempló, un poco echado hacia atrás, el Diseñador, como para comprobar que todo estaba en orden. El soldado y el condenado parecían haberse hecho amigos; el condenado hacía señales al soldado, aunque sus sólidas ligaduras dificultaban notablemente la operación; el soldado se inclinó hacia él; el condenado le susurró algo, y el soldado asintió.
El explorador se acercó al oficial, y dijo:
–Todavía no sabe usted lo que pienso hacer. Comunicaré al comandante, en efecto, lo que opino del procedimiento, pero no en una asamblea, sino en privado; además, no me quedaré aquí lo suficiente para asistir a ninguna conferencia; mañana por la mañana me voy, o por lo menos

me embarco.
No parecía que el oficial lo hubiera escuchado.
–Así que el procedimiento no lo convence –dijo éste para sí, y sonrió, como un anciano que se ríe de la insensatez de un niño, y a pesar de la sonrisa prosigue sus propias meditaciones–. Entonces, llegó el momento –dijo por fin, y miró de pronto al explorador con clara mirada, en la que se veía cierto desafío, cierto vago pedido de cooperación.
–¿Cuál momento? –preguntó inquieto el explorador, sin obtener respuesta.
–Eres libre –dijo el oficial al condenado, en su idioma; el hombre no podía creerlo–. Vamos, eres libre –repitió el oficial.
Por primera vez, el rostro del condenado pareció realmente animarse. ¿Sería verdad? ¿No sería un simple capricho del oficial, que no duraría ni un instante? ¿Tal vez el explorador extranjero había suplicado que lo perdonaran? ¿Qué ocurría? Su cara parecía formular estas preguntas. Pero por poco tiempo. Fuera lo que fuese, deseaba ante todo sentirse realmente libre, y comenzó a debatirse en la medida que la Rastra se lo permitía.
–Me romperás las correas –gritó el oficial–, quédate quieto. Ya te desataremos.
Y después de hacer una señal al soldado, pusieron manos a la obra. El condenado sonreía sin hablar, para sí mismo, volviendo la cabeza ora hacia la izquierda, hacia el oficial, ora hacia el soldado, a la derecha; y tampoco olvidó al explorador.
–Sácalo de allí –ordenó el oficial al soldado.
A causa de la Rastra, esta operación exigía cierto cuidado. Ya el condenado, por culpa de su impaciencia, se había provocado una pequeña herida desgarrante en la espalda.

Desde este momento, el oficial no le prestó la menor atención. Se acercó al explorador, volvió a sacar el pequeño portafolio de cuero, buscó en él un papel, encontró por fin la hoja que buscaba, y la mostró al explorador.
–Lea esto –dijo.
–No puedo –dijo el explorador–, ya le dije que no puedo leer esos planos.
–Mírelo con más atención, entonces –insistió el oficial, y se acercó más al explorador, para que leyeran juntos.
Como tampoco esto resultó de ninguna utilidad, el oficial trató de ayudarlo, siguiendo la inscripción con el dedo meñique, a gran altura, como si en ningún caso debiera tocar el plano. El explorador hizo un esfuerzo para mostrarse amable con el oficial, por lo menos en algo, pero sin

éxito. Entonces el oficial comenzó a deletrear la inscripción, y luego la leyó entera.
–"Sé justo", dice –explicó–; ahora puede leerla.
El explorador se agachó sobre el papel, que el oficial, temiendo que lo tocara, alejó un poco; el explorador no dijo absolutamente nada, pero era evidente que todavía no había conseguido leer una letra.
–"Sé justo", dice –repitió el oficial.
–Puede ser –dijo el explorador–, estoy dispuesto a creer que así es.
–Muy bien –dijo el oficial, por lo menos en parte satisfecho–, y trepó la escalera con el papel en la mano; con gran cuidado lo colocó dentro del Diseñador, y pareció cambiar toda la disposición de los engranajes; era una labor muy difícil, seguramente había que manejar rueditas muy diminutas; a menudo la cabeza del oficial desaparecía completamente dentro del Diseñador, tanta exactitud requería el montaje de los engranajes.
Desde abajo, el explorador contemplaba incesantemente su labor, con el cuello endurecido, y los ojos doloridos por el reflejo del sol sobre el cielo. El soldado y el condenado estaban ahora muy ocupados. Con la punta de la bayoneta, el soldado pescó del fondo del hoyo la camisa y los pantalones del condenado. La camisa estaba espantosamente sucia, y el condenado la lavó en el balde de agua. Cuando se puso la camisa y los pantalones, tanto el soldado como el condenado se rieron estrepitosamente, porque las ropas estaban rasgadas por detrás. Tal vez el condenado se creía en la obligación de entretener al soldado, y con sus ropas desgarradas giraba delante de él; el soldado se había puesto en cuclillas y a causa de la risa se golpeaba las rodillas. Pero trataban de contenerse, por respeto hacia los presentes.
Cuando el oficial terminó arriba con su trabajo, revisó nuevamente todos los detalles de la maquinaria, sonriendo, pero esta vez cerró la tapa del Diseñador, que hasta ahora había estado abierta; descendió, miró el hoyo, luego al condenado, advirtió satisfecho que éste había recuperado sus ropas, luego se dirigió al balde, para lavarse las manos, descubrió demasiado tarde que estaba repugnantemente sucio, se entristeció porque ya no podía lavarse las manos, finalmente las hundió en la arena –este sustituto no le agradaba mucho, pero tuvo que conformarse –, luego se puso de pie y comenzó a desabotonarse el uniforme. Se le cayeron entonces en la mano dos pañuelos de mujer que tenía metidos debajo del cuello.
–Aquí tienes tus pañuelos –dijo, y se los arrojó al condenado.
Y explicó al explorador:
–Regalo de las señoras.
A pesar de la evidente prisa con que se quitaba la chaqueta del unifor-

me, para luego desvestirse, totalmente, trataba cada prenda de vestir con sumo cuidado; acarició ligeramente con los dedos los adornos plateados de su chaqueta, y colocó una borla en su lugar. Este cuidado parecía, sin embargo, innecesario, porque apenas terminaba de acomodar una prenda, inmediatamente con una especie de estremecimiento de desagrado, la arrojaba dentro del hoyo. Lo último que le quedó fue su espadín, y el cinturón que lo sostenía. Sacó el espadín de la vaina, lo rompió, luego reunió todo, los trozos de espada, la vaina y el cinturón, y lo arrojó con tanta violencia que los fragmentos resonaron al caer en el fondo.

Ya estaba desnudo. El explorador se mordió los labios, y no dijo nada. Sabía muy bien lo que iba a ocurrir, pero no tenía ningún derecho de inmiscuirse. Si el procedimiento judicial, que tanto significaba para el oficial, estaba realmente tan próximo a su desaparición –posiblemente como consecuencia de la intervención del explorador, lo que para éste era una ineludible obligación–, entonces, el oficial hacía lo que debía hacer; en su lugar el explorador no habría procedido de otro modo.

Al principio, el soldado y el condenado no comprendían; para empezar, ni siquiera miraban. El condenado estaba muy contento de haber recuperado los pañuelos, pero esta alegría no le duró mucho porque el soldado se los arrancó, con un ademán rápido e inesperado. Ahora el condenado trataba de arrancarle a su vez los pañuelos al soldado; éste se los había metido debajo del cinturón, y se mantenía alerta. Así luchaban, medio en broma. Sólo cuando el oficial apareció completamente desnudo, prestaron atención. Sobre todo el condenado pareció impresionado por la idea de este asombroso trueque de la suerte. Lo que le había sucedido a él, ahora le sucedía al oficial. Tal vez hasta el final. Aparentemente, el explorador extranjero había dado la orden. Por lo tanto, esto era la venganza. Sin haber sufrido hasta el fin, ahora sería vengado hasta el fin. Una amplia y silenciosa sonrisa apareció entonces en su rostro, y no desapareció más. Mientras tanto, el oficial se dirigió hacia la máquina. Aunque ya había demostrado con largueza, que la comprendía, era sin embargo casi alucinante ver cómo la manejaba, y cómo ella le respondía. Apenas acercaba una mano a la Rastra, ésta se levantaba y bajaba varias veces, hasta adoptar la posición correcta para recibirlo; tocó apenas el borde de la Cama, y ésta comenzó inmediatamente a vibrar; la mordaza de fieltro se aproximó a su boca; se veía que el oficial hubiera preferido no ponérsela, pero su vacilación sólo duró un instante, luego se sometió y aceptó la mordaza en la boca. Todo estaba preparado, sólo las correas pendían a los costados, pero eran evidentemente innecesarias, no hacía falta sujetar al oficial. Pero el condenado advirtió las correas sueltas; como según su opinión la ejecu-

ción era incompleta si no se sujetaban las correas, hizo un gesto ansioso al soldado, y ambos se acercaron para atar al oficial. Este había extendido ya un pie, para empujar la manivela que hacía funcionar el Diseñador; pero vio que los dos se acercaban, y retiró el pie, dejándose atar con las correas. Pero ahora ya no podía alcanzar la manivela; ni el soldado ni –el condenado sabrían encontrarla, y el explorador estaba decidido a no moverse. No hacía falta; apenas se cerraron las correas, la máquina comenzó a funcionar; la Cama vibraba, las agujas bailaban sobre la piel, la Rastra subía y bajaba. El explorador miró fijamente, durante un rato; de pronto recordó que una rueda del Diseñador hubiera debido chirriar; pero no se oía ningún ruido, ni siquiera el más leve zumbido.

Trabajando casi silenciosamente, la máquina pasaba casi inadvertida. El explorador miró hacia el soldado y el condenado. El condenado mostraba más animación, todo en la máquina le interesaba, de pronto se agachaba, de pronto se estiraba, y todo el tiempo mostraba algo al soldado con el índice extendido. Para el explorador, esto era penoso. Estaba decidido a permanecer allí hasta el final, pero la vista de esos dos hombres le resultaba insoportable.

–Volved a casa –dijo.

El soldado estaba dispuesto a obedecerle, pero el condenado consideró la orden como un castigo. Con las manos juntas imploró lastimeramente que le permitieran quedarse, y como el explorador meneaba la cabeza, y no quería ceder, terminó por arrodillarse. El explorador comprendió que las órdenes eran inútiles, y decidió acercarse y sacarlos a empujones. Pero oyó un ruido arriba, en el Diseñador. Alzó la mirada. ¿Finamente habría decidido andar mal la famosa rueda? Pero era otra cosa. Lentamente, la tapa del Diseñador se levantó, y de pronto se abrió del todo. Los dientes de una rueda emergieron y subieron; pronto apareció toda la rueda, como si alguna enorme fuerza en el interior del Diseñador comprimiera las ruedas, de modo que ya no hubiera lugar para ésta; la rueda se desplazó hasta el borde del Diseñador, cayó, rodó un momento sobre el canto por la arena, y luego quedó inmóvil. Pero pronto subió otra, y otras la siguieron, grandes, pequeñas, imperceptiblemente diminutas; con todas ocurría lo mismo, siempre parecía que el Diseñador ya debía de estar totalmente vacío, pero aparecía un nuevo grupo, extraordinariamente numeroso, subía, caía, rodaba por la arena y se detenía. Ante este fenómeno, el condenado olvidó por completo la orden del explorador, las ruedas dentadas lo fascinaban, siempre quería coger alguna, y al mismo tiempo pedía al soldado que lo ayudara, pero siempre retiraba la mano con temor, porque en ese momento caía otra rueda que por lo menos en el primer instante lo atemo-

rizaba.
El explorador, en cambio, se sentía muy inquieto; la máquina estaba evidentemente haciéndose trizas; su andar silencioso ya era una mera ilusión. El extranjero tenía la sensación de que ahora debía ocuparse del oficial, ya que el oficial no podía ocuparse más de sí mismo. Pero mientras la caída de los engranajes absorbía toda su atención, se olvidó del resto de la máquina; cuando cayó la última rueda del Diseñador, el explorador se volvió hacia la Rastra, y recibió una nueva y más desagradable sorpresa. La Rastra no escribía, sólo pinchaba, y la Cama no hacía girar el cuerpo, sino que lo levantaba temblando hacia las agujas. El explorador quiso hacer algo que pudiera detener el conjunto de la máquina, porque esto no era la tortura que el oficial había buscado sino una franca matanza. Extendió las manos. En ese momento la Rastra se elevó hacia un costado con el cuerpo atravesado en ella, como solía hacer después de la duodécima hora. La sangre corría por un centenar de heridas, no ya mezclada con agua, porque también los canalículos del agua se habían descompuesto. Y ahora falló también la última función; el cuerpo no se desprendió de las largas agujas; manando sangre, pendía sobre el hoyo de la sepultura, sin caer. La Rastra quiso volver entonces a su anterior posición, pero como si ella misma advirtiera que no se había librado todavía de su carga, permaneció suspendida sobre el hoyo.
–Ayudadme –gritó el explorador al soldado y al condenado, y cogió los pies del oficial.
Quería empujar los pies, mientras los otros dos sostenían del otro lado la cabeza del oficial, para desengancharlo lentamente de las agujas. Pero ninguno de los dos se decidía a acercarse; el condenado terminó por alejarse; el explorador tuvo que ir a buscarlos y empujarlos a la fuerza hasta la cabeza del oficial. En ese momento, casi contra su voluntad, vio el rostro del cadáver. Era como había sido en vida; no se descubría en él ninguna señal de la prometida redención; lo que todos hallaban, el oficial no lo había hallado; tenía los labios apretados, los ojos abiertos, con la misma expresión de siempre, la mirada tranquila y convencida; y atravesada en medio de la frente la punta de la gran aguja de hierro.

Cuando el explorador llegó a las primeras casas de la colonia, seguido por el condenado y el soldado, éste le mostró uno de los edificios y le dijo:
–Esa es la confitería.
En la planta baja de una casa había un espacio profundo, de techo bajo, cavernoso, de paredes y cielo raso ennegrecidos por el humo. Todo el frente que daba a la calle estaba abierto. Aunque esta confitería no se

distinguía mucho de las demás casas de la colonia, todas en notable mal estado de conservación (aun el palacio donde se alojaba el comandante), no dejó de causar en el explorador una sensación como de evocación histórica, al permitirle vislumbrar la grandeza de los tiempos idos. Se acercó y entró, seguido por sus acompañantes, entre las mesitas vacías, dispuestas en la calle frente al edificio, y respiró el aire fresco y cargado que provenía del interior.

–El viejo está enterrado aquí –dijo el soldado–, porque el cura le negó un lugar en el camposanto. Dudaron un tiempo dónde lo enterrarían, finalmente lo enterraron aquí. El oficial no le contó a usted nada, seguramente, porque ésta era, por supuesto, su mayor vergüenza. Hasta trató varias veces de desenterrar al viejo, de noche, pero siempre lo echaban.

–¿Dónde está la tumba? –preguntó el explorador, que no podía creer lo que oía.

Inmediatamente, el soldado y el condenado le mostraron con la mano dónde debía de encontrarse la tumba. Condujeron al explorador hasta la pared; en torno de algunas mesitas estaban sentados varios clientes. Aparentemente eran obreros del puerto, hombres fornidos, de barba corta, negra y reluciente. Todos estaban sin chaqueta, tenían las camisas rotas, era gente pobre y humilde. Cuando el explorador se acercó, algunos se levantaron, se ubicaron junto a la pared, y lo miraron.

–Es un extranjero –murmuraban en torno de él–, quiere ver la tumba.

Corrieron hacia un lado una de las mesitas, debajo de la cual se encontraba realmente la lápida de una sepultura. Era una lápida simple, bastante baja, de modo que una mesa podía cubrirla. Mostraba una inscripción de letras diminutas; para leerlas, el explorador tuvo que arrodillarse. Decía así: "Aquí yace el antiguo comandante. Sus partidarios, que ya deben de ser incontables, cavaron esta tumba y colocaron esta lápida. Una profecía dice que después de determinado número de años el comandante resurgirá, desde esta casa conducirá a sus partidarios para reconquistar la colonia. ¡Creed y esperad!"

Cuando el explorador terminó de leer y se levantó, vio que los hombres se reían, como si hubieran leído con él la inscripción, y ésta les hubiera parecido risible, y esperaban que él compartiera esa opinión. El explorador simuló no advertirlo, les repartió algunas monedas, esperó hasta que volvieran a correr la mesita sobre la tumba, salió de la confitería y se encaminó hacia el puerto.

El soldado y el condenado habían encontrado algunos conocidos en la confitería, y se quedaron conversando. Pero pronto se desligaron de ello, porque cuando el explorador se encontraba por la mitad de la larga escalera que descendía hacia la orilla, lo alcanzaron corriendo. Proba-

blemente querían pedirle a último momento que los llevara consigo. Mientras el explorador discutía abajo con un barquero el precio del transporte hasta el vapor, se precipitaron ambos por la escalera, en silencio, porque no se atrevían a gritar. Pero cuando llegaron abajo, el explorador ya estaba en el bote, y el barquero acababa de desatarlo de la costa. Todavía podían saltar dentro del bote, pero el explorador alzó del fondo del barco una pesada soga anudada, los amenazó con ella y evitó que saltaran.

EL MAESTRO DE PUEBLO (EL TOPO GIGANTE)

(1914)

Las gentes a las que yo pertenezco, las que incluso encuentran repulsivo un topo corriente, hubieran muerto con seguridad de repugnancia si hubieran visto el gigantesco topo que hace algunos años fue visto en las cercanías de un pequeño pueblo, que adquirió pronto efímera fama. Pero ciertamente hace ya tiempo que ha vuelto a caer en el olvido y con ello se ve la falla de todo el suceso, que quedó completamente inexplicado, ya que no se hizo ningún esfuerzo serio para aclararlo; y que a consecuencia de un incomprensible descuido de aquellos círculos que se tenían que haber ocupado y que efectivamente se preocupan de cosas de menor importancia, quedó olvidada, sin un examen más minucioso. El hecho de que el pueblo se encuentre lejos del tren no puede servir en ningún caso como disculpa.

Muchas personas venían de lejos por curiosidad, incluso del extranjero; sólo no vinieron aquellos que debían mostrar algo más que curiosidad. En efecto, si las personas sencillas no se hubieran ocupado desinteresadamente de este asunto, personas a las que su trabajo diario apenas les concedía un minuto de respiro, el rumor de la aparición apenas si hubiera traspasado la región. Hay que admitir que incluso el rumor, que apenas si se puede mantener, era demasiado insistente; si no se lo hubiera empujado formalmente, no se hubiera extendido. Pero esto tampoco era motivo para no ocuparse del asunto; por el contrario, también la aparición tenía que haber sido investigada. En su lugar se dejó el único estudio escrito del caso al viejo maestro de pueblo que, si bien era un extraordinario hombre en su profesión, ni sus aptitudes ni su instrucción le permitían entregarse a una profunda y valorable descripción, ni mucho menos a una explicación. El pequeño escrito fue impreso y muy bien vendido a los que entonces visitaban el pueblo, encontró incluso una cierta acogida; pero el maestro era lo suficientemente listo como para darse cuenta de que sus esfuerzos, aislados y sin

apoyo, en el fondo carecían de valor. Mas no cesó en ellos y convirtió el hecho, que a pesar de su naturaleza era cada vez más y más desesperado, en el trabajo de su vida; esto demuestra, por una parte, la gran influencia que podía causar la aparición, y por otra parte, el tesón y la persuasión que se pueden encontrar en un viejo y olvidado maestro de pueblo. Pero que había sufrido mucho ante la indiferencia de las personalidades competentes, lo prueba un pequeño apéndice que hizo añadir a su escrito, si bien algunos años después, o sea, en una época en la que ya casi nadie se acordaba del asunto. En este apéndice se lamenta –convincentemente, tal vez por su sinceridad más que por su habilidad– de la falta de comprensión que ha encontrado en la gente, sobre todo en aquella que era menos de esperar. De estas personas dicte acertadamente: "Ellos hablan como viejos maestros de pueblo, no yo."

Comenta, entre otras cosas, la opinión de un experto al que acudió con su asunto. El nombre del experto no aparece, pero a través de ciertos detalles se puede adivinar de quién se trataba. Después de vencer grandes dificultades para llegar a ser recibido por el experto, al que ya se había anunciado con semanas de anticipación, notó ya en los saludos que éste se había formado una inamovible opinión en relación al asunto. La preocupación con la que escuchó el largo informe del maestro, al que devolvió el escrito, se aprecia en la observación que hizo tras una aparente reflexión:

–La tierra es en su comarca especialmente pesada y negra. Así da a los topos una alimentación especialmente sustanciosa y se hacen extraordinariamente grandes.

–Pero no tan grandes –gritó el maestro y midió, exagerando un poco en su ira, dos metros en la pared.

–Sin embargo, sí –contestó el experto, al que por lo visto todo el asunto le parecía muy divertido.

Con esta respuesta regresó el maestro a su casa. Cuenta cómo, por la noche, nevando, le esperaban en la carretera su mujer y sus seis hijos y cómo les tuvo que informar del definitivo fracaso de sus esperanzas.

Cuando leí lo relativo al comportamiento del experto con el maestro, no conocía aún el escrito principal de este último. Pero me decidí inmediatamente a coleccionar y recopilar yo mismo todo lo que pudiera conocer sobre el caso. Puesto que yo no podía vérmelas con el experto, mi escrito debía defender por lo menos al maestro, mejor dicho, no tanto al maestro como la buena intención de un honrado pero poco influyente hombre. Confieso que me arrepentí más tarde de esta decisión, pues pronto noté que su exposición me iba a colocar en una situación curiosa. Por una parte mi influencia distaba mucho de ser suficiente como

para cambiar la opinión del experto o incluso la del público a favor del maestro; por otra parte, el maestro debía notar que a mí me importaba menos su intención principal –probar la aparición del enorme topo– que la defensa de su hombría de bien, que a él le parecía por supuesto fuera de toda defensa. Así, pues, podía ocurrir que yo, que quería apoyar al maestro, no encontrase en él ninguna comprensión, y que seguramente, en lugar de su ayuda, necesitase para mí otra nueva ayuda, de aparición poco probable. Además, mi decisión me echaba encima un gran trabajo.
Si yo quería convencer, no debía remitirme al maestro, que a su vez no había podido convencer. El conocimiento de su escrito sólo me hubiera confundido, por lo que evité leerlo antes de la conclusión de mi propio trabajo. Ciertamente él se enteró por terceras personas de mis indagaciones, pero no sabía si trabajaba en su mismo sentido o contra él. Sí, incluso imaginó lo último, aunque más tarde lo negara, pues puedo probar que me colocó distintos obstáculos en el camino. Eso le resultaba muy fácil, puesto que yo estaba obligado a examinar de nuevo las investigaciones que él ya había efectuado, por lo que siempre se me anticipaba. Este era, sin embargo, el único reproche que se le podía hacer con justicia a mi método, un reproche por cierto inevitable, pero muy contrarrestado por el cuidado y abnegación de mis conclusiones finales. Aparte de esto, mi escrito estaba libre de toda influencia del maestro; tal vez observara en este punto una exagerada meticulosidad; parecía como si nadie hubiera estudiado el caso hasta ahora, como si yo fuera el primero que interrogaba a los testigos, el primero que ordenaba los datos, el primero que deducía consecuencias. Al leer más tarde el escrito del maestro –tenía un título muy ceremonioso: "Un topo, tan grande como nadie lo ha visto jamás" –encontré que no coincidíamos en los puntos esenciales, si bien ambos creíamos haber demostrado el problema esencial, la existencia del topo. De todas maneras aquellas diferencias de opinión impidieron el nacimiento de una relación amistosa, que en realidad yo había esperado a pesar de todo. Incluso empezó a desarrollarse por su parte una cierta enemistad. Si bien siempre se comportó conmigo humilde y razonablemente, su verdadero estado de ánimo se le notaba claramente. Opinaba que yo lo había dañado la causa del topo, y que si creía haberlo ayudado o podido ayudar era, en el mejor de los casos, un ingenuo, y más seguramente, un presumido o un falso. Sobre todo señaló repetidas veces que todos los enemigos que hasta entonces había tenido, no habían demostrado su enemistad o sólo lo habían hecho a solas o verbalmente, mientras que yo había considerado necesario hacer imprimir de inmediato todas mis proposiciones. Además, los pocos enemigos que, si bien superficialmente, se habían

ocupado del asunto, habían escuchado su opinión, la opinión que aquí marcaba la pauta, la suya, antes de expresar otra propia. Yo en cambio había obtenido resultados de unos datos desordenadamente sistematizados y en parte mal comprendidos. Estos resultados, a pesar de ser correctos en lo esencial, tanto para el público como para los catedráticos. El más leve destello de incredulidad sería, sin embargo, lo peor que podía ocurrir.

Yo podía haber contestado fácilmente a estos reproches enmascarados –por ejemplo, su escrito representaba el colmo de lo inverosímil–, pero más difícil era luchar contra sus restantes sospechas, y este fue el motivo por el que en general me mantuve alejado de él. Él secretamente creía que yo le había querido quitar la fama de haber sido el primer defensor público del topo.

Mas no existía mérito alguno en su persona, sino cierta ridiculez que, sin embargo, se reducía a un círculo cada vez más pequeño y al cual yo con toda certeza no quería aspirar. Pero además yo había explicado claramente, en la introducción a mi escrito, que el maestro debía considerar siempre como descubridor del topo –ni siquiera era el descubridor del topo– y que sólo una participación en su desgracia me había forzado a la redacción de la investigación. "El fin de este libro es" –terminé así, casi patéticamente, pero de acuerdo con mi excitación de entonces– "contribuir a la merecida difusión del escrito del maestro. Si se consigue esto, mi nombre debe ser inmediatamente borrado de este asunto, en el que sólo aparece nombrado de pasada y superficialmente." Así pues, rechacé cualquier participación mayor en el asunto; parecía que de alguna manera no hubiera previsto el increíble reproche del maestro. Pero justo en este punto él encontró asidero en mi contra, y no niego que había un cierto derecho en lo que decía o más que nada apuntaba: como me ocurrió no pocas veces, en algunos aspectos demostraba conmigo más agudeza que en su escrito, pues afirmaba que mi introducción tenía un doble sentido. Si lo que de verdad me importaba era difundir su escrito, ¿porqué no me ocupaba exclusivamente de él y de su escrito?, ¿por qué no mostraba sus méritos, su irrefutabilidad?, ¿por qué no profundizaba más, abandonando completamente el escrito, del propio descubrimiento?. ¿Es que acaso no había sido ya hecho éste? ¿Quedaba acaso algo por hacer en este aspecto? Pero si yo creía realmente en la necesidad de efectuar de nuevo el descubrimiento, ¿por qué me desdecía tan alegremente de éste en la introducción? Podía ser una fingida modestia, pero era algo más enojoso: yo desvalorizaba el descubrimiento, le concedía atención sólo para desvalorizarlo; lo había investigado y lo dejaba a un lado. Tal vez ya se hubiera silenciado un poco el asunto; pero yo volví a revolverlo, con lo

que, sin embargo, coloqué al maestro en una posición más difícil que nunca. ¡Lo que significaba para el maestro la defensa de su rectitud! Era esta cuestión y sólo ésta la que importaba.
Pero yo lo había traicionado, porque no lo comprendía, porque no lo valoraba correctamente, porque no tenía ningún talento para ello. Escapaba con mucho a mi comprensión. Estaba sentado delante mío y me miraba tranquilamente con su vieja y arrugada cara y, sin embargo, ésta era sólo su opinión. No era exacto que le importara solamente el asunto en sí; era incluso bastante ambicioso y quería ganar dinero, que era muy comprensible a la vista de su numerosa familia. A pesar de todo mi interés en un asunto tan pequeño le parecía en comparación tan reducida que se creía autorizado a presentarse como modelo de desinterés sin mentir demasiado. Y efectivamente, no me sirvió ni una sola vez para mi satisfacción interior, que me dijera que en el fondo de los reproches del hombre se debían a que en cierto sentido, él sujetaba su topo con las dos manos y llamaba traidor a todo aquel que tan sólo quería acercarle un dedo. Su comportamiento, no era por avaricia, por lo menos no se podía explicar sólo por este motivo; más bien había una irritación provocada por su gran esfuerzo y total falta de éxito.
Pero la irritación tampoco lo explicaba todo. Tal vez mi interés en el asunto fuera realmente demasiado pequeño. Ya era algo común para el profesor la falta de interés de los extraños; sufrían por él en general, pero no en lo particular. Pero cuando al fin se había encontrado con uno que se ocupaba del asunto en forma extraordinaria, incluso éste no lo comprendía. Una vez empujado en esta dirección, no quise mentir. No soy zoólogo; tal vez me hubiese apasionado por este caso hasta el fondo de mi corazón si lo hubiera descubierto yo, pero no había sido así. Ciertamente que un topo tan grande es algo notable, pero no puede exigir la atención permanente del mundo, especialmente cuando la existencia del topo no está completa y satisfactoriamente demostrada y cuando sobre todo éste no puede ser exhibido. Y también reconocí que, aunque hubiera sido yo el descubridor del topo, nunca me hubiera ocupado de él lo que me ocupo del profesor, a gusto y voluntariamente.
Seguramente hubiera desaparecido pronto la discrepancia entre el maestro y yo si mi escrito hubiera tenido éxito. Pero incluso este éxito se hizo desear.

A lo mejor el escrito no era bueno, no había sido escrito convincentemente; yo soy comerciante, la redacción de semejante escrito sobrepasa posiblemente el círculo que me ha sido impuesto, en este caso el maestro, a pesar de que yo lo superaba en todos los conocimientos necesarios. También contribuyó al fracaso la quizás inapropiada fecha de

aparición.
El descubrimiento del topo, que no había podido abrirse paso, era, por una parte, no tan lejano como para haberlo olvidado por completo, de modo que escrito hubiera podido resultar una sorpresa; pero por otra parte, había pasado ya el tiempo suficiente como para agotar casi totalmente el reducido interés que despertó en su día. Aquellos que se interesaban siquiera un poco por mi escrito se decían con un cierto desconsuelo, que ya hace años había ocurrido una discusión, y que de nuevo volvían a empezar los esfuerzos inútiles por probar este asunto anodido; algunos incluso confundían mi escrito con el del profesor.
En una importante revista agrícola apareció la siguiente observación, por suerte en las hojas finales y en letra pequeña: "Se nos ha vuelto a enviar el escrito sobre el topo gigante. Nos acordamos de habernos reído de él de todo corazón hace algunos años. Desde entonces, este escrito no se ha vuelto mas inteligente y nosotros no nos hemos vuelto más tontos. La segunda vez no podemos tan sólo reírnos. Por eso nos parece oportuno preguntar a las asociaciones de maestros si un maestro de pueblo no puede encontrar un trabajo más últil que el de ir persiguiendo topos gigantes."
¡Una equivocación imperdonable! No habían leído ni el primer ni el segundo escrito y las dos miserables palabras –topo gigante y maestro de pueblo– que habían cogido apresuradamente, bastaban a los señores para colocarse en escena como defensores de intereses reconocidos. Contra todo esto se podría haber hecho algo con éxito, pero el deficiente entendimiento con el maestro me hizo desistir de ello. Al revés, intenté mantenerle oculta la revista tanto tiempo como fue posible. Pero la descubrió muy pronto, lo noté por una observación en una carta en la que me comunicaba su visita para las fiestas de Navidad. Escribió: "El mundo es malo, cosa que a veces se le facilita", con lo que quería indicar que yo pertenezco al mundo malo, pero que no basta con la maldad residente en mí, sino que además facilito al mundo, es decir, actúo, para sacar a relucir la maldad general y para ayudarla a triunfar. Bueno, yo ya había sacado las conclusiones necesarias; pude esperarlo tranquilamente y pensar con calma, mientras él me saludaba con menos amabilidad que otras veces, se sentaba frente a mí sin hablar, sacaba con cuidado la revista del bolsillo interior de su gabán curiosamente acolchonado y empujaba la revista en mi dirección.
–La conozco –dije yo y empujé de nuevo la revista hacia él sin mirarla.
–Usted la conoce –dijo suspirando, pues tenía la vieja costumbre de maestro de repetir respuestas de otros–. Naturalmente, no voy a aceptar el asunto sin defenderme –prosiguió, golpeó excitado la revista con el dedo mientras me observaba con una mirada penetrante, como si yo

fuera de la opinión contraria.
Tenía ciertamente una idea de lo que yo iba a decir: pero creí notar, no tanto en sus palabras como en otros indicios, que a menudo tenía una comprensión muy correcta de mis intenciones; pero no cedía en sus ideas y se dejaba apartar del asunto. Esto, se lo dije en aquella ocasión, puedo repetirlo casi al pie de la letra, pues lo anoté poco después de la conversación.
–Haga lo que quiera –dije yo–; a partir de hoy nuestros caminos se separan. Creo que no resulta para usted ni inesperado ni inoportuno. La noticia de la revista no es la causa de mi decisión, ha contribuido a afirmarla; el auténtico motivo es que al principio creía poder ayudarlo con mi informe, mientras que ahora puedo ver que en todo sentido lo he perjudicado. Por qué ha ocurrido así, no lo sé; los motivos para el éxito y el fracaso son siempre ambiguos; no busque sólo aquellas interpretaciones que hablen en mi contra. Pienso en usted; también usted tenía las mejores intenciones y, sin embargo, fracasó, si observamos todo en conjunto. No bromeo cuando digo, pues va en contra mía, que su relación conmigo cuenta dentro de sus fracasos. El que yo me retire ahora del asunto no es ni cobardía ni traición. Incluso lo hago no sin cierto esfuerzo; lo que yo aprecio de su persona esta ya en mi escrito; en cierto sentido, usted se ha convertido en mi maestro, e incluso el topo se me hizo querido. Sin embargo, me aparto; usted es el descubridor y a pesar de todo lo que yo haga siempre impido la llegada de la posible fama, y en cambio atraigo el fracaso y lo conduzco hacia usted. Por lo menos esta es su opinión. Basta de esto. La única penitencia que puedo aceptar es pedirle perdón y si así me lo exige, repetir públicamente la confesión que aquí he hecho, por ejemplo, en esta revista.

Estas fueron entonces mis palabras; no eran del todo sinceras, pero la sinceridad era fácilmente deducible de ellas. Mi explicación obró en él como aproximadamente había esperado. La mayoría de las personas mayores tienen para los jóvenes algo que confunde, algo que niega su naturaleza; se vive tranquilamente a su lado, se cree asegurada la relación, se conocen las opiniones dominantes, se recibe continuamente una confirmación de la paz, se considera todo como lógico y de repente, cuando ocurre algo decisivo y cuando debiera actuar la tranquilidad tanto tiempo preparada, estas personas mayores parecen extraños, tienen opiniones más profundas y más fuertes; es ahora cuando despliegan formalmente su bandera sobre la que se lee su nuevo lema con horror. Este horror es sobre todo porque lo que dicen ahora es realmente mucho más autorizado, más lleno de sentido, como si lo lógico fuera mucho más lógico. Pero lo que inevitablemente niega todo es que lo que dicen ahora lo han dicho siempre, en el fondo y, sin

lo que dicen ahora lo han dicho siempre, en el fondo y, sin embargo, normalmente nunca se podría haber supuesto. Tenía que haber calado hondo en este maestro del pueblo para que ahora no me sorprendiera por completo.
–Niño –dijo, puso su mano en la mía y la frotó amistosamente–. ¿Cómo se le ocurrió siquiera meterse en este asunto? En cuanto lo oí por primera vez, se lo comenté a mi mujer. –Se apartó de la mesa, extendió los brazos y observó el suelo, como si abajo estuviera, diminuta, su mujer y hablara con ella.– Tantos años le dije, luchando solos, y ahora parece interceder por nosotros un gran protector, un profesor de la ciudad de nombre tal y tal. ¿No debiéramos alegrarnos? Un profesor en la ciudad significa no poco; si un labrador andrajoso nos cree y así lo manifiesta no nos puede ayudar, pues lo que hace un labrador, nunca tiene valor, da igual que diga: el viejo maestro tiene razón; o que escupa de manera inconveniente; su efecto es el mismo. Y si se levantan diez mil labradores en vez de uno, tal vez el efecto sea incluso peor. En cambio, un profesor en la ciudad es algo distinto, un hombre así tiene enlaces; incluso aquello que dice de pasada se comenta en amplios sectores, nuevos proyectos se unen al asunto, uno dice, por ejemplo: también se puede aprender algo de los maestros de pueblo, y al día siguiente ya lo comenta una multitud de personas, inesperadas de acuerdo con su forma dé ser. Ahora se encuentran fondos para el asunto, una colecta, y los demás le dan el dinero en la mano; se opina que el maestro de pueblo ha de ser sacado del pueblo; vienen y no se ocupan de su aspecto, se lo coloca en el centro, también a su mujer e hijos que se cuelgan de él. Ha observado alguna vez a la gente de la ciudad: gorgojean ininterrumpidamente. Si hay unos cuantos de ellos juntos, el gorgojeo va de izquierda a derecha y vuelve de nuevo y baja y sube. Y así, gorgojeando, hablan de nosotros en el coche, apenas si uno tiene tiempo de saludar a todos.

El señor sobre el pescante se ajusta sus gafas, blande el látigo y marchamos. Todos hacen señas de despedida hacia el pueblo, como si todavía estuviéramos allí en vez de estar sentados entre ellos. De la ciudad nos salen al encuentro algunos coches con los especialmente impacientes. Según nos vamos acercando se levantan de sus asientos y se estiran para vernos. El que ha reunido el dinero lo ordena todo y exhorta al silencio. Ya es una gran hilera de coches cuando entramos en la ciudad. Hemos pensado que el saludo ya se ha terminado, pero es delante de la posada donde comienza de verdad. En la ciudad muchas personas se congregan inmediatamente a una llamada. Por aquello que preocupa a uno también preocupa al otro enseguida. Se quitan unos a

otros sus opiniones y se las apropian. No todas las personas que pueden ir en el coche esperan delante de la posada; sin embargo, otros podrían viajar, pero no lo hacen por convencimiento propio. También éstos esperan. Es increíble como se está atento a todo el que ha acumulado dinero.

Lo había escuchado en silencio; sí, durante su charla me he quedado cada vez más en silencio. Sobre la mesa había amontonado todos los ejemplares que aún tenía de mi escrito. Faltaban sólo unos pocos, pues en los últimos tiempos había ido solicitando por escrito que se me devolvieran y había recibido ya la mayoría. Por cierto que de muchas partes me habían escrito con mucha cortesía que no se acordaban de haber recibido un escrito semejante y que, en el caso de haberlo recibido, se había perdido lamentablemente. Aun así no importaba, en el fondo yo no quería otra cosa. Sólo uno pidió poderse quedar con el escrito como curiosidad, y se comprometía, de acuerdo con el sentido de mi carta, a no enseñarlo a nadie durante los próximos veinte años. Todas estas cartas todavía no las había visto el maestro. Me alegré de que sus palabras me hicieran tan fácil el enseñárselas. Pero si no, también podía hacerlo sin preocupación, porque había actuado muy cautelosamente en la redacción y nunca había descuidado el interés del maestro y de su asunto. Las frases principales de las cartas decían así: "No pido la devolución del escrito porque haya podido retractarme de las opiniones en él representadas o porque individualmente pudiera contemplarlas como erróneas o indemostrables. Mi petición tiene sólo motivos personales, si bien muy imperiosos; en cuanto a mi posición sobre el asunto del topo no me retracto en lo más mínimo. Pido que se preste especial consideración a esto, y si se quiere, que también se propague."

De momento tenía esta comunicación todavía oculta en mis manos y dije:

–¿Quiere hacerme reproches porque no haya ocurrido así? ¿Por qué quiere hacer esto? No amarguemos la despedida. Y trate de aceptar por fin que si bien ha hecho usted un descubrimiento, éste no ha invalidado a otros y que, por tanto, la injusticia que se le hace no es importante. No conozco los estatutos de la sociedad de ciencias, pero no creo que ni aún en el mejor de los casos se le hubiera preparado un recibimiento siquiera parecido a aquel que tal vez le haya descrito a su pobre mujer. Si yo mismo esperaba algo del efecto del escrito, pensé que tal vez algún profesor podría : interesarse en nuestro caso, que podría encargar a algún estudiante seguir el asunto, que ese estudiante se dirigiría a usted con seriedad y volvería a examinar de nuevo sus investigaciones y las mías, y que finalmente, en el caso de que el resultado le pareciera digno de mención –aquí hay que afirmar que todos los estudiantes jó-

venes están llenos de dudas–, publicaría su propio escrito en el que justificaría científicamente el que usted ha escrito. Pero incluso en el caso de que esta esperanza se hubiere realizado, todavía no se habría logrado mucho. El escrito del estudiante que hubiera definido un caso tan extraño posiblemente hubiera sido ridiculizado. Ya ve usted con el ejemplo de la revista agrícola lo fácil que es, y en este aspecto las revistas científicas son aún más desconsideradas. Y es comprensible, los profesores tienen mucha responsabilidad ante ellos mismos, ante la ciencia, ante la posteridad; no pueden engreírse con todo nuevo descubrimiento. Nosotros, en cambio, les aventajamos en todo sentido. Pero voy a prescindir de esto y voy a considerar ahora que el escrito del estudiante tuviese aceptación. ¿Qué hubiera ocurrido entonces? Vuestro nombre habría sido honrado algunas veces, posiblemente lo favorecería en su profesión; dirían: "Nuestros maestros de pueblo tienen los ojos abiertos", y esta revista tendría, si las revistas tuviesen memoria y conciencia, que pedirle perdón públicamente; también se habría encontrado algún profesor bien intencionado que le concediera una beca; también es realmente posible que se hubiera intentado llevarlo a la ciudad, encontrarle un puesto en una escuela primaria de aquí y darle así la oportunidad de aprovechar los medios científicos que ofrece la ciudad para continuar la investigación. Pero si he de ser sincero, he de decir que tan sólo se habría intentado. Se lo habría llamado y usted habría venido como uno más, solicitando un empleo al igual que cientos, sin ningún recibimiento triunfal; se habría hablado con usted, se habría aceptado vuestra sincera aspiración, pero habrían visto al mismo tiempo que es un hombre mayor, que comenzar a esta edad un estudio científico es inútil y que sobre todo se ha realizado el descubrimiento más por casualidad que por trabajo de investigación y que aparte de este caso único no piensa trabajar más. Así, pues, por estos motivos os habrían dejado en el pueblo. Sin embargo, continuarían con el descubrimiento, pues no es tan insignificante como para que una vez reconocido sea olvidado. Pero usted ya no tendría muchas noticias de éste, y las que tuviese le resultarían casi incomprensibles. Todo descubrimiento es inmediatamente introducido en la totalidad de la Ciencia, con lo que en cierto sentido deja de ser descubrimiento; se expande y desaparece; entonces hay que tener una visión muy acostumbrada científicamente como para reconocerlo. En seguida queda enlazado de cuya existencia ni siquiera a principios teníamos noticias, y en la discusión científica se lleva estos principios hasta las nubes. ¿Cómo poder comprenderlo nosotros? Si escuchamos una discusión especializada, creíamos, por ejemplo, que se trata del descubrimiento, pero ya se trata de otras cosas completamente distintas; y la próxima vez creemos que se

trata de otra cosa, no del descubrimiento, pero sí se trata de éste. ¿Lo comprende? Usted se habría quedado en el pueblo, podría haber alimentado y vestido un poco mejor a su familia con el dinero recibido, pero el descubrimiento le habría sido quitado sin que pudiese oponerse esgrimiendo algún derecho, pues no es sino en la ciudad donde éste cobró su valor real. E incluso no habrían sido desagradecidos con usted; a lo mejor se construiría en el lugar del descubrimiento un pequeño museo, que se convertiría en la atracción más interesante del pueblo; usted habría sido el encargado de las llaves y para no dejarlo sin ningún signo exterior de honor, se le habría dado una pequeña medalla para llevarla en el pecho, como acostumbran a llevar los empleados de los museos científicos. Todo esto habría sido posible, pero ¿es esto lo que usted quería?

Sin intentar una respuesta, objetó acertadamente:

–¿Así que era esto lo que buscaba conseguir para mí?

–Tal vez –dije yo; –entonces no actué tan reflexivamente, como para poder contestar ahora con exactitud. Quise ayudarlo, pero me ha salido mal y es incluso lo peor que jamás haya hecho. Por eso quiero retirarme ahora y hacerlo como si nada hubiera pasado, en la medida de mis fuerzas.

–Está bien –dijo el maestro, sacó su pipa y empezó a llenarla con el tabaco que llevaba suelto en todos los bolsillos–, se ha ocupado voluntariamente del desgraciado asunto y ahora se retira también voluntariamente. ¡Todo está muy bien!

–No soy terco –dije–. ¿Encuentra algo que oponer a mi proposición?

–No, absolutamente nada –dijo el maestro y su pipa ya humeaba. No aguantaba el olor de su tabaco, por lo que me levanté y comencé a pasear por la habitación. Estaba acostumbrado por otras conversaciones a que el maestro fuera muy callado conmigo, pero que, sin embargo, una vez llegado, ya no quisiera moverse de mi habitación. Me había extrañado ya más de una vez; quiere algo más de mí, había pensado entonces y le había ofrecido dinero, que él indefectiblemente aceptaba. Pero irse, sólo se iba cuando le apetecía. Generalmente para entonces ya se había fumado la pipa, se movía alrededor del sofá, que acercaba respetuosa y ordenadamente a la mesa, cogía su bastón de nudos de la esquina, me apretaba fervientemente la mano y se iba. Pero hoy su actitud de permanecer sentado en silencio me resultaba ni más ni menos que molesta. Cuando se le ofrece a alguien !a despedida definitiva, como yo lo había hecho, y cuando a otro lo califica de muy acertado, se termina en común y lo más pronto posible todo lo que quede por solucionar y no se importuna al otro, sin objeto alguno, con la muda presencia. Cuando se veía desde atrás al pequeño y tenaz viejo, sentado a

mi mesa, se podría pensar que ya nunca más sería posible sacarlo de la habitación.

BLUMFELD, UN SOLTERÓN
(1915)

Blumfeld, un solterón, subía una noche a su aposento, lo cual era una tarea fatigosa, pues vivía en el sexto piso. Mientras subía pensaba, como con frecuencia lo había hecho en sus últimos días, que aquella vida absurdamente solitaria resultaba muy molesta, que tenía que subir aquellos seis pisos con íntimo convencimiento para llegar hasta arriba, a su cuarto vacío; allí otra vez con íntimo convencimiento, ponerse la bata, encender la pipa, leer alguna cosa en la revista francesa a la que estaba suscrito desde años atrás, al tiempo de saborear un licor de cerezas preparado por él mismo, para finalmente, al cabo de una media hora, irse a la cama, no sin antes haber tenido que tender íntegramente el lecho, que la criada, rebelde a toda indicación, disponía siempre de acuerdo con su humor. Cualquier acompañante, cualquier espectador para aquellos menesteres hubiese sido bienvenido a los ojos de Blumfeld. Había reflexionado ya sobre la utilidad de procurarse un perrito. Ese animal es alegre y, ante todo, agradecido y fiel; un colega de Blumfeld tiene uno así, que no se apega a nadie, excepción hecha de su amo, y cuando no le ha visto durante algún tiempo, lo recibe con fuertes ladridos, con lo que evidentemente quiere expresar su alegría por haber encontrando nuevamente al extraordinario benefactor que es su señor. Sin embargo, un perro tiene sus desventajas, y aun cuando sea tenido en el mayor grado de limpieza, ensucia la habitación. Esto es imposible de evitar, no se lo puede bañar con agua caliente cada vez que se lo hace entrar, lo que, por otra parte, atenta contra su salud. Pero Blumfeld no tolera suciedad en su aposento, la limpieza de su habitación es algo indispensable para él y varias veces por semana sostiene disputas sobre este punto, con la, por desgracia, no muy cuidadosa sirvienta.

Como ella es dura de oído, por lo general la arrastra de un brazo hasta aquellos sitios de la habitación en los que hay algo de polvo. Gracias a esta severidad ha obtenido que el orden en la habitación responda en algo a sus deseos. Con la introducción de un perro, él mismo implantaría en su cuarto la suciedad hasta ahora combatida con tanto celo. Las pulgas, eternas compañeras del perro, harían su aparición. Pero si hubieran pulgas allí, tampoco estaría lejos el momento en que Blumfeld dejaría al perro su confortable cuarto para buscar otra

habitación. La falta de limpieza era, empero, sólo una de las muchas desventajas de los perros: enferman y sus enfermedades no las entiende, en verdad, nadie. El animal se hace un ovillo en un rincón, o anda renqueando, gime, tose, se sofoca de dolor, se lo envuelve en una manta, se le silba alguna cosa, se le arrima un poco de leche, en una palabra, se lo cuida con la esperanza de que sea un mal pasajero; en tanto puede ser una enfermedad seria, repugnante y contagiosa. Y aun cuando goce de buena salud, algún día tiene que ponerse viejo, no se ha llegado a tomar la decisión de deshacerse oportunamente del animal y llega entonces el tiempo en que la propia edad lo contempla a uno a través de los ojos lacrimosos del perro. Entonces hay que torturarse por ese animal semiciego, de pulmones precarios y tan cargado de grasa que apenas puede moverse, con lo que se pagan caras las alegrías que otrora proporciona. Por mucho que le gustaría ahora tener un perro, Blumfeld prefiere seguir subiendo solo la escalera treinta años más, en vez de ser molestado después por un perro que, resoplando más fuertemente aún que él mismo, subiera a su lado arrastrándose por los escalones.
Habrá de quedarse, pues, solo, careciendo de los antojos de una vieja solterona que quiere tener a su lado a algún ser viviente subordinado a ella, al que poder proteger, con el que poder ser cariñosa, al cual poder seguir sirviendo siempre, para cuya finalidad bastan un gato, un canario y aun peces de colores. Y si esto no puede ser, se contenta hasta con tener flores en la ventana. Blumfeld, en cambio, sólo quiere tener un acompañante, un animal del cual no tenga que ocuparse demasiado, al que un puntapié ocasional no le haga daño, que en caso de necesidad pueda pernoctar en la calle, pero que, cuando Blumfeld lo llame, se ponga en seguida a su disposición ladrando, saltando y lamiéndole las manos. Algo así quiere Blumfeld, pero como, según advierte, no puede obtenerlo sin problemas excesivos, desiste volviendo empero, de acuerdo con su naturaleza y de tiempo en tiempo, como por ejemplo esa noche, a los mismos pensamientos.
Una vez arriba, ante la puerta de su cuarto, saca la llave del bolsillo y le llama la atención un rumor que procede de su habitación. Un rumor peculiar, como un tableteo, pero muy vivaz y regular. Como Blumfeld estaba pensando en perros, aquello le recuerda el rumor de patas que golpean alternadamente en el suelo. Pero las patas no producen un tableteo, aquello no son patas. Abre con rapidez la puerta y enciende la luz. No estaba preparado para lo que ven sus ojos. Aquello es brujería, dos pelotillas de celuloide, pequeñas, blancas y de rayas azules, saltan sobre el suelo una junto a otra, de tal manera que cuando una da en el suelo se levanta la otra, e incansablemente prosiguen su juego. Una

vez, en el gimnasium, Blumfeld, en un conocido experimento de electricidad, vio saltar en forma parecida una bolitas pequeñas; éstas, en cambio, son, proporcionalmente, pelotas grandes, saltan libremente por el cuarto y no se está realizando ningún experimento de electricidad. Se inclina hacia ellas para observarlas mejor. Se trata, sin duda, de pelotas comunes, que contienen con seguridad otras pelotas menores en su interior que producen un ruido de tableteo. Hace ademán de asir algo en el aire, para comprobar si no cuelgan de algún hilo, pero no, se mueven en forma completamente independiente. Lástima que Blumfeld no sea un niño pequeño, pues dos pelotas así hubiesen sido para él una alegre sorpresa, mientras que ahora le producen una impresión más bien desagradable. No carece enteramente de valor el hecho de llevar una oculta vida de soltero y pasar inadvertido, y he aquí que ahora alguien, no importa quién, ha irrumpido en esa intimidad, enviándole esas dos extrañas pelotas.

Quiere apoderarse de una de ellas, pero retroceden y lo atraen tras de sí hacia el interior de la habitación. Es demasiado tonto, piensa él, andar así a la caza de esas pelotillas; se detiene, las sigue con la mirada observando como ellas, dando al parecer por terminada la persecución, también permanecen en el mismo lugar. Sin embargo, voy a intentar cogerlas, vuelve a pensar, y corre hacia ellas. Ambas huyen de inmediato, pero Blumfeld las acosa, con las piernas separadas, hasta un rincón de la habitación, y junto al baúl que hay allí logra apoderarse de una. Es una pelota pequeña y fría, que gira en su mano, ansiosa por escabullirse. Y también la otra pelota, al ver el trance de su camarada salta más arriba que antes y alarga los saltos hasta tocarle la mano. Golpea contra la mano que encierra por completo la pelota, salta más arriba aún y quiere, al parecer, alcanzar la cara de Blumfeld. Blumfeld podría también apoderarse de la otra pelota y encerrar a ambas en alguna parte, pero le parece demasiado absurdo, por el momento, tomar medidas semejantes contra dos pelotillas. Por lo demás, tiene gracia el poseer dos pelotillas como ésas, que no tardarán en cansarse y, rodando bajo un armario, lo dejarán en paz. A pesar de estas reflexiones, Blumfeld, con una especie de enojo, arroja la pelota contra el suelo y parece milagro que la débil y casi transparente envoltura de celuloide no se rompa. Sin transición, las pelotas vuelven a dar sus anteriores saltos a ras de tierra, recíprocamente alternados.

Blumfeld se desviste con tranquilidad, ordena la ropa en el armario... siempre cuida de verificar si la sirvienta lo ha dejado todo en orden. Una o dos veces mira por encima del hombro a las pelotas que, ininterrumpidamente, parecen perseguirlo ahora a él, se le acercan por detrás y saltan junto a sus talones. Blumfeld se pone la bata y quiere

dirigirse hacia la pared opuesta, para buscar una de las pipas que cuelgan de un soporte. Antes de volverse, da involuntariamente con un pie hacia atrás, pero las pelotillas se las arreglan para esquivarlo y no son alcanzadas. Cuando va en busca de la pipa, las pelotillas lo siguen de inmediato, arrastra las zapatillas, da pasos desiguales, pero a cada pisada sigue, casi sin pausa, un salto de las pelotillas, que marcan el paso con él. Blumfeld se vuelve inesperadamente para ver cómo maniobran las pelotillas. Pero apenas gira, éstas describen un semicírculo y están de nuevo tras él, y esto se repite cuantas veces se vuelve. Como acompañantes subordinados, procuran evitar el colocarse ante Blumfeld. Hasta ahora se habían atrevido a ello solamente al parecer para presentarse, pero ahora han entrado ya en servicio.
Hasta ahora, en todos los casos excepcionales en que no bastaban sus propias fuerzas para dominar la situación, Blumfeld ha apelado siempre al recurso de hacer como si nada advirtiese. Esto le dio frecuentemente buenos resultados, y en la mayoría de los casos, al menos, mejoró la situación. Ahora pues, hace lo mismo, está ante el soporte de las pipas, frunce los labios eligiendo una pipa, la carga con especial cuidado y deja despreocupadamente que detrás de él las pelotillas sigan saltando. Sólo titubea cuando se trata de dirigir a la mesa, pues el oír simultáneamente el ruido de los saltos y el de sus pasos le produce una sensación casi dolorosa. Se queda así de pie, prolongando innecesariamente la acción de cargar la pipa y examina la distancia que lo separa de la mesa. Pero finalmente vence su debilidad y salva el trayecto pisando tan fuerte que ni siquiera oye el ruido de las pelotillas. Sin embargo, cuando se sienta, ellas vuelven a saltar como antes.
Por encima de la mesa y al alcance de la mano, hay una tabla adosada a la pared, y sobre ella, la botella de licor de cerezas, rodeada de vasitos. Al lado suyo hay varios ejemplares de la revista francesa.
(Precisamente hoy ha llegado un número nuevo y Blumfeld lo coge. Olvida el licor por completo, hasta tiene la sensación como si hoy hubiese respetado sus ocupaciones ordinarias, no por rutina, sino para consolarse, y tampoco siente verdadera necesidad de leer. Contra su costumbre de hojear meticulosamente las páginas una por una, abre la revista en un lugar cualquiera y se encuentra allí con una gran lámina. Se obliga a contemplarla, con más detenimiento. Representa el encuentro entre el emperador de Rusia y el presidente de Francia, realizado a borde de un buque. A su alrededor, hasta perderse en la lejanía, hay muchos otros barcos, y el humo de las chimeneas se esfuma en el cielo claro. Ambos, el emperador y el presidente, acaban de dirigirse con paso rápido el uno hacia el otro y se estrechan las manos. Tanto detrás del emperador, como detrás del presidente, hay

dos señores. Frente a los rostros satisfechos del emperador y del presidente, las caras de los acompañantes parecen muy serias y las miradas de cada uno de los grupos de acompañamiento convergen sobre su señor. Más abajo, a lo que se ve, la escena se desarrolla en el puente más alto del buque, en tanto que, cortadas por el marco de la lámina, aparecen largas filas de marineros que saludan. Blumfeld observa la lámina con creciente interés, la aleja un poco y la mira pestañeando. Siempre le han gustado escenas grandilocuentes como ésa. El que las personas principales se estrechen la mano tan desenvuelta, cordial, despreocupadamente, le parece un fiel reflejo de la verdad. E igualmente justo es que los acompañantes –por lo demás, y como es natural, señores de muy alto rango, cuyos nombres están indicados abajo– preserven con su actitud la seriedad del momento histórico.)

Y en lugar de procurarse todo lo que necesita, Blumfeld está sentado en silencio y contempla la pipa aún no encendida. Está al acecho y, de repente, de modo completamente inesperado, cede su rigidez y gira de golpe con su asiento. Pero también las pelotillas observan una vigilancia correspondiente y obedecen ciegamente a la ley que las gobierna, simultáneamente con el movimiento giratorio de Blumfeld cambian ellas también de lugar y se ocultan a sus espaldas. En este momento, Blumfeld se encuentra sentado de espaldas a la mesa, con la pipa fría en la mano. Las pelotillas saltan ahora debajo de la mesa y allí el ruido que producen es amortiguado por una alfombra. Esta es una gran ventaja. El rumor es muy débil y sordo y hay que prestar mucha atención para llegar a oírse. No obstante, Blumfeld está muy atento y lo percibe muy bien. Pero es así tan sólo por ahora, dentro de un rato probablemente no habrá de advertirlo. A Blumfeld le parece que el pasar tan poco advertidas sobre las alfombras es una gran debilidad de las pelotillas. Con ponerles por debajo una, o mejor dos alfombras, se verán reducidas casi a la impotencia. Ello, sin embargo, solamente por un lapso determinado y por otra parte su sola presencia significa ya una cierta manifestación de poder.

Blumfeld podría obtener ahora buen partido de un perro, pues un animal joven y fiero acabaría muy pronto con las pelotillas; se imagina cómo procuraría atraparlas con las patas, cómo las desalojaría de su lugar, cómo las perseguiría en todas direcciones por la habitación hasta finalmente destruirlas con los dientes. Es muy posible que dentro de poco, Blumfeld se compre un perro.

Pero por el momento, las pelotillas deben sólo temer a Blumfeld, y éste no tiene ahora deseos de destruirlas, quizá sólo le falta decisión para ello. Por la noche regresa fatigado del trabajo y cuando necesita

descanso se encuentra con esta sorpresa. Sólo ahora, en realidad, advierte qué cansado está. Es claro que habrá de destruir las pelotillas, y a muy corto plazo, pero no en seguida; muy probablemente mañana. Cuando observa la cosa sin prejuicios, las pelotillas se comportan con bastante moderación. Podrían, por ejemplo, saltar de vez en cuando hacia adelante, mostrarse y volver luego a su lugar, o saltar más alto para golpear contra la parte inferior de la mesa, desquitándose así del amortiguamiento que origina la alfombra. Pero no lo hacen, no quieren fastidiar a Blumfeld sin necesidad, se limitan evidentemente a lo estrictamente necesario.
Sin embargo, lo estrictamente necesario es suficiente como para amargar a Blumfeld su permanencia junto a la mesa. Hace sólo dos minutos que está sentado allí y ya piensa en irse a dormir. Otro de los móviles que lo impulsan es el hecho de que aquí no puede fumar, pues ha dejado los fósforos sobre la mesita de noche. Tendría que buscar, pues los fósforos, pero una vez esté junto a la mesa de noche será mejor quedarse allí y acostarse. En esto tiene todavía una segunda intención, pues cree que las pelotillas, en su ansia ciega por mantenerse detrás de él, saltarán sobre la mesa, donde al acostarse, las aplastará voluntaria o involuntariamente. La objeción de que los restos de las pelotillas podrían seguir saltando todavía, es rechazada. También lo que está fuera de lo común debe tener fronteras. Aunque de costumbre, las pelotas enteras saltan, si bien no ininterrumpidamente, los trozos de pelotas rotas no saltan jamás y no saltarán tampoco aquí.
–¡Arriba! –exclama, casi envalentonado por esta reflexión y avanza otra vez pisando con energía hacia la cama, las pelotillas detrás de él. Su esperanza parece confirmarse; al colocarse deliberadamente muy cerca de la cama, una pelotilla salta de inmediato sobre el lecho. En cambio ocurre lo inesperado, que la otra pelotilla se introduce debajo.
Blumfeld no ha pensado siquiera en la posibilidad de que las pelotillas pudieran saltar también debajo de la cama. Se siente indignado contra una de ellas, a pesar de que siente lo injusto de su sentimiento, pues saltando debajo de la cama acaso la pelotilla cumple con su deber, mejor que la otra, sobre la cama. Ahora bien, todo depende del lugar por el cual hayan de decidirse, pues Blumfeld no cree que pudieran trabajar por separado durante mucho tiempo. Y efectivamente, un instante después la otra pelota salta sobre la cama. Ahora las tengo, piensa Blumfeld lleno de alegría, y se quita la bata para arrojarse sobre el lecho. Pero precisamente la misma pelotilla vuelve a saltar debajo de la cama. Blumfeld se desplaza, muy desilusionado. Es probable que la pelota no ha hecho más que dar un vistazo allí arriba y aquello no le ha gustado. Y la otra también la sigue y se queda abajo, naturalmente,

pues abajo se está mejor.
–Ahora voy a tener aquí estos tambores durante toda la noche –piensa Blumfeld, se muerde los labios e inclina la cabeza.
Está triste, sin saber en realidad cómo podrían causarle daño durante la noche. Su sueño es magnífico, superará en seguida aquel leve rumor. Para estar completamente seguro, desliza hacia ellas dos alfombras, de acuerdo con la experiencia adquirida. Es como si tuviese un perrito al que quisiera acomodar mullidamente. Y como si las pelotillas se sintieran cansadas o soñolientas, sus saltos se han vuelto más lentos y más bajos que antes. Cuando Blumfeld se arrodilla ante la cama y alumbra por debajo con la lámpara, a veces cree que las pelotillas habrán de quedar para siempre sobre las alfombras, tan débilmente caen, tan lentamente corren un pequeño trecho más. Luego, sin embargo, se alzan de nuevo, según su obligación. Sin embargo, es muy posible que, cuando Blumfeld mire bajo la cama por la mañana temprano, encuentre dos silenciosas e inofensivas pelotas de niños.
Pero ellas parecen no poder proseguir los saltos ni siquiera hasta la mañana, pues cuando Blumfeld se mete en cama ya no las oye más. Se esfuerza por escuchar algo, se inclina fuera de la cama, pero no percibe ningún sonido. El efecto de las alfombras no puede ser tan fuerte, la única explicación es que las pelotas no saltan ya, o bien no pueden desprenderse suficientemente de las mullidas alfombras y han suspendido por ahora los saltos, o si no, que es lo más verosímil, no habrán de saltar nunca más. Blumfeld podría levantarse y mirar qué es lo que en realidad ocurre, pero en su satisfacción de que haya por fin tranquilidad, prefiere quedarse acostado, no quiere tocar siquiera con la mirada a las pelotillas, ahora quietas. Hasta renuncia gustoso a fumar, se vuelve de lado y se duerme de inmediato.
Pero no se queda tranquilo; como de costumbre, su dormir está también esta vez libre de sueños, pero es muy inquieto. Incontables veces es despertado bruscamente por la ilusión de que alguien llama a la puerta. Sabe también, con certeza, que nadie llama; ¿quién va a llamar durante la noche y a su puerta, la de un solterón solitario? Aunque lo sabe a ciencia cierta, se incorpora no obstante, una y otra vez y mira tenso, por un instante, hacia la puerta; la boca abierta, los ojos dilatados y los mechones del cabello se sacuden sobre su frente húmeda. Cuando se despierta, intenta contar, pero olvidando las enormes cifras que resultan, vuelve a hundirse en el sueño. Cree saber de dónde proviene el golpear; no se produce en la puerta, sino en otra parte por completo distinta, pero en la confusión del sueño no logra establecer la base de sus suposiciones. Sólo sabe que muchos diminutos y repulsivos golpes se reúnen antes de que ellos mismos

produzcan el golpe grande y fuerte. Pero quisiera tolerar toda la repulsión de los golpecitos si pudiera evitar el otro golpear, pero por alguna causa es demasiado tarde, no puede intervenir aquí, no tiene fuerzas, no tiene palabras, su boca se abre sólo para el bostezo mudo y, furioso por ello, hunde el rostro en las almohadas. Así transcurre la noche.

Por la mañana le despierta el golpear de la sirvienta; con un suspiro de liberación saluda el suave golpear, de cuya inaudibilidad se ha quejado siempre y va a exclamar ya " ¡Adelante!", cuando oye otro golpear, vivaz aunque débil, pero formalmente belicoso. Son las pelotillas bajo la cama. ¿Han despertado, han reunido, contrariamente a lo que le ocurre a él, nuevas fuerzas durante la noche?

–¡Ya va! –grita Blumfeld a la sirvienta.

Salta de la cama, pero con precaución, para tener tras de sí a las pelotillas, se arroja al suelo volviéndoles siempre la espalda, mira hacia las pelotillas torciendo la cabeza y casi quisiera lanzar una maldición. Como los niños que durante la noche apartan las mantas molestas, las pelotillas, al parecer, mediante pequeñas sacudidas prolongadas durante toda la noche, han empujado tan lejos las alfombras bajo la cama, que ahora tienen otra vez el piso desnudo debajo de ellas y pueden hacer ruido.

–De nuevo a las alfombras –dice Blumfeld con cara enojada, y una vez que las pelotillas, gracias a las alfombras, han vuelto a quedaren silencio, hace entrar a la sirvienta.

Mientras ésta, una mujer gorda y estúpida, que siempre anda rígidamente erguida, pone el desayuno sobre la mesa y hace los dos o tres movimientos necesarios. Blumfeld está de pie, inmóvil, con su bata de dormir, junto a la cama, para mantener sujetas allí abajo a las pelotillas. Sigue a la sirvienta con la mirada para comprobar si advierte algo. Ello es muy poco probable debido a su dureza de oído. Blumfeld cree advertir que la sirvienta se detiene aquí y allá, se apoya en algún mueble y escucha enarcando las cejas, pero lo atribuye a su sobreexcitación, producto de la mala noche. Se daría por satisfecho si lograse que la sirvienta realizara su trabajó un poco más de prisa, pero la mujer se mueve con una lentitud mayor que de costumbre. Despaciosamente, carga con los trajes y zapatos de Blumfeld, y los arrastra hasta el pasillo; su ausencia dura largo rato, monocordes y muy distintamente se suenan desde fuera los golpes con que se aplica a la limpieza de la ropa. Y durante todo este tiempo, Blumfeld tiene que aguantarse sobre la cama, no puede moverse si no quiere llevar tras sí a las pelotillas, tiene que dejar enfriar el café, que tanto le gusta caliente, no puede hacer otra cosa que mirar fijamente la caída cortina

de la ventana, tras la cual asoma turbiamente el día. Por fin la sirvienta acaba; se despide y se dispone a salir. Pero antes de alejarse definitivamente, permanece todavía de pie en la puerta, mueve apenas los labios y mira largamente a su patrón. Blumfeld quiere detenerla para hablarle, pero ella se va. Blumfeld quisiera abrir la puerta de un tirón y decirle a gritos que es una mujer tonta, vieja y estúpida. Mas al pensarlo mejor, considerando qué es lo que en realidad tiene que objetarle, sólo halla el contrasentido de que, sin duda alguna, ella no ha notado nada y que, sin embargo, quería dar la impresión de que había notado algo. ¡Qué confusas son sus ideas! ¡Y ello sólo a causa de una mala noche! El mal dormir no encuentra explicación en el hecho de que anoche se haya apartado de sus costumbres, que no haya fumado ni bebido licor. Cuando yo, y éste es el resultado final de sus reflexiones, no fumo y no bebo licor, duermo mal.

En adelante, cuidará mejor de su bienestar, y poniendo en práctica su propósito toma del botiquín casero que cuelga sobre la mesa de noche un poco de algodón, hace con él dos bolitas y se las introduce en los oídos. Entonces se levanta y prueba a dar un paso. Las pelotillas lo siguen, sí, pero él casi no las oye, un poco más del algodón las vuelve completamente inaudibles. Blumfeld da unos pasos más, aquello marcha sin ninguna molestia especial. Cada cual para sí; Blumfeld y las pelotillas se hallan ligados entre ellos pero no se molestan recíprocamente y una pelotilla no alcanza a hacer el contramovimiento con la presteza necesaria, Blumfeld le da con la rodilla. Este es el único incidente; por lo demás, Blumfeld bebe con tranquilidad el café, tiene hambre como si no hubiera dormido en toda la noche y hubiese hecho un largo camino, se lava con agua fría, sumamente refrescante, y se viste. Hasta ahora no ha alzado las cortinas, sino que ha permanecido en la penumbra; no es necesario que las pelotillas sean vistas por ojos extraños. Pero ahora que está a punto de marcharse, tiene que hallar un destino para las pelotillas, en caso de que éstas se atreviesen –él no lo cree– a seguirlo también por la calle. Tiene una ocurrencia feliz: abre el gran armario y se coloca de espaldas contra él. Como si tuviesen idea de lo que se planea, las pelotillas evitan entrar en el armario, aprovechan cada lugarcito que queda entre Blumfeld y el armario, saltan, cuando no queda otro remedio, dentro del armario por un instante, pero huyen inmediatamente de lo oscuro, no hay manera de hacerlas pasar más allá del canto del armario, antes bien infringen su obligación y se mantienen casi junto a Blumfeld. Pero sus pequeñas argucias no habrán de servirles para nada, porque ahora el propio Blumfeld entra de espaldas en el armario y no les queda más remedio que obedecer. Con esto está también echada su suerte, pues sobre el

suelo de éste hay diversos objetos pequeños, como botines, cajas, maletines, todos empero –ahora Blumfeld lo lamenta– bien ordenados, pero que, no obstante, obstaculizan el movimiento de las pelotillas. Y cuando Blumfeld, que en el ínterin ha cerrado casi por completo la puerta del armario, abandona el mueble con un gran salto, como no daba hace años, cierra la puerta y echa la llave, las pelotillas quedan encerradas.
"Esto ha salido bien", piensa Blumfeld, enjugándose el sudor de la cara.
¡Qué bulla hacen las pelotillas dentro del armario! Dan la impresión de desesperación. Blumfeld, en cambio, está muy contento. Abandona el cuarto y el corredor desierto obra benéficamente sobre él. Libera sus oídos del algodón, y los múltiples rumores de la casa que despierta le encantan. Se ven muy pocas personas, es todavía muy temprano.
Abajo, en el zaguán, ante la puerta que conduce al sótano donde se halla la habitación de la sirvienta, se encuentra el niño de ésta, de diez años. Es el vivo retrato de su madre, ninguna de las fealdades de la vieja ha sido olvidada en este rostro infantil. Las piernas combadas, las manos en los bolsillos, está allí y jadea, porque el bocio le vuelve dificultosa la respiración. En tanto que habitualmente, cuando el niño se cruza en su camino, Blumfeld aprieta el paso para evitar en lo posible aquel espectáculo, hoy quisiera detenerse o poco menos. Aun cuando el chico haya sido traído al mundo por aquella mujer y lleve todos los signos de su origen, es de cualquier modo, por el momento, un niño; en esa cabeza deforme habitan pensamientos infantiles, si se le habla y se lo interroga comprensiblemente, es probable que responda con voz clara, inocente y respetuosa, y tras algunos esfuerzos se podría llegar a acariciar esas tersas mejillas. Así piensa Blumfeld, pero pasa de largo. Al salir advierte que el día en más agradable de lo que supuso en su habitación. Las brumas de la mañana de disipan y aparecen claros azules en un cielo fuertemente barrido por el viento. Blumfeld agradece a las pelotillas el haber abandonado su habitación mucho más temprano que de costumbre, hasta ha olvidado sobre la mesa el periódico sin leer, en todo caso ha ganado mucho tiempo y ahora puede andar con tranquilidad. Es notable lo poco que le preocupan las pelotillas desde que las alejó de sí. Mientras lo seguían se las hubiese podido tomar por algo que le pertenecía, por algo que de algún modo debía ser tenido en cuenta al opinarse sobre su persona; ahora, en cambio, eran tan sólo un juguete dejado en el armario. Y aquí se le ocurre a Blumfeld que la mejor manera de volverlas inofensivas sería quizá darles el empleo que les es propio. En el zaguán está todavía el niño, Blumfeld va a regalarle las pelotillas; no prestárselas, sino regalárselas expresamente, lo que con seguridad equivale a destruirlas. Y aun en el caso de que fuesen

conservadas en buen estado, en manos del niño significarán menos aún que en el armario, la casa entera verá cómo el niño juega con ellas, otros niños se le juntarán, la opinión general de que se trata de pelotas de juego y no de acompañantes vitalicios de Blumfeld será inconmovible e indudable. Blumfeld regresa a la casa. El niño acaba, precisamente, de descender por la escalera del sótano y quiere abrir la puerta de abajo. Blumfeld debe llamar al niño y pronunciar su nombre, que es ridículo como todo lo que se relaciona con el chico.

–¡Alfred, Alfred! –exclama. El niño titubea largamente–. Ven aquí, hombre –dice Blumfeld–, te voy a dar algo.

Las dos niñitas del mayordomo han salido por enfrente y se colocan, llenas de curiosidad, a ambos lados de Blumfeld. Comprenden mucho más rápido que el niño y no se explican por qué éste no acude de inmediato. Le hacen señas sin apartar los ojos de Blumfeld, pero no pueden comprender qué clase de regalo espera a Alfred. La curiosidad las tortura y dando saltitos se apoyan alternativamente sobre uno y otro pie. Blumfeld se ríe de ellas y del niño. Este parece estar decidido, por fin, y sube tiesa y pesadamente la escalera. Ni siquiera su andar desmiente a la madre que, por otra parte, aparece en la puerta del sótano. Blumfeld da grandes voces, a fin de que la sirvienta también le oiga y en caso necesario, vigile la comisión del encargo.

–Tengo –dice Blumfeld–, en mi cuarto, dos hermosas pelotillas. ¿Quieres que te las dé?

El niño no hace más que estirar la boca, no sabe cómo debe comportarse, se vuelve y mira hacia abajo a su madre, con interrogación. Las niñas, en cambio, se ponen de inmediato a saltar en derredor de Blumfeld y le piden las pelotillas.

–Vosotras también podréis jugar con ellas –les dice Blumfeld; espera, sin embargo, la respuesta del niño.– Podría regalar en seguida las pelotas a las niñas, pero le parecen demasiado despiertas y ahora tiene más confianza en el muchacho. Este ha buscado, entretanto, consejo con su madre, sin que se haya cambiado una palabra entre ambos, y afirma con la cabeza ante una nueva pregunta de Blumfeld, que con gusto prevé que no le darán las gracias por su regalo–. Tu madre tiene la llave de mi cuarto y debes pedírsela, aquí te doy la llave de mi armario y allí están las pelotillas. Cerrarás otra vez el armario y la habitación con mucho cuidado. Pero con las pelotillas puedes hacer lo que quieras y no tienes que devolvérmelas. ¿Me has comprendido?

Pero el chico, por desgracia, no ha comprendido. Blumfeld ha querido ser muy claro con este ser de torpeza ilimitada y de poco entendimiento, pero con tal propósito, se lo ha repetido todo demasiadas veces, demasiadas veces le ha hablado y alternativamente

de habitación, llave y armario, y en consecuencia, el niño no lo observa como un benefactor, sino como un tentador. Las niñas, no obstante, lo han comprendido todo en seguida, se pegan a Blumfeld y tienden las manos pidiendo la llave.
–Esperad, pues –dice Blumfeld, enojado ya con todos. Además, el tiempo pasa, no puede demorarse mucho más. ¡Si la sirvienta dijese que lo ha entendido y que se ocupará debidamente del niño! En cambio, sigue allí abajo, en la puerta, sonriendo con remilgo como avergonzada de su sordera y cree tal vez que Blumfeld, en el otro extremo de la escalera, ha caído en súbito encantamiento ante su niño y escucha de sus labios la tabla del uno. Pero Blumfeld no puede bajar la escalera del sótano para gritar su petición al oído de ella, a fin de que su niño quiera liberarle de las pelotillas por la misericordia de Dios. Demasiado se ha violentado ya al confiar la llave de su armario por todo un día a aquella familia. No con agrado da la llave al niño, en lugar de conducirlo él mismo hasta arriba y entregarle allí las pelotillas y luego, según habría de ocurrir visiblemente, quitárselas en seguida al llevarlas tras de sí como séquito.
–¿No me entiendes, entonces? –pregunta Blumfeld, casi abatido, tras haber empezado una nueva explicación, que ha interrumpido, sin embargo, ante la mirada vacía del chico. Una mirada vacía como ésa desarma a cualquiera. Podría inducir a uno a decir más de lo que quiere, sólo para colmar ese vacío con entendimiento.
–Vamos a traerle las pelotillas –exclaman entonces las niñas.
Como astutas que son, han advertido que sólo pueden obtenerlas por intermedio del chico, pero que a ellas toca arbitrar ese medio. Un reloj da la hora en la habitación del mayordomo, y advierte a Blumfeld que debe darse prisa.
–Tomad pues la llave –dice Blumfeld, y antes de que pueda entregarla, le es arrancada de la mano. La seguridad que habría tenido dando la llave al niño hubiese sido incomparablemente mayor–. La llave del cuarto está abajo, pues la tiene la mujer –dice todavía Blumfeld–, y cuando volváis con las pelotillas debéis devolverle ambas llaves.
–Sí, sí –exclaman las niñas y corren escaleras abajo. Lo saben todo, absolutamente todo, y como si se hubiese contagiado de la torpeza de entendimiento del chico, Blumfeld no entiende ahora cómo ambas han podido comprenderlo todo tan rápido con sus explicaciones.
Las niñas ya han llegado y tironean de la falda a la sirvienta, pero Blumfeld, por atrayente que le resulte, no puede seguir mirando cómo habrán de cumplir su comisión, y ello no solamente porque ya es tarde, sino también porque no quiere estar presente cuando las pelotillas queden en libertad. Hasta quiere hallarse a varias manzanas de

distancia cuando las niñas abran, allá arriba, la puerta de su cuarto. ¡Es que ni siquiera sabe hasta qué punto puede equivocarse con respecto a las pelotillas! Y así sale a la calle por segunda vez en la mañana. Ha alcanzado aún a ver cómo la sirvienta se defendía contra las niñas y cómo el chico movía las piernas torcidas para acudir en ayuda de su madre. Blumfeld no comprende cómo personas como la sirvienta crecen y se reproducen sobre la tierra.

Camino de la fábrica de ropa donde está empleado Blumfeld, los pensamientos relacionados con el trabajo van prevaleciendo paulatinamente sobre otra idea. Aprieta el paso y a pesar del retraso imputable al chico, es el primero en llegar a su oficina. Es un local rodeado de cristales, y contiene una mesa de despacho para Blumfeld, así como dos pupitres altos para los escribientes a las órdenes de Blumfeld. Aunque éstos son tan pequeños y estrechos como si hubiesen sido destinados a colegiales, el espacio disponible en la oficina es exiguo y los escribientes no pueden sentarse, pues de hacerlo, no habría sitio para el asiento de Blumfeld. Están pues de pie el día entero, apretados contra sus pupitres. Esto les resulta seguramente muy incómodo, pero también dificulta a Blumfeld al vigilarles. Con frecuencia se arriman al pupitre, no para trabajar, sino para cuchichear entre sí y hasta para dormitar. Blumfeld se hace mucha mala sangre al no hallar en ellos el apoyo requerido por la gigantesca tarea que le ha sido asignada. Esta tarea consiste en el despacho de todo el movimiento de mercaderías y dinero destinado a las obreras eventuales, que son empleadas por la fábrica en la confección de ciertas mercaderías finas. Para juzgar de la amplitud de esta tarea hay que observar el estado de cosas existente. Esta visión no la tiene ya nadie desde la muerte del inmediato superior a Blumfeld, ocurrida hace algunos años, por lo cual nadie puede permitirse el derecho de opinar sobre el trabajo de Blumfeld. El fabricante, el señor Ottomar, por ejemplo, subestima sin duda el trabajo de Blumfeld; reconoce naturalmente los méritos a que se ha hecho acreedor en el transcurso de los veinte años que lleva en la fábrica, y los reconoce no sólo porque debe, sino también porque lo estima como persona fiel y digna de confianza, pero, sin embargo, subestima su trabajo, pues cree que las tareas podrían ser realizadas con más sencillez y, por lo mismo, más ventajosamente en todo sentido, de lo que las efectúa Blumfeld. Se dice, y ello es digno de creerse, que Ottomar se muestra rara vez en la sección de Blumfeld porque desea ahorrarse el disgusto que le producen los métodos de trabajo de Blumfeld. Ser desconocido así es sin duda triste para Blumfeld, pero no existe solución, pues no puede obligar a Ottomar a permanecer durante un mes seguido en su

sección, a estudiar las múltiples formas de las tareas que aquí deben conocerse, a aplicar esos métodos que él supone mejores, y convencerse de que Blumfeld está en lo cierto ante el derrumbe de la sección, lo que necesariamente ocurriría. Por eso desempeña Blumfeld su tarea sin dejarse apartar de ella, como antes, asustándose un poco cuando, tras larga ausencia aparece de vez en cuando Ottomar. Entonces, con el sentimiento del deber propio del subordinado, intenta débilmente explicar a Ottomar esta o aquella instalación, a lo cual el patrón, con los ojos bajos y aprobando silenciosamente, continúa su camino. Blumfeld, por lo demás, sufre menos ante este desconocimiento que ante el pensamiento de que, cuando alguna vez tenga que retirarse de su puesto, la consecuencia inmediata será un gran alboroto que nadie podrá arreglar, pues nadie en la fábrica es capaz de sustituirlo y hacerse cargo de su puesto sin que durante meses sobrevengan los tropiezos más grandes. Cuando el jefe estima a alguien, los empleados procuran aventajarlo en ese sentido. De ahí que cualquiera subestime el trabajo de Blumfeld, que nadie considere necesario para su instrucción pasar un tiempo en su sección y que, cuando se incorpora a nuevos empleados, nadie es destinado a Blumfeld. Por este motivo la sección no se renueva. Cuando Blumfeld, que hasta entonces lo había despachado todo solo, ayudado únicamente por un ordenanza, pidió que le dieran un escribiente, provocó semanas de la más dura lucha. Casi todos los días aparecía Blumfeld en la oficina de Ottomar y le explicaba tranquila y detalladamente por qué era necesario la presencia de un escribiente en aquella sección. Y no era porque quisiera ahorrarse trabajo; Blumfeld no quería tal cosa, él despachaba su superabundante parte sin querer con ello ponerle término, pero el señor Ottomar debería reflexionar en cómo se había desarrollado el negocio con el andar del tiempo, que todas las secciones habían sido proporcionalmente ampliadas, quedando siempre olvidada la sección de Blumfeld. ¡Y cómo había aumentado precisamente allí el trabajo! Cuando Blumfeld entró –de aquellos tiempos no podría acordarse ya con seguridad el señor Ottomar– había allí unas diez costureras, oscilando hoy su número entre cincuenta y sesenta. Un trabajo semejante exige fuerzas, Blumfeld podría dar garantía de que se da enteramente al trabajo, pero no podría asegurar, en cambio, que de hoy en adelante pueda abarcarlo por entero.

El señor Ottomar no rechazaba nunca en forma directa las proposiciones de Blumfeld, no podía hacer eso con un antiguo empleado, pero la manera como escuchaba apenas sus peticiones, hablando con otras personas, haciendo concesiones a medias y

olvidándolo todo al cabo de algunos días, era en verdad ofensiva. No precisamente para Blumfeld, pues éste no es caprichoso; por más hermosos que sean el honor y la gratitud, Blumfeld puede prescindir de ellos; pese a todo aguantará en su puesto mientras haya alguna posibilidad de hacerlo, en todo caso tiene razón y la razón debe finalmente, aunque a veces tarde en ocurrir, ser reconocida. Así obtuvo al fin, Blumfeld, dos escribientes, pero ¡qué dos escribientes! Era como si Ottomar hubiera podido mostrar su desprecio hacia la sección proporcionando los escribientes más claramente que negándolos. Hasta era posible que hubiese hecho alentar esperanzas a Blumfeld durante tanto tiempo, porque había estado buscando dos escribientes así y, lo que era comprensible, había tenido que esperar mucho hasta encontrarlos. Y ahora Blumfeld no podía quejarse, la respuesta era previsible, se le habían concebido dos escribientes, cuando él no había solicitado más que uno; con tanta habilidad había sido preparado todo por Ottomar. Blumfeld se quejó, naturalmente, pero sólo porque los apuros en que se hallaba le obligaban a ello, y no porque esperase ahora alguna ayuda. No se quejó tampoco expresamente, sino sólo como de pasada, en una ocasión favorable. Pese a ello no tardó en propagarse entre los maldicientes colegas el rumor de que alguien había preguntado a Ottomar si sería posible que, después de haber recibido tan extraordinaria ayuda, Blumfeld siguiera quejándose todavía. Ottomar habría contestado que era cierto, que Blumfeld continuaba quejándose, pero con razón. El, Ottomar, lo había comprendido por fin, y se proponía proporcionar a Blumfeld progresivamente un escribiente por cada costurera, es decir, unos sesenta en total. Y si éstos no bastasen, mandaría otros más, y no habría de terminar hasta completar el manicomio que, desde hacía años, venía desarrollándose en la sección de Blumfeld. Estas observaciones eran propias de Ottomar y su manera de hablar estaba, sin duda, bien imitada, pero Blumfeld no dudaba de que Ottomar estaba lejos de expresarse en forma parecida sobre él. Todo era una invención de los holgazanes de las oficinas del primer piso, Blumfeld lo pasó por alto, y ojalá hubiese podido pasar tan tranquilamente por sobre la existencia de los escribientes. Pero éstos estaban allí y no había manera de suprimirlos. Muchachos pálidos, débiles. Según sus documentos debían haber superado ya la edad escolar, pero en realidad eso parecía increíble. Ni siquiera era posible pensar en confiarlos a un maestro, tan evidentemente parecían pertenecer todavía a los cuidados de una madre. Todavía no sabían moverse como es debido, estar de pie durante mucho tiempo les fatigaba, en particular al principio. Apenas no se los vigilaba, se doblaban de debilidad y quedaban de pie en un

rincón, torcidos y agobiados. Blumfeld procuró hacerles comprender que quedarían inválidos para toda la vida si cedían así, constantemente, a la comodidad. Encargarles algo era una osadía, una vez que uno de ellos debía llevar algo a dos pasos de allí, el chico se precipitó afanosamente, chocando contra el pupitre e hiriéndose en la rodilla. El cuarto estaba lleno de costureras y el pupitre cargado de mercancía, pero Blumfeld lo dejó todo ante el llanto del escribiente, al que llevó a la oficina para ponerle un vendaje. Pero también aquel celo de ambos era sólo exterior, como verdaderos niños querían distinguirse a veces, pero con mucha más frecuencia, casi siempre, querían engañar al superior. Una vez, durante la época de mayor trabajo, Blumfeld, chorreando sudor, había notado al pasar junto a ellos que, escondidos entre fardos de mercadería, canjeaban sellos de correo. Hubiese querido descargar los puños sobre sus cabezas, único castigo posible ante semejante conducta, pero eran niños y Blumfeld no podía matarles a golpes. Y así seguía penando con ellos. En un principio se había figurado que los escribientes les prestarían ayuda inmediata, la cual, en momentos de la distribución de la mercadería exigía tanto esfuerzo y vigilancia. Había pensado que, de pie, en medio de la habitación, detrás del escritorio, lo abarcaría todo con la mirada y atendería las entradas, mientras los escribientes, a sus órdenes, irían de aquí para allí, distribuyéndolo todo. Se había figurado que su supervisión, aun cuando severa no podía bastar ante aquel ajetreo, que se vería completada por el interés de ellos, y que entonces, al adquirir paulatinamente mayor experiencia, no estarían subordinados a sus órdenes en cada detalle, y al fin aprenderían por sí mismos a distinguir a las costureras por sus necesidades de material y pruebas de confianza. Tales esperanzas estuvieron desprovistas de todo fundamento, y Blumfeld reconoció al cabo de poco que no podía permitirles hablar con las costureras. Al principio ni siquiera se habían acercado a ciertas costureras porque les mostraban aversión o miedo, mientras que con otras, hacia las que sentían cariño, habían ido con frecuencia hasta la puerta para salirles al encuentro. A éstas les llevaban cuanto deseaban y aun cuando estuvieran autorizadas a recibirlo, se lo ponían en la mano con una especie de gesto confidencial; juntaban en un estante vacío, para estas favoritas, diversos recortes, sobras sin valor y también chucherías todavía utilizables, y las saludaban con aire feliz, a espaldas de Blumfeld, desde lejos, recibiendo a cambio bombones. No obstante Blumfeld puso pronto término a estas irregularidades y, cuando las costureras llegaban, los empujaba hacia el cobertizo. Pero ellos consideraban esto como una gran injusticia, llevándole la contra, rompiendo de rabia las plumas y a veces, aunque sin atreverse a

levantar la cabeza, golpeaban fuertemente contra los vidrios para llamar la atención de las costureras sobre el mal trato que, a su juicio, debían de sufrir a sus manos. No comprenden el mal que hacen. Por ejemplo, llegan casi siempre tarde a la oficina. Blumfeld, su superior, quien desde la primera juventud consideró siempre como sobreentendido que hay que llegar al menos media hora antes de la hora –no por exceso de celo, ni por excesiva conciencia del deber, sino porque un cierto sentido de la decencia lo mueve a ello–, Blumfeld debe, con frecuencia, esperar más de una hora la llegada de los escribientes. Generalmente está de pie, detrás del escritorio, en la sala, masticando los panecillos del desayuno y revisando las cuentas en los libritos de las costureras. Pronto se sumerge en el trabajo, sin pensar en otra cosa. Súbitamente sufre un sobresalto, hasta el punto de que un rato después, la pluma le tiembla todavía en la mano. Uno de los escribientes ha entrado como un torbellino, cual si fuese a caer, agarrándose con una mano a lo primero que encuentra a su alcance, y oprimiéndose con la otra el pecho, jadeante, pero eso no representa otra cosa que la excusa que se dispone a dar por haber llegado tarde, excusa tan ridícula que Blumfeld hace, de intento, oídos sordos, pues de lo contrario tendría que castigar al chico como merece. Se contenta, pues, con mirarle durante un instante, señala con la mano extendida el cobertizo y vuelve a sumergirse en su trabajo. Podría creerse entonces que el escribiente, reconociendo la bondad de su superior, habría de apresurarse a ocupar su lugar. Pero no, no se apura, bailotea, anda de puntillas, colocando ahora un pie delante del otro. ¿Quiere burlarse de su superior? Tampoco. Aquello es otra vez esa mezcla de miedo y de autosatisfacción, contra la cual no hay recurso que valga. ¿Cómo se explicaría sino, que hoy Blumfeld, que ha llegado él mismo desacostumbradamente tarde a la oficina, tras larga espera –no tiene ganas de examinar los libritos–, ve a través de las nubes de polvo que levanta con la escoba el criado torpe, llegar a los dos escribientes por la calle, tranquilamente? Muy abrazados, parecen contarse cosas en extremo importantes que, seguramente, la única relación que tienen con el negocio es que se trata de algo prohibido. A medida que se aproximan a la puerta de cristales, sus pasos se hacen más lentos. Por fin uno de ellos toma el pestillo, pero no lo empuja hacia abajo, pues todavía tienen algo que contarse, se escuchan el uno al otro y ríen. –¡Abrid a nuestros señores! –grita Blumfeld al criado, con las manos en alto. Pero cuando los escribientes entran, Blumfeld no quiere enojarse ya, y sin responder a su saludo va hacia el escritorio. Empieza a hacer cuentas, pero de vez en cuando alza los ojos para ver lo que hacen ellos. Uno parece estar muy cansado y se refriega los ojos; cuando

cuelga su abrigo de la percha, aprovecha la oportunidad para permanecer apoyado un poco aún contra la pared; en la calle estaba animado, pero la proximidad del trabajo lo fatiga. En cambio, el otro tiene ganas de trabajar, pero sólo en ciertas cosas. Así, desde siempre tiene el deseo de barrer. Pero ése es un trabajo que no le corresponde, el barrer corresponde sólo al criado; en realidad, Blumfeld no tendría por qué oponerse a que el escribiente barra; si quiere barrer, no lo hará peor que el criado, pero si quiere barrer, que venga más temprano, antes de que el criado empiece a limpiar; no debe emplear su tiempo en eso cuando está exclusivamente obligado a tareas de oficina. Pero si el chico es reacio a toda reflexión, el criado, un viejo cegato a quien el jefe no toleraría en ninguna otra sección que no fuese la de Blumfeld y que sólo vive gracias a la misericordia de Dios y del jefe, ese criado podría al menos ser complaciente y dejar por un momento la escoba al chico, que es torpe, y que perdiendo en seguida las ganas, lo perseguiría con la escoba para obligarle a barrer de nuevo. Pero el criado parece sentirse especialmente responsable del barrido, se advierte que cuando se le aproxima el chico, intenta agarrar mejor la escoba con sus manos temblorosas, prefiriendo quedarse inmóvil y dejar de barrer para poder concentrar toda la atención en la posesión del adminículo. El escribiente no pide con palabras, pues teme a Blumfeld, quien, al parecer, está sacando cuentas, y además, las palabras de nada servirían, pues el criado sólo es sensible a los gritos más desaforados. Empieza, pues, por tironear al criado de la manga. El criado sabe, naturalmente, de lo que se trata, mira oscuramente al escribiente, mueve la cabeza y tira de la escoba hacia sí, hasta el pecho. El escribiente junta entonces las manos en actitud de ruego. No tiene, sin embargo, esperanza alguna de obtener nada por este medio, el pedir tan sólo lo divierte, y por eso pide. El otro escribiente contémplala escena con una sonrisa y cree evidentemente, aunque parezca increíble, que Blumfeld no lo oye. Los ruegos no hacen la menor impresión al criado, que se vuelve, y cree poder usar de la escoba con seguridad. Pero el escribiente sigue saltando sobre la punta de los pies y frotándose las manos en actitud de súplica, y ruega ahora de este lado. Estas vueltas del criado y los saltitos del escribiente se repiten varias veces. Por fin, el criado se ve acosado por todas partes y observa que con un poquito menos de candidez, hubiese podido advertir desde un principio que se iba a cansar antes que el otro. En consecuencia busca la ayuda de terceros, amenaza al escribiente con el dedo y señala hacia Blumfeld, ante quien habrá de quejarse si no lo deja tranquilo. El escribiente reconoce ahora que, si quiere obtener la escoba, debe darse mucha prisa, por lo que atrevidamente intenta

apoderarse de ella. Un grito involuntario del otro escribiente anuncia la proximidad de una decisión. Por esta vez, el criado pone todavía a salvo la escoba, dando un paso atrás y arrastrándola consigo. Pero el escribiente ya no cede, salta hacia adelante con la boca abierta y los ojos brillantes, el criado quiere huir pero sus viejas piernas se bambolean en vez de correr; el escribiente tira de la escoba, y aun cuando no consigue apoderarse de ella, logra, sin embargo, que caiga al suelo, con lo cual está perdida para el criado. Y al parecer, también para el escribiente, pues al caer la escoba los tres permanecen rígidos, tanto escribientes como criado, pues ahora todo tiene que haberse hecho evidente para Blumfeld. En efecto, éste alza los ojos a través de la ventanilla, como si ahora pusiese atención en ello, y su mirada, severa y escrutadora, pasa de uno a otro, escoba inclusive. Sea porque el silencio dura ya demasiado, sea que el escribiente culpable no puede dominar sus ansias de barrer, lo cierto es que se inclina, muy prudentemente por supuesto, como si fuese a coger un animal y no una escoba, la toma, la desliza por el suelo, pero la arroja en seguida lejos de sí, asustado, cuando Blumfeld se levanta de un salto y sale del cobertizo.

–Los dos al trabajo y sin chistar –grita Blumfeld y señala a ambos escribientes, con la mano extendida, el camino hacia sus pupitres. Obedecen en seguida, pero no avergonzados y con la cabeza baja, sino que, al pasar ante Blumfeld se vuelven, tiesos, y lo miran fijamente a los ojos, como si quisieran impedirle que les pegara. Y sin embargo, podrían saber por experiencia que Blumfeld no pega nunca. Pero son temerosos en exceso y buscan siempre, sin la menor delicadeza, proteger sus derechos, reales o aparentes.

UN MEDICO RURAL

(1916)

UN MÉDICO RURAL

Estaba muy preocupado; debía emprender un viaje urgente; un enfermo de gravedad me estaba esperando en un pueblo a diez millas de distancia; una violenta tempestad de nieve azotaba el vasto espacio que nos separaba; yo tenía un coche, un cochecito ligero, de grandes ruedas, exactamente apropiado para correr por nuestros caminos; envuelto en el abrigo de pieles, con mi maletín en la mano, esperaba en el patio, listo para marchar; pero faltaba el caballo... El mío se había muerto la noche anterior, agotado por las fatigas de ese invierno

helado; mientras tanto, mi criada corría por el pueblo, en busca de un caballo prestado; pero estaba condenada al fracaso, yo lo sabía, y a pesar de eso continuaba allí inútilmente, cada vez más envarado, bajo la nieve que me cubría con su pesado manto. En la puerta apareció la muchacha, sola y agitó la lámpara; naturalmente, ¿quién habría prestado su caballo para semejante viaje? Atravesé el patio, no hallaba ninguna solución; distraído y desesperado a la vez, golpeé con el pie la ruinosa puerta de la pocilga, deshabitada desde hacía años. La puerta se abrió, y siguió oscilando sobre sus bisagras. de la pocilga salió una vaharanda como de establo, un olor a caballos. Una polvorienta linterna colgaba de una cuerda.
Un individuo, acurrucado en el tabique bajo, mostró su rostro claro, de ojitos azules.
–¿Los engancho al coche? –preguntó, acercándose a cuatro patas.
No supe qué decirle, y me agaché para ver qué había dentro de la pocilga. La criada estaba a mi lado.
–Uno nunca sabe lo que puede encontrar en su propia casa –dijo ésta. Y ambos nos echamos a reír.
–¡Hola, hermano, hola, hermana! –gritó el palafrenero, y dos caballos, dos magníficas bestias de vigorosos flancos, con las piernas dobladas y apretadas contra el cuerpo, las perfectas cabezas agachadas, como las de los camellos, se abrieron paso una tras otra por el hueco de la puerta, que llenaban por completo. Pero una vez afuera se irguieron sobre sus largas patas, despidiendo un espeso vapor.
–Ayúdalo –dije a la criada, y ella, dócil, alargó los arreos al caballerizo. Pero apenas llegó a su lado, el hombre la abrazó y acercó su rostro al rostro de la joven. Esta gritó, y huyó hacia mí; sobre sus mejillas se veían, rojas, las marcas de dos hileras de dientes.
–¡Salvaje! –dije al caballerizo–. ¿Quieres que te azote?
Pero luego pensé que se trataba de un desconocido, que yo ignoraba de dónde venía y que me ofrecía ayuda cuando todos me habían fallado. Como si hubiera adivinado mis pensamientos, no se mostró ofendido por mi amenaza y, siempre atareado con los caballos, sólo se volvió una vez hacia mí.
–Suba –me dijo, y, en efecto, todo estaba preparado.
Advierto entonces que nunca viajé con tan hermoso tronco de caballos, y subo alegremente.
–Yo conduciré, pues tu no conoces el camino –dije.
–Naturalmente –replica–, yo no voy con usted: me quedo con Rosa.
–¡No! –grita Rosa, y huye hacia la casa, presintiendo su inevitable destino; aún oigo el ruido de la cadena de la puerta, al correr en el cerrojo; oigo girar la llave en la cerradura; veo además que Rosa apaga

todas las luces del vestíbulo y, siempre huyendo, las de las habitaciones restantes, para que no puedan encontrarla.

–Tu vendrás conmigo –digo al mozo–; si no es así, desisto del viaje, por urgente que sea. No tengo intención de dejarte a la muchacha como pago del viaje.

–¡Arre! –grita él; y da una palmada; el coche parte, arrastrado como un leño en el torrente; oigo crujir la puerta de mi casa, que cae hecha pedazos bajo los golpes del mozo; luego mis ojos y mis oídos se hunden en el remolino de la tormenta que confunde todos mis sentidos. Pero esto dura sólo un instante; se diría que frente a mi puerta que encontrara la puerta de la casa de mi paciente; ya estoy allí; los caballos se detienen; la nieve ha dejado de caer; claro de luna en torno; los padres de mi paciente salen ansiosos de la casa, seguidos de la hermana; casi me arrancan del coche; no entiendo nada de su confuso parloteo; en el cuarto del enfermo el aire es casi irrespirable, la estufa humea, abandonada; quiero abrir la ventana, pero antes voy a ver al enfermo. Delgado, sin fiebre, ni caliente ni frío, con ojos inexpresivos, sin camisa, el joven se yergue bajo el edredón de plumas, se abraza a mi cuello y me susurra al oído:

–Doctor, déjeme morir.

Miro en torno; nadie lo ha oído; los padres callan, inclinados hacia adelante, esperando mi sentencia; la hermana me ha acercado una silla para que coloque mi maletín de mano. Lo abro, y busco entre mis instrumentos; el joven sigue alargándome sus manos, para recordarme su súplica; tomo un par de pinzas, las examino a la luz de la bujía y las deposito nuevamente.

–Si –pienso indignado–; en estos casos los dioses nos ayudan, nos mandan el caballo que necesitamos y, dada nuestra prisa, nos agregan otro. Además, nos envían un caballerizo...

En aquel preciso instante me acuerdo de Rosa. ¿Qué hacer? ¿Cómo salvarla? ¿Cómo rescatar su cuerpo del peso de aquel hombre, a diez millas de distancia, con un par de caballos imposibles de manejar? Esos caballos que no sé cómo se han desatado de las riendas, que se abren paso ignoro cómo; que asoman la cabeza por la ventana y contemplan al enfermo, sin dejarse impresionar por las voces de la familia.

–Regresaré en seguida –me digo como si los caballos me invitaran al viaje. Sin embargo, permito que la hermana, que me cree aturdido por el calor, me quite el abrigo de pieles. Me sirven una copa de ron; el anciano me palmea amistosamente el hombro, porque el ofrecimiento de su tesoro justifica ya esta familiaridad. Meneo la cabeza; estallaré dentro del estrecho círculo de mis pensamientos; por eso me niego a beber. La madre permanece junto al lecho y me invita a acercarme; la

obedezco, y mientras un caballo relincha estridentemente hacia el techo, apoyo la cabeza sobre el pecho del joven, que se estremece bajo mi barba mojada. Se confirma lo que ya sabía: el joven está sano, quizá un poco anémico, quizá saturado de café, que su solícita madre le sirve, pero está sano; lo mejor sería sacarlo de un tirón de la cama. No soy ningún reformador del mundo, y lo dejo donde está. Soy un vulgar médico del distrito que cumple con su deber hasta donde puede, hasta un punto que ya es una exageración. Mal pagado, soy, sin embargo, generoso con los pobres. Es necesario que me ocupe de Rosa; al fin y al cabo el joven es posible que tenga razón, y yo también pido que me dejen morir. ¿Qué hago aquí, en este interminable invierno? Mi caballo se ha muerto y no hay nadie en el pueblo que me preste el suyo. Me veré obligado a arrojar mi carruaje en la pocilga; si por casualidad no hubiese encontrado esos caballos, habría tenido que recurrir a los cerdos. Esta es mi situación. Saludo a la familia con un movimiento de cabeza. Ellos no saben nada de todo esto, y si lo supieran, no lo creerían. Es fácil escribir recetas, pero en cambio, es un trabajo difícil entenderse con la gente. Ahora bien, acudí junto al enfermo; una vez más me han molestado inútilmente; estoy acostumbrado a ello; con esa campanilla nocturna, todo el distrito me molesta, pero que además tenga que sacrificar a Rosa, esa hermosa muchacha que durante años vivió en mi casa sin que yo me diera cuenta cabal de su presencia... Este sacrificio es excesivo, y tengo que encontrarle alguna solución, cualquier cosa, para no dejarme arrastrar por esta familia que, a pesar de su buena voluntad, no podrían devolverme a Rosa. Pero he aquí que mientras cierro el maletín de mano y hago una señal para que me traigan mi abrigo, la familia se agrupa, el padre olfatea la copa de ron que tiene en la mano, la madre, evidentemente decepcionada conmigo –¿qué espera, pues, la gente?– se muerde, llorosa, los labios, y la hermana agita un pañuelo lleno de sangre; me siento dispuesto a creer, bajo ciertas condiciones, que el joven quizá está enfermo. Me acerco a él, que me sonríe como si le trajera un cordial... ¡Ah! Ahora los dos caballos relinchan a la vez; ese estrépito ha sido seguramente dispuesto para facilitar mi auscultación; y esta vez descubro que el joven está enfermo. El costado derecho, cerca de la cadera, tiene una herida grande como un platillo, rosada, con muchos matices, oscura en el fondo, más clara en los bordes, suave al tacto, con coágulos irregulares de sangre, abierta como una mina al aire libre. Así es como se ve a cierta distancia. De cerca, aparece peor. ¿Quién puede contemplar una cosa así sin que se le escape un silbido? Los gusanos, largos y gordos como mi dedo meñique, rosados y manchados de sangre, se mueven en el fondo de la herida, la puntean con su

cabecitas blancas y sus numerosas patitas. Pobre muchacho, nada se puede hacer por ti. He descubierto tu gran herida; esa flor abierta en tu costado te mata. La familia está contenta, me ve trabajar; la hermana se lo dice a la madre, ésta al padre, el padre a algunas visitas que entran por la puerta abierta, de puntillas, a través del claro de luna.

–¿Me salvarás? –murmura entre sollozos el joven, deslumbrado por la vista de su herida.

Así es la gente de mi comarca. Siempre esperan que el médico haga lo imposible. Han perdido la antigua fe; el cura se queda en su casa y desgarra sus ornamentos sacerdotales uno tras otro; en cambio, el médico tiene que hacerlo todo, suponen ellos, con sus pobres dedos de cirujano. ¡Como quieran! Yo no les pedí que me llamaran; si pretenden servirse de mí para un designio sagrado, no me negaré a ello. ¿Qué cosa mejor puedo pedir yo, un pobre médico rural, despojado de su criada?

Y he aquí que empiezan a llegar los parientes y todos los ancianos del pueblo, y me desvisten; un coro de escolares, con el maestro a la cabeza canta junto a la casa una tonada infantil con estas palabras:

"Desvístanlo, para que cure,
y si no cura, mátenlo.
Sólo es un médico, sólo es un médico..."

Mírenme: ya estoy desvestido, y, mesándome la barba y cabizbajo, miro al pueblo tranquilamente. Tengo un gran dominio sobre mí mismo; me siento superior a todos y aguanto, aunque no me sirve de nada, porque ahora me toman por la cabeza y los pies y me llevan a la cama del enfermo. me colocan junto a la pared, al lado de la herida. Luego salen todos del aposento; cierran la puerta, el canto cesa; las nubes cubren la luna; las mantas me calientan, las sombras de las cabezas de los caballos oscilan en el vano de las ventanas.

–¿Sabes –me dice una voz al oído– que no tengo mucha confianza en ti? No importa como hayas llegado hasta aquí; no te han llevado tus pies. En vez de ayudarme, me escatimas mi lecho de muerte. No sabes cómo me gustaría arrancarte los ojos.

–En verdad –dije yo–, es una vergüenza. Pero soy médico. ¿Qué quieres que haga? Te aseguro que mi papel nada tiene de fácil.

–¿He de darme por satisfecho con esa excusa? Supongo que si. Siempre debo conformarme. Vine al mundo con una hermosa herida. Es lo único que poseo.

–Joven amigo –digo–, tu error estriba en tu falta de empuje. Yo, que conozco todos los cuartos de los enfermos del distrito, te aseguro: tu herida no es muy terrible. Fue hecha con dos golpes de hacha, en ángulo agudo. Son muchos los que ofrecen sus flancos, y ni siquiera

oyen el ruido del hacha en el bosque. Pero menos aún sienten que el hacha se les acerca.
–¿Es de veras así, o te aprovechas de mi fiebre para engañarme?
–Es cierto, palabra de honor de un médico juramentado. Puedes llevártela al otro mundo.
Aceptó mi palabra, y guardó silencio. Pero ya era hora de pensar en mi libertad. Los caballos seguían en el mismo lugar. Recogí rápidamente mis vestidos, mi abrigo de pieles y mi maletín; no podía perder el tiempo en vestirme; si los caballos corrían tanto como en el viaje de ida, saltaría de esta cama a la mía. Dócilmente, uno de los caballos se apartó de la ventana; arrojé el lío en el coche; el abrigo cayó fuera, y sólo quedó retenido por una manga en un gancho. Ya era bastante. Monté de un salto a un caballo; las riendas iban sueltas, las bestias, casi desuncidas, el coche corría al azar y mi abrigo de pieles se arrastraba por la nieve.
–¡De prisa! –grité–. Pero íbamos despacio, como viajeros, por aquel desierto de nieve, y mientras tanto, el nuevo el canto de los escolares, el canto de los muchachos que se mofaban de mí, se dejó oír durante un buen rato detrás de nosotros:

"Alégrense, enfermos,
tienen al médico en su propia cama."

A ese paso nunca llegaría a mi casa; mi clientela está perdida; un sucesor ocupará mi cargo, pero sin provecho, porque no puede reemplazarme; en mi casa cunde el repugnante furor del caballerizo; Rosa es su víctima; no quiero pensar en ello. Desnudo, medio muerto de frío y a mi edad, con un coche terrenal y dos caballos sobrenaturales, voy rodando por los caminos. Mi abrigo cuelga detrás del coche, pero no puedo alcanzarlo, y ninguno de esos enfermos sinvergüenzas levantará un dedo para ayudarme. ¡Se han burlado de mí! Basta acudir una vez a un falso llamado de la campanilla nocturna para que lo irreparable se produzca.

EL NUEVO ABOGADO
(1917)

Tenemos un nuevo abogado, el doctor Bucéfalo. Poco hay en su aspecto que recuerde la época en que era el caballo de batalla de Alejandro de Macedonia. Sin embargo, quien está al tanto de esa circunstancia, algo nota. Y hace poco pude ver en la entrada a un simple ujier que lo contemplaba admirativamente, con la mirada profesional del aficionado a

las carreras de caballos, mientras el doctor Bucéfalo, alzando gallardamente los muslos y haciendo resonar el mármol con sus pasos, ascendía escalón por escalonia escalinata.

En general, la Magistratura aprueba la admisión de Bucéfalo. Con asombrosa agudeza dicen que dada la organización actual de la sociedad, Bucéfalo se encuentra en una posición un tanto difícil, y que en consecuencia, y considerando además su importancia dentro de la historia universal, merece por lo menos ser recibido. Hoy –nadie podría negarlo– no hay ningún Alejandro Magno. Hay muchos que saben matar; tampoco escasea la habilidad necesaria para asesinar a un amigo de un lanzazo a través de la mesa del festín; y para muchos Macedonia es demasiado reducida, y maldicen en consecuencia a Filipo, el padre; pero nadie, nadie puede abrirse paso hasta la India. Aún en su época las puertas de la India estaban fuera del rey señaló el camino. Hoy dichas puertas están en otra parte, más lejos, más alto; nadie muestra el camino; muchos llevan espadas; pero sólo para blandirlas, y la mirada que las sigue sólo consigue confundirse. Por eso, quizá lo mejor sea hacer lo que Bucéfalo ha hecho, sumergirse en la lectura de libros de derecho. Libre, sin que los muslos del jinete opriman sus flancos, a la tranquila luz de la lámpara, lejos del estruendo de las batallas de Alejandro, lee y relee las páginas de nuestros antiguos textos.

EN LA GALERÍA

(1916)

Si alguna débil y tísica *écuyére* de circo fuera obligada por un Director despiadado a girar ininterrumpidamente durante meses en torno de la pista, a golpes de fusta, sobre un ondulante caballo, ante un público incansable: a pasar como un suspiro, arrojando besos, saludando y doblando el talle; y si esa representación se prolongara hacia la gris perspectiva de un futuro cada vez más lejano, bajo el incesante estrépito de la orquesta y de los ventiladores, acompañada por decrecientes y luego crecientes olas de aplausos, que en realidad son martinetes de vapor... entonces, tal vez, algún joven visitante del paraíso descendería apresuradamente las largas escalinatas, cruzaría todos los estrados, irrumpiría en la pista, y gritaría: "¡Basta!", a través de las fanfarrias de la siempre oportuna orquesta.

Pero como no es así, una hermosa dama, sonrosada entra casi volando entre los cortinados que los orgullosos lacayos abren ante ella; el Director, buscando ansiosamente su mirada, se acerca como un manso animal; con cuidado, la sube sobre el caballo manchado, como si fuera su

nieta predilecta, que emprende un viaje peligroso; no se decide a dar el latigazo inicial; finalmente, dominándose a sí mismo, opta por darlo, resonante; corre junto al caballo, con la boca abierta; sigue con mirada aguda los saltos de la amazona; apenas puede comprender su destreza artística; la aconseja con gritos en inglés; furioso, exhorta a los caballerizos que sostienen los arcos para que pongan más atención; antes del gran Salto Mortal ordena a la orquesta, con los brazos en alto, que haga silencio; finalmente, alza a la pequeña y la desmonta del tembloroso corcel, la besa en ambas mejillas, y ninguna ovación del público le parece suficiente; mientras ella, sostenida por él, erguida sobre la punta de los pies, rodeada de polvo, con los brazos extendidos y la cabecita echada hacia atrás, desea compartir su felicidad con el circo entero... como esto es lo que ocurre, el visitante de la galería apoya el rostro sobre la baranda, y hundiéndose en la marcha final como en una honda pesadilla, llora, sin darse cuenta.

UN VIEJO MANUSCRITO

(1917)

Podría decirse que el sistema de defensa de nuestra patria adolece de serios defectos. Hasta el momento no nos hemos ocupado de ellos sino de nuestros deberes cotidianos; pero algunos acontecimientos recientes nos inquietan.

Soy zapatero remendón; mi negocio da a la plaza del palacio imperial. Al amanecer, apenas abro mis ventanas, ya veo soldados armados, apostados en todas las bocacalles que dan a la plaza. Pero no son soldados nuestros; son, evidentemente, nómades del Norte. De algún modo que no llego a comprender, han llegado hasta la capital, que, sin embargo, está bastante lejos de las fronteras. De todas maneras, allí están; su número parece aumentar cada día.

Como es su costumbre, acampan al aire libre y rechazan las casas. Se entretienen en afilar las espadas, en aguzar las flechas, en realizar ejercicios ecuestres. Han convertido esta plaza tranquila y siempre pulcra en una verdadera pocilga. Muchas veces intentamos salir de nuestros negocios y hacer una recorrida para limpiar por lo menos la basura más gruesa; pero esas salidas se tornan cada vez más escasas, porque es un trabajo inútil y corremos, además, el riesgo de hacernos aplastar por sus caballos salvajes o de que nos hieran con sus látigos.

Es imposible hablar con los nómades. No conocen nuestro idioma y casi no tienen idioma propio. Entre ellos se entienden como se entienden los grajos. Todo el tiempo se escucha ese graznar de grajos. Nuestras

costumbres y nuestras instituciones les resultan tan incomprensibles como carentes de interés. Por lo mismo, ni siquiera intentan comprender nuestro lenguaje de señas. Uno puede dislocarse la mandíbula y las muñecas de tanto hacer ademanes; no entienden nada y nunca entenderán. Con frecuencia hacen muecas; en esas ocasiones ponen los ojos en blanco y les sale espuma por la boca, pero con eso nada quieren decir ni tampoco causan terror alguno; lo hacen por costumbre. Si necesitan algo, lo roban. No puede afirmarse que utilicen la violencia. Simplemente se apoderan de las cosas; uno se hace a un lado y se las cede.

También de mi tienda se han llevado excelentes mercancías. Pero no puedo quejarme cuando veo, por ejemplo, lo que ocurre con el carnicero. Apenas llega su mercadería, los nómades se la llevan y la comen de inmediato. También sus caballos devoran carne; a menudo se ve a un jinete junto a su caballo comiendo del mismo trozo de carne, cada cual de una punta. El carnicero es miedoso y no se atreve a suspender los pedidos de carne. Pero nosotros comprendemos su situación y hacemos colectas para mantenerlo. Si los nómades se encontraran sin carne, nadie sabe lo que se les ocurriría hacer; por otra parte, quien sabe lo que se les ocurriría hacer comiendo carne todos los días.

Hace poco, el carnicero pensó que podría ahorrarse, al menos, el trabajo de descuartizar, y una mañana trajo un buey vivo. Pero no se atreverá a hacerlo nuevamente. Yo me pasé toda una hora echado en el suelo, en el fondo de mi tienda, tapado con toda mi ropa, mantas y almohadas, para no oír los mugidos de ese buey, mientras los nómades se abalanzaban desde todos lados sobre él y le arrancaban con los dientes trozos de carne viva. No me atreví a salir hasta mucho después de que el ruido cesara; como ebrios entorno de un tonel de vino, estaban tendidos por el agotamiento, alrededor de los restos del buey.

Precisamente en esa ocasión me pareció ver al emperador en persona asomado por una de las ventanas del palacio; casi nunca sale a las habitaciones exteriores y vive siempre en el jardín más interior, pero esa vez lo vi, o por lo menos me pareció verlo, ante una de las ventanas, contemplando cabizbajo lo que ocurría frente a su palacio.

–¿En qué terminará esto? –nos preguntamos todos–. ¿Hasta cuando soportaremos esta carga y este tormento? El palacio imperial ha traído a los nómades, pero no sabe como hacer para repelerlos. El portal permanece cerrado; los guardias, que antes solían entrar y salir marchando festivamente, ahora están siempre encerrados detrás de las rejas de las ventanas. La salvación de la patria sólo depende de nosotros, artesanos y comerciantes; pero no estamos preparados para

semejante empresa; tampoco nos hemos jactado nunca de ser capaces de cumplirla. Hay cierta confusión, y esa confusión será nuestra ruina.

ANTE LA LEY

(1914)

Ante la Ley hay un guardián. Hasta ese guardián llega un campesino y le ruega que le permita entrar a la Ley. Pero el guardián responde que en ese momento no le puede franquear el acceso. El hombre reflexiona y luego pregunta si es que podrá entrar más tarde.

–Es posible –dice el guardián–, pero ahora, no.

Las puertas de la Ley están abiertas, como siempre, y el guardián se ha hecho a un lado, de modo que el hombre se inclina para atisbar el interior. Cuando el guardián lo advierte, ríe y dice:

–Si tanto te atrae, intenta entrar a pesar de mi prohibición. Pero recuerda esto: yo soy poderoso. Y yo soy sólo el último de los guardianes. De sala en sala irás encontrando guardianes cada vez más poderosos. Ni siquiera yo puedo soportar la sola vista del tercero.

El campesino no había previsto semejantes dificultades. Después de todo, la Ley debería ser accesible a todos y en todo momento, piensa. Pero cuando mira con más detenimiento al guardián, con su largo abrigo de pieles, su gran nariz puntiaguda, la larga y negra barba de tártaro, se decide a esperar hasta que él le conceda el permiso para entrar. El guardián le da un banquillo y le permite sentarse al lado de la puerta. Allí permanece el hombre días y años. Muchas veces intenta entrar e importuna al guardián con sus ruegos. El guardián le formula, con frecuencia, pequeños interrogatorios. Le pregunta acerca de su terruño y de muchas otras cosas; pero son preguntas indiferentes, como las de los grandes señores, y al final le repite siempre que aún no lo puede dejar entrar. El hombre, que estaba bien provisto para el viaje, invierte todo –hasta lo más valioso– en sobornar al guardián. Este acepta todo, pero siempre repite lo mismo:

–Lo acepto para que no creas que has omitido algún esfuerzo.

Durante todos esos años, el hombre observa ininterrumpidamente al guardián. Olvida a todos los demás guardianes y aquél le parece ser el único obstáculo que se opone a su acceso a la Ley. Durante los primeros años maldice su suerte en voz alta, sin reparar en nada; cuando envejece, ya sólo murmura como para sí. Se vuelve pueril, y como en esos años que ha consagrado al estudio del guardián ha llegado a conocer hasta las pulgas de su cuello de pieles, también

suplica a las pulgas que lo ayuden a persuadir al guardián. Finalmente su vista se debilita y ya no sabe si en la realidad está oscureciendo a su alrededor o si lo engañan los ojos. Pero en aquellas penumbras descubre un resplandor inextinguible que emerge de las puertas de la Ley. Ya no le resta mucha vida. Antes de morir resume todas las experiencias de aquellos años en una pregunta, que nunca había formulado al guardián. Le hace una seña para que se aproxime, pues su cuerpo rígido ya no le permite incorporarse.

El guardián se ve obligado a inclinarse mucho, porque las diferencias de estatura se han acentuado señaladamente con el tiempo, en desmedro del campesino.

–¿Qué quieres saber ahora? –pregunta el guardián–. Eres insaciable.

–Todos buscan la Ley –dice el hombre–. ¿Y cómo es que en todos los años que llevo aquí, nadie más que yo ha solicitado permiso para llegar a ella?

El guardián comprende que el hombre está a punto de expirar y le grita, para que sus oídos debilitados perciban las palabras.

–Nadie más podía entrar por aquí, porque esta entrada estaba destinada a ti solamente. Ahora cerraré.

CHACALES Y ÁRABES

(1917)

Acampábamos en el oasis. Los viajeros dormían. Un árabe, alto y blanco, pasó adelante; ya había alimentado a los camellos y se dirigía a acostarse.

Me tiré de espaldas sobre la hierba; quería dormir; no pude conciliar el sueño; el aullido de un chacal a lo lejos me lo impedía; entonces me senté. Y lo que había estado tan lejos, de pronto estuvo cerca. El gruñido de los chacales me rodeó; ojos dorados descoloridos que se encendían y se apagaban; cuerpos esbeltos que se movían ágilmente y en cadencia como bajo un látigo. Un chacal se me acercó por detrás, pasó bajo mi brazo y se apretó contra mí como si buscara mi calor, luego me encaró y dijo, sus ojos casi en los míos:

–Soy el chacal más viejo de toda la región. Me siento feliz de poder saludarte aquí todavía. Ya casi había abandonado la esperanza, porque te esperábamos desde la eternidad; mi madre te esperaba, y su madre, y todas las madres hasta llegar a la madre de todos los chacales. ¡Créelo!

–Me asombra –dije, olvidando alimentar el fuego cuyo humo debía mantener lejos a los chacales–, me asombra mucho lo que dices. Sólo

por casualidad vengo del lejano Norte en un viaje muy corto. ¿Qué quieren de mí, chacales?
Y como envalentonados por este discurso quizá demasiado amistoso, los chacales estrecharon el círculo a mi alrededor; todos respiraban con golpes cortos y bufaban.
–Sabemos –empezó el más viejo– que vienes del Norte; en esto precisamente fundamos nuestra esperanza. Allá se encuentra la inteligencia que aquí entre los árabes falta. De este frío orgullo, sabes, no brota ninguna chispa de inteligencia. Matan a los animales, para devorarlos, y desprecian la carroña.
–No hables tan fuerte –le dije–, los árabes están durmiendo cerca de aquí.
–Eres en verdad un extranjero –dijo el chacal–, de lo contrario sabrías que jamás, en toda la historia del mundo, ningún chacal ha temido a un árabe. ¿Por qué deberíamos tenerles miedo? ¿Acaso no es un desgracia suficiente el vivir repudiados en medio de semejante pueblo?
–Es posible –contesté–, puede ser, pero no me permito juzgar cosas que conozco tan poco; debe tratarse de una querella muy antigua, de algo que se lleva en la sangre, entonces concluirá quizá solamente con sangre.
–Eres muy listo –dijo el viejo chacal; y todos empezaron a respirar aún más rápido, jadeantes los pulmones a pesar de estar quietos; un olor amargo que a veces sólo apretando los dientes podía tolerarse salía de sus fauces abiertas–, eres muy listo; lo que dices se corresponde con nuestra antigua doctrina. Tomaremos entonces la sangre de ellos, y la querella habrá terminado.
–¡Oh! –exclamé más brutalmente de lo que hubiera querido– se defenderán, los abatirán en masa con sus escopetas.
–Has entendido mal –dijo–, según la manera de los hombres que ni siquiera en el lejano Norte se pierde. Nosotros no los mataremos. El Nilo no tendría bastante agua para purificarnos. A la simple vista de sus cuerpos con vida escapamos hacia aires más puros, al desierto, que por esta razón se ha vuelto nuestra patria.
Y todos los chacales en torno, a los cuales entre tanto se habían agregado muchos otros venidos de más lejos, hundieron la cabeza entre las extremidades anteriores y se la frotaron con las patas; habríase dicho que querían ocultar una repugnancia tan terrible que yo, de buena gana, con un gran salto hubiese huido del cerco.
–¿Qué piensan hacer entonces? –les pregunté al tiempo que quería incorporarme, pero no pude; dos jóvenes bestias habían mordido la espalda de mi chaqueta y de mi camisa; debí permanecer sentado.
–Llevan la cola de tus ropas –dijo el viejo chacal aclarando en tono

serio–, como prueba de respeto.
–¡Que me suelten! –grité, dirigiéndome ya al viejo, ya a los más jóvenes.
–Te soltarán, naturalmente –dijo el viejo–, si tú lo exiges. Pero debes esperar un ratito, porque siguiendo la costumbre han mordido muy hondo y sólo lentamente pueden abrir las mandíbulas. Mientras tanto escucha nuestro ruego.
–No diré que el comportamiento de ustedes me ha predispuesto a ello –contesté.
–No nos hagas pagar nuestra torpeza –dijo, empleando en su ayuda por primera vez el tono lastimero de su voz natural–, somos pobres animales, sólo poseemos nuestra dentadura; para todo lo que queramos hacer, bueno o malo, contamos únicamente con los dientes.
–¿Qué quieres entonces? –pregunté algo aplacado.
–Señor –gritó, y todos los chacales aullaron; a lo lejos me pareció como una melodía–. Señor, tú debes poner fin a la querella que divide el mundo. Tal cual eres, nuestros antepasados te han descrito como el que lo logrará. Es necesario que obtengamos la paz con los árabes; un aire respirable; el horizonte completo limpio de ellos; nunca más el lamento de los carneros que el árabe degüella; todos los animales deben reventar en paz; es preciso que nosotros los vaciemos de su sangre y que limpiemos hasta sus huesos. Limpieza, solamente limpieza queremos –y ahora todos lloraban y sollozaban–, ¿cómo únicamente tú en el mundo puedes soportarlos, tú, de noble corazón y dulces entrañas? Inmundicia es su blancura; inmundicia es su negrura; y horrorosas son sus barbas; ganas da de escupir viendo las comisuras de sus ojos; y cuando alzan los brazos en sus sobacos se abre el infierno. Por eso, oh señor, por eso, oh querido señor, con la ayuda de tus manos todopoderosas, con la ayuda de tus todopoderosas manos, ¡córtales el pescuezo con esta tijera! –Y, a una sacudida de su cabeza, apareció un chacal que traía en uno de sus colmillos una pequeña tijera de sastre cubierta de viejas manchas de herrumbre.
–¡Ah, finalmente apareció la tijera, y ahora basta! –gritó el jefe árabe de nuestra caravana, que se nos había acercado contra el viento y que ahora agitaba su gigantesco látigo. Todos escaparon rápidamente, pero a cierta distancia se detuvieron, estrechamente acurrucados unos contra otros, tan estrecha y rígidamente los numerosos animales, que se los veía como un apretado redil rodeado de fuegos fatuos.
–Así que tú también, señor, has visto y oído este espectáculo –dijo el árabe riendo tan alegremente como la reserva de su tribu lo permitía.
–¿Sabes entonces qué quieren los animales? –pregunté.
–Naturalmente, señor –dijo–, todos lo saben; desde que existen los

árabes esta tijera vaga por el desierto, y viajará con nosotros hasta el fin de los tiempos. A todo europeo que pasa le es ofrecida la tijera para la gran obra; cada europeo es precisamente el que les parece el predestinado. Estos animales tienen una esperanza insensata; están locos, locos de verdad. Por esta razón los queremos; son nuestros perros; más lindos que los de ustedes. Mira, reventó un camello esta noche, he dispuesto que lo traigan aquí.
Cuatro portadores llegaron y arrojaron el pesado cadáver delante de nosotros. Apenas tendido en el suelo, ya los chacales alzaron sus voces. Como irresistiblemente atraído por hilos, cada uno se acercó, arrastrando el vientre en la tierra, inseguro. Se habían olvidado de los árabes, habían olvidado el odio; la obliteradora presencia del cadáver reciamente exudante los hechizaba. Ya uno de ellos se colgaba del cuello y con el primer mordisco encontraba la arteria. Como una pequeña bomba rabiosa que quiere apagar a cualquier precio y al mismo tiempo sin éxito un prepotente incendio, cada músculo de su cuerpo zamarreaba y palpitaba en su puesto. Y ya todos se apilaban en igual trabajo, formando como una montaña encima del cadáver.
En aquel momento el jefe restalló el severo látigo a diestra y siniestra. Los chacales alzaron la cabeza, a medias entre la borrachera y el desfallecimiento, vieron a los árabes ante ellos, sintieron el látigo en el hocico, dieron un salto atrás y corrieron un trecho a reculones. Pero la sangre del camello formaba ya un charco, humeaba a lo alto, en muchos lugares el cuerpo estaba desgarrado. No pudieron resistir; otra vez estuvieron allí; otra vez el jefe alzó el látigo; yo retuve su brazo.
–Tienes razón, señor –dijo–, dejémoslos en su oficio; por otra parte es tiempo de partir. Ya los has visto. Prodigiosos animales, ¿no es cierto? ¡Y cómo nos odian!

UNA VISITA A UNA MINA
(1917)

Hoy bajaron hasta aquí los ingenieros jefes. La dirección seguramente ha ordenado cavar nuevas galerías, y por eso vinieron los ingenieros, para ejecutar un replanteo provisorio. ¡Qué jóvenes son, y sin embargo qué diferentes ya entre sí! Se han formado en plena libertad, y ya desde jóvenes muestran con toda naturalidad caracteres netamente definidos.
Uno, de pelo negro, vivaz, recorre todo con la mirada.
Otro, con un anotador, hace croquis al pasar, mira alrededor, compara, vuelve a anotar.
Un tercero, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, lo que hace

que todo en él sea tenso, avanza erguido; conserva su dignidad; sólo la costumbre de morderse continuamente los labios demuestra su impaciente e inocultable juventud.
El cuarto ofrece al tercero explicaciones que éste no le pide; más bajo que el otro, lo persigue como un demonio familiar, y con el índice siempre levantado, parece entonar una letanía sobre todo lo que ven.
El quinto, tal vez más importante, no admite que lo acompañen; a veces marcha adelante, a veces detrás; el grupo acomoda su paso al suyo; es pálido y débil; la responsabilidad ha socavado sus ojos; a menudo, meditativo, se oprime la frente con la mano.
El sexto y el séptimo marchan un poco agobiados, con las cabezas juntas, tomados del brazo y conversando confidencialmente; si esto no fuera evidentemente nuestra mina de carbón, y nuestro puesto de trabajo en la galería más profunda, alguien podría creer que estos señores huesudos, afeitados y narigudos son dos jóvenes clérigos. Uno se ríe casi siempre con un ronroneo de gato; el otro, también riendo, dirige la conversación, y con su mano libre marca una especie de compás. ¡Qué seguros han de estar estos señores de su posición; sí, a pesar de su juventud, cuántos servicios habrán prestado ya a nuestra mina, para atreverse así, en una inspección tan importante, bajo la mirada de su jefe, a ocuparse tan abstraídamente de asuntos personales, o por lo menos de asuntos que nada tienen que ver con la tarea del momento! ¿O será tal vez posible que, a pesar de sus risas y su desatención, se den perfecta cuenta de todo? Uno casi no se atrevería a emitir un juicio definitivo sobre esta clase de señores.
Por otra parte es indudable en cambio que el octavo está concentrado en su labor con más atención que todos los demás. Todo tiene que tocar, que golpearlo con un martillo que saca constantemente del bolsillo, para volver a guardarlo enseguida. A menudo se arrodilla en la suciedad, a pesar de sus ropas elegantes, y golpea el piso, y luego al reanudar la marcha sigue golpeando las paredes y el techo de la galería. Una vez se tendió en el suelo y permaneció inmóvil largo rato, hasta que pensamos que le había ocurrido alguna desgracia; pero de pronto se puso de pie de un salto, con un breve encogimiento de su magro cuerpo. Simplemente, estaba haciendo una investigación. Nosotros creemos conocer nuestra mina y sus rocas, pero lo que este ingeniero investiga sin cesar de esta manera nos resulta incomprensible.

El noveno empuja una especie de cochecito de bebé. donde se encuentran los aparatos de medición. Aparatos extraordinariamente costosos, envueltos en finísimo algodón. En realidad, el ordenanza debería conducir el cochecito, pero no le tienen bastante confianza; prefieren que

lo lleve un ingeniero, y se ve que lo hace de buena gana. Es el más joven, probablemente, tal vez todavía no entiende bien todos los aparatos, pero su mirada no se aparta de ellos, lo que a menudo lo pone en peligro de chocar con el cochecito contra las paredes.

Pero hay otro ingeniero que va junto al coche y que impide esos accidentes. Este, evidentemente, conoce a fondo los aparatos, y parece ser en realidad el encargado de ellos. De vez en cuando, sin detener el cochecito, toma una parte de algún aparato, la examina, la atornilla o la desatornilla, la agita y la golpea, la acerca a su oído y escucha; y por fin, mientras el conductor del coche se detiene, coloca nuevamente el pequeño objeto, casi invisible desde lejos, con gran cuidado en el vehículo. Este ingeniero es un poco imperioso, pero sólo por consideración hacia los aparatos. Cuando el coche está a diez pasos de distancia de nosotros, el ingeniero nos hace un signo con el dedo, sin decir palabras, para que nos hagamos a un lado, aún donde no hay ningún lugar para correrse.

Detrás de estos dos caballeros viene el ocioso ordenanza. Los señores, como es de esperar en personas tan instruidas, han abandonado hace tiempo cualquier arrogancia, pero en cambio el ordenanza parece haberla recogido y conservado toda. Con una mano en la espalda, la otra adelante, sobre sus botones dorados, o acariciando el fino tejido de su librea, inclina constantemente la cabeza hacia izquierda y derecha, como si lo hubiéramos saludado y nos contestara, o como si diera por sentado que lo hemos saludado, pero que no puede descender de sus alturas para comprobarlo. Naturalmente, no lo saludamos, pero por su aspecto casi podría creerse que es algo maravilloso ser portero de la Dirección de la mina. A sus espaldas, todos nos reíamos de él, pero como ni siquiera un rayo podría obligarlo a darse vuelta, seguimos considerándolo como algo incomprensible.

Hoy no trabajaremos mucho más: la interrupción resultó además interesante; una visita como ésta se lleva consigo todos muestros deseos de trabajar. Sentimos demasiada tentación de quedarnos mirando a los caballeros que han desaparecido en la oscuridad de la galería de prueba. Además, nuestro turno termina pronto; ya no veremos el retorno de los señores.

LA ALDEA MAS CERCANA

(1916)

Mi abuelo solía decir:

–La vida es increíblemente breve. Ahora, al recordarla, me aparece tan conciensuda que, por ejemplo, casi no comprendo cómo un joven puede

tomar la decisión de ir cabalgando hasta el pueblo mas cercano, sin temer –y descontando por supuesto la mala suerte– que aún el lapso de una vida normal y feliz no alcance ni para comenzar semejante viaje.

UN MENSAJE IMPERIAL

(1917)

El Emperador –así dicen– te ha enviado a ti, el solitario, el más miserable de sus súbditos, la sombra que ha huido a la más distante lejanía, microscópica ante el sol imperial; justamente a ti, el Emperador te ha enviado un mensaje desde su lecho de muerte. Hizo arrodillar al mensajero junto a su cama y le susurró el mensaje al oído; tan importante le parecía, que se lo hizo repetir. Asintiendo con la cabeza, corroboró la exactitud de la repetición. Y ante la muchedumbre reunida para contemplar su muerte –todas las paredes que interceptaban la vista habían sido derribadas, y sobre la amplia y alta curva de la gran escalinata formaban un círculo los grandes del Imperio–, ante todos, ordenó al mensajero que partiera. El mensajero partió en el acto; un hombre robusto e incansable; extendiendo primero un brazo, luego el otro, se abre paso a través de la multitud; cuando encuentra un obstáculo, se señala sobre el pecho el signo del sol; adelanta mucho más fácilmente que ningún otro. Pero la multitud es muy grande; sus alojamientos son infinitos. Si ante él se abriera el campo libre, cómo volaría, qué pronto oirías el glorioso sonido de sus puños contra tu puerta. Pero, en cambio, qué vanos son sus esfuerzos; todavía está abriéndose paso a través de las cámaras del palacio central; no acabará de atravesarlas nunca; y si terminara, no habría adelantado mucho; todavía tendría que esforzarse para descender las escaleras; y si lo consiguiera, no habría adelantado mucho; tendría que cruzar los patios; y después de los patios el segundo palacio circundante; y nuevamente las escaleras y los patios; y nuevamente un palacio; y así durante miles de años; y cuando finalmente atravesara la última puerta –pero esto nunca, nunca podría suceder–, todavía le faltaría cruzar la capital, el centro del mundo, donde su escoria se amontona prodigiosamente. Nadie podría abrirse paso a través de ella, y menos aún con el mensaje de un muerto. Pero tú te sientas junto a tu ventana, y te lo imaginas,

PREOCUPACIONES DE UN JEFE DE FAMILIA

(1917)

Algunos dicen que la palabra *Odradek* es de origen eslovaco, y de acuerdo a esto tratan de explicar su etimología. Otros en cambio, creen que es de origen alemán y sólo tiene influencia eslovaca. La imprecisión de ambas interpretaciones permite suponer, sin error, que ninguna de las dos es verdadera, sobre todo porque ninguna de las dos nos revela que esta palabra tenga algún sentido.

Naturalmente, nadie haría estos estudios si no existiera en realidad un ser que se llama *Odradek*. A primera vista se asemeja a un carretel de hilo, plano y en forma de estrella, y en efecto, también parece que tuviera hilos arrollados; por supuesto, sólo son trozos de hilos viejos y rotos, de diversos tipos y colores, no sólo anudados, sino también enredados entre sí. Pero no es sólo un carretel, porque en medio de la estrella, emerge un travesaño pequeño, y sobre éste, en ángulo recto, se inserta otro. Con ayuda de esta última barrita, de un lado, y de uno de los rayos de las estrellas del otro, el conjunto puede sostenerse como sobre dos patas.

Uno se siente inclinado a creer que esta criatura tuvo en otro tiempo alguna especie de forma inteligible, y ahora está rota. Pero esto no parece comprobado; por lo menos, no hay nada que lo demuestre; no se ve ningún agregado o rajadura que corrobore esta suposición; es un conjunto bastante absurdo pero dentro de su estilo, bien definido. De todos modos, no es posible un estudio más minucioso, porque Odradek es extraordinariamente ágil y no se lo puede apresar.

Se esconde alternativamente en la buhardilla, en la caja de la escalera, en los corredores, en el vestíbulo. A veces no se lo ve durante meses; suele mudarse a otra casa; pero siempre vuelve, fielmente, a la nuestra. A menudo, cuando al salir por la puerta uno se lo encuentra apoyado justamente debajo en la escalera, siente deseos de hablarle. Naturalmente, no le hace una pregunta difícil, más bien lo trata –su tamaño diminuto lo exige– como a un niño.

–Bueno, ¿cómo te llamas?

–Odradek –dice él.

–¿Y dónde vives?

–Domicilio desconocido –dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.

Y así termina generalmente la conversación. Por otra parte, no siempre responde, frecuentemente se queda mucho tiempo callado, como la madera de que parece estar hecho.

Ociosamente, me pregunto qué será de él. ¿Será posible que se muera? Todo lo que se muere tiene que haber tenido alguna especie de intención, alguna especie de actividad, que lo haya gastado; pero esto no

puede decirse de Odradek. ¿Será posible entonces que siga rodando por las escaleras y arrastrando pedazos de hilo ante los pies de mis hijos y de los hijos de mis hijos? Evidentemente, no hace mal a nadie; pero la sospecha de que pueda sobrevivirme me resulta casi dolorosa.

ONCE HIJOS
(1917)

Tengo once hijos.

El primero es exteriormente bastante insignificante, pero serio y perspicaz; aunque lo quiero, como quiero a todos mis otros hijos, no lo sobrevaloro. Sus razonamientos me parecen demasiado simples. No ve ni a izquierda ni a derecha ni hacia el futuro; en el estrecho círculo de sus pensamientos, gira y gira corriendo sin cesar, o más bien se pasea.

El segundo es hermoso, esbelto, bien formado; es un placer verlo manejar el florete. También es perspicaz, pero además tiene mundo; ha visto mucho, y por eso mismo la naturaleza de su país parece hablar con él mas confidencialmente que con los que nunca salieron de su patria. Pero es probable que esta ventaja no se deba únicamente, ni siquiera esencialmente, a sus viajes; más bien es un atributo de lo irreparable del muchacho, reconocido por ejemplo por todos los que han querido imitar sus saltos ornamentales en el agua, con varias volteretas en el aire, y que sin embargo no le hacen perder ese dominio casi violento de sí mismo. El coraje y el afán del imitador llega hasta el extremo del trampolín; pero una vez allí, en vez de saltar, se sienta repentinamente y alza los brazos para excusarse. Pero a pesar de todo (en realidad debería sentirme feliz con un hijo semejante), mi afecto hacia él no está libre de limitaciones. Su ojo izquierdo es un poco más chico que el derecho y parpadea mucho; no es más que un pequeño defecto, naturalmente, que por otra parte da más audacia a su expresión, y nadie, considerando la incomparable perfección de su persona, llamaría a ese ojo más chico y parpadeante un defecto. Pero yo, su padre, sí. Por supuesto, no es ese defecto físico lo que me preocupa, sino una pequeña irregularidad de su espíritu, cierto veneno oculto en su sangre cierta incapacidad de utilizar a fondo las posibilidades de su naturaleza que yo sólo observo. Tal vez esto, por otra parte, sea lo que hace de él mi verdadero hijo, porque esa falla es al mismo tiempo la de toda nuestra familia, y sólo en él es tan visible.

El tercer hijo es también hermoso, pero no con la hermosura que me agrada. Es la belleza de un cantor; los labios bien formados; la mirada soñadora; esa cabeza que requiere un marco para ser efectiva; el pe-

cho enormemente amplio; las manos que fácilmente ascienden y demasiado fácilmente vuelven a caer; las piernas que se mueven delicadamente, porque no soportan el peso del cuerpo. Y además el tono de su voz no es perfecto; se mantiene un instante; el entendido se dispone a escuchar; pero poco después pierde el aliento. Aunque en general todo me tienta a exhibir especialmente a este hijo mío, prefiero mantenerlo oculto; él, por su lado, no se opone, pero no porque conozca sus defectos, sino por pura inocencia. Aún más, no se siente cómodo en nuestra época; como si perteneciera a nuestra familia, pero además formara parte de otra, perdida para siempre, frecuentemente está melancólico y nada consigue alegrarlo.
Mi cuarto hijo es tal vez el más sociable. Verdadero exponente de su época, todos lo comprenden, se mueve en un plano común a todos, y todos lo buscan para saludarlo. Tal vez esta apreciación general otorgue a su naturaleza cierta ligereza, a sus movimientos cierta libertad, a sus razonamientos cierta inconsecuencia. Muchas de sus observaciones merecen ser repetidas, pero no todas, porque en conjunto adolecen de extremada superficialidad. Es como aquel que se eleva maravillosamente del suelo, atraviesa los aires como una golondrina, y luego termina con desolación el vuelo en un oscuro desierto, en una nada. Estos pensamientos me amargan cuando lo contemplo.
El quinto hijo es bueno y amable; prometía ser menos de lo que es; es tan insignificante, que realmente uno se sentía solo en su presencia; pero ahora ha logrado gozar de cierto prestigio. Si me preguntaran cómo, no sabría contestar. Tal vez la inocencia sea aquello que más fácilmente se destaca a través del tumulto de los elementos de este mundo, y es inocente. Quizá demasiado inocente. Amigo de todos. Quizá demasiado amigo. Confieso que me siento mal cuando me lo elogian. Parece que el valor de los elogios disminuyera cuando se los prodigan a alguien tan evidentemente digno de ellos como mi hijo.
Mi sexto hijo parece, por lo menos a primera vista, el más profundo de todos. Es cabizbajo y sin embargo charlatán. Por eso no es fácil entenderlo. Si se siente dominado, se entrega a una impenetrable tristeza; si logra el dominio, lo mantiene a fuerza de conversación. Aunque no le niego cierta capacidad de apasionamiento y de olvido de sí mismo; a la luz del día, se le ve con frecuencia debatirse en medio de sus pensamientos, como en un sueño. Sin estar enfermo –nada de eso, su salud es muy buena–, a veces se tambalea, especialmente en el crepúsculo, pero no necesita ayuda, no se cae. Tal vez la causa de ese fenómeno sea su desarrollo físico, porque es demasiado alto para su edad. Eso hace que en conjunto resulte feo, aunque en ciertos detalles es hermoso, por ejemplo en las manos y los pies. También su frente es fea; tan-

to la piel como la forma de los huesos parecen mal desarrollados.
El séptimo hijo me pertenece tal vez más que todos los demás. El mundo no sabría apreciarlo como merece; no comprendería su particular ingenio. Yo no exagero su valor; ya sé que su importancia no es considerable; si el mundo no cometiera otro error que el de no saber apreciarlo, seguiría siendo impecable. Pero dentro de mi familia no podría estar sin este hijo. Introduce cierta inquietud y al mismo tiempo cierto respeto por la tradición, y sabe equilibrarlos, por lo menos así me parece, en un todo incontestable. Es verdad que él es el menos capacitado para sacar partido de ese todo; no es él quien pondrá en movimiento la rueda del futuro; pero esa manera de ser suya es tan alentadora, tan esperanzada, que me gustaría que tuviera hijos, y que éstos tuvieran hijos a su vez. Por desgracia, no parece dispuesto a satisfacer ese deseo. Satisfecho consigo mismo, actitud que me es muy comprensible pero al mismo tiempo deplorable, y que por cierto se opone notablemente al juicio de sus conocidos, se pasea por todas partes solo, no se interesa por las muchachas, y sin embargo no pierde nunca su buen humor.
Mi octavo hijo es mi desesperación y realmente no se a qué atribuirlo. Me trata como a un desconocido y no obstante siento que me une a él un estrecho vínculo paterno. El tiempo nos ha hecho mucho bien; pero antes yo solía estremecerme cuando pensaba en él. Sigue su propio camino; ha roto todo vínculo conmigo, y ciertamente con su cabeza dura su cuerpecito atlético –aunque cuando era muchacho sus piernas eran muy débiles, pero quizá con el tiempo ese defecto se haya subsanado– llegará con toda facilidad adonde se proponga. Muchas veces deseé volver a llamarlo, preguntarle cómo le iba realmente, por qué se alejaba de ese modo de su padre, y cuáles eran sus deseos más importantes, pero ahora está tan lejos, y ha pasado tanto tiempo, que es mejor dejar las cosas como están. He oído decir que es el único hijo mío que usa barba; naturalmente, eso no puede quedar bien en un hombre tan bajo como él.
Mi noveno hijo es muy elegante y tiene lo que las mujeres consideran sin lugar a dudas una mirada seductora. Tan seductora que en ciertas ocasiones hasta consigue seducirme, aunque sé muy bien que bastaría una esponja mojada para borrar todo ese brillo ultraterreno. Lo curioso de este muchacho es que no trata en absoluto de ser seductor; para él el ideal sería pasarse la vida tendido en el sofá, desperdiciando su seductora mirada en la contemplación del cielorraso, o mejor aún, dejándola reposar detrás de los párpados cerrados.
Cuando está en esa posición favorita, le gusta hablar y lo hace bastante bien; concisamente y con sutileza, pero sólo dentro de estrechos lími-

tes; si los transgrede, lo que es inevitable ya que son tan estrechos, su conversación se vuelve vacua. Uno querría hacerle señas para advertírselo, si hubiera alguna esperanza de que su mirada soñolienta pudiera siquiera verlas.

Mi décimo hijo pasa por ser de carácter poco sincero. No quiero negar totalmente ese defecto, ni tampoco afirmarlo. En realidad cualquiera que lo ve acercarse, con un envaramiento que no corresponde a su edad, con su levita siempre cuidadosamente abotonada, con un sombrero negro y viejo pero minuciosamente cepillado, con su rostro inexpresivo, la mandíbula un poco prominente, las largas pestañas que se curvan sombríamente ante los ojos, esos dos dedos que tan a menudo se lleva a los labios; el que lo ve así piensa: "este es un perfecto hipócrita". Pero oídlo hablar. Comprensivo, reflexivo, lacónico; pregunta y replica con satírica vivacidad, en un maravilloso acuerdo con el mundo, una armonía natural y alegre; una armonía que necesariamente vuelve más tenso el cuello y enaltece el cuerpo. Muchos que se suponen muy agudos y que por ese motivo creyeron experimentar cierta repulsión ante su aspecto exterior, terminaron por sentirse fuertemente atraídos por su conversación. Pero en cambio hay otras personas que no ponen reparos a su aspecto, pero que consideran su conversación demasiado hipócrita. Yo, como padre, no quiero pronunciar un juicio definitivo, pero debo admitir que estos últimos críticos son por lo menos más dignos de atención que los primeros.

Mi undécimo hijo es delicado, quizás el más débil de todos; pero su debilidad es engañosa, porque a veces sabe mostrarse fuerte y decidido, aunque en el fondo también en esos casos padezca de una fragilidad fundamental. Pero no es una debilidad vergonzosa, sino algo que sólo parece debilidad a ras de la tierra. ¿No es acaso, por ejemplo, una debilidad la predisposición al vuelo, que después de todo consiste en una inquietud y una indecisión y un aleteo? Algo parecido ocurre con mi hijo. Naturalmente, estas no son cualidades que regocijen a un padre, es evidente que tienden a la destrucción de la familia. Muchas veces me mira, como si quisiera decirme: "Te llevaré conmigo, padre." Entonces pienso: "Eres la última persona a quien me confiaría." Y su mirada parece replicarme: "Déjame entonces ser por lo menos la última."

Estos son mis once hijos.

UN FRATRICIDIO
(1916)

Se ha comprobado que el asesinato tuvo lugar de la siguiente manera: Schmar, el asesino, se apostó alrededor de las nueve de la noche –una

noche de luna– en la intersección de la calle donde se encuentra la oficina de Wese, la víctima, y la calle donde ésta vivía.
El aire de la noche era frío y penetrante. Pero Schmar vestía sólo un delgado traje azul; además, tenía la chaqueta desabotonada. No sentía frío; por otra parte estaba todo el tiempo en movimiento, su mano no soltaba el arma del crimen, mitad bayoneta y mitad cuchillo de cocina, completamente desnuda. Miraba el cuchillo a la luz de la luna; la hoja resplandecía; pero no lo suficiente para Schmar; la frotó contra las piedras del pavimento, hasta sacar chispas; quizá se arrepintió de ese impulso, y para reparar el daño, la pasó como el arco de un violín contra la suela de su zapato, sosteniéndose sobre una sola pierna, inclinado hacia adelante, escuchando al mismo tiempo el sonido del cuchillo contra el zapato, y el silencio de la fatídica callejuela.
¿Por qué permitió todo esto el reservado Pallas, que a poca distancia de allí contemplaba todo desde su ventana del segundo piso?
Misterio de la naturaleza humana. Con el cuello alzado, el enorme cuerpo envuelto en la bata, meneando la cabeza, miraba hacia abajo.
Y a cinco casas de distancia, del otro lado de la calle, la señora Wese, con el abrigo de piel de zorros sobre el camisón, miraba también por la ventana, esperando a su marido que hoy tardaba más que de costumbre.
Finalmente sonó la campanilla de la puerta del escritorio de Wese, demasiado fuerte para la campanilla de una puerta; resonó en toda la ciudad, hacia el cielo, y Wese, el laborioso trabajador nocturno, salió de la casa, todavía invisible, sólo anunciado por el sonido de la campanilla; inmediatamente, el pavimento registró sus tranquilos pasos.
Pallas se asoma todavía más; no se atreve a perder ningún detalle. La señora Wese, tranquilizada por el sonido de la campanilla, cierra rumorosamente la ventana. Pero Schmar se arrodilla; como en ese momento no tiene ninguna otra parte del cuerpo descubierta, sólo apoya la cara y las manos contra las piedras; donde todo se hiela, Schmar arde.
En la misma esquina en que ambas calles se encuentran, se detiene Wese: sólo el bastón en que se apoya asoma por la otra calle. Un capricho. El cielo nocturno lo atrae, el azul oscuro y el oro. Sin pensar lo contempla, se levanta el sombrero y se acaricia el pelo; allá arriba, ninguna armoniosa conjunción le señala su futuro inmediato; todo sigue en su insensato, inescrutable lugar. Desde el punto de vista de Wese, es muy razonable que siga su camino; pero se encamina hacia el cuchillo de Schmar.
–¡Wese! –grita Schmar, en punta de pies, con el brazo extendido, y el cuchillo vertical–. ¡Wese! Julia te esperará en vano.
Y a derecha, y a izquierda del cuello y finalmente en lo más hondo del

vientre hunde Schmar su arma. Las ratas de agua hacen cuando las abren un ruido semejante al ruido que hace Wese.

–Ya está –dice Schmar y arroja el cuchillo, esa inútil carga ensangrentada, hacia el frente de la casa contigua–. ¡Éxtasis del crimen! Alivio, sensación de alas que el fluir de la sangre ajena nos provoca. Wese, vieja sombra nocturna, amigo, compañero de cervecería, te desangras en el oscuro pavimento de la calle. ¡Por qué no serás una simple vejiga llena de sangre, para que yo me suba sobre ti y te haga desaparecer totalmente! No todo lo que deseamos se cumple, no todos los sueños que florecen dan fruto, tus grávidos restos permanecen aquí, ya indiferentes a cualquier puntapié. ¿De qué sirve esa muda pregunta que a través de ellos nos formulas?

Pallas, tratando de disimular la confusión de espantos de su cuerpo, aparece en la puerta de la casa, abierta de par en par.

–¡Schmar! ¡Schmar!

Todo fue visto, nada quedó oculto. Pallas y Schmar se escudriñan mutuamente. Esto tranquiliza a Pallas; Schmar no llega a ninguna conclusión.

La señora Wese, con una muchedumbre a cada lado, se acerca veloz, el rostro totalmente envejecido por el terror. El abrigo de piel se abre, la señora se arroja sobre Wese, a quien ese cuerpo envuelto en un camisón pertenece; el abrigo de piel que se abate sobre el matrimonio, como el césped de una tumba, pertenece a la multitud.

Schmar, conteniendo con dificultad su última náusea, apoya la boca sobre el hombro del policía que con livianos pasos se lo lleva.

UN SUEÑO
(1914)

Josef K. soñó:

Era un día hermoso, y K. quiso salir a pasear. Pero apenas dio dos pasos, llegó al cementerio. Vio numerosos e intrincados senderos, muy ingeniosos y nada prácticos; K. flotaba sobre uno de esos senderos como sobre un torrente, en un inconmovible deslizamiento. Su mirada advirtió desde lejos el montículo de una tumba recién cubierta y quiso detenerse a su lado. Ese montículo ejercía sobre él casi una fascinación, y le parecía que nunca podría acercarse demasiado rápidamente. De pronto, sin embargo, la tumba casi desaparecía de la vista, oculta por estandartes que flameaban y se entrechocaban con fuerza; no se veía a los portadores de los estandartes, pero era como si allí reinara un gran júbilo.

Todavía buscaba a la distancia, cuando vio de pronto la misma sepultura a su lado, cerca del camino; pronto la dejaría atrás. Saltó rápidamente al césped. Pero como en el momento del salto el sendero se movía velozmente bajo sus pies, se tambaleó y cayó de rodillas justamente frente a la tumba. Detrás de ésta había dos hombres que sostenían una lápida en la tierra, donde quedó sólidamente asegurada. Entonces surgió de un matorral un tercer hombre, en quien K. inmediatamente reconoció a un artista. Sólo vestía pantalones y una camisa mal abotonada; en la cabeza tenía una gorra de terciopelo; en la mano, un lápiz común, con el que dibujaba figuras en el aire mientras se acercaba.
Apoyó ese lápiz en la parte superior de la lápida; la lápida era muy alta; el hombre no necesitaba agacharse, pero sí inclinarse hacia adelante, porque el montículo de tierra (que evidentemente no quería pisar) lo separaba de la piedra. Estaba en puntas de pie, y se apoyaba con la mano izquierda en la superficie de la lápida. Mediante un prodigio de destreza, logró dibujar con un lápiz común letras doradas y escribió: "Aquí yace". Cada una de las letras era clara y hermosa, profundamente inscripta, y de oro purísimo. Cuando hubo escrito las dos palabras, se volvió hacia K., que sentía gran ansiedad por saber cómo seguiría la inscripción, apenas se preocupaba por el individuo y sólo miraba la lápida. El hombre se dispuso nuevamente a escribir, pero no pudo, algo se lo impedía; dejó caer el lápiz, y nuevamente se volvió hacia K. Esta vez K. lo miró y advirtió que estaba profundamente perplejo, pero sin poder explicarse el motivo de su perplejidad. Toda su vivacidad anterior había desaparecido. Esto hizo que también K. comenzara a sentirse perplejo; cambiaban miradas desoladas: había entre ellos algún odioso malentendido, que ninguno de los dos podía solucionar. Fuera de lugar, comenzó a repicar la pequeña campana de la capilla fúnebre, pero el artista hizo una señal con la mano y la campana cesó. Poco después comenzó nuevamente a repicar; esta vez con mucha suavidad y sin insistencia; inmediatamente cesó; era como si solamente quisiera probar su sonido. K. estaba preocupado por la situación del artista, comenzó a llorar y sollozó largo rato en el hueco de sus manos. El artista esperó que K. se calmara, y luego decidió, ya que no encontraba otra salida, proseguir su inscripción. El primer breve trazo que dibujó fue un alivio para K. pero el artista tuvo que vencer evidentemente una extraordinaria repugnancia antes de terminarlo; además, la inscripción no era ahora tan hermosa, sobre todo parecía haber mucho menos dorado, los trazos se demoraban, pálidos e inseguros; pero la letra resultó bastante grande. Era una J; estaba casi terminada ya, cuando el artista, furioso, dio un puntapié contra la tumba y la tierra voló por los aires. Por fin comprendió K.; era muy tarde para pedir disculpas; con sus diez dedos escarbó

en la tierra, que no le ofrecía ninguna resistencia; todo parecía preparado de antemano; sólo para disimular, habían colocado esa fina capa de tierra; inmediatamente se abrió debajo de él un gran hoyo, de empinadas paredes, en el cual K., impulsado por una suave corriente que lo colocó de espaldas, se hundió. Pero cuando ya lo recibía la impenetrable profundidad esforzándose todavía por erguir la cabeza, pudo ver su nombre que atravesaba rápidamente la lápida, con espléndidos adornos. Encantado con esta visión, se despertó.

INFORME PARA UNA ACADEMIA

(1917)

Excelentísimos señores académicos:

Me hacéis el honor de presentar a la Academia un informe sobre mi anterior vida de mono. Lamento no poder complaceros; hace ya cinco años que he abandonado la vida simiesca. Este corto tiempo cronológico es muy largo cuando se lo ha atravesado galopando –a veces junto a gente importante– entre aplausos, consejos y música de la orquesta; pero en realidad solo, pues toda esta farsa quedaba –para guardar las apariencias– del otro lado de la barrera.

Si me hubiera aferrado obstinadamente a mis orígenes, a mis evocaciones de juventud, me hubiera sido imposible cumplir lo que he cumplido. La norma suprema que me impuse consistió justamente en negarme a mí mismo toda terquedad. Yo, mono libre, acepté ese yugo; pero de esta manera los recuerdos se fueron borrando cada vez más. Si bien, de haberlo permitido los hombres, yo hubiera podido retornar libremente, al principio, por la puerta total que el cielo forma sobre la tierra, ésta se fue angostando cada vez más, a medida que mi evolución se activaba como a fustazos: más recluido, y mejor me sentía en el mundo de los hombres; la tempestad, que viniendo de mi pasado soplaba tras de mí, ha ido amainando: hoy es tan solo una corriente de aire que refrigera mis talones. Y el lejano orificio a través del cual ésta me llega, y por el cual llegué yo un día, se ha reducido tanto que –de tener fuerza y voluntad suficientes para volver corriendo hasta él– tendría que despellejarme vivo si quisiera atravesarlo. Hablando con sinceridad –por más que me guste, hablar de estas cosas en sentido metafórico– , hablando con sinceridad os digo: vuestra simiedad, estimados señores, en tanto que tuvierais algo similar en vuestro pasado, no podría estar más alejada de vosotros que lo que la mía está de mí. Sin embargo, le cosquillea los talones a todo aquel que pisa sobre la tierra, tanto al pequeño chimpancé como al gran Aquiles.

Pero a pesar de todo, y de manera muy limitada, podré quizá contestar vuestra pregunta, cosa que por lo demás hago de muy buen grado. Lo primero que aprendí fue a estrechar la mano en señal de convenio solemne. Estrechar la mano es símbolo de franqueza. Hoy, al estar en el apogeo de mi carrera, tal vez pueda agregar, a ese primer apretón de manos, también la palabra franca. Ella no brindará a la Academia nada esencialmente nuevo, y quedaré muy por debajo de lo que se me demanda, pero que ni con la mejor voluntad puedo decir. De cualquier manera, con estas palabras expondré la línea directiva por la cual alguien que fue mono se incorporó al mundo de los humanos y se instaló firmemente en él. Conste además, que no podría contaros las insignificancias siguientes si no estuviese totalmente convencido de mí, y si mi posición no se hubiese afirmado de manera incuestionable en todos los grandes *music–halls* del mundo civilizado.
Soy originario de la Costa de Oro. Para saber cómo fui atrapado dependo de informes ajenos. Una expedición de caza de la firma Hagenbeck –con cuyo jefe, por otra parte, he vaciado luego no pocas botellas de vino tinto– acechaba emboscada en la maleza que orilla el río, cuando en medio de una banda corrí una tarde hacia el abrevadero. Dispararon: fui el único que hirieron, alcanzado por dos tiros.
Uno en la mejilla. Fue leve pero dejó una gran cicatriz pelada y roja que me valió el repulsivo nombre, totalmente inexacto y que bien podía haber sido inventado por un mono, de Peter el Rojo, tal como si sólo por esa mancha roja en la mejilla me diferenciara yo de aquel simio amaestrado llamado Peter, que no hace mucho reventó y cuyo renombre era, por lo demás, meramente local. Esto al margen.
El segundo tiro me atinó más abajo de la cadera. Era grave y por su causa aún hoy rengueo un poco. No hace mucho leí en un artículo escrito por alguno de esos diez mil sabuesos que se desahogan contra mí desde los periódicos "que mi naturaleza simiesca no ha sido aplacada del todo", y como ejemplo de ello alega que cuando recibo visitas me deleito en bajarme los pantalones para mostrar la cicatriz dejada por la bala. A ese canalla deberían arrancarle a tiros, uno por uno, cada dedo de la mano con que escribe. Yo, yo puedo quitarme los pantalones ante quien me venga en ganas: nada se encontrará allí más que un pelaje acicalado y la cicatriz dejada por el –elijamos aquí para un fin preciso un término preciso y que no se preste a equívocos– ultrajante disparo. Todo está a la luz del día; no hay nada que esconder. Tratándose de la verdad toda persona generosa arroja de sí los modales, por finos que éstos sean. En cambio, otro sería el cantar si el chupatintas en cuestión se quitase los pantalones al recibir visitas. Doy fe de su cordura admitiendo que no lo hace, ¡pero que entonces no me moleste más con sus

mojigaterías!

Después de estos tiros desperté –y aquí comienzan a surgir lentamente mis propios recuerdos– en una jaula colocada en el entrepuente del barco de Hagenbeck. No era una jaula con rejas a los cuatro costados, eran mas bien tres rejas clavadas en un cajón. El cuarto costado formaba, pues, parte del cajón mismo. Ese conjunto era demasiado bajo para estar de pie en él y demasiado estrecho para estar sentado. Por eso me acurrucaba doblando las rodillas que me temblaban sin cesar. Como posiblemente no quería ver a nadie, por lo pronto prefería permanecer en la oscuridad: me volvía hacia el costado de las tablas y dejaba que los barrotes de hierro se me incrustaran en el lomo. Dicen que es conveniente enjaular así a los animales salvajes en los primeros tiempos de su cautiverio, y hoy, de acuerdo a mi experiencia, no puedo negar que, desde el punto de vista humano, efectivamente tienen razón.

Pero entonces no pensaba en todo esto. Por primera vez en mi vida me encontraba sin salida; por lo menos no la había directa. Directamente ante mí estaba el cajón con sus tablas bien unidas. Había, sin embargo, una hendidura entre las tablas. Al descubrirla por primera vez la saludé con el aullido dichoso de la ignorancia. Pero esa rendija era tan estrecha que ni podía sacar por ella la cola y ni con toda la fuerza simiesca me era posible ensancharla.

Como después me informaron, debo haber sido excepcionalmente silencioso, y por ello dedujeron que, o moriría muy pronto o, de sobrevivir a la crisis de la primera etapa, sería luego muy apto para el amaestramiento. Sobreviví a esos tiempos. Mis primeras ocupaciones en la nueva vida fueron: sollozar sordamente; espulgarme hasta el dolor; lamer hasta el aburrimiento una nuez de coco; golpear la pared del cajón con el cráneo y enseñar los dientes cuando alguien se acercaba. Y en medio de todo ello una sola evidencia: no hay salida. Naturalmente hoy sólo puedo transmitir lo que entonces sentía como mono con palabras de hombre, y por eso mismo lo desvirtúo. Pero aunque ya no pueda retener la antigua verdad simiesca, no cabe duda de que ella está por lo menos en el sentido de mi descripción.

Hasta entonces había tenido tantas salidas, y ahora no me quedaba ninguna. Estaba atrapado. Si me hubieran clavado, no hubiera disminuido por ello mi libertad de acción. ¿Por qué? Aunque te rasques hasta la sangre el pellejo entre los dedos de los pies, no encontrarás explicación. Aunque te aprietes el lomo contra los barrotes de la jaula hasta casi partirse en dos, no conseguirás explicártelo. No tenía salida, pero tenía que conseguir una: sin ella no podía vivir. Siempre contra esa pared hubiera reventado indefectiblemente. Pero como en el circo Hagen-

beck a los monos les corresponden las paredes de cajón, pues bien, dejé de ser mono. Esta fue una magnífica asociación de ideas, clara y hermosa que debió, en cierto sentido, ocurrírseme en la barriga, ya que los monos piensan con la barriga.
Temo que no se entienda bien lo que para mi significa "salida". Empleo la palabra en su sentido más preciso y más común. Intencionadamente no digo libertad. No hablo de esa gran sensación de libertad hacia todos los ámbitos. Cuando mono posiblemente la viví y he conocido hombres que la añoran. En lo que a mí atañe, ni entonces ni ahora pedí libertad. Con la libertad –y esto lo digo al margen– uno se engaña demasiado entre los hombres, ya que si el sentimiento de libertad es uno de los más sublimes, así de sublimes son también los correspondientes engaños. En los teatros de variedades, antes de salir a escena, he visto a menudo ciertas parejas de artistas trabajando en los trapecios, muy alto, cerca del techo. Se lanzaban, se balanceaban, saltaban, volaban el uno a los brazos del otro, se llevaban el uno al otro suspendidos del pelo con los dientes. "También esto", pensé, "es libertad para el hombre: ¡el movimiento excelso!" ¡Oh burla de la santa naturaleza! Ningún edificio quedaría en pie bajo las carcajadas que tamaño espectáculo provocaría entre la simiedad.
No, yo no quería libertad. Quería únicamente una salida: a derecha, a izquierda, adonde fuera. No aspiraba a mas. Aunque la salida fuese tan sólo un engaño: como mi pretensión era pequeña el engaño no sería mayor. ¡Avanzar, avanzar! Con tal de no detenerme con los brazos en alto, apretado contra las tablas de un cajón.
Hoy lo veo claro: si no hubiera tenido una gran paz interior, nunca hubiera podido escapar. En realidad, todo lo que he llegado a ser lo debo, posiblemente, a esa gran paz que me invadió, allá, en los primeros días del barco. Pero, a la vez, debo esa paz a la tripulación.
Era buena gente a pesar de todo. Aún hoy recuerdo con placer el sonido de sus pasos pesados que entonces resonaban en mi somnolencia. Acostumbraban hacer las cosas con exagerada lentitud. Si alguno necesitaba frotarse los ojos levantaba la mano como si se tratara de un peso muerto. Sus bromas eran groseras pero afables. A sus risas se mezclaba siempre un carraspeo que, aunque sonaba peligroso, no significaba nada. Siempre tenían en la boca algo que escupir y les era indiferente dónde lo escupían. Con frecuencia se quejaban de que mis pulgas les saltaban encima, pero nunca llegaron a enojarse en serio conmigo: por eso sabían, pues, que las pulgas se multiplicaban en mi pelaje y que las pulgas son saltarinas. Con esto les era suficiente. A veces, cuando estaban de asueto, algunos de ellos se sentaban en semicírculo frente a mí, hablándose apenas, gruñéndose el uno al otro, fumando la pipa recos-

tados sobre los cajones, palmeándose la rodilla a mi menor movimiento y, alguno, de vez en cuando, tomaba una varita y con ella me hacía cosquillas allí donde me daba placer. Si me invitaran hoy a realizar un viaje en ese barco, rechazaría, por cierto, la invitación; pero también es cierto que los recuerdos que evocaría del entrepuente no serían todos desagradables.
La tranquilidad que obtuve de esa gente me preservó, ante todo, de cualquier intento de fuga. Con mi actual dentadura debo cuidarme hasta en la común tarea de cascar una nuez; pero en aquel entonces, poco a poco, hubiera podido roer de lado a lado el cerrojo de la puerta. No lo hice. ¿Qué hubiera conseguido con ello? Apenas hubiese asomado la cabeza me hubieran cazado de nuevo y encerrado en una jaula peor; o bien hubiera podido huir hacia los otros animales, hacia las boas gigantes, por ejemplo, que estaban justo frente a mí, para exhalar en su abrazo el último suspiro; o, de haber logrado deslizarme hasta el puente superior y saltado por sobre la borda, me hubiera mecido un momento sobre el océano y luego me habría ahogado. Todos éstos, actos suicidas. No razonaba tan humanamente entonces, pero bajo la influencia de mi medio ambiente actué como si hubiese razonado.
No razonaba pero sí observaba, con toda calma, a esos hombres que veía ir y venir. Siempre las mismas caras, los mismos gestos; a menudo me parecían ser un solo hombre. Pero ese hombre, o esos hombres, se movían en libertad. Un alto designio comenzó a alborear en mí. Nadie me prometía que, de llegar a ser lo que ellos eran, las rejas me serían levantadas. No se hacen tales promesas para esperanzas que parecen irrealizables; pero si llegan a realizarse, aparecen estas promesas después, justamente allí donde antes se las había buscado inútilmente. Ahora bien, nada había en esos hombres que de por sí me atrajera especialmente. Si fuera partidario de esa libertad a la cual me referí, hubiera preferido sin duda el océano a esa salida que veía reflejarse en la turbia mirada de aquellos hombres. Había venido observándolos, de todas maneras, ya mucho antes de haber pensado en estas cosas, y, desde luego, sólo estas observaciones acumuladas me encaminaron en aquella determinada dirección.
¡Era tan fácil imitar a la gente! A los pocos días ya pude escupir. Nos escupimos entonces mutuamente a la cara, con la diferencia de que yo me lamía luego hasta dejarla limpia y ellos no. Pronto fumé en pipa como un viejo, y cuando además metía el pulgar en el hornillo de la pipa, todo el entrepuente se revolcaba de risa. Pero durante mucho tiempo no noté diferencia alguna entre la pipa cargada y la vacía.

Pero nada me resultó tan difícil como la botella de caña. Me martirizaba

el olor y, a pesar de mis buenas intenciones pasaron semanas antes de que lograra vencer esa repulsión. Lo insólito es que la gente tomó más en serio esas pujas internas que cualquier otra cosa que se relacionara conmigo. En mis recuerdos tampoco distingo a esa gente, pero había uno que venía siempre, solo o acompañado, de día, de noche, a las horas más diversas, y deteniéndose ante mí con la botella vacía me daba lecciones. No me comprendía: quería dilucidar el enigma de mi ser. Descorchaba lentamente la botella, luego me miraba para saber si yo había entendido. Confieso que yo lo miraba siempre con una atención desmedida y precipitada. Ningún maestro de hombre encontrará en el mundo entero mejor aprendiz de hombre. Cuando había descorchado la botella se la llevaba a la boca; yo seguía con los ojos todo el movimiento. Asentía satisfecho conmigo, y apoyaba la botella en sus labios. Yo, maravillado con mi paulatina comprensión, chillaba rascándome a lo largo, a lo ancho, donde fuera. El, alborozado, empinaba la botella y bebía un sorbo. Yo, impaciente y desesperado por imitarle, me ensuciaba en la jaula, lo que de nuevo lo divertía mucho. Después apartaba de sí la botella con ademán ampuloso y volvía a acercarla a sus labios de igual manera; luego, echado hacia atrás en un gesto exageradamente didáctico, la vaciaba de un trago. Yo, agotado por el excesivo deseo, no podía seguirlo y permanecía colgado débilmente de la reja mientras él, dando con esto por terminada la lección teórica, se frotaba, con amplia sonrisa, la barriga.
Recién entonces comenzaba el ejercicio práctico. ¿No me había dejado ya el teórico demasiado fatigado? Sí, exhausto, pero esto era parte de mi destino. Sin embargo, tomaba lo mejor que podía la botella que me alcanzaban; la descorchaba temblando; el lograrlo me iba dando nuevas fuerzas; levantaba la botella de manera similar a la del modelo; la llevaba a mis labios y... la arrojaba con asco; con asco, aunque estaba vacía y sólo el olor la llenaba; con asco la arrojaba al suelo. Para dolor de mi instructor, para mayor dolor mío; ni a él ni a mí mismo lograba reconciliar con el hecho de que, después de arrojar la botella, no me olvidara de frotarme a la perfección la barriga, ostentando al mismo tiempo una amplia sonrisa. Así transcurría la lección con demasiada frecuencia, y en honor de mi instructor quiero dejar constancia de que no se enojaba conmigo, pero sí que, de vez en cuando me tocaba el pelaje con la pipa encendida hasta que comenzaba a arder lentamente, en cualquier lugar donde yo difícilmente alcanzaba: entonces lo apagaba él mismo con su mano enorme y buena. No se enojaba conmigo, pues aceptaba que, desde el mismo bando, ambos luchábamos contra la condición simiesca, y que era a mí a quien le tocaba la peor parte.
Y a pesar de todo, qué triunfo luego, tanto para él como para mí,

cuando cierta noche, ante una gran rueda de espectadores –quizás estaban de tertulia, sonaba un fonógrafo, un oficial circulaba entre los tripulantes–, cuando esa noche, sin que nadie se diera cuenta, tomé una botella de caña que alguien, en un descuido, había olvidado junto a mi jaula, y ante la creciente sorpresa de la reunión, la descorché con toda corrección, la acerqué a mis labios y, sin vacilar, sin muecas, como un bebedor empedernido, revoloteando los ojos con el gaznate palpitante, la vacié totalmente. Arrojé la botella, no ya como un desesperado, sino como un artista, pero me olvidé, eso sí, de frotarme la barriga. En cambio, como no podía hacer otra cosa, como algo me empujaba a ello, como los sentidos me hervían, por todo ello, en fin, empecé a gritar: "¡Hola!", con voz humana. Ese grito me hizo irrumpir de un salto en la comunidad de los hombres, y su eco: "¡Escuchen, habla!" lo sentí como un beso en mi sudoroso cuerpo.

Repito: no me cautivaba imitar a los humanos; los imitaba porque buscaba una salida; no por otro motivo. Con ese triunfo, sin embargo, poco había conseguido, pues inmediatamente la voz volvió a fallarme. Recién después de unos meses volví a recuperarla. La repugnancia hacia la botella de caña reapareció con más fuerza aún, pero, indudablemente, yo había encontrado de una vez por todas mi camino.

Cuando en Hamburgo me entregaron al primer adiestrador, pronto me di cuenta que ante mí se abrían dos posibilidades: el jardín zoológico o el *music hall.* No dudé. Me dije: pon todo tu empeño en ingresar al *music hall:* allí está la salida. El jardín zoológico no es más que una nueva jaula; quien allí entra no vuelve a salir.

Y aprendí, estimados señores. ¡Ah, sí, cuando hay que aprender se aprende; se aprende cuando se trata de encontrar una salida! ¡Se aprende de manera despiadada! Se controla uno a sí mismo con la fusta, flagelándose a la menor debilidad. La condición simiesca salió con violencia fuera de mí; se alejó de mí dando tumbos. Por ello mi primer adiestrador casi se transformó en un mono y tuvo que abandonar pronto las lecciones para ser internado en un sanatorio. Afortunadamente, salió de allí al poco tiempo.

Consumí, sin embargo, a muchos instructores. Sí, hasta a varios juntos. Cuando ya me sentí más seguro de mi capacidad, cuando el público percibió mis avances, cuando mi futuro comenzó a sonreírme, yo mismo elegí mis profesores. Los hice sentar en cinco habitaciones sucesivas y aprendí con todos a la vez, corriendo sin cesar de un cuarto a otro.

¡Qué progresos! ¡Qué irrupción, desde todos los ámbitos, de los rayos del saber en el cerebro que se aviva! ¿Por qué negarlo? Esto me hacía feliz. Pero tampoco puedo negar que no lo sobreestimaba, ya entonces,

¡y cuánto menos lo sobreestimo ahora! Con un esfuerzo que hasta hoy no se ha repetido sobre la tierra, alcancé la cultura media de un europeo. Esto en sí mismo probablemente no significaría nada, pero es algo, sin embargo, en tanto me ayudó a dejar la jaula y a procurarme esta salida especial; esta salida humana. Hay un excelente giro alemán: "escurrirse entre los matorrales". Esto fue lo que yo hice: "me escurrí entre los matorrales". No me quedaba otro camino, por supuesto: siempre que no había que elegir la libertad.
Si de un vistazo examino mi evolución y lo que fue su objetivo hasta ahora, ni me arrepiento de ella, ni me doy por satisfecho. Con las manos en los bolsillos del pantalón, con la botella de vino sobre la mesa, recostado o sentado a medias en la mecedora, miro por la ventana. Si llegan visitas, las recibo correctamente. Mi empresario está sentado en la antecámara: si toco el timbre, se presenta y escucha lo que tengo que decirle. Por las noches casi siempre hay función y obtengo éxitos ya apenas superables. Y si al salir de los banquetes, de las sociedades científicas o de las agradables reuniones entre amigos, llego a casa a altas horas de la noche, allí me espera una pequeña y semiamaestrada chimpancé, con quien, a manera simiesca, lo paso muy bien. De día no quiero verla pues tiene en la mirada esa demencia del animal alterado por el adiestramiento; eso únicamente yo lo percibo, y no puede soportarlo.
De todos modos, en síntesis, he logrado lo que me había propuesto lograr. Y no se diga que el esfuerzo no valía la pena. Sin embargo, no es la opinión de los hombres lo que mi interesa; yo sólo quiero difundir conocimientos, sólo estoy informando. También a vosotros, excelentísimos señores académicos, sólo os he informado.

FRAGMENTOS PARA EL INFORME PARA UNA ACADEMIA

Conocemos a Pedro el Rojo, como le conoce media humanidad. Pero cuando vino al festival en nuestra ciudad, quise conocerle más de cerca, personalmente. No es difícil ser recibido. En las grandes ciudades, donde todos "se arremolinan para ver respirar a los grandes personajes, debe ser problemático; pero en nuestra ciudad uno se conforma con admirarlos desde la galería. Por eso yo había sido, como me informó el criado, el primero que hizo anunciar su visita. El señor Busenau, el empresario, me recibió con extrema cordialidad. No esperaba encontrarme con un hombre tan humilde, casi tímido. Sentado en la antecámara de la casa de Pedro el Rojo, se deleitaba con una tortilla. Aunque era de mañana, ya lucía su frac, tal como se presenta en las funciones. Apenas me vio, a mí, al visitante anónimo e insignificante, él, el poseedor de

los más altos galardones, monarca de los domadores, doctor *honoris causa* de grandes universidades, saltó de su silla, me estrechó y sacudió las manos, me obligó a sentarme, limpió su cuchara en el mantel y me la ofreció amablemente para que terminara su comida. Obvió mi agradecido rechazo e intentó darme de comer. Fue difícil serenarle y hacerle retroceder con plato y cuchara.

–Es usted muy gentil en visitarnos –dijo con marcado acento extranjero –; realmente muy gentil. Además, llega a la mejor hora; no siempre, lamentablemente no siempre, Pedro el Rojo puede recibir; con frecuencia le causa repulsión ver gente, entonces nadie puede entrar, sea quien fuere; incluso yo mismo, sólo puedo tratarle comercialmente y en el escenario. Pero después de la representación ya no puedo verle; él vuelve solo a casa, se encierra en su habitación y permanece así hasta la noche siguiente. Siempre tiene en su dormitorio una gran canasta de frutas, para alimentarse en esas ocasiones. Pero yo, que naturalmente no puedo dejarle sin vigilancia, alquilo las habitaciones de enfrente y lo espío oculto tras las cortinas.

Al verme sentado frente a usted, Pedro el Rojo, lo oigo hablar y bebo a su salud –usted podrá tomarlo como cortesía o no, pero es la pura verdad–, me olvido por completo de que usted es un chimpancé. Sólo poco a poco, cuando consigo volver a la realidad, los ojos me indican de quién soy huésped.

–Sí.

–Está usted taciturno, ¿por qué? Si justamente ahora hemos pronunciado juicios tan notablemente preciso acerca de nuestra ciudad, ¿por qué callamos?

–¿Callamos?

–¿Se le ofrece algo? ¿Quiere que llame al domador? ¿Tal vez acostumbre tomar algún alimento a esta hora?

–No, no. Está bien. Le puedo decir qué fue. A veces me repugna en tal grado la gente, que a duras penas contengo la náusea. Eso, naturalmente, nada tiene que ver con los individuos aislados, nada, por ejemplo, con su gentil presencia. Va contra toda la gente. No es nada fuera de lo común; si, por ejemplo, usted tuviera que convivir todo el tiempo con monos, a pesar de todo su autodominio, sufriría ataques similares. Por otra parte, no es el olor de mi especie lo que me repugna, sino el de la gente, ese olor que se me ha adherido, mezclándose con el de mi antigua raza. ¡Por favor, huela usted mismo! ¡Aquí, en el pecho! ¡Hunda más la nariz en el pelo! ¡Más, le digo!

–Lamentablemente, no logro percibir ningún olor especial. El olor normal de un cuerpo limpio; fuera de eso, nada. Por cierto, el olfato de un hombre de la ciudad no es decisivo a este respecto. Usted, como es ló-

gico, percibe mil olores que a nosotros se nos escapan.
–Antes, estimado señor, antes. Eso ya pasó.
–Ya que usted mismo comienza con esto, aventuro la pregunta? ¿cuánto hace que vive entre nosotros?
–Cinco años, el cinco de abril hará cinco años.
–Hazaña increíble. Abandonar la simiedad en cinco años y cruzar de un salto toda la evolución de la humanidad. En verdad, nadie lo ha hecho todavía. Corre solo esta carrera.
–Lo sé, es mucho y muchas veces yo también me asombro. Pero en horas más tranquilas no opino lo mismo. ¿Sabe cómo me cazaron?
–He leído cuanto se escribió acerca de usted. Fue herido de un disparo y atrapado.
Sí, recibí dos disparos: uno aquí, en la mejilla; la herida era naturalmente mucho más grande que esta cicatriz, y otra debajo de la cadera. Voy a quitarme el pantalón para que vea también esa marca. Este fue el orificio de entrada, esta fue la herida grave, decisiva; caí del árbol y cuando desperté estaba en una jaula en el entrepuente.
–¡En la jaula! ¡En el entrepuente! Es muy distinto leerlo que oírlo contar por usted mismo.
–Y más distinto aún es haberlo pasado uno mismo, estimado señor. Hasta entonces no supe lo que significaba no tener salida. No era un jaulón cuadrado; eran tres lados sujetos a un cajón que constituía el cuarto lado. El conjunto era tan bajo que no podía estar de pie y tan estrecho que resultaba imposible sentarse. Sólo podía estar acurrucado, con las rodillas dobladas. En mi enojo no quería ver a nadie y permanecía de cara al cajón, acuclillado, con las rodillas temblorosas, durante días y noches, mientras atrás los barrotes me cortaban las carnes. Se consideraba conveniente guardar a los animales salvajes en esas condiciones durante los primeros tiempos de su cautiverio, y por experiencia propia puedo decir que en sentido humano tal vez sea exacto.
Pero aún no le había tomado sabor al sentido humano. Tenía el cajón ante mí. Rompe la madera con los dientes, escúrrete por el agujero, que ni deja pasar la mirada y al que saludaste con inconscientes saludos de satisfacción. ¿A dónde quieres? Tras las tablas comienza la selva.

(Comienzo de carta)
Estimadísimo señor Pedro el Rojo:
He leído con sumo interés y hasta con el corazón agitado el informe que usted ha escrito para la Academia de las Ciencias. No es de extrañar, puesto que fui su primer maestro, para quien usted ha tenido tan amables palabras de evocación. Tal vez, reflexionando un poco más se

hubiese podido evitar la referencia a mi estadía en el sanatorio, pero reconozco que el informe, dada la franqueza que lo caracteriza, no podía dejar de lado ese pequeño detalle, ya que se le ocurrió en el momento de escribir, no quería hablarle de esto, se trata de otro asunto.

CARTA AL PADRE
(1919)

Querido padre:

"Me preguntaste una vez por qué afirmaba yo que te tengo miedo. Como de costumbre, no supe qué contestar, en parte, justamente por el miedo que te tengo, y en parte porque en los fundamentos de ese miedo entran demasiados detalles como para que pueda mantenerlos reunidos en el curso de una conversación. Y, aunque intente ahora contestarte por escrito, mi respuesta será, no obstante, muy incomprensible, porque también al escribir el miedo y sus consecuencias me inhiben ante ti, y porque la magnitud del tema excede mi memoria y mi entendimiento.

"Para ti, el asunto fue siempre muy sencillo, por la menos por lo que hablabas al respecto en mi presencia y también, sin discriminación, en la de muchos otros. Creías que era, más o menos, así: durante tu vida entera trabajaste duramente, sacrificando todo a tus hijos, en especial a mí. Por lo tanto, yo he vivido cómodamente, he tenido absoluta libertad para estudiar lo que se me dio la gana, no he tenido que preocuparme por el sustento, por nada, por lo tanto, y en cambio de eso, tú no pedías gratitud (tú conoces como agradecen los hijos) pero esperabas por lo menos algún acercamiento, alguna señal de simpatía; por el contrario, yo siempre me he apartado de ti, metido en mi cuarto, con mis libros, con amigos insensatos, con mis ideas descabelladas; jamás hablé francamente contigo, en el templo jamás me acerqué a ti, en Franzenbad no fui jamás a visitarte, tampoco he conocido el sentimiento de familia, ni me ocupé del negocio ni de tus otros asuntos, te endosé la fábrica y te abandoné luego, apoyé a Otila en su terquedad, y mientras que por ti no muevo ni un dedo (si siquiera te traigo una entrada para el teatro), no hay cosa que no haga por mis amigos. Si haces un resumen de tu juicio sobre mí, surge que no me reprochas nada que sea en realidad indecente o perverso (excepto, tal vez, mi reciente proyecto de matrimonio), sino mi frialdad, mi alejamiento, mi ingratitud. Y me lo echas en cara como si fuese culpa mía, como si mediante n golpe de timón hubiese podido, dar a todo esto un curso distinto, en tanto tú no tienes la menor culpa, salvo tal vez la de haber sido

excesivamente bueno conmigo.
"Esta consabida interpretación tuya me parece correcta sólo en lo que se refiere a tu falta de culpa en cuanto a nuestro distanciamiento. Pero también estoy yo igualmente exento de culpa. Si pudiera conseguir que reconocieras esto, entonces sería posible, no digo una vida nueva –para ello los dos somos ya demasiados viejos–, pero sí una especie de paz, no un cese, pero sí un atenuamiento de tus incesantes reproches.
"Es extraño, pero tú tienes un presentimiento de lo que quiero decirte. Así por ejemplo, me dijiste hace poco: "Yo siempre te he querido, aunque no como ellos". Ahora bien, padre: yo en verdad nunca dudé de tu bondad para conmigo pero no me parece que tu observación sea exacta. Tú no sabes fingir, eso es cierto, pero si pretendes, sólo por esa razón, afirmar que los otros padres fingen, se trata, o bien de simple terquedad, imposible de discutir, o bien de una expresión encubierta de que hay algo que no anda bien entre nosotros, y que tú contribuyes a causar, aunque sin culpa. Si realmente es ésa tu opinión, estamos de acuerdo.
No digo, por supuesto, que he llegado a ser lo que soy sólo por tu influencia. Eso sería muy exagerado (y bien que me siento atraído hacia tal exageración). Es muy posible que, aun si hubiese estado totalmente libre de tu influencia durante mi desarrollo, no hubiera podido llegar a ser tampoco la clase de persona que tú quieres. Hubiera sido, probablemente, un hombre endeble, temeroso, vacilante e inquieto: ni un Robert Kafka, ni un Karl Hermann, pero, con todo, distinto de como soy en la actualidad, y hubiéramos podido entendernos perfectamente. Yo hubiese sido feliz teniéndote corno amigo, corno jefe, tío o abuelo, y hasta (aunque en esto ya vacilo) como suegro. Pero precisamente como padre has sido demasiado fuerte para mí, tanto más cuanto que mis hermanos murieron siendo niños aún, y las hermanas llegaron sólo mucho más tarde, de manera que yo tuve que soportar completamente solo el primer choque, y para eso era débil, demasiado débil.
"Compáranos a los dos: yo, para decirlo buenamente, un Lówy con cierto fondo de los Kafka, a quien sin embargo no impulsa esa voluntad de vivir, de comerciar y de conquistar típica de los Kafka, sino un aguijón de los Lówy, que actúa en otra dirección, más secreto, más tímido, y que con frecuencia cesa por completo. Tú, en cambio, un verdadero Kafka en cuanto a fuerza, salud, apetito, volumen de voz, cualidades oratorias, autosatisfacción, superioridad humana, perseverancia, presencia de ánimo, conocimiento de los hombres y cierta amplitud de miras, claro que también con los defectos y debilidades correspondientes a tales excelencias, y a los cuales te impulsan tu temperamento y tu mal genio, a veces. Quizá no eres del todo un Kafka en tu concepción

general del mundo, si se te compara con los tíos Philipp, Ludwig y Heinrich. Esto es extraño, y no lo comprendo con suficiente claridad. Ellos eran más alegres, más espontáneos, más desenvueltos, menos severos que tú. (En esto, digámoslo al pasar, he heredado mucho de ti y he administrado demasiado bien esta herencia, sin tener en cambio, en mi ser, los contrapesos necesarios, tal como tú los tienes). Pero también tú, en ese sentido, has atravesado períodos diversos; estuviste tal vez más contento antes de que tus hijos, y yo especialmente, te decepcionaran y te afligieran en el hogar (ya que, cuando venían extraños, eras distinto) y puede ser que ahora estés otra vez más contento, ya que vuelves a recibir de los nietos y del yerno algo de aquel calor que los hijos, con excepción tal vez de Valli, no pudieron darte. De cualquier manera, éramos tan distintos y tan peligrosos el uno para el otro en esa diferencia, que sí hubiese calculado de antemano la relación que surgiría entre nosotros, yo, el niño que se desarrollaba lentamente, y tú, el hombre hecho, hubiera sido posible presumir que tú simplemente me aplastarías bajo tus pies, que nada quedaría de mí.
Esto no sucedió por cierto (no puede calcularse lo que vive) pero quizá haya sucedido algo peor todavía. Y al referirme a esto, te ruego una vez más no olvides que nunca, ni remotamente, creí en culpa alguna de tu parte. Tu influjo sobre mí era tal como debía ser, sólo que debes dejar de considerar como una especial maldad de mi parte el hecho de haber sucumbido a él.
"Yo era un niño tímido, pero seguramente también terco, como deben ser los niños; sin duda mi madre me mimaba también, pero no puedo creer que fuera tan difícil tratarme que una palabra cariñosa, un silencioso asirme de la mano, una mirada dulce no hubieran podido obtener de mí lo que quisieran. En el fondo, eres un hombre bueno y afable (esto no está en contradicción con lo que sigue, ya que solamente hablo de la apariencia con que influías sobre mí, cuando era niño), pero no todos los niños tienen la perseverancia y la intrepidez suficientes como para buscar mucho tiempo hasta llegar a la bondad. Tú sólo puedes tratar a un niño de la misma manera con que estás hecho, con fuerza, ruido e iracundia, y esto te parecía además muy adecuado para el caso, porque querías hacer de mí un muchacho fuerte y valeroso.
"Por cierto, no puedo describir ahora concretamente tus recursos educativos de los primeros años, pero bien puedo imaginármelos infiriéndolos de los años siguientes y de tu manera de tratar a Félix. Y debe considerarse que todo se acentuaba en aquel entonces, porque eras más joven, y en consecuencia más espontáneo, más fogoso, más primitivo, más despreocupado que hoy y que, además, te hallabas por completo absorbido por el negocio; que yo te veía apenas una vez en el día,

y por lo tanto, la impresión que me causabas era más honda aún, y nunca llegó a disminuir con la costumbre.
"Sólo recuerdo con claridad un suceso de los primeros años. Quizá tú también lo recuerdes. Una noche, yo, lloraba sin cesar pidiendo que me trajeran agua, no sin duda porque tuviera sed sino probablemente en parte para fastidiar y en parte para entretenerme. Como algunas amenazas violentas no habían producido efecto, me sacaste de la cama, me llevaste al balcón y me dejaste allí un rato, en camisa, solo ante la puerta cerrada. No pretenderé decir que eso estaba mal, puede ser que en ese momento no hubiese otra forma de conseguir el descanso nocturno, pero quiero caracterizar con ello tus métodos educativos y su efecto sobre mí. Sin duda, esa vez fui obediente, pero había sufrido un daño interior. Nunca pude establecer, de acuerdo con mi naturaleza, la relación correcta entre lo lógico, para mí, de aquel absurdo pedir agua con lo extraordinariamente terrible de verme llevado afuera. Todavía años más tarde me perseguía la visión aterradora de ese hombre gigantesco, mi padre, esa última instancia, que podía, casi sin motivo, venir de noche a sacarme de la cama y llevarme al balcón, a tal punto yo no era nada para él.
"Aquello fue entonces solamente un breve comienzo, pero esa sensación de nulidad que con frecuencia me domina (en otro sentido, sin duda, también una sensación noble y fértil), se debe en gran parte a tu influencia. Me hubiese sido necesario un poco de estímulo, un poco de cordialidad que me allanara ligeramente el camino; en cambio, tú me cerrabas el paso, indudablemente con la buena intención de desviarme hacia otro. Pero yo no servía para eso. Tú, por ejemplo, me alentabas cuando hacía bien el saludo militar, el paso de marcha, pero yo no era un futuro soldado, o me estimulabas cuando podía comer mucho y aún tomar cerveza, o cuando lograba repetir canciones incomprensibles o repetir tus frases usuales, pero nada de eso pertenecía a mi porvenir. Y resulta demostrativo que aún hoy sólo me estimes en algo cuando te cabe participar en la emoción, cuando hiero tu egocentrismo (por ejemplo, con mi intención de casarme) o cuando alguien hiere en mí tu egocentrismo, (por ejemplo, cuando Pepa me insulta). Entonces se me anima, se me recuerda mi valer, se me señalan los partidos a que tengo derecho, y se condena a Pepa definitivamente. Pero, aparte de ser a mi edad ya casi insensible a los estímulos, ¿de qué me sirven si sólo aparecen allí donde ya no se trata en primer lugar de mí?
"En aquel entonces, y sólo en aquel entonces, me hubiera sido necesario el estímulo. Si tu sola presencia física ya me aplastaba...Recuerdo, por ejemplo, cuando nos desvestíamos juntos en una casilla. Yo flaco, débil, enjuto; tú, fuerte, grande, ancho. Ya en la casilla

me sentía miserable, y no sólo frente a ti, sino ante el mundo entero, porque tú eras para mí la medida de todas las cosas. Pero después salíamos de la Casilla e íbamos entre la gente, yo tomado de tu mano, un esqueleto pequeño, vacilante, descalzo sobre las tablas, temeroso del agua, incapaz de imitar tus movimientos para nadar que, con la mejor intención, pero en realidad para mi vergüenza profunda, tú repetías constantemente para enseñarme. Yo me sentía entonces completamente desesperado, y todas mis experiencias desalentadoras en otros terrenos coincidían a la perfección en ese momento. Me sentía mejor cuando te desvestías primero y me quedaba solo en la casilla, postergando la vergüenza de la presentación en público hasta que, finalmente, venías a buscarme y me sacabas de allí. Yo te estaba agradecido porque no parecías advertir mi angustia y también estaba orgulloso por el cuerpo de mi padre. Por lo demás, esta diferencia subsiste todavía hoy entre nosotros.

"A ella correspondía, además, tu supremacía espiritual. Tú habías llegado tan alto mediante tu propio esfuerzo que por eso tenías una ilimitada confianza en tu parecer. Esto fue para mí, como niño, aun menos deslumbrante de lo que fue más tarde para el adolescente, para el hombre en formación. Desde tu sillón gobernabas el mundo. Tu opinión era la correcta, y cualquier otra, absurda, exagerada, insensata, anormal. Tu confianza en ti mismo era tan grande que no necesitabas siquiera ser consecuente para que no dejaras, sin embargo de tener razón. Podía suceder también que acerca de un asunto no tuvieras opinión alguna, pero entonces todas las opiniones que fueran posibles con respecto a ese asunto tenían que ser falsas sin excepción. Podrías, por ejemplo, despotricar contra los checos, después contra los judíos, y esto en cualquier sentido, sin discriminación alguna, y al fin no se salvaba nadie, excepto tú. Asumías ante mí el enigma de los tiranos, cuyo, derecho se funda, en su persona y no en la razón. Por lo menos, así me parecía.

"Ahora bien, con asombrosa frecuencia tenías razón de hecho contra mí. En la conversación, esto se sobreentendía, pues casi nunca se hacía posible el diálogo entre nosotros, pero también la tenías en la realidad. No obstante, esto tampoco era muy incomprensible: todos mis pensamientos se hallaban bajo tu poderosa presión, incluso también aquellos que no coincidían con los tuyos, y especialmente éstos. Todos mis pensamientos en apariencia independientes de ti, llevaban desde el principio el peso de tu veredicto adverso; soportar esto hasta su desarrollo, completo y permanente, era casi imposible. No me refiero aquí a ninguna clase de pensamientos elevados, sino a cualquier asunto pequeño de la infancia. Bastaba con estar contento por cualquier causa, absorbido por ella, llegar a casa y expresarla, para que la respuesta fuese un

suspiro irónico, un meneo de cabeza, un golpeteo de los dedos sobre la mesa: "Yo vi cosas mejores", o "me conmueves con tus preocupaciones", o "no tengo una cabeza tan descansada", "trata de comprar algo con eso" o "qué acontecimiento". Naturalmente, no era posible exigirte que demostraras entusiasmo por cada pequeñez infantil, ya que vivías sumido en preocupaciones y problemas. Pero no se trataba de eso. Se trataba más bien de que siempre y de hecho ocasionabas desilusiones al niño con tu espíritu de contradicción, y que este espíritu de contradicción se reforzaba incesantemente con la acumulación de material, de modo que finalmente obrabas por costumbre aun cuando alguna vez coincidieras conmigo; por último, tales decepciones del niño no eran decepciones de la vida común, sino que, como estaba de por medio tu persona, medida y patrón para todo, daban en lo más profundo. El valor, la decisión, la seguridad, la alegría a causa de esto o aquello, no subsistían hasta el fin si tú te oponías o si solamente era posible presumir esa oposición, y era posible presumirla sin lugar a dudas frente a casi todo lo que yo hiciese.

"Eso se refería tanto a los pensamientos como a los seres humanos. Bastaba con que yo demostrase algún interés por alguna persona (cosa que, debido a mi carácter, no sucedía muy a menudo) para que tú, en seguida, sin consideración alguna para mis sentimientos ni respeto por mi opinión, te entrometieras con insultos, difamaciones y calumnias. Hombres inocentes, infantiles, como por ejemplo el actor judío Lówy, tuvieron que expiar ese castigo. Sin conocerlo, lo comparaste de un modo terrible que ya he olvidado, con un insecto; ¡y cuántas otras veces, refiriéndote a personas que me eran queridas, tuviste automáticamente a mano, el proverbio del perro y las pulgas! Del caso de ese actor me acuerdo ahora perfectamente, porque esa vez anoté la observación siguiente con respecto a tus manifestaciones: "Así habla mi padre de mi amigo (al que ni siquiera conoce), sólo por el hecho de ser mi amigo. Es algo que siempre podré oponerle cuando me reproche mi falta de amor filial y de gratitud". Incomprensible me resultó siempre tu absoluta insensibilidad por el daño y el dolor que podías ocasionarme con esas palabras y esos juicios; era como si, no tuvieses la menor conciencia de tu poder. Yo también, seguramente, te herí a menudo con mis palabras, pero entonces lo sabía y me causaba dolor, pero no podía dominarme, no podía retener la palabra, y ya me arrepentía al tiempo de pronunciarla. Pero tú, en cambio, descargabas los golpes de tus palabras a diestra y siniestra. No te compadecías de nadie, ni en ese momento ni después; ante ti, uno se hallaba totalmente indefenso.

"Pero así era tu manera de educar. Creo que tienes talento educativo; a una persona como tú le hubieses sido sin duda útil en su educación;

hubiera reconocido lo sensato de tus observaciones, no se hubiera preocupado por nada y habría obrado tranquilamente. Pero para mí, un niño, toda palabra que me dirigías era como un precepto divino, nunca lo olvidaba, lo asimilaba como el medio más eficaz para juzgar el mundo, más que nada para Juzgarte a ti, y en eso fracasabas completamente. Como por lo común me encontraba contigo durante la hora de las comidas, tu enseñanza en gran parte versaba sobre el correcto comportamiento en la mesa. Lo que se colocaba sobre la mesa debía comerse; no era permitido opinar sobre la calidad de la comida, pero tú, a menudo, la encontrabas incomible, la llamabas "la bazofia", la "bestia" (la cocinera) la había echado a perder. Como, debido a tu apetito excelente y tu peculiar preferencia, tragabas la comida con rapidez, caliente, y a grandes bocados, los niños debían apresurarse; un silencio sombrío reinaba en la mesa, sólo interrumpido por amonestaciones: "primero come, después habla", o "pronto, pronto", o "mira, hace rato que yo terminé". Los huesos no podían morderse, pero tú sí podías; el vinagre no podía sorberse, pero tú sí podías. Lo principal era cortar el pan en forma correcta, pero no tenía importancia que tú lo hicieras con un cuchillo que chorreaba salsa. Había que cuidar que no cayesen migas al suelo, pero al terminar, donde más restos había era debajo de tu silla. Una vez sentados a la mesa, sólo era permitido ocuparse en comer. Pero tú te limpiabas y te cortabas las uñas, sacabas punta a lápices, te hurgabas las orejas con escarbadientes. Te ruego, padre, que me comprendas bien: todos éstos hubieran sido detalles sin importancia, pero se tornaron deprimentes para mí porque tú, un hombre tan enormemente decisivo en mi vida, no cumplías los preceptos que me dictabas. Por esa razón el mundo quedó para mí dividido en tres partes: una donde vivía yo, el esclavo, bajo leyes inventadas exclusivamente para mí, y a las que, además, no sabía porqué, no podía adaptarme por entero; luego, un segundo mundo, infinitamente distinto del mío, en el que vivías tú, ocupado en gobernar, impartir órdenes y enfadarte por su incumplimiento; y, finalmente, un tercer mundo donde vivía la demás gente, feliz y libre de órdenes y de obediencia. Yo me hallaba siempre en una vergonzosa situación: o bien obedeciendo tus órdenes, lo cual implicaba una afrenta, ya que sólo tenían vigencia para mí, o bien adoptando una actitud obstinada, lo que también era ignominioso, ya que era imposible mantenerse obstinado frente a ti, o bien no podía obedecerte porque no poseía, simplemente, ni tu fuerza, ni tu apetito, ni tu habilidad, a pesar de que tu exigías eso como algo que se da por sobreentendido; y ésta era sin duda la vergüenza mayor. Así se movían, no las reflexiones, sino los sentimientos del niño.

"Mi situación de entonces tal vez aparezca más clara si se la compara

con la de Félix. A él también lo tratas en forma parecida y le aplicas un recurso educativo particularmente terrible: cuando, durante la comida, comete alguna torpeza, no te contentas con decirle como a mí: "eres un chancho", sino que agregas además: "un auténtico Hermann", o si no: "idéntico a tu padre". Ahora bien, quizás (más que "quizás" no puede decirse) esto no le cause a Félix un daño esencial, ya que para él tú eres sólo un abuelo, por cierto que un abuelo singularmente importante, pero no lo eres todo, como lo eras para mí; además, Félix tiene un carácter tranquilo, ya desde ahora hasta cierto punto viril, y acaso pueda quedar aturdido por una voz de trueno, pero sin recibir de ella, a la larga, ningún influjo permanente; pero, antes que nada, sólo está contigo raras veces y recibe también otras influencias; tú eres para él una curiosidad querida de la cual puede tomarse lo que se quiera para sí. En cambio, tú no eras para mí una curiosidad, yo no podía elegir, tenía que aceptarlo todo.
"Y además, sin poder alegar nada en contrario, ya que contigo resulta imposible iniciar una conversación tranquila si no estás de acuerdo de antemano con el asunto que se tratará o, simplemente, si no parte de ti. Tu temperamento dominante no lo permite. En los últimos años eso lo explicabas atribuyéndolo a tu nerviosidad cardiaca, pero yo no puedo decir que alguna vez haya sido esencialmente distinto; cuanto más, esa nerviosidad cardiaca es para ti un pretexto para ejercer tu dominación, ya que tomarla en cuenta obliga al otro a ahogar forzosamente el último intento de contradicción. No se trata de un reproche, por supuesto, sino de la comprobación de una realidad. Por ejemplo, en el caso de Ottla: "con ella es imposible hablar, en seguida le salta a uno a la cara"; eso acostumbras a decir, pero en realidad ella, por principio, no ataca; confundes el asunto con la persona; es el asunto el que te ataca, y tú decides inmediatamente acerca de él, sin reparar en la persona; lo que después pueda alegarse sólo conseguirá aumentar tu irritación, pero jamás convencerte. Sólo se te oye decir después: "Haz lo que quieras, para mí eres libre, eres mayor de edad, no tengo por qué darte consejos"; y todo ello, con ese tono de voz ronco, terrible expresión de la ira y de la condenación total, ante el cual tiemblo hoy todavía, aunque menos que en la infancia sólo porque el sentimiento de culpa, exclusivo del niño, fue parcialmente remplazado por la comprensión de nuestra mutua impotencia.
"La imposibilidad de una relación apacible tuvo otra consecuencia más, sin duda natural: perdí la costumbre de hablar. De cualquier manera, nunca seguramente hubiera llegado a ser un gran orador, pero hubiese dominado el lenguaje humano con fluencia normal. Pero desde muy temprano tú me prohibiste la palabra; tu amenaza: "¡ni una palabra de

protesta!" y la mano levantada al mismo tiempo, me acompañan desde siempre. Adquirí una manera entrecortada, tartamudeante de hablar en tu presencia (cuando se trata de tus asuntos, tú eres un excelente orador), y aún eso era demasiado para ti, de manera que finalmente me quedé callado, al principio, tal vez por terquedad y más tarde porque en tu presencia no podía ni pensar ni hablar. Y como tú eras mi verdadero maestro, todo esto influyó para siempre sobre mi vida en general. Cometes un gran error si crees que nunca me he sometido a ti. Mi actitud hacia ti nunca ha sido realmente "siempre todo en contra", tal como supones y me lo echas en cara. Al contrario: si te hubiese obedecido menos, estarías sin duda más contento de mí. Más bien, todas tus normas educativas fueron certeras; no eludí detalle alguno: tal como soy represento (con exclusión, naturalmente, de los fundamentos e influencia de la vida) los resultados de tu educación y mi obediencia. Si estos resultados te parecen no obstante penosos, y aún te niegas inconscientemente a admitirlos como producto de tu educación, se debe justamente al hecho de que tu mano y mi materia hayan sido tan extraños la una para la otra. Decías: "¡Ni una palabra de protesta!", y con ello querías acallar en mí las fuerzas contrarias que te eran desagradables, pero esa influencia era demasiado fuerte para mí, yo era demasiado obediente, callé por completo, me escondí de ti, y sólo me atreví a moverme cuando estuve tan lejos de ti que tu poder, al menos directamente, ya no me alcanzaba. Pero estabas allí, y todo te parecía otra vez "contrario", en tanto no era en realidad sino la consecuencia lógica de mi debilidad y de tu fuerza.
"Tus recursos oratorios, sumamente eficaces para la educación, y que al menos en mi caso no fracasaban nunca, eran: insulto, amenaza, ironía, risa malévola y (cosa extraña), autocompasión.
"No recuerdo que alguna vez me hayas insultado directamente y con palabras concretas. Tampoco era necesario, ya que tenías otros recursos, aparte de que en las conversaciones en casa y en el negocio los insultos volaban a mi alrededor, cayendo sobre otros, en tal cantidad que, siendo todavía un niño, me dejaban a veces casi aturdido; además, no había motivo para no referirlos también a mí, ya que las personas a las que insultabas no eran sin duda peores que yo, y con toda seguridad no estabas más descontento de ellas que de mí. Y también en esto aparecía tu indescifrable falta de culpa e inmunidad; tú insultabas sin el menor escrúpulo, pero también condenabas y prohibías los insultos de los demás.
"Reforzabas los insultos con amenazas, y éstas ya me alcanzaban también a mí. Me aterraba, por ejemplo, la siguiente: "Te destrozaré como un pez". A pesar de saber yo que nada peor seguía a tales palabras

(por cierto, cuando era niño no lo sabía), mi concepción de tu poder casi me convencía de que eras capaz de hacerlo. Era terrible también cuando corrías dando gritos alrededor de la mesa para asir a uno de nosotros, aunque en realidad ni siquiera querías tocarlo, pero hacías como fuese, hasta que por fin parecía rescatarnos mi madre. Una vez más, así creía el niño, había salvado la vida gracias a tu clemencia y seguía llevándola como un inmerecido regalo tuyo. Aquí pueden mencionarse también las amenazas acerca de las consecuencias de desobedecerte. Si comenzaba a hacer algo que no fuera de tu gusto y tú me amenazabas con el fracaso, el respeto por tu opinión era tan grande en mí, que el fracaso, aunque fuese mucho más tarde, era irremediable. Perdí la confianza en mis actos. Yo era inconstante, indeciso. A medida que fui creciendo aumentó el material que podías señalar como testimonio de mi inutilidad; poco a poco, en ciertos aspectos, comenzaste a tener razón. Una vez más me guardo de afirmar que llegué a ser como soy sólo a causa de ti; tú acentuabas únicamente lo que ya existía, pero lo acentuabas enormemente, porque eras muy poderoso frente a mí y empleabas en eso todo tu poder.
"Tenías singular confianza en la educación mediante la ironía. Ella era también lo que más se adecuaba a tu superioridad sobre mí. Una exhortación de tu parte tenía habitualmente esta forma: "¿No puedes hacer esto así o así?, ¿esto con seguridad ya sería demasiado para ti?, ¿para esto naturalmente ya no tienes tiempo?" u otra parecida, y cada una de estas preguntas acompañada por una sonrisa maliciosa y un rostro agrio. Uno estaba castigado, en cierto modo, antes de saber que había hecho algo malo. Eran irritantes también esas reconvenciones dirigidas en tercera persona, es decir, que por consiguiente ni siquiera era uno digno de la despectiva interpelación directa: aparentemente te dirigías a mi madre, pero dirigiéndote en realidad a mí, que me hallaba presente: "Esto, por supuesto, no puede esperarse del señor hijo", y cosas por el estilo. (Ello trajo como consecuencia que yo me atreviera, y después por costumbre que eso ya ni se me ocurriese, a preguntarte algo directamente, estando presente mi madre. Para el niño era mucho menos peligroso preguntar a su madre, que estaba sentada a su lado: "¿Cómo está mi padre?", quedando así a salvo de sorpresas). Hubo también casos, naturalmente, en que uno estaba completamente de acuerdo con la peor de las ironías cuando se refería a otro, por ejemplo, a Elli, con la cual viví yo enojado durante años. Para mí, era una fiesta de maldad, de perversa fruición, cuando casi en todas las comidas se la apostrofaba así: "A diez metros de la mesa tiene que estar sentada esa muchachota", y cuando después pretendías imitarla, demostrando exageradamente cuan grande era el disgusto que te producía su manera de

sentarse, sin el más leve rastro de amabilidad o de humor, sino como un exacerbado enemigo. Cuántas veces tuvo que repetirse esta escena y otras semejantes, y cuan poco, en realidad, has logrado con ello. Creo que esto se debe a que el grado de ira y de enojo no parecía estar en relación correcta con el asunto; se tenía la sensación de que tu cólera no podía haber sido provocada por esa nimiedad del estar sentado lejos de la mesa, sino que existía en su entera magnitud ya desde un principio, y hubiese tomado sólo por casualidad ese preciso detalle como pretexto para su descarga. Y como uno tenía la certeza de que siempre encontrarías un pretexto y, conjuntamente, la convicción de no ser apaleado, uno no prestaba mayormente atención y se insensibilizaba además bajo la constante amenaza. Se convertía uno en una criatura huraña, desatenta, desobediente, que buscaba constantemente una forma de huida, una huida interior casi siempre. Así, tú sufrías, y sufríamos nosotros, Desde tu punto de vista tenías toda la razón cuando, con los dientes apretados y esa risa gutural que por primera vez había hecho entrever al niño fantasías infernales, solías decir, con amargura (como últimamente a propósito de una carta de Constantinopla): "¡Qué sociedad ésta!"

"Totalmente incompatible con esta actitud hacia tus hijos aparecía el hecho, bastante frecuente en verdad, de tus lamentaciones en público. Confieso que, de niño, no me inspiraba sentimiento alguno (más tarde sí, ciertamente) y no comprendía cómo podías pretender encontrar compasión alguna. Siendo tan gigantesco en todo sentido, ¿qué interés podía tener para ti nuestra compasión y menos aún nuestra ayuda? Tú, en verdad, tenías que despreciarla, como a nosotros mismos con tanta frecuencia. Por consiguiente, no creía yo en tus quejas y procuraba encontrar una intención oculta tras ellas. Sólo más tarde comprendí que realmente sufrías mucho por tus hijos; pero en aquel entonces, cuando tus quejas, aún en circunstancias distintas, hubiesen podido encontrar un espíritu infantil, abierto, libre de escrúpulos, y dispuesto para la ayuda, ellas tenían que parecerme sólo medios educativos y humillantes demasiado evidentes, y no muy eficaces como tales, pero con el efecto secundario nocivo de que el niño se habituara a no tomar en serio justamente las cosas que hubiera debido tomar muy en cuenta.

"Hubo también, por suerte, momentos de excepción, en particular cuando sufrías en silencio, y el amor y la bondad vencían con su intensidad los obstáculos y conmovían invariablemente. Sucedía raras veces, pero era maravilloso. Así por ejemplo, cuando se te veía en el negocio, en los ardientes días del verano, dormitando a mediodía, después del almuerzo, cansado, el codo apoyado en el escritorio; o cuando venías a visitarnos los domingos, en nuestro lugar de veraneo, rendido de fati-

ga; o cuando mi madre estaba gravemente enferma, y tú, estremecido por el llanto, te aferrabas a la biblioteca; o cuando estuve enfermo yo, la última vez, y viniste silenciosamente a verme, en el cuarto de Otila, y te paraste en el umbral, y estiraste el cuello a fin de verme en la cama, y me saludaste sólo con la mano, por consideración. En tales momentos, se echaba uno a llorar de felicidad, y hoy vuelvo a llorar mientras lo escribo.

"Tienes también un modo particularmente bello y poco frecuente de sonreír, tranquilo, apacible y afable, capaz de hacer por entero feliz a aquel que lo recibe. No puedo recordar si durante mi infancia tu sonrisa me fue dedicada especialmente alguna vez, pero sin duda ha debido ser así, ya que no puede admitirse que me la hayas negado entonces, cuando aún te parecía inocente, cuando era todavía tu gran esperanza. Por mi parte, tampoco estas impresiones cordiales han tenido a la larga otro efecto que el de aumentar mi sentimiento de culpa, haciendo que el mundo me fuera más incomprensible aún.

"Prefería atenerme a la realidad perdurable. En parte, a fin de defenderme de ti, y en parte como una especie de venganza, pronto comencé a observar, reunir y exagerar pequeñas ridiculeces que observaba en ti. Por ejemplo, la facilidad con que te dejabas deslumbrar por personas que sólo en apariencia, en la mayoría de los casos, ocupaban una posición más elevada que tú, o tu incansable costumbre de contar lo ocurrido, digamos con algún consejero imperial o algo parecido (además estas cosas me dolían porque tú, mi padre, necesitabas esas comprobaciones fútiles de tu valer, jactándote de ellas). O bien observaba tu predilección por las expresiones procaces pronunciadas con la voz más alta posible, y de las que te reías como si hubieras acertado a decir algo particularmente brillante, cuando en realidad no se trataba más que de alguna indecencia nimia y común (al mismo tiempo, era también, por cierto, una manifestación de tu fuerza vital, que me avergonzaba). Naturalmente, hubo oportunidad para gran cantidad de tales observaciones, y de muy diverso tipo; yo me sentía feliz al hacerlas, porque me daban motivos para murmuraciones y burlas; tú lo notabas a veces, te disgustabas, te parecían maldad, falta de respeto, pero, tienes que creerlo, para mí no eran más que un medio, por otra parte inservible, para subsistir; eran como esas bromas que se difunden acerca de los dioses y de los reyes, bromas que no sólo están vinculadas con el respeto más profundo, sino que hasta son parte de éste.

"También tú, al hallarte en situación parecida y concorde ante mí, ensayabas una especie de contraataque; solías señalarme cuan extraordinariamente buena era mi situación en la vida y qué bien se me había tratado en realidad; esto es cierto, pero no creo que, bajo el imperio de

circunstancias irremediables, me haya servido de algo.

"Es verdad que mi madre fue infinitamente buena conmigo, pero aún esto se hallaba, a mi modo de ver, referido a ti: en relación nada buena por lo tanto. Mi madre, sin saberlo, desempeñaba el papel del batidor en una cacería. Si bien la educación que me diste, en alguna circunstancia improbable, hubiera podido incitarme a adoptar una actitud de terquedad, aversión o hasta odio, ella intercedía con su bondad, con su palabra sensata (en la confusión de mi infancia ella era para mí el arquetipo de la sensatez), devolviéndome el equilibrio, pero también empujándome de nuevo hacia tu círculo, del cual, de otra manera, quizá me hubiera evadido, para bien de ambos. O bien la situación se presentaba de manera tal que no se producía una reconciliación verdadera; mi madre sólo me protegía, en secreto, de ti, me daba algo en secreto. Y entonces yo volvía a ser otra vez el ser que huye de la luz, el estafador, el culpable consciente, el cual, debido a su nulidad, debía alcanzar por caminos tortuosos aquello a que creía tener derecho. Naturalmente, me acostumbré también a alcanzar por esos caminos aquello a lo que, aún en mi opinión, no tenía derecho alguno. Y esto implicaba un nuevo aumento de mi sentimiento de culpa.

"También es verdad que nunca me golpeaste realmente. Pero esos gritos, ese enrojecimiento de tu rostro, ese rápido movimiento para quitarte los tiradores y colocarlos deliberadamente en el respaldo de la silla, todo eso era casi peor para mí.

"Es como uno cuando va a ser ahorcado. Si realmente lo ahorcan, está muerto y todo se acabó. Pero si tiene que asistir a todos los preparativos para su ejecución y sólo cuando el nudo corredizo ya cuelga ante sus ojos se entera del indulto, es posible que quede afectado por ello durante toda su vida. Además, de tantas veces en que, según tu opinión claramente expresada, merecía yo una paliza de la que me salvaba por poco, gracias a tu perdón, sólo conseguía acumular un sentimiento de culpa todavía más grande. Desde todos los ángulos, yo quedaba siempre culpable frente a ti.

"Siempre me echaste en cara (y no solamente a solas, sino también en presencia de otros, y tú nunca advertiste cuan humillante era esto último, y siempre los asuntos con tus hijos fueron asuntos públicos) que yo viviera sin privaciones, tranquilo, bien abrigado y servido gracias a tu trabajo; recuerdo al respecto observaciones que posiblemente han trazado verdaderos surcos en mi cerebro, como por ejemplo:

"A los siete años, ya tenía que andar en un carro a través de los pueblos", "dormíamos todos en un solo cuarto", "éramos felices cuando teníamos papas", "durante años he tenido llagas abiertas en las piernas, por falta de suficiente ropa de abrigo", "ya de muchacho tenía yo que ir

a Pisek a trabajar en un negocio", "de casa no recibía nada, ni siquiera durante el servicio militar; todavía, enviaba dinero a casa", "pero, a pesar de todo, a pesar de todo, un padre era para mí siempre un padre, ¿quién reconoce esto hoy? ¿Qué saben los hijos?, ¡eso no lo ha pensado nadie!, ¿quién entiende esto, hoy?". En otras circunstancias, tales recuerdos hubiesen podido ser un excelente recurso educativo; hubieran servido para estimular y fortalecer la capacidad de sobrellevar parecidos sacrificios y privaciones que los que había tenido que sufrir mi padre; pero tú no deseabas eso, de ninguna manera; la situación, gracias a tus incansables esfuerzos, había cambiado, y ya no había oportunidad para sobresalir en la forma en que tú lo habías hecho. Una oportunidad semejante sólo podría haberse creado mediante la violencia o la rebelión; hubiera sido necesario escaparse de casa (dando por supuesto que se contara con la fuerza y la decisión suficientes, y que mi madre no se opusiera, evitándolo con otros medios). Pero tú no deseabas eso, de ninguna manera, lo definías como ingratitud, exaltación, desobediencia, traición, insensatez. O sea que, mientras que por un lado nos tentabas a hacerlo mediante el ejemplo, el comentario y la humillación, por el otro nos lo prohibías con la más rotunda severidad. Si no fuese así, hubieras tenido que mostrarte verdaderamente encantado, abstracción hecha de los detalles circunstanciales, de la aventura de Ottla en Zürau. Ella quiso ir a la tierra de donde tú habías venido, quiso tener trabajo y sacrificios corno los que habías tenido tú, no quiso disfrutar de los éxitos de tu trabajo, así como tú también habías sido independiente de tu padre. ¿Eran intenciones tan horribles? ¿Tan alejadas de tu ejemplo y de tus enseñanzas? Verdad que las intenciones de Ottla fracasaron finalmente, fueron ejecutadas tal vez en forma algo ridícula, con demasiado ruido, y sin la debida consideración a sus padres. Pero, ¿tuvo ella exclusivamente la culpa, o la tuvieron también las circunstancias, y antes que nada, tu actitud de frialdad para con ella? Acaso (como más tarde pretendías persuadirte), ¿te era ella menos extraña en el negocio que después en Zürau? ¿Y no hubieras podido, con toda seguridad (en el supuesto caso de que hubieses podido avenirte a ello), convertir esa aventura en algo verdaderamente útil, por medio del estímulo, el consejo, el cuidado y, hasta quizás solamente, con la tolerancia?

"En relación con tales experiencias acostumbrabas decir, como amarga broma, que nos iba demasiado bien. Pero esa broma no era tal, en cierto sentido. Lo que tú debiste conquistar mediante la lucha, nosotros lo recibíamos de tus manos, pero la lucha por la vida, que a ti te fue accesible de inmediato, y que por supuesto nosotros no podemos tampoco eludir, tuvimos que enfrentarla más tarde, en la edad adulta, con armas infantiles. No quiero decir con esto que nuestra situación sea necesa-

riamente más desfavorable de lo que fue la tuya entonces. Es más bien igual (sin comparar, lógicamente, las disposiciones básicas); nuestra desventaja sólo consiste en que nosotros no podemos vanagloriarnos de nuestra miseria, ni humillar a nadie con ella, tal como tú lo has hecho con la tuya. Tampoco niego que me hubiera sido posible disfrutar verdaderamente de los resultados de tu grande y exitosa labor, que hubiera podido aprovecharlos y continuar tu obra, para tu felicidad, pero a ello se oponía nuestro distanciamiento. Yo podía disfrutar lo que me dabas, sólo que acompañado de vergüenza, de cansancio, de debilidad, de sentimiento de culpa. Por eso, sólo pude agradecerte como un mendigo y no con hechos.

"El resultado visible e inmediato de esta educación fue que huyera de todo lo que aún de lejos te recordase. En primer lugar, del negocio. Ese negocio, de por sí, y especialmente durante mi niñez, como era un negocio a la calle, hubiera podido agradarme; de noche, iluminado, había en él tanto movimiento, se veían y oían tantas cosas, y yo podía de vez en cuando ayudar aquí y allí, hacerme notar, pero antes que nada podía admirarte, con tu extraordinario talento comercial, como vendías, cómo tratabas a la gente, cómo hacías bromas, cómo eras de incansable, cómo acertabas en seguida con la solución en los casos de duda, etcétera; aún atando un paquete o abriendo un cajón, eras un espectáculo digno de verse, y todo eso en conjunto no constituía en verdad una escuela elemental nada desdeñable. Pero, como poco a poco me fuiste asustando en todo sentido, y el negocio y tú se confundieron, también éste me resultó desagradable. Cosas que al comienzo me habían parecido naturales allí, llegaron a torturarme y avergonzarme, especialmente tu manera de tratar al personal. No sé si también era así en la mayoría de los negocios (en Assicurazioni Generali, por ejemplo, el trato era, en mis tiempos, realmente semejante; expliqué al director, no ajustándome por entero a la verdad, pero tampoco era por entero mentira, que mi renuncia se debía a que no puedo soportar los insultos, aunque por otra parte, no estaban ni siquiera dirigidos a mí; ya en mi casa me había vuelto dolorosamente sensible a ellos) pero los otros negocios no me preocupaban durante mi niñez. A ti, en cambio, yo te veía gritar, insultar y rabiar en el negocio, de una manera tal que, a mi parecer de aquel entonces, no sucedía en parte alguna del mundo. Y no sólo se trataba de insultos, sino también de otras formas de tiranía. Como, por ejemplo, cuando arrojabas del mostrador, de un manotazo, mercaderías que, no querías reconocer, habías confundido con otras, y el dependiente tenía que levantarlas (sólo la inconsciencia de tu ira hubiera podido ser una pequeña excusa). O tus, palabras constantes, referidas a un dependiente tísico: "¡Que reviente, ese perro enfermo!". A tus em-

pleados los llamabas "enemigos pagados", y lo eran, pero, aún antes de que lo fuesen, tú me parecías ser su "enemigo que paga". Allí recibí también la importante lección de que tú podías ser injusto; por mí mismo no lo hubiese llegado a notar tan rápidamente, se habían acumulado en mí demasiados sentimientos de culpa que te daban la razón; pero allí había, de acuerdo con mi opinión infantil, después corregida en parte, pero no demasiado, personas extrañas que trabajaban para nosotros y que, en retribución, tenían que vivir víctimas de un miedo constante ante ti. Es verdad que exageraba, ya que sin más suponía que causabas a esa gente una impresión tan terrible como a mí. Si esto hubiese sido así, ellos seguramente no hubieran podido vivir; pero como eran personas adultas, la mayoría con nervios excelentes, se desasían con facilidad de los insultos que, al fin de cuentas, te hacían mucho más daño a ti que a ellos. Pero a mí se me hacía insoportable el negocio, me recordaba demasiado mi relación contigo: aun dejando de lado tu interés por la empresa y tu pasión de dominio, sólo como comerciante eras tan superior a todos los que alguna vez aprendieron algo de ti, que no podía satisfacerte ninguna de sus realizaciones; de la misma manera, siempre tenías que estar insatisfecho conmigo. Por eso, necesariamente, tenía que pertenecer yo al partido del personal, especialmente porque mi desasosiego no me permitía comprender cómo se podía insultar así a un extraño; en consecuencia yo deseaba reconciliar al personal, al que, según mi manera de ver, suponía terriblemente indignado contigo, con nuestra familia, y aun para mi propia seguridad. Para esto ya no bastaba con observar ante ellos una conducta sencilla, correcta, ni siquiera humilde; debía hasta ser sumiso, no solamente saludando primero sino también, cuando fuera posible, eludiendo la respuesta. Y si yo, la persona insignificante, les hubiese lamido los pies en el suelo, aún así no hubiera podido compensar la forma en que tú, el amo, los pisoteabas desde arriba. Este vínculo con que me hallaba ligado con mis semejantes, obró, más allá del negocio, en el porvenir. (Algo semejante, aunque no tan peligroso ni de tan hondas raíces como en mí, es por ejemplo la predilección de Otila por el trato con la gente humilde, sus relaciones con el personal de servicio, que tanto te indignaban, y otras cosas parecidas). Finalmente, casi terminé por tenerle miedo al negocio y, de cualquier manera, hacía tiempo que ya no era asunto mío, aun antes de ingresar en el colegio secundario, con lo cual me alejé más todavía. Además, me parecía excesivo para mi capacidad, ya que, como tú decías, consumía aun la tuya. Tu inventabas entonces (esto a mí hoy me conmueve y avergüenza) extraer siquiera de mi aversión hacia el negocio, hacia tu obra, que te debía resultar muy dolorosa, alguna dulzura para ti, afirmando que yo carecía de cualidades

para el comercio, que tenía ideas más elevadas en la cabeza y cosas parecidas. Mi madre, naturalmente, se alegraba con esta explicación tuya, y aunque forzada, también yo en mi vanidad y mi angustia me dejaba influir por ella. Pero si, única o verdaderamente, hubiesen sido "ideas más elevadas" las que me alejaban del negocio (ese negocio que ahora, pero sólo ahora, odio sinceramente, realmente), debieran haberse manifestado en forma distinta, y no dejándome nadar tranquilo y medroso a través del colegio y de los estudios de derecho hasta llegar por último a mi escritorio de empleado.

"Si quería escapar de ti, también debía hacerlo de la familia, y hasta de mi madre. En ella, era siempre posible encontrar protección, pero tan sólo en relación contigo. Te amaba demasiado, demasiada era su fidelidad hacia ti como para que, en la lucha del hijo, ella pudiese constituir, en forma duradera, un poder espiritual independiente. Reconocerlo fue una intuición correcta del niño, porque, a través de los años, mi madre se unió cada vez más a ti, en tanto conservaba siempre, en lo que le concernía, suave y dignamente su independencia, dentro de límites modestos, y sin molestarte jamás, en el fondo; aceptó, con el tiempo, más con el sentimiento que con la razón, cada vez más ciega y completamente, tus fallos y condenas referentes a los hijos, en particular en el serio problema de Ottla. No obstante, es necesario recordar siempre, por cierto, cuan martirizante y completamente agotadora ha sido la situación de mi madre en la familia. Se atormentaba con el negocio, con los quehaceres de la casa, compartía por partida doble las enfermedades de la familia, pero la culminación de todo fue el haber sufrido esa situación intermedia entre nosotros Y tú. Siempre fuiste cariñoso y considerado con ella, pero en ese sentido, al igual que nosotros tú nunca te preocupaste por ella. Sin ninguna consideración descargábamos sobre ella nuestros golpes, tú por tu lado y nosotros por el nuestro. Era una derivación, no veíamos nada malo en ello, sólo interesaba la lucha que librabas tú contra nosotros y nosotros contra ti, descargándolo todo sobre ella. Tampoco era ninguna contribución favorable a nuestra educación infantil ver cómo, sin culpa alguna de tu parte, por supuesto, la martirizabas a causa de nosotros. Eso hasta justificaba en apariencia nuestra conducta para con ella, conducta que, de otra manera, no hubiera tenido justificación. Cuánto ha sufrido por nosotros, por culpa tuya, y cuánto por ti, por culpa nuestra, sin contar aquellos casos en que tú tenías razón, porque ella nos malcriaba, aún cuando esa "malcrianza" pudo haber sido a veces una manifestación silenciosa e inconsciente contra tu sistema. Es lógico que mi madre no hubiera podido soportar todo esto, si no hubiese extraído del amor hacia todos nosotros y de la felicidad que le producía ese amor, las fuerzas para soportarlo.

"Las hermanas sólo en parte me acompañaban. La que se hallaba en mejor situación con respecto a ti era Valli. Siendo ella la más apegada a mi madre, también se sometía a ti en forma semejante, sin gran esfuerzo ni daño. Pero tú también la tratabas, por consideración a mi madre, con más cordialidad, aunque en ella había poco material de los Kafka cuando se manifestaba en las mujeres. La relación de Valli contigo hubiese podido ser aún más cordial si no la hubiésemos estropeados nosotros.
"Elli es el único ejemplo de éxito casi completo en la ruptura y evasión de tu círculo. De ella es de quien hubieras esperado menos, de considerar su infancia: era una criatura torpe, cansada, miedosa, indolente, atormentada, en exceso sumisa, maliciosa, haragana, golosa, avarienta; yo apenas si podía mirarla, de ninguna manera hablarle, tanto me recordaba a mí mismo, tan parecido era el influjo de la educación bajo la cual se encontraba. Su avaricia, en particular, me era detestable, tal vez porque yo era más avaro aún. La avaricia, sin duda, es uno de los signos más auténticos de la infelicidad profunda; tan inseguro estaba yo de todas las cosas, que en verdad sólo poseía lo que ya tenía en mis manos o en mi boca o, por lo menos, lo que estaba en camino hacia ellas, y justamente eso era lo que me quitaba ella, que se encontraba en situación semejante a la mía. Pero todo esto cambió cuando, todavía joven (eso es lo más importante) se fue de casa, se caso, tuvo hijos, y se volvió alegre, despreocupada, valiente, generosa, desinteresada, llena de esperanzas. Es realmente increíble cómo no has notado en absoluto ese cambio, cómo de cualquier manera no lo has apreciado en su justo valor, a tal punto estás cegado por el rencor que siempre sentiste contra ella, y que en el fondo sigues sintiendo, sólo que ahora se ha vuelto menos actual, ya que Elli ya no vive más con nosotros y, por otra parte, tu cariño por Félix y tu simpatía por Karl le han restado importancia. Pero Gerti a veces debe expiar todavía ese rencor.
"Acerca de Otila, apenas si me atrevo a escribir; sé que con ello pongo en juego todas las esperanzas del resultado que espero de esta carta. En circunstancias normales, es decir, cuando no se halla en peligro ni padece ningún sufrimiento especial, tú sientes odio por ella; tú mismo me has confesado que, a tu parecer, ella te causa siempre intencionalmente sufrimientos y disgustos, y que, en tanto tú sufras por su causa, ella se sentirá satisfecha y alegre. Una especie de demonio, por lo tanto. Qué distanciamiento enorme, aún mayor que el nuestro, debe haberse producido entre tú y ella para que sea posible semejante desconocimiento. Ella está tan lejos de ti que apenas la ves ya, y en el lugar donde la supones colocas un espectro. Admito que su caso ha sido una tarea difícil para ti. Si bien yo no puedo abarcar por entero ese ca-

so tan complicado, puedo decir no obstante que había allí algo como una especie de Lówy, equipada con las mejores armas de los Kafka. Entre nosotros, no hubo prácticamente lucha; yo bien pronto quedé derrotado; sólo subsistió después evasión, amargura, tristeza, conflicto interior. Ustedes dos, en cambio, estaban siempre en actitud de lucha, siempre frescos, siempre vigorosos. Era un espectáculo tan magnífico como desolador. Al comienzo, se encontraban uno muy cerca del otro, y aún hoy, de nosotros cuatro, es quizá Ottla la expresión más pura del matrimonio entre tú y mi madre y de las fuerzas que allí se unieron. Ignoro cuál fue la causa que les privó de la felicidad que surge de la armonía entre padre e hija, aunque estoy tentado a creer que la evolución del caso fue semejante a la del mío. En cuanto a ti. La tiranía de tu carácter; en cuanto a ella, la terquedad, la susceptibilidad, el sentido de la justicia, la inquietud característica de los Lówy, y todo ello apoyado por la conciencia de la fuerza de los Kafka. Sin duda, yo también he contribuido a influir sobre ella, pero menos que por mi propia iniciativa, por el mero hecho de mi existencia. Además, ella había llegado la última, a un medio donde las relaciones entre las fuerzas estaban ya determinadas, y pudo formarse su opinión personal utilizando el abundante material que tenía a su alcance. Hasta me es posible imaginar que, dado su carácter, ha debido vacilar durante algún tiempo sobre si tenía que arrojarse en tus brazos o en los de tus adversarios; sin duda, en ese momento desperdiciaste la ocasión y la rechazaste; ustedes dos, de haber sido posible, hubieran llegado, a ser una pareja magníficamente concorde. Aunque con ello hubiese perdido un aliado, el espectáculo ofrecido por los dos me hubiese compensado con creces; y también a ti, la felicidad incalculable de encontrar al fin, por lo menos en uno de tus hijos, entera satisfacción, te hubiese cambiado muy en favor mío. Todo esto, en verdad, es hoy sólo un sueño. Otila no tiene vínculo alguno con su padre; debe, como yo, buscar sola su camino, y ese algo más de esperanza, de confianza en sí misma, de salud, de irreflexividad que posee en comparación conmigo, la muestra a tus ojos más malvada y más traidora que yo. Lo comprendo: desde tu punto de vista no puedes verla de otro modo. Es más, aún ella misma es capaz de verse con tus ojos, de compartir tu sufrimiento y no quedar angustiada (la angustia es cosa mía), pero sí muy triste. Es verdad que en contradicción aparente con lo que digo, nos ves a menudo hablando en voz baja y riéndonos juntos, y a veces oyes que te mencionamos. Tienes la impresión de que somos insolentes conspiradores, curiosos conspiradores. Tú, por cierto, eres siempre un tema principal en nuestras conversaciones, como así también de nuestros pensamientos, pero en verdad no nos reunimos con el fin de urdir algo contra ti, sino para discutir juntos,

con nuestra mejor buena voluntad, con bromas, con seriedad, con amor, con terquedad, con enojo, con aversión, con resignación, con sentimiento de culpa, con todas las fuerzas de la razón y del corazón, en todos sus detalles, en todos sus aspectos, en todos sus motivos, desde lejos y desde cerca, ese proceso terrible que flota entre nosotros y tú, del que constantemente afirmas ser juez, cuando en verdad sólo eres, por lo menos en gran parte (dejo aquí la puerta abierta para todos los errores que, desde luego, puedo cometer), una parte, tan débil y ofuscada como nosotros.

"Un ejemplo instructivo, en relación con todo esto, es el efecto de tu educación sobre Irma. Por una parte, era una extraña, llegó al negocio en edad adulta, su relación contigo era la de una empleada con su patrón, es decir, sólo parcial, y en una edad en que era capaz de resistir tu influencia; pero otra parte era también una pariente consaguínea, respetaba en ti sólo al hermano de su padre, y tenías sobre ella más poder que el de un simple patrón. Y sin embargo ella, que a pesar de su cuerpo débil era tan capaz, inteligente, aplicada, modesta, fiel, desinteresada y leal, que te amaba como tío y admiraba como jefe, que antes y después sobresalió en otros puestos, no era una empleada muy buena para ti. En realidad, su situación para contigo, por supuesto también por influencia nuestra, era la de una hija, y el poder compulsivo de tu carácter era con ella tan grande que acabó por desarrollar (es cierto que sólo frente a ti, y, es de esperarlo, sin grave daño para la niña), distracción, negligencia, mal humor, quizás un poco de terquedad, en la medida en que le fue posible, y esto sin tener en cuenta que era enfermiza, no muy feliz por lo demás, y que pesaba sobre ella la situación de un hogar desgraciado. Lo significativo para mí de tu actitud para con ella lo resumiste en una frase que llegó a ser clásica para nosotros, que es casi una blasfemia, pero que demuestra con claridad la inocencia que hay en tu manera de tratar a las personas: "La bendita me dejó bastante porquería".

"Aún podría describir más ejemplos de tu influencia y de la lucha contra ella, pero entraría entonces en un terreno inseguro y tendría que imaginar; por otra parte, cuando más te alejas del negocio y de la familia, tanto más amable te vuelves, más tolerante, más cortés, más considerado, más comprensivo (exteriormente, quiero decir); más o menos, por ejemplo, como un autócrata que, cuando se halla fuera de las fronteras de su país, no tiene motivo para seguir siendo tiránico y puede mostrarse bondadoso aún para con las gentes de la más baja capa social. Y esto se confirma viendo, por ejemplo, las fotografías de Franzensbad, donde apareces siempre tan elegante y erguido entre las personas pequeñas y hoscas, como un rey que estuviera de viaje. Verdad

que también los hijos podrían haber sacado provecho de esto, aunque, cosa imposible, hubieran tenido que ser capaces de reconocerlo desde niños, y yo no hubiera tenido así que estar viviendo constantemente en mi interior, dentro de ese círculo severísimo, oprimente, de tu influencia.

"Así, no sólo no perdí, como tú dices, el sentimiento de la familia, sino que por el contrario conservaba aún ese sentimiento, pero en su faz negativa, aplicándolo a la separación (por cierto interminable) de ti. Pero las relaciones con personas ajenas a la familia se perjudicaron, por tu influencia, tal vez más todavía. Cometes un grave error si supones que por los demás lo hago todo por amor y lealtad, y nada por la familia, por frialdad y traición. Lo repito por décima vez: en otras circunstancias, hubiera sido también, probablemente, un hombre miedoso y huraño, pero de allí a donde he llegado queda en realidad todavía un largo y oscuro camino. (Hasta este momento es relativamente poco lo que en esta carta he callado adrede, pero ahora y más adelante tendré que callar algunas cosas que, para ti y para mí, resultan muy difíciles de confesar). Digo esto para que, cuando en el conjunto, aquí o allá aparezca algo oscuro, no creas que es por falta de pruebas, por el contrario, existen pruebas que podrían hacer el cuadro insoportablemente nítido y crudo. No es fácil hallar al respecto un término medio). Por otra parte, basta con recordar aquí los hechos anteriores: yo había perdido frente a ti la confianza en mí mismo, y adquirido en cambio un ilimitado sentimiento de culpa. (Recordando, esta falta de límites, escribí cierta vez sobre alguien, acertadamente, que "temía que la vergüenza llegara a sobrevivirle"). No me era posible, cuando me encontraba con otras personas, transformarme repentinamente; más bien, frente a ellas, mi sentimiento de culpa se agudizaba más todavía, ya que, como dije antes, debía indemnizarlos por el daño que tú les causabas, y del que yo compartía la responsabilidad. Además, siempre tenías objeciones, abiertamente o en secreto, contra cualquiera de las personas con quienes me tratase, y también por esto tenía que pedirles perdón. La desconfianza que tratabas de inculcarme, en el negocio o en casa, contra la mayoría de las personas (nómbrame por lo menos una sola que en mi infancia significara algo para mí y a quien no hayas criticado, por lo menos una vez, dejándola por el suelo), esa desconfianza que a ti no te afectaba en grado alguno (tú eras lo suficientemente fuerte como para soportarla, y además sólo era tal vez un emblema del soberano), esa desconfianza que, a mis ojos de niño, no se confirmaba nunca, ya que en todas partes sólo veía personas inaccesiblemente excelentes, se convirtió en desconfianza hacia mí mismo y en una continua angustia ante los demás. Por lo tanto, no tuve en general posibilidad alguna de

salvarme de ti. Tu error consistió, en que desconocieras por entero mis verdaderas relaciones con la gente y en suponer, desconfiado y celoso (¿niego acaso que me quieres?), que me resarcía en alguna otra parte de mi evasión de la familia, creyendo imposible que viviese también de la misma manera fuera de ella. Además, la duda acerca de mi buen juicio, durante mi niñez, contenía en ese sentido cierto consuelo. Me decía: "Exageras, como todos los jóvenes sientes como grandes excepciones lo que sólo son tonterías". Pero ese consuelo lo perdí más tarde, con una mayor visión del mundo.

"Tampoco el judaísmo me ha salvado de ti. De por sí, en ese terreno, hubiese sido posible concebir una salvación, pero más aún, hubiese sido posible concebir que en el judaísmo ambos nos encontráramos a nosotros mismos o que, más todavía, saliéramos juntos de allí. ¡Pero, qué clase de judaísmo me legaste! En el correr de los años, lo he considerado más o menos de tres maneras distintas.

"Cuando niño, de acuerdo contigo, me recriminaba a mí mismo por no asistir al templo con suficiente asiduidad, por no ayunar, etc. No creía cometer con ello una injusticia para conmigo, sino para contigo, y la conciencia de culpa, siempre alerta, me atormentaba.

"Más tarde, cuando adolescente, no comprendía cómo con tu nada de judaísmos de que disponías, eras capaz de echarme en cara que yo por "piedad", según tu expresión, no me esforzara por practicar una nada similar. Era, en efecto, hasta donde yo alcanzaba a ver, una nada, una broma, ni siquiera una broma. Ibas al templo cuatro días al año, allí te hallabas en el mejor de los casos más cerca de los indiferentes que de aquellos que tomaban la cosa en serio, cumplías con las oraciones por formalidad, me asombrabas a veces cuando me señalabas en el devocionario el pasaje que yo precisamente estaba recitando, y además, con tal de que estuviese en el templo, eso era lo principal, podía yo escurrirme por donde quisiese. Me pasaba bostezando y dormitando las muchas horas que había que estar allí (creo que nunca después me he aburrido tanto como entonces, salvo en la academia de baile), y trataba de distraerme como pudiera con las pequeñas variaciones que se producían en la ceremonia, por ejemplo, cuando abrían el arca de la Alianza, que siempre me recordaba los puestos de tiro al blanco en las ferias de diversiones, donde también, si daba uno en el centro, se abría la tapa de una caja, sólo que de allí surgía siempre algo interesante, no como aquí, y siempre de nuevo, esos viejos muñecos sin cabeza. Por otra parte, siempre tenía mucho miedo allí, no sólo de la gran cantidad de gente con la que era natural entrar en contacto, sino también porque cierta vez me dijiste como de paso que yo también podía ser llamado a presentarme ante la Tora. Y esto me hizo temblar durante años. Por lo

demás, nada perturbó esencialmente mi aburrimiento, a no ser la ceremonia de la Barmitsve, que en realidad exigía únicamente un ridículo aprendizaje de memoria, destinado únicamente, en consecuencia, a un examen ridículo; y luego, en lo que se refiere a ti, sólo sucesos ínfimos, de escasa importancia, por ejemplo, cuando te llamaban a presentarte ante la Tora y tú salías airoso de ese acontecimiento, puramente social en mi sentir; o cuando, durante la solemne recordación de las almas, tú te quedabas en el templo, mientras que a mi me mandaban afuera, con lo cual, durante largo tiempo, y evidentemente por haber sido mandado afuera y no haber podido participar activamente en ella, tuve la sensación, apenas consciente, de que se trataba de alguna indecencia. Así pasaban las cosas en el templo; en casa, si fuera posible, esto era más mísero todavía; se limitaba a la celebración de la primera noche del Seder, que se convertía cada vez más en una comedia con accesos de risa, por cierto ya bajo el influjo de los hijos cada vez mayores. (¿Por qué tuviste que someterte a ese influjo? Porque lo habías provocado). Tal era, por lo tanto, el material de fe que me había sido legado; cuando más, hay que agregar aún la mano extendida que señalaba a "los hijos del millonario Fuchs", quienes, en los días de grandes festividades, acompañaban a su padre al templo. Qué otra cosa podía hacerse con semejante material, sino desasirse de él cuanto antes, me era imposible imaginarlo; precisamente, el desasirme de él me parecía la acción más piadosa.

"Pero más tarde volví a ver de otra manera esta cuestión del judaísmo y comprendí por qué era admisible que creyeras que yo, también en ese sentido, te había traicionado malévolamente. Tú habías traído, realmente, algo del judaísmo de la pequeña comunidad rural, parecida a un ghetto, de donde habías venido; no era mucho, y disminuyó un poco más todavía en la ciudad y en el servicio militar, pero las impresiones y recuerdos de juventud bastaban aún para llevar una especie de vida judía, antes que nada porque tú no necesitabas ayuda de esa clase, ya que provenías de una estirpe fuerte, y tu manera de ser no te permitía sentirte conmovido por escrúpulos religiosos si a ellos no se mezclaran escrúpulos sociales. En el fondo, la fe primera que te guiaba consistía en la creencia en la verdad incondicional de las convicciones de acuerdo con tu manera de ser, creías por lo tanto en ti mismo. Aún en esto quedaba todavía bastante judaísmo, aunque demasiado poco para transmitírselo al hijo, y sus gotas se perdían en su totalidad mientras se lo trasmitías, en parte por intrasferibles impresiones de juventud, y en parte por tu tan temida presencia. Además, a un niño que, como yo, había agudizado extraordinariamente su sentido de observación a causa de tantos temores, era imposible hacerle comprender que

esas pocas insignificancias que tú ejecutabas en nombre del judaísmo, con una indiferencia digna de su insignificancia, pudieran tener un sentido más elevado. Tenían sentido para ti como pequeños recuerdos de tiempos pasados, y por eso querías inculcármelas, pero sólo podías hacerlo por medio de la insistencia o de la amenaza porque para ti habían perdido su intrínseco valor; por un lado, esto no podría lograrse, y por otro, tuvo que enfurecerte contra mí a causa de mi aparente obstinación, ya que tú no reconocías de ninguna manera la debilidad de tu posición.

"Todo esto no es un hecho aislado; algo semejante ocurría con gran parte de esa generación judía de transición, aún relativamente devota, que emigró desde el campo a las ciudades; era un resultado lógico; sólo que en el caso de nuestra relación, que ya de por sí no carecía de asperezas, añadía otra más. Aunque también a este respecto has de creer conmigo en tu falta de culpa, deberías sin embargo buscar la explicación de esa falta de culpa en tu carácter y en las circunstancias de la época, y no, por el contrario, en las circunstancias exteriores, es decir, no afirmando por ejemplo que tuviste mucho trabajo y otras preocupaciones que te impidieron dedicarte a tales asuntos. Con esto, trasformas tu indudable falta de culpa en injustos cargos contra los otros. Esto puede refutarse siempre muy fácilmente, y también aquí. No se trataba de una enseñanza cualquiera que hubieses debido inculcar a tus hijos, sino de una vida ejemplar; si tu judaísmo hubiese sido más firme, tu ejemplo también hubiera sido más aleccionador; esto se sobreentiende, y no es de ninguna manera un reproche, sino únicamente un rechazo de tus reproches. Hace poco leíste los recuerdos de juventud de Franklin. Es verdad que te los di a leer con toda intención, pero no por lo que observaste irónicamente (aquel pequeño pasaje sobre el vegetarianismo), sino por las relaciones entre el autor y su padre, tales como están descritas allí, y también las relaciones entre el autor y su hijo, tales como se manifiestan por sí mismas en esos recuerdos escritos para el hijo. No deseo sacar a relucir los detalles.

"Gracias a tu conducta de estos últimos años, he podido obtener una confirmación ulterior acerca de mi concepto sobre tu judaísmo, desde que te ha parecido que yo me ocupo más de las cosas judías. Ya que de antemano sientes aversión por cada una de mis ocupaciones, y en particular por mi manera de interesarme en algo, era natural que también la sintieras en este caso. Pero, con todo, era posible esperar que en este caso hicieras una pequeña excepción, ya que se trataba ciertamente de un judaísmo que formaba parte de tu judaísmo, y en consecuencia de la posibilidad de establecer nuevas relaciones entre nosotros. No niego que estos asuntos, si hubieses demostrado interés por ellos,

hubieran podido llegar a serme sospechosos, justamente por eso. Ni se me ocurre siquiera pretender afirmar que en ese sentido soy mejor que tú. Pero tampoco se produjo tal prueba. Por mi intermedio, el judaísmo llegó a ser repelente para ti, los escritos judíos eran indignos de leerse, te "asqueaban"... Esto pudo significar que tú insistías precisamente en que el judaísmo, tal como me lo habías enseñado durante mi infancia, era lo único verdadero, y que no podía haber nada más allá. Pero que te empeñaras en eso era apenas concebible. De manera que el "asco" (aparte de que, en primer lugar, no te lo inspiraba el judaísmo sino yo) sólo podía significar que reconocías inconscientemente la debilidad de tu judaísmo y de mi educación judaica, que de ninguna manera querías que te lo recordasen, y a todo recuerdo en ese sentido respondías con abierto odio. Por otra parte, tu estimación negativa de mi nuevo judaísmo era muy exagerada; en primer lugar, porque en él llevaba implícita tu maldición, y en segundo lugar porque para su desarrollo era decisiva la relación sistemática con el prójimo, lo que en mi caso era mortal.

"Con mayor acierto dirigías tu aversión contra mi escribir y contra todo aquello que, desconocido para ti, se relacionaba con esa actividad. Realmente, en ella me había independizado y alejado un buen trecho de ti, aun cuando la situación recuerde la de un gusano que, aplastado por un pie en su parte trasera, avanza con la parte anterior y se arrastra hacia un costado. Me sentía en cierto modo a salvo, podía respirar; la aversión que por supuesto sentías por mis escritos me resultaba, por excepción, sumamente grata. Si bien mi vanidad y mi amor propio sufrían con ese saludo, ya famoso entre nosotros, con que recibías mis libros: "¡Déjalo sobre la mesa de luz!" (casi siempre estabas jugando a los naipes cuando llegaba mi libro), en el fondo eso me agradaba, no sólo por mi maldad no saciada todavía, no sólo por el placer de esa nueva confirmación de mi concepto acerca de nuestras relaciones, sino antes que nada porque aquella fórmula me sonaba como si dijeras: "¡Ahora eres libre!" Naturalmente, se trataba de un engaño, yo no era libre, o bien, en el caso más favorable, aún no lo era. Mis escritos trataban de ti: en ellos quedaban consignadas las quejas que yo no podía presentarte a ti, en persona. Era una despedida de ti, que yo dilataba intencionadamente, y a la cual tú me forzabas, pero que tomaba un camino elegido por mí. Pero, ¡qué ínfimo era todo eso! En verdad, sólo vale la pena mencionarlo porque ocurrió en mi vida y ejerció su dominio sobre ella (de otro modo, ni siquiera sería perceptible), en mi niñez como presentimiento, más tarde como esperanza, y más tarde todavía, como desesperación, dictándome (si se quiere, adquiriendo no obstante nuevamente tu forma) mis escasas e ínfimas decisiones.

"Tomemos por ejemplo la elección de una profesión. Tú, en este aspecto, me diste sin duda entera libertad, con tu modo magnánimo, y, en este sentido, casi tolerante. Pero es indudable también que al hacerlo obedeciste a las reglas generales, también aplicables en tu caso, del tratamiento que daba a sus hijos la clase media judía, u observaste, por lo menos, las valoraciones de esa clase social. Por último, también contribuyó a ello uno de tus errores acerca de mí. Porque, ya sea por orgullo paterno, por desconocimiento de mi verdadero ser o por inferencias extraídas de mi debilidad, me consideraste siempre sumamente aplicad. De niño, según tu parecer, estaba siempre estudiando y más tarde escribiendo sin cesar. Esto no es verdad, ni remotamente. Más bien podría decirse, exagerando mucho menos, que, por el contrario, estudié poco y no aprendí nada; que algo haya aprendido, a través de tantos años, con una memoria común y una capacidad de asimilación que no es tan mala, no es en verdad nada notable, pero, de cualquier manera, el resultado total de mis conocimientos, y en especial la fundamentación de esos conocimientos, es en extremo reducido, comparado con la inversión de tiempo y de dinero en medio de una existencia exteriormente tranquila, sin preocupaciones, y más aún en comparación con casi todas las personas que conozco. Es deplorable, pero comprensible para mí. Desde que tengo uso de razón he tenido preocupaciones tan hondas por la conservación de mi existencia espiritual, que todo lo demás me daba lo mismo. Entre nosotros, los estudiantes judíos son a menudo seres extraños; se encuentra entre ellos lo más inverosímil, pero esa indiferencia mía, apenas disimulada, fría, inquebrantable, infantilmente desvalida, que llegaba hasta el ridículo, animalmente satisfecha de sí misma, en un niño en sí dotado de fantasía, pero de una fantasía helada, no he vuelto a encontrarla jamás en ninguna parte, es verdad que en mi caso fue la única defensa contra la crisis de nervios provocada por mi angustia y por los cargos de mi conciencia. Sólo me preocupaba el cuidado de mí mismo, pero en las formas más diversas. Por ejemplo, en forma de preocupación por mi salud; comenzó despacio, de vez en cuando surgía un leve temor por la digestión, por la pérdida de cabello, por una desviación en la columna vertebral, etc., pero fue creciendo con innumerables gradaciones hasta concluir por último en una enfermedad verdadera. Como no estaba seguro de nada, necesitaba a cada momento una nueva confirmación de mi existencia; o no poseía nada que fuese de mi verdadera, indudable, única y exclusiva propiedad, como era, por cierto, un hijo desheredado, también lo más cercano, mi propio cuerpo, se me volvió inseguro; crecí estirándome hacia lo alto, pero no sabía qué hacer con ello, la carga era muy pesada, la espalda se me encorvó; apenas me atrevía a moverme o a reali-

zar ejercicios físicos; quedé débil, asombrado ante aquello que aún poseía, como si fuesen milagros, así por ejemplo, mi buena digestión: eso bastó para que la perdiera y así quedó libre el camino hacia la hipocondría hasta que, como consecuencia del esfuerzo sobrehumano de mi deseo de casarme (del que hablaré luego), la sangre brotó de mis pulmones, hecho en el cual puede haber tenido sobrada participación el cuarto en el Palacio Schónborn (que sólo conservaba porque creía necesitarlo para escribir, de manera que también esto pertenece al asunto). En consecuencia, esto no tuvo origen, como tú siempre te lo imaginas, en un trabajo exagerado. Hubo años en los que, enteramente sano, he perdido más tiempo tirado en el sofá, sin hacer nada, que tú durante tu vida entera, incluyendo todas tus enfermedades. Cuando te dejaba corriendo, sumamente atareado, era casi siempre para ir a recostarme en mi cuarto. El rendimiento total de mi trabajo, tanto en la oficina, (donde por otra parte la pereza no llama mucho la atención, y además mi timidez la mantenía dentro de ciertos límites) como también en casa, es ínfimo; si pudieras llegar a tener una idea de él, te espantaría. Tal vez no soy nada perezoso por naturaleza, pero no había nada que hacer para mí. Dondequiera que viviese, allí había sido anulado, sentenciado, vencido; y huir a alguna otra parte hubiera sido un extremo esfuerzo para mí, pero no era ningún trabajo, ya que se trataba de conseguir algo imposible, algo superior a mis fuerzas, salvo ligeras excepciones.
"En ese estado recibí, por lo tanto, la libertad para elegir una profesión. ¿Pero era yo, todavía capaz de usar realmente una libertad semejante? ¿Confiaba en poder alcanzar una verdadera profesión? La estimación de mí mismo dependía mucho más de ti que de cualquier otra instancia, de un éxito externo, por ejemplo. Este podía fortalecerme por un instante y nada más, pero en el otro lado tu peso tiraba siempre hacia abajo. Creí que jamás pasaría el primer grado de la escuela primaria, pero lo pasé, y hasta obtuve un premio; no podré aprobar el examen de ingreso al colegio secundario, pero lo aprobé no obstante; tendré que repetir, con toda seguridad, el primer año; pero no, no tuve que repetirlo y continué sin tropiezos, siempre más y más adelante. Pero ello no me trajo ninguna confianza, al contrario, estaba siempre persuadido (y en tu actitud de reprobación tenía una prueba de ello) de que, cuanto más lejos fuera, tanto más terrible sería el fracaso final. A menudo veía con la imaginación la terrible asamblea de profesores (el colegio secundario es el ejemplo aquí, pero en todas partes me ocurría algo parecido), reunidos, si aprobaba yo el primer año, para decidir sobre el segundo, y al aprobar éste, sobre el tercero, y así sucesivamente, a fin de investigar este caso único, que clamaba al cielo, y establecer cómo yo, el más incapaz y, antes que nada, el más ignorante, había logrado desrizarme

subrepticiamente hasta la altura de esa clase que, como ahora la atención general estaba dirigida hacia mí, desde luego me vomitaría inmediatamente, para alegría de todos los justos liberados de semejante pesadilla... No es fácil para un niño vivir con estas obsesiones. En esas circunstancias, ¡qué me importaba el estudio! ¿Quién era capaz de sacar de mí una chispa de interés? Me interesaba la enseñanza (y no sólo la enseñanza sino también todo lo que me rodeaba en esa edad decisiva) más o menos como al que comete una defraudación en un banco, y aún conserva su puesto y tiembla ante la posibilidad de ser descubierto, le interesan los insignificantes asuntos corrientes del banco, de los que tiene que seguir ocupándose como empleado. Tan insignificante, tan lejano era todo ante lo principal...

Las cosas siguieron así hasta el examen final del bachillerato, que aprobé en parte sólo mediante el engaño, y luego se paralizaron: ahora era libre. Si antes, a pesar de las obligaciones que me imponía el colegio, me había ocupado únicamente de mí, cuánto más ahora, al verme libre. En consecuencia, no tenía la verdadera libertad de elegir una profesión, ya que sabía esto: comparado con el asunto principal, todo me sería tan indiferente como las materias del colegio; se trataba, entonces, de encontrar una profesión que me permitiera, más que ninguna otra, y sin herir demasiado mi vanidad, mantener a salvo esa indiferencia. Por lo tanto, el derecho fue lo obvio. Breves intentos opuestos, obra de la vanidad, de la esperanza absurda, tales como los estudios de química durante quince días, o el de las letras germánicas durante seis meses, sólo reforzaron aquella primera convicción. Por consiguiente, estudié derecho. Esto significa que en los meses inmediatos a los exámenes, y con gran perjuicio para los nervios, me alimenté de aserrín, al que por lo demás ya habían premasticado mil bocas. Pero, en cierto sentido, eso me gustaba, como antes, también en cierto sentido me gustaba el colegio, y más tarde mi profesión de empleado, porque todo eso correspondía por entero a mi situación. De cualquier manera, demostré, a este respecto, una asombrosa previsión: ya desde niño tenía presentimientos bastante claros en lo que se refiere a estudios y profesión. De ellos no esperaba salvación alguna: hacía tiempo que había renunciado a lograrla con tales recursos.

"En cambio, no demostré previsión alguna en cuanto a la importancia y posibilidad del matrimonio para mí; ese miedo, hasta ahora el más grande de mi vida, cayó sobre mí de un modo casi por completo inesperado. El niño se había desarrollado tan lentamente, tan lejanos se le hacían estos asuntos que, aunque se presentara a veces la necesidad de pensar en ellos, no le era posible prever que se estuviera preparan-

do para una prueba perdurable, decisiva y hasta extremadamente amarga. Pero, en realidad, las tentativas de casamiento fueron los ensayos de salvación más extraordinarios, más ricos en esperanzas, si bien fue luego por igual extraordinario su fracaso.
"Como en este terreno todo es fracaso para mí, temo que tampoco me sea posible hacerte comprender estas tentativas de casamiento. Sin embargo, el éxito de esta carta depende de ello, porque en estas tentativas se reunieron, por una parte, la totalidad de las fuerzas positivas de que dispongo, y por la otra, se reunieron también, y con verdadera furia, la totalidad de las fuerzas negativas que ya describí como resultado de tu educación, es decir, debilidad, falta de confianza en mí mismo, sentimiento de culpa, tendiendo prácticamente un cordón entre yo y el casamiento. La explicación me resultará difícil, además, porque sobre este asunto tanto es lo que he meditado y vuelto a meditar durante tantos días y noches, que el espectáculo ha llegado a confundirme completamente. Sólo me facilita esa explicación mi convencimiento de tu interpretación totalmente equivocada del asunto, de manera que mejorar una interpretación tan por entero equivocada no me parece tarea excesivamente difícil.
"En primer lugar, tú colocas el fracaso de mis tentativas de casamiento en el mismo nivel que mis demás fracasos; en sí, nada tendría que oponer a ello si admitieras mis anteriores explicaciones con respecto a mis demás fracasos. Están, efectivamente, en el mismo nivel, sólo que tú subestimas de tal manera la importancia del asunto que, cuando hablamos de él, hablamos en realidad de cosas muy distintas. Me atrevo a decir que en toda tu vida no te ha sucedido nada que pueda tener para ti la importancia que tienen para mí estos proyectos de casamiento. No quiero decir con esto que no hayas experimentado nunca algo de por sí igualmente significativo; al contrario, tu vida ha sido mucho más rica, más abundante en preocupaciones y más densa que la mía, pero justamente por esa nunca te ocurrió nada semejante. Es como si un hombre tuviera que subir cinco peldaños bajos de una escalera y otro uno solo, el cual, no obstante, al menos para él, es tan alto como los otros cinco juntos; el primero, no sólo subirá esos cinco peldaños, sino centenares y miles más; habrá vivido una vida importante y laboriosa, pero ninguno de los peldaños que ha subido tendrá para él la importancia que tiene para el otro ese peldaño único, inicial, alto, inaccesible aún para todas sus fuerzas, a cuya altura no puede subir y al que tampoco puede, lógicamente, sobrepasar.
"Casarse, fundar una familia, aceptar los hijos que lleguen, mantenerlos y hasta encaminarlos un poco en este mundo inseguro es, a mi entender, lo máximo que puede alcanzar un hombre. El que tantos, aparen-

temente, lo consigan con facilidad, no es una prueba en contrario, porque, en primer lugar, muchos en realidad no lo consiguen, y en segundo lugar, esos "no muchos" por lo común no lo "hacen" sino que meramente "les sucede"; esto no es, por cierto, ese máximo al que me refiero, pero aún así es muy grande y muy meritorio (principalmente porque no es posible separar con nitidez el "hacer"' y el "suceder"). No se trata en absoluto, además, de lograr ese máximo, sino una aproximación lejana, pero decente; no es necesario volar al centro mismo del sol, pero sí arrastrarse hasta un lugarcito de la tierra, que esté limpio, donde el sol brille a veces y donde pueda uno calentarse un poco.
"¿Cómo estaba yo preparado para eso? Pésimamente. Esto ya se deduce de lo que antecede. Pero, en tanto existen para ello preparativos directos del individuo y una creación directa de las condiciones generales básicas, tú no interveniste mayormente. Tampoco era posible que fuese de otra manera; allí deciden las costumbres sexuales comunes a la clase social y a la época. No obstante, también interveniste allí, no mucho (porque la condición previa de semejante intervención sólo puede ser una gran confianza mutua, que al producirse el momento decisivo, ya nos faltaba a los dos desde hacía mucho tiempo), ni muy felizmente, ya que nuestras necesidades eran totalmente distintas (y lo que a mí me conmueve, apenas si puede tocarte a ti, y viceversa, lo que en tu caso es inocencia en el mío puede ser culpa, y viceversa, lo que para ti no tiene consecuencias, para mí puede ser la tapa de mi ataúd).
"Recuerdo una noche en que salimos de paseo contigo, y con mi madre; en la Plaza Joseph, cerca de donde está hoy el Banco Lánder, comencé a hablar de asuntos importantes en forma tonta, grandielocuente, con aires de superioridad, orgullo, serenidad (que no era auténtica), frialdad (que sí lo era) y tartamudeando, como era normal casi siempre que hablaba contigo; les eché en cara el haberme dejado en la ignorancia, el que unos compañeros hubieran tenido que ocuparse de mí, el haberme dejado expuesto a grandes peligros (aquí, de acuerdo con mi costumbre, mentía desvergonzadamente, a fin de mostrarme valiente, ya que debido a mi carácter miedoso no tenía una idea exacta de lo que pudieran ser "grandes peligros"), pero al final di a entender que ahora, por suerte, ya lo sabía todo, no necesitaba consejo alguno y todo estaba en orden. De cualquier manera, el motivo principal para haber comenzado a hablar era el placer que me producía tocar ese tema, luego también por curiosidad y, por último, también para vengarme de ustedes de cualquier manera y por cualquier motivo. Tú, de acuerdo con tu carácter, tomaste el asunto con suma sencillez; dijiste tan sólo, más o menos, que podías darme un consejo para que yo pudiese seguir en esas cosas sin peligro. Quizá mi propósito fuera justamente inducirte a

una respuesta semejante, que se avenía muy bien con la concuspicencia de un niño bien alimentado con carne y con buenos manjares, físicamente inactivo y siempre ocupado de sí mismo, pero, no obstante, mi vergüenza exterior quedó tan herida con ella, que ya no pude, en contra de mi voluntad, seguir hablando contigo, de modo que interrumpí la conversación con altiva insolencia.

"No es fácil juzgar esa respuesta tuya de entonces; por una parte tiene cierta franqueza avasalladora, como de tiempos primitivos; por otra, en cuanto a la enseñanza en sí, está muy de acuerdo en su falta de escrúpulos con la época moderna. No sé qué edad tenía yo entonces, con seguridad no pasaba de los dieciséis años. Para un muchacho así era sin duda una contestación extraña, y la distancia que había entre nosotros quedó en evidencia también por el hecho de que ésta fue en verdad la primera enseñanza directa, tocante a la vida, que yo recibía de ti. Su significado, real, que ya aquella vez se grabó en mí pero que sólo después llegué a comprender, y a medias, era el siguiente: aquello que me aconsejabas era, según tu opinión y más aún en la mía de entonces, lo más sucio posible. Tu cuidado para que no llevara, físicamente, nada de esa suciedad a casa, era asunto secundario, porque con ello únicamente te protegías tú, tú casa. Lo principal era, más bien, que permanecieras ajeno a tu consejo: un hombre casado, un hombre puro, que estaba por encima de esas cosas. Esta interpretación se agudizó más aún para mí por el hecho de que también el matrimonio me pareciese una unión indecente y, por lo tanto, me fuese imposible aplicar a mis padres aquellas generalidades de que había enterado con respecto al matrimonio. Por ello, tú resultabas todavía más puro, te elevabas más aún. La idea de que tal vez antes de tu matrimonio te hubieses dado a ti mismo un consejo semejante, me parecía por completo inconcebible. Así, no quedaba en ti ni el menor vestigio de suciedad terrena. Y eras tú, justamente, quien me empujaba a esa suciedad, como si yo estuviese destinado a ella. Si en ese momento el mundo hubiera estado formado por tú y yo (imagen que siempre estaba bastante cerca de mí), entonces la pureza del mundo finalizaba contigo, y comenzaba conmigo, por obra de tu consejo, su suciedad. Por sí solo, era en verdad incomprensible el hecho de que me sentenciaras de ese modo: sólo podía explicármelo una culpa antigua y el más profundo desprecio de tu parte. Y con ello, una vez más, estaba atrapado, y por cierto rigurosamente, en mi fuero más íntimo.

"Es quizás aquí donde la falta de culpa de ambos aparece más nítida. A le da a B un consejo franco, que refleja su concepción de la vida, no muy digno, pero de todas maneras hoy usual en la ciudad, y que acaso sirva para evitar perjuicios en la salud. Este consejo no resulta muy to-

nificante para la moral de B, pero, ¿por qué no había de remediar ese perjuicio con el transcurso del tiempo? Además, no está obligado a seguir el consejo, y, por otra parte, en el consejo mismo no hay motivo alguno para que toda la vida futura de B se derrumbe. Y sin embargo, algo de esto sucede, pero sólo porque A eres tú y B soy yo.

"También de esa falta de culpa por ambas partes puedo tener una visión particularmente nítida, porque veinte años más tarde, en circunstancias completamente distintas, volvió a producirse entre nosotros un choque parecido, horrible como hecho, pero en sí mismo mucho menos peligroso porque, desde mis dieciséis años de edad, ¿dónde hay algo que en mí pudiera aún ser dañado? Me refiero a una breve conversación ocurrida en uno de esos días de excitación que siguieron a la noticia de mi reciente proyecto de matrimonio. Tú me dijiste, más o menos: "Supongo que ella se habrá puesto alguna blusa llamativa, como suelen hacerlo las judías de Praga, y acto seguido, naturalmente, te decidiste a casarte con ella. Y eso cuanto antes, dentro de una semana, mañana, hoy. Yo no te entiendo: eres un hombre grande, vives en la ciudad y no encuentras nada mejor que casarte en seguida con una cualquiera. ¿No hay otras posibilidades? Si no te atreves, yo iré contigo, personalmente." Lo dijiste con más detalle y con más claridad, pero no puedo recordar los pormenores, quizá también se me nublaron los ojos, casi me interesaba más mi madre que, aunque totalmente de acuerdo contigo, tomó no obstante algo de la mesa y salió con ello de la habitación.

"No creo que jamás me hayas humillado más profundamente que con estas palabras ni que me hayas mostrado con mayor claridad tu desprecio. Cuando, hace veinte años, me hablaste en forma parecida, aquella vez se hubiera podido ver, hasta con tus ojos, cierto respeto por ese precoz muchacho de la ciudad que, según tu parecer, ya podía ser introducido sin rodeos en la vida. Hoy, esta consideración sólo podría aumentar tu desprecio, porque el adolescente que en aquel entonces había tomado impulso, se quedó detenido ahí, y a tu parecer no tendría hoy más experiencia que entonces, sino que resulta únicamente veinte años más lamentable. Mi elección de una muchacha no significa nada para ti. Mantuviste siempre oprimida (inconscientemente) mi capacidad de decisión, y creías ahora (inconscientemente) saber lo que ella vale. De mis tentativas de salvación en otras direcciones nada sabías, y tampoco nada podías saber entonces de las reflexiones que me habían llevado a ese proyecto de matrimonio; tenías que procurar interpretarlas, interpretaste, partiendo del concepto que formado tienes sobre mí, lo más repugnante, torpe y ridículo. Y no vacilaste un momento en decírmelo de manera similar. La afrenta que me infligías con ello, no era na-

da en comparación con la deshonra que, según tu manera de ver, traería yo a tu nombre con mi matrimonio.
"Es verdad que puedes darme más de una contestación en lo que se refiere a mi proyecto de matrimonio, y así lo has hecho: que mal podías respetar mi decisión, cuando ya dos veces había anulado mi compromiso con F. y dos veces lo había reanudado: que te había arrastrado inútilmente a Berlín, junto con mi madre, para mi compromiso, y cosas por el estilo. Todo eso es verdad, pero, ¿cómo llegó a suceder?
"El pensamiento fundamental de ambos proyectos de matrimonio fue perfectamente correcto: fundar un hogar, independizarme. Un pensamiento que en verdad te es simpático, sólo que en la realidad luego resulta ser como ese juego infantil en el que uno toma la mano del otro, la aprieta, y al mismo tiempo grita: "Pero, ¡suelta!, ¡suelta!, ¿por qué no sueltas?" Lo que en nuestro caso se complicó todavía, por el hecho de que ese "¡suelta!" tuyo fue siempre sincero, ya que siempre me has retenido, o mejor dicho aprisionado, sin saberlo, sólo por la fuerza de tu carácter.
"Las dos muchachas fueron elegidas, tal vez por casualidad, con excepcional acierto. Una nueva señal de tu completa incomprensión es que puedas suponer que yo, el miedoso, el vacilante, el desconfiado, decidiera casarme por un impulso, digamos seducido por una blusa. Por el contrario, ambos matrimonios hubiesen sido matrimonios de conveniencia, si así puede expresarse el producto de la reflexión que día y noche, la primera vez durante años, la segunda vez durante meses, dediqué, con todas las fuerzas de mi razón, a esos proyectos.
"Ninguna de las dos muchachas me decepcionó, sino yo a ambas. Mi concepto de ellas es hoy exactamente el mismo que en aquel entonces, cuando quería casarme con ellas.
"Tampoco es verdad que con motivo de mi segundo proyecto de matrimonio haya dejado de lado las experiencias del primero, es decir, actuado con ligereza. Los casos eran completamente distintos y las experiencias anteriores, precisamente, fueron las que pudieron alentarme en la segunda ocasión, que ya de por sí presentaba mejores perspectivas. No deseo entrar aquí en detalles.
"¿Por qué, entonces, no me casé? Había, como siempre las hay, algunas dificultades, pero la vida consiste ciertamente en aceptarlas. La dificultad esencial, independiente por desgracia del caso en sí, era que, a ojos vista, soy espiritualmente incapaz de casarme. Esto se manifiesta en el hecho de que, desde el momento en que adopto la decisión de casarme, ya no puedo dormir, la cabeza me arde día y noche, la vida ya no es vida, y desesperado, ando tambaleándome de un lado a otro. No son en realidad las preocupaciones las que producen esto, si bien las

acompañan inquietudes infinitas, surgidas de mi pesadez y pedantería, pero ellas no son lo decisivo, aunque consumen como gusanos su tarea en el cadáver; las que me derriban definitivamente son otras causas: la presión general del miedo, la debilidad, el menosprecio de mí mismo.
"Intentaré explicarlo con más claridad: en mis proyectos de matrimonio chocan con fuerza inigualable dos aspectos en apariencia antagónicos de mis relaciones contigo. El casamiento es, sin duda, una garantía de la liberación y la independencia personal más acentuadas. Yo tendría una familia, lo máximo que en mi opinión puede alcanzarse, y por consiguiente lo máximo que has alcanzado también tú; sería tu igual, y todas las afrentas antiguas, y la tiranía, eternamente renovadas, ya sólo pertenecerían a la historia. Esto, realmente, sería extraordinario, pero en ello justamente reside ya lo cuestionable. Es demasiado, tanto no puede lograrse. Es como si alguien que estuviese prisionero no sólo tuviese la intención de fugarse, cosa que tal vez fuese posible, sino además y simultáneamente el propósito de convertir la prisión en un suntuoso castillo para sí. Si realiza la fuga, no podrá construir el castillo, y si lo construye, no podrá fugarse. Si deseo independizarme de esta peculiar e infortunada relación en que me hallo contigo, debo hacer algo que, dentro de lo posible, no tenga relación alguna contigo; pero si bien el matrimonio es lo máximo y confiere la independencia más digna, conserva simultáneamente la más estrecha relación contigo. Querer salir de allí tiene por eso algo de demencia, y cada tentativa recibe como castigo esa demencia.
"Precisamente, esta relación estrecha es, en parte, la que me atrae hacia el matrimonio. Imagino esa igualdad que entonces surgiría entre nosotros, que tú sabrías comprender mejor que ninguna otra, y que sería tan bella porque yo podría ser entonces un hijo libre, agradecido, inocente, franco, y tú un padre tolerante, liberal, afectuoso, satisfecho. Pero, para lograr este fin, todo lo sucedido habría que darse por no sucedido, es decir, borrarnos a nosotros mismos.
"Tales como somos, el matrimonio me está vedado justamente porque es la jurisdicción que más te corresponde de hecho. A veces me imagino el mapamundi desplegado y tú extendido sobre él de parte a parte. Y me parece entonces que para mi vida sólo pueden tomarse en consideración aquellos lugares que tú no cubres o que no están a tu alcance. Y esos lugares, de acuerdo con la idea que tengo de tu tamaño, son muy escasos y nada confortantes, y particularmente el matrimonio no se encuentra entre ellos.
"Esta comparación demuestra ya que de ninguna manera pretendo decir que con tu ejemplo me hayas arrojado fuera del matrimonio, como ocurrió tal vez con el negocio. Al contrario, aunque existan similitudes

lejanas. En el matrimonio de ustedes tenía yo un modelo de matrimonio ejemplar, en la fidelidad, en la ayuda mutua, en el número de hijos; y aun cuando luego los hijos crecieron y perturbaron cada vez más la paz, el matrimonio, como tal, quedó intacto. Quizás este ejemplo contribuyó también a formar mi elevado concepto del matrimonio; otros eran los motivos que hacían inútil mi ansioso deseo de casarme. Residían en tu actitud hacia los hijos, de la cual trata por entero esta carta.

"Hay una opinión según la cual el miedo al matrimonio proviene a veces del temor de que los hijos hagan pagar a uno, más tarde, los pecados contra sus propios padres. Esto, en mi caso, no tiene gran importancia, ya que mi sentimiento de culpa procede justamente de ti y está demasiado penetrado de su singularidad; es más, esa sensación de singularidad pertenece a su esencia atormentadora: una repetición es inconcebible. No obstante debo reconocer que un hijo tan taciturno, insensible, seco y perdido me resultaría insoportable; si no tuviese otra posibilidad, huiría de él, emigraría, tal como tú quisiste hacerlo, en el primer momento, a causa de mi matrimonio. De tal modo, esta consideración puede haber ejercido igualmente una influencia secundaria en mi capacidad para casarme.

"Mucho más importante es, sin embargo, el temor de mí mismo. Esto debe entenderse así: ya señalé que en el hecho de escribir, y en todo lo que se relaciona con este hecho, he logrado pequeños éxitos en mis tentativas de autonomía y de evasión, que no me llevarán muy lejos, según lo he comprobado en múltiples ocasiones. No obstante, es mi deber, o mas bien mi vida depende de ello, evitar que quede expuesto a un peligro, más aún, a cualquier posibilidad de peligro. El matrimonio es una posibilidad de peligro, como así también, por cierto, de poderoso impulso, pero a mí me basta con que sea la posibilidad de un peligro. ¡Qué haría si en verdad fuese un peligro! ¡Cómo podría continuar en el matrimonio con la sensación, quizá imperceptible, pero irrefutable, de ese peligro! Ante eso, podría ciertamente vacilar, pero el desenlace final es seguro: debo abstenerme. La comparación del pájaro en la mano y los cien volando sólo muy remotamente tiene aplicación aquí. En la mano no tengo nada, todo está volando y, no obstante (tan decisivas son las condiciones de la lucha y la miseria de la vida), yo debo elegir la nada. De manera parecida, por otra parte, también he tenido que elegir en cuanto a mi profesión.

"Pero el principal obstáculo para mi matrimonio es mi certeza, ya indestructible, de que el mantenimiento de una familia y aun su conducción requieren imprescindiblemente de todos esos factores que he reconocido en ti, de la conjunción de todos ellos, los buenos y los malos, tales como se hallan orgánicamente reunidos en ti, es decir: fuerza y escar-

nio del prójimo, salud y cierta desmesura, elocuencia y hosquedad, confianza en sí mismo y descontento para cualquier otra persona, superioridad mundana y carácter tiránico, experiencia de los hombres y desconfianza ante los demás; luego, además, virtudes intachables, como ser: aplicación, perseverancia, presencia de ánimo, valentía. De todo esto no tenía yo, comparativamente, casi nada o sólo muy poco y, en estas condiciones, ¿me atrevería a casarme, viendo que aun tú mismo debías librar tan dura batalla en el matrimonio y hasta fracasabas ante los hijos? Por supuesto, no me planteaba esta pregunta en forma explícita ni respondía a ella en esa forma, porque de ser así la reflexión común se hubiera apoderado del asunto, mostrándome otros hombres, distintos de ti (para nombrar a uno, próximo, y muy distinto de ti: el tío Richard), que, sin embargo, se han casado y al menos no se arruinaron con ello, lo que ya es muchísimo y me habría bastado. Pero el hecho es que yo no me planteé ese problema sino que lo viví desde la infancia. En principio, no me detenía a examinarme ante la eventualidad del matrimonio sino ante la menor insignificancia; y ante la menor insignificancia tú me persuadías con tu ejemplo y con tu educación, tal como intenté describirlo, de que yo no era más que un inepto; lógicamente, lo que con respecto a cualquier insignificancia era exacto y te daba la razón, debía ser exacto y darte la razón con respecto a lo más grande, o sea, con respecto al matrimonio. Hasta llegar a mis proyectos de matrimonio, crecí más o menos como un comerciante que pasa sus días preocupado y con presentimientos funestos, pero sin llevar una contabilidad exacta. Obtiene algunas pequeñas ganancias que, por ser raras, de continuo acaricia y exagera en su imaginación, pero por lo común, sólo tiene pérdidas. Todo se registra, pero jamás se hace balance. Y ahora llega la imperiosa necesidad del balance, es decir, el proyecto de matrimonio. Y en vista de las grandes sumas con que hay que contar para eso, pareciera que jamás hubiese existido la más ínfima ganancia: todo es una enorme y única deuda. ¡Y entonces cásate sin perder la razón!

"Así concluye mi vida anterior a tu lado, y tales son las perspectivas que lleva en sí para el mañana.

"Si examinaras ahora los fundamentos del miedo que siento de ti, podrías responder: "Afirmas que yo simplifico el asunto al explicar mi actitud para contigo echándote sencillamente a ti la culpa, pero yo creo que, a pesar de tus esfuerzos visibles, te hallas en situación mucho más favorable que yo, o por lo menos, no más difícil. En primer lugar, tú también niegas tener culpa alguna ni responsabilidad de tu parte, con lo cual nuestros procedimientos se igualan. Pero mientras que yo, con la misma sinceridad con que lo creo, te atribuyo la culpa únicamente a ti,

tú pretendes ser "superinteligente" y "superafectuoso" y absolverme, a tu vez, de mi culpa. Claro que esto último lo consigues sólo en apariencia (tampoco tienes otra intención), y a pesar de todas esas frases sobre esencia y naturaleza, antagonismo y desamparo, resulta entre líneas que en verdad he sido yo el agresor, mientras que todo cuanto tú hiciste no fue más que en defensa propia. Por lo tanto, gracias a tu falta de sinceridad, habrías ya logrado tu objeto, o sea demostrar tres cosas: primero: que eres inocente; segundo: que yo soy culpable, y tercero: que, por pura magnanimidad, no sólo estás dispuesto a perdonarme, sino también lo que es más o menos igual, a demostrar, y a pretender creerlo tú mismo, que yo, si bien contrariamente a la verdad, también soy inocente. Podría bastarte con esto, pero no. Te has metido en la cabeza la pretensión de querer vivir enteramente de mi bolsillo. Admito que luchemos el uno contra el otro, pero hay dos clases de lucha. La lucha caballeresca, donde se miden las fuerzas de adversarios independientes: cada uno está solo, pierde solo, gana solo. Y la lucha del parásito, que no sólo pica, sino que también chupa la sangre para conservar su vida. Así es el soldado mercenario, y así también eres tú. Eres incapaz en la vida, pero para poder arreglarte en ella a tu gusto, sin preocupaciones y sin remordimientos, quieres demostrar que yo te quité toda tu aptitud para la vida y me la guardé en el bolsillo. ¡Qué te importa entonces si eres un incapaz para la vida, ya que yo soy el responsable! Tú tranquilamente te recuestas, te desperezas, y dejas que yo, física y espiritualmente, te arrastre a través de la vida. Un ejemplo: cuando, recientemente, querías casarte, querías al mismo tiempo no casarte, cosa que admites en tu carta; pero, para no tener que resolverlo tú, deseabas que yo te ayudase a no casarte, prohibiéndote ese casamiento a causa de la "deshonra" que tal unión haría caer sobre mi nombre. Pero eso ni se me ocurrió. Primero, porque yo, en este caso como en los demás, no deseaba "ser un obstáculo para tu felicidad", y segundo, porque no quiero que un hijo mío me eche en cara jamás algo semejante. Pero el haber dominado mis sentimientos para dejarte casar libremente, ¿me sirvió acaso de algo? Ni lo más mínimo. Mi aversión por ese casamiento no hubiera podido evitarlo, al contrario, hubiera sido un incentivo más para ti, ya que la "tentativa de evasión", según te expresas, hubiera sido mucho más completa. Mi consentimiento no evitó tus reproches, ya que demuestra que, de cualquier manera, yo soy el culpable de que no te hayas casado. Para mí, sin embargo, en este y en los otros casos, en el fondo no me has demostrado otra cosa sino que mis reproches se justifican y que entre ellos falta uno más, particularmente justificado, que es el de la falta de sinceridad, obsecuencia, parasitismo. Si no estoy muy equivocado, aún sigues explotándome en

calidad de parásito, incluso con esta carta".
"A esto respondo yo que las objeciones que haces pueden volverse también contra ti, en su mayor parte, y que no proceden de ti sino de mí. Ni siquiera tu desconfianza por los demás es tan grande como mi desconfianza por mí mismo, en la que me has educado. Y no te niego hasta un cierto derecho a esa objeción, que además contribuye por sí sola a la caracterización de nuestras relaciones. Claro está que las cosas no pueden ajustarse en la realidad tan bien la una con la otra como los argumentos en mi carta, porque la vida es algo más que un rompecabezas; pero, gracias a las enmiendas que surgen de esta confesión, y que no puedo ni quiero extender hasta el detalle, se ha logrado, a mi parecer, algo tan próximo a la verdad, que podrá tranquilizarnos un poco a los dos y hacernos más fáciles la vida y la muerte."

FRANZ.

UN ARTISTA DEL HAMBRE
1923

UNA MUJERCITA

Es toda una mujercita; aunque muy delgada, suele además usar un corsé ajustado; la veo siempre con el mismo vestido gris amarillento, algo así como el color de la madera, adornado discretamente con borlas en forma de botón, de igual color; siempre sale sin sombrero, el rubio cabello opaco y lacio es ordenado, pero también muy suelto. Aunque está encorsetada se mueve con agilidad, y a veces exagera esa facilidad de movimiento; le gusta llevarse las manos a la cintura y girar el torso hacia uno u otro lado, con asombrosa rapidez. Apenas puedo dar una ligera idea de la impresión que me causa su mano, si digo que jamás he visto una cuyos dedos estén tan agudamente diferenciados entre sí como la suya; y sin embargo no presenta ninguna peculiaridad anatómica, es completamente normal.
Ahora bien, esta mujercita está muy descontenta conmigo, siempre tiene algo que objetarme, siempre cometo toda clase de injusticias con ella, cada paso mío la irrita; si la vida pudiera cortarse en trozos infinitesimales y cada pedacito pudiera ser juzgado, estoy seguro de que cada partícula de mi vida sería para ella motivo de disgusto. A menudo he pensado en eso: ¿por qué la irrito tanto? Podría ser que todo en mí ofendiera su sentido de la belleza, su idea de la justicia, sus costumbres, sus tradiciones, sus esperanzas; hay naturalezas humanas

muy incompatibles, pero ¿por qué se preocupa tanto por eso? No hay en verdad ninguna relación entre nosotros que la obligue a soportarme. Debería decidirse a considerarme un perfecto desconocido, lo que en realidad soy, teniendo en cuenta que semejante decisión no me molestaría, más bien se la agradecería mucho, sólo debería decidirse a olvidar mi existencia, una existencia que nunca quise obligarla a soportar, y jamás querré; y evidentemente, todos sus tormentos terminarían. Hago total abstracción de mis sentimientos y no tengo en cuenta que su actitud también es para mí, naturalmente, muy dolorosa, y no lo tengo en cuenta porque reconozco perfectamente que mis molestias no son nada al lado de sus sufrimientos. De todos modos, siempre he sabido que esos sufrimientos no son causados por el afecto; no le interesa en absoluto mejorarme, y además todo lo que en mí le desagrada es justamente lo que menos puede impedirme mejorar. Pero tampoco le importa que yo progrese, solamente le importan sus intereses personales, que consisten en vengarse de los sufrimientos que le provoco, e impedir los sufrimientos con que pueda volver a amenazarla. Ya una vez intenté indicarle la mejor manera de poner fin a este resentimiento perpetuo, pero sólo logré suscitar en ella tal arrebato de furor, que nunca más repetiré esa tentativa.

Además, esto representa para mí, si así puedo decirlo, cierta responsabilidad, porque por menos intimidad que haya entre la mujercita y yo, y por más evidente que sea que la única relación existente es la irritación que le produzco, o más bien la irritación que ella permite que yo le produzca, no por eso puedo sentirme indiferente ante los visibles perjuicios físicos que le produce. De vez en cuando, y estos últimos tiempos más a menudo, me llegan informes de que esa mañana amaneció pálida, insomne, con dolor de cabeza y casi incapacitada para el trabajo; esto hace que sus familiares se pregunten perplejos cuál será el origen de esos estados, y hasta ahora no lo han descubierto. Sólo yo lo sé, es la antigua y siempre renovada irritación. Claro que no comparto totalmente las preocupaciones de sus familiares; ella es fuerte y resistente; quien puede enojarse hasta ese punto, puede con seguridad también pasar por alto las consecuencias del enojo; hasta tengo la sospecha de que ella –por lo menos a veces– simula sufrimientos para dirigir hacia mí las sospechas de la gente. Es demasiado orgullosa para decir abiertamente cómo sufre por culpa de mi simple existencia; recurrir a los demás contra mí le parecería rebajarse a sí misma; sólo la repugnancia, una incesante repugnancia que no deja de impelerla, consigue que se ocupe de mí; discutir abiertamente algo tan impuro le parecería demasiada vergüenza. Pero también es demasiado para ella callar constantemente algo que la

oprime sin cesar. Por eso prefiere, con astucia femenina, un término medio: callar, y sólo mediante las apariencias exteriores de un sufrimiento oculto, llamar la atención pública sobre el asunto. Tal vez espere, posiblemente, que en cuanto la atención pública fije en mí todas sus miradas, se concrete un rencor general y público, y con todos sus vastos poderes éste consiga condenarme definitivamente, con mucho más vigor y rapidez que sus relativamente débiles rencores privados, entonces se retiraría de la escena, respiraría con alivio y me volvería la espalda. Ahora bien, si estas son realmente sus esperanzas, se engaña. La opinión pública no la sustituirá en su papel; la opinión pública nunca encontraría en mí tantos motivos de reproche, aunque me estudiara a través de su lupa de mayor aumento. No soy un hombre tan inútil como ella cree; no quiero exagerar mis méritos, y mucho menos cuando se trata de este asunto; pero si no llamo la atención por mis condiciones extraordinarias, tampoco la llamo por mi falta de condiciones; sólo para ella, para sus ojos llameantes y casi lívidos de ira, soy así; no podrá, convencer a nadie más. Por lo tanto, ¿puedo sentirme por completo tranquilo en lo que a esto respecta? No, tampoco; porque cuando sea realmente de conocimiento público que mi comportamiento está provocando positivamente su enfermedad, y algún observador, por ejemplo mis más activos informadores, estén a punto de advertirlo, o por lo menos adopten la actitud de advertirlo, y la gente venga a preguntarme por qué hago sufrir a esta pobre mujercita con mis acciones incorregibles, o si tengo la intención de llevarla a la tumba, y cuándo llegará el momento de mostrarme más sensato y de demostrar suficiente compasión para poner fin a todo eso; cuando la gente me haga esta pregunta, me costará bastante responder. ¿Confesaré francamente que no creo en sus síntomas de enfermedad, lo que producirá la desagradable impresión de que para librarme de mi culpa culpo a otro, y justamente de una manera tan poco galante? ¿Y cómo podría decir abiertamente que yo, aun cuando creyera que ella está realmente enferma, no siento un poco de compasión, que la mujer en cuestión es para mí una perfecta desconocida, y que la relación que existe entre nosotros es pura invención de su parte y totalmente inexistente? No digo que no me creerían; más bien ni una cosa, ni la otra; no se tomarían el trabajo de dudar; simplemente, se tomaría nota de la respuesta relativa a una mujer débil y enferma, y esto no me haría mucho honor. Tanto con ésta como con cualquier otra respuesta, chocaría inevitablemente con la incapacidad de la gente de impedir, en un caso como éste, la sospecha de una relación amorosa, aunque es más evidente que la luz del día que semejante relación no existe, y que si existiera, se originaría más

bien en mí y no en ella, ya que realmente yo sería muy capaz de admirar en esta mujercita la potente rapidez de sus juicios y la infatigabilidad de sus conclusiones, cuando esas mismas cualidades no estuvieran al servicio constante de mi tormento. Pero en todo caso, ella no muestra el menor deseo de llegar a una relación amistosa; en eso es honrada y veraz; en eso reside mi última esperanza; sería imposible que la conveniencia de su plan de campaña la llevara a hacerme creer en una relación de ese tipo, olvidándose de sí misma hasta el punto de cometer una acción semejante. Pero la opinión pública, absolutamente incapaz de sutilezas, seguirá siempre pensando lo mismo en este sentido, y siempre se decidirá en mi contra.

Por lo tanto, lo único que me resta es cambiar a tiempo, antes que intervengan los demás, lo suficiente no para anular el rencor de la mujercita, que es inconcebible, sino por lo menos para dulcificarlo. Y en efecto, muchas veces me he preguntado si me agrada tanto mi estado actual que ya no quiero modificarlo, y si no sería posible provocar en mí algunos cambios, no porque me parecieran necesarios, sino simplemente para calmar a la mujercita. Y he tratado honradamente de hacerlo, no sin fatigas ni problemas; hasta me hacía bien, casi me divertía; logré ciertas modificaciones visibles desde muy lejos, no necesitaba llamar la atención de la mujercita sobre ellas, ya que se da cuenta de esas cosas antes que yo, puede percibir por la expresión de mi cara las intenciones de mi mente; pero no logré ningún éxito. ¿Cómo hubiera podido lograrlo? Su disconformidad conmigo es, como bien lo comprendo ahora, fundamental; nada puede hacerla desaparecer, ni siquiera mi propia desaparición; su furor ante la noticia de mi suicidio sería posiblemente inmenso.

Ahora bien, no puedo imaginarme que ella, una mujer tan aguda, no comprenda todo esto tan bien como yo, no comprenda tanto la inutilidad de sus esfuerzos como mi propia inocencia, mi incapacidad (a pesar de la mejor voluntad del mundo) de conformarme a sus requisitos. Seguramente lo comprende, pero como es de naturaleza combativa, lo olvida en el apasionamiento del combate, y mi desdichada manera de ser, que no puedo imaginar diferente porque me pertenece de nacimiento, consiste justamente en susurrar suaves consejos a quien está enfurecido. De este modo, naturalmente, no llegaremos jamás a entendernos. Día tras día saldré de la casa con mi habitual alegría matutina, para encontrarme con ese rostro amargado, con la curva desdeñosa de esos labios, la mirada investigadora (y ya antes de investigar, segura de lo que encontrará) que me explora y a la que nada escapa, sea cual sea su brevedad, la sonrisa sarcástica que abre surcos en sus mejillas adolescentes, la mirada lastimera elevada

hacia el cielo, las manos que se plantan en las caderas, para reunir más aplomo, y luego, el temblor y la palidez de la ira al estallar.
No hace mucho –y por primera vez, como advertí asombrado entonces– mencioné algo de este asunto a un buen amigo mío, sólo de pasada, sin darle importancia; con sólo dos palabras, le hice un rápido resumen de la situación; tan poca cosa me parece cuando la contemplo desde afuera, que hasta llegué a reducir un poco sus proporciones. Inesperadamente, mi amigo no se desinteresó de la cuestión, sino que por cuenta propia le dio más importancia que yo, no quería cambiar de tema, e insistía en discutirlo. Más inesperado aún fue que él, a pesar de todo, subestimara el problema en uno de sus aspectos más importantes, porque me aconsejó seriamente que me alejara por un tiempo, que viajara. Ningún consejo podría ser más incomprensible; la situación es bastante clara, cualquiera que la estudie de cerca puede llegar a comprenderla perfectamente, pero no es sin embargo tan simple que una simple partida la solucione del todo, o por lo menos en una parte. Nada de eso, tengo que cuidarme mucho de no alejarme; porque si me decido a seguir algún plan, éste debe consistir esencialmente en mantener el asunto dentro de los reducidos límites que hasta ahora ha tenido, no dejar penetrar en él al mundo exterior, o sea quedarme tranquilo donde estoy, y no permitir que el asunto ocasione ningún cambio considerable e importante, lo que significa no hablar con nadie de la cuestión; pero todo esto no porque se trate de un peligroso misterio, sino porque es una cuestión desdeñable, puramente personal, y como tal indigna de tanta atención; y porque no debe dejar de serlo. Por eso las observaciones de mi amigo no fueron totalmente inútiles; no me revelaron nada nuevo, pero fortificaron mi primitiva resolución.
En efecto, si se lo considera atentamente, las modificaciones que con el correr del tiempo parece haber sufrido este asunto, no son modificaciones del tema en sí, sino tan sólo un desarrollo de mi actitud ante él, una indicación de que esta actitud se ha vuelto por una parte más tranquila, más viril, más cerca del fondo de la cuestión, y por otra parte, bajo la incesante influencia de estos continuos sobresaltos, por insignificantes que parezcan, ha provocado cierta alteración de mis nervios.
Este asunto me preocupa menos que antes, porque comienzo a creer que comprendo que por más cerca que hayamos creído encontrarnos de una crisis decisiva, es muy poco probable que ésta ocurra; se está predispuesto a calcular con demasiado apresuramiento, en especial cuando se es joven, la rapidez con que se producen las crisis decisivas; cada vez que mi pequeño juez femenino, debilitado por culpa de mi

mera presencia, se dejaba caer de costado en una silla sosteniéndose con una mano sobre el respaldo, y aflojándose los lazos del corpiño con la otra, mientras lágrimas de furor y desesperación corrían por sus mejillas, yo creía que el instante de la crisis había llegado, y que de un momento a otro me vería obligado a dar explicaciones. Pero nada de momento decisivo, nada de explicaciones, las mujeres se desvanecen con facilidad, la gente ni tiene tiempo de ocuparse de sus manías. ¿Y qué sucedió realmente durante todos estos años? Muy simple: estas situaciones se repitieron, a veces más violentamente, a veces menos, y que en consecuencia su suma total ha aumentado. Y la gente acecha en torno, deseosa de intervenir, si pudieran descubrir una oportunidad que se lo permitiera; pero no encuentran ninguna, hasta ahora se han visto obligados a reducirse a lo que podían olfatear en el ambiente, y bastante había como para mantenerlos ampliamente ocupados, pero allí terminaba todo. Pero siempre ha sido fundamentalmente así, siempre existieron esos inútiles espectadores y esos olfateadores, que excusaban su presencia con pretextos ingeniosos, con preferencia de parentesco, siempre espiando, siempre olfateando toda clase de pistas, pero la consecuencia de todo esto es simplemente que allí están todavía. La única diferencia consiste en que poco a poco he llegado a conocerlos, y a distinguir sus caras; en otros tiempos, yo creía que acudían paulatinamente de todas partes, que las repercusiones del asunto aumentaban y provocarían por sí solas la crisis definitiva; hoy creo saber que todos ésos estaban aquí desde mucho antes, y que la crisis definitiva poco o nada tiene que ver con ellos. Y esa crisis ¿por qué la dignifico con un nombre tan pomposo? Suponiendo que algún día –que no será seguro mañana ni pasado mañana ni probablemente nunca– ocurriera que la opinión pública se interesara en este asunto, lo que insisto en repetir, no le compete, no saldré seguramente indemne de dicho proceso, pero también es indudable que tendrán en consideración el hecho de que la opinión pública no le desconoce totalmente, y que hasta ahora siempre he vivido a la plena luz, confiado y digno de confianza, y que esta insignificante y desdichada mujercita, recién llegada a mi vida, a quien, hago notar de paso, otro hombre habría considerado hace mucho como insignificante y, sin llamar en lo más mínimo la atención de la opinión pública, la habría aplastado bajo sus pies; esta mujer, en el peor de los casos, sólo podría agregar un odioso adorno al diploma que desde hace tiempo me certifica ante la opinión pública como miembro respetable de la sociedad. Así están actualmente las cosas, de modo que no tengo muchos motivos de preocupación.

El hecho de que con los años yo haya llegado a sentirme un poco

inquieto no tiene nada que ver en realidad con el significado esencial del asunto; es simple: es insoportable ser el constante motivo de ira de otra persona, aun cuando se sabe perfectamente que esa ira es infundada; uno se siente inquieto, se empieza, de una manera puramente física, a eludir las crisis decisivas, aun cuando honradamente no crea demasiado en su posibilidad. Además, esto representa en cierta forma un síntoma de envejecimiento; la juventud lo mejora todo; las características desagradables se pierden en la fuente de vigor inagotable de la juventud; si una persona tiene mirada astuta cuando es joven no se considera un defecto, ni siquiera se advierte, ni siquiera él mismo lo advierte; pero lo que perdura en la vejez son restos, todo es necesario, nada se renueva, todo está expuesto a examen, y la mirada astuta de un hombre que envejece es francamente una mirada astuta, y no es difícil reconocerla. Sólo que tampoco en este caso constituye un empeoramiento real de su condición.

Por lo tanto, de cualquier ángulo que se lo considere resulta evidente, y a esa evidencia me atengo, que si consigo mantener este pequeño asunto bajo control, aun sin esforzarme, todavía podré seguir viviendo durante mucho tiempo la vida que hasta ahora he vivido, imperturbado por el mundo, a pesar de todos los arrebatos de esta mujer.

UN ARTISTA DEL HAMBRE

En los últimos decenios, el interés por los ayunadores ha disminuido muchísimo. Antes era un buen negocio organizar grandes exhibiciones de este género como espectáculo independiente, cosa que hoy. en cambio, es imposible del todo. Eran otros los tiempos. Entonces, todo la ciudad se ocupaba del ayunador; aumentaba su interés a cada día de ayuno: todos querían verle siquiera una vez al día; en los últimos del ayuno no faltaba quien se estuviera días enteros sentado ante la pequeña jaula del ayunador; había, además, exhibiciones nocturnas, cuyo efecto era realzado por medio de antorchas; en los días buenos, se sacaba la jaula al aire libre, y era entonces cuando les mostraban el ayunador a los niños. Para los adultos aquello solía no ser más que una broma en la que tomaban parte medio por moda, pero los niños, cogidos de las manos por prudencia, miraban asombrados y boquiabiertos a aquel hombre pálido. con camiseta oscura, de costillas salientes, que, desdeñando un asiento, permanecía tendido en la paja esparcida por el suelo, y saludaba, a veces, cortamente o respondía con forzada sonrisa a las preguntas que se le dirigían o sacaba, quizá, un brazo por entre

los hierros para hacer notar su delgadez, volviendo después a sumirse en su propio interior, sin preocuparse de nadie ni de nada, ni siquiera de la marcha del reloj, para él tan importante, única pieza de mobiliario que se veía en su jaula. Entonces se quedaba mirando al vacío, delante de sí, con ojos semicerrados, y sólo de cuando en cuando bebía en un diminuto vaso un sorbito de agua para humedecerse los labios.

Aparte de los espectadores que sin cesar se renovaban, había allí vigilantes permanentes, designados por el público (los cuales, y no deja de ser curioso, solían ser carniceros); siempre debían estar tres al mismo tiempo, y tenían la misión de observar día y noche al ayunador para evitar que, por cualquier recóndito método, pudiera tomar alimento. Pero esto era sólo una formalidad introducida para tranquilidad de las masas, pues los iniciados sabían muy bien que el ayunador, durante el tiempo del ayuno, bajo ninguna circunstancia, ni aun a la fuerza, tomaría la más mínima porción de alimento; el honor de su profesión se lo prohibía.

A la verdad, no todos los vigilantes eran capaces de comprender tal cosa; muchas veces había grupos de vigilantes nocturnos que ejercían su vigilancia muy débilmente, se juntaban adrede en cualquier rincón y allí se sumían en los lances de un juego de cartas con la manifiesta intención de otorgar al ayunador un pequeño respiro, durante el cual, a su modo de ver, podría sacar secretas provisiones, no se sabía de dónde. Nada atormentaba tanto al ayunador como tales vigilantes; le atribulaban; le hacían espantosamente difícil su ayuno. A veces, sobreponíase a su debilidad y cantaba durante todo el tiempo que duraba aquella guardia, mientras le quedaba aliento, para mostrar a aquellas gentes la injusticia de sus sospechas. Pero de poco le servía, porque entonces se admiraban de su habilidad que hasta permitía comer mientras cantaba.

Muy preferibles eran, para él, los vigilantes que se pegaban a las rejas, y que, no contentándose con la turbia iluminación nocturna de la sala, le lanzaban a cada momento el rayo de las lámparas eléctricas de bolsillo que ponía a su disposición el empresario. La luz cruda no le molestaba; en general no llegaba a dormir, pero quedar transpuesto un poco podía hacerlo con cualquier luz, a cualquier hora y hasta con la sola llena de una estrepitosa muchedumbre. Estaba siembre dispuesto a pasar toda la noche en vela con tales vigilantes; estaba dispuesto a bromear con ellos, a contarles historias de su vida vagabunda y a oír, en cambio, las suyas, sólo para mantenerse despierto, para poder mostrarles de nuevo que no tenía en la jaula nada comestible y que soportaba el hambre como no podría hacerlo ninguno de ellos.

Pero cuando se sentía más dichoso era al llegar la mañana, y, por su cuenta, les era servido a los vigilantes un abundante desayuno, sobre el

cual se arrojaban con el apetito de hombres robustos que han pasado una noche de trabajosa vigilia. Cierto que no faltaban gentes que quisieran ver en este desayuno un grosero soborno de los vigilantes, pero la cosa seguía haciéndose, y si se les preguntaba si querían tomar a su cargo, sin desayuno, la guardia nocturna, no renunciaban a él, pero conservaban siempre sus sospechas.

Pero éstas pertenecían ya a las sospechas inherentes a la profesión del ayunador. Nadie estaba en situación de poder pasar, ininterrumpidamente, días y noches como vigilante junto al ayunador; nadie, por tanto, podía saber por experiencia propia si realmente había ayunado sin interrupción y sin falta; sólo el ayunador podía saberlo, ya que él era, al mismo tiempo, un espectador de su hambre completamente satisfecho. Aunque, por otro motivo, tampoco lo estaba nunca. Acaso no era el ayuno la causa de su enflaquecimiento, tan atroz, que muchos, con gran pena suya, tenían que abstenerse de frecuentar las exhibiciones por no poder sufrir su vista: tal vez su esquelética delgadez procedía de su descontento consigo mismo. Sólo él sabía –sólo él y ninguno de sus adeptos– qué fácil cosa era el ayuno. Era la cosa más fácil del mundo. Verdad que no lo ocultaba, pero no le creían; en el caso más favorable, le tomaban por modesto, pero, en general. le juzgaban un reclamista, o un vil farsante para quien el ayuno era cosa fácil porque sabía la manera de hacerlo fácil y que tenía, además, el cinismo de dejarlo entrever. Había que aguantar todo esto y, con el curso de los años, ya se había acostumbrado a ello; pero, en su interior, siempre le recomía ese descontento y ni una sola ver, al fin de su ayuno –esta justicia había que hacérsela– había abandonado su jaula voluntariamente.

El empresario había fijado cuarenta días como el plazo máximo de ayuno, más allá del cual no le permitía ayunar ni siquiera en las capitales de primer orden. Y no dejaba de tener sus buenas razones para ello. Según le había señalado su experiencia, durante cuarenta días, valiéndose de toda suerte de anuncios que fueran concentrando el interés, podía quizá aguijonearse progresivamente la curiosidad de un pueblo; mas pasado este plazo, el público se negaba a visitarle, disminuía el crédito de que gozaba el artista del hambre. Claro que en este punto podían observarse pequeñas diferencias según las ciudades y las naciones; pero, por regla general, los cuarenta días eran el período de ayuno más dilatado posible. Por esta razón, a los cuarenta días era abierta la puerta de la jaula, ornada con una guirnalda de flores; un público entusiasmado llenaba el anfiteatro; sonaban los acordes de una banda militar; dos médicos entraban en la jaula para medir al ayunador, según normas científicas; y el resultado de la medición se anunciaba a la sala por medio de un altavoz; Por último, dos señoritas, felices de haber si-

do elegidas para desempeñar aquel papel mediante sorteo, llegaban a la jaula y pretendían sacar de ella al ayunador y hacerle bajar un par de peldaños para conducirle
ante una mesilla en la que estaba servida una comidita de enfermo cuidadosamente escogida. Y en este momento, el ayunador siempre se resistía.
Cierto que colocaba voluntariamente sus huesudos brazos en las manos que las dos damas, inclinadas sobre él, le tendían dispuestas a auxiliarle, pero no quería levantarse. ¿Por qué suspender el ayuno precisamente entonces, a los cuarenta días? Podía resistir aún mucho tiempo más, un tiempo ilimitado; ¿por qué cesar entonces, cuando estaba en lo mejor del ayuno? ¿Por qué arrebatarle la gloria de seguir ayunando, y no sólo la de llegar a ser el mayor ayunador de todos los tiempos, cosa que probablemente ya lo era, sino también la de sobrepujarse a sí mismo hasta lo inconcebible, pues no sentía límite alguno a su capacidad de ayunar? ¿Por qué aquella gente que fingía admirarlo tenía tan poca paciencia con él? Si aún podía seguir ayunando, ¿por qué no querían permitírselo? Además, estaba cansado; se hallaba muy a gusto tendido en la paja, y ahora tenía que ponerse de pie cuan largo era, y acercarse a una comida, cuando con sólo pensar en ella sentía náuseas que contenía difícilmente por respeto a las damas.
Y alzaba la vista para mirar los ojos de las señoritas, en apariencia tan amables, en realidad tan crueles, y movía después negativamente, sobre su débil cuello, la cabeza, que le pesaba como si fuese de plomo. Pero entonces ocurría lo de siempre; ocurría que se acercaba el empresario silenciosamente –con la música no se podía hablar–, alzaba los brazos sobre el ayunador, como si invitara al cielo a contemplar el estado en que se encontraba, sobre el montón de paja, aquel mártir digno de compasión, cosa que el pobre hombre, aunque en otro sentido, lo era; agarraba al ayunador por la sutil cintura, tomando al hacerlo exageradas precauciones, como si quisiera hacer creer que tenía entre las manos algo tan quebradizo como el vidrio; y, no sin darle una disimulada sacudida, en forma que al ayunador sin poderlo remediar, se le iban a un lado y otro las piernas y el tronco, se lo entregaba a las damas, que se habían puesto entretanto mortalmente pálidas.
Entonces el ayunador sufría todos sus males: la cabeza le caía sobre el pecho, como si le diera vueltas y, sin saber cómo, hubiera quedado en aquella postura; el cuerpo estaba como vacío; las piernas, en su afán de mantenerse en pie, apretaban sus rodillas una contra otra; los pies rascaban el suelo como sino fuera el verdadero y buscaran a éste bajo aquél; y todo el peso del cuerpo, por lo demás muy leve, caía sobre una de las damas, la cual, buscando auxilio, con cortado aliento –jamás se

hubiera imaginado de este modo aquella misión honorífica–, alargan, todo lo posible su cuello para librar siquiera su rostro del contacto con el ayunador. Pero después, como lo lograba, y su compañera, más feliz que ella, no venía en su ayuda, sino que se limitaba a llevar entre las suyas, temblorosas, el pequeño haz de huesos de la mano del ayunador, la portadora, en medio de las divertidas carcajadas de toda la sala, rompía a llorar y tenía que ser librada de su carga, por un criado de largo tiempo atrás preparado para ello.

Después venía la comida, en la cual el empresario, en el semisueño del desenjaulado, más parecido a un desmayo que a un sueño, le hacía tragar alguna cosa, en medio de una divertida charla con que apartaba la atención de los espectadores del estado en que se hallaba el ayunador. Después venía un brindis dirigido al público, que el empresario fingía dictado por el ayunador; la orquesta recalcaba todo con un gran trompeteo, marchábase el público y nadie quedaba descontento de lo que había visto; nadie, salvo el ayunador, el artista del hambre; nadie, excepto él.

Vivió así muchos años, cortados por periódicos descansos, respetado por el mundo, en una situación de aparente esplendor; mas, no obstante, casi siempre estaba de un humor melancólico, que se acentuaba cada vez más, ya que no había nadie que supiera tomarle en serio. ¿Con qué, además, podrían consolarle? ¿Qué más podía apetecer? Y si alguna vez surgía alguien, de piadoso ánimo, que le compadecía, quería hacerle comprender que, probablemente, su tristeza procedía del hambre, bien podía ocurrir, sobre todo si estaba ya muy avanzado el ayuno, que el ayunador le respondiera con una explosión de furia y, con espanto de todos, comenzara a sacudir como una fiera los hierros de la jaula. Mas para tales casos tenía el empresario un castigo que le gustaba emplear. Disculpaba al ayunador ante el congregado público, añadía que sólo la irritabilidad provocada por el hambre, irritabilidad incomprensible en hombres bien alimentados, podía hacer disculpable la conducta del ayunador. Después, tratando de este tema, para explicarlo pasaba a rebatir la afirmación del ayunador de que le era posible ayunar mucho más tiempo del que ayunaba: alababa la noble ambición, la buena voluntad, el gran olvido de sí mismo, que claramente se revelaban en esta afirmación; pero enseguida procuraba echarla abajo sólo con mostrar unas fotografías, que eran vendidas al mismo tiempo, pues en el retrato se veía al ayunador en la cama, casi muerto de inanición; a los cuarenta días de su ayuno. Todo lo sabía muy bien el ayunador, pero era rada vez más intolerable para él aquella enervante deformación de la verdad. ¡Presentábase allí como causa lo que sólo era consecuencia de la precoz terminación del ayuno! Era imposible luchar contra aquella in-

comprensión, contra aquel universo de estulticia. Lleno de buena fe, escuchaba ansiosamente desde su reja las palabras del empresario; pero al aparecer las fotografías, soltábase siempre de la reja, y sollozando, volvía a dejarse caer en la paja. El ya calmado público podía acercarse otra vez a la jaula y examinarlo a su sabor.

Unos años más tarde, si los testigos de tales escenas volvían a acordarse de ellas, notaban que se habían hecho incomprensibles hasta para ellos mismos. Es que mientras tanto se había operado el famoso cambio; sobrevino casi de repente; debía haber razones profundas para ello; pero ¿quién es capaz de hallarlas?

El caso es que cierto día, el tan mimado artista del hambre se vio abandonado por la muchedumbre ansiosa de diversiones, que prefería otros espectáculos. El empresario recorrió otra vez con él media Europa para ver si en algún sitio hallarían aún el antiguo interés. Todo en vano: como por obra de un pacto, había nacido al mismo tiempo, en todas partes, una repulsión hacia el espectáculo del hambre. Claro que, en realidad, este fenómeno no podía haberse dado así de repente, y, meditabundos y compungidos, recordaban ahora muchas cosas que en el tiempo de la embriaguez del triunfo no habían considerado suficientemente, presagios no atendidos como merecían serlo. Pero ahora era demasiado tarde para intentar algo en contra. Cierto que era indudable que alguna vez volvería a presentarse la época de los ayunadores, pero para los ahora vivientes, eso no era consuelo.

¿Qué debía hacer, pues, el ayunador? Aquel que había sido aclamado por las multitudes, no podía mostrarse en barracas por las ferias rurales; y para adoptar otro oficio, no sólo era el ayunador demasiado viejo, sino que estaba físicamente enamorado del hambre. Por lo tanto, se despidió del empresario, compañero de una carrera incomparable, y se hizo contratar en un gran circo, sin examinar siquiera las condiciones de la contrata.

Un gran circo, con su infinidad de hombres, animales y aparatos que sin cesar se sustituyen y se complementan unos a otros, puede, en cualquier momento, utilizar a cualquier artista, aunque sea a un ayunador, si sus pretensiones son modestas, naturalmente. Además, en este caso especial, no era sólo el mismo ayunador quien era contratado, sino su antiguo y famoso nombre; y ni siquiera se podía decir, dada la singularidad de su arte, que. como al crecer la edad mengua la capacidad, un artista veterano que ya no está en la cumbre de su poder, trata de refugiarse en un tranquilo puesto de circo; al contrario, el ayunador aseguraba, y era plenamente creíble, que lo mismo podía ayunar entonces que antes, y hasta aseguraba que si le dejaban hacer su voluntad, cosa que al momento le prometieron, sería aquélla la vez en que había de llenar al mundo de justa admiración; afirmación que

había de llenar al mundo de justa admiración; afirmación que provocaba una sonrisa en las gentes del oficio, que conocían el espíritu de los tiempos, del cual, en su entusiasmo, habíase olvidado el ayunador.

Mas, allá en su fondo, el ayunador no dejó de hacerse cargo de las circunstancias, y aceptó sin dificultad que no fuera colocada su jaula en el centro de la pista, como número sobresaliente , sino que se la dejara fuera, cerca de las cuadras, sitio, por lo demás, bastante concurrido. Grandes carteles de colores chillones rodeaban la jaula y anunciaban lo que había que admirar en ella. En los intermedios del espectáculo, cuando el público se dirigía hacia las cuadras para ver los animales, era casi inevitable que pasaran por delante del ayunador y se detuvieran allí un momento; acaso habrían permanecido más tiempo junto a él si no hicieran imposible una contemplación más larga y tranquila los empujones de los que venían detrás por el estrecho corredor y que no comprendían que se hiciera aquella parada en el camino de las interesantes cuadras.

Por este motivo el ayunador temía aquella horade visitas que por otra parte anhelaba como el objeto de su vida. En los primeros tiempos apenas había tenido paciencia para esperar el momento del intermedio; había contemplado con entusiasmo la muchedumbre que se extendía y venía hacia él hasta que, muy pronto –ni la más obstinada y casi consciente voluntad de engañarse a sí mismo se salvaba de aquella experiencia– tuvo que convencerse de que la mayor parte de aquella gente sin excepción, no traía otro propósito que el de visitar las cuadras. Y siempre era lo mejor el ver aquella masa, así, desde lejos. Porque cuando llegaban junto a su jaula, en seguida le aturdían los gritos e insultos de los dos partidos que inmediatamente se formaban: el de los que querían verlo cómodamente (y bien pronto llegó a ser este bando el que más apenaba al ayunador, porque se paraban, no porque les interesara lo que tenían ante sus ojos, sino por llevar la contraria y fastidiar a los otros) y el de los que sólo apetecían llegar lo antes posible a las cuadras. Una vez que había pasado el gran tropel, venían los rezagados, y también éstos, en vez de quedarse mirándole cuanto tiempo les apeteciera, pues ya era cosa no impedida por nadie, pasaban de prisa, a largo paso, apenas concediéndole una mirada de reojo, para llegar con tiempo de ver los animales. Y era caso insólito el de que viniera un padre de familia con sus hijos, mostrando con el dedo al ayunador y explicando extensamente de qué se trataba y hablara de tiempos pasados. cuando había estado él en una exhibición análoga, pero incomparablemente más lucida que aquélla, y entonces los niños, que, a causa de su insuficiente preparación escolar y general –¿qué sabían ellos lo que era ayunar?– seguían sin comprender lo que contemplaban, tenían

un brillo en sus inquisidores ojos, en que se traslucían futuros tiempos más piadosos. –Quizá estarían un poco mejor las cosas –decíase a veces el ayunador– si el lugar de la exhibición no se hallase tan cerca de las cuadras. Entonces les habría sido más fácil a las gentes elegir lo que prefirieran; aparte de que le molestaban mucho y acababan por deprimir sus fuerzas las emanaciones de las cuadras, la nocturna inquietud de los animales, el paso por delante de su jaula de los sangrientos trozos de carne con que alimentaban a los animales de presa, y los rugidos y gritos de éstos durante su comida. Pero no se atrevía a decirlo a la Dirección, pues, si bien lo
pensaba, siempre tenía que agradecer a los animales la muchedumbre de visitantes que pasaban ante él, entre los cuales, de cuando en cuando, bien se podía encontrar alguno que viniera especialmente a verle. Quién sabe en qué rincón le meterían, si al decir algo les recordaba que aún vivía, y le hacía ver, en resumidas cuentas, que no venía a ser más que un estorbo en el camino de las cuadras.
Un pequeño estorbo en todo caso, un estorbo que cada vez se hacía más diminuto. Las gentes se iban acostumbrando a la rara manía de pretender llamar la atención como ayunador en los tiempos actuales, y adquirido este hábito quedó ya pronunciada la sentencia de muerte del ayunador. Podía ayunar cuanto quisiera, y así lo hacía. Pero nada podía ya salvarle, la gente pasaba a su lado sin verle. ¿Y si intentara explicarle a alguien el arte del ayuno" A quien no lo siente, no es posible hacérselo comprender.
Los más hermosos rótulos llegaron a ponerse sucios e ilegibles, fueron arrancados, y a nadie se le ocurrió renovarlos. La tablilla con el número de los días transcurridos desde que había comenzado el ayuno, que en los primeros tiempos era cuidadosamente mudada todos los días, hacía ya mucho tiempo que era la misma, pues al cabo de algunas semanas, este pequeño trabajo habíase hecho desagradable para el personal; y de este modo, cierto que el ayunador 'continuó ayunando, como siempre había anhelado, y que lo hacía sin molestia, tal como en otro tiempo lo había anunciado; pero nadie contaba ya el tiempo que pasaba; nadie, ni siquiera el mismo ayunador, sabía qué número de días de ayuno llevaba alcanzados, y su corazón se llenaba de melancolía. Y así, cierta vez, durante aquel tiempo, en que un ocioso se detuvo ante su jaula y se rió del viejo número de días consignado en la tablilla, pareciéndole imposible, y habló de engañifa y de estafa, fue ésta la más estúpida mentira que pudieran inventar la indiferencia y la malicia innata, pues no era el ayunador quien engañaba, él trabajaba honradamente, pero era el mundo quien se engañaba en cuanto a sus merecimientos.
Volvieron a pasar muchos días, pero llegó uno en que también aquello

tuvo fin. Cierta vez, un inspector se fijó en la jaula y preguntó a los criados por qué dejaban sin aprovechar aquella jaula tan utilizable que sólo contenía un podrido montón de paja. Todos lo ignoraban, hasta que, por fin, uno, al ver la tablilla del número de días, se acordó del ayunador. Removieron con horcas la paja, y en medio de ella hallaron al ayunador. ¿Ayunas todavía? –preguntóle el inspector–. ¿Cuándo vas a cesar de una vez?
–Perdonadme todos –musitó el ayunador, pero sólo le comprendió el inspector, que tenía el oído pegado a la reja.
–Sin duda –dijo el inspector, poniéndose el índice en la sien para indicar con ello al personal el estado mental del ayunador–, todos te perdonamos.
–Había deseado toda la vida que admirarais mi resistencia al hambre –dijo el ayunador. –Y la admiramos –repúsole el inspector. –Pero no debíais admirarla –dijo el ayunador.
–Bueno, pues entonces, no la admiraremos –repuso el inspector–; pero ¿por qué, no debemos admirarte?
–Porque me es forzoso ayunar, no puedo evitarlo –dijo el ayunador. –Eso ya se ve –dijo el inspector––, pero ¿por qué no puedes evitarlo?
–Porque –dijo el artista del hambre levantando un poco la cabeza y hablando en la misma oreja del inspector para que no se perdieran sus palabras, con labios alargados como si fuera a dar un beso–, porque no pude encontrar comida que me gustara. Si la hubiera encontrado, puedes creerlo, no habría hecho ningún cumplido y me habría hartado como tú y como todos.
Estas fueron sus últimas palabras, pero todavía, en sus ojos quebrados, mostrábase la firme convicción, aunque ya no orgullosa, de que seguiría ayunando.
–¡Limpien aquí! –ordenó el inspector, y enterraron al ayunador junto con la paja. Mas en la jaula pusieron una pantera joven. Era un gran placer hasta para el más obtuso de sentidos, ver en aquella jaula, tanto tiempo vacía, la hermosa fiera que se revolcaba y daba saltos. Nada le faltaba. La comida, que le gustaba, traíansela sin largas cavilaciones sus guardianes. Ni siquiera parecía añorar la libertad. Aquel noble cuerpo, provisto de todo lo necesario para desgarrar lo que se le pusiera por delante, parecía llevar consigo la propia libertad: parecía estar escondida en cualquier rincón de su dentadura. Y la alegría de vivir brotaba con tan fuerte ardor de sus fauces, que no les era fácil a los espectadores poder hacerle frente. Pero se sobreponían a su temor, se apretaban contra la jaula y en modo alguno querían apartarse de allí.

UN ARTISTA DEL TRAPECIO

Un artista del trapecio –es sabido que ese arte que se practica en lo alto de las carpas de los grandes circos es uno de los más difíciles entre todos los asequibles al hombre– había organizado su vida de manera tal –primero por afán profesional de perfección, después por una costumbre que se había hecho tiránica– que, mientras trabajaba en la misma empresa, permanecía día y noche en el trapecio. Todas sus necesidades –por otra parte muy pequeñas– eran satisfechas por criados que se relevaban a intervalos y vigilaban abajo. Todo lo que arriba se necesitaba lo subían y bajaban en cestos construidos para el caso.

De este modo de vivir no derivaban para el trapecista problemas insolubles con el resto del mundo. Sólo resultaba un poco molesto durante los demás números del programa, porque como no se podía ocultar que se había quedado allá arriba, aunque permanecía quieto, siempre alguna mirada del público se desviaba hacia él. Pero los directores se lo perdonaban, porque era un artista extraordinario, insustituible. Además, era sabido que no vivía así por capricho y que sólo de aquella manera podía estar siempre entrenado y conservar la extrema perfección de su arte.

Allá arriba lo pasaba muy bien. Cuando, en los días calurosos del verano, eran abiertas las ventanas laterales que corrían alrededor de la cúpula y el sol y el aire se volcaban en el ámbito crepuscular del circo, era hasta bello. Su contacto humano estaba muy limitado, naturalmente. Alguna vez trepaba por la cuerda de ascensión algún colega, se sentaba a su lado en el trapecio, apoyado uno en la cuerda de la derecha, otro en la de la izquierda, y conversaban con fervor. O bien los obreros que reparaban los techos cambiaban con él alguna que otra palabra por una de las claraboyas o el electricista, que comprobaba las conexiones de la luz en la galería más alta, le gritaba alguna frase respetuosa, aunque poco comprensible.

No siendo un solitario, estaba siempre solo. Alguna vez un empleado que erraba cansadamente a las horas de la siesta por el circo, elevaba su mirada a la casi atrayente altura, donde el trapecista descansaba o se ejercitaba en su arte sin saber que era observado.

De este modo hubiera podido vivir tranquilo el artista del trapecio, a no ser por los inevitables viajes de lugar en lugar que le fastidiaban muchísimo. Pero el empresario cuidaba que ese sufrimiento no se prolongara innecesariamente.

El trapecista salía hacia la estación en un automóvil de carrera que corría, a la madrugada, por las calles desiertas, con la velocidad máxima; demasiado lenta, sin embargo, para su nostalgia del trapecio.

En el tren se disponía un departamento para él solo, donde encontraba, encima en la rendilla de los equipajes, una sustitución precaria –pero en algún sentido equivalente– de su forma de vivir.
En el lugar de destino ya estaba enarbolado el trapecio mucho antes de su llegada, cuando todavía no se habían cerrado las tablas ni colocado las puertas. Pero para el empresario era el instante de mayor placer aquel en que el trapecista apoyaba el pie en la cuerda de subida y en un segundo se encaramaba de nuevo sobre su trapecio.
Pese a todas esas precauciones, los viajes perturbaban gravemente los nervios del trapecista, de modo que por muy afortunados que fueran económicamente para el empresario, siempre le resultaban penosos.
Una vez, mientras viajaban, el artista ubicado en la redecilla como soñando, y el empresario recostado junto a la ventanilla, leyendo un libro, el hombre del trapecio lo apostrofó suavemente. Y le dijo, mordiéndose los labios, que en lo sucesivo necesitaba para vivir, no un trapecio, como hasta entonces, sino dos, dos trapecios, uno frente a otro.
El empresario se lo concedió de inmediato. Pero el trapecista, como si quisiera mostrar que la aceptación del empresario no era más importante que su oposición, agregó que nunca más, en ninguna ocasión, trabajaría únicamente sobre un solo trapecio. Parecía horrorizarse ante la idea de que pudiera sucederle alguna vez. El empresario, deteniéndose y observando a su artista, declaró nuevamente su absoluta conformidad. Dos trapecios son mejor que uno solo. Además, los nuevos ejercicios serían más variados y vistosos.
Pero de pronto el artista comenzó a llorar. El empresario, profundamente conmovido, se levantó de un salto y le preguntó que le ocurría, y como no recibiera ninguna respuesta, se subió al asiento, lo acarició y abrazó y estrechó su rostro contra el suyo, hasta sentir las lágrimas en su piel. Después de muchas preguntas y palabras cariñosas, el trapecista exclamó, sollozando:
–Sólo con una barra en las manos, ¡cómo podría vivir!
Entonces le resultó fácil al empresario consolarlo. Le prometió que en la primera estación, en la primera parada, telegrafiaría para que montasen un segundo trapecio y se reprochó a sí mismo duramente la crueldad de haber dejado al artista tanto tiempo en uno solo. En fin, le dio las gracias por haberle hecho observar aquella omisión imperdonable. De esta forma, pudo el empresario tranquilizar al artista y volver a su rincón.
En cambio, él no estaba tranquilo; con grave preocupación espiaba a hurtadillas, por encima del libro, al trapecista. Si semejantes pensamientos habían empezado a atormentarlo, ¿podrían ya cesar por completo? ¿No seguirían aumentando día a día? ¿No amenazarían su exis-

tencia? Y el empresario, alarmado, creyó advertir en aquel sueño aparentemente tranquilo en que habían terminado los sollozos, la primera arruga cincelándose en la lisa frente juvenil del artista del trapecio.

JOSEFINA LA CANTORA

Josefina es el nombre de nuestra cantora. Quien no la ha oído, no conoce el poder del canto. No hay nadie a quien su canto no arrebate, prueba de su valor, ya que en general nuestra raza no aprecia la música. El silencio es nuestra música preferida; nuestra vida es dura, y aunque intentáramos olvidar las preocupaciones cotidianas no podríamos nunca elevarnos tan por encima de nuestra vida habitual, hacia la música. Pero no nos quejamos mucho; casi ni nos quejamos; consideramos que nuestra máxima virtud es cierta astucia práctica, en verdad sumamente indispensable, y con esa sonriente astucia solemos consolarnos de todo, aun cuando alguna vez sintamos –lo que no ocurre nunca– la nostalgia de felicidad que tal vez la música produce. Sólo Josefina es una excepción; le gusta la música, y además sabe comunicarla; es la única; con su desaparición desaparecerá también la música –quién sabe hasta cuándo– de nuestras vidas.

Muchas veces me he preguntado qué ocurre realmente con esa música. Carecemos totalmente de sentido musical; ¿cómo comprendemos entonces el canto de Josefina, o más bien, ya que Josefina niega nuestra comprensión, creemos comprenderlo? La respuesta más simple sería que la belleza de su canto es tan grande que ni los más obtusos pueden resistirla; pero esa respuesta es insatisfactoria. Si así fuera realmente, al oír ese canto deberíamos experimentar, ante todo y en todos los casos, la sensación de lo extraordinario, la sensación de que en esa garganta resuena algo no oído antes, y que tampoco somos capaces de oír, y que tal vez Josefina y sólo ella nos capacita para oír. En realidad, no es ésta mi opinión, no siento eso y no he notado que los demás lo sintieran. En círculos íntimos, no titubeamos en confesarnos que, como canto, el de Josefina no es nada extraordinario.

Para empezar con algo, ¿es canto? A pesar de nuestra carencia de sentido musical, poseemos tradiciones de canto; en la antigüedad, el canto existió entre nosotros; las leyendas lo mencionan, y hasta se conservan canciones, que desde luego ya nadie puede entonar. Por lo tanto, tenemos alguna idea de lo que es el canto, y es evidente que el canto de Josefina no corresponde a esa idea. ¿Es entonces canto? ¿No será quizás un simple chillido? Todos sabemos que el chillido es una aptitud artística de nuestro pueblo, o, mejor que una aptitud, una expresión vital

característica. Todos chillamos, pero a nadie se le ocurre que esto sea un arte, chillamos sin darle importancia, hasta sin darnos cuenta, y muchos de nosotros ni siquiera saben que es una de nuestras características. Por lo tanto, si fuera cierto que Josefina no canta, sino chilla, y que tal vez, como creo yo por lo menos, su chillido no sobrepasa los límites de un chillido común –hasta es posible que sus fuerzas ni siquiera alcancen para un chillido común, cuando un simple trabajador de la tierra puede chillar todo el día, mientras trabaja, sin cansarse–; si todo esto fuera cierto, entonces quedarían de inmediato refutadas todas las pretensiones artísticas de Josefina, pero todavía faltaría resolver el misterio de su inmenso encanto.

Tengamos en cuenta, después de todo, que lo que ella emite es un simple chillido. Si uno se coloca bien lejos y la escucha, o todavía mejor, si para poner a prueba su discernimiento trata de reconocer la voz de Josefina cuando ésta canta en medio de otras voces, sólo distingue, sin lugar a dudas, un vulgar chillido, que en el mejor de los casos apenas se diferencia por su delicadeza o su suavidad. Y sin embargo, si no se está ante ella, ya no se oye un simple chillido; para comprender su arte es necesario no sólo escucharla, sino también contemplarla. Aun cuando sólo fuera nuestro chillido cotidiano, nos encontramos ante todo con la peculiaridad de alguien que se prepara con solemnidad para ejecutar un acto cotidiano. Cascar una nuez no es realmente un arte, y en consecuencia nadie se atrevería a congregar a un auditorio para cascar nueces. Pero si lo hace y logra su propósito, entonces ya no se trata simplemente de cascar nueces. O tal vez se trate simplemente de cascar nueces, pero se descubre que nos hemos despreocupado totalmente de dicho arte porque lo dominábamos demasiado, y este nuevo cascador de nueces nos muestra por primera vez la real esencia del arte, al punto que podría convenirle, para dar un mayor efecto, ser un poco menos hábil en cascar nueces que la mayoría de nosotros.

Tal vez sucede lo mismo con el canto de Josefina; admiramos en ella lo que no admiramos en nosotros; por otra parte, ella coincide totalmente con nuestra opinión. Yo me encontraba presente una vez que alguien, como a menudo ocurre, mencionó el chillido popular, tan difundido, y en verdad lo mencionó muy tímidamente, pero para Josefina era más que suficiente. No he visto nunca una sonrisa tan sarcástica y arrogante como la suya en ese momento; ella, que es la personificación de la perfecta delicadeza, y hasta se destaca por eso entre nuestro pueblo, tan rico en finos tipos femeninos, llegó a parecer en ese instante francamente vulgar; pero su gran sensibilidad le permitió advertirlo y se dominó. De todos modos, niega toda relación entre su arte y el chillido. Sólo siente desprecio hacia los que son de opinión contraria, y proba-

blemente un odio inconfesado. Esto no es simple vanidad, porque dichos opositores, entre los que en cierto modo me cuento, no la admiran seguramente menos que la multitud, pero Josefina no se conforma con la simple admiración, quiere ser admirada exactamente como ella prescribe; la mera admiración no le importa. Y cuando uno está frente a ella, la comprende; la oposición sólo es posible desde lejos; cuando uno está frente a ella, sabe: lo que chilla no son chillidos.
Como chillar es uno de nuestros hábitos inconcientes, podría suponerse que también en el auditorio de Josefina se oyen chillidos; nos encanta su arte, y cuando estamos encantados, chillamos; pero su auditorio no chilla, guarda un silencio ratonil; como si nos volviéramos partícipes del anhelado silencio, del que nuestro chillar nos apartaría, callamos. ¿Nos extasía su canto, o no será más bien el solemne silencio que envuelve su débil vocecita? Sucedió una vez que una tonta criaturita comenzó también a chillar, con toda inocencia, mientras Josefina cantaba. Ahora bien, era exactamente lo mismo que Josefina nos hacía oír; frente a nosotros, sus chillidos cada vez más débiles, a pesar de todos los ensayos, y en medio del público, el chillido infantil e involuntario; hubiera sido imposible señalar una diferencia; y sin embargo silbamos y siseamos de inmediato a la intrusa, aunque en realidad era totalmente innecesario, porque ésta se habría retirado de todos modos arrastrándose de terror y vergüenza, mientras Josefina lanzaba su chillido triunfal y en un completo éxtasis extendía los brazos y estiraba el cuello hasta más no poder.
Por otra parte, siempre ocurre así, cualquier tontera, cualquier contingencia, cualquier contrariedad, un crujido del suelo, un rechinar de dientes, un defecto de la iluminación le sirven de pretexto para realizar el efecto de su canto; cree cantar sin embargo ante oídos sordos; aprobación y aplauso le sobran, pero no verdadera comprensión, según ella, y hace tiempo que se resignó a la incomprensión. Por eso le agradaban tanto las interrupciones; cualquier circunstancia exterior que se oponga a la pureza de su canto, que pueda ser vencida con poco esfuerzo, o hasta sin esfuerzo, con simplemente afrontarla, puede contribuir a despertar a la multitud, y a enseñarle, si no la comprensión, por lo menos un respeto supersticioso.
Si así le sirven las pequeñeces, ¡cuánto más los grandes avatares! Nuestra vida es muy inquieta, cada día nos trae nuevas sorpresas, temores, esperanzas y miedos, que el individuo aislado no podría soportar si no contara día y noche, siempre, con el apoyo de sus camaradas; pero aun así sería bastante difícil; muchas veces miles de espaldas tambalean bajo una carga destinada a uno solo. Entonces Josefina considera que ésta es su hora. Se yergue, delicada criatura; su pecho vibra

con angustia, como si hubiera concentrado todas sus fuerzas en el canto, como si se hubiera despojado de todo lo que en ella no es directamente necesario al canto, toda fuerza, toda manifestación de vida casi, como si se hubiera desnudado, abandonado, entregado totalmente a la protección de los ángeles guardianes, como si en su total arrobamiento en la música un sólo hálito frío pudiera matarla. Pero justo cuando aparece así los que nos decimos oponentes solemos comentar:

–Ni siquiera puede chillar; tiene que esforzarse tan horriblemente no para cantar (no hablemos de cantar), sino para obtener algo vagamente parecido al chillido habitual del país.

Así comentamos, pero esta impresión, como he dicho inevitable, es sin embargo fugaz, y rápidamente desaparece. Pronto, también nosotros nos sumergimos en el sentimiento de la multitud, que en cálida proximidad escucha, conteniendo el aliento.

Y para reunir en torno a ella esta multitud de gente de nuestro pueblo, un pueblo casi siempre móvil, que corre de un lado para otro por motivos no muy claros, le basta a Josefina generalmente echar la cabecita hacia atrás, entreabrir la boca, volver los ojos hacia lo alto, y adoptar en general la posición que anuncia su intención de cantar. Puede hacer esto donde se le ocurra, no hace falta que sea un lugar visible desde lejos, cualquier rincón escondido y escogido al azar según el capricho del instante, le sirve. La noticia de que va a cantar se difunde de inmediato, y pronto acuden procesiones enteras.

Claro que a veces surgen inconvenientes, porque Josefina canta con preferencia en tiempos de agitación; múltiples preocupaciones y peligros nos obligan a seguir caminos divergentes, a pesar de la mejor voluntad no podemos reunirnos tan rápidamente como Josefina desearía, y se ve obligada a esperar algún tiempo, sin abandonar su actitud grandilocuente, y sin auditorio suficiente; entonces se pone francamente furiosa, patalea, maldice de manera muy poco casta; hasta llega a morder. Pero ni siquiera semejante conducta perjudica su reputación; en vez de contener sus exageradas pretensiones, todos se esfuerzan por satisfacerlas; se envían mensajeros para convocar más público; se le oculta esta circunstancia; en todos los caminos de los alrededores hay centinelas apostados que hacen señales a los concurrentes para que se apresuren; y continúa hasta reunir un auditorio tolerable. ¿Qué impulsa a la gente a molestarse tanto por Josefina? Problema tan difícil de resolver como el del canto de Josefina, y muy relacionado con él.

Se podría suprimirlo, e incluirlo totalmente en el segundo problema mencionado, si fuera posible asegurar que por su canto la gente es incondicionalmente adicta a Josefina. Pero no es éste el caso; nuestro pueblo desconoce casi la adhesión incondicional; nuestro pueblo,

que ama sobre todo la astucia inocua, el susurro infantil y la charla inocente y superficial, ese pueblo no puede en ningún caso entregarse incondicionalmente, y Josefina lo sabe muy bien, y justamente contra eso combate con todo el vigor de su débil garganta.
En verdad, no debemos exagerar las consecuencias de estas consideraciones tan generales; el pueblo es adicto a Josefina, pero no lo es en forma incondicional. Por ejemplo, no serían capaces de reírse de ella. Llega a admitir que muchos aspectos de Josefina son risibles; y la risa es de por sí una de nuestras características constantes; a pesar de todas las miserias de nuestra existencia, la risa moderada es en cierto modo nuestra compañera habitual; pero de Josefina no nos reímos. A menudo tengo la impresión de que el pueblo concibe su relación con Josefina como si este ser frágil, indefenso, y en cierto modo notable (según ella notable por su poder lírico), le estuviera confiado y debiera cuidar de ella; el motivo no es claro para nadie, pero el hecho parece indiscutible. Pero nadie se ríe de lo que le han confiado; reírse sería faltar al deber; la máxima maldad de que a veces son capaces los mezquinos al hablar de ella es ésta: "La risa se nos acaba cuando vemos a Josefina."
Así cuida el pueblo a Josefina, como un padre cuida a la criatura que le tiende su manecita, no se sabe bien si para pedir o para exigir. Podría pensarse que nuestro pueblo no es capaz de desempeñar esas funciones paternales, pero en realidad, y por lo menos en este caso, las desempeña admirablemente, ningún individuo podría hacer lo que hace la totalidad del pueblo. Desde luego, la diferencia de fuerzas entre el pueblo y el individuo es tan extraordinaria, que basta que atraiga al protegido al calor de su proximidad, para que éste se encuentre suficientemente protegido. Pero nadie se atreve a hablar de esto con Josefina. "Me burlo de vuestra protección", dice en esos casos. Sí, sí, búrlate, pensamos. Y en realidad, su rebelión no implica nuestra resistencia, más bien es mera puerilidad y gratitud infantil, y el deber de un padre es obviarlas.
Pero hay algo en las relaciones entre el pueblo y Josefina que es aún más difícil de explicar. Josefina no sólo descree de la protección del pueblo, cree que es ella quien protege al pueblo. Piensa que su canto nos salva en las crisis políticas o económicas, nada menos, y cuando no aleja la desgracia, por lo menos nos da fuerzas para soportarla. No lo dice, ni explícita ni implícitamente, pues en verdad habla poco, calla entre charlatanes, pero lo dice el brillo de sus ojos, y lo proclama su boca cerrada (en nuestro pueblo, pocos pueden tenerla cerrada; ella puede).
A cada mala noticia –y hay días en que las malas noticias abundan, incluyendo las falsas y dudosas– ella se yergue, porque por lo general

yace en el suelo, fatigada; se yergue, estira el cuello y trata de abarcar con la mirada a su rebaño, como un pastor ante la tormenta. Se sabe que también los niños suelen aducir pretensiones análogas, en su irreprimible e impetuosa puerilidad, pero en Josefina no son tan infundadas como en ellos. Es verdad que no nos salva, ni nos infunde ninguna fuerza especial; es fácil adoptar el papel de salvador de nuestro pueblo, habituado al sufrimiento, temerario, de rápidas decisiones, conocedor del rostro de la muerte, sólo aparentemente tímido en esa atmósfera de audacia que lo rodea sin cesar, y además tan fecundo como arriesgado; es fácil, digo, considerarse *a posteriori* el salvador de este pueblo que siempre ha sabido de algún modo salvarse a sí mismo, aun a costa de sacrificios que estremecen de espanto al historiador (aunque en general descuidamos casi por completo el estudio de la historia). Y sin embargo también es verdad que en las situaciones de angustia escuchamos mejor que en otras la voz de Josefina. Las amenazas en suspenso sobre nosotros nos vuelven más silenciosos, más humildes, más dóciles a la dominación de Josefina; con gusto nos reunimos, con gusto nos apiñamos, especialmente porque la ocasión tiene tan poco que ver con nuestra apremiante preocupación; es como si bebiéramos con apresuramiento –sí, hay que darse prisa, demasiado a menudo Josefina olvida esta circunstancia– una copa común de paz antes de la batalla. Es menos un concierto de canto que una asamblea popular, y en verdad, una asamblea donde, exceptuando el débil chillido de Josefina, impera un silencio absoluto; la hora es demasiado seria para desperdiciarla en charlas.

Una relación de este tipo, como es natural, no satisface a Josefina. A pesar de su inquietud y nerviosismo, consecuencias de lo indefinido de su posición, hay muchas cosas que no ve, cegada por su engreimiento, y sin mayor esfuerzo puede lograrse que pase por alto muchas otras; un enjambre de aduladores se ocupa constantemente de esto, rindiendo un verdadero servicio público; pero no consentiría jamás cantar en un rincón de una asamblea popular, inadvertida, secundaria, aun sin que eso fuera deshonroso, y preferiría negarnos el don de su canto.

Pero esto no es necesario, porque su arte no pasa inadvertido. Aunque en el fondo estamos preocupados por cosas muy diferentes, y el silencio reina no sólo porque ella canta, y muchos acaso ni miran, prefiriendo hundir el rostro en el cuello del vecino, y Josefina parece por lo tanto esforzarse inútilmente en el escenario, hay algo sin embargo en su canto –y esto no puede negarse– que nos conmueve. Esos chillidos que lanza mientras todos están entregados al silencio, nos llegan como un mensaje de todo el pueblo a cada uno de nosotros; el suave chillido de Josefina en medio de esos momentos de graves decisiones es casi como

la miserable existencia de nuestro pueblo ante el tumulto del mundo hostil. Josefina se impone, con su carencia de voz, con su carencia de técnica se impone y nos llega al alma; nos hace bien pensar en eso. En esos momentos, no soportaríamos a una verdadera artista del canto, suponiendo que hubiera alguna entre nosotros, y unánimemente nos alejaríamos de la insensatez de semejante concierto. Que Josefina no descubra jamás que la escuchamos justo porque no es una gran cantante. Algún presentimiento de esto ha de tener, porque si no ¿con qué motivo negaría tan apasionadamente que la escuchamos?; pero igual sigue cantando, tratando de alejar a chillidos ese presentimiento.
Pero hay otras cosas que deberían consolarla: a pesar de todo, es probable que la escuchemos igual que se escucha a una artista del canto; provoca emociones que una artista famosa trataría en vano de lograr, y que sólo son posibles justamente por la pobreza de sus medios. Esto se relaciona sobre todo con nuestro modo de vivir.

Si bien nuestro pueblo desconoce la juventud, apenas conoce una mínima infancia. Es cierto que regularmente aparecen proyectos en los que se otorga a los niños una libertad y protección especial; en los que su derecho a cierta negligencia, a cierto espíritu inocente de travesura, a un poco de diversión, es reconocido, y se fomenta su ejercicio; en cuanto aparecen esos proyectos todos los aprueban, nada aprobarían con más agrado, pero tampoco hay nada que la realidad de nuestra vida permita menos cumplir; se aprueban los proyectos, se intenta su aplicación, pero pronto todo vuelve a ser lo que era antes. Nuestra vida es tal, que un niño apenas puede correr un poco y distinguir otro tanto del mundo que le rodea, pues debe ganarse la vida como un adulto; las zonas en que por razones económicas debemos vivir dispersos son demasiado extensas, nuestros enemigos demasiado numerosos, los peligros que nos acechan, innúmeros; no podemos alejar a los niños de la lucha por la existencia, hacerlo significaría una muerte prematura. A estas melancólicas consideraciones se agrega otra que no es nada melancólica: la fecundidad de nuestra raza. Una generación –y cada una es más numerosa aún que la anterior– es inmediatamente desplazada por la siguiente; los niños no tienen tiempo de ser niños. Otros pueblos pueden criar cuidadosamente a sus niños, pueden edificar escuelas para ellos, y de esas escuelas surgen diariamente torrentes de niños, el futuro de la raza, pero durante mucho tiempo esos niños que día tras día salen de las escuelas son los mismos. Nosotros no tenemos escuelas, pero de nuestro pueblo surgen a brevísimos intervalos innúmeras multitudes de niños, balbuceando o pipiando alegremente, porque todavía no saben chillar, rodando o gateando impulsados por el ímpetu general,

porque todavía no saben correr, llevándoselo todo por delante con torpeza, porque todavía no pueden ver, ¡nuestros niños! Y no como los niños de esas escuelas, siempre los mismos, no; siempre distintos, sin fin, sin interrupción, apenas aparece un niño, ya no es más niño, porque se apiñan detrás de él nuevos rostros de niños, imposibles de diferenciar a causa de su cantidad y su premura, rosados de felicidad. Verdaderamente, por más hermosa que sea esta abundancia, y por más que nos la envidien los demás, y con razón, no podemos proporcionarles una verdadera infancia. Y esto trae consecuencias. Una especie de inagotable e inarraigable infancia caracteriza a nuestro pueblo; en oposición directa con lo mejor que tenemos, nuestro infalible sentido común, nos conducimos muchas veces de la manera más insensata, y justamente con la misma insensatez de los niños, loca, pródiga, grandiosa, frívolamente, y todo por el placer de alguna diversión. Y aunque tanto nuestra alegría natural ya no puede alcanzar la intensidad de la alegría infantil, algo de ésta sin duda queda. Y también Josefina ha sabido aprovechar desde el primer momento esta puerilidad de nuestro pueblo.

Pero nuestra gente no sólo es pueril, en cierto sentido también es prematuramente senil, la niñez y la vejez no son como en los demás. No tenemos juventud, somos adultos de inmediato, y luego somos adultos demasiado tiempo, y cierto cansancio y cierta desesperanza originados por esa circunstancia nos marcan con señales visibles, a pesar de la resistencia y la capacidad de esperanza que nos caracterizan. Esto también se relaciona seguramente con nuestra carencia de sentido musical, somos demasiado viejos para la música, sus emociones, sus éxtasis no concuerdan con nuestra pesadez; cansados, la desdeñamos; nos conformamos con nuestro chillido; un chillido de vez en cuando basta. Quien sabe si no habrá talentos musicales entre nosotros; pero si los hubiera, el carácter de nuestras gentes los anularían antes de que comenzaran a desarrollarse. En cambio, Josefina puede chillar todo lo que se le ocurra, o cantar, o como quiera llamárselo, no nos molesta, nos cae bien, podemos soportarlo perfectamente; si alguna traza de música hay en su canto, está reducida a su mínima expresión; así conservamos cierta tradición musical, sin molestarnos en lo más mínimo.

Pero Josefina representa algo más para este pueblo tan definido. En sus conciertos, sobre todo durante las épocas difíciles, sólo los muy jóvenes se interesan por la cantante como tal, sólo ellos la contemplan con asombro, miran cómo proyecta los labios, cómo expele el aire entre sus bonitos dientes, y cómo desfallece de pura admiración ante los sonidos que ella misma provoca, y aprovecha esos desfallecimientos para ele-

varse hacia nuevas y cada vez más increíbles perfecciones; pero la verdadera masa del pueblo –es fácil advertirlo– se recoge en sus propios pensamientos. Aquí, en los breves instantes entre las luchas, el pueblo dormita; como si los miembros de cada individuo se distendieran, como si por una vez el sufriente pudiera tenderse y reposar en el vasto y cálido lecho del pueblo. Y en medio de esos sueños resuena el intermitente chillido de Josefina; ella lo llama canto perlado, nosotros tartamudeo; pero de todos modos, éste es su lugar apropiado, más que en cualquier otra parte; casi nunca encontrará la música momento más adecuado. Algo hay allí de nuestra pobre y breve infancia, algo de una dicha perdida que no puede volver a encontrarse, pero también algo de nuestra activa vida cotidiana, de sus pequeñas alegrías, incomprensibles y sin embargo incontenibles e imposibles de tapar. Y todo esto expresado no mediante sonidos rotundos, sino suaves, casi murmullos confidenciales, a veces un tanto roncos. Es natural: son chillidos. ¿Por qué no? El chillido es el habla de nuestro pueblo, sólo que muchos chillan toda la vida y no lo saben, pero aquí el chillido se libera de las cadenas de la vida cotidiana y al mismo tiempo nos libera a nosotros, durante un breve instante. Juro que no queremos faltar a esos conciertos.

Pero de aquí a la pretensión de Josefina, de que así nos infunde nuevas fuerzas y etcétera y etcétera, hay un buen trecho. Por lo menos para las personas normales, no para los aduladores.

–¿Cómo podría ser de otro modo? –dicen con la más descarada arrogancia–, ¿cómo se podrían explicar si no ese enorme público, especialmente en momentos de peligro directo e inminente, que muchas veces hasta han llegado a entorpecer las medidas requeridas para alejar a tiempo el peligro?

Bien, esto último es lamentablemente cierto, pero no debería mencionarse como título de honor de Josefina, especialmente si se considera que cuando el enemigo sorprendía y diseminaba dichas asambleas, y muchos de los nuestros perdían la vida, Josefina, la culpable de todo –sí, tal vez había atraído al enemigo con sus chillidos–, siempre aparecía escondida en el rincón más seguro, y era siempre la primera en escapar en silencio y velozmente, protegida por su escolta. Sin embargo, en el fondo, todos lo saben, y no obstante acuden apresuradamente dónde y cuándo se le ocurre a Josefina volver a cantar. De aquí se podría deducir que Josefina está prácticamente más allá del bien y del mal, que puede hacer lo que se le ocurra, aun cuando entrañe un peligro para la comunidad, y que todo se le perdona. Si así fuera, las pretensiones de Josefina serían entonces perfectamente comprensibles, si, en esa libertad que el pueblo le permite, en esa exención que a nadie más se concede y que va esencialmente contra la ley, uno podría advertir un reco-

nocimiento de la incomprensión que Josefina aduce, como si la gente se maravillara impotente ante su arte, no se sintiera digna de él y tratara de compensar la tristeza que dicha incomprensión provoca en Josefina mediante un sacrificio en verdad desesperado, y decidiera que así como el arte de ella está más allá de su entendimiento, así también su persona y sus deseos están más allá de su alcance. Ahora bien, esto es absolutamente falso; tal vez el pueblo, individualmente, se rinde demasiado pronto ante Josefina, pero en conjunto, así como no se rinde incondicionalmente ante nadie, tampoco lo hace ante Josefina.

Desde hace mucho tiempo, tal vez desde el comienzo de su carrera artística, Josefina lucha por obtener la supresión de toda trabajo en consideración a su canto; se le evitarían así las preocupaciones relativas al pan cotidiano, y todo lo que nuestra lucha por la existencia implica, para transferirlo –aparentemente– a la comunidad. Un fácil entusiasta –y alguno hubo entre nosotros– podría deducir con simpleza lo insólito de esta petición, y de la actitud espiritual que semejante petición implica, la íntima justicia de la misma.. Pero nuestro pueblo deduce otras conclusiones, y declina tranquilamente la exigencia. Tampoco se preocupa mucho por refutar sus considerándoos básicos. Josefina aduce, por ejemplo, que el esfuerzo del trabajo le daña la voz, que en realidad el esfuerzo del trabajo no es nada al lado del esfuerzo de cantar, pero que le impide descansar suficientemente después del canto y recuperar fuerzas para nuevas canciones, y por lo tanto se ve obligada a agotarse por completo, y en esas condiciones no puede alcanzar nunca la cima de sus posibilidades. La gente la escucha y no le hace caso. Esta gente, tan fácil de conmover a veces, otras veces no se deja conmover por nada. La negativa es en ciertas ocasiones tan neta, que hasta Josefina se amilana, parece someterse, trabaja como es debido, canta lo mejor que puede, pero sólo durante un tiempo, y luego reanuda el ataque con fuerzas renovadas (en este sentido sus fuerzas son inagotables).
Ahora bien, es evidente que Josefina no pretende en realidad lo que dice pretender. Es razonable, no elude el trabajo; de todos modos, entre nosotros la holgazanería es desconocida, y además si le concedieran lo que pide es seguro que seguiría viviendo como antes, el trabajo no es un obstáculo para su canto, y después de todo, éste no mejoraría gran cosa; en realidad lo que ella pretende es simplemente un reconocimiento público, franco, permanente y superior a todo lo conocido hasta ahora, de su arte. Pero aunque casi todo lo demás parece a su alcance, este reconocimiento la elude con persistencia. Quizá debió atacar desde el primer momento en otra dirección, quizás ella misma advierte ahora su error, pero ya no puede echarse atrás, porque hacerlo significaría

traicionarse a sí misma; ahora tiene que resignarse a vencer o morir. Si en realidad tuviera enemigos, como dice, podría divertirse mucho con el simple espectáculo de esta lucha, sin mover un dedo. Pero no tiene ningún enemigo, y aunque aquí y allá no haya faltado nunca quien la criticara, esta lucha no divierte a nadie. Justamente porque en este caso nuestro pueblo adopta una actitud fría y legal, lo que muy raramente ocurre entre nosotros; y aunque se apruebe dicha actitud, la simple idea de que alguna vez el pueblo pueda adoptarla con nosotros destruye toda alegría. Lo importante, ya en el rechazo como en la petición, no es la cuestión en sí, sino el hecho de que el pueblo sea capaz de oponerse tan implacablemente a un camarada, y tanto más cuanto más paternamente lo protege en otros sentidos; y aun más: servilmente.

Supongamos que en vez del pueblo se tratara de un individuo; se podría creer que este individuo fue cediendo ante la voluntad de Josefina, sin cesar de alimentar un ardiente deseo de poner fin algún día a su sumisión; que se sacrificó con fuerza sobrehumana porque creyó que a pesar de todo había un límite para su capacidad de sacrificio; sí, se sacrificó más de lo necesario, sólo para acelerar el proceso, sólo para ser más que Josefina e incitarla a deseos siempre renovados, obligarla a sobrepasar todo límite en esta última exigencia; y oponer finalmente su negativa, lacónica, porque hacía mucho que estaba preparada. Ahora bien, la situación no es así en absoluto, el pueblo no necesita de esas astucias, además su respeto hacia Josefina es real y comprobado, y la exigencia de ella es de todos modos tan exagerada que una simple criatura podría haber predicho el resultado; sin embargo, debido a la idea que Josefina se ha formado del asunto, podía ocurrir que también intervinieran estas consideraciones, para agregar una amargura más al dolor de la negativa. Pero sean cuales fueren sus consideraciones, no le impiden proseguir combatiendo. Esta lucha ha llegado a crecer en los últimos tiempos; hasta ahora ha sido sólo verbal, pero ya empieza a emplear otros medios, para ella más eficaces, pero en nuestra opinión más peligrosos.

Muchos creen que Josefina aumenta su apremio porque se siente envejecer, porque su voz se debilita, y por lo tanto cree que ha llegado el momento de librar la última batalla por el reconocimiento. Yo no lo creo. Josefina no sería Josefina, si esto fuera cierto. Para ella no existen ni vejez ni debilitamiento de la voz. Si algo exige, no lo hace impelida por circunstancias exteriores, sino por una lógica interna. Aspira a la más alta corona, no porque momentáneamente parezca menos accesible, sino porque es la más alta; si dependiera de ella, querría una más

alta todavía.
Este desdén hacia las dificultades eternas no le impide de todos modos utilizar los métodos más ruines. Para ella, su derecho es inapelable; entonces, ¿qué importa cómo lo impone? Sobre todo porque en este mundo, tal como ella lo ve, los métodos lícitos están destinados al fracaso. Quizá por eso ha trasladado el combate por sus derechos del campo de la música a otro campo secundario. Sus partidarios han hecho saber de su parte que ella se considera absolutamente capaz de cantar de tal modo que importe un verdadero placer a todo el mundo, cualquiera que sea su nivel social, hasta la más remota oposición; un verdadero placer no en el sentido de la gente, que declara haber experimentado siempre placer ante el canto de Josefina, sino un placer en el sentido que ella desea. No obstante, agrega, como no puede falsificar lo elevado ni halagar lo vulgar, se ve obligada a seguir siendo tal como es. Pero en lo que se refiere a su campaña de liberación del trabajo, el asunto cambia: es claro que es una campaña a favor de la música, pero como ella ya no emplea allí directamente la preciosa arma de su voz, cualquier medio es por lo tanto válido. Así se ha difundido por ejemplo el rumor de que si no aceptan su exigencia, está decidida a abreviar las *coloraturas.* Yo no sé nada de *coloraturas,* y no he advertido la menor *coloratura* en sus cantos. No obstante, Josefina amenaza con abreviar las *coloraturas,* no suprimirlas, sino simplemente abreviarlas. Es posible que haya cumplido su amenaza, pero por lo menos yo no advierto la menor diferencia en su canto. El pueblo en su totalidad la ha escuchado como de costumbre, sin hacer ninguna referencia a las *coloraturas,* y tampoco ha cambiado su actitud ante la exigencia de Josefina. Sin embargo, es indudable que la mente de Josefina, como su figura, es a menudo de una gracia exquisita. Es así por ejemplo que después de aquel concierto, como si su decisión sobre las *coloraturas* hubiera sido demasiado severa o apresurada para el pueblo, anunció que en el concierto siguiente volvería a cantar completas todas las partes de *coloratura.* Pero después del concierto siguiente volvió a cambiar de idea, suprimiría en forma definitiva las grandes arias de *coloratura,* y hasta qué no se decidiera favorablemente su pleito, no volvería a cantarlas. Ahora bien, la gente oyó todos esos anuncios, decisiones y contra decisiones sin concederles la menor importancia, como un adulto meditabundo que cierra sus oídos ante la cháchara de una criatura, fundamentalmente bien intencionado, pero con distancia.
De todos modos, Josefina no se amilana. Es así que hace poco pretendió haberse lastimado un pie al trabajar, lo que le imposibilitaba cantar de pie; como no podía cantar sino de pie, se vería obligada a abreviar sus canciones. Aunque renquea y necesita el apoyo de sus partidarios,

nadie cree realmente en su herida. Aun admitiendo la extraordinaria delicadeza de su cuerpecito, no dejamos de ser un pueblo de obreros, y Josefina pertenece a ese pueblo; si cada vez que nos hiciéramos un rasguño renqueáramos, el pueblo entero lo haría incesantemente. Pero aunque se hace transportar como una inválida, aunque se muestra en público en este patético estado más de lo habitual, la gente escucha sus conciertos tan agradecida y tan encantada como antes, pero no se preocupa mucho por la brevedad de las canciones.
Como no puede seguir renqueando eternamente, imagina otra cosa, alega cansancio, mal humor, debilidad. Al concierto se agrega ahora el teatro. Vemos a los partidarios de Josefina, que la siguen suplicando e implorando que cante. Ella quisiera complacerlos, pero no puede. La consuelan, la adulan, casi la llevan en andas hasta el lugar previamente elegido donde se supone que ha de cantar. Finalmente, prorrumpiendo en lágrimas inexplicables, cede, pero cuando evidentemente cansada se dispone a cantar, fatigada, con los brazos no ya extendidos como antaño, sino fláccidos y caídos junto al cuerpo, lo que produce la impresión de que quizá sean un poco cortos; justo cuando va a empezar, no, es realmente imposible, un movimiento desganado de la cabeza nos lo anuncia, y se desmaya ante nuestros ojos. Después, a pesar de todo, se repone y canta, a mi entender más o menos como de costumbre; quizá, si uno tiene oído para los más finos matices, descubre un poco más de sentimiento que de costumbre, lo que es de agradecer. Y al terminar está menos cansada que antes, y con andar firme, si uno se atreve a designar así sus pasitos, se aleja rechazando la ayuda de sus admiradores, y contemplando con ojos helados a la multitud que le abre paso con respeto.

Así ocurría hace unos días; pero la última novedad es otra: en el momento en que debía iniciar un concierto, desapareció. No sólo la buscan sus partidarios, muchos otros comparten la búsqueda, pero es inútil: Josefina ha desaparecido, no cantará, ni siquiera habrá que adularla para que cante, esta vez nos ha abandonado por completo.
Es curioso lo mal que calcula esa astuta, tan mal que uno pensaría que no calcula nada, y que sólo se deja llevar por su sino, que en nuestro mundo no puede ser sino triste. Ella misma abandona el canto, ella misma hace trizas su poder sobre los corazones. ¿Cómo pudo obtener ese poder, si tan mal conoce esos corazones? Se oculta y no canta, pero el pueblo, tranquilo, sin decepción visible, señoril, una masa en perfecto equilibrio, constituida de tal modo que, aunque las apariencias lo nieguen, sólo puede dar y nunca recibir, ni siquiera de Josefina, ese pueblo sigue su camino.

En tanto el camino de Josefina declina. Pronto llegará el momento en que su último chillido se apague para siempre. Ella es apenas un pequeño episodio en la eterna historia de nuestro pueblo, que superará su pérdida. Para nosotros no será fácil; ¿cómo haremos para reunimos en completo silencio? En realidad, ¿no eran nuestras reuniones también silenciosas cuando estaba Josefina? ¿Era, después de todo, su chillido notoriamente más fuerte y más vivo que lo que será en el recuerdo? ¿Era acaso en vida de Josefina algo más que un simple recuerdo? ¿No habrá sido quizá porque en algún sentido era inmortal, que la sabiduría del pueblo apreció tanto el canto de Josefina?
Quizá nosotros no perdamos demasiado, después de todo; mientras tanto, Josefina, libre ya de los afanes terrenos, que según ella están sin embargo destinados a los elegidos, se aleja casi jubilosamente en medio de la multitud innumerable de héroes de nuestro pueblo, para entrar muy pronto como todos sus hermanos, ya que desdeñamos la historia, en la exaltada redención del olvido.

LA MURALLA CHINA Y OTROS RELATOS

(1918)

LA MURALLA CHINA

1. *De la construcción*

El extremo norte de la Muralla China ya está concluido. Dos secciones convergieron allí, del sureste y del suroeste. Ese sistema de construcción parcial fue aplicado también en menor escala por los dos grandes ejércitos de trabajadores, el oriental y el occidental. Este era el procedimiento: se formaban grupos de unos veinte trabajadores, que tenían a su cargo una extensión cercana a los quinientos metros, mientras otros grupos edificaban un trozo de muralla de longitud igual que se encontraba con el primero. Una vez producida la unión, no se seguía la construcción a partir de los mil metros edificados: los dos grupos de obreros eran destinados a otras regiones donde se repetía la operación. Naturalmente que con ese procedimiento quedaron grandes espacios abiertos que tardaron muchísimo en cerrarse: algunos lo fueron años después de proclamarse oficialmente que la Muralla estaba concluida. Se afirma que hay espacios vacíos que nunca se edificaron; aseveración, sin embargo, que es tal vez una de las tantas leyendas a que dio

origen la Muralla y que ningún hombre puede verificar con sus ojos, dada la magnitud de la obra.

Se pensaría de antemano que hubiese sido mejor en todo sentido construir la Muralla seguidamente o, por lo menos, seguidamente dentro de las dos secciones principales. La Muralla, como universalmente se proclamó y como nadie ignora, había sido concebida como una defensa contra las naciones del Norte. Pero, ¿qué defensa puede ofrecer una muralla discontinua? Ninguna, y la Muralla misma está en incesante peligro. Esos pedazos de muralla abandonados en mitad del desierto podían ser fácilmente abatidos por los nómadas, ya que esas tribus, alarmadas por los trabajos de construcción, cambiaban de terruño como langostas, con increíble velocidad y lograban tal vez una mejor visión general de los progresos de la Muralla que nosotros los constructores. Sin embargo, la obra se hizo del único modo posible. Para entenderlo así debemos considerar que la Muralla tenía que ser una defensa para los siglos que vendrían, de ahí que la edificación más escrupulosa, la aplicación de la sabiduría arquitectónica de todas las épocas y de todos los pueblos y el sentimiento perenne de la responsabilidad personal en los constructores, eran indispensables para la obra. Es verdad que para las tareas más subalternas podían emplearse obreros ignorantes –hombres, mujeres, niños, llevados por el mero interés–, pero ya un capataz de cuatro obreros debía ser un hombre versado en albañilería, un hombre que en el fondo del corazón sintiera la importancia de la obra. Cuanto más alto el cargo, mayor la exigencia. Y tales hombres existían, quizá no todos los requeridos por la obra, pero sí muy numerosos. El trabajo no había sido emprendido a la ligera. Medio siglo antes de empezarlo, la arquitectura y la albañilería, en particular, habían sido proclamadas en toda China (que se pensaba amurallar) las más importantes de las ciencias, y las otras no eran reconocidas sino en cuanto se relacionaban con ellas. Recuerdo todavía que nosotros, niños aún, nos agrupábamos en el jardín del maestro para levantar con piedritas una especie de muro, y que el maestro se remangaba la túnica, arremetía contra el muro, lo hacía pedazos y vociferaba tan fuertes reproches acerca de la fragilidad de la obra que nosotros huíamos llorando en busca de nuestros padres. Un episodio mínimo, pero típico del espíritu de la época. Yo tuve la suerte de que la iniciación de la obra coincidiera con mis veinte años y con los últimos exámenes de la escuela primaria. Digo la suerte porque muchos que ya habían completado sus estudios se pasaron la vida sin poder aplicar sus conocimientos y vagaban sin rumbo, con la cabeza llena de vastos planes arquitectónicos, sin oportunidad ni esperanzas. Pero aquellos otros que lograron puestos de capataces, siquiera en la categoría inferior, eran en verdad dignos de su

trabajo. Eran albañiles que habían meditado muchísimo sobre la obra y que no cesaban de hacerlo: hombres que desde la primera piedra que enterraron se sintieron parte de la Muralla. Es natural que en tales albañiles alentara no sólo la voluntad de trabajar concienzudamente sino la impaciencia de ver concluida la obra. El obrero ignora esas impaciencias porque no le interesa más que el salario. Los jefes superiores, y aun los intermedios, ven mucho del crecimiento múltiple de la obra para mantener en alto el espíritu. Pero con los subalternos, hombres espiritualmente superiores a sus tareas aparentemente triviales, era preciso proceder de otro modo: imposible tenerlos durante meses o tal vez durante años acumulando piedra sobre piedra en una montaña desierta, a centenares de millas de su hogar; la futilidad de un trabajo, que excedía el término natural de la vida de un hombre, los hubiera incapacitado para la obra. Por eso fue elegido el sistema de construcción parcial. Quinientos metros solían completarse en cinco años; al cabo de ese tiempo los capataces quedaban exhaustos y habían perdido la confianza en sí mismos, en la Muralla y en el mundo. Entonces, en plena exaltación de las fiestas que celebraban los mil metros ejecutados, los destinaban muy lejos. En la travesía divisaban aquí y allá trozos de Muralla concluidos, pasaban por altas jefaturas donde les entregaban premios honoríficos, escuchaban el júbilo de los nuevos ejércitos laboriosos que llegaban de los confines del país, veían bosques talados para apuntalar la Muralla, veían las montañas hechas canteras y escuchaban los himnos de los fieles en los santuarios rogando por la feliz culminación de la empresa. Todo eso aplacaba su impaciencia. La vida tranquila de sus hogares, donde acostumbraban descansar un tiempo, los fortalecía; el respeto que infundían, la credulidad piadosa con que eran recibidas sus palabras, la fe de los humildes ciudadanos en la pronta conclusión de la obra, todo eso retemplaba las fibras de su alma. Como niños eternamente esperanzados decían adiós a sus hogares; el anhelo de volver al trabajo colectivo era irresistible. Emprendían viaje antes de lo necesario; media aldea los acompañaba un largo trecho. En todos los caminos había grupos, arcos de triunfo, banderas; no habían visto jamás que grande, rica, amable y hermosa era su patria. Cada compatriota era un hermano para el que levantaban una muralla protectora y que les agradecería toda su vida, con todo lo que tenía y lo que era. ¡Unidad! ¡Unidad! Hombro contra hombro, una cadena de hermanos, una sangre no ya encerrada en la mezquina circulación del cuerpo, sino circulando con dulzura y sin embargo regresando sin fin a través de la China infinita.

Se justifica así el sistema de construcción parcial, pero también había otras razones. No es extraño que me demore tanto en este punto; por trivial que parezca a primera vista, se trata de un problema esencial de

la edificación de la Muralla. Para comunicar y hacer comprensibles las ideas y experiencias de aquella época, nunca insistiré lo bastante en esta cuestión.
No hay que olvidar que en aquel tiempo se realizaron cosas apenas inferiores a la erección de la Torre de Babel, pero de la que diferían mucho –si nuestros cálculos humanos no yerran– en lo que respecta a la aprobación divina. Digo esto, porque en los días iniciales de la obra un letrado compuso un libro que desarrollaba precisamente ese paralelo. Ese libro quería demostrar que el fracaso de la Torre de Babel no se debía a las razones que generalmente se aducen o mejor dicho, que esas conocidas razones no eran las esenciales. Sus pruebas no sólo se apoyaban en informes y documentos: pretendía haber hecho investigaciones en el sitio mismo y haber descubierto que la Torre se malogró –y tenía que malograrse– a causa de lo débil de sus cimientos. Pero en ese aspecto nuestro tiempo era muy superior a aquel remoto pasado. Casi no había un contemporáneo educado que no fuera albañil de profesión e infalible en materia de cimientos. No era esto, sin embargo, lo que el escritor pretendía demostrar; su tesis era que la Gran Muralla ofrecería por primera vez en la historia una base segura para una nueva Torre de Babel. Primero la Muralla, por consiguiente; luego la Torre. El libro estaba en todas las manos, pero debo admitir que hasta el día de hoy no acabo de comprender su concepción de la Torre. ¿Como entender que la Muralla, que ni siquiera formaba un círculo, sino una especie de arco o semicírculo, fuera la base de una torre? Claro está que todo eso puede encerrar algún sentido simbólico. Pero entonces, ¿a qué levantar la Muralla, que al fin y al cabo era algo concreto, que exigía la vida y la labor de innumerables hombres? ¿Y a qué los plano de la torre –planos un tanto nebulosos, en verdad– y los diversos proyectos para encauzar las energías del Imperio en esa gigantesca empresa?
Había entonces –este libro es sólo un ejemplo– mucha confusión mental, quizás engendrada por el hecho de que tantos hombres persiguieran un mismo fin. La naturaleza humana, esencialmente voluble, inestable como el viento, no tolera que se la sujete; forcejea contra las ataduras que ella misma se ha impuesto y acaba por romperlas a todas, a la muralla y a sí misma.
Es muy posible que esas consideraciones adversas a la edificación de la Muralla no dejaran de influir en las autoridades al optar estas por el sistema de contribución parcial. Nosotros –ahora pretendo hablar en nombre de muchos– realmente no sabíamos quiénes éramos haber estudiado los decretos de la Dirección y habernos convencido de que sin ella nuestra sabiduría aprendida y nuestro entendimiento natural hubieran sido insuficientes para las humildes tareas que ejecutamos dentro de la

vastísima obra. En el despacho de la Dirección –dónde estaba y quiénes estaban, eso lo han ignorado y lo ignoran cuántos he interrogado–, en ese despacho se agitaban, sin duda, todos los pensamientos y todos los deseos humanos e inversamente todas las metas y todas las plenitudes. Por la ventana abierta caía un esplendor de mundos divinos sobre las manos que trazaban los planos.

Por consiguiente, el observador imparcial debe admitir que la Dirección, si se hubiera empeñado en ello, hubiese podido vencer las circunstancias que se oponían a un sistema de construcción continua. Es decir; debemos admitir que la Dirección eligió deliberadamente el sistema de construcción parcial. La construcción parcial, sin embargo, era un mero expediente y, por lo tanto, inadecuado. ¿Eligió entonces la Dirección un medio inadecuado? ¡Extraña conclusión! Sin duda, pero desde cierto punto de vista puede justificarse. Tal vez ahora lo podemos discutir sin peligro, en esos días la máxima secreta de muchos, y aun de los mejores, era ésta: *'¡'rata de comprender con todas tus fuerzas las órdenes de la Dirección, pero sólo hasta cierto punto; luego, deja de meditar.* Una máxima de lo más razonable, que se desarrolló en una parábola que logró mucha difusión: Deja de meditar, pero no porque pueda perjudicarte, ya que tampoco hay la seguridad de que pueda perjudicarte; las ideas de perjuicio y de no perjuicio nada tienen que ver con el asunto. Te sucederá lo que al río en la primavera. El río crece, se hace más caudaloso, alimenta la tierra de sus riberas, y guarda su propio carácter hasta penetrar en el mar que lo recibe agradecido, *'trata de comprender hasta ese punto las órdenes de la Dirección.* Pero otras veces el río anega sus riberas, pierde su forma, demora su curso, ensaya contra su destino la formación de pequeños mares tierra adentro, perjudica los campos, y, sin embargo, no puede mantener ese nivel y acaba por volver a sus riberas para secarse miserablemente cuando llega el verano. *No quieras penetrar demasiado las órdenes de la Dirección.*

Por acertada que fuera esa parábola durante la construcción de la Muralla, sólo tiene un valor muy relativo en el informe que preparo. Mi indagación es puramente histórica; ya se han desvanecido los relámpagos de esa remota tempestad, y yo no me propongo otra cosa que dar una explicación del sistema de construcción parcial, una explicación más profunda que las que satisficieron entonces. Los límites que me impone mi inteligencia son estrechos, pero la materia que deberé abarcar, infinita.

¿De quienes iba a resguardarnos la Gran Muralla? De los pueblos del Norte. Yo vengo del Sureste de China. Ningún pueblo del Norte nos amenaza. Leemos las historias antiguas, y las crueldades que esos pueblos cometen siguiendo sus instintos nos hacen suspirar bajo nues-

tros pacíficos árboles. En las auténticas figuras de los pintores vemos esos rostros crueles, esas fauces abiertas, esas mandíbulas ceñidas de dientes puntiagudos, esos ojitos entornados que parecen buscar carne débil para el brillo de sus dientes. Cuando los niños se portan mal les mostramos esas figuras y ellos se refugian en nuestros brazos. Pero eso es todo lo que sabemos de esos hombres del Norte. Nunca los hemos visto y si permanecemos en nuestra aldea no los veremos nunca, aunque resolvieran precipitarse sobre nosotros al galope tendido de sus caballos salvajes... demasiado vasta es la tierra y no los dejaría acercarse... su carrera se estrellaría en el vacío.

Entonces ¿por qué razón abandonamos nuestros hogares, el río y los puentes, la madre y el padre, la mujer deshecha en lágrimas, los niños sin amparo, y fuimos a la ciudad lejana a estudiar y nuestros pensamientos aún más lejos, hasta la Muralla que está en el Norte? ¿Por qué? La Dirección lo sabe. Nuestros jefes nos conocen bien. Agitados por ansiedades gigantescas, lo saben todo acerca de nosotros, conocen nuestros pequeños quehaceres, nos ven reunidos en humildes cabañas y aprueban o desaprueban el rezo que el padre de familia eleva en las tardes rodeado por los suyos. Si me fuera permitido otro juicio sobre la Dirección, diría que es muy antigua y que no ha sido congregada de golpe, como los grandes mandarines que se reúnen movidos por un sueño y ya esa misma tarde sacan de sus camas al pueblo redoblando tambores y lo arrean a una iluminación en honor de un dios que ayer ha favorecido a sus Señorías y que mañana, apenas apagados los faroles, será relegado a un oscuro rincón. Prefiero sospechar que la Dirección no es menos antigua que el mundo y asimismo que la decisión de hacer la Muralla. ¡Inconscientes pueblos del Norte que imaginaban ser el motivo! ¡Venerable, inconsciente Emperador que imaginó haberlo decretado! Los constructores de la Muralla conocemos la verdad y callamos.

Desde la construcción de la Muralla hasta el día de hoy, me he entregado casi exclusivamente a la historia comparativa de las naciones –hay determinados problemas que no es posible penetrar sino por este método– y he llegado a la conclusión de que los chinos estamos dotados de algunas instituciones sociales y políticas cuya claridad es incomparable, y también de otras cuya oscuridad es desmesurada. El deseo de investigar las causas de esos fenómenos (especialmente los últimos) no me abandona nunca, ya que la construcción de la Muralla guarda una relación esencial con esas cuestiones.

La más oscura de nuestras instituciones es indudablemente el Imperio. Por cierto que en Pekín, en la Corte, hay alguna claridad sobre esa materia, pero esa misma claridad es más ilusoria que real. En las universi-

dades, los profesores de derecho y de historia afirman su conocimiento exacto del tema y su capacidad de comunicarlo. A medida que uno desciende a las escuelas elementales, van desapareciendo las dudas, y una cultura superficial infla monstruosamente unos pocos preceptos seculares, que a pesar de no haber perdido nada de su eterna verdad, resultan indescifrables en ese polvo y en esa niebla.

Precisamente sobre el imperio convendría que el pueblo fuera interrogado, ya que el Imperio tiene en el pueblo su último sostén. Es verdad que sobre este punto yo sólo puedo hablar de mi aldea. Descontadas las divinidades agrarias cuyas ceremonias ocupan el año de un modo tan bello y variado, sólo pensamos en el Emperador. No en el Emperador actual; para ello tendríamos que saber quién es o algo determinado sobre él. Hemos tratado siempre –no tenemos otra curiosidad– de conseguir algún dato, pero, por raro que parezca, nos ha resultado casi imposible descubrir algo, tanto de los peregrinos, que han andado por muchas tierras, como de las aldeas vecinas o remotas, o de los marineros, que no sólo han remontado nuestros arroyos, sino los ríos sagrados. Uno oye muchas cosas, es verdad, pero nada resulta seguro, indiscutible.

Nuestra tierra es tan grande que no existe cuento de hadas que pueda encerrar su grandeza. El cielo mismo apenas la abarca, y Pekín es un punto y el palacio imperial es menos que un punto. El Emperador, como tal, está sobre todas las jerarquías del mundo. Pero el Emperador, individualmente, es un hombre como nosotros, que duerme como un hombre en una cama que tal vez es amplísima, pero que tal vez es corta y angosta. Como nosotros, a veces se acuesta y cuando está muy cansado bosteza con su boca delicada. Pero nosotros, que habitamos al Sur, a millares de leguas, casi en los contrafuertes de la meseta tibetana, ¿qué podemos saber de todo eso? Además, aunque nos llegaran noticias, nos llegarían atrasadas, absurdas. En torno del Emperador se reúne una brillante y sin embargo oscura muchedumbre de cortesanos –maldad y hostilidad disfrazadas de amigos y servidores–, el contrapeso del poder imperial, perpetuamente dirigiendo al Emperador dardos envenenados. El Imperio es eterno, pero el Emperador vacila y se tambalea; dinastías enteras se derrumban y mueren en un solo estertor. De esas batallas y esas luchas no sabrá nada el pueblo; es corno el retrasado forastero que no pasa del fondo de una atestada calle lateral, mientras en la plaza central están ejecutando al rey.

Hay una parábola que describe muy bien esa relación. El emperador –así dicen– te ha enviado a ti, el solitario, el más miserable de sus súbditos, la sombra que ha huido a la más distante lejanía, microscópica an-

te el sol imperial ¡justamente a ti, el Emperador te ha enviado un mensaje desde su lecho de muerte. Hizo arrodillar al mensajero junto a su cama y le susurró el mensaje al oído; tan importante le parecía, que se lo hizo repetir. Asintiendo con la cabeza, corroboró la exactitud de la repetición. Y ante la muchedumbre reunida para contemplar su muerte –todas las paredes que interceptaban la vista habían sido derribadas, y sobre la amplia y alta curva de la gran escalinata formaban un círculo los grandes del Imperio–, ante todos, ordenó al mensajero que partiera. El mensajero partió en el acto; un hombre robusto e, incansable; extendiendo primero un brazo, luego el otro, se abre paso a través de la multitud; cuando encuentra un obstáculo, se señala sobre el pecho el signo del sol; adelanta mucho más fácilmente que ningún otro. Pero la multitud es muy grande; sus alojamientos son infinitos. Si ante él se abriera el campo libre, como volaría, que pronto oirías el glorioso sonido de sus puños contra tu puerta. Pero, en cambio, qué vanos son sus esfuerzos; todavía está abriéndose paso a través de las cámaras del palacio central; no acabará de atravesarlas nunca; y si terminara, no habría adelantado mucho; todavía tendría que esforzarse para descender las escaleras; y si lo consiguiera, no habría adelantado mucho; tendría que cruzar los patios: y después de los patios el segundo palacio circundante; y nuevamente las escaleras y los patios; y nuevamente un palacio: y así durante miles de años; y cuando finalmente atravesara la última puerta –pero esto nunca, nunca podría suceder
todavía le faltaría cruzar la capital, el centro del mundo, donde su escoria se amontona prodigiosamente. Nadie podría abrirse paso a través de ella, y menos aún con el mensaje de un muerto. Pero tú te sientas junto a tu ventana, y te lo imaginas cuando cae la noche.

Así, de modo tan desesperado y tan esperanzado a la vez, es como mira nuestro pueblo al Emperador. No sabe que Emperador reina, y hasta el nombre de la dinastía está en duda. En la escuela se enseñan en orden las dinastías, pero la incertidumbre general es tan grande que hasta los mejores letrados se dejan arrastrar por ella. Emperadores muertos hace siglos suben al trono en nuestras aldeas y la proclamación de un emperador que sólo perdura en las epopeyas fue leída frente al altar por un sacerdote. Batallas de la historia más antigua son recientes para nosotros, y un vecino trae la noticia con la cara encendida. LaS mujeres de los emperadores, ociosas entre sus almohadones de seda, desviadas de la noble tradición por cortesanos viles, henchidas de ambición, violentas de codicia, desaforadas de lujuria, repiten y vuelven a repetir sus abominaciones. Cuanto más tiempo ha transcurrido, más terribles y vivos son los colores y con temor nuestra aldea recibe la noticia de que una emperatriz (hace miles de años) bebió la sangre del marido a gran-

des tragos.

Así están cerca de nuestro pueblo los emperadores antiguos, pero al que vive lo juzgan entre los muertos. Si alguna vez, alguna rarísima vez, un funcionario imperial, que recorre las provincias, cae por azar en nuestra aldea, y nos transmite algunos decretos y examina las listas de los impuestos, preside los exámenes, interroga al sacerdote, y antes de ascender a su litera, dirige algunos reproches a los asistentes, entonces una sonrisa alegra las caras, todos se miran a hurtadillas y la gente se inclina sobre los niños, para que el funcionario no se de cuenta. "¿Cómo? –piensa – : habla de un muerto como si aún estuviera vivo; ese Emperador ha muerto hace tiempo, la dinastía se ha extinguido, el señor funcionario nos está gastando una broma, pero no nos daremos por aludidos, -para no ofenderlo. Pero realmente no acataremos sino al Emperador actual, porque proceder de otro modo sería un desacato." Y al desaparecer la litera surge como señor del pueblo una sombra que arbitrariamente
exaltamos y que habitó, sin duda, una urna ya hecha cenizas.

Paralelamente nuestro pueblo suele interesarse muy poco en las agitaciones civiles o en las guerras contemporáneas. Recuerdo un incidente de mi juventud. Había estallado una revuelta en una provincia limítrofe pero muy apartada. No recuerdo las causas de la revuelta, ni éstas importan: ahora las causas sobran cuando la gente es revoltosa. Un pordiosero que venía de esa provincia, trajo a la casa de mi padre una proclama publicada por los rebeldes. Casualmente era un día de fiesta, la casa estaba llena de invitados, el sacerdote ocupaba el sitio de honor y miró la proclama. De golpe todos se reían, en la confusión la hoja se hizo pedazos, el pordiosero que había recibido abundantes limosnas fue expulsado a golpes, los huéspedes salieron a gozar del hermoso día. ¿La razón? El dialecto de esa provincia limítrofe difiere esencialmente del nuestro y esa disparidad se manifiesta en algunas formas del idioma escrito que tienen un carácter arcaico para nosotros. Apenas hubo leído el sacerdote un par de líneas, nuestra decisión estaba tomada. Viejas cosas, contadas hace tiempo, hace tiempo cicatrizadas. Y aunque –así me lo asegura el recuerdo– la actualidad hablaba palmariamente por boca del pordiosero, todos movían la cabeza y reían y rehusaban escuchar más. Tan inclinado está nuestro pueblo a ignorar el presente.

Si de todos estos hechos se deduce que carecemos de emperador, no se estará muy lejos de la verdad. Lo digo y lo repito: no hay pueblo más fiel al Emperador que nuestro pueblo del Sur, pero de nada le sirve al Emperador nuestra fidelidad. Es cierto que el dragón sagrado está en su pedestal a la entrada de nuestra aldea, y desde que los hombres son hombres ha dirigido hacia Pekín su aliento de fuego, pero Pekín es más

inconcebible para nosotros que la otra vida. ¿Existiría realmente una aldea de casas encimadas que cubre un espacio superior al que domina nuestro cerro, y será posible que entre esas casas haya hombres hacinados todo el día y toda la noche? Menos difícil que figurarnos esa ciudad es pensar que Pekín y su Emperador son una sola cosa: una tranquila nube, digamos, que gira eternamente cerca del sol.

De semejantes opiniones resulta una vida relativamente libre y despreocupada. De modo alguno una vida inmoral:

no he hallado en mis peregrinajes una pureza de costumbres como la de mi aldea. Pero es una vida, con todo, que no sabe de leyes contemporáneas, y sólo reconoce las exhortaciones y los avisos que vienen de tiempos remotos.

No hago generalizaciones y no pretendo que sucede lo mismo en las mil aldeas de nuestra provincia o en las quinientas provincias del Imperio. El examen de muchos documentos, corroborado por mis observaciones personales, las vastas muchedumbres movilizadas para levantar la Muralla, daban a los hombres sensibles ocasión de recorrer casi todas las provincias; esa examen –repito– me permite afirmar que la concepción general del Emperador concuerda esencialmente con la que se tiene en mi aldea. No afirmo que esa concepción sea una virtud: todo lo contrario. Es indudable que la responsabilidad principal le incumbe al gobierno, que en este Imperio –el más antiguo de la tierra– no ha conseguido o no ha querido desarrollar las instituciones imperiales con la justeza necesaria para que su influencia llegue directa e incesantemente a los límites extremos del país. Por otra parte, el pueblo adolece de una debilidad de imaginación o de fe que le impide levantar al Imperio de su postración en Pekín y estrecharlo con amor contra su pecho leal, aunque en el fondo no ambiciona otra cosa que sentir ese contacto y morir.

En consecuencia, nuestra concepción del Emperador no es una virtud. Tanto más raro es que esa misma debilidad sea una de las mayores fuerzas aglutinantes de nuestro pueblo; constituye, si me permiten la expresión, el suelo que pisamos. Declararlo un defecto esencial, importaría no sólo hacer vacilar las conciencias, sino también los pies. Y por eso no deseo continuar examinando este problema.

2. El Rechazo

Nuestra pequeña ciudad no está en la frontera, ni tan siquiera próxima; la frontera está todavía tan lejos que probablemente nadie de la ciudad haya llegado hasta ella; hay que cruzar planicies desérticas y también extensas regiones fértiles. Es cansador tan sólo imaginar parte de la ruta, y es completamente imposible imaginar más. Grandes ciudades se

hallan en el camino mucho más grandes que la nuestra; y en el supuesto de que uno no se perdiera en el trayecto, se perdería con seguridad en ellas debido a su enorme tamaño que hace imposible bordearlas.
Mucho más allá de la frontera, si tales distancias pudiesen compararse –es como decir que un hombre de trescientos años es más viejo que uno de doscientos–, mucho más allá aún está la capital. Y si bien nos llega alguna noticia de las luchas fronterizas, no nos enteramos casi absolutamente de lo que sucede en ella, los ciudadanos corrientes al menos, pues los funcionarios disponen de excelentes comunicaciones; según afirman en dos o tres meses pueden recibir una noticia.
Y es curioso, y esto siempre renueva en mí el asombro, cómo nos sometemos a cuanto se ordena desde la capital. Hace siglos que no se produce entre nosotros modificación política alguna emanada de los ciudadanos mismos. En la capital los jerarcas se han relevado unos a otros; dinastías enteras se han extinguido o fueron depuestas y nuevas dinastías comenzaron; en el último siglo la capital misma fue destruida, y fundada una nueva, lejos de la primera; luego la nueva fue destruida a su vez y la antigua vuelta a edificar; en nuestra ciudad nada de ello tuvo repercusión alguna. La burocracia conservó siempre su lugar, los funcionarios principales venían de la capital, los de mediano rango llegaban por lo menos de afuera, los inferiores salían de nuestro medio; así ha sido siempre, y eso nos bastaba.
El funcionario más elevado, es el Jefe Recaudador de Impuestos, en grado de coronel, y así se le llama. Hoy es ya hombre viejo, pero lo conozco desde hace muchos años, y ya en mi niñez era coronel; al principio hizo una carrera rápida, que luego se estancó de golpe; para nuestra ciudad basta su grado, no estaríamos en condiciones de absorber otro más importante. Cuando trato de imaginármelo, lo veo sentado en la galería de su casa, frente a la plaza del mercado, echado hacia atrás, con una pipa en la boca. En el techo ondea sobre él la bandera imperial; y en los límites de la galería, tan espaciosa que en ella se realizan pequeños ejercicios militares, hay ropa tendida a secar. Sus nietos, ricamente vestidos de seda, juegan alrededor de él; no se les permite bajar a la plaza, los otros niños son indignos de ellos, pero como les tienta, meten la cabeza entre los barrotes de la barandilla, y cuando los otros chicos se pelean, ellos siguen la lucha desde arriba. Este coronel gobierna, pues, la ciudad. Creo que no ha exhibido jamás un documento que le autorice a ello. Acaso tampoco lo tenga. Tal vez sea, en efecto, Jefe Recaudador de Impuestos, ¿pero es suficiente?, ¿le autoriza a mandar en todos los campos de la Administración? Desde luego, su cargo es importante para el Estado, pero se tiene la impresión de que la gente dice: "Ya nos has tomado cuanto teníamos; por favor, tómanos

también a nosotros". Porque, realmente, no se ha adueñado del poder por la violencia ni es un tirano. Desde tiempos inmemoriales la fuerza de la costumbre ha querido que el Jefe Recaudador fuera también el primer funcionario, y el Coronel y nosotros no hacemos más que seguir la tradición. Pero aunque vive entre nosotros sin excesivas distinciones en razón de su cargo, es muy distinto de un ciudadano común. Cuando una delegación llega ante él con una súplica, parece el muro del mundo. Más allá de él no hay nada; parecen oírse, sí, todavía algunos cuchicheos, pero tal vez sólo sea un engaño de los sentidos, puesto que él representa el final de todo, al menos para nosotros. Es necesario haberlo observado en esas recepciones. De niño asistía a una; la delegación de los ciudadanos le solicitaba un subsidio gubernamental porque el barrio más pobre había sido destruido por un incendio. Mi padre, el herrero, persona respetada, formaba parte de la delegación y me había llevado con él. Esto no era nada fuera de lo común; a semejante espectáculo asiste todo el mundo, y casi no es posible distinguir la delegación entre el gentío. Por lo general tales recepciones tienen lugar en la galería; hay personas que trepan desde la plaza del mercado con escaleras de mano para participar en los sucesos por encima de la barandilla. En aquella ocasión casi la cuarta parte de la galería estaba reservada para él, el resto lo llenaba la multitud. Algunos soldados se hallaban encargados de la vigilancia; también le rodeaban a él en semicírculo. En el fondo, hubiera bastado un solo soldado, tanto es el temor que el Coronel despierta. No sé con exactitud de dónde vienen estos soldados, en todo caso de muy lejos; todos se parecen y ni siquiera necesitarían uniforme. Son pequeños, poco robustos, pero vivaces; lo más llamativo en ellos es la dentadura, poderosa como si les llenara demasiado la boca, y un cierto recluir inquieto en los ojillos estrechos. Son el terror de los niños, y al mismo tiempo también su atracción, porque continuamente quisieran asustarse ante esas dentaduras y esos ojos, para en seguida escapar desesperados. Probablemente este terror infantil no se pierde en los adultos, o al menos sigue obrando en ellos. Hay otras cosas todavía. Los soldados hablan un dialecto incomprensible, no logran habituarse a nuestro idioma, lo que les hace herméticos, inaccesibles. Ello responde también a su carácter. Son reservados, serios y rígidos, y aunque no hagan nada malo, algo parecido a una malignidad latente les hace insoportables. Entra, un soldado en un comercio, por ejemplo, compra una chuchería y permanece apoyado en el mostrador; atiende a las conversaciones, tal vez sin comprenderlas, pero como si lo hiciera no tiene palabra, tan sólo mira rígidamente al que habla, luego a los que escuchan, la mano en la empuñadura del largo cuchillo que pende del cinto. Es insoportable, se pierden las ganas de conversar, el comer-

cio se vacía, y sólo cuando se ha vaciado por completo marcha también el soldado. Donde aparecen los soldados, nuestro pueblo, tan animado, se cohíbe. Así fue también en aquella oportunidad. Como en todas las ocasiones solemnes, el Coronel estaba muy erguido y sostenía en las manos tendidas hacia delante dos varáis de bambú. Es una vieja costumbre que significa que él se apoya en la ley y que ella a su vez es sostenida por él. Todos saben ya lo que sucederá en lo alto de la galería; sin embargo, vuelven a atemorizase. También en aquella oportunidad el designado para hablar no quiso comenzar a hacerlo; estaba ya frente al Coronel, pero de pronto perdió el ánimo y con diversos pretextos volvió a desaparecer entre la multitud. Y no se encontró a otro capaz y dispuesto a hablar; por cierto, algunos incapaces se ofrecieron; se originó una gran confusión y se enviaron mensajeros a algunos oradores conocidos.

Durante todo este tiempo el Coronel permaneció de pie, inmóvil; sólo la respiración le convulsionaba el pecho. No porque respirara con dificultad, respiraba con precisión, como lo hacen, por ejemplo, las ranas, pero en éstas es habitual, mientras que en él era extraordinario. Me escurrí entre las personas mayores y lo pude contemplar por un hueco, entre los soldados, hasta que uno de éstos me apartó con la rodilla. Entretanto el orador primitivamente designado pudo reaccionar y, sostenido firmemente por dos ciudadanos, pronunció el discurso. Era emocionante ver cómo durante este grave discurso, que describía tal infortunio, no cesó de sonreír; era la más humilde de las sonrisas, que se esforzaba en vano para provocar el menor reflejo en el rostro del Coronel. Por fin formuló la súplica, creo que tan sólo solicitó una exención dé impuestos por un año, o acaso también madera barata de los bosques imperiales. Luego se inclinó profundamente, como lo hicieron todos los demás a excepción del Coronel, de los soldados y de algunos funcionarios del fondo. Al niño le pareció ridículo que los que estaban encaramados en las escaleras descendieran unos peldaños para no ser vistos durante el decisivo silencio y cómo de vez en cuando se asomaban al nivel del suelo de la galería para espiar. Eso duro un momento; luego un funcionario, un hombre menudo, se adelantó, trató de levantarse de puntillas hasta el Coronel, que, aparte de los movimientos del pecho, seguía completamente inmóvil, y obtuvo de él un susurro al oído. El funcionario dio una palmada y anunció: "La petición ha sido rechazada. Idos", Una innegable sensación de alivio recorrió la multitud; todos se apretujaban para salir; casi nadie se fijaba ya en el Coronel, que parecía haberse convertido de nuevo en un ser humano como todos nosotros; sólo vi cómo, realmente agotado, soltó las varas, que cayeron al suelo, cómo se hundió en una poltrona traída por los funcionarios y cómo se

metió con apresuramiento la pipa en la boca. Pero no se trataba de un hecho aislado; era lo corriente. Puede ocurrir, sin embargo, que alguna que otra vez se acceda a alguna pequeña petición, pero entonces sucede como por decisión del Coronel, como ente poderoso y bajo su exclusiva responsabilidad; en cierto modo debe ser
conservado –no se dice, pero es así en definitiva– en secreto ante el gobierno. Si bien en nuestra pequeña ciudad los ojos del Coronel son al propio tiempo los ojos del gobierno, en este caso hay que hacer una distinción, cuyo sentido no es del todo comprensible.

Pero en los asuntos importantes se puede estar siempre seguro de la negativa. Y es realmente curioso que en cierto modo no nos podamos pasar sin ella; lo que no quiere decir que la ida y el logro del rechazo sea una simple formalidad. Siempre con seriedad y con renovado ánimo el pueblo concurre y luego se retira, no precisamente conforme y feliz, pero de ningún modo con desilusión o cansancio. Sobre estos asuntos no necesito el parecer de nadie, las siento en mi interior como todo el mundo. Y ni siquiera experimento curiosidad por saber la relación que hay entre tales sucesos.

Sin embargo, según mis observaciones, la gente de determinada edad, los jóvenes entre diecisiete y veinte años, no están conformes. Es gente incapaz de sospechar, por su extremada juventud, la trascendencia de cualquier idea y menos aún de una idea revolucionaria. Y sin embargo, precisamente entre ella se infiltra el descontento.

3. La Cuestión de Las Leyes

Por lo general nuestras leyes no son conocidas, sino que constituyen un secreto del pequeño grupo aristocrático que nos gobierna. Aunque estamos convencidos de que estas antiguas leyes se cumplen con exactitud, resulta en extremo mortificante el verse regido por leyes para uno desconocidas. No pienso aquí en las diversas posibilidades de interpretación ni en las desventajas de que sólo algunas personas, y no todo el pueblo, puedan participar de su interpretación. Acaso esas desventajas no sean muy grandes. Las leyes son tan antiguas que los siglos han contribuido a su interpretación, pero las licencias posibles sobre la interpretación, aun cuando subsistan todavía, son muy restringidas. Por lo demás la nobleza no tiene evidentemente ningún motivo
para dejarse influir en la interpretación por un interés personal en perjudicarnos ya que las leyes fueron establecidas desde sus orígenes por ella misma; la cual se halla fuera de la ley, que, precisamente por eso, parece haberse puesto exclusivamente en sus manos. Esto, naturalmente, encierra una sabiduría –quién duda de la sabiduría de las anti-

guas leyes–, pero al propio tiempo nos resulta mortificante, lo cual es probable que sea inevitable.

Por otra parte, estas apariencias de leyes sólo pueden ser en realidad sospechadas. Según la tradición existen y han sido confiadas como secreto a la nobleza; de modo que más que una vieja tradición, digna de crédito por su antigüedad, pues la naturaleza de estas leyes exige también mantener en secreto su existencia. Pero si nosotros, el pueblo, seguimos atentamente la conducta de la nobleza desde los tiempos más remotos y poseemos anotaciones de nuestros antepasados referentes a ello, y las hemos proseguido concienzudamente hasta creer discernir en los hechos múltiples ciertas líneas directrices que permiten sacar conclusiones sobre esta o aquella determinación histórica, y si después de estas deducciones finales cuidadosamente tamizadas y ordenadas procuramos adaptarnos en cierta medida al presente y al futuro, todo aparece ser entonces algo inseguro y quizás un simple juego del entendimiento, pues tal vez esas leyes que aquí tratamos de descifrar no existen. Hay un pequeño partido que sostiene esta opinión y que trata de probar que cuando una ley existe sólo puede rezar: lo que la nobleza hace es ley. Ese partido ve solamente actos arbitrarios en los actos de la nobleza y rechaza la tradición popular, la cual, según su parecer, sólo comporta beneficios casuales e insignificantes, provocando en cambio graves perjuicios al dar al pueblo una seguridad falsa, engañosa y superficial con respecto a los acontecimientos por venir. No puede negarse este daño, pero la gran mayoría de nuestro pueblo ve su razón de ser en el hecho de que la tradición no es ni con mucho suficiente aún, ya que hay todavía mucho que investigar en ella y que, sin duda, su material, por enorme que parezca, es aún demasiado pequeño, por que habrán de transcurrir siglos antes de que se revele como suficiente. Lo confuso
de esta visión a los ojos del presente sólo está iluminado por la fe de que habrá de venir el tiempo en que la tradición y su investigación consiguiente resurgirán en cierto modo para poner punto final, que todo será puesto en claro, que la ley sólo pertenecerá al pueblo y la nobleza habrá desaparecido. Esto no lo ha dicho nadie, en modo alguno, con odio hacia la nobleza. Antes bien, debemos odiarnos a nosotros mismos, por no ser dignos aún de tener ley. Y por eso, ese partido, en realidad tan atrayente desde cierto punto de vista y que no cree, en verdad, en ley alguna, no ha aumentado su caudal porque él también reconoce a la nobleza y el derecho a su existencia.

En verdad, esto sólo puede ser expresase con una especie de contradicción: un partido que, junto a la creencia en las leyes, repudiara la nobleza, tendría inmediatamente a todo el pueblo a su lado, pero un par-

tido semejante no puede surgir pues nadie osa repudiar a la nobleza. Vivimos sobre el filo de esta cuchilla. Un escritor lo resumió una vez de la siguiente manera: la única ley, visible y exenta de duda, que nos ha sido impuesta, es la nobleza, ¿y de esta única ley habríamos de privarnos nosotros mismos?

4. El Reclutamiento

Los reclutamientos de tropas son a menudo necesarios, puesto que las luchas fronterizas no cesan nunca, y se realizan de la siguiente forma:
Se publica el mandato de que en tal día, en tal barrio, todos los habitantes, hombres, mujeres, niños, sin excepción, deben permanecer en sus casas. Generalmente es hacia el mediodía cuando aparece en la entrada del barrio, donde una brigada de soldados de infantería y caballería espera ya desde el amanecer, el joven noble que debe practicar el reclutamiento. Es un hombre delgado, no muy alto, débil, de aspecto descuidado, con ojos cansados, la inquietud lo agita constantemente, igual que a un enfermo el escalofrío. Sin mirar a nadie hace con su fusta, que compone todo su armamento, una señal; algunos soldados lo siguen y él penetra en la primera casa. Un soldado, que conoce personalmente a todos los habitantes de este barrio, lee la lista de los ocupantes. Por lo general se encuentran todos allí, en fila en la habitación, los ojos pendientes del noble, como si ya fueran soldados. Pero también puede ocurrir que aquí y allí falte alguno. Entonces nadie se atreve a esgrimir una excusa y menos aún una mentira ; se calla, se bajan los ojos, apenas si se soporta la presión de la orden que se ha desacatado en esta casa, pero la muda presencia del noble inmoviliza sin embargo a todos en sus puestos. El hace una señal, no es siquiera una inclinación de cabeza, sólo se lee en sus ojos, y dos soldados comienzan a buscar al que falta. No da mucho trabajo. Nunca se encuentra fuera de la casa, nunca intenta realmente sustraerse al reclutamiento, sólo es por miedo que no ha venido, pero no por miedo al servicio, es, en realidad, timidez, recelo; la orden es para él formalmente demasiado grande, atemorizante, no puede venir por sus propias fuerzas. Pero por eso no huye, sólo se oculta, y cuando oye que el noble está en la casa, se arrastra fuera de su escondrijo hasta la puerta de la habitación y es inmediatamente cogido por los soldados que salen. Es llevado ante el noble: éste aferra la fusta con ambas manos –es tan débil que con una mano no puede hacer nada– y castiga al hombre. No le produce grandes dolores; deja caer la fusta, mitad por agotamiento, mitad por repugnancia, y el azotado ha de recogerla y entregársela. Entonces se le permite alinearse con los demás; está seguro, casi seguro que no va a

ser asentado. Pero también ocurre, y esto es más frecuente, que haya más gente que la que figura en el registro. Por ejemplo, una muchacha desconocida está allí y mira al noble; es de fuera, tal vez de la provincia; el reclutamiento la ha atraído hasta aquí. Hay muchas mujeres que no pueden resistirse a la atracción de uno de estos reclutamientos extraños; el de casa tiene un significado completamente distinto. Y es curioso que no se vea en ello nada reprochable cuando una mujer cede a esta tentación; al contrario, es algo por lo que, según la opinión de algunos, tienen que pasar las mujeres, es una deuda contraída con su sexo. Además siempre sucede de manera parecida. La muchacha o señora oye que en algún sitio, tal vez muy lejos, en casa de unos parientes o amigos, hay un reclutamiento; suplica a sus familiares aprobación para el viaje, se aprueba –esto no se le puede rechazar–, se viste con lo mejor que tiene, está más contenta que de costumbre, al mismo tiempo tranquila y amable, diferente de corno acostumbra a ser, y detrás de toda su calma y amabilidad, se mantiene inaccesible, como una desconocida que viaja a su patria y no piensa ya en otra cosa. En la familia, en la que ha de tener lugar el reclutamiento, es recibida de forma completamente distinta que un huésped normal; la adulan, debe atravesar todas las habitaciones de la casa, asomarse a todas las ventanas, y si alguien le coloca la mano en la cabeza, significa más que la bendición paterna. Cuando la familia se prepara para el reclutamiento, ella recibe el mejor sitio, el más próximo a la puerta, que es donde va a ser mejor vista por el noble y donde ella mejor lo va a ver. Pero sólo es honrada hasta la entrada del noble, a partir de ahí comienza a marchitarse formalmente. El la contempla tan poco como a los otros, e incluso si dirige sus ojos hacia alguno, aquél no se siente mirado. Ella no había esperado esto o, lo que es más, lo había esperado con toda seguridad, puesto que no puede ser de otra manera, pero tampoco era la esperanza de lo contrario lo que la había traído hasta aquí; era, sencillamente, algo que ahora ciertamente ha terminado. Siente vergüenza en una medida que tal vez nuestra mujeres no sienten nunca; no es sino ahora cuando se da cuenta de que se ha entremetido en un reclutamiento extraño, y cuando el soldado termina de leer su lista su nombre no ha aparecido y hay un instante de silencio; ella huye temblando y encogida hasta la puerta y recibe todavía un puñetazo del soldado en la espalda.
Si es un hombre el que sobra, no aspira a otra cosa, tal y como antes, a pesar de no pertenecer a esta casa, que a ser reclutado. También esto es completamente inútil; nunca ha sido reclutado uno de estos sobrantes y nunca sucederá algo semejante.

5. Un fragmento

A nuestro mundo llegó entonces la noticia de la construcción de la muralla. Lo hizo con retraso, unos treinta años después de su proclamación. Era una tarde de verano. Yo, de unos diez años, me hallaba con mi padre a la orilla del río. Por la trascendencia de esa hora, comentada muchas veces, recuerdo todavía los detalles más nimios. Me tenía de la mano –lo hacía con placer, hasta en su vejez avanzada– y deslizaba la otra por la pipa, larga y muy fina, como si fuese una flauta. Su gran barba movediza y armada avanzaba en el espacio; saboreando la pipa, miraba a lo alto por encima del río. Su trenza, objeto de la veneración de los niños, caía hacia abajo y susurraba suavemente sobre la seda bordada en oro del traje de fiesta. Entonces se detuvo una barca ante nosotros; el barquero, con un gesto, indicó a mi padre de que bajara por el talud; él mismo ascendió también. Se encontraron en el medio; el barquero susurró algo en secreto al oído de mi padre; para acercársele más lo abrazó. No comprendí lo que decían, sólo vi que mi padre no parecía creer la noticia, que el barquero trataba de reforzar su veracidad, que mi padre aún no podía creerla, que el barquero, con el apasionamiento que lo caracteriza, casi se desgarró sus ropas en el pecho para probar lo que decía, que mi padre se tornó más silencioso y que el barquero saltó ruidosamente a la barca, alejándose. Mi padre, pensativo, se volvió hacia mí, golpeó la pipa, la metió en el cinturón y me acarició la mejilla. Era lo que más me gustaba, me hacía feliz, y así llegamos a casa. El arroz ya humeaba sobre la mesa, había algunos huéspedes y se vertía vino en las copas. Sin prestar atención a ello, mi padre, desde el umbral, comenzó a contar lo que había oído. No recuerdo exactamente las palabras, pero sí el sentido, debido a lo extraordinario de las circunstancias, aun para un niño, me penetró tan profundamente, que todavía hoy me atrevo a dar la versión oral. Y lo hago porque es muy demostrativo de las ideas del pueblo. Mi padre dijo esto aproximadamente: "Un barquero desconocido –conozco a todos los que habitualmente pasan por aquí, pero éste era desconocido– me contó que se piensa construir una gran muralla para proteger al emperador; a menudo pueblos no creyentes se reúnen ante el palacio imperial, entre ellos también demonios, y disparan sus negras flechas contra el emperador.

EL ESCUDO DE LA CIUDAD

Al comienzo no faltó el orden en las disposiciones para construir la Torre de Babel; hubo un orden excesivo, quizá. Se pensó demasiado en guías, intérpretes, alojamientos para obreros y vías de comunicación,

como si se dispusiera de siglos. En aquel tiempo la opinión general era que no se debía construir con demasiada lentitud; un poco más y hubieran renunciado a todo, incluso a echar los cimientos. La gente razonaba de esta manera: lo esencial de la empresa es el pensamiento de construir una torre que llegue al cielo. Lo demás es secundario. Ese pensamiento, una vez comprendida su grandeza, es inolvidable: mientras haya hombres en la tierra, habrá también el fuerte deseo de terminar la Torre. En consecuencia, no debe preocuparnos el porvenir. Al contrario: el saber de los hombres adelanta, la arquitectura ha progresado y seguirá progresando; dentro de cien años el trabajo para el que hoy precisamos un año se hará quizás en pocos meses, y más resistente, mejor. Entonces, ¿a qué agotarnos ahora? Eso tendría sentido si valiera la esperanza de que la Torre quedara terminada en el tiempo de una generación. Esa esperanza-era imposible. Lo probable era que la nueva generación, con sus conocimientos superiores, condenara el trabajo de la generación precedente y derribase todo lo construido, para recomenzar. Semejantes pensamientos paralizaron las energías, y se pensó menos en construir la Torre que en construir una ciudad para los obreros. Cada nacionalidad quería el mejor barrio, y esto dio lugar a discusiones que terminaban en peleas sangrientas. Esas peleas no tenían fin; algunos dirigentes opinaban que demoraría muchísimo la construcción de la Torre y otros que convenía aguardar que se restableciera la paz. Pero no sólo en pelear pasaban el tiempo; en las treguas embellecían la ciudad, lo que provocaba nuevas envidias y nuevas peleas. Así pasó el tiempo de la primera generación, pero ninguna de las siguientes fue distinta; sólo aumentó la capacidad técnica y con ella el ansia de guerra. Aunque la segunda o tercera generación reconoció la insensatez de una torre que llegara hasta el cielo, ya estaban demasiado comprometidos para abandonar los trabajos y la ciudad.
En todas las leyendas y cantos de esa ciudad está el anhelado vaticinio de un día en el que cinco golpes sucesivos de un puño gigantesco aniquilarán la ciudad. Por esa causa existe un puño en el escudo de armas.

DE LAS ALEGORÍAS

La¡ gran mayoría se queja de que las palabras de los sabios sean siempre alegorías, inaplicables a la vida cotidiana, y esto es lo único que poseemos. Cuando el sabio dice: "Ve hacia allá", no quiere decir que uno deba pasar al otro lado, que siempre sería posible si la meta así lo justificase, sino que se refiere a un allá legendario, algo que nos es desconocido, que tampoco puede ser precisado por él con mayor. exactitud y

que, por tanto, de nada puede servirnos aquí. En realidad, todas esas alegorías sólo quieren significar que lo inasequible es inasequible, lo que ya sabíamos. Pero aquello en que diariamente gastamos nuestras energías, son otras cosas.
A este propósito dijo alguien: –¿Por qué os defendéis? Si obedecierais a las alegorías, os habríais convertido en tales, con lo que os hubierais liberado de la fatiga diaria.
Otro dijo: –Apuesto a que eso es también una alegoría.
Dijo el primero: –Has ganado.
Dijo el segundo: –Pero por desgracia, sólo en lo de la alegoría.
El primero dijo: –En verdad, no; en lo de la alegoría, has perdido.

¡OLVÍDALO!

Era la madrugada. Las calles estaban limpias y desiertas. Me dirigía hacia la estación. Al confrontar mi reloj con el de la torre comprendí que era más tarde de lo que pensaba y que debía apurarme. La impresión que me causó este retraso me hizo sentir inseguro de mi camino ya que aún no conocía bien aquella ciudad. Por fortuna había un policía cerca. Corrí hacia él y le pregunté jadeante que me indicara el camino. Se sonrió y me dijo:
–¿Quiere conocer el camino?
–Sí –dije–, no puedo hallarlo por mí mismo. –Olvídalo, olvídalo –dijo, y se volvió con brusquedad, como alguien que quiere reír a solas.

UNA PEQUEÑA FÁBULA

–¡Ay! –dijo el ratón–. El mundo se hace cada día más pequeño. Al principio era tan grande que le tenía miedo; corría y corría y por cierto que me alegraba ver esos muros, a diestra y siniestra, en la distancia. Pero esas paredes se estrechan tan rápido que me encuentro en el último cuarto y ahí en el rincón está la trampa, sobre la cual debo pasar.
–Todo lo que debes hacer es cambiar de rumbo –dijo el gato, y se lo comió.

POSEIDÓN

Poseidón se sentó ante su mesa de trabajo y revisó las cuentas. La administración de todos los océanos lo tenía muy atareado. Podía emplear los asistentes que quisiera, y por cierto tenía muchos, pero responsa-

ble, como era, insistía en revisar personalmente cuenta por cuenta, así que sus asistentes de poco le servían. No diría que le deleitaba este trabajo, lo hacía simplemente porque se le había asignado. Es cierto que ya con frecuencia había pedido una tarea más animada, pero entre los varios trabajos que le fueron sugeridos, se observó que su disposición natural era para su presente empleo. Ni decirlo, sería demasiado difícil conseguirle otra ocupación. Tampoco pensar en ponerlo a administrar determinado mar. Dejando a un lado que la tarea no sería más fácil, sólo inferior, el gran Poseidón, por el contrario, debía obtener un puesto más importante. Cuando se le ofreció un cargo sin afinidad a las aguas, la sola idea lo enfermó, su aliento divino decayó y su broncíneo torso comenzó a jadear. Lo cierto era que nadie tomaba muy en serio las quejas de Poseidón, pero cuando alguien de su poderosa talla se lamenta, por lo menos se debe simular que se lo escucha, aunque sea una situación sin perspectivas. Realmente, nadie pensaba en separar a Poseidón de su cargo ; desde los orígenes estaba destinado a ser el dios de los mares y eso no podía ser modificado.

Lo que más le irritaba –y esto era lo que lo indisponía con su trabajo–, eran los rumores que circulaban sobre él. Por ejemplo, que constantemente cabalgaba sobre las olas con su tridente, como un cochero, cuando la verdad era que se encontraba sentado en las profundidades de los océanos sin terminar nunca con sus cuentas. La única interrupción a esa monotonía era, de vez en cuando, un viaje hasta Júpiter, del cual siempre regresaba exasperado. De ahí que casi no conocía los océanos, sólo los había visto en sus furtivas ascensiones al Olimpo. Y no se podía afirmar que realmente los hubiera navegado. Acostumbraba decir que lo haría cuando el mundo tocara a su fin, sólo para entonces tendría un momento de descanso. Justo antes del fin del mundo y sólo después de haber revisado la última cuenta le daría tiempo para una rápida gira.

LA PARTIDA

Ordené que trajeran mi caballo del establo. El criado no me entendió, así que fui yo mismo. Ensillé el caballo y lo monté. A la distancia oí el sonido de una trompeta y pregunté el mozo su significado. El no sabía nada; no había oído sonido alguno. En el portón me detuvo y preguntó:

–¿Hacia dónde cabalga, señor?

–No lo sé –respondí–, sólo quiero partir, sólo partir, nada más que partir de aquí. Sólo así lograré llegar a mi meta.

–¿Entonces conoce usted la meta? –preguntó él.

–Sí –contesté–. Ya te lo he dicho. Partir, ésa es mi meta.

–¿No lleva provisiones?–preguntó.
–No me son necesarias –respondí–, el viaje es tan largo que moriré de hambre si no consigo aumentos por el camino. No hay provisión que pueda salvarme. Por suerte es un viaje realmente interminable.

UNA CRUZA

Tengo un animal singular, mitad gatito, mitad cordero. Lo heredé con una de las propiedades de mi padre. Desde que está conmigo ha completado su desarrollo; antes era más cordero que gato. Ahora participa de ambas naturalezas por igual. Tiene del gato la cabeza y las uñas; del cordero el tamaño y la forma; de ambos los ojos, salvajes y chispeantes, la piel suave y ajustada al cuerpo, los movimientos a la par vivaces y furtivos. Echado al sol en el hueco de la ventana, se hace un ovillo y ronronea; en el campo corre corno loco y es imposible alcanzarlo. Huye de los gatos y pretende atacar a los corderos. En las noches de luna su paseo favorito son los tejados. No sabe maullar y le repugnan las ratas. Pasa horas y horas en acecho ante el gallinero, pero no ha aprovechado jamás la ocasión de matar.
Lo alimento con leche: es lo que le sienta mejor. La sorbe a grandes tragos entre sus dientes de animal de presa. Naturalmente, constituye un gran espectáculo para los niños. Las visitas son los domingos por la mañana. Me siento con el animal en las rodillas y me hacen rueda todos los niños de la vecindad.
Escucho, entonces, las más extraordinarias preguntas, que ningún ser humano es capaz de contestar; ¿por qué hay un solo animal así? ¿por qué soy yo su poseedor y no otro?, si antes ha existido un animal parecido y qué pasará luego de su muerte, si no se siente solo, porque no tiene hijos, cuál es su nombre, etcétera.
No me tomo el trabajo de responder: me limito a exhibir mi propiedad, sin grandes explicaciones. A veces las criaturas traen gatos; un día llegaron a traer corderos. Contra lo que esperaban no se registraron escenas de reconocimiento. Los animales se miraron tranquilamente con ojos animales, y se aceptaron mutuamente como un hecho natural.
Sobre mis rodillas este animal no conoce ni el miedo ni deseos de perseguir a nadie. Acurrucado contra mí es como se siente mejor. Está apegado a la familia que lo crió. Esto no puede ser considerado, desde luego, como una extraordinaria muestra de fidelidad, sino como el recto instinto de un animal que en la tierra tiene innumerables parientes políticos, pero quizá ni uno solo consanguíneo, y para el cual, por lo mismo, resulta sagrada la protección que ha encontrado entre nosotros.

A veces me da risa cuando me olfatea, se desliza por entre mis piernas y no quiere apartarse de mí. Como si no le alcanzara ser gato y cordero también le gustaría ser perro. Una vez, como le ocurre a cualquiera, no hallaba yo forma de solucionar ciertos problemas económicos y estaba a punto de terminar con todo. Con esa idea me hamacaba en el sillón de mi cuarto, con el animal sobre las rodillas: entonces bajé los ojos y vi lágrimas que goteaban de sus grandes bigotes. ¿Eran suyas o mías? ¿Tiene este gato de alma de cordero ambición humana? No es mucho lo que he heredado *de* mi padre, pero vale la pena cuidar este legado.

Tiene la inquietud de los dos, la del gato y la del cordero, aunque ambas son muy distintas. Por eso le queda estrecho el pellejo. A veces salta al sillón, apoya las patas delanteras contra mi hombro y acerca el hocico a mi oído. Es como si me hablara, y de hecho vuelve la cabeza y me mira atentamente para observar el efecto de su comunicación. Para complacerlo hago como si hubiera entendido algo y asiento con la cabeza. Salta entonces y brinca a mi alrededor.

Quizá la cuchilla del carnicero fuese la redención para este animal, pero tengo que negárselo porque lo he recibido en herencia. Por eso tendrá que esperar hasta que se le acabe el aliento, aunque a veces me mira con razonables ojos humanos, que me tientan a obrar comprensivamente.

EL CAZADOR GRACCHUS

Sentados en el muelle, dos muchachos jugaban a los dados. Un hombre leía un diario en las escalinatas de un monumento, a la sombra del héroe que blandía la espada. Una muchacha junto a la fuente llenaba su cántaro. Un vendedor de fruta, apoyado en su mercancía, miraba hacia el mar. A través de la puerta y ventanas de una taberna se veía en el fondo a dos hombres bebiendo vino. Al frente, sentado a una mesa, el tabernero dormitaba. Una barca que se deslizaba silenciosa, como llevada por el agua, entró al pequeño puerto. Un hombre de azul, saltó a tierra y pasó las amarras a través de las argollas. Otros dos hombres, de ropa oscura con botones plateados, seguían al contramaestre sosteniendo una camilla sobre la que, cubierto con un lienzo de seda floreada, yacía ostensiblemente un hombre.

En el muelle nadie parecía ocuparse de los que recién llegaban; nadie se les acercó cuando descendieron la camilla a tierra, esperando al contramaestre, que todavía se empeñaba con las amarras; nadie les dirigió una pregunta, nadie se detuvo a observarlos siquiera.

A causa de una mujer que, con un niño de pecho, apareció en cubierta, con el cabello suelto, el conductor se demoró todavía un poco; luego,

señaló a la izquierda, hacia una casa amarillenta de dos pisos, que se levantaba junto al agua. Los portadores levantaron la carga y la condujeron por el portal, entre esbeltas columnas. Un muchachito abrió una ventana, alcanzó a observar cómo el grupo desaparecía dentro de la casa y volvió a cerrarla de inmediato. También se cerró el portal de roble oscuro cuidadosamente trabajado. Una bandada de palomas que había revoloteado alrededor del campanario descendió frente a la casa, delante del portal, como si allí se guardara su alimento. Una de ellas se elevó hasta el primer piso y picoteó el cristal de la ventana. Eran palomas vivaces, de plumaje claro; parecían bien cuidadas. La mujer de la barca, con un marcado ademán, les arrojaba granos. Ellas descendían y después de recogerlos, volaban hacia ella.

Un hombre de sombrero de copa con cintillo de luto se acercaba por una de las callejuelas que, estrechas e inclinadas, conducían al puerto. Miraba atentamente en derredor; todo parecía interesarle; los desperdicios que había en un rincón, produjeron en su rostro una mueca de desagrado. En las escalinatas del monumento había cáscaras de fruta que quitó al pasar, empujándolas con su bastón. Golpeó el portón de la casa; al mismo tiempo tomó el sombrero de copa con la diestra enguantada de negro. Se le abrió de inmediato; cincuenta niños se alinearon a lo largo del pasillo haciendo reverencias a su paso.

El barquero descendió las escaleras para saludar al señor y lo condujo hacia arriba; en el primer piso atravesaron el patio rodeado de leves arcadas que sostenían la galería, y seguidos por los niños a respetuosa distancia, penetraron en una fresca habitación del ala posterior de la casa. Desde allí no se podían ver edificios, tan sólo un paredón de roca negruzca. Los portadores estaban ocupados en instalar y encender algunos cirios a la cabecera de la camilla, no por ello se intensificó la luz, sólo comenzaron a temblar las sombras, agitándose sobre las paredes. Habían replegado el lienzo que cubría la camilla. Sobre ella yacía un hombre bronceado, de pelo y barba salvajemente largos y revueltos, como correspondía a un cazador. Estaba inmóvil, con los ojos cerrados; al parecer no respiraba; a pesar *de* todo, sólo el conjunto de la escena indicaba que se trataba de un muerto.

El caballero se acercó a la camilla, posó su mano sobre la frente del yacente, luego se arrodilló y oró. El conductor de la barca ordenó con una seña a los portadores que abandonaran la habitación; salieron, hicieron alejarse a los niños que se habían reunido en el lugar, y cerraron la puerta. Mas este silencio no bastó al señor; miró al contramaestre, éste comprendió y salió por una puerta lateral a una habitación. De inmediato el hombre que yacía en la camilla abrió los ojos, y con una sonrisa dolo rosa volvió su rostro hacia el señor y dijo:

–¿Quién eres?
Sin asombro alguno, el señor se incorporó y contestó:
–Soy el alcalde de Riva.
El hombre de la camilla asintió con la cabeza, señaló débilmente con el brazo un sillón y, cuando el alcalde hubo aceptado su invitación, dijo:
–Lo sabía, señor alcalde, pero en el primer momento siempre me olvido de todo, las ideas se me revuelven y es mejor que pregunte, a pesar de que ya sepa. También usted, al parecer, ya sabe que soy el cazador Gracchus.
–Así es –afirmó el alcalde–. Anoche me fue anunciada su llegada. Ya estábamos profundamente dormidos, cuando me despertó mi mujer: " ¡Salvatore (que así me llamo) mira la paloma en la ventana!" Era realmente una paloma, pero grande como un gallo. Voló a mi oído y dijo: "Mañana llega el cazador Gracchus, muerto; recíbelo en nombre de la ciudad."
El cazador asintió con la cabeza, mojando sus labios con la punta de la lengua.
–Sí, las palomas se me adelantan. ¿Pero cree usted, señor alcalde, que debo quedarme en Riva?
–No lo podría decir aún –repuso el alcalde–. ¿Está usted muerto?
–Sí –dijo el cazador–; usted puede verlo. Hace muchos años, sí, muchísimos años, me despeñé mientras perseguía a una gamuza en la Selva Negra (eso queda en Alemania). Desde entonces estoy muerto.
–Pero usted vive también –dijo el alcalde.
–En cierta forma –dijo el cazador–; en cierta forma también vivo. Mi barca mortuoria erró el viaje, un viraje en falso del timón, un instante de descuido del conductor, un rodeo a través de mi bellísima patria, no sé qué fue, sólo sé que permanecí en la tierra y que desde entonces, mi barca surca las aguas terrenales. Así, yo, el que sólo quiso vivir en sus montañas, viajo por todos los países de la tierra.
–¿Y usted no tiene un lugar en el más allá? –preguntó el alcalde arrugando la frente.
–Siempre estoy en la gran escalera que conduce a lo alto –contestó el cazador–. En esta escalinata infinitamente amplia, estoy siempre moviéndome hacia arriba, hacia abajo, a derecha e izquierda, siempre. El cazador se volvió mariposa. No se ría.
–No me río –se atajó el alcalde.
–Muy cuerda su actitud –dijo el cazador–. Siempre estoy en movimiento. Pero, ineludiblemente, cuando tomo un gran impulso y ya vislumbro el portal en lo alto, despierto en mi barca, desoladamente varada en alguna parte de las aguas terrenales. En mi camarote, el error de mi pasada muerte me sonríe con una mueca disimulada. Julia, la mujer del

contramaestre, toca y me trae a la camilla el desayuno, del país cuyas costas estemos bordeando. Yo reposo en mi camilla; (no es muy grato contemplarme) cubierto con una mortaja sucia; pelo y barba, gris y negro se confunden desordenadamente; mis piernas están cubiertas con un mantón de mujer, de seda floreada y con largos flecos. En mi cabecera hay un cirio que me ilumina. En la pared de enfrente, el cuadrito de cierto bosquimano, que me apunta con su larga lanza y se cubre como puede con un escudo extraordinariamente decorado. En los barcos solemos encontrar cuadros muy grotescos, pero éste es uno de los más ridículos que he visto. Fuera de esto mi jaula de madera está completamente vacía. Por una escotilla lateral me llega la brisa tibia de la noche austral; desde ahí puedo oír el agua que golpea contra k barca.

"Aquí estoy desde entonces, cuando siendo el aún vivo cazador Gracchus, me despeñé persiguiendo una gamuza en la amada Selva Negra. Todo sucedió según el orden natural. La perseguí, caí, me desangré en un barranco, morí, y esta barca debía llevarme al más allá. Me acuerdo todavía cuan alegremente me estiré por primera vez en esta camilla. Nunca las montañas habían escuchado de mí un canto más festivo que el que oyeron estas cuatro paredes, entonces aún vagas.

"Había vivido alegre, y alegre morí; alegre arrojé ante mí el morral, la caja y la escopeta, que siempre había llevado con orgullo, antes de pisar la borda y deslizarme en la mortaja, como una chiquilla en su vestido de novia. Aquí yacía y esperaba, después sucedió la desgracia.

–Triste destino –dijo el alcalde como defendiéndose de una mano levantada-. ¿Y usted no habrá tenido alguna culpa?

–En absoluto -dijo el cazador–; fui cazador. ¿Puede culpárseme por eso? Me apostaron como cazador en la Selva Negra, que todavía entonces albergaba lobos. Yo acechaba, disparaba, acertaba en mi blanco, le quitaba la piel; ¿puede culpárseme por eso? Mi trabajo era bendito. Me llamaban "el gran cazador de la Selva Negra". ¿Tengo alguna culpa?

–No soy yo el más indicado para decirlo –dijo el alcalde-, pero no me parece que tenga ninguna culpa. ¿Pero quién es culpable entonces?

–El barquero –dijo el cazador–. Nadie leerá lo que escribo aquí, nadie vendrá a ayudarme; y si fuera un deber ayudarme, entonces todas las puertas de todas las casas permanecerían cerradas, todas las ventanas cerradas, todos se meterían en las camas cubiertos con las mantas hasta la cabeza, toda la tierra se convertiría en una oscura posada. Nadie sabe de mí y, aun cuando alguien supiera, no sabría mi paradero, y si supiera el paradero, no sabría cómo retenerme allí, cómo ayudarme. La idea de quererme ayudar es una enfermedad y debe guardarse cama para curar de ella.

"Y como lo sé no grito pidiendo ayuda ni aun en los instantes en que –

como precisamente ahora, sin dominarme– pienso intensamente en ello. Pero me basta para alejar esos pensamientos mirar a mi alrededor y darme cuenta de dónde estoy –y puedo afirmarlo–, dónde moro desde hace siglos.
–Extraordinario –dijo el alcalde–, extraordinario... ¿Y ahora piensa quedarse con nosotros en Riva?
–No pienso –dijo el cazador sonriendo, y para atenuar el sarcasmo, puso la mano sobre la rodilla del alcalde–. Estoy aquí, no sé más; no puedo hacer otra cosa. Mi barca carece de timón, viaja con el viento que sopla en las regiones inferiores de la muerte.

FRAGMENTO PARA EL CAZADOR GRACCHUS

–¡Cómo, cazador Gracchus! ¿Hace siglos que viajas en esa lancha vieja?
–Hace mil quinientos años.
–¿Y siempre en este barco?
–Siempre en esta barca. Creo que ésta es la forma apropiada de llamarla. No sabes mucho de navegación, ¿no?
–No, nunca me ocupé de eso, hasta que no te conocí, hasta que no subí a tu barco.
–Nada de disculpas. Yo también soy de tierra adentro. No era marino, no quise serlo; mis amigos fueron el bosque y la montaña, y ahora soy el más viejo de los marinos, el cazador Gracchus, genio tutelar de los marineros, al que ora el grumete en las noches borrascosas, retorciendo las manos. No te rías.
–¿Reírme? De veras que no. Con gran agitación me paré ante la puerta de tu camarote, con gran agitación en mi corazón, entré. Tu natural amable me tranquiliza un poco, pero nunca podría olvidar de quién soy huésped.
–De acuerdo. De todas formas, soy el cazador Gracchus. ¿Quieres beber de mi vino? La marca me es desconocida, pero es denso y dulce; el patrón me atiende bien.
–Aún no, por favor. Estoy demasiado nervioso. Tal vez más adelante, si me toleras hasta entonces. Además no me atrevo a beber de tu vaso.- ¿Quién es el patrón?
–El dueño de la barca. Estos patrones son personas excelentes. Sólo que no los entiendo. Y no me refiero a la lengua, aunque a menudo tampoco la entiendo. Pero eso es secundario. He aprendido tantos idiomas en el correr de los siglos que podría ser intérprete entre los hombres de la antigüedad y los contemporáneos. Sino que lo que no logro comprender son sus razonamientos. Quizá tú me los puedas expli-

car.
–No tengo muchas esperanzas. ¿Cómo podría yo enseñarte algo, si comparado contigo soy un niño de pecho?
–No; definitivamente no. ¿Me harías el favor de portarte de un modo un poco más seguro, más íntegro? ¿Qué hago con un huésped que es una sombra? Lo soplo por la escotilla, al agua. Necesito explicaciones diferentes. Tú que rondas por ahí, tal vez me las puedas dar. Pero si te pones a temblar pegado a la mesa y olvidas lo poco que sabes, entonces, ¡adiós! Como lo digo lo siento.
–Hay algo de eso que es verdad. En efecto, soy superior a ti en algunas cosas. Trataré de controlarme. ¿Qué quieres saber?
–Mejor; mucho mejor si exageras y te imaginas que eres superior en algo. Debes comprenderse. Soy un hombre como tú, pero más viejo e impaciente, y en eso te llevo siglos de ventaja. Bien; queríamos hablar de los patrones. Atención. Y bebe para incrementar el ingenio. Sin temor, con ganas. Aún hay mucho en el cargamento.
–Estupendo vino, Gracchus. ¡A la salud del patrón! -Lástima que falleció hoy. Descanse en paz el buen hombre. Sus hijos ya grandes, magníficos, rodeaban su lecho de muerte; la mujer se desmayó a los pies de la cama. Pero su último pensamiento fue para mí. Buen hombre, hamburgués. -¡Por Dios! Hamburgués, ¿y tú aquí en el Sur, cómo sabes que murió hoy?
–¿Como no iba a enterarme de la muerte de mi patrón? ¡Qué simpleza la tuya!
–¿Quieres insultarme?
–No, de ninguna manera, fue sin querer. Pero debías de beber más y asombrarte menos. Así sucede con los patrones: al principio la barca no pertenecía a nadie.
–Gracchus; quiero pedirte un favor. Primero explícame pero en forma coherente, tu situación.
–Confieso que no la conozco. Para ti son cosas bien sabidas y supones que todo el mundo las conoce. Pero resulta que en una corta vida human –porque la vida es corta, y quisiera que lo comprendieras– uno está ocupado en su manutención y en la de su familia. Por más interesante que resulte el cazador Gracchus –y esto no es servilismo sino convicción– uno no tiene tiempo para pensar en él, para informarse sobre él y mucho menos para preocuparse por él. Acaso en el lecho de muerte, como tu hamburgués... no sé. Tal vez en esa situación el hombre laborioso tenga, por primera vez, tiempo de estirarse y entre sus divagaciones piense en el cazador Gracchus de verdoso uniforme. Pero al contrario, como ya te dije: no sabía nada de ti, me encuentro en el puerto por asuntos de negocios, vi la barrea, la plancha estaba tendida,

crucé… Pero ahora me gustaría saber algo de ti.
- ¡Ah! ¡Esas antiguas historias! Todos los libros están repletos de ellas; en todas las escuelas los maestros las dibujan en el pizarrón, las sueña la madre mientras da el pecho al niño, las secretean los que se abrazan, los mercaderes las comentan a sus clientes, los soldados las cantan durante su marcha, el sacerdote las grita durante el sermón, los historiadores –boquiabiertos– las descubren en sus habitaciones tal como sucedieron hace mucho y las describen sin cesar; están impresas en los diarios y pasan de mano en mano; el telégrafo fue inventado para que dieran la vuelta al mundo más rápidamente, se las exhuma con las ciudades desaparecidas y el ascensor sube con ellas al techo del rascacielos. Los pasajeros las proclaman desde las ventanillas de los trenes en los lejanos países que surcan, pero aún antes las aúllan los salvajes; están escritas en las estrellas y los mares devuelven su reflejo; los torrentes las bajan de las montañas y la nieve las esparce en las cimas, y tú hombre, estás ahí sentado y las preguntas ¡Qué juventud particularmente desperdiciada debes haber tenido!
–Posiblemente; eso es común entre todos los jóvenes. También a ti creo que te haría bien una vuelta por el mundo, con los ojos abiertos. Por asombroso que te parezca, casi me parece extraño a mí también; nadie habla sobre ti; son muchos los temas, pero tú no estás en ellos; tú sigues tu viaje, pero hasta donde yo sé, ninguno se ha cruzado contigo.
–Ese es tu punto de vista; otros han dado el suyo. Sólo hay dos posibilidades. O tú guardas deliberadamente lo que sabes con algún propósito, en tal caso estás equivocado, te lo digo con franqueza, o supones que realmente no me recuerdas porque confundes mi historia con otra, y si ese es el caso, sólo puedo decirte… No, no puedo; todo el mundo lo sabe, ¿y precisamente yo tenía que contártelo? ¡Hace tanto tiempo! ¡Pregúntales a los historiadores! ¡Vete y vuelve más adelante! ¡Hace tanto tiempo! Mi cerebro está tan sobrecargado ¡cómo iba a recordar algo!
–Un segundo, Gracchus, te preguntaré; eso te ayudará. ¿De dónde eres?
–Todo el mundo lo sabe; de la Selva Negra. –Muy bien; de la Selva Negra. ¿Y allí has sido cazador en el siglo cuarto?
–¡Hombre! ¿Conoces la Selva Negra? -No.
–Realmente, no sabes nada. El hijo del timonel conoce más que tú. ¿Quién te habrá invitado? Es una desgracia. Estaba más que justificada tu modestia. Eres la nada llena de vino. ¡Ni siquiera conoces la Selva Negra, y yo nací allí! Allí cacé hasta los veinticinco años. Si no me hubiera tentado la gamuza –bien, ya te enteraste–, habría tenido una

vida de cazador, larga y hermosa, pero me tentó la gamuza, me despeñé estrellándome contra las rocas. No preguntes más. Aquí estoy, muerto, muerto. No sé por qué estoy aquí. Como es usual, me cargaron en la barca mortuoria; era sólo un muerto, hicieron los manejos de costumbre, como con cualquiera, ¿por qué hacer una excepción con el cazador Gracchus?, todo estaba en orden. Y yo yaciente en la barca.

UN GOLPE A LA PUERTA DEL CORTIJO

Fue un caluroso día de verano. Mi hermana y yo pasábamos frente a la puerta de un cortijo que estaba en el camino de regreso a casa. No sé si golpeó esa puerta por travesura o distracción. No sé si tan sólo amenazó con el puño sin llegar a tocarla siquiera. Cien metros más adelante, junto al camino real que giraba a la izquierda, empezaba el pueblo. No lo conocíamos, pero al cruzar frente a la casa que estaba inmediatamente después de la primera, salieron de ahí unos hombres haciéndonos señas amables o de advertencia; estaban asustados, encogidos de miedo. Señalaban hacia el cortijo y nos hacían recordar el golpe contra la puerta. Los dueños nos denunciarían e inmediatamente comenzaría el sumario. Yo permanecía calmo, tranquilizaba a mi hermana. Posiblemente ni siquiera había tocado, y si en realidad lo había hecho, nadie podría acusarla por eso. Intenté hacer entender esto a las personas que nos rodeaban; me escuchaban pero absteniéndose de emitir juicio alguno. Después dijeron que no sólo mi hermana, sino también yo sería acusado. Yo asentía, sonriente, con la cabeza. Todos volvíamos nuestra vista atrás, hacia el cortijo, tan atentamente como si se tratara de una lejana cortina de humo tras la cual fuera a aparecer un incendio. Lo que pronto vimos, en realidad, fue a unos jinetes que entraron por el portón del cortijo. Una polvareda, al levantarse, lo cubrió todo; sólo brillaban las puntas de las enormes lanzas. Apenas la tropa había desaparecido en el patio, cuando debió, al parecer, hacer dar vuelta a sus corceles, pues volvió a salir en dirección nuestra. Aparté a mi hermana de un empellón, yo me encargaría de poner todo en orden. Ella no quiso dejarme solo. Le expliqué que para que se viera mejor vestida ante los señores debía, al menos, cambiarse de ropas. Por fin me hizo caso e inició el largo camino a casa. Ya estaban los jinetes junto a nosotros y casi al tiempo de apearse preguntaron por mi hermana. "No está aquí de momento" fue la temerosa respuesta, "pero vendrá más tarde". La contestación se recibió con indiferencia. Parecía que ante todo, lo importante era haberme hallado. Destacaban, de entre ellos, el juez, un hombre joven y vivaz, y su silencioso ayudante llamado Assmann. Me

invitaron a pasar a la taberna campesina. Lentamente, balanceando la cabeza, jugando con los tiradores, comencé a caminar bajo las miradas severas de los señores. Aún creía que una sola palabra sería suficiente para que yo, que vivía en la ciudad, fuese liberado, incluso con honores, en ese pueblo campesino. Pero luego de atravesar el umbral de la puerta, pude escuchar al juez que se acercó a recibirme: "Este hombre me da lástima". Sin duda alguna, no se refería con esto a mi estado actual sino a lo que me esperaba en el futuro. La habitación se parecía más a la celda de una prisión que a una taberna rural. De las grandes losas de la pared, oscura y sin adornos, pendía, en alguna parte, una argolla de hierro, y en el centro de la habitación algo que era medio catre y medio mesa de operaciones.
¿Podría yo respirar otros aires que los de una cárcel? He aquí el gran dilema. O, mejor dicho, lo que sería el gran dilema, si yo tuviera alguna perspectiva de ser dejado en libertad.

EL PUENTE

Yo era rígido y frío, yo estaba tendido sobre un precipicio; yo era un puente. En un extremo estaban las puntas de los pies; al otro, las manos, aferradas; en el cieno quebradizo clavé los dientes, afirmándome. Los faldones de mi chaqueta flameaban a mis costados. En la profundidad rumoreaba el helado arroyo de las truchas. Ningún turista se animaba hasta estas alturas intransitables, el puente no figuraba aún en ningún mapa. Así yo yacía y esperaba; debía esperar. Todo puente que se haya construido alguna vez, puede dejar de ser puente sin derrumbarse.
Fue una vez hacia el atardecer –no sé si el primero y el milésimo–, mis pensamientos siempre estaban confusos, giraban siempre en redondo; hacia ese atardecer de verano, cuando el arroyo murmuraba oscuramente, escuché el paso de un hombre. A mí, a mí. Estírate puente, ponte en estado, viga sin barandales, sostén al que te ha sido confiado. Nivela imperceptiblemente la inseguridad de su paso; si se tambalea, date a conocer y, como un dios de la montaña, ponlo en tierra firme.
Llegó y me golpeteó con la punta metálica de su bastón, luego alzó con ella los faldones de mi casaca y los acomodó sobre mí. La punta del bastón hurgó entre mis cabellos enmarañados y la mantuvo un largo rato ahí, mientras miraba probablemente con ojos salvajes a su alrededor. Fue entonces –yo soñaba tras él sobre montañas y valles– que saltó, cayendo con ambos pies en mitad de mi cuerpo. Me estremecí en medio de un salvaje dolor, ignorante de lo que pasaba. ¿Quién era? ¿Un

niño? ¿Un sueño? ¿Un salteador de caminos? ¿Un suicida? ¿Un tentador? ¿Un destructor? Me volví para poder verlo. ¡El puente se da vuelta! No había terminado de volverme, cuando ya me precipitaba, me precipitaba y ya estaba desgarrado y ensartado en los puntiagudos guijarros que siempre me habían mirado tan apaciblemente desde el agua veloz.

DE NOCHE

¡Hundirse en la noche! Así como a veces se sumerge la cabeza en el pecho para reflexionar, sumergirse por completo en la noche. Alrededor duermen, los hombres. Un pequeño espectáculo, un autoengaño inocente, es el de dormir en casas, en camas sólidas, bajo techo seguro, estirados o encogidos, sobre colchones, entre sábanas, bajo mantas; en realidad se han encontrado reunidos como antes una vez y como después en una comarca desierta: un campamento al raso, una inabarcable cantidad de personas, un ejército, un pueblo bajo un cielo frío, sobre una tierra fría, arrojados al suelo allí donde antes se estuvo de pie, con la frente contra el brazo, y la cara contra el suelo, respirando pausadamente. Y tú velas, eres uno de los vigías, hallas al prójimo agitando el leño encendido que cogiste del montón de astillas, junto a ti. ¿Por qué velas? Alguien tiene que velar, se ha dicho. Alguien tiene que estar ahí.

EL TIMONEL

¿Acaso no soy timonel? –exclamé.
–¿Tú? –preguntó un hombre alto y moreno, y se pasó la mano por los ojos, como si disipara un sueño.
Yo había estado al timón en noches oscuras, la débil luz del farol sobre mi cabeza, y ahora había venido aquel hombre y quería apartarme. Y como yo no cediera, me puso el pie en el pecho y me empujó lentamente contra el suelo, mientras yo seguía aferrado al timón y lo arrancaba al caer. Entonces el hombre se apoderó de el, lo puso en su lugar y me dio un empujón, alejándome. Me rehice de inmediato fui hasta la escotilla que llevaba a la cámara de la tripulación y grité:
–¡Tripulantes! ¡Camaradas! ¡Venid pronto! ¡Un extraño me ha quitado el timón!
Llegaron lentamente, subiendo por la escalerilla, eran unas formas poderosas, oscilantes, cansadas.
–¿No soy yo el timonel? –pregunté.
Asintieron, pero sólo tenían miradas para el extraño, a quien rodeaban

en semicírculo, y cuando con voz de mando él dijo: "No me molestéis", se reunieron, me observaron asintiendo con la cabeza y bajaron otra vez la escalerilla. ¿Qué pueblo es éste? ¿Piensan también, o sólo se arrastran sin sentido sobre la tierra?

EL TROMPO

Un filósofo solía frecuentar los juegos de los niños. Y cuando veía a un chico con un trompo, se ponía al acecho. Apenas estaba el trompo en movimiento, el filósofo lo perseguía para atraparlo. Que los niños hicieran bulla y procurasen alejarlo de su juego le tenía sin cuidado, y era feliz sujetándolo tras giraba, pero esto duraba sólo un instante, entonces lo arrojaba al suelo y se marchaba. Creía, en efecto, que el conocimiento de cualquier bagatela, como por ejemplo un trompo que giraba sobre sí mismo, bastaba para alcanzar el conocimiento de lo general. De ahí que se desentendiera de los grandes problemas, que no le parecían provechosos. Conocer realmente la bagatela más insignificante, era conocer el todo, por lo cual se ocupaba tan sólo del trompo casi inmóvil. Y cuando se hacían los preparativos para hacer girar el trompo, tenía siempre la esperanza de que todo saliera bien y, si el trompo giraba, en medio de las carreras sin aliento, su esperanza se convertía en certeza, pero cuando se quedaba con el inmóvil trozo de madera en la mano, se sentía mal, y el griterío de los niños, que hasta entonces no oyera y que ahora, de súbito, le atronaba los oídos, lo arrojaba fuera de allí, y se tambaleaba como un trompo bajo una cuerda torpe.

UNA CONFUSIÓN COTIDIANA

Un problema cotidiano del que resulta una confusión cotidiana. A tiene que concretar un negocio importante con B en H. Se traslada a H para una entrevista preliminar, pone diez minutos en ir y diez en volver, y en su hogar se enorgullece de esa velocidad. Al día siguiente vuelve a H, esa vez para cerrar el negocio. Ya que probablemente eso le insumirá muchas horas. A sale temprano. Aunque las circunstancias (al menos en opinión de A) son precisamente las de la víspera, tarda diez horas esta vez en llegar a H. Lo hace al atardecer, rendido. Le comunicaron que B, inquieto por su demora, ha partido hace poco para el pueblo de A y que deben haberse cruzado por el camino. Le aconsejan que aguarde. A, sin embargo, impaciente por la concreción del negocio, se va inmediatamente y retorna a su casa.

Esta vez, sin prestar mayor atención, hace el viaje en un rato. En su casa le dicen que B llegó muy temprano, inmediatamente después de la salida de A, y que hasta se cruzó con A en el umbral y quiso recordarle el negocio, pero que A le respondió que no tenía tiempo y que debía salir en seguida.
Pese a esa incomprensible conducta, B entró en la casa a esperar su vuelta. Ya había preguntado muchas veces si no había regresado todavía, pero continuaba aguardando
aún en el cuarto de A. Contento de poder encontrarse con B y explicarle todo lo sucedido, A corre escaleras arriba. Casi al llegar, tropieza, se tuerce un tobillo y a punto de perder el conocimiento, incapaz de gritar, gimiendo en la oscuridad, oye a B –tal vez ya muy lejos, tal vez a su lado– que baja la escalera furioso y desaparece para siempre.

EL JINETE DEL CUBO

Todo el carbón se había consumido; vacío el cubo; la pala, sin objeto ya; la chimenea respirando frío; el cuarto lleno de soplo de la helada; ante la ventana, árboles rígidos de escarcha; el cielo, un escucho de plata vuelto hacia aquel que le pida ayuda. Necesito carbón; no debo congelarme; detrás de mí la chimenea inhospitalaria, ante mí, el cielo igualmente despiadado: deberé cabalgar entre ambos y en medio de ambos pedir ayuda al carbonero. Pero ante mis súplicas habituales él se ha endurecido ya; debo probarle exactamente que no me queda ni el más leve polvillo de carbón y que, por lo tanto, él es para mí como el sol de los cielos. Debo actuar como el mendigo hambriento que decide expirar en el umbral de la puerta y a quien, por eso, la cocinera de los señores se decide a dar el poso del último café; así también, furioso, pero a la luz del mandamiento "no matarás", el carbonero tendrá que echarme una palada en el cubo.
Mi ascensión lo va a decidir; por eso voy hacia allí montado en el cubo. Jinete del cubo, y puesta la mano en el asa, riendas harto sencillas, desciendo penosamente la escalera; pero una vez abajo, mi cubo asciende; ¡magnífico!, ¡magnífico!; los camellos echados en tierra no se levantan sacudiéndose con más belleza bajo el palo del guía. Marchamos al trote por la callejuela helada; con frecuencia me veo alzado hasta el primer piso; nunca llego a descender hasta la puerta de la calle. Ante el abovedado sótano del carbonero floto a extraordinaria altura, en tanto él, allá abajo, escribe,
encogido ante su mesita; para dar paso al calor excesivo ha abierto la puerta.

–¡Carbonero! –gritó, con voz hueca, quemada por el frío y oculto por las nubes de mi aliento lleno de humo–, por favor, carbonero, dame un poco de carbón. Mi cubo está vacío, ya no puedo cabalgar sobre él. Sé bueno. Tan pronto pueda, te pagaré.
El carbonero se lleva la mano al oído.
–¿Oigo bien? –pregunta por sobre el hombro a su mujer, que teje sentada en el banco de la chimenea–, ¿oigo bien? Un cliente.
–No oigo nada –dice la mujer, respirando con tranquilidad por encima de las agujas de tejer, con un agradable calórenlo en la espalda.
–¡Oh, sí! –exclamó–. Soy yo; un viejo cliente; un seguro servidor; sólo que momentáneamente sin medios.
–Mujer –dice el carbonero-, ahí hay alguien, hay alguien; no puedo equivocarme hasta ese extremo; tiene que ser un cliente antiguo, muy antiguo, para que así me hable al corazón.
–¿Qué te pasa hombre? –dice la mujer, y aprieta su labor contra el pecho, descansando por un instante–. No hay nadie, la calle está vacía y toda nuestra clientela está ya servida; podemos cerrar el negocio por unos días y descansar.
–Pero yo estoy aquí, sobre el cubo –gritó, e insensibles lágrimas de frío velan mis ojos–. Por favor, aquí arriba; me veréis en seguida; tan sólo una palada; y si me dierais dos, me haríais más que feliz. Toda la clientela está ya provista. ¡Ah, si pudiera oírlo sonar ya en el cubo.!
–Voy –dice el carbonero, y quiere subir la escalera con sus cortas piernas, pero la mujer está ya junto a él, le coge por el brazo y dice:
–Tú te quedas. Si no desistes de tu testarudez, seré yo quien suba. Acuérdate de tu tos. Pero por un negocio, aunque sólo sea imaginario, olvidas mujer e hijo y sacrificas tus pulmones. Iré yo.
–Entonces dile todas las clases que hay en depósito; yo te cantaré los precios.
–Bueno –dice la mujer, y sube hacia la calle. Como es natural, me ve en seguida.
-Señora carbonera –exclamo–, la saludo; sólo una palada de carbón; aquí, en seguida, en el cubo; yo mismo lo llevaré a casa; una palada del peor. La pagaré toda, claro está, pero no ahora, no ahora.
¡Qué tañido de campanas son esas dos palabras, "no ahora", y que turbadora para los sentidos que se mezclan al toque del reloj que precisamente me llega desde la cercana torre de la iglesia!
-¿Qué es, pues, lo que quiere? -exclama el carbonero,
–Nada –le replica la mujer–, no hay nadie; no veo nada, no oigo nada; sólo están dando las seis y nosotros cerramos. Hace un frío terrible; es probable que mañana tengamos mucho trabajo aún.
No ve nada, no oye nada, y sin embargo, suelta la cinta de su delantal

y procura alejarme con él. Por desgracia lo consigue. Mi cubo tiene todas las desventajas de un animal de silla; carece de fuerzas para resistir; es demasiado liviano; un delantal de mujer obliga a sus patas a dejar el suelo.
–¡Mala mujer! –gritó aún, mientras ella, volviéndose hacia el negocio, entre despreciativa y satisfecha, hace un gesto en el aire con la mano-. ¡Mala! Te pedí una palada del peor y no me la has dado.
Y con ello me elevo a las regiones de los pinos helados y me pierdo de vista para siempre.

EL MATRIMONIO

En general la situación de los negocios es tan mala que, a veces, cuando me desocupo un rato de la oficina, tomo la cartera de muestras y visito personalmente a los clientes. Entre otras diligencias, me había propuesto llegar alguna vez hasta lo de N., con quien antes tenía continuas relaciones comerciales que, sin embargo, en el último año, por razones que ignoro, llegaron a aflojarse casi por completo. Para tales perturbaciones en realidad no es necesario que haya motivos; en las actuales circunstancias de inseguridad, a menudo esto determina una insignificancia, un matriz, y de la misma manera, una insignificancia, una palabra, puede
volver a arreglarlo todo. Pero es un poco difícil avanzar hasta N. Es un hombre de edad que en los últimos tiempos estaba bastante enfermo, y que, a pesar de dirigir todavía los negocios, apenas si va a su comercio; si se quiere verle, se debe ir hasta su domicilio, pero por lo general, prefiere aplazar una diligencia comercial de tal índole.
Sin embargo, ayer a la tarde, después de las seis, me puse en camino; ya no era hora de visita, pero la cuestión no debía juzgarse de forma social, sino comercial. Tuve suerte. N. estaba en casa; acababa de regresar de dar un paseo con la esposa, como se me informó en el recibidor, y se hallaba ahora en la habitación del hijo, que se encontraba enfermo. Me invitaron a ir también allí; al principio vacilé, pero luego se impuso el deseo de terminar cuanto antes la penosa visita y me decidí tal como iba, con el abrigo puesto, sombrero y cartera en mano, me dejé conducir a través de una habitación oscura hacia otra, muy suavemente iluminada, en la que se encontraban varias personas.
En forma casi instintiva, mi mirada recayó primero en un agente de negocios, harto conocido por ser competidor mío. Se había deslizado hasta aquí, adelantándose. Estaba cómodamente instalado junto a la cama del enfermo, como si él fuese el médico; con su hermoso abrigo abierto, abollonado, daba una impresión de poder; su descaro es insupera-

ble; algo semejante debió de pensar también el enfermo, que yacía con las mejillas enrojecidas por la fiebre y que de vez en cuando miraba hacia él. Por lo demás, el hijo ya no es joven; un hombre de mi edad, de barba corta algo descuidada por la enfermedad.

El viejo N., grande, de hombros anchos, sorprendentemente enflaquecido por su traicionero mal, encorvado e inseguro, permanecía aún como había llegado, con el abrigo puesto, y murmuraba algo en dirección a su hijo. Su señora, pequeña y frágil, aunque extremadamente vivaz, pero sólo en cuanto se refería a él –a los otros apenas si nos veía–, se hallaba ocupada en quitarle el abrigo, lo que por la diferencia de estatura entre ambos ofrecía algunas dificultades. Finalmente lo consiguió. La verdadera dificultad estaba en que N., muy impaciente, no cesaba, tanteando con sus manos inquietas, de pedir el sillón, que por fin la mujer, luego de haberle quitado el abrigo, empujó con prisa hacia él. Ella misma tomó el abrigo, debajo del cual casi desaparecía, y se lo llevó.

Entonces llegada mi oportunidad, o mejor, no había llegado, no llegaría nunca aquí; en realidad, si yo todavía quería intentar algo, debía hacerlo de inmediato, porque tenía la impresión de que las posibilidades para una conversación de negocios podían empeorar. Pero no entraba en mis costumbres eternizarme en un asiento, como lo pretendía con seguridad el agente; por otra parte, no quería guardar consideraciones con éste. De modo que comencé a exponer brevemente mi asunto, a pesar de que notaba que N. tenía deseos de conversar algo con su hijo. Desgraciadamente, tengo la costumbre, cuando me excito con la conversación –y esto sucede casi en seguida y sucedió en este cuarto de enfermo antes en otras oportunidades–, de levantarme y pasear mientras hablo. En la oficina de uno esto puede ser muy conveniente, pero es muy molesto en casa ajena. Sin embargo, no pude dominarme, sobre todo porque me faltaba el cigarrillo habitual. Por cierto, todos tenemos malos hábitos, con lo cual todavía elogio los míos en comparación con los del agente. Qué decir, por ejemplo, de que a menudo, de modo completamente inesperado, se encasquetaba el sombrero, después de haberlo mecido suavemente sobre las rodillas. Claro que al instante vuelve a quitárselo, como si hubiera sucedido por casualidad, pero de todos modos lo ha tenido un momento en la cabeza, y esto sucede a menudo. Creo que semejante comportamiento es en verdad intolerable. A mí no me molesta, voy y vengo, estoy completamente absorto por mi asunto y miro por encima de él; pero debe de haber gentes a la que la prueba con el sombrero los saca de las casillas. En mi ardor no presto atención a molestias de esta índole ni a nada; veo, sí, lo que ocurre, pero hasta que no he terminado o no oigo objeciones, en cierto modo

no lo advierto. Así, por ejemplo, supe perfectamente que N. no estaba en condiciones de atender: se revolvía incómodo, las manos en los brazos del sillón, observa el vacío con expresión de búsqueda y su rostro parecía tan ausente como si ninguna de mis palabras ni la menor señal de mi presencia le llegase. Yo veía" que todo
este comportamiento enfermizo me daba pocas esperanzas, pero a pesar de todo seguía hablando como si tuviese todavía la intención de arreglarlo todo con palabras, con ofertas ventajosas. Yo mismo me asusté de las concesiones que hacía sin que nadie me las pidiera. Me produjo alguna satisfacción que el agente, como noté de paso, dejara por fin en paz su sombrero y cruzara los brazos sobre el pecho: mi exposición, en parte destinada a él, parecía estropear sus proyectos. La satisfacción que esto me produjo seguramente me habría incitado a seguir hablando si el hijo, al que había prestado poca atención por ser un personaje secundario, no me hubiese reducido a silencio incorporándose a medias y amenazándome con el puño. Era evidente que quería decir algo, mostrar algo, pero no tenía fuerzas suficientes. Al principio lo atribuí todo al delirio de la fiebre; pero cuando involuntariamente miré al viejo, lo comprendí todo mejor. N. estaba sentado con los ojos abiertos, vidriosos, hinchados, que sólo podían servirle unos instantes más; se inclinaba temblorosamente hacia adelante como si alguien lo sujetase o lo golpease en la nuca; el labio inferior, el maxilar mismo, colgaba inerte, mostrando las encías; todo el rostro estaba desencajado; respiraba, aunque con dificultad, pero luego, cerró los ojos, la expresión de que hacía un gran esfuerzo cruzó todavía su rostro y todo terminó. Salté hacia él, tomé con escalofrío la mano que colgaba sin vida, helada. Ya no había pulso. Todo había acabado. Ciertamente, se trataba de un nombre de edad. Ojalá el morir no nos resulte más arduo. ¡Pero cuánto había que hacer ahora! ¿Qué era lo más urgente? Miré en derredor, en busca de ayuda. Pero el hijo había subido la manta hasta cubrirse la cabeza, se oía su llanto interminable. El agente frío como un sapo, seguía firme en su sillón, visiblemente decidido a esperar a que pasara el tiempo; yo, solamente yo, quedaba para hacer algo y emprender en seguida lo más difícil: comunicar de una manera soportable, a la mujer la noticia, es decir, de una manera que no existe. Y ya oía sus pasos diligentes y arrastrados en la pieza contigua. Trajo –todavía en ropa de calle, no había tenido tiempo de cambiarse– un camisón entibiado en la estufa y quería ponérselo al marido.
–Se ha dormido –dijo moviendo la cabeza con una sonrisa al notarnos tan silenciosos.
Y con la infinita fe de los inocentes, tomó la misma mano que hacía un instante había yo tenido en la mía con desagrado y aprensión, la besó

como en un pequeño juego conyugal, y –¡cómo habremos abierto los ojos los tres! – N. se movió, bostezó ruidosamente, se dejó poner el camisón, toleró con rostro de irónico disgusto los tiernos reproches de su mujer por el excesivo esfuerzo realizado en el paseo demasiado largo, y dijo, para justificar que se hubiese quedado dormido, algo relativo al aburrimiento. Después, para no enfriarse yendo a otra habitación, se acostó por el momento en la cama del hijo. Reposó la cabeza junto a los pies de éste, sobre dos almohadas rápidamente traídas por la mujer. Después de lo pasado, no encontré nada extraño en ello. Entonces pidió el diario de la tarde, lo tomó sin consideración a los visitantes, pero sin leer; le echaba sólo un vistazo nos dijo entretanto, con mirada cortante, asombrosamente comercial, algunas cosas muy desagradables acerca de nuestras propuestas, mientras que con la mano libre hacía continuamente movimientos de arrojar algo y chasqueaba la lengua, como significando la contrariedad que le provocaba nuestra conducta comercial.

El agente no pudo dejar de hacer algunas observaciones inadecuadas, en su tosquedad sentía probablemente que después de lo que había sucedido debía producirse alguna compensación. Yo me despedí de prisa; casi le estaba agradecido al agente; sin su presencia no hubiese tenido el valor de retirarme tan pronto.

En la antesala me encontré todavía con la señora N. Al contemplar su mísera figura le dije con sinceridad que me recordaba algo a mi madre. Y como permaneciera callada, agregué:

–Dígase lo que se quiera; podía hacer milagros. Lo que nosotros ya habíamos destruido, ella sabía componerlo. La perdí en la niñez.

Había hablado deliberadamente con exagerada lentitud y claridad, porque sospechaba que la señora era un poco sorda. Y probablemente lo era, porque preguntó sin transición:

–¿Qué le parece el aspecto de mi marido?

Por algunas palabras de despedida advertí que me confundía con el agente; creo que de otra manera hubiera sido más gentil.

Luego bajé la escalera. El descenso fue más difícil que el ascenso, y eso que éste no había sido fácil. ¡Ah, qué desdichadas diligencias comerciales hay, y uno tiene que seguir llevando la cruz!

EL VECINO

El negocio descansa por entero sobre mis hombros.

Dos señoritas con sus máquinas de escribir y sus libros comerciales en

la primera habitación, y una mesa de despacho, caja, butaca y teléfono constituyen todo mi aparato de trabajo. Resulta facilísimo dominarlo todo con un vistazo y dirigirlo. Soy muy joven y los negocios se acumulan a mis pies. No me quejo, no me quejo.

Desde Año Nuevo un joven ha alquilado sin vacilar la habitación contigua, pequeña y desocupada, que por tanto tiempo titubeé, con torpeza en coger. Se trata de un cuarto con antecámara y cocina. Hubiese podido utilizar el cuarto y la antecámara –mis dos empleadas se han sentido más de una vez recargadas en sus tareas–, pero ¿para qué me habría servido la cocina? Esta pequeña vacilación fue causa de que me dejara quitar la habitación. En ella está instalado ese joven. Se llama Harras. A ciencia cierta no sé lo que hace allí. Sobre la puerta dice: "Harras oficina". He pedido informes, me han dicho que se trataría de un negocio similar al mío. En realidad, no es el caso dificultarle la concesión de créditos, pues se trata de un hombre joven con aspiraciones, cuyas actividades tienen quizá porvenir, pero no se podría, sin embargo, aconsejar que se le otorgue crédito, pues actualmente, según todos los informes, carece de fondos. Es decir, el informe que se da por lo común cuando no se sabe nada.

A veces encuentro a Harras en la escalera, debe de tener siempre una prisa extraordinaria, pues se escabulle ante mí. Ni siquiera lo he visto bien aún, y ya tiene pronta en la mano la llave del escritorio. Al momento abre la puerta, y antes de que lo observe bien ya se ha deslizado hacia adentro como la cola de una rata y heme aquí otra vez ante el cartel "Marras, oficina", que he leído muchas más veces de lo merecido.

La miserable delgadez de las paredes, que denuncian al hombre eternamente activo, ocultan sin embargo al poco honrado. El teléfono está en la pared que me separa del cuarto de mi vecino.

No obstante, lo destaco tan sólo como algo particularmente irónico. Aun cuando colgara de la pared opuesta, se oiría todo desde la habitación vecina. Me he quitado la costumbre de pronunciar por teléfono el nombre de los clientes. Pero no se necesita mucha astucia para adivinar los nombres a través de característicos pero inevitables giros de la conversación. A veces, aguijoneando por la inquietud, bailoteo en torno al aparato, con el receptor en el oído, pero no puedo impedir que se filtren secretos.

Por supuesto, las resoluciones de carácter comercial se vuelven así inseguras y mi voz tiembla ¿Qué hace Harras mientras telefoneo? Si quisiera exagerar –lo que es preciso hacer con frecuencia para ver claro–, podría decir: Harras no necesita teléfono, utiliza el mío; ha arrimado el sofá a la pared y escucha; yo, en cambio, cuando llama el teléfono debo atender, tomar nota de los deseos de los clientes, adoptar resolucio-

nes, sostener conversaciones de grandes proyecciones, pero, ante todo, proporcionar a Harras informes involuntarios a través de la pared.
A lo mejor ni siquiera aguarda que termine la conversación, sino que se levanta cuando se informa suficientemente sobre el caso, y se lanza, según su costumbre, a través de la ciudad. Antes de haber colgado yo el receptor, él está trabajando ya en mi contra.

LA PRUEBA

No hay trabajo para un criado. Soy medroso y no me pongo en evidencia; ni siquiera me coloco en fila con los demás, pero esto es sólo una de las causas de mi falta de ocupación; también es posible que nada tenga que ver con eso; lo
importante es, en todo caso, que no soy llamado a prestar servicio; otros han sido llamados y no han hecho más gestiones que yo; y acaso ni siquiera han tenido alguna vez el deseo de ser llamados, en tanto que yo lo he sentido, a veces, con mucha intensidad.
Así yazgo, pues, en el catre del cuarto de los criados, la mirada fija en las vigas del techo, me duermo, me despierto y, en seguida, vuelvo a dormirme. A veces cruzo hasta la taberna, donde sirven cerveza agria; algunas veces por fastidio, he volcado un vaso, pero luego vuelvo a beber. Me gusta sentarme allí porque, detrás de la pequeña ventana cerrada y sin que nadie me descubra puedo contemplar las ventanas de casa. No se ve gran cosa; a la calle dan, según creo, sólo las ventanas de los corredores, y además, no de aquellos que llevan a los cuartos de los señores; es posible también que me equivoque; alguien lo sostuvo una vez, sin que yo se lo preguntara, y la impresión general de la fachada lo confirma. Sólo de vez en cuando se abren las ventanas, y cuando esto ocurre, lo hace un criado, que se inclina también sobre el antepecho para echar un vistazo hacia abajo. Son, pues, corredores donde no puede ser sorprendido. Por lo demás no conozco a esos criados; los que son ocupados permanentemente arriba, duermen en otro lugar; no en mi cuarto.
Una vez, al llegar a la hostelería, un huésped ocupaba ya mi lugar de observación; no me atreví a mirar en forma directa hacia donde estaba y quise volverme en la puerta para irme en seguida. Pero el huésped me llamó y, así, entonces, advertí que también era un criado al que yo había visto una vez en alguna parte, aunque sin haber hablado nunca hasta entonces.
–¿Por qué quieres escapar? Siéntate aquí y bebe. Te invito.
Me senté, entonces. Me preguntó algo, pero no pude responder; ni si-

quiera comprendía las preguntas. Por eso le dije:
–Quizás ahora te arrepientas de haberme invitado. Me voy, pues.
Quise levantarme. Pero él extendió la mano por encima de la mesa y me retuvo en el asiento.
–Quédate –dijo–. Era sólo una prueba. El que no responde a las preguntas la ha aprobado.

ABOGADOS

Aún no había seguridad de que yo consiguiera un abogado; tampoco había logrado averiguar nada concreto sobre el asunto. Todos aquellos rostros eran repugnantes; la mayor parte de las personas con las que me encontraba y con las que volvía a cruzarme en los pasillos una y otra vez, parecían viejas gordas; vestían inmensos delantales rayados en blanco y azul que les cubrían por entero el cuerpo; se frotaban el vientre mientras se movían con pesadez de un lado a otro. Ni siquiera podía saber si nos encontrábamos en un palacio de justicia. Habían cosas que parecían indicarlo así; muchas otras lo negaban. Pero sobre todos estos detalles, lo que más me recordaba a un tribunal era un estruendo que se oía a lo lejos sin cesar; imposible decir de qué dirección provenía; saturaba a tal punto todos los ambientes, que aparentemente procedía de todos lados; o, para ser más exacto todavía, era como si el lugar donde uno *se* encontrara, fuera el verdadero origen de aquel estruendo; pero con certeza, aquello era una ilusión, pues el rumor nacía a lo lejos. Esos pasillos estrechos, de sencillas bóvedas, cuyo recorrido era ligeramente sinuoso, surcado por altas puertas apenas decoradas, parecían creados para un profundo silencio; eran los pasillos de un museo o de una biblioteca. Pero si esto no era un tribunal, ¿por qué buscaba yo aquí a un abogado? Porque lo buscaba por todas partes; después de todo, en todas partes es necesario ; se lo necesita más fuera de un tribunal que dentro, de él, pues se supone que el tribunal dicta su sentencia según la ley. La vida sería imposible si se admitiera que aquí se procede con injusticia o basándose en datos superfluos; hay que confiar en que el tribunal deje su acción a la majestad de la ley misma: acusación, defensa y sentencia; la intervención aquí de una persona en forma individual sería un sacrilegio. Otra cosa muy distinta es la que respecta a la circunstancia de una sentencia; ésta se fundamenta en testimonios de familiares y extraños, amigos, y enemigos, en privado y en público, en la ciudad y en el campo; en síntesis en todas partes. Un abogado es aquí imprescindible; no, muchos abogados, los mejores, formando una hilera, una muralla viviente, pues los abogados son lentos por naturaleza en

cambio los fiscales, esos zorros astutos, esas sagaces comadrejas, esos ratoncitos invisibles, se cuelan por los recovecos, se escabullen entre las piernas de los abogados. ¡Cuidado! Pues por eso estoy aquí; por coleccionar abogados. Pero todavía no he encontrado ninguno; sólo estas viejas gordas que van y vienen, siempre igual; de no haberme empeñado en la búsqueda, ya me habría dormido. No me encuentro en el lugar adecuado; por desgracia no puedo sustraerme a la impresión de no estar en el lugar apropiado. Debería encontrarme en un lugar donde se reuniera gente de toda clase, de distintas comarcas, estados y profesiones, de diversas edades; debería poder escoger esmeradamente entre la multitud, a los eficientes, a los amables, a aquellos que tienen una mirada para mí. Para esto posiblemente sería lo mejor una gran feria anual. En cambio, me arrastro por estos pasillos donde sólo puedo ver a estas viejas, y sólo a algunas, siempre las mismas, y aun a estas pocas, a pesar de su lentitud, no logro detenerlas, se me escabullen, flotan como nubes cargadas de lluvia, totalmente empeñadas en ocupaciones extrañas. ¿Por qué entro a ciegas en un edificio, sin leer la inscripción sobre el pórtico, y me deslizo inmediatamente en los pasillos tan obstinadamente, que el recordar que alguna vez estuve afuera, ante el pórtico, se vuelve imposible? Ya ni siquiera recuerdo haber subido las escaleras. Sin embargo no puedo volver atrás; esta pérdida de tiempo, el darme cuenta del error que cometí me sería insoportable. ¿Cómo desandar las escaleras de esta vida breve, presurosa, acompañada de un estruendo que no cesa? Imposible. El tiempo que se te ha acordado es tan corto, que si pierdes un segundo pierdes tu vida entera; porque sólo es tan larga como el tiempo que pierdes. Si has comenzado, pues, un camino, sigue adelante en cualquier circunstancia: sólo puedes ganar; no corres ningún peligro; quizás al fin caigas, pero si al dar los primeros pasos te hubieras arrepentido y bajado la escalera, te habrías despeñado desde el comienzo mismo; y esto no sólo es probable sino seguro. Si no hallas nada detrás de las puertas, hay otros pisos; si no encuentras nada arriba, no importa; continúa subiendo. Mientras no dejes de subir no terminarán los escalones; bajo tus pasos ascendentes, ellos crecen hacia lo alto.

REGRESO AL HOGAR

Al regresar, atravieso el zaguán y miro en derredor.

Es el viejo cortijo de mi padre. El charco en el medio. Entremezclados objetos viejos e inservibles cierran el paso hacia la escalera del granero. El gato acecha desde la baranda. Un trapo desgarrado, atado alguna

vez a una barra, mientras alguien jugaba, se agita al viento. He llegado. ¿Quién me recibirá? ¿Quién espera tras de la puerta de la cocina? La chimenea humea, están preparando el café para la cena. ¿Sientes la intimidad, te encuentras como en tu casa? No lo sé, no estoy seguro. Es, la casa de mi padre pero todos están uno junto al otro, fríamente, como si estuviesen ocupados en sus asuntos, que en parte he olvidado y en parte no he conocido jamás. ¿De qué puedo servirles, qué soy para ellos, aun siendo el hijo de mi padre, el hijo del viejo propietario rural? Y no me atrevo a llamar a la puerta de la cocina, y sólo escucho desde lejos, sólo desde lejos tenso sobre mis pies, pero de manera tal que no me puedan sorprender escuchando. Y porque escucho desde lejos no oigo nada, salvo una leve campanada de reloj, que quizá sólo creo oír, llegándome desde los días de la infancia. Lo que además ocurre en la cocina es un secreto que los que allí están sentados me ocultan. Cuanto más se titubea ante la puerta, más extraño se siente uno. ¿Qué tal si ahora alguien la abriese y me hiciese una pregunta? ¿Acaso yo mismo no estaría entonces, como alguien que quiere ocultar su secreto?

COMUNIDAD

Éramos cinco amigos; una vez salimos en fila de una casa; primero vino uno y se puso junto a la entrada, luego vino, o mejor dicho, se deslizó tan ligeramente como se desliza una bolita de mercurio, el segundo y se puso no lejos del primero, luego el tercero, luego el cuarto, luego el quinto. Finalmente estábamos todos de pie, en una línea. La gente se fijó en nosotros y señalándonos, decía: todos acaban de salir de esa casa. Desde entonces vivimos juntos, y tendríamos una vida pacífica si un sexto no viniese siempre a entrometerse; No nos hace nada, pero nos molesta, lo que ya es bastante; ¿por qué se introduce por fuerza allí donde nadie lo quiere? No lo conocemos y no queremos aceptarlo nosotros. Nosotros cinco tampoco nos conocíamos antes y, si se quiere, tampoco nos conocemos ahora, pero aquello que entre nosotros cinco es posible y tolerado, no es ni posible ni tolerado con respecto a aquel sexto. Además, somos cinco y no queremos ser seis. Y qué sentido, sobre todo, puede tener esta convivencia permanente, si estamos ya juntos y seguimos estándolo, pero no queremos un nuevo nexo, precisamente en razón de nuestras experiencias. Pero ¿cómo explicar esto a un sexto, puesto que las largas explicaciones significarían ya una aceptación a nuestro círculo? Es preferible no explicar nada y no aceptarlo. Por mucho que frunza los labios lo alejamos con el codo, pero por más que lo hagamos, vuelve otra vez.

EL BUITRE

Un buitre me picoteaba los pies. Ya me había desgarrado los zapatos y las medias y ahora me picoteaba los pies. Siempre tiraba un picotazo, volaba en círculos amenazadores alrededor y luego continuaba su obra. Pasó un señor, nos miró un rato y me preguntó por qué toleraba al buitre.

–Estoy indefenso –le dije–, vino y empezó a picotearme; lo quise espantar y hasta proyecté torcerle el pescuezo, pero estos animales son muy fuertes y quería saltarme a la cara. Preferí sacrificar los pies; ahora están casi hechos pedazos.

–No se debe atormentar –dijo el señor–, un tiro y el buitre se acabó.

–¿Le parece? –pregunté–, ¿quiere encargarse usted del asunto?

–Encantado –dijo el señor–, no tengo más que ir a casa a buscar mi fusil, ¿puede aguantar media hora más?

–No sé –le respondí, y por un instante me quedé rígido de dolor; después agregué–: por favor, pruebe de todos modos.

–Bueno –dijo el señor–, me apuraré.

El buitre había escuchado tranquilamente nuestro diálogo y había dejado vagar la mirada entre el señor y yo. Ahora vi que había comprendido todo: voló un poco más lejos, retrocedió para alcanzar el impulso óptimo, y, como un atleta que arroja la jabalina, encajó su pico en mi boca, profundamente. Al caer de espaldas sentí como una liberación; sentí que en mi sangre, que colmaba todas las profundidades y que inundaba todas las riberas, el buitre, irremediablemente, se ahogaba.

EL

En ninguna ocasión se está lo suficientemente preparado, ni siquiera reprochablemente, porque ¿cómo se habría de tener tiempo para prepararse anticipadamente en esta vida tan dolorosa que exige estar presto a cada instante? Y aunque lo tuviera, ¿cómo estar preparado sin conocer el problema que hay que resolver?; es decir: ¿es realmente posible superar una prueba espontánea, imprevista, no dispuesta en forma artificial? Por eso hace tiempo que fue destrozado por las ruedas; para esta ocasión –es curioso pero confortador– estuvo menos preparado que nunca.

Cuanto hace le parece extraordinariamente nuevo, pero también, por su exagerada abundancia, improvisado, apenas soportable, incapaz de

perdurar, destructor de la cadena de las generaciones, y por primera vez demoledor hasta sus últimas consecuencias de la música del mundo que hasta ahora podía al menos barruntarse. A veces, en su soberbia, teme más por el mundo que por sí mismo.

Se hubiera resignado a la prisión. Terminar preso podría constituir el objetivo de una vida. Pero era una gran jaula de rejas. Como en sus lares, el ruido del mundo, indiferente, imperioso, fluía a través de las rejas; en cierto modo era libre, podía tomar parte en todo, nada de lo que sucedía afuera se le escapaba, hasta hubiera podido abandonar la jaula, ya que los barrotes se encontraban muy separados; ni siquiera se encontraba preso. Tenía la sensación de que por el hecho de vivir se obstruía los caminos. Y luego deducía que esa obstrucción era la prueba de su existencia.

Su propia frente le obstruye el camino; contra ella se golpea la propia frente hasta hacerla sangrar.

Se siente preso en este mundo, le falta espacio; lo acosan la pena, la debilidad, las enfermedades, las alucinaciones de los presos; ningún consuelo es bastante, precisamente por ser tan sólo consuelo, tierno y doloroso consuelo frente al brutal hecho de estar preso. Pero si se le pregunta qué es lo que desea en realidad, no sabe responder, porque no sabe –y es uno de sus argumentos más fuertes– lo que es la libertad.

Hay quien niega la pena señalando el sol; él niega al sol señalando la pena.

El movimiento ondulatorio de toda vida, de la propia y la ajena, lacerante, lento, a veces mucho tiempo detenido, pero en el fondo interminable, lo tortura porque lleva consigo la también interminable exigencia de pensar. A veces le parece que esta tortura precede a los acontecimientos. Cuando se entera de que nacerá el hijo de un amigo, reconoce que ya ha sufrido antes por ello como pensador.

Por una parte ve algo inimaginable sin cierto bienestar, algo sereno y henchido de vida: la meditación, valoración, el análisis, la extraversión. Las posibilidades son infinitas. Hasta un ciempiés necesita una grieta suficientemente amplia para instalarse; aquellos actos, en cambio, no requieren espacio, pueden coexistir por millares, compenetrándose, sin necesidad de la menor grieta. Pero por otra, ve también el instante en que, llamado a rendir cuentas y sin conseguir articular palabra, es rechazado de nuevo hacia la contemplación... y ya sin la posibilidad de chapotear en ellos, se hunde con una maldición.

Se trata de lo siguiente: hace muchos años me senté en la ladera del monte Laurenzi. Bastante triste, analizaba mis
deseos. Me pareció más importante o' atrayente el de lograr una con-

cepción de la vida (y, ambas cosas estaban necesariamente ligadas, convencer a los demás de ella), una concepción en que la vida conservara todo su peso, sus altibajos naturales, pero en que fuera también reconocida, con no menor precisión, como nada, como un sueño, como un algo leve y fluctuante. Acaso-un hermoso deseo si lo hubiese deseado completamente. Algo como el goce de ensamblar una mesa a la perfección, de acuerdo con las reglas del arte; y al mismo tiempo no hacer nada, pero en tal forma que no se pudiese decir: "el martillar no es nada para él", sino que hubiera que decir: "el martillar es para él un verdadero martillar y al propio tiempo nada", con lo cual el martillar se tornaría aún más audaz, más decidido, más real y, si lo deseas, más delirante.
Pero no podía desear en esa forma, ya que ese deseo no era un deseo, era tan sólo una defensa, una certeza de la nada, un soplo de vitalidad conferido a la nada, en la que entonces apenas si aventuraba los primeros pasos concientes, pero sintiéndola ya como su elemento. Era como una despedida del humo de apariencias de la juventud, aunque ésta nunca le había engañado directamente, sino tan sólo a través de la palabra de las eminencias. El "deseo" se hizo pues necesario.
Sólo se prueba a sí mismo, es su única demostración; todos los adversarios lo derrotan en seguida, pero no por/que lo refuten (él es irrefutable), sino porque se prueban a sí mismos.
Las asociaciones humanas se basan en que alguien, por su poderosa esencia, parezca haber refutado a otros, en sí irrefutables. Esto es dulce y consolador para aquellos; pero como falta la verdad no puede ser duradero.
Antes formó parte de un grupo monumental. En torno a un pináculo se agrupaban en orden estudiado las figuras del guerrero, de las artes, ciencias y oficios. Uno de ellos era él. Hace tiempo que el grupo se ha disuelto; al menos él ya no lo integra. No conserva ya su antiguo oficio, ha olvidado cuál era su papel. Precisamente por este olvido le sobreviene una cierta tristeza, inseguridad, inquietud, una cierta nostalgia de los tiempos pasados que oscurecen el presente. Y sin embargo esta nostalgia es un importante elemento de la fuerza vítalo acaso ella misma.
No vive por su existencia personal, no piensa en razón de su propio pensamiento. Es como si viviera y pensara bajo la presión de una familia para la cual, a pesar de ser enormemente rica en energías vitales y de pensamiento, él constituye una necesidad, en virtud de una ley desconocida. Por esta familia y por estas leyes desconocidas es imposible despedirlo.
El pecado original, la vieja culpa del hombre, consiste en el reproche

que formula y en que reincide, de haber sido él la víctima de la culpa y del pecado original.
Frente a las vitrinas de Cassinelli dos niños bien vestidos (un niño de unos seis años y una niña de siete), hablaban de Dios y del pecado. Me detuve tras ellos. La niña, tal vez católica, sólo consideraba pecado mentir a Dios. El niño, quizá protestante, preguntaba empecinado qué era entonces mentir a los hombres o robar.
–También un enorme pecado –dijo la niña–, pero no el más grande. Sólo los pecados contra Dios son los verdaderamente grandes; para los pecados contra los hombres tenemos la confesión. Si me confieso, aparece el ángel a mis espaldas; pero si peco aparece el diablo, aunque no se lo vea.–Entonces la niña, como cansada de tanta seriedad, se volvió y dijo en broma: –¿Ves? No hay nadie detrás de mí.
El niño, a su vez, se volvió y me vio.
–¿Ves? –dijo sin tener en cuenta que yo lo oía–, detrás de mí está el diablo.
–Ya lo veo –le respondió la niña–, pero no me refiero a ése.
No busca consuelo, no porque no lo quiera –¿quién no lo quiere?–, sino porque buscar consuelo significa dedicarla vida a ello; vivir al borde de la existencia, fuera de ella, ya sin saber casi para quién se busca consuelo y sin estar ya en condiciones de buscar consuelo eficaz, no digo verdadero, que no lo hay.
Se resiste a dejarse medir por los demás. El hombre, por infalible que sea, ve en los otros sólo la parte que le muestra su propia mirada y su manera de pensar. Padece como todo el mundo, aunque en forma exagerada, la manía de reducirse hasta amoldarse a la mirada de los demás. Si Robinsón, por consolarse o por tristeza, temor, ignorancia o nostalgia no hubiera abandonado nunca el punto más alto o mejor, más visible de la isla, pronto habría muerto; pero como, sin preocuparse de los barcos y de sus débiles catalejos, comenzó a explorar su isla y a encontrar alegría en ella, sobrevivió y fue finalmente encontrado, como consecuencia al menos intelectualmente, necesaria. De tu debilidad haces una virtud.
En primer lugar, todos lo hacen; y en segundo, precisamente yo no lo hago. Dejo que mi debilidad lo siga siendo; no seco los pantanos, sigo viviendo en su vaho febril.
De ello haces precisamente tu virtud.
Como todos, ya lo dije. Por lo demás, lo hago por ti. Para que continúes siendo amable conmigo, perjudico a mi alma.
Todo le está permitido menos olvidarse de sí mismo; así todo le está vedado, menos lo que momentáneamente es necesario al todo.
La cuestión de la conciencia es una exigencia social.

Todas las virtudes son individuales, todos los vicios sociales. Lo que se hace valer como virtud social, como el amor, el desinterés, la justicia, el espíritu de sacrificio son tan sólo vicios sociales "asombrosamente" rebajados.

Entre el *sí* y el *no* que dice a sus contemporáneos y los que debiera decirles, hay más o menos la misma diferencia que entre la vida y la muerte, e igualmente inasible.

La causa de que la posteridad juzgue más acertadamente al muerto, radica en éste. La verdadera índole se desarrolla

tan sólo después de la muerte. Estar muerto es para cada uno como la noche del sábado para el deshollinador. Le quita el hollín al cuerpo. Y queda aclarado si los contemporáneos le han hecho más daño a él o él a ellos. En el último caso fue un gran hombre.

Siempre tenemos fuerzas para negar, la más natural manifestación del espíritu de lucha, siempre cambiante, renovado, que nace y que muere; pero nos falta valor para ello, cuando en realidad la vida es negación, es decir negación afirmativa.

No muere con la atrofia de sus pensamientos. Atrofiarse es sólo una manifestación del mundo interior (que permanece aunque sólo sea pensamiento), una manifestación natural como cualquier otra, ni alegre ni triste.

La corriente contra la cual se afana es tan veloz que en algún momento de distracción puede- desesperarse por la estéril quietud en que flota; tan atrás ha sido arrastrado en un instante de postración.

Tiene sed y un simple arbusto lo separa del manantial. Pero está formado por dos pactes. Una vigila el conjunto, ve que está aquí y la fuente al lado; la otra a lo sumo sospecha que la primera lo ve todo. Pero como no advierte nada, no puede beber.

Ni audaz ni temerario, tampoco cobarde. La vida libre no le acobardaría. Claro que tal género de vida no se le ha presentado, pero tampoco esto le preocupa, como en general no se preocupa de sí en absoluto, pero hay alguien desconocido que se preocupa por él, tan sólo por él. Y esas preocupaciones de ese alguien desconocido, y en especial su constancia, son las que en horas silenciosas le causan una terrible jaqueca.

Cierta pesadez le impide erguirse, la sensación de estar protegido, de yacer en un lecho preparado para él y que le pertenece exclusivamente; pero no puede descansar, la intranquilidad le expulsa del lecho, se lo impide la conciencia, el corazón que late sin cesar, el temor a la muerte y el deseo de

refutarlo. Torna a levantarse. Esta agitación y algunas observaciones al sesgo, casuales, fugitivas, constituyen su vida.

Tiene dos enemigos: el primero lo amenaza por detrás, desde las fuen-

tes; el segundo le cierra el camino hacia adelante. Lucha con ambos. En realidad, el primero lo apoya en su lucha contra el segundo, quiere impulsarlo hacia adelante y de la misma manera el segundo lo apoya en su lucha contra el primero, lo empuja hacia atrás. Pero esto es solamente teórico. Porque aparte de los adversarios también existe él, ¿y quién no conoce sus intenciones? Siempre sueña que en un momento de descuido –para ello hace falta una noche impensablemente oscura– puede escabullirse del frente de batalla y ser elevado, por su experiencia de lucha, por encima de los combatientes, como arbitro.

PROMETEO

Hay cuatro leyendas referidas a Prometeo. Según la primera, fue encadenado al Cáucaso por haber revelado a los hombres los secretos divinos, y los dioses mandaron águilas a devorar su hígado, que se renovaba perpetuamente.
Según la segunda, Prometeo, aguijoneado por el dolor de los picos desgarradores, se fue hundiendo en la roca hasta hacerse uno con ella.
Según la tercera, la traición fue olvidada en el curso de los siglos. Los dioses la olvidaron, las águilas la olvidaron, él mismo la olvidó.
Según la cuarta, se cansaron de esa historia insensata. Se cansaron los dioses, se cansaron las águilas, la herida se cerró de cansancio.
Quedó el inexplicable peñasco.
La leyenda quiere explicar lo que no tiene explicación.
Como nacida de una verdad, tiene que volver a lo inexplicable.

EL SILENCIO DE LA SIRENAS

Existen métodos insuficientes, casi pueriles, que también pueden servir para la salvación. He aquí la prueba:
Para guardarse del canto de las sirenas, Ulises tapó sus oídos con cera y se hizo encadenar al mástil de la nave. Aunque todo el mundo sabía que este recurso era ineficaz, muchos navegantes podían haber hecho lo mismo, excepto aquellos que eran atraídos por las sirenas ya desde lejos. El canto de las sirenas lo traspasaba todo, la pasión de los seducidos habría hecho saltar prisiones más fuertes que mástiles y cadenas. Ulises no pensó en eso, si bien quizás alguna vez, algo había llegado a sus oídos. Se confió por completo en aquel puñado de cera y en el manojo de cadenas. Contento con sus pequeñas estratagemas, navegó en pos de las sirenas con inocente alegría.

Sin embargo, las sirenas poseen un arma mucho más terrible que el canto: su silencio. No sucedió en realidad, pero es probable que alguien se hubiera salvado alguna vez de sus cantos, aunque nunca de su silencio. Ningún sentimiento terreno puede equiparse a la vanidad de haberlas vencido mediante las propias fuerzas.
En efecto, las terribles seductoras no cantaron cuando pasó Ulises; tal vez porque creyeron que a aquel enemigo sólo podía herirlo el silencio, tal vez porque el espectáculo de felicidad en el rostro de Ulises, quien sólo pensaba en ceras y cadenas, les hizo olvidar toda canción.
Ulises, (para expresarlo de alguna manera), no oyó el silencio. Estaba convencido de que ellas cantaban y que sólo él se hallaba a salvo. Fugazmente, vio primero las curvas de sus cuellos, la respiración profunda, los ojos llenos de lágrimas, los labios entreabiertos. Creía que todo era parte de la melodía que fluía sorda en torno de él. El espectáculo comenzó a desvanecerse pronto; las sirenas se esfumaron de su horizonte personal, y precisamente cuando se hallaba más próximo, ya no supo mas acerca de ellas.
Y ellas, más hermosas que nunca, se estiraban, se contoneaban. Desplegaban sus húmedas cabelleras al viento, abrían sus garras acariciando la roca. Ya no pretendían seducir, tan sólo querían atrapar por un momento más el fulgor de los grandes ojos de Ulises.
Si las sirenas hubieran tenido conciencia, habrían parecido aquel día. Pero ellas permanecieron y Ulises escapó.
La tradición añade un comentario a la historia. Se dice que Ulises era tan astuto, tan ladino, que incluso los dioses del destino eran incapaces de penetrar en su fuero interno. Por más que esto sea inconcebible para la mente humana, tal vez Ulises supo del silencio de las sirenas y tan sólo representó tamaña farsa para ellas y para los dioses, en cierta manera a modo de escudo.

LA FATIGA

Me dijeron que instruyera a los niños. La salita estaba colmada. Muchos se apretaban de tal manera contra las paredes que el espectáculo infundía temor; sin duda se defendían de los otros y los repelían, por ese motivo la masa estaba en continuo movimiento. Sólo unos pocos niños mayores que sobresalían de los demás y no tenían nada que temer del resto, estaban tranquilamente sentados al final de la salita y miraban hacia mí.
Los azotadores estaban reunidos. Eran hombres fuertes pero delgados; estaban siempre listos, se llamaban azotadores, pero no tenían látigos sino varas en las manos; formaban una especie de saliente en la pared

del fondo del lujoso salón, entre los espejos. Entré con mi novia, era una boda. Los parientes aparecieron a través de una puerta angosta que estaba frente a nosotros. Giraban hacia adelante con pasos cortos, mujeres corpulentas, a la izquierda de ellas hombrecillos enfundados en trajes de gala abotonados hasta el cuello. Algunos de mis parientes levantaron los brazos, azorados ante la novia; sin embargo, aún no se había roto el silencio.

Durante un paseó de domingo, me había alejado de la ciudad más de lo que pensaba. El hecho de estar tan lejos me impulsaba todavía más allá. Sobre un montículo había un roble viejo y retorcido, pero no muy grande. En cierta forma me recordó que ya era tiempo de regresar. Era casi noche cerrada. De pie frente al árbol, pasaba mi mano por su dura corteza y leía dos nombres grabados en ella. Los leía pero no los retenía; una terquedad pueril me mantenía allí y no me dejaba regresar, ya que no debía seguir adelante. A veces uno se encuentra prisionero de tales fuerzas; no es difícil liberarse, pues es casi como una broma que se le hace a un amigo; pero era domingo, no había nada que perder, ya estaba cansado y, por lo tanto, me rendía a todo. Luego descubrí que uno de los nombres era Joseph y recordé a un amigo del colegio que se llamaba así. En mis evocaciones era un muchachito, tal vez el más pequeño de la clase; durante varios años se había sentado en mi mismo banco. Era feo; aun a nosotros que en aquel entonces apreciábamos más la fuerza y la habilidad (y tenía ambas) nos parecía feo.

Corrimos hacia el frente de la casa. Allí estaba un mendigo, de pie, con una armónica. Su traje estaba hecho jirones como si el género para confeccionarlo, en lugar de haber sido cortado, hubiera sido arrancado de la pieza de tela. Y esto coincidía, de alguna manera, con el aspecto desmelenado del mendigo, que parecía despertar de un sueño profundo sin poder, a pesar de todos sus esfuerzos, reencontrarse consigo mismo. Era como si continuamente se durmiera y volvieran a despertarle.

Los niños no nos atrevíamos a pedirle que tocara una canción, tal como lo hacíamos con otros músicos ambulantes. Además, nos observaba todo el tiempo, como si advirtiese nuestra presencia, pero no pudiese percibirla de la manera que hubiese deseado.

Entonces esperamos que llegara nuestro padre; éste estaba en el fondo, en el taller. Transcurrió un buen rato antes de que atravesara el largo pasillo.

–¿Quién eres?– preguntó con severidad y en voz alta en la habitación de al lado; fruncía el entrecejo, tal vez estaba molesto por nuestro comportamiento hacia el mendigo, pero no habíamos hecho nada malo ni habíamos malogrado nada. Nos quedamos callados más allá de lo concebible. De todos modos todo estaba en silencio, sólo

se oía el rumor del viento en las ramas del tilo que estaba frente a nuestra casa.
–Vine de Italia– dijo el mendigo, pero no a modo de respuesta, sino como confesión de una culpa. Era como si nuestro padre se hubiese convertido en su amo. Aferraba su armónica contra el pecho, como si fuera una protección...
Estaba inmóvil, miraba delante de sí mientras se mordía el labio inferior.
–Tu comportamiento es ridículo. ¿Qué te ha ocurrido? Tu negocio no es excelente, pero tampoco marcha mal; aun si fueras a la quiebra (v esto es imposible) te será fácil salir adelante de otra manera; eres joven, sano, fuerte, tienes instrucción y aptitudes comerciales, sólo debes preocuparte por ti y por tu madre. Por lo tanto, hombre, te ruego que te controles y me expliques por qué me has llamado en pleno día y por qué estás sentado así.
Hubo una breve pausa, yo estaba sentado sobre el marco de la ventana, él en un sillón, en el centro del cuarto. Finalmente continuó:
-Bien, te lo explicaré todo. Lo que has dicho era correcto, pero reflexiona: desde ayer llueve sin parar; alrededor de las cinco de la tarde –echó una mirada a su reloj– comenzó a llover y hoy a las cuatro aún llueve. Esto bien puede hacerle reflexionar a uno. En general sólo llueve en las calles, no en las habitaciones; sin embargo, esta vez parece ser al revés. Por favor, mira por la ventana; afuera todo está seco, ¿verdad? Bien. Pero aquí el agua sube sin cesar. Que suba, que suba. Es terrible, pero lo aguanto. Con un poco de buena voluntad puede tolerarse; el sillón flota un poco más alto, las circunstancias no se alteran mayormente, todo nada, y uno flota cada vez más arriba. Pero lo que no aguanto es el repiqueteo de las gotas de lluvia sobre mi cabeza. Parece una tontería, pero justamente no aguanto esa tontería, o tal vez sí, sólo que no soporto estar indefenso frente a ella. Y estoy indefenso; me pongo un sombrero, abro el paraguas, sostengo una tabla sobre mi cabeza; nada me ayuda, quizá la lluvia penetra a través de todo eso, o quizás una nueva lluvia comienza debajo del sombrero, paraguas o tabla, golpeando con la misma fuerza.
Estaba de pie frente al ingeniero de minas, en su oficina. Era una cabina de tablas, sobre un suelo yermo, barroso y toscamente nivelado. Una bombilla desnuda brillaba sobre el centro del escritorio.
–¿Quiere usted que le acepten? –preguntó el ingeniero, apoyando la frente sobre la mano izquierda y sosteniendo con la derecha la pluma sobre el papel. No era una pregunta, lo decía como para sí mismo, era un hombre joven, débil, de estatura menor que mediana; debía estar muy cansado; los ojos, que por naturaleza serían pequeños y estre-

chos, tenían la apariencia de carecer de la fuerza suficiente como para abrirse totalmente–. Tome asiento –dijo entonces. Pero sólo había un cajón, que tenía una parte arrancada, del cual se habían sacado rodando pequeñas piezas de máquinas. Me senté sobre el cajón. El se había separado casi por completo del escritorio, sólo la mano derecha permanecía inmóvil allí; por otra parte, se había reclinado en el sillón, y tenía la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, y me observaba–. ¿Quién lo envía? –preguntó.
–He leído en un periódico del ramo que aquí emplean gente –dije.
–Aja –dijo, y sonrió–, así que es eso lo que ha leído. Pero usted lo presenta de una manera muy tosca.
–¿Que quiere decir? –pregunté–. No le entiendo. –Lamento decirle que aquí no se emplea a nadie. Y si no
se emplea a nadie, tampoco puede aceptárselo a usted.
–Naturalmente, naturalmente –dije y me puse de pie irritado–; para saber eso no me hubiera hecho falta sentarme. -Pero luego medité y pregunté:– ¿No podría pasar la noche aquí? Está lloviendo, y el pueblo queda a una hora de camino.
–No tengo cuarto de huéspedes –dijo el ingeniero.
–¿No podría quedarme en el despacho? –Aquí trabajo y allí –señaló un rincón– duermo. Evidentemente, se veían algunas mantas, y también se había amontonado un poco de paja, pero estaban colocadas, además, tantas otras cosas apenas identificables, en especial herramientas, que hasta ese momento no había advertido que era una cama.
... guardármelo. Lo hice y dijo:
–Estoy de viaje, no me moleste, abra su camisa y acérquese con el cuerpo.
Lo hice, dio un paso grande y desapareció dentro de mí, como en una casa. Me estiré como si me sintiese más estrecho, casi sufrí un vahído, dejé caer la pala y regresé a casa. Allí los hombres estaban sentados ante la mesa y comían de la fuente común, las dos mujeres se encontraban al lado del fogón y pileta de lavar. En seguida relaté todo lo que me había ocurrido, y al hacerlo caí sobre el banco más cercano a la puerta, todos estaban alrededor de mí. Se mandó llamar a un anciano muy famoso, de una granja cercana. Mientras se le esperaba, los niños se aproximaban, nos tendíamos las manos, entrelazábamos los dedos...
Era una corriente de aguas turbias, muy rápidas, y sin embargo algo adormecida, demasiado regular, con olas bajas y mudas. Quizá no era posible de otra forma, porque estaba tan colmado...
Un jinete cabalgaba por el sendero de un bosque; delante de él corría un perro. Detrás de él venían unos gansos; una niña con una vara los arreaba delante de sí. A pesar de que todos, desde el perro hasta la ni-

ñita avanzaban tan velozmente como podían, no era muy rápido, cada uno mantenía con relativa facilidad el paso del otro. Además, los árboles, a ambos lados del sendero, también corrían con ellos, en cierto modo a disgusto, cansados, esos árboles viejos. A la niña se unió un atleta joven, un nadador; nadaba con braceo vigoroso, la cabeza hundida bien en el agua, pues se levantaban olas alrededor de él, y así como nadaba se deslizaba la corriente; después vino un carpintero que debía entregar una mesa, la llevaba sobre la espalda, sujetando las dos patas delanteras con las manos; le seguía el correo del zar, se sentía desdichado por la mucha gente que había encontrado aquí en el bosque, estiraba el cuello sin cesar y averiguaba la situación de la vanguardia y por qué todo iba tan desagradablemente despacio, pero debía resignarse, al carpintero podría haberle adelantado, pero cómo iba a poder pasar a través del agua que rodeaba al nadador. Por casualidad, detrás del correo venía el propio zar, un hombre joven todavía, de barba puntiaguda rubia y rostro delicado, pero mas bien redondo, que reflejaba el goce de la vida. Aquí se demostraban las desventajas de imperios tan enormes, el zar conocía a su correo, pero el correo no le conocía a él, el zar estaba dando un paseo para distraerse y no avanzaba más rápidamente que el correo, por lo que también podría haberse ocupado él mismo de la correspondencia.

Había burlado al primer guardia. Posteriormente me asusté, corrí de regreso y le dije:

–Me he evadido de aquí, en un descuido suyo.

El guardián miró delante de sí y permaneció en silencio.

–No debía haberlo hecho –dije.

El guardián seguía callado.

–¿Tu silencio significa el permiso para pasar?...

Habían pedido tres trilladores, estaban pasados en el granero oscuro, llevaban sus mayales.

–Ven –dijeron, y me acostaron sobre la era. El aldeano estaba apoyado contra la puerta, medio afuera medio adentro.

El animal arranca el látigo del amo y se castiga a sí mismo para convertirse en amo, y no comprende que no es más que una ilusión producida por un nuevo nudo del látigo del amo.*

El hombre es una enorme superficie pantanosa. Cuando le arrebata la exaltación, en la vista de conjunto es como si, en algún rincón de ese pantano, cayera un pequeño sapo en el agua verde.

Si hubiese uno solo capaz de quedarse atrás una palabra antes de la verdad; todos (también yo, en este aforismo) la atropellamos con centenares.

En realidad, no me preocupa mucho el asunto. Estoy echado en un rin-

cón, observo todo lo que en esa forma puede verse, escucho tanto como puedo; por otra parte, vivo ya desde hace meses en un crepúsculo y espero la noche. Distinto es mi compañero de celda, un hombre irreductible, un ex capitán. Puedo imaginarme su composición de lugar. Opina que su situación se asemeja quizás a la de un expedicionario polar que se ha helado sin consuelo en parte alguna, pero a quien con toda seguridad se salvará, o más bien que ya se ha salvado, como puede leerse en las historias de las expediciones polares. Y ahora se produce el siguiente desacuerdo: para él es indudable que se le salvará, sin que eso dependa de su voluntad, simplemente por el peso victorioso de su personalidad, pero, ¿debe desearlo? Su deseo o no deseo no modificará nada, habrán de rescatarlo, pero queda el interrogante de si, además, debe desearlo. Está preocupado con esta pregunta, en apariencia tan lejana; la medita, me la expone, la discutimos. No comprende que la formulación de esa pregunta convierte su destino en definitivo. No hablamos de la salvación en sí. Para ella le basta al parecer el martillito que ha conseguido de alguna manera, un pequeño martillo para clavar chinches en un tablero de dibujo; más no podría realizar, pero tampoco le pide más, la sola posesión le hace feliz. A veces se hinca de rodillas a mi lado y me pone ese martillo, ya mil veces visto, ante la nariz; o toma mi mano, la extiende sobre el suelo y martilla sucesivamente todos los dedos. Sabe que con ese martillo no sacará ni una astilla de la pared, tampoco quiere hacerlo, sólo lo desliza a veces por las paredes, como si pudiera con ello dar la señal que pondría en movimiento la gran maquinaria de salvación. No será así, el rescate se producirá a su debido tiempo, sin depender del martillo, pero siempre es algo, algo concreto, una garantía, algo que puede besarse, como no podrá besarse jamás ni a la salvación misma.

Ahora bien, mi respuesta a su pregunta es sencilla:

–No, la salvación no es deseable.

No quiero establecer leyes generales, ese es problema del alcalde. Sólo hablo de mí. Y en lo que a mí concierne, la libertad, esa misma libertad que debiera ser ahora nuestra salvación, apenas he podido soportarla, pues ahora estoy en la celda. Sin duda no he aspirado a una celda, sino a un alejamiento en general, quizás hacia otra estrella, en principio hacia otra estrella. Pero, ¿el aire sería respirable allí ? ¿y no me asfixiaría como aquí en la celda? Por lo tanto, de la misma manera podría haber aspirado a la celda.

A veces vienen dos carceleros a nuestra celda para jugar a los naipes. No sé por qué lo hacen; en realidad es una especie de atenuación del castigo. La mayoría de las veces al anochecer, entonces yo tengo siempre un poco de fiebre, no puedo mantener los ojos bien abiertos y los

veo sólo en forma imprevista a la luz del farol grande que han traído. Pero ¿será realmente todavía la celda, si les basta incluso a los carceleros? No siempre me alegra esta reflexión, a veces despierta en mí un sentimiento de clase de los penados, ¿qué buscan aquí, entre los presos? Desde luego que me alegra que estén, me siento seguro por la presencia de estos hombres poderosos, también me siento elevado por ellos sobre mí mismo, pero nuevamente no lo deseo, quiero abrir la boca y arrojarlos con la sola fuerza de mi aliento.

Con seguridad puede decirse que el capitán ha enloquecido por el cautiverio. Su capacidad de raciocinio está tan limitada que apenas tendría espacio para un pensamiento más. También ha terminado de elucubrar la idea de la salvación, no ha quedado más que un resto, tanto como era imprescindible para mantenerlo en forma convulsa de pie; pero también a veces abandona este recurso para atraparlo luego de nuevo y entonces jadear de alegría y orgullo. Pero no lo aventajo por ello, sino quizás en el método, quizás en algo insustancial, pero en nada más.

Un día de lluvia. Estás parado frente al brillo de un charco. No estás cansado, ni triste, ni pensativo; sólo estás de pie allí, con todo el peso del mundo, y esperas a alguien. Entonces oyes una voz, cuyo sonido, aun sin palabras, te hace sonreír.

–Ven conmigo– dice la voz. Pero alrededor de ti no hay nadie con quien podrías ir.

–Yo iría –contestas–, pero no te veo.

Después, ya no oyes más nada. Pero viene el hombre a quien esperabas, un hombrón vigoroso, con ojos pequeños, cejas tupidas, mejillas gruesas y algo fláccidas y una barbita. Te parece que ya lo has visto en otra ocasión. Y es natural, porque es viejo compañero de oficina, con quien habías convenido reunirte aquí para discutir a fondo una cuestión de negocios, pendiente desde hacía mucho tiempo. A pesar de que está parado frente a ti, y del ala de su bien conocido sombrero gotea lentamente la lluvia, sólo le reconoces con dificultad. Hay algo que te lo impide, deseas apartarle, ponerte en relación directa con el hombre, y por ello le tomas del brazo. Pero en seguida sientes tanta náusea que te produce arcadas. Inventas una disculpa que quizá no es tal, pues mientras la dices la has olvidado, y te alejas, entrando directamente en una pared de casa (el hombre te grita, quizás una advertencia, pero le despides agitando la mano), la pared se abre ante ti, un criado lleva un candelabro muy alto, le sigues. Pero no te guía a una habitación sino a una farmacia. Es una farmacia grande, de paredes altas y forma semicircular, que tiene centenares de cajones idénticos. También hay muchos compradores, la mayoría llevan bastones largos y delgados, con los cuales golpean sobre el cajón del que desean algo. En seguida, los

dependientes trepan, con movimientos cortos y muy rápidos (uno no ve sobre qué se apoyan, uno se pasa la mano por los ojos y, sin embargo, tampoco lo ve), y buscan lo pedido. Sea hecho con fines de entretenimiento o congénito de los vendedores, de todos modos tienen atrás, sobresaliendo del pantalón, colas empenachadas, como si fueran de ardillas, pero mucho más largas, que al trepar acompañan las sacudidas de todos estos movimientos cortos. El ir y venir de la corriente de compradores por la farmacia impide ver la conexión de la misma con la calle; en cambio se divisa una ventanita cerrada, a la derecha de la que posiblemente es la salida principal. A través de esta ventana se ven afuera tres personas; tapan la visual en forma tan completa que no podría decirse si detrás de ellos la calle está llena de gente o quizá desierta. Un hombre, en especial, atrae la mirada, a cada uno de sus lados hay una mujer, pero apenas se las distingue, están agachadas o hundidas, o están hundiéndose oblicuamente contra el hombre, hacia abajo; son del todo secundarias, mientras que el hombre también tiene algo de femenino. Es vigoroso, viste una blusa azul de obrero, su cara es ancha y franca; la nariz achatada, es como si sé la hubiera apretado recientemente, y las fosas nasales lucharan, retorciéndose, para subsistir; las mejillas tienen mucho color vital. Todo el tiempo mira hacia el interior de la farmacia, mueve los labios, se inclina de derecha a izquierda, como si buscara algo adentro. En la tienda llama la atención un hombre que no pide nada, ni a quien se atiende; yendo erguido de uno a otro lado trata de observarlo todo, apretando el labio inferior inquieto con los dos dedos, y a veces mira el reloj de bolsillo. Evidentemente es el propietario, los compradores le señalan entre sí, es fácil reconocerle por las numerosas correas delgadas, redondeadas y alargadas que cuelgan sobre su busto, ni muy tensas ni muy flojas. Un muchacho rubio, de más o menos diez años de edad, está cogido a su chaqueta, de vez en cuando también quiere tomarse de las correas, pide algo que el dueño no quiere concederle. En ese momento suena la campanilla de la puerta. ¿Por qué suena? Tantos compradores vinieron y se fueron sin que sonara, pero ahora suena. La muchedumbre se aparta de la puerta, es como si se hubiera esperado el campanilleo, hasta parecería que la multitud supiese más de lo que confiesa. Ahora se ve también la puerta de vidrio grande, de dos hojas. Afuera está la estrecha calle vacía, empedrada pulcramente con ladrillos, es un día nublado que presagia lluvia, pero aún no llueve. Un hombre ha abierto la puerta desde la calle y puesto la campanilla en movimiento, pero ahora duda, retrocede de nuevo, relee el nombre en el cartel, sí, está bien, y entonces entra. Es el médico Herodias, todos lo conocen. Con la mano izquierda en el bolsillo avanza hacia el farmacéutico, que ahora está solo, de pie en el es-

pacio libre; hasta el niño, si bien en primera fila, se ha quedado atrás y observa con los grandes ojos azules abiertos. Herodias tiene una manera de hablar sonriente, y con aire de superioridad, la cabeza echada para atrás, y aun cuando sea él mismo quien habla produce la impresión de estar escuchando. Con todo, es muy distraído, a veces hay que repetirle las cosas, es trabajoso penetrar hasta él, y también por eso parece sonreír. Cómo no iba un médico a conocer la farmacia, y sin embargo mira a su alrededor, como si estuviera allí por primera vez y sacude la cabeza ante las colas de gente y los vendedores. Luego se dirige hacia el dueño, lo rodea con el brazo derecho a la altura de los hombros, lo hace girar, y entonces ambos siguen

caminando, muy juntos, por entre la multitud que retrocede a un lado, hacia el interior del negocio, el niño delante de ellos, mirando otra vez tímidamente hacia atrás. Llegan tras los mostradores hasta una cortina, que el niño levanta, luego continúan a través de las salas del laboratorio y por último a una puertita que, como el muchacho no se atreve a abrir, debe franquear el médico. Existe el riesgo de que la multitud que ha llegado hasta allí, también quiera seguirles a esa habitación. Pero los vendedores, que entre tanto se han abierto paso hasta la primera línea, se vuelven contra la multitud sin esperar hacia atrás a la muchedumbre que, por otra parte, sólo se ha desplazado hasta allí por su peso y no con intención de molestar. De todos modos se hace sentir un movimiento contrario: lo origina el hombre con las dos mujeres; ha abandonado el lugar en la ventana, ha entrado en la tienda y ahora quiere llegar aún más lejos. Precisamente la docilidad de la multitud, que por lo que se ve, respeta ese lugar, se lo permite. A través de los vendedores, a quienes aparta más con la mirada que con los codos, ya se ha acercado con sus dos mujeres hasta donde se encuentran los dos señores, y a través de sus cabezas él, más grande que ambos, mira hacia la oscuridad del cuarto.

–¿Quién viene?– pregunta débilmente una mujer desde la habitación.

–Quédate tranquila, es el médico– contesta el farmacéutico, y entran en el cuarto. Nadie piensa en encender la luz. | El médico ha dejado al farmacéutico y se dirige solo hacia la cama. El hombre y las mujeres se apoyan en el respaldo de la cama, a los pies de la enfermera, como sobre un parapeto. El farmacéutico no se atreve a acercarse; el niño nuevamente se ha tomado de él. El médico se siente estorbado por la presencia de los tres extraños.

–¿Quiénes son ustedes?– pregunta, en voz baja, por consideración hacia la enferma.

–Vecinos– dice el hombre.

–¿Qué quieren?

–Queremos– dice el hombre, hablando en voz mucho más alta que el médico...

DE LA MUERTE APARENTE

Quien haya padecido alguna vez de muerte aparente, podrá contar cosas espantosas; sin embargo, no podrá decir cómo es después de la muerte. Es más, ni ha estado más cerca de ella que otros; en el fondo, tan sólo ha "sentido" algo especial, y la vida común, no la extraordinaria, se ha "convertido en algo más valioso con ello. A todo aquel que haya experimentado algo peculiar le sucede una cosa similar. Con toda seguridad Moisés, por ejemplo, experimentó sobre el Monte Sinaí algo "especial"; pero, en lugar de abandonarse a ello, como tal vez lo haría un muerto aparente, que no se anuncia y se queda en el ataúd, bajó corriendo del Monte y, desde luego, tuvo cosas importantes que contar, y amó a los hombres, de los cuales había huido, mucho más que antes, dando entonces su vida por ellos, casi podría decirse por agradecimiento. De ambos, sin embargo, del que vuelve de la muerte aparente, y de Moisés que regresa, puede aprenderse mucho, pero no podemos conocer lo decisivo, pues ellos mismos no lo han llegado a saber. Y si lo hubieran llegado a saber, no hubieran regresado. Esto podría verificarse si, por ejemplo, alguna vez quisiésemos vivir "con un salvoconducto" para tener la certeza del retorno, la experiencia del muerto aparente o de Moisés, o incluso que deseáramos la muerte, pero ni siquiera en pensamiento querríamos permanecer en el Monte Sinaí o vivos en el ataúd, sin posibilidad alguna de retorno...
(Esto, ciertamente, nada tiene que ver con el temor a la muerte...)

LA VERDAD SOBRE SANCHO PANZA

Con el correr del tiempo, Sancho Panza, que por otra parte, jamás se vanaglorió de ello, consiguió mediante la composición de una gran cantidad de cuentos de caballeros andantes y de bandoleros, escritos durante los atardeceres y las noches, separar a tal punto de sí a su demonio, a quien luego llamó don Quijote, que éste se lanzó incontenible-mente a las más locas aventuras; sin embargo, y por falta de un objeto preestablecido, que justamente hubiera debido ser Sancho Panza, hombre libre, siguió de manera imperturbable, tal vez en razón de un cierto sentido del compromiso, a don Quijote en sus andanzas, y obtuvo con ello un grande y útil solaz hasta su muerte.

LA CONSTRUCCIÓN

He presentado la obra y me parece bien lograda. Desde afuera sólo se ve un gran agujero que en realidad no conduce a ninguna parte, ya que a los pocos pasos se tropieza con roca. No quiero jactarme de haber ejecutado esta treta en forma deliberada; es más bien el sobrante de uno de los numerosos y vanos intentos de construcción, pero finalmente, me pareció ventajoso dejar este agujero sin rellenar. Desde luego hay astucias que, por sutiles, se aniquilan por sí solas, eso lo sé mejor que nadie, e indudablemente constituye una audacia llamar la atención con este agujero sobre la posibilidad de que aquí exista algo digno de ser investigado. Sin embargo, se equivoca quien crea que soy cobarde y que sólo por cobardía ejecuto la obra. A unos mil pasos de este agujero se halla, cubierto por una capa de musgo suelto, el verdadero acceso, tan bien asegurado-como puede estarlo algo en el mundo; naturalmente, alguien podría pisar el musgo o levantarlo; entonces mi obra quedaría al aire y quien tuviera ganas –nótese, sin embargo, que se requerirían dotes no demasiado frecuentes– podría penetrar y destruirlo todo para siempre. Lo sé bien y ahora en su culminación mi vida apenas si tiene un momento por completo tranquilo; allí, en ese sitio, en el oscuro musgo, soy mortal y en mis sueños husmea interminablemente un hocico voraz. Habría podido, se opinará, rellenar este agujero de entrada con un manto firme y delgado arriba y más abajo con tierra floja, de manera que siempre me hubiera costado poco esfuerzo asegurarme de nuevo la salida. Pero no es posible; exige que tenga cautela; precisamente la viabilidad de escape, precisamente ella obliga con frecuencia a arriesgar la vida. Todos estos son cálculos harto penosos; la alegría que la cabeza experimenta al efectuarlos es muchas veces el único motivo de que siga calculando. Yo necesito una inmediata posibilidad de escape, pues acaso, ¿no puedo ser atacado a pesar de toda mi vigilancia en el punto más inesperado? Vivo pacíficamente en lo más profundo de mi casa, y mientras el enemigo se me aproxima sigilosamente. No quiero decir que tenga mejor olfato que yo; tal vez me ignore como yo lo ignoro a él. Pero hay bandidos apasionados que perforan ciegamente la tierra y que por la enorme extensión de mi obra, pueden alentar la esperanza de dar con algunos de mis túneles. Ciertamente, tengo la ventaja de estar en mi casa y de conocer perfectamente todos los caminos y direcciones. Es fácil que tal bandido se convierta en mi víctima, en dulce víctima. Pero yo envejezco, hay muchos más fuetes que yo, mis enemigos son innumerables; podría suceder que huyera de uno y cayera en las garras de otro. ¡Ah, todo puede suceder! De cual-

quier modo, necesito tener conciencia de que en alguna parte hay una salida completamente expedita, alcanzable con facilidad, donde para liberarme no necesitara cavar en absoluto, tal que, mientras yo trabajara desesperadamente, aunque fuera entre flojos escombros, no sintiera de pronto, ¡Dios me ampare!, los dientes de mi perseguidor en los muslos. Y no solamente me amenazan los enemigos externos, los hay también en lo profundo de la tierra. No los he visto jamás, pero las leyendas hablan de ellos y creo firmemente en su existencia. Son seres del interior, ni siquiera las leyendas logran describirlos; ni los que se convirtieron en sus víctimas alcanzan a verlos bien; se acercan, se oye el arañar de sus garras bajo la tierra, que es su elemento, y ya se está perdido. Entonces ya se está en la propia casa, más bien se está en su casa. De ellos tampoco me salva aquella salida, como probablemente no ha de salvarme en absoluto, sino perderme, pero de todos modos es una esperanza sin la que no puedo subsistir. Aparte de este gran camino, me comunican con el mundo exterior otros muy estrechos, bastante seguros, por los que me llega el aire que respiro. Han sido construidos por ratones que he sabido atraer a mi obra. Me ofrecen las ventajas del gran alcance de su olfato y de ese modo me protegen. Además, por su causa llega toda una fauna menor que devoro. De manera que, sin necesidad de abandonar mi obra, dispongo de un medio de vida, aunque limitado, suficiente. Y esto es esencial.

Pero lo mejor de mi construcción es su silencio. Este es desde luego, engañoso; repentinamente puede interrumpirse. Todo habría terminado. Pero por el momento todavía existe. Durante horas puedo deslizarme por mis galerías sin oír más que el rumor de alguna bestezuela que de inmediato reduzco al silencio con mis dientes; o el crujir de la tierra que me anuncia la necesidad de alguna reparación. Salvo esto, el silencio es absoluto. El aire del bosque penetra, hay al mismo tiempo abrigo y frescura. A veces me relajo satisfecho y me doy vuelta en la galería. Es bueno tener una construcción así para la ya cercana vejez, saberse bajo techo al comienzo del otoño. He ensanchado las galerías cada cien metros hasta convertirlas en pequeña plazas circulares. Allí puedo enrollarme con comodidad, abrigarme en mí mismo y descansar. Allí duermo el dulce sueño de la paz, del deseo satisfecho, de la alcanzada meta del dueño de casa. No sé si es una costumbre de épocas antiguas o si los peligros de esta casa son lo suficientemente grandes como para despertarme; pero con regularidad, de tiempo en tiempo, el sobresalto me arranca del sueño y entonces atisbo, atisbo el silencio; que reina invariablemente de día y de noche; sonrío tranquilizado y recaigo, los miembros flojos, en sueños más profundos aún. ¡Pobres viajeros sin morada, en las carreteras, en los bosques, en el mejor de los

casos acurrucados sobre montones de hojas o apretujados entre sus semejantes, expuestos a toda la perdición del cielo y de la tierra! Yo, en cambio, estoy en una fortaleza protegida por todos lados –más de cincuenta de éstas hay en mi construcción– y en somnolencia o sueño profundo transcurren las horas, que para ello elijo.

Casi en el centro mismo de la obra está la plaza principal, estudiada para el caso de peligro exterior, no tanto de persecución, como de asedio. Mientras todo lo otro es producto de esforzado trabajo mental más que físico, esta plaza fuerte es resultado del pesadísimo trabajo de mi cuerpo y de cada una de sus partes. Alguna vez, en la desesperación de mi cansancio corporal, he querido abandonarlo todo; me revolcaba, maldecía la obra, me arrastraba hacia el exterior, dejando la construcción abierta. Podía hacerlo porque no quería regresar, hasta que, después de horas o de días, retornaba un arrepentimiento casi prorrumpiendo en loas al advertir la integridad de la obra, y realmente alegre, reanudaba el trabajo. La tarea en la plaza fuerte se agravaba de modo innecesario (innecesario quiere decir que el trabajo de vaciado no se traducía en beneficio esencial para la obra), porque justamente donde debía estar situada según el plan, la tierra era floja y arenosa y había que conseguir que se volviera compacta antes de formar el círculo bellamente abovedado. Para ese trabajo poseo tan sólo la frente. Con la frente, pues, he embestido la tierra miles y miles de veces, a lo largo de días y de noches y era feliz, cuando los golpes la hacían sangrar, ya que probaba que la solidez estaba próxima, y en esta forma creo que se me reconocerá, me he ganado mi plaza fuerte. En esta plaza fuerte almaceno las provisiones, compuestas por los sobrantes de mis capturas dentro de la casa, luego de satisfacer las necesidades inmediatas, y por lo que traigo de las cacerías exteriores. Es tan amplio el sitio que no lograrían llenarlo las reservas de medio año; puedo, pues, extenderlas holgadamente, caminar entre ellas, jugar con ellas, alegrarme de su abundancia y sus diversos olores, y tener siempre una exacta visión de lo existente. También puedo efectuar nuevos ordenamientos y, según las épocas del año, hacer nuevas previsiones y proyectos de caza. Hay períodos en que estoy tan provisto que, indiferente a la comida en general, ni siquiera toco la caza menor que se agita aquí, lo que, por otros motivos, tal vez sea temerario. Como consecuencia de las múltiples tareas vinculadas a los preparativos de defensa, mis ideas acerca de la utilidad de la construcción para ese caso se modifican o desarrollan en forma importante. Me parece que es peligroso basar la defensa exclusivamente en la plaza fuerte; la complejidad de la obra me brinda muchas otras posibilidades y me parece prudente distribuir las provisiones dejando algunas de ellas en pequeñas plazas; entonces destino, por

ejemplo, cada tercer lugar a las reservas, o cada
cuarto o depósito principal y cada., segundo a almacén de reserva adicional, o algo por el estilo. O, para despistar, elimino ciertos caminos de la acución de la salida principal, sólo algunos pocos sitios. Cada nuevo proyecto exige una fatigosa labor de acarreo, nuevos cálculos, y luego debo llevar y traer las cargas. Desde luego, puedo realizarlo sin prisa; además, no es desagradable transportar manjares con la boca, descansar dónde y cómo se quiera, saborear lo que más guste. A veces, sin embargo, me despierto con sobresalto, y aquí está lo grave, parece que la actual distribución es por completo errónea, que puede provocar enormes peligros y que es urgente rectificarla, sin tiempo para somnolencias o para el cansancio. Entonces me apresuro, vuelo, no tengo tiempo para cálculos, quiero realizar un nuevo y minucioso proyecto, cojo lo primero que me cae entre los dientes, arrastro, cargo, gimo, tropiezo y el menor cambio favorable de circunstancias peligrosas me produce alivio. Hasta que paulatinamente, al despertar por completo, el violento trajín, me parece absurdo; aspiro profundamente la paz de la casa, que yo mismo he destruido; retorno al lecho y al sueño, y al despertar me encuentro con que, como prueba incontrastable de la ya inverosímil tarea nocturna, conservo alguna rata entre los dientes. Luego llegan períodos en que me parece mejor la reunión de todas las provisiones en un solo sitio. La utilidad de las reservas en las pequeñas plazas es un problema; cabe poco en ellas y se obstruye el paso, desplazar en caso de alarma. Aparte de ello es, aunque tonto, cierto que la sensación de 'seguridad se perjudica cuando no se ven juntas todas las provisiones y no se puede apreciar con una sola mirada lo que se posee. Además, con estas múltiples distribuciones, mucho puede extraviarse. No puedo galopar continuamente en todas direcciones para ver si todo se halla en perfecto estado. Desde luego, la idea fundamental de distribuir las reservas es correcta, pero solamente cuando se poseen varios sitios similares a mi plaza fuerte. ¡Varios sitios! ¡Naturalmente! Pero ¿quién puede realizar eso? Tampoco pueden acomodarse, en el plan de conjunto, *a posteriori.* Sin embargo, quiero reconocer que en ello radica un error de la construcción, pero como por lo general siempre hay un error,
cuando de algo se posee un solo ejemplar. Y también reconozco que durante toda la ejecución de la obra en lo más oscuro de mi conciencia moró la idea aunque con bastante nitidez, de disponer de más de una plaza fuerte, pero no he cedido; me sentía demasiado débil para hacerme cargo de la necesidad de dicho trabajo y me consolaba de cualquier modo con sensaciones no menos oscuras, según las cuales lo que en otros casos no sería suficiente, llegaría en el mío a ser excep-

cional, por gracia, ya que probablemente la providencia estaba interesada en la conservación de mi frente, de mi ariete. Tengo, pues, una sola plaza fuerte, pero los oscuros temores de que no pudiera alcanzar se han perdido. Sea como fuere, debo conformarme con una sola; las pequeñas plazas no podrían reemplazarla de ningún modo, por lo que comienzo, cuando este punto de vista ha madurado, a arrastrar material, desde las pequeñas plazas a la principal. Por un tiempo, es un consuelo saber que todos los espacios y galerías están libres, ver cómo sé hacinan en la plaza fuerte las montañas de carne, que envían hasta las galerías más lejanas la mezcla de sus muchos olores, los cuales me alegran, cada uno según su tipo y que aun a distancia sé distinguir perfectamente. Entonces llegan tiempos pacíficos durante los cuales lenta y gradualmente traslado mis guardias desde los círculos externos al interior, sumergiéndome cada vez más en los olores, hasta que no soporto más, y una noche me lanzo sobre la plaza principal, arraso con las provisiones y me sacio con lo mejor hasta el embotamiento. Tiempos dichosos, pero de peligro; quien supiera aprovecharlos podría destruirme con facilidad y sin riesgos. También en esto influye perniciosamente la falta de una segunda o tercera plaza fuerte, pues me pierde el hecho de ser único el gran depósito. Trato de resguardarme contra ellos de diversas maneras; la distribución en plazas menores es una medida de esa índole. Pero, desgraciadamente, conduce como las otras, por las privaciones que apareja, a una avidez aún mayor, y ésta, despreciando el sentido común, altera los planes de defensa en su beneficio.

Una vez que han pasado dichos tiempos suelo revisar la obra, y cuando las reparaciones necesarias han sido hechas la abandono, aunque siempre por poco tiempo. El castigo

de verme privado de ella largamente me parece excesivo, pero reconozco que estas excursiones son imprescindibles. Mi aproximación a la salida no carece de cierta solemnidad. En períodos de vida casera le evito, y también la galería que ella conduce y sus ramificaciones. No es nada fácil pasearse por ese lugar: he instalado allí un complejo zig-zag de galerías. Cuando inicié la obra todavía no podía soñar en poderla terminar según el proyecto; comencé en este rincón, casi jugando, aquí se desfogó mi primer entusiasmo en una construcción laberíntica que, en aquel entonces, me pareció la más excelsa de las construcciones, pero que hoy considero, probablemente con mayor justicia, como labor de aficionado, indigna del resto de la construcción. En teoría tal vez sea valiosa –aquí está la entrada a mi casa, les decía irónicamente a los enemigos invisibles y los veía ya asfixiados en , masa en el laberinto de entrada–, pero en realidad representa un jugueteo de paredes harto de endebles, que difícilmente resistiría un ataque serio o a un enemigo que

luchara con desesperación por su vida. ¿Debo modificar por ello esta parte? Aplazo la decisión, y creo que quedará como está. Aparte del volumen de trabajo que me echaría sobre los hombros, sería también la tarea más peligrosa que pueda imaginarse. En aquella época, cuando inicié la construcción, pude trabajar allí con relativa tranquilidad, el riesgo no era mucho mayor que en cualquier otro lugar, pero significaría llamar casi deliberadamente la atención de todo el mundo sobre la obra hoy que ya no es posible. Conservo sin embargo, alguna debilidad por esta empresa inicial, pero si viene el gran ataque, ¿qué trazado de la entrada podría salvarme? La entrada puede ciertamente engañar, desviar, torturar, al atacante, y también lo lograría éste en último caso, pero es evidente que un ataque realmente importante tengo que resistirlo de inmediato, con todos los medios de la obra en conjunto y con todas las fuerzas del cuerpo y del alma. De modo que el acceso permanezca como está. Si la construcción ofrece tantas debilidades impuestas por la naturaleza, que soporte también estas deficiencias creadas por mí, que reconozco por completo, aunque tarde. Claro está, con ello no quiero decir que estos fallos no me preocupen todavía de tiempo en tiempo. Cuando en mis acostumbrados paseos eludo esta parte de la construcción, me sucede principalmente porque su aspecto me molesta; no siempre quiero mirar los defectos, sobre todo si se hallan demasiado presentes en mi conciencia. Que persista el corregible error allá arriba, junto a la entrada, pero yo quiero evitar su contemplación en lo posible. Me basta aproximarme a la salida, aunque todavía esté separado de ella por galerías y plazas, para sentirme en la atmósfera peligrosa; es como si se afinara mi piel, como si fuera a quedar con la carne desnuda y me saludara ya el aullar de los enemigos. Ciertamente, la salida en sí, el final de la zona de protección, provoca ya estos sentimientos, pero es esta construcción lo que especialmente me tortura. A veces sueño que he construido la entrada, que la he modificado por completo, de prisa, en una sola noche, con fuerzas gigantescas, sin ser visto por nadie, y que se ha vuelto inexpugnable; el sueño en que eso sucede es el más dulce de todos y al despertar aún brillan en mi barba lágrimas de alegría y de liberación.

El suplicio de este laberinto debo superarlo también corporalmente al salir; me disgusta y conmueve a la vez el hecho de extraviarme por un instante en mi propia creación, como si la obra se esforzara todavía en justificar su existencia, ante mí, que desde-hace mucho tiempo me he formado un juicio definitivo a su respecto. Luego estoy bajo la capa de musgo, que muchas veces dejo el tiempo necesario para que se suelde con el humus del bosque –antes no me muevo de la casa– y de un solo golpe de la cabeza me coloco en el exterior. Me cuesta mucho atrever-

me a realizar este pequeño movimiento, y si no tuviera que superar el laberinto de entrada probablemente emprendería el regreso. ¿Cómo? Tu casa está protegida, clausurada, vives en paz, abrigado, señor, único señor de una multitud de galerías y plazas, y espero que todo esto no desees sacrificarlo, o por lo menos exponerlo en cierto modo. Tienes, sí, la esperanza de recuperarlo, pero te comprometes en un juego arriesgado, demasiado arriesgado. ¿Hay motivos razonables? No; para algo semejante no puede haber motivos razonables. Sin embargo, levanto con cautela la trampa, estoy afuera, la dejo descender con cuidado, y a la máxima velocidad posible huyo de este lugar delator.

En verdad no estoy en libertad, pero ya no me adelanto pegándome a las galerías, sino que me lanzo por el bosque abierto, siento que hay nuevas fuerzas en mí, fuerzas para las que en cierto modo no hay espacio en la obra, ni siquiera en la plaza fuerte aunque fuera diez veces más grande. También la alimentación es mejor afuera, aunque la caza sea más dificultosa y el éxito menos frecuente; pero el resultado es más apreciable en todo sentido; no niego esto y sé apreciarlo y disfrutarlo, al menos como cualquier otro, y probablemente mucho mejor, pues no cazo con atolondramiento o desesperación, como un merodeador, sino práctica y reposadamente. Tampoco estoy predestinado y expuesto a la vida libre, sino que sé que mi tiempo está medido, que no estaré obligado a cazar aquí indefinidamente, sino que en cierto modo, cuando lo quiera y me canse de esta existencia, alguien me llamará hacia sí, alguien cuya invitación no podré rehusar. Y así puedo disfrutar por completo de este tiempo aquí, y pasarlo sin preocupaciones, es decir, podría, porque no puedo. La obra me tiene demasiado atareado. Me he alejado con rapidez de la entrada, pero pronto vuelvo. Busco un buen escondrijo y acecho la puerta de mi casa –esta vez desde afuera– durante días y noches. Se dirá que es estúpido pero a mí me proporciona una indecible alegría y me tranquiliza. Es como si no estuviera delante de mi casa, sino delante de mí mismo, mientras duermo, como si tuviese la dicha de poder a un tiempo dormir profundamente y vigilarme en forma estricta. Hasta cierto punto no tan sólo me caracteriza la capacidad de ver los fantasmas nocturnos durante la confiada inocencia del sueño, sino también la de enfrentarlos en la realidad, con la plena fuerza de la vigilia y la serenidad del juicio. Y encuentro que mi situación no es tan desesperada como creía a menudo y como probablemente volverá a parecerme cuando descienda a mi casa. En este sentido, y también en otro, pero especialmente en éste, esas excursiones son realmente imprescindibles. A pesar del cuidado que he puesto en elegir para la entrada un lugar apartado, el tránsito que se produce, si se resumen las observaciones de una semana, es muy grande, pero tal vez

sea así en todos los lugares habitables, y probablemente sea también más ventajoso afrontar un tránsito más intenso, al que su propio volumen desplaza, que exponerse en total soledad a la morosa búsqueda de un intruso. Aquí hay muchos enemigos, y sus cómplices son aun más numerosos, pero como están ocupados en combatirse entre sí, pasan de largo. Durante todo este tiempo no he visto a nadie investigar en la entrada, por suerte para ambos, porque olvidado el peligro, inconscientemente, le habría saltado al cuello. Ciertamente, llegaron también invasores en cuya proximidad no me atreví a permanecer; el sólo intuirlos en la lejanía me obligaba a huir. Acerca de su conducta en relación a la construcción no debiera expedirme categóricamente, pero baste para tranquilizar, que yo regresaba pronto, no hallaba a nadie y encontraba la entrada intacta. Tiempos felices hubo en que casi me decía que la hostilidad del mundo contra mí probablemente había terminado o disminuido, o que el poder de la construcción me salvaba de la lucha de aniquilamiento que había perdurado hasta ahora. La obra me protege tal vez más de lo que hubiera llegado a pensar, o de lo que me habría atrevido a pensar en el interior dé la construcción misma. Llegué hasta a alimentar el deseo infantil de no retornar a la obra nunca más, sino instalarme en la-proximidad de la entrada y pasar mi vida en la contemplación de ella, no perdiéndola de vista y hallando mi felicidad en la constatación de la firmeza con que me habría protegido de estar yo en ella. Pero espantables despertares suelen seguir a los sueños infantiles. ¿Qué seguridad es la que observo aquí? ¿Puedo juzgar el peligro en que me encuentro en el interior a través de las experiencias que realizo desde aquí afuera? ¿Siguen mis enemigos el verdadero rastro cuando no estoy en la construcción? Algo huelen probablemente, pero no con seguridad. ¿Y no es a menudo la existencia de un pleno olfato la premisa necesaria de un peligro normal? Se trata entonces tan sólo de semipruebas o de la décima parte de una prueba, apropiadas más bien para que me tranquilice u precipite en él máximo peligro por esta falsa tranquilidad. No, yo no observo mis sueños, como creía; más bien soy el que duerme mientras Malvado vigila. Quizás esté entre los que distraídamente rondan y pasan sólo para asegurarse, corno yo mismo, de que la puerta está intacta y esperando atacarla; tal vez sólo pasen porque saben que el dueño de casa no está en el interior o tal vez hasta sepan que espera inocentemente en el matorral contiguo. Y abandono la guardia, estoy harto de la vida al aire libre, es como si ya no pudiera aprender nada aquí, ni ahora ni más tarde. Y siento deseos de despedirme de todo esto, de descender a la obra y no retornar nunca jamás, de dejar que las cosas sigan su curso sin tratar

de demorarlas con inútiles observaciones. Pero, preocupado porque durante tanto tiempo he visto lo que sucedía sobre la entrada, me resulta ahora torturante llevar a cabo la casi espectacular operación del descenso sin saber lo que va a pasar a mis espaldas, más allá de la trampa vuelta a su sitio. Lo intento después en noches turbulentas, arrojo rápidamente la caza al interior, me parece lograrlo, pero el resultado sólo estará a la vista cuando yo mismo haya descendido, estaría a la vista, pero no para mí, o tal vez también para mí, pero demasiado tarde. Abandono, pues, y no desciendo. Cavo, a bastante distancia de la verdadera entrada, naturalmente, una zanja de prueba, no más larga que yo mismo y también cubierta con un manto de musgo. Me acurruco en la zanja, la cubro detrás de mí, calculo con cuidado períodos más o menos largos a distintas horas del día, aparto luego el musgo, salgo y registro mis observaciones. Realizo estas diversas experiencias buenas y desfavorables, pero no logro establecer una ley general o un procedimiento infalible para el descenso. En consecuencia, no descendí a la verdadera entrada, y me desespero por tener que hacerlo pronto. Estoy a punto de tomar la determinación de alejarme, de volver a la vieja vida sin consuelo, que no ofrecía seguridad alguna, que era una uniforme plenitud de peligros y que por lo tanto no permitía diferencias y temer un único peligro, como me lo enseña cotidianamente la comparación entre la seguridad de mi obra y la otra vida. Desde luego, tal determinación sería una completa locura, provocada por la harto prolongada libertad sin sentido; todavía la obra es mía, sólo tengo que dar un paso y estoy a salvo. Y deponiendo toda vacilación, corro directamente, a plena luz del día, hacia la puerta, para levantarla ahora con seguridad, pero sin embargo no soy capaz, sigo de largo y me arrojo en las espinas para castigarme, para castigarme por una culpa que desconozco. Luego, en definitiva, tengo que reconocer que estoy en lo cierto, que es realmente imposible descender sin exponer a todos, al menos por un rato, la más apreciada de mis pertenencias, a los que están en el suelo, en los árboles y en los aires. Y el peligro no es imaginario, sino muy real. No es forzoso que el enemigo cuyo deseo de perseguirme provoco sea verdadero, basta que sea una insignificancia, cualquier pequeño ser repugnante que me sigue por curiosidad, y que por ello, sin saberlo, se convierte en el guía del mundo contra mí. Tampoco necesita ser, y tal vez es, y esto no es menos grave, tal vez sea alguien de mi especie, un conocedor y apreciador de obras, algún hermano del bosque, un amante de la paz, pero un bribón holgazán que quiere habitar sin construir. Si al menos llegara ya, y descubriera con sucia avaricia la entrada, si comenzara a trabajar en ella, levantara el musgo, si tuviera éxito, si se introdujera, si estuviera ya tan adentro que sólo me mostrara el trasero

por un instante, si todo eso sucediera para que por fin, lanzándome tras él, libre de toda vacilación le pudiera saltar encima, morderlo, destrozarlo, beber su sangre y apisonar el cadáver con el resto del botín, pero, sobre todo, esto sería lo principal, que por fin me encontrara en casa. Con gusto admitiría esta vez el laberinto, pero antes extendería sobre mí el manto del musgo, para descansar largamente, creo que por todo el resto de mi vida. Pero no viene nadie y quedo a solas conmigo mismo. Ocupado continuamente con las dificultades del asunto, pierdo gran parte de mi temor. Ya no eludo la entrada, tampoco por el lado exterior; rodearla se convierte en mi ocupación favorita, es casi como si yo fuera el enemigo y espiara la oportunidad de irrumpir. Si al menos' tuviese alguien en quien pudiese confiar, a quien pudiese dejar mi puesto de observación, entonces sí que podría descender la tranquilidad. Yo convendría con él, con el hombre de confianza, en que observara exactamente la situación durante mi descenso, o un tiempo más, y que, en caso de peligro, golpeara la capa de musgo, y si no, no. Con esto, arriba todo estaría despejado, sólo quedaría mi hombre de confianza, ¿pero no pediría alguna satisfacción a cambio? ¿No querría por lo menos contemplar la obra? Ya esto por sí solo, dejar entrar a alguien voluntariamente en mi obra, me sería muy desagradable. La he hecho para mí, no para visitantes; creo que no lo dejaría entrar. Ni aun al precio de que me posibilitara a mí mismo la entrada. Pero no podría dejarlo bajar solo, lo que excede todo lo imaginable, o tendríamos que bajar juntos, con lo que se perdería la ventaja que él debiera proporcionarme, es decir, hacer observaciones detrás de mí. ¿Y qué es esto de la confianza? ¿Puedo seguir confiando en el que confío cara a cara, cuando ya no lo veo más y nos separa una capa de musgo? Es relativamente fácil confiar en alguien cuando se lo vigila al mismo tiempo o cuando al menos existe la posibilidad de vigilarlo; hasta es posible confiar en alguien a distancia, pero confiar en alguien desde el interior de la construcción, es decir, desde otro mundo, lo creo imposible. Pero tales dudas ni siquiera son imprescindibles, basta pensar que durante o después de mi descenso las innumerables cualidades de la vida impidieran a mi hombre de confianza cumplir con su deber. Sus menores dificultades podrían tener consecuencias incalculables para mí. No; considerándolo todo en su conjunto, no debiera quejarme de estar solo y de no tener en quien confiar. Así, seguramente, no pierdo ninguna ventaja y me ahorro perjuicios. Sólo puedo confiar en mí y en la construcción. Debí pensarlo antes, para el caso que ahora me ocupa, y tomar medidas. Hubiera sido posible, al menos en parte, durante el comienzo de la obra. Debí diseñar la primera galería en tal forma que tuviese dos entradas bastantes separadas entre sí, de modo que pudiese introducirme

en una –con todas las dificultades inevitables–, trasladarme rápidamente por el comienzo de la galería hasta la segunda boca, levantar allí la capa de musgo dispuesta para ello, y observar la situación durante varios días y noches. Sólo así hubiera estado bien. Es verdad, dos entradas duplican el peligro, pero hubiera podido desechar estas preocupaciones en vista de que una de las bocas, la pensada como lugar de observación, sería muy estrecha. Y con esto me extravío en consideraciones técnicas y comienzo nuevamente a soñar con mi proyecto de construcción perfecta; esto me tranquiliza en parte; contemplo radiante, con los ojos cerrados, las múltiples soluciones de construcción, claras y menos claras, destinadas a permitirme entrar y salir sin ser advertido.
Y cuando, cómodamente echado, reflexiono, valorando estas posibilidades, pero sólo como conquistas técnicas, no como verdaderas ventajas, porque ¿qué sentido tiene esto de entrar y salir inadvertidamente? Sugiere ánimo intranquilo, falta de seguridad, sucios apetitos, condiciones negativas que se agravan aún más en presencia de la obra, que sin embargo está allí, y que es capaz de inundar de sosiego a poco que uno se lo permita. Naturalmente, ahora estoy fuera de ella y busco una posibilidad de retorno; las disposiciones técnicas necesarias para ello serían muy deseables. Pero tal vez no tanto. ¿No se subestima la obra durante el momentáneo arrebato de miedo al considerarla solamente como un agujero apto para refugio? Claro está que es también un agujero seguro, o debiera serlo, y cuando me imagino en medio del peligro, deseo, con los dientes apretados, con toda la fuerza de mi desesperación, que no sea más que el agujero destinado a salvarme la vida y que no cumpla debidamente esta misión y estoy dispuesto a relevarlo de cualquier otra. Pero sucede que en realidad –y no se presta atención durante el máximo peligro, y hasta en tiempos de riesgos corrientes es difícil advertir– da mucha protección, pero no la suficiente, porque las preocupaciones no terminan jamás por completo en la obra. Son otras preocupaciones, de más fuste, más ricas en contenido, a menudo muy postergadas, pero probablemente tan inquietantes como las que depara la vida en el exterior. Si hubiera realizado la obra sólo para asegurar mi vida no me habría engañado, pero la relación entre el enorme trabajo y la seguridad lograda, al menos hasta donde estoy en condiciones de apreciarla y de beneficiarme con ella, no sería muy favorable para mí. Es muy doloroso reconocer esto, pero hay que hacerlo, más aún, en presencia de la entrada que se cierra ahora sobre mí, contra su constructor y propietario, en forma casi espasmódica: La obra no es precisamente un agujero de salvación. Cuando me detengo en la plaza fuerte, rodeado por los altos depósitos de carne, el rostro vuelto hacia las diez galerías que parten de ella, cada una con su inclinación, ya sea as-

cendente o descendente, rectas o curvas, o listas, cada una a su manera, para conducirme hacia otras muchas plazas, también silenciosas y vacías, entonces se aleja de mí la idea de seguridad, entonces sé con certeza que éste es mi castillo, que he conquistado a la tierra, palmo a palmo, arañando y mordiendo, apisonando y pujando, mi castillo que de ningún modo puede pertenecer a otro y que es tan mío, que en él podría tranquilamente, en último caso, aceptar las heridas mortales de mis enemigos, porque mi sangre empaparía aquí mi propio suelo y no se perdería. Y no otro es el sentido de las cálidas horas que suelo pasar en las galerías, ya durmiendo pacíficamente, ya vigilando de buen talante estas galerías que han sido calculadas exactamente para mí, para poderme estirar satisfecho o revolearme como un niño, o yacer somnolientamente, o dormirme feliz. Y las pequeñas plazas, todas perfectamente conocidas y que, a pesar de su completa igualdad, puedo diferenciarlas entre sí a ojos cerrados por la simple curvatura de sus paredes, me rodean amistosas y cálidas, como un nido al ave. Y todo, todo, silencioso y vacío.

Pero si es así, ¿por qué vacilo, por qué temo más al intruso que a la posibilidad de no volver a ver mi obra? Por fortuna, esto último es imposible, y no hace falta reflexionar mucho para comprender todo lo que la construcción significa para mí; yo y la obra estamos tan unidos, nos pertenecemos recíprocamente en tal grado que podría tranquilamente, con todo mi temor, permanecer aquí, echarme, y sin necesidad de dominarme abandonar todo reparo y aun abrir la entrada; más aún, me bastaría esperar ocioso, porque en definitiva, de un modo o de otro, volveré abajo. Pero ¿cuánto tiempo puede transcurrir hasta entonces, y cuántas cosas pueden suceder entretanto, aquí arriba y allá abajo? Y tan sólo depende de mi acortar este plazo y hacer en seguida lo necesario.

Y ya, cansado hasta no poder pensar, la cabeza colgante, inseguras las piernas, semidormido, arrastrándome más que caminando, me acerco a la entrada, levanto con lentitud el musgo, desciendo lentamente, en mi turbación dejo abierta la entrada durante un lapso de innecesaria largueza, me acuerdo después de mi omisión, subo para repararla. ¿Para qué subir? Sólo tengo que correr la capa de musgos, bien, entonces bajo de nuevo, y, por fin, la corro. Solamente en este estado de ánimo, exclusivamente en este estado de ánimo me hallo en condiciones de realizarlo. Después estoy echado bajo el musgo en lo alto del botín, nadando entre sangre y jugos de carne, y podría comenzar a dormir el sueño tan ansiado. Nada me turba, nadie me ha seguido, sobre el musgo todo parece tranquilo, al menos hasta ahora, y aunque no lo estuviera, creo que no. podría demorarme en observaciones. He cambiado

de lugar, del mudo exterior he retornado a la obra e inmediatamente siento el efecto. Es un mundo nuevo, que proporciona nuevas energías, lo que arriba sería cansancio aquí no lo es. He regresado de un viaje, agotado por las penurias hasta el embotamiento, pero el reencuentro con la antigua vivienda, los arreglos que me esperan, la necesidad de visitar siquiera en forma superficial todas las dependencias, y sobre todo de avanzar cuanto antes hasta la plaza central, todo eso transforma mi agotamiento en agitación y entusiasmo, es como si durante el mismo instante en que puse los pies en la obra hubiese dormido un largo sueño. La primera tarea es muy penosa y me absorbe por completo: hacer pasar la caza por las estrechas y endebles galerías del laberinto. Empujo con todas mis fuerzas, avanzo con efecto, pero me parece que con demasiada lentitud; para ir más aprisa tiro hacia atrás una parte de las masas de carne y me escurro por encima y a través de ellas. Ahora tengo sólo una parte delante, ahora va mejor, pero estoy encajado en la abundancia de la carne, que en la estrechez de las galerías –en las cuales aun a solas me resulta a veces dificultosos avanzar– podrían asfixiarme mis propias provisiones; a menudo sólo comiendo y bebiendo puedo defenderme de sus embates. Pero el transporte progresa, lo logro en poco tiempo, el laberinto ha sido superado, respirando a mis anchas salgo a una verdadera galería, empujo el botín a través de un conducto de comunicación, hacia una galería principal, creada especialmente para esto, que conduce en pronunciado declive hasta la plaza fuerte. Ahora ya es fácil, ahora el conjunto rueda y fluye casi por sí solo. ¡Por fin en mi plaza fuerte! ¡Por fin poder descansar! Nada ha cambiado, ningún infortunio mayor parece haber sobrevivido, y los pequeños daños, que noto a primera vista, pronto estarán subsanados. Pero antes debo recorrer las galerías, lo que no constituye un esfuerzo, sino una plática con amigos, como era antes en los viejos tiempos –en verdad no soy tan viejo, pero los recuerdos de muchas cosas se empastan casi por completo-, como yo lo hacía antes, o como oí decir que sucedía antes. Comienzo ahora con la segunda
galería, con deliberada lentitud; después de haber visto la plaza fuerte dispongo de un tiempo infinito –en el interior siempre de la obra siempre dispongo de tiempo infinito– porque todo lo que allí hago es bueno e importante y me alimenta en cierto modo. Comienzo con la segunda galería e interrumpo la inspección a la mitad y paso a la tercera, por la que me dejo conducir de nuevo hasta la plaza principal, y debo volver a ocuparme de la galería segunda, y juego así con el trabajo y lo multiplico, me río solo, gozo, y me siento mareado por completo entre tanto trabajo, pero no lo abandono. Por vosotras, galerías y plazas, y por tus problemas ante todo, plaza principal, he vuelto, sin valorar en nada mi

vida, después de incurrir durante mucho tiempo en la simpleza de temblar por ella, y de postergar por ella el regreso. Qué me importa el peligro ahora que estoy con vosotras. Vosotras me pertenecéis, yo os pertenezco, estamos ligados, qué puede sucedemos. ¡Qué el pueblo se hacine arriba si quiere; que esté pronto el hocico que ha de perforar el musgo! Muda y vacía me saluda ahora también la obra y refuerza lo que digo, pero me asalta cierta flojedad y en uno de mis lugares predilectos me enrollo un poco –falta mucho para que lo haya visto todo, quiero seguir la inspección hasta el final–, no quiero dormir aquí. Cedo solamente a la tentación de instalarme como si fuera a dormir, comprobar si lo logro tan bien como antes. Lo logro, pero lo que no logro es recuperarme y permanezco aquí profundamente dormido.
He dormido mucho tiempo, casi con seguridad, sólo consigo salir del último sueño que se disuelve por sí mismo, debe de ser un sueño muy leve, pues un siseo apenas audible me despierta. Lo comprendo al momento; la cría menuda, no vigilada por mí, demasiado descuidada por mí, ha taladrado en mi ausencia un nuevo camino en alguna parte; este camino se junta con algún otro, el aire se arremolina y eso produce el silbido. ¡Qué pueblo tan interminablemente activo y qué molesto su tesón! Me veré obligado, escuchando en las paredes de mi galería y con perforaciones de sondeo a determinar el lugar de la perturbación, para sólo después poder eliminar el ruido. Por lo demás, el conducto, si de alguna manera es adaptable a la obra, me será útil como nueva vía de aire. Pero deberé vigilar a los pequeños en adelante; ninguno debe escaparse.
Con tengo gran práctica en estas investigaciones, seguramente no tardaré mucho, y puedo comenzar en seguida, aunque hay otros trabajos más, pero éste es el más urgente: el silencio debe reinar en mis galerías. Este ruido es relativamente inocente; ni siquiera lo oí al llegar aunque, ciertamente, ya debía de existir; necesité volver a acostumbrarme a la casa para advertirlo, en cierto modo es sólo audible para el dueño de casa. Y ni siquiera es permanente, como por lo general suelen ser estos ruidos, sino que hay grandes intervalos, eso se debe ostensiblemente a la obstrucción de la corriente de aire. Comienzo la investigación, pero no logro encontrar el lugar donde debiera intervenir; hago algunas excavaciones, sólo al azar; como es natural así no obtengo ningún resultado, y el gran trabajo de cavar y el aun mayor de rellenar y alisar resultan inútiles. Ni siquiera logro acercarme al lugar del ruido, inalterablemente sutil suena a intervalos regulares, una vez como un siseo y la siguiente como un silbido. Sí, por el momento, podría no hacerle caso, pero es demasiado molesto; no, no cabe duda, el origen debe de ser el que yo supuse, es, pues, difícil que aumente de volu-

men; al contrario, puede suceder que –sin embargo jamás he esperado tanto hasta ahora– con el andar del tiempo cese del todo, al progresar el trabajo de los pequeños mineros, sin contar con que a menudo una casualidad lleva al descubrimiento de la pista mejor que la búsqueda sistemática. Así me consuelo, y preferiría seguir recorriendo las galerías y visitar los sitios o las plazas, muchas de las cuales no he vuelto a ver, y regodearme también un poco en la plaza fuerte, pero no puedo permitírmelo, debo seguir la búsqueda. Mucho tiempo, demasiado, que podría utilizar en mejor forma, me cuesta esta cría. En tales circunstancias suele tentarme el problema técnico; partiendo del ruido, por ejemplo, que mi oído está especialmente dotado para distinguir en todos sus matices, trato de imaginarme su causa, y entonces me apresuro a comprobar si responde a la realidad, con buen fundamento, porque mientras no se produzca una comprobación, así sólo se tratara de establecer hacia dónde rueda un grano de arena, no podría sentirme seguro. Y hasta un ruido así no deja de ser en este aspecto una cuestión importante, pero importante o no, por más que busque no encuentro nada, o mejor, encuentro demasiado. Justamente en mi plaza predilecta tenía que suceder esto; me alejo pensando que tal vez todo sea una broma, así lo hago hasta la mitad del camino hacia la siguiente plaza, pero como si necesitara probarme que no precisamente mi lugar favorito ha preparado esta perturbación, sino que ellas existen también en otras partes, sonrío y me pongo a escuchar. Pero en seguida dejo de sonreír, porque realmente también aquí se oye el mismo siseo. No es nada, pienso, nadie sino yo podría oírlo, pero con el oído afinado por el esfuerzo lo oigo ahora cada vez con mayor claridad, aunque se trate exactamente del mismo sonido, como puedo comprobarlo por comparación. Tampoco se intensifica cuando, sin acercar el oído a la pared, atisbo en mitad de la galería. Entonces tan sólo esforzándome distingo por momentos el soplo de un sonido que más parezco adivinar que percibir. Esta uniformidad en todas partes me perturba al máximo, pues es imposible hacerla coincidir con mis primitivas deducciones. Si hubiera adivinado su causa, el sonido tendría mayor intensidad en el lugar de irradiación, que sería precisamente el que tendría que buscar para hacerse después cada vez más pequeño. Si mi explicación no *'es* exacta, ¿de que se trata entonces? Existía aún la posibilidad de dos focos sonoros, y que habiendo yo escuchado ambos a la distancia, cuando me aproximaba a cualquiera de ellos, uno de los sonidos aumentaba mientras el otro disminuía, siendo el resultado conjunto casi invariable. Me parecía ya, cuando atendía mejor, que podía distinguir, aunque confusamente, algunas variaciones, lo que parecía coincidir con la nueva hipótesis. De todos modos debía ampliar mucho más el tiempo

de las exploraciones. Desciendo, pues, por la galería hasta la plaza fuerte y comienzo a escuchar en ese lugar. Es extraño, también aquí advierto el mismo sonido. Sí, es un ruido provocado por las excavaciones de bestezuelas insignificantes, que aprovecharon infamantemente el tiempo de mi ausencia; por cierto, no tienen intenciones hostiles contra mí, tan sólo están ocupadas en su propia obra y mientras no tropiecen con un obstáculo conservarán la dirección inicial. Todo eso lo sé; sin embargo, me resulta incomprensible y me excita, y la idea de que se hayan atrevido a acercarse a la plaza fuerte perturba mis sentidos, que tanto necesito para el trabajo. No quiero ahora establecer diferencias, pero algo, sea la considerable profundidad en que se halla situada la plaza principal, sea su gran extensión, con la consecuente corriente de aire, detenía a los excavadores. O tal vez aun más simplemente, había llegado a su obtusa percepción algún indicio de que se trataba de la plaza fuerte. Nunca había observado perforaciones en las paredes de ésta; por cierto, multitudes de animales se acercaban atraídos por las intensas emanaciones y yo tenía aquí caza segura. Pero habían penetrado en algún otro sitio más arriba e, irresistiblemente atraídos, sobreponiéndose al ahogo, descendían por las galerías. Pero ahora taladraban también en éstas. Si al menos hubiese ejecutado los más importantes proyectos de mi juventud y de mi temprana madurez, o mejor, si al menos hubiese tenido la fuerza para ponerlos en práctica, porque no me faltó la voluntad. Uno de los proyectos preferidos era separar la plaza fuerte de la tierra circundante, es decir, crear por fuera un espacio vacío a todo su alrededor, tan sólo con la excepción de un pequeño soporte que, desgraciadamente, no podría aislarse de la tierra. Las paredes subsistirían "con un espesor aproximadamente igual a mi propia altura. Siempre me había imaginado, este espacio vacío, y creo que con razón, como uno de los lugares más atrayentes y confortables. Estar suspendido sobre su curvatura, izarse, resbalar por ella, rodar y encontrar de nuevo el suelo bajo los pies, y ejecutar todos estos juegos sobre la estructura misma de la plaza fuerte, ¡pero sin estar en su interior! Poder evitar la plaza, descansar los ojos de su imagen, aplazar la alegría de volver a verla, aunque sin llegar a privarse de ella, estrecharla literalmente entre las garras, algo que es imposible al disponer tan sólo de un acceso ordinario. Y, sobre todo, poder vigilarla y, como compensación de no tenerla a la vista, poder elegir entre instalarse en la plaza o en el espacio hueco, y escoger seguramente este último, deambular el resto de la existencia, vigilando la plaza. Entonces ya no habría ruidos en las paredes, ni descaradas excavaciones hacia la plaza, se hallaría asegurada la paz y yo sería el custodio; ya no tendría que escuchar con desagrado el trabajo de zapa de esta plaga, sino, y con deleite, al-

go que se me escapa ahora
por completo: el rumor del silencio en la plaza principal. Pero, desgraciadamente, toda esta belleza no existe, debo volver a mi trabajo, felicitándome casi de que se vincule directamente con la plaza que me da bríos. Por cierto, como se comprueba cada vez más, necesito todas mis energías para esta tarea que al principio pareció casi insignificante. Recorro ahora las paredes de la plaza y escucho, y dondequiera que aplico el oído, en lo alto y junto al suelo, cerca de la entrada o en el interior, en todas partes, en todas el mismo ruido. Y esta prolongada atención al sonido intermitente, ¡cuánto tiempo, cuánto esfuerzo exige! Tal vez pueda hallarse un pequeño consuelo para el autoengaño, en el hecho de que aquí, por la extensión de la plaza principal, a diferencia de la galería, al alejarse el oído del suelo ya no se oye nada. Solamente para descansar, para recuperarme, hago a menudo estos ensayos, escucho con atención y me siento feliz de no oír nada. Pero, por lo demás, ¿qué es lo que ha sucedido? El fenómeno destruye mis primeras explicaciones, y también tengo que descartar otras que se me ofrecen. Se podría pensar que oigo a las bestezuelas en su trabajo, pero ello estaría en contradicción con la experiencia; lo que no he oído nunca, aunque siempre estaba presente, no puedo comenzar a oírlo de pronto. Tal vez, con los años pasados en la obra, mi sensibilidad frente a las perturbaciones se haya acrecentado, pero de ningún modo es posible que se afine el oído. Debido a la naturaleza de la plaga ésta no puede ser oída. ¿Hubiera tolerado esto antes? La habría exterminado, aún a riesgo de perecer de hambre. Pero probablemente también, y esa idea se va infiltrando en mí, pueda tratarse de un animal de una especie desconocida. Aunque hace mucho tiempo que observo cuidadosamente la vida aquí abajo, sería posible: el mundo es complejo, y nunca faltan sorpresas desagradables. Pero no podría ser un animal único, tendría que tratarse de un rebaño, que de pronto ha invadido mis dominios,'de un gran rebaño de seres que, aunque por encima de estos bichos, los J superen en poco, ya que es muy pequeño el ruido de su trabajo. Podrían ser quizás animales desconocidos, un rebaño i de paso, que me turba, sí, pero que pronto tendría fin. En consecuencia, podría limitarme a esperar, sin realizar trabajos finalmente inútiles. Pero si son animales desconocidos, ¿cómo no consigo verlos? Ya he hecho muchas excavaciones para atrapar siquiera uno de ellos, pero no encuentro ninguno; se me ocurre que tal vez sean pequeñísimos, mucho más pequeños que todos los que conozco y que sólo el ruido que producen sea perceptible. Por eso reviso la tierra extraída, rompo los terrores hasta reducirlos a partículas minúsculas, pero los alborotadores no aparecen. Muy lentamente voy comprendiendo que con estas excavaciones al azar no llegaré a na-

da, sólo destrozo las paredes, escarbo a la ligera, aquí y allá, no tengo tiempo para rellenar luego los agujeros: ya hay montañas de tierra que obstruyen el camino y la visión. Desde luego, esto me molesta sólo de un modo accesorio; ahora no puedo pasear ni contemplar, ni descansar; a menudo me he quedado dormido por un momento en cualquier agujero, en medio del trabajo, con una zarpa hundida en lo alto, en la tierra, sobre el terrón que en el último instante de vigilia he querido arrancar. Ahora cambiaré mis métodos. Cavaré una verdadera zanja en dirección al ruido y no cejaré en mis esfuerzos hasta que, independientemente de toda teoría, encuentre la verdadera causa del ruido. Y luego la eliminaré, si me lo permiten mis fuerzas, y en caso contrario, por lo menos, tendré una seguridad. Esta seguridad me traerá, bien la calma, bien la desesperación, pero de cualquier modo que sea, esto o aquello, al menos será algo indudable y justificado. Esta determinación me hace bien. Todo lo que he hecho hasta ahora me parece apresurado, realizado en la excitación del regreso, no liberado aún de las preocupaciones del mundo exterior, todavía no reabsorbido en la calma de la obra; hipersensibilizado por la larga privación de ella, me he dejado arrebatar el juicio por un fenómeno extraño. Porque ¿de qué se trata? Un ligero siseo intermitente, una nada, a la que uno podría, no, no digo que uno podría acostumbrarse a ella, pero sí que se podría, sin intentar por el momento nada, observar durante algún tiempo, es decir, escucharlo ocasionalmente cada tantas horas y registrar pacientemente los resultados, y no, como yo, arrastrar la oreja a lo largo de las paredes, y al menor ruido abrir la tierra, no tanto para encontrar algo en realidad, como para traducir en algo la fiebre interior. Todo esto cambiará ahora, espero. Y por otra parte, tampoco lo espero –como tengo
que reconocerlo a ojos cerrados, irritado contra mí mismo– porque la inquietud vibra aún en mí, exactamente como hace horas, y si la prudencia no me contuviera, ya hubiera comenzado a cavar en cualquier sitio, sin preocuparme si se oyera algo o no, absurda, empecinadamente como la misma plaga, que, o cava completamente sin sentido o lo hace porque come tierra. El nuevo y juicioso proyecto me tienta, y por otra parte no me tienta. No hay nada que objetar contra él, yo al menos no encuentro ninguna objeción; debe conducir al éxito, según yo lo veo. Y a pesar de todo, en el fondo, no tengo fe en él, tengo tan poca fe en él que ni siquiera me atemorizan los posibles horrores del resultado, ni siquiera creo en un resultado horroroso; es como si ya a la primera aparición del ruido hubiese pensado en esa excavación metódica, dejándola de lado sólo por no confiar en ella. A pesar de todo, comenzaré desde luego con la excavación, pero no en seguida, aplazaré un poco el trabajo. Cuando el juicio retorne a su equilibrio, entonces lo realizaré;

no he de precipitarme. Por cierto, antes hay que subsanar los daños que mi escarbar produce a la obra; costará mucho tiempo, pero es necesario; si la nueva excavación ha de conducir al objetivo, es indudable que resultará larga, y si no conduce a ningún objetivo, entonces será infinita, y de cualquier modo, esta tarea significará una prolongada ausencia de la obra, no tan grave como la transcurrida en el mundo exterior –puedo interrumpir la tarea cuando quiera y visitar la casa, y aun cuando no hiciera esto, me llegaría el aire de la plaza principal y me rodearía durante el trabajo–, pero de todos modos significará alejarse de la obra y exponerse así a un destino incierto, por lo que prefiero dejarlo todo en orden; que no se diga que yo, el que lucha por su tranquilidad, la ha turbado él mismo sin restablecerla en seguida. Con lo cual comienzo a rellenar de tierra los agujeros, trabajo que conozco perfectamente, que he realizado innumerables veces, casi sin tener conciencia de realizar un trabajo y que, especialmente en lo que se refiere al último apisonamiento y alisado –esto no es jactancia, es la simple verdad–, ejecuto en forma insuperable. Esta vez, sin embargo, se me hace difícil, estoy distraído; continuamente, en la mitad del trabajo, aprieto el oído contra la pared, escucho, e indiferente, dejo escapar la tierra recién levantada, que rueda hacia la galería. Apenas si puedo ejecutar los últimos trabajos de embellecimiento, que exigen mayor atención. Quedan desagradables montículos, grietas molestas, sin hablar siquiera de que el no logra restaurarse antiguo vuelo de una pared así remendada. Procuro consolarme pensando que se trata *de* un trabajo provisional. Cuando regrese y la paz se haya restablecido, lo mejoraré en forma definitiva, todo se podrá hacer en un instante. Sí, en las fábulas todo se realiza en un instante, y este consuelo pertenece también a las fábulas. Mejor sería hacer en seguida una labor perdurable, más útil, que volver a interrumpirla de continuo, deambulando, por las galerías, y establecer nuevas fuentes del ruido, lo que en verdad es muy fácil, porque no exige más que detenerse en cualquier sitio y escuchar. Y todavía hago otros descubrimientos inútiles. A veces me parece que el ruido ha terminado –se producen largos intervalos–, a veces no se oye el siseo, demasiado golpea la propia sangre en el oído, entonces se juntan dos intervalos en uno, y durante un rato se piensa que el siseo ha terminado para siempre. No se escucha más, se salta, toda la vida da un vuelco, es como si se abriera el manantial del cual fluye el silencio de la construcción. Uno se abstiene de comprobar en seguida el descubrimiento, busca a alguien a quien pudiera antes confiar en forma segura, se corre febrilmente para ello hacia la plaza principal, se acuerda uno, ya que, con todo lo que se es, se ha despertado a una nueva vida, que hace mucho que no se ha comido, se arranca cualquier cosa de entre

las provisiones casi cubiertas por la tierra, se está tragando todavía mientras regresa al lugar del increíble descubrimiento –uno quiere accesoriamente, tan sólo en forma superficial, mientras come, cerciorarse del suceso–, se escucha, pero la fugaz atención revela en seguida que uno se ha equivocado miserablemente, que el silbido con tina imperturbable en la lejanía. Y se escupe la comida y hasta se quisiera pisotearla y se vuelve al trabajo sin saber siquiera a cuál, en cualquier sitio, donde parece necesario, y de estos lugares hay bastantes, se empieza mecánicamente a hacer algo, como si hubiera venido el capataz y se debiera representar una comedia. Pero apenas se ha trabajado un rato así, puede suceder que se haga un nuevo descubrimiento. El ruido parece haberse hecho más intenso, no mucho como es natural, siempre se trata dé diferencias sutiles, pero es un poco más fuerte de todos modos, en forma claramente audible. Y este crecimiento parece una aproximación, y casi con más claridad que el aumento sonoro, se ve nítidamente el andar que se acerca. Se salta de la pared y, de un vistazo, se trata de abarcar todas las posibilidades que este nuevo descubrimiento traerá como' consecuencia. Se tiene la sensación de que la obra jamás fue instalada con vistas a la defensa, mejor dicho, se tenía la intención, pero el peligro de ataque y por tanto la preparación de la defensa parecía lejana, o no lejana (¿cómo sería posible?), pero ciertamente de importancia muy inferior: a los preparativos destinados a la vida pacífica, que gozaron así de prioridad en todas las partes de la obra. Mucho podría « haberse hecho en aquel otro sentido, sin modificar el proyecto en lo fundamental, pero se ha omitido de manera incomprensible. He tenido mucha suerte en todos estos años, la suerte me ha mimado, pero la intranquilidad dentro de la dicha no conduce a nada.
Lo que habría que hacer ahora sería revisar minuciosamente la obra, ejecutar un nuevo proyecto y comenzar en seguida con el trabajo, fresco como un joven. Este sería el trabajo necesario, para el cual, dicho sea de paso, es naturalmente demasiado tarde, pero sería el trabajo a realizar, y de ningún modo la excavación de una larga zanja de tanteo que sólo tendría por consecuencia dedicarme con todas mis energías e indefensamente a la búsqueda del peligro, en la estúpida suposición de que éste no supiera aproximarse con suficiente prisa. Y de pronto no comprendo mi plan anterior. En lo que antes era lógico no encuentro ahora la menor lógica, de nuevo abandono el trabajo y dejo de escuchar. No quiero encontrar nuevos argumentos; he hecho demasiados hallazgos. Lo dejo todo. Me conformaría con calmar la lucha interior.
De nuevo dejo que me alejen las galerías, llego a otras cada vez más lejanas, todavía no vistas después de mi regreso, todavía no tocadas

por mis zarpas, cuyo silenció se despierta cuando me aproximo y desciende sobre mí; no me entrego, sigo a la carrera, sin saber en realidad qué busco. Probablemente, tan sólo un aplazamiento. Me alejo tanto que llego hasta el laberinto; me tienta aplicar el oído a la capa de musgo: cosas muy lejanas, muy lejanas por el momento, atraen mi interés. Avanzo hasta arriba y escucho. Profundo silencio. ¡Qué agradable! Nadie se ocupa allí de mi obra, cada cual tiene sus asuntos sin relación conmigo. ¿Cómo he conseguido esto? Este sitio junto al musgo es tal vez el único en la construcción en que puedo escuchar tranquilo, durante horas. Una completa inversión de las circunstancias: lo que antes era un lugar de peligro se ha convertido en lugar de paz, la plaza fuerte en cambio ha sido ahora en el ruido del mundo y en sus peligros. Y, lo que es peor aún, en realidad tampoco hay paz; nada ha cambiado, con silencio o sin él, el peligro espera como antes encima del musgo, sólo que me he hecho insensible a él, demasiado ocupado con los zumbidos de mis paredes. ¿Estoy ocupado , con ello? Se intensifica, se acerca; pero yo serpenteo a través del laberinto, me instalo aquí arriba bajo el musgo; casi es como si abandonara mi casa al silbador, conformándome con tener un poco de calma aquí arriba; ¿El silbador? ¿Es que tengo una nueva opinión precisa acerca del origen del ruido? ¿No era ésa mi opinión precisa? Creo no haberme apartado de ella. Y si no en forma directa, al menos indirectamente provendrá de ellas. Y si no hay ninguna relación, entonces no se puede opinar nada concreto hasta encontrar la causa, o hasta que ella aparezca por sí misma. Con presunciones se la podría considerar ahora, se podría, por ejemplo, decir que en algún lugar lejano se ha producido un curso de agua, y que lo que parece siseo o silbido es en realidad murmullo. Pero, aparte de que en esa materia no tengo experiencia –la capa de agua que encontré al principio la he desviado en seguida y no ha vuelto a presentarse, debido a la índole arenosa del suelo–, aparte de eso no es posible confundir siseo con murmullo. Todos los deseos de tranquilidad son inútiles, la imaginación no se detiene, y me aferró a la creencia –es inútil querer negar esto– de que el siseo proviene de un animal, no de muchos y pequeños, sino de uno solo y grande. Claro que hay circunstancias que parecen indicar lo contrario. Por ejemplo, la de que se oiga el ruido en todas partes y con la misma intensidad, tanto de día como de noche. Por cierto, habría que inclinarse más bien por muchos animales pequeños, pero como no los he encontrado durante mis excavaciones, sólo queda la suposición de la existencia del gran animal, máxime teniendo en cuenta que lo que parecería estar en contradicción con esta hipótesis no torna al animal imposible, sino tan sólo inimaginablemente peligroso. Sólo por esto me resisto a admitir su existencia. Pero ahora abandono el autoengaño.

Hace mucho que me ronda la idea de que es audible a gran distancia porque cava frenéticamente, porque avanza taladrando la tierra a la velocidad de un paseante que se desplaza por una galería libre; la tierra tiembla cuando él cava, también cuando ya se ha alejado; con la distancia esta vibración se une con el ruido del trabajo mismo, y yo, que oigo sólo estas últimas vibraciones, las percibo con uniformidad en todas partes. Contribuye a ello el hecho de que el animal no avanza hacia mí; por eso no se altera el ruido; hay más bien un plan cuyo sentido no consigo penetrar; sólo supongo que el animal me cerca –sin que ello signifique que conozca mi existencia–, más aún, que ya ha trazado algunos círculos alrededor de la obra desde que lo observo. Me da la naturaleza mucho que pensar del ruido, el siseo o el silbido. Cuando escarbo o araño la tierra es completamente distinto. Sólo consigo explicarme el siseo pensando que la herramienta principal del animal no son sus garras, con las cuales tal vez sólo se ayuda, sino el hocico o la trompa, los que aparte de su enorme potencia han de tener una especie de filo. Probablemente encaja la trompa en la tierra con un sólo golpe violento, arrancando un gran trozo; durante este tiempo yo no oigo nada, ése es el intervalo, pero luego absorbe aire para el golpe siguiente. Esta succión, que debe producir un ruido que hace retemblar la tierra, no sólo por la fuerza del animal, sino también por su prisa, por su frenesí de trabajo, yo lo percibo como un leve siseo. Sigue siendo, sin embargo, por completo incomprensible su capacidad de trabajar interminablemente; tal vez los pequeños intervalos contengan la posibilidad de un brevísimo descanso, porque a un descanso verdadero no ha llegado jamás, cava de día y de noche, siempre con la misma intensidad y energía, con el plan siempre en vista, un plan que hay que cumplir con urgencia y para cuya ejecución posee todas las condiciones. Ciertamente, no había esperado un enemigo tal. Pero aparte de sus peculiaridades, se cumple ahora algo que siempre debí temer, algo contra lo cual siempre debí estar preparado. ¡Se acerca alguien! ¿Cómo durante tanto tiempo todo transcurrió felizmente y en silencio? ¿Quién ha guiado los caminos de los enemigos para que describan los grandes arcos alrededor de mi propiedad? ¿Por qué fui protegido, tanto tiempo para ser espantado ahora de este modo? ¿Qué eran todos los pequeños peligros, en cuya imaginación y estudio pasaba mi tiempo, al lado de este mayúsculo peligro? ¿Esperaba, como propietario de la construcción, tener supremacía sobre cualquier enemigo que se presentara? Precisamente, como propietario de esta obra grande y delicada, estoy inerme frente a cualquier ataque serio. La dicha de poseerla me ha ablandado, la delicadeza de la obra me ha hecho delicado, sus lesiones me duelen como si fueran mías. Justamente esto es lo que debí prever, no pensar tan

sólo en mi propia defensa – ¡y aun esto con qué ligereza y falta de resultados lo he realizado!– sino en la defensa de la obra. Ante todo debieron haberse tomado disposiciones para que algunas partes de la obra, y en lo posible muchas de ellas, cuando fuesen atacadas, pudiesen ser aisladas de las menos expuestas, con derrumbamientos al instante, y constituidos por masas de tierra tales, y con un aislamiento tal, que el atacante ni siquiera pudiese sospechar que ahí detrás estuviera la verdadera obra. Más aún: estos derrumbamientos debieran ser apropiados, no sólo para ocultar la obra, sino también para sepultar al atacante. No he hecho absolutamente nada para algo semejante; nada, absolutamente nada, ha sucedido en ese sentido; he sido inconsciente como un niño, he pasado mis años adultos en juegos infantiles, hasta con la idea de los peligros he jugado, omitiendo pensar realmente en los verdaderos peligros. Y no me han faltado advertencias.
Desde luego, nada que se acerque en importancia a lo de ahora ha sucedido; pero en las primeras épocas de la construcción hubo algo que se le parecía. La principal diferencia consistía precisamente en que eran las primeras épocas de la construcción... Yo entonces aún trabajaba casi como un pequeño aprendiz en la primera galería –el laberinto sólo estaba proyectado en líneas generales–, ya había vacilado una pequeña plaza, pero sus dimensiones y el tratamiento de las paredes era un fracaso; bien, todo estaba de tal modo en los comienzos que sólo podría valer como ensayo, como algo que, a poco que falle la paciencia, se podría abandonar repentinamente sin la mayor pena. Entonces sucedió que durante uno de mis descansos –siempre hubo en mi vida demasiados intervalos para descansar–, yaciendo entre montones de tierra, que se oye de pronto un ruido a lo lejos. Joven como era, más que atemorizarme, despertó mi curiosidad. Dejé el trabajo y me dediqué a escuchar; continuamente escuchaba, y no corrí a tenderme bajo el musgo para no privarme de escuchar. Al menos escuchaba. Lograba distinguir muy bien que se trataba de un trabajo semejante al mío, aunque sonaba con más debilidad pero no se podía saber en qué grado esta diferencia debía atribuirse a la distancia. Estaba intrigado, pero tranquilo. Quizá –pensé– estoy en una construcción ajena y el dueño cava ahora en mi dirección. Si se hubiera comprobado la exactitud en otra parte, pues nunca he tenido ansias de conquista o de ataque. Pero, ciertamente, yo era todavía joven y todavía no tenía obra, podía permanecer tranquilo. Tampoco el posterior transcurso de los hechos me trajo mayor excitación; interpretarlos era lo que no resultaba fácil. Si el que allí cavaba tendía verdaderamente hacia mí porque me había oído cavar, cuando cambiara su rumbo –como sucedía ahora realmente– no podía determinarse si lo hacía porque mi intervalo de descanso lo privaba de todo

punto de referencia para su marcha, o más bien porque él mismo cambiaba de propósitos. También podía ser que yo me hubiese engañado por completo y que él nunca se hubiese dirigido a mí; lo cierto es que el ruido aumentó todavía por un tiempo, como si se acercara; joven como era, no me hubiera desagradado que el cavador surgiese de repente de la tierra, pero no sucedió nada por el estilo, y a partir de determinado momento el ruido comenzó a debilitarse, se hizo cada vez más lejano, como si el cavador se desviase gradualmente de su primitiva dirección, y de pronto todo cesó como si él hubiese optado plenamente por una dirección opuesta y se alejara con decisión. Durante mucho tiempo seguí escuchando el silencio antes de reanudar el trabajo. Por cierto esta advertencia fue bastante clara, pero bien pronto la olvidé, y apenas si se tradujo en alguna modificación de mis proyectos de construcción.
Entre entonces y hoy media mi edad adulta, pero es como si no mediara nada, hoy como entonces hago grandes pausas en mi trabajo, y escucho junto a la pared ¡últimamente el cavador ha cambiado de intención, ha vuelto, regresa de su viaje, cree que me ha dejado suficiente tiempo para disponerme a recibirlo. Pero de mi parte todo está menos dispuesto que entonces; la gran obra yace como entonces inerme; aunque ya no soy un pequeño aprendiz, sino un maestro de obra, las energías que me restan fracasarán en el momento de la decisión; a pesar de mi edad avanzada me parece que quisiera ser más viejo aún, tan viejo que ya no pudiera levantarme de mi lecho bajo el musgo. Porque en realidad no aguanto m*ás,* me levanto y corro hacia abajo, hacia la casa, como si aquí, en vez de paz me hubiese llenado sólo de tribulaciones. ¿Cómo quedaron las cosas últimamente? ¿El siseo se ha debilitado? No; ha ganado en fuerzas. Escucho en diez lugares al azar y noto claramente el engaño, el siseo continúa igual, nada ha cambiado. Allí enfrente no se producen cambios, allá 'sé" está tranquilo, por encima del tiempo; aquí en cambio cada instante sacude al oyente. Y deseando el largo camino hasta la plaza fuerte, todo el contorno me parece excitado, parece mirarme, parece en seguida desviar la vista para no molestarme, y se esfuerza de nuevo para leer en mi gesto las resoluciones salvadoras. Muevo la cabeza; todavía no las tengo. Tampoco voy a la plaza principal para ejecutar allí algún plan. Paso por el lugar en que había querido hacer la zanja de exploración, lo estudio de nuevo, hubiera sido un buen lugar, la zanja habría seguido la dirección en que se hallan la mayoría de los conductos de aire, que me hubieran facilitado el trabajo, tal vez no hubiese tenido que cavar muy fatigosamente, ni siquiera me hubiese visto obligado a cavar hacia el ruido, tal vez hubiese bastado pegar el oído a los conductos. Pero ninguna consideración es capaz de animarme a emprender este trabajo. ¿Esta zanja debe traer-

me la certidumbre? He llegado a un extremo en que ni siquiera deseo la certidumbre. En la plaza fuerte elijo un buen pedazo de carne roja, sin cuero, y me escondo con él, en un montón de tierra; allí habrá silencio en la medida en que el silencio es todavía posible aquí. Me deleito con la carne; me acuerdo todavía alguna vez del animal desconocido que traza su ruta a distancia, y después pienso que mientras me sea posible debo disfrutar suculentamente de mis provisiones. Esto último es probablemente el único plan a ejecutar. Por lo demás, trato de descifrar el del animal. ¿Está de viaje o trabaja en su propia construcción? Si se halla de viaje, tal vez fuese posible un entendimiento con él. Si realmente irrumpiera hasta mí, entonces podría darle algo de mis provisiones y él seguiría. Sí, seguiría. En mi montón de tierra puedo soñarlo todo, hasta con ciertos acuerdos' aunque sé con seguridad que no son posibles ya que en el mismo instante en que nos veamos, mejor, cuando nos sospechemos próximos, sin vacilaciones, simultáneamente prepararemos las garras y los dientes uno contra el otro con renovada hambre aunque estemos llenos hasta el hartazgo. Y como siempre en este caso, con pleno derecho: ¿quién,, aunque estuviera de viaje, no alteraría a la vista de la obra, sus proyectos y propósitos? Pero tal vez el animal cava en su propia obra; entonces ni siquiera podría soñar con un acuerdo. Aunque se tratara de un animal extraño y que su obra tolerara vecindades, la mía no las tolera, al menos no las de tipo audible. Ahora el animal parece hallarse a gran distancia; si se alejara un poco más, también desaparecería el ruido, quizá todo volvería a arreglarse, a ser como en los buenos tiempos; todo no dejaría de ser una amarga experiencia, pero beneficiosa; me incitaría a realizar diversas mejoras; cuando tengo paz y el peligro no apremia de manera inmediata, todavía soy capaz de trabajos considerables; quizás el animal renuncie, en vista de las extraordinarias posibilidades que parecen inherentes a su capacidad de trabajo, a la extensión de su obra en dirección a la mía y se resarza de ello en algún otro lado. Pero, como es natural, esto no es alcanzable por negociaciones, sino sólo por la voluntad del animal o por una amenaza que yo pudiese ejercer. En ambos i casos será decisivo establecer si el animal sabe algo acerca de mí y qué sabe. Cuanto más reflexiono acerca de esto se me figura más improbable que me haya oído; es posible, aunque inimaginable, que tenga noticias mías, pero con toda seguridad que no me ha oído. Mientras no supe nada de él no pudo oírme en absoluto, pues permanecí silencioso –no hay nada más silencioso que el reencuentro con la obra–, luego, cuando hice las excavaciones de exploración, habría podido oírme a pesar de que mi manera de cavar produce poco ruido; y si me hubiera oído yo habría notado algo, porque al menos habría tenido que interrum-

pirse con frecuencia en su trabajo para escuchar.
...Pero todo permaneció sin alteración...

INVESTIGACIONES DE UN PERRO

¡En qué forma ha cambiado mi vida, sin cambiar en el fondo! Si retrocedo con el pensamiento y evoco los tiempos en que aún vivía en medio de la perrera, participando en cuanto interesa a los perros, un perro entre perros, encuentro, si advierto más detenidamente, que siempre hubo algo que funcionaba mal, que existía una pequeña grieta y que un ligero malestar me acometía en el curso de los más solemnes actos públicos; a veces también en los círculos privados; no, no a veces, sino muy a menudo, la simple visión de uno de mis semejantes perrunos, considerado de pronto de otra manera, me turbaba, me asustaba, dejándome indefenso y desesperado. Traté de tranquilizarme; algunos amigos, a los que confesé esto, me ayudaron; luego llegaron épocas mas tranquilas, en las que si bien no faltaban aquellas sorpresas, se las consideraba con más ecuanimidad y como venían se las incorporaba a la existencia; tal vez entristecían y cansaban, pero en lo demás me permitían subsistir, un poco retraído, temeroso, calculador, sí, pero en resumidas cuentas, todavía un perro cabal. ¿Cómo hubiera podido alcanzar sin esos períodos de descanso la edad de que hoy gozo; cómo hubiese
podido luchar y abrirme camino hacia la serenidad desde la cual contemplo los terrores de mi juventud y la vejez; cómo hubiese podido llegar a sacar conclusiones de mi –como lo reconozco– desgraciada o, para expresarlo más cautelosamente, no muy feliz disposición, y vivir conforme a ellas? Retirado, solitario, ocupado en investigaciones, sin esperanzas, aunque para mí indispensables, así vivo, pero sin perder de vista a mi pueblo. A menudo me llegan noticias y a veces también doy alguna señal de vida. Se me trata con consideración, sin comprender mi real naturaleza; pero no lo tomo a mal e incluso los perros jóvenes, que veo cruzar alguna vez a lo lejos –una nueva generación–, de cuya infancia me acuerdo oscuramente, no me niegan su respetuoso saludo.
No hay que perder de vista que, a pesar de todas mis rarezas, traslúcidas como la luz, sigo perteneciendo a la especie. Es verdaderamente curioso –pienso, y para hacerlo tengo tiempo y ganas y disposición– lo que pasa con la condición perruna. Fuera 'de nosotros, los perros, hay muchas especies de animales: pobres seres minúsculos, casi mudos, capaces, solamente de algunos gritos.; muchos de nosotros, los perros, los estudian, les han dado nombre, tratan de ayudarlos, de educarlos,

ennoblecerlos, etcétera. A mí me son indiferentes; basta con que no me molesten; los confundo unos con otros, apenas los veo. Hay sin embargo algo llamativo: la poca, solidaridad que reina entre ellos, si se los compara con nosotros, la indiferencia y hasta la hostilidad con que se tratan, al extremo de que sólo los más burdos intereses parecen unirlos; y aun estos intereses originan a menudo odios y peleas. ¡Nosotros, los perros, en cambio!... Puede decirse que todos," vivimos agrupados, por más que nos diferencien los caracteres adquiridos a través del tiempo. ¡Todos agrupados! Ese es el impulso y nada puede refrenarlo; todas nuestras leyes e instituciones, las pocas que todavía conozco y las innumerables que he olvidado, tienden a satisfacer el anhelo hacia la suprema dicha de que somos capaces: la cálida convivencia. Y ¡ahora la otra cara del asunto: entiendo que ningún ser vive,! tan ampliamente diseminado como el perro; en ninguno se manifiestan tantas diferencias en realidad inabarcables, por razón de clase, tipo, ocupación; nosotros que deseamos permanecer unidos -y siempre y a pesar de todo lo logramos en momentos extraordinarios–, precisamente nosotros, vivimos separados desempeñando oficios extraños, desconocidos hasta para los congéneres más inmediatos, sujetos a prescripciones que no son las de la perrada, que más bien están orientadas contra ella. Estas son cuestiones tan complejas, cuestiones que, por lo general, se prefiere eludir –comprendo también este punto de vista, hasta lo comprendo mejor que el mío– y a las que sin embargo me he entregado por completo. ¿Por qué no hago como Tos demás, por qué no vivo en armonía con mi pueblo, sin dar importancia a lo que turba precisamente esta armonía, considerándolo como un simple fallo dentro del gran conjunto; por qué no me oriento hacia lo que nos une en felicidad, no a lo que naturalmente –siempre también en forma irresistible– nos arranca del círculo de nuestro pueblo?

Recuerdo un suceso de mis primeros años. Experimentaba la feliz e inexplicable excitación que sin duda todos experimentamos en la niñez; era un perro muy joven; todo me gustaba, todo se refería a mí; creía que grandes cosas sucedían a mi alrededor porque yo era su motor, y que debía conferirles mi voz, cosas que permanecerían miserablemente en tierra si yo no me afanaba y corría y agitaba mi cuerpo por ellas; en suma, fantasías de la niñez que desaparecen con los años. Pero en aquella época eran poderosas, me subyugaban y, efectivamente, sucedió algo extraordinario que parecía justificar mis caóticas esperanzas. En sí no era nada muy extraordinario –más tarde he visto cosas semejantes y más extrañas aún–, pero me afectó con la fuerza de la primera impresión, imborrable y orientadora. Tropecé con un pequeño grupo de perros, mejor dicho, no tropecé con él, porque vinieron a mi encuentro.

Yo había caminado largamente en la oscuridad, con el presentimiento de grandes sucesos –presentimiento que, por constante, me inducía fácilmente a error–, había caminado mucho sin rumbo, ciego y sordo a todo, impulsado sólo por mi deseo impreciso; me detuve con la repentina sensación de haber llegado a buen lugar; levanté la vista y vi que era de día, un día muy luminoso, con algo de bruma, lleno de entreverados y mareantes oleajes de perfumes; saludé la mañana con turbulentas voces y, entonces, corno si los hubiese conjurado, siete perros surgieron de la
oscuridad y se presentaron a la luz, con un ruido espantoso, como no había oído jamás. Si no hubiese visto con claridad que se trataba de perros y que ellos portaban el ruido, aunque no podía precisar cómo lo hacían, hubiera huido. Me quedé, pues. Entonces no sabía casi nada del don creativo musical conferido exclusivamente a los perros; había escapado a mi poder de observación que se hallaba en lento desarrollo; tal vez porque la música me rodeaba desde la lactancia como elemento vital cotidiano, indispensable, que nada me obligaba a diferenciar de la vida misma; sólo con indicaciones adaptadas a la mentalidad infantil se había tratado de señalármela; tanto más sorprendentes, casi abrumadores, me resultaron aquellos grandes artistas. No hablaban ni cantaban, más bien callaban obstinadamente; pero como por arte de magia, extraían su música del espacio vacío. Todo era música, las subidas y bajadas de las patas, determinados giros de las cabezas, el andar y el reposo, sus posiciones respectivas, los pasos como de contradanza originados cuando, por ejemplo, cada cual afirmaba las patas delanteras en el lomo del precedente de manera que el primero sostenía, erguido, el peso de los demás, o cuando formaban entrelazadas figuras que se arrastraban, cerca del suelo, sin equivocarse jamás. El último de ellos, todavía un poco inseguro, no encontrando de inmediato la conexión con los otros y en cierto modo vacilante al iniciarse la melodía, lo era sólo comparado con la magnífica seguridad de los otros; y aunque lo fuese por completo, no habría podido echar a perder nada porque los otros, grandes maestros, mantenían inconmoviblemente el compás. ¡Pero si apenas se les veía! Se habían adelantado, se los había saludado ya con anterioridad como a perros a pesar de la confusión creada por el estruendo que los acompañaba; sí, eran perros, perros como tú y yo, uno quería acercárseles, intercambiar saludos, estaban muy próximos, eran perros ciertamente mucho más viejos que yo y no de mi especie lanuda, pero tampoco muy distintos en tamaño y aspecto; al contrario, resultaban muy familiares; yo conocía a muchos de esa especie o de otra parecida, pero mientras estaba entretenido en tales reflexiones, la música comenzaba a predominar; lo cogía materialmente

a uno, lo apartaba de estos pequeños perros reales, y a pesar de resistirse con todas las fuerzas, aullando
como si le causaran daño, no podía ya ocuparse de otra cosa que de la música procedente de todas partes, de arriba, de abajo, arrastrando al oyente, sepultándolo y aplastándolo; que al aniquilarlo a uno estaba tan próxima que de inmediato parecía lejanísima, soplando trompetas apenas audibles. Y de nuevo uno era despedido porque ya estaba demasiado agotado, aniquilado, demasiado débil para seguir escuchando; era despedido y veía a los siete perritos realizar sus evoluciones, ejecutar sus saltos; uno quería, a pesar de su aspecto inaccesible, llamarlos, preguntarles, averiguar qué hacían allí –yo era una criatura y me creía autorizado a preguntar a todo el mundo– pero apenas comenzaba, apenas sentía el fluido de la buena y cálida comunicación con los siete, cuando la música había vuelto, me quitaba el sentido, me hacía girar en círculos, como si yo mismo fuera uno de los músicos, cuando sólo era una de sus víctimas, y me arrojaba de un lado para otro, por más que implorara clemencia. Por fin me salvó su violencia misma, apretándome en una pila de maderas que hasta entonces no había advertido. Al abrazarme con firmeza y bajar la cabeza me daba al menos la posibilidad de resollar, aunque en el exterior siguiera tronando la música. Verdaderamente, más que el arte de los siete perros –incomprensible para mí, porque sobrepasaba en mucho mis facultades de aprehensión– me maravillaba su valor de exponerse por entero y abiertamente al resultado de su propio arte y de soportarlo, aunque iba más allá de sus fuerzas, sin que se les quebrara el espinazo. Por cierto que yo comprobaba ahora desde mi escondrijo, mirando mejor, que no trabajaban con tanta calma, sino más bien con extremo esfuerzo; estas patas movidas en apariencia con tal seguridad, temblaban a cada paso en interminables palpitaciones ; rígidos, como desesperados, se miraban unos a otros, y la lengua, una y otra vez dominada, tornaba también una. y otra vez a colgar mustia. Y no podía ser que los excitara así el temor al fracaso; los que tanto arriesgaban, los que lograban tanto, no podían ya tener miedo. ¿Miedo a qué? ¿Quién los obligaba a realizar lo que allí estaban haciendo? Y ya no pude contenerme, sobre todo porque ahora me parecían necesitados de ayuda, y grité mis preguntas a través del ruido, alta e imperiosamente. Pero ellos - ¡incomprensible! ¡incomprensible! – no contestaron, actuaron como si yo no existiera. ¡Perros que ni siquiera contestan a una llamada de perro, un atentado imperdonable a las buenas costumbres inconcebible en ninguna circunstancia, ni en el más grande ni en el más pequeños de los perros! ¿Y si no fueran perros? Pero cómo podían no ser perros si ahora oía, al escuchar mejor, las suaves voces con que se azuzaban unos a otros, se hacían notar ciertas di-

ficultades, se advertían ciertos errores, hasta veía al último perro, al más pequeño, al que estaban destinadas la mayoría de las voces, entrecerrar los ojos hacia mí con frecuencia, como si tuviese ganas de contestarme, pero dominándose porque no debía ser. ¿Pero por qué no debía ser, por qué lo que nuestras leyes exigen siempre incondicionalmente no podía ser en este caso? Me sentía indignado casi hasta olvidar la música. Estos perros violaban la ley. Aunque fueran grandes magos la ley era válida también para ellos, eso lo comprendía yo muy bien aunque fuera una criatura. Y noté aún más. En realidad tenían motivo para callar, en el supuesto de que callaran por sentimiento de culpa. Porque, ¿cómo se conducían? La música me había impedido notarlo; los muy desdichados, arrojando de sí toda vergüenza, hacían lo más ridículo y lo más indecente: caminaban erguidos sobre las patas traseras. ¡Horror! Se desnudaban y llevaban procazmente a la vista su desnudez; se gozaban en ello y si alguna vez obedecían al sano instinto y bajaban las manos parecían asustarse, como si fuera un error, como si la naturaleza fuese un error, y volvían a levantarse en seguida, sus miradas parecían pedir disculpas por haber interrumpido de momento sus prácticas pecaminosas. ¿Estaba el mundo al revés? ¿Dónde me hallaba? ¿Qué había pasado? Aquí ya no pude vacilar, la existencia misma estaba en juego; me solté de las maderas que me aprisionaban y me adelanté de un salto, quería llegar hasta los perros; de pequeño discípulo debía convertirme en maestro, hacerles comprender lo que hacían, evitar que cayeran en ulteriores pecados. "Unos perros tan viejos, unos perros tan viejos", me repetía. Pero apenas estuve en libertad –sólo dos, tres saltos me separaban de ellos– el ruido volvió a adueñarse de mí. Tal vez, como ahora ya lo conocía, aunque era espantoso, le habría podido oponer resistencia; luchar contra él, si a través de toda la plenitud sonora no se hubiese mantenido un sonido claro, severo, siempre igual a sí mismo, como si llegase invariablemente de gran distancia y pareciera constituir la verdadera melodía en medio del ruido. Me obligó a caer de rodillas. ¡Qué embaucadora era la música de estos perros! No lograba avanzar, ya no quería educarlos; que siguieran despatarrándose, que siguieran cometiendo pecados e induciendo a otros al silencioso pecado de contemplar; yo era un perro demasiado pequeño; ¿cómo se podía esperar de mí acción tan ardua? Me acurruqué aún más, gimoteando, y si los perros me hubiesen preguntado mi opinión tal vez les hubiese dado la razón. Afortunadamente, no tardaron en irse; con todo su ruido y toda su luz desaparecieron en la oscuridad por donde habían salido.

Como ya he dicho, en este suceso no había nada de extraordinario; en el transcurso de una larga vida se ven muchas cosas que, aisladamente

y miradas con ojos infantiles, serían aún más extraordinarias. Además, el caso podía presentarse en otra forma, como todo. Porque, se podía argüir, en definitiva, que los siete músicos se habían reunido para hacer música en el silencio matutino; un perrillo se había extraviado hasta llegar a ellos, un oyente molesto, al que en vano habían intentado ahuyentar con música terrible o sublime. Los importunaba con preguntas, ¿debían ellos, ya fastidiados por su simple presencia, agravar la molestia y agrandarla contestando? Y si bien la ley ordena contestar a todo el mundo, ¿era en realidad alguien ese perrito insignificante llegado de cualquier parte? Acaso ni siquiera lo comprendían, pues ladraba sus preguntas en forma casi ininteligible. O tal vez lo comprendían y, sobreponiéndose, le contestaba, pero él, el pequeño, inhabituado a la música, no sabía separar-ésta del ruido. Y en lo que se refiere a las patas traseras, es probable, sí, que caminaran excepcionalmente sobre ellas; es un pecado, sí, pero estaban solos, eran amigos entre amigos, en una reunión íntima, en cierto modo entre cuatro paredes y completamente solos, ya que los amigos no son público, ni tampoco lo es un pequeño y curioso perro callejero. En resumen: ¿no era como si no hubiese sucedido nada? No es así del todo, pero sí en aproximación. Los padres debieran cuidar más a sus hijos y enseñarles mejor a callar y a respetar las canas.

Y si uno llega a este punto, el caso está terminado. Ciertamente, lo que está terminado para los mayores, no lo está para los pequeños. Corrí y conté y pregunté; acusé y averigüé, quería arrastrar a todos hasta el lugar del suceso, quería mostrar a todos dónde estaba yo y dónde los siete, y cómo y dónde habían bailado y ejecutado su música, y si alguien, en vez de rechazarme y reírse de mí, hubiese venido conmigo, entonces tal vez hubiese sacrificado mi pureza y habría intentado elevarme sobre las patas traseras, para dejarlo todo bien en claro. En fin, todo lo que hace una criatura está mal, pero afortunadamente también se le perdona todo. Yo, sin embargo, maduré sin perder esta cualidad infantil. Así como en aquel entonces no terminaba de comentar el suceso en alta voz –suceso que desde luego hoy me parece poco importante– y de dividirlo en partes, y de apreciarlo a la luz del criterio de los presentes, importunándolos sin consideración, ocupado tan sólo con mi asunto, que yo encontraba tan molesto como todos los demás y precisamente por eso –ahí estaba la diferencia– digno de ser aclarado a fondo, para poder por fin recuperar la libertad y ocuparme de la vida cotidiana, ordinaria, tranquila y feliz; así como entonces, exactamente –aunque con medios menos pueriles, si bien la diferencia no es muy grande– seguí trabajando después y sigo todavía hoy, sin detenerme.

Todo comenzó con aquel concierto. No me quejo; es innato en mí, y si

el concierto no hubiese ocurrido, mi naturaleza habría buscado otra oportunidad para manifestarse. Sólo que algunas veces me apena que sucediera tan pronto; me privó de gran parte de mi niñez; la feliz existencia de los cachorros, que algunos son capaces de prolongar durante años, fue para mí de sólo pocos meses. Ya pasó. Hay cosas más importantes que la infancia. Y tal vez me espera en la vejez, como premio por tan dura existencia, más dicha infantil que la que podría soportar un niño verdadero, pero que yo tendré fuerzas para soportar.

Comencé entonces con mis investigaciones sobre las cuestiones más sencillas; no me faltaba material; lamentablemente, fue la superabundancia de éste la causa de mi desesperación en horas oscuras. Comencé a averiguar de qué se alimentaba la perrada. Esta no es, si bien se mira, pregunta fácil de contestar; nos ocupa desde los primeros tiempos;

es el principal objeto de nuestras meditaciones; las observaciones, experimentos y puntos de vista fueron innumerables en este terreno; se convirtieron en una ciencia que por su enorme amplitud excede lo abarcable por un individuo, y también por todos los sabios; que únicamente puede ser soportada por toda la perrada, y esto sólo en parte y no sin suspiros, ello sin hablar de las dificultades y de las condiciones previas casi imposibles de cumplir, que exigen mis investigaciones. No es necesario que todo eso se me señale, lo sé tanto como cualquier perro; no pienso propasarme con la verdadera ciencia, le guardo el respeto que merece; pero para aumentarlo me falta saber, constancia, calma y –no en último término y especialmente durante los últimos años– también el apetito. Trago la comida sin demorarme en disquisiciones económicas. Me basta en este aspecto la quintaesencia del saber, la pequeña regla, con la cual las madres destetan a los pequeños y los dejan partir hacia la vida: "Riega todo lo que puedas." ¿Es que esto no lo dice casi todo? ¿Ha podido la investigación agregar a ello algo esencial, comenzando desde los tiempos de nuestros más remotos antepasados? Pormenores, nada más que pormenores. Y todos inseguros. En cambio, esta regla permanecerá inconmovible mientras haya perros. Se refiere a nuestro principal alimento. Desde luego, todavía hay medios accesorios, pero en caso de necesidad y si los años no fueran demasiado malos, podríamos vivir de este alimento principal, que encontramos en la tierra; la tierra necesita de esa agua nuestra y sólo a este precio nos suministra alimento, cuya producción, esto tampoco hay que olvidarlo, puede desde luego acelerarse con determinados dichos, cantos y movimientos. A mi juicio, esto sería todo: nada fundamental puede agregarse al respecto. Estoy de acuerdo con la gran mayoría de la perrada y doy la espalda, firme y severamente, a las opiniones heréticas sobre la

materia. No, no trato de distinguirme, ni de tener razón; me siento feliz cuando puedo coincidir con mis conciudadanos, y ello sucede en este caso. Pero mis propios trabajos se orientan en otra dirección. La simple observación me enseña que la tierra, si se la rocía y trabaja según las normas científicas, entrega alimentos de tal calidad y en tales cantidades, de tal manera, en tales lugares y a tales horas, según las leyes parcial o totalmente establecidas por la ciencia. Eso lo doy por sentado, pero mi pregunta es: "¿De dónde saca la tierra estos alimentos?" Pregunta que en general se simula no comprender o a la que se contesta en el mejor de los casos: "Si no tienes bastante de comer, te daremos de lo nuestro." Obsérvese esta contestación. Ya sé, no cuenta entre las ventajas de la perrada distribuir los alimentos una vez logrados. La vida es dura, la tierra árida, la ciencia rica en comprobaciones, pero bastante pobre en resultados prácticos; el que tiene alimentos los conserva; eso no es egoísmo, sino todo lo contrario, ley de perros, unánime resolución popular, lograda después de sobreponerse precisamente al egoísmo, ya que los que poseen son los menos. Por eso aquella contestación de "si no tienes bastante para comer, te daremos de lo nuestro" es sólo una frase hecha, una broma, una burla. No lo he olvidado. Pero tanto mayor significado tiene el hecho de que tratándose de mí –que entonces rodaba por el mundo con estas preguntas– se dejara de lado la burla; si bien no se me daba alimento –¿de dónde se lo hubiera podido sacar?– y si por casualidad se tenía, en la urgencia del hambre se olvidaba cualquier otra consideración; les ofrecimientos eran siempre serios, y aquí y allá obtenía efectivamente alguna pequeñez si me apresuraba a atraparla. ¿Por qué fui objeto de un tratamiento especial? ¿Por qué se me respetó y se me prefirió? ¿Porque era un animal flaco, débil, mal alimentado y demasiado despreocupado de la comida? Andan por el mundo muchos perros mal alimentados y si se puede se les quita de la boca el más miserable aumentó, con frecuencia no por voracidad, sino casi siempre por principio. No; se me prefería; no podría quizás entrar en pormenores, pero tenía la exacta impresión de ello. ¿Divertirían mis preguntas acaso? ¿Se las encontraba especialmente juiciosas? No; mis preguntas no divertían y se las encontraba tontas. Y, con todo, sólo podían ser las preguntas las que habían atraído la atención sobre mí. Era como si se prefiriese hacer cualquier cosa, taparme la boca con comida, por ejemplo –no se lo hacía, pero se tenía la intención–, antes de tolerar mis preguntas. Pero se me hubiera podido ahuyentar, prohibirme las preguntas. No, no se quería eso; no se quería oír mis preguntas; pero precisamente no se me quería expulsar por ellas. Por más que se rieran de mí y me trataran como a un animal pequeño y tonto, por más que se me empujara de un lugar para otro, aquel fue el tiempo en que

llegué a gozar de mayor prestigio; nunca se repitió en adelante nada semejante; tenía acceso a todas partes y, con el pretexto de tratarme rudamente, se me lisonjeaba. Y todo sólo por mis preguntas, por mi impaciencia, por mis ansias de investigación. ¿Se me quería embaucar sin violencia, apartarme casi amorosamente de un camino equivocado, de un camino cuya falsedad sin embargo no estaba por encima de cualquier duda, puesto que no autorizaba a emplear la fuerza?... También un cierto respeto y temor se oponían al empleo de la violencia. Ya sospechaba en aquel entonces algo semejante, hoy lo sé con certeza, con más certeza que aquellos que actuaron entonces; es cierto, se me quiso apartar hábilmente de mi camino. No lo lograron; el resultado fue inverso: mi vigilancia se agudizó. Hasta se evidenció después que era yo quien trataba de apartar a los demás de su propio camino, propósito en el que tuvo éxito hasta cierto punto. Sólo con ayuda de la perrada comencé a comprender mis propias interrogaciones. Cuando yo preguntaba, por ejemplo: "¿De dónde saca la tierra este alimento?", ¿me interesaban entonces, como podría parecer, las preocupaciones de la tierra? En lo más mínimo; eso estaba, como pronto pude comprobar, lejos de mí; a mí me preocupaban sólo los perros, nada fuera de ellos. Porque, ¿qué hay fuera de los perros? ¿A quién recurrir fuera de ellos en el inmenso mundo vacío? Todo el saber, la totalidad de las preguntas y respuestas está contenida en los perros. ¡Si al menos este saber pudiera utilizarse, extraído a la luz del día; si al menos los perros no supieran tan infinitamente más de lo que reconocen saber, de lo que ante sí mismos admiten que saben! Pero el más locuaz de los perros es más hermético que los lugares donde se hallan los mejores alimentos. Se ronda a tal canino, se espumajea de avidez, se pelea con la propia cola, se pregunta, se ruega, se aúlla, se muerde y se logra... y se logra lo que se lograría también sin ningún esfuerzo: amabilidad, contactos amistosos, honrosos olisqueos, estrechos abrazos, tu aullido y el mío unidos en uno solo, todo converge hacia allí, una dicha, un olvidar y un encontrar, pero lo único que deseaba alcanzar: la confesión del propio saber, eso se niega. A este ruego, silencioso o en alta voz, contestan en el mejor de los casos, cuando la insistencia se ha llevado al extremo, con aires obtusos, miradas oblicuas, ojos velados, turbios. Más o menos lo mismo que lo que sucedió cuando de niño clamé a los perros músicos y no me contestaron.

Se podría decir: "Te quejas de tus semejantes, de su silencio sobre las cosas decisivas; sostienes que saben más de lo que admiten saber más de lo que hacen valer en la vida; y esta reserva, cuyo motivo y secreto naturalmente también callan, te envenena la existencia, te la torna imposible, te impulsa a cambiarla o a abandonarla; pero si como es cierto

eres también un perro, con saber de perro, entonces manifiéstalo no solamente en forma de pregunta, sino como respuesta. Porque, si lo expresaras, ¿quién se te resistiría? El gran coro de la perrada se levantaría como si hubiese esperado tu señal. Entonces tendrías tanta verdad y claridad y tantas confesiones como pudieras desear. El techo de esta vida ruin, que tanto criticas, se abriría, y todos, perro junto a perro, ascenderíamos hacia una libertad superior. Y aunque esto último no sucediera, si fuera peor que hasta ahora, si la verdad total fuese menos soportable que la parcial, si llegara a confirmarse que los silenciosos están en su derecho como protectores de la vida, y si la ligera esperanza que ahora todavía poseemos se trocara en desesperación total, el ensayo merece igualmente la pena puesto que no quieres vivir como te dejan vivir. Entonces: ¿por qué reprochas a los otros su mutismo cuando tú también callas?" Fácil respuesta: soy un perro. En lo esencial tan hermético como ellos, resistiéndome también a las mismas preguntas, rígido de miedo. ¿Pregunto acaso –al menos desde que soy adulto– para que se me conteste? No alimento tan absurdas esperanzas. Veo los fundamentos de nuestra vida, presiento su hondura, veo a los obreros en la construcción, en su obra oscura, ¿he de esperar que gracias a mis preguntas todo se acabe, sea destruido, abandonado? No; ya no espero eso, desde luego. Los comprendo, soy sangre de su sangre, de su pobre sangre, siempre renovadamente joven y siempre renovadamente ansiosa. Pero no sólo tenemos en común la sangre, sino también el saber, y no tan sólo el saber, sino también las llaves para lograrlo. No lo poseo sin intervención de los demás, no puedo tenerlo
sin ayuda. Los huesos duros, los de más noble tuétano, sólo son accesibles a las dentelladas conjuntas de todos los perros. Esta es desde luego sólo una analogía muy exagerada; si todos los dientes estuvieran preparados ya no necesitarían morder, el hueso se abriría y su tuétano estaría al alcance del cachorro más débil. Si me mantengo dentro de este símil debo decir que mis preguntas, mis investigaciones, tienden a algo mayor. Quiero lograr esta asamblea de todos los perros, quiero hacer que por la amenaza de todos los dientes se abra el hueso; quiero luego despedirlos para que vivan su vida, que les es cara, y quiero después, solo, absolutamente solo, chupar el tuétano. Esto suena a monstruosidad, casi es como si no quisiera vivir del tuétano de un hueso, sino del tuétano de la perrada misma. Pero es sólo un ejemplo. El tuétano de que se habla aquí no es alimento, es lo contrario: es veneno.
Me azuzo con preguntas sólo a mí mismo; quiero encender, en el silencio que me rodea, la única réplica. ¿Durante cuánto tiempo lo soportarás? Esta es la pregunta vital, más allá de todas las demás. Me la dirijo a mí mismo; no molesta a los demás. Lamentablemente, es fácil de

contestar: soportaré hasta que me llegue el final; a las preguntas inquietas se opone cada vez más la calma de la vejez. Estoy seguro que moriré en silencio, rodeado de silencio, casi en paz, pero estoy prevenido. Como para escarnio se nos ha dotado de un corazón admirable y de pulmones que no se desgastan prematuramente; resistimos a todas las preguntas, hasta las propias: somos verdaderos baluartes del silencio.

En los últimos tiempos reflexiono con mayor frecuencia sobre mi vida, busco el error decisivo que fue culpable de todo, pero no lo encuentro. Y sin embargo, debo de haberlo cometido, pues, si a pesar de no existir, el trabajo probo de toda mi vida no me hubiese permitido alcanzar la meta, ello demostraría que lo que me proponía era imposible, y habría que caer en la absoluta falta de fe, en la desesperanza. ¡La obra de una vida! Primero las investigaciones relativas a la pregunta: ¿De dónde toma la tierra nuestro alimento? Perro joven, ávido de vida, renuncié a todos los goces, evité toda diversión, sepulté la cabeza entre las patas ante las tentaciones y me puse a trabajar. No era un trabajo científico, ni por preparación ni por método, ni por finalidad perseguida. Tal vez haya habido en esto un error, pero no pudo ser decisivo. Aprendí poco; era muy joven cuando me vi separado de mi madre; me acostumbré muy pronto a la independencia; y la vida libre y la independencia precoz son poco propicias al aprendizaje sistemático. Pero he visto y oído mucho, y hablé con perros de las más diversas especies y oficios, y no asimilé mal ni relacioné mal las observaciones, lo que reemplazó un tanto el aprendizaje sistemático; además, aunque la independencia es un inconveniente para el estudio ordenado, se torna una ventaja para la investigación personal. Era tanto más necesaria en mi caso, cuanto que no podía seguir los métodos propios de la ciencia, es decir, utilizar los trabajos de los precursores y relacionarme con los investigadores de mi época. Entregado a mi propio esfuerzo, comencé desde el principio con el convencimiento, muy agradable para la juventud, pero abrumador para la vejez, de que el punto final que habría de colocar sería también el definitivo. ¿Pero estuve en realidad tan aislado en mis investigaciones? Sí y no. No es imposible que haya habido siempre, también hoy, algunos perros aislados en mi propia situación. Lo que no es tan grave; no me desvío ni el grosor de un pelo de la costumbre colectiva. Todos los perros sienten como yo el impulso de preguntar y yo, como ellos, el de callar. En cada uno existe el impulso de la pregunta. Si no fuera así. las mías no habrían provocado la menor conmoción, conmociones-que me llenaban de dicha, dicha exagerada, además. Y en cuanto a mi tendencia a callar, lamentablemente no necesita demostración especial. Luego, en el fondo, no soy distinto de los demás; a pesar de todas las

discrepancias ellos me reconocerán y yo procederé como ellos. Tan sólo la dosificación de los componentes es distinta, diferencia que personalmente puede ser muy importante, pero que desde el punto de vista colectivo es mínima. ¿Y será posible que nunca, en el pasado y en el presente, la dosificación haya sido parecida a la mía, y si esta mezcla se llama desgraciada, que no haya habido otra más desgraciada aún? La experiencia parece indicar lo contrario. Los perros desempeñamos los oficios más extraordinarios, que nadie lo creería posible si no tuviésemos acerca de ellos noticias fidedignas. Cuando oí hablar de ellos por primera vez, no
quise creer lo que se me decía. ¿Cómo? ¿Que había un perro de raza muy pequeña, no más grande que mi cabeza, ni aun en la edad adulta, y que a pesar de su débil constitución y de su apariencia artificiosa, poco madura, relamida, y a pesar de ser incapaz de dar un salto decente, pudiera como se decía, desplazarse en el aire sin ningún trabajo aparente, descansando? Pretender convencerme de tales-cosas me parecía un abuso a mi ingenuidad de cachorro. Pero poco después, en otro lugar, me volvieron a hablar de los perros voladores. ¿Se habían confabulado para burlarse de mí? Sin embargo, cuando vi a los perros músicos, ya todo me pareció posible; ningún prejuicio se oponía a mi capacidad de asimilación, he seguido el rastro de los rumores más descabellados, y lo más disparatado en esta vida insensata llegó a parecerme más verosímil que lo razonable, y más provechoso en mis investigaciones. Así sucedió también con los perros voladores. Averigüé mucho de ellos; y aunque hasta hoy no he conseguido verlos, estoy firmemente convencido de su existencia: en mi imagen del mundo ocupan un lugar importante. Como en la mayoría de los casos, tampoco en éste me desconcierta su arte. Es realmente admirable, ¡quién podría negarlo!, que puedan suspenderse en el aire, y me adhiero a la admiración de la perrada. Pero mucho más admirable es, a mi modo de ver, la insensatez, la callada insensatez de sus existencias. Flotan en el aire y basta, la vida sigue su curso, aquí y allá se habla de arte y de artistas, eso es todo. ¿Pero por qué, pregunto a la perrada, por qué flotan los perros? ¿Qué sentido tiene su oficio? ¿Por qué es imposible obtener de ellos una palabra explicativa? ¿Por qué flotan allá arriba, dejando que se les atrofien las patas, el orgullo del perro, y por qué, lejos de la tierra que alimenta, cosechan sin sembrar y, según referencias, se hacen mantener opíparamente a costa de la perrada? Debo felicitarme por haber provocado con mis preguntas cierta agitación en lo que a esto se refiere. Se comienza a fundar, a improvisar una especie de fundamento y por cierto-que no se irá más allá del comienzo. Pero ya es algo. Si bien no se alcanza la verdad –nunca se llegará a ella– por lo menos se descubre

parte de la confusión y de la mentira. Porque hasta lo más descabellado de nuestra vida, y especialmente esto, puede tener fundamento. No de modo completo –es una gracia del diablo– pero de todas maneras en grado suficiente como para preservarse de preguntas molestas. Y volviendo al ejemplo de los perros voladores, no son arrogantes, como se podría suponer de entrada; dependen mucho de sus semejantes, lo que es fácil de comprender si uno trata de colocarse en su caso. Están obligados, ya que no pueden hacerlo abiertamente –lo que implicaría infringir el deber de callar–, a conseguir que se les perdone de alguna manera, su género de vida o, al menos, a desviar la atención, a lograr su olvido, y tratan de conseguirlo, según se me informa, mediante un parloteo casi insoportable. Siempre tienen algo que contar, sea de sus meditaciones filosóficas, en las que pueden ocupar su tiempo puesto que han renunciado a todo esfuerzo corporal, sea acerca de lo que ven desde su altura. Y aunque no se caracterizan por su talento, lo que, habida cuenta de su vida ociosa, es perfectamente comprensible, y aunque su filosofía sea tan inútil como sus observaciones e igualmente inútiles para la ciencia, que no puede supeditarse a fuentes tan despreciables, si a pesar de ello uno pregunta qué es lo que quieren en definitiva los perros voladores, se nos dirá una y otra vez que contribuyen poderosamente a la ciencia. "Ciertamente –observa uno entonces–, pero son contribuciones completamente carentes de valor y molestas." Las réplicas siguientes consistirán en encogimiento de hombros, rodeos, disgustos o risas, y luego de un rato, si uno vuelve a preguntar, de nuevo se entra de que son útiles a la ciencia y por fin, cuando a su vez le preguntan a uno, a poco que se distraiga, contesta lo mismo. Y tal vez sea mejor no ser demasiado terco y resignarse, no digo a justificar el derecho a la vida de los perros voladores, pero sí por lo menos a tolerarlos. Más no debiera pedirse; sería excesivo y sin embargo se pide. Cada vez son más los perros voladores que se encaraman en el espacio, y para todos se pide tolerancia. No se sabe con seguridad de dónde provienen. ¿Se reproducen? ¿Les quedan fuerzas para ello? Puesto que no son más que una hermosa piel, ¿qué había de reproducirse? Y aunque lo inverosímil fuera posible, ¿cuánto tiene lugar el acto de la reproducción? Siempre se los ve solitarios allá arriba, pagados de sí mismos, y si alguna vez se rebajan a caminar, sucede sólo durante instales, dan unos pocos pasos temerosos, rigurosamente a solas,
abismados en supuestos pensamientos, de los que no pueden libertarse ni aun a costa de mayores esfuerzos; por lo menos así se afirma. Pero si no se reproducen, hay que suponer que hay perros que renuncian voluntariamente a la vida en el llano, que se convierten en perros voladores, y que al precio de la comodidad y de cierta habilidad, eligen esa

estéril existencia de almohadón. Esto no es admisible; ni la hipótesis de la reproducción ni la de la libre elección son admisibles. Y sin embargo, la realidad demuestra que siempre hay nuevos perros voladores, por tanto hay que deducir que, aunque los inconvenientes parezcan insuperables a la luz de nuestro entendimiento, dada una especie de perros, por más extraña que sea, no se extinguirá tan fácilmente, ya que siempre habrá en ella algo que resistirá con éxito.
Si esto es válido para una especie tan insensata, extraña y hasta no viable como la de los perros voladores, ¿no habría de serlo también para la mía? Sobre todo, teniendo en cuenta que mi aspecto no es tan singular, que soy perro de clase media, muy abundante en esta región, que no me destaco en nada, que no soy especialmente despreciable y que en mi juventud y aun en mi edad adulta, antes de abandonarme, fui bastante bien parecido. Se me elogiaba el pecho, las patas esbeltas, el porte de la cabeza, pero también mi pelaje grisáceo-amarillento, de puntas rizadas, tenía gran aceptación; todo esto no es extraño, extraña es solamente mi manera de ser y aun ésta –lo que no debo olvidar nunca– está arraigada en lo profundo en la naturaleza de la perrada. Si el perro volador mismo no permanece absolutamente solo, si siempre aparece alguno nuevo en el gran mundo de la perrada, si siempre se procuran descendencia, entonces puedo aún confiar en que tampoco yo estoy definitivamente perdido. Como es natural mis congéneres han de tener un destino especial, pero el simple hecho de existir no me beneficia de forma visible: no los reconocería. Somos los oprimidos del silencio, queremos destruirlo, padecemos hambre de aire, mientras que a los demás parece agradarles; "parece" solamente, como lo prueba el caso de los perros músicos, en apariencia entregados tranquilamente a su arte, pero en realidad muy excitados. De todos modos esta apariencia tiene gran poder, uno trata de comprenderla, pero ella burla todo intento. ¿Cómo se las arreglan mis congéneres? ¿Cómo son sus intentos de vivir? Ha de existir en esto mucha diversidad! Yo ensayé con preguntas en mi juventud. Luego, tal vez, podría adherirme a los que preguntan mucho, ellos serían mis congéneres. En realidad, lo intenté durante un tiempo violentándome, porque ante todo me interesan los que debieran responder; los que interrumpen con preguntas que casi nunca puedo contestar me son desagradables, y después: ¿a quién no le gusta preguntar mientras es joven? ¿Cómo habría de seleccionar entre las múltiples preguntas las verdaderas? Todas las preguntas suenan igual, lo importante es la intención y ésta generalmente está oculta, aun para el que las formula. Además, preguntar es propio de la perrada, todo el mundo hace preguntas, éstas se entrecruzan; hasta parece que hubiera el propósito de borrar el rastro de las preguntas verdade-

ras. No; mis iguales no se hallan entre los preguntones jóvenes y tampoco entre los taciturnos, los viejos, a los que ahora pertenezco. Por lo demás, ¿qué se logra con preguntas?; yo he fracasado con ellas; tal vez mis compañeros sean más inteligentes que yo y empleen medios más efectivos para soportar la existencia, medios que –así me parece– tal vez los ayuden en su angustia, los calmen, los adormezcan, modifiquen su índole, pero que en el fondo sean tan impotentes como los míos, puesto que por más que mire en derredor no veo resultados. ¿Y dónde están estos congéneres? Sí, esta es la tortura, ésta. ¿Dónde están? En todos lados y en ninguno. Tal vez lo sea mi vecino, que está solo a tres saltos de mí; intercambiamos algún grito, él cruza para verme, pero yo no a él. ¿Es mi congénere? Es posible, pero nada hay más improbable. Cuando está lejos puedo, por ejemplo, con gran esfuerzo de imaginación, ver en él muchos rasgos que me son propios, pero cuando está presente mis apreciaciones caen en el ridículo.
Un perro viejo, aún más pequeño que yo a pesar de mi talla escasamente mediana, castaño, de pelo corto, cabeza cansada, abatida, de paso deslizante, que además arrástrala pata izquierda posterior a consecuencia de una enfermedad. Hace mucho que no me doy con nadie como no sea con él; estoy contento de soportarlo mal que bien, y al irse le grito las cosas más amables, ciertamente, no por afecto, sino irritado conmigo mismo, pues cuando lo sigo encuentro en extremo repelente su andar reptante, su pie arrastrado y el cuarto trasero demasiado bajo. A veces, cuando mentalmente lo considero compañero mío, es como si quisiera ridiculizarme a mí mismo. Por otra parte, al hablar no demuestra nada que pueda parecerse al compañerismo; es inteligente, sí, y, para nuestro medio, bastante culto; se podría aprender mucho de él. Pero ¿busco la inteligencia y la instrucción? Generalmente hablamos de cuestiones comunales y yo, más perspicaz en este aspecto a causa de mi aislamiento, suelo asombrarme de la riqueza de espíritu que necesita un perro común, aun en circunstancias no excesivamente desfavorables, par ir por la vida y protegerse de los peligros corrientes. Es la ciencia de las reglas, pero no resulta fácil comprenderla ni aun en sus planteamientos más elementales, y sólo una vez comprendida viene la verdadera dificultad: aplicarla a las circunstancias ordinarias. En esto casi nadie puede ayudar; cada hora y cada lugar de la tierra crea nuevos problemas. Nadie puede afirmar que está instalado en algún punto de manera definitiva y que su vida transcurrirá como por sí sola; ni siquiera yo, con mis necesidades decrecientes cada día que pasa. Y todo este esfuerzo infinito, ¿para qué? Sólo para sepultarse cada vez más en el mutismo, para no poder ser sacado de él ya nunca y por nadie.
Se suele elogiar el progreso de la perrada a través de los tiempos, con

lo que, entiendo, se quiere elogiar el progreso de la ciencia. Ciertamente, la ciencia progresa en forma incontenible, hasta aceleradamente, cada vez con mayor velocidad, pero ¿qué hay de glorioso en ello? Es como si se quisiera elogiar a alguien porque a medida que transcurren los años envejece acercándose por tanto a la muerte con velocidad creciente. Es un proceso natural y hasta desagradable, en el que no encuentro nada que celebrar. Veo sólo desintegración, con lo cual no quiero dar a entender que las generaciones fueron mejores; sólo fueron más jóvenes, esa era su gran ventaja, su memoria no estaba tan abarrotada como la de hoy, era más fácil lograr que hablaran, y aunque nadie lo haya conseguido, las posibilidades eran mayores; precisamente, esta mayor posibilidad es lo que nos enardece al escuchar aquellas viejas historias, bastante ingenuas por lo demás. De vez en cuando
una palabra parece revelar un indicio, nos hace saltar, no sentimos el peso de los siglos. Así es; por más que critique mi tiempo, las antiguas generaciones no fueron mejores que las más recientes y hasta en cierto sentido fueron peores y más débiles. Tampoco entonces los milagros andaban por las calles para que cualquiera pudiese echarles el lazo, pero los perros no eran aún, no puedo expresarlo en otra forma, tan perrunos como hoy; la estructura de la perrada era más burda, la exacta palabra todavía habría podido actuar, decidirla obra, alterarla, cambiarla voluntariamente en forma diametral, y aquella palabra existía, o por lo menos se la sentía próxima, flotaba sobre la punta de la lengua y cualquiera hubiese podido averiguarla. ¿Adonde ha ido a parar hoy? Introduciendo las manos en las entrañas, no se la encontraría. Quizá nuestra generación esté perdida, pero es más inocente que aquéllas. Comprendo las vacilaciones de la mía. Ya ni siquiera se trata de vacilar, es apenas olvidar el sueño que hace mil noches se ha soñado, para mil veces olvidarlo. ¿Quién nos echará en cara precisamente este milésimo olvido? Y hasta creo comprender las vacilaciones de los antepasados; probablemente nosotros no hubiésemos actuado distinto; casi quisiera decir: dichosos de nosotros por no tener que cargar con la culpa; por poder correr hacia la muerte envueltos en un silencio casi inocente, en un mundo ya oscurecido por otros. Quizá cuando se extraviaron ni se dieron cuenta de que" se trataba de un extravío definitivo; seguían viendo la encrucijada, les era fácil regresar, y si se retrasaban era sólo porque querían gozar durante un tiempo de la vida perruna, que en realidad no era en verdad una vida perruna, pero con todo embriagadoramente agradable, por lo que siempre convenía demorarse un poco, aunque ya fuera unos instantes y seguir errando. No sabían lo que nosotros, analizando el decurso de la historia, podemos deducir: el alma evoluciona más de prisa que la vida perruna, ya debían de tener el alma

perrunizada desde antiguo, y no se hallaban tan cerca del punto de partida como les parecía o quería hacerles creer su vista, ya regodeada en pleno libertinaje perruno. ¿Quién puede hablar hoy todavía de juventud? Fueron en realidad perros jóvenes, pero por desgracia su único orgullo se cifraba en llegar a ser perros viejos, de modo que, es cierto, no podían fracasar, como lo demostraron todas las generaciones siguientes y la nuestra mejor que ninguna.
No, no hablo con mi vecino de estas cosas, pero a menudo debo pensar en ellas cuando estoy sentado frente a él, típico perro viejo, o cuando hundo el hocico en su pelaje y percibo el hedor característico que tienen las pieles desolladas. Carecería de sentido hablar de estas cosas con él o con los demás. Sé cómo transcurriría la conversación. Haría algunos reparos aquí y allá, finalmente aprobaría –la aprobación es la mejor arma– y el asunto quedaría enterrado. ¿Para qué entonces molestarse en desenterrarlo? Y sin embargo, tal vez haya con mi vecino alguna concordancia más allá de las simples palabras. No puedo dejar de sostener esto aunque carezca de pruebas y pueda ser víctima de engaño, precisamente por ser desde hace mucho el único a quien trato y porque debo aferrarme a él. "¿Serás mi correligionario a tu manera? ¿Te avergüenzas de tu fracaso? También yo fracasé. A veces lloro a solas por ello; ven, entre dos es menos amargo." Así pienso a veces y lo miro fijamente. El no baja la mirada, pero nada deja traslucir, mira obtusamente, asombrado de que haya dejado de hablar. Pero tal vez sea esa su manera de preguntar y yo lo decepcione tanto como él a mí. En mi juventud, si otras preguntas no me hubiesen parecido más importantes, y si no me hubiese bastado con mucho a mí mismo, tal vez le habría preguntado de viva voz, obteniendo un descolorido asentimiento, es decir, menos de lo que obtengo hoy con mi silencio. Pero ¿no callan todos por igual? Nada me impide creer que todos son camaradas, no solamente que he tenido un ocasional camarada investigador, Hundido y olvidado con sus insignificantes éxitos, al que no puedo llegar por impedírmelo la bruma de los tiempos pasados y la conglomeración del presente, sino que desde siempre he tenido y tengo compañeros en todos, todos afanosos a su manera, a su manera infructuosos, callados o astutamente charlatanes, como consecuencia de la investigación desesperanzada. Pero entonces no hubiera sido necesario que me aislara; hubiera podido quedarme tranquilamente entre los demás, no habría tenido que abrirme paso como un cachorro rebelde en las filas de los mayores, que en resumidas cuentas quieren lo mismo que yo, abrirse paso, y que sólo me engañan por su mayor juicio, que les advierte que nadie puede llegar más allá y que todo empuje carece de sentido.
Tales ideas son ciertamente el resultado de las conversaciones con mi

vecino; me confunde y me entristece; con todo, es bastante alegre, al menos lo he oído gritar y cantar en su casa, hasta molestarme. Convendría renunciar también a esta última relación, no seguir vagas ensoñaciones como las que provoca todo trato perruno por más endurecido que uno se crea, y dedicar el poco tiempo que me resta en forma exclusiva a mis investigaciones. La próxima vez que venga me arrinconaré y me fingiré dormido y repetiré esto todas las veces que sea necesario hasta que deje de venir.
También ha entrado el desorden en mis investigaciones; desisto, me canso, un trote mecánico, donde antes habría carrera entusiasta. Recuerdo los tiempos en que comencé a investigar la pregunta: "¿De dónde toma la tierra nuestro alimento? Por cierto que vivía entonces en el seno pueblo pugnaba por meterme donde todo se hacía mas denso, a todos quería convertir en testigos de mi trabajo, y este testimonio me importaba más que el trabajo mismo; como todavía esperaba algún efecto general recibía gran estímulo, que ahora, solitario como soy, se ha desvanecido. Por entonces era tan fuerte que hice algo inaudito, algo en contradicción con todos nuestros principios y que todo testigo presencial recuerda como siniestro. Encontré en la ciencia, que tiende por lo general a la ilimitada especialización, una curiosa simplificación. Ella enseña fundamentalmente que la tierra produce alimento e indica, luego de haber sentado este principio, los métodos por los cuales pueden obtenerse, y en abundancia, las diversas comidas. Es exacto, en efecto, que la tierra produce alimentos, ello no admite dudas, pero el proceso no es tan simple como se presenta, al extremo de excluir toda investigación ulterior. Basta tomar los más elementales sucesos que se repiten a diario. Si nos quedáramos completamente inactivos, como yo ahora, y después de un ligero cultivo de la tierra nos acurrucáramos a esperar el resultado, y en el supuesto de que realmente se produjera algo, encontraríamos sin duda el alimento en la tierra. Pero este caso no constituye la regla. Los que conserven cierta ecuanimidad frente a la ciencia –y por cierto son pocos, puesto que los círculos que ella traza son cada vez más amplios– comprobarán con facilidad, aunque no hagan observaciones muy detenidas, que el alimento principal que encontramos sobre la tierra proviene de lo alto; hasta cogemos parte de él de acuerdo a nuestra habilidad y avidez, antes de que entre en contacto con la tierra. Con esto todavía, no afirmo nada contra la ciencia, porque también la tierra produce este alimento en forma natural. Que uno lo saque de su seno y el otro de las alturas, quizá no constituya una diferencia esencial; la ciencia, que ha establecido que en ambos casos es necesario trabajar el suelo, tal vez no deba ocuparse de tales distingos por aquello de: "Panza llena, corazón contento". Sólo que me

parece que la ciencia se ocupa de estas cosas en forma velada y fragmentaria, ya que conoce los métodos para la obtención de alimentos: el cultivo del suelo propiamente dicho y las labores accesorias o de refinamiento en forma de aforismo, danza y canto. Encuentro en ello una clasificación que, si bien no perfecta, bastante clara. El cultivo del suelo sirve a mi juicio para la obtención de ambas clases de alimentos y es siempre imprescindible; aforismo, danza, y canto no se refieren tanto al alimento terrestre en sentido estricto, sino que sirven más bien para atraerlo desde lo alto. En esta hipótesis me apoya la tradición. Aquí el pueblo parece rectificar a la ciencia sin saberlo y sin que la ciencia intente defenderse. Si, como quiere la ciencia, aquellas ceremonias sólo habían de servir al suelo, acaso para darle fuerzas para atraer el alimento desde lo alto, entonces, deberían lógicamente cumplirse en su totalidad junto al suelo; todo habría que susurrarlo, bailarlo, y cantarlo al oído de la tierra misma. Y a mi entender la ciencia no pretende otra cosa. Y ahora viene lo notable: el pueblo se dirige a las alturas con todas sus ceremonias. Esto no atenta contra la ciencia: ella no prohíbe ; deja al campesino en libertad, considera en sus enseñanzas tan sólo el suelo y si el campesino las asimila, queda satisfecha; pero su razonamiento debiera a mi juicio exigir más. Y yo, que nunca he profundizado en la ciencia, no puedo imaginarme cómo los científicos permiten que nuestro pueblo, apasionado como es, ladre las frases mágicas hacia lo alto, entonces nuestros antiguos lamentos al aire y ejecute cabriolas danzadas, como si, olvidándose del suelo, quisiera elevarse para siempre. Traté de subrayar estas contradicciones; cuando, de acuerdo con las enseñanzas de la ciencia, se aproximaba la época de la cosecha, me dedicaba por completo al suelo, lo apañaba durante la danza y giraba la cabeza para aproximarme a la tierra lo más posible. Más tarde hice un hoyo e introduje la boca, cantando y declamando de ese modo, para que sólo lo oyera el suelo y nadie más que él.
Los resultados fueron limitados. A veces, no obtenía el alimento y ya estaba a punto de alegrarme por mi descubrimiento, cuando aparecía de pronto como si, superada la confusión creada por mi extraña representación, se reconocieran sus ventajas y se renunciara con gusto a gritos y saltos. A menudo la comida llegaba en mayor abundancia que antes; luego faltaba por completo. Con un tesón hasta entonces desconocido en perros jóvenes, hice una extraña reseña de todos mis ensayos; creía ya encontrar una pista que pudiera llevarme más lejos, pero en seguida volvía a perderla. Innegablemente, aquí me perjudicó mi insuficiente capacidad científica. ¿Qué seguridad había por ejemplo de que la falta de comida no era atribuible a mi experimento, sino a la preparación anticientífica del suelo? Si era así, todas mis conclusiones carecían

de valor. Bajo determinadas condiciones, habría hecho un experimento completamente satisfactorio si hubiese obtenido el alimento sin trabajar a la tierra en absoluto, sólo con ceremonias dirigidas a lo alto; o también si, con ceremonias terrenas en forma exclusiva, hubiese podido comprobar la ausencia del mismo. Lo intenté, sin mayores esperanzas y no bajo condiciones experimentales rigurosas, porque, de acuerdo con mi creencia inamovible, un mínimo de cultivo es siempre indispensable y aunque los herejes que no lo creen tuvieran razón, no podrían demostrarlo, porque la aspersión del suelo se produce necesariamente y es, dentro de ciertos límites, a inestable. Otro experimento, aunque un tanto colateral, tuvo más éxito y causó cierto revuelo. Paralelamente a la práctica usual de coger los alimentos que venían del aire, resolví dejarlos caer, sin cogerlos. Con tal objeto cada vez ; que caía el alimento ejecutaba un pequeño salto calculando de tal forma que resultara insuficiente; en la mayoría de los casos el alimento caía con sorda indiferencia y yo me arrojaba sobre él, no sólo por hambre, sino también con la ira de la decepción. Pero en casos aislados se produjo algo diferente, realmente maravilloso; el alimento no caía, sino que me perseguía en el aire; la comida perseguía al hambriento. No sucedía durante mucho tiempo, sólo un pequeño trecho, y después caía o desaparecía por completo o –más frecuentemente– en mi avidez la devoraba, terminando en forma prematura el experimento. De todos modos, me sentí feliz, me envolvía un rumor de inquietud y de atención, encontré a los conocidos más accesibles a mis preguntas, en sus ojos brillaba un resplandor de ayuda, y aunque sólo fuese el reflejo de mis propias miradas, no exigía más, me conformaba. Hasta que me enteré –y los otros se enteraron conmigo– que este experimento no era nuevo, que había sido descrito científicamente, y hasta de forma más completa; sin embargo, hacía mucho que no se llevaba a cabo por el autodominio que exige y porque su supuesta carencia de importancia científica hacía innecesaria su repetición. Demostraría tan sólo lo que ya se sabía, o sea que el suelo no siempre atraía el alimento verticalmente, sino también en forma oblicua y hasta en espiral. Con todo, no me amilané; para eso era demasiado joven; por el contrario, me sentí estimulado a cumplir lo que fue tal vez la mayor realización de mi vida. No me dejé desorientar por la subestimación científica del experimento, pero en estos casos no ayuda la fe sino tan sólo la comprobación, y yo quería enfrentarme con ésta, destacando al mismo tiempo, a plena luz y en el centro fe a la investigación, esta experiencia en su origen un poco colateral. Quería demostrar que si retrocedía ante el alimento, no era el suelo el que lo atraía en forma oblicua, sino que era yo el que lo instaba a seguirme. No pude llevar a cabo la prueba en forma completa, porque no aguan-

taba durante mucho rato el esfuerzo de tener el alimento ante los ojos, y experimentar al mismo tiempo científicamente. Pero quería también hacer otra cosa, quería ayunar por completo, mientras me fuera posible, evitando el espectáculo del alimento y su tentación. Si me retiraba y permanecía echado con los ojos cerrados de día y de noche, sin preocuparme de la recolección ni de la caída de los alimentos, suprimiendo también toda otra actividad, pero confiando secretamente en que la inevitable e irracional aspersión del suelo y la calmosa repetición de los aforismos y canciones –la danza quería evitarla para no debilitarme– fueran suficientes para hacer descender la comida que, sin hacer caso del suelo, vendría a llamar contra mi dentadura para que le franquease la entrada; si eso sucedía, entonces, por cierto aún no habría rebatido a la ciencia, bastante flexible en el caso de excepciones y de casos particulares, pero ¿qué diría el pueblo que por suerte no tiene la misma flexibilidad? Porque ese no sería un caso de excepción como los de enfermedad física o de melancolía, que refiere la historia, en que el sujeto se niega a preparar los alimentos, a buscarlos, ingerirlos, y que en la perrada se une en fórmulas *de* conjuro, desviando los alimentos de su trayectoria natural y haciéndolos llegar directamente a la boca del enfermo. Yo, en cambio, estaba perfectamente sano y fuerte, y mi apetito era tan magnífico que durante días enteros me impedía pensar en otra cosa que no fuera él; me sometía voluntariamente al ayuno; estaba en condiciones de proveer al descenso de los alimentos y hasta quería hacerlo, pero no necesitaba la ayuda de la perrada y me opuse a ella en forma decidida.

Me busqué un lugar adecuado en un matorral distante, donde no oyera conversaciones de comida, ni chasquear de lengua, ni triturar huesos, y me acosté allí después de haberme atracado por última vez. Quería pasar, a ser posible, todo el tiempo con los ojos cerrados; mientras no quisiera venir la comida sería de noche para mí, aunque pasaran días y semanas. Entretanto no debía, y éste era un grave inconveniente, dormir en absoluto, o por lo menos debía dormir poco, porque no sólo tenía que conjurar los alimentos,, naciéndolos bajar, sino también estar sobre aviso para que la llegada de ellos no me sorprendiese dormido. En otro aspecto, el sueño sería ventajoso, porque no permitiría prolongar el ayuno. Por estas razones resolví subdividir el tiempo en forma cuidadosa y dormir mucho, pero poco por vez. Lo conseguí apoyando la cabeza en débiles ramas que pronto se quebraban, despertándome. Así estaba, dormía o vigilaba soñando o canturreando para mí. Al principio todo transcurrió sin novedad; tal vez en la fuente de los alimentos había pasado inadvertido mi rebelión contra el curso habitual de las cosas, y la verdad es que todo se mantuvo en calma. Me turbaba un tanto

el temor de que los perros, al echarme de menos, me buscaran e intentaran algo contra mí. Un segundo temor era que el suelo –a pesar de que según la ciencia se trataba de tierra estéril– produjera por simple aspersión el llamado alimento casual y que su olor me tentara. Por de pronto no sucedía nada semejante y podía seguir ayunando. Fuera de estos temores, me hallaba tranquilo, tranquilo como nunca. Aunque trabajaba contra la ciencia, experimentaba el bienestar y la casi proverbial tranquilidad de los científicos. En mis ensoñaciones conseguía el perdón de la ciencia; también había en ella lugar para mis investigaciones; me consolaba saber que, por grande que fuera el éxito de mis trabajos, y precisamente por eso, yo no estaría perdido para la perrada; la posición de la ciencia era ahora amistosa; ella misma se encargaría de la interpretación de mis resultados y esta promesa ya era casi tanto como el éxito; mientras antes me sentía en el fuero íntimo como un réprobo que embestía enloquecido los muros de su pueblo, ahora sería recibido con grandes honores, la ansiada tibieza de multitudes de cuerpos perrunos me envolvería en su corriente, me levantaría, me haría oscilar sobre los hombros de mi raza. ¡Notable efecto del hambre inicial! Mi empresa me parecía del tal magnitud que allí mismo, en el matorral, comencé a llorar emocionado y compadecido de mí mismo, lo cual, por otra parte, no era muy lógico, pues si esperaba el merecido premio, ¿por qué lloraba? Acaso sólo por bienestar. Siempre que me he sentido bien, harto pocas veces, he llorado. Pero esto duró poco. Las hermosas visiones desaparecieron al agravarse el hambre; no pasó mucho tiempo y luego de la apresurada dispersión de todas las fantasías y emociones, me sentí en completa soledad con el hambre que quemaba mis entrañas. "Esto es el hambre", me dije infinidad de veces, como queriendo hacerme creer que el hambre y yo éramos todavía dos cosas diferentes y como si uno se la pudiese quitar de encima como a un pretendiente molesto; pero en realidad éramos
una unidad extremadamente dolorosa, y si yo me declaraba "Esto es el hambre", en realidad hablaba el hambre, burlándose de mí. ¡Horribles momentos! Me da escalofríos no solamente por el sufrimiento que pasé entonces, sino también porque sé que aquel no fue el final, porque todo este sufrimiento habré de sufrirlo de nuevo si realmente quiero llegar a algo, porque aún hoy opino que el hambre es el principal instrumento de mis investigaciones. La ruta marcha a través del hambre; lo más elevado se conquista sólo con el más elevado sacrificio, y el mayor sacrificio es entre nosotros el hambre voluntaria. Si reflexiono pues acerca de aquellos tiempos –y me es esencial meditar en él–, si se debiera dejar transcurrir una vida entera para reponerse de semejante intento; todos los años de mi edad adulta me separan de aquel ayuno, pero aún

no estoy repuesto. Tal vez cuando inicie el próximo esté más decidido debido a mi mayor experiencia y mejor comprensión de la necesidad-del ensayo, pero mis fuerzas serán menores, como resultado de lo que pasé, y la sola idea de lo que habré de pasar ya me debilita. Mi apetito disminuido no me ayudará, sólo restará mérito al intento y probablemente me obligará a ayunar durante un plazo más largo. He aclarado perfectamente estas ideas; todo este largo período no transcurrió sin ensayos previos, muchas veces he hincado literalmente el diente en el ayuno, pero sin sentirme todavía preparado para la prueba. El entusiasmo juvenil no existe ya; desapareció entonces en medio del hambre. Muchos, pensamientos me torturaron. Amenazadoramente aparecieron nuestros antepasados. Aunque no lo pueda decir en forma pública los considero culpables; ellos provocan esta vida perruna y bien podía contestar a sus amenazas con otras amenazas. Pero me inclino ante su saber; proviene de fuentes que nosotros ya no conocemos; por lo tanto, a pesar de todo mi impulso de luchar contra ellos, me abstendré siempre de violar en forma abierta sus leyes, en verdad pasaré por las rendijas para cuya localización tengo un olfato especial. Acerca del hambre, invoco el famoso diálogo, en el curso del cual uno de nuestros sabios expresó la intención de prohibir el ayuno, a lo que otro se opuso con esta pregunta: "¿Y quién querrá ayunar?" El primero se dejó convencer y la prohibición no prosperó. Con todo vuelve a nacer la pregunta: "¿Está el ayuno realmente prohibido?" La enorme mayoría de. los comentaristas contestan en forma negativa, considera que hay libertad de ayunar, está con el segundo sabio y no teme que los comentarios erróneos produzcan consecuencias graves. Me había cerciorado bien de esto antes de comenzar mi propio ayuno. Pero mientras me doblaba por efecto del hambre y en mi confusión mental buscaba la salvación en mis extremidades posteriores, lamiéndolas, masticándolas, chupándolas desesperadamente casi hasta el ano, me pareció completamente falsa la interpretación de aquel diálogo, maldije la exégesis, me maldije a mí mismo por haberme dejado engañar; el diálogo, como hasta un niño lo comprendería, contenía algo más que la prohibición de ayunar. El primer sabio querría prohibir el ayuno, lo que un sabio quiere ya ha sucedido, el ayuno estaba pues prohibido; el segundo sabio no sólo se adhirió, sino que también consideró imposible el ayuno, colocó a la primera prohibición una segunda, lo que a verdad era prohibir la naturaleza perruna misma; el primer sabio reconoció esto y retiró su prohibición, es decir, ordenó a los perros, después de la explicación de todo esto, a obrar con prudencia y a prohibirse el ayuno a sí mismos. Tres prohibiciones en lugar de una y yo las había violado todas. Aunque con retraso, hubiese podido obedecer y suspender el, ayuno, pero a pesar de

mi sufrimiento, me tentaba la prosecución y me lancé tras ella, golosamente, como si se tratase de un perro desconocido. No podía terminar, probablemente estaba también demasiado débil para levantarme y buscar la salvación en los poblados. Me revolcaba en el lecho, ya no podía dormir, en todas partes oía el ruido, el mundo hasta ahora dormido parecía haberse despertado por mi ayuno; tenía la sensación de que nunca más podría volver a comer porque entonces silenciaría de nuevo al mundo ahora libre y sonoro, de lo que no me sentía capaz. Por otra parte, el mayor ruido, estaba en mi barriga; a menudo apoyaba el oído en ella; cara bien extraña debo haber puesto; apenas podía dar crédito a lo que oía. Y cuando las cosas llegaron al límite, el mareo pareció adueñarse de mi naturaleza misma; hacía intentos de salvación carentes de sentido; comencé a sentir olores de alimentos, de manjares selectos que hacía mucho que no comía, alegrías de mi niñez; sí, olfateé el olor de los pechos de mi madre; olvidé mi decisión de resistir a los olores, o mejor, no la olvidé; como si ello formara parte de esa decisión, me arrastraba en todas direcciones, sólo un poco, y olisqueaba, como si quisiera el manjar sólo para alcanzarlo. No me causaba decepción no encontrar nada; los alimentos existían, sí, pero siempre se hallaban unos pasos más allá, las patas se me doblaban antes de alcanzarlos. Pero al propio tiempo sabía que no había nada, que me movía sólo por miedo a la postración definitiva en un lugar que, sin embargo, ya no podría abandonar nunca. Las últimas esperanzas y las ultimas tentaciones se esfumaron en forma miserable: terminaría aquí, ¿qué sentido tenían mis investigaciones, pueriles intentos de pueriles épocas felices?; ahora iba en serio, aquí la investigación hubiera podido demostrar su importancia, pero ¿dónde había quedado? Aquí sólo había un perro que boqueaba desvalidamente y que, sin embargo, con espasmódica prisa, sin saberlo, rociaba el suelo de continuo, incapaz de sacar nada de su memoria, no lo más mínimo de toda la sabiduría de las palabras mágicas, ni siquiera el canto con que se refugian los recién nacidos bajo la madre. Era como si no estuviese separado de los hermanos por un corto trecho, sino infinitamente lejos de todo, como si en realidad no me estuviese muriendo de hambre, sino de abandono. Era evidente que nadie se ocupaba de mí, nadie bajo la tierra, ni sobre ella, nadie en las alturas; moría por su indiferencia, su indiferencia me decía: "Se muere, así ha de ser." ¿Y no coincidía yo con ellos? ¿No decía lo mismo? ¿No había deseado este abandono? Ciertamente, perros, pero no para morir aquí, sino para llegar allá, a la verdad, para salir de este mundo de mentiras, donde no se encuentra a nadie de quien obtener la verdad, tampoco de mí, ciudadano innato de la mentira. Tal vez la verdad no estuviese tan lejos, y yo no tan abandonado como creía, al

menos no tanto por los otros como por mí, que estaba al fin de mis fuerzas y moría.

Pero no se muere tan pronto como supone un perro alucinado. Me desvanecí y al recuperar el sentido y levantar los ojos vi a un perro desconocido. Ya no sentía hambre, estaba fuerte, mis coyunturas parecían elásticas, como resortes, aunque no realicé ningún intento de levantarme para comprobarlo. Sí, un perro hermoso pero no fuera de lo común, y sin embargo me pareció ver en él, además, otras cosas. Debajo de mí había sangre; en el primer momento supuse que era alimento, pero en seguida noté que era sangre vomitada. Dejé de mirarla y me volví hacia el perro. Era delgado, de largas patas, castaño, manchado de blanco en algunas partes: tenía una hermosa mirada, fuerte, investigadora.

–¿Qué haces aquí? –preguntó–. Debes marcharte de aquí.

–No puedo irme ahora –dije sin más explicación. ¿Cómo había de explicarle todo? Además, él parecía tener prisa.

–Por favor, vete –dijo, y levantaba nerviosamente una pata, luego la otra.

–Déjame –dije–, vete y no te ocupes de mí, los otros tampoco se ocupan.

–Te lo pido por ti –dijo.

–Pídelo por lo que quieras –dije–; no podría andar aunque quisiera.

–No es eso –dijo sonriendo–; puedes andar. Precisamente porque pareces estar muy débil; te ruego que te alejes con lentitud; si vacilas, más tarde tendrás que correr.

–Déjalo de mi cuenta –dije.

–También es de mi cuenta –dijo él, entristecida por mi terquedad, y aparentemente quería dejarme aquí por ahora, pero sin desaprovechar la ocasión de buscarme amorosamente. En otra época tal vez lo hubiese tolerado, pero ahora no lo comprendía. Sentí espanto.

–¡Fuera! –grité con tanta más fuerza cuanto que no tenía otra defensa.

–Ya te dejo –dijo él retrocediendo con lentitud–. Eres maravilloso. ¿No te gusto?

–Me gustarías si te alejaras y me dejaras en paz.–Pero ya no tenía tanta firmeza como quería hacerle creer. Algo oía o veía en él con mis sentidos aguzados por el ayuno; sólo estaba en los comienzos, crecía, se aproximaba y ya lo sabía: este perro tiene la fuerza para alejarte, aunque todavía no logres imaginar cómo podrías levantarte. El, a mi brusca réplica, sólo había contestado moviendo con suavidad la cabeza; yo lo miraba ahora con creciente avidez.

–¿Quién eres? –pregunté. –Un cazador –dijo él.

–¿Y por qué no me quieres dejar aquí? –pregunté. –Porque me estorbas –dijo–; no puedo cazar si estás

aquí.
–Inténtalo –dije–; tal vez puedas cazar.
–No –dijo–; lo siento, pero debes irte.
–Deja la caza por hoy –rogué.
–No –dijo él–, debo cazar.
–Yo debo irme; tú debes cazar –dije–; simple deber. ¿Comprendes por qué "debemos"?
–No –dijo–; pero no hay nada que comprender, son cosas evidentes, naturales.
–Sin embargo, no –dije–. Te da pena tener que ahuyentarme y sin embargo lo haces. ¡Así es! –repetí disgustado–. No es una contestación. ¿Qué renuncia te sería más fácil: renunciar a la caza o a ahuyentarme?
–Renunciar a la caza –dijo.
–¿Entonces? –dije–. Hay una contradicción.
–¿Qué contradicción? *–dijo–.* ¿No comprendes, querido perrito, no comprendes que debo hacerlo? ¿No comprendes lo evidente?
No contesté ya porque notaba –y una nueva vida circulaba en mí, vida como sólo la da el espanto, por inasibles pormenores, que tal vez nadie fuera de mí hubiera podido advertir–, que desde las profundidades del pecho del perro iba a comenzar a levantarse un canto.
–Cantarás –dije.
–Sí –dijo gravemente–; pronto, pero no todavía.
–Ya comienzas –dije.
–No –dijo–. Todavía no, pero prepárate.
–Lo oigo aunque lo niegues –dije, temblando.
El calló y creí reconocer lo que no había averiguado ningún perro antes –al menos no se encuentra en la tradición el menor indicio de ello– y me apresuré a hundir, presa de miedo y de vergüenza infinitos, el rostro en el charco de sangre. Creí advertir que el perro ya cantaba antes de saberlo, y, más aún, que la melodía, separada de él, flotaba en el espacio sobre él, obedeciendo leyes propias, como si ya no tuviese nada que ver con él; tendía sólo hacia mí; yo, exclusivamente yo, era su destinatario. Hoy, es natural, me parece imposible y lo atribuyo a la sobreexcitación de aquel entonces; pero aunque fuese un error, no carecía de grandeza; fue la única realidad, aunque sólo aparente, que pude salvar de mi ayuno y traer a este mundo, y que por lo menos demuestra hasta dónde podemos llegar con un completo despoja-miento. Y yo estaba realmente fuera de mí. En circunstancias normales hubiese estado gravemente enfermo, inmovilizado; pero no pude resistir a la melodía, que después, gradualmente, el perro comenzó a aceptar como propia. Se hizo cada vez más fuerte; su crecimiento probablemente era limitado; ya casi me hacía saltar los oídos. Pero lo más grave era que

solamente parecía existir por mí; esta voz, ante la cual enmudecía la sublimidad del bosque, existía sólo por mí. ¿Quién era yo que aún osaba permanecer aquí, ante ella, a mis anchas en mi sangre y en mi suciedad? Tambaleándome me levanté y miré hacia abajo, a lo largo de mis patas. "Esto no va a ser posible", me dije todavía, pero ya volaba arrebatado por la melodía, ejecutando saltos soberbios. Nada conté a mis amigos; al momento de mi llegada tal vez lo hubiese contado todo, pero estaba demasiado débil; y más tarde me pareció incomunicable. Algunas insinuaciones que no lograba reprimir se diluían en las conversaciones sin dejar rastro. Físicamente me recuperé en pocas horas; pero aún hoy sufro las consecuencias.

Extendí mis investigaciones a la música de los perros. Tampoco estaba inactiva la ciencia en este sector; la ciencia de la música es probablemente, si no estoy mal informado, más amplia aún que aquélla de la alimentación, y mejor fundada. Ello se explica porque en este campo se puede trabajar con más desapasionamiento que en aquél y porque aquí sólo se trata de simples observaciones y de su sistematización; allí hay, en cambio, ante todo, consecuencias prácticas. A ello hay que agregar que la investigación musical goza de mayor respeto que la de la nutrición; sin embargo, la primera nunca pudo arraigar tan profundamente en el pueblo como la segunda. El éxito de los perros músicos parecía indicarlo, pero yo era entonces demasiado joven. Realmente, no es nada fácil acercarse a esta ciencia; se considera que es difícil, llena de distinción y que se aísla de la multitud. En aquellos perros lo más llamativo era sin duda la música, pero aún más importante me pareció su mutismo; tal vez no encontrara ya algo semejante a su espantosa música; la podía posponer y olvidar, pero su callada esencia perruna me salió al encuentro a partir de entonces en todos los perros. Para comprender la naturaleza perruna, las investigaciones sobre la aumentación me parecieron lo más correcto. Quizá me equivoqué. Una zona de contacto entre ambas ciencias había provocado entonces mis sospechas. Se trata de lo relativo al canto que hace descender los alimentos. De nuevo me perjudica en este punto no haber estudiado nunca seriamente la ciencia de la música, ni remotamente puedo contarme en este aspecto entre los que la ciencia llama con desdén medianamente cultos. Debo tenerlo siempre presente. No soportaría, de esto tengo lamentables pruebas, el más ligero examen a que me sometiera un científico. Esto, naturalmente, tiene sus causas, aparte de las circunstancias de mi vida ya mencionadas, en mi escasa disposición científica, escasa concentración, poca memoria y, sobre todo, en que no me resigno a tener siempre presente el objetivo científico. Todo lo reconozco con franqueza, hasta con cierta alegría. Porque la razón profunda de mi incapacidad científica parece estar en un instinto no

científica parece estar en un instinto no necesariamente malo. Y si quisiera fanfarronear podría decir que precisamente este instinto ha destruido mis aptitudes científicas, porque sería por lo menos muy extraño que yo, que en las cuestiones de la vida cotidiana, que desde luego no son las más sencillas, pongo de manifiesto un entendimiento tolerable y que comprendo, aunque no a la ciencia, a los científicos, como lo demuestran mis resultados; sería muy extraño que de entrada no hubiese sido capaz de levantar una pata hasta el primer escalón de la ciencia.

Fue el insisto el que, en beneficio de la ciencia precisamente, pero de una ciencia diferente de la que se cultiva hoy día, de una ciencia final, última, me hizo estimar la libertad por sobre todo. ¡La libertad! Por cierto que la libertad tal como hoy es posible es un arbusto raquítico. Pero de todos modos libertad, de todos modos, un bien.

EL CASTILLO
(1922)

CAPíTULO I

Cuando K llegó era noche cerrada. El pueblo estaba cubierto por una espesa capa de nieve. Del castillo no se podía ver nada, la niebla y la oscuridad lo rodeaban, ni siquiera el más débil rayo de luz delataba su presencia. K permaneció largo tiempo en el puente de madera que conducía desde la carretera principal al pueblo elevando su mirada hacia un vacío aparente.

Se dedicó a buscar un alojamiento; en la posada aún estaban despiertos, el hostelero no tenía ninguna habitación para alquilar, pero permitió, sorprendido y confuso por el tardío huésped, que K durmiese en la sala sobre un jergón de paja. K se mostró conforme. Algunos campesinos aún estaban sentados delante de sus cervezas pero él no quería conversar con nadie, así que él mismo cogió el jergón del desván y lo situó cerca de la estufa. Hacía calor, los campesinos permanecían en silencio, aún los examinó un rato con los ojos cansados antes de dormirse.

Pero poco después le despertaron. Un hombre joven, vestido como si fuese de la ciudad, con un rostro de actor, ojos estrechos y cejas espesas permanecía a su lado junto al posadero. Los campesinos todavía seguían allí, algunos habían dado la vuelta a sus sillas para ver y escuchar mejor. El joven se disculpó muy amablemente por haber

despertado a K, se presentó como el hijo del alcaide del castillo y después dijo:
–Este pueblo es propiedad del castillo, quien vive aquí o pernocta, vive en cierta manera en el castillo. Nadie puede hacerlo sin autorización del conde. Usted, sin embargo, o no posee esa autorización o al menos no la ha mostrado.
K, que se había incorporado algo, se alisó el pelo, miró desde abajo a la gente que le rodeaba y dijo:
–¿En qué pueblo me he perdido? ¿Acaso hay aquí un castillo?
–Así es –dijo lentamente el joven, mientras aquí y allá se sacudía alguna cabeza sobre K–, el castillo del Conde Westwest.
–¿Y hay que tener una autorización para pernoctar? –preguntó K como si quisiese convencerse de que no había soñado las informaciones aportadas con anterioridad.
–Hay que tener la autorización –fue la respuesta, y K captó un tono de burla cuando el joven preguntó al hostelero y a los huéspedes con el brazo extendido:
–¿O acaso no hay que tener una autorización?
–Entonces tendré que recoger la autorización –dijo K bostezando y se quitó la manta con la intención de levantarse.
–Sí, ¿y quién se la va a dar? –preguntó el joven.
–El señor conde –dijo K–, no me queda otro remedio.
–¿Solicitar ahora, a medianoche, una autorización del conde? –exclamó el joven, retrocediendo un paso.
–¿No es posible? –preguntó K con indiferencia–, entonces ¿por qué me ha despertado?
Pero el joven entró en cólera.
–¡Maneras de vagabundo! –exclamó–. ¡Exijo respeto para la autoridad condal! Precisamente le he despertado para comunicarle que debe abandonar en seguida el condado.
–Basta de comedias –dijo K con un tono llamativamente bajo, volvió a echarse y se cubrió con la manta–. joven, ha llegado demasiado lejos y mañana volveré a ocuparme de su conducta. El posadero y estos señores serán testigos, en el caso de que necesite testigos. Por ahora conténtese con saber que soy el agrimensor solicitado por el conde. Mis ayudantes vendrán mañana en coche con los aparatos. No quise perderme un paseo por la nieve, pero por desgracia me he desviado algunas veces del camino y por eso he llegado tan tarde. Que era muy tarde para presentarme en el castillo es algo que ya sabía yo mismo ates de su lección. Por esta razón me he conformado con este albergue nocturno que usted, dicho con indulgencia, ha tenido la descortesía de perturbar. Con esto he concluido mis explicaciones. Buenas. noches,

señores.
Y K se volvió hacia la estufa.
–¿Agrimensor? –oyó aún que preguntaban dubitativamente a sus espaldas, luego se hizo el silencio. Pero el joven se recobró de la sorpresa y le dijo al posadero en un tono lo suficientemente apagado para interpretarse como una actitud de respeto hacia el sueño de K, pero lo suficientemente elevado como para que le fuese comprensible:
–Me informaré por teléfono.
¡Cómo! ¿Hasta un teléfono había en esa posada de pueblo? Estaban perfectamente establecidos. Ese detalle sorprendió a K, aunque en verdad lo había esperado. Resultó que el teléfono estaba situado casi encima de su cabeza, su somnolencia lo había pasado por alto. Pero si el joven quería telefonear no podría impedir, ni con toda su buena voluntad, perturbar el sueño de K. Se trataba de si K debía dejarle llamar, y decidió permitirlo. Pero entonces ya no tenía sentido simular que estaba dormido, así que volvió a ponerse boca arriba. Vio a los campesinos arrimarse tímidamente y hablar entre ellos: la llegada de un agrimensor no era algo baladí. La puerta de la cocina se había abierto, ocupando todo el umbral se encontraba la poderosa figura de la posadera; el posadero se acercó a ella de puntillas para informarla de lo sucedido. Y entonces comenzó la conversación telefónica. El alcaide dormía, pero un subalcaide, uno de los subordinados, un tal Fritz, estaba allí. El joven, que se presentó como Schwarzer, explicó que había encontrado a K, un hombre en la treintena, bastante andrajoso, durmiendo tranquilamente en un jergón de paja con una minúscula mochila como almohada y con un bastón nudoso al alcance de la mano. Era evidente qué le había resultado sospechoso, y como el posadero había descuidado ostensiblemente su deber, la obligación de Schwarzer consistía en llegar al fondo del asunto. El hecho de despertarle, el interrogatorio, la amenaza derivada del deber de expulsarlo del condado, habían sido tomados con indignación por parte de K, por lo demás, según había resultado al final, con razón, pues afirmaba ser un agrimensor solicitado por el conde. Naturalmente que suponía al menos un deber formal comprobar esa afirmación, y Schwarzer le pedía por ese motivo al señor Fritz que averiguase en la secretaría central si realmente se esperaba a un agrimensor de ese tipo y que telefonease la respuesta en seguida.
Entonces volvió el silencio. Fritz averiguaba por su cuenta y allí se esperaba la respuesta. K permaneció como hasta entonces, ni siquiera se dio la vuelta, no pareció mostrar curiosidad alguna, se limitaba a mirar ante sí. El relato de Schwarzer, en su mezcla de maldad y cautela, le dio una idea de la formación diplomática de la que disponía

en el castillo gente inferior como Schwarzer. Y tampoco carecían de diligencia, la secretaría general tenía servicio nocturno. Por añadidura, daba visiblemente una rápida respuesta, ya sonaba la llamada de Fritz. Ese informe pareció muy corto, pues Schwarzer, furioso, colgó en seguida el auricular.
–¡Ya lo había dicho! –gritó–. Ninguna huella de un agrimensor, un vulgar vagabundo mentiroso, tal vez algo peor.
Por un momento K pensó que todos, Schwarzer, los campesinos, el posadero y la posadera, se iban a arrojar sobre él; para al menos evitar la primera acometida se acurrucó debajo de la manta, desde allí volvió a sacar lentamente la cabeza y oyó cómo sonaba el teléfono, pareciéndole que lo hacía con una fuerza inusitada. Pese a que era muy improbable que volviese á referirse a K, todos se quedaron estáticos y Schwarzer regresó al aparato. Allí escuchó una larga aclaración y luego dijo en voz baja:
–¿Así que un error? Esto me resulta muy desagradable. ¿El mismo jefe de oficina ha telefoneado? Extraño, muy extraño. ¿Cómo se lo voy a explicar ahora al señor agrimensor?
K escuchó. Así que el castillo le había nombrado agrimensor. Eso era por una parte desfavorable, pues mostraba que el castillo sabía todo lo necesario acerca de él, que había equilibrado las fuerzas y que emprendía la lucha sonriendo. Por otra parte también era favorable, pues eso demostraba, según su opinión, que se le menospreciaba y que gozaría de más libertad de la que había pensado desde un principio. Y si creían que se le podría mantener en un estado de continuo terror mediante ese reconocimiento de su condición de agrimensor, que, ciertamente, les otorgaba cierta superioridad moral, se equivocaban, sólo le causaba un ligero escalofrío, nada más.
K hizo una señal negativa a Schwarzer cuando intentó acercarse a él con actitud sumisa; se negó a trasladarse al dormitorio del posadero, sobre lo que se le insistió, se limitó a aceptar del hostelero una bebida para favorecer el sueño, de la hostelera una jofaina con jabón y una toalla y ni siquiera tuvo que solicitar que se vaciase la sala, pues todos se apresuraron a salir escondiendo el rostro para que no se les pudiese reconocer al día siguiente; apagaron la lámpara y finalmente tuvo tranquilidad. Durmió profundamente, sólo molestado una o dos veces por las ratas que se deslizaban por la habitación, hasta que llegó la mañana.
Después del desayuno, que, como toda la manutención, según indicaciones del posadero, corría a cargo del castillo, quería dirigirse inmediatamente al pueblo. Pero como el posadero, con quien sólo había hablado hasta ese momento lo necesario en recuerdo de su conducta

del día anterior, no paraba de vagar a su alrededor con un semblante de muda súplica, sintió compasión de él y le invitó a sentarse un rato a su lado.
–Aún no conozco al conde –dijo K–, al parecer paga con generosidad el trabajo bien hecho, ¿es cierto? Cuando alguien como yo viaja tan lejos de su mujer e hijo, siempre quiere llevar algo a casa.
–A ese respecto el señor no debe preocuparse, nadie se queja aquí de salarios bajos.
–Bien –dijo K–, no soy una persona tímida y también le puedo dar mi opinión a un conde, pero siempre resulta mucho mejor resolver todos los problemas de forma pacífica.
El posadero se había sentado frente a K en el borde de la repisa de la ventana, no se atrevía a sentarse con más comodidad, y contempló a K todo el tiempo con unos grandes y temerosos ojos castaños. Al principio había hecho esfuerzos por acercarse a K, ahora parecía como si prefiriese huir de él. ¿Temía que le preguntara sobre el conde? ¿Temía la desconfianza del «señor» por el que ahora tomaba a K? K tuvo que cambiar de conversación. Miró la hora y dijo:
–Pronto llegarán mis ayudantes, ¿podrás ofrecerles aquí alojamiento?
–Por supuesto, señor –dijo–, pero, ¿no vivirán contigo en el castillo?
¿Acaso renunciaba tan fácilmente y encantado a sus huéspedes que los quería relegar a toda costa al castillo?
–Eso aún no es seguro –dijo K–, antes tengo que conocer qué trabajo quieren que realice. Si tuviera, por ejemplo, que trabajar aquí abajo, entonces sería razonable vivir aquí abajo. También temo no adaptarme a la vida arriba en el castillo. Siempre quiero ser libre.
–No conoces el castillo –dijo el posadero en voz baja.
–Es cierto –dijo K–, no se debe de juzgar con anticipación. Por el momento, del castillo no sé más que allí saben elegir al agrimensor adecuado. Tal vez haya otras ventajas.
Dicho esto, se levantó para liberarse del posadero que, intranquilo, no cesaba de morderse los labios. Desde luego no se podía ganar fácilmente la confianza de ese hombre.
Mientras K se alejaba le llamó la atención un retrato oscuro en un marco también oscuro. Ya se había fijado en él desde su lecho, pero no había podido apreciar los detalles desde esa distancia y creía que el cuadro había sido retirado quedando sólo una mancha negra. Pero, como podía comprobar ahora, se trataba de un cuadro, el busto de un hombre de unos cincuenta años. Mantenía la cabeza tan inclinada sobre el pecho que apenas se podían distinguir los ojos; esa inclinación parecía causada por la elevada y pesada frente y una nariz grande y aguileña. La barba, a causa de la posición de la cabeza, permanecía

aplastada contra el mentón, pero volvía a recobrar su amplitud más abajo. La mano izquierda se hundía abierta en los cabellos, como si quisiese levantar la cabeza sin conseguirlo.

–¿Quién es? –preguntó K–. ¿El conde?

K permanecía ante el cuadro y ni siquiera se volvió hacia el posadero.

–No –dijo el posadero–, el alcaide.

–Buen aspecto tiene el alcaide del castillo –dijo K–, lástima que tenga un hijo que no le llegue a los talones.

–No –dijo el posadero, atrajo un poco a K hacia sí y le susurró en el oído:

–Ayer Schwarzer exageró, su padre no es más que un subalcaide e incluso uno de los últimos.

En ese momento el posadero le pareció a K un niño.

–¡El muy granuja! –dijo K sonriendo, pero el posadero no sonrió con él, sino que se limitó a decir:

–También su padre es poderoso.

–¡Vete! –dijo K–. Consideras a todos poderosos. ¿Acaso a mí también?

A ti –dijo con timidez y seriedad– no te considero poderoso.

–Compruebo que tienes una gran capacidad de observación –dijo K–. Dicho en confianza, no soy realmente poderoso. En consecuencia no tengo menos respeto que tú frente a los poderosos, sólo que no soy tan sincero como tú y no siempre quiero reconocerlo.

Y K dio unas palmadas en la mejilla del posadero para consolarle y ganar su favor. Entonces sonrió un poco. En realidad parecía un adolescente con su rostro suave y casi barbilampiño. ¿Cómo era posible que se hubiese podido casar con esa mujer tan gruesa y de edad tan avanzada, a la que en ese momento se podía ver a través de una ventana cómo trabajaba en la cocina con los codos bien separados del cuerpo? K, sin embargo, no quería seguir sondeando a ese hombre y terminar borrando la sonrisa que tanto le había costado obtener de él, así que le hizo una señal para que le abriese la puerta y salió a la hermosa mañana invernal.

Ahora pudo ver el castillo nítidamente destacado en el aire luminoso, con su contorno aún más realzado por la ligera capa de nieve que lo cubría todo imitando todas las formas. Además, en la montaña donde estaba situado el castillo parecía haber menos nieve que en el pueblo, donde K se desplazaba con no menos esfuerzo que el día anterior en la carretera principal. Allí alcanzaba la nieve hasta las ventanas de las casas y se acumulaba pesada sobre los bajos tejados, pero arriba, en la montaña, todo se elevaba libre y ligero, al menos eso parecía desde allí abajo.

En general, el castillo, como se mostraba desde la lejanía, correspondía

a lo que K había esperado. No era ni un viejo castillo medieval ni un nuevo edificio suntuoso, sino una extensa construcción consistente en unos pocos edificios de dos pisos situados muy próximos unos de otros. Si no se hubiera sabido que era un castillo, se habría tenido por una pequeña ciudad. K sólo pudo ver una torre, si pertenecía a una vivienda o a una iglesia era algo que no se podía saber. Bandadas de cornejas la rodeaban.

Con la mirada fija en el castillo, K siguió su camino, sin que le inquietase nada más. Pero al aproximarse, el castillo le decepcionó: en realidad sí que se trataba de un miserable villorrio, compuesto de casas de pueblo, y sólo se distinguía porque tal vez todo estaba construido de piedra, pero la pintura hacía tiempo que se había caído y la piedra parecía desmenuzarse. K se acordó fugazmente de su pueblo natal: apenas tenía nada que envidiarle a ese supuesto castillo; si K hubiese venido sólo para visitarlo, la larga marcha no habría merecido la pena y habría sido más razonable haber vuelto a visitar una vez más su lugar de nacimiento, donde hacía tiempo que no había estado. Y comparó en su mente el campanario de su pueblo natal con la torre de arriba. El campanario, es cierto, no podía dudarse, se erguía recto, rejuveneciéndose en la parte superior, y coronado por un techo ancho de tejas rojas, un edificio terrenal –¿qué otra cosa podíamos construir?–, pero con una finalidad muy superior a la del achaparrado villorrio y con una expresión más luminosa que la otorgada por el sombrío día laboral. La torre de allá arriba –era lo único visible– era la torre de una vivienda, como ahora se mostraba, quizá la del castillo principal, un edificio redondo y uniforme, en parte cubierto piadosamente por la hiedra, con pequeñas ventanas que destellaban por la luz del sol –su aspecto tenía algo de descabellado–, y acababa en una especie de azotea, cuyas almenas, inseguras, irregulares, rotas, mordían el cielo azul y parecían haber sido diseñadas por un niño descuidado o acobardado. Era como si algún habitante afligido que tendría que haberse mantenido encerrado en la habitación más alejada de la casa, hubiese roto el techo y se hubiese alzado para mostrarse al mundo.

K se detuvo una vez más, como si al estar quieto poseyera más capacidad de juicio. Pero algo le perturbó. Detrás de la iglesia del pueblo, al lado de la cual se había detenido –en realidad era sólo una capilla, ampliada ligeramente para poder acoger a los feligreses– se encontraba la escuela. Ésta era un edificio largo y bajo que aunaba extrañamente el carácter provisorio y lo antiguo. Estaba situado detrás de un jardín cercado con una verja que ahora estaba cubierto de nieve. En ese preciso momento salían los niños con el maestro. Se apiñaban a

su alrededor, dirigiendo hacia él todas las miradas y sin parar de hablar entre ellos. K no podía entender su forma de hablar tan rápida. El maestro, un hombre joven, pequeño y estrecho de hombros, pero, sin que resultase ridículo, muy recto, ya se había fijado en K desde lejos, si bien K era, aparte de su grupo, la única persona que podía verse en el lugar. K, como forastero, saludó primero a ese hombrecillo de aspecto autoritario.
–Buenos días, señor maestro –dijo.
Los niños enmudecieron de golpe, ese repentino silencio como preparación a sus palabras debió de agradar al maestro.
–¿Contempla el castillo? –preguntó con más amabilidad de lo que K había esperado, pero con un tono como si no aprobase lo que K estaba haciendo.
–Sí –dijo K–, soy forastero, ayer por la noche llegué a este lugar.
–¿No le gusta el castillo? –preguntó rápidamente el maestro.
–¿Cómo? –respondió K un poco confuso y repitió la pregunta de una forma más suave:
–¿Que si no me gusta el castillo? ¿Por qué supone que no me gusta?
–A ningún forastero le gusta –dijo el maestro.
Para no decir nada inapropiado, K cambió de conversación y dijo:
–¿Conoce al conde?
–No –dijo el maestro, y quiso alejarse, pero K no cedió y volvió a preguntar:
–¿Cómo? ¿No conoce al conde?
–¿Por qué tendría que conocerlo? –preguntó el maestro en voz baja y añadió en voz alta en francés–: Tenga consideración con la presencia de niños inocentes.
K se creyó entonces con derecho a preguntar:
–¿Podría visitarle, señor maestro? Permaneceré aquí largo tiempo y ya me siento un poco abandonado; no me identifico con los campesinos, y tampoco con los habitantes del castillo.
–Entre los campesinos y el castillo no hay ninguna diferencia –dijo el maestro.
–Puede ser –dijo K–, pero eso no altera mi situación. ¿Podría visitarle alguna vez?
–Vivo en la calle Schwannen, en la casa del carnicero.
Eso era más la información de una dirección que una invitación; no obstante K dijo:
–Bien, iré.
El maestro asintió con la cabeza y siguió su camino con los niños apiñados a su alrededor que ya habían reanudado su griterío. Al poco tiempo desaparecieron por una callejuela que descendía abruptamente.

K estaba preocupado, enojado por la conversación. Por primera vez desde su llegada se sentía realmente cansado. El largo camino hasta allí parecía no haberle afectado en nada –¡cómo había caminado día tras día, tranquilamente, paso a paso!–; ahora, sin embargo, se mostraban las consecuencias de ese esfuerzo enorme, y a destiempo. Se sentía irresistiblemente impulsado a buscar nuevos conocidos, pero cada nuevo conocido aumentaba su fatiga. Si ese día, en el estado en que se encontraba, se obligaba a prolongar su paseo al menos hasta la entrada del castillo, habría hecho más que suficiente.

Así que continuó su camino, pero era un largo camino. Además, la calle, esa calle principal del pueblo, no conducía al castillo, sólo pasaba cerca; después, sin embargo, como intencionadamente, torcía y, aunque no se distanciaba del castillo, tampoco se aproximaba a él. K siempre esperaba que la calle finalmente se dirigiese hacia el castillo y sólo fundándose en esa esperanza seguía avanzando; en apariencia dudaba en abandonar la calle a causa de su cansancio, también se quedó asombrado por la longitud del pueblo que no conocía fin, una y otra vez se sucedían las casuchas con las ventanas cubiertas de hielo, la nieve y la soledad; finalmente se apartó de esa calle y le acogió una callejuela estrecha, con una capa de nieve aún más profunda, donde sólo podía avanzar con gran esfuerzo al hundírsele los pies en el manto blanco; el sudor comenzó a correr por su frente; de repente se detuvo y ya no pudo seguir.

Bueno, no estaba aislado, a derecha e izquierda había casas de campesinos; hizo una bola de nieve y la arrojó contra una ventana. En seguida se abrió una puerta –la primera puerta que se abría durante toda la caminata por el pueblo– y un viejo campesino, con una chaqueta de piel de cordero, con la cabeza inclinada, apareció en el umbral, débil y amable.

–¿Puedo entrar un rato en su casa? –dijo K–, estoy muy cansado.

No pudo oír lo que le dijo el anciano, aceptó agradecido que le colocasen una tabla, que le salvaran de la nieve y que con unos pasos se hallara en una sala.

Una gran sala en la penumbra. El que venía de fuera al principio no podía ver nada. K tropezó con un cubo y una mano femenina le retuvo. Desde una esquina llegaron los lloros de un niño pequeño, de otra se elevaba humo convirtiendo la penumbra en tinieblas, K parecía estar entre nubes.

–Pero si está borracho –dijo alguien.

–¿Quién es usted? ¿Por qué lo has dejado entrar? –se oyó que decía una voz dominante dirigida al anciano–. ¿Acaso se puede dejar entrar a cualquiera que se arrastre por las calles?

–Soy el agrimensor del condado –dijo K, intentando así justificarse ante la persona aún invisible que había hablado.
–¡Ah!, es el agrimensor –dijo una voz femenina y luego siguió un completo silencio.
–¿Me conocen? –preguntó K.
–Claro que sí –dijo brevemente la misma voz.
El hecho de que le conocieran no le pareció ninguna recomendación.
Al fin se disipó algo el humo y K pudo orientarse lentamente. Parecía un día de limpieza general. Cerca de la puerta se estaba lavando ropa. El humo, sin embargo, procedía de la esquina izquierda, donde, en una cubeta de madera tan grande como K no la había visto en su vida –tenía las dimensiones de dos camas– se bañaban dos hombres en agua caliente. Pero aún más sorprendente, sin que se pudiera precisar en qué consistía la sorpresa, era la esquina derecha. De un gran tragaluz, el único en la pared del fondo, procedía, del patio, una pálida luz blanca de nieve que daba al vestido de una mujer, que casi yacía con aspecto cansado en un sillón en lo más profundo de la esquina, una apariencia sedosa. Tenía un bebé al pecho. A su alrededor jugaban un par de niños, hijos de campesinos, como se podía comprobar, pero ella no parecía ser de su misma clase, si bien la enfermedad y el cansancio también otorgan delicadeza a los campesinos.
–¡Siéntese! –dijo, resollando, uno de los hombres, uno con barba y bigote. Indicó, cómicamente, con la mano sobre el borde de la cubeta, un baúl, y al hacerlo salpicó el rostro de K con agua caliente. En el baúl se sentaba ya aletargado el anciano que le había dejado entrar. K estaba agradecido de poder sentarse al fin. Entonces nadie se preocupó de él. La mujer que hacía la colada, rubia, en plena juventud, cantaba en voz baja mientras trabajaba; los hombres en el baño pataleaban y se daban la vuelta, los niños querían acercarse a ellos, pero eran rechazados una y otra vez por chorros de agua que tampoco respetaron a K; la mujer en el sillón yacía como inánime, ni siquiera miraba a la criatura que tenía al pecho, sino hacia un lugar indeterminado en las alturas.
K contempló esa invariable imagen triste y hermosa a un mismo tiempo, pero luego debió de quedarse dormido, pues al ser llamado por alguien en voz alta, se asustó y descubrió que su cabeza se apoyaba en el hombro del anciano que estaba a su lado. Los hombres, que habían terminado de bañarse –ahora le tocaba el turno a los niños que se movían por la cubeta vigilados por la mujer rubia–, se encontraban vestidos ante K. Resultó que el gritón de la barba era el más ordinario de los dos. El otro, no más alto que el de la barba, aunque con menos barba, era un hombre silencioso y pensativo, de ancha figura y rostro

también ancho, que mantenía la cabeza inclinada hacia abajo.
–Señor agrimensor –dijo–, aquí no puede quedarse. Perdone la descortesía.
–Tampoco quería quedarme –dijo K–, sólo descansar un poco. Ya lo he hecho y me voy.
–Es probable que se sorprenda de la poca hospitalidad –dijo el hombre–, pero para nosotros la hospitalidad no es costumbre, no necesitamos huéspedes.
Refrescado por el sueño y más perspicaz que antes, K se alegró por las sinceras palabras. Se movió con más libertad, apoyó su bastón aquí y allá y se acercó a la mujer tendida en el sillón; por lo demás, él era el más alto en la habitación.
–Cierto –dijo K–, para qué necesitan huéspedes. Pero en un momento u otro se necesita alguno, por ejemplo a mí, al agrimensor.
–Eso no lo sé –dijo lentamente el hombre–, si le han llamado, es probable que le necesiten, eso es una excepción; nosotros, sin embargo, gente humilde, nos atenemos a las reglas, eso no nos lo puede reprochar.
–No, no –dijo K–, sólo les puedo estar agradecidos, a ustedes y a todos los presentes.
E inesperadamente para todos, K se dio la vuelta y quedó ante la mujer. Ella miraba a K con sus ojos azules y cansados, un pañuelo de cabeza transparente de seda. le llegaba hasta la mitad de la frente, la criatura dormía en su pecho.
–¿Quién eres? –preguntó K.
Con desdén, aunque no quedaba claro si su desprecio se dirigía a K o se refería a su propia respuesta, dijo:
–Una mujer del castillo.
Todo eso sólo había durado un instante, pero K ya tenía a su derecha e izquierda a cada uno de los hombres y, como si no hubiera ningún otro medio de comunicación, le llevaron hasta la puerta en silencio pero aplicando todas sus fuerzas. El anciano se alegró de algo y aplaudió, también la mujer que lavaba se rió cuando los niños comenzaron repentinamente a hacer ruido como locos.
K se encontraba en la callejuela y los hombres le vigilaban desde el umbral de la puerta. Otra vez caía nieve, sin embargo parecía haber aclarado algo. El de la gran barba gritó impaciente:
–¿Adónde quiere dirigirse? Por aquí se va al castillo, por allí al pueblo.
K no le respondió, pero al otro, que a pesar de su superioridad le parecía el más tratable, le dijo:
–¿Quién es usted? ¿A quién tengo que agradecerle la hospitalidad? –Soy el maestro curtidor Lasemann, pero no le tiene que agradecer nada

a nadie.
–Bien –dijo K–, quizá volvamos a encontrarnos.
–No lo creo –dijo el hombre.
En ese instante exclamó el de la barba con la mano levantada:
–¡Buenos días, Artur! ¡Buenos días, Jeremías!
K se dio la vuelta. ¡Así que en ese pueblo salía la gente a la calle! De la dirección del castillo venían dos jóvenes de estatura media, los dos muy delgados, con trajes estrechos, muy parecidos de rostro, de tez muy morena, pero con unas perillas tan negras que aun así destacaban. Para la condición en que se hallaba la calle avanzaban sorprendentemente deprisa, dando grandes zancadas rítmicas con sus piernas delgadas.
–¿Adónde vais? –preguntó el de la gran barba.
Sólo se podía hablar con ellos a gritos, tan rápido caminaban y no se detenían.
–¡Negocios! –exclamaron riéndose. –¿Dónde?
–¡En la posada!
–¡Hacia allí me dirijo yo también! –gritó K.
De repente, y más que cualquier otra cosa, sintió la gran necesidad de que le llevaran con ellos; trabar conocimiento con ellos no le pareció muy productivo, pero parecían alegres compañeros de camino.
Ellos oyeron las palabras de K, se limitaron a asentir con la cabeza y ya habían pasado de largo.
K aún permanecía en la nieve y tenía pocas ganas de levantar el pie para volver a hundirlo una vez más un poco más allá. El maestro curtidor y su compañero, satisfechos por haberse desembarazado definitivamente de K, se retiraron lentamente, no sin dejar de mirarle desde la casa por el resquicio de la puerta. K se quedó solo– rodeado de nieve.
–Una buena oportunidad para desesperarse un poco –pensó–, si me encontrase aquí por casualidad y no por mi propia voluntad.
En la casa situada a la izquierda se abrió de repente una ventana minúscula –cerrada había parecido azul oscura, tal vez por el reflejo de la nieve–, y era tan pequeña que al permanecer ahora abierta no se podía ver todo el rostro de la persona que miraba por ella, sólo los ojos, unos ojos castaños y ancianos.
–Allí está –oyó K que decía una voz femenina y temblorosa.
–Es el agrimensor –dijo una voz masculina. Entonces fue el hombre quien miró por la ventana y preguntó no de una manera descortés, pero sí como si le preocupase que todo estuviese en orden delante de su casa.
–¿A quién está esperando?
–A un trineo que me lleve –dijo K.

–Por aquí no pasa ningún trineo –dijo el hombre–. En esta calle no hay tráfico.
–Pero si es la calle que conduce al castillo –objetó K.
–A pesar de eso –dijo el hombre con cierta inflexibilidad– por aquí no hay tráfico.
Los dos callaron. Pero el hombre meditaba algo, pues aún mantenía abierta la ventana, de la que salía humo.
–Es un camino bastante malo –dijo K por mantener la conversación.
El hombre, sin embargo, se limitó a decir:
–Sí, es cierto.
Después de un rato añadió:
–Si quiere le llevo con mi trineo.
–Sí, por favor –dijo K con gran alegría–. ¿Cuánto me va a cobrar?
–Nada –dijo el hombre.
K se asombró.
–Usted es el agrimensor –dijo el hombre explicándose– y pertenece al castillo. ¿Adónde quiere ir?
–Al castillo –dijo rápidamente K.
–Allí no voy –dijo el hombre en seguida.
–Pero si pertenezco al castillo –dijo K repitiendo las palabras del hombre.
–Puede ser –dijo el hombre algo reservado.
–Entonces lléveme a la posada –dijo K.
–Bien –dijo el hombre–, ahora salgo con el trineo.
La conversación no le dio la impresión de amabilidad, sino la de un empeño egoísta, temeroso y casi pedante de retirar a K de la entrada de la casa.
Se abrió la puerta del patio y por ella apareció un trineo para cargas ligeras, completamente plano y sin ningún asiento, tirado por un pequeño y débil caballo, detrás salió el hombre, no un anciano, sino un hombre débil, encorvado, cojo, con un rostro delgado, colorado y con aspecto de acatarrado, que daba la impresión de ser muy pequeño debido a la bufanda de lana que rodeaba el cuello. El hombre estaba visiblemente enfermo y sólo había salido para poder desembarazarse de K. Éste hizo una alusión al respecto, pero el hombre la rechazó con señas negativas. K sólo pudo enterarse de que era el cochero Gerstäcker y que había cogido ese trineo tan incómodo porque ya estaba preparado y sacar otro habría necesitado mucho tiempo.
–Siéntese –dijo, y señaló con el látigo la parte trasera del trineo.
–Me sentaré junto a usted –dijo K.
–Entonces me marcharé –dijo Gerstäcker.
–Pero ¿por qué? –preguntó K.

–Me marcharé –repitió Gerstäcker y sufrió un ataque de tos que le sacudió tanto que se vio obligado a afirmar fuertemente sus piernas en la nieve y a sujetarse con las dos manos en el borde del trineo. K no dijo nada más, se sentó en la parte trasera del trineo, la tos se fue calmando lentamente y partieron.
El castillo allá arriba, extrañamente oscuro a esa hora, y que K había tenido la esperanza de alcanzar ese mismo día, se alejaba una vez más. Como si le quisiera dar una despedida provisional, en el castillo se oyó el repicar de una campana con un tono alegre y alado, que al menos durante un instante hizo temblar el corazón, como si le amenazase –pues el son también era doloroso– el cumplimiento de lo que él anhelaba con inseguridad. Pero al poco tiempo esa gran campana enmudeció y fue reemplazada por una campanita débil y monótona, quizá arriba o quizá ya en el pueblo. Ese repique se adaptaba mejor al lento avance y al lastimoso pero implacable cochero.
–Eh, tú –exclamó repentinamente K (ya se hallaban cerca de la iglesia, el camino hacia la posada no estaba lejos, así que K podía osar algo)–, me sorprende mucho que te atrevas a llevarme por los alrededores por tu propia cuenta. ¿Puedes hacerlo?
Gerstäcker no le prestó atención y continuó la marcha junto a su caballito.
–¡Eh! –exclamó K, cogió algo de nieve del trineo, hizo una bola, la lanzó y acertó en la oreja de Gerstäcker. Éste se detuvo y se volvió. Pero cuando K le vio así tan cerca de él –esa figura encorvada y en cierto modo maltratada; el rostro colorado, delgado y cansado, con mejillas disparejas, una plana, la otra caída; la boca abierta, con actitud de sorpresa, en la que sólo se veían unos pocos dientes– tuvo que repetir con compasión lo que antes había dicho por maldad: si Gerstäcker no podía ser castigado por transportarle.
–¿Qué quieres de mí? –preguntó Gerstäcker sin comprender, y no esperó ninguna aclaración, llamó al caballito y reanudó el camino.
Cuando ya se hallaban cerca de la posada –K se dio cuenta de esta circunstancia al tomar una curva–, para su sorpresa comprobó que ya había oscurecido. ¿Tanto tiempo había estado fuera? Según sus cálculos, sólo una o dos horas, y había salido por la mañana. Tampoco había sentido hambre, y hacía poco aún había percibido la claridad del día, no obstante ahora ya anochecía.
–Días cortos, días cortos –se dijo, bajó del trineo y entró en la posada.
Arriba, en la pequeña escalera del vestíbulo, le agradó ver al posadero alumbrando con un farol ante sí. Acordándose fugazmente del cochero, K se detuvo, oyó que alguien tosía en la oscuridad y comprobó que estaba detrás de él. Bien, ya le vería próximamente. Sólo cuando llegó

arriba, donde estaba el posadero, que le saludaba con humildad, comprobó que había un hombre a cada lado de la puerta. Tomó el farol de las manos del posadero e iluminó a las dos personas; eran los dos jóvenes con los que se había encontrado y a los que se habían dirigido con los nombres de Artur y Jeremías. Ahora le saludaron. Sonrió en recuerdo de su servicio militar, de aquellos tiempos felices.
–¿Quiénes sois? –preguntó, y miró de uno al otro.
–Sus ayudantes –respondieron.
–Son los ayudantes –confirmó en voz baja el posadero.
–¿Cómo? –preguntó K–. ¿Sois mis antiguos ayudantes a los que dije que viniesen después de mí y a los que he estado esperando?
Ellos asintieron.
–Está bien –dijo K después de un rato–, está bien que hayáis venido.
–Por lo demás –dijo K después de otro rato–, os habéis retrasado mucho, sois negligentes.
–Era un largo camino –dijo uno de ellos.
–Un largo camino –repitió K–, pero me he encontrado con vosotros cuando regresabais del castillo.
–Sí –dijeron sin más aclaraciones.
–¿Dónde tenéis los aparatos? –preguntó K.
–No tenemos ninguno –dijeron.
–Los aparatos que os había confiado –dijo K.
–No tenemos ninguno –repitieron.
–Pero, ¿qué clase de gente sois? –dijo K–. ¿Entendéis algo de agrimensura?
–No –respondieron.
–Si sois mis antiguos ayudantes, tenéis que entender algo –dijo K.
Ellos callaron.
–Así que esas tenemos –dijo K, y los empujó delante de él hacia el interior de la casa.

CAPÍTULO II

Los tres estaban sentados juntos ante una mesita en la taberna de la posada, bebían cerveza y guardaban silencio. K en el centro, a derecha e izquierda sus ayudantes. Había otra mesa ocupada por campesinos, como en la noche anterior.
–Resulta difícil con vosotros –dijo K, y comparó sus rostros como había hecho frecuentemente con anterioridad–, ¿cómo os voy a distinguir? Sólo os diferenciáis en los nombres, en lo demás sois idénticos como... –se interrumpió y continuó maquinalmente–, como serpientes.
Ellos se rieron.

–Se nos diferencia bien –dijeron como justificación.
–Lo creo –dijo K–; yo mismo he sido testigo de ello, pero yo sólo veo con mis ojos y con ellos no puedo distinguiros. Por eso os trataré como a un solo hombre y os llamaré a los dos Artur, así se llama uno de vosotros ¿quizá tú? –preguntó K a uno de ellos.
–No –dijo éste–, yo me llamo jeremías.
–Bueno, da igual –dijo K–, os llamaré Artur a los dos. Si envío a Artur a algún lado, os vais los dos juntos, si le encargo a Artur un trabajo, lo hacéis los dos, aunque eso tiene para mí la gran desventaja de que no os puedo emplear en trabajos distintos; sin embargo, tiene la ventaja de que los dos tenéis una responsabilidad indivisible sobre todo lo que os encargue. Cómo os repartáis el trabajo que os encargue, me resulta indiferente, pero no me podéis hablar uno después del otro, para mí sois un solo hombre.
Ellos meditaron un instante y dijeron:
–Para nosotros sería muy desagradable.
–Cómo no –dijo K–; es natural que os resulte desagradable, pero así lo haré.
Ya desde hacía un rato había observado K que uno de los campesinos rondaba la mesa: finalmente se decidió, se acercó a uno de los ayudantes y quiso susurrarle algo en el oído.
–disculpe –dijo K, golpeó con la mano en la mesa y se levantó–, éstos son mis ayudantes y ahora tenemos una entrevista. Nadie tiene derecho a molestarnos.
–¡Oh!, perdone, perdone –dijo el campesino atemorizado y regresó a su grupo.
–Esto tenéis que tenerlo muy presente –dijo K volviéndose a sentar–, no podéis hablar con nadie sin mi permiso. Yo soy aquí un forastero y si sois mis antiguos ayudantes, también vosotros sois forasteros. Nosotros, los tres forasteros, tenemos, por consiguiente, que mantenernos juntos; estrechadme entonces vuestras manos.
Con demasiada docilidad estrecharon la mano de K.
–Me habéis dado vuestra palabra –dijo–, tenéis que cumplir mis órdenes. Ahora me iré a dormir, os aconsejo que hagáis lo mismo. Hoy hemos perdido un día de trabajo, mañana tendremos que comenzar muy temprano. Tenéis que conseguir un trineo para ir al castillo y estar aquí, ante la casa, con él, a las seis de la mañana, dispuestos para partir.
–Bien –dijo uno, pero el otro se inmiscuyó:
–dices «bien», pero sabes que es imposible.
–Silencio –dijo K–, ya queréis comenzar a distinguiros.
Pero entonces también habló el primero:

–Tiene razón, es imposible, sin autorización ningún forastero puede ir al castillo.
–¿Dónde se consigue esa autorización?
–No lo sé, tal vez del alcaide.
–Entonces intentaremos hablar con él por teléfono. Llamad en seguida al alcaide, los dos.
Corrieron hacia el aparato, pidieron la conexión –por el modo en que se afanaban aparentaban ser ridículamente obedientes– preguntaron si podía ir al castillo con ellos al día siguiente. El «no» pudo oírlo K desde su mesa, pero la respuesta fue aún más detallada: «ni mañana ni ningún otro día».
–Yo mismo telefonearé –dijo K, y se levantó. Mientras que hasta ese momento, salvo el incidente con el campesino, los presentes apenas habían reparado en K y sus ayudantes, sus últimas palabras despertaron el interés general. Todos se levantaron al mismo tiempo que K y, aunque el posadero intentó echarlos hacia atrás, se agruparon alrededor del aparato formando un semicírculo. Entre ellos predominó la opinión de que K no recibiría ninguna respuesta. K tuvo que pedirles que permaneciesen en silencio: no quería oír su opinión.
En el receptor escuchó un zumbido, como nunca lo había oído al telefonear. Era como si ese zumbido estuviese compuesto de innumerables voces infantiles, pero en realidad tampoco era un zumbido, sino un canto de voces lejanas, extremadamente lejanas, como si de ese zumbido se formase una única voz elevada y fuerte que golpeaba el oído como si quisiese penetrar más en el pobre aparato auditivo. K escuchaba sin decir nada, había apoyado el brazo izquierdo en el soporte del teléfono y escuchaba en esa postura.

No supo cuánto tiempo estuvo allí escuchando, al cabo el posadero le tiró de la chaqueta y le dijo que acababa de llegar un mensajero para él.
–¡Fuera! –gritó perdiendo el dominio de sí mismo, quizá en el auricular del teléfono, pues entonces se anunció alguien. Se desarrolló la siguiente conversación:
–Aquí Oswald, ¿quién es? –gritó una voz severa y arrogante con lo que a K le pareció un pequeño defecto en la articulación que intentaba compensar con un suplemento de severidad. K dudó en identificarse, estaba indefenso ante el teléfono: el otro podía fulminarle, colgar el auricular y K se habría cerrado un camino quizá no carente de importancia. El titubeo de K acabó con la paciencia del hombre.
–¿Quién es? –repitió, y añadió–: Me agradaría que no se telefonease tanto desde allí: hace sólo un instante se ha telefoneado.

K no se ocupó de esa indicación y anunció con una decisión repentina:
–Soy el ayudante del señor agrimensor.
–¿Qué ayudante? ¿Qué señor? ¿Qué agrimensor?
K se acordó de la conversación telefónica del día anterior.
–Pregúntele a Fritz –dijo brevemente.
Para su sorpresa surtió efecto. Pero más por el hecho de que surtiera efecto, se asombró de la centralización del servicio.
La respuesta fue:
–Ya sé, el eterno agrimensor, ja, ja. ¿Qué más? ¿Qué ayudante?
–Josef –dijo K.
Le molestaba algo el murmullo de los campesinos a sus espaldas, en apariencia no estaban de acuerdo en que no se presentase correctamente. Pero K no tenía tiempo de ocuparse de ellos, pues la conversación necesitaba de toda su concentración.
–¿Josef? –preguntaron–. Los ayudantes se llaman... –una pequeña pausa, al parecer reclamaba los nombres a otra persona–, Artur y jeremías.
–Ésos son los nuevos ayudantes –dijo K.
–No, ésos son los antiguos.
–Son los nuevos, yo, sin embargo, soy el antiguo, el que ha llegado hoy después del agrimensor.
–¡No! –gritaron.
–Entonces, ¿quién soy yo? –preguntó K con la misma tranquilidad.
Y después de una pausa la misma voz con el mismo defecto de articulación, aunque con otro tono más profundo y respetable, dijo:
–Tú eres el antiguo ayudante.
K escuchó el timbre de la voz y casi pasó por alto la pregunta: «¿Qué quieres?»
Hubiese querido colgar el auricular. De esa conversación ya no esperaba nada más. Sólo forzándose preguntó rápidamente:
–¿Cuándo puede ir mi señor al castillo?
–Nunca –fue la respuesta.
–Bien –dijo K, y colgó el auricular.
Detrás de él los campesinos se habían aproximado mucho a su persona. Los ayudantes intentaban detenerlos lanzándole a él miradas de soslayo. Pero sólo parecía ser una comedia; además, los campesinos, satisfechos con el resultado de la conversación, comenzaban a ceder lentamente. Entonces el grupo fue dividido desde atrás por un hombre con paso rápido que se inclinó ante K y le dio una carta. K mantuvo la carta en la mano y miró al hombre, ya que en ese instante le parecía más importante que la carta. Se daba una gran similitud entre él y los ayudantes, era tan delgado como ellos, con el mismo traje ceñido,

también tan ágil y ligero como ellos y, sin embargo, tan diferente. ¡Ojalá K le hubiese tenido como ayudante! Le recordaba un poco a la dama con el lactante que había visto en la casa del maestro curtidor. Vestía casi por entero de blanco, el traje no era de seda, era un traje de invierno como cualquier otro, pero tenía la suavidad y solemnidad de un traje de seda. Su rostro era claro y sincero, los ojos demasiado grandes. Su sonrisa era enormemente estimulante; se pasó la mano por el rostro como si quisiese ahuyentar esa sonrisa, pero no lo logró.
–¿Quién eres? –preguntó K.
–Me llamo Barnabás –dijo–, soy un mensajero.
Sus labios se abrían y cerraban al hablar con masculinidad y, sin embargo, con suavidad.
–¿Te gusta este lugar? –preguntó K, y señaló a los campesinos, que aún no habían perdido el interés por él, y que miraban con sus rostros atormentados –el cráneo parecía como si hubiese sido aplanado desde arriba y los rasgos faciales se hubiesen formado por el dolor al ser golpeados–, sus labios gruesos, sus bocas abiertas, pero al mismo tiempo tampoco miraban, pues a veces su mirada erraba y permanecía fija en algún objeto antes de regresar; luego K señaló a los ayudantes, que se mantenían abrazados, mejilla con mejilla, y sonreían, no se sabía si humilde o burlonamente, se los señaló como si le presentase un séquito que le habían impuesto por circunstancias especiales, esperando –en ello residía la confianza y a eso era a lo que K daba importancia– que Barnabás distinguiera razonablemente entre él y ellos. Pero Barnabás –si bien con completa inocencia, como se podía reconocer– no admitió la pregunta, la dejó pasar como un criado bien educado deja pasar las palabras sólo en apariencia dirigidas a él por su señor, y se limitó a mirar a su alrededor en el sentido de la pregunta, saludando a sus conocidos entre los campesinos e intercambiando algunas palabras con los ayudantes, todo eso libre y espontáneamente, sin mezclarse con ellos. K, desairado, pero no avergonzado, volvió a la carta que tenía en la mano y la abrió. Decía lo siguiente:

«Muy señor mío:
Como usted ya sabe, ha sido aceptado en el servicio condal. Su superior más próximo es el alcalde del pueblo, quien le comunicará los detalles acerca de su trabajo y sus condiciones salariales y a quien también tendrá que dar cuenta de su trabajo. Sin embargo, no le perderé de vista. Barnabás, el portador de esta carta, le preguntará de vez en cuando para conocer sus deseos y comunicármelos a mí. Siempre me encontrará dispuesto, en cuanto sea posible, a complacerle. Deseo tener trabajadores satisfechos».

La firma era ilegible, pero impreso se podía leer: «El director de la oficina X».
–¡Espera! –le dijo K a Barnabás, quien obedeció con una ligera inclinación. A continuación, K llamó al posadero para que le mostrase su habitación, ya que deseaba permanecer un tiempo a solas con la carta. Al hacerlo recordó que Barnabás, a pesar de la simpatía que sentía hacia él, no era más que un mensajero y pidió que le sirvieran una cerveza. Prestó atención a la forma en que la aceptó, aparentemente la aceptó encantado y se la bebió en seguida. En la casa sólo habían podido poner a disposición de K una habitación en el ático, e incluso eso había creado dificultades, pues había dos criadas que habían dormido hasta entonces en ella y que habían tenido que ser alojadas en otro lugar. En realidad no se había hecho otra cosa que sacar a las criadas, en lo restante la habitación había quedado intacta, nada de sábanas nuevas en la única cama, sólo un par de almohadas y una manta de caballerizas en el mismo estado en que habían quedado después de la última noche; en la pared había algunas imágenes de santos y fotografías de soldados; ni siquiera habían aireado la habitación, al parecer no se esperaba que el huésped permaneciese allí mucho tiempo y tampoco se hacía nada para retenerlo. K, sin embargo, se mostró conforme con todo, se rodeó con la manta, se sentó a la mesa y comenzó a leer de nuevo la carta a la luz de una vela.
No era una carta uniforme, había pasajes en los que se hablaba con él como si fuese una persona independiente, a quien se le reconoce una voluntad propia, así era el encabezamiento, al igual que el pasaje que se refería a sus deseos. Sin embargo, había otros pasajes en que era tratado abierta o encubiertamente como un trabajador inferior apenas digno de la atención de ese director; éste parecía tener que esforzarse para no «perderle de vista», su superior sólo era el alcalde del pueblo, a quien incluso tenía que rendir cuentas, era probable que su único colega fuese el policía del pueblo. Ésas eran sin duda contradicciones, tan visibles que debían de ser intencionadas. Pues el pensamiento absurdo, referido a una administración como ésa, de que había actuado con indecisión, ni siquiera fue tomado en cuenta por K. Más bien advertía en ello el ofrecimiento de una elección, se dejaba a su consideración lo que quería hacer con las instrucciones de la carta: si quería ser un trabajador del pueblo con una conexión, así y todo, distinguida, pero aparente con el castillo, o un trabajador del pueblo aparente que en realidad hacía depender toda su relación laboral de las indicaciones de Barnabás. K no dudó al elegir, tampoco habría dudado sin las experiencias que ya había tenido. Sólo como trabajador del

pueblo, lo más alejado posible del señor del castillo, estaba en condiciones de alcanzar algo en el castillo; esa gente del pueblo, que aún se mostraba tan recelosa frente a él, comenzaría a hablar cuando él, aunque no se hubiese convertido en su amigo, sí fuese un conciudadano, y una vez que ya no se diferenciase de un Gerstäcker o Lasemann –y esto tenía que ocurrir con gran rapidez, de ello dependía todo–, entonces se le abrirían de golpe todos los caminos que, si hubiese dependido de los señores de arriba y de su indulgencia, no sólo habrían quedado cerrados para él, sino invisibles. Es cierto que había un peligro y se había acentuado suficientemente en la carta, se había descrito con cierta alegría, como si fuese inevitable. Era la condición de trabajador. Servicio, director, superior, trabajo, condiciones salariales, dar cuenta, trabajador, la carta abundaba en todos estos términos laborales e incluso cuando se decía algo diferente, más personal, se decía desde esa perspectiva. Si K quería convertirse en un trabajador, podía hacerlo, pero entonces con terrible seriedad, sin ninguna otra intención. K sabía que no le habían amenazado con una obligación real, no la temía y aquí menos, pero sí que temía la violencia del ambiente desalentador, la habituación a las decepciones, la violencia de las influencias imperceptibles que se producirían a cada momento, pero tenía que atreverse a enfrentarse con ese peligro. La carta tampoco silenciaba que, si se llegaba a la lucha, K sería quien habría tenido la osadía de comenzarla, se había dicho con sutileza y sólo una conciencia inquieta –inquieta, no mala– podía advertirlo, eran las palabras «como usted ya sabe» respecto a su admisión en el servicio. K se había anunciado y desde ese momento sabía, como se expresaba en la carta, que había sido admitido.
K retiró una foto de la pared y colgó la carta en un clavo; en esa habitación viviría, ahí debía colgar la carta.
Luego bajó a la taberna de la posada; Barnabás estaba sentado con los ayudantes a una mesita.
–¡Ah!, estás ahí –dijo K sin motivo, sólo porque se alegró de ver a Barnabás. Éste se levantó de inmediato. Apenas entró K, los campesinos se levantaron para acercarse a él, se había convertido en una costumbre estar siempre detrás de sus talones.
–¿Qué queréis continuamente de mí? –exclamó K.
No se lo tomaron a mal y regresaron lentamente a sus asientos. Uno de ellos, mientras se retiraba, dijo como explicación y con una indefinible sonrisa, que otros imitaron:
–Siempre se entera uno de algo nuevo –y se lamió los labios como si lo «nuevo» fuese comida.
K no dijo nada reconciliador, estaba bien si recibía algo de respeto, pero

apenas acababa de sentarse al lado de Barnabás, cuando ya notó el aliento de un campesino en la nuca; venía, según dijo, a coger el salero, pero K dio, enojado, una patada en el suelo, y el campesino se alejó corriendo sin el salero. Era fácil molestar a K, sólo había que incitar a los campesinos contra él: su obstinada participación le parecía más perversa que la reserva de los otros y, además, también se trataba de reserva, pues si K se hubiese sentado a su mesa, con toda seguridad no se habrían quedado sentados. Sólo la presencia de Barnabás le impidió formar un escándalo. Pero se dio la vuelta hacia ellos con actitud amenazadora, y también ellos le miraron. Al verlos así sentados, cada uno en su puesto, sin hablar entre ellos, sin un vínculo visible entre ellos, teniendo sólo en común que todos le miraban fijamente, le pareció que no se trataba de maldad lo que les impulsaba a perseguirle, tal vez querían realmente algo de él y no lo podían decir, y si no era eso, quizá se tratase sólo de infantilismo; un infantilismo que parecía abundar en esa casa, ¿acaso no era también infantil el posadero, que sostenía una jarra de cerveza para un cliente con las dos manos, permaneciendo en silencio, mirando a K y haciendo caso omiso de una llamada de la posadera, quien se había asomado por la ventana de la cocina?

K, más tranquilo, se volvió hacia Barnabás: le hubiese gustado alejar a los ayudantes, pero no encontró ninguna excusa, por lo demás. se limitaban a mirar en silencio sus cervezas.

–He leído la carta –comenzó K–. ¿Conoces su contenido?

–No –dijo Barnabás. Su mirada pareció decir más que sus palabras. Tal vez K se equivocaba para bien como con los campesinos para mal, pero siguió sintiéndose bien en su presencia.

–También se habla de ti en la carta, de vez en cuando tienes que transmitir informaciones entre la dirección y yo, por eso había pensado que conocerías el contenido.

–Sólo recibí el encargo –dijo Barnabás– de entregar la carta, esperar a que se haya leído y, si lo considerases necesario, llevar una respuesta oral o escrita.

–Bien –dijo K–, no necesita ser escrita, comunícale al señor director, ¿cómo se llama? No pude leer el nombre.

–Klamm –dijo Barnabás.

–Comunícale entonces al señor Klamm mi agradecimiento por la admisión y por su amabilidad, agradecimiento y amabilidad que, como una persona aún no adaptada a este lugar, sé valorar en lo que se merecen. Me comportaré según sus instrucciones. Por ahora no tengo ningún deseo especial.

Barnabás, que había escuchado atento, pidió a K poder repetir el

mensaje. K lo permitió y Barnabás lo repitió literalmente. Luego se levantó para despedirse.
Durante todo ese tiempo K había examinado su rostro, ahora lo hizo por última vez. Barnabás era tan alto como K, sin embargo parecía como si inclinase la mirada hacia K, eso ocurría casi con humildad, pero era imposible que ese hombre pudiese avergonzar a alguien. Cierto, no era más que un mensajero, no conocía el contenido de la carta que debía entregar, pero también su mirada, su sonrisa y su paso parecían ser un mensaje, por más que no quisiera saber nada de ellos. Y K le extendió la mano, lo que pareció sorprenderle, pues él sólo hubiese querido inclinarse.
En cuanto se hubo ido –antes de abrir la puerta se había apoyado un instante con el hombro en ella y había abarcado la sala con una mirada que no dirigió a nadie en particular–, K se dirigió a sus ayudantes:
–Voy a traer de mi habitación los planos, entonces hablaremos de nuestro próximo trabajo.
Quisieron acompañarle.
–¡Quedaos aquí! –dijo K.
Pero no cejaron en su empeño. K tuvo que repetir la orden con más severidad. Barnabás ya no estaba en el pasillo, acababa de irse. Tampoco lo vio ante la casa, y volvía nevar. Gritó:
–¡Barnabás!
No hubo respuesta. ¿Acaso se encontraba aún en la casa? No parecía haber otra posibilidad. No obstante, K volvió a gritar su nombre con todas sus fuerzas: el nombre estalló en la oscuridad de la noche. Y desde la lejanía llegó una débil respuesta, tan lejos se encontraba ya Barnabás. K respondió y fue a su encuentro; en el lugar donde se encontraron ya no podían ser vistos desde la posada.
–Barnabás –dijo K, y no pudo evitar un temblor en su voz–, quería decirte algo más. Me he dado cuenta de que no funcionaría bien si tuviese que depender de tus visitas casuales si necesito algo del castillo. Si no te hubiese alcanzado ahora por pura casualidad –aún creía que estabas en la casa–, quién sabe cuánto tendría que haber esperado a tu próxima aparición.
–Puedes pedirle al director –dijo Barnabás– que me envíe regularmente a las horas que tú indiques.
–Tampoco eso sería suficiente –dijo K–, tal vez no quiera decir nada en todo un año, pero un cuarto de hora después de tu partida se me puede ocurrir algo inaplazable.
–¿Debo comunicar entonces a la dirección –dijo Barnabás– que entre ella y tú establezca otra conexión además de la mía?
–No, no –dijo K–, de ningún modo, menciono este asunto sólo de

pasada, esta vez he tenido suerte y he logrado alcanzarte.
–¿Quieres que regresemos a la posada –dijo Barnabás– para que me puedas dar allí el nuevo mensaje?
Ya había dado un paso en dirección a la posada.
–Barnabás –dijo K–, no es necesario, te acompañaré un poco.
–¿Por qué no quieres ir a la posada? –preguntó Barnabás.
–La gente me molesta allí –dijo K–. Ya has visto la impertinencia de los campesinos.
–Podemos ir a tu habitación –dijo Barnabás.
–Es la habitación de las criadas –dijo K–, sucia y mal ventilada, para no quedarme allí quería acompañarte un poco, sólo tienes que dejar –añadió K para superar definitivamente sus dudas– que me apoye en ti, tú caminas con más seguridad.
Y K se cogió de su brazo. Había una profunda oscuridad, no veía su rostro, su figura era imprecisa, ya con anterioridad había intentado Palpar su brazo.
Barnabás cedió y se alejaron de la posada. Sin embargo, K sintió que él, a pesar del gran esfuerzo, no era capaz de mantener el paso de Barnabás, que impedía la libertad de sus movimientos y que incluso en circunstancias normales todo tenía que fracasar por ese detalle, y precisamente en una de las callejuelas como aquella en la que K se había hundido en la nieve por la mañana y de la que sólo podría salir llevado por Barnabás. Pero alejó esas preocupaciones y se consoló con el silencio de Barnabás; si continuaban en silencio, entonces seguir caminando podría constituir también para Barnabás la finalidad de su compañía.
Avanzaron, pero K no sabía en qué dirección, no podía reconocer nada, ni siquiera sabía si ya habían pasado la iglesia. Debido al esfuerzo que le causaba el simple hecho de caminar, ocurrió que no podía dominar sus pensamientos. En vez de permanecer fijos en su objetivo, se confundían. Una y otra vez emergió su lugar de origen y los recuerdos de él le colmaron. También allí había una iglesia en la plaza principal, en parte estaba rodeada por un viejo cementerio y éste a su vez por un elevado muro. Pocos niños habían escalado ese muro, tampoco K había sido capaz de escalarlo. No les impulsaba la curiosidad, el cementerio ya no tenía para ellos ningún secreto, muchas veces habían entrado por su puerta enrejada, era el elevado muro lo que querían superar. Una mañana –la plaza, silenciosa y vacía, estaba inundada de luz, K nunca la había visto así y jamás la volvería a ver–, le resultó sorprendentemente fácil; en un lugar donde otras veces había fracasado con frecuencia, escaló el muro a la primera con una bandera entre los dientes. Aún se desprendían piedras bajo él cuando ya estaba

arriba. Desenrolló la bandera, el viento desplegó el paño, miró hacia abajo y a su alrededor, también sobre el hombro hacia las cruces hundidas en la tierra, nadie estaba en ese momento y allí más alto que él. Casualmente pasó el maestro, obligó a K a bajar con una mirada enojada y, al saltar, K se lesionó en la rodilla; sólo con esfuerzo pudo regresar a casa, pero había estado en el muro, el sentimiento de esa victoria le proporcionó seguridad para una larga vida, lo que no era del todo absurdo, pues ahora, después de muchos años, vino en su ayuda en la noche nevada caminando del brazo de Barnabás.

Se sujetó a él con más fuerza, Barnabás casi le arrastraba, el silencio no se interrumpió; del camino K sólo sabía que por el estado de la calle no se habían desviado hacia una de esas callejuelas laterales. Se alabó por no detenerse debido a la dificultad del camino o a la preocupación de tener que regresar; para que, finalmente, le arrastrasen, aún alcanzarían sus fuerzas. ¿Podía ser el camino infinito? Durante el día el castillo se había presentado ante él como un fácil objetivo y el mensajero conocía con toda seguridad el camino más corto.

Entonces Barnabás se detuvo. ¿Dónde estaban? ¿No se podía seguir? ¿Se despediría Barnabás de K? No le sería posible, K se sujetaba con tal fuerza del brazo de Barnabás que casi le hacía daño. ¿O podía haber ocurrido lo increíble y se encontraban ya en el castillo o ante sus puertas? Sin embargo, por lo que K sabía, no habían ascendido en ningún momento. ¿O Barnabás le había conducido por un camino que subía imperceptiblemente?

–¿Dónde estamos? –preguntó K en voz baja, más a él mismo que al otro.

–En casa –respondió Barnabás de la misma manera.

–¿En casa?

–Ahora ten cuidado, no vayas a resbalar. El camino desciende.

–¿Desciende?

–Sólo son unos pasos –añadió, y ya estaba llamando a una puerta.

Abrió una joven, se encontraban ante el umbral de una gran sala, casi en plena oscuridad, pues sólo brillaba una diminuta lámpara de aceite sobre una mesa en la parte trasera de la izquierda.

–¿Quién viene contigo, Barnabás? –preguntó la muchacha.

–El agrimensor –dijo él.

–El agrimensor –repitió ella en voz alta mirando hacia la mesa. A continuación, se levantaron de allí dos ancianos, hombre y mujer, y otra joven. Saludaron a K, Barnabás le presentó a todos, eran sus padres y sus hermanas Olga y Amalia. K apenas se fijó en ellos, le quitaron la chaqueta empapada para secarla en la calefacción y K dejó que lo hicieran.

Así pues, no ellos, sino Barnabás era quien estaba en su casa. Pero, ¿por qué estaban allí? K se llevó a Barnabás aparte y dijo:
–¿Por qué has venido a tu casa? ¿O es que vivís en el recinto del castillo?
–¿En el recinto del castillo? –repitió Barnabás, como si no comprendiese a K.
–Barnabás –dijo K–, tú querías ir de la posada al castillo.
–No, señor –dijo Barnabás–, yo quería ir a casa, al castillo iré por la mañana temprano, nunca duermo allí.
–Así que –dijo K– no querías ir al castillo, sólo aquí –su sonrisa le pareció lánguida, su apariencia deslucida–. ¿Por qué no me has dicho nada?
–No me has preguntado –dijo Barnabás–. Querías darme un mensaje, pero ni en la taberna ni en tu habitación, entonces pensé que me lo podrías dar en casa de mis padres sin que nadie te molestase; se alejarán en seguida, si se lo ordenas, también podrías pernoctar aquí si esto te gusta más. ¿No he hecho bien?
K no pudo responder. Había resultado ser un malentendido, un vulgar y banal malentendido y K se había abandonado a él. ¿Se había dejado encantar por la chaqueta sedosa, brillante y ajustada de Barnabás, que éste ahora se desabrochaba y debajo de la cual aparecía una camisa basta, de un color gris sucio, llena de remiendos sobre el poderoso y anguloso pecho de un siervo? Y todo lo que le rodeaba no sólo estaba en sintonía con eso, sino que llegaba a superarlo: el viejo padre gotoso, que avanzaba más gracias a sus manos que a sus piernas rígidas; la madre con las manos dobladas en el pecho que, debido a su volumen sólo podía dar pasos minúsculos; los dos, el padre y la madre, habían abandonado su esquina desde que K había entrado y aún no le habían alcanzado. Las hermanas, rubias, muy similares y también parecidas a Barnabás, pero con rasgos más duros que él, jóvenes altas y fuertes, rodeaban a los recién llegados y esperaban de K algunas palabras de saludo, él, sin embargo, no podía decir nada, había creído que en aquel pueblo todos tenían importancia para él y así era, sólo esa gente no le importaba en lo más mínimo. Si hubiese sido capaz de regresar solo a la posada, se habría ido en seguida. La posibilidad de ir con Barnabás por la mañana temprano al castillo no le tentaba. Ahora, en la noche, inadvertido, habría querido penetrar en el castillo, conducido por Barnabás, pero con el Barnabás que se le había aparecido al principio, un hombre que le estaba más próximo que cualquier otro de los que había visto allí hasta entonces, y del que había creído al mismo tiempo que poseía estrechas conexiones con el castillo que iban más allá de su rango visible. Sin embargo, con el hijo de esa familia, a la que

pertenecía por completo y con la que ya estaba sentado a la mesa, con un hombre que significativamente ni siquiera podía dormir en el castillo, era imposible ir al castillo en pleno día y cogido de su brazo, era un intento ridículo y desesperado.

K se sentó en un banco situado debajo de una ventana, decidido a pasar allí la noche y a no reclamar de la familia ningún otro servicio. La gente del pueblo, que le había echado o que tenía miedo de él, le parecía menos peligrosa, pues le impulsaba a depender de sí mismo, le ayudaba a mantener concentradas sus fuerzas; esos ayudantes aparentes, sin embargo, que en vez de al castillo le conducían, gracias a una pequeña mascarada, a su familia, le apartaban de su camino; lo quisieran o no, trabajaban en la destrucción de sus fuerzas. Ignoró una llamada de invitación procedente de la mesa familiar, permaneciendo en el banco con la cabeza hundida.

En ese instante se levantó Olga, la más afable de las hermanas y, mostrando una huella de confusión juvenil, se acercó a K y le pidió que le acompañase a la mesa, en ella habían dispuesto pan y tocino e iría a traer cerveza.

–¿De dónde? –preguntó K.

–De la posada –dijo ella.

Eso le convenía a K. Le pidió que no trajera cerveza pero que le acompañara hasta la posada, pues aún tenía importantes trabajos que concluir. Sin embargo, resultó que no quería ir tan lejos, a su posada, sino a otra más cercana, a la señorial. A pesar de ello, K le pidió que le dejara acompañarla; tal vez, pensó, podría encontrar allí una posibilidad para pernoctar; en todo caso lo habría preferido a la mejor cama en esa casa. Olga no respondió en seguida, se limitó a mirar hacia la mesa. El hermano se había levantado, asintió con la cabeza y dijo:

–Si el señor así lo desea.

Con ese consentimiento, K casi estuvo a punto de retirar su petición, pues sólo podía consentir algo carente de valor. Pero cuando a continuación se habló sobre la posibilidad de que la posada admitiese a K y todos dudaron, insistió en ir sin ni siquiera hacer el esfuerzo de fundamentar razonablemente su petición; esa familia tenía que aceptarle tal como era: en cierto modo no sentía ninguna vergüenza ante ellos. Sólo le desconcertaba un poco Amalia con su mirada seria, directa e impávida, quizá también algo abúlica.

Durante el corto camino a la posada –K se asió del brazo de Olga y ella le arrastró, no podía ayudarse de otra manera, como lo había hecho su hermano–, supo que esa posada sólo estaba destinada a los señores del castillo, que allí podían comer o incluso pernoctar cuando tenían algo

que hacer en el pueblo. Olga habló con K en voz baja y confidencial: era agradable ir con ella, casi como con su hermano; K se resistió a esa sensación de bienestar, pero terminó plegándose a ella.
La posada era exteriormente muy similar a la posada en que K vivía; en el pueblo no había grandes diferencias externas, pero sí que podían advertirse en seguida pequeñas: la escalera de entrada, por ejemplo, tenía una barandilla, habían fijado un pequeño farol sobre la puerta, cuando entraron ondeó un paño sobre sus cabezas, era una bandera con los colores condales. En el pasillo les salió al encuentro el posadero, que al parecer se encontraba realizando una ronda de inspección; con los ojos pequeños, examinadores o somnolientos, no se sabía muy bien, miró fugazmente a K y dijo:
–El señor agrimensor sólo puede llegar hasta el despacho de venta de consumiciones.
–Claro –dijo Olga, intercediendo en seguida–, sólo me acompaña.
K, sin embargo, desagradecido, se desprendió de Olga y se apartó con el posadero. Olga, mientras tanto, esperó pacientemente al final del pasillo.
–Desearía pernoctar aquí –dijo K.
–Por desgracia, eso es imposible –dijo el posadero–. Parece desconocer que la casa está exclusivamente destinada a los señores del castillo.
–Eso lo puede decir el reglamento –dijo–, pero tiene que ser posible dejarme dormir en algún rincón.
–Me encantaría poder satisfacer su deseo –dijo el posadero–, pero aparte de la severidad del reglamento, del que usted habla como un forastero, su deseo resulta imposible de cumplir porque los señores son extremadamente sensibles; estoy convencido de que son incapaces, al menos tomándolos desprevenidos, de soportar la mirada de un extraño; si yo le dejase dormir aquí y por una casualidad –y las casualidades siempre se producen del lado de los señores– le descubrieran, no sólo estaría yo perdido, también usted lo estaría.
Sonaba ridículo, pero era cierto. Ese señorón, abotonado hasta el cuello, que, con una mano apoyada en la pared y la otra en la cadera, con las piernas cruzadas y un poco inclinado hacia K, le hablaba en confianza, parecía no pertenecer al pueblo, por más que su oscuro traje tuviese un aspecto solemne y pueblerino.
–Le creo perfectamente –dijo K– y tampoco menosprecio la importancia del reglamento: he debido de expresarme con imprecisión. Sólo quiero llamarle la atención sobre algo, en el castillo tengo valiosas conexiones y las tendré aún más valiosas, las cuales le aseguran contra todo peligro que pudiese ocasionar mi estancia aquí y le garantizo que estoy en condiciones de agradecerle con creces un pequeño favor.

–Lo sé –dijo el posadero, y repitió una vez más–: Eso lo sé.
Ahora K tendría que haber expresado su deseo con más intensidad, pero precisamente esa respuesta del posadero le confundió, por eso se limitó a preguntar:
–¿Pernoctan hoy aquí muchos señores del castillo?
–En ese aspecto ésta es una noche ventajosa –dijo el posadero tentador en cierta manera–, sólo se queda un señor.
K no podía seguir insistiendo, pero tenía la esperanza de que lo admitiesen, así que preguntó por el nombre del huésped.
–Klamm –dijo el posadero de pasada, mientras se volvía hacia su esposa que apareció en ese momento con un vestido extrañamente envejecido y usado, lleno de arrugas y pliegues, pero de un estilo fino, de la ciudad. Quería llevarse al posadero, pues el señor director deseaba algo. Pero antes de irse, el posadero se volvió hacia K, como si no fuese él sino K quien tuviese que decidir sobre la posibilidad de pernoctar allí. K, sin embargo, no pudo decir nada; precisamente la circunstancia de que se hallase allí su superior lo había desconcertado; sin poder aclarárselo a él mismo, no se sentía tan libre ante Klamm como frente al castillo; ser descubierto por él no habría supuesto un susto en el sentido del posadero, pero sí una situación desagradable, algo así como si le ocasionase algún dolor a alguien a quien le debía agradecimiento; al mismo tiempo le oprimió severamente advertir que en esa irresolución se mostraban las temidas consecuencias de ser un subordinado, un trabajador, y que no era capaz, ni siquiera allí, donde surgían, de luchar con ellas hasta eliminarlas. Permaneció de pie, se mordió los labios y no dijo nada. Una vez más, antes de que el posadero desapareciese por una puerta, éste le miró y K le devolvió la mirada, pero no se movió de su sitio hasta que Olga vino y se lo llevó.
–¿Qué querías del posadero? –preguntó Olga.
–Quería pasar aquí la noche –dijo K.
–Pero si vas a pernoctar en nuestra casa –dijo Olga maravillada.
–Sí, claro –dijo K, y le confió la interpretación de esas palabras.

CAPÍTULO III

Donde se servían las bebidas, en una habitación grande, vacía en el centro, se sentaban cerca de la pared, al lado de barriles y sobre ellos, algunos campesinos, que, sin embargo, presentaban un aspecto diferente a los de la posada de K. Eran más limpios y uniformes, vestidos con un paño basto de color amarillo grisáceo, las chaquetas eran holgadas, los pantalones ceñidos. Eran hombres pequeños, a primera vista muy parecidos, con rostros angulosos y planos, pero al

mismo tiempo de mejillas redondeadas. Todos parecían tranquilos y apenas se movían, sólo con la mirada perseguían a los que habían entrado, pero lentamente y con actitud indiferente. Sin embargo, como eran tantos y reinaba tanto silencio, ejercieron en K cierto efecto. Volvió a tomar el brazo de Olga para así aclarar a aquellos hombres su presencia. En una esquina se levantó un hombre, un conocido de Olga, y quiso aproximarse a ella, pero K la obligó a volverse en otra dirección con el brazo con el que se apoyaba. Nadie salvo Olga lo pudo notar; ella lo toleró con una sonriente mirada de soslayo.

Una jovencita de nombre Frieda les sirvió la cerveza. Una pequeña, rubia e insignificante muchacha, con rasgos tristes y mejillas hundidas, que, sin embargo, sorprendía por su mirada, una mirada de especial superioridad. Cuando esa mirada recayó en K, le pareció como si esos ojos hubiesen solucionado ya asuntos que le concernían y cuya existencia ni siquiera conocía, pero de cuya existencia esa mirada le convenció. K no dejó de mirar de reojo a Frieda, tampoco cuando habló con Olga. No parecían ser amigas, sólo intercambiaron algunas palabras indiferentes. K quiso contribuir algo a la conversación y preguntó cuando menos se esperaba:

–¿Conoce al señor Klamm?

Olga se rió.

–¿Por qué te ríes? –preguntó K enojado.

–Pero si no me río –dijo, y siguió riéndose.

–Olga es aún una joven muy infantil –dijo K, y se inclinó sobre el mostrador para atraer una vez más la mirada fija de Frieda.

Sin embargo, ella la mantuvo baja y dijo en voz baja:

–¿Quiere ver al señor Klamm?

K se lo pidió. Ella señaló hacia una puerta situada a la izquierda, cerca de donde se encontraban.

Allí hay un pequeño agujero, puede mirar a través de él.

–¿Y esta gente? –preguntó K.

Ella levantó el labio inferior y se llevó a K hacia la puerta con una mano increíblemente suave. A través del agujero, que se había realizado ostensiblemente con objeto de observar, pudo abarcar casi toda la habitación. A un escritorio en el centro de la habitación, en un redondo y cómodo sillón, estaba sentado el señor Klamm iluminado intensamente por una bombilla que colgaba ante él. Era un hombre de mediana estatura, gordo y torpe. El rostro aún estaba terso, pero las mejillas caían un poco por efecto de la edad. Lucía un largo bigote. Unos quevedos torcidos que reflejaban la luz ocultaban sus ojos. Si el señor Klamm hubiese estado sentado completamente frente a la mesa, K sólo habría podido ver su perfil, pero como había adoptado una

posición oblicua, le podía ver toda la cara. Klamm apoyaba el codo izquierdo en la mesa; la mano derecha, que sostenía un cigarro, descansaba sobre la rodilla. Sobre la mesa había una jarra de cerveza; como el borde de la mesa estaba elevado, K no pudo ver bien si allí había documentos, a él le parecía que estaba vacía. Para mayor seguridad le pidió a Frieda que mirase por el agujero y que le informase. Como ella había estado hacía poco en la habitación, pudo confirmarle sin más que no había ningún escrito. K le preguntó a Frieda si ya tenía que irse, pero ella le dijo que podía seguir mirando todo el tiempo que quisiese. K se había quedado solo con Frieda. Olga, como comprobó fugazmente, había encontrado el camino hacia su conocido, estaba sentada sobre un barril y pataleaba.

–Frieda –dijo K con un susurro–, ¿conoce bien al señor Klamm?
–Ah, sí, muy bien –dijo.
Se inclinó hacia K y arregló con actitud juguetona su blusa color crema que, como ahora comprobaba K, era ligeramente escotada y colgaba de su pobre cuerpo como algo ajeno. Entonces ella dijo:
–¿No se acuerda de la risa de Olga?
–Sí, la muy malcriada –dijo K.
–Bien –dijo ella reconciliadora–, había motivos para reírse, usted preguntó si yo conocía a Klamm, y soy... –aquí se enderezó involuntariamente y volvió a dirigir su mirada victoriosa hacia K, aunque no guardase ninguna relación con lo que se estaba hablando–, soy su amante.
–La amante de Klamm –dijo K.
Ella asintió con la cabeza.
–Entonces usted es para mí –dijo K sonriendo para que no hubiese demasiada seriedad entre ellos– una persona muy respetable.
–No sólo para usted –dijo Frieda amigablemente, pero sin imitar su sonrisa.
K tenía un remedio contra su altanería y lo empleó, al preguntarle:
–¿Ha estado alguna vez en el castillo?
Pero no resultó, porque ella respondió:
–No, pero ¿acaso no es suficiente con estar aquí en el despacho de bebidas?
Era evidente que su orgullo se había desbordado y precisamente quería cebarse en K.
–Cierto –dijo K–, aquí, en la taberna, usted desempeña las funciones del posadero.
–Así es –dijo ella–, y comencé como criada en la posada del puente.
–Con esas manos tan suaves –dijo K con un tono medio interrogativo y

no supo si se limitaba a lisonjear o realmente había sido obligado por ella a hacerlo. Sus manos, sin embargo, eran realmente pequeñas y suaves, aunque también podría haberse dicho que eran delgadas e indiferentes.
–Nadie se ha fijado nunca en ellas –dijo ella–, ni siquiera ahora…
K la miró con actitud interrogadora, ella sacudió la cabeza y no quiso seguir hablando.
–Usted tiene, naturalmente –dijo K–, sus secretos y no hablará de ellos con alguien a quien sólo conoce desde hace una hora y que aún no ha tenido la oportunidad de contarle cuál es su situación.
Ésa fue, como se demostró en seguida, una indicación inadecuada, era como si hubiese despertado a Frieda de una agradable ensoñación, ella sacó de su cartera de piel, que colgaba de su cinturón, un trozo de madera y tapó con él el agujero en la pared, a continuación, y para ocultar su cambio de humor, le dijo visiblemente forzada:
–En lo que a usted concierne, lo sé todo, usted es el agrimensor.
Después de una pausa añadió:
Ahora tengo que trabajar.
Y ocupó su puesto detrás del mostrador, mientras entre la gente se levantaba de vez en cuando alguno para que ella le llenase la jarra vacía. K quería volver a hablar con ella de forma discreta, así que tomó una jarra vacía de un estante y se aproximó a ella.
–Sólo una cosa más, señorita Frieda –dijo–. Resulta extraordinario, y se necesita una gran energía para ascender de criada a camarera, pero ¿se puede decir que una persona así ha alcanzado ya su meta? Ésta es una pregunta absurda. En sus ojos, y no se ría de mí, señorita Frieda, no habla tanto la lucha pasada como la futura. Pero las resistencias del mundo son grandes, se tornan más grandes cuanto más grandes son los objetivos, y no supone ninguna vergüenza asegurarse la ayuda de un hombre sin influencia pero igual de combativo. Tal vez podamos hablar con tranquilidad, no aquí, donde se fijan en nosotros tantas miradas.
–No sé qué pretende usted –dijo, y en el tono esta vez, contra su voluntad, no parecían reflejarse las victorias de su vida, sino las infinitas decepciones–. ¿Acaso desea separarme de Klamm?
–¡Cielo santo! Me ha leído el pensamiento –dijo K cansado de tanto recelo–. Precisamente ésa era mi intención secreta. Usted debería abandonar a Klamm y ser mi amante. Y ahora ya me puedo ir. ¡Olga! –exclamó K–. Nos vamos a casa.
Obediente, Olga descendió del barril, pero no pudo desembarazarse en seguida de los amigos que la rodeaban. Entonces dijo Frieda en voz baja, mirando a K con un aire amenazador:

–¿Cuándo puedo hablar con usted?
–¿Puedo pernoctar aquí? –preguntó K.
–Sí –dijo Frieda.
–¿Puedo permanecer aquí?
–Salga con Olga para que me deshaga de la gente. Después de un rato puede volver.
–Bien –dijo K, y esperó impaciente a Olga.
Pero los campesinos no la dejaban, habían inventado un baile cuya protagonista era Olga; danzaban a su alrededor en corro y al lanzar un grito común salía uno del corro, aferraba la cadera de Olga con una mano y la remolineaba; el corro giraba cada vez más deprisa, los gritos, como resuellos hambrientos, se tornaron paulatinamente en uno solo; Olga, que al principio había querido romper el corro sonriente, se tambaleaba de mano en mano con el pelo suelto.
–Ésa es la gentuza que me envían –dijo Frieda, y se mordió con ira sus finos labios.
–¿Quiénes son? –preguntó K.
–Los criados de Klamm –dijo Frieda–; una y otra vez los trae consigo y su presencia me trastorna. Apenas sé de qué he hablado hoy con usted, señor agrimensor, si fue de algo malo, perdóneme, la presencia de esa gente es la culpable: es lo más despreciable y repugnante que conozco y a ellos les tengo que servir cerveza. Cuántas veces le he tenido que pedir a Klamm que los envíe a casa; si tengo que soportar a los criados de otros señores, al menos podría tener consideración conmigo, pero todo ha sido en vano, una hora antes de su llegada se abalanzan como el ganado en el establo. Pero ahora deben irse realmente al establo, que es el sitio al que pertenecen. Si usted no estuviese aquí, abriría violentamente la puerta y el mismo Klamm tendría que sacarlos de esta habitación.
–Pero, ¿no los oye? –preguntó K.
–No –dijo Frieda–, duerme.
–¿Cómo? –exclamó K–. ¿Duerme? Cuando miré en la habitación aún estaba despierto y sentado a la mesa.
–Así se sienta siempre –dijo Frieda–, también cuando usted le vio estaba durmiendo. ¿Le hubiera dejado mirar en otro caso? Ésa era su posición para dormir, los señores duermen mucho, apenas se puede comprender. Por lo demás, si no durmiese tanto, ¿cómo podría soportar a esa gente? Pero ahora tendré que expulsarlos de aquí yo misma. Cogió un látigo de una esquina y se acercó con un único salto, elevado y algo inseguro, a los danzantes. Primero se volvieron hacia ella como si fuese una nueva danzarina y, efectivamente, en un primer instante pareció como si Frieda quisiese dejar caer el látigo, pero lo volvió a

alzar.
–¡En el nombre de Klamm –gritó–, al establo, todos al establo!
Entonces comprobaron que iba en serio; con un miedo incomprensible para K comenzaron a aglomerarse en la parte trasera, con el golpe del primero se abrió una puerta, el aire nocturno penetró en la habitación, y todos desaparecieron con Frieda, que al parecer los llevó por el patio hasta el establo. Pero en el silencio repentino que invadió la sala, K oyó pasos en el pasillo. Para protegerse saltó detrás del mostrador, era el único lugar donde podía esconderse; aunque no le estaba prohibido permanecer en esa zona, quería pernoctar allí, así que debía evitar que le vieran. Cuando la puerta se abrió, se deslizó en el interior. Que le descubriesen allí no dejaba de ser peligroso, en todo caso la excusa de que se había escondido allí de la furia de los campesinos no era inverosímil. Era el posadero.
–¡Frieda! –gritó, y se paseó varias veces por la habitación. Afortunadamente, Frieda regresó pronto y no mencionó a K, sólo se quejó de los campesinos y se dirigió al mostrador con la intención de encontrar a K, allí pudo K rozar su pie y a partir de ese momento se sintió seguro. Como Frieda no mencionó a K, al cabo tuvo que hacerlo el posadero.
–Y ¿dónde está el agrimensor? –preguntó.
Era un hombre cortés y bien educado por el trato duradero y relativamente libre con personas muy superiores a él, pero con Frieda hablaba empleando un tono especialmente respetuoso, que llamaba la atención porque, a pesar de ello, en la conversación no dejaba de ser el empleador frente a su empleada, además frente a una empleada bastante audaz.
–He olvidado por completo al agrimensor –dijo Frieda, y puso su pequeño pie en el pecho de K–. Se ha debido de ir hace tiempo.
–Pero yo no le he visto –dijo el posadero– y he estado casi todo el tiempo en el pasillo.
Aquí no está –dijo Frieda con indiferencia.
–A lo mejor se ha escondido –dijo el posadero–, después de la impresión que me ha dejado, le considero capaz de eso y de otras cosas.
–No creo que tenga esa osadía –dijo Frieda, y presionó aún más su pie contra K.
Había algo alegre y libre en su ser que K no había advertido antes y ese rasgo se apoderó increíblemente de ella cuando de repente, y riéndose, dijo:
–A lo mejor está escondido aquí debajo –se agachó hacia K y lo besó fugazmente para levantarse al instante y decir con un tono triste:

–No, no está aquí.
Pero también el posadero dio motivo de sorpresa cuando dijo:
–Para mí es muy desagradable no poder decir con seguridad que se ha ido. No sólo se trata del señor Klamm, sino del reglamento. Pero el reglamento, señorita Frieda, me afecta a mí tanto como a usted. Usted se hace responsable de esta sala, yo mismo registraré el resto de la casa. ¡Buenas noches! ¡Que duerma bien!
Aún no había salido de la habitación, cuando Frieda apagó la luz y ya estaba al lado de K debajo del mostrador.
–¡Amado mío! ¡Mi dulce amado! –susurró, pero ni siquiera rozó a K, como inconsciente de amor yacía sobre la espalda con los brazos extendidos; el tiempo era infinito para su amor afortunado y suspiró, más que cantó, una canción. Luego se sobresaltó, pues K estaba sumido en sus pensamientos, y comenzó a arrastrarse hacia él como si fuera una niña:
–Ven, aquí se asfixia uno.
Se abrazaron, el pequeño cuerpo ardía en las manos de K, rodaron sumidos en una inconsciencia de la que K intentó en vano liberarse; unos metros más allá chocaron con la puerta de Klamm provocan do un ruido sordo y allí yacieron sobre un charco de cerveza y rodeados de otra basura de la que el suelo estaba cubierto. Allí transcurrieron horas, horas de un aliento común, de latidos comunes, horas en las que K tuvo la sensación de perderse o de que estaba tan lejos en alguna tierra extraña como ningún otro hombre antes que él, una tierra en la que el aire no tenía nada del aire natal, en la que uno podía asfixiarse de nostalgia y ante cuyas disparatadas tentaciones no se podía hacer otra cosa que continuar, seguir perdiéndose. Y para él, al menos en un principio, no supuso ningún susto, sino un consolador amanecer, cuando alguien llamó a Frieda desde la habitación de Klamm con una voz profunda, entre indiferente y autoritaria.
–Frieda –dijo K en el oído de Frieda y transmitió la llamada.
Con una obediencia innata Frieda quiso levantarse de un salto, pero entonces se acordó de dónde estaba, se estiró, rió en silencio y dijo:
–No, no iré, nunca más iré con él.
K quiso contradecirla, quiso impulsarla a que fuese con Klamm, comenzó a buscar con ella los restos de su blusa, pero no pudo decir nada, estaba demasiado feliz de tener a Frieda en sus brazos, demasiado feliz y a un mismo tiempo asustado, pues le parecía que si Frieda le abandonaba, le abandonaba todo lo que tenía. Y como si Frieda se hubiese fortalecido con la aquiescencia de K, golpeó con su puño en la puerta y gritó:
–¡Estoy con el agrimensor! ¡Estoy con el agrimensor!

Entonces Klamm se calló. Pero K se levantó, se arrodilló junto a Frieda y miró a su alrededor en la penumbra del amanecer.
¿Qué había ocurrido? ¿Dónde estaban sus esperanzas? ¿Qué podía esperar de Frieda que había traicionado todo? En vez de avanzar con la mayor precaución como correspondía a la magnitud del enemigo y del objetivo, se había solazado allí durante toda la noche sobre restos de cerveza, cuyo olor llegaba a aturdir.
–¿Qué has hecho? –dijo ante sí–. Estamos perdidos.
–No –dijo Frieda–, sólo yo estoy perdida, pero te he ganado a ti. Tranquilízate, pero escucha cómo se ríen los dos.
–¿Quién? –preguntó K, y se volvió.
En el mostrador estaban sentados sus dos ayudantes, un poco somnolientos, pero alegres: era la alegría que da el fiel cumplimiento del deber.
–¿Qué queréis aquí? –gritó K como si fuesen culpables de todo, y buscó a su alrededor el látigo que Frieda había tenido por la noche.
–Teníamos que buscarte –dijeron los ayudantes–, como no regresaste con nosotros a la posada, te buscamos en casa de Barnabás y finalmente te encontramos aquí: hemos estado aquí sentados toda la noche. El trabajo no es fácil.
–Os necesito durante el día, no por la noche –dijo K–. ¡Largaos de aquí!
–Ya es de día –dijeron, y no se movieron.
Realmente era de día, las puertas del patio se abrieron, los campesinos inundaron la sala con Olga, a la que K había olvidado por completo. Olga estaba animada como por la noche, por más que su pelo y su vestido estuviesen desordenados; sus ojos buscaron a K desde que apareció en la puerta.
–¿Por que no viniste a casa conmigo? –dijo ella casi llorando–. ¡Por una criada como ésa! –y repitió esa exclamación varias veces.
Frieda, que había desaparecido por un instante, regresó con un hatillo. Olga se apartó con tristeza.
Ahora ya nos podemos ir –dijo Frieda.
Era evidente que se refería a la posada del puente, ése era el lugar al que quería ir. K iba acompañado de Frieda y, a continuación, los ayudantes: ésa era la comitiva. Los campesinos mostraron desprecio por Frieda, era comprensible porque ella hasta ese momento los había dominado con severidad: uno de ellos incluso tomó un bastón e hizo como si no quisiese dejarla irse hasta que no hubiese saltado sobre él, pero su mirada bastó para ahuyentarlo. Afuera, en la nieve, K pudo respirar algo: la alegría de estar al aire libre era tan grande que esta vez le pareció soportable la dificultad del camino, aunque si K hubiese

estado solo, habría ido mejor. Al llegar a la posada, se dirigió directamente a su habitación y se echó en la cama; Frieda preparó un lecho en el suelo y los ayudantes entraron en la habitación, fueron expulsados, volvieron a entrar por la ventana y K se mostró demasiado cansado para expulsarlos de nuevo. La posadera vino en persona para saludar a Frieda y fue llamada «madrecita» por ésta, se produjo un saludo efusivo incomprensible con besos y largos abrazos. En la habitación no había apenas tranquilidad, con frecuencia entraron también las criadas alborotando con sus botas masculinas ya fuese para traer o para recoger algo. Si necesitaban cualquier cosa de la cama, llena de los objetos más dispares, no dudaban en sacarlas sin consideración a K. A Frieda la saludaron como si fuese una de ellas. A pesar de todas esas molestias, K permaneció en cama durante todo el día y la noche. De vez en cuando Frieda le tendía la mano. Cuando finalmente se levantó al día siguiente, recuperado por el descanso, ya era su cuarto día en el pueblo.

CAPÍTULO IV

Le habría gustado hablar confidencialmente con Frieda, pero los ayudantes, con quienes, por lo demás, Frieda reía y bromeaba de vez en cuando, se lo impedían con su impertinente presencia. Desde luego no se podía decir que fuesen exigentes, se habían instalado en el suelo, sobre dos faldas viejas; su ambición, como le repitieron a Frieda, consistía en no molestar a K y en ocupar el mínimo espacio posible; a este respecto, si bien es cierto que sin dejar de susurrar y soltar risitas medio ahogadas, doblaban brazos y piernas, se acurrucaban el uno junto al otro y en la penumbra sólo se veía un gran ovillo. Sin embargo, se apreciaba muy bien que con la luz del día se convertían en observadores atentos, siempre mirando fijamente a K, ya fuese empleando sus manos como telescopios al igual que los niños en sus juegos y realizando otras cosas absurdas, o sólo parpadeando mientras parecían ocupados en el cuidado de sus barbas, a las que atribuían una gran importancia, comparándolas innumerables veces en su longitud y densidad y dejando que Frieda las juzgase. K miraba frecuentemente desde su cama con completa indiferencia los manejos de los tres.
Cuando se sintió lo suficientemente fuerte para abandonar la cama, los tres se apresuraron a servirle. No obstante, aún no estaba tan fuerte como para poderse defender de su celo, notó que por ello se veía sometido a cierta dependencia que podía tener consecuencias perjudiciales, pero no tenía más remedio que dejarlo estar. Tampoco fue muy desagradable tomarse en una mesa bien puesta el buen café

que Frieda había traído, calentarse al lado de la calefacción que Frieda había encendido, hacer que los ayudantes impulsados por su celo e ineptitud bajasen y subiesen las escaleras diez veces para traer agua, jabón, un peine y un espejo, y, una última vez, porque K había expresado el deseo en voz baja de querer un vasito de ron.

En medio de todo ese ordenar y servir, K, más como resultado de su bienestar que de la esperanza de éxito, dijo:

–Salid ahora los dos, por el momento no necesito nada y quiero hablar a solas con la señorita Frieda.

Y cuando no vio en sus rostros ninguna señal de resistencia, aún les dijo para resarcirlos:

–Luego nos iremos los tres a ver al alcalde, me podéis esperar abajo en la taberna.

Por extraño que parezca le obedecieron, sólo que antes de salir dijeron:

–También podríamos esperar aquí.

K respondió:

–Lo sé, pero no quiero.

A K le pareció enojoso, aunque también, en cierto sentido, favorable, que Frieda (quien, una vez que habían salido los ayudantes, se había sentado sobre las rodillas de K), le dijese:

–¿Qué tienes, cariño, contra los ayudantes? Ante ellos no debemos tener ningún secreto. Son fieles.

–¡Ah!, conque fieles –dijo K–, me espían continuamente, su conducta es absurda y repugnante.

–Creo entenderte –dijo ella, se colgó de su cuello y quiso decir algo más pero no pudo seguir hablando y, como el sillón estaba cerca de la cama, oscilaron sobre ella y cayeron. Allí yacieron, pero no tan entregados como la noche anterior. Ella buscaba algo y él buscaba algo, furiosos, dibujándose extrañas muecas en sus rostros; buscaban horadando el pecho del otro con la cabeza, y sus abrazos y sus cuerpos violentamente entrelazados no les hacían olvidar, sino que les recordaban el deber de buscar; como perros desesperados que escarban en el suelo, así escarbaban en sus cuerpos e, irremediablemente decepcionados, para sacar algún resto más de felicidad, deslizaron sus lenguas por el rostro ajeno. Sólo el cansancio logró calmarlos y que se mostrasen mutuamente agradecidos. Entonces llegaron las criadas.

–Mira cómo están echados ahí –dijo una de ellas, y arrojó un trapo sobre ellos por compasión.

Cuando más tarde K se liberó del trapo y miró a su alrededor, comprobó –no le asombró nada– que sus ayudantes volvían a estar en su esquina, amonestándose mutuamente con seriedad mientras

señalaban a K con el dedo y le saludaban, pero, además, la posadera estaba sentada al lado de la cama y remendaba un calcetín, una pequeña labor que no se compaginaba con su figura enorme que casi oscurecía la habitación.
–Estoy esperando desde hace tiempo –y alzó su rostro ancho y surcado de arrugas, aunque en general daba la extraña sensación de ser liso y quizá, en otro tiempo, hermoso. Las palabras sonaron como un reproche, un reproche inconveniente, pues K no había solicitado que acudiese. Se limitó a constatar con la cabeza sus palabras y se incorporó. También Frieda se levantó, pero abandonó a K y se apoyó en el sillón donde estaba sentada la posadera.
–Señora posadera –dijo K distraído–, ¿no puede esperar eso que me quiere decir hasta que regrese de ver al alcalde? Tengo una importante entrevista con él.
–Esto es más importante, créame señor agrimensor –dijo la posadera–, allí se trata probablemente sólo de un trabajo, aquí de un ser humano, de Frieda, mi querida sirvienta.
–¡Ah, ya! –dijo K–, entonces no entiendo por qué no nos deja ese asunto a nosotros dos.
–Por amor e inquietud –dijo la posadera, y atrajo hacia sí la cabeza de Frieda, quien, de pie, sólo llegaba al hombro de la posadera sentada.
–Como Frieda tiene tanta confianza en usted –dijo K–, no puedo hacer otra cosa. Y como Frieda ha llamado hace poco fieles a mis ayudantes, estamos entre amigos. Así que le puedo decir, señora posadera, que considero lo mejor que Frieda y yo nos casemos y, además, lo más pronto posible. Por desgracia no podré compensar a Frieda de lo que ha perdido: el puesto en la posada de los señores y la amistad de Klamm.
Frieda levantó su rostro, sus ojos estaban llenos de lágrimas, en ellos no había nada de un sentimiento de victoria.
–¿Por qué yo? ¿Por qué he sido yo la elegida?
–¿Cómo? –preguntaron K y la posadera a un mismo tiempo.
–Está confusa, pobre hija –dijo la posadera–, confusa por la coincidencia de tanta felicidad y desgracia.
Y como confirmación de esas palabras Frieda se precipitó sobre K, le besó con pasión, como si no hubiese nadie más en la habitación y cayó después de rodillas, llorando y abrazándole. Mientras acariciaba el cabello de Frieda, K preguntó a la posadera:
–¿Me da usted la razón?
–Usted es un hombre de honor –dijo la posadera, también a ella se le notaba la emoción en la voz, parecía algo decaída y respiraba con dificultad; no obstante, aún encontró la fuerza para decir:
–Ahora habrá que pensar en algunas garantías que usted debe dar a

Frieda, pues por muy grande que sea el respeto que le tengo, usted sigue siendo un forastero, no puede remitirse a nadie, su situación doméstica es aquí desconocida, así que las garantías son necesarias, eso lo comprenderá, señor agrimensor, usted mismo ha destacado lo que Frieda perderá al unirse a usted.
–Por supuesto, garantías, naturalmente –dijo K–, lo mejor es que todo se haga ante un notario, pero quizá otros organismos administrativos del condado también se inmiscuyan. Por lo demás, antes de la boda tengo un asunto que resolver. Tengo que hablar con Klamm.
–Eso es imposible –dijo Frieda, levantándose un poco y apretándose contra K–. ¡Qué ocurrencia!
–Tiene que ser –dijo K–, si me resulta imposible a mí, tendrás tú que conseguirlo.
–No puedo, K, no puedo –dijo Frieda–, Klamm no hablará nunca contigo. ¿Cómo puedes creer que Klamm hablará contigo?
–¿Hablaría contigo? –preguntó K.
–Tampoco –dijo Frieda–, ni contigo ni conmigo, eso es imposible.
Se volvió hacia la posadera con los brazos extendidos.
–Vea, señora posadera, lo que reclama.
–Usted es una persona peculiar, señor agrimensor –dijo la posadera, y K quedó horrorizado al ver cómo estaba sentada, recta, con las piernas abiertas, las poderosas rodillas marcándose en la fina falda–. Usted pide algo imposible.
–¿Por qué es imposible? –preguntó K.
–Se lo explicaré –dijo la posadera en un tono como si esa aclaración no fuese un último favor sino ya la primera pena que imponía–, estaré encantada de explicárselo. Cierto, yo no pertenezco al castillo, y soy sólo una mujer, y sólo una posadera, aquí, en una posada de última categoría –bueno, no es de última categoría, pero casi–, y así es posible que no atribuya mucha importancia a mi aclaración, pero durante toda mi vida he mantenido los ojos bien abiertos y he conocido a mucha gente y yo sola he llevado todo el peso de la economía, pues mi esposo es un buen hombre, pero no un posadero, y jamás comprenderá lo que significa asumir la responsabilidad. Usted, por ejemplo, debe a su negligencia –en aquella noche yo estaba completamente agotada que siga en el pueblo, que esté aquí sentado tan cómoda y pacíficamente en la cama.
–¿Cómo? –dijo K, despertando de su distracción, más excitado por la curiosidad que por el enojo.
–Sólo lo debe a su negligencia –exclamó una vez más la posadera señalando a K con el dedo índice.
Frieda intentó apaciguarla.

–¿Qué quieres tú? –dijo la posadera con un rápido giro de todo su cuerpo–, el señor agrimensor me ha preguntado y debo responderle. No hay otra forma de que comprenda lo que a nosotros nos resulta evidente: que el señor Klamm jamás hablará con él, pero qué digo, que jamás podrá hablar con él. Escúcheme, señor agrimensor, el señor Klamm es un señor del castillo, eso ya significa por sí mismo, al margen de su otra posición, un rango muy elevado. Pero, ¿qué es usted, cuyo consentimiento para la boda buscamos tan humildemente? Usted no pertenece al castillo, no es del pueblo, usted es un don nadie. Por desgracia, sin embargo, usted es algo: un forastero, uno que siempre resulta superfluo y siempre está en camino, uno por quien siempre se producen trastornos, por cuya causa hay que esconder a las criadas, cuyas intenciones son desconocidas, uno que ha seducido a nuestra pequeña y querida Frieda y al que hay que dársela, por desgracia, como esposa. A causa de todo esto no le hago en el fondo ningún reproche. Usted es lo que es; ya he visto mucho en mi vida como para no soportar ahora esta situación. Sin embargo, imagínese lo que está pidiendo. Un hombre como Klamm debe hablar con usted. Con dolor he oído que Frieda le ha dejado mirar por el agujero de la pared, ya cuando lo hizo había sido seducida por usted. Dígame, ¿cómo ha podido soportar la mirada de Klamm? No tiene por qué responder, lo sé, la ha soportado muy bien. Usted no es capaz de ver realmente a Klamm, esto no es envanecimiento por mi parte, pues yo tampoco soy capaz. Klamm debería hablar con usted, pero él ni siquiera habla con la gente del pueblo, nunca ha hablado con alguien del pueblo. La gran distinción de Frieda, que será mi orgullo hasta la muerte, consistía en que al menos solía pronunciar su nombre, en que ella podía dirigirle la palabra cuando quería y recibía el permiso para mirar por el agujero de la pared, pero él tampoco ha hablado con ella. Y que llamase a Frieda de vez en cuando, no debe tener el significado que a uno le gustaría atribuirle, él se limitaba a pronunciar el nombre de Frieda. Pero ¿quién conoce sus intenciones? Que Frieda, naturalmente, acudiese deprisa, era asunto suyo, y que la dejasen presentarse ante él sin oponerse, se debía a la bondad de Klamm, pero no se puede afirmar que la hubiese llamado. Ahora es cierto que todo eso se ha acabado para siempre. Tal vez Klamm vuelva a pronunciar el nombre de Frieda, es posible, pero ya no la dejarán entrar, a ella, a una muchacha que es su prometida. Y hay una cosa, una sola cosa que no comprendo con mi pobre cabeza, que una joven, de la que se decía era la amante de Klamm –dicho sea de paso, considero esta expresión algo exagerada– se dejase rozar por usted.

–Cierto, eso es extraño –dijo K, y colocó a Frieda, que se sometió con

la cabeza inclinada, sobre sus rodillas–, eso demuestra, según creo, que no toda la situación es como usted la describe. Así, por ejemplo, usted tiene razón cuando dice que yo ante Klamm soy un don nadie, y si ahora exijo hablar con Klamm y no me dejo influir por sus explicaciones, con eso aún no se ha dicho que sea capaz de soportar la mirada de Klamm sin la puerta interpuesta y que no correré en cuanto esté en su presencia. Pero ese temor, aunque fundado, para mí no supone un motivo para no aventurarme a afrontarlo. Si me resulta posible soportarlo, entonces es necesario que hable conmigo, me basta si puedo comprobar la impresión que le hacen mis palabras y si no le hacen ninguna o ni siquiera las escucha, habré sacado el beneficio de haber hablado libremente ante un poderoso. Usted, sin embargo, señora posadera, con todos sus conocimientos humanos y de la vida, y Frieda, que aún ayer era la amante de Klamm –no veo ningún motivo para cambiar de término–, me podrían facilitar la entrevista con Klamm, si no es posible de otra manera, entonces en la posada de los señores, quizá aún siga hoy allí.
–Es imposible –dijo la posadera–, y ya veo que le falta la capacidad de comprenderlo. Pero díganos, ¿de qué quiere hablar con Klamm?
–Sobre Frieda naturalmente –dijo K.
–¿Sobre Frieda? –dijo la posadera con incomprensión y se volvió hacia Frieda–. ¿Has oído, Frieda? Sobre ti quiere hablar con Klamm, ¡con Klamm!
–¡Ay! –dijo K–, usted es, señora posadera, una mujer tan lista y respetable y, sin embargo, la asusta cualquier pequeñez. Así es, quiero hablar con él de Frieda, eso no es tan terrible, sino más bien evidente. Pues se equivoca con toda seguridad si cree que Frieda, desde el instante en el que yo aparecí, se ha convertido en algo insignificante para Klamm. Le menosprecia si es eso lo que cree. Pienso que resulta presuntuoso por mi parte querer instruirla a este respecto, pero lo tengo que hacer. Por mi causa no ha podido alterarse nada en la relación de Klamm con Frieda. O no existía ninguna relación esencial –eso es lo que dicen aquellos que no le quieren dar el nombre honorífico de amante a Frieda–, por lo que hoy tampoco existiría, o sí existía, entonces ¿cómo podría perturbarla una persona como yo, quien, como ha dicho certeramente, es un don nadie a los ojos de Klamm? Esas cosas se creen en el primer instante del susto, pero la más pequeña reflexión debe ponerlas en su sitio. Por lo demás, dejemos que Frieda exprese su opinión sobre el asunto.
Con una mirada perdida en la lejanía, la mejilla apoyada en el pecho de K, Frieda dijo:
–Es como madre dice: Klamm no quiere saber nada más de mí. Pero,

ciertamente, no porque llegaras tú, querido, nada parecido podría haberle conmocionado. Creo que fue obra suya que nos encontrásemos bajo el mostrador, esa hora fue bendecida y no maldita.
–Si es así –dijo K lentamente, pues las palabras de Frieda habían sido dulces y él había cerrado los ojos unos segundos para dejarse invadir por esas palabras–, si es así, aún hay menos motivos para temer una entrevista con Klamm.
–Verdaderamente –dijo la posadera mirándolo desde arriba–, me recuerda a veces a mi esposo, usted es tan obstinado e ingenuo como él. Lleva dos días en el pueblo y ya cree saberlo todo mejor que sus habitantes, mejor que yo, una mujer ya mayor, y que Frieda, que tanto ha visto y oído en la posada de los señores. No niego que alguna vez sea posible lograr algo contra los reglamentos o contra la costumbre, por mi parte no he visto algo parecido, pero según dicen hay ejemplos de ello, puede ser, pero entonces con toda certeza no ocurre de la manera en que usted pretende hacerlo: diciendo continuamente que no, guiándose sólo por su propia tozudez y pasando por alto los consejos bienintencionados. ¿Acaso cree que usted es el objeto de mi inquietud? ¿Me he ocupado de usted mientras estaba solo? ¿A pesar de que hubiese sido conveniente y se hubiese podido evitar algo? Lo único que le dije entonces a mi esposo fue: «Mantente alejado de él». Estas palabras deberían haber mantenido su validez también para mí en el día de hoy, si el destino de Frieda no estuviese involucrado. A ella le debe –le guste o no– mi atención, sí, incluso mi consideración. Y no puede simplemente rechazarme ya que usted es responsable ante mí, la única que cuida a la pequeña Frieda con atención maternal. Es posible que Frieda tenga razón y que todo lo que ha ocurrido haya sido la voluntad de Klamm, pero de Klamm no sé nada, jamás hablaré con él, para mí es completamente inalcanzable. Usted, sin embargo, se sienta aquí, tiene en sus manos a mi Frieda y –por qué debería callarlo– también está en mis manos. Sí, en mis manos, pues intente si no, joven, si le echo de casa, buscar un alojamiento en el pueblo, aunque sea en una caseta de perro.
–Gracias –dijo K–, ésas son palabras sinceras y las creo. Tan insegura es entonces mi posición y, por tanto, la de Frieda.
–¡No! –gritó la posadera furiosa–. La posición de Frieda no tiene a ese respecto nada que ver con la suya. Frieda pertenece a mi casa y nadie tiene el derecho de llamar insegura su posición aquí.
–Bueno, bueno –dijo K–, también le doy la razón en eso, especialmente porque Frieda, por motivos desconocidos, parece tenerle demasiado miedo para injerirse. Sigamos tratando provisionalmente sólo mi caso. Mi posición es extremadamente insegura, eso no lo niega,

sino que más bien se esfuerza en demostrarlo. Como ocurre con todo lo que dice, esto es en su mayor parte cierto, pero no del todo. Así, sé de un buen alojamiento que estaría dispuesto para mí.
–¿Dónde? ¿Dónde? –exclamaron Frieda y la posadera tan simultáneamente y con tanta codicia como si tuviesen los mismos motivos para sus preguntas.
–En casa de Barnabás –dijo K.
–¡Esas granujas! –exclamó la posadera–. ¡Esas taimadas granujas! ¡En casa de Barnabás! ¿Lo habéis oído? –y se volvió hacia la esquina donde se encontraban los ayudantes, pero éstos ya hacía tiempo que se habían levantado y estaban detrás de la posadera cogidos del brazo; ella, ahora, como si necesitase un apoyo, cogió la mano de uno de ellos–. ¿Habéis oído dónde las corre el señor? ¡En la familia de Barnabás! Es cierto, ahí recibirá un alojamiento, ¡ay!, habría sido mejor que lo hubiese conseguido allí y no en la posada de los señores. Y ¿dónde pasasteis vosotros la noche?
–Señora posadera –dijo K antes de que respondiesen los ayudantes–, se trata de mis ayudantes, pero así los trata como si fueran sus ayudantes y mis vigilantes. En cualquier otra cosa estoy dispuesto, al menos, a discutir cortésmente sobre sus opiniones, pero no respecto a mis ayudantes, pues aquí el asunto está claro. Por esto le pido que no hable con mis ayudantes, y si mi solicitud no bastase les prohíbo a mis ayudantes que la contesten.
–Así que no puedo hablar con vosotros –dijo la posadera, y los tres se rieron, la posadera, sin embargo, de forma burlona y con más suavidad de la que K había esperado; los ayudantes en su forma acostumbrada, significándolo todo y nada, rechazando cualquier responsabilidad.
–No te enojes –dijo Frieda–, tienes que comprender correctamente nuestra excitación. Si se quiere, en realidad debemos nuestro encuentro a Barnabás. Cuando te vi por primera vez en el mostrador –entraste del brazo de Olga– ya sabía algo sobre ti, pero en general me eras por completo indiferente. Pero no sólo tú me eras indiferente, casi todo, casi todo me era indiferente. Estaba insatisfecha con muchas cosas y algo me producía enojo, pero ¿qué clase de insatisfacción y de enojo? Por ejemplo, uno de los huéspedes me molestó en el mostrador siempre estaban detrás de mí, ya viste a aquellos tipos, pero venían más enojosos, el servicio de Klamm no era de lo peor–, así pues, uno de ellos me molestó, ¿qué significaba eso para mí? Para mí era como si hubiese ocurrido hace muchos años o como si no me hubiese ocurrido a mí o como si hubiese escuchado cómo lo contaban o como si ya lo hubiese olvidado. Pero no lo puedo describir, ni siquiera me lo puedo imaginar más, tanto han cambiado las cosas desde que he abandonado

a Klamm.
Y Frieda interrumpió su relato, inclinó con tristeza la cabeza y mantuvo las manos dobladas sobre el regazo.
–Ve usted –exclamó la posadera, y lo hizo como si no hablase ella misma sino que prestase su voz a Frieda, luego se acercó más y se sentó al lado de ella–, se da cuenta ahora, señor agrimensor, de cuáles han sido las consecuencias de su comportamiento; y también sus ayudantes, con los que no puedo hablar, pueden aprender de esta situación. Usted ha arrancado a Frieda del estado de máxima felicidad que se le podía dar y le ha sido posible porque Frieda, con su exagerada e infantil compasión, no pudo soportar que entrase colgado del brazo de Olga y que pareciese entregado a la familia de Barnabás. Le ha salvado y al hacerlo se ha sacrificado. Y ahora que ya ha ocurrido y que Frieda ha cambiado todo lo que tenía por la felicidad de sentarse sobre sus rodillas, ahora viene usted y presenta como su gran triunfo que una vez tuvo la posibilidad de poder pernoctar en la casa de Barnabás. Con eso quiere demostrar que usted es independiente de mí. Cierto, si realmente hubiese pernoctado en casa de Barnabás, sería tan independiente de mí que tendría que abandonar mi casa al instante y de la forma más rápida.
–No conozco los pecados de la familia de Barnabás –dijo K mientras Frieda, que estaba como inánime, se incorporaba cuidadosamente, se sentaba en la cama y terminaba por levantarse–. Quizá tenga usted razón en lo que dice, pero con certeza tenía yo razón cuando le pedí que nos dejase a Frieda y a mí resolver nuestros propios asuntos. Usted mencionó algo de amor y preocupación, de ello no he vuelto a notar nada, sí, sin embargo, de odio, escarnio y expulsión de la casa. Si se le había ocurrido apartar a Frieda de mí o a mí de Frieda, lo ha intentado con gran habilidad, pero me parece que no lo logrará y, si lo lograse –permítame por una vez pronunciar una oscura amenaza–, lo lamentará amargamente. En lo que se refiere al alojamiento que me ha brindado –con esas palabras parece referirse a este repugnante agujero– no resulta del todo seguro que lo haya puesto a mi disposición por propia voluntad, más bien me parece que existe una instrucción al respecto de la administración condal. Comunicaré allí que me han desahuciado de la posada y si me conceden otro alojamiento entonces podrá ya respirar con libertad, y yo con mayor profundidad. Y ahora me voy a ver al alcalde con motivo de éste y de otros asuntos. Ocúpese al menos, por favor, de Frieda, a quien ya ha maltratado lo suficiente con sus sermones maternales.
A continuación, se volvió hacia sus ayudantes.
–Venid –dijo, quitó la carta del clavo y se dispuso a salir.

La posadera había permanecido en silencio, pero en cuanto K Puso la mano en el picaporte, dijo:

–Señor agrimensor, aún me queda algo por decirle antes de que se ponga en camino, pues diga lo que quiera y me insulte como me insulte, a mí, a una mujer ya anciana, sigue siendo el futuro esposo de Frieda. Sólo por eso le digo que ignora por completo la situación que se le presenta aquí; a una le zumba la cabeza cuando le oye y cuando compara lo que dice y piensa con la realidad. No se puede arreglar esa ignorancia de una vez y quizá no se pueda nunca, pero hay muchas cosas que pueden mejorar si me cree aunque sólo sea un poco y mantiene presente el hecho de esa ignorancia. Entonces, por ejemplo, se volverá en seguida más justo conmigo y comenzará a sospechar la magnitud del susto que he sufrido –cuyos efectos aún padezco– cuando me he dado cuenta de que mi querida pequeña ha abandonado, en cierta manera, al águila, para unirse a la culebra ciega, aunque la relación real sea mucho peor y tenga que intentar olvidarla continuamente, sino no podría hablar con usted una palabra con tranquilidad. Pero ahora se ha enfadado otra vez. No, no se vaya todavía, escuche aún esto, por favor: adonde quiera que vaya sepa que sigue siendo el más ignorante y tenga cuidado, aquí en nuestra casa, donde la presencia de Frieda le protege de daños, puede decir lo que quiera, aquí nos puede mostrar, por ejemplo, cómo pretende hablar con Klamm, pero, por favor, por favor se lo pido, no se atreva a decir esas cosas en la realidad.

Se levantó algo tambaleante por la excitación, se acercó a K, tomó su mano y le miró con gesto suplicante.

–Señora posadera –dijo K–, no comprendo por qué se humilla para suplicarme una cosa así. Si, como usted dice, resulta imposible hablar con Klamm, entonces no lo podré lograr, me lo supliquen o no. Pero si fuese posible, ¿por qué tendría que renunciar a hacerlo, especialmente cuando con la refutación de su principal reproche el resto de sus temores resultan cuestionables? Es cierto, soy ignorante; sin embargo, la verdad prevalece, y eso es muy triste para mí, pero también tiene la ventaja de que el ignorante osa más, así que prefiero portar conmigo aún un poco más la ignorancia y sus malas consecuencias, al menos mientras alcancen mis fuerzas. Esas consecuencias, en lo esencial, sólo me afectan a mí, y por eso ante todo no comprendo por qué me suplica. Usted siempre cuidará de Frieda y, si desaparezco completamente de su círculo, eso significará, según su opinión, una suerte para ella. ¿Qué teme entonces? ¿Acaso teme que al ignorante le parece todo posible? –aquí K abrió la puerta–. ¿No temerá acaso por Klamm?

La posadera miró en silencio cómo salía y bajaba deprisa las escaleras con sus ayudantes detrás.

CAPÍTULO V

A K, casi para su sorpresa, la entrevista con el alcalde le causaba pocas preocupaciones. Intentó explicárselo con el hecho de que, según sus experiencias hasta ese momento, el trato oficial con las autoridades condales había sido muy fácil para él. Por una parte eso se debía a que, respecto al tratamiento de sus asuntos, era evidente que se había emitido de una vez por todas un determinado principio de actuación, supuestamente muy favorable para él, y por otra, se debía a la unidad digna de admiración del servicio, que precisamente allí donde no existía en apariencia se presentía perfecta. K, cuando alguna vez pensaba en estas cosas, no estaba muy lejos de encontrar su situación satisfactoria, a pesar de que, después de los ataques de bienestar que le aquejaban, se dijera que cabalmente ahí radicaba el peligro. El trato directo con organismos administrativos no era demasiado difícil, pues éstos, por muy organizados que estuvieran, siempre tenían que defender cosas invisibles y distantes en nombre de señores invisibles y distantes, mientras que K luchaba por algo viviente y cercano, por él mismo, sobre todo, al menos últimamente, por su propia voluntad, pues él era el atacante, y no sólo él luchaba por él mismo, sino con toda seguridad por otras fuerzas que no conocía, pero en las que podía creer según las medidas de los organismos administrativos. Pero como los organismos desde un principio le habían manifestado su buena voluntad en cosas inesenciales –hasta ese momento tampoco se había tratado de más–, le habían impedido la posibilidad de pequeñas y ligeras victorias y con esa posibilidad también la correspondiente satisfacción, así como la fundada seguridad resultante de ella para otras luchas más grandes. En vez de eso le dejaban deslizarse por todas partes, eso sí, sin abandonar el pueblo, y, mediante esa táctica, le mimaban y debilitaban, evitando toda lucha y situándolo en una vida extraña, extraoficial, completamente opaca y turbia. De esa manera bien podía ocurrir, si no estaba alerta, que él algún día, pese a toda la deferencia del organismo y pese al cumplimiento completo de todas las obligaciones oficiales tan exageradamente fáciles, fuese embaucado por el favor supuestamente concedido y condujese su vida con tan poca precaución que se desmoronase, y el organismo competente, aún suave y amistoso, por decirlo así, contra su voluntad pero en nombre de cualquier orden público desconocido para él, viniese para deshacerse de él. Y ¿qué era su vida extraoficial allí? K no había visto nunca una

mayor fusión entre vida y función pública que allí, tan fundidas estaban que a veces podía parecer que la vida y la función pública habían intercambiado sus puestos. ¿Qué significaba, por ejemplo, el poder formal que Klamm había ejercido hasta ahora sobre la posición oficial de K, si se comparaba con el poder real que tenía Klamm sobre su alcoba? Así concluyó que sólo había lugar para un comportamiento relajado frente a la administración, mientras que en lo restante siempre sería necesaria una gran precaución, un mirar hacia todos los lados antes de dar un paso.

K encontró por lo pronto confirmada su idea de la administración local con el alcalde. Éste, un hombre amable, obeso y afeitado pulcramente, estaba enfermo, padecía un ataque de gota y recibió a K en la cama.

Así que aquí está nuestro agrimensor –dijo; quiso levantarse para saludarle, pero no pudo y se arrojó, disculpándose y señalando hacia la pierna, de nuevo sobre el cojín. Una mujer silenciosa, casi como una sombra en la habitación oscurecida por las pequeñas ventanas y las cortinas corridas, trajo una silla a K y la colocó al lado de la cama.

–Siéntese, siéntese, señor agrimensor –dijo el alcalde–, y dígame sus deseos.

K le leyó la carta de Klamm y añadió algunos comentarios. Una vez más sintió la extraordinaria ligereza del trato con la administración. Asumían literalmente toda la carga, se les podía cargar con todo y uno quedaba intacto y libre. Como si el alcalde hubiese sentido lo mismo a su manera, se volvió incómodo en la cama. Finalmente, dijo:

–Como habrá notado, señor agrimensor, ya conocía el asunto. El que no haya emprendido nada tiene dos motivos, primero mi enfermedad, y segundo que, como usted no venía, pensé que había renunciado al trabajo. Ahora que ha sido tan amable de venir a verme, debo decirle la desagradable verdad. Ha sido aceptado como agrimensor, como usted dice, pero, por desgracia, no necesitamos a ningún agrimensor. No hay ningún trabajo para usted. Los límites de nuestras pequeñas propiedades han sido trazados, todo ha sido registrado convenientemente, apenas hay transmisiones de la propiedad y las pequeñas disputas de límites las arreglamos entre nosotros. ¿Para qué necesitamos, pues, a un agrimensor?

K, sin que hubiera pensado antes en ello, estaba convencido en su interior de haber esperado una comunicación similar. Por eso mismo pudo responder inmediatamente:

–Eso me sorprende mucho y arroja todos mis cálculos por la borda. Sólo espero que se trate de un malentendido.

–Por desgracia, no –dijo el alcalde–, es como le digo.

–Pero ¿cómo es posible? –exclamó K–, no he emprendido un viaje

larguísimo para ahora ser mandado de vuelta.
–Ésa es otra cuestión –dijo el alcalde– sobre la que yo no tengo que decidir, pero le puedo explicar cómo se ha producido ese malentendido. En una administración tan grande como la del condado puede ocurrir alguna vez que un departamento disponga algo y que otro disponga otra cosa diferente, ninguno sabe del otro, el control superior, es cierto, actúa con gran precisión, pero, por su naturaleza, demasiado tarde, y así pueden originarse pequeñas confusiones. Siempre se trata de pequeñeces, como, por ejemplo, su caso; en asuntos importantes aún no he conocido un error, aunque las pequeñeces son con frecuencia lo suficientemente desagradables. En lo que concierne a su caso, le contaré abiertamente los pormenores sin secretos oficiales: para esto no llego a la categoría de funcionario, soy un campesino y nada más. Hace mucho tiempo, cuando llevaba pocos meses de alcalde, llegó un edicto, no sé de qué departamento, en el que se comunicaba de la forma categórica tan peculiar a los señores que se debía contratar a un agrimensor y en el que se encargaba a la comunidad que preparase todos los planos y registros necesarios para su trabajo. Ese edicto, naturalmente, no podía afectarle a usted, pues eso fue hace muchos años y no me habría acordado si ahora no estuviese enfermo y tuviese tiempo suficiente para reflexionar en la cama sobre las cosas más ridículas. Mizzi –dijo de repente, interrumpiendo su informe, dirigiéndose a la mujer que aún correteaba por la habitación realizando una actividad incomprensible–, por favor, mira en el armario, a lo mejor encuentras el edicto. Data –se explicó ante K– de mi primera época: en aquel tiempo aún lo guardaba todo.
La mujer abrió en seguida el armario, K y el alcalde miraban. El armario estaba lleno a rebosar de papeles, al abrirlo rodaron dos gruesos rollos de expedientes, enrollados como si fuesen troncos. La mujer saltó asustada hacia un lado.
–Abajo, tiene que estar abajo –dijo el alcalde, dirigiendo sus movimientos desde la cama. Con actitud obediente, la mujer, abarcando los expedientes con sus dos brazos, arrojó hacia abajo todo el contenido del armario para llegar a los papeles situados en la parte inferior. Los papeles ya cubrían la mitad de la habitación.
–Se ha trabajado mucho –dijo el alcalde asintiendo con la cabeza–, y eso sólo es una pequeña parte. La masa principal la he conservado en el granero, aunque la mayor parte se ha perdido. ¿Quién puede guardar todo eso? En el granero, sin embargo, aún queda mucho.
–¿Vas a encontrar de una vez el edicto? –se volvió de nuevo hacia la mujer–. Tienes que buscar un expediente en el que está la palabra «agrimensor» subrayada con color azul.

–Esto está demasiado oscuro –dijo la mujer–, traeré una vela.
Y salió de la habitación pasando por encima de los papeles.
–Mi esposa es una gran ayuda para mí –dijo el alcalde– en este trabajo pesado que, sin embargo, se debe realizar en los ratos libres. Cierto, para los escritos dispongo de un ayudante, el maestro, pero pese a ello resulta imposible terminarlo todo, siempre queda mucho sin concluir, todo eso se encuentra guardado en esas cajas –y señaló hacia otro armario–. Y sobre todo ahora que estoy enfermo, se acumula –dijo, y se recostó cansado pero con orgullo.
–¿No podría ayudar a su esposa a buscar? –dijo K cuando la mujer ya había regresado con la vela y buscaba el edicto arrodillada ante las cajas.
El alcalde sacudió sonriente la cabeza:
–Como ya le dije, no tengo secretos oficiales para usted, pero no puedo llegar tan lejos como para dejarle que busque en los expedientes. El silencio invadió la habitación, sólo se podía oír el roce de los papeles, el alcalde quizá dormitaba un poco. Un ligero golpeteo en la puerta hizo que K se diese la vuelta. Eran, naturalmente, los ayudantes. Al menos se mostraron algo educados, no irrumpieron en la habitación, sino que primero susurraron a través de la ranura de la puerta.
–Tenemos mucho frío fuera.
–¿Quién es? –preguntó el alcalde asustándose.
–Sólo se trata de mis ayudantes –dijo K–, no sé dónde me pueden esperar, en el exterior hace mucho frío y aquí molestan.
–A mí no me molestan –dijo amablemente el alcalde–, déjelos entrar. Además, les conozco. Viejos conocidos.
–Pero a mí sí que me molestan –dijo K con franqueza y dejó vagar su mirada de los ayudantes al alcalde y de éste a los ayudantes, encontrando las tres sonrisas iguales–. Pero ya que estáis aquí –dijo a modo de prueba–, entonces quedaos y ayudad a la señora a buscar un expediente en el que aparece la palabra «agrimensor» subrayada con color azul.
El alcalde no puso ninguna objeción; lo que no podía hacer K, lo podían hacer los ayudantes. Se arrojaron inmediatamente sobre los papeles, pero revolvían los montones más que buscaban, y mientras uno deletreaba un escrito, el otro se lo arrebataba continuamente de las manos. La mujer, por el contrario, estaba arrodillada ante las cajas vacías, parecía haber dejado de buscar, en todo caso la vela estaba muy lejos de ella.
–Así que los ayudantes –dijo el alcalde con una sonrisa de satisfacción, como si todo ocurriese según sus propias disposiciones, aunque nadie pudiese suponerlo–, le resultan molestos. Pero son sus propios

ayudantes.
–No –dijo fríamente K–, se han unido a mí aquí.
–¿Cómo que unido? –dijo el alcalde–. Querrá decir que le han sido asignados.
–Bueno, pues asignados –dijo K–, igual podrían haber caído del cielo, tan irreflexiva fue esa asignación.
–Aquí no ocurre nada de forma irreflexiva –dijo el alcalde, olvidó incluso el dolor del pie y se sentó en la cama.
–¿Nada? –dijo K–; y ¿qué ocurre con mi contratación?
–También su contratación fue fruto de la reflexión –dijo el alcalde–, sólo que hay algunas circunstancias accesorias que han creado confusión, se lo demostraré con los expedientes.
–Esos expedientes no se van a encontrar –dijo K.
–¿No? –exclamó el alcalde–. Mizzi, por favor, busca más rápido. Pero en un principio también le puedo contar la historia sin expedientes. Aquel edicto del que ya le he hablado lo contestamos agradecidos diciendo que no necesitábamos ningún agrimensor. Esta respuesta al parecer no llegó al departamento originario, lo denominaré A, sino, erróneamente, a otro departamento B. Así pues, el departamento A se quedó sin respuesta, pero por desgracia el departamento B tampoco recibió toda nuestra respuesta, ya fuese porque el contenido del expediente se hubiese quedado aquí o porque se hubiese perdido por el camino –en el departamento desde luego no, se lo puedo garantizar–, el caso es que al departamento B sólo llegó una carpeta del expediente en la que no había nada indicado salvo que se trataba del expediente incluido, pero en realidad desgraciadamente perdido, de la contratación de un agrimensor. Mientras, el departamento A esperó nuestra respuesta; es cierto que tenía notas sobre el asunto, pero como suele ocurrir comprensiblemente y puede ocurrir debido a la precisión con que se llevan todos los casos, el encargado confió en que responderíamos y que él luego o contrataría al agrimensor o seguiría manteniendo correspondencia con nosotros según las necesidades. Por consiguiente, descuidó las notas y se olvidó de todo. Al departamento B, sin embargo, llegó la carpeta, en concreto a un funcionario famoso por su escrupulosidad, se llama Sordini, un italiano, incluso para mí, un iniciado, resulta incomprensible por qué un hombre de sus capacidades ocupa uno de los puestos más subordinados. Este Sordini, naturalmente, nos envió la carpeta vacía para que incluyésemos el expediente. Ahora bien, desde el primer escrito del departamento A habían pasado muchos meses, cuando no años, y esto es comprensible, pues, cuando, como es la regla, un expediente recorre el camino correcto, llega a su departamento a más tardar en un día y se soluciona

en ese mismo día, pero cuando yerra el camino, y debe buscar con celo en la excelencia de la organización el camino correcto, si no lo encuentra, entonces dura mucho tiempo. Cuando recibimos la nota de Sordini, sólo nos podíamos acordar difusamente del asunto, en aquel tiempo sólo éramos dos en el trabajo, Mizzi y yo, aún no me habían asignado al maestro, y sólo conservábamos copias de los asuntos más importantes. En suma, sólo pudimos responder de forma vaga que no sabíamos nada de esa contratación y que no necesitábamos a ningún agrimensor.

–Pero –se interrumpió a sí mismo el alcalde como si hubiese llegado demasiado lejos en su celo narrativo o como si al menos existiese esa posibilidad de haber llegado demasiado lejos– ¿no le aburre la historia?

–No, nada de eso –dijo K–, me divierte.

A eso contestó el alcalde:

–No se la cuento para su diversión.

–Sólo me divierte –dijo K– porque me deja entrever la ridícula confusión que, bajo determinadas circunstancias, puede decidir sobre la existencia de un hombre.

–Aún no ha podido entrever nada –dijo el alcalde con seriedad–, y puedo seguir contándole la historia. Con nuestra respuesta, evidentemente, un Sordini no podía quedar satisfecho. Admiro a ese hombre, aunque para mí resulta un tormento. No se fía de nadie; aun cuando, por ejemplo, ha conocido a alguien en innumerables ocasiones como el hombre más digno de confianza, siempre desconfía de él en la siguiente ocasión y, además, como si no lo conociese de nada o, mejor, como si le conociera como un granuja. Considero que su forma de actuación es correcta: un funcionario debe proceder así, por desgracia no puedo seguir ese principio debido a mi carácter. Ya ve como le muestro todo abiertamente, a un extraño; no puedo actuar de otro modo. Sordini, sin embargo, consideró inmediatamente con desconfianza nuestra respuesta. Entonces se desarrolló una numerosa correspondencia. Sordini preguntó por qué se me había ocurrido de repente que no había que contratar a ningún agrimensor. Yo respondí con ayuda de la excelente memoria de Mizzi que la iniciativa había partido de la administración (ya hacía mucho tiempo que nos habíamos olvidado de que se trataba de otro departamento); Sordini, por el contrario: ¿por qué menciona ahora este escrito oficial?; yo otra vez: porque me acabo de acordar de él; Sordini: eso es muy extraño; yo: eso no es extraño en un asunto que se arrastra ya desde hace tanto tiempo; Sordini: sí que es extraño, pues el escrito del que yo me había acordado, no existe; yo: naturalmente que no existe, porque se ha perdido el expediente; Sordini: pero debe de haber una nota respecto a

ese primer escrito. Yo: pues no la hay. Aquí me detuve, pues no osé afirmar ni creer que en el departamento de Sordini se había deslizado un error. Quizá usted, señor agrimensor, reproche en su mente a Sordini que la consideración a mi afirmación al menos tendría que haberle impulsado a investigar el asunto en otros departamentos. Pero precisamente eso no hubiese sido correcto; no quiero que en sus pensamientos quede una mácula sobre ese hombre; es un principio laboral fundamental de la administración que no se cuente con la posibilidad de errores. Ese principio está autorizado por la exquisita organización del Todo y es necesario cuando se quiere alcanzar una gran velocidad en la conclusión de los asuntos. Así pues, Sordini no pudo investigar en otros departamentos; además, esos departamentos no le habrían respondido, pues habrían advertido en seguida que se trataba de la investigación de un posible error.
–Permítame, señor alcalde, que le interrumpa con una pregunta –dijo K–, ¿no mencionó antes un organismo de control? El funcionamiento de la administración es tal, según lo que me cuenta, que me produce vértigo la sola idea de que ese control no se llegase a aplicar.
–Usted es muy severo –dijo el alcalde–, pero multiplique su severidad por mil y seguirá siendo una minucia comparada con la severidad que aplica la administración contra sí misma. Sólo un completo forastero como usted puede plantear esa pregunta. ¿Que si hay organismos de control? Sólo hay organismos de control. Cierto, no tienen como misión descubrir errores en el sentido grosero del término, pues en realidad no se producen errores y en el caso de que se produzca uno, como el suyo, ¿quién puede afirmar definitivamente que se trata de un error?
–¡Eso sería algo completamente nuevo! –exclamó K.
–Para mí es algo muy viejo –dijo el alcalde–. No estoy convencido de una manera muy diferente a la suya de que se ha producido un error; Sordini, a causa de la desesperación que le ha causado, ha enfermado gravemente, y los primeros organismos de control, a quienes debemos el descubrimiento del origen del error, también lo reconocen. Pero ¿quién puede afirmar que los segundos órganos de control juzgarán de la misma manera, y también los terceros y los restantes?
–Puede ser –dijo K–, prefiero no injerirme en esas especulaciones; también es la primera vez que oigo de esos órganos de control y, naturalmente, no los puedo comprender. No obstante, creo que aquí hay que distinguir dos cosas, la primera es lo que ocurre en el seno de la administración y lo que se puede entender de una manera u otra como oficial, y, en segundo lugar, mi persona real, yo mismo, que permanezco fuera del ámbito administrativo y a quien amenaza un perjuicio tan absurdo por parte de la administración que aún no puedo

creer en la seriedad del peligro. Para lo primero probablemente posea validez, señor alcalde, lo que ha contado con tan extraordinario y asombroso conocimiento de causa, pero quisiera oír aunque sólo sea una palabra acerca de mi persona.
–Ahora voy a eso –dijo el alcalde–, pero no podría haberlo comprendido si no hubiera dicho lo anterior. Al mencionar los órganos de control me he anticipado. Así que regreso a las divergencias con Sordini. Como le he mencionado, mi defensa fue cediendo lentamente. Pero cuando Sordini tiene en la mano cualquier ventaja, por mínima que sea, ya ha vencido, pues entonces se intensifican su atención, su energía y su presencia de ánimo, siendo una visión horrible para el atacado y espléndida para el enemigo del atacado. Porque he experimentado esto último, puedo contárselo, como así hago. Por lo demás, aún no he logrado verle, él no puede bajar, tiene demasiado trabajo, me han descrito su despacho como una habitación consistente en paredes cubiertas con columnas de expedientes, y ésos son sólo los expedientes en los que está trabajando en ese momento, y como los expedientes se están sacando y metiendo continuamente, ocurriendo todo con gran prisa, las columnas se derrumban y precisamente el ruido y los crujidos que producen se han convertido en el distintivo del despacho de Sordini. Así es, Sordini es un trabajador y dedica al caso más pequeño el mismo cuidado que al más grande.
–Usted siempre denomina, señor alcalde, mi caso como uno de los más pequeños y, sin embargo, ha ocupado ya a muchos funcionarios; si al principio quizá era muy pequeño, se ha convertido por el celo de funcionarios como Sordini en un caso grande. Por desgracia, y en contra de mi voluntad, puesto que mi celo no me lleva a originar columnas de expedientes referentes a mí y a hacer que se derrumben, sino a trabajar tranquilamente en mi humilde mesa de diseño como un humilde agrimensor.
–No –dijo el alcalde–, no es ningún caso grande, en este sentido no tienen ningún motivo para quejarse, es uno de los casos más pequeños entre los pequeños. El volumen de trabajo no determina el rango del caso; sigue estando muy lejos de comprender a la administración, si es eso lo que cree. Pero incluso si dependiese del volumen de trabajo, su caso sería uno de los más insignificantes; los casos normales, es decir, aquellos en los que no se producen los supuestos errores, dan mucho más trabajo y, por añadidura, más productivo. Por lo demás, usted no sabe nada del trabajo que causó su caso, de eso quiero hablarle ahora. Al principio Sordini me dejó de lado, pero sus funcionarios vinieron, se produjeron diariamente interrogatorios de miembros respetados de la comunidad en la posada de los señores, de todos esos interrogatorios

se levantó acta. La mayoría me apoyó, sólo unos pocos se quedaron extrañados, la cuestión de la agrimensura afecta a los campesinos, sospechaban algún acuerdo secreto, alguna injusticia, además encontraron un líder, y Sordini debió de llegar a la conclusión de que si sometía la cuestión al consejo municipal no todos se habrían mostrado contrarios a la contratación de un agrimensor. Así, algo evidente, esto es, que no necesitábamos a ningún agrimensor, se convirtió al menos en algo cuestionable. En especial destacó al respecto un tal Brunswick, usted no le conoce, quizá no sea un mal tipo, pero sí tonto y fantasioso, es un cuñado de Lasemann.
–¿Del maestro curtidor? –preguntó K, y describió al hombre con barba que había visto en la casa de Lasemann.
–Sí, es él –dijo el alcalde.
–También conozco a su esposa –dijo K un poco a la buena de Dios.
–Es posible –dijo el alcalde, y enmudeció.
–Es hermosa –dijo K–, pero un poco pálida y enfermiza. Parece que procede del castillo –esto último lo pronunció en un tono casi interrogativo.
El alcalde miró la hora, puso algo de medicina en una cuchara y la tragó con premura.
–Del castillo usted sólo conoce la zona administrativa, ¿verdad? –preguntó K con rudeza.
–Sí –dijo el alcalde con una sonrisa irónica y, sin embargo, agradecida–, es la más importante. Y en lo que concierne a Brunswick: si pudiéramos excluirlo de la comunidad, casi todos seríamos felices y Lasemann no menos que los demás. Pero en aquella época Lasemann ganó algo de influencia; desde luego no es un orador, pero sí un gritón y eso les basta a algunos. Y así ocurrió que me vi obligado a presentar el caso ante el consejo municipal, por lo demás el único éxito de Brunswick, pues, naturalmente, el consejo municipal, en su gran mayoría, no quería saber nada de un agrimensor. También esto ocurrió hace mucho tiempo, pero el asunto nunca ha llegado a tranquilizarse del todo, en parte por la escrupulosidad de Sordini, quien intentó averiguar los motivos tanto de la mayoría como de la oposición mediante las comprobaciones más cuidadosas, en parte por la necedad y el celo de Brunswick, que mantiene diversas relaciones personales con la administración y que ponía en movimiento con nuevas invenciones de su fantasía. Sordini, sin embargo, no se dejó embaucar –¿cómo podría embaucar Brunswick a Sordini?–, pero, incluso para no dejarse embaucar, era necesario iniciar nuevas averiguaciones y antes de que se hubiesen concluido, a Brunswick ya se le había ocurrido algo nuevo, pues es muy dinámico, eso forma parte de su necedad. Y ahora

llego a una característica especial de nuestro aparato administrativo. Debido a su precisión también es extremadamente sensible. Cuando se ha ponderado un asunto durante mucho tiempo, puede ocurrir, sin que las consideraciones se hayan terminado, que surja repentinamente, como un rayo, una decisión del caso en un lugar impredecible e ilocalizable, una decisión que termina con él de manera arbitraria aunque, la mayoría de las veces, de forma correcta. Es como si el aparato administrativo no hubiese podido soportar más la tensión causada por la irritación de tantos años debido a la misma insignificante cuestión, y hubiese tomado por sí misma la decisión, sin la colaboración de los funcionarios. Naturalmente, no se ha producido ningún milagro y con toda certeza ha sido algún funcionario quien ha escrito la conclusión o tomado una decisión ágrafa, pero en todo caso, al menos por nuestra parte o por la de la administración, no se puede afirmar qué funcionario ha decidido en esa ocasión y por qué motivos. Son los órganos de control los que pueden constatarlo mucho después, aunque nosotros ya no lo sabremos nunca, además tampoco se interesaría nadie más por eso. Como he dicho, sin embargo, esas decisiones son la mayoría de las veces excelentes, sólo molesta de ellas que, como acostumbra a ocurrir, de esas decisiones sólo se sabe mucho después y, por lo tanto, mientras, se sigue discutiendo apasionadamente sobre el asunto ya decidido hace tiempo. No sé si en su caso se produjo una decisión semejante –hay circunstancias que hablan a favor y otras en contra–, pero si hubiera ocurrido, entonces le habrían enviado a usted el contrato y habría realizado el largo viaje hasta aquí; mientras, habría transcurrido mucho tiempo y Sordini habría seguido trabajando en el mismo asunto hasta la extenuación, Brunswick habría seguido intrigando y yo habría sido atormentado por los dos. Me limito a indicar esa posibilidad, con certeza sólo sé lo siguiente: un organismo de control descubrió entretanto que del departamento A salió hace muchos años una interpelación a la comunidad referente a un agrimensor sin que hasta ese momento hubiese llegado una respuesta. Me volvieron a preguntar y se volvió a aclarar toda la cuestión, el departamento A se quedó satisfecho con la respuesta de que no se necesitaba ningún agrimensor, y Sordini tuvo que reconocer que ese caso no había entrado en su ámbito de competencias y que, ciertamente sin culpa, había realizado un trabajo inútil y agotador. Si no se hubiera vuelto a acumular tanto trabajo de todas partes, como siempre, y si su caso no hubiese sido uno muy pequeño –casi se puede decir el más pequeño entre los pequeños–, todos habríamos podido respirar, creo que incluso Sordini, sólo Brunswick se mostró rencoroso, pero era algo ridículo. Y ahora imagínese, señor agrimensor, mi decepción, cuando, después de

la conclusión feliz de todo el asunto –y también ha pasado mucho tiempo de eso–, usted aparece repentinamente y parece como si todo el caso tuviese que comenzar de nuevo. Comprenderá muy bien que estoy firmemente decidido, en lo que a mí concierne, a no permitirlo.
–Claro –dijo K–, pero aún comprendo mejor que aquí se ha cometido un terrible abuso conmigo y quizá, incluso, con las leyes. Sabré defenderme, por mi parte, contra todo esto.
–¿Qué pretende hacer? –preguntó el alcalde.
–Eso no se lo puedo decir –dijo K.
–No quiero meterme donde no me llaman –dijo el alcalde–, pero quiero recordarle que usted, en mí, tiene, no quiero decir un amigo, pues somos completamente extraños, pero sí, en cierto modo, un compañero de negocios. Lo único que no concedo es que se le haya contratado como agrimensor, pero por lo demás siempre se puede dirigir a mí con confianza, aunque, ciertamente, dentro de los límites de mi poder, que no es muy grande.
–Usted repite una y otra vez –dijo K– que debo ser contratado como agrimensor, pero ya he sido contratado, aquí tiene la carta de Klamm.
–La carta de Klamm –dijo el alcalde– es valiosa y honrosa con la firma de Klamm, que parece verdadera, pero..., no, aquí no me atrevo a decir nada. ¡Mizzi! –exclamó entonces–. ¿Qué estáis haciendo?
Era evidente que ni los ayudantes, a quienes habían dejado de observar hacía tiempo, ni Mizzi, habían encontrado el expediente, pero luego lo habían querido guardar todo en el armario y no les había sido posible debido al gran desorden causado. Entonces a los ayudantes se les había ocurrido algo y era lo que estaban ejecutando. Habían volcado el armario en el suelo, lo habían llenado de expedientes, se habían sentado luego con Mizzi sobre la puerta del armario e intentaban ahora presionarla para que se cerrase.
–Así que no han encontrado el expediente –dijo el alcalde–, es una lástima, pero ya conoce la historia, en realidad ya no necesitamos el expediente, aunque tendremos que encontrarlo, probablemente se halle en casa del maestro, en la que aún se encuentran muchos expedientes. Pero ven con la vela, Mizzi, y léeme esta carta.
Mizzi se acercó y pareció aún más gris e insignificante que cuando estaba sentada al borde de la cama y se apretaba contra el voluminoso hombre que la tenía rodeada con el brazo. Su pequeño rostro llamó la atención ahora a la luz de la vela, con sus arrugas severas sólo suavizadas por el decaimiento causado por la edad. No hizo nada más que mirar la carta y dobló las manos.
–De Klamm –dijo.
Luego leyeron conjuntamente la carta, murmuraron un poco entre ellos

y, finalmente, mientras los ayudantes gritaban hurras por haber logrado cerrar el armario y Mizzi los miraba agradecida, el alcalde dijo:
–Mizzi comparte mi opinión y ahora lo puedo decir. Esta carta no es ningún escrito oficial, se trata de una carta privada. Eso se puede reconocer claramente en el encabezamiento «Muy Sr. Mío». Además, en ella no se dice una palabra de que usted haya sido contratado como agrimensor, en realidad sólo se habla en general de servicios señoriales y ni siquiera eso se ha expresado de modo vinculante, sino que se dice que usted ha sido contratado «como usted sabe», esto es, la carga de la prueba de que ha sido contratado recae sobre usted. Al final, por lo demás, se le remite en asuntos oficiales exclusivamente a mí, como su superior más próximo, quien le comunicará los detalles, como en gran parte ha ocurrido ya. Para alguien que sepa leer los escritos oficiales y que, en consecuencia, lee mejor las cartas no oficiales, todo esto queda muy claro. Que usted, un forastero, no lo pueda percibir, no me extraña. En general, la carta significa otra cosa: que Klamm se propone ocuparse personalmente de usted para el caso en que se le contrate para servicios señoriales.
–Señor alcalde –dijo K–, interpreta tan bien la carta que al final no queda otra cosa más que un papel en blanco con una firma. ¿Acaso no nota que así denigra el nombre de Klamm al que pretende respetar?
–Eso es un malentendido –dijo el alcalde–, no desconozco la importancia de la carta, ni tampoco la denigro con mi interpretación, todo lo contrario. Una carta privada de Klamm tiene, naturalmente, mucha más importancia que un escrito oficial, pero precisamente no tiene la importancia que usted le otorga.
–¿Conoce a Schwarzer? –preguntó K.
–No –dijo el alcalde–. ¿Lo conoces tú, Mizzi? Tampoco. No, no le conocemos.
–Eso es extraño –dijo K–, es el hijo de un subalcaide.
–Querido señor agrimensor –dijo el alcalde–, ¿cómo podría conocer a todos los hijos de los subalcaides?
–Bien –dijo K–, entonces tendrá que creerme que lo es. Con ese Schwarzer tuve el día de mi llegada una disputa enojosa. Él mismo se puso en contacto telefónico con un subalcaide apellidado Fritz y recibió la información de que yo había sido contratado como agrimensor. ¿Cómo se explica eso, señor alcalde?
–Muy fácil –dijo el alcalde–, en realidad aún no ha entrado en contacto con nuestra administración. Todos sus contactos hasta ahora han sido aparentes. Usted, sin embargo, como consecuencia de su ignorancia de las circunstancias, los tuvo por reales. Y en lo que respecta al teléfono, mire, en mi casa, y yo verdaderamente tengo suficientes contactos con

la administración, no hay ningún teléfono. En posadas, etc., es posible que pueda prestar buenos servicios, como un tocadiscos, pero nada más. Ha telefoneado aquí alguna vez, ¿verdad? Entonces es posible que me comprenda. En el castillo el teléfono funciona perfectamente, me han contado que allí se telefonea ininterrumpidamente, lo que, es natural, acelera mucho el trabajo. Ese ininterrumpido telefonear es oído en nuestros teléfonos como un rumor o un canto, seguro que usted también lo ha oído. Sin embargo, ese rumor y esos cantos son lo único correcto y digno de confianza que nos transmiten los teléfonos del pueblo, todo lo demás es engañoso. No hay ninguna conexión telefónica específica con el castillo, ninguna centralita que comunique nuestra llamada; si se llama desde aquí al castillo, allí suena en todos los aparatos de los departamentos más inferiores o, mejor, sonaría en todos, como sé con certeza, si los teléfonos no estuvieran desconectados en casi todos ellos. De vez en cuando, sin embargo, hay algún funcionario que siente la necesidad de distraerse un poco –especialmente por la tarde o por la noche–, entonces conecta los teléfonos y nosotros recibimos alguna respuesta, aunque una respuesta que no es más que una broma. Por lo demás, es muy comprensible. ¿Quién puede creerse legitimado para alborotar a causa de sus pequeños problemas personales en medio de los trabajos más importantes de los que se ocupan a una velocidad vertiginosa? Tampoco comprendo cómo un forastero puede creer que si él, por ejemplo, llama por teléfono a Sordini, el que contesta es Sordini. Más bien se tratará probablemente de un insignificante secretario de otro departamento. Por el contrario, en alguna hora especial, puede ocurrir que, si se llama al insignificante secretario, sea Sordini quien responda. Entonces, ciertamente, será mucho mejor salir corriendo y dejar el teléfono antes de oír la primera sílaba.

–No lo había considerado así –dijo K–, no podía conocer esas particularidades, tampoco tenía mucha confianza en esas conversaciones telefónicas y siempre fui consciente de que sólo tiene una importancia real lo que se conoce o se alcanza en el mismo castillo.

–No –dijo el alcalde, acentuando la negación–, esas respuestas telefónicas poseen una importancia real, ¿cómo podría ser de otro modo? ¿Cómo es posible que una información dada por un funcionario del castillo carezca de importancia? Ya se lo dije con ocasión de la carta de Klamm. Todas esas manifestaciones carecen de importancia oficial; si les atribuye una importancia oficial, se equivoca; sin embargo, su importancia privada, en un sentido amistoso u hostil, es muy grande, la mayoría de las veces más grande de lo que podría llegar a ser nunca una importancia oficial.

–Bien –dijo K–, aceptando que todo sea como usted lo ha expuesto, entonces yo tendría una buena cantidad de amigos en el castillo; bien considerado, ya antaño, hace muchos años, la ocurrencia de aquel departamento de hacer venir a un agrimensor fue un acto de amistad respecto a mi persona, y en el periodo que siguió se fueron encadenando esos actos hasta que, con un mal final, me atrajeron hasta aquí y ahora me amenazan con expulsarme.
–Hay algo de verdad en su forma de ver las cosas –dijo el alcalde–, tiene razón en que no se pueden tomar literalmente las declaraciones del castillo. Pero siempre es necesaria la precaución, y no sólo aquí, será más necesaria cuanto más importante sea la declaración de que se trata. En lo que se refiere a lo que ha dicho de haber sido atraído, me resulta incomprensible. Si hubiera seguido mejor mis informaciones, debería saber que la cuestión de su contratación aquí es demasiado difícil como para poder responderla a lo largo de una pequeña conversación.
–Así que como resultado –dijo K– sólo queda que todo es muy confuso e insoluble, salvo mi expulsión.
–¿Quién osaría expulsarle, señor agrimensor? –dijo el alcalde–. La misma opacidad de las cuestiones que le incumben le garantizan el tratamiento más cortés, sólo que, según parece, usted es muy sensible. Nadie le retiene aquí, pero eso aún no es una expulsión.
–Oh, señor alcalde –dijo K–, ahora es usted otra vez el que ve algo con demasiada claridad. Le enumeraré algunas cosas que me retienen aquí: los sacrificios que hice para salir de mi casa; el largo y penoso viaje; las esperanzas fundadas que me hice a causa de la contratación; mi completa falta de capital; la imposibilidad de encontrar un trabajo en casa y, finalmente, y no la menor, mi novia, que es de aquí.
–¡Ah, Frieda! –dijo el alcalde sin sorpresa alguna–. Ya sé. Pero Frieda le seguiría a cualquier parte. En lo que respecta al resto, aquí son necesarias algunas consideraciones e informaré sobre ello en el castillo. Si se emitiese una decisión o fuese necesario otro interrogatorio, iré a recogerle. ¿Está de acuerdo?
–No, en absoluto –dijo K–, no quiero ningún regalo compasivo del castillo, sino mi derecho.
–Mizzi –dijo el alcalde a su esposa, que aún permanecía sentada en la cama y apretada contra él y que jugueteaba soñadora con la carta, de la que había hecho un barquito. K se la quitó asustado–. Mizzi, la pierna comienza de nuevo a dolerme mucho, tendremos que renovar la compresa.
K se irguió.
–Entonces ha llegado el momento de despedirme –dijo.

–Sí –dijo Mizzi, quien había comenzado a aplicar una pomada–, la corriente de aire es muy fuerte.
K se volvió, los ayudantes, en su celo servicial e improcedente, habían abierto las puertas de par en par en cuanto K había hecho la indicación de retirarse. K sólo pudo inclinarse ligeramente ante el alcalde para preservar la habitación del enfermo del intenso frío que penetraba. Luego salió de la habitación, llevándose detrás a los ayudantes, y cerró rápidamente la puerta.

CAPÍTULO VI

El posadero le esperaba ante la posada. Sin ser preguntado no habría osado hablar, por eso fue K quien le preguntó qué quería.
–¿Tienes ya una nueva vivienda? –preguntó el posadero, mirando al suelo.
–¿Preguntas por encargo de tu esposa? –dijo K–. Dependes mucho de ella, ¿no?
–No –dijo el posadero–, no pregunto por encargo de ella. Pero está muy excitada y se siente muy desgraciada por tu culpa, no puede trabajar, tampoco sale de la cama y no cesa de suspirar y de quejarse.
–¿Crees que debo visitarla? –preguntó K.
–Te lo pido –dijo el posadero–, quería recogerte en casa del alcalde, oí allí a través de la puerta, pero estabais en plena conversación, no quería molestar, además me preocupaba mi esposa, así que regresé corriendo, pero ella no me dejó entrar en la habitación, por lo que no me quedó otro remedio que esperarte.
–Entonces vamos deprisa –dijo K–, la tranquilizaré pronto.
–Ojalá sea posible –dijo el posadero.
Atravesaron la luminosa cocina, donde trabajaban tres o cuatro criadas, separadas las unas de las otras, en ocupaciones casuales, y que se quedaron estáticas al ver a K. Ya en la cocina se podían oír los suspiros de la posadera. Se encontraba en una pequeña dependencia sin ventanas, separada de la cocina sólo por un tabique de madera. Había únicamente espacio para una gran cama de matrimonio y un armario. La cama estaba situada de tal modo que desde ella se podía ver toda la cocina y se podía vigilar todo el trabajo que se realizaba en ella. Por el contrario, desde la cocina apenas se podía ver algo de esa dependencia: en su interior reinaba una gran oscuridad, sólo el cobertor rojo brillaba un poco. Cuando ya se había entrado y la vista se había acostumbrado a la oscuridad, se podían distinguir algunos detalles.
–Por fin viene usted –dijo la posadera con voz débil. Yacía sobre la espalda con los miembros extendidos, era evidente que la respiración le

causaba molestias, pues había arrojado el edredón. En la cama presentaba un aspecto más juvenil que vestida, pero el gorro de dormir de fino encaje que llevaba, a pesar de que era muy pequeño y no se ajustaba debido a su peinado, despertaba la compasión al destacar el decaimiento de su rostro.
–¿Cómo iba a venir? –dijo K con suavidad–.
No me ha llamado. –No tendría que haberme dejado esperar tanto –dijo la posadera con la obstinación del enfermo–. Siéntese –dijo, y señaló el borde de la cama–. Los demás podéis iros.
Junto a los ayudantes también habían entrado las criadas.
–¿También yo debo irme, Gardena? dijo el posadero.
K era la primera vez que oía el nombre de la esposa.
–Naturalmente –dijo ella con lentitud, y como si estuviese entre tenida con otros pensamientos, añadió–: ¿Por qué ibas a quedarte precisamente tú?
Pero cuando todos se habían retirado a la cocina, incluidos los ayudantes, que esta vez obedecieron en seguida, quizá porque les interesaba una de las criadas, Gardena demostró estar lo suficientemente atenta como para comprobar que desde la cocina se podía oír todo lo que allí se hablara, pues esa estancia carecía de puerta, así que ordenó que todos desalojasen la cocina. Esto ocurrió en seguida.
–Por favor, señor agrimensor –dijo entonces Gardena–, en la parte delantera del armario cuelga un chal, alcáncemelo. Quiero taparme con él, no soporto el edredón, tengo dificultades para respirar.
Y cuando K le hubo entregado el chal, ella dijo:
–Ve usted, éste es un bonito chal, ¿verdad?
A K le pareció un chal de lana común y corriente, lo palpó una vez más por cortesía, pero no dijo nada.
–Sí, es un bonito chal –dijo Gardena, y se tapó con él. Ahora yacía pacíficamente, todas las penas parecían haberla abandonado, incluso recordó su cabello alborotado por su posición en la cama, así que se sentó un rato y arregló su peinado alrededor del gorro de dormir. Tenía un cabello abundante.
K se tornó impaciente y dijo:
–Encargó que me preguntasen, señora posadera, si ya había encontrado otro alojamiento.
–¿Encargué que le preguntasen? –dijo la posadera–. No, eso es un error.
–Su esposo me acaba de hacer esa pregunta.
–No me sorprende –dijo la posadera–, estoy reñida con él. Cuando yo no quería tenerle aquí, dejó que se quedara, ahora que estoy feliz de

que viva aquí, continúa su juego. Siempre hace cosas parecidas.
–Entonces –dijo K–, ¿ha cambiado tanto su opinión sobre mí? ¿En tan sólo una o dos horas?
–No he cambiado mi opinión –dijo débilmente la posadera–. Deme su mano, así. Y ahora prométame que será completamente sincero, yo también quiero serlo con usted.
–Bien –dijo K–, pero ¿quién va a comenzar?
–Yo –dijo la posadera; no daba la sensación de que con eso hubiese querido hacer una concesión a K, sino que parecía ansiosa por ser la primera en hablar.
Sacó una fotografía de debajo del colchón y se la dio a K.
–Fíjese en esa foto –le pidió.
Para verla mejor, K se adentró un poco en la cocina pero ni siquiera allí era fácil reconocer algo en la fotografía, pues, debido a su antigüedad, los tonos habían palidecido y presentaba numerosas arrugas y manchas.
–No está en muy buenas condiciones –dijo K.
–Por desgracia, no –dijo la posadera–, cuando se llevan siempre encima durante años, les ocurre eso. Pero si se fija bien, lo podrá reconocer todo, seguro. Por lo demás, yo misma puedo ayudarle, dígame lo que ve, me alegra mucho oír algo de la fotografía. ¿Qué ve?
–A un hombre joven –dijo K.
–Correcto –dijo la posadera–. Y ¿qué hace?
–Parece descansar sobre una tabla, se estira y bosteza.
La posadera se rió.
–No, eso es completamente falso –dijo ella.
–Pero si aquí se ve la tabla y a él encima –insistió K.
–Fíjese mejor –dijo la posadera enojada–, ¿se le ve realmente tendido?
–No –dijo entonces K–, no está tendido, flota, y ahora lo veo, no es ninguna tabla, sino probablemente un cordón y el joven da un salto.
–Así es –dijo la posadera alegrándose–, salta, así se ejercitan los mensajeros oficiales, ya sabía que lo reconocería. ¿Puede ver también su rostro?
–Del rostro veo muy poco –dijo K–, parece esforzarse mucho, la boca está abierta, los ojos entornados y el pelo ondea.
–Muy bien –dijo la posadera con un tono elogioso–, nadie que no le haya visto antes puede apreciar más. Pero era un joven hermoso, sólo lo vi fugazmente una vez y nunca le olvidaré.
–¿Quién era? –preguntó K.
–Era el mensajero –dijo la posadera–, a través del cual Klamm me llamó por primera vez.
–K no pudo oír muy bien, fue distraído por el ruido de un cristal.

Encontró en seguida el origen de la perturbación. Los ayudantes permanecían en el patio exterior, saltando alternativamente sobre un pie y sobre el otro en la nieve. Simularon que se alegraban de ver a K, de la alegría le señalaron y repiquetearon con los dedos en la ventana de la cocina. Ante un gesto amenazador de K dejaron inmediatamente de hacerlo, intentaron apartarse mutuamente de allí, pero uno desplazaba al otro y al poco tiempo volvieron a estar los dos en el mismo sitio. K se apresuró a llegar al dormitorio, donde los ayudantes no podían verle desde el exterior y él también podía dejar de verlos. Pero el ruido suave y suplicante en la ventana aún le persiguió durante un buen rato.
–Otra vez los ayudantes –dijo a la posadera como disculpa, y señaló hacia afuera. Ella, sin embargo, no le prestó atención, le había quitado la foto, la había visto, alisado y vuelto a guardar debajo del colchón. Sus movimientos se habían tornado más lentos, pero no por cansancio, sino bajo la carga del recuerdo. Había querido contarle la historia a K, pero ésta le había hecho olvidar a K. Jugaba con el borde del chal. Sólo transcurrido un rato miró hacia arriba, se pasó la mano sobre los ojos y dijo:
–También este chal es de Klamm, y el gorro de dormir. La fotografía, el chal y el gorro: ésos son los tres recuerdos que me quedan de él. No soy joven como Frieda, ni tan ambiciosa, ni tampoco tan delicada, ella es muy delicada; en suma, sé resignarme con la vida que me ha tocado, pero tengo que reconocer que sin estas tres cosas no habría soportado tanto tiempo aquí, sí, probablemente no habría soportado ni un día. Estos tres recuerdos quizá le parezcan pobres, pero ya ve, Frieda, que ya lleva tratando con Klamm tanto tiempo, no posee ningún recuerdo, se lo he preguntado, ella es demasiado entusiasta y también demasiado difícil de contentar, yo, por el contrario, que sólo estuve tres veces con Klamm –después no me volvió a llamar, no sé por qué–, presintiendo la brevedad de mi trato con él, me traje estos recuerdos. Cierto, hay que ocuparse personalmente de ello, Klamm, por sí mismo, no da nada, pero cuando se ve algo adecuado, se puede pedir.
K se sentía incómodo con esas historias, por más que le afectaran.
–¿Cuánto tiempo ha pasado de todo eso? –preguntó suspirando.
–Más de veinte años –dijo la posadera–, mucho más de veinte años.
–Así que tanto tiempo se mantiene fidelidad a Klamm –dijo K–. ¿Es consciente, señora posadera, de que con esas confesiones me causa hondas preocupaciones cuando pienso en mi futuro matrimonio?
La posadera encontró una impertinencia que K se inmiscuyera en sus asuntos y le miró sesgada e iracunda.
–No se enoje, señora posadera –dijo K–, no digo una palabra contra

Klamm, pero por el poder de los acontecimientos mantengo ciertas relaciones con Klamm, eso no lo puede negar ni el más grande admirador de Klamm. En consecuencia, cuando se le nombra siempre pienso en mí, es algo que no puedo evitar. Por lo demás, señora posadera –aquí K tomó su mano vacilante–, recuerde lo mal que terminó nuestra última conversación y que ahora queremos separarnos en paz.
–Tiene razón –dijo la posadera, e inclinó la cabeza–, pero respéteme. No soy más sensible que otros, todo lo contrario, todos tienen zonas sensibles, yo sólo tengo ésta.
–Por desgracia, también es la mía –dijo K–, pero podré dominarme. Ahora acláreme, señora posadera, cómo puedo soportar en el matrimonio esa horrible fidelidad a Klamm, presuponiendo que Frieda también la comparta.
–¿Horrible fidelidad? –repitió la posadera enojada–. ¿Se trata de fidelidad? Yo soy fiel a mi esposo, ¿pero a Klamm? Klamm me hizo una vez su amante, ¿puedo perder alguna vez ese rango? ¿Y que cómo lo puede soportar con Frieda? Ay, señor agrimensor, ¿quién es usted para atreverse a realizar semejante pregunta?
–¡Señora posadera! –dijo K con tono admonitorio.
–Ya sé –dijo la posadera aplacándose–, pero mi esposo no ha planteado esas preguntas. No sé a quién se puede llamar más desgraciada, si a mí en aquel tiempo o a Frieda ahora. Frieda, que abandona a Klamm por petulancia o yo, a quien no volvió a llamar. Quizá sea Frieda, aunque no parezca saberlo aún en toda su trascendencia. Pero en aquellos tiempos mi desgracia dominaba exclusivamente mis pensamientos, pues una y otra vez tenía que preguntarme y hoy tampoco dejo de preguntarme: ¿por qué ocurrió? ¡Tres veces te llamó Klamm, pero no hubo nunca una cuarta vez! ¿Qué es lo que me ocupaba más entonces? ¿De qué otra cosa iba a hablar con mi esposo, con el que me casé poco después? Durante el día no teníamos tiempo, habíamos adquirido esta posada en un estado lamentable y teníamos que intentar levantarla. ¿Y en la noche? Durante muchos años nuestros pensamientos nocturnos giraban en torno a Klamm y a los motivos de su cambio de opinión. Y cuando mi esposo se quedaba dormido en esas conversaciones, le despertaba y seguíamos hablando.
–Ahora, si me lo permite –dijo K–, le plantearé una pregunta algo brusca.
La posadera permaneció en silencio.
–Así que no puedo preguntar –dijo K–, también eso me basta.
–Cierto –dijo la posadera–, también eso le basta, especialmente eso.

Usted lo interpreta todo mal, también el silencio. Pero no puede hacer otra cosa. Le permito que pregunte.
–Si todo lo interpreto mal –dijo K–, quizá también interprete mal mi pregunta, quizá no sea tan brusca. Sólo quería saber cómo conoció a su esposo y cómo llegó esta posada a su posesión.
La posadera arrugó la frente, pero dijo con indiferencia:
–Esa es una historia muy simple. Mi padre era herrero y Hans, mi actual esposo, que era mozo de caballerías de un terrateniente, venía con frecuencia a ver a mi padre. Fue después de mi último encuentro con Klamm, yo era muy desgraciada y en realidad no debería haberlo sido, pues todo se había producido con corrección y que no pudiese volver a ver a Klamm, era la decisión de Klamm, es decir, era correcta, sólo los motivos seguían siendo oscuros; podría haberlos investigado, pero no debería haber sido desgraciada; sin embargo lo era y no podía trabajar, pasaba el día sentada en nuestro jardín. Allí me vio Hans, se sentó a mi lado, no me quejé, pero él sabía de qué se trataba, y como es un buen chico se puso a llorar conmigo. Y cuando el posadero de entonces, a quien se le había muerto la esposa, renunciando al negocio, pues ya era un hombre viejo, pasó un día por delante de nuestro jardín y nos vio allí sentados, se detuvo y nos ofreció sin dudarlo el arrendamiento de la posada. Como nos tenía confianza, no quiso recibir ningún anticipo y fijó un arrendamiento muy barato. No quería representar una carga para mi padre, todo lo demás me resultaba indiferente y así, pensando en la posada y en el trabajo que quizá podría procurarme algo de olvido, le di mi mano a Hans. Ésa es la historia.
Durante un momento reinó el silencio, luego dijo K:
–La manera de actuar del posadero fue espléndida pero imprudente, ¿o tenía algún motivo para tener confianza en los dos?
–Conocía muy bien a Hans –dijo la posadera–, era su tío.
–Entonces resulta evidente –dijo K– que la familia de Hans tenía interés en establecer vínculos con usted.
–Tal vez –dijo la posadera–, no lo sé, no me preocupó.
–Pero tuvo que ser así –dijo K–, cuando la familia estuvo dispuesta a realizar semejante sacrificio y poner en sus manos la posada sin garantía alguna.
–No supuso ninguna imprudencia como luego se mostró –dijo la posadera–. Me puse manos a la obra, como era fuerte, la hija del herrero, no necesitaba criada ni mozo, estaba en todas partes, en la sala, en la cocina, en el establo, en el patio, cocinaba tan bien que incluso le quité clientes a la posada de los señores. Aún no ha estado al mediodía en el comedor, no conoce a nuestros huéspedes de esas

horas, antaño aún eran más, desde entonces he perdido a muchos. Y el resultado fue que no sólo pudimos pagar sin problemas el arrendamiento, sino que transcurridos algunos años pudimos comprar la posada y hoy casi no tenemos deudas. El siguiente resultado, sin embargo, fue que me destrocé, me puse enferma del corazón y ahora soy una mujer mayor. Quizá crea que soy mucho mayor que Hans, pero en realidad sólo es dos o tres años más joven y, además, no envejecerá nunca, pues con su trabajo –fumar en pipa, escuchar a los huéspedes, vaciar la pipa y de vez en cuando coger una cerveza–, con ese trabajo no se envejece.

–Su capacidad de trabajo resulta digna de admiración –dijo K–, de ello no cabe la menor duda, pero hablábamos de los tiempos anteriores a su matrimonio y entonces debió de ser extraño que la familia de Hans, sacrificando su dinero o, al menos, con la asunción de un riesgo tan grande como la entrega de la posada, hubiesen fomentado la boda y sin otra esperanza que la basada en su capacidad de trabajo, desconocida para ellos, y en la de Hans, cuya debilidad ya tendría que haber salido a la luz.

–Bueno, sí –dijo la posadera cansada–, ya sé adónde quiere ir a parar y el error en que se encuentra. De Klamm no había ninguna huella en todo eso. ¿Por qué habría tenido que cuidarse de mí o, mejor, cómo habría podido cuidarse de mí? Él ya no sabía nada de mí. Que no me hubiese vuelto a llamar era un signo de que me había olvidado. Cuando ya no llama, olvida por completo. No quería hablar de esto delante de Frieda. Tampoco es olvido, es más que eso, pues a quien se ha olvidado, se le puede volver a conocer. En el caso de Klamm eso no es posible. Cuando no manda llamar a alguien, no sólo le ha olvidado en lo que respecta al pasado, sino también en lo que respecta al futuro. Cuando me esfuerzo mucho, puedo ponerme en su lugar y leer sus pensamientos, unos pensamientos que aquí carecen de sentido y que quizá en el lugar de donde viene posean alguna validez. Posiblemente llegue a la osadía de pensar la extravagancia de que Klamm me había procurado a un Hans como esposo para que yo no tuviera ningún impedimento para verle cuando me llamase en el futuro. Bien, más allá no puede ir una extravagancia. ¿Dónde está el hombre que podría impedirme ir a ver a Klamm, cuando él me hiciese una señal? Absurdo, completamente absurdo, una misma se confunde cuando juega con esos absurdos.

–No –dijo K–, no queremos confundirnos, no había llegado tan lejos con mis pensamientos como usted supone, aunque, para decir la verdad, me encontraba en ese camino. Al principio me asombró que los parientes esperasen tanto de la boda y que esas esperanzas,

efectivamente, se hiciesen realidad, si bien es cierto con el empeño de su corazón, de su salud. El pensamiento en una conexión entre esos hechos y Klamm se abrió paso en mi mente, pero no del modo tan grosero en que usted lo ha representado, sólo con la finalidad de volver a increparme, porque eso le causa placer. ¡Pues que lo disfrute! Mi pensamiento, sin embargo, era otro: al principio es Klamm la causa del matrimonio. Sin Klamm no habría sido usted infeliz, no habría permanecido pasiva en su jardín; sin Klamm no la hubiese visto Hans; sin su tristeza, el tímido de Hans jamás se habría atrevido a dirigirle la palabra; sin Klamm no habrían llorado juntos; sin Klamm, el buen tío posadero jamás les hubiera visto allí, pacíficamente sentados; sin Klamm usted no se habría mostrado indiferente frente a la vida, esto es, no se habría casado con Hans. Bueno, en todo esto ya hay suficiente Klamm, podríamos pensar, pero aún sigue. Si no hubiese buscado el olvido, no habría trabajado contra usted misma con tanta desconsideración, y tampoco habría mejorado tanto la posada. Así que también aquí aparece Klamm. Pero Klamm, aparte de eso, también fue la causa de su enfermedad, pues su corazón ya estaba agotado antes de su matrimonio por la desgraciada pasión que la consumió. Sólo queda la pregunta de qué fue lo que tanto tentó a los parientes de Hans para querer la boda. Usted misma mencionó una vez que ser la amante de Klamm significa una elevación en el rango que ya no se puede perder, así pues, bien pudo ser eso lo que les atrajo. Pero además creo que también fue la esperanza de que la buena estrella que la había conducido hasta Klamm –presuponiendo que se tratase de una buena estrella, pero usted así lo afirma– le seguiría perteneciendo, esto es, que permanecería con usted y no la abandonaría de forma tan repentina, como Klamm había hecho.
–¿Cree todo eso en serio? –preguntó la posadera.
–En serio –contestó rápidamente K– sólo creo que las esperanzas de los parientes de Hans no eran ni fundadas ni infundadas y también creo descubrir el error que usted ha cometido. Aparentemente todo parece haber acabado con éxito. Hans está bien situado, tiene una esposa espléndida, es respetado, la posada está libre de deudas. Pero en realidad no todo ha concluido con éxito, él habría sido mucho más feliz con una simple muchacha, de la que él hubiese sido su primer amor; si él, como le reprochan, a veces se queda en la taberna como perdido, es porque realmente se siente perdido –sin por ello ser desgraciado, desde luego, ya le conozco bastante para decirlo–, pero también es seguro que ese joven guapo y comprensivo habría sido más feliz con otra mujer, con lo que también digo, más independiente, más trabajador y masculino. Y usted, con toda certeza, no es feliz y, como dijo, sin los

tres recuerdos no habría podido seguir viviendo y también está enferma del corazón. Así que, ¿fueron infundadas las esperanzas de sus parientes? No lo creo. La bendición recaía sobre usted, pero no supieron emplearla.
–¿Qué se ha omitido? –preguntó la posadera. Yacía boca arriba con los miembros extendidos mirando al techo.
–Preguntarle a Klamm –dijo K.
–Entonces volveríamos a ocuparnos de su caso.
–O del suyo –dijo K–, nuestros asuntos parecen tocarse
–¿Qué quiere usted de Klamm? –preguntó la posadera. Se había sentado erguida y sacudido la almohada para poder apoyarse y miraba directamente a los ojos de K–. Le he contado sinceramente mi caso, del que podría aprender algo. Dígame ahora usted con toda sinceridad lo que le quiere preguntar a Klamm. Sólo con esfuerzo he convencido a Frieda de que se vaya a su habitación y permanezca allí, temía que en su presencia no hablaría con la suficiente sinceridad.
–No tengo nada que ocultar –dijo K–. Para comenzar, sin embargo, tengo que llamarle la atención sobre algo. Klamm olvida en seguida, dijo. Eso, en primer lugar, me parece muy improbable y, en segundo lugar, no se puede demostrar; es evidente que sólo se trata de una leyenda, inventada por la fantasía de las jovencitas que en ese momento gozaban del favor de Klamm. Me asombra que crea una invención tan trivial.
–No es ninguna leyenda –dijo la posadera–, es más el producto de la experiencia.
–Entonces también se puede refutar con una nueva experiencia –dijo K–. Y también hay una diferencia entre su caso y el de Frieda. Aún no se ha producido el hecho de que Klamm no llame a Frieda, más bien sí que la ha llamado, pero ella no ha obedecido la llamada. Es incluso posible que aún la esté esperando.
La posadera calló y paseó por K una mirada escrutadora. Luego dijo:
–Escucharé tranquilamente todo lo que tenga que decir. Hable con toda sinceridad y no tenga miramientos conmigo. Sólo le pido una cosa, no emplee el nombre de Klamm. Llámele «él» o de cualquier otra forma, pero no con su nombre.
–Encantado –dijo K–, pero lo que quiero de él es difícil de decir. En principio quiero verle de cerca, luego quiero oír su voz y, a continuación, quiero saber qué opina de nuestra boda; el resto depende del curso de la conversación. Pueden surgir muchas cosas mientras hablamos, pero lo más importante para mí es estar frente a él. Aún no he hablado directamente con ningún funcionario de verdad. Parece ser más difícil de lograr de lo que había creído. Ahora, sin embargo, tengo

el deber de hablar con él como una persona particular, y eso es, según mi opinión, mucho más fácil de lograr; como funcionario tal vez sólo pudiera hablar con él en su despacho inaccesible, en el castillo o, lo que resulta cuestionable, en la posada de los señores; como persona particular, sin embargo, en cualquier parte de la casa, en la calle, donde consiga encontrarme con él. El hecho de que cuando lo logre, también tendré ante mí al funcionario, lo aceptaré encantado, pero no es mi primer objetivo.
–Bien –dijo la posadera, y presionó su rostro contra la almohada, como si dijera algo vergonzoso–, si logro con mis conexiones que se transmita su solicitud de una entrevista con Klamm, prométame que no emprenderá nada por su cuenta hasta que llegue la respuesta.
–Eso no lo puedo prometer –dijo K–, aunque me gustaría complacer sus deseos. El asunto corre prisa, sobre todo después del resultado desfavorable de mi entrevista con el alcalde.
–Esa objeción es baladí –dijo la posadera–, el alcalde es una persona insignificante. ¿Acaso no lo ha notado? No podría permanecer un día en el puesto, si su esposa, que lo lleva todo, no estuviera allí.
–¿Mizzi? –preguntó K.
La posadera asintió.
–Estuvo presente –dijo K.
–¿Dijo algo? –preguntó la posadera.
–No –dijo K–, pero tampoco me dio la impresión de que pudiera.
–Bueno –dijo la posadera–, todo lo contempla erróneamente aquí. En todo caso, lo que el alcalde ha dispuesto sobre usted no tiene ninguna importancia y con la esposa hablaré en su momento. Y si ahora le prometo que la respuesta de Klamm llegará como mucho en una semana, ya no tiene ningún motivo para no transigir con mi petición.
–Todo eso no es decisivo –dijo K–, mi resolución está tomada e intentaría ejecutarla aunque llegase una respuesta negativa. Pero si tengo esa intención desde el principio, no puedo solicitar con anterioridad una entrevista. Lo que sin la solicitud permanece un intento quizá osado, pero de buena fe, después de una respuesta negativa se convertiría en una insubordinación manifiesta. Eso sería mucho peor.
–¿Peor? –dijo la posadera–. En todo caso se tratará de insubordinación. Y ahora haga lo que quiera. Acérqueme la falda.
Se puso la falda sin ninguna consideración a K y se apresuró a entrar en la cocina. Ya desde hacía tiempo se oían ruidos en el comedor. Habían llamado en la ventana. Los ayudantes la habían abierto y gritado que tenían hambre. También habían aparecido otros rostros. Incluso se oía un canto bajo entonado por varias voces.

La conversación de K con la posadera había retrasado la comida: aún no estaba preparada y los huéspedes se habían reunido, si bien ninguno de ellos había osado infringir la prohibición de la posadera de pisar la cocina. Ahora, sin embargo, que los observadores anunciaron que la posadera ya llegaba, las criadas entraron en la cocina, y cuando K entró en el comedor, los numerosos comensales, más de veinte, hombres y mujeres, vestidos con provincialismo pero no como campesinos, se abalanzaron desde la ventana hacia las mesas para asegurarse su plaza. Sólo en una pequeña mesa, situada en un rincón, permanecía ya sentado un matrimonio con algunos niños; el hombre, un señor amable de ojos azules con cabello gris desgreñado y barba, estaba inclinado hacia los niños marcándoles el compás para su canción, que se esforzaba en mantener en un tono bajo. Quizá quería que se olvidaran del hambre con la canción. La posadera se disculpó ante los comensales con unas palabras pronunciadas con indiferencia, nadie le reprochó nada. Miró buscando al posadero, que ya había huido hace tiempo ante la dificultad de la situación. Entonces se fue lentamente hacia la cocina; para K, que se apresuró a buscar a Frieda en su habitación, ya no tuvo ni una mirada.

CAPÍTULO VII

K se encontró arriba con el maestro. La habitación, para su alegría, apenas se podía reconocer, tan diligente había sido Frieda. Había aireado, había puesto la calefacción, fregado el suelo, hecho la cama; las cosas de las criadas, esa odiosa basura, habían desaparecido, incluidas las fotografías; la mesa, que había atraído las miradas por la costra de mugre formada en la tabla, había sido cubierta con un mantel blanco. Ahora ya se podía recibir a huéspedes; la poca ropa de K que Frieda había lavado con anterioridad y que colgaba ahora ante la calefacción para secarse, molestaba poco. El maestro y Frieda estaban sentados a la mesa, se levantaron cuando entró K, Frieda le saludó con un beso, el maestro se inclinó un poco. K, distraído y aún con la intranquilidad provocada por la conversación con la posadera, comenzó a disculparse por no haber podido visitar aún al maestro: parecía como si indicase que el maestro, impaciente por la espera de K, se hubiese decidido por hacer él mismo la visita. El maestro, sin embargo, con su actitud moderada, sólo pareció recordar lentamente que entre K y él se había convenido una suerte de visita.

–Usted es, entonces, señor agrimensor –dijo lentamente–, el forastero con el que hablé hace tiempo en la plaza de la iglesia.

–Sí –dijo brevemente K; lo que había tolerado entonces en su

abandono, no lo iba a permitir en su habitación. Se volvió hacia Frieda y habló con ella sobre una visita importante que tenía que hacer inmediatamente y en la que tenía que aparecer lo mejor vestido posible. Frieda, sin preguntar más a K, llamó en seguida a los ayudantes, que estaban entretenidos en inspeccionar el nuevo mantel, ordenándoles que limpiaran el traje y los zapatos de K, que había comenzado a quitarse, y que los limpiaran concienzudamente en el patio. Ella misma tomó una camisa del cordel y corrió hacia la cocina para plancharla.

Ahora se encontraba K a solas con el maestro, que permanecía sentado y en silencio, dejó que esperase aún un poco más, se quitó la camisa y comenzó a lavarse ante la jofaina. Ahora, de espaldas al maestro, le preguntó sobre el motivo de su visita.

–Vengo por encargo del alcalde –dijo él.

K se mostró dispuesto a recibir el mensaje. Pero como las palabras de K apenas se podían oír por el chapoteo del agua, el maestro tuvo que acercarse y se apoyó en la pared junto a K. Éste se disculpó por su ocupación y por su intranquilidad con la excusa de la urgencia de la visita proyectada. El maestro no reparó en sus palabras y dijo:

–Fue descortés con el señor alcalde, un hombre mayor, honorable y con amplia experiencia.

–No sé si fui descortés –dijo K mientras se secaba–, pero que pensaba en otra cosa que en un comportamiento cortés, es cierto, pues se trataba de mi existencia que se ve amenazada por el ignominioso funcionamiento de una administración cuyas particularidades no tengo que expresar, pues usted mismo es un miembro activo de sus organismos. ¿Se ha quejado sobre mí el alcalde?

–¿De quién otro se podría quejar? –dijo el maestro–. Y si lo hubiera, ¿se quejaría de él alguna vez? Me he limitado a levantar un acta, según su dictado, sobre su conversación y, a través de ella, he tenido suficiente noticia sobre la bondad del señor alcalde y sobre su tipo de respuestas.

Mientras K buscaba el peine, que Frieda tenía que haber guardado en alguna parte, dijo:

–¿Cómo? ¿Un acta? ¿Redactada en mi ausencia por alguien que ni siquiera estuvo en la entrevista? No está mal. Y ¿por qué un acta? ¿Acaso fue un acto administrativo?

–No –dijo el maestro–, fue semioficial, también el acta es sólo semioficial, se hizo porque en nuestros asuntos tiene que reinar un orden severo. En todo caso ya está redactada y no resulta muy honrosa para usted.

K, que ya había encontrado el peine sobre la cama, dijo más tranquilo:

–Pues muy bien, ¿ha venido sólo a anunciármelo?
–No –dijo el maestro–, pero no soy ningún autómata y tenía que expresarle mi opinión. Mi encargo, sin embargo, es una prueba más de la bondad del señor alcalde. Hago hincapié en que para mí esa bondad resulta inexplicable y que cumplo su encargo sólo como una obligación de mi puesto y por veneración al señor alcalde.
K, lavado y peinado, estaba ahora sentado a la mesa esperando la camisa y el traje, sentía poca curiosidad por lo que el maestro le iba a comunicar, también había influido en él la baja opinión que la posadera tenía del alcalde.
–¿Son más de las doce? –dijo pensando en el camino que aún tenía que recorrer, luego recapacitó–: Quería cumplir un encargo del alcalde, ¿no?
–Bueno –dijo el maestro encogiéndose de hombros como si quisiera desprenderse de cualquier responsabilidad–. El señor alcalde teme que usted, si la decisión sobre su asunto se prolonga durante mucho tiempo, emprenda algo irreflexivo por su propia cuenta. Yo, por mi parte, no sé por qué teme eso, mi opinión es que usted puede hacer lo que quiera. No somos sus ángeles protectores y tampoco tenemos ninguna obligación de seguirle en todos los caminos que elija. Pero en fin, el señor alcalde es de otra opinión. Cierto es que no puede acelerar la decisión sobre la competencia de la administración; sin embargo, desea tomar una decisión, provisional aunque generosa, en su radio de acción que dependerá de usted aceptarla o no: le ofrece provisionalmente el puesto de bedel de la escuela.
K, al principio, apenas prestó atención a lo que se le ofrecía, pero el hecho de que se le ofreciera algo no le parecía insignificante. Indicaba que, según la opinión del alcalde, era capaz de poner en práctica medidas para su defensa, y para defenderse de ellas quedaban justificados algunos sacrificios de la comunidad. Y qué importancia se le daba al asunto. El maestro, que ya había esperado allí un buen rato y que antes había redactado el acta, debía de haber sido enviado a toda prisa por el alcalde.
Cuando el maestro comprobó que con su mensaje sólo había conseguido que K se tornase meditabundo, continuó:
–Yo puse mis objeciones. Le dije que hasta ahora no había sido necesario ningún bedel en la escuela: la esposa del sacristán limpia de vez en cuando y la señorita Gisa, la maestra, lo inspecciona; yo tengo ya preocupaciones suficientes con los niños como para enojarme ahora con un bedel. El señor alcalde opuso que, sin embargo, la escuela está muy sucia. Yo le contesté, como era verdad, que no está tan mal y añadí: ¿será mejor si tomamos a ese hombre como bedel? Seguro que

no, aparte de que él no entiende de esos trabajos, la escuela consta exclusivamente de dos grandes clases sin ninguna otra estancia, el bedel tiene, por tanto, que vivir con su familia en una de las clases, dormir, incluso es posible que cocinar, eso no puede aumentar, naturalmente, la limpieza. Pero el señor alcalde insistió y dijo que ese puesto podía significar la salvación para usted y que, por consiguiente, se esforzaría todo lo posible para cumplirlo a la perfección; además, el señor alcalde opinó que con usted ganábamos también las fuerzas de su esposa y de sus ayudantes, de tal forma que no sólo la escuela, sino también el jardín podrían mantenerse con una limpieza y orden ejemplares. Todo eso lo pude refutar con facilidad. Finalmente, el señor alcalde no pudo aducir más en su favor, se rió y dijo que usted es el agrimensor y que, por tanto, trazaría muy bien los macizos de flores en el jardín de la escuela. Bueno, contra las bromas no hay objeciones, así que vine aquí para transmitirle esa proposición.
–Se preocupa inútilmente, señor maestro –dijo K–, jamás se me ocurriría aceptar ese puesto.
–Estupendo –dijo el maestro–, lo rechaza sin reservas.
Tomó el sombrero y se marchó.
Poco después llegó Frieda con el rostro turbado: traía la camisa sin planchar, y no respondió ninguna pregunta. Para distraerla, K le contó lo del maestro y la oferta; apenas lo hubo escuchado, arrojó la camisa sobre la cama y volvió a irse. Regresó al poco tiempo, pero con el maestro, que presentaba un aspecto mohíno y ni siquiera saludó. Frieda le pidió un poco de paciencia –era evidente que se lo había pedido ya varias veces en el camino hasta allí–, se llevó a K por una puerta lateral, de la que él no sabía nada, hacia una habitación contigua y finalmente le contó, excitada y sin aliento, lo que le había ocurrido. La posadera, furiosa porque se había humillado ante K con confesiones y, lo que era más enojoso, con condescendencia referente a una entrevista de K con Klamm, y sin conseguir otra cosa que, como ella dijo, un rechazo frío y, además, poco sincero, había decidido no tolerar por más tiempo a K en su casa; si tiene conexiones con el castillo, que las utilice rápidamente, pues hoy mismo, ahora, tiene que abandonar la casa y sólo por una orden directa de la administración y obligada por la fuerza le volvería a acoger, pero ella tiene la esperanza de que no se llegue a eso, pues también ella tiene conexiones con el castillo y sabrá hacerlas valer. A fin de cuentas, él sólo ha sido admitido en la posada por el descuido del posadero y ni siquiera en una situación de necesidad, pues esta misma mañana se ha preciado de tener otro alojamiento dispuesto. Frieda, naturalmente, se puede quedar, pero si quiere mudarse con K, la posadera será muy desgraciada, sólo por ese

pensamiento se había desplomado, llorando, ante el horno de la cocina, la pobre mujer que padece del corazón, pero cómo puede actuar de otro modo, si se trata, al menos en su imaginación, del honor del recuerdo de Klamm. Así piensa la posadera. Frieda, ciertamente, seguirá a K a donde él quiera, por la nieve o el hielo, sobre eso no cabía ninguna duda, pero en todo caso su situación era muy mala, por eso ha saludado con gran alegría la oferta del maestro; por más que no sea un puesto muy adecuado para K, era temporal, se podía ganar tiempo y se podrían encontrar fácilmente otras posibilidades, aunque la decisión final fuese desfavorable.

–¡En caso de necesidad emigramos! –exclamó finalmente Frieda colgada del cuello de K–. ¿Qué nos mantiene aquí en el pueblo? Temporalmente, ¿verdad, cariño?, aceptamos la oferta, he vuelto a traer al maestro, tú le dices «trato hecho», nada más, y nos trasladamos a la escuela.

–Malo –dijo K sin tomarlo muy en serio, pues el alojamiento le importaba poco, también tenía mucho frío en ropa interior allí, en la buhardilla, que, expuesta, era atravesada por una corriente de aire hela do–. ¿Ahora que has arreglado tan bien la habitación tenemos que mudarnos? Sólo aceptaría ese puesto de mala gana, muy a disgusto, ya la humillación ante ese maestrillo me resulta desagradable y ahora se convierte en mi superior. Si pudiera permanecer un poco más aquí, quizá esta misma tarde cambiase mi situación. Si al menos tú permanecieras aquí, podríamos esperar y darle al maestro una respuesta incierta. Para mí siempre encontraré un alojamiento, aunque sea en casa de Bar…

Frieda le tapó la boca con la mano.

–Eso no –dijo angustiada–, por favor no vuelvas a decirlo. En lo demás, te seguiré en todo. Si quieres, permaneceré aquí sola, por muy triste que sea para mí y si quieres rechazaremos la oferta, por muy errónea que me parezca esa decisión. Pues mira, si encontrases otra posibilidad, incluso esta misma tarde, bueno, entonces es evidente que renunciaríamos inmediatamente a la escuela, nadie podrá impedírnoslo. Y en lo que respecta a la humillación ante el maestro, déjame que yo me preocupe de eso y verás como no lo es, yo misma hablaré con él. Tú permanecerás en silencio, no tendrás nunca que hablar con él, si no quieres; yo seré en realidad su subordinada y ni siquiera yo lo seré, pues conozco sus debilidades. Así que no se perderá nada si aceptamos el puesto, mucho, sin embargo, si lo rechazamos, ante todo no encontrarías un alojamiento, ni siquiera para ti mismo, si hoy no logras alcanzar el castillo, al menos uno por el que yo, tu futura esposa, no tuviera que avergonzarme. Y si no encuentras ningún alojamiento,

reclamarás de mí que duerma aquí en una habitación cálida mientras sé que tú estás vagando allá afuera, en plena noche y helado de frío.

K, que durante todo el tiempo había permanecido con los brazos cruzados sobre el pecho y con las manos golpeándose la espalda para así calentarse un poco, dijo:

–Entonces no nos queda otra solución que aceptar, ¡vamos!

En la habitación se apresuró a acercarse a la calefacción, del maestro no se preocupó; éste estaba sentado a la mesa, sacó el reloj y dijo:

–Ya se ha hecho tarde.

–Pero ya nos hemos puesto completamente de acuerdo, señor maestro –dijo Frieda–, aceptamos el puesto.

–Bien –dijo el maestro–, pero el puesto se ha ofrecido sólo al señor agrimensor, él es quien debe manifestarse al respecto.

Frieda acudió en ayuda de K.

–Cierto –dijo ella–, él acepta el puesto, ¿verdad, K?

Así K pudo limitar su declaración a un simple «sí», que ni siquiera fue dirigido al maestro, sino a Frieda.

–Entonces –dijo el maestro–, sólo me queda enumerarle sus deberes laborales, para que coincidamos en ello de una vez por todas. Señor agrimensor, tiene que limpiar y calentar diariamente las dos clases, así como efectuar pequeñas reparaciones en el edificio, en el mobiliario y en los aparatos gimnásticos, debe mantener el camino a través del jardín despejado de nieve, realizar servicios de mensajero para mí y para la maestra y en la temporada cálida se encargará de los trabajos del jardín. Entre sus derechos se encuentran los siguientes: podrá vivir en una de las clases, según su elección; sin embargo, cuando no se den clases simultáneas en las dos habitaciones, y usted viva precisamente en la habitación donde se da clase, tendrá que trasladarse naturalmente a la otra habitación. En la escuela no puede cocinar, por eso tanto usted como los suyos recibirán la comida aquí, en la posada, a costa de la comunidad. Menciono sólo de pasada, pues usted, como un hombre instruido, ya debe de saberlo, que tendrá que comportarse de un modo digno para una escuela y que, especialmente durante las horas de clase, los niños jamás serán testigos de escenas domésticas desagradables. En este ámbito aprovecho para recordarle que debe legitimar lo más rápidamente posible sus relaciones con la señorita Frieda. Sobre todo esto y otros detalles se redactará un contrato laboral que deberá firmar en cuanto se traslade a la escuela.

A K le parecía todo eso carente de importancia, como si no le afectase o no le vinculase a nada, sólo la jactancia del maestro le irritaba, por lo que dijo sin reflexionar:

–Bueno, se trata de las obligaciones usuales.

Para difuminar un poco esa observación, Frieda preguntó por el sueldo.
–Si se paga un sueldo –dijo el maestro– se considerará después de que transcurra un mes de prueba.
–Pero eso es muy duro para nosotros –dijo Frieda–, deberíamos casarnos prácticamente sin dinero, crear nuestro hogar de la nada. ¿No podríamos, señor maestro, mediante una solicitud a la comunidad, pedir un pequeño sueldo inmediato? ¿Lo aconsejaría usted?

–No –dijo el maestro, que dirigía sus palabras a K–, una solicitud así tendría que ser acompañada de mi recomendación para que pudiera tener éxito y yo no la recomendaré. La concesión de la plaza no es más que una deferencia frente a usted y las deferencias, cuando se es consciente de la propia responsabilidad pública, no se deben llevar demasiado lejos.
Entonces se inmiscuyó K, casi en contra de su voluntad.
–En lo que concierne a la deferencia, señor maestro –dijo–, creo que se equivoca. La deferencia, más bien, parte de mí.
–No –dijo el maestro sonriendo, ya había logrado que K hablase–, sobre eso estoy muy bien informado. Necesitamos un bedel en la escuela con tanta urgencia como un agrimensor. Bedeles y agrimensores no son más que una carga. Me costará muchos dolores de cabeza cómo voy a justificar esos costes ante la comunidad, lo mejor y lo más sincero sería arrojar el nombramiento sobre la mesa y no molestarse en justificarlo.
–A eso es a lo que me refiero –dijo K–, me tiene que contratar en contra de su voluntad; a pesar de que le va a causar dolores de cabeza, me tiene que contratar. Cuando alguien se ve obligado a contratar a otro y este otro se deja contratar, el último es quien hace el favor.
–Extraño –dijo el maestro–, ¿qué nos puede obligar a contratarle? La bondad del señor alcalde, su gran corazón, eso es lo que nos obliga. Usted deberá renunciar, señor agrimensor, de eso me doy buena cuenta, a algunas fantasías, antes de convertirse en un buen bedel. Y para la percepción de un sueldo, esas indicaciones, naturalmente, no crean la atmósfera adecuada. Por desgracia también noto que su comportamiento aún me dará mucho que hacer: durante todo el tiempo ha estado negociando conmigo, lo sigue haciendo y no lo puedo creer, en camisa y calzoncillos.
–¡Así es! –exclamó K sonriendo y dando una palmada–. ¿Dónde están esos terribles ayudantes?
Frieda corrió hacia la puerta. El maestro, que comprobó que K ya no estaba dispuesto a seguir hablando con él, le preguntó a Frieda cuándo querían trasladarse a la escuela.

–Hoy mismo –dijo Frieda.
–Entonces mañana por la mañana haré mi visita de inspección –dijo el maestro, saludó con la mano, quiso salir por la puerta, que Frieda mantenía abierta para él, pero chocó con las criadas que ya venían con sus pertenencias para acomodarse otra vez en la habitación. Así que el maestro tuvo que deslizarse entre ellas y Frieda le siguió.
–Tenéis mucha prisa –dijo K, que esta vez se mostró muy satisfecho con ellas–, aún estamos aquí y ya queréis volver.
Ellas no contestaron y retorcieron confusas sus hatillos de ropa, de los que sobresalían los conocidos trapos sucios.
–Ni siquiera habéis lavado vuestras cosas –dijo K, no lo dijo con maldad, sino con cierta simpatía. Ellas lo notaron, abrieron al mismo tiempo sus rudas bocas, mostraron sus hermosos y fuertes dientes, como los de un animal, y lanzaron una sonora carcajada.
–Venid –dijo K–, instalaos, es vuestra habitación.
Como aún dudaban –su habitación les parecía demasiado cambiada–, K tomó a una del brazo para conducirla hacia el interior. Pero la dejó inmediatamente, tanta sorpresa leyó en la mirada de las dos, después de haberse intercambiado un signo de inteligencia, mirada que no apartaron de él.
–Ya me habéis mirado suficiente tiempo –dijo K, defendiéndose de una sensación desagradable; tomó los zapatos y el traje, que Frieda, seguida de los ayudantes, acababa de traer, y se vistió. Una vez más le resultó incomprensible la paciencia que mostraba Frieda con los ayudantes. Los había encontrado, tras una larga búsqueda, en vez de limpiando los trajes en el patio como debían, en el comedor, pacíficamente sentados y comiendo, con el traje sucio y arrugado sobre las rodillas; ella misma tuvo que limpiarlo después y, sin embargo, ella, que sabía dominar a la gente de baja condición, ni siquiera se enojó con ellos, en su presencia habló de su burda negligencia como si contase una broma e incluso acarició a uno de ellos en la mejilla. K quería exponerle sus quejas al respecto más adelante. Ahora, sin embargo, ya era hora de irse.
–Los ayudantes se quedan aquí para ayudarte en el traslado –dijo K.
Ellos no se mostraron de acuerdo, alegres y satisfechos con la comida, preferían algo de movimiento. Sólo cuando Frieda dijo: «claro, os quedáis aquí», se sometieron.
–¿Sabes adónde voy? –preguntó K.
–Sí –dijo Frieda.
–¿Y no quieres detenerme? –preguntó K.
–Encontrarás tantos impedimentos –dijo ella–, ¡qué significarían para ti mis palabras!

Se despidió de K con un beso, le dio, como no había podido comer, un paquete con pan y salchichas, que había subido de la cocina, le recordó que ya no debía regresar allí, sino a la escuela, y le acompañó, con la mano en su hombro, hasta la puerta.

CAPÍTULO VII

Al principio, K estaba contento de haber escapado del barullo de las criadas y de los ayudantes en la habitación caldeada. Fuera helaba un poco, la nieve era más dura, se podía caminar con más facilidad. Pero comenzaba a oscurecer, así que aceleró sus pasos.
El castillo, cuyos perfiles comenzaban a difuminarse, permanecía, como siempre, en calma, jamás había percibido K en él un signo de vida, quizá era imposible reconocer algo desde esa distancia y, sin embargo, los ojos reclamaban algo y no querían tolerar esa quietud. Cuando K contemplaba el castillo, a veces le parecía como si observase a alguien que estaba sentado allí tranquilo, mirando ante sí, no sumido en sus pensamientos y cerrado a todo su entorno, sino libre y despreocupado, como si estuviese solo y nadie le observase. Y, sin embargo, tenía que percibir que alguien le observaba, pero eso no afectaba en nada a su tranquilidad y, en realidad –no se sabía si como motivo o como consecuencia– las miradas del observador no podían mantenerse fijas y resbalaban. Ese día, esa sensación se fortaleció por la temprana oscuridad: cuanto más tiempo lo contemplaba, con más profundidad se hundía todo en la penumbra.
Precisamente cuando K llegó a la posada de los señores, aún sin iluminar, se abrió una ventana en el primer piso, un hombre joven, gordo y pulcramente afeitado, con una pelliza, se asomó por ella y permaneció allí; no pareció responder al saludo de K ni con la más ligera inclinación de cabeza. K no encontró a nadie ni en el pasillo ni en la taberna, el olor a cerveza rancia era peor que la última vez, algo parecido no ocurría en la posada del puente. Se acercó de inmediato a la puerta por la cual había observado a Klamm, presionó cuidadosamente el picaporte hacia abajo, pero la puerta estaba cerrada; a continuación, palpó para encontrar el lugar donde se hallaba el agujero, pero le habían debido de poner un tapón tan bien ajustado que no podía encontrarlo de esa manera, así que encendió una cerilla. Entonces un grito le asustó. En el rincón, entre la puerta y la barra, cerca de la calefacción, estaba sentada, formando un ovillo, una muchacha que le observaba con fijeza en el resplandor de la cerilla con unos ojos apenas abiertos por la somnolencia. Era evidente que se trataba de la sucesora de Frieda. Se recuperó pronto de la sorpresa,

encendió la luz, la expresión de su rostro aún era enojada, entonces reconoció a K.
Ah, el señor agrimensor –dijo sonriendo, le dio la mano y se presentó:
–Me llamo Pepi.
Era pequeña, colorada, sana, el cabello abundante y rojizo estaba recogido en una trenza, algunos mechones ondulados colgaban alrededor del rostro; llevaba un vestido liso que caía verticalmente y que no le quedaba bien: estaba hecho de una tela gris brillante, en la parte inferior había sido estrechado en el bajo de un modo tosco e infantil con ayuda de una cinta de seda. Se interesó por Frieda y preguntó si no regresaría pronto. Ésa era una pregunta que casi rayaba en la maldad.
–Me llamaron a toda prisa –dijo entonces–, después de la partida de Frieda, pues aquí no se puede emplear a una cualquiera, hasta ahora era criada, pero no ha sido un cambio muy bueno el que he hecho. Aquí hay mucho trabajo nocturno, es agotador, apenas podré soportarlo, no me sorprende que Frieda haya renunciado.
–Frieda estaba aquí muy satisfecha –dijo K para, finalmente, llamar la atención de Pepi sobre la diferencia existente entre Frieda y ella y que ella no consideraba.
–No la crea –dijo Pepi–, Frieda puede dominarse como nadie. Lo que no quiere reconocer, no lo reconoce, y ninguno nota que ella tuviese algo que reconocer. Ya hace unos años que trabajo con ella aquí, siempre hemos dormido juntas en la misma cama, pero no nos tomamos confianza, seguro que ya no piensa en mí. Su única amiga es quizá la vieja posadera de la posada del puente y eso también resulta significativo.
–Frieda es mi novia –dijo K, y siguió buscando al mismo tiempo el agujero.
–Lo sé –dijo Pepi–, por eso se lo cuento, si no para usted no tendría ninguna importancia.
–Comprendo –dijo K–, se refiere a que puedo estar orgulloso de haber ganado para mí a una mujer tan reservada.
–Sí –dijo ella, y rió satisfecha, como si hubiese conseguido de K un secreto acuerdo referente a Frieda.
Pero no eran realmente sus palabras las que ocupaban a K y las que le distraían algo de su búsqueda, sino su aparición y su presencia en ese lugar. Cierto, era mucho más joven que Frieda, casi una niña, y su vestido era ridículo, parecía evidente que se había vestido así para corresponder a las ideas exageradas que tenía de una muchacha de servicio en la barra. Y ni siquiera podía corresponder con pleno derecho a esas ideas, pues la ocupación de ese puesto, que no le iba nada,

había sido inesperada e inmerecida, además se lo habían dado temporalmente, ni siquiera le habían confiado la cartera de piel que Frieda siempre había llevado en el cinturón. Y su supuesta insatisfacción con la plaza no era más que arrogancia. Sin embargo, a pesar de su irreflexión infantil, era probable que tuviera relaciones con el castillo, pues, si no mentía, había sido criada; sin saber de sus posesiones, pasaba el tiempo allí dormitando, pero un abrazo a ese pequeño y redondo cuerpecillo quizá no sirviera para arrebatarle sus posesiones, pero sí podría animarle para el penoso camino que tenía ante él. Entonces, ¿quizá no era diferente a Frieda? Oh, sí, era diferente. Bastaba con pensar en la mirada de Frieda para comprenderlo. K jamás habría rozado a Pepi, pero ahora tuvo que taparse un rato los ojos, con tanta codicia la estaba mirando.
–No tiene por qué estar encendida –dijo Pepi, y apagó la luz–, sólo he encendido porque me ha asustado. ¿Qué busca aquí? ¿Ha olvidado algo Frieda?
–Sí –dijo K, y señaló hacia la puerta–, ahí, en la habitación contigua, un mantel, uno blanco y bordado.
–Sí, su mantel –dijo Pepi–, lo recuerdo, un trabajo muy bonito, también yo la ayudé a hacerlo. Pero en esa habitación no creo que esté.
–Frieda así lo cree. ¿Quién vive aquí? –preguntó K.
–Nadie –dijo Pepi–, es la habitación de los señores, aquí comen y beben los señores, esto es, está destinada para eso, pero la mayoría de ellos permanecen arriba, en sus habitaciones.
–Si supiera –dijo K– que en la habitación no hay nadie, me encantaría entrar y buscar el mantel. Pero es muy inseguro; Klamm, por ejemplo, suele sentarse allí.
–Klamm no está ahora allí, con toda seguridad –dijo Pepi–, está a punto de partir, en el patio le está esperando el trineo.
En seguida, sin una palabra de explicación, K abandonó la taberna, torció en el pasillo en vez de hacia la salida hacia el interior de la casa y ya había alcanzado en pocas zancadas el patio. ¡Qué bello y silencioso estaba aquel lugar! Un patio cuadrado, limitado en tres de sus lados por la casa y separado de la calle, una calle lateral que K desconocía, por un elevado muro blanco con una enorme y pesada puerta que en ese momento permanecía abierta. En la parte del patio la casa parecía más alta que vista desde la parte frontal, al menos el primer piso estaba terminado de construir y presentaba un gran aspecto, pues se hallaba rodeado de una galería de madera cerrada hasta dejar sólo una rendija a la altura de la vista. Aún en el tramo central, pero ya en el ángulo, en la intersección de las dos alas del edificio, había una entrada a la casa, abierta, sin puerta. Ante ella se encontraba un trineo cerrado tirado por

dos caballos. Salvo al cochero, a quien K, desde esa distancia y en la penumbra, más adivinaba que veía, no se podía ver a nadie más.
Con las manos en los bolsillos, mirando cuidadosamente a su alrededor, K rodeó dos muros del patio hasta llegar al trineo. El cochero, uno de esos campesinos que habían estado en la taberna, le había visto venir hundido en su abrigo de piel e indiferente, del mismo modo en que alguien sigue el camino de un gato. Pese a que K llegó a donde se encontraba, saludó, e incluso los caballos se volvieron un poco intranquilos ante la presencia de un hombre surgido de la oscuridad, permaneció despreocupado. Eso le venía bien a K. Apoyado en el muro sacó su comida, pensó agradecido en Frieda que tan bien le alimentaba, y atisbó en el interior de la casa. Una escalera rectangular descendía desde allí y se veía atravesada por un pasadizo aparentemente profundo; todo estaba limpio, pintado de blanco y bien, delimitado.
K esperó más de lo que había pensado. Ya hacía mucho tiempo que había terminado la comida, el frío era considerable, de la penumbra se había pasado a las más oscuras tinieblas y Klamm aún no aparecía.
–Aún puede tardar bastante –dijo repentinamente una voz ruda tan cerca de K que éste se estremeció. Era el cochero que, como si se hubiese despertado, se estiraba y bostezaba en voz alta.
–¿Que puede tardar bastante? –preguntó K, en cierto modo agradecido por sus palabras, pues el continuo silencio y la tensión comenzaban a ser desagradables.
–Hasta que usted se vaya –dijo el cochero.
K no le comprendió, pero no siguió preguntando, creía que así podía hacer hablar a ese tipo altanero. No responder en esa oscuridad era casi una provocación. Y, efectivamente, el cochero preguntó al poco rato:
–¿Quiere coñac?
–Sí –dijo K sin reflexionar, demasiado tentado por la oferta, pues estaba tiritando de frío.
–Entonces abra el trineo –dijo el cochero–, en la cartera lateral hay algunas botellas, tome una, beba y démela a mí. Me resulta muy problemático bajar a causa del abrigo de piel.
A K le fastidió eso de tener que darle la botella, pero como ya había comenzado una conversación con el cochero, obedeció, aun con el peligro de ser sorprendido por Klamm en el interior del trineo. Abrió la amplia puerta y hubiera podido sacar en seguida la botella de la cartera situada en la parte lateral, pero se vio tan atraído por el interior, ahora que la puerta estaba abierta, que no pudo resistirse; sólo quería sentarse un instante. Se introdujo rápidamente. Era extraordinaria la calidez en el interior del trineo y así permaneció aunque la puerta, que

K no se atrevía a cerrar, estaba abierta. No sabía si estaba sentado en un banco, tantas pieles, edredones y cojines había por doquier; uno podía estirarse y girar hacia todos los lados, siempre se hundía con suavidad y calor. Con los brazos extendidos y la cabeza apoyada en los cojines, que siempre estaban a mano, K miró desde el interior del trineo hacia la oscura casa. ¿Por qué Klamm tardaba tanto en bajar? Como ebrio por el calor después de la larga espera en la nieve, K deseó que Klamm llegase por fin. El pensamiento de que no debería ser visto por Klamm en esa situación sólo se hizo consciente de un modo difuso, como una silenciosa perturbación. En ese olvido se vio apoyado por la conducta del cochero, quien debía de saber que estaba en el interior del trineo y le dejaba allí sin ni siquiera reclamarle la botella de coñac. Eso era considerado, pero K quería hacerle el favor; torpemente, sin cambiar de postura, alcanzó la cartera lateral, pero no la de la puerta abierta, que estaba muy lejos, sino la que se encontraba detrás de él, en la cerrada, aunque daba igual, también en ésa había botellas. Sacó una, la abrió y olió el contenido, tuvo que reírse involuntariamente, el olor era tan dulce, tan acariciador, como si se oyera de alguien, a quien se ama mucho, alabanzas y buenas palabras, y sin saber con certeza de qué se trata, sin ni siquiera querer saberlo, sintiéndose sólo feliz con la conciencia de que esa persona amada es la que habla. «¿Será esto coñac?» –se preguntó K dubitativo y lo probó por curiosidad. Pues sí, era coñac, por extraño que pareciese, quemaba y daba calor. ¿Cómo era posible que al beberlo, algo que era portador de un dulce aroma se convirtiese en una bebida digna de un cochero? «¿Es posible?» –se preguntó K como haciéndose un reproche a sí mismo y volvió a beber.

En ese momento –K estaba precisamente dando un largo trago a la botella–, se hizo la claridad, se encendió la luz eléctrica en el interior de la escalera, en el corredor, en el pasillo y sobre la entrada. Se oyeron pasos en la escalera, la botella se cayó de las manos de K y se derramó sobre una de las pieles. K saltó fuera del trineo; acababa de cerrar la puerta, lo que produjo un ruido estruendoso, cuando un señor salió lentamente de la casa. Lo único consolador es que no se trataba de Klamm, o ¿había que lamentarse de que no lo fuera? Era el señor que K ya había visto en la ventana del primer piso. Un señor aún joven, muy apuesto, rosado y blanco, pero muy serio. También K le miró con aire sombrío, pero con esa mirada aludía a sí mismo. Hubiera preferido arreglárselas para que los ayudantes se hubiesen comportado como él había hecho, entonces habrían comprendido. El hombre aún callaba, como si no tuviera el aliento suficiente para hablar en su ancho pecho.

–Esto es terrible –dijo entonces, y alzó algo el sombrero sobre la frente.

¿Cómo? ¿El señor no sabía probablemente nada de la estancia de K en el interior del trineo y ya encontraba algo terrible? ¿Acaso encontraba terrible que K pudiese haber penetrado hasta el patio?

–¿Cómo ha llegado hasta aquí? –preguntó el señor en voz más baja, pero logrando ya respirar, entregándose a lo irrevocable.

¡Qué pregunta! ¿Qué podía responder? ¿Debía confirmar expresamente K que el camino comenzado con tantas esperanzas había sido en vano? En vez de responder, K se volvió hacia el trineo, lo abrió y recogió su gorro que había olvidado en el interior. Con desagrado notó cómo el coñac goteaba sobre el estribo.

Luego se dirigió de nuevo hacia el señor; ya no tenía ningún reparo en mostrarle que había estado en el trineo, tampoco era lo peor; si le preguntaba, aunque sólo en ese caso, no silenciaría que el mismo cochero le había inducido al menos a abrir la puerta. Lo realmente malo era en realidad que el señor le había sorprendido, que no había tenido el tiempo suficiente para esconderse de él para luego esperar a Klamm sin molestias o que no había tenido la suficiente presencia de ánimo para permanecer en el interior del trineo, cerrar la puerta, y allí esperar a Klamm entre las pieles, o al menos permanecer allí mientras ese señor se encontrase en las cercanías. Cierto, él no podía haber sabido si era realmente Klamm el que venía, en cuyo caso hubiese sido naturalmente mucho mejor haberle recibido fuera del trineo. Sí, había mucha materia para reflexionar, pero ya no, pues todo había acabado.

–Venga conmigo –dijo el señor, sin ordenar en un sentido estricto, aunque la orden no residía en las palabras, sino en un corto movimiento de la mano, intencionadamente indiferente, que las acompañaba.

–Estoy esperando a alguien –dijo K, ya sin esperanzas de éxito, sólo por principio.

–Venga –dijo una vez más el señor impertérrito, como si quisiese mostrar que nunca había dudado que K esperase a alguien.

–Pero entonces no encontraré a quien estoy esperando –dijo K con un estremecimiento del cuerpo. Pese a todo lo ocurrido tenía la sensación de que lo que había conseguido hasta ese momento era una especie de posesión que, ciertamente, sólo mantenía de forma aparente pero que no debía renunciar a ella por una orden cualquiera.

–No le va a encontrar en ningún caso, tanto si se queda como si se va –dijo el señor, brusco al manifestar su opinión, pero llamativamente deferente respecto al proceso mental de K.

–Entonces prefiero no encontrarle esperándole –dijo K con obstinación; con toda seguridad no iba a dejarse expulsar de allí sólo por las palabras de ese joven. A continuación, el señor cerró un instante los

ojos con una expresión de superioridad en el rostro, inclinado hacia arriba con arrogancia, como si quisiese que K entrase en razón; pasó la lengua por sus labios semiabiertos y le dijo al cochero:

–¡Desenganche los caballos!

El cochero, obediente, pero lanzando una enojada mirada de soslayo a K, tuvo que descender y quitarse la piel, comenzando con lentitud, como si no esperase una contraorden del señor, pero sí un cambio de opinión de K, a empujar a los caballos hacia atrás, aproximándose a un ala lateral del edificio en la que, detrás de una gran puerta, debía de estar el establo y la cochera. K vio cómo se quedaba solo, por una parte se alejaba el trineo, por la otra, por el camino por donde K había venido, se alejaba el joven señor, aunque los dos lo hacían con gran lentitud, como si quisieran mostrar a K que aún estaba en su poder impulsarlos a regresar.

Quizá tuviese ese poder, pero no le habría servido de nada; hacer regresar al trineo habría significado tener que alejarse. Así que permaneció en silencio, siendo el único que mantenía su puesto, pero era una victoria que no proporcionaba ninguna alegría. Miró alternativamente al trineo y al señor. Este último ya había alcanzado la puerta por la que K había entrado al patio, una vez más miró hacia atrás, K creyó ver cómo sacudía la cabeza sobre tanta obstinación, luego se volvió con un movimiento corto y decidido y entró al pasillo en el que desapareció. El cochero permaneció más tiempo en el patio, tenía mucho trabajo con el trineo, tenía que abrir la gran puerta del establo, retroceder y colocar el trineo en su lugar, desenganchar los caballos, llevarlos a la cuadra, todo lo hacía con gran seriedad, sumido en sus pensamientos, ya sin ninguna esperanza de realizar un viaje; ese continuo trabajo en silencio, sin ninguna mirada de soslayo a K, le pareció a éste un reproche más duro que el comportamiento del señor. Y cuando una vez terminada la labor, el cochero, con su paso lento y oscilante, atravesó el patio, cerró la puerta y regresó al establo, todo pausadamente, siguiendo literalmente su propio rastro en la nieve, encerrándose en el establo, y cuando entonces se apagó la luz –¿a quién tendría que haber iluminado?–, y arriba, en la galería de madera, aún se veía claridad a través de la ranura, atrayendo su mirada errática, a K le pareció como si hubiesen roto todos los vínculos con él y como si fuese más libre que nadie y pudiera esperar en ese lugar prohibido todo lo que quisiera, como si se hubiese ganado en duro combate, como ningún otro, esa libertad, y como si nadie pudiera tocarle o expulsarle, ni siquiera hablarle, pero –este convencimiento era como mínimo igual de fuerte– como si, al mismo tiempo, no hubiese nada más absurdo, más desesperado que esa libertad, esa espera, esa

invulnerabilidad.

CAPÍTULO IX

Y se alejó de allí regresando a la casa, esta vez no a lo largo del muro, sino a través de la nieve; en el pasillo se encontró al posadero, quien le saludó sin decir una palabra y le señaló la puerta de la taberna. K siguió el gesto del posadero porque estaba helado y quería ver personas, aunque se quedó muy decepcionado al encontrar una vista opresiva para él, a una mesita, que en realidad había sido dispuesta a propósito, pues allí se contentaban con los barriles, se sentaba el joven señor y ante él, de pie, estaba la posadera de la posada del puente. Pepi, orgullosa, con la cabeza inclinada hacia atrás, con la misma sonrisa eterna, consciente de su irrefutable dignidad, oscilando la trenza con cada uno de sus movimientos, corrió de un lado a otro llevando cerveza, tinta y una pluma, pues el señor había extendido papeles ante sí, comparaba cifras que encontraba en un papel y luego en otro al final de la mesa, y quería escribir. La posadera contemplaba muda y tranquila al señor y los papeles como si ya hubiese dicho todo lo necesario y hubiese sido bien recibido.

–El señor agrimensor, por fin –dijo el señor cuando K entró, lanzándole una mirada fugaz y concentrándose de nuevo en los papeles. También la posadera dirigió a K una mirada, ésta indiferente y carente de sorpresa. Pepi pareció haber reparado en K sólo cuando él se acercó a la barra y pidió un coñac.

K se apoyó allí, presionó los ojos con su mano y no prestó atención a nada. Luego dio unos sorbitos al coñac y lo rechazó porque era imbebible.

–Todos los señores lo beben –dijo brevemente Pepi, vació el resto, lavó la copa y la colocó en su sitio.

–Los señores también lo tienen mejor –dijo K.

–Es posible –dijo Pepi–, pero yo no.

Con eso había terminado con K y ya estaba otra vez al servicio del señor, quien, sin embargo, no necesitaba nada, así que pasó una y otra vez por detrás de él con el intento respetuoso de arrojar una mirada a los papeles; pero no era más que burda curiosidad y fanfarronería, que también la posadera desaprobó frunciendo las cejas.

De repente, sin embargo, la posadera oyó algo y se quedó inmóvil, concentrándose en la escucha, mirando al vacío. K se volvió, no oyó nada especial, tampoco los otros parecían oír nada, pero la posadera anduvo de puntillas con pasos cortos hacia la puerta detrás de ella que conducía al patio, miró por el ojo de la cerradura, se volvió hacia los

demás con los ojos muy abiertos y el rostro sofocado, hizo un gesto con la mano hacia donde estaban y entonces miraron alternativamente, la posadera la mayor parte del tiempo, también Pepi tuvo su turno, y el señor se mostró en comparación el más indiferente. Pepi y el señor regresaron pronto, sólo la posadera seguía mirando con esfuerzo, muy inclinada, casi de rodillas, parecía como si quisiese conjurar al ojo de la cerradura para que la dejase pasar a través de él, pues ya hacía tiempo que no se podía ver nada. Cuando finalmente se irguió, se pasó las manos por el rostro, se arregló el cabello despeinado, tomó aire y su vista aparentemente se habituó a la habitación y a los presentes,– aunque lo hizo en contra de su voluntad. K, no para que le confirmasen algo que ya sabía, sino para anticiparse a un ataque, que ya temía, tan vulnerable era ahora, dijo:
–¿Entonces ya se ha ido Klamm?
La posadera pasó por su lado sin decir una palabra, pero el señor dijo desde la mesita:
–Sí, claro. Como usted ha abandonado su puesto de vigilancia, Klamm ya ha podido partir. Resulta maravilloso lo sensible que es el señor. ¿No notó, señora posadera, lo intranquilo que miraba Klamm a su alrededor?
La posadera no pareció haberlo observado, pero el señor continuó:
–Bueno, afortunadamente, ya no se podía ver nada más, el cochero borró las huellas en la nieve.
–La señora posadera no ha advertido nada –dijo K–, pero no dijo eso a causa de alguna esperanza, sino sólo irritado por la afirmación del señor que había querido sonar tan conclusiva e inapelable.
–Quizá no estaba en ese preciso instante en el ojo de la cerradura – dijo la posadera al principio para proteger al señor, pero después también quiso otorgarle su derecho a Klamm y añadió:
–Por lo demás, no creo que Klamm sea tan sensible. Es cierto que tememos por él e intentamos protegerle y por eso partimos de una extremada sensibilidad de Klamm. Eso está bien así y con seguridad también es la voluntad de Klamm. Pero cómo sea en realidad, no lo sabemos. Está claro que Klamm jamás hablará con alguien con quien no quiera hablar, por mucho que se esfuerce ese alguien y por muy insoportable que sea su intromisión, pero sólo ese hecho, que Klamm jamás hablará con él, que jamás dejará que aparezca en su presencia, basta, ¿por qué no podría soportar en realidad la mirada de cualquiera?
El señor asintió con insistencia.
–Esa es también, naturalmente, mi opinión –dijo–, si me he expresado de un modo algo diferente ha sido para que el señor agrimensor me comprendiese. Cierto es, sin embargo, que Klamm, en cuanto salió,

miró varias veces a su alrededor.
–Quizá me ha buscado –dijo K.
–Es posible –dijo el señor–, en eso no había caído.
Todos se rieron, Pepi, que apenas entendía de qué hablaban, con más fuerza que los demás.
–Ahora que estamos todos reunidos y tan alegres –dijo entonces el señor–, le pediría al señor agrimensor que me ayudase a completar mis actas con algunos datos.
–Aquí se escribe mucho –dijo K, y miró desde la lejanía hacia el acta.
–Sí, una mala costumbre –dijo el señor, y volvió a reírse–, pero quizá aún no sepa quién soy yo. Soy Momus , el secretario municipal de Klamm.
Después de estas palabras la seriedad volvió a la habitación; aunque la posadera y Pepi, naturalmente, conocían bien al señor, quedaron afectadas por la mención del nombre y de su cargo. E incluso el señor mismo, como si hubiese dicho demasiado para su capacidad receptiva, y como si quisiera al menos huir de toda solemnidad adicional implícita en sus palabras, se concentró en sus expedientes y comenzó a escribir de tal modo que en la habitación sólo se oía la pluma.
–¿Qué es eso de secretario municipal? –preguntó K después de un rato.
En vez de Momus, que ahora, después de haberse presentado, ya no consideraba adecuado proporcionar ese tipo de explicaciones, fue la posadera quien contestó:
–El señor Momus es el secretario de Klamm como cualquier otro de los secretarios de Klamm, pero su residencia oficial y, si no me equivoco, sus competencias...
Momus sacudió vivamente la cabeza mientras escribía y la posadera mejoró sus palabras.
–Bueno, su residencia oficial, no sus competencias, queda limitada al pueblo. El señor Momus se encarga de los escritos de Klamm referentes al pueblo y es el primero que recibe todas las peticiones a Klamm procedentes del pueblo.
Cuando K, aún poco afectado por esas cosas, contempló a la posadera con la mirada vacía, añadió ella casi confusa:
Así está dispuesto, todos los señores del castillo tienen sus secretarios municipales.
Momus, que había escuchado con más atención que K, completó lo dicho por la posadera:
–La mayoría de los secretarios municipales sólo trabajan para un señor; yo, sin embargo, para dos, para Klamm y para Vallabene.
–Sí –dijo la posadera, recordándolo en ese momento, y se dirigió a K:
–El señor Momus trabaja para dos señores, para Klamm y para

Vallabene, por tanto es doble secretario municipal.
–Incluso doble –dijo K asintiendo con la cabeza hacia Momus, como se asiente ante un niño del que se acaban de oír elogios. Mientras, el secretario municipal, inclinado hacia adelante, le miraba directamente.
Si en esas palabras había cierto desprecio, o no se notó o, por el contrario, se supuso. Precisamente ante K, que ni siquiera era lo suficientemente digno para ser visto por Klamm, aunque sólo fuera casualmente, se detallaban los méritos de un hombre perteneciente al estrecho círculo de Klamm con la intención sin disimulo de obligarle a mostrar reconocimiento y alabanzas. Y, sin embargo, K no se daba cuenta; él, que se esforzaba con todas sus energías por conseguir una mirada de Klamm, no valoraba lo suficiente el puesto de un Momus, que podía vivir ante Klamm; lejos estaban de él la admiración o incluso la envidia, pues no consideraba su proximidad lo más deseable, él, sólo él, con sus deseos y con los de nadie más, era quien tenía que acercarse a Klamm, y acercarse, no para descansar a su lado, sino para adelantarle en su camino hacia el castillo.
Y después de mirar la hora en su reloj, dijo:
–Ahora debo irme a casa.
En ese momento cambió de inmediato la situación a favor de Momus.
–Sí, es cierto –dijo éste–, los deberes del bedel de la escuela le llaman. Pero antes me tendrá que dedicar un minuto. Se trata de unas preguntas cortas.
–No tengo ganas –dijo K, y quiso irse hacia la puerta.
Momus golpeó una de las actas contra la mesa y se levantó:
–En nombre de Klamm le conmino a responder mis preguntas.
–¿En nombre de Klamm? –repitió K–, ¿acaso le preocupan mis asuntos?
–Sobre eso –dijo Momus– no puedo juzgar y usted mucho menos, dejémoslo a su discreción. Pero le exijo en el ejercicio del cargo que ocupo, concedido por Klamm, que permanezca y responda.
–Señor agrimensor –se injirió la posadera–, me guardaré mucho de seguir aconsejándole; con mis anteriores consejos, los más benevolentes que puede haber, he sido rechazada por usted con la mayor grosería y he venido ha hablar con el secretario –no tengo nada que ocultar para informar a la administración de su conducta y de sus intenciones, así como para impedir en el futuro que usted sea alojado de nuevo en mi posada; así están las cosas entre nosotros y ya no se puede cambiar nada, y si ahora digo mi opinión, no lo hago para ayudarle a usted, sino para facilitar en algo la difícil tarea del señor secretario consistente en tratar con un hombre como usted. No obstante, y debido a mi completa sinceridad –con usted no puedo hablar sino con sinceridad y aun así ocurre en contra de mi voluntad–,

también usted puede sacar provecho de mis palabras, siempre que quiera. En este caso le advierto de que el único camino que conduce a Klamm pasa por las actas del señor secretario. Pero no quiero exagerar, quizá el camino no conduzca a Klamm, quizá se interrumpa antes de llegar a él, sobre eso decide el secretario según su arbitrio. En todo caso es el único camino que, al menos para usted, va en la dirección de Klamm. ¿Y usted quiere renunciar a este único camino por ningún otro motivo que por obstinación?
–Ay, señora posadera –dijo K–, no es ni el único camino hacia Klamm ni posee más valor que los demás. Y usted, señor secretario, es quien decide sobre si lo que diré aquí llegará hasta Klamm o no.
–Cierto –dijo Momus, y miró orgulloso, con los ojos hundidos, hacia la derecha y la izquierda, donde no había nada que mirar–. ¿Para qué sería en otro caso secretario?
–Ahora puede ver, señora posadera –dijo K–, que no necesito un camino para llegar a Klamm, sino uno para llegar al señor secretario.
–Ese camino se lo pretendía abrir yo –dijo la posadera–, ¿no le pedí esta mañana que me dejase canalizar su petición a Klamm? Eso habría ocurrido a través del señor secretario. Usted, sin embargo, lo rechazó y ahora no le va a quedar otro remedio que este camino. Ciertamente, después de su actuación de hoy, de su intento de asaltar a Klamm, con menos perspectivas de éxito. Pero esta última y diminuta esperanza que desaparece, casi inexistente, es lo único que tiene.
–¿Cómo es posible, señora posadera –dijo K–, que en un principio haya intentado impedirme que llegase hasta Klamm y que ahora torne tan en serio mi solicitud y, en cierto modo, me considere perdido después del fracaso de mis planes? Si al principio se me desaconsejó con toda sinceridad que intentase llegar a Klamm, ¿cómo es posible que ahora se me impulse hacia adelante, al parecer con la misma sinceridad, en el camino hacia Klamm, por más que no conduzca hasta él?
–¿Le impulso hacia adelante? –preguntó la posadera–. ¿Acaso significa impulsarle hacia adelante decirle que sus intentos carecen de esperanza de éxito? Sería, verdaderamente, lo máximo en osadía, si así quisiese descargar sobre mí una responsabilidad que le concierne a usted. ¿Es quizá la presencia del señor secretario lo que le motiva a ello? No, señor agrimensor, yo no le impulso a nada. Sólo puedo reconocer una cosa, que yo, cuando le vi por primera vez, quizá le estimé demasiado. Su rápida victoria sobre Frieda me asustó, no sabía de lo que aún podría ser capaz, yo quería impedir males mayores y creí poder conseguirlo si le conmocionaba con amenazas y súplicas. Mientras tanto he aprendido a pensar con más tranquilidad sobre todo. Puede hacer lo que quiera, sus actos podrán dejar, a lo mejor, afuera, en la nieve del

patio, profundas huellas, pero nada más.
–Me parece que aún no ha logrado aclarar la contradicción –dijo K–, pero me doy por satisfecho habiéndole llamado la atención sobre ella. Ahora le pido, señor secretario, que me diga si la opinión de la señora posadera es acertada, me refiero a si el acta que quiere completar conmigo podría conducir como consecuencia a que pudiese aparecer ante Klamm. Si es así, estoy dispuesto a responder a todas las preguntas. A ese respecto, estoy dispuesto a todo.
–No –dijo Momus–, no existe esa vinculación. Aquí se trata sólo de redactar una correcta descripción de lo acontecido esta tarde para el registro municipal de Klamm. Esa descripción ya está terminada, sólo tiene que rellenar dos o tres espacios en blanco por cuestión de orden, no existe ninguna otra finalidad y tampoco se puede alcanzar.
K miró en silencio a la posadera.
–¿Por qué me mira? –preguntó la posadera–. ¿Acaso he dicho algo diferente? Así ocurre siempre, señor secretario, así ocurre siempre. Falsea las informaciones que se le dan y luego afirma que ha recibido informaciones falsas. Le vengo diciendo desde el principio, hoy y siempre, que no tiene ninguna posibilidad de ser recibido por Klamm, si no hay ninguna posibilidad, tampoco la recibirá por esta acta. ¿Puede haber algo más claro? Además, le digo que esta acta es la única conexión oficial que puede tener con Klamm, también eso es lo suficientemente claro y no da lugar a dudas. Como no me cree, sigue con la esperanza –no sé por qué ni para qué– de poder llegar hasta Klamm, entonces sólo se le puede ayudar, si se logra insertar en su proceso mental que la única conexión oficial que tiene con Klamm es esta acta. Eso es lo que me he limitado a decir, y quien afirme otra cosa diferente tergiversa maliciosamente mis palabras.
–Si es como dice, señora posadera, entonces le pido disculpas, entonces la he interpretado mal; yo creía, erróneamente, como ha resultado ahora, que de sus palabras se podía deducir una ínfima esperanza para mí.
–Cierto –dijo la posadera–, ésa es mi opinión, usted vuelve a tergiversar mis palabras, aunque ahora en el sentido contrario. Para usted, según mi opinión, existe una esperanza así y, además, se basa únicamente en esta acta, pero puede ser que asalte al señor secretario con la pregunta «¿podré ver a Klamm si respondo a las preguntas?» Cuando un niño pregunta así, uno se ríe, cuando lo hace un adulto resulta una ofensa contra la administración, lo que el señor secretario ha ocultado indulgentemente con la elegancia de su respuesta. La esperanza, sin embargo, a la que me refiero, consiste en que a través del acta posee una suerte de conexión, quizá una suerte de conexión

con Klamm. ¿No es esa una esperanza suficiente? ¿Si le preguntaran sobre los méritos que le hacen digno de esa esperanza, podría mencionar algo? Cierto, no se puede decir nada más concreto acerca de esa esperanza, y especialmente el señor secretario, en el ejercicio de sus funciones, jamás podrá darle la mínima indicación al respecto. Para él se trata, como ya le dijo, de una descripción de la tarde de hoy, por cuestión de orden, más no le dirá, ni siquiera si ahora mismo le pregunta respecto a mis palabras.

–¿Entonces, señor secretario –preguntó K–, leerá Klamm esa acta?

–No –dijo Momus–, ¿para qué? Klamm no puede leer todas las actas, en realidad no lee ninguna. «¡Dejadme en paz con vuestras actas!», suele gritarnos.

–Señor agrimensor –se quejó la posadera–, me agota con esas preguntas. ¿Acaso es necesario o siquiera deseable que Klamm lea esa acta y tome conciencia literal de las naderías de su vida? ¿No preferiría pedir humildemente que ocultasen ese expediente a Klamm, una petición, por lo demás, tan irrazonable como la primera –quién puede ocultar algo a Klamm– algo que, sin embargo, revelaría en usted un carácter más simpático? ¿Y es necesario para eso que usted denomina su esperanza? ¿No ha declarado que quedaría satisfecho, si sólo tuviese la oportunidad de hablar delante de Klamm, aun en el caso de que él no le viera y ni siquiera le escuchara? ¿Y no alcanza mediante este expediente al menos eso, aunque quizá mucho más?

–¿Mucho más? –preguntó K–. ¿De qué manera?

–Si no quisiera tenerlo siempre todo en forma comestible –dijo la posadera–, como si fuera un niño. ¿Quién puede dar respuesta a esas preguntas? El acta se guarda en el registro municipal de Klamm, eso ya lo ha escuchado, mas no se puede decir con seguridad. ¿Conoce ya toda la importancia de lo que redacta el señor secretario para el registro municipal? ¿Sabe lo que significa cuando el señor secretario le interroga? Tal vez, o es muy probable, ni siquiera lo sepa él mismo. Está aquí tranquilamente sentado y cumple con su deber, por cuestión de orden, como dijo. Pero piense que Klamm le ha nombrado, que trabaja en nombre de Klamm, que lo que hace, aunque nunca llegue hasta Klamm, cuenta desde un principio con la aprobación de Klamm. Y ¿cómo puede tener algo la aprobación de Klamm si no está inspirado por su espíritu? Muy lejos está de mí la intención de adular toscamente al señor secretario, él mismo tampoco lo toleraría, pero no hablo de su personalidad independiente, sino de lo que él es cuando cuenta con la aprobación de Klamm, como ahora mismo. Entonces es un instrumento en el cual se posa la mano de Klamm, y ay de aquel que no se someta a él.

K no temía las amenazas de la posadera, ya estaba cansado de las esperanzas con las que intentaba hacerle caer en la trampa. Klamm estaba lejos, una vez la posadera había comparado a Klamm con un águila y eso le había parecido a K ridículo; ahora ya no, pensaba en su lejanía, en su inexpugnable morada, en su silencio continuo, quizá sólo interrumpido por gritos que K jamás había oído, en su mirada penetrante que nunca se dejaba contrariar ni poner en evidencia, en sus círculos, indestructibles por la profundidad de K, que trazaba arriba según leyes incomprensibles, sólo visibles en algún instante, todo eso tenían en común Klamm y el águila. El acta no tenía nada que ver con todo eso, esa acta sobre la cual Momus despedazaba en ese momento una rosquilla con la que iba a acompañar la cerveza y con la que cubrió todos los papeles de sal y comino.
–Buenas noches –dijo K–, siento aversión contra todos los interrogatorios.
Y realmente se fue hacia la puerta.
–Pues se va –dijo Momus casi atemorizado a la posadera.
–No se atreverá –dijo ella.
Pero K no pudo oír nada más, ya se encontraba en el pasillo. Hacía frío y soplaba un fuerte viento. De la puerta de enfrente salió el posadero, parecía como si detrás de ella, por un agujero, hubiese vigila do el pasillo. Se sujetaba los faldones de la chaqueta, tan fuerte soplaba el viento en el pasillo.
–¿Ya se va, señor agrimensor? –dijo.
–¿Se asombra de ello? –preguntó K.
–Sí –dijo el posadero–. Entonces, ¿no le han interrogado?
–No –dijo K–, no me dejo interrogar.
–¿Por qué? –preguntó el posadero.
–No sé por qué razón me debería dejar interrogar, por qué me tengo que someter a una broma o a un capricho administrativo. Tal vez lo hubiese hecho en otra ocasión para matar el tiempo, pero hoy no.
–Sí, claro –dijo el posadero, pero era una anuencia cortés, carente de convicción–. Tengo que dejar entrar al servicio en la taberna –dijo después–, ya hace tiempo que ha pasado su hora. No quería importunar el interrogatorio.
–¿Lo consideraba tan importante? –preguntó K.
–Oh, sí –dijo el posadero.
–Entonces, ¿no tendría que haberme negado? –preguntó K.
–No –dijo el posadero–, no lo debería haber hecho.
Como K callaba, ya fuese para consolarle o para salir del paso con más rapidez, añadió:
–Bueno, bueno, no por eso se va a caer el cielo.

–No –dijo K–, por el tiempo que hace, no creo.
Y se separaron sonriendo.

CAPÍTULO X

K salió a la escalera exterior azotada por el fuerte viento y miró hacia la oscuridad. Un tiempo malo, malísimo. De alguna manera, en consonancia con él se acordó de cómo la posadera se había esforzado en que se plegase al interrogatorio y cómo había logrado resistirse. No había sido ningún esfuerzo externo, en secreto le había alejado del acta, al final no sabía si había resistido o se había resignado. Una naturaleza intrigante, aparentemente trabajando sin sentido como el viento, según encargos lejanos y extraños de los que nunca se tenía noticia.
Apenas había caminado unos pasos por la carretera cuando vio en la lejanía dos luces oscilantes. Ese signo de vida le alegró y se apresuró a llegar hasta ellas, que también venían a su encuentro. No supo por qué se sintió tan decepcionado al reconocer a los dos ayudantes que marchaban hacia él, probablemente los había enviado Frieda, y los faroles que le liberaban de las tinieblas haciendo ruido a su alrededor eran de su propiedad; no obstante, estaba decepcionado, había esperado encontrarse con algún extraño, no con esos viejos conocidos que le resultaban una carga. Pero no sólo venían los ayudantes, de la oscuridad, entre ellos, surgió Barnabás.
–¡Barnabás! –exclamó K, y le ofreció su mano–. ¿Me buscabas?
La sorpresa del encuentro le hizo olvidar al principio el enojo que le causó una vez.
–Sí –dijo Barnabás con el mismo tono amable de siempre–, y con una carta de Klamm.
––¡Una carta de Klamm! –dijo K alzando la cabeza y tomando deprisa la carta de la mano de Barnabás–. ¡Iluminad! –le dijo a los ayudantes que se apretaban contra él a derecha e izquierda y levantaban los faroles.
K tuvo que doblar repetidas veces el gran pliego de la carta para protegerlo del viento. A continuación leyó: «¡Al agrimensor en la posada del puente! Los trabajos de agrimensura que ha realizado hasta el presente son dignos de mi reconocimiento. También los trabajos de los ayudantes son dignos de alabanza. Sabe estimularlos muy bien a trabajar. ¡No desmaye en su celo profesional! ¡Conduzca sus trabajos a un buen fin! Una interrupción me enojaría. Por lo demás, esté confiado, la cuestión salarial se decidirá en breve. No le pierdo de vista».
K dejó de mirar la carta cuando los ayudantes, lectores más lentos,

gritaron tres hurras para celebrar las buenas noticias e hicieron oscilar los faroles.
–Calma –dijo, y dirigiéndose a Barnabás–: Es un malentendido.
Barnabás no le comprendió.
–Es un malentendido –repitió K.
Y el cansancio de la tarde volvió a apoderarse de él, el camino hasta la escuela le parecía aún más largo y detrás de Barnabás se encontraba toda su familia y los ayudantes se apretaban contra él, así que tuvo que distanciarlos con los codos; cómo había podido Frieda enviárselos; si él había ordenado que permanecieran con ella. El camino a casa lo habría encontrado él solo y lo habría recorrido con más facilidad que en esa compañía. Por añadidura, uno de ellos se había puesto alrededor del cuello un pañuelo, cuyos extremos ondeaban con el viento y golpeaban el rostro de K, mientras que el otro los retiraba de su rostro con sus dedos puntiagudos y juguetones sin, ciertamente, mejorar la situación. Los dos, incluso, parecían haberle tomado el gusto a esa actividad, del mismo modo en que les entusiasmaba el viento y la inestabilidad de la noche.
–¡Vamos! –gritó K–. Si habéis venido a mi encuentro, ¿por qué no habéis traído mi bastón? ¿Con qué si no os voy a llevar hasta casa?
Se escondieron detrás de Barnabás, pero tampoco estaban tan asustados, pues en otro caso no habrían mantenido los faroles a derecha e izquierda de su protector. Él, sin embargo, se desprendió de ellos.
–Barnabás –dijo K, y le afectó profundamente que Barnabás no comprendiese que en tiempos tranquilos su chaqueta brillase, pero que cuando había problemas, no supusiese ninguna ayuda; en él sólo se podía encontrar una resistencia muda, resistencia contra la que no se podía luchar, pues él mismo estaba indefenso, sólo brillaba su sonrisa, pero era de tan poca ayuda como las estrellas arriba contra la tormenta allí abajo.
–Mira lo que me escribe el señor –dijo K, y mantuvo la carta ante su rostro–. El señor está mal informado, no hago ningún trabajo de agrimensura y lo valiosos que son los ayudantes, bueno, eso ya lo sabes tú mismo. Y el trabajo que no hago no lo puedo interrumpir, ¡si ni siquiera puedo despertar el enojo del señor, cómo voy a ganarme su reconocimiento! Y confiado, desde luego, no lo estaré nunca.
–Yo lo intentaré arreglar –dijo Barnabás, que todo el tiempo había pasado la vista por la carta, pero no la había podido leer, ya que la tenía pegada al rostro.
–¡Ay! –dijo K–, me prometes que lo vas a arreglar, pero ¿puedo creerte realmente? ¡Necesito tanto a un mensajero digno de confianza,

ahora más que nunca!
K se mordió los labios de impaciencia.
–Señor –dijo Barnabás con una ligera inclinación del cuello. K estuvo a punto de dejarse seducir y creer a Barnabás–, yo lo arreglaré, también lo último que me pediste.
–¡Cómo! –gritó K–. ¿Aún no lo has arreglado? ¿No estuviste al día siguiente en el castillo?
–No –dijo Barnabás–, mi buen padre es viejo, ya lo has visto, y había mucho trabajo, tuve que ayudarle, pero ahora podré ir pronto al castillo.
–Pero ¿qué haces, ser descabellado? –exclamó K, y se dio una palmada en la frente–, ¿acaso no tienen prioridad ante todo los asuntos de Klamm? ¿Tienes el cargo superior de un mensajero y lo ejerces con tal desvergüenza? ¿A quién le preocupa el trabajo de tu padre? Klamm espera noticias y tú, en vez de precipitarte a llevárselas, prefieres sacar la porquería del establo.
–Mi padre es zapatero –dijo Barnabás impertérrito–, tenía encargos de Brunswick y yo soy el ayudante de mi padre.
–¡Encargos–zapatos–Brunswick! –gritó K amargado, como si hiciese inservibles para siempre cada una de las palabras–. ¿Y quién necesita aquí zapatos en los caminos siempre vacíos, y qué me importan a mí todos los zapatos del mundo? Te he confiado un mensaje, no para que lo olvides en un banco de zapatero, sino para que lo lleves de inmediato al señor.
K se tranquilizó un poco al ocurrírsele que probablemente Klamm no había permanecido todo el tiempo en el castillo, sino en la posada de los señores, pero Barnabás volvió a irritarle cuando comenzó a recitar el primer mensaje para demostrarle que no lo había olvidado.
–Basta, no quiero saber más –dijo K.
–No te enfades conmigo, señor –dijo Barnabás y, como si quisiera castigarle inconscientemente, apartó su mirada y bajó los ojos, pero no era más que consternación por los gritos de K.
–No me he enfadado contigo –dijo K, y su intranquilidad se volvió contra él mismo–, no contigo, pero resulta muy perjudicial para mí sólo tener un mensajero así para las cosas importantes.
–Mira –dijo Barnabás, y pareció como si para defender su honor de mensajero dijera más de lo que podía–, Klamm no espera tus noticias, incluso se enoja cuando llego, «otra vez noticias», dijo él una vez, y la mayoría de las veces se levanta cuando me ve llegar desde lejos, se va a la habitación contigua y no me recibe. Tampoco está acordado que tenga que presentarme cada vez que tenga un mensaje; si fuese así, es obvio que me presentaría inmediatamente, pero no se ha acordado

nada al respecto, y si no me presentase nunca, tampoco me reclamarían que lo hiciese. Cuando llevo un mensaje lo hago voluntariamente.
–Bien –dijo K observando a Barnabás y apartando premeditadamente la vista de los ayudantes que, alternándose detrás de los hombros de Barnabás, surgían lentamente de su hundimiento y rápidamente, con un silbido que imitaba al viento, como si se asustasen ante la mirada de K, volvían a desaparecer, así se divirtieron un buen rato–, no sé cómo son las cosas con Klamm, que tú sepas reconocer cómo son allí, lo dudo e incluso si pudieras, tampoco podrías mejorarlas. Pero sí puedes transmitir un mensaje, y eso es lo que te pido. Un mensaje muy corto. ¿Podrás llevarlo mañana mismo y decirme la respuesta también mañana o al menos informarme de cómo ha sido recibido? ¿Puedes y quieres hacerlo? Para mí sería muy importante. Y tal vez tenga la oportunidad de agradecértelo o tal vez tienes ahora un deseo que yo pueda cumplir.
–Claro que cumpliré tu encargo –dijo Barnabás.
–¿Y quieres esforzarte, cumplirlo lo mejor posible, transmitírselo personalmente a Klamm, recibir la respuesta del mismo Klamm y en seguida, mañana, aún por la mañana, quieres hacerlo?
–Lo haré lo mejor que pueda –dijo Barnabás–, pero eso es lo que hago siempre.
–No vamos a seguir discutiendo sobre eso –dijo K–. Éste es el mensaje: «El agrimensor solicita al señor director que le permita presentarse personalmente ante él, acepta por antelación toda condición que esté vinculada a esa autorización. Se ha visto obligado a realizar esta petición, porque hasta ahora todos los intermediarios han fracasado, como prueba aduce que hasta el momento no ha realizado ningún trabajo de agrimensura; con desesperada vergüenza ha leído, por tanto, la última carta del señor director, sólo una entrevista personal podría ayudar a solucionar la situación. El agrimensor conoce las molestias que puede causar, así que se esforzará por reducirlas todo lo que pueda, sometiéndose a cualquier limitación de tiempo, incluso a una fijación del número de palabras, si se considera necesaria, que pueda emplear durante la entrevista, incluso cree poder contentarse con sólo diez palabras. Con gran respeto y extremada impaciencia, espera la decisión».
K había hablado concentrado en las palabras y olvidándose de sí mismo, como si estuviese ante la puerta de Klamm y hablase con el vigilante de la puerta.
–Es más largo de lo que había pensado –dijo al cabo–, pero tienes que transmitirlo oralmente, no quiero escribir una carta, seguiría el infinito

camino de los expedientes.
Así, K garabateó en un papel sobre la espalda de uno de los ayudantes, mientras el otro iluminaba, pero K pudo escribirlo según el dictado de Barnabás que lo había memorizado todo y lo repetía como un escolar, sin preocuparse del texto erróneo que los ayudantes le intentaban soplar.
–Tu memoria es extraordinaria –dijo K, y le dio el papel–, ahora, por favor, muéstrate extraordinario en el resto. ¿Y los deseos? ¿No tienes ninguno? Te digo sinceramente que me tranquilizaría, respecto al destino de mi mensaje, si tuvieras alguno.
Al principio Barnabás permaneció callado, luego dijo:
–Mis hermanas te envían saludos.
–Tus hermanas –dijo K–, sí, esas jóvenes fuertes y altas.
–Las dos te envían un saludo, pero especialmente Amalia –dijo Barnabás–, hoy me ha traído esta carta del castillo para ti.
Interesado en esta información, K preguntó:
–¿No podría llevar ella también mi mensaje al castillo? ¿O no podríais ir los dos juntos y buscar suerte cada uno por su lado?
–Amalia no puede entrar en las oficinas –dijo Barnabás–, si no lo haría encantada.
–Mañana es probable que vaya a visitaros –dijo K–, pero ven tú antes a buscarme con la respuesta. Te espero en la escuela. Saluda de mi parte a tus hermanas.
La promesa de K pareció hacer muy feliz a Barnabás y, después de estrecharse las manos como despedida, llegó incluso a rozar fugazmente el hombro de K. Éste sintió sonriente ese roce como si fuera un distintivo, como si ahora todo fuese como al principio, cuando Barnabás entró por primera vez en la posada con todo su esplendor en la presencia de los campesinos. Ya más calmado, durante el camino de regreso dejó que los ayudantes hicieran lo que quisiesen.

CAPÍTULO XI

Llegó congelado a casa, todo estaba oscuro, las velas en los faroles se habían consumido; conducido por los ayudantes, que conocían el lugar, logró entrar en una de las clases palpando las paredes:
–Vuestra primera acción digna de elogio –dijo recordando la carta de Klamm.
Aún medio dormida, Frieda exclamó desde una esquina:
–¡Dejad dormir a K! ¡No le molestéis!
Así seguía ocupando K sus pensamientos, aun cuando rendida por el sueño no había podido esperarlo despierta. Entonces se encendió la luz,

aunque la lámpara, dado que tenía poco petróleo, apenas iluminaba. El lugar mostraba varias carencias, si bien se había caldeado; la gran habitación, que también se empleaba para hacer gimnasia –los aparatos estaban por todos lados y también colgaban del techo–, había consumido ya toda la leña disponible. Como se le aseguró a K, la temperatura había sido muy agradable, pero ahora, por desgracia, se había enfriado. En un depósito había reservas de leña, pero estaba cerrado y el maestro era quien tenía la llave, además, sólo permitía que se sacase leña para calentar durante las horas de clase. Hubiera sido soportable, si hubiesen dispuesto de camas para poder huir del frío en ellas, pero no había nada excepto un jergón de paja, cubierto, lo que era digno de aprecio, por un mantón de lana perteneciente a Frieda, pero sin colchón de plumas y sólo con dos cobertores rígidos y bastos que apenas calentaban. E incluso los ayudantes miraban con codicia ese jergón de paja, pero, naturalmente, no tenían la esperanza de poder acostarse en él. Frieda miró a K con miedo; que podía hacer habitable incluso la habitación más miserable, era algo que había demostrado en la posada del puente, pero aquí no había podido lograr nada más, sin ningún medio, como en realidad había sido.

–Nuestro único mobiliario son los aparatos de gimnasia –dijo entre lágrimas esforzándose por sonreír. Pero en lo que se refería a las graves carencias, la insuficiencia de camas y la calefacción, se prometía ayuda para el día siguiente y le pidió a K que tuviera paciencia hasta entonces. Ninguna palabra, ningún signo, ningún gesto podía indicar que albergaba en su corazón la mínima amargura por más que él, como tenía que reconocer, la había sacado de la posada de los señores y luego de la del puente. Por esta razón K se esforzó por encontrarlo todo soportable, lo que tampoco le resultaba tan difícil, pues él caminaba en pensamientos con Barnabás y repetía literalmente todo su mensaje, pero no como se lo había transmitido a Barnabás, sino como él creía que sonaría en los oídos de Klamm. Además, se alegró sinceramente por el café que Frieda le preparaba en un hornillo y siguió desde la calefacción, ya fría, sus movimientos experimentados y ligeros con los cuales extendía sobre la mesa del maestro el inevitable mantel blanco, colocaba una taza de café con motivos florales y, junto a ella, pan y tocino e, incluso, una lata de sardinas. Ahora ya estaba todo listo, tampoco Frieda había comido, sólo había esperado a K. Había dos sillas: en ellas Frieda y K se sentaron a la mesa, los ayudantes a sus pies, en la tarima, pero no permanecieron tranquilos, también molestaron durante la comida; a pesar de que recibieron con abundancia de todo y ni siquiera habían terminado lo suyo, no cesaban de levantarse para comprobar si aún quedaba algo en la mesa y si podían esperar algo

más. K no les prestó atención, sólo por la risa de Frieda se fijó en ellos. Él puso su mano acariciadora sobre la de ella y le preguntó en voz baja por qué les toleraba tanto, incluso aceptaba amablemente su mala educación. De esa manera jamás podrían desprenderse de ellos, mientras que tratándolos con dureza como correspondía a su comportamiento podrían lograr o dominarlos o, lo que era más probable y mejor, quitarles el gusto de seguir en ese puesto y finalmente que se fuesen. No parecía que la estancia en la escuela tuviese perspectivas de ser muy buena, aunque tampoco fuera a durar mucho, pero apenas se notarían las carencias si los ayudantes se hubiesen ido y sólo los dos permaneciesen en esa casa tan tranquila. ¿Acaso no notaba que los ayudantes se ponían más descarados cada día que pasaba, como si la presencia de Frieda y la esperanza de que K no intervendría con fuerza en su presencia, como haría en otro caso, les animara a ello? Además, quizá podría haber algún medio simple para desembarazarse de ellos, tal vez hasta lo conociese Frieda, que tanto sabía de su situación actual. Y a los ayudantes probablemente sólo se les hiciese un favor al expulsarlos, pues tampoco se daban allí la gran vida y la haraganería de la que habían disfrutado hasta ese momento terminaría en parte, ya que tendrían que ponerse a trabajar, mientras que Frieda, después de las agitaciones de los últimos días, tenía que descansar y él, K, estaría ocupado en buscar una salida a la situación de emergencia en que se encontraban. Sin embargo, si los ayudantes se fueran, se encontraría tan aligerado que podría cumplir fácilmente con las obligaciones en la escuela y con todo lo demás.

Frieda, que había escuchado con atención, acarició lentamente su brazo y dijo que era de la misma opinión, pero que él, sin embargo, quizá valoraba demasiado la mala educación de los ayudantes, eran chicos jóvenes, alegres y algo simples, por primera vez al servicio de un forastero, liberados de la severa disciplina del castillo, por eso mismo un poco excitados y asombrados, y que en ese estado a veces cometían tonterías, sobre las que, naturalmente, uno se tenía que enojar, aunque lo más razonable sería reírse. Ella, a veces, no podía dejar de reírse. Sin embargo, estaba de acuerdo con K en que lo mejor sería desembarazarse de ellos y quedarse los dos solos. Se aproximó a K y ocultó su rostro en su hombro, y allí dijo, de forma tan incomprensible que K se tuvo que inclinar, que no conocía ningún medio contra los ayudantes y temía que fracasase todo lo propuesto por K. Por lo que ella sabía, había sido el mismo K quien los había reclamado y ahora los tenía y los mantendría. Lo mejor sería aceptarlo como un mal menor, como lo que en realidad eran, y así los soportaría mejor.

K no quedó satisfecho con esa respuesta: medio en broma medio en

serio dijo que le parecía que ella tenía confianza en ellos o que, al menos, sentía por ellos una gran inclinación, a fin de cuentas eran unos chicos atractivos aunque no había nadie del que alguien, con buena voluntad, no pudiese deshacerse, y eso lo demostraría con los ayudantes.
Frieda le dijo que ella le estaría muy agradecida si lo lograba. Además, a partir de ese momento ya no se reiría de ellos ni hablaría con ellos una palabra que no fuese necesaria. Ya no encontraba en ellos nada que le hiciera gracia; por añadidura no era nada agradable ser observada continuamente por dos personas, ella había aprendido a contemplar a los dos con sus ojos. Y, realmente, se sobresaltó un poco cuando los dos ayudantes volvieron a levantarse, en parte para comprobar los restos de comida en parte para enterarse de a qué se debían los continuos murmullos.
K aprovechó la ocasión para quitarle las ganas a Frieda de seguir con los ayudantes, la atrajo hacia sí y terminaron juntos la comida. Entonces deberían haberse acostado, todos estaban muy cansados, uno de los ayudantes se había quedado dormido, incluso, mientras comía, eso divirtió mucho al otro y quiso convencer a K y a Frieda para que mirasen el necio rostro del durmiente, pero no lo logró, los dos se mantuvieron arriba con actitud de rechazo. Con el insoportable frío que hacía dudaban si irse a dormir, finalmente K declaró que se tenía que volver a caldear la habitación, en otro caso sería imposible dormir. Buscó un hacha o alguna herramienta parecida, los ayudantes sabían de un hacha y la trajeron; a continuación se fue al depósito de leña. En poco tiempo había logrado romper la puerta; encantados, como si no hubiesen experimentado en su vida nada mejor, persiguiéndose y empujándose mutuamente, los ayudantes comenzaron a llevar leña a la habitación; en poco tiempo ya habían acumulado un buen montón, así que encendieron la calefacción, se sentaron alrededor, a los ayudantes les dieron un cobertor, para arroparse con él, y eso bastó, porque acordaron que uno de ellos siempre vigilaría el fuego para mantenerlo, pero poco después hacía tanto calor que ya no necesitaron los cobertores, se apagó la lámpara y, felices por el calor y la calma, Frieda y K se echaron a dormir.
Cuando K se despertó por la noche a causa de un ruido y tocó somnoliento en el lugar donde debía estar Frieda, comprobó que en vez de ella a su lado estaba uno de los ayudantes. Fue, probablemente debido a la irritación que ya trajo consigo el ser despertado de repente, el mayor susto que había tenido desde que había llegado al pueblo. Se levantó dando un grito y sin pensarlo le dio al ayudante tal puñetazo que comenzó a llorar. El malentendido, sin embargo, se aclaró en

seguida. Frieda se había despertado porque –al menos eso se había figurado– un animal grande, probablemente un gato, le había saltado al pecho y luego se había escapado. Ella se había levantado y buscado al animal por toda la habitación. Eso lo había aprovechado uno de los ayudantes para disfrutar un poco del placer del jergón de paja, lo que ahora pagaba amargamente. Frieda, sin embargo, no pudo encontrar nada, quizá sólo fuera pura imaginación, regresó con K y en el camino, como si hubiese olvidado la conversación nocturna, acarició el pelo del ayudante lloroso para confortarle. K no dijo nada, se limitó a ordenar al ayudante que dejase ya de vigilar el fuego, pues con el consumo de casi toda la leña reunida ya hacía demasiado calor.

Por la mañana se despertaron cuando los primeros niños de la escuela ya estaban allí y rodeaban con curiosidad a los durmientes. Fue algo desagradable porque a causa del calor, que ahora, sin embargo, por la mañana, había dado lugar a un frío respetable, se habían quitado todos hasta la camisa y precisamente cuando comenzaban a vestirse apareció en la puerta Gisa, la maestra, una mujer joven, alta, rubia y hermosa, aunque algo rígida. Había sido visiblemente preparada para tratar al nuevo bedel y había recibido instrucciones del maestro, pues ya en el umbral dijo:

–Esto no lo puedo tolerar. Pues sí, bonita situación. Tienen simplemente el permiso de dormir en la clase, pero yo no tengo la obligación de dar clase en su dormitorio. Una familia que duerme hasta casi el mediodía, ¡era lo que nos faltaba!

Bueno, contra eso se podría decir bastante, especialmente en lo que se refería a la familia y a las camas, pensó K, mientras él y Frieda –los ayudantes no podían ayudar, se limitaban a mirar perplejos, desde el suelo, a la maestra y a los niños– empujaron a toda prisa el potro y las barras, los cubrieron con el cobertor y así crearon un espacio en el cual, asegurados contra las miradas de los niños, al menos pudieron vestirse. Pero no lograron gozar de un minuto de tranquilidad. Al principio la maestra les riñó porque no había agua fresca en la jofaina. Precisamente K acababa de pensar en recoger la jofaina para él y para Frieda, pero en principio renunció a ello para no irritar demasiado a la maestra, aunque esa renuncia no ayudó en nada, pues poco después se produjo una gran disputa, puesto que, desgraciadamente, se habían olvidado de quitar los restos de la cena de la mesa del maestro, así que la maestra lo apartó todo con una regla y lo tiró al suelo; a la maestra no le preocupó en absoluto que se derramase el aceite de las sardinas y los restos del café, el bedel ya pondría orden en todo. Aún sin estar completamente vestidos, apoyados en las barras, Frieda y K contemplaban la destrucción de su pequeña posesión, los ayudantes,

que no pensaban en vestirse, espiaban, para el disfrute de los niños, por debajo del cobertor. A Frieda lo que más le dolía era la pérdida de la cafetera, sólo cuando K, para consolarla, le aseguró que iría inmediatamente a ver al alcalde y reclamaría una reposición, se calmó lo suficiente como para, en ropa interior como estaba, salir del recinto y recuperar al menos la tapa para impedir que se ensuciara más. Lo logró a pesar de que la maestra, para asustarla, martillaba la mesa de un modo irritante. Una vez que K y Frieda terminaron de vestirse, tuvieron, no sólo que obligar a los ayudantes, que yacían como embargados por los acontecimientos, con órdenes y empujones, para que se vistieran, sino que en parte tuvieron que vestirlos ellos mismos. Cuando terminaron, K repartió el trabajo. Los ayudantes tenían que recoger madera y calentar la habitación, pero primero en la otra clase, en la cual aún amenazaban grandes peligros, pues allí se encontraba ya probablemente el maestro. Frieda tenía que fregar el suelo y K traería agua y ordenaría un poco, por ahora no se podía pensar en desayunar. Pero para informarse del estado de ánimo de la maestra, K quería salir el primero, los demás le deberían seguir cuando él los llamara, tomó esa medida porque no quería que las tonterías de los ayudantes volviesen a empeorar la situación y, por otra parte, porque quería procurar no herir a Frieda, pues ella tenía ambición, él no; ella era sensible, él no; ella pensaba en los pequeños horrores del presente, él, sin embargo, en Barnabás y en el futuro. Frieda siguió correctamente todas sus indicaciones, apenas apartaba los ojos de él. En cuanto salió, la maestra, acompañada de las risas de los niños, que ya no cesaron, exclamó:
–¡Qué! ¿Se han quedado dormidos?
Y cuando K no se dignó responder, pues no había sido una pregunta de verdad, y se dirigió directamente al lavabo, la maestra preguntó:
–¿Qué han hecho con mi gato?
Un gato gordo y viejo yacía sobre la mesa y la maestra inspeccionaba una pata que parecía ligeramente herida. Así que Frieda había tenido razón, ese gato no había saltado sobre ella, pues parecía incapaz de saltar, pero había pasado por encima de ella, se habría asustado por la presencia de personas en la casa, se querría esconder y al realizar algún movimiento inusual causado por la prisa, se había herido. K intentó explicárselo tranquilamente a la maestra, pero ésta sólo se fijó en el resultado y dijo:
–Ya veo, le habéis herido, así os habéis presentado aquí. Mire –y llamó a K para que acudiese a la mesa, le enseñó la pata y antes de que pudiese darse cuenta, ella le hizo un arañazo en la palma de la mano. Aunque las uñas del gato estaban ocultas, la maestra, esta vez sin

consideración con el gato, las presionó con tanta fuerza que produjeron unas estrías sangrientas.
–Y ahora vaya al trabajo –dijo ella con impaciencia y volvió a inclinarse sobre el gato.
Frieda, que había mirado detrás de las barras con los ayudantes, gritó al ver la sangre. K mostró la mano a los niños y dijo:
–Mirad lo que me ha hecho un gato malo y astuto.
No lo dijo por los niños, cuyos gritos y risas se habían vuelto tan ingobernables que ya no necesitaban ninguna causa o estímulo, no había ninguna palabra que pudiese penetrarlos o influir en ellos. Pero como la maestra sólo respondió con una breve mirada de soslayo y continuó ocupada con el gato, quedando su furia inicial satisfecha con el castigo sangriento, K llamó a Frieda y a los ayudantes para comenzar el trabajo.
Después de que K se hubo llevado la jofaina con agua sucia y hubo traído agua fresca y cuando se disponía a fregar la clase, un niño de doce años se levantó de su asiento, tocó la mano de K y dijo algo incomprensible por el barullo. Entonces se produjo un gran silencio. K se volvió. Había ocurrido lo temido durante toda la mañana. En la puerta estaba el maestro, el hombrecillo sostenía con cada una de sus manos a un ayudante cogido por el cuello. Los había atrapado cuando recogían leña; con poderosa voz, haciendo una pausa entre cada palabra, gritó:
–¿Quién se ha atrevido a romper la puerta del depósito de leña? ¿Quién es el culpable para que lo aplaste?
Entonces se levantó Frieda del suelo, pues se esforzaba en limpiar a los pies de la maestra, miró hacia K, como si quisiese reunir fuerzas, y, no sin algo de su antigua superioridad en la voz y el gesto, dijo:
–He sido yo, señor maestro. No se me ocurrió otra cosa. Si las clases tenían que estar caldeadas por la mañana temprano, había que abrir el depósito de leña. No me atreví a recoger la llave en su casa, pues ya era de noche, mi novio estaba en la posada de los señores, era posible que pasara la noche allí, así que tuve que tomar una decisión. Si hice mal, perdóneme mi inexperiencia, ya me ha reñido lo suficiente mi novio cuando vio lo ocurrido. Sí, incluso me prohibió que caldease la clase temprano, pues creía que al mantener cerrado el depósito de leña, usted no quería que se calentase por la mañana, al menos hasta que usted llegase. Que no se haya encendido la calefacción es culpa suya, pero de la rotura de la puerta yo soy la culpable.
–¿Quién ha roto la puerta? –preguntó el maestro a los ayudantes, quienes aún intentaban liberarse de su cautividad.
–El señor –dijeron los dos al unísono y, para que no hubiese ninguna

duda, señalaron a K.
Frieda se rió, y esa risa pareció más convincente que sus palabras. A continuación, comenzó a escurrir el trapo con el que estaba fregando el suelo en el cubo, como si con su explicación el caso se hubiese concluido y el testimonio de los ayudantes no hubiese sido nada más que una broma. Cuando se agachó para continuar su labor, dijo:
–Nuestros ayudantes son niños que, a pesar de su edad, deberían estar aquí en la escuela. Yo misma abrí la puerta del depósito de madera ayer por la noche con un hacha, fue muy fácil, no necesité a los ayudantes, sólo habrían importunado. Pero cuando mi novio vino por la noche y salió para inspeccionar los daños y para repararlos en lo que fuese posible, los ayudantes le siguieron después, probablemente porque tenían miedo de permanecer aquí solos, y vieron a mi novio trabajando delante de la puerta destrozada, por eso dicen eso ahora; ya ve, son como niños.
Mientras hablaba Frieda, los ayudantes no paraban de mover negativamente la cabeza, seguían señalando a K y se esforzaban por cambiar la opinión de Frieda con sus gestos, pero como no lo consiguieron, finalmente se sometieron, tomaron las palabras de Frieda como una orden y al repetirles la pregunta el maestro, ya no respondieron.
–Bueno, bueno, así que me habéis mentido, o al menos habéis acusado injustamente al bedel.
Ellos se mantuvieron en silencio, pero su temblor y sus miradas angustiadas parecían indicar una conciencia culpable.
–Entonces os daré ahora mismo una paliza –dijo el maestro, y envió a uno de los niños a la otra habitación para que le trajera una palmeta. Cuando el maestro levantó la palmeta, Frieda gritó:
–¡Los ayudantes han dicho la verdad!
Entonces arrojó desesperada el trapo en el cubo, salpicando con el agua, y corrió hasta detrás de las barras para esconderse.
–Un grupo de mentirosos –dijo la maestra, que acababa de ponerle la venda al gato y lo mantenía en el regazo, para el cual era demasiado ancho.
–Así que nos queda el señor bedel –dijo el maestro, empujó a los ayudantes dejándolos libres y se volvió a K, que, durante todo el tiempo, había estado escuchando apoyándose en el palo de la escoba.
–Este bedel, que por cobardía reconoce con toda tranquilidad que se inculpe a otros falsamente de sus propias bellaquerías.
–Bueno –dijo K, que había notado que la intervención de Frieda había calmado la desenfrenada furia inicial del maestro–, si los ayudantes hubiesen recibido un castigo, no me habría apenado, pues ya se han

salido con la suya en más de diez casos en que lo merecían, así que bien podrían recibir un castigo aunque sea inmerecido. Pero también me hubiera convenido si se hubiera evitado un enfrentamiento directo entre usted, señor maestro, y yo, quizá también le habría convenido a usted. Pero como ahora Frieda me ha sacrificado a los ayudantes –aquí K realizó una pausa, se podían oír en el silencio los sollozos de Frieda detrás del cobertor–, se tienen que aclarar las cosas.
–Esto es inaudito –dijo la maestra.
–Comparto completamente su opinión, señorita Gisa –dijo el maestro–. Usted, bedel, está naturalmente despedido de inmediato por este comportamiento vergonzoso en el ejercicio de sus funciones, por ahora me reservo la sanción que seguirá, pero márchese al instante con todas sus cosas de esta casa. Para nosotros será una liberación y por fin podremos comenzar las clases. Así que dese prisa.
–Yo no me muevo de aquí –dijo K–. Usted es mi superior pero no la persona que me ha concedido este empleo, esa persona es el señor alcalde, sólo acepto su despido. Pero él no me ha dado el puesto para que me congele aquí con los míos, sino –como usted mismo dijo– para impedir actos desesperados e imprudentes por mi parte. Despedirme de repente estaría en contra de sus intenciones; mientras no oiga lo contrario de su propia boca, no lo creeré. Por lo demás, es probable que el rechazo de su imprudente despido le sea ventajoso también a usted.
–¿Así que no obedece? –preguntó el maestro.
K negó con la cabeza.
–Piénselo bien –dijo el maestro–, no se puede decir que sus decisiones siempre sean las mejores, piense por ejemplo en la tarde de ayer, cuando rechazó que le interrogasen.
–Por qué menciona eso ahora? –preguntó K.
–Porque me da la gana –dijo el maestro–, y ahora repito por última vez: ¡fuera de aquí!
Pero como esas palabras tampoco tuvieron ningún efecto, el maestro se fue hacia la mesa y habló en voz baja con la maestra; ésta dijo algo referente a la policía, pero el maestro lo rechazó; finalmente, los dos llegaron a un acuerdo, el maestro dijo a los niños que le siguieran a la otra habitación, allí tendrían clase con los otros niños, todos juntos, ese cambio les alegró; en un instante, entre gritos y risas, la habitación se quedó vacía, el maestro y la maestra fueron los últimos en salir. La maestra llevaba el diario de clase y encima al gato, que se mantenía impertérrito. Al maestro le hubiese gustado dejar allí al gato, pero una indicación que lo sugería fue rechazada categóricamente por la maestra, haciendo una referencia a la crueldad de K, así que para colmo K le cargó el gato al maestro. Esto último influyó,

evidentemente, en las últimas palabras que el maestro dirigió a K desde la puerta:
–La señorita abandona esta clase obligada por la necesidad, porque usted se niega de manera recalcitrante a aceptar mi despido y porque nadie puede reclamar de ella, una mujer joven, que imparta su clase en medio de sus sucias relaciones domésticas. Así que se queda solo y puede ponerse todo lo cómodo que quiera, sin sentirse molesto por la aversión de observadores decentes. Pero no durará mucho, se lo garantizo.
Y con esto cerró la puerta.

CAPÍTULO XII

Cuando todos abandonaron la habitación, K dijo a los ayudantes:
–¡Fuera de aquí!
Asombrados por esa orden repentina, obedecieron, pero en cuanto K cerró con llave la puerta detrás de ellos, gimotearon y llamaron a la puerta:
–¡Estáis despedidos! –gritó K–, jamás os volveré a tomar a mi servicio.
Pero no quisieron aceptar esa decisión y golpearon con las manos y los puños en la puerta.
–¡Queremos regresar contigo, señor! –gritaron, como si K fuese la tierra prometida y ellos no pudiesen llegar hasta ella. Pero K no tenía ninguna compasión, esperó impaciente hasta que el ruido insoportable obligó a intervenir al maestro. Ocurrió pronto.
–¡Deje entrar a sus malditos ayudantes! –gritó.
–¡Los he despedido! –respondió K, y tuvo el desagradable efecto colateral de mostrar lo que ocurría cuando alguien era lo suficientemente fuerte no sólo para despedir a otro, sino para ejecutar el despido. El maestro intentó aplacar bondadosamente a los ayudantes, sólo tenían que esperar allí con calma, al final K los volvería a admitir. Después de decir estas palabras, se fue. Y quizá se hubiesen calmado si K no les hubiera vuelto a gritar que estaban definitivamente despedidos y que no tenían ninguna esperanza de ser readmitidos. A continuación, volvieron a hacer ruido como al principio. De nuevo vino el maestro, pero esta vez no habló con ellos, se limitó a alejarlos de allí con la temida palmeta.
Al poco rato aparecieron ante la ventana de la clase de gimnasia, golpearon en los cristales y gritaron, pero sus palabras eran incomprensibles. No permanecieron allí mucho tiempo, en la profunda capa de nieve no podían saltar como lo requería su intranquilidad. Así que corrieron hacia la verja del jardín y se subieron sobre su parte

inferior, desde donde, aunque sólo desde la lejanía, disfrutaban de una mejor vista sobre la habitación; allí, encaramados a las verjas, se balanceaban a un lado y a otro, pero de repente se quedaban quietos y doblaban las manos en actitud de súplica hacia K. Eso lo hicieron durante mucho tiempo, sin considerar la inutilidad de sus esfuerzos; estaban como cegados, ni siquiera oyeron cómo K corrió las cortinas para liberarse de su visión.

En la penumbra de la habitación K fue hacia las barras para ver a Frieda. Ante su mirada ella se levantó, se arregló el pelo, se secó el rostro y se puso en silencio a hacer el café. Aunque ella lo sabía todo, K le informó formalmente de que había despedido a los ayudantes. Ella se limitó a asentir con la cabeza. K se sentó en un pupitre y observó sus cansados movimientos. Siempre había sido la frescura y la tenacidad lo que había embellecido la futilidad de su cuerpo, ahora esa belleza había desaparecido. Unos días viviendo con K lo habían logrado. El trabajo en la taberna no había sido fácil, pero más conveniente para ella. ¿O había sido el distanciamiento de K la causa real de su decadencia? La cercanía de Klamm la había hecho tan irresistiblemente seductora; seducido por ella, K la había tomado para sí y ahora se marchitaba entre sus brazos.

–Frieda –dijo K.

Ella dejó en seguida el molinillo de café y se acercó a K en el pupitre.

–¿Estás enfadado conmigo? –preguntó ella.

–No –dijo K–, creo que no puedes hacer otra cosa. Has vivido satisfecha en la posada de los señores, debí dejarte allí.

–Sí –dijo Frieda, y miró ante sí con tristeza–, tendrías que haberme dejado allí. No valgo lo suficiente para vivir contigo. Liberado de mí, quizá podrías conseguir todo lo que quieres. En consideración a mí te sometes a ese maestro tiránico, asumes este puesto miserable, solicitas fatigosamente una entrevista con Klamm. Todo lo haces por mí, pero yo te lo pago mal.

–No –dijo K, y la rodeó consolador con su brazo–, todo eso no son más que pequeñeces que a mí no me dañan y en realidad a Klamm sólo le quiero ver por ti. ¡Y todo lo que tú has hecho por mí! Antes de conocerte, aquí estaba completamente extraviado, nadie me aceptaba, y cuando los obligaba me despedían a toda prisa. Y si pudiese haber encontrado tranquilidad con alguien, eran personas de las que tenía que huir, como por ejemplo Barnabás.

–Huiste de ellos, ¿verdad, querido? –exclamó Frieda con viveza y después de oír el dubitativo «sí» de K volvió a caer en su apatía. Pero K tampoco poseía la tenacidad para explicar qué es lo que gracias a Frieda había tomado un camino favorable. Soltó lentamente el brazo que la rodeaba y se quedaron un rato sentados y en silencio, hasta que

Frieda, como si el brazo de K le hubiese transmitido calor, dijo:
–No soportaré esta vida. Si quieres que siga contigo, tenemos que emigrar, a cualquier lado, al sur de Francia o a España.
–No puedo emigrar –dijo K–, he venido para permanecer aquí. Permaneceré aquí –e incurriendo en una contradicción que no hizo el esfuerzo de aclarar, añadió como si hablase consigo mismo–: ¿Qué podría haberme tentado a venir a este páramo a no ser el deseo de quedarme?
A continuación, dijo:
–Pero tú también quieres quedarte aquí, es tu tierra. Sólo que echas de menos a Klamm y eso hace que te desesperes.
–¿Que echo de menos a Klamm? –dijo Frieda–, aquí hay Klamm en exceso, demasiado Klamm; para escapar de él quiero salir de aquí. No echo de menos a Klamm, sino a ti. Por ti quiero irme, porque no puedo tener suficiente de ti, aquí, donde todos tiran de mí. Cómo me gustaría quitarme esta bonita máscara y con el cuerpo miserable poder vivir contigo en paz.
K sólo prestó atención a una cosa.
–¿Klamm está aún en contacto contigo? –preguntó en seguida–. ¿Te llama?
–No sé nada de Klamm –dijo Frieda–, hablo de otros, por ejemplo de los ayudantes.
–¡Ah!, los ayudantes –dijo K sorprendido–. ¿Te acosan?
–¿Acaso no lo has notado? –preguntó Frieda.
–No –dijo K, e intentó recordar en vano algún detalle–. Son jóvenes impertinentes y ávidos, pero que te hayan importunado, eso no lo he advertido.
–¿No? –dijo Frieda–. ¿No notaste que no había manera de sacarlos de nuestra habitación en la posada del puente, ni cómo vigilaban celosos nuestra relación, o cómo uno de ellos, finalmente, se echó a mi lado en el jergón de paja, o cómo han testimoniado contra ti para expulsarte, perderte y así poder estar a solas conmigo? ¿No has notado nada de eso?
K miró a Frieda sin responder. Esas acusaciones contra los ayudantes eran verdaderas, pero también podían interpretarse de forma inocente, como fruto del carácter ridículo, infantil, inquieto y falto de dominio de los dos. Y ¿no hablaba contra la acusación de Frieda que hubiesen intentado siempre ir a todas partes con K en vez de quedarse con Frieda? K mencionó algo parecido.
–¡Pura hipocresía! –dijo Frieda–. Pero ¿no has podido darte cuenta? Entonces ¿por qué los has despedido si no es por estos motivos?
Y se fue hacia la ventana, apartó un poco las cortinas, miró hacia

afuera y llamó a K. Aún se encontraban los ayudantes en la verja. Aunque estaban visiblemente cansados, de vez en cuando, haciendo acopio de todas sus fuerzas, seguían extendiendo los brazos con actitud suplicante hacia la escuela. Uno de ellos, para no tener que aferrarse continuamente había ensartado la chaqueta en una de las barras de la verja. –¡Pobres! ¡Pobres! –exclamó Frieda.

–¿Que por qué los he expulsado? –preguntó K–. La causa directa has sido tú.

–¿Yo? –preguntó Frieda sin apartar la vista de los ayudantes.

–Sí, porque has tratado con demasiada amabilidad a los ayudantes –dijo K–, por perdonarles su comportamiento maleducado, reírte de sus necedades, acariciar su pelo, tener continuamente compasión de ellos, J os pobres, los pobres», vuelves a decir, y, finalmente, el último incidente, como para ti mi precio no era muy alto, me quisiste sacrificar para rescatar del castigo a los ayudantes.

–Eso es –dijo Frieda–, de eso es precisamente de lo que hablo, eso es lo que me hace infeliz, lo que me separa de ti, aunque no conozco mayor felicidad para mí que estar contigo, continuamente, sin interrupción, sin fin; sueño que en la tierra no hay ningún lugar tranquilo para nuestro amor, ni en el pueblo ni en ningún otro sitio, y por eso me imagino una tumba, profunda y estrecha, en la que nos mantenemos abrazados como oprimidos por unas tenazas, yo oculto mi rostro en ti, tú el tuyo en mí y nadie nos ve más. Pero aquí... ¡mira a los ayudantes! Sus manos suplicantes no se dirigen a ti, sino a mí.

–Y no soy yo quien los observa –dijo K–, sino tú.

–Claro, yo –dijo Frieda casi enojada–, de eso es de lo que estoy hablando todo el rato, ¿a qué se debería si no que los ayudantes me persiguieran, por más que puedan ser emisarios de Klamm?

–¿Emisarios de Klamm? –dijo K, a quien sorprendió mucho esa designación, por muy natural que le pareciese al principio. –Emisarios de Klamm, claro –dijo Frieda–, aunque lo sean, al mismo tiempo son jóvenes pueriles que necesitan probar la palmeta para su educación. Qué jóvenes más feos y gamberros son y qué repugnante es el contraste entre sus rostros de adultos, casi de estudiantes, y su comportamiento necio e infantil. ¿Acaso crees que no me doy cuenta? Me avergüenzo de ellos. Pero aquí radica el asunto, ellos no me repudian, sino que me avergüenzo de ellos. Siempre tengo que mirarlos. Cuando debiera enojarme con ellos, me tengo que reír. Cuando debiera golpearlos, tengo que acariciar su pelo. Y cuando yazco a tu lado por la noche, no puedo dormir y tengo que ver cómo uno de ellos duerme enrollado en una manta y el otro permanece arrodillado ante la calefacción, vigilando que no se apague, y tengo que inclinarme

hasta casi despertarte. Y no es el gato lo que me asusta, ¡ay!, conozco gatos y también conozco esos sueños agitados y constantemente turbados en la taberna, no es el gato lo que me asusta, sino yo misma. Y no necesito a ese gato monstruoso, me estremezco con el menor ruido. Temí que te despertaras y todo llegase a su fin y entonces me levanté y encendí una vela para que te despertases deprisa y me pudieses proteger.
–No sabía nada de todo eso –dijo K–, sólo por un presentimiento de lo que me cuentas los he expulsado, ahora ya se han ido, ahora todo está bien.
–Sí, al fin se han ido –dijo Frieda, pero su rostro estaba atormentado, triste–, pero no sabemos quiénes son. Emisarios de Klamm, así los llamo yo jugando con mi imaginación, aunque tal vez lo sean. Sus ojos, esos ojos simples pero centelleantes, me recuerdan en cierto modo a los ojos de Klamm, sí, ésa es la mirada de Klamm, que a veces me contempla a través de sus ojos. Y, por tanto, fue incorrecto cuando dije que me avergonzaba de ellos. Sólo quería que fuese así. Pero sé que en otro lugar y con otras personas el mismo comportamiento sería necio y repugnante, pero con ellos no es así, contemplo sus necedades con respeto y admiración. Pero si son los emisarios de Klamm, ¿quién nos liberará de ellos? Y ¿sería bueno que nos liberasen de ellos? ¿No tendrías que correr a recogerlos y alegrarte de que quisieran volver?
–¿Quieres que los vuelva a dejar entrar? –preguntó K.
–No, no –dijo Frieda–, no hay nada que quiera menos. Su mirada cuando entrasen, su alegría por volverme a ver, sus saltos de niños y sus abrazos de hombres, todo eso no podría soportarlo. Pero en cuanto pienso que, si permaneces duro con ellos, quizá cierres el camino de Klamm hacia ti, deseo preservarte de las consecuencias que eso tendría. Entonces sí quiero que los dejes entrar. Entonces que entren lo más rápido posible. No tengas ninguna consideración conmigo, yo no importo. Me defenderé todo el tiempo que pueda y, si tuviera que perder, bueno, perderé, pero con la conciencia de que también ha ocurrido por ti.
–Con esas palabras no haces más que reforzar mi sentencia respecto a los ayudantes –dijo K–, jamás entrarán si puedo impedirlo. Que los he expulsado, demuestra que, bajo determinadas circunstancias, se los puede dominar y que, por tanto, no guardan ninguna relación esencial con Klamm. Ayer por la noche recibí una carta de Klamm de la que se puede deducir que está mal informado acerca de los ayudantes, de lo que también se puede deducir que le son completamente indiferentes, pues si no lo fueran habría podido recabar noticias cabales sobre ellos. Y que veas en ellos a Klamm no demuestra nada, pues aún, por

desgracia, estás influida por la posadera y ves a Klamm por todas partes. Todavía eres la amante de Klamm y todavía no eres mi esposa. A veces eso me entristece profundamente, me parece como si lo hubiese perdido todo, tengo la sensación de haber venido al pueblo, pero no lleno de esperanza, como estaba en realidad cuando llegué, sino con la conciencia de que sólo me esperan decepciones y que tendré que probarlas todas hasta la raíz. Aunque esto sólo ocurre a veces –añadió K sonriendo al ver cómo Frieda se venía abajo con sus palabras–, y en el fondo demuestra algo bueno: lo que significas para mí. Y si ahora reclamas que decida entre tú y los ayudantes, los ayudantes ya han perdido. Vaya pensamiento, elegir entre los ayudantes y tú. Ahora quiero librarme definitivamente de ellos. Quién sabe, por lo demás, si la debilidad que se ha apoderado de nosotros dos no proviene de que no hemos desayunado.
–Es posible –dijo Frieda sonriendo con cansancio y se puso a trabajar. También K volvió a coger la escoba.

CAPÍTULO XIII

Después de un rato, llamaron débilmente a la puerta.
–¡Barnabás! –gritó K, arrojó la escoba y en pocas zancadas ya estaba ante la puerta.
Horrorizada más por el nombre que por otra cosa, Frieda le contempló. Con las manos inseguras K no podía abrir el viejo cerrojo.
–Ya abro –repetía en vez de preguntar quién era el que llamaba. A continuación tuvo que ver cómo el que entraba por la puerta abierta no era Barnabás, sino un niño que ya con anterioridad había querido hablar con K. Pero K no tenía ganas de acordarse de él.
–¿Qué buscas aquí? –dijo–. La clase es ahí al lado.
–Vengo de allí –dijo el niño, y miró tranquilamente a K con sus grandes ojos castaños, muy recto y con los brazos pegados al cuerpo.
–¿Qué quieres? Dímelo rápido –dijo K, y se inclinó un poco hacia abajo, pues el niño hablaba en voz baja.
–¿Puedo ayudarte? –preguntó el niño.
–Nos quiere ayudar –dijo K a Frieda, y luego al niño–: ¿Cómo te llamas?
–Hans Brunswick –dijo el niño–, alumno de cuarto curso, hijo de Otto Brunswick, maestro zapatero en la calle Madelein.
–Así que te llamas Brunswick –dijo K, y se dirigió a él en un tono más amable. Resultó que Hans, por los arañazos sangrientos con que la maestra había castigado a K, se había irritado tanto que había decidido apoyarle. Por su propia cuenta se había escabullido de la clase contigua

como un desertor, exponiéndose a un gran castigo. Podía deberse a las ideas infantiles que le dominaban. A ellas también correspondía la seriedad que se desprendía de todos sus actos. Su timidez sólo le había molestado al principio, luego se habituó a K y a Frieda y cuando le dieron un café se animó y tomó confianza, siendo sus preguntas vehementes y penetrantes, como si quisiera enterarse rápidamente de lo más importante para luego poder tomar decisiones por su propia cuenta en favor de K y Frieda. También había algo imperioso en su carácter, pero estaba tan mezclado con la inocencia infantil, que, medio en broma medio en serio, se dejaba someter. En todo caso acaparó toda la atención, habían dejado el trabajo y el desayuno se prolongaba. A pesar de que estaba sentado ante un pupitre, K en la mesa del maestro y Frieda en una silla a su lado, parecía que Hans era el maestro, como si examinase y juzgase las respuestas; una ligera sonrisa en su rostro parecía indicar que sabía muy bien que sólo se trataba de un juego, no obstante, más seria era su actitud ante el asunto, aunque quizá no era una sonrisa lo que se reflejaba en sus labios, sino la felicidad de la niñez. Sorprendentemente tarde reconoció que ya conocía a K, desde que éste estuvo en la casa de Lasemann. K se alegró de ello.

–¿Tú jugabas entonces a los pies de la mujer? –preguntó K.

–Sí –dijo Hans–, es mi madre.

Y entonces tuvo que hablar sobre su madre, pero lo hizo con dudas y sólo cuando le reiteraron la petición. Resultó que era un niño a través del cual a veces parecía hablar, especialmente en las preguntas, en un presentimiento del futuro, quizá también como consecuencia de la ilusión de los sentidos que afectaba a los intranquilos y tensos oyentes, casi un hombre enérgico, astuto y perspicaz, pero que poco después se manifestaba sin transición como un escolar que no comprendía algunas preguntas, otras las interpretaba mal, que con una desconsideración infantil hablaba en voz demasiado baja, aunque se le había llamado frecuentemente la atención sobre esa falta y que, finalmente, como consuelo frente a algunas preguntas urgentes, se limitaba a callar y, además, sin mostrar confusión alguna, como jamás podría hacerlo un adulto. Era como si, según su opinión, sólo a él le estuviese permitido preguntar y que las preguntas de los otros infringieran algún reglamento o fuesen una pérdida de tiempo. También podía mantenerse mucho tiempo sentado con el cuerpo recto, la cabeza inclinada hacia abajo y el labio inferior ligeramente desprendido. A Frieda le gustó tanto esa actitud, que le planteó con frecuencia preguntas de las que esperaba que le hiciesen callar de esa manera. A veces lo consiguió, pero a K le enojaba. En general pudieron saber

poco, la madre estaba algo enferma, pero no pudieron averiguar de qué enfermedad se trataba; el niño que la señora Brunswick mantenía en el regazo era la hermana de Hans y se llamaba Frieda (la coincidencia de nombres con la mujer que le preguntaba la tomó con mal humor), todos vivían en el pueblo, pero no en casa de Lasemann, allí sólo estaban de visita para que los bañasen, porque Lasemann tenía una gran bañera, en la cual bañarse y jugar procuraba un gran placer a los niños pequeños, entre los que Hans no se contaba; de su padre Hans habló con respeto o con miedo, pero sólo cuando no hablaba al mismo tiempo de la madre; en comparación con la madre el valor del padre parecía pequeño, por lo demás, todas las preguntas sobre la vida familiar, fuera cual fuese el método en plantearlas, quedaron sin respuesta; del oficio del padre se supo que era el zapatero más importante del lugar, nadie se le podía igualar, como repitió con frecuencia y en respuesta a preguntas que no tenían nada que ver con eso, incluso le daba trabajo a otros zapateros, por ejemplo, al padre de Barnabás; en este último caso Brunswick lo hacía por compasión, al menos eso indicaba el gesto orgulloso de Hans, lo que impulsó a Frieda a acercarse a él de un salto y darle un beso. A la pregunta de si ya había estado en el castillo, respondió, después de habérsela repetido muchas veces, que «no», y la misma pregunta, pero referida a la madre, no se dignó responderla. Al final K se cansó. Seguir preguntando le pareció inútil, en eso el niño tenía razón, y además había algo vergonzoso en querer enterarse de secretos familiares a través de un niño inocente, y doblemente vergonzoso era que ni siquiera se enteraran de algo al respecto. Y cuando K para terminar le preguntó en qué se ofrecía para ayudar, no se maravilló al oír que sólo quería ayudarles en el trabajo para que el maestro y la maestra no se enojasen, con K. Éste le aclaró que no era necesaria su ayuda, que enojarse era un rasgo del carácter del maestro y que no podrían impedirlo ni con el trabajo mejor realizado. Pero el trabajo en sí no era difícil, esa vez simplemente se había retrasado por unas circunstancias casuales, además esos enojos no hacían el mismo efecto en K que en un escolar, se los sacudía de encima, le eran indiferentes, y tenía la esperanza de librarse del maestro muy pronto. Agradecía mucho que hubiese ofrecido su ayuda con el maestro y Hans podía regresar, esperaba que no lo castigasen por lo que había hecho. A pesar de que K no subrayó y se limitó a indicar fugazmente que se trataba de ayuda con el maestro la que él no necesitaba, dejaba abierta la pregunta sobre otro tipo de ayuda, Hans así lo dedujo y preguntó si quizá K necesitaba otra ayuda, le encantaría ayudarle y si él mismo no pudiera, se lo pediría a su madre y entonces seguro que podía resultar. También

cuando el padre tenía preocupaciones, le preguntaba a la madre. Y la madre ya había preguntado una vez por K, ella apenas salía de casa, sólo excepcionalmente estuvo aquel día en casa de Lasemann; él, sin embargo, Hans, iba con frecuencia para jugar con sus hijos y una vez le preguntó la madre si tal vez el agrimensor se había encontrado allí. Pero a la madre, como estaba tan débil y cansada, no se le podía hablar mucho y él se limitó a decir que no había visto al agrimensor y ya no se habló más del asunto. Pero al encontrarle ahora en la escuela, le había tenido que hablar para poder informar luego a la madre. Pues eso es lo que más le gusta a la madre: cuando se obedecen sus deseos sin una orden expresa. A eso respondió K, después de una breve reflexión, que no necesitaba ninguna ayuda, tenía todo lo que necesitaba, pero era muy amable por parte de Hans que quisiera ayudarle y le agradecía sus buenas intenciones, era posible que más tarde pudiese necesitar algo, entonces se dirigiría a él, ya conocía su dirección. Por el contrario, quizá K pudiese ayudarle un poco, sentía mucho que la madre de Hans estuviese enferma y que nadie comprendiese allí su sufrimiento; en un caso tan descuidado puede darse un grave empeoramiento de una ligera dolencia. Pero él, K, tenía conocimientos médicos y lo que aún era más valioso, experiencia en el tratamiento de los enfermos. Consiguió triunfar cuando los médicos fracasaron. En casa siempre le habían llamado por sus poderes curativos «hierba amarga». En todo caso querría ver a la madre de Hans y hablar con ella. Quizá pudiese darle un buen consejo, sólo por él, por Hans, estaría encantado de poder hacerlo. Al principio los ojos de Hans brillaron con esa oferta, sedujeron a K para mostrarse más perentorio, pero el resultado fue insatisfactorio, pues Hans contestó a las preguntas, y ni siquiera se mostró triste al hacerlo, que su madre no podía recibir visitas de extraños, pues necesitaba reposo absoluto; a pesar de que K apenas habló con ella, tuvo que pasar después varios días en cama, lo que, ciertamente, ocurría con frecuencia. En aquella ocasión el padre se enojó mucho con K y jamás permitiría que K visitase a su madre, incluso aquella vez él quiso buscar a K para castigarle por su comportamiento, pero la madre le convenció de lo contrario. Ante todo era su misma madre la que no quería hablar con nadie y su interés por K no significaba una excepción de la regla, todo lo contrario, a su mención ocasional de que tendría el deseo de verle, no le siguieron los hechos, con eso había manifestado claramente su voluntad. Sólo quería oír de K, pero no hablar con él. Por lo demás tampoco padecía de una enfermedad en el pleno sentido de la palabra, ella sabía muy bien el origen de su estado y a veces lo dejaba entrever, probablemente se debía al aire de allí, que ella no soportaba, pero tampoco quería

abandonar el lugar a causa del padre y de los niños, también estaba mejor que antes. Eso fue de lo que K se enteró; la capacidad mental de Hans aumentaba visiblemente, ya que protegía a su madre de K, de K, a quien supuestamente quería ayudar; incluso con la finalidad de proteger a la madre de K contradijo algunas de sus manifestaciones anteriores, por ejemplo respecto a la enfermedad. No obstante, K notó también que le seguía cayendo bien a Hans, sólo que sobre la madre olvidaba todo lo demás. Cualquiera que se colocase frente a la madre, se ponía en una posición injusta, ahora había sido K, pero también podía ser, por ejemplo, el padre. K quiso intentar esto último y dijo que era muy razonable por parte de su padre que protegiese así a su madre de toda molestia y si K hubiese sospechado algo en aquella ocasión, no habría osado dirigirse a ella y ahora pedía perdón por ello. Por el contrario, no podía entender del todo por qué el padre, si el origen del padecimiento estaba tan claro como Hans decía, impedía que la madre se recuperase cambiando de aires; se tenía que afirmar que se lo impedía, pues ella no quería irse por el padre y por los niños, pero se podría llevar a los niños, tampoco tendría que estar ausente mucho tiempo ni tampoco muy lejos, ya arriba, en la montaña del castillo, el aire era mucho mejor. Los costes de esa excursión no deberían atemorizar al padre, a fin de cuentas era el mejor zapatero del lugar y con toda seguridad la madre tenía parientes o conocidos en el castillo que la acogerían encantados. ¿Por qué no dejaba que se fuera? No debería menospreciar ese padecimiento; K sólo había visto fugazmente a la madre, pero su llamativa palidez y debilidad le impulsaron a dirigirle la palabra, ya en aquella ocasión le sorprendió que el padre dejase a la esposa enferma en la atmósfera perjudicial de la habitación de los baños y que ni siquiera se moderase en sus conversaciones en voz alta. El padre no sabía de qué se trataba, por más que haya mejorado de la enfermedad en los últimos tiempos, ese tipo de padecimientos tienen humores, pero si no se los combate con todas las fuerzas, se llega a un momento en que ya no puede ayudar nada. Si K no podía hablar con la madre, sería quizá ventajoso si al menos pudiese hablar con el padre y llamarle la atención sobre todo eso.

Hans había escuchado con gran atención, había entendido la mayoría y había sentido con fuerza la amenaza implícita en el resto. A pesar de ello dijo que K no podía hablar con el padre, pues éste tenía una gran aversión hacia él y probablemente le trataría igual que el maestro. Dijo esto sonriendo y con timidez al hablar de K y triste y con saña cuando habló del padre. Sin embargo, añadió que K quizá pudiese hablar con la madre, pero sin que lo supiera el padre. Entonces Hans reflexionó con la mirada fija en un punto, como una mujer que quiere hacer algo

prohibido y busca una posibilidad de realizarlo con impunidad. Poco después dijo que en un par de días quizá sería posible, pues el padre iba por la tarde a la pensión de los señores, ya que allí tenía algunas entrevistas, entonces él, Hans, vendría por la tarde y conduciría a K hasta su madre, presuponiendo que ella estuviese de acuerdo, lo que sería muy improbable. Ella no hacía nada contra la voluntad del padre, se sometía en todo a él, incluso en cosas cuya irracionalidad hasta él mismo, Hans, veía claramente. Ahora buscaba Hans ayuda contra el padre, era como si se hubiese engañado a sí mismo, pues había creído que quería ayudar a K, mientras que en realidad había querido averiguar si tal vez, como nadie del lugar había podido ayudar, ese forastero aparecido repentinamente y mencionado incluso por la madre era capaz de hacerlo. Qué inconscientemente reservado, sí, casi solapado, era el niño, no había sido fácil de deducir de su presencia y de sus palabras, sólo se pudo notar después por la casualidad y la intención dulas confesiones que habían asomado. Y entonces reflexionó con K en largas conversaciones qué dificultades habría que superar; eran, pese a la mejor voluntad de Hans, dificultades casi insuperables; sumido en sus pensamientos y, sin embargo, buscando ayuda, miraba continuamente a K con ojos inquietos y parpadeantes. No podía decirle nada a la madre antes de la partida del padre, si no éste se enteraría de todo y ya sería imposible, así que sólo más tarde podría mencionarlo, pero por consideración a la madre tampoco de repente y deprisa, sino lentamente y en el momento oportuno, entonces podría pedir permiso a la madre, luego vendría a recoger a K, pero ¿no sería ya demasiado tarde?, ¿no amenazaría la llegada inminente del padre? Sí, en realidad era imposible. K, por el contrario, demostró que no era imposible. No tenían que temer que no hubiese suficiente tiempo, bastaría una corta entrevista, un breve encuentro, y no hacía falta que Hans viniese a buscar a K, éste esperaría escondido en algún lugar cerca de la casa y, con un signo de Hans, acudiría en seguida. No, dijo Hans, K no podía esperar cerca de la casa –una vez más le dominaba la sensibilidad por causa de su madre–, sin conocimiento de la madre K no podía ponerse en camino, Hans no podía aceptar un acuerdo secreto con K que fuese secreto para la madre, él tenía que recoger a K de la escuela y no antes de que la madre lo supiese y diese su consentimiento. Bueno, dijo K, entonces era realmente peligroso, era posible que el padre le descubriese en la casa y aunque no ocurriese, la madre, por miedo, no dejaría que K la visitase y todo fracasaría por culpa del padre. Contra eso volvió a defenderse Hans y así siguió la disputa. Ya hacía tiempo que K había llamado a Hans para que viniese a la mesa y le había colocado entre sus rodillas, acariciándolo de vez en

cuando para tranquilizarlo. Esa cercanía influyó en que Hans, a pesar de su resistencia temporal, consintiese en llegar a un acuerdo. Convinieron lo siguiente: Hans le diría al principio a su madre toda la verdad, sin embargo, para facilitarle el consentimiento, añadiendo que K también quería hablar con Brunswick, aunque no a causa de la madre, sino por sus asuntos. Eso también era verdad, a lo largo de la conversación a K se le había ocurrido que Brunswick, aunque fuese un hombre malo y peligroso, no podía ser realmente su enemigo, a fin de cuentas había sido, al menos según el informe del alcalde, el líder de aquellos que, fuese también por motivos políticos, habían reclamado la contratación de un agrimensor. Así pues, la llegada de K al pueblo tenía que haber sido favorable para él, pero entonces el enojoso encuentro el primer día y la aversión de la que Hans había hablado resultaban incomprensibles, quizá Brunswick se había enojado porque K no se había dirigido a él primero para solicitar ayuda, quizá había otro malentendido que podía ser aclarado con unas palabras. Una vez que ocurriera eso, K podría encontrar en Brunswick un respaldo contra el maestro, sí, incluso contra el alcalde, poniendo al descubierto todo el fraude administrativo, pues ¿qué otra cosa podía ser todo? El alcalde y el maestro le mantenían alejado de los órganos administrativos del castillo y le obligaban a aceptar el puesto de bedel. Si se producía una nueva lucha por K entre Brunswick y el alcalde, Brunswick tendría que poner a K de su parte, K sería huésped en la casa de Brunswick y sus instrumentos de poder se pondrían a su disposición, todo a despecho del alcalde, quien sabía muy bien hasta dónde podría llegar y, en todo caso, estaría frecuentemente cerca de la mujer. Así jugaba con sus sueños y ellos con él, mientras Hans, pensando exclusivamente en su madre, observaba preocupado el silencio de K, al igual que se hace con un médico sumido en sus pensamientos para encontrar un remedio en un caso grave. Con esa propuesta de K, que él quería hablar con Brunswick por la contratación como agrimensor, Hans se mostró conforme, aunque sólo porque gracias a eso su madre quedaba protegida del padre y, además, se trataba de un recurso excepcional que esperaba no se produjese. Sólo preguntó cómo K aclararía al padre una visita tan tardía, y se conformó finalmente, aunque con un rostro algo sombrío, con que K diría que el insoportable puesto como bedel en la escuela y el tratamiento deshonroso del maestro le habían sumido en una repentina desesperación y había olvidado cualquier consideración.

Cuando lograron preparar todo, en lo que se podía prever, y la posibilidad de éxito ya no quedaba al menos excluida, Hans, liberado de la carga de la reflexión, se tornó más alegre y charló aún un rato de manera infantil, primero con K y luego con Frieda, que desde hacía

tiempo estaba abstraída y ahora comenzó de nuevo a participar en la conversación. Entre otras cosas ella le preguntó qué quería ser de mayor, él no reflexionó mucho y dijo que quería ser un hombre como K. Cuando le preguntó los motivos, no supo qué responder y a la pregunta de si quería ser bedel en una escuela, contestó negativamente. Sólo al seguir preguntándole reconocieron a través de qué caminos había llegado a expresar ese deseo. La situación presente de K no era en modo alguno digna de envidia, sino triste y despreciable, él mismo habría preferido preservar a su madre de la mirada y de las palabras de K. Sin embargo, él había llegado hasta K y le había pedido ayuda y había sido feliz de que K consintiese, también creía reconocer lo mismo en otras personas, y ante todo la madre había mencionado a K. De esa contradicción surgió en él la creencia de que en ese momento K era aún un ser humillado y espantoso, pero que en un futuro, si bien casi inimaginable y lejano, él los superaría a todos. Y precisamente esa disparatada lejanía y el orgulloso desarrollo que debería conducir a ella tentaron a Hans. Incluso a ese precio quería tomar al K del presente. Lo especialmente infantil y al mismo tiempo astuto de ese deseo consistía en que Hans contemplaba desde lo alto a K como si fuera un joven cuyo futuro se expandiera más que el suyo propio, el de un niño. Y era con una seriedad sombría con la que él, obligado una y otra vez por las preguntas de Frieda, hablaba de esas cosas. Pero K le volvió a animar cuando dijo que él sabía lo que Hans le envidiaba, se trataba de su espléndido bastón de nudos que se encontraba sobre la mesa y con el que Hans había jugado distraído durante la conversación. Bueno, K sabía fabricar esos bastones y, si el plan resultaba exitoso, le haría a Hans uno más bonito. No quedó muy claro si Hans sólo había tenido en mente el bastón, tal fue su alegría sobre la promesa de K, y se despidió alegremente no sin antes estrechar con fuerza la mano de K y decir:
–Entonces hasta pasado mañana.

CAPÍTULO XIV

Ya era hora de que Hans se marchase, pues poco después el maestro abrió violentamente la puerta y, al ver a K y a Frieda tranquilamente sentados sobre la mesa, gritó:
–¡Perdonad la molestia! Pero decidme cuándo vais a terminar por fin de arreglar la habitación. En la otra habitación se sientan todos apretados, así no se puede dar clase, mientras vosotros os estiráis aquí a vuestras anchas en la habitación grande y encima, para tener aún más sitio, habéis echado a los ayudantes. ¡Y ahora haced el favor de moveros!
Y dirigiéndose a K:

–¡Tú ahora me traes un tentempié de la posada del puente!
Todo eso lo gritó furioso, pero las palabras eran proporcionalmente suaves, incluso el grosero tuteo. K se mostró dispuesto a obedecer en seguida; sólo para sondear al maestro dijo:
–Me ha despedido.
–Despedido o no, tráeme mi tentempié –dijo el maestro.
–Despedido o no, eso es precisamente lo que quiero saber –dijo K.
–¿De qué hablas? No has aceptado el despido.
–¿Eso basta para anularlo? –preguntó K.
–Para mí no –dijo el maestro–, de eso puedes estar seguro, pero sí para el alcalde, incomprensiblemente. Ahora corre, si no sales de aquí volando y esta vez de verdad.
K estaba satisfecho, el maestro había hablado mientras tanto con el alcalde o tal vez no había hablado, sino adoptado la previsible opinión del alcalde y ésta era favorable a K. Ahora quería K darse prisa en traer el tentempié, pero cuando aún se encontraba en el pasillo, el maestro le hizo regresar, ya fuese porque quisiese probar con esa orden especial su disposición servicial para orientarse luego según el resultado, ya fuese porque había recobrado las ganas de ordenar y le causaba placer que K, siguiendo sus órdenes, saliese corriendo como un camarero y le pudiese obligar a regresar con la misma rapidez. K, por su parte, sabía que él, mediante un comportamiento demasiado obediente, se convertiría en el esclavo y en cabeza de turco del maestro, pero hasta cierto límite quería ahora aceptar pacientemente los caprichos del maestro, pues si, como se había mostrado, no podía despedirle legalmente, podía atormentarle en el puesto hasta hacerle la vida imposible. Pero precisamente ahora K necesitaba ese puesto más que antes. La conversación con Hans le había dado nuevas esperanzas, manifiestamente improbables, sin ningún fundamento, pero inolvidables, incluso hacían olvidar a Barnabás. Si quería ir detrás de ellas, y no le quedaba otro remedio, tenía que hacer acopio de todas sus fuerzas, no preocuparse de ninguna otra cosa, ni de la comida, ni de la vivienda, ni de la administración del pueblo, ni siquiera de Frieda, y en el fondo se trataba sólo de Frieda, pues todo lo demás únicamente le afligía con relación a Frieda. Por eso tenía que intentar mantener ese puesto que daba alguna seguridad a Frieda y no debía arrepentirse de tolerar algo más al maestro en aras de ese objetivo, aunque fuese más de lo que le hubiese tolerado en otras circunstancias. Todo eso no era demasiado doloroso, pertenecía a esa cadena continua de pequeñas aflicciones de que constaba la vida, no era nada en comparación con aquello a lo que aspiraba K, además, no había venido para llevar una vida pacífica y rodeada de honores.

Y así ocurrió que, al igual que se había puesto en camino hacia la posada, al recibir la contraorden se mostró dispuesto en seguida a ordenar antes la habitación para que la maestra pudiese trasladarse a ella con su clase. Pero tenía que trabajar deprisa, pues después tenía que traer el tentempié y el maestro ya estaba hambriento y sediento. K aseguró que lo haría todo según sus deseos; el maestro miró un rato cómo K se apresuraba a cumplir sus órdenes, cómo quitaba el jergón de paja, ponía los aparatos de gimnasia en su lugar y barría, mientras Frieda lavaba y frotaba la tarima. Ese celo pareció satisfacer al maestro, aún llamó la atención de que ante la puerta había preparado un montón de leña para la calefacción –no quería dejar que K abriese el depósito de leña– y se fue a ver a los niños con la amenaza de regresar e inspeccionar la tarea.
Después de un rato de trabajo silencioso, Frieda preguntó por qué se sometía ahora tanto al maestro. Era una pregunta compasiva e inquieta, pero K, que pensaba lo poco que Frieda había conseguido cumplir su promesa de protegerle de las órdenes y de la violencia del maestro, dijo brevemente que ahora que era bedel de la escuela tenía que ejercer el puesto. Entonces volvió el silencio hasta que K, recordando con la breve conversación que Frieda había estado mucho tiempo sumida en sus propios pensamientos, ante todo durante la conversación con Hans, le preguntó abiertamente, mientras llevaba la leña, en qué estaba pensando. Ella respondió, mirando hacia él lentamente, que en nada determinado, sólo pensaba en la posadera y en la verdad de algunas de sus palabras. Sólo cuando K insistió en que siguiese, contestó con más detalles después de varias negativas, pero sin dejar su trabajo, lo que no hacía por diligencia, pues apenas avanzaba en él, sino sólo para no verse obligada a mirar a K. Y entonces contó cómo al principio había escuchado tranquilamente la conversación de K con Hans, cómo después se asustó con algunas palabras de K y comenzó a comprender con más precisión el sentido de esas palabras y cómo desde entonces no había podido dejar de encontrar en las palabras de K confirmaciones de una advertencia que agradecía a la posadera y en cuyo fundamento no había querido creer. K, enojado sobre los modismos generales con que hablaba y más irritado que conmovido por su voz triste y llorosa –pero ante todo porque la posadera volvía a injerirse en su vida, al menos en recuerdos, ya que en persona hasta ese momento había tenido poco éxito–, arrojó la leña al suelo, se sentó encima y reclamó con palabras serias que hablase con completa claridad.
A menudo –comenzó Frieda–, ya desde el principio, la posadera se esforzó en que dudara de ti, no afirmaba que mentías, todo lo

contrario, dijo que eras sincero como un niño, pero que tu manera de ser era tan diferente a la nuestra que nosotros, incluso cuando hablabas sinceramente, nos teníamos que esforzar mucho para creerte y, si no nos salvaba antes una buena amiga, nos teníamos que habituar a creerte a través de una amarga experiencia. Incluso a ella, que posee un gran conocimiento de los hombres, no le ocurre de manera muy diferente. Pero después de la última conversación contigo en la posada del puente, ella –me limito a repetir sus malas palabras– ha descubierto tus manejos, ahora ya no puedes embaucarla, incluso si te esforzaras en ocultar tus intenciones. «Pero él no oculta nada», repitió una y otra vez, añadiendo: «esfuérzate en escucharle realmente en cualquier oportunidad, no sólo superficial, sino realmente». Ninguna otra cosa ha hecho ella, y respecto a mí habría averiguado lo siguiente: tú me has abordado –empleó esta expresión afrentosa– sólo porque casualmente me crucé en tu camino, no te desagradé y porque tú tomaste a una chica de barra, de manera errónea, por la víctima propicia de todo huésped que alargaba su mano. Además, querías, por algún motivo, dormir aquella noche en la posada de los señores, como la posadera ha sabido del posadero, y eso sólo lo podías conseguir gracias a mí. Todo eso habría bastado para convertirme en tu amante aquella noche, pero para que llegase a más, se necesitaba más, y ese «más» era Klamm. La posadera no afirma saber lo que quieres de Klamm, sólo afirma que tú, antes de conocerme a mí, te esforzabas en llegar hasta Klamm tanto como después. La diferencia residía en que antes carecías de esperanzas, después, sin embargo, creíste encontrar en mí un instrumento de confianza para llegar pronto e incluso con superioridad hasta Klamm. Cómo me asusté –pero sólo fue fugazmente, sin un motivo profundo cuando dijiste hoy que antes de conocerme te sentías extraviado aquí. Son las mismas palabras que empleó la posadera, también ella dice que desde que me conociste te has vuelto mucho más resuelto. Eso se debe a que creíste haber conquistado en mí a una amante de Klamm y, por eso, poseer una prenda que sólo se podía desempeñar al precio más alto. Negociar con Klamm sobre ese precio es tu único anhelo. Como no tienes ningún interés en mí, sino sólo en mi precio, estás dispuesto respecto a mí a toda concesión, pero respecto al precio te muestras testarudo. Por eso te resulta indiferente que pierda mi puesto en la posada de los señores, te es indiferente que también tenga que abandonar la posada del puente, que tenga que realizar el trabajo pesado de la escuela, no tienes ninguna dulzura conmigo, ni siquiera tienes tiempo para mí, me dejas a los ayudantes, no conoces los celos, el único valor que poseo para ti es que una vez fui la amante de Klamm, en tu ignorancia te esfuerzas en impedirme

olvidar a Klamm para que al final no me resista mucho cuando el momento decisivo haya llegado; por añadidura luchas también contra la posadera, a quien crees capaz de poder arrebatarme de tu lado, por eso extremaste tu disputa con ella para poder abandonar conmigo la posada del puente; de que yo, en lo que a mí concierne, sea tu posesión bajo todas las circunstancias, de eso no dudas. Te imaginas la entrevista con Klamm como un negocio: dinero efectivo a cambio de dinero efectivo. Cuentas con todas las posibilidades; para conseguir el premio, estás dispuesto a todo; si Klamm me quiere, me darás a él; si quiere que te quedes conmigo, te quedarás conmigo; si quiere que me abandones, me abandonarás, pero también estarás dispuesto a hacer comedia en caso de que sea ventajoso; en ese caso simularás que me quieres, intentarás combatir su indiferencia resaltando tu insignificancia y avergonzándole con el hecho de tu sucesión en mi persona o le informarás de mis confesiones amorosas respecto a él, que realmente he hecho, y le pedirás que me vuelva a acoger, por supuesto bajo condición del pago del precio; y si no hay otra manera, simplemente suplicarás en nombre del matrimonio K. Pero si tú entonces, dedujo la posadera, te das cuenta de que te has equivocado en todo, en tus suposiciones y en tus esperanzas, en tu idea de Klamm y de sus relaciones conmigo, en ese momento comenzará para mí el infierno, pues seré tu única posesión de la que, además, dependerás por completo, pero al mismo tiempo será una posesión que ha resultado sin valor y a la que tratarás en consecuencia, ya que el único sentimiento que tienes hacia mí es el del poseedor.
K había escuchado tenso y con la boca cerrada, la leña debajo de él había rodado, casi había resbalado hasta el suelo, no se había dado cuenta, sólo ahora lo percibió; se levantó y se sentó en la tarima, allí tomó la mano de Frieda, que intentó eludirlo débilmente, y dijo:
–En el informe no he podido distinguir la opinión de la posadera de la tuya.
–Sólo era la opinión de la posadera –dijo Frieda–, lo he escuchado todo porque venero a la posadera, pero fue la primera vez en mi vida que rechacé del todo su opinión. Tan lamentable me pareció todo lo que dijo, tan lejana su comprensión de nuestra situación real. Más bien me pareció verdad todo lo contrario de lo que ella dijo. Pensé en la mañana sombría después de nuestra primera noche. Cómo te arrodillaste a mi lado con una mirada como si todo estuviese perdido. Y cómo sucedió después que a pesar de mis esfuerzos, no sólo no pude ayudarte, sino que te obstaculicé. Por mí se convirtió la posadera en tu enemiga, a quien aún continuas sin apreciar en lo que vale; por mí, por quien te preocupabas, tuviste que luchar por este empleo; estabas en

desventaja frente al alcalde, tuviste que someterte al maestro y a los caprichos de los ayudantes, pero lo peor ha sido que quizá por mi culpa has cometido una falta contra Klamm. Que sigas queriendo llegar hasta Klamm no es más que el esfuerzo impotente de reconciliarle contigo. Y me dije que la posadera, que sabe todo esto mucho mejor que yo, me quería guardar con sus consejos de los reproches mucho más amargos que me podría hacer yo a mí misma. Un esfuerzo bienintencionado, pero superfluo. Mi amor a ti me habría ayudado a superarlo todo, finalmente te habría ayudado a ti, si bien no aquí, en el pueblo, en cualquier otro lado, ya ha habido una prueba de su fuerza, te ha salvado de la familia de Barnabás.

Así que ésa era tu opinión –dijo K–. Y ¿qué ha cambiado desde entonces?

–No lo sé –dijo Frieda, y miró la mano de K que mantenía la suya–, quizá no ha cambiado nada; si estás tan cerca de mí y me preguntas con tanta tranquilidad, entonces creo que no ha cambiado nada. En realidad, sin embargo –y retiró su mano, se sentó erguida ante él y lloró sin cubrirse la cara, mostrándole el rostro bañado en lágrimas como si no llorara por ella y, por lo tanto, no tuviera nada que ocultar, sino como si llorara por la traición de K y éste mereciese la desolación de esa visión–, en realidad todo ha cambiado desde que te he oído hablar con el niño. Con qué inocencia comenzaste, preguntando por su situación doméstica, por esto y aquello, me pareció como si acabases de llegar a la taberna, solícito, sincero, buscando mi rostro con celo infantil. No había ninguna diferencia con aquella vez y me hubiera gustado que la posadera estuviera aquí, te hubiese escuchado e intentase mantenerse en su opinión. Pero de repente, no sé cómo ocurrió, noté con qué intención hablabas con el niño. Con tus palabras compasivas ganaste fácilmente una confianza difícil de ganar para luego perseguir sin obstáculos tu objetivo, que yo iba identificando más y más. Ese objetivo era la mujer. A través de tus palabras aparentemente preocupadas se reflejaba sin ambages el interés exclusivo en tus asuntos. Has engañado a la mujer antes de ganártela. No sólo escuchaba en tus palabras mi pasado, también mi futuro, me parecía como si la posadera se sentara a mi lado y me aclarase todo y yo intentase apartarla con todas mis fuerzas, pero dándome cuenta de la imposibilidad de semejante esfuerzo y en ello en realidad ya no era yo la engañada, ni siquiera era yo ya la engañada, sino esa extraña. Y cuando hice un último esfuerzo y le pregunté qué quería ser y él dijo que quería ser como tú, esto es, que ya te pertenecía del todo, ¿qué diferencia podía haber entre él, el niño inocente del que se ha abusado aquí, y yo, de quien se abusó aquella vez en la taberna?

–Todo –dijo K; al ir acostumbrándose a los reproches se había serenado–, todo lo que tú dices es, en cierto sentido, correcto, no se puede decir que no sea verdad, sólo que es hostil. Son pensamientos de la posadera, mi enemiga, incluso si crees que son tuyos, eso me consuela. Pero también son instructivos, aún se puede aprender algo de la posadera. A mí no me los ha comunicado, aunque tampoco ha sido indulgente conmigo, es evidente que te ha confiado esa arma con la esperanza de que la emplearías contra mí en un momento especialmente malo o decisivo; si abuso de ti, ella también lo hace. Pero ahora, Frieda, piensa, aun cuando todo fuese exactamente tal y como lo cuenta la posadera, sólo sería muy grave en un caso, si tú no me amaras. Entonces, sólo entonces habría ocurrido así, que yo te habría ganado con cálculo y astucia para beneficiarme de esa posesión. Quizá forme parte también de mi plan que aquella vez, para despertar tu compasión, apareciese ante ti con Olga del brazo, y la posadera ha olvidado añadir eso en mi cuenta. Pero si no se da ese caso, si no fue un astuto animal de rapiña el que se apoderó de ti entonces, sino que tú viniste hacia mí, del mismo modo en que yo fui hacia ti, y nos encontramos olvidándonos de nosotros mismos, dime, Frieda, ¿qué sería? Desde aquella vez llevo adelante tanto tus asuntos como los míos, no hay ninguna diferencia y sólo una enemiga puede hacer distinciones. Eso vale en todas partes, también respecto a Hans. Por lo demás, en tu delicadeza de sentimientos, exageras la conversación con Hans, pues si las opiniones de Hans y las mías no coinciden plenamente, tampoco llegan tan lejos como para que exista una contradicción, además, a Hans no se le han escapado nuestras diferencias, si creyeras eso, valorarías en muy poco a ese cauteloso joven y aun en el caso de que le hubieran quedado ocultas, nadie recibirá un daño por ello, al menos eso espero.
–Es tan difícil orientarse, K –dijo Frieda, y sollozó–, no he tenido ningún recelo contra ti, me lo ha contagiado la posadera, y sería feliz de poder deshacerme de él y pedirte perdón de rodillas, como en realidad hago todo el rato, incluso cuando digo cosas tan malas. Pero cierto es que mantienes muchos secretos; vienes y vas, no sé adónde ni de dónde. Antes, cuando Hans llamó a la puerta, pronunciaste incluso el nombre de Barnabás. Si alguna vez me hubieras llamado a mí con tanto amor como por un motivo incomprensible gritaste ese nombre odiado. Si no tienes ninguna confianza en mí, cómo puedo impedir que no se origine desconfianza en mí, entonces estoy entregada a la posadera a quien pareces confirmar con tu comportamiento. No en todo, no quiero afirmar que la confirmas en todo, ¿acaso no has expulsado por mí a los ayudantes? ¡Ay, si supieras con cuánto anhelo busco algo positivo para

mí en todo lo que haces y dices, aun cuando me atormente!

Ante todo, Frieda –dijo K–, no te oculto nada: cómo me odia la posadera y cómo se esfuerza por apartarte de mí y con qué medios despreciables lo hace y cómo tú cedes ante ella, Frieda, cómo cedes ante ella. Dime en qué te oculto algo. Que quiero llegar hasta Klamm, ya lo sabes, que no puedes ayudar a lograrlo y que lo tengo que conseguir por mi propia cuenta, también lo sabes, que hasta ahora no lo he conseguido, ya lo ves. ¿Tengo que humillarme doblemente al contarte los intentos fallidos que ya en la realidad me humillan lo suficiente? ¿Tengo acaso que preciarme de haber esperado en vano, congelándome, al lado del trineo de Klamm durante toda una tarde? Feliz de no tener que pensar más en esas cosas, me apresuro a volver contigo y entonces encuentro que de ti emana esa actitud amenazadora. ¿Y Barnabás? Cierto, le espero. Es el mensajero de Klamm, no he sido yo el que le ha nombrado.

–¡Otra vez Barnabás! –exclamó Frieda–. No creo que sea un buen mensajero.

–Quizá tengas razón –dijo K–, pero es el único mensajero que me han enviado.

Aún peor –dijo Frieda–, entonces más deberías guardarte de él.

–Por desgracia, hasta ahora no me ha dado motivo para ello –dijo K sonriendo–, viene raramente y lo que trae carece de importancia, sólo el hecho de proceder de Klamm es lo que le confiere valor.

–Pero mira ahora –dijo Frieda–, ya ni siquiera Klamm es tu objetivo, quizá eso sea lo que más me intranquiliza; que quisieras llegar a Klamm por encima de mí, era malo, pero que ahora parezcas querer alejarte de Klamm es mucho peor, es algo que ni siquiera la posadera ha previsto. Según la posadera, mi suerte terminó, una suerte muy cuestionable pero real, con el día en que tú viste definitivamente que tu esperanza en Klamm era vana. Ahora ni siquiera esperas ese día, de repente entra un niño y comienzas a luchar con él por su madre, como si lucharas por oxígeno para respirar.

–Has comprendido correctamente mi conversación con Hans –dijo K–, así fue realmente. Pero ¿se ha hundido tanto en tu recuerdo tu vida anterior –excepto, naturalmente, la posadera, que no se deja apartar– que ya no sabes cómo se debe luchar por avanzar, especialmente cuando se viene de abajo? ¿Te has olvidado de que hay que utilizar todo aquello que de alguna manera dé esperanza? Y esa mujer viene del castillo, ella misma me lo dijo cuando me perdí el primer día y acabé en la casa de Lasemann. ¿Qué otra cosa se me podía ocurrir que no fuese pedirle consejo e, incluso, ayuda? Si la posadera conoce con exactitud todos los impedimentos que me separan de Klamm, esa

mujer conoce probablemente el camino, pues ella ha bajado por él.
–¿El camino hacia Klamm? –preguntó Frieda.
–Claro, hacia Klamm, ¿hacia dónde si no? –dijo K, que entonces se levantó de un salto.
–Pero ahora ya ha llegado el momento de que vaya a recoger el tentempié.
Frieda insistió en que permaneciera con una urgencia injustificada, como si sólo su permanencia confirmase todas sus palabras confortadoras. K, sin embargo, le recordó al maestro, señaló hacia la puerta, que en cualquier momento se podía abrir violentamente, prometió volver en seguida, ni siquiera tenía que encender la calefacción, él mismo lo haría. Finalmente, Frieda se sometió en silencio. Cuando K caminaba por la nieve –ya hacía tiempo que tenía que haberla retirado del camino, extraño lo lento que avanzaba el trabajo–, vio cómo uno de los ayudantes aún se aferraba a la verja muerto de cansancio. Sólo había uno, ¿dónde estaba el otro? ¿Había logrado romper K la resistencia de al menos uno de ellos? El que había quedado aún tuvo las energías suficientes, ya que, al ver a K, se animó de nuevo, extendió los brazos y comenzó a hacer girar sus globos oculares con anhelo.
–Su tenacidad es modélica –se dijo K, y se vio obligado a añadir–: Uno se congela con él en la verja.
Por lo demás, K sólo tuvo para el ayudante un gesto amenazador con el puño que excluyó cualquier acercamiento, sí, incluso el ayudante retrocedió asustado un buen trecho. En ese momento abrió Frieda la ventana, para, como había convenido con K, airear antes de encender la calefacción. El ayudante dejó inmediatamente de mirar a K y se deslizó, atraído irresistiblemente, hasta la ventana. Con el rostro desfigurado por la amabilidad frente al ayudante y de impotencia frente a K, ella agitó un poco la mano por la parte de arriba de la ventana, ni siquiera era claro si se trataba de un gesto de defensa o de un saludo. El ayudante, al acercarse, tampoco se dejó desconcertar. Entonces Frieda cerró deprisa la ventana exterior y permaneció detrás con la mano en el picaporte, con la cabeza inclinada hacia un lado, grandes ojos y una sonrisa rígida. ¿Sabía que así atraía al ayudante más que lo espantaba? Pero K ya no miró hacia atrás, prefería darse prisa y regresar pronto.

CAPÍTULO XV

Por fin –ya era de noche– había terminado K de despejar el camino del jardín, había acumulado la nieve a ambos lados del camino y la había

aplanado, terminando el trabajo del día. Estaba en la puerta del jardín, sin nadie a su alrededor en un amplio círculo. Hacía horas que había expulsado al ayudante, le había perseguido durante un buen trecho y se había escondido en algún lugar entre el jardín y las casas. Ya no le pudo encontrar, pero tampoco apareció más. Frieda estaba en casa y o lavaba la ropa o seguía bañando al gato de Gisa; era un signo de confianza por parte de Gisa que dejase a Frieda ese trabajo, por lo demás, un trabajo desagradable e inadecuado, que K habría rechazado, si no fuese aconsejable, después de todas las negligencias laborales, aprovechar cualquier oportunidad para satisfacer a Gisa. Ésta había visto satisfecha cómo K bajaba la bañera para niños, había calentado el agua y cómo, finalmente, introducía al gato en la bañera. Entonces Gisa incluso le había dejado al exclusivo cuidado de Frieda, pues Schwarzer, un conocido de K de la primera noche, había venido y, después de saludar a K con una mezcla de timidez, cuyo motivo se encontraba en aquella noche, y un desprecio inmoderado, como correspondía a un bedel de escuela, se había ido con Gisa a la otra clase. Allí seguían los dos. Como le habían contado a K en la posada del puente, Schwarzer, que era hijo de un alcaide del castillo, hacía tiempo que vivía en el pueblo por amor a Gisa; había conseguido que, gracias a sus conexiones, le nombraran maestro auxiliar, pero ejercía ese cargo de tal manera que casi nunca se perdía una clase de Gisa, ya fuese en los bancos entre los niños o, mejor, en la tarima a los pies de Gisa. Ya no molestaba, los niños hacía tiempo que se habían acostumbrado y con gran facilidad, pues Schwarzer no sentía ni inclinación ni comprensión por los niños, apenas hablaba con ellos, sólo había asumido de Gisa la clase de gimnasia y en lo demás se mostraba satisfecho de vivir cerca, en la misma atmósfera, en la calidez de Gisa. Su mayor placer consistía en sentarse junto a ella y corregir los cuadernos escolares. Hoy también se ocupaban en eso: Schwarzer había traído un buen montón de cuadernos, el maestro también le daba los suyos, y mientras hubo claridad, K había podido verlos a los dos sentados a una mesita al lado de la ventana y trabajando, cabeza con cabeza, inmóviles, ahora, sin embargo, sólo se podían ver dos velas con llamas vacilantes. Era un amor serio y silencioso el que los unía, el tono lo daba Gisa, cuya manera de ser algo lenta a veces explotaba y rompía todos los límites, pero que jamás habría tolerado algo similar en otros, así que el más vivaracho, Schwarzer, tenía que someterse, andar lento, hablar lento, callar mucho, pero, eso se veía muy bien, era ricamente recompensado por la presencia sencilla y silenciosa de Gisa. Y a lo mejor Gisa ni siquiera le amaba, en todo caso sus ojos redondos y grises, que jamás pestañeaban, que aparentemente giraban en las pupilas, no daban

respuesta a esa pregunta, sólo se veía que toleraba a Schwarzer sin réplica, pero estaba claro que no sabía apreciar el honor de ser amada por el hijo de un alcaide y su cuerpo exuberante seguía contribuyendo como siempre a si Schwarzer la seguía con la mirada o no. Schwarzer, por el contrario, le ofrecía el continuo sacrificio de vivir en el pueblo; a los mensajeros del padre, que venían con frecuencia a recogerle, los despachaba con gran enojo, como si el breve recuerdo del castillo y de sus obligaciones filiales despertado en él supusiese una considerable perturbación de su felicidad. Y, sin embargo, en realidad tenía mucho tiempo libre, pues Gisa sólo se mostraba ante él durante las horas de clase y durante la corrección de cuadernos; esto, es cierto, no por interés, sino porque amaba más que nada la comodidad y, por tanto, la soledad, y tal vez cuando se sentía más feliz era cuando, en su casa, se podía estirar con toda libertad en su sofá, con el gato a su lado, que no molestaba porque ya apenas se podía mover. Así pasaba la mayor parte del día Schwarzer sin ocupación alguna, pero también eso le gustaba, pues siempre tenía la posibilidad, que aprovechaba a menudo, de ir a la calle Löwen donde vivía Gisa, subir a su pequeña habitación en la buhardilla, escuchar ante la puerta siempre cerrada y luego volver a irse después de haber constatado inevitablemente en la habitación el más perfecto e incomprensible silencio. No obstante, a veces se mostraban en él las consecuencias de esa forma de vida, aunque nunca en la presencia de Gisa, mediante erupciones ridículas e instantáneas de un resurgido orgullo oficial, que, si bien es cierto, no se adaptaba mucho a su situación presente; cuando eso ocurría no era muy agradable, como K había tenido la ocasión de experimentar.
Resultaba asombroso que al menos en la posada del puente se hablase de Schwarzer con cierto respeto, incluso cuando se trataba de cosas más ridículas que serias, y también se incluía a Gisa en ese respeto. Pero no correspondía a la realidad cuando Schwarzer se creía superior a K 'por el hecho de ser maestro auxiliar, esa superioridad no existía, un bedel es para los maestros, e incluso para un maestro de la categoría de Schwarzer, una persona muy importante a la que no se puede despreciar impunemente y a la que, cuando no se pueda evitar despreciarla por intereses de clase, al menos se le tiene que hacer soportable con la correspondiente contraprestación. K quería pensar en ello cuando llegara la ocasión, además, Schwarzer ya le debía algo por la primera noche, una deuda que no se había reducido porque los días siguientes hubiesen dado razón al recibimiento de Schwarzer. Pues no se podía tampoco olvidar que ese recibimiento quizá había dado el tono a todos los restantes. A través de Schwarzer y de un modo absurdo se había concentrado en las primeras horas toda la atención de la

administración en K, cuando, completamente extraño en el pueblo, sin conocidos, sin un refugio, yaciendo en un jergón de paja, agotado por la caminata e indefenso, se encontraba abandonado a cualquier intervención administrativa. Sólo una noche más y todo podría haber transcurrido de otra manera, con tranquilidad, semioculto. En todo caso nadie habría sabido nada de él, no habrían tenido ninguna sospecha, al menos no habrían dudado en dejarle permanecer allí un día como un joven excursionista, se habrían dado cuenta de su utilidad y fiabilidad, se habría difundido por el vecindario, quizá habría encontrado pronto como criado un alojamiento en algún lugar. Naturalmente, no habría podido zafarse de la administración. Pero era una diferencia notable que en plena noche, por su culpa, se hubiese puesto al teléfono la administración central o quien fuese, se la hubiese despertado, se le hubiese exigido, si bien con humildad, pero con importuna inflexibilidad, además por Schwarzer, probablemente considerado arriba con reprobación, en vez de, al día siguiente, haberse presentado K durante las horas de servicio en la casa del alcalde, como se debía hacer, haberse anunciado como un excursionista forastero que ya había encontrado un alojamiento en casa de un miembro de la comunidad y que al día siguiente probablemente partiría, a no ser que se produjese el caso improbable de que encontrase allí trabajo, sólo por unos días, naturalmente, pues en ningún caso quería permanecer más tiempo allí. Así, o de una forma parecida, habría ocurrido sin Schwarzer. La administración habría continuado ocupándose del asunto, pero con tranquilidad, siguiendo la vía oficial, sin ser molestada por la impaciencia, probablemente odiada, de las partes. K era inocente de todo, la culpa recaía en Schwarzer, pero Schwarzer era el hijo de un alcaide y externamente se había comportado con corrección, así que sólo se podía indemnizar a K. ¿Y la causa ridícula de todo eso? Quizá el mal humor de Gisa en aquel día, por lo cual Schwarzer decidió vagar por la noche sin poder dormir y hacer pagar a K sus penas. Por otra parte también se podía decir que K debía mucho a esa conducta de Schwarzer. Sólo gracias a ella había sido posible lo que K en solitario jamás habría logrado, ni jamás habría osado lograr y lo que por su parte la administración nunca habría reconocido, que él, desde el principio, sin rodeos, abiertamente y de tú a tú, se había enfrentado a la administración, en la medida en que eso era posible con ella. Pero era un regalo envenenado, le había ahorrado a K muchas mentiras y secretos, pero también le dejaba prácticamente indefenso, en todo caso le perjudicaba en su lucha y le podría haber desesperado, si no se hubiese dicho que la diferencia de poder entre la administración y él era tan terrible que todas las mentiras y la astucia de las que él hubiese

sido capaz no habrían podido inclinar esencialmente esa diferencia a su favor, sino que cualquier cambio siempre habría tenido que resultar imperceptible. Pero ése sólo era un pensamiento con el que K se consolaba; Schwarzer, sin embargo, seguía siendo su deudor. Si aquella vez había dañado a K, quizá la próxima vez pudiese ayudarle, K seguiría necesitando ayuda, por mínima que fuese, por ejemplo, Barnabás parecía haber fracasado una vez más. A causa de Frieda, K había dudado durante todo el día si debía ir a preguntar a la casa de Barnabás; para no recibirle cuando Frieda estuviese delante, K había trabajado fuera y después del trabajo también se había quedado en el exterior para esperar a Barnabás, pero Barnabás no había venido. Entonces no quedaba otro remedio que ir a casa de las hermanas, sólo un rato, sólo quería preguntar desde el umbral, al poco tiempo estaría de regreso. Golpeó la nieve con la pala y salió corriendo. Llegó sin aliento a la casa de Barnabás, abrió después de llamar en ella y preguntó sin ni siquiera fijarse en el aspecto que presentaba la habitación:
–¿Aún no ha llegado Barnabás?
En ese momento comprobó que Olga no estaba, que los dos ancianos estaban otra vez sentados a una mesa lejana en la penumbra, todavía no se habían percatado de lo que había ocurrido en la puerta y lentamente giraban sus rostros hacia él, y, finalmente, vio a Amalia debajo de un cobertor echada en un banco al lado de la calefacción, asustada por la aparición de K y manteniendo la mano en la frente para tranquilizarse. Si hubiera estado Olga, habría contestado en seguida y K podría haberse ido, pero ahora al menos tuvo que dar los pasos necesarios para acercarse a Amalia, extenderle la mano, que ella estrechó en silencio, y pedirle que impidiese a los intimidados padres que se molestasen en venir por él, lo que ella hizo con unas palabras. K se enteró de que Olga cortaba leña en el patio, que Amalia, agotada –no mencionó ningún motivo–, se había tenido que echar hacía poco y que Barnabás aún no había llegado, pero que tenía que llegar pronto, pues nunca pernoctaba en el castillo. K le agradeció la información, ya se podía ir, pero Amalia le preguntó si no quería esperar a Olga, pero él ya no tenía tiempo, luego preguntó Amalia, si ya había hablado ese día con Olga, él lo negó asombrado y le preguntó si Olga tenía algo especial que comunicarle. Amalia hizo un gesto de enojo con la boca y asintió en silencio, se trataba claramente de una despedida y se echó de nuevo. Desde esa posición le observó fijamente como si se sorprendiera de que aún estuviera allí. Su mirada era fría, inmóvil como siempre, no estaba dirigida hacia lo que observaba, sino que iba algo más lejos –causando cierto malestar–, lo que la originaba no parecía una debilidad, ni

confusión, ni falta de sinceridad, sino un continuo anhelo de soledad, que superaba a cualquier otro, y que quizá en ella misma sólo se hacía consciente de esa manera. K creyó recordar que esa mirada ya le había ocupado la primera noche, sí, que probablemente la impresión negativa que esa familia le había dado obedecía a esa mirada que no era fea en sí misma, sino orgullosa y sincera en su carácter reservado.
–Estás siempre tan triste, Amalia –dijo K–. ¿Te atormenta algo? ¿Acaso no puedes decirlo? Nunca he visto una campesina como tú. Hoy mismo, ahora me ha llamado la atención. ¿Eres del pueblo? ¿Has nacido aquí?
Amalia lo afirmó como si K sólo hubiese realizado la última pregunta, luego dijo:
–¿Entonces vas a esperar a Olga?
–No sé por qué preguntas continuamente lo mismo –dijo K–; no puedo permanecer aquí más tiempo porque mi novia me está esperando en casa.
Amalia se apoyó en un codo, no sabía nada de una novia. K mencionó su nombre, pero Amalia no la conocía. Preguntó si Olga sabía algo de ese noviazgo, K así lo creía, Olga le había visto ya con Frieda, también se difunden rápidamente esas noticias por el pueblo. Amalia, sin embargo, le aseguró que no sabía nada y que eso la haría muy desgraciada, pues Olga parecía amar a K. No había hablado abiertamente de ello, porque era muy reservada, pero traicionaba involuntariamente
su amor. K estaba convencido de que Amalia se equivocaba. Amalia sonrió y esa sonrisa, aunque era triste, iluminó su rostro sombrío y concentrado, hizo que hablara su silencio, hizo confiada la extrañeza, era la revelación de un secreto hasta ahora bien guardado del que, si bien podía retractarse otra vez, ya nunca podría hacerlo del todo. Amalia dijo que estaba segura de no equivocarse, sí, incluso sabía más, también sabía que K sentía cierta inclinación por Olga y que sus visitas, que tenían como pretexto los mensajes de Barnabás, en realidad tenían como finalidad ver a Olga. Pero ahora que Amalia lo sabía todo, no tenía ya por qué tomárselo con tanta severidad y podía venir con más frecuencia. Sólo eso había querido decirle. K sacudió la cabeza y recordó su noviazgo. Amalia no pareció desperdiciar muchos pensamientos con ese noviazgo, la impresión directa de K, ahora, solo ante ella, era lo decisivo; se limitó a preguntar cuándo había conocido a esa joven, pues hacía pocos días que estaba en el pueblo. K le contó la noche en la posada de los señores, por lo que Amalia dijo brevemente que ella había estado en contra de que le condujesen a la posada de los señores. Llamó a Olga como testigo quien precisamente entraba en ese momento con un montón de leña en un brazo, con la tez fresca curtida

por el frío, vivaz y fuerte, como transformada por el trabajo en contraste con su presencia en la habitación el día anterior, más apagada. Dejó la leña, saludó despreocupada a K y preguntó en seguida por Frieda. K se comunicó con Amalia mediante una mirada pero ella no se consideró rebatida. Un poco irritado por ello, K habló más detalladamente de Frieda de lo que en otro caso habría hecho, entre otras cosas describió en qué condiciones tan difíciles tenía que conducir una especie de hogar en la escuela y, con la premura por contarlo, se olvidó de sí mismo de tal manera –quería irse en seguida a casa– que como despedida invitó a las hermanas a visitarle. Pero entonces se asustó y dejó de hablar, mientras Amalia en seguida, sin darle tiempo para decir una palabra, aceptó su invitación, y Olga se sumó. K, sin embargo, aún presionado por el pensamiento de la necesidad de una despedida urgente y sintiéndose inquieto bajo la mirada de Amalia, no dudó en reconocer, sin ambages, que la invitación había sido precipitada y sólo obedecía a sus sentimientos personales, pero que por desgracia no la podía mantener, ya que entre Frieda y la familia de Barnabás existía una incomprensible enemistad.
–No es ninguna enemistad –dijo Amalia, se levantó y arrojó el cobertor detrás de sí–, no llega a tanto, no es más que un rumor de la opinión general. Y ahora vete, ve con tu novia, ya veo que tienes prisa. Tampoco temas que vayamos a visitarte, al principio sólo lo dije de broma, por maldad. Pero tú puedes venir con más frecuencia a vernos, para ello no hay ningún impedimento, puedes poner como pretexto los mensajes de Barnabás. Te lo facilito aún más al decir que Barnabás, aun cuando traiga un mensaje para ti del castillo, no tendrá que irse otra vez hasta la escuela para comunicártelo. No puede caminar tanto, el pobre, con ese servicio se agota, tú mismo tendrás que venir a recoger tus noticias.
K no había oído hablar tanto a Amalia en ese sentido, además sonaba distinto a lo anteriormente dicho, en ello había una especie de soberanía, que no sólo sentía K, sino también Olga, quien debía de estar acostumbrada a su hermana, y que permanecía un poco apartada, con las manos en el regazo, con su postura habitual, con las piernas algo abiertas e inclinada ligeramente hacia adelante, con los ojos fijos en Amalia, mientras ésta sólo miraba a K.
–Es un error –dijo K–, un gran error si crees que no espero a Barnabás con seriedad, mi más grande, mi único deseo es arreglar mis asuntos con la administración. Y Barnabás tiene que ayudarme, casi toda mi esperanza recae en él. Es cierto que ya me ha decepcionado una vez, pero fue más culpa mía que suya, ocurrió en la confusión de las primeras horas, creí entonces que podría lograrlo todo con un paseo

nocturno y después le atribuí a él que lo imposible se mostrase imposible. Incluso me ha influido en mi juicio sobre vuestra familia y sobre vosotras. Pero eso ha pasado, creo que os comprendo mucho mejor, sois incluso... –buscó la palabra adecuada, no la encontró en seguida y se contentó con una ocasional–, sois tal vez los más bondadosos de todos los del pueblo, tal como los he podido conocer hasta ahora. Pero tú, Amalia, vuelves a confundirme, porque, si bien no desacreditas el servicio de tu hermano, sí que disminuyes la importancia que tiene para mí. Tal vez no estés enterada de los asuntos de Barnabás, entonces lo comprenderé y ya no mencionaré el asunto, pero es posible que sí estés enterada –y tengo esta sensación–, entonces resulta enojoso, porque eso significa que tu hermano me engaña.

–Tranquilízate –dijo Amalia–, no estoy enterada, nada podría impulsarme a enterarme de esos asuntos, nada, ni siquiera en consideración a ti, por quien, sin embargo, estaría dispuesta a hacer algo, pues como dijiste somos bondadosos. Pero los asuntos de mi hermano son sólo de su incumbencia, no sé nada de ellos, excepto lo que oigo casualmente aquí y allá. De todo eso, por el contrario, te puede informar Olga, ella está al tanto.

Y Amalia se fue, primero con sus padres, con quienes habló en voz baja, luego a la cocina; se había ido sin despedirse de K, como si supiera que iba a permanecer mucho más tiempo y no fuese necesaria ninguna despedida.

CAPÍTULO XVI

K se quedó atrás con un rostro de sorpresa, Olga se rió de él y lo llevó hasta el banco al lado de la calefacción; parecía feliz de poder sentarse con él a solas, pero era una felicidad pacífica, no turbada por los celos. Y precisamente esa ausencia de celos y, por tanto, también de toda severidad, sentó bien a K; encantado miró en esos ojos azules, ni tentadores ni imperiosos, sino tímidamente tranquilos y tímidamente fijos. Era como si no le hubiesen hecho más receptivo, pero sí más sagaz para las advertencias de Frieda y de la posadera. Y él rió con Olga cuando ella se sorprendió de que hubiese llamado bondadosa precisamente a Amalia; Amalia podía ser muchas cosas, pero bondadosa, no, desde luego. K se vio obligado a aclarar que esa alabanza iba dirigida en realidad a ella, a Olga, pero que Amalia era tan dominante que no sólo se apoderaba de todo lo que se mencionaba en su presencia, sino que uno se lo asignaba voluntariamente.

–Eso es cierto –dijo Olga poniéndose más seria–, más cierto de lo que

supones. Amalia es más joven que yo, también más joven que Barnabás, pero ella es la que decide en la familia, para bien y para mal; aunque también es cierto que ella soporta más que los demás, tanto lo bueno como lo malo.
K lo consideró exagerado, Amalia acababa de decir que, por ejemplo, no se ocupaba de los asuntos del hermano y que Olga, por el contrario, estaba enterada de todo.
–¿Cómo podría explicarlo? –dijo Olga–. Amalia no se preocupa ni de Barnabás ni de mí; en realidad no se preocupa de nadie salvo de nuestros padres, los cuida noche y día, ahora les ha preguntado si deseaban algo y se ha ido a la cocina para prepararles la comida, por ellos ha superado su cansancio y se ha levantado, pues desde el mediodía se siente mal y está aquí echada en el banco. Pero, a pesar de que no se preocupa por nosotros, dependemos de ella como si fuese la mayor, y si nos aconsejara en nuestras cosas, seguiríamos con toda seguridad sus consejos, pero no lo hace, le somos extraños. Tú tienes mucha experiencia con los hombres, vienes de fuera, ¿no te parece especialmente inteligente?
–Me parece especialmente triste –dijo K–, pero ¿cómo puede ser compatible con vuestro respeto por ella que, por ejemplo, Barnabás cumpla un servicio de mensajero que Amalia desaprueba o tal vez, incluso, desprecia?
–Si supiera que otra cosa podría hacer, abandonaría inmediatamente el servicio de mensajero que no le satisface nada.
–¿No es zapatero? –preguntó K.
–Sí, claro –dijo Olga–, él trabaja de vez en cuando para Brunswick y si quisiera tendría trabajo noche y día y ganaría bastante.
–Bueno –dijo K–, entonces tendría algo que podría sustituir el servicio de mensajero.
–¿El servicio de mensajero? –preguntó Olga asombrada–. ¿Acaso lo ha asumido por las ganancias?
–Puede ser –dijo K–, pero mencionaste que no le satisface.
–No le satisface y por muchos motivos –dijo Olga–, pero se trata de un servicio del castillo, así y todo una especie de servicio del castillo, al menos eso se podría creer.
–¿Cómo? –dijo K–. ¿Incluso de eso dudáis?
–Bueno –dijo Olga–, en realidad, no, Barnabás va a las oficinas, trata a los criados de igual a igual, ve desde lejos a algunos funcionarios, recibe cartas relativamente importantes, incluso le confían mensajes orales, eso ya es mucho y podemos estar orgullosos de todo lo que ha alcanzado siendo tan joven.
K asintió, ya no pensaba en volver a casa. –¿También tiene una librea

propia? –preguntó. –¿Te refieres a la chaqueta? No, ésa se la hizo Amalia antes de que le nombrasen mensajero. Pero te acercas a un punto delicado. Hace tiempo que tendría que haber recibido, no una librea, que no hay en el castillo, pero sí un traje de la administración, eso se le ha asegurado, pero a este respecto en el castillo son muy lentos y lo peor es que nadie sabe qué significa esa lentitud; puede significar que el asunto está en trámite, pero también puede significar que el trámite administrativo aún no ha comenzado, esto es, que aún está en una fase preliminar y, finalmente, también puede significar que el trámite ya ha terminado, pero que por algún motivo se ha retirado esa promesa y que Barnabás jamás recibirá el traje. Sobre ello no se puede saber nada con más exactitud o quizá sólo cuando transcurra mucho tiempo. Tal vez conozcas el dicho de aquí: «Las decisiones administrativas son más tímidas que una jovencita».
–Ésa es una buena observación –dijo K, quien la tomó con más seriedad que Olga–, una buena observación, es posible que las decisiones compartan otras características con jovencitas.
–Tal vez –dijo Olga–, aunque no sé muy bien a qué te refieres. Quizá lo hayas dicho como una alabanza. Pero en lo que respecta al traje oficial, es una de las preocupaciones de Barnabás y como compartimos las preocupaciones, también lo es mía. ¿Por qué no recibe un traje oficial? Nos preguntamos en vano. Ahora bien, no se trata de un asunto fácil. Los funcionarios, por ejemplo, parecen no tener ningún traje oficial; por lo que sabemos aquí y por lo que cuenta Barnabás, los funcionarios llevan trajes normales pero bonitos. Por lo demás, ya has visto a Klamm. Bueno, Barnabás no es un funcionario, ni siquiera, naturalmente, uno de la categoría más baja, tampoco tiene la audacia de querer serlo. Pero tampoco criados superiores, que no aparecen nunca por el pueblo, según el informe de Barnabás, tienen trajes oficiales. Eso es un consuelo, se podría pensar, pero resulta engañoso, pues ¿acaso es Barnabás un criado superior? No, por más afecto que se le tenga, eso no se puede decir, no es un criado superior, el mero hecho de que venga al pueblo, incluso de que viva aquí, es una prueba en contra, los criados superiores son más reservados que los funcionarios, quizá con razón, quizá son incluso superiores a algunos funcionarios, hay algunos indicios de ello, trabajan menos y, según Barnabás, resulta un espectáculo maravilloso ver a ese grupo de hombres fuertes y seleccionados andar lentamente por los pasillos, Barnabás siempre ronda a su alrededor. En suma, no se puede afirmar que Barnabás sea un criado superior. Así que podría ser uno de los inferiores, pero éstos tienen trajes oficiales, al menos cuando bajan al pueblo, no es una librea en el propio sentido del término, también

presentan muchas diferencias, pero de todas formas siempre se reconoce en seguida por el traje a los criados del castillo, tú ya has visto a esa gente en la posada de los señores. Lo más llamativo en los trajes es que la mayoría de las veces son muy ajustados, un campesino o un artesano no los podría utilizar. Bueno, pues Barnabás no tiene ese traje, eso no sólo es vergonzoso, sino indigno, se podría soportar, pero –sobre todo en las horas sombrías y, a veces, no es raro, Barnabás y yo las tenemos– nos hacen dudar de todo. ¿Es un servicio del castillo el que presta Barnabás? Nos preguntamos entonces; cierto, va a las oficinas, pero ¿son las oficinas el castillo? Y aun cuando las oficinas pertenezcan al castillo, ¿son las oficinas el lugar donde Barnabás puede entrar? Él entra en oficinas, pero sólo son una parte de todas ellas, después hay barreras y detrás hay más oficinas. No se le prohíbe seguir avanzando, pero no puede seguir avanzando cuando ya ha encontrado a sus superiores, le han despachado y despedido. Además, allí siempre te observan, al menos así se cree. E incluso si siguiese avanzando, ¿de qué serviría si allí no tiene ningún trabajo administrativo y sería un intruso? Esas barreras no te las tienes que imaginar como una determinada frontera, sobre ello Barnabás siempre me llama la atención. En las oficinas también hay barreras, por las que él pasa, por lo tanto también hay barreras que atraviesa y que no se distinguen de aquellas por las que no ha pasado, y no puede afirmarse de antemano que detrás de esas últimas barreras no haya otras oficinas en esencia iguales a aquellas en las que Barnabás ya ha estado. Sólo en esas horas sombrías lo cree así. Y luego la duda se extiende, no se puede evitar. Barnabás habla con funcionarios y recibe mensajes, pero ¿qué tipo de funcionarios y qué tipo de mensajes? Ahora, como él dice, ha sido asignado a Klamm y recibe personalmente de él los encargos. Bueno, eso ya sería mucho, incluso hay criados superiores que no han llegado tan lejos, casi es demasiado, eso es lo angustioso. Piensa, ser asignado directamente a Klamm, hablar con él de tú a t. Pero ¿es así? Bien, así es, pero ¿por qué duda entonces Barnabás de que el funcionario al que se designa con el nombre de Klamm sea realmente Klamm?

–Olga –dijo K–, ¿no pretenderás bromear? ¿Cómo pueden existir dudas del aspecto de Klamm? Se conoce su aspecto, yo mismo le he visto.

–Claro que no –dijo Olga–, y no bromeo, expreso mis preocupaciones más serias. Pero tampoco te las cuento para aligerar mi corazón y para cargar el tuyo con ellas, sino porque preguntaste por Barnabás, porque Amalia me encargó que te las contara y porque creo que te puede ser útil conocer las cosas con más exactitud. También lo hago por Barnabás, para que no pongas tantas esperanzas en él, no te

decepcione y luego tenga que sufrir por tu decepción. Es muy sensible; por ejemplo, esta noche no ha dormido porque ayer te mostraste insatisfecho con él, al parecer dijiste que era malo para ti tener sólo un mensajero como Barnabás. Esas palabras le han quitado el sueño, tú mismo no habrás notado mucho de su excitación, los mensajeros del castillo tienen que saber dominarse. Pero él no lo tiene fácil, ni siquiera contigo. Según tu opinión, no le exiges mucho, pero te has traído contigo ciertas ideas propias de lo que es el servicio de un mensajero y te guías en la valoración de sus servicios por esas exigencias. Pero en el castillo tienen otras ideas de ese servicio y no coinciden con las tuyas, aun cuando Barnabás se sacrificara del todo por el servicio, a lo que a veces, por desgracia, parece dispuesto. Habría que someterse, no se podría decir nada, si la cuestión sólo fuese si es realmente el servicio de un mensajero lo que él hace. Frente a ti, naturalmente, no puede dejar traslucir ninguna duda, para él hacer eso supondría enterrar su propia existencia, infringir groseramente las leyes a las que él cree estar sometido, e incluso conmigo tampoco habla libremente, le tengo que arrancar sus dudas con besos y caricias e incluso en ese caso se resiste a reconocer que las dudas son dudas. Tiene algo de Amalia en la sangre. Y es seguro que no me dice todo, a pesar de que soy su única persona de confianza. Pero a veces hablamos sobre Klamm, yo aún no he visto a Klamm, ya sabes, Frieda no me aprecia y no me habría permitido que le mirase, no obstante su aspecto es bien conocido en el pueblo, algunos le han visto, todos han oído de él y de esos testimonios visuales, de rumores y de algunas opiniones falsas se ha formado una imagen de Klamm que coincide en los rasgos básicos. Pero sólo en los rasgos básicos. En lo demás es mudable y quizá ni siquiera tan mudable como el aspecto real de Klamm. Su aspecto es distinto cuando viene al pueblo y cuando lo abandona; diferente antes de beber una cerveza y diferente después; diferente despierto, diferente dormido, diferente solo, diferente en conversación y, lo que resulta comprensible tras todo esto, casi completamente diferente en el castillo. Y se han constatado varias diferencias en el mismo pueblo, diferencias en la altura, la actitud, la corpulencia, el bigote, sólo respecto a los trajes coinciden los informes, siempre lleva el mismo traje, un traje negro con largos faldones. Ahora bien, todas esas diferencias no obedecen a ningún juego de magia, sino que son muy comprensibles, surgen del estado de ánimo en ese instante, del grado de excitación, de las innumerables estratificaciones de la esperanza o de la desesperación, en las que se encuentra el espectador, quien, por lo demás, la mayoría de las veces sólo puede verle fugazmente. Te cuento todo esto como con frecuencia me lo ha contado Barnabás y, en general, uno puede tranquilizarse al

oírlo cuando no se está interesado personalmente en el asunto. Nosotros no podemos tranquilizarnos, para Barnabás es una cuestión vital si habla con Klamm o no.
–No lo es menos para mí –dijo K, y se acercaron más el uno al otro.
K quedó afectado por las desfavorables novedades de Olga, pero encontró una compensación en que allí había personas a las que, al menos aparentemente, les iba casi como a él mismo, a las que se podía unir, con las que se podía entender, y no sólo en un poco como era el caso de Frieda. Si bien es cierto que fue perdiendo paulatinamente la esperanza en un éxito del mensaje de Barnabás, cuanto peor le iba a Barnabás allá arriba, en el castillo, más próximo se sentía K a él; jamás hubiera pensado que del pueblo pudiera partir un empeño tan desgraciado como era el de Barnabás y el de su hermana. Aún no estaba aclarado, ni mucho menos, y, finalmente, podía dar un vuelco, no había que dejarse seducir por el carácter inocente de Olga para creer en la sinceridad de Barnabás.
–Barnabás conoce muy bien los informes sobre el aspecto de Klamm –siguió Olga–, ha reunido muchos y los ha comparado, quizá demasiados. Una vez vio o creyó ver a Klamm en el pueblo por la ventanilla de un coche, así que se consideró capacitado para reconocerle y, sin embargo –¿cómo puedo aclararlo?–, cuando fue a una de las oficinas del castillo y entre varios funcionarios le señalaron a uno diciendo que ése era Klamm, no le reconoció y aún después tuvo que acostumbrarse a que debía de ser Klamm. Pero si le preguntas a Barnabás en qué se diferenciaba ese hombre de las nociones usuales que circulan de Klamm, no puede responder, aún más, responde y describe al funcionario en el castillo, pero esa descripción coincide exactamente con la descripción de Klamm que nosotros conocemos. «Entonces, Barnabás», le digo, «¿por qué dudas?, ¿por qué te atormentas de esa manera? A lo que él contesta, en un visible apuro, enumerando las particularidades del funcionario en el castillo, las cuales parecen más fruto de la invención que de la observación, y que, además, son tan minúsculas –afectan, por ejemplo, a una determinada forma de asentir con la cabeza o de abotonarse el chaleco– que es imposible tomarlas en serio. Todavía más importante me parece la manera en que Klamm trata con Barnabás. Mi hermano me lo ha descrito con frecuencia, incluso me lo ha dibujado. Normalmente, Barnabás es conducido a un gran despacho de las oficinas, pero no es el despacho de Klamm, ni siquiera pertenece a una sola persona. Esa habitación está dividida en toda su longitud por un pupitre para escribir de pie, que se prolonga de un extremo al otro; el espacio estrecho, por donde apenas pueden pasar dos personas al mismo tiempo, es el de los

funcionarios, y luego hay uno amplio para los interesados, los espectadores, los criados y los mensajeros. Sobre el pupitre hay grandes libros abiertos, uno junto al otro, y ante la mayoría de ellos hay funcionarios leyendo. Pero no permanecen siempre ante el mismo libro; aunque no los intercambian, cambian de puesto, lo que más sorprende a Barnabás es cómo en esos cambios de puesto tienen que apretarse para pasar a causa de la estrechez del espacio. En la parte delantera, junto al pupitre, hay mesas muy bajas a las que se sientan los escribientes, quienes, cuando lo desean los funcionarios, escriben según el dictado de estos últimos. Una y otra vez se asombra Barnabás de cómo ocurre. No obedece a una orden expresa del funcionario, tampoco se dicta en voz alta, apenas se nota que se está dictando, más bien parece como si el funcionario siguiese leyendo como antes, sólo que al mismo tiempo murmura y el escribiente lo escucha. Con frecuencia dicta el funcionario en voz tan baja, que el escribiente, sentado, no puede oír nada, entonces tiene que levantarse, captar lo dictado, y volverse a sentar rápidamente para escribirlo, volverse a levantar, etc. ¡Qué extraño es todo eso! Casi incomprensible. Barnabás tiene tiempo suficiente para observarlo todo, pues tiene que esperar en el espacio para los espectadores horas y, a veces, durante todo el día, hasta que la mirada de Klamm recae en él. Y aun cuando Klamm le ha visto y Barnabás ha adoptado la posición de atención, no se ha decidido nada, pues Klamm puede volver a dirigir su mirada al libro y olvidarle, así ocurre frecuentemente. ¿Qué tipo de servicio de mensajero es ése tan carente de importancia? Me pongo triste cada vez que Barnabás dice por la mañana temprano que se va al castillo. Ese camino, probablemente inútil, ese día, probablemente perdido, esa esperanza, probablemente vana. ¿Para qué todo eso? Y aquí se acumula el trabajo de zapatero que nadie hace y que Brunswick urge que se haga.
–Bien –dijo K–, Barnabás tiene que esperar mucho tiempo antes de recibir un encargo, eso es comprensible, aquí parece haber un exceso de empleados, no todos pueden recibir un encargo cada día, de eso no os podéis quejar, eso afecta a todos. Al cabo, Barnabás también recibe encargos, a mí ya me ha traído dos cartas.
–Es posible –dijo Olga– que no tengamos derecho a quejarnos, en especial yo, que conozco todo de oídas y que, al ser una mujer joven, no puedo comprenderlo muy bien, como Barnabás, que se calla algunas cosas. Pero ahora escucha lo referente a las cartas, con las cartas para ti, por ejemplo. Esas cartas no las recibe directamente de Klamm, sino del escribiente. Un día cualquiera, a una hora cualquiera –por eso el servicio es tan agotador, aunque parezca fácil, pues Barnabás siempre tiene que estar alerta–, el escribiente se acuerda de él y le hace una

señal. Klamm no parece ser el causante, él sigue leyendo tranquilamente en su libro; algunas veces, sin embargo, aunque eso también lo hace con frecuencia, limpia su binóculo en el momento en que Barnabás se acerca y quizá le mira, suponiendo que pueda ver sin binóculo, Barnabás lo duda, pues Klamm tiene los ojos semicerrados, parece dormir y limpiar el binóculo en sueños. Mientras, el escribiente, entre los numerosos expedientes y cartas que tiene debajo de la mesa, busca una para ti: por el aspecto del sobre parece muy vieja, como si hubiera estado allí largo tiempo. Pero, si es una carta tan vieja ¿por qué han hecho esperar tanto tiempo a Barnabás, y a ti también? Y, finalmente, a la carta, pues ya está anticuada. Y entonces Barnabás gana la fama de ser un mensajero lento y malo. El escribiente, sin embargo, se lo pone fácil, dice «de Klamm para K» y con eso despide a Barnabás. Entonces Barnabás regresa a casa, sin aliento, con la carta bajo su camisa, pegada al cuerpo, y nos sentamos aquí, en este banco, como ahora, y nos cuenta lo ocurrido y analizamos todos los pormenores y valoramos lo que ha conseguido, para, al final, concluir que ha logrado muy poco y aun esto resulta cuestionable, entonces Barnabás deja la carta, no tiene ganas de llevarla, pero tampoco tiene ganas de irse a dormir, se pone a trabajar con los zapatos y se pasa toda la noche sentado en el taburete. Así ocurre, K, y ésos son mis secretos y ya no te sorprenderás de que Amalia renuncie a ellos.
–¿Y la carta? –preguntó K.
–¿La carta? –dijo Olga–. Bueno, después de un tiempo, cuando he insistido lo suficiente a Barnabás, pueden haber pasado días o semanas, toma la carta y la va a entregar. En esas nimiedades es muy dependiente de mí. Cuando he superado la primera impresión de su relato de los hechos, me puedo calmar, algo de lo que él, probablemente porque sabe más, no es capaz. Y así le puedo repetir: «¿Qué quieres realmente, Barnabás? ¿Con qué carrera, con qué objetivos sueñas? ¿Acaso quieres llegar tan lejos que nos tengas, que me tengas que abandonar? Mira a tu alrededor si alguno de nuestros vecinos ha llegado tan lejos. Cierto, su situación es diferente a la nuestra y no tienen ningún motivo para querer mejorar su situación, pero incluso sin comparar hay que comprender que contigo todo está en el buen camino. Te enfrentas a impedimentos, a decepciones y dudas, pero eso sólo significa lo que ya sabíamos de antemano, que no te van a regalar nada, que te vas a tener que ganar en dura lucha cada minucia, y ése es un motivo más para estar orgulloso y no deprimirte. Y, además, Barnabás, también luchas por nosotros. ¿No significa eso algo para ti? ¿No te da nuevas fuerzas? ¿No te alegras de que yo esté feliz y orgullosa de tener un hermano como tú? ¿No te ofrece ninguna

seguridad? En realidad, no me decepcionas en lo que has logrado en el castillo, sino en lo que yo he logrado contigo. Puedes ir al castillo, eres un continuo visitante de las oficinas, pasas días enteros en la misma estancia que Klamm, eres un mensajero reconocido oficialmente, puedes reclamar un traje oficial, recibes muchas misivas para entregar, todo eso eres, todo eso puedes y, sin embargo, bajas del castillo y en vez de abrazarnos llorando de felicidad, parece abandonarte todo tu valor en cuanto me ves, entonces dudas de todo, sólo te tientan los zapatos; la carta, en cambio, esa garantía de nuestro futuro, la dejas tirada». Así hablo con él y después de habérselo repetido día tras día, coge suspirando la carta y se va. Pero es probable que no se deba al efecto de mis palabras, sino que se ve impulsado a volver al castillo y sin cumplir el encargo jamás osaría regresar.

–Pero tú tienes razón en todo lo que le has dicho –dijo K–, lo has resumido todo con una exactitud digna de admiración. ¡Con qué asombrosa claridad piensas!

–No –dijo Olga–, te dejas engañar, quizá también le engañe así a él. ¿Qué ha logrado? Puede entrar en una oficina, pero ni siquiera parece una oficina, más bien una antesala de las oficinas, quizá ni siquiera eso, quizá se trate de una habitación donde se tiene que mantener a todos aquellos que no pueden entrar en las oficinas. Habla con Klamm, pero ¿se trata realmente de Klamm? ¿No será acaso alguien que se parece a Klamm, tal vez un secretario que presenta alguna similitud con Klamm y que se esfuerza por parecérsele más y que se hace el importante imitando la actitud soñadora de Klamm? Esa parte de su carácter es la más fácil de imitar, algunos intentan imitarla, pero con el resto no se atreven. Y un hombre tan anhelado y tan difícilmente accesible como lo es Klamm, adopta en la fantasía de la gente numerosas figuras. Klamm, por ejemplo, tiene aquí un secretario municipal llamado Momus. Ah, ¿lo conoces? También él se mantiene reservado, pero le he visto varias veces. Un joven fuerte, ¿verdad? Y es probable que no se parezca en nada a Klamm. Y, sin embargo, podrás encontrar a gente en el pueblo que juraría que Momus es Klamm y ningún otro. Así trabaja la gente en su propia confusión. Y ¿tiene que ser diferente en el castillo? Alguien ha dicho a Barnabás que aquel funcionario era Klamm y, ciertamente, hay una similitud entre los dos, pero una similitud puesta en duda una y otra vez por Barnabás. Y todo habla en favor de sus dudas. ¿Acaso Klamm tendría que apretarse en una estancia pública con otros funcionarios con el lápiz detrás de la oreja? Eso resulta muy improbable. Barnabás, con algo de ingenuidad –eso es un rasgo que crea confianza–, suele decir: «El funcionario se parece mucho a Klamm; si se sentara en su propio despacho, ante su propia mesa y si en la

puerta estuviera su nombre, ya no tendría ninguna duda». Eso es infantil y, sin embargo, sensato. Aún más sensato sería, sin embargo, que Barnabás, cuando se encuentre arriba, se informe por distintas personas de cómo funcionan allí las cosas, a fin de cuentas a su alrededor hay suficientes personas. Y si sus datos no fuesen más fiables que los de aquel, que, sin ser preguntado, le señaló a Klamm, de su diversidad podría deducir algunos puntos de apoyo o comparativos. Esto no se me ha ocurrido a mí, sino a Barnabás, pero no se atreve a llevarlo a la práctica; por miedo a perder su puesto al infringir involuntariamente algún reglamento desconocido, no se atreve a hablar con nadie; así de inseguro se siente; esa desgraciada inseguridad me aclara su posición con más eficacia que todas las descripciones. Qué incierto y amenazador le tiene que parecer todo, cuando ni siquiera osa abrir la boca para formular una pregunta inocente. Cuando pienso en ello, me acuso de dejarle solo en esas estancias desconocidas, donde reina una atmósfera en la que incluso él, que antes de pecar de cobarde lo haría de temerario, tiembla de miedo.
Aquí me parece que llegas a lo decisivo –dijo K–. Eso es. Por lo que me has contado, creo verlo claro. Barnabás es demasiado joven para ese trabajo. Nada de lo que él cuenta se puede tomar en serio. Como arriba se muere de miedo, no puede observar nada y cuando se le obliga aquí a que informe, sólo se oyen cuentos confusos. El respeto a la administración es aquí innato, se os sigue insuflando durante toda vuestra vida de las maneras más distintas y desde todas partes, y vosotros mismos ayudáis en ello en lo que podéis. En principio no digo nada en contra; cuando una administración es buena, ¿por qué no se le debería tener respeto? Pero no se puede enviar de repente al castillo a un joven poco instruido como Barnabás, que no ha salido del pueblo, y reclamar de él informes fidedignos e investigar sus palabras como si fuesen una Revelación y hacer depender de su interpretación la propia felicidad. Nada puede ser más erróneo. Cierto, yo también me he dejado confundir como tú y no sólo he puesto esperanzas en él, sino que también he sufrido decepciones, y siempre basándome en sus palabras, que ni siquiera estaban fundadas.
Olga callaba.
–No me resulta fácil –dijo K– conmover la confianza que tienes en tu hermano, pues ya veo cómo le quieres y lo que esperas de él. Pero debo hacerlo, incluso en interés de tu amor y de tus esperanzas. Pues mira, una y otra vez te impide algo –no sé lo que es– que reconozcas lo que Barnabás no ha logrado pero que se le ha regalado. Puede ir a las oficinas o, si tú lo quieres, puede entrar en una antesala, bueno, pues sí, en una antesala, pero allí hay puertas que conducen a otras

estancias, así como barreras que se pueden atravesar cuando se tiene la habilidad para ello. Para mí, por ejemplo, esa antesala permanece inaccesible, al menos provisionalmente. No sé con quién habla Barnabás allí, tal vez ese escribiente sea el más bajo de los sirvientes, pero aun cuando sea el más bajo, puede conducir a su inmediato superior y si no puede conducir hasta él, al menos le puede mencionar y, si no le puede mencionar, podrá indicar a alguien que lo pueda mencionar. El supuesto Klamm puede que no tenga nada en común con el real, la similitud sólo puede existir en los ojos ciegos por la excitación de Barnabás, puede que él sea el más ínfimo de los funcionarios, puede que ni siquiera sea funcionario, pero algún cometido tiene que tener en ese pupitre, algo lee en su libraco, algo murmura al oído del escribiente, en algo piensa cuando dirige su mirada tras largo tiempo a Barnabás, y aun cuando nada de eso sea verdad y sus actos no signifiquen nada, alguien le habrá puesto allí y lo habrá hecho con alguna intención. Con todo esto quiero decir que en ello hay algo, algo que se ofrece a Barnabás, al menos algo, y que sólo es culpa de Barnabás si no puede alcanzar nada salvo miedo, dudas y desesperación. Y en todo esto he partido del caso más desfavorable, que es incluso el más improbable. Pues tenemos las cartas en la mano, en las que no confío mucho, pero más que en las palabras de Barnabás. _Puede también que sean cartas anticuadas y sin valor, que se han sacado de un montón de cartas igual de anticuadas y sin valor, seleccionando a la buena de Dios y reflexionando tan poco como un canario en una feria empleado para que pique una papeleta de tómbola, puede que sea así, pero esas cartas tienen al menos una relación con mi trabajo, están dirigidas visiblemente a mí, aunque no estén destinadas a serme útiles; como testimoniaron el alcalde y su esposa, eran de puño y letra de Klamm y poseen, una vez más según el alcalde, una gran importancia, si bien sólo privada y poco transparente.
–¿Dijo eso el alcalde? –preguntó Olga.
–Sí, eso dijo –respondió K.
–Se lo contaré a Barnabás –dijo rápidamente Olga–, eso le animará mucho.
–Pero él no necesita que le animen –dijo K–, animarle significa decirle que tiene razón, que tiene que continuar como hasta ahora, pero si sigue actuando precisamente como hasta ahora no logrará nada. No puedes animar a alguien a que vea cuando tiene tapados los ojos por un pañuelo, no podrá ver nunca; sólo cuando se le quite el pañuelo podrá ver. Barnabás necesita ayuda, no que le animen. Piensa que allí arriba la administración se muestra en su inextricable grandeza; yo creía tener una idea aproximada de ella antes de venir aquí –qué

ingenuo era todo–, pero allí está la administración y Barnabás se enfrenta a ella, nadie más, sólo él, tan sólo que es digno de lástima, y representaría demasiado honor para él si no permaneciese encogido toda su vida en una oscura esquina.
–No creas, K –dijo Olga–, que no valoramos en lo que vale la tarea que Barnabás ha asumido. No nos falta respeto por la administración, ya lo has dicho tú.
–Pero se trata de un respeto descaminado –dijo K–, un respeto en el lugar inadecuado, ese respeto degrada su objeto. ¿Acaso se puede llamar respeto cuando Barnabás abusa del regalo de poder entrar en esa estancia para pasar allí los días o cuando él baja y empequeñece o calumnia a alguien ante quien ha temblado, o cuando por desesperación o cansancio no lleva las cartas en seguida o no transmite inmediatamente los mensajes que le han sido confiados? Eso ya no es respeto. Pero el reproche va más lejos, también se extiende a ti, Olga, no te lo puedo ahorrar; has enviado a Barnabás al castillo, pese a que crees tener respeto por la administración, en plena juventud, con su debilidad y abandono o, al menos, no se lo has impedido.
–El reproche que me haces –dijo Olga– también me lo hago yo y desde hace tiempo. Aunque no se me puede reprochar que haya enviado a Barnabás al castillo, no le he enviado, él fue por su cuenta, pero tendría que haberle retenido con todos los medios, con persuasión, astucia, con violencia si hubiese sido necesario. Tendría que haberle retenido, pero si hoy fuese aquel día, aquel día decisivo, y sintiese la miseria de Barnabás y de mi familia como la sentí entonces y la siento ahora, y Barnabás, claramente consciente de toda la responsabilidad y del peligro, volviese a desprenderse de mí sonriente y con dulzura para irse, tampoco le retendría hoy, pese a todas las experiencias de este tiempo, tú mismo en mi lugar no podrías hacer otra cosa. No conoces nuestra miseria, por eso cometes una injusticia con nosotros, pero ante todo con Barnabás. Antaño teníamos más esperanza que hoy, pero tampoco era nuestra esperanza muy grande, grande sólo era nuestra miseria y así ha permanecido. ¿No te ha contado Frieda nada de nosotros?
–Sólo alusiones –dijo K–, nada en concreto, pero sólo vuestro nombre la irrita.
–¿Tampoco la posadera te ha contado nada?
–No, nada.
–Y ¿ninguna otra persona?
–Nadie.
–¡Naturalmente! ¿Cómo podrían contarte algo? Todos saben algo sobre nosotros, o la verdad, en lo que les resulta accesible, o al menos algún

rumor tomado de la calle o inventado por ellos mismos, y todos piensan en nosotros más de lo necesario, pero nadie lo contará, sienten aversión a tocar ese tema. Y tienen razón. Resulta difícil articularlo, incluso frente a ti, K, y ¿acaso no es posible que tú, si lo escuchas, te vayas y no quieras saber más de nosotros, aunque a ti aparentemente no te afecte en nada? Entonces te habríamos perdido, a ti, que para mí significas, lo reconozco, más que el servicio que hasta ahora ha prestado Barnabás en el castillo. Y, sin embargo, esa contradicción me atormenta toda la tarde, lo tienes que saber, en otro caso no puedes hacerte una idea de nuestra situación, pero entonces serías injusto con Barnabás, lo que me dolería especialmente, y nos faltaría la necesaria unidad, ya no podrías ayudarnos ni aceptar nuestra ayuda extraoficial. Pero aún queda una pregunta: ¿realmente quieres saberlo?

–¿Por qué preguntas eso? –dijo K–. Si es necesario, quiero saberlo, pero ¿por qué preguntas así?

–Por superstición –dijo Olga–, te verás inmiscuido en nuestros asuntos, inocente como eres, al menos no más culpable que Barnabás.

–Cuenta rápido –dijo K–, no tengo miedo. Por pura pusilanimidad femenina lo haces peor de lo que es.

CAPÍTULO XVII

Juzga por ti mismo –dijo Olga–, además, suena muy simple, no se comprende cómo puede tener tanta importancia. Hay un funcionario en el castillo que se llama Sortini.

–Ya he oído hablar de él –dijo K–; participó en mi contratación.

–Eso no me lo creo –dijo Olga–, Sortini apenas aparece públicamente. ¿No te equivocarás con Sordini, escrito con «d»?

–Tienes razón –dijo K–, era Sordini.

–Sí –dijo Olga–, Sordini es muy conocido, uno de los funcionarios más diligentes y del que se habla mucho, Sortini, por el contrario, es muy reservado y desconocido para la mayoría. Hace más de tres años que le vi por primera y última vez. Fue el 3 de julio en una fiesta de la compañía de bomberos, el castillo también había participado y había donado una nueva bomba de incendios. Sortini, que al parecer se ocupa en parte de asuntos relativos a los bomberos y a la protección contra incendios, aunque quizá sólo había venido en representación –los funcionarios se representan mutuamente con frecuencia y por eso resulta difícil distinguir las competencias de unos y otros–, participó en la ceremonia de entrega de la bomba de incendios; naturalmente, también habían venido otros del castillo, funcionarios y sirvientes, y Sortini estaba, como corresponde a su carácter, siempre en un segundo

plano. Es un hombre pequeño, débil y pensativo; algo que llamaba la atención a todo el que se fijaba en él era la forma en que se arrugaba su frente, todas las arrugas –y eran una gran cantidad, aunque no supera los cuarenta– se plegaban como un abanico desde la parte superior de la frente hasta la raíz de la nariz, no he visto nunca nada parecido. Bueno, entonces se celebraba aquella fiesta. Nosotras, Amalia y yo, habíamos esperado ese día con gran alegría, habíamos arreglado los vestidos de domingo, especialmente el vestido de Amalia era muy bonito, con su blusa blanca que se ahuecaba en la pechera adornada de encajes, una fila sobre la otra; nuestra madre había empleado para ello todos sus encajes, yo tenía envidia y lloré casi toda la noche anterior a la fiesta. Sólo cuando al día siguiente vino a visitarnos la posadera de la posada del puente...
–¿La posadera de la posada del puente? –preguntó K.
–Sí –dijo Olga–, era muy amiga nuestra, así que llegó, tuvo que reconocer que Amalia estaba en ventaja y me prestó, para calmarme, su propio collar de granates de Bohemia. Pero cuando ya estábamos listas, Amalia delante de mí, y nuestro padre dijo: «Hoy, recordad lo que os digo, Amalia encuentra novio», entonces, no sé por qué, me quité el collar, que era todo mi orgullo, y se lo puse a Amalia, sin sentir ya nada de envidia. Me incliné ante su victoria y creí que todos tendrían que inclinarse ante ella; quizá nos sorprendió entonces que su aspecto fuese diferente al usual, pues en realidad no era hermosa, pero su mirada sombría, que ha mantenido desde aquella vez, se elevaba por encima de nosotros y nos sentíamos inclinados literal e involuntariamente ante ella. Todos lo notaron, también Lasemann y su esposa cuando vinieron a recogernos.
–¿Lasemann? –preguntó K.
–Sí, Lasemann –dijo Olga–, éramos una familia muy apreciada y la fiesta, por ejemplo, no habría empezado de verdad hasta que no hubiésemos llegado nosotros, pues mi padre era el tercer director de ejercicios de la compañía de bomberos.
–¿Tan robusto era aún tu padre? –preguntó K.
–¿Mi padre? –preguntó Olga como si no comprendiese del todo–, hace tres años era en cierto modo un hombre joven, en un incendio en la posada de los señores, por ejemplo, corrió con un funcionario a cuestas, con el pesado Galater. Yo misma estuve allí, en realidad no había peligro de incendio, sólo un poco de leña seca junto a una chimenea comenzó a humear, pero Galater tuvo miedo, gritó auxilio por la ventana, vinieron los bomberos y mi padre tuvo que cargarlo aunque el fuego ya estaba extinguido. Bueno, Galater es un hombre difícil de mover y en esos casos hay que tener precaución. Lo cuento sólo por mi

padre, no han pasado ni tres años desde entonces y mira ahora cómo está ahí sentado.
K se dio cuenta ahora de que Amalia estaba de nuevo en la habitación, pero se encontraba alejada, en la mesa de los padres, allí alimentaba a la madre, que no podía mover sus brazos reumáticos y al mismo tiempo dirigía la palabra al padre para que tuviese un poco de paciencia con la comida, que iría con él en seguida para darle de comer. Pero no tuvo éxito con su advertencia, pues el padre, ansioso por tomarse la sopa, superó su debilidad física e intentó ya sorberla de la cuchara, ya beberla del plato, y gruñía enojado al no conseguir ni lo uno ni lo otro, la cuchara quedaba vacía mucho antes de llegar a la boca, mientras que la barba colgante se sumergía en la sopa, goteando y salpicando hacia todas partes menos hacia la dirección adecuada.
–¿Eso han hecho tres años de él? –preguntó K, pero aún no sentía ninguna compasión por los ancianos ni para la esquina de la mesa familiar, sólo aversión.
–Tres años –dijo lentamente Olga–, o, con más exactitud, unas horas en una fiesta. La fiesta se celebró en una pradera ante el pueblo, al lado del arroyo, ya había una gran aglomeración de personas cuando llegamos, también habían venido de los pueblos vecinos, el ruido causaba una gran confusión. Primero nuestro padre nos condujo, naturalmente, a la bomba de incendios, rió de alegría al verla, una nueva bomba le hacía feliz; comenzó a tocarla y a explicarnos cómo funcionaba, no toleraba ninguna contradicción ni tampoco ninguna reserva, si había algo que ver debajo de la bomba, todos nos teníamos que agachar y casi arrastrarnos por debajo de ella; Barnabás, que intentó resistirse, recibió un pescozón. Sólo a Amalia no le importaba la bomba, permanecía muy recta delante de ella con su bonito vestido y nadie osaba decirle nada, yo fui hacia ella alguna vez y la tomé del brazo, pero ella callaba. Aún hoy no puedo aclararme cómo ocurrió que, mientras estábamos en la bomba de incendios, cuando nuestro padre se apartó de ella, nos dimos cuenta de que allí permanecía Sortini, quien parecía haber estado todo el tiempo detrás de la bomba, apoyado en una palanca. Había un ruido terrible, no usual en todas las fiestas; el castillo había regalado a los bomberos unas trompetas, unos instrumentos especiales de los que con un mínimo esfuerzo, del que hasta un niño podría ser capaz, se emitían los más estruendosos sonidos; al oírlo se podía creer que los turcos ya habían llegado y era imposible acostumbrarse, a cada nuevo soplido seguía un estremecimiento. Y como eran trompetas nuevas, todos querían tocarlas, y como era una fiesta popular, se consentía. Precisamente a nuestro alrededor, tal vez los había atraído Amalia, había algunos

trompetistas, era difícil mantener los sentidos en esas circunstancias y si además, según las órdenes de nuestro padre, había que prestar atención a la bomba de incendios, eso era lo máximo que se podía rendir, así que no nos dimos cuenta durante mucho tiempo de la presencia de Sortini, a quien tampoco conocíamos de antes.
–Ahí está Sortini –murmuró Lasemann a mi padre, yo estaba a su lado. Mi padre inclinó la cabeza y nos hizo un gesto excitado para que nosotros también nos inclinásemos ante él. Sin conocerle personal mente, nuestro padre siempre había venerado a Sortini como un especialista en servicios contra incendios, y había hablado con frecuencia de él en casa, así que para nosotros fue sorprendente y un acontecimiento muy importante verle en la realidad. Pero Sortini no se interesaba por nosotros, eso no era ninguna peculiaridad de Sortini, la mayoría de los funcionarios aparecen públicamente con actitud de indiferencia, también estaba cansado, sólo su deber le mantenía allí abajo; no son los peores funcionarios los que encuentran especialmente pesados esos deberes representativos; otros funcionarios y sirvientes, ya que estaban allí, se mezclaron con el pueblo, pero él permaneció al lado de la bomba de incendios y a todo el que se intentaba aproximar con cualquier solicitud o lisonja lo rechazaba con su silencio. Así ocurrió que él se percató más tarde de nosotros que nosotros de él. Sólo cuando nos inclinamos llenos de respeto y nuestro padre nos intentó disculpar miró hacia nosotros y nos contempló a uno detrás del otro con mirada cansada: era como si suspirase porque al lado de uno apareciese otro, hasta que se detuvo en Amalia, a la que tuvo que mirar hacia arriba, pues era mucho más alta que él. Entonces se desconcertó, saltó sobre el pértigo para estar más cerca de ella, nosotros lo interpretamos mal al principio y quisimos acercarnos todos a él encabezados por mi padre, pero él nos detuvo y nos hizo una señal para que nos fuéramos. Eso fue todo. Bromeamos mucho con Amalia diciéndole que realmente ya había encontrado un novio, en nuestra inconsciencia estuvimos alegres toda la tarde, pero Amalia estaba más silenciosa que de costumbre. «Se ha enamorado locamente de Sortini», dijo Brunswick, que siempre es algo grosero y no tiene comprensión para naturalezas como la de Amalia, pero esa vez su comentario nos pareció cierto, ese día nos divertimos mucho y cuando llegamos a casa a medianoche estábamos embriagados, incluso Amalia lo estaba, con el dulce vino del castillo.
–¿Y Sortini? –preguntó K.
–Sí, Sortini –dijo Olga–, a Sortini le vi con frecuencia durante la fiesta, sentado en un pértigo, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y así permaneció hasta que vino a recogerle el coche del castillo. Ni siquiera

fue a las maniobras de los bomberos, donde mi padre se distinguió entre todos los hombres de su edad, precisamente con la esperanza de que Sortini se fijase en él.
–¿Y no habéis oído más de él? –dijo K–, pareces tener una gran veneración por Sortini.
–Sí, veneración –dijo Olga–, sí, y también oímos de él. A la mañana siguiente nos despertó de nuestro sueño festivo un grito de Amalia, los demás volvieron a dormirse, pero yo estaba completamente despierta y corrí hacia ella, estaba al lado de la ventana y sostenía una carta en la mano que un hombre le acababa de entregar a través de la ventana, el hombre esperaba una respuesta. Amalia ya la había leído –era corta– y la mantenía en una de sus manos, bajada y lánguida; cómo la amaba siempre que estaba tan cansada. Me agaché a su lado y leí la carta. Apenas había terminado de leerla, Amalia, después de dirigirme una rápida mirada, la cogió, pero no la quiso leer otra vez, sino que la rompió y arrojó los trozos al rostro del hombre que esperaba fuera y cerró la ventana. Ésa fue aquella decisiva mañana. La llamo decisiva, pero todo instante de la tarde anterior fue igual de decisivo.
–Y ¿qué decía la carta? –preguntó K.
–¡Ah!, sí, aún no lo he contado –dijo Olga–; la carta era de Sortini, e iba dirigida a la joven con el collar de granates. No puedo reproducir el contenido. Era un requerimiento para que fuese a su habitación en la posada de los señores y, además, Amalia tenía que ir en seguida, pues Sortini tenía que partir en una media hora. La carta estaba escrita con las expresiones más vulgares que he oído y sólo pude deducir la intención del conjunto. Quien no conociera a Amalia y sólo hubiese leído esa carta, consideraría deshonrada a la muchacha a la que alguien había tenido la osadía de escribir así, por más que a ella ni siquiera la hubiesen rozado. Y no era ninguna carta de amor, en ella no había ninguna palabra lisonjera, más bien Sortini estaba enojado por el hecho de que le hubiese afectado tanto la visión de Amalia y de que le hubiese distraído de sus asuntos. Más tarde nos lo explicamos de la siguiente manera: era probable que Sortini hubiese querido llegar al castillo, pero sólo a causa de Amalia se quedó en el pueblo, y por la mañana, furioso porque durante la noche no había logrado olvidarse de Amalia, había escrito la carta. Al principio uno tenía que escandalizarse con la carta, incluso quien tuviese la sangre más fría, pero después, en otra persona que no fuese Amalia, habría prevalecido el miedo por el tono amenazador, en Amalia, en cambio, prevaleció el enojo. Ella no conoce el miedo, ni para ella ni para los demás. Y mientras yo me refugiaba en la cama y me repetía la frase final interrumpida: «o vienes ahora mismo o...», Amalia permaneció en el banco al lado de la ventana y

miró hacia afuera como si esperara a otros mensajeros y estuviese dispuesta a tratarlos como al primero.

Así que ésos son los funcionarios –dijo K algo vacilante–, esos ejemplares sólo se pueden encontrar entre ellos. ¿Qué hizo tu padre? Espero que se quejase de Sortini con todo vigor en el lugar competen te, si no escogió el camino más corto y seguro hasta la posada de los señores. Lo más repugnante de la historia no es la vejación a Amalia, eso se podía enmendar, no sé por qué le concedes tanta importancia; ¿por qué iba Sortini con semejante carta a comprometer para siempre a Amalia? Según lo que has contado, se podría creer eso, pero precisamente eso resulta imposible, era fácil conseguir una satisfacción para Amalia y en unos días se habría olvidado el caso; Sortini no comprometió a Amalia, sino que él mismo fue quien se comprometió. Me espanta la posibilidad de que pueda producirse tal abuso de poder. Lo que en este caso no resultó, porque, para decirlo con claridad, era completamente transparente y encontró en Amalia a un enemigo más fuerte, en miles de otros casos con unas circunstancias algo más desfavorables podría resultar perfectamente y, además, sin que lo supiese nadie, ni siquiera la afectada.

–Silencio –dijo Olga–, Amalia nos está mirando.

Amalia había terminado de dar de comer a sus padres y ahora desvestía a la madre, acababa de soltarle la falda, puso los brazos de la madre alrededor de su cuello, la levantó un poco y le quitó la falda volviendo a sentarla con cuidado. El padre, siempre insatisfecho con que la madre fuese atendida en primer lugar, lo que sólo ocurría porque ella estaba más desvalida que él, intentaba desvestirse él mismo, tal vez para castigar a la hija por su supuesta lentitud, pero a pesar de que comenzó con lo más accesorio y ligero, las desproporcionadas zapatillas para sus pies, no lo conseguía de ningún modo y entre fuertes resoplidos tuvo que renunciar y recostarse otra vez con rigidez en la silla.

–No te das cuenta de lo esencial –dijo Olga–, puedes tener razón en todo, pero lo esencial fue que Amalia no se dirigió a la posada de los señores; la manera en que trató al mensajero, eso podía pasarse por alto, ya se encubriría de alguna manera, pero que no fuese significó que sobre la familia cayese una maldición y entonces el tratamiento del mensajero también fue imperdonable, sí, incluso para la opinión pública ocupó el primer plano.

–¡Cómo! –exclamó K, y bajó en seguida la voz, ya que Olga levantó la mano suplicante–. ¿No dirás tú, su hermana, que Amalia tuvo que obedecer a Sortini e ir a la posada?

–No –dijo Olga–, Dios me libre de esa sospecha, ¿cómo puedes creer

eso? No conozco a nadie que obrase con tanta justicia congo Amalia. Si bien es cierto que, en el caso de que hubiese ido a la posa da, también le hubiese dado la razón; pero, que no fuese, fue un acto heroico. En lo que a mí respecta, reconozco sinceramente que si hubiese recibido una carta como ésa habría ido. No habría podido soportar el miedo ante las consecuencias, sólo Amalia podía soportarlo. También había algunas salidas, otra, por ejemplo, se habría maquillado y habría dejado pasar un buen rato, luego habría llegado a la posada de los señores y se habría enterado de que Sortini había partido, quizá que había salido inmediatamente después de enviar al mensajero, algo que incluso habría sido muy probable, pues los caprichos de los señores son fugaces. Pero a Amalia no se le ocurrió hacer eso ni nada parecido, se sintió demasiado ofendida y respondió sin reservas. Si sólo hubiese obedecido en apariencia, si sólo hubiese traspasado el umbral de la posada a tiempo, se habría podido evitar la fatalidad, aquí tenemos abogados muy listos que saben hacer todo lo que uno quiere de nada, pero en este caso ni siquiera había la necesaria nada, todo lo contrario, sólo había la humillación de la carta de Sortini y la ofensa al mensajero.

–Pero ¿qué fatalidad? –dijo K–, ¿qué abogados? No se podía acusar ni castigar a Amalia por la actuación delictiva de Sortini.

–Claro que sí –dijo Olga–, sí que se podía, aunque no mediante un proceso propiamente dicho ni directamente, pero se la castigaba de otra manera, a ella y a toda su familia, y ahora empiezas a saber lo grave que es esa pena. A ti te parece injusto y monstruoso, ésa es una opinión completamente aislada en el pueblo, para nosotros es muy favorable y nos debería consolar, y así sería si no se basase visiblemente en errores. Te lo puedo demostrar muy fácilmente, perdona si hablo al hacerlo de Frieda, pero entre Frieda y Klamm, sin tener en cuenta en qué ha derivado finalmente su relación, ha ocurrido algo muy similar a lo ocurrido entre Amalia y Sortini y, sin embargo, tú lo encuentras ahora muy correcto, aunque al principio te pareciera terrible. Y eso no es por efecto de la costumbre, nadie puede quedar tan embotado por la costumbre cuando se trata simplemente de enjuiciar, aquí se trata de una acumulación de errores.

–No, Olga –dijo K–, no sé por qué metes a Frieda en este asunto, el caso era completamente distinto, no confundas tantas cosas esencialmente diferentes y sigue contando.

–Por favor –dijo Olga–, no me tomes a mal si insisto en la comparación, incurres en un error respecto a Frieda cuando crees defenderla contra una comparación. No es necesario defenderla, sino sólo alabarla. Cuando comparo los casos no estoy diciendo que sean iguales, en realidad se relacionan entre sí como el blanco y el negro, y

el blanco es Frieda. En el peor de los casos uno se puede reír de Frieda como yo lo he hecho en la taberna de manera tan descortés –después me he arrepentido mucho–, pero aunque quien ríe aquí es perverso o envidioso, al menos puede reírse, pero a Amalia, cuando no se mantiene un parentesco sanguíneo con ella, sólo se la puede despreciar. Por eso son dos casos esencialmente distintos, como dices, pero también similares.
–Tampoco son similares –dijo K, y sacudió enojado la cabeza–, deja a Frieda a un lado. Frieda no recibió ninguna carta de ese jaez como Amalia de Sortini, y Frieda ha amado realmente a Klamm, y quien lo dude, puede preguntarle, le sigue amando hoy.
–¿Son esas grandes diferencias? –preguntó Olga–. ¿Acaso no crees que Klamm pudo escribirle una carta similar a Frieda? Cuando los señores se levantan del escritorio son así, no saben orientarse en el mundo; en su despreocupación dicen las cosas más groseras, no todos, pero muchos. La carta a Amalia pudo haber sido plasmada en el papel de forma irreflexiva y en completa despreocupación por lo escrito. ¡Qué sabemos nosotros de los pensamientos de los señores! ¿Acaso no has escuchado tú mismo o has oído contar el tono que Klamm empleaba con Frieda? De Klamm se sabe que es muy grosero, al parecer no habla nada durante horas y de repente dice tal grosería que uno se estremece. De Sortini, sin embargo, no se sabe nada parecido, quizá porque es un completo desconocido. En realidad de él sólo se sabe que su nombre es muy similar al de Sordini; si no existiese esa similitud de nombres, probablemente no se le conocería. También como especialista en servicios contra incendios se le confunde probablemente con Sordini, quien es el verdadero especialista y que se aprovecha de la similitud de los nombres para cargar sobre Sortini los deberes de representación y así no ser molestado en su trabajo. Pero si un hombre tan torpe en los asuntos mundanos como Sortini se enamora repentinamente de una joven del pueblo, la manifestación de ese sentimiento adopta otras formas que si se enamora el aprendiz de carpintero de la esquina. También hay que tener en cuenta que entre un funcionario y la hija de un zapatero existe una gran distancia que debe superarse de alguna manera; Sortini lo intentó de esa manera, otros podrán hacerlo de otra. Cierto es que se dice que todos pertenecemos al castillo y que no existe ninguna distancia y por lo tanto que no hay nada que superar y eso quizá sea verdad por regla general, pero por desgracia hemos tenido la oportunidad de ver que, cuando realmente llega la hora de la verdad, no es así. En todo caso, después de lo expuesto la actuación de Sortini te resultará más comprensible y menos terrible y, en realidad, si se compara con la de Klamm, mucho más comprensible aún e incluso

cuando se ha estado involucrado, más soportable. Cuando Klamm escribe una carta de amor es más desagradable que la carta más grosera de Sortini. Compréndeme bien, aquí no me aventuro a enjuiciar a Klamm, me limito a comparar, ya que tú rechazas la comparación. Klamm es como un comandante con las mujeres, ordena a una o a otra que vayan, no tolera ningún retraso y así como ordena que vengan, ordena que se vayan. ¡Ay!, Klamm ni siquiera haría el esfuerzo de escribir una carta. Y en comparación con esto sigue siendo horrible que Sortini, que vive completamente retirado y cuyas relaciones con las mujeres son al menos desconocidas, se siente una vez y escriba con su bella caligrafía de funcionario una carta repugnante. Y si de esta circunstancia no resulta ninguna diferencia a favor de Klamm, sino todo lo contrario, ¿acaso debería hacerlo el amor de Frieda? La relación de las mujeres con los funcionarios es, créeme, muy difícil o, más bien, muy fácil de enjuiciar. Aquí nunca falta amor. No hay un amor funcionarial desgraciado. A este respecto no supone ninguna alabanza cuando se dice de una muchacha –aquí no hablo, ni mucho menos, sólo de Frieda– que ella se entregó al funcionario porque le amaba. Ella le amaba y se ha entregado a él, así ha sido, pero en ello no hay nada que alabar. Amalia, sin embargo, no ha amado a Sortini, objetas. Bueno, no le ha amado, pero a lo mejor sí que le ha amado, ¿quién puede decidir? Ni siquiera ella misma. ¿Cómo puede creer haberle amado cuando le ha rechazado con tanta fuerza, como probablemente no ha sido rechazado ningún funcionario? Barnabás dice que aún tiembla por el movimiento con que hace tres años cerró la ventana. Eso también es verdad y por eso no se le puede preguntar acerca de ello; ha terminado con Sortini, y sólo sabe eso; si le ama o no, eso no lo sabe. Nosotros, sin embargo, sabemos que las mujeres no pueden hacer otra cosa que amar a los funcionarios cuando ellos las miran, sí, incluso aman a los funcionarios ya desde antes, por mucho que quieran negarlo, y Sortini no sólo miró a Amalia, sino que saltó el pértigo cuando la vio, y lo saltó con sus articulaciones rígidas debido a su trabajo sedentario. Pero tú dirás que Amalia es una excepción. Sí, eso es lo que es, eso lo demostró cuando se negó a ir con Sortini, ésa es suficiente excepción; pero que además no amase a Sortini, eso ya es casi demasiada excepción, eso sería ya inimaginable. Aquella tarde nos quedamos completamente cegados, pero que a través de toda la niebla creyésemos percibir algo del enamoramiento de Amalia muestra un poco de sentido. Ahora bien, cuando se confrontan todos estos datos, ¿qué diferencia queda entre Frieda y Amalia? Sólo que Frieda hizo lo que Amalia se negó a hacer.

–Puede ser –dijo K–; para mí, sin embargo, la diferencia principal es

que Frieda es mi novia, y Amalia sólo me incumbe por ser la hermana de Barnabás, del mensajero del castillo, y que su destino quizá se entrelaza con su servicio. Si un funcionario hubiese cometido con ella una injusticia que clamase al cielo, como me pareció después de tu relato de los acontecimientos, me hubiera preocupado, pero esto más como un asunto público que como un sufrimiento personal de Amalia. Ahora, sin embargo, después de tu relato, cambia algo la imagen en una forma no del todo comprensible para mí, pero como eres tú quien lo narra, de una forma lo suficientemente digna de crédito y por eso quiero despreocuparme completamente del asunto, no soy ningún especialista en servicios contra incendios y qué me importa a mí Sortini. No obstante, me preocupa Frieda y me resulta extraño que tú, en quien confío plenamente y en quien siempre estaré dispuesto a confiar, intentes atacar a Frieda a través de Amalia y despertar en mí la sospecha. No supongo que lo hagas con intención, mucho menos con mala intención, si no ya hace tiempo que me habría ido. No lo haces intencionadamente, las circunstancias te llevan a ello, por amor a Amalia la quieres elevar sobre todas las mujeres y como tú misma no encuentras en Amalia algo elogiable, te ayudas empequeñeciendo a otras mujeres. El gesto de Amalia es extraño, pero conforme más cuentas de ese gesto, menos se puede decidir si ella ha sido grande o pequeña, lista o necia, heroica o cobarde; Amalia mantiene sus motivos encerrados en su corazón, nadie se los va a arrebatar. Frieda, por el contrario, no ha hecho nada extraño, sólo ha seguido los impulsos de su corazón, para todo aquel que se ocupe de ello con buena voluntad, queda claro, cualquiera lo puede comprobar, no hay ningún espacio para rumores. Pero yo ni quiero denigrar a Amalia ni defender a Frieda, sino sólo aclararte cómo pienso de Frieda y cómo todo ataque contra Frieda supone al mismo tiempo un ataque contra mi existencia. He venido aquí por propia voluntad y por propia voluntad me he quedado, pero todo lo que ha ocurrido hasta ahora y ante todo mis perspectivas de futuro –por muy sombrías que sean, en todo caso aún existen–, todo eso se lo agradezco a Frieda, eso no se puede discutir. Aquí fui acogido como agrimensor, pero eso sólo fue en apariencia, han jugado conmigo, me han expulsado de todas las casas, incluso hoy juegan conmigo, pero por muy complicado que sea todo esto, en cierto modo he ganado terreno y eso ya significa algo, ya tengo, por muy insignificante que sea, un hogar, un empleo real, tengo una novia que, cuando estoy ocupado en otros asuntos, me quita trabajo, me casaré con ella y seré miembro de la comunidad, además de la oficial, aún tengo una relación personal con Klamm, aunque todavía no la he empleado. ¿Acaso eso es poco? Y cuando llego a vuestra casa, ¿a quién saludáis? ¿A quién

confías la historia de vuestra familia? ¿De quién tienes la esperanza, aunque sea la más improbable, de obtener ayuda? No de mí, del agrimensor, a quien, por ejemplo, hace una semana Lasemann y Brunswick expulsaron de su casa con violencia, sino que la esperas del hombre que ya posee algún instrumento de poder, pero ese instrumento de poder se lo agradezco a Frieda, a Frieda, que es tan modesta que si intentas preguntarle por algo similar no querrá saber nada de ello. Y, sin embargo, después de todo, parece que Frieda con su inocencia ha logrado más que Amalia con todo su orgullo, pues mira, tengo la impresión de que buscas ayuda para Amalia, y ¿de quién? De ninguna otra que de Frieda.
–¿He hablado tan mal de Frieda? –dijo Olga–, no lo pretendía y tampoco creo haberlo hecho, aunque es posible, nuestra situación es tal que nos enemistamos con todo el mundo, y si comenzamos a lamentarnos, esos lamentos nos arrastran y no sabemos adónde nos llevan. También tienes razón ahora, hay una gran diferencia entre nosotros y Frieda y es bueno acentuarla por un momento. Hace tres años éramos jóvenes pequeñoburguesas y Frieda era la huérfana, criada en la posada del puente; pasábamos a su lado sin dedicarle una mirada, seguramente éramos demasiado orgullosas, pero así nos habían educado. Pero en la noche que estuviste en la posada de los señores pudiste darte cuenta del actual estado de las cosas: Frieda con el látigo en la mano y yo con los criados. Pero es aún peor. Frieda puede despreciarnos, eso corresponde a su posición, las circunstancias reales obligan a ello. ¡Pero quién no nos desprecia! Quien se decide a despreciarnos, no hace más que sumarse a la gran mayoría. ¿Conoces a la sucesora de Frieda? Se llama Pepi. La conocí hace dos días, hasta entonces era una criada. Ella supera con certeza a Frieda en desprecio hacia mí. Me vio desde la ventana cómo venía a recoger la cerveza, corrió hacia la puerta y la cerró, tuve que suplicarle largo tiempo y prometerle el lazo que llevaba en el pelo antes de que me abriera. Pero cuando se lo di, lo arrojó a un rincón. Bueno, puede despreciarme, en parte dependo de su benevolencia y ella es la dependienta en la taberna de la posada de los señores, aunque también es cierto que sólo lo es provisionalmente y no tiene las cualidades necesarias para ser contratada allí por tiempo indefinido. Sólo hay que oír cómo el posadero habla con Pepi y comparar cómo hablaba con Frieda. Pero eso tampoco impide a Pepi despreciara Amalia, a Amalia, cuya mirada bastaría para sacar tan rápidamente de la habitación a la pequeña Pepi con todas sus trenzas y borlas como nunca podría conseguirlo con sus piernas cortas y gordas. Qué cotilleo más indignante tuve que oír ayer sobre Amalia, hasta que los clientes se ocuparon de mí de la forma que tú ya viste.

–Qué temerosa eres –dijo K– sólo he puesto a Frieda en el lugar que le corresponde, pero no he querido denigraros como tú lo entiendes ahora. También para mí tenía vuestra familia algo especial, eso no lo he silenciado; pero no comprendo cómo ese «algo especial» puede dar motivos para el desprecio.
–¡Ay!, K –dijo Olga–, me temo que tú también llegarás a comprenderlo; ¿no puedes comprender de ninguna manera que la conducta de Amalia frente a Sortini fue la primera causa de ese desprecio?
–Eso sería demasiado extraño –dijo K–, por eso se puede admirar o condenar a Amalia, pero ¿despreciarla? Y si alguien por un sentimiento incomprensible para mí despreciase realmente a Amalia, ¿por qué extiende entonces el desprecio hacia vosotros, hacia la familia inocente? Que, por ejemplo, Pepi te desprecie, es imperdonable, y cuando regrese de nuevo a la posada de los señores se lo haré pagar con creces.
–Si quisieras hacer cambiar de opinión –dijo Olga– a todos los que nos desprecian, sería un trabajo muy duro, pues todo parte del castillo. Recuerdo muy bien las horas que siguieron a aquella mañana. Brunswick, que en aquella época era nuestro ayudante, había venido como todos los días, mi padre le había dado trabajo y le había enviado a casa, nosotros estábamos sentados desayunando, todos menos Amalia y yo estaban muy animados, nuestro padre seguía hablando de la fiesta, tenía varios planes respecto al cuerpo de bomberos; en el castillo tienen un servicio de incendios propio, que envió una delegación a la fiesta y con cuyos miembros se habló de varios aspectos; los señores del castillo habían visto el rendimiento de nuestro cuerpo de bomberos y habían hablado muy favorablemente de él, lo habían comparado con el del castillo y el resultado nos beneficiaba, se había hablado de la necesidad de una reorganización del servicio de incendios y para ello eran necesarios instructores del pueblo, se hablaba ya de algunos de ellos pero mi padre tenía la esperanza de que le eligieran a él. De todo eso hablaba y, como era su costumbre, abrazaba casi literalmente la mesa y cómo miraba por la ventana hacia el cielo, su rostro era tan joven y esperanzado, nunca después volví a verle así. Entonces, Amalia, con una superioridad que no conocíamos en ella, dijo que no había que confiar en esos discursos de los señores, ellos, con motivo de esos acontecimientos, solían decir algo amable, pero con poco o ningún significado, una vez dicho ya estaba olvidado para siempre, aunque, si bien es cierto, en la próxima oportunidad se volvía a caer en la trampa. Nuestra madre le reprendió esas palabras, nuestro padre se rió de sus ínfulas de experiencia, luego, sin embargo, se

agachó, pareció buscar algo de cuya falta pareció percatarse en ese momento, pero no faltaba nada y dijo que Brunswick le había contado algo de un mensajero y de una carta rota y preguntó si sabíamos algo de ello, a quién le afectaba y qué había ocurrido. Nosotras nos mantuvimos en silencio, Barnabás, entonces joven como un corderillo, dijo algo tonto o impertinente, se habló de otra cosa y se olvidó el asunto.

CAPÍTULO XVIII

Pero poco después fuimos acribillados desde todas partes con preguntas sobre la historia de la carta, vinieron amigos y enemigos, conocidos y extraños, pero no permanecían mucho tiempo, los mejores amigos fueron los que se despidieron más deprisa; Lasemann, en otras ocasiones lento y digno, entró como si quisiera examinar las dimensiones de la habitación, echó un vistazo a su alrededor y se acabó; pareció un horrible juego infantil ver cómo Lasemann huía y nuestro padre, separándose del resto de la gente, salía detrás de él hasta el umbral donde renunció a seguirlo más. Brunswick vino y le dijo a mi padre, con toda sinceridad, que se quería hacer independiente; un tipo listo, ese Brunswick, supo aprovechar la ocasión; vinieron clientes y buscaron sus zapatos en el taller de mi padre, los que habían dejado allí para reparar, al principio mi padre intentó que cambiaran de opinión, y todos le apoyamos con todas nuestras fuerzas, pero más tarde renunció y ayudó a buscar en silencio, en el libro de encargos se fue tachando línea tras línea, se entregaron las reservas de piel que los clientes tenían en el taller, todo ocurrió sin la menor disputa, se quedaban satisfechos cuando conseguían romper rápida y completamente el vínculo con nosotros, aunque al hacerlo se sufrieran pérdidas, eso no importaba. Y, finalmente, como era de prever, apareció Seemann, el jefe de bomberos, aún puedo ver la escena, Seemann, alto y fuerte, aunque un poco inclinado y enfermo del pulmón, siempre serio, no podía reír, estaba ante mi padre, a quien había admirado, a quien le había prometido en confianza el puesto de representante del jefe, y le anunció que quedaba expulsado del cuerpo, pidiéndole que le devolviera el diploma. Las personas que se encontraban a nuestro alrededor dejaron sus asuntos y rodearon a los dos hombres. Seemann no podía decir nada, se limitaba a dar unas palmadas en el hombro de mi padre como si quisiera sacarle las palabras que él mismo quisiera decir y no podía encontrar. Al hacerlo sonreía, con lo que quería tranquilizarse y tranquilizar a los demás, pero como no podía sonreír y nadie le había oído reír, a nadie se le

ocurrió que aquello pudiera ser una sonrisa. Nuestro padre, sin embargo, ya estaba demasiado cansado y desesperado para poder ayudar a Seemann, sí, incluso parecía demasiado cansado como para poder reflexionar de qué se trataba. Todos estábamos desesperados en la misma medida, pero como éramos jóvenes no podíamos creer en semejante catástrofe, siempre pensábamos que entre los visitantes finalmente habría uno que ordenaría «alto» y obligaría a que todo retrocediese a su estado original. Seemann nos parecía, en nuestra irreflexión, la persona más indicada para eso. Con tensión esperábamos a que de esa sonrisa sempiterna saliese finalmente una palabra clara. ¿De qué se podía uno reír si no era de la necia injusticia que nos estaba ocurriendo? «Señor jefe, señor jefe, dígaselo a la gente», pensábamos y nos apretábamos contra él, lo que sólo le obligaba a realizar los giros más extraños. Al cabo comenzó a hablar, pero no para cumplir nuestros deseos ocultos, sino para responder a las exclamaciones de ánimo o enojadas de la gente. Aún teníamos esperanza. Comenzó realizando una gran alabanza de nuestro padre. Le llamó un ornato del cuerpo, un modelo inalcanzable para las nuevas generaciones, un miembro imprescindible, cuya salida del cuerpo casi lo destruiría. Todo eso fue muy bonito, si hubiese terminado allí. Pero siguió hablando. Si a pesar de eso el cuerpo había decidido solicitarle la renuncia, aunque sólo provisional, había que reconocer la seriedad de los motivos que obligaban al cuerpo a tomar esa medida. Tal vez, sin los espléndidos logros de nuestro padre en la fiesta del día anterior, no se habría llegado tan lejos, pero precisamente esos logros habían despertado especialmente la atención oficial, el cuerpo se encontraba en un primer plano y, por tanto, tenía que cuidarse más que antes de su pureza. Entonces había ocurrido la ofensa al mensajero y el cuerpo no había podido encontrar otra salida, él, Seemann, había asumido el gravoso deber de anunciarlo. Nuestro padre no debía hacérselo más difícil. Qué contento estaba Seemann de sus palabras, por la satisfacción que sentía por ello, dejó de ser excesivamente considerado, señaló el diploma que colgaba de la pared e hizo una señal con el dedo. Nuestro padre asintió y fue a recogerlo, pero no logró descolgarlo del clavo debido a sus manos temblorosas, yo me subí a una silla y le ayudé. Y desde ese instante todo se había acabado, ni siquiera sacó el diploma del marco, sino que se lo dio todo a Seemann, como estaba. A continuación, se sentó en un rincón, no se movió ni habló con nadie más, nosotros tuvimos que tratar con la gente de la mejor manera que supimos.

–Y ¿dónde ves aquí la influencia del castillo? –preguntó K–. Por ahora no parece haber intervenido. Lo que has contado sólo ha sido el miedo

irreflexivo de la gente. La alegría por la desgracia ajena, la falsa amistad, cosas que se encuentran en todas partes, y también, por parte de tu padre, al menos así me lo parece, encuentro cierta pobreza de espíritu, pues ¿de qué era aquel diploma? La confirmación de sus aptitudes, y esas aptitudes las mantenía, haciéndole imprescindible, además podría haberle puesto las cosas realmente difíciles al jefe si en cuanto comenzó a hablar le hubiese arrojado a los pies el diploma. Pero me parece especialmente significativo que no hayas mencionado a Amalia; Amalia, a la que se debía todo, estaba probablemente tranquila en un segundo plano y contemplaba la catástrofe.
–No, no –dijo Olga–, no se le pueden hacer reproches a nadie, nadie pudo actuar de otra manera, todo eso ya era la influencia del castillo.
–Influencia del castillo –repitió Amalia que acababa de entrar del patio, los padres hacía ya tiempo que se habían acostado–. ¿Contáis historias del castillo? ¿Aún estáis ahí sentados? Y tú, K, querías haberte despedido en seguida, y ya son casi las diez. ¿Te importan algo esas historias? Aquí hay personas que se alimentan de esas historias, se sientan juntas, como vosotros, y se estimulan recíprocamente a hablar, pero no me parece que tú seas una de esas personas.
–Sí lo soy –dijo K–, precisamente soy una de ellas, pero al contrario que otras que no se preocupan de esas historias y dejan inquietarse a los demás, a mí no me impresionan demasiado.
–Bueno –dijo Amalia–, pero el interés de la gente es muy diferente; una vez oí de un joven que estaba obsesionado con el castillo, pensaba en él día y noche, todo lo demás lo descuidaba, se temía por su capacidad para realizar las cosas de la vida ordinaria, pues su mente siempre estaba en el castillo, pero al cabo resultó que en realidad sus pensamientos no tenían por objeto el castillo, sino la hija de una criada de las oficinas, la consiguió y todo volvió a la normalidad.
–Ese hombre me caería bien, creo –dijo K.
–Dudo mucho que ese hombre te cayera bien –dijo Amalia–, quizá su esposa. Pero no os quiero importunar más, me voy a dormir y voy a tener que apagar la luz, por los padres; aunque se duermen en seguida, después de una hora ya se les ha acabado el sueño real y entonces les molesta cualquier resplandor. Buenas noches.
Y, en efecto, al poco rato todo se quedó a oscuras y Amalia puso un colchón en el suelo al lado de sus padres y allí se hizo la cama.
–¿Quién es ese joven del que ha hablado? –preguntó K.
–No lo sé –dijo Olga–, tal vez Brunswick, aunque no le va nada, pero quizá otro. No es fácil entenderla de forma adecuada porque no se sabe si habla irónicamente o en serio.
–¡Deja las interpretaciones! –dijo K–. ¿Cómo te has vuelto tan

dependiente de ella? ¿Era así antes de la desgracia u ocurrió después? ¿Nunca has tenido el deseo de independizarte de ella? ¿Y está fundada racionalmente esa dependencia? Ella es la más joven y como tal tendría que obedecer. Inocente o culpable ha traído la desgracia a la familia. En vez de pediros perdón cada día, lleva la cabeza más alta que todos, no se preocupa de nada salvo de los padres y por condescendencia, no quiere ponerse al corriente de nada, como ella se expresa, y cuando habla con vosotros, entonces es la mayoría de las veces en serio, pero suena irónico. O domina por su belleza, que tú mencionas a veces. Pero los tres sois muy similares, y lo que la diferencia a ella de vosotros dos resulta favorable para ella; ya la primera vez que la vi me horrorizó su mirada hosca y dura. Y, sin embargo, es la más joven, aunque nada en su exterior lo muestre; tiene el aspecto sin edad de las mujeres que apenas envejecen y que apenas han sido realmente jóvenes. Tú la ves todos los días y no notas la dureza de su rostro. Por eso, si lo pienso, tampoco puedo tomar en serio la inclinación de Sortini, quizá sólo quería castigarla con la carta, no llamarla.
–No quiero hablar de Sortini –dijo Olga–, con los señores del castillo todo es posible, ya se trate de la muchacha más bella o más fea. Por lo demás, te equivocas completamente respecto a Amalia. No tengo ningún motivo especial para congraciarte con Amalia y si lo intento sólo lo hago por ti. Amalia fue, en cierto modo, el origen de nuestra desgracia, eso es seguro, pero ni siquiera nuestro padre, que ha sido el más afectado por la desgracia y que nunca se ha mordido la lengua, ni siquiera él ha dicho a Amalia una palabra de reproche, ni en los peores tiempos. Y no precisamente porque hubiese aprobado el comportamiento de Amalia; ¿cómo habría podido él, un admirador de Sortini, aprobarlo? No podía comprenderlo, lo habría sacrificado todo en aras de Sortini, pero no como realmente ocurrió, con un Sortini probablemente dominado por la ira, y digo «probablemente» porque ya no supimos más de Sortini; si con anterioridad había sido reservado, desde aquel momento fue como si no existiese. Y tendrías que haber visto a Amalia en aquel tiempo. Sabíamos que no se nos impondría ningún castigo expreso. Simplemente se apartaron de nosotros, tanto la gente de aquí como la del castillo. Pero mientras notábamos cómo la gente del pueblo nos evitaba, respecto a la del castillo no notábamos nada. Tampoco antes habíamos notado ninguna asistencia del castillo, ¿cómo podíamos entonces notar un cambio? Esa tranquilidad fue lo peor, y no la conducta evasiva de la gente, pues los habitantes del pueblo no lo habían hecho por convicción, tal vez ni siquiera tenían algo serio contra nosotros, el actual desprecio aún no existía, sólo lo habían hecho por miedo y se limitaban a esperar para ver cómo se

desarrollaban los acontecimientos. Tampoco teníamos que temer ninguna necesidad, nos habían pagado todos los deudores, los negocios que cerramos nos resultaron ventajosos, lo que nos faltaba en alimentos nos lo proporcionaron nuestros parientes, fue fácil, estábamos en tiempo de cosecha, si bien es cierto que no teníamos campos y nadie nos dejó trabajar en ningún lado: por primera vez en nuestra vida quedamos condenados al ocio. Y entonces nos sentamos juntos con las ventanas cerradas en el calor de julio y agosto. No ocurrió nada. Ninguna citación, ninguna noticia, ninguna visita, nada.

–Bueno –dijo K–, como no ocurría nada y tampoco se esperaba ningún castigo expreso, ¿de qué teníais miedo? ¿Qué clase de personas sois vosotros ?

¿Cómo puedo explicártelo? –dijo Olga–. No temíamos lo venidero, ya padecíamos bajo nuestra situación, nos hallábamos en medio del castigo. La gente del pueblo se limitaba a esperar a que nos acercásemos a ellos, a que nuestro padre volviese a abrir su taller, que Amalia, que sabía confeccionar bonitos vestidos, volviese a aceptar pedidos, si bien sólo para los más ricos, a la gente le daba pena lo que habían hecho. Cuando en el pueblo se aísla repentinamente a una familia de buena reputación, todos padecen alguna desventaja por ello; cuando se apartaron de nosotros, creyeron estar cumpliendo con su deber, tampoco nosotros hubiésemos hecho otra cosa en su lugar. No habían sabido con exactitud qué había ocurrido, sólo que el mensajero había regresado a la posada de los señores con la mano llena de trozos de papel; Frieda le había visto salir y regresar, había hablado unas palabras con él y había difundido rápidamente lo poco de lo que se había enterado, pero tampoco por hostilidad hacia nosotros, sino sólo por cumplir con su deber, como habría sido el deber de cualquier otro en el mismo caso. Y entonces la gente habría preferido más que nada una feliz solución de todo el problema. Si hubiésemos llegado repentinamente con la noticia de que todo estaba arreglado, de que, por ejemplo, sólo se había tratado de un malentendido ya completamente aclarado, o que había sido una falta ya reparada o –incluso esto habría satisfecho a la gente– que mediante nuestras conexiones en el castillo habíamos conseguido que se olvidara el asunto, nos habrían recibido con los brazos abiertos, nos habrían besado y abrazado, se habrían organizado fiestas, ya he conocido algo parecido con otros. Pero ni siquiera habría sido necesaria una noticia como ésa, si hubiésemos venido por propia voluntad y les hubiésemos ofrecido reanudar nuestras antiguas relaciones, sin perder ninguna palabra sobre el asunto de la carta, eso habría bastado; con alegría habrían renunciado a mencionar la carta, junto al miedo había sido ante

todo lo delicado del asunto el motivo de que se apartasen de nosotros, simplemente no querían oír nada sobre el asunto, ni hablar, ni pensar, ni quedar afectados de ningún modo por él. Cuando Frieda traicionó lo ocurrido, no lo hizo para regocijarse con ello, sino para resguardarse ella misma y resguardar a los demás de sus efectos, quiso llamar la atención de la comunidad de que había ocurrido algo de lo que había que apartarse con el mayor cuidado posible. No nos tomaban en consideración a nosotros, como familia, sino sólo a causa del asunto en el que habíamos quedado involucrados. Así que si hubiésemos vuelto a salir, si hubiésemos dejado descansar el pasado, si hubiésemos mostrado con nuestro comportamiento que habíamos superado el asunto, fuera de la manera que fuese, la opinión pública habría llegado a la convicción de que el asunto, cualquiera que hubiese sido, no volvería a ser objeto de conversación; entonces todo también habría acabado bien, habríamos encontrado en todas partes la antigua complacencia; aun cuando nosotros sólo hubiésemos olvidado parcialmente el asunto, lo habrían comprendido y nos habrían ayudado a olvidarlo por completo. En vez de eso nos sentábamos en casa; no sé a qué esperábamos, bien podía ser a la decisión de Amalia, en aquella mañana había arrebatado para sí el liderazgo de la familia y lo mantuvo con fuerza, y todo sin ninguna ceremonia especial, sin órdenes, sin súplicas, prácticamente por medio de su silencio. Los demás teníamos, es cierto, mucho que consultar, era un continuo murmullo de la mañana hasta la noche y a veces me llamaba mi padre repentinamente angustiado y yo pasaba casi toda la noche en el borde de su cama. O a veces nos acurrucábamos juntos Barnabás y yo, mi hermano comprendía poco de todo el asunto y no cesaba de reclamar ardientemente explicaciones, siempre las mismas, sabía de sobra que los años de despreocupación que a otros esperaban a su edad habían desaparecido, así que nos sentábamos juntos, de forma muy parecida a como estamos sentados tú y yo, y olvidábamos que era de noche y que volvía a hacerse de día. Nuestra madre era la más débil de todos nosotros, y esto porque no sólo había padecido el dolor general sino también el dolor de cada uno de los demás, y pudimos percibir con horror las alteraciones que se producían en ella y que, como sospechábamos, esperaban a toda la familia. Su lugar favorito era la esquina de un canapé, hace tiempo que ya no lo tenemos, se encuentra en el gran salón de Brunswick, allí se sentaba y –no se sabía muy bien qué ocurría– dormitaba o mantenía consigo misma, como los labios parecían indicar, largas conversaciones. Era tan natural que hablásemos continuamente del asunto de la carta, que profundizásemos en él, en todos los detalles seguros y en todas las inseguras posibilidades, y que

continuamente nos superásemos mutuamente en la búsqueda de medios para conseguir una buena solución, era tan natural e inevitable, pero no era bueno, caímos más y más profundamente en el foso del que queríamos escapar. ¿Y de qué servían esas espléndidas ocurrencias? Ninguna de ellas se podía realizar sin Amalia, todo eran meros preparativos, auténticos absurdos, ya que sus resultados no llegaban hasta Amalia y, si hubiesen llegado hasta ella, sólo habrían encontrado su silencio. Bueno, afortunadamente, hoy conozco mejor que entonces a Amalia. Ella soportó más que los demás, resulta incomprensible cómo lo ha podido soportar y que aún viva entre nosotros. Tal vez nuestra madre soportó toda nuestra pena, la soportó porque penetró violentamente en ella y no la tuvo que soportar mucho tiempo; si aún la soporta hoy, no se puede decir, ya entonces su mente estaba nublada. Pero Amalia no sólo soportó la pena, sino que además poseía el entendimiento de penetrarla con la mirada, nosotros sólo veíamos las consecuencias, ella veía el motivo, nosotros teníamos esperanza en encontrar algún medio, por pequeño que fuese, ella sabía que todo estaba decidido, nosotros teníamos que murmurar, ella tenía que callar. Ella estaba cara a cara con la verdad y vivió y soportó esa vida como lo sigue haciendo hoy. Qué bien nos iba a nosotros en nuestra necesidad en comparación con ella. Cierto, tuvimos que abandonar nuestra casa, Brunswick la ocupó, nos asignaron esta chabola y con un carro de mano trajimos nuestras posesiones en varios viajes, Barnabás y yo tirábamos, nuestro padre y Amalia ayudaban en la parte trasera, nuestra madre, a la que habíamos traído con anterioridad, nos recibió, sentada en una caja, sin dejar de gemir en voz baja. Pero recuerdo que Barnabás y yo, durante los fatigosos viajes –que también fueron humillantes, pues con frecuencia nos encontrábamos con carros que venían de cosechar y cuyos tripulantes callaban ante nosotros y desviaban la mirada–, ni siquiera podíamos dejar de hablar de nuestras preocupaciones y de nuestros planes, a veces quedábamos tan sumidos en nuestra conversación que nos deteníamos y mi padre se veía obligado a llamarnos la atención para recordarnos nuestro deber. Pero todas esas conversaciones no lograron cambiar nuestra vida después de la mudanza, sólo que comenzamos paulatinamente a notar nuestra pobreza. Las provisiones de los parientes se acabaron, nuestras existencias casi habían llegado a su fin, en aquel tiempo comenzó a desarrollarse el desprecio contra nosotros, como tú lo conoces. Se notó que no disponíamos de la fuerza necesaria para salir del asunto de la carta y eso se nos tomó muy a mal; no menospreciaban la pesada carga de nuestro destino, pese a que no la conocían con exactitud; si la hubiésemos superado, nos habrían

honrado, pero como no lo habíamos conseguido, hicieron definitivamente lo que hasta ese momento sólo habían hecho provisionalmente, nos excluyeron de todos los círculos; sabían que probablemente nadie habría pasado la prueba mejor que nosotros, pero aún más necesario, por esa razón, era separarse completamente de nosotros. A partir de entonces ya no se hablaba de nosotros como si fuésemos seres humanos, ya no se volvió a pronunciar nuestro apellido, se nos llamaba por Barnabás, el más inocente de nosotros; incluso nuestra chabola cobró mala fama y si tú reflexionas, también reconocerás que al entrar en ella por primera vez creíste percibir la justificación de ese desprecio; más tarde, cuando volvieron a visitarnos algunas personas, arrugaron la nariz por las cosas más insignificantes, por ejemplo porque la lámpara de aceite cuelga sobre la mesa, a ellos eso les parecía insoportable. Pero si colgábamos la lámpara en otro sitio, su aversión no cambiaba en nada. El mismo desprecio afectaba a todo lo que éramos y teníamos.

CAPÍTULO XIX

¿Y qué hicimos nosotros mientras tanto? Lo peor que podíamos hacer, algo por lo que podríamos haber sido despreciados con más razón de lo que fuimos: traicionamos a Amalia, desobedecimos su orden silenciosa; no podíamos seguir viviendo así, sin ninguna esperanza, por lo que comenzamos a suplicar y a asediar el castillo, cada uno a su manera, ojalá pueda perdonarnos. No obstante, sabíamos que no estábamos en disposición de subsanar nada, también sabíamos que la única conexión esperanzada que teníamos con el castillo, la de Sortini, la del funcionario que sentía inclinación por nuestro padre, se había vuelto inaccesible debido a los acontecimientos; sin embargo, nos pusimos manos a la obra. Nuestro padre fue quien comenzó, comenzaron los absurdos peregrinajes hacia el director, los secretarios, los abogados, los escribientes, la mayoría de las veces no le recibieron y cuando él, por astucia o casualidad, logró que le recibieran –cómo nos llenábamos de júbilo con esa noticia y nos frotábamos las manos– fue rechazado lo más rápidamente posible y no fue recibido otra vez. También era demasiado fácil responderle, el castillo lo tiene siempre tan fácil. ¿Qué quería? ¿Qué le había ocurrido? ¿Para qué pedía una disculpa? ¿Cuándo y por quién se había movido un dedo contra él en el castillo? Cierto, se había empobrecido, había perdido su clientela, etc., pero ésos eran sucesos de la vida cotidiana, asuntos profesionales y de mercado, ¿tenía que ocuparse el castillo de todo? En realidad ya se ocupaba de todo, pero no podía intervenir groseramente en el desarrollo de los

acontecimientos, simple y llanamente para servir los intereses de un particular. ¿Debía enviar a sus funcionarios para que corriesen detrás de los clientes e intentar traerlos por la fuerza? Pero, objetaba entonces nuestro padre –nosotros tratábamos estas cosas con toda exactitud en casa, tanto antes como después, en un rincón, como ocultándonos de Amalia, que si bien se daba cuenta de todo, no intervenía–, pero, como decía, entonces objetaba nuestro padre que él no se quejaba de su empobrecimiento, todo lo que había perdido lo recuperaría con facilidad, todo eso era accesorio si se le perdonaba. Pero ¿qué se le tenía que perdonar? Se le respondía, a ellos no les había llegado ninguna demanda, al menos aún no constaba en las actas, cuando menos no en las actas accesibles a los abogados, en consecuencia, en lo que podía confirmarse, ni se había emprendido algo contra él, ni había nada en curso. ¿Podía mencionar alguna disposición emitida contra él? Nuestro padre no podía. ¿O se había producido la intervención de un órgano oficial? De eso nuestro padre no sabía nada. Bueno, si no sabía nada y si no había ocurrido nada, ¿qué quería entonces? ¿Qué se le podía perdonar? Como mucho que molestara a la administración sin ningún motivo, pero precisamente eso era imperdonable. Nuestro padre no cejó, en aquel entonces aún era muy fuerte y el ocio obligado le proporcionaba todo el tiempo que quería. «Recobraré el honor de Amalia, no durará mucho», nos decía a Barnabás y a mí varias veces al día, pero en voz muy baja, pues Amalia no podía oírlo; sin embargo sólo lo decía por Amalia, ya que en realidad no pensaba en recobrar su honor, sino sólo en el perdón. Pero antes de recibir el perdón tenía que establecer la culpa y ésta se la negaron una y otra vez en la administración. Se le ocurrió –y esto mostró que ya estaba perturbado mentalmente– que le ocultaban la culpa porque no pagaba lo suficiente; hasta ese momento había pagado siempre las tasas establecidas que, al menos para nuestra situación, eran lo suficientemente elevadas. Pero ahora creyó que tenía que pagar más, lo que no era cierto, pues nuestra administración acepta sobornos, aunque sólo para simplificar las cosas y evitar conversaciones innecesarias, pero con ellos no se puede lograr nada. Como era la esperanza de mi padre, no le quisimos molestar. Vendimos lo que nos quedaba –era casi lo imprescindible– para suministrarle a nuestro padre los medios para seguir investigando y durante mucho tiempo tuvimos la satisfacción todos los días de que nuestro padre, cuando se despedía por la mañana, pudiese al menos contar con algunas monedas en el bolsillo. Nosotros, sin embargo, padecíamos hambre durante todo el día, mientras que lo único que conseguimos con el dinero fue que nuestro padre se mantuviese en un estado de esperanzada alegría.

Esto, sin embargo, no se podía decir que fuese una ventaja. Él se atormentaba con sus peregrinajes y lo que sin dinero habría encontrado un merecido fin, se prolongó en el tiempo. Como a cambio de su dinero no podía recibir ningún rendimiento extraordinario, algún escribiente intentaba de vez en cuando, al menos en apariencia, rendir algo, entonces prometía investigaciones, indicaba que ya se habían encontrado ciertas pistas que no se seguirían para cumplir el deber, sino sólo por afecto a nuestro padre, quien en vez de tornarse escéptico era cada vez más crédulo. Regresaba con una de esas absurdas promesas como si trajera una bendición a la casa y resultaba patético ver cómo siempre a espaldas de Amalia, haciendo señas hacia ella con una sonrisa desfigurada y los ojos muy abiertos, nos quería dar a entender cómo la salvación de Amalia, que no sorprendería a nadie más que a ella, estaba muy cerca gracias a sus esfuerzos, pero que todo era aún un secreto y nosotros teníamos que guardarlo muy bien. Todo esto habría durado mucho tiempo si, finalmente, no nos hubiese sido imposible proporcionarle más dinero. Aunque mientras tanto Barnabás, después de muchas súplicas, había sido admitido por Brunswick como ayudante –si bien de tal manera que tenía que recoger los encargos en la oscuridad de la noche y devolverlos de la misma forma, no obstante, hay que reconocer que Brunswick asumió un riesgo para su negocio por nuestra causa, pero por ello pagaba muy poco a Barnabás y el trabajo de Barnabás no tiene mácula–, pero ese salario apenas bastaba para sacarnos del hambre. Con muchas preparaciones y con gran delicadeza le anunciamos a nuestro padre la interrupción de nuestras ayudas monetarias, pero lo tomó con gran tranquilidad. En el estado en que se encontraba su mente ya no era capaz de comprender lo vano de sus intervenciones, pero estaba cansado de las continuas decepciones. Aunque dijo –ya no hablaba con tanta claridad como antes, había hablado casi con demasiada claridad– que sólo habría necesitado muy poco dinero más, que al día siguiente o incluso ese mismo día lo podría saber todo y que entonces su esfuerzo habría sido inútil, que sólo habría fracasado por culpa del dinero etc., el tono con que lo decía mostraba que no se creía lo que estaba diciendo. Además, en seguida forjó nuevos planes. Como no había sido capaz de demostrar la culpa y, en consecuencia, no pudo conseguir nada por la vía oficial, quiso abordar personalmente a los funcionarios. Entre ellos había algunos que tenían un corazón bueno y compasivo, que si bien no lo podían mostrar en su cargo, sí cuando no lo ejercían, cuando se les sorprendía en el momento adecuado.

Aquí, K, que había estado escuchando absorto a Olga, interrumpió su relato con la pregunta:

–¿Y tú no lo consideras correcto?

Aunque el posterior relato le tenía que dar la respuesta a su pregunta, lo quería saber en seguida.

–No –dijo Olga–, no se puede hablar de compasión o de nada parecido. Tan jóvenes e inexpertos como éramos, eso lo sabíamos muy bien y también nuestro padre lo sabía, naturalmente, pero lo había olvidado, esto como casi todo lo demás. Había concebido el plan de situarse en la carretera principal, cerca del castillo, por donde pasaban los coches de los funcionarios, y siempre que pudiera presentar su solicitud de perdón. Dicho con sinceridad, un plan demencial, incluso si hubiese ocurrido lo imposible y su solicitud hubiese llegado realmente hasta el oído de un funcionario. ¿Acaso puede perdonar un solo funcionario? Eso tendría que ser competencia de la administración en conjunto, pero incluso ésta probablemente no puede perdonar, sólo juzgar. Ahora bien, ¿puede hacerse una idea del asunto un funcionario, incluso en el caso de que se bajase y se ocupase de él, en virtud de lo que nuestro pobre, cansado y viejo padre le murmura? Los funcionarios son muy instruidos, pero también parciales, en su especialidad un funcionario deduce de una palabra cadenas enteras de pensamientos, pero se puede intentar aclararles cosas que no son de su departamento durante horas, quizá asientan amablemente con la cabeza, pero no comprenderán nada. Todo esto es evidente, intenta comprender los pequeños asuntos oficiales que le incumben a un funcionario, problemas minúsculos que él soluciona con un encogerse de hombros, intenta comprenderlos a fondo y para ello necesitarás toda la vida y aun así no llegarás al final. Pero si nuestro padre hubiese dado con un funcionario competente, éste no podría solucionar nada sin las actas previas y, por supuesto, tampoco en medio de la carretera principal; un funcionario competente no puede perdonar, sino archivar oficialmente el caso y para eso indicar de nuevo la vía oficial, pero conseguir algo en esta vía le habría sido completamente imposible a nuestro padre. Hasta qué punto había llegado nuestro padre para querer poner en práctica semejante plan. Si hubiese una oportunidad, por muy lejana que fuese, la carretera principal estaría llena de pedigüeños, pero como aquí se trata de una imposibilidad, de la que para darse cuenta sólo se necesita una educación básica, está completamente vacía. Quizá eso fortaleciese la esperanza de nuestro padre, él la alimentaba de todo lo que encontraba. Aquí resultaba muy necesario, el sentido común no tenía por qué perderse en grandes reflexiones, tenía que reconocer claramente la imposibilidad en lo más superficial. Cuando los funcionarios se trasladan al pueblo o regresan al castillo, esos viajes no son de ocio, en el pueblo y en el castillo les espera el trabajo, por eso

viajan a la mayor velocidad. Ni siquiera se les ocurre mirar por la ventanilla y buscar allí peticionarios, sino que los coches están llenos de actas y expedientes que los funcionarios estudian ininterrumpidamente.
–Pero yo –dijo K– he visto el interior de un trineo de funcionarios en el que no había expedientes.
En el relato de Olga se le abría la perspectiva de un mundo tan grande e inverosímil que no podía evitar confrontarlo con su pequeña experiencia para, de ese modo, convencerse más claramente de la existencia de ese mundo, así como de la existencia del suyo propio.
–Es posible –dijo Olga–, pero entonces es peor, pues el funcionario está ocupado en asuntos tan importantes que los expedientes son demasiado valiosos o demasiado voluminosos para poder llevarlos consigo, esos funcionarios avanzan al galope. En todo caso, para nuestro padre, ninguno de ellos tuvo tiempo. Y, además, hay varias carreteras que llevan al castillo. De repente una se pone de moda, entonces la mayoría utiliza ésa, luego se pone otra, y todos quieren circular por ella. Aún no se sabe mediante qué reglas se produce ese cambio. A las ocho de la mañana todos van por una carretera, una media hora después, todos por otra, diez minutos más tarde, por una tercera, una media hora después quizá otra vez por la primera y por ella se sigue circulando durante todo el día, pero en cualquier instante existe la posibilidad de un cambio. Aunque en las proximidades del pueblo convergen todas las carreteras en una, por ella los coches pasan a toda velocidad, mientras que en las cercanías del castillo la velocidad es moderada. Pero así como el tráfico respecto a las carreteras no obedece a ninguna regla y resulta impredecible, lo mismo ocurre con el número de los coches. Con frecuencia hay días en los que no pasa un solo coche, pero luego sigue un día en el que circula un gran número de ellos. Y ahora imagínate a nuestro padre en la carretera. Todas las mañanas, con su mejor traje, que es lo único que le quedaba, salía de la casa acompañado de nuestras bendiciones. Se llevaba un pequeño distintivo del cuerpo de bomberos que ha conservado injustamente y se lo ponía en cuanto salía del pueblo, en él tiene miedo de mostrarlo a pesar de que es muy pequeño y de que apenas se puede distinguir a dos pasos de distancia, pero según la opinión de nuestro padre debería servir para llamar la atención de los funcionarios sobre él. No muy lejos de la entrada al castillo hay un establecimiento de horticultura, pertenece a un tal Bertuch, que suministra hortalizas al castillo, allí, en el delgado borde de la base que sustentaba la verja del huerto, escogió nuestro padre su sitio. Bertuch lo toleró porque había tenido amistad con mi padre y también había pertenecido a sus clientes más fieles; por lo demás, él tiene un pie deforme y creía que sólo nuestro padre era

capaz de hacerle un zapato que se adaptara perfectamente a su defecto. Así que allí permanecía nuestro padre sentado, día tras día; fue un otoño lluvioso, pero el tiempo le era completamente indiferente, por la mañana, a una hora determinada, tenía la mano en el picaporte de la puerta y nos hacía señal de despedida, por la noche regresaba empapado, parecía como si se fuese encorvando cada vez más, y se arrojaba en el rincón. Al principio nos contaba sus pequeños acontecimientos, por ejemplo que Bertuch por compasión y en recuerdo de su antigua amistad le había arrojado una manta sobre la verja, o que en los coches que pasaban había creído reconocer a tal o cual funcionario o que de vez en cuando algún cochero le reconocía y le rozaba con el látigo de broma. Más tarde dejó de contar esas cosas, era evidente que ya no tenía esperanzas de lograr nada, simplemente consideraba su deber, su aburrida profesión, irse hasta allí y pasar el día. Entonces comenzaron sus dolores reumáticos, el invierno se acercaba, cayó nieve antes de lo esperado, aquí el invierno comienza muy pronto, y se tuvo que sentar sobre la piedra mojada o sobre la nieve. Por la noche gemía por los dolores, por las mañanas a veces se sentía inseguro de si debía salir, pero lograba superarse y partía. Nuestra madre se aferraba a él y no quería dejarle marchar, él, tal vez angustiado por sus desobedientes miembros, le permitía acompañarle, así que también nuestra madre comenzó a sufrir dolores. Con frecuencia estábamos con ellos, les llevábamos comida o simplemente les hacíamos una visita, otras veces intentábamos convencerles para que regresasen; cuántas veces les encontramos allí acurrucados, abrazándose en la estrechez de su asiento, tapados con una delgada manta que apenas los cubría, rodeados sólo de nieve y niebla y días enteros sin ningún ser humano ni ningún coche hasta donde alcanzaba la vista. ¡Qué visión!, K, ¡qué visión! Hasta que una mañana las piernas rígidas de nuestro padre ya no le pudieron sacar de la cama; estaba desconsolado, en su delirio creía ver cómo. paraba un coche al lado del establecimiento de Bertuch, bajaba un funcionario, buscaba en la verja a nuestro padre y sacudiendo la cabeza y enojado regresaba al coche. Nuestro padre emitía tales gritos como si quisiera llamar la atención del funcionario desde allí abajo y explicarle que se había ausentado sin culpa. Y fue una larga ausencia, ya no regresó más, tuvo que permanecer semanas enteras en la cama. Amalia asumió su cuidado, el tratamiento, todo, y así ha seguido con pausas hasta ahora. Ella conoce hierbas medicinales que tranquilizan los dolores, apenas necesita dormir, nada le asusta, no teme a nada, jamás se muestra impaciente, ella realizó todo el trabajo relativo a nuestros padres; mientras nosotros, en cambio, sin poder ayudar en nada, rondábamos

intranquilos, ella se mantenía en todo fría y silenciosa. Una vez que hubo transcurrido lo peor y nuestro padre, cuidadosamente y apoyado a izquierda y derecha, logró salir de la cama, Amalia volvió a retirarse en seguida y nos lo dejó a nosotros.

CAPÍTULO XX

Entonces se trataba de encontrar cualquier ocupación a nuestro padre de la que aún fuera capaz, algo que al menos mantuviese en él la creencia de que servía para liberar a la familia de la culpa. Encontrar algo semejante no era difícil, en el fondo todo podía ser tan útil como sentarse ante el huerto de Bertuch, pero yo encontré algo que incluso a mí me dio una esperanza. Siempre que en los organismos de la administración o entre los escribientes se hablaba de nuestra culpa, se mencionaba la ofensa al mensajero de Sortini, nadie osaba llegar más lejos. Bueno, me dije, si la opinión pública, aunque sólo sea en apariencia, únicamente sabe de la ofensa al mensajero, todo se podría arreglar, al menos en apariencia, si nos pudiésemos reconciliar con el mensajero. No se había presentado ninguna denuncia, como nos explicaron, el asunto aún no estaba en manos de la administración, así que dependía enteramente del mensajero, de su persona, pues sólo se trataba del hecho de perdonarnos. Todo eso podía no tener ninguna importancia decisiva, era sólo apariencia y podía ser que no diese ningún resultado, pero a nuestro padre le alegraría y podría resarcirse algo con los informadores que tanto le habían atormentado. Primero, ciertamente, había que encontrar al mensajero. Cuando le conté mi plan a nuestro padre, al principio se enojó mucho, se había vuelto muy caprichoso, en parte creía, lo que se desarrolló durante su enfermedad, que le habíamos impedido lograr el éxito final, primero al interrumpir el suministro de dinero, luego al mantenerle en la cama, en parte también porque ya era incapaz de asumir pensamientos ajenos. No había terminado de contárselo, cuando ya había rechazado mi plan; según su opinión, tenía que seguir esperando ante el huerto de Bertuch y como ya no sería capaz de ir diariamente, le tendríamos que llevar en la carretilla. Pero yo no cejé y poco a poco se fue reconciliando con la idea, lo único que le molestaba de ella era que en ese asunto dependía completamente de mí, pues sólo yo había visto al mensajero aquella mañana, él no le conocía. Cierto, un sirviente se asemeja al otro, y no estaba muy segura de poder reconocerle otra vez. Comenzamos a frecuentar la posada de los señores y a buscar entre el servicio que solía aparecer por allí. Había sido un criado de Sortini y Sortini ya no volvió a bajar al pueblo, pero los señores cambian con frecuencia de

sirvientes, se le podía encontrar en el grupo de otro señor y si no se le podía encontrar al menos se podría averiguar algo preguntando a los otros sirvientes. Para esto, sin embargo, había que pasar todas las noches en la posada y la gente no se encontraba a gusto en nuestra presencia, menos en un lugar como ése; como clientes que pagan no podíamos aparecer. Pero resultó que nos podían necesitar, ya sabes el tormento que suponía la servidumbre para Frieda, en el fondo se trata de gente tranquila, mal acostumbrada por un servicio fácil y holgazana, «¡que te vaya como a un sirviente!», reza una de las bendiciones de los funcionarios y en efecto, en lo que respecta a la buena vida, los sirvientes son los auténticos señores en el castillo; ellos también saben apreciarlo en lo que vale y en el castillo, donde se mueven según sus propias leyes, son silenciosos y dignos, eso me lo han confirmado con frecuencia y también aquí, entre los sirvientes, se encuentran restos de ello, pero sólo restos, en lo demás, como las leyes del castillo no poseen una validez completa en el pueblo, parecen transformados, se convierten en un grupo salvaje e insubordinado, sin que sus instintos insaciables queden dominados por las leyes. Su desvergüenza no conoce límites, es una suerte para el pueblo que sólo puedan abandonar la posada obedeciendo órdenes, pero en la posada no cabe otro remedio que bregar con ellos; a Frieda le resultaba muy difícil, así que le vino muy bien que me utilizasen a mí para tranquilizar a la servidumbre; desde hace más de dos años paso como mínimo dos noches enteras a la semana en el establo con la servidumbre. Antes, cuando nuestro padre aún podía ir a la posada de los señores, dormía en cualquier lado en la taberna y así podía esperar las noticias que yo le traía por la mañana temprano. Eran pocas. Al mensajero no le hemos encontrado hasta hoy, aún debe de estar al servicio de Sortini, quien le aprecia mucho, y ha debido de seguirle cuando Sortini se retiró a oficinas alejadas. Durante todo este tiempo tampoco le han visto los sirvientes, y si alguno dice que sí, se trata de un error. Así que en realidad mi plan había fracasado, aunque no completamente: es indudable que no hemos encontrado al mensajero y que nuestro padre, al tener que recorrer el camino hasta la posada y pernoctar allí, tal vez incluso debido a la compasión que sentía por mí, en la medida en que era capaz de sentirla, empeoró y se halla desde hace dos años en este estado en que tú le has visto, y quizá le vaya mejor que a nuestra madre, cuyo fin esperamos cualquier día y que sólo se retrasa gracias a los esfuerzos sobrehumanos de Amalia. Pero lo que he logrado en la posada de los señores ha sido cierta conexión con el castillo, no me desprecies si digo que no me arrepiento de lo que he hecho. ¿De qué gran conexión con el castillo se puede tratar?, te preguntarás. Y tienes

razón, no es ninguna gran conexión. Cierto, conozco a muchos sirvientes, casi a todos los sirvientes de los señores, y si alguna vez entrase en el castillo no sería ninguna extraña. También es cierto que sólo son sirvientes en el pueblo, en el castillo son muy diferentes y allí no reconocen a nadie y menos a alguien con quien han tenido tratos en el pueblo, por mucho que juren mil veces en el establo que se alegrarían de verte en el castillo. Por lo demás, ya he experimentado lo poco que significan esas promesas. Pero eso no es lo más importante. No sólo a través de los sirvientes tengo una conexión con el castillo, sino también, y ojalá que sea así, por alguien que me observa a mí y lo que hago desde arriba –siendo la organización de la servidumbre una parte muy importante y delicada del trabajo administrativo–, y esa persona que me observa quizá llegue a un juicio más benevolente sobre mí que otras, quizá reconozca que yo, aunque de una forma lastimosa, lucho por mi familia y continúo los esfuerzos de mi padre. Si se contempla así, quizá también se me perdone que acepte dinero de los sirvientes y lo emplee en mi familia. Y aún he logrado algo más, algo que tú también me reprochas. He sabido a través de los sirvientes cómo se puede ingresar en el servicio del castillo por medio de atajos y sin someterse al procedimiento oficial de selección, tan difícil y que puede durar años, entonces, aunque no se sea un empleado público, sino sólo secreto y parcialmente aceptado, no se tienen ni derechos ni deberes, ni ventajas ni desventajas; lo peor es no tener ventajas, aunque una sí se tiene, que siempre se está cerca de todo, se pueden reconocer oportunidades favorables y aprovecharlas, no se es ningún empleado, pero casualmente se puede encontrar algún trabajo, en ese momento no hay un empleado a mano, una llamada, uno se apresura, y lo que no se era un segundo antes, se es ahora: un empleado. Sin embargo, ¿cuándo se puede encontrar esa oportunidad? A veces en seguida, apenas se ha llegado, surge la oportunidad, no todos tienen la capacidad y la presencia de ánimo como para, en la condición de novato, darse cuenta de ella, pero otras veces dura más años que el procedimiento de selección público y quien sólo ha sido aceptado parcialmente ya no puede aspirar a un ingreso conforme a las normas. Así que aquí hay suficientes inconvenientes. Sin embargo, ellos silencian que en el procedimiento público se selecciona con extremada severidad y que el miembro de una familia de mala fama queda descartado de antemano; si alguien así se somete a ese procedimiento, tiembla durante años ante el resultado, por todas partes le preguntan desde el primer día con asombro cómo ha podido osar algo tan inútil; pero él tiene esperanzas, cómo podría vivir si no, pero después de muchos años, tal vez ya anciano, se entera del rechazo, se entera de

que todo está perdido y de que su vida fue en vano. No obstante, también aquí se producen excepciones, por eso se puede caer tan fácilmente en la tentación. Ocurre que precisamente personas de mala reputación sean admitidas, hay funcionarios que, contra su voluntad, aman el olor de esos tipos; en los exámenes de ingreso olfatean el aire, contraen la boca, ponen los ojos en blanco, un hombre semejante parece obrar para ellos como un estímulo del apetito y tienen que aferrarse con fuerza a los códigos para poder resistir la tentación. Algunas veces eso ayuda a la persona en cuestión no para la admisión, sino para la prolongación infinita del procedimiento de ingreso, que ya no termina, sólo se interrumpe con su muerte. Así pues, tanto el procedimiento legal de admisión como el otro están llenos de dificultades tanto conocidas como ocultas y antes de embarcarse en esa aventura es aconsejable pensarlo muy bien. Bueno, Barnabás y yo nos hemos tomado esto último muy en serio. Siempre que regresaba de la posada de los señores, nos sentábamos juntos, yo le contaba las novedades que había conocido, hablábamos durante días enteros y el trabajo de Barnabás se interrumpía más tiempo del prudencial. Y aquí puedo tener cierta culpa en tu sentido. Sabía que no podía fiarme mucho de las informaciones de los sirvientes. Sabía que nunca tenían ganas de contarme nada del castillo, siempre cambiaban de tema, había que rogarles para que dejaran escapar una palabra, pero luego, cuando estaban en ello, se disparaban, soltaban las cosas más absurdas, fanfarroneaban, se superaban unos a otros en exageraciones e invenciones, de tal forma que en el griterío infinito en el oscuro establo apenas había alguna indicación que correspondiese a la verdad. Yo, sin embargo, se lo volvía a contar todo a Barnabás de la forma en que lo recordaba, y él, que aún no tenía la capacidad de distinguir entre lo verdadero y lo falso y que por la situación de nuestra familia se moría de anhelo por esas cosas, se lo creía todo y ardía en deseos de saber más. Y, efectivamente, mi nuevo plan se centraba en Barnabás. De los sirvientes ya no se podía lograr más. No había quien encontrara al mensajero de Sortini y no se le encontraría jamás, tanto Sortini como su mensajero parecían ir retrocediendo cada vez más, con frecuencia su apariencia y sus nombres caían en el olvido y yo tenía que describirlos largo tiempo para no lograr otra cosa que se acordaran con esfuerzo de ellos pero sin saber decir nada. Y en lo que respecta a mi vida con los sirvientes, naturalmente no tenía ninguna influencia en cómo se juzgaba, sólo podía esperar que se tomara como se tomó y que se redujera algo la culpa de mi familia, pero no recibí ningún signo externo de ello. No obstante, seguí, ya que no veía para mí ninguna otra posibilidad de poder conseguir algo en el castillo. Para Barnabás, sin

embargo, sí vi otra posibilidad. De las informaciones de los sirvientes pude deducir, cuando tenía ganas y siempre tenía de sobra, que alguien que ha sido admitido en el servicio del castillo puede lograr mucho para su familia. Cierto, ¿qué había digno de crédito en esos cuentos? Era imposible distinguirlo, sólo estaba claro que era muy poco. Pues, cuando un sirviente, a quien no volvería a ver o a quien, en el caso de volver a verle, apenas volvería a reconocerle, me aseguraba solemnemente que ayudaría a mi hermano a conseguir un puesto en el castillo o, al menos, a apoyarle cuando Barnabás fuese al castillo, esto es, algo como animarle, pues, según los relatos de los criados, puede ocurrir que los solicitantes de un empleo se desmayen por la larga espera o queden confusos, en cuyo caso están perdidos si no hay amigos que se preocupen de ellos, cuando me contaba todo eso y mucho más, eran seguramente advertencias justificadas, pero las promesas de que iban acompañadas estaban vacías. No para Barnabás, aunque le advertí que no las creyera; el simple hecho de mencionarlas fue suficiente para también hacer suyo mi plan. Mis objeciones apenas le hicieron efecto, en él sólo tenían efecto los relatos de los sirvientes. Y así me quedé dependiendo únicamente de mí misma, pues con mis padres no se podía entender nadie salvo Amalia; conforme seguía con más perseverancia los antiguos planes de mi padre, aunque a mi manera, más se apartó Amalia de mí; ante ti o ante otros habla conmigo, pero nunca cuando estamos solas, para los sirvientes en la posada de los señores fui un juguete que se esforzaban enfurecidos por romper, durante dos años ni siquiera he intercambiado con uno de ellos una palabra confidencial, sólo mentiras, insidias o desvaríos, así que sólo me quedaba Barnabás y Barnabás aún era muy joven. Cuando al transmitirle mis informes veía el brillo de sus ojos, que él ha mantenido desde entonces, me asustaba, pero no desistía, me parecía que había demasiado en juego. Cierto, no tenía los grandes y vacíos planes de mi padre, no tenía esa determinación masculina, permanecí en el desagravio por la ofensa al mensajero y quería que se me reconociera como un mérito esa modestia. Pero lo que a mí me había sido imposible conseguir, lo quería lograr a través de Barnabás y de una forma distinta y segura. Habíamos ofendido a un mensajero y le habíamos ahuyentado de las oficinas más externas, ¿qué podía ser más indicado que ofrecer a un nuevo mensajero en la persona de Barnabás, realizar el trabajo del mensajero ofendido a través del trabajo de Barnabás y así facilitar al ofendido la posibilidad de permanecer en la distancia todo el tiempo que quisiera, todo el tiempo que necesitase para olvidar la ofensa? Me di perfecta cuenta de que en toda la modestia de este plan había cierta arrogancia por mi parte, pues podía despertar la sensación de que

quería dictarle algo a la administración, por ejemplo, cómo debía tratar cuestiones de personal, o podía parecer como si dudásemos de que la administración fuese capaz de resolver la situación por su cuenta y de la mejor forma posible, o de que incluso no hubiesen tomado las medidas necesarias antes de que a nosotros se nos hubiese ocurrido que ahí se podía hacer algo. Sin embargo, creí de nuevo que era imposible que la administración me interpretase tan mal o que ella, si ése fuese el caso, lo hiciera con intención, esto es, que todo lo que yo hago quedase rechazado de antemano y sin ninguna investigación. Así que no cejé y el celo de Barnabás hizo el resto. En esa fase preparatoria Barnabás se volvió tan altanero que, como futuro empleado de las oficinas, consideró el trabajo de zapatero demasiado sucio, sí, incluso se atrevió a contradecir a Amalia cuando ésta habló unas palabras con él, lo que era muy extraño, y además, la contradijo en lo esencial. Le permití esa corta alegría, pues con el primer día que fue al castillo se acabó con la alegría y la altanería, como era de prever. Entonces comenzó a desempeñar ese servicio aparente del que te he hablado. Resulta sorprendente cómo Barnabás entró en el castillo o, mejor, en la oficina que se ha convertido, por decirlo así, en su ámbito laboral. Ese éxito casi me volvió loca al principio, y cuando Barnabás me lo murmuró al oído por la noche cuando regresó a casa, fui hacia Amalia, la abracé, la apreté contra una esquina y la besé con los labios y los dientes hasta que lloró del dolor y del susto. No pude decir nada por la excitación y, además, ya hacía mucho tiempo que no habíamos intercambiado una palabra, lo dejé para los días siguientes. Pero en los días siguientes ya no había nada que decir. Nos quedamos estancados en lo que habíamos logrado tan rápidamente. Durante dos años llevó Barnabás esa vida monótona y opresiva. Los sirvientes fracasaron lastimosamente, yo le di a Barnabás una carta en la que le recomendaba a los sirvientes y que al mismo tiempo les recordaba sus promesas; siempre que veía a un sirviente, sacaba la carta y se la presentaba, por más que a veces se encontrara con sirvientes que no me conocían, y aunque a los que sí me conocían se limitaba a mostrarles la carta sin decir palabra, pues arriba no se atreve a hablar, fue una vergüenza que nadie le ayudara y resultó un alivio, que nos podíamos haber procurado nosotros mismos y desde hacía mucho tiempo, cuando un sirviente, a quien probablemente ya le había mostrado la carta varias veces, formó una bola de papel con ella y la tiró a la papelera. Se me ocurre que al mismo tiempo podría haber dicho: «Así soléis tratar también vosotros las cartas». Pero por muy infructuosa que fuese esa época, en Barnabás ejerció una influencia beneficiosa, si se puede llamar beneficioso a que madurase

prematuramente, a que se convirtiese precozmente en un adulto, incluso en cierta manera con una seriedad y perspicacia que superan el término medio entre los hombres adultos. Con frecuencia me apena contemplarle y compararle con el joven que aún era hace dos años. Y ni siquiera he tenido de él el consuelo y el apoyo que quizá podría darme como hombre. Sin mí no habría llegado al castillo, pero desde que está allí es independiente de mí. Yo soy su única persona de confianza, pero él sólo me cuenta una parte de lo que siente. Me cuenta muchas cosas del castillo, pero de lo que me cuenta, de los pequeños sucesos que me transmite, no se puede comprender ni mucho menos cómo todo eso le ha podido transformar tanto. En especial no se puede comprender por qué ahora que es un hombre ha perdido allá arriba el valor que, cuando joven, llegaba a desesperarnos. Cierto, esa inútil espera día tras día, repitiéndose una y otra vez, sin posibilidades de cambio, desmoraliza, produce indecisión y, finalmente, incapacita para otra cosa que no sea esa eterna espera. Pero ¿por qué no ofreció ninguna resistencia al principio? Porque pronto reconoció que yo había tenido razón y que allí no se podía conseguir nada que retribuyera la ambición, si acaso tal vez para la mejora de nuestra situación familiar. Pues allí todo funciona, si exceptuamos los caprichos de los sirvientes, con modestia, el orgullo busca allí satisfacción en el trabajo y como el asunto mismo es lo que cobra mayor importancia, el orgullo se pierde por completo y no hay espacio para deseos infantiles. Sin embargo, Barnabás, como me contó, creía ver claramente lo grande que era el poder y el saber de esos funcionarios tan discutibles de la oficina en que podía permanecer. Me describió cómo dictaban, rápido, con los ojos semicerrados, y breves ademanes; cómo despachaban, sólo con el dedo índice y sin decir una palabra, a los quejosos sirvientes, que en esos instantes sonreían felices mientras respiraban dificultosamente, o cómo encontraban un pasaje importante en sus libros, llamaban la atención sobre él con una palmada y los demás acudían presurosos, estorbándose mutuamente debido a la estrechez del pasillo, y alargaban los cuellos para poder verlo. Eso y otras cosas similares alimentaban la fantasía de Barnabás acerca de esa gente y tenía la sensación de que si ellos llegaran a fijarse en él y pudiera intercambiar con ellos algunas palabras, no como un extraño, sino como un colega de oficina, aunque subordinado, podría lograr algo impredecible para nuestra familia. Pero no ha llegado tan lejos y Barnabás no se atreve a hacer algo que pudiera aproximarlo a eso, a pesar de que sabe muy bien que pese a su juventud ha ocupado entre nosotros, a causa de las infelices circunstancias, la posición tan cargada de responsabilidad del cabeza de familia. Y para colmo hace una semana llegaste tú. Lo oí mencionar a alguien en la posada de los

señores, pero no me interesé por el asunto. Había llegado un agrimensor, ni siquiera sabía qué profesión era ésa. Pero a la noche siguiente llegó Barnabás a casa –yo solía salir a su encuentro a una hora determinada–, más pronto que de costumbre, miró a Amalia, que en ese instante se encontraba en la habitación, y por eso me sacó a la calle, allí presionó su rostro sobre mi hombro y lloró durante varios minutos. Ha vuelto a ser el joven de antes. Le ha ocurrido algo para lo que no está preparado. Es como si un nuevo mundo se hubiese abierto repentinamente ante él y no pudiese soportar las inquietudes que le produce esa novedad. Y lo único que le ha ocurrido es que ha recibido una carta para ti, pero ciertamente se trata de la primera carta, del primer trabajo que le han encargado.

Olga dejó de hablar. Todo se quedó en silencio, sólo se oía la respiración fatigosa de los padres. K, como para completar el relato de Olga, dijo sin reflexionar:

–Habéis simulado conmigo. Barnabás me trajo la carta como si fuese un mensajero con experiencia y muy ocupado y tanto tú como Amalia, que en esto estaba de acuerdo con vosotros, hicisteis como si el servicio de mensajero y las cartas no fuesen sino algo secundario.

–Tienes que distinguir entre nosotros –dijo Olga–. Barnabás, gracias a las dos cartas, se ha convertido de nuevo en un niño feliz, pese a todas las dudas que tiene en su actividad. Esas dudas sólo las tiene para él y para mí, frente a ti, sin embargo, busca su honor en presentarse como un mensajero real, del modo en que, según su idea, tienen que presentarse los mensajeros de verdad. Por eso, por ejemplo, y aunque su esperanza de recibir un traje oficial ha aumentado, en dos horas tuve que cambiarle tanto el pantalón como para que fuese al menos parecido al pantalón ajustado del traje oficial y así poder darte una buena impresión, ya que tú a este respecto eres fácil de engañar. Así es Barnabás. Amalia, en cambio, desprecia realmente el servicio de mensajero y ahora que Barnabás parece tener algo de éxito, como se puede reconocer fácilmente tanto en él como en mí misma y se puede deducir de nuestros encuentros y cuchicheos, ahora le desprecia aún más que antes. Así pues, ella dice la verdad, no cometas nunca el error de dudar de ello. Pero si yo, K, he menospreciado alguna vez el servicio de mensajero, no ocurrió con la intención de engañarte, sino a causa del miedo. Esas dos cartas que han pasado hasta ahora por las manos de Barnabás son, desde hace tres años, el primer signo de gracia, por muy dudoso que sea, que ha recibido nuestra familia. Este cambio, si realmente se trata de un cambio y no de una ilusión –las ilusiones son más frecuentes que los cambios–, está en relación con tu llegada; nuestro destino, en cierto modo, se ha hecho dependiente de ti, quizá

esas dos cartas sean sólo el inicio y la actividad de Barnabás pueda extenderse más allá del servicio de mensajero que te presta a ti –en eso pondremos nuestras esperanzas tanto tiempo como podamos–, pero por ahora todo apunta en tu dirección. Allí arriba tenemos que contentarnos con lo que se nos da, aquí abajo, en cambio, tal vez podamos hacer algo, esto es: asegurarnos tu favor o, al menos, evitar tu rechazo o, lo que es más importante, protegerte hasta donde alcancen nuestras fuerzas y nuestra experiencia para que contigo no se pierda la conexión con el castillo, de la que tal vez podríamos vivir. ¿Cómo podemos conseguirlo de la mejor manera? Intentando que no alimentes sospechas contra nosotros cuando nos aproximemos a ti, pues aquí eres un extraño y por lo tanto algo sospechoso en todas partes, algo legítimamente sospechoso. Además, a nosotros nos desprecian y tú te ves influido por la opinión general, especialmente a través de tu novia, ¿cómo podemos entonces acercarnos a ti sin, por ejemplo, y aunque nosotros no tengamos esa intención, enfrentarnos a tu novia y, por tanto, sin mortificarte? Y los mensajes que yo he leído detalladamente antes de que tú los recibieras –Barnabás no los ha leído, al ser mensajero no le está permitido– a primera vista no parecían muy importantes, todo lo contrario, parecían anticuados, ellos mismos se quitaban importancia al remitirte al alcalde. ¿Cómo tenemos que comportarnos contigo a este respecto? Si aumentamos su importancia, nos hacemos sospechosos de valorar en demasía algo que es evidente carece de importancia o de ensalzarnos ante ti como los portadores de las noticias, pero si no persiguiésemos tus objetivos, podríamos menospreciar las noticias y engañarte contra nuestra voluntad. Sin embargo, si no atribuimos mucho valor a las cartas, también nos hacemos sospechosos, pues ¿por qué nos ocuparíamos entonces de llevar esas cartas sin importancia a su destinatario? Aquí nuestros actos rebatirían nuestras palabras, pues no sólo no te engañaríamos a ti, al destinatario, sino también a nuestro mandante, que, ciertamente, no nos dio las cartas para que rebajásemos su valor ante el destinatario con nuestras explicaciones. Y encontrar el justo medio entre las exageraciones, esto es, interpretar correctamente las cartas, es imposible, cambian continuamente de valor; las reflexiones a que dan pie son infinitas y el lugar donde uno se detiene viene determinado por la casualidad, así que las opiniones resultantes también son casuales. Y si encima a ello se añade el miedo que tenemos por ti, todo se confunde, no puedes juzgar mis palabras con mucha severidad. Cuando, por ejemplo, como ya ha ocurrido una vez, viene Barnabás con la noticia de que estás insatisfecho con su servicio y él, guiado por el susto, así como, desgraciadamente, por su sensibilidad

de mensajero, considera dimitir de su puesto, entonces estoy dispuesta, para reparar el error, a engañar, mentir, estafar, a realizar cualquier perversidad si puede ayudar. Pero eso lo hago, al menos así lo creo, tanto por ti como por nosotros.
Llamaron. Olga se acercó a la puerta y la abrió. En la oscuridad se vio un resplandor procedente de una linterna sorda. El visitante tardío murmuró algunas preguntas y recibió algunos murmullos de respuesta, pero no quedó satisfecho con ello y quiso entrar en la habitación. Olga no pudo impedírselo y llamó, por lo tanto, a Amalia, de quien esperaba que, para proteger el sueño de sus padres, haría todo lo posible para alejar al visitante. Y, ciertamente, apareció deprisa, echó a Olga hacia un lado, salió a la calle y cerró la puerta tras de sí. Sólo transcurrió un instante y volvió a entrar, tan rápidamente había logrado lo que había sido imposible para Olga.
K se enteró por Olga de que la visita le había concernido a él, había sido un ayudante que le buscaba por encargo de Frieda. Olga había querido protegerle del ayudante; si más tarde quería reconocer ante Frieda su visita, podía hacer lo que quisiera, pero no podía ser descubierto por los ayudantes; K lo aprobó. No obstante, rechazó la oferta de Olga de quedarse a dormir allí y esperar a Barnabás; por él quizá habría aceptado, pues ya era muy tarde y le parecía que, quisiéralo o no, estaba unido de tal manera a esa familia que un alojamiento allí, por otros motivos quizá desagradable, sin embargo, respecto a ese vínculo, sería lo más natural en todo el pueblo, pero rechazó la oferta, la visita del ayudante le había asustado, le resultaba incomprensible cómo Frieda, que conocía su voluntad, y los ayudantes, que habían aprendido a temerle, habían vuelto a unirse de tal manera que Frieda no dudaba en mandarle a uno de ellos, por lo demás a uno solo, mientras el otro se quedaba con ella. Preguntó a Olga si tenía un látigo, pero no tenía, aunque sí una buena vara de mimbre, que K tomó; a continuación, preguntó si había otra salida de la casa; había otra por el patio, pero luego había que trepar por la verja del jardín del vecino y atravesar ese jardín hasta llegar a la calle. Eso es lo que K quiso hacer. Mientras Olga le acompañaba a través del patio hasta la verja, K intentó tranquilizarla lo más rápidamente posible, explicándole que no se había enojado con ella debido a sus ardides en el relato de lo acontecido, sino que lo comprendía muy bien, le agradeció la confianza que había depositado en él y que había demostrado con sus palabras y le encargó que enviase a Barnabás a la escuela en cuanto llegase, aunque fuese por la noche. Aunque los mensajes de Barnabás no constituían su única esperanza, en ese caso su futuro se vería negro, tampoco quería renunciar a ellos, quería atenerse a ellos y no olvidar a Olga, pues para

él Olga era aún más importante que los mensajes: su valor, su prudencia, su astucia, su sacrificio por la familia. Si tuviese que elegir entre ella y Amalia, no le costaría reflexionar mucho. Y le estrechó efusivamente la mano, mientras se disponía a trepar por la verja del jardín vecino.

Cuando se encontró en la calle vio, en la medida en que se lo permitía la oscuridad de la noche, cómo el ayudante seguía yendo y viniendo ante la puerta de la casa de Barnabás, a veces se detenía e intentaba iluminar el interior a través de la ventana cubierta con una cortina. K le llamó; sin asustarse visiblemente, dejó de espiar la casa y se dirigió hacia donde estaba K.

¿A quién buscas? –preguntó K, y probó en su pierna la flexibilidad de la vara de mimbre.

–A ti –dijo el ayudante mientras se aproximaba.

¿Quién eres tú? –dijo repentinamente K, pues no le parecía que fuese el ayudante. Parecía más viejo, cansado y arrugado, aunque con un rostro más lleno, también su paso era muy diferente al paso ágil, como electrizado en las articulaciones de los ayudantes, era más lento, cojeante, enfermizo.

–¿No me reconoces? –preguntó el hombre–. Soy Jeremías, tu antiguo ayudante.

¿Sí? –dijo K, y dejó asomar de nuevo la vara, que había escondido a su espalda–. Pero tu aspecto es muy diferente.

–Es porque estoy solo –dijo Jeremías–, cuando estoy solo, desaparece la alegre juventud.

–¿Dónde está Artur? –preguntó K.

–¿Artur? –preguntó Jeremías–. ¿El niño mimado? Ha abandonado el servicio. Fuiste demasiado duro con nosotros. Su alma delicada no lo ha soportado. Ha regresado al castillo y va a poner una denuncia contra ti.

¿Y tú? –preguntó K.

–Yo he podido permanecer aquí, Artur también pone la denuncia en mi nombre.

¿De qué os quejáis? –preguntó K.

–De que no entiendes ninguna broma –dijo Jeremías–. ¿Qué hemos hecho? Hacer unas cuantas bromas, reírnos un poco, importunar algo a tu novia. Todo, por lo demás, según lo que nos encargaron. Cuando Galater nos envió a ti...

¿Galater? –preguntó K.

–Sí, Galater –dijo Jeremías–, entonces representaba a Klamm. Cuando nos envió a ti, dijo –lo recuerdo muy bien pues a eso apelamos– que nosotros íbamos como los ayudantes del agrimensor. Nosotros dijimos: no entendemos nada de ese trabajo. Él respondió: eso no es lo más

importante; si es necesario, él os instruirá al respecto. Pero lo más importante es que le entretengáis un poco. Me han informado de que todo se lo toma muy a pecho. Acaba de llegar al pueblo y ya le parece un gran acontecimiento, pero en realidad no significa nada. Eso es lo que le tenéis que transmitir.

–Bien –dijo K–, ¿ha tenido razón Galater y habéis cumplido su encargo?

–No lo sé –dijo Jeremías–, tampoco ha sido posible en un tiempo tan breve. Sólo sé que tú has sido muy grosero y por eso nos quejamos. No entiendo cómo tú, que no eres más que un empleado y ni siquiera un empleado del castillo, no puedes comprender que nuestro servicio es un trabajo duro y que es muy injusto dificultar a propósito y de forma tan infantil la labor de los trabajadores como tú has hecho. Te recuerdo la desconsideración con la que nos dejaste que nos congeláramos en la verja o cómo golpeaste con el puño a Artur cuando se encontraba en el jergón, un hombre a quien una palabra negativa le duele durante días, o cómo me perseguiste a mí por la nieve en plena noche, por lo que necesité una hora para recuperarme de la persecución. ¡Ya no soy joven!

–Querido Jeremías –dijo K–, tienes razón, pero deberías exponérselo todo a Galater. Él ha sido quien os ha enviado por propia voluntad, yo no se lo he pedido. Y como no os había reclamado, nada me impedía devolveros, y habría preferido hacerlo en paz y sin violencia, pero al parecer vosotros no lo queríais de otra forma. ¿Por qué no me hablaste con la misma sinceridad cuando nos vimos por primera vez?

–Porque estaba de servicio –dijo Jeremías–, eso es evidente.

–Y ahora ¿ya no estás de servicio? –preguntó K.

–Ya no –dijo Jeremías–, Artur ha renunciado al servicio en el castillo o al menos ha abierto el procedimiento que nos liberará definitivamente de ti.

–Pero ahora me buscas como si siguieras de servicio –dijo K.

–No –dijo Jeremías–, sólo te busco para tranquilizar a Frieda. Cuando la abandonaste por la muchacha de los Barnabás, fue muy infeliz, no tanto por la pérdida como por tu traición, por lo demás lo había visto venir desde hacía tiempo y por eso había sufrido. Precisamente regresé a la ventana de la escuela para comprobar si tal vez te habías vuelto más razonable, pero ya no estabas allí, sólo estaba Frieda, que lloraba sentada en un banco de la escuela. Entonces me acerqué a ella y llegamos a un acuerdo. Ya he cumplido mi parte. Soy camarero en la posada de los señores, al menos mientras en el castillo no se haya llegado a una solución en mi asunto, y Frieda está de nuevo en la taberna. Es mejor para Frieda. No había nada razonable en convertirse

en tu esposa. Y tú tampoco has sabido valorar el sacrificio que suponía para ella. Ahora, sin embargo, la muy bondadosa aún tiene dudas de si no se ha cometido una injusticia contigo, de si tu tal vez no estuviste con la muchacha de los Barnabás. Aunque, naturalmente, no había ninguna duda de dónde estabas, yo he venido para cerciorarme de una vez por todas, pues, después de tanta agitación, Frieda merece dormir con tranquilidad, yo, por lo demás, también. Así que he venido hasta aquí y no sólo te he encontrado, sino que además he podido comprobar que las jovenzuelas comen de tu mano; especialmente la morena, una auténtica tigresa, está a tu favor. Bueno, cada uno según sus gustos. En todo caso, era innecesario que tomases el rodeo por el jardín vecino, conozco el camino.

CAPÍTULO XXI

Así que había ocurrido lo que era de prever y no se había podido impedir. Frieda le había abandonado. No tenía por qué ser algo definitivo, tampoco era tan malo, podía volver a conquistarla, se dejaba influir fácilmente por extraños, ante todo por esos ayudantes que consideraban el puesto de Frieda comparable con el suyo y, como habían abandonado el servicio, también habían inducido a Frieda a hacerlo, pero K sólo tenía que aparecer ante ella, recordarle todo lo que hablaba en su favor y sería suya una vez más y llena de arrepentimiento, sobre todo si fuese capaz de justificar la visita a las muchachas con un éxito obtenido gracias a ellas. Sin embargo, y pese a esas reflexiones con las que intentaba tranquilizarse respecto a Frieda, no lograba calmarse. Hacía poco se había preciado de Frieda ante Olga y la había llamado su único apoyo, bueno, ese apoyo no había sido de lo más sólido, ni siquiera había sido necesario el ataque de un poderoso para robárselo a K, bastó ese desagradable ayudante, ese trozo de carne que a veces daba la impresión de ni siquiera estar vivo.
Jeremías ya había comenzado a alejarse, K le llamó:
–Jeremías –dijo–, quiero ser sincero contigo: respóndeme honradamente una pregunta. Entre nosotros ya no existe una relación entre señor y sirviente, por lo que no sólo te alegras tú, sino también yo, así que no tenemos ninguna razón para engañarnos. Aquí, ante tus ojos, rompo la vara que reservaba para ti, pues no he escogido el camino del jardín por miedo, sino para sorprenderte y dejar caer la vara más de una vez sobre tus espaldas. Bien, no me lo tomes a mal, todo eso es historia, si no fueras un sirviente que se me ha impuesto oficialmente, sino sólo un conocido, nos hubiésemos entendido muy bien, aunque algunas veces tu aspecto me moleste un poco. Y ahora

podríamos recobrar el tiempo perdido.
–¿Así lo crees? –dijo el ayudante, y se frotó los cansados ojos mientras bostezaba–. Podría explicarte todo el asunto de una forma más detallada, pero no tengo tiempo, tengo que ir a ver a Frieda, la niña me espera, aún no se ha puesto a trabajar, el posadero, convencido por mis palabras –ella quería concentrarse en seguida en el trabajo, probablemente para olvidar– le ha dado un periodo para que se recupere y al menos ese tiempo queremos pasarlo juntos. En lo que respecta a tu proposición, ciertamente no tengo ningún motivo para mentirte, pero tampoco para confiarte algo. Mi caso es diferente al tuyo. Mientras estaba en relación de servicio contigo, para mí eras, naturalmente, una persona muy importante, no por tus atributos, sino a causa del encargo oficial, y lo habría hecho todo por ti, lo que hubieses querido, pero ahora me resultas indiferente. Tampoco el que rompas la vara me afecta algo, sólo me recuerda al señor tan brutal que he tenido y que no ha sabido ganarse mi favor.
–Hablas conmigo –dijo K– con la seguridad de que ya no vas a tener ningún motivo para temerme. Pero en realidad no es así. Es probable que aún no te hayas liberado por completo de mí, aquí no se resuelven estos asuntos con tanta celeridad.
–A veces aún más rápido –objetó jeremías.
–A veces –dijo K–, nada indica que eso haya ocurrido esta vez, al menos ni tú ni yo disponemos por ahora de una cancelación por escrito. El procedimiento se ha puesto en marcha y yo aún no he intervenido con mis conexiones, aunque lo haré. Si la solución fuese desfavorable para ti, aún no habrás hecho lo suficiente para ganarte el favor de tu señor, quizá me haya precipitado al romper la vara. Y a Frieda, es cierto, te la has llevado para ti, de lo que puedes presumir todo lo que quieras, pero con todo el respeto por tu persona, y aunque tú no tengas ninguno conmigo, unas palabras mías a Frieda bastarían para destruir las mentiras con que la has embaucado. Y sólo mentiras podrían apartar a Frieda de mí.
–Tus amenazas no me asustan –dijo Jeremías–. Tú no quieres tenerme como ayudante, todo lo contrario, me temes como ayudante, temes a los ayudantes en sí mismos, sólo por miedo golpeaste al bueno de Artur.
–Tal vez –dijo K–, ¿le ha hecho por ello menos daño? Es posible que te muestre con más frecuencia mi miedo de esa misma manera. Ya veo que ä ti eso de ayudar no te procura muchas alegrías, así que obligarte a cumplir con tu deber me divertirá mucho más, prescindiendo de todo el miedo. Y además ahora me las arreglaré para sólo tomarte a ti a mi servicio, sin Artur, así podré prestarte más atención.

¿Acaso crees dijo jeremías– que tengo miedo de todo eso?
–Pues sí, sí lo creo –dijo K–. Un poco de miedo sí que tienes y si eres listo, mucho miedo. ¿Por qué no te has ido ya con Frieda? Di, ¿la amas?
¿Que si la amo? Es una chica buena y lista, una antigua amante de Klamm, así que respetable en todo caso. Y si ella me pide continuamente que la libere de ti, ¿por qué no debería hacerle ese favor, especialmente cuando al hacerlo no te causo ningún daño a ti, pues te consuelas con las malditas mujeres de los Barnabás?
–Ahora veo tu miedo –dijo K–, un miedo lamentable, intentas atraparme con tus mentiras. Frieda sólo ha pedido una cosa, que la liberen de los perrunos y lascivos ayudantes que se han tornado incontrolables, por desgracia no he tenido tiempo para cumplir completamente sus deseos y ahora ya están aquí las secuelas de mi negligencia.
–¡Señor agrimensor! ¡Señor agrimensor! –gritó alguien en la calle. Era Barnabás. Venía jadeante, pero no olvidó inclinarse ante K.
–Lo he conseguido –dijo.
¿Qué has conseguido? –preguntó K–. ¿Has llevado mi petición a Klamm?
–Eso no pude hacerlo –dijo Barnabás–, me he esforzado mucho, pero fue imposible; me abrí camino, permanecí allí todo el día sin que nadie me requiriese, tan cerca del pupitre que incluso un escribiente a quien le quitaba la luz me empujó hacia un lado; me anuncié, lo que está prohibido, con la mano levantada cuando Klamm miró hacia arriba, fui el que más tiempo permaneció en la oficina, me quedé allí solo con el sirviente cuando tuve una vez más la oportunidad de ver a Klamm, pero no vino por mi causa, sólo quería comprobar rápidamente algo en un libro y se fue al instante, finalmente el sirviente me expulsó, casi con la escoba, pues aún no tenía la intención de moverme de allí. Te confieso todo esto para que no te muestres insatisfecho de mi rendimiento.
¿De qué me sirve toda tu diligencia, Barnabás –dijo K–, si no conduce a ningún éxito?
–Pero tuve éxito –dijo Barnabás–. Cuando salí de mi oficina –yo la llamo mi oficina–, vi cómo venía lentamente un señor por el largo pasillo, todo lo demás ya estaba vacío, era muy tarde, decidí esperarle, era una buena oportunidad para permanecer allí, en realidad hubiese preferido permanecer allí para no tener que traerte la mala noticia. Pero mereció la pena esperar a ese señor, era Erlanger. ¿No le conoces? Es uno de los primeros secretarios de Klamm, un hombre pequeño y débil que cojea un poco. Me reconoció en seguida, es famoso por su memoria y su conocimiento de la naturaleza humana, se limita a contraer las cejas y eso le basta para reconocer a alguien, con frecuencia a

personas que ni siquiera ha visto, de las que sólo ha oído o leído, a mí, por ejemplo, no creo que me hubiese visto nunca. Pero a pesar de que reconoce a cualquier persona, siempre pregunta como si estuviera inseguro. «¿No eres Barnabás?», me dijo. Y luego preguntó: «Tú conoces al agrimensor, ¿verdad?» Y, a continuación, dijo: «Es una feliz coincidencia. Ahora mismo me voy a la posada de los señores. El agrimensor me tiene que visitar allí. Vivo en la habitación N.° 15. Pero tendría que venir ahora, en seguida, allí tengo unas entrevistas y regresaré a las cinco de la mañana. Dile que es importante que hable con él».

De repente Jeremías salió corriendo. Barnabás, que por su agitación apenas le había prestado atención, preguntó:

¿Qué quiere Jeremías?

–Anticiparse a mí para ver a Erlanger –dijo K, que salió corriendo detrás de Jeremías, le alcanzó y le sostuvo por el brazo, diciendo:

¿Es el anhelo de ver a Frieda lo que ha causado esa despedida tan repentina? Yo no lo siento menos, así que iremos al mismo paso.

Ante la oscura posada de los señores se encontraba un pequeño grupo de hombres, dos o tres tenían linternas de mano, de tal forma que se podían reconocer algunos rostros. K sólo encontró a un conocido, a Gerstäcker, el cochero. Gerstäcker le saludó con la pregunta:

–¿Aún estás en el pueblo?

–Sí –dijo K–, he venido para quedarme.

–A mí me da igual –dijo Gerstäcker, tosió con fuerza y se volvió hacia los demás.

Resultó que todos esperaban a Erlanger. Este último ya había llegado, pero aún se entrevistaba con Momus antes de recibir a las partes. La conversación general se centraba en que no se podía esperar en la casa, sino fuera, de pie en la nieve. Aunque no hacía mucho frío, era desconsiderado dejar a aquellas personas quizá durante horas ante el edificio. Cierto, no era culpa de Erlanger, que más bien era muy transigente, apenas sabía nada de ello y con toda seguridad se habría enojado mucho si se lo hubiesen comunicado. Era culpa de la posadera, que en su enfermiza aspiración por la exquisitez, no soportaba que entrasen muchas personas al mismo tiempo en la posada de los señores. «Ya que es inevitable y tienen que venir», solía decir, «entonces, por amor de Dios, uno detrás de otro». Y finalmente había logrado que las personas que primero esperaban en el recibidor, más tarde en la escalera, luego en el pasillo y, por último, en la taberna, fueran expulsados a la calle. Y ni siquiera eso le bastó. Le parecía insufrible quedar «sitiada» en su propia casa, como ella se expresaba. Le resultaba incomprensible por qué había ese trajín de personas.

«Para ensuciar la escalera», le contestó una vez un funcionario a su pregunta, quizá enojado, pero para ella fue una respuesta muy esclarecedora y solía citar esas palabras. Aspiraba, y en esto también se acomodaba a los gustos de los interesados, a que se construyera un edificio frente a la posada de los señores en el que pudieran esperar. Pero lo que más deseaba era que las entrevistas con las partes, así como los interrogatorios, se celebrasen fuera de la posada, pero a eso se oponían los funcionarios y cuando los funcionarios se oponían seriamente, la posadera no podía imponerse, por más que en las cuestiones accesorias, y debido a su celo incansable y femenino, ejerciese una especie de pequeña tiranía. Pero la posadera tendría que seguir tolerando previsiblemente las entrevistas y los interrogatorios en la posada, pues los señores del castillo, cuando estaban en el pueblo, se negaban a abandonar la posada para asuntos oficiales. Siempre tenían prisa, sólo estaban en el pueblo contra su voluntad, alargaban su estancia allí sólo para lo absolutamente necesario, no tenían nada de ganas y, por eso, no se podía exigir de ellos que, en consideración a la paz doméstica en la posada, se trasladasen temporalmente con todos sus escritos a cualquier otro edificio y así perder el tiempo. Los funcionarios preferían resolver los asuntos oficiales en la taberna o en su habitación, a ser posible durante la comida o desde la cama, antes de dormirse o por la mañana, cuando estaban demasiado cansados para levantarse y querían estirarse un poco en la cama. En cambio, la cuestión de la construcción de una sala de espera en otro edificio les parecía una solución ventajosa, aunque, ciertamente, se trataba de un castigo considerable para la posadera –se reían un poco sobre ello–, pues precisamente el asunto de la construcción de una sala de espera haría necesarias numerosas entrevistas y los pasillos de la casa no podrían quedar vacíos.
Sobre todas estas cosas se conversaba a media voz entre los que esperaban. A K le llamó la atención que, aunque la insatisfacción era grande, nadie reprochaba a Erlanger que convocase a los interesados en plena noche. Preguntó al respecto y recibió la información de que por esa medida habría que estarle más bien agradecido. A fin de cuentas, era exclusivamente su buena voluntad y la gran estima que tenía de su cargo lo que le impulsaba a venir al pueblo, él, si quisiera –y tal vez correspondiese mejor a los reglamentos–, podría enviar a un secretario subalterno y dejar que él rellenase las actas. Pero se niega la mayoría de las veces a hacer esto, quiere verlo y oírlo todo, pero para eso tiene que sacrificar sus noches, pues en su horario de trabajo no hay previsto ningún tiempo para viajes al pueblo. K objetó que Klamm venía al pueblo por el día y que incluso permanecía allí varios días,

¿acaso era Erlanger, que sólo tenía el cargo de secretario, más indispensable arriba? Algunos rieron bondadosamente, otros callaron confusos, estos últimos formaban la mayoría y apenas le contestaron algo a K. Sólo uno dijo algo vacilante que, naturalmente, Klamm era indispensable, tanto en el castillo como en el pueblo.
En ese momento se abrió la puerta de la posada y apareció Momus entre dos sirvientes con dos lámparas.
–Los primeros a los que dará audiencia el señor secretario Erlanger –dijo– son Gerstäcker y K. ¿Están presentes?
Ellos se anunciaron, pero antes que ellos jeremías se deslizó en el interior con las palabras:
–Soy camarero aquí.
Y fue saludado por un Momus sonriente con una palmada en el hombro.
«Tendré que prestar más atención a Jeremías» –se dijo K, aunque era consciente de que jeremías probablemente era menos peligroso que Artur, quien trabajaba contra él en el castillo. Tal vez fuese más astuto dejarse atormentar por los ayudantes que dejarlos vagar sin control para que pudiesen intrigar libremente, para lo que, por cierto, parecían tener un talento especial.
Cuando K pasó al lado de Momus, éste hizo como si reconociese en él en ese momento al agrimensor.
–¡Ah, el señor agrimensor! –dijo–. El que no le gusta que le interroguen, se apresura ahora para llegar al interrogatorio. Conmigo hubiese sido entonces mucho más fácil, aunque, ciertamente, es difícil escoger los interrogatorios adecuados.
Cuando K quiso detenerse para contestar a esa alusión, Momus
dijo:
–¡Vaya! ¡Vaya! Aquella vez habría necesitado sus respuestas, ahora no.
Sin embargo, K contestó, irritado por la conducta de Momus.
–Sólo pensáis en vosotros. No responderé por el mero hecho de que se me interrogue de oficio, ni lo hice antes ni lo haré ahora.
Momus dijo:
–¿En quién tenemos que pensar entonces? ¿Quién sigue aquí? ¡Váyase!
En el pasillo le recibió un sirviente que le condujo por el camino ya conocido por K a través del patio, luego por la puerta y el corredor bajo y descendente. En los pisos superiores vivían al parecer sólo los funcionarios superiores, los secretarios, en cambio, vivían en ese corredor, también Erlanger, aunque era uno de los secretarios superiores. El sirviente apagó su lámpara, pues allí había luz eléctrica. Todo en el interior era pequeño pero construido con elegancia. Se había aprovechado el poco espacio disponible. El corredor tenía la altura justa para pasar por él sin inclinarse; en los laterales se sucedía una puerta

tras otra; las paredes no llegaban hasta el techo, eso se debía probablemente a motivos de ventilación, pues las pequeñas habitaciones en ese corredor profundo y propio de un sótano no tenían ventanas. La desventaja de esas paredes incompletas era el alboroto en el corredor y en las habitaciones. Muchas de éstas parecían ocupadas, en la mayoría de ellas aún había personas despiertas, se oían voces, golpes de martillo, tintineos de cristal, pero no se tenía la impresión de que reinase una especial alegría. Las voces parecían sofocadas, apenas se entendía aquí y allá una voz, tampoco daban la sensación de ser conversaciones, probablemente alguien dictaba a alguien o le leía algo; precisamente en la habitación en la que se oía el ruido de copas y platos no se oía ninguna palabra y los martillazos recordaron a K algo que le habían contado, que algunos funcionarios, para recuperarse de los continuos esfuerzos intelectuales, se ocupaban a ratos con carpintería, mecánica de precisión u otras actividades similares. El corredor estaba vacío, sólo ante una puerta se sentaba un señor alto, pálido y delgado con un abrigo de piel, bajo el cual se podía ver el pijama, era probable que hubiese sentido la escasa ventilación en su habitación, así que había salido, se había sentado y leía el periódico, pero sin concentrarse, a veces dejaba de leer con bostezos, se inclinaba y miraba por el corredor, tal vez esperase a alguna de las partes a la que había citado y que se había olvidado de venir. Cuando pasaron a su altura, el sirviente le dijo a Gerstäcker en referencia al señor sentado:
–¡El Pinzgauer!
Gerstäcker asintió.
–Hacía tiempo que no bajaba –dijo.
–Sí, hace mucho tiempo –confirmó el sirviente.
Finalmente llegaron ante una puerta que no era diferente de las demás y detrás de la cual, como informó el sirviente, vivía Erlanger. El sirviente se subió a los hombros de K y miró por la parte de arriba en la habitación.
–Está en la cama –dijo el sirviente bajándose–, aunque vestido, pero creo que dormita. A veces le asalta un enorme cansancio aquí en el pueblo, por el cambio de la forma de vida. Tenemos que esperar. Cuando se despierte, llamará. No obstante, ha llegado a ocurrir que se ha quedado dormido durante toda su estancia en el pueblo y después de despertarse se ha ido inmediatamente al castillo. A fin de cuentas se trata de un trabajo voluntario el que aquí realiza.
–Es preferible que duerma hasta el final –dijo Gerstäcker–, pues si después de despertarse aún le queda algo de tiempo para trabajar se muestra muy enojado por haberse quedado dormido e intenta resolver las cuestiones con prisa y uno no puede decirlo todo.

¿Usted viene por la concesión de los transportes para el nuevo edificio? –preguntó el sirviente.
Gerstäcker asintió, llevó al sirviente a un lado y habló en voz baja con él, pero el sirviente apenas le escuchó, miró sobre Gerstäcker, pues le superaba en más de una cabeza, y se acarició lentamente y con seriedad el pelo.

CAPÍTULO XXII

Entonces K vio, al mirara su alrededor, en la lejanía, en una de las esquinas del corredor, a Frieda; ella hizo como si no le reconociera, se limitaba a mirarle fijamente, en la mano llevaba una taza y varios platos vacíos. K le dijo al sirviente, quien, sin embargo no le prestó ninguna atención –cuanto más se hablaba con el sirviente, más ausente se mostraba–, que volvería en seguida, y corrió hacia Frieda. Al llegar a donde estaba la cogió por los hombros, como si recuperase su posesión, le hizo algunas preguntas insignificantes y miró sus ojos con actitud examinadora. Pero su aspecto tenso no cambió, intentó algo confusa colocar algunos platos sobre una taza y dijo:
–¿Qué quieres de mí? Vete con ellas..., bueno, ya sabes cómo se llaman, precisamente vienes de su casa, puedo verlo en tu mirada.
K cambió rápidamente de tema, la entrevista no tenía que producirse de manera tan repentina y comenzando por lo peor, por lo más desventajoso para él.
–Pensaba que estarías en la taberna –dijo.
Frieda le miró asombrada y pasó suavemente la mano que le quedaba libre por su frente y su mejilla. Era como si hubiese olvidado su aspecto y quisiese volver a tomar conciencia de él, también sus ojos tenían la expresión velada de un recuerdo ganado con esfuerzo.
–He sido readmitida en la taberna –dijo lentamente, como si careciese de importancia lo que pudiese decir, pero condujese a una conversación con K y eso fuese lo más importante–. Este trabajo no es para mí, lo puede hacer cualquiera; cualquiera que sepa poner una cara amable o hacer la cama y que no tema las molestias causadas por los huéspedes, sino que ella misma dé pie a ellas, puede ser una criada. Pero en la taberna, eso es muy distinto. Acabo de ser readmitida en la taberna, aunque la abandoné de una forma no muy honrosa; tengo que reconocer, sin embargo, que he tenido protección. Pero el posadero está contento de que tenga protección y así le fuese posible readmitirme. Incluso sucedió que tuvo que animarme para que aceptara el puesto; si piensas en los recuerdos que me trae la taberna, lo comprenderás. Finalmente, he aceptado el puesto. Aquí sólo estoy

como ayudante, Pepi ha pedido que no la avergüencen teniendo que abandonar en seguida la taberna; por esa razón, y porque ha trabajado con diligencia y ha cumplido con su deber en los límites de su capacidad, le hemos concedido un plazo de veinticuatro horas.

–Todo eso está muy bien dispuesto –dijo K–, ahora bien, tú abandonaste una vez la taberna por mi causa, ¿y ahora que estamos a punto de casarnos regresas a ella?

–No habrá ninguna boda –dijo Frieda.

–¿Porque te he sido infiel? –preguntó K.

Frieda asintió en silencio.

–Mira, Frieda –dijo K–, sobre esa supuesta infidelidad ya hemos hablado con frecuencia y siempre has tenido que reconocer finalmente que se trataba de una sospecha injusta. Desde entonces no ha cambia do nada por mi parte, todo es tan inocente como era y como no puede ser de otra manera. Así que algo ha tenido que cambiar de tu parte, ya sea por insinuaciones ajenas o por otros motivos. En todo caso, conmigo cometes una injusticia, pues, ¿qué ocurre con esas dos muchachas? Una de ellas, la morena –me avergüenzo por tener que defenderme, pero tú así lo quieres–, la morena no me resulta menos desagradable que a ti, si puedo alejarme de ella, lo haré, y ella lo facilitará, pues no se puede ser más reservada de lo que ella es.

–¡Así es! –exclamó Frieda, sus palabras parecían brotar contra su voluntad. K se alegró de verla tan desorientada, era diferente a como quería ser.

–Precisamente te gusta por su aspecto reservado, a la más desvergonzada de todas la llamas reservada y tú lo crees sinceramente; por muy inverosímil que parezca, no disimulas, ya lo sé. La posadera de la posada del puente dice de ti: «No le puedo soportar, pero tampoco le puedo abandonar, una no puede dominarse ante la mirada de un niño pequeño, que aún no puede andar bien y se atreve a alejarse, hay que intervenir».

Acepta por esta vez su consejo –dijo K sonriendo–, pero a esa muchacha, ya sea reservada o una desvergonzada, la podemos dejar a un lado, no quiero saber nada de ella.

–Pero, ¿por qué la llamas «reservada»? –preguntó Frieda inflexible.

K tomó ese interés por una señal favorable.

¿Acaso lo has experimentado o quieres rebajar a otras? –dijo ella.

–Ni lo uno ni lo otro –dijo K–, la llamo así por agradecimiento, porque me facilita hacer caso omiso de ella y porque, aun cuando ella me hablase con más frecuencia, no lograría que regresase, lo que sería una gran pérdida para mí, pues tengo que ir a causa de nuestro futuro común, como ya sabes. Y por esta razón también tengo que hablar con

la otra joven, a quien aprecio por su aptitud, prudencia y desinterés, pero de quien nadie puede afirmar que sea seductora.
–Los criados son de otra opinión –dijo Frieda.
–Tanto en ese como en otros muchos aspectos –dijo K–. ¿De los caprichos de los criados quieres deducir mi infidelidad?
Frieda se calló y toleró que K tomase la taza de su mano, la pusiera en el suelo, la cogiese del brazo y comenzasen a caminar de un lado a otro en el reducido espacio.
–No sabes lo que es la fidelidad –dijo ella, resistiéndose un poco a su proximidad–, el modo en que te comportas con esas muchachas no es lo más importante; el hecho de que vayas a la casa de esa familia, el olor de la habitación en tu ropa ya suponen una vergüenza insoportable para mí. Y, por añadidura, te vas de la escuela sin decirme nada, y te quedas con ellas parte de la noche, y cuando alguien pregunta por ti, dejas que ellas nieguen que estás allí, que lo nieguen apasionadamente, sobre todo la reservada, que no tiene rival. Luego sales furtivamente de la casa por un camino secreto, quizá para proteger el honor de esas muchachas, ¡el honor de esas muchachas! ¡No, no hablemos más del asunto!
–De éste no –dijo K–, pero sí de otro muy diferente, Frieda. De éste ya no hay nada más que decir. Tú conoces el motivo de por qué debo ir. No me resulta fácil, pero tengo que superarlo. No deberías ponérmelo más difícil de lo que es. Hoy había pensado ir un instante y preguntar si Barnabás, quien tenía que haberme traído un mensaje importante desde hacía tiempo, por fin había llegado. No había llegado aún, pero tenía que venir muy pronto, como se me aseguró y también era creíble. No quería que viniese a la escuela para que no te molestase con su presencia. Pero las horas pasaron y, por desgracia, no vino. Sin embargo, vino otro a quien odio. No tenía ganas de dejarme espiar, así que salí por el jardín vecino, pero tampoco quería esconderme de él, sino que salí libremente a la calle y me dirigí hacia él, con una flexible vara de mimbre, como tengo que confesar. Eso es todo, sobre ello ya no hay nada más que decir, pero sí sobre otra cosa muy diferente. ¿Qué ocurre con los ayudantes, cuya mención me resulta tan repugnante como a ti la de esa familia? Compara tu relación con ellos y mi comportamiento con esa familia. Comprendo tu aversión contra esa familia y puedo compartirla. Sólo voy a su casa por mi asunto, a veces casi me parece que cometo una injusticia con ellos, que los utilizo. Lo contrario ocurre contigo y con los ayudantes. No has negado que te persiguen y has reconocido que sientes cierta atracción por ellos. No me enojé contigo por ese motivo, he comprendido que ahí había fuerzas en juego que te superan, estaba feliz de que al menos te

defendieras y sólo porque te he dejado unas horas, confiando en tu fidelidad, y también con la esperanza de que la casa estaba irremisiblemente cerrada y los ayudantes se habían dado definitivamente a la fuga –me temo que los sigo subestimando–, sólo porque te dejé unas horas y ese jeremías –por cierto, un tipo envejecido y enfermizo– ha osado asomarse a la ventana, sólo por eso tengo que perderte, Frieda, y oír como saludo: «No habrá ninguna boda». A mí sería a quien le correspondería hacerte reproches y, sin embargo, no los hago, sigo sin hacerlos.
Y una vez más a K le pareció conveniente desviar un poco a Frieda del tema y le pidió que trajera algo de comer, pues no había comido nada desde el mediodía. Frieda, al parecer también aligerada por la petición, asintió y se fue a buscar algo, no por el corredor donde K suponía la cocina, sino por otro lateral, bajando dos escalones. Al poco rato regresó con un surtido de fiambres y una botella de vino, pero eran los restos de una comida, lo que había quedado había sido ordenado fugazmente para que no se notara, incluso quedaban trozos de piel y la botella no estaba llena. Pero K no dijo nada y se puso a comer con apetito.
¿Has estado en la cocina? –preguntó.
–No, en mi habitación –dijo ella–. Aquí abajo tengo una habitación.
–Tendrías que haberme llevado contigo –dijo K–, bajaré y me sentaré un poco para comer.
–Te traeré una silla –dijo Frieda, y ya se había puesto en camino.
–Gracias –dijo K impidiendo que se fuese–. Ni voy a bajar ni necesito una silla.
Frieda soportó la situación con insolencia, inclinó la cabeza y se mordió los labios.
–Pues sí, está abajo –dijo–. ¿Esperabas otra cosa? Está en mi cama, se ha constipado, tiembla de frío y apenas ha comido. En el fondo todo es culpa tuya, si no hubieses espantado a los ayudantes y no hubieras ido detrás de esa gente, ahora mismo podríamos estar sentados pacíficamente en la escuela. Pero has destrozado nuestra felicidad. ¿Acaso crees que Jeremías, mientras estaba de servicio, se habría atrevido a secuestrarme? En ese caso desconoces el orden que rige aquí. Quería venir conmigo, se ha atormentado, me ha espiado, pero sólo era un juego, del mismo modo en que juega un perro hambriento y no se atreve a saltar a la mesa. A mí me ocurrió lo mismo. Me sentí atraída por él, es mi camarada de juegos de la infancia –jugábamos juntos en la ladera de la montaña del castillo, fueron tiempos felices, tú nunca me has preguntado por mi pasado–, pero nada era importante mientras jeremías estuviese impedido por el servicio, pues él conocía

mi deber como tu futura esposa. Pero entonces expulsaste a los ayudantes y, por añadidura, te precias de ello, como si hubieses hecho algo por mí, sólo en cierto sentido es verdad. En el caso de Artur tuviste éxito, aunque sólo provisionalmente, él es delicado, no tiene la pasión de Jeremías, que no teme ninguna dificultad, también es verdad que casi le has destrozado con tu puñetazo nocturno, aquel puñetazo que también diste contra nuestra felicidad; ha huido al castillo para quejarse y aunque regresará pronto, ahora ya no está aquí. Jeremías, sin embargo, se quedó. Cuando está de servicio teme hasta un guiño del señor, pero cuando no lo está, no teme a nada ni a nadie. Vino y me tomó; abandonada por ti y dominada por mi viejo amigo, no pude ofrecer resistencia. No había cerrado la puerta de la escuela, aun así rompió el cristal de la ventana y me sacó. Huimos hasta aquí, el posadero le respeta; además, nada le puede resultar más agradable a los huéspedes que tener semejante camarero, así que fuimos aceptados, él no vive en mi habitación, sino que tenemos una habitación común.

–A pesar de todo eso que me cuentas –dijo K– no lamento haber expulsado a los ayudantes de su trabajo. Si la relación era como tú la describes, esto es, tu fidelidad sólo se hallaba condicionada por el vínculo laboral de los ayudantes, entonces está bien que todo haya finalizado. La felicidad del matrimonio en medio de dos depredadores que sólo se humillan bajo el látigo no hubiese sido mucha. Entonces le quedo agradecido a esa familia que ha contribuido su parte en separarnos.

Se callaron y comenzaron a caminar otra vez uno al lado del otro sin que fuese posible distinguir quién había dado el primer paso. Frieda, cercana a K, parecía enojada porque él no la volvió a tomar del brazo.

–Y así todo estaría arreglado –continuó K–, y podríamos despedirnos, tú podrías irte con tu señor Jeremías, que probablemente aún siente el frío del jardín de la escuela y a quien tú, en consideración a ello, ya le has abandonado demasiado tiempo, y yo podré regresar a la escuela o, como allí sin ti no tengo nada que hacer, a cualquier otro sitio donde me acojan. Si, no obstante, aún vacilo, es por un buen motivo: aún dudo un poco de lo que me has contado. De Jeremías tengo la impresión contraria. Mientras estaba de servicio, estaba detrás de ti y no creo que el servicio le hubiese impedido por mucho tiempo asaltarte. Ahora, en cambio, desde que considera que ha sido liberado del servicio, es diferente. Disculpa si me lo aclaro de esta manera: desde que tú has dejado de ser la novia de su señor, ya no eres para él tan seductora como antes. Puedes ser su amiga de los años de infancia, pero él –realmente sólo le conozco por una conversación que he

mantenido con él esta noche– no creo que dé mucha importancia a esos sentimientos. No sé por qué te parece un carácter apasionado. Su forma de pensar me parece más bien fría. Ha recibido, en relación conmigo, un encargo de Galater, que tal vez no me sea favorable; él se esfuerza en ejecutarlo, con cierta pasión servicial, como debo reconocer –aquí no es demasiado rara–, y en su misión queda incluida la ruptura de nuestra relación; él quizá lo ha intentado de formas diferentes, una de ellas fue que intentó atraerte con sus lascivas ignominias, otra, y aquí le ha ayudado la posadera, al fabular acerca de mi infidelidad; su ataque ha tenido éxito, cualquier recuerdo de Klamm puede haber ayudado, pero ha perdido el puesto, aunque quizá precisamente en el momento en que ya no lo necesitaba, ahora recolecta los frutos de su trabajo y te saca por la ventana de la escuela, con eso su trabajo ha terminado y, abandonado por el celo servicial, aparece cansado, hubiese preferido estar en el lugar de Artur, que desde luego no se queja, sino que se dedica a alabarse y a conseguir nuevos encargos, pero alguien tiene que quedarse atrás para observar el desarrollo de los acontecimientos. Para él sustentarte es un deber desagradable y pesado. En él no hay ni una huella de amor hacia ti, me lo ha confesado con toda sinceridad, como amante de Klamm, naturalmente, le resultas respetable e instalarse en tu habitación y sentirse como un pequeño Klamm, le viene de perlas, pero eso es todo, tú, ahora, no significas nada para él, haberte conseguido aquí un alojamiento no es más que una medida complementaria de su encargo principal; él también ha permanecido para que no te inquietes, pero sólo provisionalmente, mientras no reciba nuevas del castillo y su constipado no se haya curado del todo.
–¡Cómo le calumnias! –dijo Frieda golpeando sus pequeños puños uno contra el otro.
¿Calumniar? –dijo K–. No, no le quiero calumniar. Tal vez cometa con él una injusticia, eso es posible. Lo que he dicho de él no se basa en rasgos superficiales, se puede interpretar de otra manera. Pero ¿calumniar? Calumniar sólo podría tener un objetivo: luchar contra el amor que sientes por él. Si fuese necesario y la calumnia fuese un medio adecuado, no dudaría en calumniarle. Nadie podría condenarme por eso, está en tal ventaja respecto a mí por su mandante, que yo, dependiendo sólo de mí, podría calumniar un poco. Sería un medio de defensa proporcionalmente inocente y, al fin y al cabo, impotente. Así que deja tranquilos los puños.
Y K tomó la mano de Frieda en la suya; ella quiso impedirlo, pero sonriendo y sin aplicar mucha fuerza.
–Pero no tengo que calumniar –dijo K–, pues tú no le amas, sólo le

crees y me quedarás agradecida si te libero de esa ilusión. Si alguien quisiera apartarte de mí, sin violencia, pero con una cuidadosa estrategia, entonces lo tendría que hacer por mediación de los dos ayudantes. Jóvenes aparentemente buenos, cándidos, alegres, irresponsables, procedentes del castillo, a lo que se añade un poco de recuerdos infantiles, todo eso es muy agradable, sobre todo porque yo soy todo lo contrario, siempre detrás de asuntos que no te resultan del todo comprensibles, que te son enojosos, que me llevan a frecuentar gente que te parece odiosa y algo de eso lo proyectas en mi persona, a pesar de mi inocencia. Todo esto no es más que la explotación perversa y, sin embargo, muy astuta de los defectos en nuestra relación. Toda relación tiene defectos, incluso la nuestra. A fin de cuentas, los dos procedemos de mundos distintos y, desde que nos conocemos, la vida de cada uno de nosotros ha tomado un camino completamente insólito, aún nos sentimos inseguros, todo es demasiado nuevo. No hablo de mí, eso no es tan importante, en el fondo yo me he considerado agasajado desde el principio, desde la primera vez que pusiste tus ojos en mí: acostumbrarse a ser agasajado no es difícil. Tú, sin embargo, sin considerar lo restante, fuiste arrancada de las manos de Klamm, no puedo valorar lo que eso significa, pero paulatinamente me he ido haciendo una idea, uno vacila, no puede orientarse, y aunque hubiese estado dispuesto a acogerte otra vez, no me hallaba presente y cuando lo estaba te retenían tus ensueños o algo más vivo, como la posadera, en suma, hubo momentos en que, pobre niña, apartaste la mirada de mí, en que la dirigiste hacia algo indefinido y en esos periodos intermedios se te tenían que presentar en la misma dirección de tu mirada las personas adecuadas y ellas te perdieron, sucumbiste a la ilusión de que, lo que eran instantes, fantasmas, viejos recuerdos, en el fondo vida pasada y ya transcurrida, eso creíste que aún era tu vida real del presente. Un error, Frieda, nada más que la última dificultad y, bien visto, la más despreciable, que impide nuestra unión final. Vuelve en ti, serénate; si también pensaste que los ayudantes habían sido enviados por Klamm –no es cierto, vienen de Galater– y si también pudieron hechizarte con ayuda de ese truco hasta tal punto que creíste encontrar en su suciedad y lascivia huellas de Klamm, como alguien cree ver una piedra preciosa perdida hace tiempo en un montón de estiércol, mientras que en realidad no podría encontrarla aun si estuviera allí, en realidad no se trata más que de jóvenes del tipo de los sirvientes del establo, sólo que no tienen su salud, les pone enfermos un poco de aire fresco y acaban en la cama, la cual, si bien es cierto, saben buscar con sagacidad servil.

Frieda había apoyado su cabeza en el hombro de K, con los brazos

entrelazados siguieron caminando en silencio de un lado a otro.
–Si hubiéramos emigrado en seguida –dijo Frieda lentamente, calmada, casi sintiéndose cómoda, como si supiera que sólo le estaba permitido un corto plazo de tranquilidad en el hombro de K y quisiese disfrutarlo hasta el último instante–, si hubiéramos emigrado aquella misma noche, ahora podríamos estar seguros en cualquier lado, siempre juntos, con tu mano siempre lo suficientemente cerca para tocarla; cómo necesito tu proximidad, cómo me siento abandonada sin tu presencia desde que te conozco; tu presencia, créeme, es el único objeto de mis sueños, ningún otro.
Alguien gritó en el corredor lateral: era jeremías, estaba fuera, en el escalón inferior, vestido sólo con una camisa, pero se había envuelto con un chal de Frieda. Como allí estaba, con el pelo desgreñado, la barba rala, deslucida, los ojos cansados, suplicantes y expresando reproche, con las mejillas coloradas pero caídas, con las piernas desnudas temblando de frío, de tal forma que los largos flecos del chal temblaban con ellas, parecía un enfermo escapado del hospital, frente a quien no se podía pensar en otra cosa que en llevarlo de nuevo a la cama. Así lo entendió también Frieda, se soltó de K y en un instante ya estuvo abajo con él. Su cercanía, el modo cuidadoso con que le envolvió mejor en el chal, la prisa con que quería llevarle a la habitación, pareció fortalecerle algo, era como si en ese momento reconociese a K.
–¡Ah, el agrimensor! –dijo él, acariciando la mejilla de Frieda para pagarle su atención, pero ella no quería permitir ninguna conversación–. Perdone la molestia. No me siento bien, eso disculpa. Creo que tengo fiebre, tengo que tomar té y sudar. La condenada verja del jardín, de eso me tendré que arrepentir, y luego vagando de noche. Uno sacrifica su salud, sin notarlo, por cosas que no merecen la pena. Pero usted, señor agrimensor, no se deje estorbar por mí, venga con nosotros a nuestra habitación, haga una visita de enfermo y dígale a Frieda lo que le falte por decir. Cuando dos que están acostumbrados a estar juntos se separan, tienen, naturalmente, tanto que contarse en el último momento que un tercero es imposible que pueda comprenderlo, incluso cuando yace en la cama y espera el té que le han prometido. Pero entre, yo me mantendré en silencio.
–Basta, basta –dijo Frieda, y tiró violentamente de su brazo–. Tiene fiebre y no sabe lo que dice. K, no vengas, te lo pido. Es nuestra habitación, de jeremías y mía, te prohíbo que entres. Me persigues, ay, K, ¿por qué me persigues? Jamás, jamás regresaré contigo, me dan escalofríos cuando pienso en esa posibilidad. Ve con tus mujercitas, se sientan junto a la calefacción con sólo la camisa, a tu lado, como me

han contado, y cuando alguien viene a buscarte, le echan de allí. Allí estarás como en casa, si tanto te atrae. Siempre he intentado apartarte de allí, con poco éxito, pero al menos lo he intentado, pero ya es demasiado tarde, eres libre, ante ti se abre una vida feliz, a causa de la primera quizá tengas que luchar un poco con los sirvientes, pero en lo que respecta a la segunda, no hay nadie en el cielo ni en la tierra que pueda disputártela. La unión ha sido bendecida de antemano. No digas nada en contra, lo puedes refutar todo, pero al final no has refutado nada. Date cuenta, Jeremías, ¡lo ha refutado todo!
Se entendieron con gestos de la cabeza y sonrisas.
–Pero –continuó Frieda–, aceptando que lo hubieses refutado todo, ¿qué habrías logrado que me importase a mí? Lo que allí suceda es asunto vuestro, tuyo y de ellas, no mío. Lo mío es cuidar de jeremías hasta que vuelva a estar sano como estaba antes, antes de que K le atormentase por mi culpa.
–Entonces ¿no quiere venir, señor agrimensor? –preguntó Jeremías, pero fue apartado finalmente por Frieda, quien ni siquiera se volvió más hacia K. Abajo se veía una puerta pequeña, aún más pequeña que la del corredor: no sólo Jeremías, también Frieda tenía que inclinarse para entrar, en el interior parecía haber claridad y una temperatura agradable, aún se escucharon algunos susurros, probablemente palabras cariñosas para que Jeremías se acostara, luego cerraron la puerta.

CAPÍTULO XXIII

K se dio cuenta entonces del silencio que reinaba en el corredor, y no sólo en la parte en que había estado con Frieda y que parecía pertenecer a los espacios adyacentes a la taberna,–sino también en el corredor largo con las habitaciones en las que antes había existido tanta agitación. Así que los señores se habían quedado finalmente dormidos. También K estaba muy cansado, tal vez a causa del cansancio no se había defendido contra jeremías como tendría que haberlo hecho. Probablemente hubiese sido más astuto cambiar de estrategia y haberse puesto en el mismo plano que jeremías, quien exageraba visiblemente su resfriado –su estado deplorable no se debía al resfriado, sino que era innato y no se dejaba curar por ningún té medicinal–, haberse puesto en su mismo plano, mostrando su gran cansancio real, agachándose allí mismo, en el corredor, lo que le tendría que haber sentado muy bien, dormir un poco y quizá haberse dejado cuidar. Pero no le habría ido tan bien como a Jeremías, quien con toda seguridad habría ganado en esa competición por la compasión

ajena y, además, con razón, así como en cualquier otro tipo de lucha. K estaba tan cansado que pensó si no debería intentar entrar en una de esas habitaciones, de las que alguna podría estar vacía, y dormir profundamente sobre una buena cama. Eso habría sido, según su opinión, una buena indemnización por mucho de lo acaecido. También tenía consigo una bebida que le facilitaría el sueño. En la bandeja que Frieda había dejado en el suelo había una pequeña garrafa que contenía algo de ron. K acometió el esfuerzo de regresar y la vació.

Ahora se sentía al menos lo suficientemente fuerte para ver a Erlanger. Buscó la puerta de Erlanger, pero como ya no veía al criado ni a Gerstäcker y todas las puertas eran iguales, no la pudo encontrar. No obstante, creyó recordar en qué lugar del corredor había estado la puerta y decidió abrir una puerta que, según su opinión, era la buscada. El intento no podía ser muy peligroso; si era la habitación de Erlanger, éste le recibiría, si era la habitación de algún otro, sería posible disculparse e irse, y si el huésped dormía, lo que era más probable, no notaría la visita de K, sólo podía empeorar la situación si la habitación estaba vacía, pues en ese caso no podría resistir la tentación y se echaría en la cama, durmiendo hasta no se sabe cuándo. Miró una vez a derecha e izquierda del corredor por si venía alguien que le pudiese informar e hiciese inútil el riesgo, pero todo el corredor se encontraba vacío y en silencio. A continuación, K escuchó en la puerta y tampoco oyó nada. Llamó tan bajo que alguien durmiendo no se habría despertado y como entonces tampoco sucedió nada, abrió la puerta con extremada precaución. Pero le recibió un ligero grito. Era una habitación pequeña, una amplia cama ocupaba casi la mitad de ella, en la mesita de noche brillaba una lámpara, a su lado había un maletín. En la cama, aunque oculto por una manta, alguien se movió con nerviosismo y susurró a través de un resquicio entre la manta y la almohada:

¿Quién es?

Ahora K no podía marcharse sin más; insatisfecho observó la opulenta cama, aunque, desgraciadamente, ocupada, entonces se acordó de la pregunta y dijo su nombre. Eso pareció tener un buen efecto, el hombre en la cama retiró un poco la manta del rostro, pero con miedo, dispuesto a volverse a cubrir por completo cuando algo en el exterior le resultase sospechoso. Pero al instante se quitó toda la manta y se incorporó. Desde luego no se trataba de Erlanger. Era un hombre pequeño y bien parecido, cuyo rostro incluía una cierta contradicción: que las mejillas poseían una redondez infantil, los ojos reflejaban una alegría también infantil, pero la elevada frente, la nariz puntiaguda, la boca delgada, cuyos labios no llegaban a cerrarse, y el mentón retraído

no eran en ningún modo infantiles, sino que traicionaban un pensamiento superior. Era la satisfacción, la satisfacción consigo mismo la que había mantenido en su rostro un fuerte resto de sana infantilidad.
–¿Conoce a Friedrich? –preguntó.
Kafka respondió negativamente.
–Pero él le conoce a usted –dijo el señor sonriendo.
K asintió, no le faltaba gente que le conociera, ése era incluso uno de los impedimentos principales en su camino.
–Soy su secretario –dijo el señor–, me llamo Bürgel".
–disculpe –dijo K, y puso la mano en el picaporte–, me he equivocado de puerta, en realidad estoy citado en la habitación del secretario Erlanger.
–¡Qué lástima! –dijo Bürgel–. No que haya sido citado en otra parte, sino que se haya equivocado de puerta. Una vez despertado, ya no puedo dormirme. Bueno, eso no tiene por qué preocuparle, es mi desgracia personal. ¿Por qué no se podrán cerrar aquí las puertas con llave? Cierto, tiene su motivo: porque, según el dicho, las puertas de los secretarios siempre deben estar abiertas. Pero tampoco se debería tomar tan a la letra.
Bürgel miró a K con alegría y un gesto interrogativo; al contrario de lo que expresaban sus quejas, parecía muy descansado, desde luego no estaba tan cansado como K en ese momento.
–Son las cuatro, tendrá que despertar a la persona con quien quiere hablar, no todos están acostumbrados como yo a que perturben su sueño, no todos lo aceptarán con tanta paciencia, los secretarios forman un cuerpo muy nervioso. Quédese, por tanto, un rato. A las cinco comienzan aquí a levantarse, entonces podrá cumplir de la mejor manera con su citación. Deje entonces de una vez el picaporte y siéntese donde pueda, el espacio aquí es estrecho, lo mejor será que se siente aquí, en el borde de la cama. ¿Se asombra de que no tenga ni mesa ni sillas? Bueno, tuve la elección, o una habitación completamente amueblada con una estrecha cama de hotel o esta gran cama con sólo el lavabo. Elegí la cama grande: en un dormitorio la cama es lo principal. ¡Ay!, para quien pueda estirarse bien y sea un buen dormilón, esta cama tiene que ser espléndida. Pero también a mí, que siempre estoy cansado y sin poder dormir, me hace bien, en ella paso la mayor parte del día, aquí despacho la correspondencia y tomo declaración a las partes. Me va bien. Aunque las partes no tienen sitio para sentarse, lo soportan, para ellos resulta más agradable si permanecen de pie y el secretario se siente a gusto, que permanecer cómodamente sentados y que les miren con mala cara. Así que sólo

puedo ofrecer este sitio en el borde de la cama; no obstante, éste no es un sitio oficial y sólo está reservado para las conversaciones nocturnas. Pero usted está demasiado callado, señor agrimensor.
–Estoy muy cansado –dijo K, quien, después de la invitación, se había sentado inmediatamente, con grosería y sin respeto alguno, en la cama y se había apoyado en un poste.
–Naturalmente –dijo Bürgel sonriendo–, todos aquí están cansados. No ha sido ninguna pequeñez lo que he rendido entre ayer y hoy. Es prácticamente imposible que me vuelva a dormir ahora, pero si ocurriera esa extremada improbabilidad y me durmiera mientras usted está aquí, le ruego que permanezca en silencio y no abra la puerta. Pero no tema, no me voy a dormir y, en el mejor de los casos, sólo unos minutos. Ocurre conmigo que, quizá debido a que estoy acostumbrado al trato con las partes, me duermo más fácilmente cuando tengo compañía.
–Le ruego que se duerma, señor secretario –dijo K, contento por ese anuncio–, yo también dormiré un poco, si me lo permite.
–No, no –volvió a reír Bürgel–, no puedo dormirme simplemente porque me inviten a ello, sólo en el curso de la conversación se puede dar la ocasión, lo que mejor me duerme es una conversación. Sí, los nervios padecen con nuestro trabajo. Yo, por ejemplo, soy secretario de enlace ¿No sabe lo que es? Bueno, yo represento el enlace más fuerte –aquí se frotó las manos con alegría espontánea– entre Friedrich y el pueblo, formo el enlace entre sus secretarios del castillo y los del pueblo, la mayor parte del tiempo la paso en el pueblo, pero no siempre, en cualquier momento tengo que estar preparado para subir al castillo, ahí ve mi maletín, una vida agitada, no todos están hechos para ella. Por otra parte, es cierto que ya no puedo prescindir de este tipo de trabajo, cualquier otro trabajo me parece insípido. ¿Ocurre lo mismo con su trabajo de agrimensor?
–Ahora mismo no realizo ese trabajo, no me ocupo en labores de agrimensor –dijo K; no prestaba mucha atención a lo que se estaba diciendo, en realidad ardía en deseos de que Bürgel se durmiera, pero también eso lo hacía por un cierto sentido del deber, en el fondo creía saber que aún transcurriría tiempo antes de quedarse dormido.
–Eso es asombroso –dijo Bürgel con un vivo gesto de la cabeza y sacó un cuaderno de debajo de la manta para anotar algo–. Usted es agrimensor y no realiza ningún trabajo de agrimensura.
K asintió mecánicamente, había extendido su brazo izquierdo hacia arriba en el poste de la cama y descansaba su cabeza en él; ya había intentado ponerse cómodo de múltiples maneras, pero esa posición era la más cómoda de todas, ahora podía prestar algo más de atención a lo

que Bürgel decía.
–Estoy dispuesto –continuó Bürgel– a seguir este asunto. Aquí en el pueblo no estamos en la situación de poder desaprovechar fuerzas laborales especializadas. Y también para usted tiene que ser desagradable, ¿no padece por ello?
–Sí que padezco –dijo lentamente K, y sonrió para sí, pues precisamente en ese momento no padecía lo más mínimo por esa circunstancia. Tampoco le hizo una gran impresión el ofrecimiento de Bürgel. Era por completo diletante. Sin saber algo de la situación que había propiciado el llamamiento de K, de las dificultades que habían surgido en la comunidad y en el castillo, de las complicaciones que se habían producido durante la residencia de K en el pueblo, sin saber nada de eso, sí, incluso sin mostrar, como sería de esperar sin más en un secretario, que ni siquiera tenía una idea del tema, se ofrecía de repente a arreglar todo el asunto con ayuda de su pequeño cuaderno de notas.
–Parece haber sufrido ya algunas decepciones –dijo Bürgel, y demostró tener una cierta experiencia del mundo, lo que impulsó a K, desde que había entrado en la habitación, a no subestimar a Bürgel, pero en su estado era difícil juzgar correctamente algo que no fuese su propio cansancio.
–No –dijo Bürgel, como si respondiera a un pensamiento de K y le quisiera privar de forma considerada del esfuerzo de responder–. No debe dejarse desanimar por las decepciones. Aquí hay algo que especialmente parece dispuesto para desanimar, y cuando se llega a este lugar por primera vez, los impedimentos parecen insalvables. No quiero investigar el fondo del asunto, tal vez la apariencia se corresponda con la realidad, en mi posición me falta la distancia necesaria para comprobarlo, pero adviértalo, a veces pueden surgir nuevas ocasiones que no llegan a coincidir del todo con la situación general, ocasiones mediante las cuales, a través de una palabra, de una mirada, de una señal de confianza, se puede conseguir más que con esfuerzos extenuantes que duran toda la vida. Sí, así es. Ciertamente, esas ocasiones coinciden de nuevo con la situación general en la medida en que nunca se aprovechan del todo. Pero, ¿por qué no se llegan a aprovechar del todo?, me pregunto una y otra vez.
K no lo sabía, sin embargo notaba que el tema de conversación de Bürgel con toda probabilidad le afectaba a él personalmente, pero tenía una gran aversión hacia todo aquello que le afectaba de algún modo: echó la cabeza un poco hacia un lado, como si quisiese dejar vía libre a las preguntas de Bürgel y no le concerniera ninguna de ellas.
–Los secretarios siempre se han quejado –continuó Bürgel, estirando

los brazos y bostezando, lo que contradecía confusamente la seriedad de sus palabras– de verse obligados a realizar por la noche la mayoría de los interrogatorios en el pueblo. Pero ¿por qué se quejan? ¿Porque les fatiga mucho? ¿Porque preferirían mejor emplear la noche en dormir? No, de eso no se quejan. Entre los secretarios los hay, naturalmente, diligentes y menos diligentes, como en todas partes, pero ninguno de ellos se queja por realizar esfuerzos desmedidos, sobre todo en público. No es nuestra manera de ser. A este respecto no conocemos ninguna diferencia entre tiempo de ocio y tiempo laboral. Esas diferenciaciones nos resultan ajenas. Pero, entonces ¿qué tienen los secretarios contra los interrogatorios nocturnos? ¿Se trata acaso de consideración hacia las partes? No, no, tampoco es eso. Frente a las partes los secretarios son desconsiderados, aunque no lo son menos que frente a ellos mismos, sino exactamente igual. En realidad, esa desconsideración, es decir, su férrea prestación y ejecución de su servicio, representa la mayor consideración que las partes podrían desearse. En el fondo, esta circunstancia se acepta por todos –un observador superficial, sin embargo, no lo nota–, aunque, por ejemplo, en este caso, son precisamente los interrogatorios nocturnos los más apreciados por las partes, nunca se presentan quejas importantes contra los interrogatorios nocturnos. ¿Por qué, entonces, esa aversión de los secretarios?

K tampoco lo sabía, sabía tan poco, ni siquiera distinguía si Bürgel reclamaba seriamente la respuesta o sólo en apariencia. «Si me dejas echarme en tu cama –pensó–, te responderé a todas las preguntas mañana al mediodía o, mejor, por la tarde».

Pero Bürgel no parecía prestarle atención, tanto le ocupaba la pregunta que él se había formulado a sí mismo.

–Por lo que puedo reconocer y según mi experiencia, los secretarios tienen, respecto a los interrogatorios nocturnos, las siguientes dificultades: la noche es poco adecuada para las sesiones con las partes porque por la noche es difícil o casi imposible mantener el carácter oficial de las sesiones. Esto no se debe a las formalidades, las formas se pueden observar, naturalmente, con la misma severidad que durante el día. Así que eso no es; sin embargo, la apreciación oficial padece por la noche. Uno tiende involuntariamente a enjuiciar las cosas bajo una perspectiva más personal, las alegaciones de las partes cobran más peso de lo que les corresponde, en la apreciación se mezclan consideraciones ajenas que pertenecen a la situación privada de las partes, al margen del asunto, así como sus padecimientos y preocupaciones; la barrera necesaria entre las partes y el funcionario, por más que exista sin máculas, se disloca, y donde, como debería ser,

sólo se intercambian preguntas y respuestas, parece producirse un extraño e inadecuado trueque de personas. Al menos eso es lo que cuentan los secretarios, esto es, gente que, a causa de su profesión, está dotada de un extraordinario tacto para esas cosas. Pero incluso ellos –sobre esto ya se ha discutido con frecuencia en nuestro círculo– notan poco de esos efectos desfavorables durante los interrogatorios nocturnos, todo lo contrario, se esfuerzan de antemano por oponerse a ellos y finalmente creen haber alcanzado buenos rendimientos. Pero si después se leen los expedientes, uno se sorprende por sus ostensibles debilidades. Y son estos errores, una y otra vez victorias casi injustificadas de las partes, los que, al menos según nuestros reglamentos, ya no se pueden arreglar en la acostumbrada vía breve. Cierto, más tarde serán mejorados por la oficina de control, pero eso sólo servirá al derecho, pero ya no podrá dañar a la parte beneficiada. ¿No están muy justificadas, bajo esas circunstancias, las quejas de los secretarios?

K ya se había quedado un rato adormecido, ahora volvía a ser molestado. ¿A qué venía todo eso? ¿A qué?, se preguntó, y con los párpados caídos contempló a Bürgel no como a un funcionario, sino como a algo que le impedía dormir y cuyo sentido no podía averiguar. Bürgel, sin embargo, sumido en su argumentación, sonreía como si hubiese conseguido desorientar un poco a K, pero estaba dispuesto a conducirlo de nuevo al camino correcto.

–Bueno –dijo–, tampoco se puede decir, así, sin más, que esas quejas sean del todo justificadas. Los interrogatorios nocturnos no han sido prescritos en ningún sitio, no se incumple ningún reglamento si los funcionarios intentan evitarlos, pero las circunstancias, el estar sobrecargados de trabajo, las formas de desempeñar su empleo en el castillo, su difícil disponibilidad, el reglamento que establece que se debe interrogar a las partes inmediatamente después de la finalización de la investigación, todo eso y mucho más ha contribuido a que los interrogatorios nocturnos se hayan convertido en una necesidad inevitable. Pero si se han convertido en una necesidad –digo yo–, también es, al menos indirectamente, un resultado de los reglamentos, y censurar la esencia de los interrogatorios nocturnos –aquí, naturalmente, exagero un poco, y precisamente como exageración puedo decirlo– supone entonces censurar al mismo tiempo los reglamentos. Por el contrario, los secretarios mantienen la competencia de asegurarse tan bien como pueden contra los interrogatorios y contra sus tal vez aparentes desventajas en el marco establecido por los reglamentos. Y eso es lo que hacen y, además, en gran medida, sólo permiten causas en las que haya poco que temer en todos los sentidos:

las examinan cuidadosamente antes de las sesiones y, cuando el resultado del examen así lo requiere, y aunque sea en el último momento, suspenden todas las declaraciones, se fortalecen al citar a una de las partes hasta diez veces antes de interrogarla realmente, prefieren dejarse representar por algún colega que no es competente en el caso correspondiente (tratándole así con más ligereza) o sitúan las sesiones al principio o al final de la noche y evitan las horas intermedias, y éstas no son todas las medidas; los secretarios no se dejan abordar fácilmente, son casi tan resistentes como vulnerables.

K dormía, en realidad no era un sueño en el sentido propio del término, oía las palabras de Bürgel quizá mejor que cuando estaba despierto y muerto de cansancio, cada una de las palabras repercutía en su oído, pero la molesta conciencia había desaparecido, se sentía libre, ya no era Bürgel quien le retenía, sino que era él quien tanteaba en el camino hacia Bürgel; aún no se había quedado profundamente dormido, pero se había sumido en el sueño, nadie se lo podría ya robar. Y le pareció como si hubiese logrado una gran victoria y de pronto hubiese alguien allí para celebrarlo y como si él u otra persona elevase una copa de champán en honor del vencedor. Y para que todos supieran de qué se trataba, la lucha y la victoria se repitieron, o quizá no, más bien se produjeron en ese momento y, en realidad, la victoria se había celebrado con anticipación, así que tampoco se dejó de celebrar, pues el éxito, afortunadamente, era seguro. K acosó en la lucha a un funcionario desnudo, muy parecido a la estatua de un dios griego. Era muy gracioso y K se rió en sueños de cómo el secretario perdía su actitud orgullosa ante cada ataque de K y tenía que emplear el brazo extendido y el puño cerrado para cubrir sus vergüenzas, siendo siempre demasiado lento. La lucha no duró mucho, K avanzó paso a paso y los pasos eran muy grandes. ¿Se trataba, en realidad, de una lucha? No había ninguna resistencia seria, sólo aquí y allá se oía algo parecido al piar del secretario. Ese dios griego piaba como una jovencita a la que se le hacen cosquillas. Y, finalmente, desapareció; se quedó solo en una gran estancia: dispuesto a la lucha giró sobre sí mismo y buscó al contrario, pero no había nadie, también la compañía había desaparecido, sólo quedaba la copa de champán rota en el suelo. K la trituró con el pie. Sin embargo, los trozos de cristal se le clavaron y en ese momento se despertó sobresaltado. Se sintió mareado, como cuando despiertan a un niño pequeño, a pesar de ello, al ver el pecho desnudo de Bürgel, se deslizó en él un pensamiento del sueño: ¡aquí tienes a tu dios griego! ¡Sácale de la cama!

–Sin embargo –dijo Bürgel, elevando el rostro hacia el techo en actitud reflexiva, como si buscase ejemplos en la memoria, pero no pudiese

encontrar ninguno–, sin embargo, pese a todas las medidas de precaución, hay una posibilidad para las partes de aprovecharse de esa debilidad nocturna de los secretarios, siempre presuponiendo que se trate de una debilidad. Si bien se trata de una posibilidad muy esporádica que no surge casi nunca. Consiste en que el interesado comparezca a medianoche sin haberse anunciado. Tal vez se sorprenda de que esto, a pesar de que parezca tan evidente, ocurra tan poco. Bueno, usted no se ha familiarizado aún con nuestras costumbres. Pero también a usted le ha debido de llamar la atención la falta de lagunas que caracteriza a la organización administrativa. De esa falta de lagunas resulta que cualquiera que tenga alguna demanda o que deba ser interrogado por cualquier otro motivo, en seguida, sin dudar, la mayoría de las veces antes de haberse hecho cargo del asunto, sí, incluso antes de que lo sepa, reciba una citación. Esa vez aún no se le tomará declaración, en la mayoría de los casos aún no, por lo normal el asunto no ha alcanzado la madurez necesaria, pero ya tiene la citación, ya no puede venir completamente de sorpresa y sin anunciarse, como mucho sólo puede llegar a destiempo, entonces se le llama la atención sobre la fecha y la hora de la citación y cuando regresa en el momento preciso, por regla general, ya no se le recibe y no hay ninguna dificultad más; la citación en la mano del interesado y la anotación en el expediente siempre son para los secretarios fuertes armas defensivas, aunque no siempre basten. Esto se refiere al secretario que únicamente es competente del asunto, cualquiera tiene la libertad de presentarse sorpresivamente ante los otros por la noche. Pero eso apenas hay alguien que lo haga, no tiene sentido. Al principio con esa medida se irritaría al funcionario competente; nosotros, los secretarios, no somos celosos del trabajo de los demás, cada uno soporta su elevada y bien distribuida carga de trabajo, sin mezquindad alguna, pero frente a las partes no podemos tolerar perturbaciones en el ámbito competencial. Alguno ya ha perdido la partida porque, al creer que no lograba avanzar hasta la instancia competente, intentó escurrirse en una que no era competente. Esos intentos, por lo demás, también tienen que fracasar debido a que un secretario que no es competente, incluso cuando es asaltado por sorpresa en plena noche y quiere ayudar con la mejor voluntad, precisamente debido a su falta de competencia apenas puede intervenir más que cualquier abogado o, en el fondo, mucho menos, pues, incluso si pudiera hacer algo, ya que conoce los caminos secretos del Derecho mejor que cualquier abogado, le falta el tiempo en las cosas que no es competente, no puede emplear en ellas ni un minuto. ¿Quién utilizaría entonces sus noches en visitar a secretarios que no son competentes? También las partes están muy ocupadas, sobre todo

si, además de cumplir con sus profesiones, quieren corresponder a las citaciones y avisos de las instancias competentes, «ocupadas», es cierto, en el sentido de las partes, lo que no es ni mucho menos lo mismo que «ocupado» en el sentido de los secretarios.

K asintió sonriendo, ahora creía comprenderlo todo, y no porque le preocupase, sino porque ahora estaba convencido de que de un momento a otro iba a caer dormido profundamente, esta vez sin sueños ni perturbaciones; entre los secretarios competentes a un lado y los que no lo eran a otro y, en vista de la masa de partes tan ocupada, se sumiría en un sueño profundo y de esa manera escaparía a todos. Se había acostumbrado hasta tal punto a la voz baja y satisfecha de Bürgel, luchando ella misma en vano por alcanzar el sueño, que más que impedirla estimulaba su somnolencia.

«Muele, molino, muele –pensaba–, sólo mueles para mí».

–Así pues, ¿dónde está? –dijo Bürgel, jugando con dos dedos en el labio inferior, con los ojos muy abiertos y el cuello extendido, como si, después de una esforzada caminata, se aproximara a una vista espléndida–, ¿dónde está esa mencionada y rara posibilidad que casi nunca se presenta? El secreto se encuentra en los reglamentos sobre las distribuciones de competencias. Pero esto no supone, y no puede suponer, en una gran organización viviente, que haya un determinado secretario competente para cada asunto. Ocurre que uno tiene la competencia principal, muchos otros, sin embargo, una competencia parcial, aunque sea pequeña. ¿Quién podría solo, aunque fuese el trabajador más esforzado, concentrar en su mesa todas las relaciones y todos los asuntos por pequeños que fueran? Incluso lo que he dicho sobre la competencia principal resulta exagerado. ¿Acaso no se encuentra ya en la competencia más pequeña también la general? ¿No decide la pasión con que se acomete el asunto? Y esta pasión, ¿no es siempre la misma y siempre con la misma fuerza? Puede ser que haya diferencias entre los secretarios, y las hay numerosísimas, pero no en la pasión, ninguno de ellos puede retenerse cuando le llega el requerimiento para ocuparse de un caso respecto al cual tenga competencia, por mínima que ésta sea. Hacia el exterior, sin embargo, se tiene que crear una posibilidad ordenada para el desarrollo de la causa, por eso siempre aparece en primer plano ante las partes un determinado secretario, a quien se tienen que atener oficialmente. Pero no tiene que ser aquel que posee la competencia principal sobre el caso, aquí decide la organización y sus necesidades circunstanciales. Éste es el estado de las cosas. Y ahora considere, señor agrimensor, la posibilidad de que una de las partes, por cualquier razón, a pesar de los impedimentos que ya le he descrito, en general completamente

suficientes, sorprenda en plena noche a un secretario que tiene cierta competencia sobre el caso correspondiente. ¿No ha pensado en esa posibilidad? Lo creo. Tampoco es necesario pensar en ella, pues no se presenta casi nunca. Qué extraño, hábil y bien formado granito de arena debería ser esa persona para poder pasar por ese insuperable cedazo. ¿Usted cree que no puede pasar? Tiene razón, no puede pasar de ningún modo. Pero una noche –¿quién puede garantizarlo todo?– logra pasar. Entre mis conocidos no conozco a ninguno a quien le haya ocurrido, pero eso demuestra poco: mis conocidos son limitados en comparación con todos los que aquí tomamos en consideración y, además, no es seguro que un secretario, a quien le haya ocurrido algo parecido, lo quiera reconocer, se trata, así y todo, de un asunto muy personal y que afecta de algún modo al pudor profesional. No obstante, mi experiencia demuestra que se trata de un asunto muy esporádico, que sólo parece existir en los rumores y que no ha sido confirmado por ninguna circunstancia. Incluso si ocurriera realmente, se le podría quitar su carácter nocivo –al menos eso creo– demostrándole –lo que resulta muy fácil– que para él no hay ningún lugar en el mundo. En todo caso, supone una actitud enfermiza cuando, por miedo, se esconde algo de él bajo la manta y uno no se atreve a mirar. E incluso cuando la perfecta improbabilidad hubiese tomado repentinamente cuerpo, ¿acaso está todo perdido? Todo lo contrario. Que esté todo perdido es más improbable que lo más improbable. Cierto, si la parte se encuentra en la habitación, ya es lo suficientemente malo. Oprime el corazón. «¿Cuánto tiempo podrás ofrecer resistencia?», se pregunta uno. Pero no habrá ninguna resistencia, eso ya se sabe. Debe imaginarse correctamente la situación. La parte nunca vista, siempre esperada, esperada con verdadera sed y siempre considerada de forma razonable como inalcanzable, se sienta ahí. Sólo su muda presencia invita a penetrar en su pobre vida, a moverse por ella como si fuera de nuestra propiedad y sufrir con él por sus vanas reclamaciones. Esa invitación en la noche silenciosa es cautivadora. Se la acepta y se ha dejado de ser una persona de la administración. Es una situación en la que muy pronto será imposible rechazar una petición. Bien considerado, se está desesperado y, mejor considerado aún, se es muy feliz. Desesperado porque esa indefensión con la que nos sentamos aquí y esperamos la petición de la parte, sabiendo que una vez formulada hay que cumplirla, aun cuando, al menos en lo que uno puede apreciar, haga pedazos la organización administrativa, es lo más enojoso que se nos puede presentar en la práctica. Ante todo –y prescindiendo de lo demás– porque se produce una violenta e inaudita elevación jerárquica. Por nuestra posición no estamos autorizados a cumplir ese tipo de

peticiones, pero por la proximidad de esas partes nocturnas aumentan en cierto modo nuestras energías administrativas, nos obligamos a cosas que están fuera de nuestro ámbito, sí, incluso las ejecutamos; las partes, como los ladrones en el bosque, nos obligan en la noche a realizar sacrificios de los que no seríamos capaces durante el día; pues bien, así ocurre cuando la parte está ahí, nos fortalece y nos obliga y nos instiga y todo está inconscientemente en marcha, pero ¿cómo será después, cuando la parte nos abandone ya satisfecha y despreocupada y nosotros nos quedemos solos e indefensos ante nuestro abuso de autoridad? No me atrevo ni a pensarlo. Y, sin embargo, somos felices. Qué suicida puede ser la felicidad. Podríamos esforzarnos en mantener secreta para las partes la verdadera situación. Ellas, por sí mismas, apenas notan nada. Según su opinión, probablemente han entrado, por cualquier motivo casual, cansados, decepcionados y desconsiderados e indiferentes por el cansancio y la decepción, en una habitación equivocada, se sientan ahí completamente ignorantes y ocupan sus pensamientos, si se llegan a ocupar en algo, con su error o su cansancio. ¿No se les podría dejar abandonados a sus pensamientos? No, no se puede. Hay que explicarles todo con la locuacidad de los benditos. Hay que mostrarles detalladamente, sin exponerse a ningún riesgo, lo que ha ocurrido y por qué motivos ha ocurrido, qué excepcionalmente rara y qué únicamente grande es la oportunidad, hay que mostrar cómo ha caminado a tientas en ese asunto en plena impotencia, como sólo las partes pueden hacerlo, y cómo ahora, señor agrimensor, lo pueden dominar todo y para ello no tienen que hacer nada más que presentar su petición, cuyo cumplimiento ya está dispuesto, y para el que ellas ya estiran sus brazos, todo eso hay que mostrar, es la hora más difícil del funcionario. Pero una vez que se ha hecho, señor agrimensor, ya ha ocurrido lo más necesario, entonces hay que moderarse y esperar.

K ya no oyó nada más, dormía, ausente a todo lo que podía ocurrir. Su cabeza, que al principio había colocado en el brazo izquierdo en la parte superior del poste de la cama, se había deslizado durante el sueño y colgaba libremente, hundiéndose cada vez más, sin que el apoyo del brazo fuese ya suficiente, pero K se apropió de otro apoyo al extender la mano derecha bajo la manta y coger casualmente el pie de Bürgel. Éste miró en esa dirección y le dejó el pie, por molesto que le resultara

De repente alguien golpeó repetidamente la pared. K se asustó y miró hacia la pared.

¿Está ahí el agrimensor? –preguntó alguien.

–Sí –dijo Bürgel, liberó su pie de K y se estiró repentinamente animado y travieso como un joven.

–Entonces que venga ya de una vez –dijo la voz.
No se tomó en consideración a Bürgel ni a que pudiera necesitar a K.
–Es Erlanger –musitó Bürgel. No pareció sorprenderle que se encontrase en la habitación contigua.
–Vaya en seguida, ya está enojado, intente calmarlo. Tiene un buen sueño, pero hemos conversado en voz demasiado alta, uno no puede dominarse cuando habla de ciertas cosas. Vaya, vaya, parece como si no pudiera salir de su somnolencia. Vaya ¿qué quiere aún aquí? No, no tiene que disculparse por su somnolencia, ¿por qué tendría que hacerlo? Las energías corporales sólo llegan hasta un límite determinado, ¿qué culpa tiene de que esos límites tengan gran importancia en otros aspectos? No, nadie es culpable por eso. Así se corrige el mundo en su curso y mantiene el equilibrio. Se trata de un dispositivo admirable, inimaginablemente admirable, aunque desconsolador en otros sentidos. Pero ahora váyase, no sé por qué me mira así. Si se sigue demorando, Erlanger caerá sobre mí, y me gustaría evitarlo. Pero váyase, quién sabe lo que le espera, aquí está todo lleno de oportunidades. Sólo que hay oportunidades que, en cierta medida, son demasiado grandes para ser aprovechadas; hay cosas que no fracasan por otro motivo que por sí mismas. Sí, es maravilloso. Por lo demás, ahora espero poder dormir un poco. Cierto, ya son las cinco y pronto comenzará el ruido. ¡Si al menos quisiera irse ya!
Aturdido por el repentino despertar de un profundo sueño, aún necesitado ilimitadamente de sueño, con el cuerpo dolorido por la incómoda postura, K no se decidía a levantarse, mantenía la frente con una mano y miraba hacia su pecho. Ni siquiera las continuas despedidas de Bürgel habían logrado impulsarle a marcharse, sólo el sentimiento de la completa inutilidad de prolongar su estancia allí le indujo lentamente a hacerlo. Aquella habitación le parecía indescriptiblemente yerma. Si eso había ocurrido entonces o había sido así desde el principio, no lo sabía. Ni siquiera lograría volver a dormirse allí. Ese convencimiento fue, incluso, lo decisivo, riéndose un poco de ello, se levantó, se apoyó donde sólo se podía encontrar un apoyo, en la cama, en la pared, en la puerta, y salió, como si hiciese mucho tiempo que se hubiese despedido de Bürgel, sin un saludo.

CAPÍTULO XXIV

Probablemente también le hubiera resultado indiferente haberse pasado la habitación de Erlanger, si Erlanger no hubiese estado en la puerta abierta y le hubiese hecho una seña, una única y pequeña seña con el

dedo índice. Erlanger ya estaba dispuesto a irse, llevaba un abrigo de piel negro abrochado hasta el cuello. Un sirviente le daba en ese mismo momento los guantes y mantenía en la otra mano un gorro de piel.
–Tendría que haber venido mucho antes –dijo Erlanger.
K quiso disculparse, pero Erlanger mostró al parpadear con cansancio que renunciaba a sus disculpas.
–Se trata de lo siguiente –dijo–, en la taberna trabajaba antes una tal Frieda, sólo conozco su nombre, a ella no la conozco, no me interesa. Esa tal Frieda le sirvió a Klamm alguna vez la cerveza, ahora parece haber allí otra muchacha. Bien, ese cambio carece, naturalmente, de importancia, probablemente para todos, con toda seguridad para Klamm. Pero cuanto más grande es un trabajo, y el trabajo de Klamm es el más grande, menos fuerza resta para defenderse contra el mundo exterior, en consecuencia cualquier cambio banal puede perturbar seriamente las cosas más importantes. El más pequeño cambio en la mesa, la limpieza de una mancha existente allí desde siempre, todo eso puede perturbar del mismo modo que una nueva criada. Ahora bien, todo eso perturba, como perturbaría a cualquier otro con cualquier trabajo, pero no a Klamm, eso es imposible. Sin embargo, estamos obligados a velar por el bienestar de Klamm de tal forma que apartemos de él perturbaciones que para él no son tales –probablemente para él no haya ninguna–, cuando nos llaman la atención como un potencial foco de perturbación. Y no por él, no por su trabajo apartamos esas perturbaciones, sino por nosotros, por nuestra conciencia y tranquilidad. Por esta razón, Frieda tiene que regresar inmediatamente a la taberna: quizá por el hecho de regresar, perturbe, pero entonces la volveremos a echar; provisionalmente, sin embargo, tiene que regresar. Usted vive con ella, según me han dicho, así que consiga que regrese de inmediato. Es evidente que aquí no se deben tomar en consideración sentimientos personales, por eso no pienso discutir nada sobre este asunto. Ya estoy haciendo más de lo necesario si menciono que en el caso de que cumpla en esta pequeñez, le podría ser útil en otro momento. Esto es todo lo que tenía que decirle.
Se despidió de K con una inclinación de cabeza, se puso el gorro de piel que le ofreció el sirviente y, seguido por éste, bajó rápidamente por el corredor aunque cojeando algo.
A veces allí se impartían órdenes que eran muy fáciles de cumplir, pero esa facilidad no alegró a K. No sólo porque la orden afectaba a Frieda se había emitido como una orden, aunque a K le hubiera sonado como una burla, sino ante todo porque en ella se reflejaba la inutilidad de todos sus esfuerzos. Sobre él pasaban las órdenes, las favorables y las desfavorables, y también las favorables tenían un núcleo desfavorable,

pero en todo caso todas pasaban por encima de él y él se encontraba en una situación de inferioridad que le impedía acometerlas o enmudecerlas y tener la posibilidad de hacerse oír. Si Erlanger te hace señas para que no hables, ¿qué puedes hacer? Y si no hiciera señas, ¿qué podrías decirle? Ciertamente, K era consciente de que su cansancio le había perjudicado más que lo desfavorable de las circunstancias, pero ¿por qué una persona, que había creído poder confiar en su cuerpo y que sin esa convicción jamás se habría puesto en camino, no había podido pasar una noche sin dormir y otras durmiendo mal?, ¿por qué sintió allí ese cansancio incontrolable, donde nadie estaba cansado o, donde, más bien, todos estaban continuamente cansados sin que eso perjudicase su trabajo, sí, incluso parecía que lo fomentaba?

De eso se podía deducir que era un cansancio diferente al de K. Allí se encontraba el cansancio en medio de un trabajo feliz, era algo que daba la sensación de ser cansancio pero que en realidad era una tranquilidad indestructible, una paz indestructible. Cuando se está algo cansado al mediodía, eso pertenece al feliz curso del día. Los señores aquí disfrutan de un continuo mediodía, se dijo K.

Y con esa idea coincidía que ya a las cinco de la mañana todo se tornase animado a los lados del corredor. Esa confusión de voces en las habitaciones tenía algo de extremadamente alegre. Una vez sonaba como el júbilo de los niños que se preparan para irse de excursión, otras veces como el amanecer en el gallinero, como la alegría de estar en consonancia con el día que despierta, incluso en un momento uno de los señores imitó el canto de un gallo. El corredor, sin embargo, aún estaba vacío, pero las puertas ya estaban en movimiento, una y otra vez se abría alguna de ellas y se cerraba en seguida, el corredor zumbaba por el abrir y cerrar de puertas, K también vio por arriba, en el resquicio que dejaban las paredes sin llegar al techo, cómo aparecían las cabezas desgreñadas y volvían a desaparecer. Desde el fondo venía lentamente un carrito, llevado por un sirviente, que contenía expedientes. Un segundo sirviente caminaba a su lado, tenía una lista en la mano y comparaba los números de las puertas con el de los expedientes. El carrito se detenía ante la mayoría de las puertas; por regla general se abría entonces la puerta y los expedientes correspondientes, a veces sólo una hoja –en estos casos se producía una pequeña conversación entre la habitación y el corredor, probablemente se le hacían reproches al sirviente–, eran entregados en la habitación. Si la puerta permanecía cerrada, se colocaban cuidadosamente ante ella. En esos casos a K le pareció como si no cesase el movimiento en las puertas contiguas, sino que aumentase.

Tal vez los otros se asomaban para mirar llenos de ansiedad los expedientes acumulados incomprensiblemente ante la puerta, no podían comprender que alguien que sólo tenía que abrir la puerta para apoderarse de sus expedientes no lo hiciese; quizá incluso fuese posible que más tarde se repartiesen definitivamente los expedientes abandonados entre los demás señores, quienes en ese momento, asomándose continuamente, querían convencerse de si los expedientes seguían ante la puerta y si, por tanto, aún podían albergar esperanzas. Por lo demás, esos expedientes abandonados en el suelo solían ser gruesos legajos y K supuso que se habían dejado allí provisionalmente por cierta fanfarronería o maldad o por un justificado orgullo frente a los colegas. Algo fortaleció esa suposición: que a veces, y precisamente cuando él no miraba, el paquete, después de haber estado allí en exhibición un buen rato, era retirado repentinamente y a toda prisa, quedando la puerta tan inmóvil como antes. También las puertas vecinas se tranquilizaban en ese caso, decepcionadas o también satisfechas de que ese motivo de irritación hubiese desaparecido, pero poco después volvían a entrar en movimiento.
K contemplaba todo eso no sólo con curiosidad, sino también con interés. Casi se sentía en medio de esa agitación, miraba aquí y allá y seguía, aunque a prudente distancia y para observar su labor de reparto, a los sirvientes, quienes, por cierto, ya con frecuencia se habían dado la vuelta con mirada severa, cabeza inclinada y gesto huraño. Esta labor, conforme avanzaba, se producía con mayor lentitud, o la lista río coincidía, o los expedientes no eran bien distinguidos por los sirvientes, o los señores ponían objeciones por otros motivos, en todo caso se llegaron a repetir algunos repartos, entonces el carrito retrocedía y el sirviente negociaba sobre la devolución a través del resquicio de la puerta. Esas negociaciones causaban grandes dificultades, ocurría con frecuencia que, cuando se trataba de una devolución, puertas que habían estado con anterioridad muy animadas, ahora permaneciesen inexorablemente cerradas, como si no quisiesen saber nada del asunto. Entonces comenzaban las verdaderas dificultades. Aquel que creía tener derecho a los expedientes, era extremadamente impaciente, hacía mucho ruido en su habitación, daba palmadas, pataleaba, y gritaba una y otra vez a través del resquicio de la puerta un número determinado de expediente. En esas situaciones el carrito quedaba abandonado. Mientras uno de los sirvientes estaba ocupado en tranquilizar al impaciente, el otro luchaba ante la puerta cerrada para la devolución. Los dos lo tenían difícil. El impaciente se volvía más impaciente con los intentos de calmarle, ya no podía oír las palabras vacías del sirviente, no quería consuelo, quería

expedientes, uno de esos señores llegó a derramar un vaso de agua sobre el sirviente. El otro sirviente, de superior rango jerárquico, aún lo tenía más difícil. Si el señor condescendía en negociar, se producían discusiones complejas en las que el sirviente se remitía a su lista y el señor a sus notas y precisamente a los expedientes que en teoría tenía que devolver, pero que mantenía con fuerza en la mano de tal manera que ni siquiera una esquina de él quedaba expuesta a la ansiosa mirada del sirviente. El sirviente, para buscar nuevas pruebas, también tenía que regresar al carrito que siempre había rodado un poco más debido a la inclinación del corredor, o tenía que ir a la habitación del señor que reclamaba sus expedientes para intercambiar las objeciones del actual poseedor con las del otro. Esas negociaciones duraban mucho tiempo, a veces llegaban a un acuerdo, el señor cedía una parte de los expedientes o recibía otra como indemnización, ya que sólo se había producido una confusión, pero también sucedía que alguien tuviera que renunciar sin más a todos los expedientes requeridos, ya fuese porque el sirviente le acorralase con sus pruebas, ya porque se cansase de tanto negociar, pero entonces no le devolvía los expedientes al sirviente, sino que los arrojaba en una pronta decisión por el corredor, lo que provocaba que se soltasen las cintas, las hojas volasen y los sirvientes tuvieran que esforzarse en ordenarlo todo otra vez. Pero el problema resultaba proporcionalmente más difícil cuando el sirviente no recibía ninguna respuesta a su petición de devolución; en ese caso permanecía ante la puerta cerrada, pedía, suplicaba, citaba su lista, se remitía a reglamentos, todo en vano, ningún sonido salía de la habitación y, al parecer, el sirviente no tenía ningún derecho a entrar en la habitación sin permiso. A veces el sirviente llegaba a perder en esa situación el dominio de sí mismo, se iba hacia su carrito, se sentaba, sin más recursos, sobre los expedientes, se limpiaba el sudor de la frente y durante un rato no emprendía nada que no fuese bambolear los pies. El interés por esos incidentes era grande, por todas partes se oían cuchicheos en cuanto una puerta se quedaba tranquila y, curiosamente, seguían los acontecimientos por el resquicio de la pared con rostros embozados con toallas, que, por lo demás, no podían estar un rato en calma. En medio de toda esa agitación a K le resultó llamativo que la puerta de Bürgel permaneciese cerrada durante ese tiempo y que, aunque los sirvientes habían realizado el reparto de expedientes en esa parte del corredor, no le hubiesen entregado ninguno. Quizá seguía durmiendo, lo que, con ese ruido, hubiese significado un sueño muy sano, pero ¿por qué no había recibido ningún expediente? Sólo muy pocas habitaciones y, además, probablemente deshabitadas, habían sido evitadas de esa manera. En cambio, en la

habitación de Erlanger ya había un nuevo e intranquilo huésped, Erlanger debió de ser prácticamente desalojado por él en plena noche; eso no se adaptaba mucho al carácter frío y experimentado de Erlangen, pero el hecho de que hubiese esperado a K en el umbral de la puerta hablaba en esa dirección.

Después de esas observaciones más personales, se fijó de nuevo en el sirviente; respecto a ese sirviente no se constataba lo que le habían contado a K acerca de los sirvientes en general, de su inactividad, su vida cómoda, su arrogancia, también había excepciones entre los sirvientes o, lo que era más probable, había diferentes grupos entre ellos, pues allí había, como notó K, delimitaciones que hasta ese momento no había percibido. En especial de ese sirviente le gustó mucho su inflexibilidad. En lucha contra esas habitaciones obstinadas –a K le parecía una lucha contra las habitaciones, pues sus habitantes apenas se dejaban ver–, el sirviente no cedía. Se fatigaba, sin duda, pero ¿quién no se hubiese fatigado? Al poco tiempo, sin embargo, ya se había recuperado, bajaba del carrito y avanzaba una vez más, con los dientes apretados, para conquistar la puerta. Y ocurría que fuese rechazado una y dos veces, y de una forma muy fácil, mediante el endemoniado silencio, pero aún no se daba por vencido. Como veía que no podía conseguir nada con un ataque frontal, lo intentaba de otra manera, por ejemplo, y si K lo comprendió correctamente, con astucia. Se distanciaba aparentemente de la puerta, dejaba que agotase su silencio, se dirigía hacia otras puertas, pero después de un rato regresaba, llamaba al otro sirviente, todo en voz alta y de forma llamativa, y comenzaba a apilar expedientes ante la puerta, como si hubiese cambiado de opinión y al señor no se le tuviesen que retirar legítimamente expedientes, sino en realidad darle más. Entonces seguía, pero mantenía la puerta vigilada, y cuando el señor, como solía ocurrir, abría la puerta cuidadosamente para coger los expedientes, el sirviente estaba allí en dos saltos, introducía el pie entre la puerta y la pared y obligaba así al señor a negociar con él cara a cara, lo que conducía por regla general a un acuerdo parcialmente satisfactorio. Y si no lo conseguía así o no le parecía el método adecuado para una puerta concreta, lo intentaba de otra forma. Entonces se dedicaba, por ejemplo, al señor que reclamaba los expedientes. Desplazaba a un lado al otro sirviente, que sólo trabajaba mecánicamente, y era más bien un estorbo, y comenzaba a convencer al señor con susurros, en secreto, introduciendo la cabeza en la habitación, probablemente le hacía promesas y le aseguraba el correspondiente castigo del otro señor en el próximo reparto, al menos señalaba con frecuencia hacia la puerta del oponente y reía, en lo que se lo permitía su cansancio. Pero también se

daban casos, uno o dos, en los que renunciaba a más intentos, pero aquí también creía K que eso sólo era una renuncia aparente o, al menos, una renuncia con motivos justificados, pues seguía con toda tranquilidad, toleraba, sin mirar hacia atrás, el ruido del señor perjudicado, y mostraba simplemente con un parpadeo más largo que sufría por el ruido. El señor, sin embargo, se tranquilizaba paulatinamente, al igual que el ininterrumpido llanto infantil se convierte poco a poco en sollozos aislados, aunque después de que hubiese enmudecido aún se oyese de vez en cuando un grito o un fugaz abrir y cerrar de esa puerta. En todo caso, se mostraba que también en esa oportunidad el sirviente había actuado correctamente. Finalmente sólo quedó un señor que no quería tranquilizarse, calló durante un largo tiempo, pero simplemente para recuperarse, luego comenzó de nuevo, y no más débil que antes. No estaba muy claro por qué gritaba y se quejaba, quizá no fuese por el reparto de los expedientes. Mientras tanto, el sirviente había concluido su trabajo, sólo un expediente, en realidad, un papel, la página de un cuaderno de notas, había quedado por culpa del ayudante en el carrito y no se sabía a quién le correspondía.

«Ése podría ser mi expediente», se le pasó a K por la cabeza. El alcalde siempre había hablado de ese «caso minúsculo». Y K, por muy ridícula y absurda que le pareciera esa suposición, intentó acercarse al sirviente que en ese momento mantenía pensativo la página en su mano. No era fácil, pues el sirviente no soportaba la proximidad de K, incluso en medio del trabajo más duro siempre había encontrado tiempo para mirar hacia K impaciente y enojado, con movimientos bruscos de la cabeza. Sólo después de haber concluido el reparto parecía haberse olvidado algo de K, quizá porque se había tornado más indiferente; su extremado agotamiento lo hacía comprensible, tampoco se esforzaba mucho con la nota, ni siquiera la leyó entera, sólo lo aparentó, y aunque probablemente habría procurado una gran alegría a uno de los señores al repartirle la nota, tomó otra decisión, ya estaba harto de repartir, así que hizo un gesto de silencio a su acompañante llevándose el dedo índice a la boca, rompió –K aún no había llegado hasta él– la nota en trozos pequeños y se los metió en el bolsillo. Se trataba de la primera irregularidad que K había visto en el trabajo administrativo, aunque también podía ser posible que lo hubiese entendido erróneamente. Y aun cuando fuese una irregularidad, se podía disculpar, y bajo las condiciones en que se realizaba el trabajo, el sirviente no podía trabajar sin cometer errores, una vez tenía que liberarse del enojo y la irritación acumulados, y que eso se mostrase sólo en la acción de romper esa nota, parecía lo suficientemente

inocente. Aún resonaba la voz por el corredor del señor que no había manera de tranquilizar y los colegas, que en otros aspectos no se comportaban precisamente con amabilidad entre ellos, parecían compartir la misma opinión en lo referente al ruido, era como si el señor hubiese adoptado la tarea de hacer ruido por todos aquellos que le animaban con gritos y gestos con la cabeza para que siguiera con el escándalo. Pero el sirviente ya no se preocupaba en absoluto de ello, había terminado su trabajo, señaló el asidero del carrito para que el otro sirviente lo agarrase y se fueron como habían venido, sólo que más satisfechos y con tal rapidez que el carrito brincaba ante ellos. Sólo una vez se sobresaltaron y miraron hacia atrás, cuando el señor, que continuaba gritando, y ante cuya puerta permanecía K, porque le hubiera gustado saber qué quería realmente, al parecer comprobó que con los gritos no iba a llegar a ninguna parte y encontró el botón de un timbre, por lo que, entusiasmado con la posibilidad de liberar su enojo, en vez de gritar comenzó a tocar el timbre. A continuación, comenzó un gran murmullo en las otras habitaciones, al parecer de aprobación; el señor parecía estar haciendo algo que a todos les hubiera gustado hacer desde hacía tiempo y que habían omitido sólo por motivos desconocidos. ¿Era quizá a la servidumbre, tal vez a Frieda, a quien llamaba el señor con todo ese ruido? Ya podía tocar todo lo que quisiera. Frieda estaba ocupada en envolver a jeremías en paños calientes y aun cuando él estuviese sano, ella tampoco tendría tiempo, pues entonces estaría en sus brazos. Pero los timbrazos tuvieron un efecto inmediato. Ya se veía cómo el posadero venía corriendo desde la lejanía, vestido de negro y abotonado hasta el cuello, como siempre; pero corría como si se olvidase de su dignidad; había extendido los brazos, como si le hubiesen llamado por haberse producido una gran desgracia y llegase para agarrarla y hacerla desaparecer en su pecho; y con cada irregularidad del timbre parecía dar un saltito y apresurarse aún más. Su esposa apareció a una gran distancia de él: también ella corría con los brazos extendidos, pero sus pasos eran cortos y afectados y K pensó que llegaría demasiado tarde, mientras tanto el posadero ya habría hecho todo lo necesario. Para dejar espacio al posadero, K se apretó contra la pared. Pero el posadero se detuvo ante K como si ésa fuese su meta y la posadera le alcanzó en seguida y los dos le llenaron de reproches, que él, con las prisas y la sorpresa, no entendió, sobre todo porque el timbre del señor se injería e incluso otros timbres comenzaron a sonar, ahora ya no por necesidad, sino sólo por jugar y por el exceso de alegría. K, porque tenía mucho interés en comprender su culpabilidad, se mostró conforme con que el posadero le tomase por el brazo y se lo llevase de aquel ruido que seguía

aumentando, pues detrás de ellos –K no se volvió, ya que el posadero y sobre todo, en la otra parte, la posadera, no dejaban de hablarle– se abrían las puertas por completo, el corredor se animaba, pareció desarrollarse cierto tráfico, como en una animada callejuela, las puertas ante ellos parecían esperar impacientes a que K pasase de una vez por todas para poder dejar salir a los señores, y, mientras, no cesaban de tocar los timbres como si festejasen una victoria. Finalmente –ya se encontraban en el blanco y silencioso patio–, y con lentitud, K pudo irse enterando de qué había ocurrido. Ni el posadero ni la posadera podían entender que K hubiese osado hacer semejante cosa. Pero ¿qué había hecho? Una y otra vez lo preguntó K, pero durante mucho tiempo no lo pudo averiguar, pues su culpabilidad era para los dos tan evidente que no podían pensar en su buena fe. Sólo muy lentamente se dio cuenta K de todo. No tenía derecho a estar en el corredor, por regla general sólo le era accesible excepcionalmente la taberna por un acto de gracia y salvo contraorden. Si había sido citado por un señor, naturalmente tenía que comparecer en el lugar señalado, pero siempre tenía que permanecer consciente –al menos tendría el habitual sentido común, ¿no?– de que estaba en un sitio al que no pertenecía, sólo porque un señor, en la mayoría de los casos contra su voluntad, puesto que así lo reclamaba y disculpaba un asunto administrativo, le había convocado. Así pues, tenía que aparecer rápidamente, someterse al interrogatorio, pero después desaparecer cuanto antes mejor. ¿No había tenido en el corredor el sentimiento de que aquél no era su sitio? Pero si lo había tenido, ¿cómo había podido vagar por allí como un tigre enjaulado? ¿Acaso no había sido citado para un interrogatorio nocturno? ¿No sabía por qué se habían introducido los interrogatorios nocturnos? Los interrogatorios nocturnos –y aquí recibió K una nueva explicación de su sentido– tenían como finalidad escuchar rápidamente, en plena noche y con luz eléctrica, a aquellas partes cuya visión fuese insoportable para los señores durante el día, con la posibilidad de olvidar toda esa fealdad mediante el sueño. El comportamiento de K, sin embargo, se había burlado de todas las medidas de precaución. Incluso los fantasmas desaparecían cuando amanecía, pero K se había quedado allí, con las manos en los bolsillos, como si esperase que, ya que él no se apartaba, todo el corredor con todas las habitaciones y sus ocupantes tenían que apartarse. Y eso habría ocurrido –de eso podía estar seguro– con toda certeza, si hubiese sido posible, pues la delicadeza de sentimientos de los señores no conoce límites. Ninguno de ellos expulsaría a K o ni siquiera diría lo más evidente, que se tenía que ir, ninguno de ellos lo haría, a pesar de que mientras durase la presencia de K probablemente temblasen de excitación y les aguase la mañana, su momento

preferido. En vez de dirigirse a K, preferirían sufrir, en lo que, si bien es cierto, también jugaría la esperanza de que K, finalmente, tendría que reconocer lo que saltaba a la vista y tendría que sufrir los mismos padecimientos de los señores hasta límites insoportables, tan terriblemente inconveniente era su estancia allí, en el corredor, por la mañana y visible para todos. Pero se trataba de una vana esperanza. No sabían, o, en su amabilidad y tolerancia, no querían saber, que hay corazones insensibles, duros, que no se ablandan con ningún respeto. ¿Acaso no busca la polilla nocturna, el pobre animal, cuando llega el día, un rincón silencioso y allí se aplana, prefiriendo desaparecer, siendo infeliz por no poder lograrlo? K, en cambio, se había situado allí donde era más visible y si pudiera mediante esa acción impedir que amaneciera, lo haría. No lo podía impedir, pero, desgraciadamente, sí lo podía retrasar o dificultar. ¿Acaso no había presenciado cómo se repartían los expedientes? Eso era algo que no podía presenciar nadie excepto los interesados. Eso era algo que ni el posadero ni la posadera podían presenciar en su propia casa. Sólo recibían alguna información como, por ejemplo, ese mismo día, del sirviente. ¿No había notado las dificultades con que se topaba la distribución de expedientes? Algo incomprensible, pues cada uno de los señores sólo servía a la causa, nunca pensaba en su ventaja personal y, por tanto, tenía que trabajar con todas sus fuerzas para que la distribución de expedientes, esa labor tan importante y fundamental, se produjera con celeridad, facilidad y sin errores. Y, ¿ni siquiera había supuesto lejanamente que el motivo principal de todas las dificultades era que el reparto de los expedientes se tenía que realizar, por su culpa, con las puertas casi cerradas, sin la posibilidad de un trato directo entre los señores, quienes, naturalmente, podían entenderse en un instante, mientras que con la mediación del sirviente todo tenía que durar horas, nunca podía ocurrir sin quejas, lo que suponía un tormento duradero para señores y sirviente y que probablemente tendría efectos perjudiciales para el trabajo posterior? Y ¿por qué no podían tratar directamente los señores entre ellos? Sí, ¿aún no lo comprendía K? La posadera no había conocido nada similar y el posadero lo confirmó también de su parte y eso que ya habían tenido que tratar con gente terca. Cosas que, en otro caso, no se osarían decir, había que decírselas abiertamente para que comprendiese lo más necesario. Muy bien, habría que decírselo: por su culpa, exclusivamente por su culpa, no habían salido los señores de sus habitaciones, pues a esas horas de la mañana, poco después del sueño, son demasiado vergonzosos y sensibles como para exponerse a las miradas ajenas; se sienten demasiado desnudos para mostrarse, por más que ya estén completamente vestidos. Es difícil decir de qué se avergonzaban, tal

vez lo hacían, esos eternos trabajadores, por el sencillo hecho de haber dormido. Pero quizá más que de mostrarse, se avergonzaban de ver a gente extraña; lo que habían superado felizmente con ayuda de los interrogatorios nocturnos, la visión de las partes tan difícilmente soportable para ellos, no querían volver a afrontarlo de nuevo por la mañana , súbitamente, en toda su crudeza. A eso no le podían hacer frente. ¿Qué tipo de hombre había que ser para no respetar ese hecho? Bien, había que ser un hombre como K, alguien que, con su obtusa indiferencia y somnolencia, pasase por alto todo, las leyes, así como la consideración humana más normal, a quien no le importase nada hacer casi imposible la distribución de los expedientes y dañar la reputación de la casa, que lograse lo hasta ahora inaudito de desesperar tanto a los señores que éstos comenzasen a defenderse, que echasen mano de los timbres, en una superación de sí mismos impensable para personas comunes, y pidiesen ayuda para así poder expulsar a K, a quien no había otra manera de estremecer. ¡Ellos, los señores, pidiendo ayuda! El posadero y la posadera, con todo el personal, ¿acaso no habrían acudido a toda prisa, si hubiesen osado aparecer por la mañana ante los señores, aunque sólo fuese con el fin de traer ayuda, para luego desaparecer inmediatamente? Temblando de indignación, desconsolados por la impotencia habían tenido que esperar allí, al inicio del corredor, y el sonido de los timbres no fue precisamente para ellos un sonido de salvación. Bueno, ¡lo peor ya había pasado! ¡Si al menos pudieran echar un vistazo en el alegre alboroto de los señores finalmente liberados de K! Para K, sin embargo, no había pasado, con toda certeza tendría que responder de lo allí ocurrido.

Mientras, habían llegado a la taberna, el motivo por el que el posadero, a pesar de su enojo, había conducido a K hasta allí, no estaba del todo claro, tal vez se había dado cuenta de que el cansancio de K le haría imposible abandonar la casa. Sin esperar una invitación a que se sentara, K se desplomó sobre uno de los barriles. Allí, en la oscuridad, se sentía bien. En toda la estancia sólo brillaba una débil lámpara eléctrica colocada sobre los grifos de los barriles. También fuera reinaba una profunda oscuridad, parecía que nevaba copiosamente. Había que estar agradecido por permanecer allí, en la habitación templada, y tomar medidas para no ser expulsado. El posadero y la posadera aún estaban ante él, como si de su presencia siguiera emanando cierto peligro, como si con su falta de formalidad no se pudiera excluir que saliese de repente e intentase volver a penetrar en el corredor. También ellos estaban cansados del susto nocturno y del temprano despertar, especialmente la posadera, que llevaba puesto un traje sedoso de color marrón, de falda amplia, no muy bien abotonado –¿de

dónde lo había sacado con las prisas?–, y que mantenía la cabeza apoyada en el hombro de su esposo, secándose los ojos con un pañuelo de tela fina mientras lanzaba miradas enojadas a K. Para tranquilizar al matrimonio, K dijo que todo lo que le habían contado era nuevo para él, que, a pesar de su ignorancia, no habría permanecido tanto tiempo en el corredor, donde realmente no tenía nada que hacer y, con toda seguridad, no había pretendido atormentar a nadie, sino que todo había ocurrido por su extremado cansancio. Les agradecía que hubiesen puesto fin a esa escena tan desagradable. Si tenía que responder por su conducta, lo haría agradecido, pues así podría impedir una interpretación errónea de ella. Sólo el cansancio y nada más había sido el culpable. Ese cansancio, sin embargo, procedía de que aún no estaba acostumbrado al esfuerzo de los interrogatorios. No hacía mucho tiempo que había llegado. Con un poco más de experiencia, no volvería a pasar. Tal vez se tomaba demasiado en serio los interrogatorios, pero eso no podía representar ninguna desventaja. Había tenido que soportar dos interrogatorios consecutivos, uno en la habitación de Bürgel y el segundo en la de Erlanger, especialmente el primero le había agotado, el segundo, es cierto, no había durado mucho, Erlanger sólo le había pedido un favor, pero los dos juntos había sido más de lo que podía soportar, tal vez para otro, como por ejemplo, para el señor posadero, algo parecido también hubiese sido demasiado. Del segundo interrogatorio salió tambaleándose. Casi se podría decir que había quedado sumido en un estado de embriaguez: había visto y oído a aquellos señores por primera vez y también les había tenido que responder. Por lo que sabía, todo había salido bien, pero entonces ocurrió esa desgracia, que, sin embargo, no se le podía atribuir como un comportamiento culpable en vista de lo precedente. Por desgracia sólo Erlanger y Bürgel se habían dado cuenta de su estado y, con toda seguridad, le habrían protegido y evitado todo lo posterior, pero Erlanger se tuvo que ir inmediatamente después del interrogatorio, al parecer para dirigirse al castillo, y Bürgel, probablemente cansado por el interrogatorio –¿cómo habría podido entonces resistirlo K sin salir perjudicado?– se había dormido e incluso se había saltado toda la distribución de los expedientes. Si K hubiese tenido otra posibilidad, la habría puesto en práctica con alegría y habría renunciado a todas las observaciones prohibidas, y esto le hubiese resultado más fácil puesto que en realidad no había estado en disposición de ver nada y por eso los señores más sensibles se habrían podido mostrar ante él sin sentir vergüenza alguna.

La mención de los dos interrogatorios, sobre todo el de Erlanger, y el respeto con el que K había hablado de los dos señores, ablandó al

posadero. Pareció querer cumplir la petición de K de poner una tabla sobre los barriles y dejarle dormir allí hasta la tarde, pero la posadera estaba claramente en contra; ajustándose inútilmente el vestido, cuyo desorden parecía haber descubierto en ese momento, sacudía una y otra vez la cabeza; al parecer estaba a punto de desencadenarse de nuevo la vieja disputa sobre la pureza de la casa. Para K, debido a su cansancio, la conversación del matrimonio adoptada una importancia desmesurada. Ser expulsado de allí le parecía una desgracia que superaba todo lo experimentado hasta entonces. Eso no podía ocurrir, ni siquiera si los dos se ponían de acuerdo contra él. Les siguió acechando acurrucado sobre el barril, hasta que la posadera, con su hipersensibilidad, que a K le había llamado la atención hacía tiempo, se echó repentinamente a un lado –probablemente ya había hablado con el posadero de cosas diferentes– y gritó:
–¿No ves cómo me mira? ¡Haz que salga de aquí de inmediato!
K, sin embargo, aprovechando la oportunidad y completamente convencido, casi hasta la indiferencia, de que permanecería allí, dijo:
–No te miro a ti, sino tu vestido.
¿Por qué mi vestido? –preguntó la posadera irritada.
K se encogió de hombros.
–Ven –dijo la posadera a su esposo–, está borracho, el muy bruto. Deja que duerma aquí la borrachera.
Y ordenó a Pepi, que al oír cómo se dirigía a ella salió de la oscuridad, cansada y desgreñada, sosteniendo con negligencia una escoba, que le arrojase a K un cojín cualquiera.

CAPÍTULO XXV

Cuando K despertó, creyó al principio que apenas había dormido; la habitación estaba igual, vacía y templada, todas las paredes ocultas por la oscuridad, la lámpara sobre los grifos de los barriles, y una ventana que mostraba la noche. Pero cuando se estiró, cayó el cojín y tanto la tabla como los barriles crujieron; Pepi acudió en seguida y entonces se enteró de que ya era de noche y que había dormido más de doce horas. La posadera había preguntado por él varias veces durante el día, también Gerstäcker, quien, por la mañana, cuando K hablaba con la posadera, había esperado allí con una cerveza, pero luego no se atrevió a molestarle, había regresado para verle, también Frieda había venido y había permanecido un instante al lado de K, pero no había venido por él, sino porque tenía cosas que preparar allí, pues por la noche tenía que reanudar su antigua labor.
–¿Ya no te quiere? –le preguntó Pepi, mientras le traía un café y un

pastel. Pero no lo preguntó con maldad como antes, sino con tristeza, como si mientras tanto hubiese conocido la maldad del mundo, frente a la cual fracasa toda maldad propia y se torna absurda. Habló a K como una compañera de infortunios, y cuando él probó el café y ella creyó ver que no lo consideraba lo suficientemente dulce, corrió y le trajo el azucarero. Su tristeza, sin embargo, no le había impedido aderezarse más que la última vez, se había trenzado cuidadosamente el pelo, pequeños rizos caían sobre la frente y las sienes y, alrededor del cuello, llevaba una cadena que colgaba hasta el escote de la blusa. Cuando K, satisfecho por haber dormido bien y por poder tomar un buen café, cogió disimuladamente una de las trenzas e intentó soltarla, Pepi le dijo cansada:

–Déjame –y se sentó frente a él en un barril.

Y K no tuvo que pedirle que le hablara de su dolor, ella misma comenzó a hablar de él, con la mirada fija en la cafetera, como si necesitase una distracción incluso durante el relato, como si, aun ocupándose de su propio dolor, no pudiese entregarse por completo a él, pues eso superaría sus fuerzas. Para empezar, K se enteró de que en realidad él tenía la culpa en la desgracia de Pepi, pero que ella no le guardaba rencor por eso. Y asintió fervientemente para impedir cualquier contradicción de K. Primero se había llevado a Frieda de la taberna y posibilitado así el ascenso de Pepi. Nada imaginable, de no ser eso, habría podido impulsar a Frieda a renunciar a su puesto; ella se sentaba allí, en el mostrador, como la araña en el centro de su tela, tenía tendidos sus hilos por todas partes, que sólo ella conocía. Quitarlos sin su consentimiento habría sido imposible, sólo el amor por un inferior, esto es, algo que no era compatible con su posición, la podía apartar de su puesto. ¿Y Pepi? ¿Había pensado alguna vez ganarse ese puesto? Ella era una simple criada, tenía un empleo insignificante y con pocas perspectivas. Por supuesto, tenía sueños de un gran futuro, como cualquier otra muchacha, nadie podía prohibirse soñar, pero no pensaba seriamente en prosperar, se había conformado con lo logrado. Y de repente desapareció Frieda de la taberna, ocurrió de forma tan repentina que el posadero no tenía disponible una sustituta adecuada, buscó y su mirada recayó en Pepi, quien, ciertamente, se había adelantado. En aquel tiempo amaba a K como no había amado a nadie en su vida, se había sentado meses enteros en su cuarto oscuro y diminuto y estaba preparada a pasar allí años y, en el peor de los casos, toda su vida, siempre inadvertida y, de repente, apareció K, un héroe, un liberador de mujeres jóvenes y le había abierto el camino hacia arriba. Él, por supuesto, no sabía nada de ella, no lo había hecho por ella, pero eso no disminuyó en nada su gratitud; en la noche

anterior a su ascenso –la contratación aún era insegura, pero muy probable–, pasó horas hablando con él, susurrándole en el oído su agradecimiento. Y en sus ojos aún aumentó su acto por el hecho de que era precisamente Frieda la carga que había puesto sobre sus hombros, algo incomprensiblemente desprendido residía en esa acción: que para alzar a Pepi, convirtiese a Frieda en su amante, a Frieda, una muchacha fea, envejecida y escuálida, con un cabello corto y ralo, además una muchacha insidiosa, que siempre tenía algún secreto, lo que sin duda guardaba relación con su aspecto; si su cuerpo y su rostro eran deplorables, debía de tener algún secreto que nadie podía comprobar, por ejemplo su supuesta relación con Klamm. E incluso a Pepi le habían asaltado pensamientos como que era posible que K amase realmente a Frieda, quizá no se engañase o sólo engañase a Frieda y el único resultado de ello fuera el ascenso de K, luego él se daría cuenta de su error o no querría ocultarlo por más tiempo y entonces sólo vería a Pepi y no a Frieda, lo que no tenía por qué ser pura imaginación de Pepi, pues ella podía competir muy bien con Frieda, mujer frente a mujer, lo que nadie podía negar, y ante todo había sido la posición de Frieda y el brillo que ella le había sabido dar lo que había cegado momentáneamente a K. Y Pepi, entonces, había soñado que K, cuando ella tuviera el puesto, vendría a ella y ella tendría la elección entre prestar oídos a K y perder el puesto o rechazarle y seguir ascendiendo. Y ella estaba dispuesta a renunciar a todo, a inclinarse hacia él y mostrarle el verdadero amor que jamás podría encontrar con Frieda y que era independiente de todos los empleos de honor de este mundo. Pero luego todo sucedió de un modo distinto. ¿Y quién era el culpable? Sobre todo K y, luego, también era cierto, la astucia de Frieda. Pero ante todo K, pues ¿qué quería? ¿Qué tipo de hombre tan extraño era? ¿A qué aspiraba? ¿Qué eran esas cosas tan importantes que le preocupaban y que le impulsaban a olvidar lo más próximo, lo mejor, lo más bello? Pepi era la víctima, todo era una necedad y todo estaba perdido, y quien tuviese la fuerza de incendiar toda la posada de los señores, pero hasta los cimientos, sin que quedase una huella, ardiendo como un papel en la chimenea, ése sería hoy el elegido de Pepi. Sí, Pepi llegó a la taberna hacía cuatro días, poco antes de la comida. No era ningún trabajo fácil ése, se podía decir que casi era un trabajo asesino, pero no era poco lo que se podía alcanzar con él. Pepi tampoco había vivido antes al día y aunque nunca, en sus pensamientos más osados, había aspirado a ese puesto, sin embargo sí había realizado numerosas observaciones, conocía las exigencias del puesto, desde luego no lo había asumido sin estar preparada. Y no se podía asumir sin estar preparada, porque en otro caso se perdería en las primeras horas,

sobre todo si se intentaba realizar el trabajo como lo haría una criada. Como criada una se olvidaba de Dios y de los hombres, se trataba de un trabajo como en una mina, al menos en el corredor de los secretarios así era. Día tras día no se veía allí, aparte de las pocas personas convocadas que iban rápidamente de un lado a otro sin atreverse a mirar, a ningún ser humano, excepto las dos o tres criadas que estaban igual de amargadas que Pepi. Por las mañanas no se podía salir de la habitación, a esas horas los secretarios querían estar solos, entre ellos, la comida se la llevaban los sirvientes de la cocina, por regla general las criadas no tenían nada que ver con eso, tampoco durante las horas de la comida nos podíamos mostrar en el corredor. Sólo cuando los señores trabajaban, las criadas podían limpiar, pero, naturalmente, no en las habitaciones ocupadas, sino en las vacías, y ese trabajo se tenía que realizar en silencio para no molestar a los señores. Pero ¿cómo era posible limpiar en silencio cuando los señores vivían varios días en las habitaciones? A todo ello se añadían los sirvientes, esa chusma, que no paraban de trastocarlo todo, así, cuando las criadas podían entrar en la habitación, ésta se encontraba en un estado que ni siquiera un diluvio podría limpiarla. Cierto, se trataba de señores, pero había que superar la repugnancia para limpiar sus habitaciones. Las criadas no tenían mucho trabajo, pero era duro. Y nunca una palabra amable, sólo reproches, especialmente éste, el más frecuente y atormentador: que al limpiar habían desaparecido expedientes. En realidad no se perdía nada, cualquier papel, por pequeño que fuese, se entregaba al posadero, pero era cierto que se perdían expedientes, aunque no por obra de las criadas. Y entonces se formaban comisiones y las criadas tenían que abandonar sus habitaciones y la comisión registraba las camas; las criadas no tenían ninguna propiedad, sus pocos objetos personales cabían en un cesto, pero la comisión buscaba durante horas. Por supuesto que no encontraba nada, ¿cómo podrían llegar hasta allí expedientes? Pero el resultado volvía a ser insultos y amenazas procedentes de la decepcionada comisión y transmitidos por el posadero. Y nunca se encontraba la tranquilidad, ni de día ni de noche. Había ruido casi toda la noche y ruido desde el amanecer. Si al menos no hubiera que vivir allí, pero era obligatorio, pues había periodos en que era competencia de las criadas llevar pequeñeces, según los pedidos, de la cocina, sobre todo por la noche. Siempre de repente el puño golpeando la puerta de la criada, el dictado del pedido, bajar a la cocina, sacudir al mozo de cocina que duerme, poner el pedido en el suelo ante la puerta de la criada, donde lo recogía uno de los sirvientes, qué triste era todo eso. Pero no era lo peor. Lo peor era cuando no se producía ningún pedido,

cuando en lo más profundo de la noche, cuando todos tendrían que estar durmiendo y la mayoría dormía de verdad, alguien comenzaba a andar de puntillas ante la puerta de las criadas. Entonces las criadas se levantaban de un salto –las camas eran literas, había poco espacio, la habitación de las criadas no era más que un gran armario con tres nichos–, escuchaban atentamente en la puerta, se arrodillaban, se abrazaban atemorizadas. Y continuamente se oía al furtivo ante la puerta. Todas habrían sido felices si finalmente hubiese entrado en la habitación, pero no ocurría nada, nadie entraba. Y había que reconocer que en ello no se tenía que ver necesariamente un peligro, quizá sólo era alguien que iba de un lado a otro ante la puerta, reflexionaba si quería hacer un pedido y luego no se decidía. Tal vez sólo era eso, o tal vez fuera algo muy diferente. En realidad no conocíamos a los señores, apenas los habíamos visto. En todo caso las criadas se morían de miedo y, cuando por fin ya no se oía nada, se apoyaban en la pared y no tenían más fuerzas para subir hasta sus camas. Ésta era la vida que le esperaba otra vez a Pepi, esa misma noche ocuparía de nuevo su plaza en la habitación de las criadas. Y ¿por qué? A causa de K y Frieda. De vuelta a esa vida de la que acababa de escapar, de la que había escapado, sí, con ayuda de K, pero también con un gran esfuerzo, pues en ese servicio las criadas se descuidaban, incluso las más cuidadosas. ¿Para quién se tendrían que acicalar? Nadie las miraba, en el mejor de los casos el personal de la cocina; a quien eso le bastase, se podía acicalar. El resto del tiempo lo pasábamos en nuestro cuarto o en las habitaciones de los señores, y entrar en ellas con vestidos limpios habría sido absurdo y un derroche. Y siempre bajo la luz eléctrica y con un aire pesado –siempre se estaba caldeando–, y, en realidad, siempre cansadas. La mejor forma de pasar la tarde libre era durmiendo tranquilamente y sin miedo en algún rincón de la cocina. ¿Para qué acicalarse entonces? Sí, apenas nos vestíamos. Y de repente Pepi fue destinada a la taberna, donde, presuponiendo que se afirmara en el puesto, precisamente sería necesario todo lo contrario, siempre se encontraría expuesta a las miradas de los demás, entre los que se encontrarían muchos señores muy atentos y exigentes y donde siempre habría que dar la impresión más agradable posible. Y Pepi podía decir que no había omitido nada. No se preocupó de lo que vendría después. Ella sabía muy bien que tenía las capacidades necesarias para ocupar ese puesto, de eso estaba muy segura, y esa misma convicción la seguía teniendo ahora y nadie se la podía quitar, ni siquiera ese día, el día de su derrota. Sólo era difícil el modo en que podría mantenerse al principio, pues no dejaba de ser una criada pobre, sin vestidos ni joyas, y porque los señores no tenían la paciencia de esperar para ver cómo

se iba evolucionando, sino que en seguida, sin transición ninguna, querían tener una camarera como estaba mandado, en otro caso la rechazaban. Se podría pensar que sus exigencias no eran grandes, pues Frieda las podía satisfacer, pero eso no era cierto. Pepi había reflexionado sobre ello, también se había encontrado a menudo con Frieda y durante un tiempo había dormido con ella. No era fácil seguir las huellas de Frieda y quien no tenía mucho cuidado ¿y qué señores lo tenían?– caía en sus engaños. Nadie sabía mejor que Frieda lo lamentable que era su aspecto; cuando, por ejemplo, se veía por primera vez cómo se soltaba el pelo, había que juntar las manos de pena, una muchacha como ella, si las cosas se hiciesen bien, no podría ser ni criada. Ella también lo sabía y por ello había llorado más de una noche, se había abrazado a Pepi y se había tapado la cara con su pelo. Pero cuando estaba de servicio, desaparecían todas sus dudas, se consideraba la más bella y sabía convencer a cualquiera de la mejor manera. Y mentía deprisa y estafaba para que la gente no tuviera tiempo de contemplarla correctamente. Por supuesto que eso no podía durar mucho, la gente tenía ojos y, al final, terminarían por tener razón. Pero en el instante en que percibía un peligro semejante, ya tenía preparado otro artificio, por ejemplo, en los últimos tiempos, su relación con Klamm. ¡Su relación con Klamm! Si no lo creía, lo podía confirmar, podía visitar a Klamm y preguntarle. Qué astuta era, qué astuta. Y si no se atrevía a presentarse ante Klamm con semejante pregunta y ni siquiera lograba una cita con cuestiones infinitamente más importantes, o Klamm fuese completamente inaccesible para él –sólo para él y para los que eran como él, pues Frieda, por ejemplo, se plantaba ante él de un brinco cuando quería–, si eso era así, a pesar de ello aún lo podía confirmar, no necesitaba más que esperar. Klamm no toleraría durante mucho tiempo un rumor tan falso, él estaba perfectamente informado de todo lo que se contaba de él en la taberna y en las habitaciones, todo eso poseía para él la mayor importancia y si era falso, lo rectificaría. Pero si no lo rectificaba, entonces no había nada que rectificar y todo era verdad. Lo único que se veía es que Frieda llevaba la cerveza a la habitación de Klamm y regresaba con el pago, pero lo que no se veía, eso es lo que contaba Frieda y había que creerla. Pero no contaba nada, no iba a divulgar esos secretos, no, los mismos secretos se divulgaban por sí mismos y ya que se habían divulgado, ya no temía hablar de ellos ella misma, pero con modestia, sin afirmar nada, se remitía a lo conocido por todos. Sin embargo, no lo contaba todo, por ejemplo que Klamm, desde que ella estaba en la taberna, bebía menos cerveza que antes, no mucha menos, pero significativamente menos, de eso no decía nada, podía obedecer a

distintos motivos, podía ser que fuese una temporada en la que a Klamm le agradase menos la cerveza o, quizá, se olvidaba de la cerveza por Frieda. En todo caso, y por muy sorprendente que pudiera parecer, Frieda era la amante de Klamm. Pero lo que satisfacía a Klamm, ¿por qué no podrían admirarlo los demás? Y así Frieda, en un abrir y cerrar de ojos, se había convertido en una belleza, en una muchacha hecha a la medida de la taberna, casi demasiado bella, demasiado poderosa, quizá incluso fuera demasiado buena para la taberna. Y, en efecto, a muchos les resultaba extraño que siguiese en la taberna; el empleo de camarera en la taberna era mucho, desde esa perspectiva parecía muy creíble la relación con Klamm; ahora bien, si la camarera de la taberna era la amante de Klamm, ¿por qué la dejaba tanto tiempo en la taberna? ¿Por qué no la ascendía? Se le podía repetir mil veces a la gente que aquí no existía ninguna contradicción, que Klamm tenía distintos motivos para obrar así, o que, tal vez, que el ascenso de Frieda estaba al caer, todo eso producía poco efecto, la gente tenía determinadas ideas y no se dejaba desviar de ellas mucho tiempo por complejo que fuera el artificio que se empleaba. Nadie había dudado que Frieda fuera la amante de Klamm, incluso aquellos que posiblemente lo sabían mejor, ya estaban demasiado cansados para dudar. «¡Por todos los diablos, sé la amante de Klamm!», pensaron, «pero si ya lo eres, lo queremos confirmar con tu ascenso». Pero nadie pudo notar ni confirmar nada, y Frieda permaneció en la taberna como hasta entonces y aún estaba contenta en secreto de que así fuera. Pero entre la gente perdió en prestigio, eso lo tuvo que notar, ella solía notar cosas antes de que se manifestasen. Una muchacha realmente bella y encantadora, una vez que se había adaptado a la taberna, no debía emplear artimañas; mientras fuera bella, permanecería camarera en la taberna, siempre y cuando no se produjese alguna desgraciada casualidad. Una muchacha como Frieda, sin embargo, tenía que estar continuamente preocupada por su puesto, era evidente que no lo mostraba, más bien solía quejarse y renegar de su trabajo, pero observaba permanentemente en secreto el ambiente. Y así comprobó que la gente se tornaba indiferente, la aparición de Frieda ya no suponía ningún motivo que mereciera la pena para levantar la mirada, ni siquiera los sirvientes se fijaban en ella, comprensiblemente se sentían atraídos por Olga y otras mujeres parecidas, también comprobó en el comportamiento del posadero que ella cada vez era menos imprescindible, y tampoco podía inventar más historias de Klamm, todo tenía límites, y así la buena de Frieda se decidió por algo nuevo. ¡Todos lo adivinaron! Pepi lo sospechó, pero, por desgracia, no lo adivinó. Frieda se decidió por provocar un escándalo, ella, la amante de Klamm,

se quiso arrojar en los brazos de un cualquiera; en lo posible, en los del más ínfimo. Eso causaría sensación, de eso se hablaría largo tiempo y, finalmente, se acordarían de lo que significaba ser la amante de Klamm y de lo que significaba rechazar ese honor en la embriaguez de un nuevo amor. Lo único difícil era encontrar el hombre adecuado con el que se pudiera jugar una partida tan astuta. No podía ser un conocido de Frieda, tampoco uno de los sirvientes, probablemente uno de ellos la habría mirado con los ojos muy abiertos y habría seguido su camino, ante todo no habría sabido mantener la seriedad, y habría resultado imposible difundir, ni con toda la elocuencia, que Frieda había sido asaltada por él, que no había sabido defenderse y que se había rendido a él en un momento de inconsciencia. Y aunque se tratase de la persona más ínfima, tendría que ser alguien del que se pudiera hacer creíble que, a pesar de su carácter obtuso y grosero, sólo anhelaba a Frieda y que no tenía otro deseo que –¡Cielo Santo!– casarse con ella. Pero aun siendo el hombre más vulgar, en lo posible inferior a un criado, muy inferior a un criado, al menos tenía que ser uno que no fuese objeto de risa de todas las muchachas, alguien en quien otra mujer con sentido común pudiese encontrar algo atractivo. Pero ¿dónde se podía encontrar a un hombre semejante? Cualquier otra mujer probablemente lo habría buscado en vano durante toda la vida, la suerte de Frieda, sin embargo, condujo tal vez al agrimensor a la taberna precisamente la noche en que le vino el plan a la cabeza. ¡El agrimensor! Sí, ¿en qué pensaba K? ¿Qué cosas tan especiales ocupaban su mente? ¿Quería lograr algo especial? ¿Un buen empleo, una distinción? ¿Quería algo similar? Bueno, entonces tendría que haberse conducido de un modo diferente desde el principio. Era un don nadie, resultaba lamentable contemplar su situación. Era agrimensor, eso quizá fuese algo, al menos había aprendido una profesión, pero cuando no se sabe qué emprender con ello, no significa nada. Y encima presentaba exigencias; sin tener ningún respaldo, presentaba exigencias, no directamente, pero se notaba que tenía pretensiones, eso era irritante. ¿Sabría que incluso una criada le hacía una concesión cuando hablaba con él? Y con todas sus pretensiones la primera noche cayó en la trampa más burda. ¿Acaso no se avergonzaba? ¿Qué fue lo que le atrajo tanto de Frieda? Ahora podía reconocerlo. ¿Le había podido gustar realmente esa cosa amarillenta y escuchimizada? ¡Ah!, no, ni siquiera la había mirado, ella sólo le dijo que era la amante de Klamm, en él eso sonó a novedad y ya estaba perdido. Pero entonces ella se tenía que mudar, ya no había sitio para ella en la posada de los señores. Pepi la vio la mañana antes de la mudanza, todo el personal se había reunido allí, había curiosidad por verlo. Y tan grande era aún su

poder que se compadecían de ella, todos, también sus enemigos; tan exitoso resultó su cálculo al principio; haberse arrojado en los brazos de un tipo semejante les parecía a todos algo incomprensible, un golpe del destino; las pequeñas mozas de cocina, que naturalmente admiraban a todas las camareras de la taberna, estaban inconsolables. Incluso Pepi estaba afectada, ni siquiera ella se pudo dominar, aunque dirigía su atención a algo diferente. Le llamó la atención la escasa tristeza que mostraba Frieda. En el fondo se trataba de una terrible desgracia que le había afectado, y ella hacía como si fuese muy desgraciada, pero no lo suficiente, ese juego no podía engañar a Pepi. ¿Qué la mantenía tan íntegra? ¿Acaso la felicidad del nuevo amor? Bueno, esa consideración caía por sí misma. Pero ¿qué podía ser entonces? ¿Qué le daba la fuerza incluso para tratar a Pepi, que ya entonces era considerada su sucesora, con la fría amabilidad de siempre? Pepi no tenía tiempo para reflexionar sobre ello, tenía demasiado que hacer con los preparativos para el nuevo empleo. Probablemente debería ocuparlo en unas horas y no tenía ningún peinado bonito, ningún vestido elegante y de tela fina, ningunos zapatos decentes. Todo eso había que conseguirlo en unas horas, si no podía aparecer con corrección, era mejor renunciar al trabajo, pues entonces lo perdería en la primera media hora. Bueno, lo logró en parte. Para peinarse tenía un talento especial, una vez incluso la llamó la posadera para que la peinara, posee una habilidad especial en las manos, si bien ella tenía una abundante cabellera que se amoldaba a todos los deseos. También consiguió ayuda para el vestido. Sus dos compañeras se mantuvieron fieles, también suponía para ellas cierto honor cuando una criada de su grupo era nombrada camarera de la taberna; además Pepi, más tarde, cuando tuviese poder, podría conseguirles alguna ventaja. Una de ellas tenía desde hacía tiempo una tela muy cara, era su tesoro, y con frecuencia dejaba que las demás la admiraran; soñaba con emplearla alguna vez de forma espléndida y –lo que fue un bonito gesto de su parte–, ahora que la necesitaba Pepi, la sacrificó. Y las dos la ayudaron gustosas a coser, si hubiesen cosido para ellas mismas, no habrían invertido tanto celo. Incluso fue un trabajo muy alegre y dichoso. Estaban sentadas cada una en su cama, una sobre la otra, cosían y cantaban y se pasaban las partes concluidas y los accesorios de costura. Cuando Pepi pensaba en ello le llegaba al corazón que todo hubiese sido en vano y que ahora tuviese que regresar con sus amigas con las manos vacías. Qué desgracia y cuánta imprudencia, sobre todo por parte de K. Cómo se alegraron todas del vestido. Pareció el colmo del éxito, y cuando posteriormente aún se encontró espacio para un lazo, desapareció la última duda. ¿Y acaso no era bonito el vestido? Ya estaba un poco arrugado y sucio, Pepi no tenía

un segundo vestido, así que había tenido que llevar ése día y noche, pero aún se podía comprobar lo bello que había sido, ni siquiera la condenada de los Barnabás había podido ponerse uno mejor. Y además se podía ajustar y aflojar, arriba y abajo, según el gusto; que fuese un solo vestido, pero tan modificable, supuso una gran ventaja y realmente fue su invención. Cierto, para ellas no era difícil la costura, Pepi no se vanagloriaba de ello, a las muchachas jóvenes y sanas les quedaba todo bien. Más difícil fue conseguir la ropa interior y los zapatos, y aquí comenzó el fracaso. También en esto ayudaron las amigas, pero no pudieron conseguir mucho, sólo ropa basta que remendaron y, en vez de zapatos de tacón alto, hubo que conformarse con unos zapatos de andar por casa, que era preferible esconder antes que mostrar. Consolaron a Pepi, Frieda tampoco iba muy bien vestida y a veces se paseaba tan desaliñada que los clientes preferían dejarse servir por los mozos antes que por ella. Así era en realidad, pero Frieda podía hacerlo, ella gozaba del favor de los demás; cuando una dama se muestra vestida con descuido, se vuelve más seductora, pero ¿con una novata como Pepi? Y, además, Frieda no podía vestirse bien, carecía de gusto. Si alguien tenía la piel amarillenta no le cabía otro remedio que aguantarse, pero no tenía, como Frieda, que ponerse una blusa escotada color crema para dañar los ojos de los demás. Y aun en el caso de que no hubiese sido así, era demasiado mezquina para vestirse bien, todo lo que ganaba, lo ahorraba, nadie sabía para qué. Mientras estaba de servicio no necesitaba dinero, lograba salir de problemas con mentiras y trucos, Pepi no quería imitar su ejemplo y por eso estaba justificado que se acicalase tanto para hacerlo patente y desde el principio. Si hubiese podido emplear más medios, podría haber salido victoriosa a pesar de la astucia de Frieda y de la necedad de K. Todo comenzó muy bien. Los conocimientos necesarios ya los había adquirido antes. Apenas llegada a la taberna, ya se había adaptado. Nadie echaba de menos a Frieda. Sólo el segundo día hubo algunos huéspedes que preguntaron por ella. No se cometieron errores, el posadero estaba satisfecho, todo el primer día permaneció en la taberna por miedo, luego ya sólo fue de vez en cuando, finalmente lo dejó todo en manos de Pepi, ya que la caja coincidía, además, los ingresos, por término medio, incluso habían aumentado respecto al periodo de Frieda. Pepi introdujo novedades. Frieda había cedido algunos de sus derechos, no por diligencia, sino por avaricia, ansias de dominio, y por miedo; también controlaba a los criados, al menos esporádicamente, sobre todo cuando alguien miraba. Pepi, sin embargo, adjudicó ese trabajo a los mozos, que para eso servían mejor. Gracias a esa medida, se disponía de más tiempo para las habitaciones de los señores, los

huéspedes fueron servidos con rapidez y, aun así, pudo conversar algo con ellos, no como Frieda que, al parecer, sólo se reservaba para Klamm y consideraba cada palabra, cada aproximación de otro como una ofensa a Klamm. Esa táctica, sin embargo, también era astuta, pues cuando dejaba que alguien se aproximara a ella, se tenía que interpretar como un gran privilegio. Pepi, en cambio, odiaba esos artificios, además, al principio no eran útiles. Pepi se mostraba amigable con todos y todos le pagaban con amabilidad. Todos estaban visiblemente alegres por el cambio; cuando por fin los agotados señores se podían sentar un rato para tomarse una cerveza se les podía cambiar con una palabra, una mirada, un encogerse de hombros. Tantas veces pasaban las manos por los rizos de Pepi, que se tenía que renovar el peinado diez veces al día; nadie se resistía a la seducción ejercida por esos rizos y trenzas, ni siquiera K, tan irreflexivo en otras cosas. Tantos días exitosos, excitantes y llenos de trabajo. ¡Si no hubiesen pasado tan rápido! ¡Si hubiesen sido más! Cuatro días eran demasiado poco, por más que se realizase un esfuerzo hasta el agotamiento, quizá habría bastado el quinto día, pero cuatro habían sido demasiado pocos. Cierto, Pepi ya había adquirido en cuatro días amigos y bienhechores, si hubiese podido confiar en todas las miradas; se puede decir que nadaba, cuando traía las jarras de cerveza, en un mar de amistad; un escribiente llamado Bratmeier estaba loco por ella, le había regalado esa cadena y el colgante y en el colgante estaba su retrato, lo que había sido una osadía; sí, ocurrieron muchas cosas, pero sólo fueron cuatro días, en cuatro días, si se lo proponía, Pepi casi podía hacer que se olvidasen de Frieda, aunque no del todo, y se habrían olvidado de ella aún antes, si no hubiese mantenido precavidamente su nombre en todos los labios a causa de su gran escándalo, con él era como si fuese nueva para todos, sólo por curiosidad les hubiera gustado verla; lo que se había convertido para ellos en algo aburrido hasta la saciedad, había adquirido un nuevo acicate gracias a los merecimientos del indiferente K; por ello no habrían renunciado a Pepi, mientras estuviese allí y destacase por su presencia, pero en su mayoría eran señores mayores, aferrados a sus costumbres; antes de que se acostumbrasen a una nueva camarera tenían que pasar unos días, por muy beneficioso que hubiese sido el cambio; contra la voluntad de los señores siempre duraba unos días, quizá sólo cinco días, pero cuatro no bastaban; Pepi, a pesar de todo, seguía siendo considerada como una camarera provisional. Y luego quizá la desgracia más grande, en esos cuatro días Klamm, a pesar de que durante los dos primeros días estuvo en el pueblo, no bajó de su habitación. Si hubiese bajado, habría sido el ensayo decisivo, un ensayo que ella al menos no temía, todo lo

contrario, por el que se alegraba. No se hubiese convertido –ésas eran cosas de las que era mejor no hablar– en la amante de Klamm, ni tampoco habría mentido para tenerse por una, pero hubiese sabido dejar la jarra de cerveza en la mesa con la misma simpatía que Frieda, le habría saludado amablemente sin la impertinencia de Frieda y se habría despedido con la misma amabilidad, y si Klamm hubiese buscado algo en los ojos de una joven, lo habría encontrado en los ojos de Pepi hasta la saciedad. Pero ¿por qué no bajó? ¿Por casualidad? Eso fue lo que creyó Pepi entonces. Durante los dos días le esperó a cada momento. «Ahora vendrá Klamm» –pensaba continuamente y corría hacia un lado y a otro sin otro motivo que la intranquilidad de la espera y el anhelo de ser la primera en verle cuando entrara. Esa continua decepción la fatigó mucho, quizá por eso rindiera menos de lo que era capaz. Se deslizaba, cuando tenía un poco de tiempo, hasta el corredor, cuyo acceso le estaba terminantemente prohibido al personal, allí se ocultó en un rincón y esperó. «Si ahora viniese Klamm –pensaba–, si pudiese recoger al señor en su habitación y llevarlo hasta la taberna en mis brazos. Soportaría esa carga sin derrumbarme, aun cuando fuese mucho más pesada». Pero no fue. En esos corredores de arriba reinaba tal silencio, un silencio imposible de imaginar si no se ha estado allí. Reinaba tal silencio que no se podía soportar mucho tiempo, el silencio terminaba por ahuyentarte. Diez veces fue Pepi ahuyentada, diez veces volvió a subir. Era absurdo. Klamm bajaría cuando quisiese bajar, pero si no quería, Pepi no podría sacarle por mucho que se asfixiara en el rincón sufriendo fuertes palpitaciones. Era absurdo, pero si no bajaba, todo era absurdo. Y no bajó. Hoy sabía Pepi por qué Klamm no había bajado. Frieda se habría divertido mucho si hubiese visto a Pepi arriba, en el corredor, escondida en un rincón y con las dos manos en el corazón. Klamm no bajó porque Frieda no lo consintió. No lo logró con sus súplicas, sus súplicas no llegaban hasta Klamm, pero esa araña tenía conexiones que nadie conocía. Cuando Pepi le decía algo a un huésped, lo decía abiertamente, también lo podía oír la mesa vecina; Frieda, sin embargo, no tenía nada que decir, ponía la cerveza en la mesa y se iba; sólo susurraban sus enaguas de seda, lo único en lo que invertía dinero. Pero si alguna vez decía algo, no lo decía abiertamente, sino que se lo susurraba al cliente, se inclinaba de tal manera que en la mesa vecina se aguzaban los oídos. Lo que decía era probablemente insignificante, aunque no siempre; ella tenía conexiones, apoyaba las unas en las otras y aunque la mayoría de ellas fracasaban –¿quién se preocuparía largo tiempo de Frieda?–, de vez en cuando había alguna que persistía. Así que comenzó a aprovecharse de esas conexiones. K le proporcionó la posibilidad para ello, en vez de sentarse a su lado y

vigilarla, él apenas se quedó en casa, vagó por todas partes, sostuvo entrevistas aquí y allá, a todo le prestó atención menos a Frieda, y, para darle aún más libertad, se mudó de la posada del puente a la escuela. Todo eso había sido un buen inicio para una luna de miel. Bueno, Pepi era con toda seguridad la última que podía reprochar a K que no hubiese logrado soportar a Frieda. Con ella no se podía aguantar mucho tiempo. Pero ¿por qué no la había abandonado, por qué había regresado con ella una y otra vez, por qué había despertado la impresión en sus peregrinaciones de que luchaba por ella? Era como si, a través de su contacto con Frieda, hubiese descubierto su insignificancia, como si quisiese hacerse digno de Frieda, como si quisiese trepar y para ello renunciase a la convivencia para luego poderse resarcir de los sacrificios realizados. Mientras, Frieda no había perdido el tiempo, había permanecido sentada en la escuela, adonde ella seguramente había conducido a K, y observaba la posada de los señores y observaba a K. Tenía a su disposición mensajeros excepcionales, los ayudantes de K, que –lo que era incomprensible, incluso conociendo a K resultaba incomprensible– se los dejaba a ella. Ella se los enviaba a sus viejos amigos, hacía que la recordasen, se quejaba de que un hombre como K la mantenía encerrada, acosaba a Pepi, anunciaba su próxima llegada, pedía ayuda, juraba que no había traicionado a Klamm, hacía como si hubiese que proteger a Klamm y no se le debiera permitir en ningún caso que bajase a la taberna. Lo que ella vendía a algunos como la protección de Klamm, ante el posadero lo interpretaba como su éxito personal, y llamaba la atención acerca de que Klamm ya no bajaba. ¿Cómo podría bajar, si abajo era Pepi la que servía? Aunque era cierto que el posadero no tenía culpa alguna, esa Pepi era, en todo caso, la mejor sustituta que había podido encontrar, pero no era suficiente, ni siquiera para unos días. K no sabía nada de toda esa actividad de Frieda; cuando no vagaba por ahí, yacía ignorante a sus pies, mientras ella contaba las horas que aún la separaban de la taberna. Pero los ayudantes no sólo le prestaban ese servicio de mensajería, también colaboraban para poner celoso a K, para mantenerlo en calor. Frieda conocía a los ayudantes desde su infancia, no tenían ningún secreto entre ellos, pero en honor a K comenzaron a anhelarse mutuamente y surgió el peligro de que se convirtiera en un gran amor. Y K hizo cualquier cosa para satisfacer a Frieda, incluso lo más contradictorio, dejó de ponerse celoso por los ayudantes y sin embargo toleraba que los tres permanecieran juntos mientras él emprendía solo sus peregrinaciones. Era como si fuese el tercer ayudante de Frieda. Entonces Frieda, basándose en sus observaciones, se decidió a dar el gran golpe, decidió regresar. Y realmente era el

momento oportuno, resultaba admirable cómo Frieda, la muy astuta, lo reconoció y aprovechó, esa fuerza en la observación y en la decisión constituía el inimitable arte de Frieda; si Pepi lo tuviera, qué diferente habría sido el curso de su vida. Si Frieda hubiese permanecido un día o dos más en la escuela, ya no podrían haber expulsado a Pepi, sería definitivamente camarera, amada por todos, habría ganado el dinero suficiente para completar su ajuar, sólo uno o dos días y Klamm ya no habría podido ser apartado con ninguna intriga de la taberna, habría bajado, bebido, se habría sentido cómodo y, si acaso hubiese percibido la ausencia de Frieda, estaría muy satisfecho con el cambio; sólo uno o dos días más y todo habría quedado olvidado, Frieda con su escándalo, con sus conexiones, con los ayudantes, nada de eso habría sido recordado. ¿Quizá entonces podría aferrarse mejor a K y, presuponiendo que fuese capaz de ello, aprender a quererle? No, tampoco eso, pues K no necesitaba más de un día para hartarse de ella, para reconocer cómo le embaucaba de la manera más miserable, con todo, con su supuesta belleza, su supuesta fidelidad y, sobre todo, con el supuesto amor de Klamm, sólo un día, nada más, necesitaba para expulsar de la casa a esa sucia compañía de ayudantes, ni siquiera K necesitaba más. Y, sin embargo, entre esos dos peligros, cuando ya comenzaba a cerrarse la tumba sobre ella, K, en su simpleza, aún le dejaba abierta la última y estrecha vía, y ella escapaba. De repente –nadie lo había esperado, iba contra la naturaleza–, era ella la que ahuyentaba a K, quien la seguía queriendo y persiguiendo, y bajo la útil presión de los amigos y ayudantes aparecía ante el posadero como una salvadora, más seductora que antes a causa del escándalo, deseada notoriamente tanto por los inferiores como por los superiores, aunque habiendo sucumbido sólo un instante ante el más inferior de todos, a quien rechazaba como estaba mandado para permanecer inalcanzable como antes, sólo que antes todo eso se dudaba con razón, pero ahora reinaba el convencimiento. Así que regresaba, el posadero vacilaba mientras miraba a Pepi de soslayo –¿debía sacrificarla, a ella, que tan bien había trabajado?–, pero al poco tiempo ya se había dejado convencer, había demasiado que hablaba en favor de Frieda y, ante todo, quería volver a ganar a Klamm para la taberna. Y así se llegaba a esa misma noche. Pepi no esperaría a que llegase Frieda y a que hiciese un triunfo de la ocupación del puesto. Ya le había dado al posadero la caja, se podía ir. La cama en la habitación de las criadas ya estaba preparada para ella, allí la saludarían sus llorosas amigas, se quitaría el vestido, las cintas del pelo y lo arrojaría todo en algún lugar donde quedase bien escondido y no le recordasen innecesariamente tiempos pasados que deberían olvidarse para siempre. Luego tomaría la fregona

y el cubo e iría a trabajar con los dientes apretados. Pero antes le tenía que contar todo a K para que él, que sin ayuda no se habría dado cuenta de nada, viese claramente lo mal que había tratado a Pepi y lo infeliz que la había hecho. Aunque, ciertamente, también de él se había abusado.

Pepi había terminado de hablar. Se limpió, suspirando, algunas lágrimas de los ojos y de las mejillas y miró a K asintiendo con la cabeza, como si quisiese decir que en el fondo no se trataba de su desgracia, que ella la soportaría y para ello no necesitaría ni ayuda ni consuelo de nadie, y menos de K; ella, a pesar de su juventud, conocía la vida y su desgracia sólo era una confirmación de sus conocimientos, en realidad se trataba de la desgracia de K: había querido presentarle su propia imagen; después de la destrucción de todas sus esperanzas, ella había considerado necesario hacerlo así.

–Qué imaginación más desbocada tienes, Pepi –dijo K–. No es verdad que hayas descubierto ahora todas esas cosas, no son más que sueños producto de vuestra oscura y estrecha habitación de criadas, que allí abajo tienen su razón de ser, pero que aquí, al aire libre de la taberna, resultan extraños. Con esos pensamientos no podías afirmarte aquí, eso es evidente. Incluso tu vestido y tu peinado, de los que tanto te vanaglorias, sólo son producto de la oscuridad y de las camas de vuestra habitación; allí pueden ser muy bonitos, aquí, sin embargo, todos se ríen de ellos ya sea en secreto o en público. ¿Y qué cuentas más? ¿Que han abusado de mí y me han estafado? No, querida Pepi, de mí han abusado tan poco como de ti y me han estafado tan poco como a ti. Es cierto que Frieda me ha abandonado o, como tú te expresas, se ha escapado con los ayudantes; vislumbras un destello de la verdad, y es realmente muy improbable que se convierta en mi esposa, pero no es cierto que me haya hartado de ella o que la hubiera expulsado al día siguiente o que me hubiera engañado como quizá una mujer engaña a un hombre. Vosotras, las criadas, estáis acostumbradas a espiar a través del ojo de la cerradura y de esa costumbre deriváis la forma de pensar consistente en deducir, de forma magistral pero completamente falsa, el todo de una pequeñez que realmente veis. La consecuencia de ello es que en este caso, por ejemplo, yo sé menos que tú. Tampoco puedo explicar tan detalladamente como tú por qué Frieda me ha abandonado. La explicación más probable me parece la que tú has insinuado pero sin sacarle el partido necesario: que la he descuidado. Eso es, por desgracia, cierto. La he descuidado, pero eso tuvo motivos especiales que no vienen ahora a cuento; sería feliz si regresara a mí, pero volvería a descuidarla en seguida. Así es. Cuando estaba conmigo, me encontraba continuamente en mis peregrinajes, tan ridiculizados

por ti, ahora que se ha ido, no tengo casi ninguna ocupación, estoy cansado, tengo deseos de no ocuparme absolutamente de nada. ¿No tienes ningún consejo para mí, Pepi?

–Pues sí –dijo de repente, tornándose vivaz y cogiendo los hombros de K–, nosotros dos somos los estafados, permanezcamos juntos, ven conmigo abajo, con las demás.

–Mientras te quejes de haber sido estafada –dijo K–, no puedo llegar a un acuerdo contigo. Tú quieres seguir siendo estafada, porque eso te adula y te conmueve. Pero la verdad es que tú no eres la adecuada para este puesto. Cuán clara resulta tu ineptitud, que hasta yo, según tu opinión, el más ignorante, me doy cuenta de ella. Eres una buena chica, Pepi, pero no es fácil reconocer lo que te digo; yo, por ejemplo, al principio te tomé por cruel y arrogante, pero no lo eres, sólo es este puesto que te confunde, ya que no eres apta para él. No quiero decir que el puesto sea demasiado elevado para ti, tampoco es un empleo tan extraordinario; quizá sea, si se mira con más detenimiento, más honorable que tu empleo anterior, pero en general la diferencia no es tan grande, los dos se asemejan tanto que se pueden confundir, sí, casi se podría afirmar que es preferible ser criada antes que camarera, pues abajo siempre se está entre secretarios, aquí, sin embargo, hay que tener contacto con el pueblo llano, por ejemplo conmigo, si bien también se puede servir a los superiores de los secretarios en sus habitaciones; está decretado que yo no pueda permanecer en ningún lado salvo aquí, en la taberna, y la posibilidad de tratar conmigo ¿podría ser algo extremadamente honroso? Sólo a ti te lo parece y quizá tengas motivos para ello. Pero precisamente por eso careces de la aptitud necesaria. Es un empleo como cualquier otro, para ti, sin embargo, es el Reino Celestial, en consecuencia todo lo haces con un celo desmesurado, te acicalas como, según tú, se deben acicalar los ángeles –ellos, en realidad, son de otra manera–, tiemblas por el puesto, te sientes continuamente perseguida, buscas ganarte con desmesurada amabilidad a todos aquellos que te puedan servir de apoyo, pero con esa actitud los importunas y los repeles, pues ellos buscan paz en la taberna y no añadir a sus preocupaciones las de la camarera. Es posible que después de la salida de Frieda ninguno de los clientes se diese cuenta del suceso, ahora, sin embargo, sí lo saben y realmente anhelan a Frieda, pues ella lo ha conducido todo de otro modo. Fuera cual fuese su carácter y el modo en que valorase su empleo, poseía una gran experiencia en su trabajo, era fría y sabía dominarse, tú misma lo has destacado, aunque sin haberte aprovechado del ejemplo. ¿Te has fijado alguna vez en su mirada? Ésa no era ya la mirada de una camarera, casi era la mirada de una

posadera. Todo lo veía y, al mismo tiempo, captaba a cada una de las personas, y la mirada que dejaba para ellas era lo suficientemente fuerte como para someterlas. Qué importaba que quizá fuese un poco delgada, que estuviese un poco envejecida, que uno se pudiera imaginar un cabello más denso, ésas son pequeñeces comparadas con lo que realmente tenía y aquellos a quienes hubiesen molestado esos defectos sólo habrían demostrado que les faltaba el sentido para captar lo importante. Esto no se le puede reprochar a Klamm y sólo es el falso punto de vista de una muchacha joven e inexperta lo que te impide creer en el amor de Klamm por Frieda. Klamm te parece –y con razón– inalcanzable y, por eso, crees que tampoco Frieda tendría que haber llegado hasta Klamm. Te equivocas. Yo confiaría exclusivamente en la palabra de Frieda, aun en el caso de que careciera de pruebas irrefutables. Por increíble que te parezca y aunque te resulte incompatible con tus ideas del mundo y del funcionariado, de la distinción y efecto de la belleza femenina, es verdad, como que estamos aquí sentados y tomo tu mano entre las mías, que así se sentaban, como si fuera la cosa más natural del mundo, Klamm y Frieda, uno al lado del otro, y él bajaba voluntariamente, incluso se apresuraba a bajar, nadie espiaba en el corredor, descuidando el trabajo; el mismo Klamm tenía que hacer el esfuerzo de bajar y los fallos en el vestido de Frieda, que tanto te horrorizaban, a él no le molestaban en absoluto. ¡No quieres creerla! Y no sabes cómo te descubres, cómo muestras tu inexperiencia. Ni siquiera alguien que no supiese nada de la relación con Klamm, tendría que reconocer en su carácter que se ha formado algo que es más que tú y yo y que toda la gente del pueblo y que sus conversaciones iban más allá de las bromas que son habituales entre clientes y camareras y que parecen ser la meta de tu vida. Pero te hago una injusticia. Tú reconoces muy bien las dotes de Frieda, te has dado cuenta de su capacidad de observación, de su fuerza para decidir, de su influencia sobre las personas, sólo que todo lo interpretas erróneamente, crees que todo lo emplea de forma egoísta para obtener ventaja, con maldad, sólo como un arma contra ti. No, Pepi, aun cuando pudiese disparar esas flechas envenenadas, no podría dispararlas a una distancia tan corta. ¿Y egoísta? Más bien podría decirse que, sacrificando lo que tenía y lo que podía esperar, nos ha dado la posibilidad de mantenernos en un puesto superior, pero los dos la hemos decepcionado y la hemos obligado a regresar aquí. No sé si es así, tampoco mi culpa me parece clara, únicamente cuando me comparo contigo surge en mi mente algo parecido, como si nosotros nos hubiésemos esforzado de un modo demasiado ruidoso, infantil e inexperto para ganar algo que se podría obtener fácilmente con la

tranquilidad y la objetividad de Frieda, pero que con lloros, arañazos y tirones violentos, como un niño tira del mantel, no se puede obtener, más bien echar por tierra y hacerlo inalcanzable. No sé si esto será así, pero que hay más posibilidades de que sea así y no cómo tú lo has contado, eso lo sé con toda certeza.

–Muy bien –dijo Pepi–, estás enamorado de Frieda porque se te ha escapado, no es difícil estar enamorado de ella cuando ya no está. Puede que todo sea como dices y puede que tengas razón, también al ridiculizarme. ¿Qué vas a hacer ahora? Frieda te ha abandonado. Ni con tu explicación ni con la mía tienes la esperanza de que regrese a ti e incluso si regresase alguna vez, en algún lugar tendrás que alojarte durante ese tiempo, hace frío y no tienes ni trabajo ni cama, ven con nosotras, mis amigas te gustarán, te acomodaremos muy bien. Nos ayudarás en el trabajo, que en realidad es demasiado duro para unas jovencitas como nosotras; no dependeríamos exclusivamente de nosotras mismas y por la noche ya no tendríamos miedo. ¡Ven con nosotras! También mis amigas conocen a Frieda, te contaremos historias acerca de ella hasta que te hartes. ¡Pero ven! También tenemos fotos de Frieda y te las mostraremos. Antaño Frieda era más modesta que hoy, apenas la reconocerás, como mucho por sus ojos que ya en aquella época tenían ese aspecto inquisitivo. ¿Vas a querer venir?

–¿Está permitido? Ayer se produjo ese gran escándalo porque fui descubierto en vuestro corredor.

–Porque fuiste descubierto, pero si estás en nuestra habitación, jamás te descubrirán. Nadie sabrá nada de ti, sólo nosotras tres. ¡Ah!, será muy divertido. Ya me parece la vida allí mucho más soportable que hace un momento. Tal vez no pierda tanto al tener que irme. Tampoco nos hemos aburrido las tres allí abajo, hay que dulcificar el amargor de la vida, ya se nos amarga lo suficiente la existencia durante la juventud para que la lengua no se empalague, pero nosotras tres nos mantenemos unidas, vivimos lo mejor posible según las circunstancias; especialmente te gustará Henriette, pero también Emilie, ya les he hablado de ti, esas historias se escuchan con incredulidad, como si fuera de la habitación en realidad no pudiese ocurrir nada, allí se está caliente y es un lugar estrecho: nos apretamos todas juntas, pero aunque dependemos de nuestra mutua compañía no nos hemos hartado las unas de las otras, todo lo contrario, cuando pienso en mis amigas, casi me parece justo que regrese con ellas; ¿por qué tendría que llegar más lejos que ellas?, precisamente era eso lo que nos mantenía unidas, que las tres teníamos el futuro cerrado de la misma manera y ahora yo he perforado el muro y me he separado de ellas; cierto, no las he olvidado, y mi principal preocupación era cómo podía

hacer algo por ellas; mi propio puesto aún era inseguro –lo inseguro que era, no lo sabía–, y, sin embargo, ya hablé con el posadero sobre Henriette y Emilie. Respecto a Henriette el posadero no estuvo del todo inflexible, pero respecto a Emilie, que es mucho mayor que nosotras, tiene la edad aproximada de Frieda, no me dio ninguna esperanza. Pero imagínate, no quieren salir de allí, saben que es una vida miserable la que llevan, pero ya se han resignado, esas pobres almas; creo que las lágrimas que derramaron se debieron más a que tenía que abandonar la habitación, a que tenía que salir al frío –a nosotras nos parece frío todo lo que está fuera de la habitación– y a que tenía que tratar con grandes personas extrañas en grandes espacios y con ninguna otra meta que ganarme la vida, lo que también había logrado en nuestro hogar común. Probablemente no se asombrarán si ahora regreso, y sólo para transigir un poco conmigo llorarán y lamentarán mi destino. Pero entonces te verán a ti y se darán cuenta de que fue una buena cosa que me fuera. Que ahora tengamos un hombre como ayudante y protector las hará felices y estarán encantadas de que todo tenga que permanecer en secreto y que a través de ese secreto estaremos más unidas que antes. ¡Oh, por favor, ven, ven con nosotras! No tendrás ninguna obligación, no quedarás vinculado para siempre a nuestra habitación, como nosotras. Si al llegar la primavera puedes encontrar un alojamiento en cualquier lado y no te gusta estar con nosotras, te puedes ir, sólo que tendrás que guardar el secreto y no traicionarnos, pues entonces sería nuestra última hora en la posada de los señores; y aun así, cuando estés con nosotras, tendrás que tener cuidado de no mostrarte en ningún lado que consideremos peligroso y tendrás que seguir nuestros consejos; eso es lo único que te vinculará y a eso te tendrás que atener, como es nuestro caso, en lo demás eres completamente libre; el trabajo que te asignemos no será difícil, no temas por ello. Así que ¿vienes?

–¿Cuánto queda hasta que llegue la primavera? –preguntó K. –¿La primavera? –repitió Pepi–. Aquí el invierno es largo y monótono. Pero de eso no nos quejamos aquí abajo, contra el invierno estamos aseguradas. Bueno, en su momento llega la primavera y el verano, pero en el recuerdo, la primavera y el verano parecen tan breves que casi se diría que son poco más de dos días, e incluso en esos días, también en el más bello, cae alguna vez algo de nieve.

En ese momento se abrió la puerta, Pepi se estremeció, sus pensamientos se habían alejado demasiado de la taberna, pero no era Frieda, sino la posadera. Se quedó asombrada al ver que K seguía allí. K se disculpó diciendo que la había estado esperando y, al mismo tiempo, le agradeció que le hubiese permitido pernoctar allí. La

posadera no entendió por qué K la estaba esperando. K dijo que había tenido la impresión de que la posadera aún quería hablar con él; pedía disculpas si había sido un error, además, ya se tenía que ir, había abandonado por mucho tiempo la escuela, de la que era bedel, de todo tenía la culpa la citación del día anterior, aún tenía poca experiencia en esas cosas, no volvería a causarle tantas molestias, como el día anterior. Y se inclinó dispuesto a salir. La posadera le miró como si soñase. Debido a esa mirada, K se quedó más tiempo del que quería. Entonces ella sonrió un poco y sólo con el rostro asombrado de K volvió, en cierta manera, en sí misma; era como si hubiese esperado una respuesta a su sonrisa y, al no recibirla, se hubiese despertado.

Ayer tuviste la osadía de decir algo sobre mi vestido.

K no podía acordarse.

–¿No lo recuerdas? A la osadía le sigue la cobardía.

K se disculpó con su cansancio del día anterior, era posible que hubiese dicho algún disparate, en todo caso ya no recordaba nada. ¿Qué habría podido decir de los vestidos de la posadera? ¿Que eran tan bellos como no los había visto en su vida? Al menos aún no había visto a ninguna posadera que trabajase con esos vestidos.

–Déjate de comentarios –dijo rápidamente la posadera–, no quiero oír más una palabra tuya acerca de mis vestidos, no te incumben en absoluto, te lo prohíbo de una vez por todas.

K se inclinó una vez más y se dirigió hacia la puerta.

–Pero ¿qué significa eso –exclamó la posadera detrás de él– de que jamás has visto a una posadera con esos vestidos durante el trabajo? ¿Qué significan esos absurdos comentarios? Son completamente absurdos, ¿qué quieres decir?

K se dio la vuelta y pidió a la posadera que no se excitase. Naturalmente que el comentario era absurdo. Además, él no entendía nada de vestidos. En su situación cualquier vestido sin manchas le parecía un lujo. Sólo se había quedado asombrado al ver a la señora posadera, abajo, en el corredor, con un vestido de noche tan bello entre tantos hombres apenas vestidos, nada más.

–Ah, muy bien –dijo la posadera–, ya pareces comenzar a recordar tu comentario de ayer. Y lo completas con otro absurdo. Es cierto que no entiendes nada de vestidos. Así que deja de juzgar –te lo pido seriamente– cuáles son lujosos o cuáles son inadecuados y otras cosas por el estilo –aquí pareció como si tuviese un escalofrío–, no vuelvas a decir nada sobre mis vestidos, ¿lo oyes?

Y cuando K quería darse la vuelta en silencio, ella preguntó:

–¿De dónde sabes tú algo de vestidos?

K se encogió de hombros, no sabía nada.

–No sabes nada –dijo la posadera–, entonces no deberías pretender que sabes. Ven a la oficina, te mostraré algo, entonces dejarás para siempre tus insolencias.
La posadera salió por la puerta, Pepi se acercó a K de un salto; con el pretexto de cobrar la cuenta de K, llegaron rápidamente a un acuerdo; era muy fácil, pues K conocía el patio, cuya puerta conducía a la calle lateral, al lado de la puerta había otra mucho más pequeña, detrás de ella estaría Pepi en una hora y la abriría cuando golpease en ella tres veces.
La oficina privada estaba situada frente a la taberna, sólo había que atravesar el pasillo; la posadera ya había entrado en la habitación iluminada y esperaba a K con impaciencia. Hubo una nueva molestia. Gerstäcker había esperado en el pasillo y quiso hablar con K. No era fácil desembarazarse de él, también la posadera ayudó y reprochó a Gerstäcker su impertinencia.
–¿Adónde entonces? ¿Adónde? –aún se pudo oír a Gerstäcker cuando se cerró la puerta y las palabras se mezclaron desagradablemente con sollozos y toses.
Era una habitación pequeña y demasiado caldeada. Un pupitre de pie y una caja fuerte quedaban adosados a las paredes más cortas, en las más largas había un armario y una otomana. Casi todo el espacio era ocupado por el armario, no sólo porque llenaba toda la pared más larga, sino porque también su anchura estrechaba la habitación: se necesitaban dos puertas corredizas para abrirlo del todo. La posadera hizo una señal hacia la otomana, indicando que K se sentara, ella se sentó en una silla giratoria al lado del pupitre.
–¿Ni siquiera has aprendido el oficio de sastre? –preguntó la posadera.
–No, nunca –dijo K.
–¿Qué eres en realidad?
–Agrimensor.
–¿Qué es eso?
K se lo explicó. La explicación la hizo bostezar.
–No dices la verdad. ¿Por qué no dices la verdad?
–Tampoco tú la dices.
–¿Yo? Ya comienzas otra vez con tus insolencias. Y si no la dijera, ¿acaso tendría que responder de ello ante ti? Y ¿en qué no digo la verdad?
–No sólo eres posadera, como pretendes.
–¡Hombre! Estás lleno de descubrimientos. Entonces ¿qué soy? Tus insolencias rompen todos los límites.
–No sé lo que eres además, sólo sé que eres una posadera y que llevas vestidos que no son propios de una posadera y como, por lo que sé, no

los lleva nadie aquí en el pueblo.
–Bueno, ahora llegamos al meollo del asunto, no lo puedes silenciar, tal vez no seas insolente, sólo eres como un niño que sabe cualquier tontería y que es imposible obligarle a que se la calle. Habla entonces. ¿Qué tienen de especial estos vestidos?
–Te enojarás si lo digo.
–No, me reiré, no es más que cháchara infantil. ¿Cómo son los vestidos?
–Tú eres la que lo quieres saber. Bien, son de un buen material, lujosos, pero están anticuados, sobrecargados, a veces retocados, gastados y no le van ni a tu edad, ni a tu figura, ni a tu posición. Me llamaron la atención la primera vez que te vi, hace una semana, aquí en el pasillo.
–Aquí lo tenemos. Son anticuados, sobrecargados y ¿qué más? ¿De dónde pretendes saber todo eso?
–Simplemente lo veo. Para eso no se necesita ninguna instrucción.
–Eso lo ves tú, así, sin más. No tienes que preguntar en ninguna parte y sabes lo que está de moda. Me vas a ser indispensable, pues tengo una debilidad por los vestidos bonitos. Y ¿qué opinarías si te digo que todo este armario está lleno de vestidos?
Corrió una de las puertas y se pudieron ver los vestidos comprimidos que ocupaban todo el armario, la mayoría eran vestidos oscuros, azules, marrones y negros, todos cuidadosamente colgados y estirados.
–Éstos son los vestidos para los que no tengo espacio en mi habitación, allí aún tengo dos armarios llenos, dos armarios, cada uno tan grande como éste. ¿Te asombras?
–No, había esperado algo similar, ya dije que no sólo eres posadera, aspiras a algo más.
–Sólo aspiro a vestirme bien y tú eres o un loco o un niño o un hombre muy malo y muy peligroso. ¡Vete, vete ya!
K ya estaba en el pasillo y Gerstäcker le volvía a coger del brazo, cuando la posadera gritó:
–¡Mañana recibo un vestido nuevo, quizá te llame!
Gerstäcker, sacudiendo enojado la mano, como si quisiera callar a la posadera desde lejos, exhortó a K a que lo acompañase. En principio no quiso dar ninguna explicación. Apenas prestó atención a la objeción de K de que tenía que regresar a la escuela. Sólo cuando K se resistió a seguir, Gerstäcker le dijo que no debía preocuparse, que en su casa tendría todo lo que necesitaba, podía renunciar al puesto de bedel, pero tenía que ir con él ya, le había estado esperando todo el día, su madre ni siquiera sabía dónde estaba. K preguntó, lentamente y cediendo, por qué quería darle alojamiento y comida. Gerstäcker sólo respondió

fugazmente, necesitaba a K como ayudante con los caballos, él tenía otros negocios, pero ahora no tenía que hacerse arrastrar así y procurarle dificultades innecesarias. Si quería un sueldo, le daría un sueldo. Pero K se mantuvo quieto a pesar de todos los esfuerzos de Gerstäcker. No entendía nada de caballos. Eso tampoco era necesario, dijo Gerstäcker con impaciencia, y cruzó enojado las manos para intentar convencer a K de que avanzase.

–Sé por qué me quieres llevar contigo –dijo finalmente K.

A Gerstäcker le era indiferente lo que K supiera.

–Porque crees que puedo conseguir algo para ti con Erlanger.

–Cierto –dijo Gerstäcker–. ¿Qué otra cosa podía querer yo de ti?

K se rió, se colgó del brazo de Gerstäcker y se dejó guiar a través de la noche.

La sala en la casa de Gerstäcker estaba apenas iluminada por el fuego de la chimenea y por una vela, a cuya luz leía alguien acurrucado en un rincón bajo las torcidas y salientes vigas de cubierta. Era la madre de Gerstäcker. Ofreció a K una mano temblorosa y le indicó que se sentara junto a ella; hablaba con esfuerzo, apenas se la podía entender, pero lo que decía…

Nota….

Hasta aquí llega el manuscrito… la obra quedó inconclusa …

CONSIDERACIONES ACERCA DEL PECADO

EL DOLOR, LA ESPERANZA Y EL CAMINO VERDADERO

1. El camino verdadero pasa por una cuerda, que no está extendida en alto sino sobre el suelo. Parece preparada más para hacer tropezar que para que se siga su rumbo.
2. Todos los errores humanos son fruto de la impaciencia, interrupción prematura de un proceso ordenado, obstáculo artificial levantado al derredor de una realidad artificial.
3. Dos pecados capitales existen en el hombre, de los cuales se engendran todos los demás: impaciencia e indolencia. Fue a causa de la impaciencia que lo han expulsado del paraíso, al que no puede volver por culpa de la indolencia. Aunque quizá no existe más que un sólo pecado capital: la impaciencia. La impaciencia hizo que lo expulsaran, es con motivo de la impaciencia que no regresa.
4. Muchos espectros de cadáveres no hacen más que lamer las ondas

del río de los muertos, porque llega de nuestro mundo y retiene el gusto salobre de nuestros mares. Entonces, el río, detenido por el asco, se pone a correr hacia atrás y empuja a los muertos de vuelta a la vida. Más ellos están felices, entonan himnos de gratitud y acarician las aguas perturbadas.

5. A partir de cierto punto no hay retorno. Ese es el punto que hay que alcanzar.

6. En transcurso se halla siempre el instante decisivo de la evolución humana. Por eso no carecen de razón aquellos movimientos espirituales revolucionarios que denuncian como poco significativo todo lo anterior, ya que, en efecto, aún no ha ocurrido nada.

7. La incitación a la lucha es uno de los medios de seducción más eficaces del mal.

8. Es como la disputa con las mujeres, que termina en la cama.

9. A. es harto presumido: se considera muy aventajado en el bien, porque, siendo evidentemente un sujeto seductor, se siente expuesto a tentaciones cada vez más numerosas, nacidas de orígenes hasta ahora desconocidos para él.

10. Pero la interpretación correcta es esta: se ha aposentado en él un demonio grande, y una infinidad de demonios pequeños son siervos de ese grande.

11/12. Diferencia de las opiniones que se pueden tener (por ejemplo) sobre una manzana. La del niño pequeño, que debe extender el cuello para apenas verla sobre la mesa, y la del dueño de casa, que coge la manzana y la ofrece libremente a los comensales.

13. El deseo de la muerte es uno de los primeros indicios que empezamos a discernir. Esta vida nos parece intolerable, la otra inaccesible. Ya no se siente vergüenza de querer morir; se implora desde la vieja celda que se odia, ser trasladado a otra nueva, que tendremos todavía que aprender a odiar. Se da en esto también un poquitillo de fe, en que durante el traslado, el Señor aparezca por el pasillo, observe a la cara al prisionero y diga: "A este no debéis encerrarle más. Que venga a mí."

14. Si tuvieses toda la buena voluntad de avanzar y, no obstante fueras hacia atrás, tu situación sería desesperada en caso de que caminaras por una llanura; pero dado que trepas por una pendiente tortuosa, tan áspera como te muestras tu mismo a quien te observa desde abajo, tus retrocesos se pueden atribuir a la conformación del suelo y por lo tanto no debes desesperar.

15. Como un camino de otoño: no se alcanza a barrerlo, que ya está de nuevo todo cubierto de hojas marchitas.

16. Una jaula fue en busca de un pájaro.

17. Nunca había estado en este lugar: se respira de otra manera, a su lado una estrella fulgura con más resplandor que el sol.
18. Si hubiera sido posible construir la Torre de Babel sin escalarla, se lo habría permitido.
19. No consentir que el mal te haga pretender que puedes guardar secretos ante él.
20. Los leopardos irrumpen en el templo y beben hasta la última gota de los cálices del sacrificio; esto acontece repetidamente; al cabo se prevé que acontecerá y se incorpora a la ceremonia del templo.
21. Con vigor, la mano sostiene la piedra. Pero la sostiene con tanto vigor sólo para poder arrojarla más lejos. Pero el camino conduce aún a esa lejanía.
22. El deber escolar eres tú. No se ve un alumno por ninguna parte.
23. De tu verdadero adversario te llega un valor sin límites.
24. Entender que fortuna es para ti, que el espacio en el cual estás erguido no pueda ser más amplio que el suelo abarcado por tus pies.
25. ¿Cómo podemos regocijarnos del mundo salvo cuando nos refugiamos en él?
26. Los refugios son numerosos, la salvación es una sola, pero las probabilidades de salvación tornan a ser tantas como los refugios.
Hay un sitio de partida pero ningún camino; aquello que llamamos camino no es más que nuestra incertidumbre.
27. Realizar los preceptos negativos es aun una carga que se nos ha impuesto; acatar los positivos es ya una virtud.
28. Una vez escogido el mal, éste no pretende más que creamos en él.
29. Las intenciones con las que en ti adoptas el mal, no son tuyas sino del mal. El animal arranca el látigo de manos del amo y se castiga a sí mismo para convertirse en amo de sí mismo y no comprende que no es más que una ilusión producida por un nuevo nudo de la correa del látigo del amo.
30. Desalentador es el bien, considerado de alguna forma.
31. El autocontrol no me convence. Autocontrol quiere decir: resolver actuar en algún momento casual de los infinitos resplandores de mi existencia espiritual. Pero si es preciso que me estreche en un cerco así, prefiero hacerlo mansamente, reduciéndome a contemplar, con admiración, ese enorme conjunto de energías, y quedarme nada más que con la sensación de fuerza que, de contrario, otorga tal representación.
32. Los cuervos afirman que un solo cuervo podría destruir los cielos.
Incuestionable es la cosa, pero no prueba nada contra el cielo, porque cielo significa precisamente la imposibilidad de los cuervos.
33. Los mártires no desdeñan el cuerpo, más bien permiten que se los

eleve en la cruz. En esa cuestión coinciden con sus enemigos.
34. Su desfallecimiento es el del gladiador después de la lucha, su faena consistía en cubrir de blanco el rincón de la habitación de un dependiente.
35. El poseer no existe, existe solamente el ser: ese ser que aspira hasta el último aliento, hasta la asfixia.
36. En un tiempo no podía comprender porque no recibía respuesta a mi pregunta, hoy no puedo comprender como pude estar engañado hasta el extremo de preguntar. Pero no es que me engañase, preguntaba solamente.
37. Sólo temblor y palpitación fue su respuesta a la afirmación de que tal vez poseía pero no era.
38. La facilidad con la que recorría el camino de la eternidad era una sorpresa para cierto individuo; en efecto, corría cuesta abajo.
39a. Al mal no se lo puede pagar a plazos, no obstante lo intentamos permanentemente.
Es lícito pensar que Alejandro Magno, no obstante los triunfos militares de su juventud, no obstante el óptimo ejército que había adiestrado, no obstante la energía empleada a transformar el mundo que llevaba dentro de sí, se haya detenido en el Helesponto con la tentación de no atravesarlo nunca, y no por temor ni por indecisión ni por debilidad de la voluntad, sino abrumado por su mismo peso terreno.
39b. El camino es interminable, no es posible quitarle ni agregarle nada, no obstante, cada uno quiere emplear su propia regla infantil. "Sí, esta otra medida también debéis recorrerla, os dará prestigio."
40. Lo que nos hace limar con el nombre de juicio final al juicio universal, es sólo nuestra concepción del tiempo; en realidad se trata de un juicio sumario.
41. Por fortuna, la incoherencia del mundo parece ser de índole solamente cuantitativa.
42. Reclinar sobre el pecho la cabeza repleta de odio y repugnancia.
43. Los perros de presa juegan en el patio, pero es seguro que la caza no se les escapará, por más veloz que huya por el bosque.
44. Te has ataviado de manera ridícula para este mundo.
45. Cuantos más caballos alistes, más presto harás: no ya para sacar el peñasco de su base, cosa imposible, sino para romper las bridas, iniciando así un necio peregrinar alegre.
46. El vocablo sein significa en alemán dos cosas: ser y pertenecerle.
47. Se les ofreció escoger entre ser reyes o mensajeros de los reyes. Como verdaderos niños, todos eligieron ser mensajeros, los que van al galope por el mundo, y como no hay rey alguno, se pregonan unos a otros sus mensajes, que ya carecen de sentido. Con alivio pondrían fin

a su vida miserable, pero prefieren no hacerlo debido al juramento contraído.

48. Creer en el progreso no significa creer que haya habido ya un progreso. Eso sería una fe.

49. A. es un virtuoso y pone al cielo por testigo.

50. El hombre no podría vivir sin una confianza permanentemente en algo indestructible en él, cosa que no excluye que esta confianza o ese elemento indestructible, puedan quedar permanentemente ocultos para él. Uno de los modos en que puede manifestarse este misterio es la fe en un Dios personal.

51. Fue necesaria la intercesión de la serpiente: el mal puede dominar al hombre pero no hacerse hombre.

52. Procura cooperar con el mundo en la lucha entre ti y el mundo.

53. No hay que engañar a nadie, ni siquiera al mundo de su triunfo.

54. No existe más que el dominio espiritual; aquello que denominamos dominio de los sentidos no es más que el dominio del espíritu, y lo que calificamos de malo no es otra cosa que la necesidad de un breve instante en el curso de nuestra eterna evolución.

Se puede desintegrar al mundo con una luz demasiado fuerte. Ante ojos delicados adquiere consistencia, ante ojos aun más delicados adquiere puños duros, se hace pudorosa ante ojos delicadísimos y deshace a quien se atreve a mirarla.

55. Todo es falso: poseer el mínimo de ilusiones, quedarse en el término medio, procurar el máximo. En el primer caso se engaña al bien pretendiendo hacer la conquista en forma demasiado fácil, y al mal, al que se le propone condiciones de lucha demasiado desfavorables. En el segundo caso se engaña al bien porque se demuestra no aspirar a él aunque fuera en este mundo. En el tercer caso se engaña al bien distanciándose lo más posible, y al mal la esperanza de tornarlo inocuo al exaltarlo demasiado. De manera que habría que preferir el segundo caso, porque al bien se lo engaña siempre, y al mal, en este caso, no, por lo menos aparentemente.

56. Hay problemas que no podríamos resolver si de entrada la naturaleza misma no nos hubiera librado de ellos.

57. Para todo aquello que va más allá del mundo de los sentidos, no podemos acudir al lenguaje más que en forma puramente alusiva, ni aun aproximadamente comparativa, dado que, como conviene al mundo sensible, no trata más que del poseer y de sus analogías.

58. Mentimos lo menos que podemos solamente cuando mentimos lo menos que podemos, no cuando tenemos poquísimas oportunidades.

59. Un peldaño que no esté profundamente corroído por los pasos no es más, desde su propia perspectiva, que algo de madera más bien

lamentable.
60. Aquel que renuncia al mundo debe amar a todos los hombres, porque renuncia también al mundo de ellos. De tal modo que comienza a vislumbrar la verdadera naturaleza humana, que no se puede sino amar, a condición de poseer su misma dignidad.
61. El que en el mundo ama a su semejante, comete la misma injusticia del que en el mundo se ama a sí mismo. Sólo queda por preguntarse si la primera cosa es factible.
62. La cuestión de que exista solamente el mundo del espíritu nos niega la esperanza pero nos da la certeza.
63. Nuestro arte es un estar deslumbrado por la verdad: Sólo la luz proyectada sobre una mueca de espanto que retrocede es verdadera, nada más.
64/65. La expulsión del Edén es, en lo esencial, un hecho permanente. Quiero decir que la expulsión del Edén es definitiva, pero la eternidad del suceso, (o por decirlo en palabras temporales: la eterna repetición del suceso) hace posible no sólo el poder permanecer para siempre en el Edén, sino el quedarnos efectivamente y siempre, se advierta o no se advierta, en esta tierra.
66. Es un libre e indudable habitante de la tierra, porque está unido a una cadena suficientemente larga como para permitirle alcanzar cualquier lugar terrestre, pero no tanto como para que algo pueda arrastrarlo más allá de los límites de la tierra. Pero es, al mismo tiempo, un libre e indudable habitante del cielo, porque está unido igualmente a una análoga cadena celestial. Ahora bien, si quiere descender a la tierra, lo estrangula el collar del cielo, si quiere ascender al cielo, lo estrangula el collar de la tierra. No obstante tiene a su gusto todas las posibilidades, y lo percibe; más bien se niega a atribuir la culpa de todo ello a un error cometido al encadenarlo de tal modo.
67. Como un patinador principiante, que además se ejercita dónde está prohibido, va tras los acontecimientos.
68. ¡Qué es más alegre que la fe en un Dios familiar!
69. Existe teóricamente una posibilidad de ser felices de manera absoluta: creer en lo imperecedero de uno y no buscarlo.
70/71. Lo indestructible es único. Cada uno de los hombres lo es y al mismo tiempo es algo común a todos. He ahí el origen de la incomparable e indivisible unión que liga a los hombres.
72. En el mismo hombre hay conocimientos que, a pesar de su gran variedad, tienen no obstante el mismo objeto, de lo que es posible deducir que en un mismo hombre existen sujetos diversos.
73. Come las sobras de su propia mesa. Es verdad que de esa manera está, por un tiempo, más satisfecho que los demás, pero, entretanto, se

deshabitúa a comer a la mesa; y así con el correr del tiempo, habrá hasta menos sobras.

74. Si era destructible aquello que se dice fue destruido en el Edén terreno, no se trataba por cierto de lo esencial; pero si era indestructible vivimos en una fe equivocada.

75. En arreglo con la humanidad, examínate. Ella hace dudar al que es escéptico, hace creer al que es creyente.

76. Este sentimiento: "Aquí no echaré el ancla" ¡Es hallarte de pronto en medio de la corriente que, fluctuante, te arrastra!

Un desorden. Cómo en acecho, tímida, esperanzada, la respuesta explora la pregunta, busca desesperada en su rostro inaccesible, la sigue por los senderos más absurdos, es decir más alejados de la respuesta misma.

77. El comercio con los hombres nos impulsa a observarnos a nosotros mismos.

78. El espíritu se libera sólo cuando deja de ser un apoyo.

79. El amor sensual consigue hacernos olvidar el celestial. No podrá hacerlo sólo pero lo consigue porque tiene el elemento del amor celestial en sus instintos.

80. Indivisible es la verdad. Por lo que no puede reconocerse por sí misma; para reconocerla hay que ser mentira.

81. Nadie puede desear aquello que, en última instancia, lo perjudica. Si las apariencias pudieran inducirnos a pensar lo contrario de alguien (y las apariencias tal vez justifiquen hacernos pensar), es porque alguien en el hombre pretende alguna cosa útil, sí, para este alguien, pero que perjudica gravemente a un segundo alguien, cuyo parecer al respecto no es requerido más que en parte. Si el hombre se hubiese puesto de parte de aquel segundo alguien desde el principio y no únicamente en el momento de las consideraciones, se hubiera extinguido el primer alguien y con él, el deseo.

82. ¿Por qué nos lamentamos a causa del pecado original? No fue por su culpa que se nos ha expulsado del paraíso terrenal, sino por causa del árbol de la vida con el objeto de que no comiésemos sus frutos.

83. No sólo por haber probado del árbol de la ciencia, somos pecadores. Sino también por no haber probado aún del árbol de la vida. Independientemente de toda culpa, la condición en que nos hallamos es pecaminosa.

84. El edén estaba destinado a servirnos, fuimos creados para vivir en él. Nuestro propósito ha cambiado; pero nadie dijo nunca que haya cambiado el propósito del edén.

85. En determinados puntos de transición el mal es una irradiación de la conciencia humana. Las apariencias no son exactamente el mundo

sensible, sino el mal en él comprendido que, no obstante, a nuestros ojos, lo constituye por entero.

86. Casi todos tenemos la misma facultad de distinguir el bien y el mal a partir del pecado original en adelante; no obstante es exactamente en ello que basamos nuestra superioridad. Pero las verdaderas diferencias se inician más allá de este poder distinguir. Las apariencias opuestas se hallan compuestas por lo siguiente: que nadie debe complacerse sólo por el conocimiento sino que debe de obrar de acuerdo con éste. No obstante, la fuerza para cumplirlo no le ha sido dada, por eso cada uno debe destruirse a sí mismo, inclusive a riesgo de alcanzar aun así la fuerza necesaria, pero no le queda más que esta última tentativa. (Igualmente es este el sentido de la condena a muerte relacionada con la prohibición de comer del árbol de la ciencia; y es igualmente este, quizá, el sentido original de la muerte natural). El hombre tiene miedo de esta tentativa; prefiere más bien suprimir su propio conocimiento del bien y del mal; (la palabra "caída" referida al pecado original alude a tal miedo) pero lo acaecido no se puede borrar, se puede, cuando mucho, perturbar. Es con esta finalidad que nacen los justificativos. El mundo está repleto de ellos: mejor dicho, todo el mundo perceptible no es quizá más que un justificativo, un pretexto del hombre que quiere descansar un instante, una tentativa de falsear la realidad del conocimiento adquirido, de transformarla en meta todavía por alcanzar.

87. Una leve y pesada como cuchilla de guillotina.

88. La muerte está ante nosotros como en el aula de una escuela el cuadro de una batalla de Alejandro Magno. Lo fundamental es desvanecer o borrar ese cuadro, todavía en esta vida, mediante nuestras acciones.

89. La voluntad del hombre es exactamente de tres clases: En primer lugar era libre cuando quiso esta vida; ahora ya no puede retractarse, pues ya no es aquel que entonces la quiso, a no ser que desarrolle su deseo de entonces mientras que viva.

En segundo lugar es libre en tanto que puede elegir la manera de andar y el camino de esta vida. En tercer lugar es libre en tanto que él como aquel que volverá a ser otra vez, tiene el deseo de andar por la vida bajo cualquier condición y de esta manera ser él, si bien por un camino elegible, pero en todo caso tan laberíntico que no deja sin torcer ni el más mínimo aspecto de esta vida.

Estas son las tres clases de libre voluntad, pero también es, pues simultánea, una uniformidad y es en el fondo tan uniformidad que no hay sitio para un deseo, ni libre ni esclavo.

90. Dos posibilidades: hacerse infinitamente pequeño o serlo. La segunda es solución, por lo tanto éxtasis; la primera comenzar por lo

tanto a actuar.
91. Para evitar un error de expresión: lo que se deshace se deshace pero no se lo puede destruir; aquello que hace falta destruir muy activamente hay que tenerlo antes muy oprimido.
92. La primera forma de idolatría fue con certeza el miedo ante las cosas, pero junto con esto, miedo ante la necesidad de las cosas y miedo ante la responsabilidad por las cosas. Tan enorme parecía esta responsabilidad que no se osaba cargar con ella a ningún Ente extrahumano, pues también mediante la intercesión de un solo Ente todavía no habría sido suficientemente aligerada la responsabilidad humana; el contacto con un sólo Ente estaría todavía muy comprometido de responsabilidad, por ello que se atribuyó a cada cosa la responsabilidad de sí misma; más aún, se atribuyó a esas cosas una cierta responsabilidad concerniente al hombre mismo.
93. ¡Por última vez psicología!
94. Dos afanes para quien comienza la vida: restringe cada vez más tu ámbito y controla incesantemente que no te ocultes, por casualidad, en algún lugar más allá de tus límites.
95. El mal está a veces en tu mano como un instrumento; lo hayas reconocido o no, si quieres puedes dejarlo a un lado sin que se oponga.
96. No son suyas las alegrías de esta vida, sino nuestro miedo de elevarnos a una vida superior; no son suyos los tormentos de esta vida, sino, por causa de aquel miedo, los tormentos que nos infligimos nosotros mismos.
97. El dolor es dolor solamente en esta tierra. No en el sentido de que quienes sufren en este mundo deban ser exaltados en otra parte en premio de sus penas, sino en el sentido de lo que en esta vida se llama dolor, en otra, aun permaneciendo inmutable y libertado solamente de su contrario, se transforme en beatitud.
98. Resultado de la combinación llevada a extremos, de creación agotadora y conciencia de sí es la idea de la grandeza y la fortuna infinitas del cosmos.
99. Mucho más opresiva que la implacable certeza de nuestra condición actual de pecadores, es la certeza aun más endeble, de la rendición de cuentas que un día nos corresponderá hacer de nuestra existencia terrena. Sólo la fuerza con la que soportamos esta segunda certeza, que, en su integridad absoluta, contiene plenamente aun la primera, señala la medida de nuestra fe.
Muchos suponen que junto al gran tema general, hay en cada caso, creado especialmente para ellos, un pequeño tema particular, por el cual por ejemplo, la actriz, destinada a su amante, incluye también una sonrisa particularmente picara para un cierto espectador de la tertulia.

Eso se dice ir demasiado lejos.

100. De diabólico no hay más qué lo que aparece de vez en cuando. Puede haber un conocimiento pero no una fe en lo diabólico.

101. El pecado se aparece siempre claramente y puede ser inmediatamente percibido por los sentidos. No hay necesidad de extirparlo porque crece sobre sus mismas raíces al descubierto.

102. Todos los sufrimientos de los demás debemos padecerlos también nosotros. No tenemos un mismo cuerpo, pero tenemos un único desarrollo, y esto nos hace pasar por todos los sufrimientos de uno u otro modo. Así como el niño se desarrolla a través de todas las edades de la vida hasta la vejez y la muerte (y cada uno de los periodos parece inalcanzable para el anterior tanto por el deseo como por el temor) asimismo nos desarrollamos (ligados a la humanidad no menos profundamente que a nosotros mismos) a través de todos los sufrimientos de este mundo. No hay sitio en tal conjunto para la justicia, pero tampoco para el temor del padecimiento o para una interpretación que haga de él una virtud.

103. Puedes permanecer alejado de los sufrimientos del mundo, eres libre de hacerlo y corresponde a tu naturaleza, pero es probable que esa abstinencia tuya fuese el único sufrimiento que podrías evitar.

105. El medio de seducción de este mundo y, al mismo tiempo, la señal que nos garantiza que este mundo no es más que tránsito, son iguales. Y con razón, porque sólo así puede seducirnos este mundo, es decir, con la verdad. Pero lo peor es que después de obtenida la seducción nos olvidamos de la garantía, por lo que cabe decir que el bien nos ha atraído al mal, la mirada de la mujer dentro de su lecho.

106. La humildad otorga a todos, aun al solitario desesperado, un íntimo contacto con los demás hombres, y lo otorga de inmediato, a condición por supuesto de que la humildad sea total y consecuente. Nuestros contactos con el prójimo son los de la plegaria, nuestros contactos con nosotros mismos son los de la acción; de la plegaria adquirimos la energía necesaria para la acción.

¿Hay algo que puedas conocer que no sea ilusión? Si una ilusión se disipara no debes mirar o te convertirías en estatua de sal.

107. Con A. son todos muy cordiales, más o menos como cuando se trata de impedir que un billar óptimo sea usado aún por jugadores eximios hasta la llegada del campeón, quien examina atentamente el paño verde, al principio no tolera el más mínimo defecto, y después cuando se pone a jugar acomete sin ningún miramiento.

108. Observación convertida en familiar por una cantidad de antiguos relatos, si bien es probable que no se encuentre en ninguno de ellos: "Después de lo cual volvió a sus ocupaciones como si no hubiera

pasado nada."
109. "No se nos puede acusar de falta de fe. Un valor de fe inagotable tiene el simple hecho de que vivimos." "¿Consistirá en eso la prueba de la fe? Pero no-vivir no se puede." "En ese no se puede está precisamente la fuerza demencial de la fe; es en esta negación que adquiere forma."
No es necesario que salgas de casa. Quédate a tu mesa y escucha. Ni siquiera escuches, espera solamente. Ni siquiera esperes, quédate solo y en silencio. El mundo llegará a ti para hacerse desenmascarar, no puede dejar de hacerlo, se prosternará extático a tus pies.

fin